JEAN M. AUEL

Los Hijos de la Tierra®

LOS REFUGIOS DE PIEDRA

Después de su épico viaje a través de Europa, Ayla y Jondalar llegan por fin a su hogar, la Novena Caverna de los Zelandonii, al suroeste de Francia, antiguo emplazamiento de la Edad de Piedra.

La familia de Jondalar se muestra cauta con Ayla, la bella y joven mujer que le acompaña, criada en su infancia con el Clan. Pronto se verá sorprendida por sus costumbres y forma de vida, así como por sus ropas, casas y diferentes formas de interpretar el arte. Ayla queda encantada cuando encuentra a Zelandoni, la líder espiritual de la Novena Caverna, junto con la que podrá compartir sus conocimientos y prácticas medicinales de curación.

Tras las dificultades y los peligros que hasta ahora les han acechado, Ayla anhela paz y tranquilidad junto a Jondalar, quien desea unirse en la inminente ceremonia matrimonial. Sin embargo, sus singulares dotes espirituales no pasan inadvertidas a los integrantes de su nueva comunidad, e incluso después de dar a luz a su deseado hijo debe aceptar la idea de que tiene que desempeñar un papel más decisivo en el destino de los Zelandonii.

Jean M. Auel

Los refugios de piedra

Los hijos de la tierra - 5

ePub r1.1
Titivillus 03.09.2021

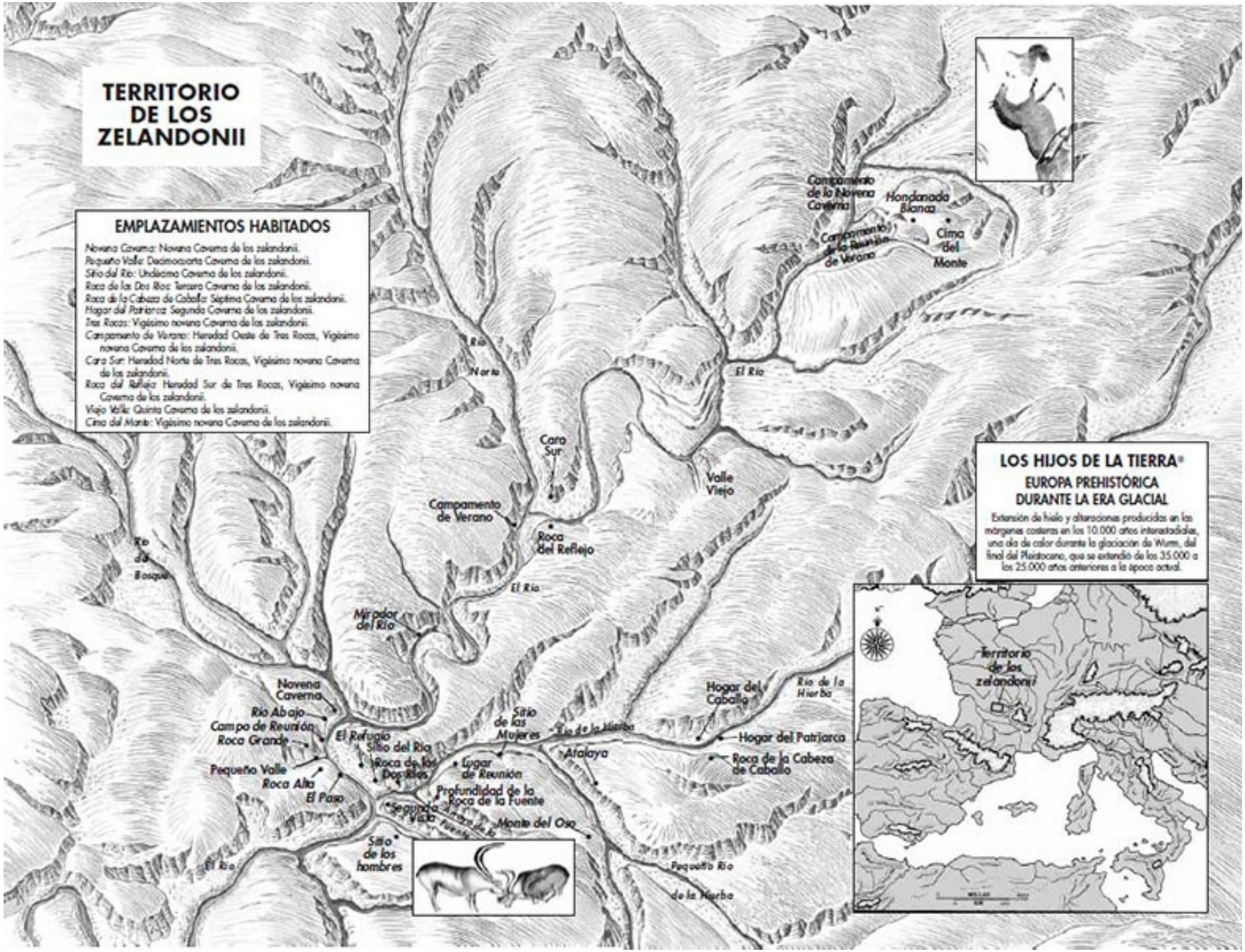
Título original: *The Shelters of Stone*
Jean M. Auel, 2002
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Sedna
ePub base r2.1

Para KENDALL,
que sabe más acerca de lo que está por venir
que casi cualquier otra persona…
excepto su madre,

y para CHRISTY,
la madre de sus hijos,

y para FORREST, SKYLAR y SLADE,
tres de los mejores,
con cariño.


TERRITORIO DE LOS ZELANDONII
EMPLAZAMIENTOS HABITADOS
Novena Caverna: Novena Caverna de los zelandonii.
Pequeño Valle: Decimocuarta Caverna de los zelandonii.
Sitio del Río: Undécima Caverna de los zelandonii.
Roca de los Dos Ríos: Tercera Caverna de los zelandonii.
Roca de la Cabeza de Caballo: Séptima Caverna de los zelandonii.
Hogar del Patriarca: Segunda Caverna de los zelandonii.
Tres Rocas: Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.
Campamento de Verano: Heredad Oeste de Tres Rocas, Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.
Cara Sur: Heredad Norte de Tres Rocas, Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.
Roca del Reflejo: Heredad Sur de Tres Rocas, Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.
Viejo Valle: Quinta Caverna de los zelandonii.
Cima del Monte: Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.
Campamento de la Novena Caverna
Hondonada Blanca
Campamento de la Reunión de Verano
Cima del Monte
Río Norte
El Río
Cara Sur
Valle Viejo
Campamento de Verano
Roca del Reflejo
Río del Bosque
Mirador del Río
Novena Caverna
Río Abajo
Campo de Reunión
Roca Grande
El Refugio
Sitio del Río
Roca de los Dos Ríos
Pequeño Valle
Roca Alta
El Paso
Sitio de las Mujeres
Río de la Hierba
Atalaya
Lugar de Reunión
Profundidad de la Roca de la Fuente
Segunda Vista
Monte del Oso
Sitio de los hombres
Hogar del Caballo
Río de la Hierba
Hogar del Patriarca
Roca de la Cabeza de Caballo
Pequeño Río de la Hierba
LOS HIJOS DE LA TIERRA®
EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL
Extensión de hielo y alteraciones producidas en las márgenes costeras en los 10.000 años interestadiales, una ola de calor durante la glaciación de Wurm, del final del Pleistoceno, que se extendió de los 35.000 a los 25.000 años anteriores a la época actual.
Territorio de los zelandonii

Agradecimientos

No puede expresarse con palabras la gratitud que siento por la cooperación de muchas personas que me han ayudado a conocer el antiguo mundo de aquellos que vivieron cuando los glaciares descendían hasta mucho más al sur de sus actuales límites y abarcaban una cuarta parte de la superficie terrestre. No obstante, he decidido utilizar ciertos detalles, en particular respecto a determinadas teorías y a la cronología de algunos lugares y acontecimientos, que posiblemente no sean aceptados por buena parte de la comunidad profesional en el presente. En algunos casos puede tratarse de descuidos, pero en otros se trata de decisiones deliberadas, normalmente porque le parecían más precisos a esta subjetiva novelista que debe escribir acerca de las personas con una comprensión de la naturaleza humana y de la motivación lógica de sus acciones…

Muy en especial deseo dar las gracias al doctor Jean-Philippe Rigaud, a quien conocí en mi primer viaje de investigación a Europa, en su excavación arqueológica del suroeste de Francia, que lleva por nombre Flageolet y fue en otro tiempo un campamento de caza situado en una ladera desde la que se veían una ancha pradera y las manadas de animales migratorios a los que proporcionaba alimento en la Época Glaciar. Pese a que yo era sólo una novelista estadounidense desconocida, dedicó parte de su tiempo a explicarme algunos de los hallazgos de aquel yacimiento y me ayudó a organizar una visita a la caverna de Lascaux. Se me saltaron las lágrimas al ver aquel santuario de esplendor prehistórico pintado por los primeros humanos modernos en Europa durante el Paleolítico Superior, los hombres de Cro-Magnon, obra que no desmerece al lado de las mejores de la actualidad.

Más adelante, cuando volvimos a reunirnos en La Micoque, un yacimiento de la primera etapa Neanderthal, empecé a tener de nuevo una percepción de ese tiempo único en los albores de nuestra prehistoria en que los primeros humanos modernos en sentido anatómico llegaron a Europa y encontraron a los neanderthales que vivían allí desde antes de la Época Glaciar. Como deseaba comprender el proceso que se usa para investigar a nuestros remotos antepasados, mi marido y yo trabajamos durante un breve período en la más reciente excavación del doctor Rigaud, la Grotte Seize. También me proporcionó numerosas ideas para comprender la vida en el rico y expansivo emplazamiento que hoy se conoce como Laugerie Haute, y que yo he llamado «Novena Caverna de los Zelandonii».

El doctor Rigaud ha sido de gran ayuda desde el principio de esta serie, pero deseo manifestarle mi agradecimiento por su colaboración para este libro en particular. Antes de empezar a escribir *Los refugios de piedra*, tomé toda la información que había recabado sobre la región y cómo era por aquel entonces, y construí el escenario de fondo de cara al argumento, inventando nombres para los

distintos emplazamientos y describiendo el paisaje de forma que, cuando necesitara información, la tuviera siempre a mano en mis propias palabras. He planteado innumerables dudas a muchos científicos y otros especialistas, pero no he pedido a nadie que verificara mi trabajo antes de la publicación. Siempre he asumido íntegramente mi responsabilidad sobre la selección de los detalles utilizados en mis libros, el modo en que decidí usarlos y la aportación debida a mi imaginación, y sigo asumiéndola. Pero como el marco empleado para esta novela es tan conocido, no sólo por los arqueólogos y otros profesionales, sino también por mucha gente que ha visitado la región, necesitaba que los detalles de fondo fueran lo más precisos posible, así que hice algo que no había hecho antes. Pedí al doctor Rigaud —conocedor de la región y la arqueología— que revisara la gran cantidad de páginas de ese material de fondo en busca de errores evidentes. Yo no era consciente de la magnitud del trabajo que le encargaba, y le agradezco profundamente el tiempo y el esfuerzo dedicados. Me hizo el cumplido de decirme que la información era aceptablemente exacta, pero también me dio a conocer algunas cosas que yo ignoraba o no había comprendido, y que gracias a él pude corregir e incorporar. Soy la responsable final de cualquier error que pueda haber en la obra.

Estoy también muy agradecida a otro arqueólogo francés, el doctor Jean Clottes, a quien conocí por mediación de su colega el doctor Rigaud. En Montignac, en la celebración del quincuagésimo aniversario del descubrimiento de la caverna de Lascaux, Clottes tuvo la gentileza de traducirme en voz baja lo esencial de algunas de las charlas dadas en francés en un congreso celebrado con motivo del mencionado acontecimiento. Desde entonces nos hemos ido encontrando a lo largo de los años a ambos lados del Atlántico, y no tengo palabras para agradecer su amabilidad y la excepcional generosidad que ha mostrado conmigo, con su tiempo y ayuda. Me ha servido de guía en las visitas a las pinturas y grabados de muchas cuevas, sobre todo en las inmediaciones de los Pirineos. Aparte de las fabulosas cavernas de las tierras del conde Begouen, me impresionó de manera especial Cargas, en la que hay mucho más que las huellas de manos por las que se la conoce. Le doy también las gracias por la visíta a la Niaux Cave, que duró unas seis horas y fue una extraordinaria revelación, en parte porque a esas alturas yo conocía mucho mejor que al principio la pintura rupestre. Si bien esos lugares no aparecen incluidos en esta narración, han sido muy esclarecedoras mis muchas conversaciones con Clottes sobre conceptos e ideas, en especial por lo que hace referencia a las posibles razones que indujeron a los hombres de Cro-Magnon a decorar sus cavernas y habitáculos.

Visité por primera vez la caverna de Niaux, en las estribaciones de los Pirineos, en 1982, lo cual he de agradecer al doctor Jean-Michel Belamy. Niaux causó en mí una impresión indeleble, con los animales pintados en las paredes del Salón Negro, las pisadas de los niños, los caballos bellamente pintados en las zonas más profundas de la extensa caverna, más allá del pequeño lago, y otras muchas cosas. Me sentí

conmovida de manera indescriptible por el más reciente regalo del doctor Belamy, su excepcional primera edición del primer libro acerca de la caverna de Niaux.

Estoy asimismo muy agradecida al conde Robert Begouen, que ha protegido y preservado las extraordinarias cuevas de sus tierras, L'Enlene, Tuc d'Audoubert y Trois Fere, y fundado un museo único para exponer los artefactos que se han extraído de ellas mediante cuidadosas excavaciones. Me entusiasmaron las dos cavernas que vi, y deseo expresarle mi gratitud, en igual medida que al doctor Clottes, por guiarme en mis visitas.

También quiero dar las gracias al doctor David Lewis-Williams, un hombre amable de firmes convicciones, cuyo trabajo con los bosquimanos de África y las sorprendentes pinturas en la roca de sus antepasados ha generado profundas y fascinantes ideas y varios libros, uno de ellos escrito en colaboración con el doctor Clottes, *The Shamans of Prehistory*, donde se afirma que los antiguos pintores de las cavernas francesas acaso tuvieran razones similares para decorar las paredes de roca de sus cavernas.

Estoy en deuda asimismo con el doctor Roy Larick por su amabilidad y especialmente por abrir la puerta metálica de protección y mostrarme la hermosa cabeza de caballo labrada en alto relieve en la pared de la cueva inferior de Commarque.

También debo manifestar mi agradecimiento al doctor Paul Bahn por ayudarme a entender, traduciéndomelas, algunas de las charlas del congreso celebrado con motivo del aniversario de Lascaux. Gracias a sus esfuerzos, tuve el honor de conocer a tres de los hombres que, en su juventud, descubrieron la hermosa caverna de Lascaux en la década de 1940. En ese yacimiento, se me anegaron los ojos en lágrimas al ver las paredes blancas llenas de extraordinarias pinturas polícromas. Apenas puedo imaginar la impresión que aquello debió causar en los cuatro jóvenes que, siguiendo a un perro, entraron por un orificio y vieron por primera vez la cueva desde que se desmoronó la entrada hace alrededor de 15 000 años. El doctor Bahn ha sido para mí una gran ayuda, tanto por las conversaciones como por los libros acerca de la fascinante era prehistórica que es tema de esta serie de novelas.

Siento gran afecto y gratitud hacia el doctor Jan Jelinek por sus continuadas charlas sobre el Paleolítico Superior. Son siempre valiosas sus interpretaciones acerca de la gente que vivió durante la época en que los primeros humanos modernos en sentido anatómico llegaron y se instalaron en Europa y entraron en contacto con los neanderthales. También quiero darle las gracias por su ayuda que ha prestado a la editorial checa en las traducciones de los libros anteriores de la serie.

Leí los libros del doctor Alexander Marshack, precursor en la técnica de examinar artefactos tallados bajo el microscopio, mucho antes de conocerlo en persona, y agradezco los esfuerzos que ha hecho para llegar a comprender a los hombres de Cro-Magnon y de Neanderthal, y los informes que me envía. Me ha impresionado su convincente y reflexiva teoría, basada en meticulosos estudios, y continúo leyendo su

obra por sus percepciones perspicaces e inteligentes acerca de los humanos que vivieron en la última glaciación.

Durante los tres meses que viví cerca de Les Eyzies de Tayac, en el suroeste de Francia, investigando para este libro, visité muchas veces la cueva de Font-de-Guame. Doy las gracias en especial a Paulette Daubisse, directora y supervisora de las personas que guían a quienes visitan esa antigua cueva bellamente pintada, por su amabilidad, y concretamente por ofrecerme una visita en privado. Ha convivido durante muchos años con ese singular yacimiento, y lo conoce como si fuera su propia casa. Me enseñó muchas formaciones y pinturas que no suelen mostrarse al visitante —las visitas se alargarían demasiado—, y no sabe lo agradecida que le estoy por la visión única que sus explicaciones me proporcionaron.

También quiero dar las gracias a *monsieur* Renaud Bombard, de Presse de la Cité, mi editor francés, por su buena disposición a ayudarme a encontrar todo lo que necesitaba siempre que me hallaba en Francia para llevar a cabo mis investigaciones. Ya fuera encontrar un sitio en el que hacer fotocopias de un gran manuscrito no muy lejos de donde me alojaba y en el que me atendieran en inglés para poder explicar lo que quería. O un buen hotel en la región fuera de temporada cuando la mayoría de este tipo de establecimientos están cerrados, o un magnífico restaurante en el valle del Loira donde celebrar el aniversario de unos buenos amigos, o hacer reservas en el último momento en una popular zona turística del Mediterráneo que casualmente estaba de camino aun yacimiento que yo deseaba visitar. Fuera lo que fuera, *monsieur* Bombard siempre se las arregló para conseguirlo, y le estoy realmente agradecida.

Para escribir este libro, la arqueología y la paleontología no fueron las únicas materias sobre las que tuve que documentarme, y hay otras varias personas que me proporcionaron una gran ayuda. Vaya mi más sincera gratitud al doctor Ronald Naito, especialista en medicina interna de Portland, Oregon, y mi médico personal durante muchos años, que estuvo dispuesto a visitarme después de sus horarios de consulta y contestar a mis preguntas acerca de los síntomas y evolución de ciertas enfermedades y heridas. También quiero expresar mi agradecimiento al doctor Brett Bolhofner, especialista en medicina ortopédica de St. Petersburg, Florida, por su información acerca de los traumatismos óseos, pero aún más por curar a mi hijo de sus lesiones de cadera y pelvis tras un accidente de circulación. Gracias asimismo a Joseph J. Pica, del Departamento de Traumatología y Cirugía Ortopédica, y auxiliar médico del doctor Bolhofner, por sus comprensibles explicaciones de las lesiones internas, y sus excelentes cuidados a mi hijo. También agradezco la información aportada por Rick Frye, auxiliar sanitario de emergencias del estado de Washington, acerca de lo primero que debe hacerse en caso de emergencia médica.

Gracias asimismo al doctor John Kallas, de Portland, Oregon, experto en la recolección de alimentos silvestres, que experimenta continuamente formas de procesarlos y cocinarlos, por compartir conmigo sus vastos conocimientos en materia

no sólo de alimentos vegetales, sino también de almejas, mejillones y vegetación marina. Yo no tenía la menor idea de que existiera tal cantidad de algas comestibles.

Y mi especial agradecimiento a Lenette Stroebel de Prineville, Oregon, que se dedica a la cría de caballos y ha intentado recuperar el tarpán originario a partir de caballos salvajes, obteniendo algunos resultados interesantes. Por ejemplo, tienen los cascos tan duros que no necesitan herraduras ni siquiera sobre terreno rocoso, sus crines erizadas, tienen rasgos similares a los de los caballos pintados en algunas cuevas, tales como las patas y la cola oscuras, y a veces listas en los costados, y lucen un precioso color gris conocido como «grullo». No sólo me permitió ver los caballos, sino que me habló mucho de ellos y más adelante me mandó una magnífica serie de fotografías del parto de una de sus yeguas, en las que me basé para la escena del nacimiento de la potranca de Whinney.

Doy las gracias a Claudine Fisher, profesora de francés en la Universidad Estatal de Portland, por sus traducciones del francés del material de investigación y la correspondencia, y por sus consejos y aclaraciones acerca de los manuscritos con que trabajaba, así como por su inestimable ayuda en otras cuestiones relacionadas con el francés.

A mis primeros lectores, Karen Auel-Feuer, Kendall Auel, Cathy Humble, Deanna Sterett, Claudine Fisher y Ray Auel, quienes leyeron apresuradamente el primer borrador acabado y ofrecieron buenas y constructivas sugerencias, gracias.

Estoy en deuda con Betty Prashker, mi aguda y perspicaz correctora. Sus sugerencias son siempre útiles, y sus puntos de vista, inestimables.

Mi más profundo agradecimiento a mi agente literaria, Jean Naggar, que viajó hasta aquí en avión para leer el primer borrador y, junto con su marido, Serge Naggar, hizo algunas sugerencias, pero me dijo que el libro era aceptable. Me ha apoyado desde el principio, haciendo milagros con esta serie. Gracias asimismo a Jennifer Weltz, de la agencia literaria de Jean V. Naggar, que colabora con Jean para seguir obrando milagros, especialmente en el terreno de los derechos en el extranjero.

Con gran pesar, expreso mi gratitud *in memoriam* a David Abrams, profesor de antropología y arqueología de Sacramento, California. En 1982, David y su ayudante de investigación, que con el tiempo se convertiría en su esposa, Diane Kelly, nos guiaron a Ray y a mí en mi primer viaje de investigación por Europa —Francia, Austria, Checoslovaquia y Ucrania (por entonces parte de Rusia)— para visitar algunos de los yacimientos donde se centraron después los libros de la serie Los Hijos de la Tierra , ambientada hace 30 000 años. Tuve ocasión de obtener una percepción de esos lugares, lo cual fue para mí una inestimable ayuda. Entablamos amistad con David y Diane, y nos vimos varias veces a lo largo de los años, tanto en Estados Unidos como en Europa. Fue muy triste para nosotros enteramos de que estaba tan enfermo —era demasiado joven para dejarnos—, pero resistió tenazmente durante mucho más tiempo del que se le había pronosticado, manteniendo siempre una actitud admirablemente positiva. Lo echo de menos.

Debo dar las gracias también *in memoriam* a otro querido amigo, Richard Ausman, que me ayudó a escribir estos libros diseñando lugares cómodos donde yo pudiera vivir y trabajar. Oz tenía un especial talento para crear hogares prácticos y hermosos pero, más importante aún, fue un buen amigo de Ray y mío durante muchos años. Pensó que le habían detectado el cáncer a tiempo, y se casó con Paula, manteniendo viva la esperanza al lado de ella y sus hijos durante mucho tiempo, pero no fue así. Me produce una gran tristeza el hecho de que no esté ya con nosotros.

Probablemente debería dar las gracias también a otras muchas personas por sus ideas y su ayuda, pero la lista es ya demasiado larga, así que terminaré con aquel que más cuenta para mí. Expreso mi gratitud a Ray, por su amor, apoyo y aliento; por ayudarme a crear el tiempo y el espacio que necesito para trabajar pese a mis extraños horarios, y por estar ahí.

Lista de personajes

Ayla: de la Novena Caverna de los zelandonii, antes Ayla del Campamento del León de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario, amiga de los caballos Whinney y Corredor y del cazador cuadrúpedo Lobo.

Jondalar: de la Novena Caverna de los zelandonii, futuro compañero de Ayla, hijo de la exjefa, hermano del jefe (llamado Jondé por su hermana Folara).

Zelandoni/Zolena: actual Zelandoni, examante de Jondalar.

Thonolan (m.): hermano menor de Jondalar, fallecido durante el viaje.

Folara: hermana menor de Jondalar.

Marthona: madre de Jondalar, exjefa; madre también de Joharran y Folara.

Willamar: compañero de Marthona, maestro de comercio, viajero.

Tivonan: aprendiz de comerciante de Willamar.

Joconan (m.): primer compañero de Marthona, fallecido, hombre del hogar de Joharran.

Joharran: hermano mayor de Jondalar, jefe de la Novena Caverna.

Proleva: compañera de Joharran.

Jaradal: hijo de Proleva, del hogar de Joharran.

Levela: hermana menor de Proleva, compañera de Jondecam.

Jondecam: compañero de Levela, sobrino de Kimeran e hijo de la Zelandoni de la Segunda Caverna.

Velima: madre de Proleva y Levela.

Solaban: cazador, consejero y amigo de Joharran.

Ramara: compañera de Solaban.

Robenan: hijo de Ramara.

Rushemar: cazador, consejero y amigo de Joharran.

Salova: compañera de Rushemar.

Marsola: hija de Salova.

Marona: exnovia de Jondalar.

Wylopa: prima de Marona.

Portula: amiga de Marona.

Lorava: hermana menor de Portula.

Ramila: amiga de Folara.

Galeya: amiga de Folara.

Shevoran (m.): hombre que muere cazando.

Relona: compañera de Shevoran.

Ranokol: hermano de Shevoran.

Brukeval: primo lejano de Jondalar (con algún ascendiente del clan).

Madroman: antes llamado Ladroman, acólito de la Quinta Caverna.

Laramar: hombre que elabora barma.

Tremeda: compañera de Laramar.

Bologan: hijo de Tremeda, el mayor, doce años.

Lanoga: hija de Tremeda, diez años.

Lorala: hija de Tremeda, unos seis meses.

Tiene tres hijos más: de ocho, seis y dos años.

Stelona: mujer mayor que amamanta a Lorala.

Charezal: nuevo miembro de la Novena Caverna, desconocido para Jondalar.

Thefona: mejor vigía de la Tercera Caverna, la de vista más aguda.

Thevola: mujer que confecciona paneles de cuero crudo.

Lanidar: muchacho de la Novena Caverna con el brazo derecho deforme, doce años.

Mardena: madre de Lanidar.

Denoda: madre de Mardena.

Janida: compañera de Peridal.

Peridal: compañero de Janida.

Matagan: joven corneado por un rinoceronte lanudo.

Tishona: compañera de Marsheval.

Marsheval: compañero de Tishona.

Lenadar: amigo de Tivonan (aprendiz de Willamar).

Dynoda: compañera de Jacsoman de la Séptima Caverna.

Jacsoman: compañero de Dynoda.

JEFES

Manvelar: jefe de la Tercera Caverna, Roca de los Dos Ríos.

Morizan: hijo de la compañera de Manvelar, hijo de su hogar.

Kareja: jefa de la Undécima Caverna, Sitio del Río.

Dorova: madre de Kareja.

Brameval: jefe de la Decimocuarta Caverna, Pequeño Valle.

Kimeran: jefe de la Segunda Caverna de los zelandonii, Hogar del Patriarca, hermano de la Zelandoni de la Segunda Caverna, tío de Jondecam.

Denanna: jefa de las tres heredades de la Vigésimo novena Caverna, Tres Rocas, y más concretamente de la Heredad Sur, Roca del Reflejo.

Tormaden: jefe de la Decimonovena Caverna de los zelandonii.

ZELANDONIA

Zelandoni de la Undécima Caverna, Sitio del Río, homosexual.

Marolan: amigo y compañero del Zelandoni de la Undécima.

Zelandoni de la Tercera Caverna, Roca de los Dos Ríos, anciano.

Zelandoni de la Decimocuarta Caverna, Pequeño Valle, mujer de mediana edad.

Zelandoni de la Segunda Caverna, Hogar del Patriarca, hermana mayor de Kimeran, madre de Jondecam.

Zelandoni de la Séptima Caverna, Roca de la Cabeza de Caballo, anciano de blancos cabellos, abuelo de la Zelandoni de la Segunda y Kimeran.

Zelandoni de la Decimonovena Caverna, anciana de blancos cabellos.

Zelandoni de la Quinta Caverna, Viejo Valle, hombre de mediana edad.

Zelandoni de la Vigésimo novena Caverna, Tres Rocas, y mediadora entre los tres zelandonia coadjutores y los tres jefes de los tres emplazamientos separados de la Vigésimo novena Caverna.

Zelandoni coadjutor de la Vigésimo novena Caverna, el Zelandoni de la Roca del Reflejo (Heredad Sur), hombre de mediana edad.

Zelandoni coadjutor de la Vigésimo novena Caverna, el Zelandoni de Cara Sur (Heredad Norte), hombre joven.

Zelandoni coadjutora de la Vigésimo novena Caverna, el Zelandoni de Campamento de Verano (Heredad Oeste), mujer de mediana edad.

Primera Acólita de la Segunda Caverna (casi Zelandoni), mujer joven.

Jonokol: Primer Acólito de la Novena Caverna, hombre joven.

Mikolan: Segundo Acólito de la Decimocuarta Caverna, hombre muy joven.

Mejera: acólita de la Tercera Caverna (antes de la Decimocuarta), mujer muy joven.

Madroman: acólito de la Quinta Caverna (antes Ladroman de la Novena Caverna), hombre joven.

Cuarto Acólito de la Quinta Caverna, hombre muy joven.

PRIMERA CAVERNA DE LOS LANZADONII (Caverna de Dalanar)

Dalanar: hombre del hogar de Jondalar, excompañero de Marthona, fundador de los lanzadonii.

Jerika: compañera de Dalanar, cofundadora de los lanzadonii.

Ahnlay (m.): madre de Jerika, fallecida.

Hochaman: hombre del hogar de Jerika, gran viajero.

Joplaya: hija de Jerika, hija del hogar de Dalanar.

Echozar: compañero de Joplaya, con ascendencia del clan.

Andovan (m.): hombre que ayudó a criar a Echozar.

Yoma (m.): madre de Echozar, mujer del clan.

Whinney: caballo de Ayla, yegua de color pardo amarillento, caballo Przewalski.

Corredor: caballo de Jondalar, corcel zaino (castaño), caballo Cherski (poco común).

Lobo: el lobo de Ayla.

Capítulo 1

La gente se congregaba sobre el saliente de piedra caliza, mirándolos con recelo. Nadie hizo un solo gesto de bienvenida, y algunos tenían las lanzas empuñadas y a punto, por no decir en actitud abiertamente amenazadora. La joven casi palpaba el temor tenso de todos ellos. Mientras los observaba desde el sendero, otras personas acudían a asomarse al saliente, muchas más de las que ella esperaba. Ya había visto esa reticencia a acogerlos en otras gentes que habían conocido a lo largo del viaje. «No es cosa sólo de ellos, se dijo; al principio pasa lo mismo con todo el mundo». Pero estaba intranquila.

El hombre alto saltó de lomos del joven corcel, y aunque él no sentía reticencia ni intranquilidad, vaciló un instante, manteniendo sujeto el cabestro del caballo. Se volvió y advirtió que ella se quedaba atrás.

—Ayla, ¿puedes coger la cuerda de Corredor? Lo noto nervioso —dijo. Levantando la vista en dirección al saliente, añadió—: También ellos parecen nerviosos, supongo.

Ella asintió con la cabeza, alzó una pierna, se deslizó del lomo de la yegua y agarró la cuerda. Además de la tensión de ver a desconocidos, el joven caballo de pelaje castaño experimentaba todavía cierta agitación cerca de su madre. La yegua ya no estaba en celo, pero la envolvían aún los olores de su encuentro con el semental de la manada. Ayla sujetó en corto el cabestro del macho castaño y, por el contrario, dio cuerda de sobra a la yegua de color pardo amarillento, situándose entre ambos. Pensó en dejar suelta a Whinney; su yegua estaba ya más habituada a los grupos numerosos de personas nuevas y, por lo general, era poco excitable, pero en ese momento también parecía nerviosa. Aquella muchedumbre pondría nervioso a cualquiera.

Cuando apareció el lobo, Ayla oyó murmullos de inquietud y alarma en el saliente que se extendía frente a la caverna… si podía llamarse a aquello «caverna». Ella nunca había visto ninguna parecida. Lobo se apretó contra su pierna y avanzó un poco hasta colocarse frente a ella en actitud recelosamente defensiva. Ayla percibía la vibración de su gruñido casi inaudible. Lobo se mostraba mucho más cauteloso en presencia de desconocidos ahora que un año atrás cuando iniciaron el largo viaje, pero por entonces era poco más que un cachorro, y tras algunas experiencias peligrosas se había vuelto más protector para con ella.

En su ascenso por la cuesta hacia aquella gente suspicaz, el hombre no revelaba el menor miedo, pero la mujer agradeció la oportunidad de esperar algo alejada y observar antes de tener que conocerlos. Ayla llevaba más de un año aguardando aquel momento con expectación y pánico, y las primeras impresiones eran importantes… para ambas partes.

Si bien los demás permanecieron donde estaban, una joven corrió sendero abajo hacia él. Jondalar reconoció de inmediato a su hermana menor, pese a que en sus cinco años de ausencia la preciosa niña había crecido hasta convertirse en una muchacha hermosa.

—¡Jondalar! ¡Sabía que eras tú! —exclamó ella abalanzándose hacia él—. ¡Por fin has vuelto a casa!

Jondalar la estrechó con fuerza entre sus brazos y luego, en su entusiasmo, la levantó del suelo y dio vueltas con ella en volandas.

—¡Folara, cuánto me alegro de verte! —Tras dejarla en tierra, la contempló a distancia—. ¡Vaya si has crecido! Eras sólo una niña cuando me fui, y ahora eres una mujer hermosa… tan hermosa como yo imaginaba que serías —declaró con un brillo en los ojos no precisamente fraternal.

Ella sonrió, miró aquellos ojos de un azul increíblemente intenso, y se sintió atraída por su magnetismo. Se ruborizó, y no por el cumplido de Jondalar —aunque eso pensaron los circunstantes—, sino por la súbita atracción que le había despertado aquel hombre, hermano o no, a quien no veía desde hacía muchos años. Había oído anécdotas acerca de aquel apuesto hermano mayor de ojos poco comunes, capaz de cautivar a cualquier mujer; pero ella recordaba únicamente a un alto compañero de diversiones que la adoraba y se prestaba a participar en cualquier juego o actividad que ella le propusiera. Ésa era la primera vez en que, como mujer joven, se hallaba expuesta al efecto del carisma inconsciente de su hermano. Jondalar percibió la reacción de Folara y sonrió afectuosamente ante su encantador desconcierto.

Ella lanzó una ojeada hacia el pie del sendero, donde discurría junto al riachuelo.

—¿Quién es esa mujer, Jondé? —preguntó—. ¿Y de dónde han salido esos animales? Los animales huyen de las personas. ¿Por qué esos animales no huyen de ella? ¿Es una Zelandoni? ¿Los ha llamado? —De pronto frunció el entrecejo—. ¿Dónde está Thonolan?

Folara respiró hondo al ver la expresión de dolor que tensaba la frente de Jondalar.

—Thonolan viaja ahora por el otro mundo, Folara —respondió él—. Y yo no estaría aquí de no ser por esa mujer.

—¡Oh, Jondé! ¿Qué ha ocurrido?

—Es una larga historia, y éste no es momento para contarla —dijo Jondalar, pero no pudo reprimir una sonrisa al oírse llamar Jondé; era el apelativo personal de su hermana para dirigirse a él—. Nadie me había llamado Jondé desde que me marché. Ahora sé que he vuelto a casa. ¿Cómo están todos? ¿Se encuentra bien nuestra madre? ¿Y Willamar?

—Los dos están bien. Madre nos dio un susto hace un par de años, pero la Zelandoni aplicó su magia especial y parece que ahora goza de buena salud. Ven a verlo con tus propios ojos —propuso Folara cogiéndolo de la mano y tirando de él cuesta arriba.

Jondalar se volvió y con señas indicó a Ayla que no tardaría en regresar. No le gustaba la idea de dejarla allí sola con los animales, pero tenía que ver a su madre, ver con sus propios ojos que estaba bien. Ese «susto» le preocupaba, y tenía que hablar con la gente acerca de los animales. Ayla y él habían llegado a comprender la extrañeza y el temor que producía en la mayoría de las personas el hecho de que los animales no huyeran de ellos.

La gente conocía a los animales. Los cazaban todas las personas con quienes se habían cruzado a lo largo de su viaje, y muchas honraban o les rendían homenaje a ellos o a sus espíritus de un modo u otro. Los animales habían sido objeto de atenta observación desde tiempos inmemoriales. La gente conocía sus comidas y hábitats preferidos, sus pautas migratorias y desplazamientos estacionales, sus épocas de celo y alumbramiento. Pero nadie había intentado tocar de un modo amistoso a un animal que estuviera aún vivo y respirando. Nadie había intentado atar una cuerda en torno a la cabeza de un animal y llevarlo a rastras de un lado a otro. Nadie había intentado domar a un animal, ni imaginado siquiera que esto fuera posible.

Por más que a aquella gente le complaciera ver a un pariente regresar de un largo viaje —sobre todo tratándose de un pariente que pocos esperaban volver a ver—, los animales domados eran un fenómeno tan inusual que su primera reacción fue el miedo. Resultaba algo tan extraño, tan inexplicable, tan ajeno a su experiencia e inasequible a su imaginación que no podía ser natural. Tenía que ser antinatural, sobrenatural. Sólo una cosa impedía a muchos de ellos echarse a correr para esconderse o intentar matar a esos temibles animales: el hecho de que Jondalar, a quien conocían, hubiera llegado con ellos y en ese momento subiera con su hermana por el sendero desde el Río del Bosque, presentando un aspecto absolutamente normal bajo la intensa luz del sol.

Folara había demostrado cierto valor al precipitarse cuesta abajo tal como había hecho, pero era joven y tenía la temeridad propia de la edad. Además, estaba tan contenta de ver a su hermano predilecto que no había podido esperar. Jondalar nunca le causaría el menor daño, y a él no le asustaban aquellos animales.

Ayla observaba desde el pie del sendero mientras la gente se acercaba a él y le daba la bienvenida con sonrisas, abrazos, besos, palmadas, apretones de manos y muchas palabras. Se fijó en una mujer muy gruesa, en un hombre a quien Jondalar abrazó y en otra mujer de mayor edad a quien saludó afectuosamente y mantuvo rodeada con el brazo. Probablemente su madre, concluyó Ayla, preguntándose qué opinaría la mujer de ella.

Ésa era la gente con la que Jondalar había crecido: su familia, sus parientes, sus amigos. Ella, en cambio, era una desconocida, una desconocida inquietante que llegaba acompañada de animales y conocía a saber qué amenazadoras costumbres foráneas e ideas intolerables. ¿La aceptarían? ¿Y si no era así? Ayla no podía volver al lado de los suyos, que vivían a más de un año de viaje hacia el este. Jondalar había prometido que se iría con Ayla si ella quería marcharse —o se veía obligada a ello—;

pero eso lo había dicho antes de verlos a todos, antes de recibir una acogida tan calurosa. ¿Seguiría pensando lo mismo?

Notó un ligero golpe en la espalda y echó atrás el brazo para acariciar el fuerte cuello de Whinney, agradeciendo que su amiga le recordara que no estaba sola. Cuando vivía en el valle, después de abandonar el clan, aquella yegua había sido durante mucho tiempo su única compañía. Ayla no había notado que el cabestro de Whinney perdía tensión en su mano al acercarse el animal, pero dio un poco más de cuerda a Corredor. Normalmente la yegua y su hijo se proporcionaban amistad y consuelo mutuos, pero el celo de la madre había alterado la relación habitual entre ambos.

Aumentaba el número de gente —¿cómo podían ser tantos?— que miraba en dirección a Ayla. Jondalar hablaba fervorosamente con un hombre de pelo castaño. De pronto hizo una seña a Ayla y sonrió. Cuando volvió a encaminarse cuesta abajo, lo seguían la joven, el hombre de pelo castaño y unos cuantos más. Ayla respiró hondo y aguardó.

A medida que se aproximaban, el gruñido del lobo subía de volumen. Ayla alargó la mano hacia el animal para mantenerlo junto a ella.

—Calma, Lobo. Son los parientes de Jondalar —dijo.

Aquel tranquilizador contacto era una señal para que dejara de gruñir, de mostrarse amenazador. Había sido difícil lograr que aprendiera esa señal, pero el esfuerzo había merecido la pena, y ese momento en especial era buena prueba de ello, pensó. Lamentó no conocer también alguna clase de contacto que la serenara a ella.

El grupo que acompañaba a Jondalar se detuvo a cierta distancia, procurando disimular su temor y no posar la mirada en los animales, que los miraban a ellos fijamente y permanecían en el sitio pese a la cercanía de los desconocidos. Jondalar salvó la situación.

—Creo que deberíamos empezar por las presentaciones formales, Joharran —sugirió volviéndose hacia el hombre de pelo castaño.

Cuando Ayla soltó los cabestros preparándose para la presentación formal, que exigía el contacto con ambas manos, los caballos retrocedieron, pero el lobo se quedó a su lado. Ella advirtió un asomo de miedo en los ojos del hombre —aunque tuvo la impresión de que pocas cosas lo intimidaban— y lanzó una mirada fugaz a Jondalar, preguntándose si tenía alguna razón para desear que las presentaciones formales se realizaran de inmediato. Observó con atención al hombre y de pronto le recordó a Brun, el jefe del clan con el que se había criado, un hombre poderoso, inteligente, orgulloso, capaz, sin miedo a prácticamente nada…, excepto al mundo de los espíritus.

—Ayla, te presento a Joharran, el jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, hijo de Marthona, exjefa de la Novena Caverna, nacida en el Hogar de Joconan, exjefe de la Novena Caverna —dijo el hombre alto y rubio con seriedad. Sonriendo añadió—: Y por si fuera poco, hermano de Jondalar, viajero por tierras lejanas.

El comentario provocó sonrisas y alivió en cierta medida la tensión. Para presentarse formalmente, una persona podía, en rigor, enumerar su lista completa de nombres y lazos de parentesco a fin de dar validez a su estatus —todos sus títulos, designaciones y logros, y todos sus ancestros y parientes, junto con los títulos y logros de éstos—, y algunos así lo hacían. Pero por costumbre, salvo en las ocasiones más solemnes, bastaba con mencionar los principales. Sin embargo, no era infrecuente entre los jóvenes, especialmente entre hermanos, acabar el largo y a veces tedioso recitado del parentesco con un colofón jocoso, y Jondalar estaba recordándole a Joharran los tiempos pasados, cuando aún no cargaba con las responsabilidades del liderazgo.

—Joharran, ésta es Ayla de los Mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el Oso Cavernario.

El hombre de pelo castaño recorrió la distancia que lo separaba de la joven y le tendió las dos manos, con las palmas hacia arriba, en el gesto protocolario de bienvenida y amistad sin reservas. No había identificado ninguno de sus lazos y no estaba, pues, muy seguro de cuáles eran los más importantes.

—En el nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts —dijo.

Ayla le cogió las dos manos.

—En el nombre de Mut, la Gran Madre de Todos, yo te saludo, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii —en este punto sonrió— y hermano del viajero Jondalar.

Joharran notó, en primer lugar, que Ayla hablaba bien su lengua, pero con un acento poco corriente, y luego tomó conciencia de su extraña vestimenta y su aspecto foráneo; pero cuando Ayla le sonrió, él le devolvió la sonrisa, en parte porque ella había demostrado comprender el comentario de Jondalar y dejado claro a Joharran que su hermano era importante para ella, pero sobre todo porque no pudo resistirse a su sonrisa.

Ayla era una mujer atractiva para cualquier hombre: alta, de cuerpo firme y bien formado, cabello largo y trigueño con tendencia a ondularse, ojos claros de un gris azulado y rasgos delicados, aunque algo distintos a los de las mujeres Zelandonii. Cuando sonreía daba la impresión de que el sol hubiera proyectado sobre ella un rayo especial que iluminaba desde dentro cada una de sus facciones. Parecía irradiar tan deslumbrante belleza que Joharran contuvo la respiración. Jondalar siempre decía que Ayla tenía una sonrisa excepcional, y al ver que su hermano no era inmune a ella, él mismo sonrió con expresión burlona.

A continuación Joharran advirtió que el corcel se acercaba a Jondalar con brincos nerviosos y echó una ojeada al lobo.

—Me ha dicho Jondalar que es necesario preparar algún tipo de… esto… alojamiento para los animales… En algún lugar cercano, supongo. —«No muy

cercano», pensó.

—Los caballos sólo necesitan un campo con hierba y agua que no esté muy lejos —explicó Ayla—. Pero conviene avisar a la gente de que al principio nadie debe aproximarse a menos que Jondalar o yo estemos con ellos.

—No creo que eso sea un problema —dijo Joharran, advirtiendo el movimiento de la cola de Whinney, y mirando a Ayla añadió—: Pueden quedarse aquí si este pequeño valle es apropiado.

—Aquí estarán bien —afirmó Jondalar—. Pero los llevaremos río arriba, a cierta distancia.

—Lobo acostumbra a dormir a mi lado —continuó Ayla reparando en que Joharran fruncía el entrecejo—. Ha adoptado conmigo una actitud muy protectora, y podría causar un alboroto si no le permitimos quedarse cerca.

Ayla notó el parecido entre Joharran y Jondalar, sobre todo en la frente tensa a causa de la preocupación, y deseó sonreír. Pero el hombre estaba sinceramente alarmado. No era momento para sonrisas, pese a que la expresión de Joharran produjera a Ayla una sensación de cálida familiaridad.

También Jondalar había percibido la preocupación de su hermano.

—Probablemente éste sea un buen momento para hacer las presentaciones entre Joharran y Lobo —propuso.

Su hermano abrió los ojos desmesuradamente en un gesto de pánico, pero Ayla, sin darle tiempo a protestar, le cogió la mano y se agachó junto al carnívoro. Rodeó con el brazo el cuello del enorme lobo para aplacar un incipiente gruñido, segura de que Lobo olía el miedo del hombre, ya que incluso ella lo olía.

—Primero déjale oler tu mano —dijo Ayla—. Ésa es la presentación formal para Lobo.

A partir de experiencias anteriores, el lobo había aprendido que para Ayla era importante que él aceptara en su manada de humanos a aquellas personas que ella le presentaba de ese modo. Le disgustaba el olor del miedo, pero olfateaba al hombre para familiarizarse con él.

—¿Has acariciado alguna vez el pelaje de un lobo vivo, Joharran? —preguntó Ayla alzando la vista para mirarlo—. Notarás que es un poco áspero —acompañó la mano de Joharran por el enmarañado pelo del cuello del animal—. Aún está pelechando, y como le pica, le encanta que le rasquen detrás de las orejas —prosiguió mientras le mostraba cómo hacerlo.

Joharran palpó el pelaje; le llamó la atención su cálido contacto. De repente adquirió plena conciencia de que aquél era un lobo vivo, y al parecer no le importaba que lo tocaran.

Ayla observó que Joharran ya no tenía la mano tan agarrotada, y que hasta intentaba friccionar donde ella le había indicado.

—Déjale oler otra vez tu mano.

Joharran acercó la mano al hocico de Lobo y luego miró sorprendido a Ayla.

—¡Este lobo me ha lamido! —exclamó sin saber si eso era un primer paso hacia algo mejor… o peor. Vio entonces que Lobo lamía el rostro de Ayla, y ella parecía muy complacida.

—Sí, Lobo, te has portado bien —dijo Ayla, sonriente, a la vez que le acariciaba y alborotaba el pelo.

A continuación se levantó y se dio unas palmadas en la parte anterior de los hombros. El lobo, de un salto, se irguió sobre las patas traseras, apoyó las manos donde Ayla le había señalado y le lamió el cuello mientras ella le exponía la garganta. Luego, con un vibrante gruñido, pero también con gran delicadeza, tomó en su boca la barbilla y la mandíbula de Ayla.

Jondalar advirtió las exclamaciones de estupefacción de Joharran y los demás, y cayó en la cuenta de lo aterradora que debía de parecer esa demostración de afecto lobuno a quienes no sabían interpretarla como tal. Su hermano lo miró con una mezcla de miedo y asombro.

—¿Qué le hace el lobo?

—¿Estás seguro de que no hay peligro? —preguntó Folara casi al mismo tiempo, incapaz ya de quedarse quieta.

Los demás se movían también, indecisos y nerviosos. Jondalar sonrió.

—Sí, Ayla está perfectamente. Lobo la adora; jamás le haría daño. Así manifiestan los lobos su afecto. A mí me llevó un tiempo acostumbrarme. Tanto Ayla como yo conocemos a Lobo desde que era un cachorrillo revoltoso.

—¡Eso ya no es un cachorro! ¡Es un lobo enorme! Es el lobo más grande que he visto en mi vida —declaró Joharran—. Podría desgarrarle la garganta.

—Sí. Podría hacerlo. Yo mismo he visto cómo desgarraba la garganta a una mujer…, una mujer que pretendía matar a Ayla —dijo Jondalar—. Lobo la protege.

Los zelandonii que observaban la escena exhalaron un suspiro colectivo de alivio cuando el lobo bajó las patas y se colocó junto a Ayla con la boca abierta y la lengua colgando a un lado, enseñando los dientes. Lobo presentaba la expresión que Jondalar consideraba su sonrisa lobuna, como si se sintiera satisfecho de sí mismo.

—¿Siempre hace eso? —preguntó Folara—. ¿A… todo el mundo?

—No —respondió Jondalar—. Sólo a Ayla, y a veces a mí si está especialmente contento, y sólo si se lo permitimos. Se porta bien. No hará daño a nadie… a menos que Ayla sea amenazada.

—¿Tampoco a los niños? —dijo Folara—. A menudo los lobos van tras los más débiles y pequeños.

La preocupación se dibujó en los rostros de los circunstantes al mencionarse a los niños.

—Lobo adora a los niños —se apresuró a aclarar Ayla—, y actúa con ellos de una manera muy protectora, sobre todo con los más pequeños y débiles. Se crió con los niños del Campamento del León.

—Había allí un niño muy débil y enfermizo, miembro del Hogar del León —añadió Jondalar—. Tendríais que haberlos visto jugar juntos. Lobo lo trataba siempre con mucho cuidado.

—Es un animal muy poco corriente —comentó otro hombre—. Cuesta creer que un lobo se comporte de un modo tan… poco lobuno.

—Tienes razón, Solaban —convino Jondalar—. Su comportamiento parece muy poco lobuno a la gente, pero si fuéramos lobos no pensaríamos lo mismo. Se crió entre humanos, y dice Ayla que considera a los humanos su manada. Los trata como si fueran de los suyos.

—¿Caza? —quiso saber el hombre a quien Jondalar había llamado Solaban.

—Sí —contestó Ayla—. A veces caza solo, para él, y a veces nos ayuda a cazar a nosotros.

—¿Cómo sabe qué debe cazar y qué no? —preguntó Folara—. ¿Por qué, por ejemplo, no ataca a esos caballos?

Ayla sonrió.

—Los caballos también forman parte de su manada. Como ves, no le tienen miedo. Lobo nunca caza personas. Por lo demás, puede cazar a cualquier animal, a menos que yo se lo prohíba.

—Y si tú se lo prohíbes, ¿te obedece? —preguntó otro hombre.

—Así es, Rushemar —afirmó Jondalar.

El hombre movió la cabeza en un gesto de asombro. Resultaba difícil creer que alguien pudiera ejercer tal control sobre un poderoso animal cazador.

—¿Y bien, Joharran? —dijo Jondalar—. ¿Te parece suficientemente seguro que dejemos subir a Ayla y Lobo?

Tras reflexionar por un momento, Joharran asintió.

—Pero si hay algún problema…

—No lo habrá, Joharran —aseveró Jondalar. Se volvió hacia Ayla y explicó—: Mi madre nos ha invitado a quedarnos en su vivienda. Folara aún vive con ella, pero tiene su propia habitación, al igual que Marthona y Willamar. Él ha salido en misión comercial. Mi madre nos ha ofrecido el espacio central de la vivienda. Naturalmente, si lo prefieres, podemos alojarnos con la Zelandoni en el hogar de los visitantes.

—Aceptaré encantada la hospitalidad de tu madre, Jondalar —dijo Ayla.

—¡Estupendo! Mi madre ha sugerido también que dejemos las presentaciones más formales para cuando nos hayamos acomodado. Creo que no tiene sentido estar repitiendo lo mismo a cada persona cuando podemos presentarnos ante todos al mismo tiempo.

—Ya estamos planeando un festejo de bienvenida para esta noche —anunció Folara—. Y probablemente organizaremos otro más adelante, para las cavernas vecinas.

—Agradezco la consideración de tu madre, Jondalar. Será más fácil conocer a todo el mundo a la vez, pero podrías presentarme ahora a esta joven —dijo Ayla.

Folara sonrió.

—Claro, ésa era mi intención —respondió Jondalar—. Ayla, ésta es mi hermana Folara, bendecida por Doni, de la Novena Caverna de los zelandonii; hija de Marthona, exjefa de la Novena Caverna; nacida en el hogar de Willamar, viajero y maestro de comercio; hermana de Joharran, jefe de la Novena Caverna; hermana de Jondalar…

—A ti ya te conoce, Jondalar, y yo ya he oído sus nombres y lazos de parentesco —atajó Folara, cansada de formalidades, y tendió las manos a Ayla—. En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, amiga de caballos y lobos.

La muchedumbre congregada en el soleado porche de piedra retrocedió rápidamente en cuanto vio encaminarse sendero arriba a la mujer y el lobo, junto con Jondalar y la pequeña comitiva. Luego uno o dos avanzaron un paso mientras los Otros, desde atrás, se estiraban para ver algo.

Cuando llegaron al saliente de piedra, apareció ante los ojos de Ayla el espacio de vivienda de la Novena Caverna de los zelandonii. La vista la sorprendió.

Si bien sabía que en la denominación del hogar de Jondalar la palabra «caverna» no hacía referencia a un lugar sino al grupo de personas que allí habitaban, la formación que veía no era una caverna, o al menos no lo era tal como ella la concebía. Para Ayla una caverna era una cámara oscura o una serie de cámaras en el interior de una pared rocosa, en un precipicio o bajo tierra, con una abertura al exterior. En cambio, el espacio de vivienda de aquella gente era la superficie situada bajo una enorme cornisa que sobresalía del precipicio de piedra caliza, un refugio, que protegía de la lluvia o la nieve, pero que quedaba abierto a la luz del día.

Los altos precipicios de la región fueron en otro tiempo el lecho de un antiguo mar. A medida que los crustáceos que vivían en ese mar se desprendían de sus caparazones, éstos fueron amontonándose en el fondo y, finalmente, se convirtieron en carbonato de calcio, piedra caliza. En ciertos períodos, por diversas razones, parte de los caparazones depositados formaba gruesas capas de piedra caliza de mayor dureza. Cuando la tierra se desplazó y el lecho marino quedó al descubierto se convirtió por fin en precipicios. La acción del viento y el agua erosionó con mayor facilidad la piedra relativamente más blanda, abriendo profundos espacios y dejando en medio salientes de roca más dura.

Aunque los precipicios estaban también llenos de cavernas en el sentido convencional —lo cual era característico de la piedra caliza—, estas inusitadas formaciones semejantes a repisas constituían refugios de piedra que resultaban excepcionalmente adecuados como viviendas y habían sido utilizados como tales durante muchos miles de años.

Jondalar guió a Ayla hacia la mujer de mayor edad que ella había visto desde el pie del sendero. Era una mujer alta y esperaba pacientemente con porte majestuoso. Tenía el cabello más gris que castaño claro y lo llevaba recogido en una larga trenza

enrollada detrás de la cabeza. Sus ojos claros, de mirada franca y estimativa, eran también grises.

Una vez ante ella, Jondalar inició la presentación formal.

—Ayla, ésta es Marthona, exjefa de la Novena Caverna de los zelandonii; hija de Jemara; nacida en el hogar de Rabanar; unida a Willamar, maestro de comercio de la Novena Caverna; madre de Joharran, jefe de la Novena Caverna; madre de Folara, bendecida de Doni; madre de… —se disponía a nombrar a Thonolan, pero vaciló por un instante y luego se apresuró a sustituir el nombre de su hermano por el suyo propio— Jondalar, viajero retornado —se volvió entonces hacia su madre—. Marthona, ésta es Ayla, del Campamento del León de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el espíritu del Oso Cavernario.

Marthona tendió las manos.

—En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi.

—En nombre de Mut, Gran Madre de Todos, yo te saludo, Marthona de la Novena Caverna de los zelandonii y madre de Jondalar —dijo Ayla mientras se estrechaban las manos.

Escuchando a Ayla, Marthona sintió extrañeza por su peculiar pronunciación, notó lo bien que hablaba a pesar de ello, y pensó que se trataba bien de un defecto del habla sin importancia, bien del acento de una lengua totalmente ajena hablada en algún lugar muy lejano. Sonrió.

—Ayla, has recorrido un largo camino y dejado atrás todo aquello que conocías y amabas. De no ser por eso dudo que ahora tuviera a Jondalar de regreso. Te doy las gracias por ello. Espero que pronto te sientas aquí como en tu propia casa, y haré cuanto esté en mis manos por ayudarte.

Ayla supo que la madre de Jondalar hablaba con sinceridad. Su naturalidad y franqueza eran auténticas; se alegraba del regreso de su hijo. Ayla sintió alivio y gratitud por la acogida de Marthona.

—Estaba impaciente por conocerte desde la primera vez que Jondalar me habló de ti…, pero tenía también un poco de miedo —contestó con igual franqueza y naturalidad.

—Lo comprendo. También a mí, en tu lugar, me habría resultado muy difícil. Ven, te enseñaré dónde puedes dejar tus cosas. Debes de estar agotada, y querrás descansar antes de la celebración de bienvenida de esta noche —dijo Marthona guiándola a ella y a Jondalar hacia el espacio cubierto bajo el saliente de roca.

De pronto, Lobo empezó a lanzar débiles aullidos, unos gañidos semejantes a los de un cachorro, y adoptó una juguetona postura, con las patas delanteras extendidas ante él y las ancas y el rabo en alto.

Jondalar se sobresaltó.

—¿Qué hace?

Ayla, también un tanto sorprendida, miró a Lobo. El animal repitió los gestos, y una sonrisa se dibujó súbitamente en los labios de Ayla.

—Me parece que intenta atraer la atención de Marthona —explicó—. Cree que no se ha fijado en él y quiere ser presentado.

—Y también yo deseo conocerlo —aseguró Marthona.

—¡No le tienes miedo! —exclamó Ayla—. ¡Y él lo sabe!

—He estado observando y no he visto nada que temer —dijo ella extendiendo la mano hacia el lobo.

El animal le olfateó la mano, se la lamió y volvió a aullar.

—Creo que Lobo quiere que lo toques —indicó Ayla—. Le encanta recibir atenciones de las personas que le caen bien.

—Te gusta esto, ¿eh? —dijo la mujer mientras lo acariciaba—. ¿Lobo? ¿Es así como lo llamas?

—Sí. Es la palabra «lobo» en lengua mamutoi —aclaró Ayla—. Parecía el nombre idóneo para él.

—Nunca lo había visto coger cariño a alguien tan deprisa —comentó Jondalar mirando a su madre con profundo respeto.

—Ni yo —confirmó Ayla mientras miraba a Marthona junto al lobo—. Quizá se alegra de conocer por fin a alguien que no le tiene miedo.

Cuando se adentraron en la sombra proyectada por el saliente de piedra, Ayla notó un descenso inmediato de la temperatura. La recorrió un escalofrío de miedo y alzó la vista para mirar la enorme repisa de piedra que sobresalía de la pared del precipicio, preguntándose si podía desplomarse. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de claridad, quedó atónita, y no sólo por la formación física del hogar de Jondalar. Bajo el refugio de roca había un amplísimo espacio, mucho mayor de lo que Ayla había imaginado.

En el camino, a orillas de aquel río, había visto salientes parecidos en los precipicios, algunos, sin duda, habitados, pero ninguno de tales dimensiones. En la región todos conocían aquel inmenso refugio de roca y el gran número de personas que albergaba. La Novena Caverna era la mayor de todas las comunidades agrupadas bajo el nombre de Zelandonii.

En el extremo este del espacio protegido, junto a la pared del fondo y aisladas en el medio, se alzaban estructuras independientes, muchas de tamaño considerable, construidas en parte con piedra y en parte con armazones de madera cubiertos de pieles. Las pieles estaban decoradas con hermosas representaciones de animales y diversos símbolos abstractos pintados en negro y vivos tonos de rojo, amarillo y marrón. Las estructuras estaban orientadas hacia el oeste y dispuestas en curva en torno a un espacio abierto próximo al centro de la superficie cubierta por el saliente rocoso, y dicho espacio se hallaba lleno de objetos y personas en desorden.

Cuando Ayla observó con mayor detenimiento, lo que inicialmente se le había antojado un revoltijo de cosas diversas empezó a cobrar forma y pudo distinguir áreas

dedicadas a distintas tareas que estaban agrupadas según la afinidad de estas últimas. Al principio resultaba confuso por la gran cantidad de actividades que allí se desarrollaban.

Ayla vio pieles a medio curtir colocadas en bastidores y largas astas de lanza —al parecer, en proceso de enderezamiento— apoyadas en un travesaño sostenido por dos postes. En otra parte había amontonadas cestas en diferentes fases de elaboración, así como correas puestas a secar, atirantadas entre pares de estacas de hueso. Largas madejas de cuerda pendían de estaquillas clavadas en montantes, y debajo de éstas había redes inacabadas extendidas sobre armazones. En el suelo vio rebujos de malla poco tupida. Las pieles, algunas teñidas de varios colores incluidos distintos tonos de rojo, estaban cortadas en piezas y cerca colgaban prendas de vestir parcialmente confeccionadas.

Reconoció casi todas aquellas artesanías, pero cerca de la ropa había una actividad por completo desconocida para ella. Un armazón sostenía verticalmente numerosas hebras de cordel fino y empezaba a adivinarse un dibujo formado por las hebras tejidas horizontalmente. Deseó acercarse para examinarlo de cerca y se prometió hacerlo más tarde. En otras partes se veían trozos de madera, piedra, hueso, cuerno y marfil de mamut, tallados en forma de utensilios —cazos, cucharas, cuencos, pinzas, armas—, y en su mayoría con adornos labrados o, en algunos casos, pintados. Había asimismo pequeñas esculturas y tallas que no eran utensilios ni herramientas. Parecían hechas por el mero placer de hacerlas o con alguna finalidad que Ayla desconocía.

Vio verduras y hierbas colgadas a considerable altura de grandes armazones con muchos travesaños y, más cerca del suelo, carne secándose sobre rejillas. A cierta distancia del resto de las actividades había un área con afiladas esquirlas de piedra esparcidas, sin duda para personas como Jondalar, pensó Ayla, talladores de pedernal que hacían herramientas, cuchillos y puntas de lanza.

Y allí donde miraba veía gente. La comunidad que vivía en el amplio refugio de roca era de proporciones comparables a aquel gran espacio. Ayla había crecido en un clan de menos de treinta personas; en la Reunión del Clan, que se celebraba cada siete años, se congregaban doscientas personas durante un breve período de tiempo, una nutrida concurrencia para ella por aquel entonces. Si bien la Reunión de Verano de los mamutoi atraía a mucha más gente, la Novena Caverna de los zelandonii por sí sola —con más de doscientos individuos que vivían todos juntos en aquel único espacio— superaba en número a la Reunión del Clan al completo.

Ayla ignoraba cuántas personas había alrededor observándolos, pero la situación le recordó el momento en que se presentó con el Clan de Brun ante aquella congregación de clanes y notó todas las miradas puestas en ella. En aquella ocasión la gente había procurado ser discreta, pero esta vez quienes miraban atentamente a Jondalar, Ayla y el lobo mientras Marthona los conducía hacia su vivienda ni siquiera trataban de disimular por cortesía. No bajaban la vista ni desviaban la mirada. Ayla se

preguntó si algún día se acostumbraría a vivir con tanta gente cerca a todas horas; y si lo deseaba.

Capítulo 2

La corpulenta mujer alzó la vista al moverse la cortina de cuero que cubría la entrada y volvió a bajarla al instante cuando la forastera joven y rubia salió de la vivienda de Marthona. Estaba sentada en su sitio de costumbre, un asiento labrado en un bloque macizo de piedra caliza, lo bastante resistente para soportar su enorme peso. El asiento de piedra revestido de cuero había sido hecho expresamente para ella, y se encontraba situado justo donde ella lo quería: al fondo de la amplia área abierta bajo el enorme saliente que protegía el poblado, pero con casi todo el espacio de vivienda comunal a la vista.

La mujer parecía meditar, pero no era la primera vez que usaba aquel lugar para observar calladamente a alguna persona o actividad. La gente había aprendido a no importunarla en sus meditaciones, a menos que se tratara de una situación de emergencia, en especial cuando llevaba del revés la placa de marfil que lucía en el pecho, mostrando su lado liso y sin adorno alguno. Cuando quedaba a la vista la cara de la placa adornada con símbolos y animales tallados, cualquiera podía dirigirse a ella con entera libertad; pero cuando volvía la placa del otro lado, ésta se convertía en un símbolo de silencio y significaba que no deseaba hablar ni ser molestada.

Los moradores de la caverna se habían habituado hasta tal punto a que estuviera allí que casi ni la veían, pese a su imponente presencia. La mujer había cultivado ese efecto con sumo esmero y sin el menor reparo. Como guía espiritual de la Novena Caverna de los zelandonii, se consideraba responsable del bienestar de la gente, y para llevar a cabo su cometido empleaba todos los medios que su fértil cerebro concebía.

Observó a la joven salir del refugio de roca y encaminarse hacia el sendero que llevaba al valle, y advirtió el aspecto inconfundiblemente foráneo de su túnica de piel. La vieja donier notó también que se movía con la elasticidad propia de una persona sana y fuerte, y con una seguridad en sí misma que no dejaba traslucir su juventud ni el hecho de que se hallara en la vivienda de desconocidos.

La Zelandoni se puso en pie y se dirigió hacia la estructura, una de las muchas moradas similares de diversos tamaños repartidas por el interior del refugio de piedra caliza. En la entrada que separaba el espacio privado de vivienda del área pública abierta dio unos ligeros golpes en el panel rígido de cuero crudo contiguo a la cortina cerrada y oyó acercarse las pisadas amortiguadas de unos pies enfundados en suave calzado de piel. El hombre alto, rubio y extraordinariamente apuesto apartó la cortina. En sus ojos de un intenso color azul apareció una expresión de sorpresa, que enseguida dio paso a otra más cálida de satisfacción.

—¡Zelandoni! —exclamó—. Encantado de verte, pero en este momento mi madre no está.

—¿Quién te ha dicho que he venido a ver a Marthona? Eres tú quien ha estado fuera cinco años —dijo la mujer con brusquedad.

Asaltado por un repentino nerviosismo, él no supo qué contestar.

—Y bien, Jondalar, ¿vas a dejarme de pie aquí fuera?

—Ah… pasa, claro —ofreció él, y su frente se contrajo en un ceño que borró la sonrisa de su rostro. Se apartó y sostuvo la cortina mientras ella entraba.

Se examinaron mutuamente en silencio durante unos instantes. Cuando Jondalar emprendió el viaje, ella acababa de convertirse en la Primera entre Quienes Sirven a la Madre; había dispuesto de cinco años para desarrollarse y ponerse a la altura del puesto, y lo había logrado. La mujer que Jondalar conocía había engordado de un modo desmedido. Con sus grandes pechos y amplias nalgas, abultaba dos o tres veces más que la mayoría de las mujeres. Tenía la cara blanda y redonda, con una enorme papada, pero daba la impresión de que nada pasaba inadvertido a la penetrante mirada de sus ojos azules. Siempre había sido alta y fuerte, y llevaba su descomunal tamaño con garbo, y con un porte que reafirmaba su prestigio y autoridad. Tenía una presencia, un halo de poder, que imponía respeto.

Los dos hablaron al mismo tiempo.

—¿Quieres algo…? —empezó a decir Jondalar.

—Has cambiado…

—Perdón —se disculpó él por su aparente interrupción, sintiéndose anormalmente cohibido. Advirtió entonces en ella un levísimo asomo de sonrisa y una expresión familiar en la mirada, y se relajó—. Me alegro de verte…, Zolena — las arrugas desaparecieron de su frente y la sonrisa volvió a su rostro cuando fijó en ella sus cautivadores ojos llenos de afecto y ternura.

—Veo que no has cambiado tanto —comentó ella, reaccionando al carisma de Jondalar y los recuerdos que su presencia le evocaba—. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Zolena. —Nuevamente lo escrutó con la mirada—. Aunque sí has cambiado. Has crecido un poco. Estás más apuesto que nunca…

Él hizo ademán de protestar, pero ella se lo prohibió con un gesto de negación.

—Nada de objeciones, Jondalar. Sabes que es la verdad. Pero hay una diferencia. Te noto… ¿cómo te diría? Ya no tienes aquella expresión de avidez, aquella necesidad que toda mujer quería satisfacer. Creo que has encontrado lo que andabas buscando. Posees una clase de felicidad que nunca habías tenido.

—Nunca he podido ocultarte nada —declaró Jondalar con una sonrisa de entusiasmo casi infantil—. Es Ayla. Planeamos unirnos en la ceremonia matrimonial de este verano. Supongo que podríamos haber celebrado una ceremonia de unión antes de ponernos en marcha o a lo largo del camino, pero preferíamos esperar a llegar a casa para que tú rodearas nuestras muñecas con la correa y ataras el nudo.

Por el mero hecho de hablar de ella le había cambiado el semblante, y la Zelandoni percibió por un instante el amor casi obsesivo que sentía por aquella mujer llamada Ayla. Eso la preocupó, despertó todos los instintos de protección que sentía

por los suyos —en particular por aquel joven— en su calidad de representante, voz e instrumento de la Gran Madre Tierra. La Zelandoni conocía las poderosas emociones contra las que Jondalar había tenido que luchar durante su maduración, y que finalmente había aprendido a mantener bajo control. Pero una mujer por la que sentía amor tan intenso podía causarle un daño profundo, quizá incluso arruinar su vida. Miró a Jondalar con los ojos entornados. Quería obtener más información acerca de aquella joven que lo había cautivado de modo tan absoluto. ¿Qué clase de influencia ejercía sobre él?

—¿Cómo estás tan seguro de que es la mujer idónea para ti? ¿Dónde la conociste? ¿Qué sabes realmente de ella?

Jondalar percibió su preocupación, pero también algo más, algo que lo inquietó. La Zelandoni era la guía espiritual de más alto rango en toda la zelandonia, y no en vano era la Primera. Era una mujer poderosa, y Jondalar no quería que se pusiera en contra de Ayla. La mayor duda que él —y también Ayla, como él bien sabía— había albergado durante el largo y penoso viaje de regreso a casa era si ella sería aceptada o no por los suyos. Pese a las excepcionales cualidades de Ayla, había ciertos aspectos que Jondalar deseaba que mantuviera en secreto, aunque no creía que Ayla se prestara a ello. Podría encontrar ya dificultades suficientes —y probablemente así sería con algunas personas— sin necesidad de enemistarse con esa mujer en concreto. Ayla necesitaba el apoyo de la Zelandoni más que el de ninguna otra persona.

Jondalar extendió los brazos y cogió a la mujer por los hombros, consciente de que era preciso convencerla de algún modo, aunque no sabía cuál, de que no sólo debía aceptar a Ayla, sino que también debía ayudarla. Mirándola a los ojos, no pudo evitar acordarse del amor que en otro tiempo habían compartido, y de pronto comprendió que, por difícil que fuera, lo único que podía darle resultado con la Zelandoni era ser totalmente franco.

Jondalar era un hombre reservado en cuestión de sentimientos; había aprendido a controlar sus intensas emociones guardándoselas sólo para él. No le era fácil, pues, hablar de eso a nadie, ni siquiera a una persona que lo conocía tan bien como aquella mujer.

—Zelandoni… —suavizó el tono de voz—. Zolena…, sabes bien que fuiste tú quien anuló mi interés por las otras mujeres. Yo era poco más que un niño, y tú eras la mujer más excitante que podía anhelar un hombre. No era yo el único en cuyos sueños húmedos aparecías, pero tú hiciste realidad los míos. Te deseaba ardientemente, y cuando viniste a mí, cuando te convertiste en mi mujer donii, nunca me saciaba de ti. Tú llenaste los inicios de mi virilidad, pero sabes que no terminó ahí. Yo quería más, y también tú, por más que te resistieras. Pese a estar prohibido, te amaba, y tú me amabas a mí. Todavía te amo. Siempre te amaré… Ni siquiera más tarde, a mi regreso, después de vivir un tiempo con Dalanar, con quien me envió mi madre tras las molestias que causamos a todo el mundo, encontré a alguna mujer que pudiera compararse ni remotamente a ti. Incluso yaciendo agotado junto a otra, te

deseaba, y no sólo deseaba tu cuerpo, quería compartir un hogar contigo. No me importaba la diferencia de edad, ni la norma de que ningún hombre debía enamorarse de su donii. Quería pasar toda mi vida a tu lado.

—Y ya ves lo que habrías conseguido, Jondalar —dijo Zolena. Se sentía conmovida, más de lo que imaginaba que podía llegar a estar a esas alturas—. ¿Me has mirado bien? No sólo soy más vieja que tú. He engordado tanto que empieza a resultarme difícil ir de un lado a otro. Y menos mal que aún conservo las fuerzas, si no tendría muchos más problemas; aunque con el tiempo, sin duda, los tendré. Tú eres joven, y es un placer mirarte; las mujeres se mueren por ti. La Madre me eligió. Debía de saber que un día me parecería a ella. Eso está bien para una Zelandoni, pero en tu hogar no habría sido más que una mujer vieja y gorda, y tú seguirías siendo un joven apuesto.

—¿Crees que me habría importado? Zolena, tuve que ir más allá del final del Río de la Gran Madre para encontrar a una mujer que pudiera compararse a ti. No te imaginas lo lejos que es. Pero volvería a ir hasta allí, y aún más lejos. Doy gracias a la Gran Madre por haber hallado a Ayla. La amo, como te habría amado a ti. Trátala bien, Zolena…, Zelandoni. No le hagas daño.

—Ésa es la cuestión. Si es adecuada para ti, si está a tu altura, yo no podría hacerle daño, y ella no te haría daño a ti, no podría. Eso es lo que necesito saber, Jondalar.

Los dos miraron hacia la entrada al retirarse la cortina. Ayla entró en la vivienda cargada con las mochilas de viaje y vio a Jondalar con las manos en los hombros de aquella mujer enorme. Él apartó de inmediato las manos con expresión de desconcierto, casi de vergüenza, como si Ayla lo hubiera sorprendido haciendo algo indebido.

¿Qué había en el modo en que Jondalar miraba a la mujer, en la manera en que la sujetaba por los hombros? ¿Y en la mujer? A pesar de su corpulencia, su actitud tenía algo de seductora. Pero enseguida quedó patente otro rasgo. Al volverse hacia Ayla, la Zelandoni se movió con un aplomo y una calma que eran señal manifiesta de su autoridad.

Para la joven era casi un acto reflejo observar los pequeños detalles en la expresión y la postura en busca de un significado. El clan, la gente que la crió, no usaba las palabras para comunicarse. Recurrían a las señales, los gestos y los matices de la expresión facial y la actitud. Viviendo con los Mamutoi, su capacidad de comprensión del lenguaje corporal se había desarrollado y ampliado hasta incluir la interpretación de las señales y gestos inconscientes de quienes utilizaban el lenguaje oral. De repente, Ayla supo quién era aquella mujer, y que entre Jondalar y ella había ocurrido algo que la atañía directamente. Intuyó que se enfrentaba a una prueba crítica, pero no vaciló.

—¿Es ella, verdad, Jondalar? —dijo Ayla acercándose.

—¿A qué se refiere? —inquirió la Zelandoni mirando fijamente a la forastera.

Ayla le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Eres la mujer a quien debo dar las gracias —respondió—. Hasta que conocí a Jondalar no comprendía los dones de la Madre, en especial su don de los placeres. Sólo había conocido el dolor y la ira, pero él me trató con paciencia y consideración, y aprendí a conocer la dicha. Me habló de la mujer que lo había instruido. Gracias, Zelandoni, por instruir a Jondalar para que así él pudiera entregarme su don. Pero te agradezco, además, algo mucho más importante… y más difícil para ti. Gracias por renunciar a él para que pudiera encontrarme.

La Zelandoni estaba sorprendida, aunque apenas dio señales de ello. Las palabras de Ayla no eran ni mucho menos lo que esperaba oír. Se miraron a los ojos. La Zelandoni escrutó a Ayla tratando de sondearla en profundidad, de percibir sus sentimientos, de discernir la verdad. Comprendía el lenguaje corporal y las señales inconscientes de forma semejante a Ayla, aunque era aún más intuitiva. Había desarrollado esa aptitud mediante la observación y el análisis instintivo, pero no por ello su sagacidad era menor. La Zelandoni ignoraba cómo Ayla sabía quién era ella; pero lo cierto era que, sencillamente, lo sabía.

Tardó un momento en tomar conciencia de un detalle curioso. Si bien la joven hablaba en zelandonii con fluidez —de hecho, lo usaba como si fuera su lengua materna—, no cabía duda de que era forastera.

La Que Servía no era ajena al hecho de que los visitantes hablaban con el acento de otras lenguas, pero Ayla tenía un deje particularmente exótico, distinto de todo lo que había oído. Su voz, más bien grave, no era desagradable, pero sí un poco gutural, y le costaba pronunciar ciertos sonidos. Recordó el comentario de Jondalar sobre lo lejos que había llegado en su viaje, y una idea cruzó la mente de la Zelandoni durante los breves instantes en que permaneció cara a cara con aquella desconocida: esa mujer había accedido a recorrer una gran distancia para acompañar a Jondalar al lado de los suyos.

Sólo entonces advirtió que el rostro de la joven tenía un aspecto claramente foráneo e intentó identificar la diferencia. Ayla era atractiva, pero no cabía esperar otra cosa de cualquier mujer que Jondalar trajera a casa. Su cara era algo más ancha y menos alargada que las de las mujeres zelandonii, pero de hermosas proporciones y mandíbula bien definida. Era un poco más alta que Zolena, y la oscura tonalidad de su cabello trigueño se veía realzada por el contraste con algunos mechones aclarados por el sol. Sus ojos, de color azul grisáceo, escondían secretos y revelaban una voluntad férrea, pero ni el más leve asomo de malicia.

La Zelandoni movió la cabeza en un gesto de asentimiento y se volvió hacia Jondalar.

—Servirá.

Él dejó escapar el aire de los pulmones y luego miró alternativamente a las dos mujeres.

—¿Cómo has sabido que ella era la Zelandoni, Ayla? Aún no habíais sido presentadas, ¿no?

—Muy fácil. Tú aún la amas, y ella te ama a ti.

—Pero… pero… ¿cómo…? —balbuceó Jondalar.

—¿No sabes que he visto esa expresión en tus ojos? ¿Crees que no comprendo cómo se siente una mujer que te ama? —preguntó Ayla.

—Algunos tendrían celos si vieran a alguien a quien amaban mirar con amor a otra persona —dijo él.

La Zelandoni sospechó que con ese «algunos» Jondalar se refería a sí mismo.

—¿Acaso piensas que no es capaz de ver a un hombre joven y apuesto y a una mujer vieja y gorda, Jondalar? Es lo que vería cualquiera. Tu amor por mí no representa una amenaza para ella. Si la memoria te ciega, ya me doy por satisfecha. —Dirigiéndose a Ayla, dijo—: No estaba segura de ti. Si hubiera tenido la impresión de que no eras adecuada para Jondalar, nunca habría permitido que te unieras por muy largo que hubiera sido tu camino para llegar hasta aquí.

—No habrías podido hacer nada para impedírmelo —aseveró Ayla.

—¿Lo ves? —dijo la Zelandoni volviéndose hacia Jondalar—. Ya te he dicho que si era adecuada para ti, yo no podría hacerle daño.

—¿Considerabas que Marona era adecuada para mí, Zelandoni? —preguntó Jondalar un tanto irritado, empezando a sentirse como si entre ellas él no tuviera derecho a tomar decisiones por su cuenta—. No pusiste el menor reparo cuando me comprometí con ella.

—Eso daba igual. No la amabas. Ella no podía hacerte daño.

Las dos mujeres lo miraban, y pese a que no se parecían en nada, sus expresiones eran tan semejantes que parecían idénticas. De pronto, Jondalar se echó a reír.

—Bueno, me alegra saber que los dos amores de mi vida van a ser amigas.

La Zelandoni enarcó una ceja y le lanzó una severa mirada.

—¿Qué te hace pensar que vamos a ser amigas? —dijo, y se marchó con una sonrisa burlona en los labios.

Jondalar experimentó una extraña mezcla de emociones encontradas mientras veía salir a la Zelandoni. No obstante, le complacía la buena disposición para aceptar a Ayla que aparentemente había mostrado la poderosa mujer. Su hermana la había tratado con cordialidad y también su madre. Todas las mujeres que realmente le importaban parecían dispuestas a acogerla; al menos de momento, pensó. Su madre incluso había declarado que haría cuanto estuviera en su mano para que Ayla se sintiera como en casa.

La cortina de cuero de la entrada se movió, y Jondalar sintió un hormigueo de sorpresa al ver aparecer a su madre precisamente cuando acababa de pensar en ella. Marthona entró en la vivienda cargada con el estómago desecado de un animal de tamaño medio. El líquido que transportaba en él había traspasado el recipiente casi

impermeable, hasta el punto de mancharlo de un intenso color morado. Una sonrisa iluminó el semblante de Jondalar.

—¡Madre, nos has traído un poco de tu vino! —exclamó—. Ayla, ¿recuerdas la bebida que tomamos cuando estuvimos con los Sharamudoi? ¿El vino de arándano? Ahora tendrás ocasión de probar el vino de Marthona. Se la conoce por la calidad de su vino. Sea cual sea la fruta utilizada, a mucha gente se le agria el jugo; pero mi madre tiene un arte especial para elaborarlo —sonrió a Marthona, y añadió—: Quizá algún día me cuente el secreto.

Marthona devolvió la sonrisa a su hijo, pero no hizo ningún comentario. Por su expresión, Ayla presintió que, en efecto, tenía una técnica particular, y también que era una mujer que sabía guardar secretos, tanto los suyos como los ajenos. Probablemente conocía muchos. Pese a que era franca y directa en todo lo que decía, se adivinaba en ella la existencia de profundidades ocultas. Y pese a su actitud cordial y acogedora, Ayla sabía que la madre de Jondalar se reservaría la opinión antes de aceptarla plenamente.

De pronto, Ayla se acordó de Iza, la mujer del clan que había sido como una madre para ella. También Iza conocía muchos secretos y, sin embargo, como el resto del clan, nunca mentía. Con un lenguaje gestual, donde los matices se transmitían mediante posturas y expresiones, no podían mentir. Se habría notado de inmediato. Pero podían abstenerse de mencionar ciertas cosas. Aunque se diera la impresión de estar ocultando algo, se permitía por respeto a la intimidad.

Cayó en la cuenta de que ésa no era la primera vez que se acordaba del clan en los últimos momentos. Joharran, hermano de Jondalar y jefe de la Novena Caverna, le había recordado a Brun, el jefe de su propio clan. «¿Por qué los familiares de Jondalar le recordaban al clan?», se preguntó.

—Debéis de tener hambre —dijo Marthona mirándolos a ambos.

Jondalar sonrió.

—¡Sí, desde luego, yo sí! No hemos comido desde esta mañana temprano. Me urgía tanto llegar aquí y estábamos tan cerca que no quise parar.

—Si ya habéis colocado todas vuestras cosas, sentaos y descansad mientras yo os preparo algo de comer —Marthona los llevó hasta una mesa baja, les señaló unos almohadones para que tomaran asiento y les sirvió el líquido de color rojo intenso en sendas copas. Echó una ojeada alrededor—. No veo a tu lobo, Ayla, y me consta que lo has traído. ¿También él necesita comida? ¿Qué come?

—Normalmente le doy lo mismo que comemos nosotros, pero también caza por su cuenta —dijo Ayla—. Lo he traído antes para que supiera cuál era su sitio, pero cuando me ha acompañado la primera vez que he vuelto a bajar al valle donde están los caballos ha decidido quedarse allí. Va y viene a su aire, a menos que yo lo necesite.

—¿Cómo sabe cuándo lo necesitas?

—Ayla tiene un silbido especial para llamarlo —explicó Jondalar—. También llamamos con silbidos a los caballos —levantó su copa, probó el contenido y luego, con una sonrisa, lanzó un suspiro de aprobación—. Ahora sé que estoy en casa —volvió a probar el vino, cerrando los ojos para saborearlo—. ¿De qué fruta lo has hecho, madre?

—Básicamente he usado esas bayas redondas que forman racimos y crecen en largas parras sólo en laderas orientadas al sur y protegidas de los elementos —explicó Marthona en atención a Ayla—. Hay una zona a varios kilómetros al sureste de aquí a donde siempre voy a buscar estos frutos. Algunos años no maduran bien, pero hace unas cuantas temporadas tuvimos un invierno bastante benévolo, y al otoño siguiente salieron unos racimos enormes, colmados de fruta que, no obstante, no era demasiado dulce. Añadí un poco de jugo de bayas de saúco y moras, no mucho. Este vino tuvo mucho éxito. Es un poco más fuerte que de costumbre. Ya casi no me queda.

Ayla percibió el aroma a fruta al acercarse la copa a los labios para degustar el vino. El líquido tenía un sabor acre y penetrante, seco, no dulce como ella esperaba a juzgar por el olor afrutado. Notó el carácter alcohólico que había paladeado por primera vez al tomar la cerveza de abedul elaborada por Talut, el cacique del Campamento del León, pero este vino se parecía más al jugo de arándano de los Sharamudoi, salvo que aquél era más dulce, según recordaba Ayla.

No le había gustado la aspereza del alcohol al probarlo por primera vez, pero como en el Campamento del León todos mostraban tanto entusiasmo por la cerveza de abedul, y ella deseaba integrarse y ser como los demás, se había obligado a beberla. Con el tiempo fue acostumbrándose, pero sospechaba que, en realidad, a la gente no le gustaba tanto por el sabor como por la sensación de embriaguez —si bien un tanto imprevisible— que producía. Consumida en exceso provocaba aturdimiento y un ánimo demasiado cordial en algunos; había personas que tras beberla se mostraban tristes, iracundas, o incluso violentas.

Sin embargo, esta bebida tenía algo más. Escurridizas complejidades alteraban de un modo extraordinario la naturaleza elemental del jugo de fruta. Era una bebida que podía llegar a gustarle.

—Está muy bueno —elogió Ayla—. No, nunca había probado… —se interrumpió y, un tanto avergonzada, rectificó—: *Nunca* había probado algo así.

Se sentía cómoda hablando en zelandonii; era la primera lengua oral que había aprendido después de vivir con el clan. Jondalar se la había enseñado mientras se recobraba de las heridas sufridas por el ataque del león. Aunque le costaba articular ciertos sonidos —por más que se esforzara, no conseguía pronunciarlos correctamente—, ya rara vez cometía errores de expresión como ése. Lanzó una ojeada a Jondalar y Marthona, pero al parecer su error les había pasado inadvertido. Se relajó y miró alrededor.

Si bien había entrado y salido varias veces de la morada de Marthona, no la había examinado aún con atención. Se tomó un momento para observarla y encontró no

pocos motivos de sorpresa y satisfacción. La construcción era interesante, similar, pero no idéntica a la de las viviendas edificadas dentro de la caverna Losadunai, donde habían hecho un alto antes de cruzar el glaciar de la meseta.

Los primeros cuatro o cinco palmos de los muros exteriores de cada morada eran de piedra caliza. Colocados a ambos lados de la entrada, había bloques bastante grandes toscamente cortados, ya que no había herramientas adecuadas para dar una forma precisa de manera rápida o sencilla a la piedra de construcción. El resto de la piedra caliza usada en la parte baja de los muros se había incorporado tal cual se encontraba en la naturaleza o bien, en algunos casos, había sido trabajada con el mazo. Numerosos fragmentos, en su mayoría casi del mismo tamaño —entre cinco y ocho centímetros de ancho, algo menos de hondo y tres o cuatro veces más de largo —, aunque algunos eran de dimensiones mayores y otros bastante más pequeños, habían sido encajados ingeniosamente de modo que quedaran trabados en una estructura firme y compacta.

Se seleccionaban fragmentos aproximadamente romboides y se clasificaban según su tamaño. Luego se colocaban longitudinalmente uno tras otro de manera que la anchura de los muros era equivalente a la longitud de las piedras. Los gruesos muros se construían en hiladas, apilándose cada nueva piedra sobre la unión de las dos piedras situadas debajo. De vez en cuando se utilizaban piedras más pequeñas para rellenar los huecos, sobre todo en torno a los bloques de mayor tamaño cercanos a la entrada.

En el lado interior del muro cada hilada sobresalía un poco respecto a la inmediatamente inferior. Se llevaba a cabo una minuciosa selección y colocación a fin de que cualquier irregularidad de la piedra contribuyera a desviar hacia el exterior el agua, se tratara de lluvia arrastrada por el viento, condensación acumulada o hielo fundido.

No se requería argamasa ni barro para tapar agujeros o reforzar la construcción. La rugosa superficie de la piedra caliza proporcionaba adherencia suficiente para evitar el deslizamiento, y la masa de piedras se sostenía por su propio peso y aguantaba incluso el empuje de una viga de enebro o pino empotrada en los muros para dar soporte a otros elementos de la edificación o a estantes. Las piedras estaban encajadas con tal habilidad que no penetraba un rayo de luz, ni podían encontrar una sola abertura las ráfagas de viento invernal. Con su agradable textura, la construcción resultaba atractiva, en especial vista desde fuera.

Dentro, el muro cortavientos exterior quedaba casi oculto por una segunda pared compuesta de paneles de cuero crudo —piel sin tratar que al secarse quedaba rígida y dura— sujetos a postes de madera clavados en el suelo de tierra. Los paneles empezaban a ras de suelo y rebasaban verticalmente los muros de piedra, hasta alcanzar una altura de más de dos metros y medio. Ayla recordó que los paneles superiores presentaban una magnífica decoración en su cara externa. En la cara interior de muchos de los paneles también había pintados animales y signos

enigmáticos, pero dentro, a causa de la mayor oscuridad, los colores parecían menos vivos. Como la estructura de Marthona estaba adosada al fondo ligeramente inclinado de la propia caverna, bajo el saliente rocoso, una pared de la vivienda era de piedra maciza.

Ayla alzó la vista. No había más techo que, a cierta altura sobre la morada, la cara inferior del saliente de piedra. Excepto por alguna que otra corriente baja de aire, el humo del fuego se elevaba por encima de los paneles hasta la alta piedra y se dispersaba, sin enturbiar apenas el aire. El saliente del precipicio los protegía de las inclemencias del tiempo, y si se usaba ropa de abrigo, las moradas podían ser muy confortables incluso cuando arreciaba el frío. Eran espaciosas, a diferencia de otras viviendas que Ayla había visto, las cuales, siendo acogedoras y fáciles de calentar por estar totalmente cerradas, a menudo se llenaban de humo.

Aunque las paredes de madera y cuero ofrecían protección contra el viento y la lluvia, su función era más bien delimitar un espacio personal y proporcionar cierto grado de intimidad, no respecto a los oídos ajenos pero sí respecto a las miradas. Parte de las secciones superiores de los paneles podía abrirse, si se deseaba, para dar paso a la luz y a las conversaciones de los vecinos; pero cuando esos paneles-ventana estaba cerrados, se consideraba que, por cortesía, los visitantes debían usar la entrada y pedir permiso para acceder a la vivienda, en lugar de llamar a gritos desde fuera o entrar sin más.

Ayla examinó el suelo más atentamente cuando advirtió en él piedras encajadas. La piedra caliza de los enormes precipicios de la región podía romperse, tanto por la acción del hombre como de manera natural, por las líneas de su estructura cristalina, formando fragmentos grandes y relativamente planos. El suelo de tierra del interior de la vivienda estaba enlosado con secciones irregulares de esa clase de piedra plana, cubiertas a su vez por alfombras de piel suave y esterillas confeccionadas con tallos de hierba y juncos entretejidos.

Ayla volvió a centrarse en la conversación que mantenían Jondalar y su madre. Mientras tomaba un sorbo de vino se fijó en la copa que sostenía en su mano. Era un cuerno hueco —de bisonte, pensó—, probablemente una sección cercana a la punta, ya que tenía un diámetro bastante reducido. La levantó para mirarla por debajo. El pie era de madera, modelado para alojar el extremo circular y un tanto desigual del cuerno, e iba encajado a presión. Notó unas marcas en el lado, y cuando las examinó descubrió para su sorpresa que era la imagen de un caballo de costado, grabada a la perfección y con toda delicadeza.

Dejó la copa e inspeccionó la plataforma baja en torno a la que se hallaban sentados. Era una losa delgada de piedra caliza apoyada en un armazón de madera alabeada con patas, sujetas todas las piezas mediante correas. Cubría la superficie un tapete de algún tipo de fibra selecta, tejida con intrincados dibujos que representaban animales, junto con líneas y formas abstractas, en diversos matices de un color tierra

rojizo. Dispuestos alrededor había varios almohadones de distintos materiales; los de piel eran de un tono muy parecido al rojo.

Sobre la mesa de piedra descansaban dos candiles también de piedra. Uno había sido primorosamente labrado en forma de cuenco poco profundo con un asa ornamentada; el otro era un tosco equivalente del primero, un pedazo de piedra caliza con la concavidad central vaciada deprisa y sin contemplaciones. Los dos contenían sebo —grasa animal derretida en agua hirviendo— y mechas encendidas. El candil tosco tenía dos mechas; el candil mejor acabado, tres. Cada mecha producía la misma cantidad de luz. Ayla tuvo la impresión de que el más tosco había sido hecho recientemente a modo de mejora improvisada de la iluminación en aquel oscuro espacio de vivienda situado al fondo del refugio, y tendría un uso sólo provisional.

El espacio interior, dividido en cuatro zonas mediante mamparas móviles, estaba despejado y en orden, y alumbrado por otros candiles de piedra. Las mamparas divisorias, básicamente decoradas y coloreadas del mismo modo, consistían también en bastidores de madera con paneles. Algunos de estos paneles eran opacos, en su mayoría de cuero crudo rígido; pero unos cuantos eran translúcidos, hechos probablemente, pensó Ayla, con los intestinos de algún animal grande, abiertos y tendidos a secar.

A la izquierda de la pared del fondo, adyacente a un panel exterior, se alzaba una mampara especialmente bella que parecía confeccionada con «sombra de piel», un material semejante al pergamino que se extraía en amplias secciones de la cara interior de las pieles de animales si se dejaban secar sin rasparlas previamente. Pintados en negro y en varios tonos de amarillo y rojo, aparecían en ella un caballo y algunos enigmáticos dibujos con líneas, puntos y cuadrados. Ayla recordó que el Mamut del Campamento del León usaba una mampara similar durante las ceremonias, si bien todos los animales y marcas de la suya eran de color negro; aquélla procedía de la sombra de la piel de un mamut blanco, y era su posesión más sagrada.

En el suelo, frente a la mampara, había una piel grisácea que Ayla identificó con toda certeza como la piel de un caballo con su espeso pelaje invernal. El resplandor del pequeño fuego, que parecía proceder de un nicho abierto en la pared detrás de la mampara, iluminaba la piel de caballo, realzando su belleza.

A la derecha de la mampara cubrían el muro estantes dispuestos a distintos intervalos y hechos de segmentos de piedra caliza más delgados que los usados en el suelo, y sobre ellos había diversos objetos y utensilios. El espacio que se extendía bajo el estante inferior, allí donde la inclinación del muro era más marcada, servía para almacenar cosas, y se veían en él formas imprecisas. Ayla reconoció el empleo funcional de muchos de esos objetos; algunos habían sido tallados y coloreados con tal habilidad que eran también valiosos por su hermosura.

A la derecha de los estantes, una mampara con panel de cuero adyacente al muro de piedra delimitaba la esquina de la habitación y el principio de otra estancia. Las

mamparas servían sólo para crear una sensación de separación entre los cuartos, y a través de una abertura Ayla vio una plataforma elevada cubierta con suaves pieles. «El espacio de dormitorio de alguien», pensó. Había otro dormitorio vagamente definido por mamparas, que lo separaban del primer dormitorio y de la estancia donde ellos se hallaban en ese momento.

La entrada a la vivienda, cubierta por una cortina, formaba parte de la pared de paneles de cuero enmarcados en madera opuesta al muro de piedra del fondo, y enfrente del lado reservado a los dormitorios había una cuarta habitación, donde Marthona preparaba la comida. Cerca de esa cocina, y paralela a la pared de la entrada, se alzaba una estantería de madera no empotrada que contenía cestas y cuencos regularmente dispuestos y decorados con exquisitos dibujos geométricos y representaciones realistas de animales tallados, tejidos o pintados. En el suelo, junto a la pared, había recipientes de mayor tamaño, algunos con tapa y otros abiertos, que dejaban a la vista su contenido: verdura, fruta, grano, cecina.

Si bien los muros exteriores no eran del todo rectos ni los espacios interiores por completo simétricos, se distinguían bien los cuatro lados de la morada prácticamente rectangular. Se curvaban de manera un tanto desigual para adaptarse a los contornos del espacio definido por el saliente y de las otras viviendas.

—Has hecho cambios, madre —comentó Jondalar—. La morada parece más espaciosa de como la recordaba.

—Es más espaciosa, Jondalar. Ahora sólo vivimos aquí tres personas. Ahí duerme Folara —dijo Marthona señalando el segundo dormitorio—. Willamar y yo dormimos en la otra habitación —hizo un gesto hacia la estancia delimitada en uno de sus lados por el muro de piedra—. Tú y Ayla podéis usar el cuarto principal. Podemos acercar la mesa a la pared, si queréis, y así quedará espacio para una plataforma cama.

A Ayla le parecía una morada bastante amplia. Era mucho mayor que los espacios de vivienda individuales de cada hogar —cada familia— de la casa comunal semisubterránea del Campamento del León, aunque no tan grande como la caverna del valle donde Ayla había vivido sola. Sin embargo, a diferencia de esta zona de vivienda, el alojamiento de los Mamutoi no era una formación natural, sino que lo habían construido los propios moradores del Campamento del León.

Ayla dirigió su atención a la mampara divisoria, que separaba el espacio destinado a cocinar del cuarto principal. Se curvaba hacia la mitad, y advirtió que ello se debía al insólito modo en que estaban unidos dos paneles translúcidos. Los montantes de madera que constituían el lado interno y las patas de ambos paneles se hallaban insertados en anillas de asta de bisonte hueca y cortada transversalmente. Dichas anillas formaban una especie de goznes cerca de la base y el extremo superior de los montantes que permitían doblar la mampara para plegarla. Se preguntó si ese mismo dispositivo se había usado también en otros paneles.

Echó un vistazo a la cocina, con curiosidad por saber cómo estaba equipada. Marthona se hallaba de rodillas en una estera ante un hogar circundado de piedras de

similar tamaño; alrededor, el enlosado estaba recién barrido. Detrás de la mujer, en un rincón más oscuro iluminado por un candil de piedra, se alzaba otra estantería con vasos, cuencos, fuentes y utensilios. Ayla se fijó en diversas verduras y hierbas secas suspendidas en el aire, y luego vio el extremo del armazón con travesaños del que colgaban. En una plataforma de trabajo situada junto al hogar había cuencos, cestas y una amplia fuente de hueso con carne roja cortada en trozos.

Ayla se preguntó si debía ofrecerse a ayudar, pero no sabía dónde estaban guardadas las cosas, ni qué preparaba Marthona. No servía de gran ayuda entorpecer a alguien en sus quehaceres. «Mejor esperar», pensó.

Observó a Marthona ensartando trozos de carne en cuatro espetones y colocándolos luego sobre las brasas, apoyadas por ambos extremos en piedras con muescas en lo alto para sostener varios espetones a la vez. Luego, con un cucharón de asta de íbice labrada repartió en cuencos de madera el líquido contenido en una cesta tupidamente tejida. Con unas pinzas flexibles de madera alabeadas a todo lo largo extrajo un par de piedras lisas de la cesta de guisar y añadió otra caliente recién sacada del fuego. A continuación llevó los dos cuencos a Ayla y Jondalar.

La joven descubrió en el caldo espeso las formas esféricas de pequeñas cebollas y algunas raíces y se dio cuenta del hambre que tenía, pero esperó a ver qué hacía Jondalar. Éste sacó su cuchillo de comer, una pequeña y afilada hoja de sílex con mango de asta, y clavó la punta en una diminuta raíz. Se la llevó a la boca y, tras masticar un momento, bebió un poco de caldo del cuenco. Ayla extrajo su cuchillo de comer e hizo lo mismo.

Pese al delicioso caldo con sabor a carne, la sopa no contenía carne, sino únicamente verduras, una extraña mezcla de hierbas —extraña para el gusto de Ayla — y algo más que no consiguió identificar. Eso la sorprendió, porque casi siempre era capaz de distinguir los ingredientes de cualquier guiso. La carne ensartada en espetones sobre las brasas, ya dorada, no tardó en llegarles a la mesa. Tenía también un sabor peculiar y delicioso. Ayla deseaba preguntar, pero se contuvo.

—¿Tú no comes, madre? Esto está exquisito —dijo Jondalar pinchando en su cuchillo otra verdura.

—Folara y yo ya hemos comido. Había preparado comida de sobra por si venía Willamar, y ahora me alegro de haberlo hecho —sonrió—. Sólo he tenido que calentar la sopa y asar la carne de uro, que ya había macerado en vino.

«Ése era el sabor», pensó Ayla a la vez que tomaba otro sorbo del líquido rojo. Estaba también en la sopa.

—¿Cuándo volverá Willamar? —preguntó Jondalar—. Tengo muchas ganas de verlo.

—Pronto —respondió Marthona—. Se marchó en misión comercial, rumbo al oeste, hacia las Grandes Aguas, para traer sal y cualquier otra cosa que consiga intercambiar. Pero sabe cuándo planeamos ponernos en marcha para asistir a la

Reunión de Verano, así que seguramente estará de regreso antes, a menos que algo lo retrase; pero, en realidad, lo espero de un momento a otro.

—Laduni de los losadunai me contó que ahora tratan con una caverna que extrae sal de una montaña —comentó Jondalar—. La llaman la Montaña de la Sal.

—¿Una montaña de sal? Ignoraba que hubiera sal en las montañas, Jondalar —dijo Marthona—. Me parece que durante mucho tiempo no te faltarán historias que contar, y nadie sabrá qué es fábula y qué es verdad.

—No la vi con mis propios ojos, pero me inclino a pensar que es verdad. Tenían sal y vivían muy lejos del agua salada. Si hubieran recurrido al trueque o viajado grandes distancias para conseguirla, dudo que se hubieran mostrado tan desprendidos con ella —en los labios de Jondalar se dibujó una sonrisa aún más ancha, como si se le hubiera ocurrido algo gracioso—. Y hablando de viajar grandes distancias, madre, traigo un mensaje para ti de alguien con quien nos encontramos en nuestro viaje, alguien que tú conoces.

—¿De Dalanar? ¿O de Jerika? —preguntó Marthona.

—También de ellos traemos un mensaje. Vendrán a la Reunión de Verano. Dalanar se propone convencer a algún joven zelandoni para que vaya con ellos. La Primera Caverna de los lanzadonii está creciendo. No me extrañaría que pronto establecieran una Segunda Caverna.

—No creo que les cueste encontrar a alguien —observó Marthona—. Quienquiera que vaya sería realmente el Primero, el primero y único Lanzadoni.

—Pero como aún no tienen a Uno de Quienes Sirven —prosiguió Jondalar—, Dalanar quiere que Joplaya y Echozar se unan en la ceremonia matrimonial de los zelandonii.

Una expresión ceñuda asomó de pronto al semblante de Marthona.

—Tu prima cercana es una joven muy hermosa, poco común, pero hermosa. Los jóvenes no le quitan ojo de encima cuando viene a las reuniones de los zelandonii. ¿Por qué había de elegir a Echozar cuando puede conseguir a cualquiera?

—No, no a cualquiera —terció Ayla. Marthona la miró y percibió en ella un destello de ardor defensivo. Se ruborizó ligeramente y desvió la vista—. Me dijo que nunca encontraría a nadie que la amara tanto como Echozar.

—Tienes razón, Ayla —concedió Marthona. Tras un breve silencio, la miró a los ojos y añadió—: No puede conseguir a ciertos hombres. —Lanzó una mirada fugaz a su hijo—. Pero ella y Echozar parecen… hacer tan mala pareja. Joplaya es de una belleza extraordinaria, y en cuanto a él… no puede decirse lo mismo. Pero las apariencias no lo son todo; a veces no cuentan en absoluto. Y Echozar parece un hombre amable y afectuoso.

Aunque en realidad no había llegado a decirlo, Ayla supo que Marthona había comprendido de inmediato el motivo de la elección de Joplaya; la «prima cercana» de Jondalar, hija de la compañera de Dalanar, amaba a un hombre al que nunca podría conseguir. Ningún otro le interesaba, así que escogió al que sabía que la amaba

sinceramente. Y Ayla comprendió que la objeción de Marthona carecía de importancia, que la había planteado movida por un sentido personal de la estética, no por un sentido agraviado del decoro como ella había temido. La madre de Jondalar adoraba las cosas bellas, y le parecía apropiado que una mujer hermosa se uniera a un hombre de un atractivo físico comparable, pero comprendía que la belleza de carácter era más importante.

Por lo visto, Jondalar no notó la ligera tensión entre las dos mujeres; estaba demasiado satisfecho de sí mismo por recordar las palabras que debía transmitir a su madre, por encargo de alguien a quien ella nunca había mencionado.

—El mensaje que traigo para ti no es de los lanzadonii. En nuestro viaje pasamos un tiempo con cierta gente, más tiempo del que planeábamos, aunque de hecho ni siquiera habíamos planeado detenernos allí con ellos… Pero ésa es otra historia. En el momento en que nos marchábamos, La Que Sirve dijo: «Cuando veas a Marthona, dile que… Bodoa le envía su afecto».

Jondalar esperaba algún tipo de reacción en su madre —siempre tan mayestática y dueña de sí misma— con la mención de un nombre de su pasado que ella probablemente no recordaba. Para él era una broma más en el amigable juego de las medias palabras e insinuaciones, los comentarios velados, habitual entre él y su madre; pero no preveía una reacción como la que provocó.

Marthona palideció y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Bodoa! ¡Oh, Gran Madre! ¿Bodoa? —exclamó llevándose la mano al pecho, con aparentes dificultades para tomar aire.

—¡Madre! ¿Te encuentras bien? —preguntó Jondalar poniéndose en pie de un brinco y quedándose indeciso junto a ella—. Perdona. No era mi intención sobresaltarte de esta manera. ¿Voy a por la Zelandoni?

—No, no; estoy bien —contestó Marthona respirando hondo—. Pero ha sido una sorpresa para mí. Creía que nunca volvería a oír ese nombre. No sabía siquiera que aún viviera. ¿Llegaste a… a conocerla bien?

—Dijo que estuvo a punto de haber una doble unión entre vosotras y Joconan, pero pensé que exageraba o quizá le fallaba la memoria —explicó Jondalar—. ¿Por qué nunca la habías mencionado?

Ayla le lanzó una mirada burlona. Ignoraba que él hubiera dudado de la palabra de S’Armuna.

—Me resultaba demasiado doloroso, Jondalar. Bodoa era como una hermana. Yo habría accedido gustosamente a esa doble unión, pero nuestro Zelandoni se opuso. ¿Has dicho que ahora es La Que Sirve? Tal vez fuera lo mejor, pero ella estaba indignada cuando se fue. Le supliqué que aguardara al cambio de estación antes de intentar cruzar el glaciar, pero no se atuvo a razones. Me alegra saber que sobrevivió a la travesía, y que me envía su afecto. ¿Crees que hablaba sinceramente?

—Sí, madre, estoy seguro. Pero no tendría que haber vuelto a su hogar —continuó Jondalar—. Su tío ya había dejado este mundo, y también su madre. Se

convirtió en S'Armuna, pero la ira la indujo a hacer mal uso de su posición. Ayudó a una mala mujer a llegar a jefa, aunque no sabía que la maldad de Attaroa alcanzaría tales extremos. S'Armuna ha compensado ya aquel error. Creo que se ha reafirmado en su vocación ayudando a su caverna a superar los años difíciles, pero quizá deba actuar como jefa hasta que alguien esté preparado para el cargo, como en otro tiempo lo estuviste tú, madre. Bodoa es una mujer excepcional; incluso ha descubierto una manera de transformar el barro en piedra.

—¿Barro en piedra? Jondalar, hablas como un fabulador ambulante —dijo Marthona—. ¿Cómo voy a saber qué creer y qué no, si cuentas esas cosas tan increíbles?

—Créeme. Es la verdad —aseveró Jondalar con absoluta seriedad, prescindiendo esta vez de sutiles juegos de palabras—. No me he convertido en un fabulador ambulante que va de caverna en caverna adornando historias y leyendas para darles mayor interés, pero he hecho un largo viaje y he visto muchas cosas —lanzó una ojeada a Ayla—. Si no lo hubieras visto tú misma, ¿creerías que las personas pueden montar a lomos de los caballos o entablar amistad con un lobo? Tengo otras cosas que contar que te costará creer, y algunas que enseñarte que cuando las veas no darás crédito a tus ojos.

—De acuerdo, Jondalar. Me has convencido. No volveré a poner en duda tus palabras… aun si me cuesta creerlas —declaró Marthona, y sonrió con un pícaro encanto que Ayla no había percibido en ella hasta entonces. Por un momento la mujer aparentó muchos años menos, y Ayla descubrió de quién había heredado Jondalar su sonrisa.

Marthona cogió su copa de vino y bebió despacio, animándolos a terminar de comer. Cuando acabaron se llevó los cuencos y espetones, les proporcionó una piel suave, húmeda y absorbente para limpiar sus cuchillos antes de guardarlos, y sirvió más vino.

—Has estado fuera mucho tiempo, Jondalar —dijo a su hijo, y Ayla tuvo la impresión de que elegía las palabras con cuidado—. Comprendo que tengas muchas anécdotas que contar de tu largo viaje. Y también tú, Ayla —añadió mirando a la joven—. Tardaréis mucho en contarlas todas, imagino. Espero que tengáis planeado quedaros… por una temporada —dirigió una expresiva mirada a Jondalar—. Podéis estar aquí todo el tiempo que queráis, pero podemos sentirnos un tanto apretados… después de un tiempo. Quizá, llegado el momento, prefiráis una vivienda propia… cerca de aquí…

Jondalar sonrió.

—Sí, madre, ésa es nuestra idea. No te preocupes. No voy a marcharme otra vez. Pienso quedarme, los dos lo pensamos, a menos que alguien se oponga. ¿Es ésta la historia que quieres oír? Ayla y yo aún no estamos unidos, pero lo estaremos. Ya se lo he anunciado a la Zelandoni, que ha venido poco antes de que regresaras con el vino. Deseaba esperar a estar en casa para unirnos aquí, en la ceremonia matrimonial de

este verano, y que ella atara el nudo. Estoy cansado de viajar —añadió con vehemencia.

Marthona expresó su felicidad con una amplia sonrisa.

—Sería estupendo ver a un niño nacido en tu hogar, y quizá incluso de tu espíritu, Jondalar —dijo.

—Eso mismo opino yo —convino él, y mirando a Ayla sonrió.

Marthona confió en que estuviera insinuando lo que parecía, pero no quiso preguntar. Debía ser él quien se lo dijera. Sólo deseaba que no se mostrara tan evasivo acerca de un asunto tan importante como la posibilidad de traer un hijo a su hogar.

—Quizá te resulte grato saber —continuó Jondalar— que Thonolan dejó a un niño de su espíritu, aunque no de su hogar, en una caverna como mínimo, tal vez más. Una mujer losadunai llamada Filonia, una que encontró agradable a Thonolan, descubrió que había recibido la bendición poco después de que nosotros hiciéramos allí un alto. Ahora tiene un compañero y dos hijos. Laduna me dijo que cuando corrió la voz de que estaba embarazada todos los hombres losadunai sin pareja buscaron algún pretexto para visitarla. Tuvo donde elegir, pero puso a su primer hijo, una niña, Thonolia. Vi a la pequeña. Se parece mucho a Folara cuando tenía esa edad.

»Lástima que vivan tan lejos, más allá del glaciar. Es un largo trecho, aunque en el camino de regreso diera la impresión de estar cerca de casa —hizo una pausa con actitud pensativa—. Nunca me ha gustado mucho viajar. Nunca habría viajado hasta tan lejos de no ser por Thonolan… —De pronto advirtió la expresión de su madre, y cayendo en la cuenta de quién era la persona acerca de la que hablaba, su sonrisa se desvaneció.

—Thonolan nació en el hogar de Willamar —dijo Marthona—, y nació también de su espíritu, estoy segura. Siempre le gustó moverse, incluso de muy niño. ¿Todavía sigue de viaje?

Ayla volvió a captar un tono indirecto en las preguntas que Marthona formulaba, o a veces se abstenía de formular, pero dejaba claramente en el aire. Recordó entonces que Jondalar siempre había experimentado desconcierto ante el carácter directo y la franca curiosidad de los Mamutoi, y de pronto tomó conciencia de un hecho. Aquellos que se hacían llamar Cazadores de Mamuts, que la habían adoptado y cuyas costumbres ella se había esforzado denodadamente por aprender, no eran iguales que la gente de Jondalar. Si bien el clan se refería a quienes se parecían a ella como «los Otros», los zelandonii no tenían nada que ver con los Mamutoi, y la lengua no era la única diferencia. Debía prestar atención a los distintos usos y maneras de los zelandonii si quería integrarse.

Jondalar respiró hondo, comprendiendo que era hora de comunicar a su madre la muerte de su hermano. Extendió los brazos y cogió las manos de su madre entre las suyas.

—Lo siento, madre. Thonolan viaja ahora por el otro mundo.

La mirada limpia y franca de Marthona reveló el dolor y la tristeza que sintió de pronto por la pérdida de su hijo menor, y pareció que sus hombros se hundían bajo aquella pesada carga. Ya antes había sufrido la pérdida de seres queridos, pero nunca la de un hijo. Daba la impresión de que era más duro perder a un hijo que había criado hasta llegar a adulto, que debería tener aún casi toda la vida por delante. Marthona cerró los ojos, procurando dominar sus emociones; luego enderezó los hombros y fijó la mirada en el hijo que había regresado junto a ella.

—¿Estabas con él, Jondalar?

—Sí —contestó él, reviviendo el momento y sintiendo el mismo dolor de entonces—. Fue un león cavernario… Thonolan se adentró en un cañón… Traté de impedírselo, pero no me hizo caso.

Jondalar se debatía por conservar el control, y Ayla recordó aquella noche en el valle cuando él sucumbió al desconsuelo y ella lo acunó entre sus brazos como a un niño. Por entonces Ayla ni siquiera conocía su lengua, pero no se necesitan palabras para comprender el dolor. Alargó una mano y tocó el brazo de Jondalar para que supiera que estaba allí con él, sin inmiscuirse en aquel momento de intimidad entre madre e hijo. No pasó inadvertido a Marthona que el contacto de Ayla pareció ayudar a Jondalar, que tomó aire.

—Te he traído una cosa, madre —dijo levantándose y yendo hasta su mochila. Sacó un paquete envuelto y, tras meditar un instante, sacó otro—. Thonolan conoció a una mujer y se enamoró. Ella pertenecía a los Sharamudoi. Vivían casi al final del Río de la Gran Madre, allí donde es tan ancho que uno entiende por qué le pusieron ese nombre. Los Sharamudoi eran, en realidad, dos pueblos distintos: los Shamudoi, que vivían en tierra y se dedicaban a la caza de la gamuza en las montañas, y los Ramudoi, que vivían en el agua y pescaban el esturión gigante en el río. En invierno los ramudoi se trasladaban a vivir con los shamudoi, y fueron tantos los lazos de unión entre ambas familias que era raro no encontrar alguna que no estuviera emparentada. Parecían dos pueblos distintos, pero existían entre ellos vínculos estrechos que los convertían en dos mitades de un mismo cuerpo —para Jondalar no era fácil explicar el carácter singular y complejo de aquella cultura—. Thonolan estaba tan enamorado que acabó siendo uno de ellos. Pasó a pertenecer a la mitad shamudoi al unirse a Jetamio.

—Un nombre precioso —comentó Marthona.

—Era una muchacha preciosa. Te habría gustado.

—¿Era?

—Murió al dar a luz a un niño que, de haber nacido, habría sido hijo del hogar de Thonolan. Él no pudo soportar la pérdida. Creo que deseaba seguirla al otro mundo.

—Fue siempre tan alegre, tan despreocupado…

—Lo sé, pero cambió con la muerte de Jetamio. Dejó de ser alegre y despreocupado y se convirtió en un hombre temerario. Ya no podía quedarse con los Sharamudoi. Intenté convencerlo para que me acompañara a casa, pero insistió en

marcharse hacia el este. No podía dejarlo solo. Los ramudoi nos dieron uno de los excepcionales botes que construían, y nos fuimos río abajo, pero lo perdimos todo en el gran delta, al final del Río de la Gran Madre, donde desemboca en el Mar de Beran. Yo resulté herido, y Thonolan estuvo a punto de hundirse en unas arenas movedizas; afortunadamente nos rescató un campamento de mamutoi.

—¿Conociste allí a Ayla?

Jondalar miró a la joven y luego de nuevo a su madre.

—No —dijo, y guardó silencio por un instante—. Al dejar el Campamento del Sauce, Thonolan decidió que quería ir al norte y cazar mamuts con ellos durante su Reunión de Verano, pero dudo que le interesara realmente. Sólo quería seguir yendo de un lado a otro. —Jondalar cerró los ojos y volvió a tomar aire antes de reanudar su relato—. Estábamos cazando una cierva, pero no sabíamos que la acechaba también una leona. La leona saltó sobre la cierva casi al mismo tiempo que nosotros arrojamos las lanzas. Las lanzas alcanzaron primero el blanco, pero la leona se llevó la presa. Thonolan se empeñó en ir tras sus pasos; dijo que la presa era suya, no de la leona. Le aconsejé que no se enfrentara con ese animal, que le dejara salirse con la suya, pero él insistió en seguir a la leona hasta su guarida. Esperamos un rato, y cuando la fiera se fue, Thonolan decidió entrar en el cañón y coger un trozo de carne. Pero la leona tenía un compañero, que no quiso renunciar a aquella presa. El león mató a Thonolan y también me atacó a mí, dejándome malherido.

Marthona arrugó la frente en gesto de preocupación.

—¿Te atacó un león?

—A no ser por Ayla, también yo estaría muerto —dijo Jondalar—. Me salvó la vida. Me alejó de aquel león y curó mis heridas. Es curandera.

Marthona, sorprendida, miró a Ayla y luego de nuevo a Jondalar.

—¿Te alejó de un león?

—Whinney me ayudó —intentó explicar Ayla—, pero aun así yo no habría podido ayudar a Jondalar si se hubiera tratado de cualquier otro león.

Jondalar comprendió el desconcierto de su madre y supo que esa explicación no aclaraba mucho más lo ocurrido.

—Ya has visto con qué respeto la tratan Lobo y los caballos…

—¿No irás a decirme…?

—Cuéntaselo, Ayla —propuso Jondalar.

—Encontré a ese león cuando era un cachorro —empezó a relatar Ayla—. Lo había pisoteado una manada de renos, y su madre lo dio por muerto. Casi lo estaba. Era yo quien perseguía a esa manada con la intención de que alguno de los renos cayera en una trampa que les había preparado. Atrapé uno, y de regreso a mi valle encontré al cachorro y me lo llevé también. A Whinney no le entusiasmó demasiado; el olor del león la asustaba. Aun así llegué a mi caverna con el reno y el cachorro de león. Lo atendí, y se recuperó, pero era incapaz de valerse por sí mismo, así que tuve

que hacer de madre. También Whinney aprendió a cuidar de él —Ayla sonrió al recordarlo—. Resultaba tan gracioso verlos juntos cuando el león era pequeño.

Marthona observó a la joven y entonces lo entendió.

—¿Es así cómo lo haces? —preguntó—. ¿Con el lobo? ¿Y también con los caballos?

Esta vez fue Ayla la sorprendida. Hasta entonces nadie había establecido la relación tan deprisa. Tanto le complació la perspicacia de Marthona que la miró con una radiante sonrisa.

—¡Sí! ¡Claro! Eso he intentado hacer entender a todo el mundo. Si encuentras a un animal muy joven, y lo alimentas y lo crías como si fuera tu propio hijo, el animal se siente unido a ti, y tú a él. El león que mató a Thonolan e hirió a Jondalar era el león que yo había criado. Era como un hijo para mí.

—Pero por entonces era ya un león adulto, ¿no? ¿Emparejado con una leona? ¿Cómo conseguiste apartarlo de Jondalar? —preguntó Marthona con incredulidad.

—Cazábamos juntos —dijo Ayla—. Cuando era pequeño compartía con él mis presas, y cuando creció le enseñé a que compartiera las suyas conmigo. Siempre me obedecía. Yo era su madre. Los leones acostumbran respetar a sus madres.

—Tampoco yo lo entiendo —terció Jondalar al advertir la expresión de su madre —. Era el león más grande que he visto en mi vida y, sin embargo, se detuvo en el acto al ordenárselo Ayla, cuando se disponía ya a atacarme por segunda vez. La vi montar a lomos de ese león en más de una ocasión. Todos los asistentes a la Reunión de Verano de los mamutoi la vieron montada en ese león. Pese a haberlo visto con mis propios ojos, aún me cuesta creerlo.

—Sólo lamento no haber podido salvar a Thonolan —dijo Ayla—. Oí gritar a un hombre, pero cuando llegué Thonolan ya estaba muerto.

Las palabras de Ayla recordaron a Marthona su dolor, y los tres permanecieron absortos en sus sentimientos durante un rato; pero Marthona quería saber más, quería comprender.

—Me alegra saber que Thonolan encontró a alguien a quien amar —dijo.

Jondalar cogió el primer paquete que había sacado de su mochila.

—El día que Thonolan y Jetamio se unieron me dijo que tú sabías que él nunca regresaría, pero me hizo prometer que yo sí volvería algún día. Y me encargó que a mi regreso te trajera algo bonito, como hace siempre Willamar. Cuando Ayla y yo, de vuelta a casa, visitamos a los Sharamudoi, Roshario me dio esto para ti. Roshario es la mujer que crió a Jetamio al morir la madre de ésta. Me dijo que era la pertenencia más querida de Jetamio —explicó Jondalar, y le entregó el paquete a su madre.

El joven cortó el cordel que sujetaba el envoltorio de piel. Al principio Marthona pensó que el obsequio era la propia piel de gamuza, por su extremada belleza, pero cuando la desplegó y vio el precioso collar que contenía se quedó sin respiración. Era de dientes de gamuza, los perfectos colmillos blancos de animales jóvenes, perforados a través de la raíz, ordenados por tamaño y dispuestos simétricamente,

cada uno separado del siguiente por segmentos escalonados de las vértebras de un pequeño esturión, y en el centro pendía un irisado y reluciente colgante de nácar que parecía un bote.

—Representa al pueblo al que Thonolan decidió unirse, los sharamudoi, sus dos mitades: la gamuza, de la tierra, por los shamudoi; el esturión, del río, por los ramudoi; y el bote de nácar por ambas partes. Roshario deseaba que tuvieras algo que perteneció a la mujer elegida por Thonolan —dijo Jondalar.

Mientras Marthona contemplaba el hermoso obsequio no pudo contenerse más, y las lágrimas resbalaron por su rostro.

—Jondalar, ¿por qué pensaba Thonolan que yo sabía que no regresaría? —preguntó.

—Me dijo que te despediste de él con las palabras «buen viaje» y no «hasta la vuelta» —contestó Jondalar.

Las lágrimas anegaron de nuevo los ojos de Marthona y se desbordaron.

—Tenía razón. No creía que fuera a volver. Por más que intenté rechazar la idea, cuando se fue, estaba segura de que no lo vería nunca más. Y cuando me enteré de que te habías marchado con él pensé que había perdido dos hijos. Jondalar, ojalá Thonolan hubiera regresado contigo, pero me alegro mucho de que al menos tú estés aquí —dijo tendiéndole las manos.

Sin poder evitarlo, Ayla sintió correr las lágrimas por su rostro mientras contemplaba el abrazo entre Jondalar y su madre. Empezó a entender por qué Jondalar no quiso quedarse con los sharamudoi cuando Tholie y Markeno se lo propusieron. Ella misma sabía qué se sentía al perder a un hijo. Era consciente de que nunca volvería a ver a su hijo, pero deseaba saber cómo estaba, qué era de él, qué vida llevaba.

La cortina de la entrada volvió a abrirse.

—¿A que no adiviná is quién ha vuelto? —exclamó Folara irrumpiendo en la morada.

La seguía Willamar, más parsimonioso.

Capítulo 3

Marthona corrió a dar la bienvenida al hombre que acababa de regresar, y se abrazaron afectuosamente.

—¡Vaya! Veo, Marthona, que ese alto hijo tuyo ha vuelto. Nunca pensé que acabaría siendo un viajero. Quizá debería haber sido comerciante en lugar de tallador de pedernal —dijo Willamar mientras se desprendía de la mochila. Luego dio un caluroso abrazo a Jondalar—. No has menguado ni siquiera un poco, por lo que veo —añadió el hombre de mayor edad con una amplia sonrisa mientras recorría con la vista los casi dos metros de estatura del hombre de pelo amarillo.

Jondalar le devolvió la sonrisa. Así era como Willamar lo saludaba siempre, con bromas sobre su estatura. Desde luego, midiendo más de un metro ochenta, Willamar —que había sido el hombre de su hogar en la misma medida que Dalanar— no era precisamente bajo, pero Jondalar ya igualaba en altura al hombre con quien Marthona estaba unida cuando él nació antes de cortar el nudo.

—¿Dónde está tu otro hijo, Marthona? —preguntó Willamar, aún sonriente. De pronto advirtió su rostro manchado de lágrimas y se dio cuenta de lo afligida que se hallaba. Cuando vio el dolor en los rostros de la mujer y su hijo, la sonrisa de Willamar se desvaneció.

—Thonolan viaja ahora por el otro mundo —respondió Jondalar—. Acababa de decírselo a madre…

Vio a Willamar palidecer y luego tambalearse como si hubiera recibido un golpe físico.

—Pero… pero no puede estar en el otro mundo —dijo Willamar con incredulidad horrorizada—. Es demasiado joven. No ha encontrado una mujer con quien formar un hogar. —Su voz aumentaba de volumen a cada frase—. Aún… aún no ha venido a casa… —su última objeción era casi un penetrante gemido.

Willamar siempre había sentido cariño por todos los hijos de Marthona, pero cuando se unieron, Joharran, el hijo nacido en el hogar de Joconan, estaba ya a punto para su mujer-donii, era casi un hombre; la relación entre ellos fue de amistad. Y si bien enseguida tomó afecto a Jondalar, que aún no andaba ni había dejado de mamar, los hijos de su hogar eran Thonolan y Folara. Tenía la convicción de que Thonolan era, además, el hijo de su espíritu, porque se parecía a él en muchos aspectos, sobre todo en que le gustaba viajar y siempre deseaba ver nuevos lugares. Sabía que Marthona, en el fondo de su alma, había albergado el temor de no volver a verlo nunca, ni a Jondalar tampoco, cuando se enteró de que se había marchado con su hermano, pero Willamar pensó que era sólo una preocupación de madre. Había confiado en que Thonolan regresaría, tal como siempre hacía él mismo.

Parecía aturdido, desorientado. Marthona llenó una copa con el líquido del odre rojo, mientras Jondalar y Folara lo ayudaron a sentarse en los almohadones junto a la mesa baja.

—Toma un poco de vino —dijo Marthona sentándose a su lado.

Willamar se sentía confuso, incapaz de comprender la tragedia. Cogió la copa y la apuró de un trago, sin ser consciente de lo que hacía; luego se quedó inmóvil, con la mirada fija en la copa.

Ayla deseó poder hacer algo. Pensó en ir a buscar la bolsa de las medicinas para prepararle una bebida calmante y relajante. Pero Willamar no la conocía, y ella sabía que en ese momento recibía los mejores cuidados posibles: la atención y el interés de quienes lo amaban. Pensó cómo se sentiría ella si de pronto averiguara que Durc había muerto. Era muy distinto saber que nunca volvería a ver a su hijo; sí, al menos, podía imaginarlo creciendo con el amor y los cuidados de Uba.

—Thonolan sí encontró a una mujer a quien amar —explicó Marthona intentando consolar a Willamar. Viendo la aflicción y la necesidad de su compañero, dejó de lado su propio pesar para ayudarlo—. Jondalar me ha traído una cosa que perteneció a esa mujer.

Alzó el collar para enseñárselo. Willamar, ajeno a cuanto le rodeaba, tenía la mirada perdida. De pronto se estremeció y cerró los ojos. Al cabo de un rato se volvió para mirar a Marthona, como si entonces cayera en la cuenta de que ella había hablado, pero no recordara qué había dicho.

—Esto perteneció a la compañera de Thonolan —repitió Marthona tendiéndole el collar—. Dice Jondalar que representa a su gente. Vivían cerca de un río enorme…, el Río de la Gran Madre.

—Tan lejos llegó, pues —comentó Willamar con voz ahogada a causa de la angustia.

—Aún más lejos —precisó Jondalar—. Llegamos al final del Río de la Gran Madre, hasta el Mar de Beran y más allá. Thonolan quería seguir hacia el norte desde allí y cazar mamuts con los Mamutoi.

Willamar alzó la vista hacia él con expresión de dolor y perplejidad, como si no acabara de entender lo que oía.

—Y tengo algo suyo —continuó Jondalar tratando de hallar el modo de ayudarlo. Cogió el otro paquete de la mesa—. Me lo dio Markeno. Markeno era su igual, parte de su familia Ramudoi.

Jondalar abrió el envoltorio de piel y mostró a Willamar y Marthona un utensilio hecho con la cornamenta de un ciervo rojo, un animal de la familia del alce. Tenía las ramificaciones cortadas y un orificio de unos cuatro centímetros de diámetro en el ensanchamiento situado justo debajo de la bifurcación. Era el enderezador de varas de Thonolan.

El oficio de su hermano consistía en saber cómo aplicar tensión a la madera, por lo general calentada previamente con piedras calientes o vapor. Aquella herramienta

servía para mejorar la sujeción y hacer palanca al ejercer presión para enderezar los alabeos o torsiones de las astas a fin de que sus lanzas volaran bien. Resultaba especialmente útil para aplicarlo cerca del extremo de una rama larga, donde no era posible agarrarla con la mano. Insertando el extremo en el orificio, aumentaba la palanca y ello permitía enderezar las puntas. Aunque se llamaba «enderezador», la misma herramienta podía utilizarse asimismo para arquear madera a fin de hacer raquetas para andar por la nieve, pinzas o cualquier otro objeto que requiriese madera curva. Eran distintos aspectos de la misma técnica.

En el sólido mango de unos treinta centímetros había tallados símbolos, así como animales y plantas de primavera. Las tallas representaban muchas cosas, según el contexto; tallas y pinturas eran siempre mucho más complejas de lo que parecían. El propósito de tales representaciones era honrar a la Gran Madre Tierra, y en este sentido las imágenes labradas en el enderezador de Thonolan estaban allí para que Ella permitiera que los espíritus de los animales fueran atraídos hacia las lanzas hechas con la herramienta. Incluía asimismo un elemento estacional que formaba parte de un aspecto espiritual esotérico. Las formas finamente esculpidas no eran simples representaciones, sino que, como Jondalar bien sabía, las tallas gustaban a su hermano por su propia belleza.

Willamar pareció concentrarse en la cornamenta perforada, y al cabo de un momento alargó los brazos para cogerla.

—Esto era de Thonolan —dijo.

—Sí —confirmó Marthona—. ¿Recuerdas cuando Thonolan alabeó la madera con esa herramienta para hacer el soporte de esta mesa? —Tocó la baja plataforma de piedra que se extendía ante ella.

—Thonolan era diestro en su oficio —comentó Willamar con voz aún extraña, distante.

—Sí, lo era —convino Jondalar—. Creo que se sentía tan a gusto con los sharamudoi en parte porque hacían cosas con la madera que él jamás había imaginado. La arqueaban para construir embarcaciones. Ahuecaban y daban forma a un tronco hasta obtener una canoa, una especie de bote, y luego arqueaban los costados para ensancharla. Podían agrandarla añadiendo hiladas, o planchas largas, a los flancos, curvándolas para acomodarlas al contorno del bote y uniéndolas entre sí. Los ramudoi eran muy hábiles en el manejo de los botes en el agua, y ellos y los shamudoi trabajaban juntos para construirlos.

»Me planteé quedarme con ellos. Son una gente extraordinaria. Cuando Ayla y yo los visitamos en el camino de regreso, tanto unos como otros querían que nos quedáramos. De haber aceptado creo que habría elegido a los ramudoi… Había allí un muchacho francamente interesado en la talla del pedernal.

Jondalar era consciente de que aquello era puro parloteo, pero no sabía qué otra cosa hacer o decir, así que trataba de llenar el vacío con sus palabras. Nunca había visto a Willamar tan alterado.

Se oyeron unos suaves golpes en la entrada, y de inmediato, sin esperar a ser invitada, la Zelandoni apartó la cortina y entró. Folara apareció detrás de ella, y Ayla comprendió que la joven había salido inadvertidamente para ir a por la mujer.

Folara se había preocupado al ver a Willamar tan afectado y fue a buscar ayuda. Y la Zelandoni era la donier: la portadora de los dones de la Doni, la que actuaba como intermediaria de la Gran Madre Tierra ante sus hijos, la que administraba asistencia y medicación, la persona a quien se acudía en busca de ayuda.

Folara había explicado a la poderosa mujer lo esencial del problema, y la Zelandoni echó un vistazo alrededor y al instante se formó una clara idea de la situación. Se volvió y habló en voz baja a la joven, que fue inmediatamente al espacio destinado a cocinar y comenzó a soplar los carbones del hogar para avivarlos. Pero el fuego se había apagado. Marthona había extendido las brasas para asar la carne de manera uniforme, y luego no había vuelto a atizarlas y añadir leña para mantener viva la lumbre.

En eso sí podía ayudar Ayla. Abandonó aquella escena de dolor y se acercó sin pérdida de tiempo a su mochila, que había dejado junto a la entrada. Sabía con toda exactitud dónde guardaba el yesquero, y mientras lo sacaba y se encaminaba hacia la cocina, se acordó de Barzec, el mamutoi que se había puesto de su lado después de suministrar ella pirita de hierro a cada uno de los hogares del Campamento del León.

—Déjame que te ayude a encender el fuego —se ofreció.

Folara sonrió. Ella sabía encender fuego, pero la perturbaba ver al hombre de su hogar tan abatido, y la complació tener a alguien cerca. Willamar había sido siempre tan fuerte, tan firme, tan dueño de sí mismo.

—Si traes unas astillas, prenderé lumbre —dijo Ayla.

—La leña menuda para encender fuego está aquí —respondió Folara volviéndose hacia el estante del fondo.

—Está bien. No la necesito —dijo Ayla mientras abría el yesquero.

Constaba de varios compartimentos y pequeñas bolsas. Abrió una y vertió bosta de caballo seca y triturada; de otra extrajo un esponjoso puñado de fibras de adelfa, que dispuso sobre la bosta, y de una tercera sacó finísimas astillas de madera que echó junto al primer montón.

Folara la observó. Como era lógico, durante el largo viaje Ayla había adquirido el hábito de llevar siempre a mano los materiales necesarios para encender fuego. La mujer de menor edad quedó perpleja cuando Ayla, a continuación, sacó un par de piedras y, agachándose muy cerca de la yesca, las golpeó entre sí y luego sopló hierba seca. Ésta empezó a arder. Era asombroso.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Folara atónita.

—Luego te lo enseñaré —dijo Ayla—. Ahora mantengamos vivo el fuego, y así podremos hervir agua para la Zelandoni.

A Folara le asaltó una repentina sensación próxima al miedo.

—¿Cómo has sabido qué iba a hacer?

Ayla fijó la mirada en ella. El semblante de Folara revelaba consternación. Sin duda, aquél había sido para ella un día lleno de emociones y nerviosismo. Su hermano había regresado tras una larga ausencia, acompañado de una mujer desconocida y animales domesticados, después le habían comunicado la muerte de su otro hermano y, por último, la inesperada y alarmante reacción de Willamar. Ahora veía a la desconocida crear fuego como por arte de magia y adivinar en apariencia algo que nadie le había dicho. Folara empezaba a preguntarse si acaso serían ciertas las especulaciones y chismorreos de la gente acerca de los poderes sobrenaturales de la acompañante de Jondalar. Ayla notó que estaba muy agitada, y sabía casi con absoluta certeza cuál era la razón.

—Ya he conocido a la Zelandoni. Sé que es vuestra curandera. Por eso has ido a traerla, ¿no? —preguntó Ayla.

—Sí, es la donier —contestó la joven.

—Normalmente, para ayudar a tranquilizarse a una persona alterada, las curanderas preparan una infusión u otra bebida. He supuesto que te ha pedido que hiervas agua con ese fin —aclaró Ayla con cautela.

Folara se relajó visiblemente; era una explicación muy razonable.

—Y te prometo que te enseñaré a encender fuego de esa manera. Cualquiera puede hacerlo… con las piedras adecuadas.

—¿Cualquiera?

—Sí; tú también —contestó Ayla sonriendo.

La joven sonrió a su vez. Había sentido una gran curiosidad por aquella mujer desde el primer momento y deseaba hacerle muchas preguntas, pero no había querido obrar con descortesía. Ahora tenía aún más preguntas, pero la desconocida ya no le parecía tan inaccesible. A decir verdad, la encontraba muy agradable.

—¿Me hablarás también de los caballos?

Ayla respondió con su más amplia sonrisa de satisfacción. Pensó que Folara era una muchacha alta y hermosa, pero estaba segura de que debía de ser muy joven. Le preguntaría a Jondalar cuántos años tenía Folara; aunque Ayla sospechaba que probablemente rondaba la edad de Latie, la hija de Nezzie, compañera del jefe del Campamento del León de los mamutoi.

—¡Cómo no! Incluso te llevaré a conocerlos. —Miró en dirección a la mesa, donde estaban todos reunidos—. Quizá mañana, cuando vuelva la calma. Puedes bajar a mirarlos cuando quieras, pero no te acerques demasiado tú sola hasta que los caballos se acostumbren a ti.

—No lo haré —aseguró Folara.

Recordando la fascinación de Latie por los caballos, Ayla sonrió y preguntó:

—¿Te gustaría montar sobre el lomo de Whinney alguna vez?

—¿Podría? —dijo Folara con la voz entrecortada y los ojos muy abiertos.

En ese momento Ayla casi veía a Latie en la hermana de Jondalar. La muchacha había desarrollado tal pasión por los caballos que ella llegó a preguntarse si algún día

trataría de hacerse con un potro.

Ayla reanudó la labor de prender lumbre, mientras Folara cogía el odre del agua, el estómago impermeable de algún animal grande.

—He de ir a buscar más agua —anunció la joven—. Está casi vacío.

El carbón aún resplandecía, apenas un rescoldo. Ayla lo sopló un poco, añadió primero astillas, luego algo de la leña menuda que Folara le había dado y, por último, unos cuantos fragmentos de madera más grandes. Vio las piedras de cocinar y puso varias a calentar en el fuego. Cuando Folara volvió, el odre de agua abultaba bastante y parecía pesar mucho, pero era evidente que la muchacha estaba acostumbrada a acarrearlo. Llenó de agua un cuenco hondo de madera, probablemente el que Marthona empleaba para las infusiones. A continuación entregó a Ayla las pinzas de madera con las puntas un tanto chamuscadas. Cuando Ayla juzgó que las piedras estaban ya bastante calientes, retiró una con las pinzas y la dejó caer en el agua. Ésta crepitó e hizo ascender una nube de vapor. Añadió una segunda piedra, extrajo la primera y la sustituyó por una tercera, proceso que repitió unas cuantas veces.

Folara fue a avisar a la Zelandoni de que el agua estaba casi a punto. Ayla dedujo que le decía también algo más por el modo en que la mujer de mayor edad volvía de repente la cabeza en dirección a ella. Ayla observó a la Zelandoni levantarse con dificultad de los almohadones y se acordó de Creb, el Mog-ur del clan. Creb cojeaba de una pierna y le costaba levantarse de asientos bajos. Su sitio preferido para descansar era la rama inferior de un árbol viejo y torcido que se hallaba a la altura idónea para sentarse y ponerse en pie con facilidad.

La mujer entró en el espacio de cocinar.

—Según parece, el agua ya está caliente —comentó. Ayla señaló con la cabeza el cuenco humeante—. ¿Y he oído bien a Folara? Dice que vas a enseñarle a encender fuego con piedras. ¿Qué truco es ése?

—Sí. Tengo unas piedras del fuego. Jondalar también tiene unas cuantas. No hay más truco que aprender a usarlas, y no es difícil. Te enseñaré con mucho gusto cuando tú quieras. Ésa era nuestra intención, de hecho.

La Zelandoni lanzó una ojeada a Willamar. Ayla advirtió que dudaba por un momento ante la disyuntiva.

—Ahora no —dijo la mujer entre dientes, al tiempo que hacía un gesto de negación con la cabeza. Sacó unas hierbas secas de una bolsa prendida del cinturón que rodeaba su amplia cintura, calculó la cantidad correcta en la palma de su mano y las echó al agua humeante—. Ojalá hubiera traído un poco de milenrama —masculló para sí.

—Yo tengo un poco si quieres —dijo Ayla.

—¿Cómo? —preguntó la Zelandoni. Estaba concentrada en lo que hacía y no había prestado atención.

—Decía que tengo un poco de milenrama, si la necesitas. Has dicho que ojalá hubieras traído…

—¿Eso he dicho? Pensaba en voz alta, pero ¿cómo es que tienes milenrama?

—Soy entendida en medicinas…, curandera. Siempre llevo encima una cuantas medicinas básicas. La milenrama es una de ellas. Alivia el dolor de estómago, relaja y ayuda a que las heridas se cierren de una manera limpia y rápida.

La Zelandoni habría quedado boquiabierta si no hubiera contenido a tiempo su asombro.

—¿Eres curandera? ¿La mujer que Jondalar ha traído a casa es una curandera? —casi se echó a reír. Finalmente, cerró los ojos y movió la cabeza en un gesto de incredulidad—. Creo que tendremos que mantener una larga charla, Ayla.

—Con mucho gusto hablaré contigo cuando desees —respondió—, pero ¿quieres un poco de milenrama?

La Zelandoni pensó por un momento: «No puede ser Una de Quienes Sirven. Si lo fuera, nunca abandonaría a su gente para seguir a un hombre hasta su casa, aun si decidiera emparejarse. Pero es posible que sepa un poco de hierbas. Muchos aprenden algo. Si tiene un poco de milenrama, ¿por qué no usarla? Posee un aroma muy característico, así que distinguiré si es milenrama o no».

—Sí. Si la tienes a mano, me parece que será útil.

Ayla corrió hasta su mochila y extrajo de un bolsillo lateral la bolsa de piel de nutria donde guardaba las medicinas. «Empieza a estar muy gastada, pensó mientras volvía con ella. Pronto tendré que sustituirla». Cuando llegó al espacio de cocinar, la Zelandoni contempló con interés la extraña bolsa. Parecía confeccionada con todo el animal. Nunca había visto una semejante, pero tenía algo que le daba un aire de autenticidad.

La mujer de menor edad levantó la cabeza de la nutria —que hacía las veces de tapa—, aflojó el cordel que ceñía el cuello, echó un vistazo al interior y extrajo un saquito. Conocía el contenido por el color de la piel, la fibra del cordón de cierre, y el número y disposición de los nudos de los extremos colgantes. Desató el nudo que mantenía cerrado el saquito —un tipo de nudo fácil de deshacer si uno sabía cómo— y se lo entregó a la otra mujer.

La Zelandoni se preguntó cómo sabía Ayla que aquélla era la hierba correcta sin olerla, pero cuando se la acercó a la nariz comprobó que, en efecto, era milenrama. La donier se echó un poco en la palma de la mano, la examinó atentamente para asegurarse de si eran sólo hojas, u hojas y flores, y si la mezcla contenía algo más. Al parecer se trataba de milenrama pura en hojas. Agregó una pizca al cuenco de madera.

—¿Añado otra piedra de cocinar? —preguntó Ayla para saber si quería una infusión o una decocción.

—No —respondió la donier—. No ha de quedar demasiado fuerte. Willamar necesita sólo una infusión suave. Casi ha superado la conmoción. Es un hombre fuerte. Ahora está preocupado por Marthona. Quiero darle un poco a ella también. He de ser cuidadosa con las medicinas que le doy a ella.

Ayla pensó que la mujer debía de administrar a la madre de Jondalar dosis regulares de alguna medicina que tenía bajo rigurosa observación.

—¿Quieres que prepare una infusión para todos? —propuso Ayla.

—No sé. ¿Qué clase de infusión? —preguntó la curandera de mayor edad.

—Algo suave y con buen sabor. Menta o manzanilla. Tengo incluso unas flores de tilo para endulzarla.

—Sí, ¿por qué no? Un poco de manzanilla con flores de tilo estaría bien. Es ligeramente tranquilizante —contestó la Zelandoni al tiempo que se daba media vuelta para marcharse.

Sonriendo, Ayla extrajo otros saquitos de su bolsa de medicinas. «¡Magia curativa, y ella la conoce!, pensó. ¡No he vivido cerca de alguien que conociera las medicinas y la magia curativa desde que me aparté del clan! Será maravilloso tener a una persona con quien hablar de ello».

Inicialmente Ayla había aprendido el arte de curar —al menos los tratamientos y medicinas a base de hierbas, aunque no las cuestiones del mundo de los espíritus— de Iza, su madre en el clan, a quien se reconocía como digna descendiente de la más destacada línea de mujeres entendidas en medicina. Había conocido otros detalles adicionales por medio de las entendidas en medicina presentes en la Reunión del Clan, a la que había asistido con el Clan de Brun. Más adelante, en la Reunión de Verano de los mamutoi, había pasado mucho tiempo con los mamutoi.

Descubrió que Todos Aquellos Que Sirven a la Madre estaban familiarizados con las medicinas y con los espíritus, pero no dominaban por igual ambos campos. A menudo dependía de los intereses particulares de cada cual. Unos eran especialmente versados en medicación; otros estaban más interesados en las prácticas curativas, y otros en la gente en general y en por qué, con las mismas enfermedades o heridas, unas personas se recuperaban y otras no. A algunos les preocupaban sólo los asuntos del mundo de los espíritus y la mente, mientras que les traían sin cuidado las curaciones.

Ayla deseaba conocerlo todo. Intentaba absorberlo todo —las ideas sobre el mundo de los espíritus, el conocimiento y el uso de las palabras de contar, las historias y leyendas—, pero sentía una especial y permanente fascinación por todo lo relacionado con el arte de curar: las medicinas, las prácticas, los tratamientos y las causas. Había experimentado en sí misma los efectos de distintas plantas y hierbas tal como Iza le había enseñado, utilizando conocimientos adquiridos y grandes dosis de atención, y aprendido todo lo posible de los curanderos que había encontrado a largo de su viaje. Se consideraba una persona con conocimientos, pero sabía que aún tenía muchas cosas que aprender. No era del todo consciente de cuánto sabía ni de las grandes aptitudes que poseía. Pero desde que había abandonado el clan nada echaba tanto de menos como tener a alguien con quien hablar de todos esos temas, una colega.

Folara la ayudó a preparar la infusión y le mostró dónde estaba cada cosa. Entre las dos repartieron los vasos humeantes. Willamar interrogaba a Jondalar sobre los detalles de la muerte de Thonolan, y era evidente que su estado de ánimo había mejorado. El joven empezaba en ese momento a contar una vez más las circunstancias del ataque del león cavernario, cuando todos alzaron la vista al oír unos golpes a la entrada.

—Adelante —dijo Marthona.

Joharran apartó la cortina y se sorprendió un poco al encontrarlos a todos reunidos allí dentro, incluida la Zelandoni.

—Venía a ver a Willamar —empezó a decir mientras se iba acercando al grupo—. Quería saber cómo ha ido el trueque. He visto que Tivonan y tú habéis traído un fardo enorme, pero con tantas emociones y la fiesta de esta noche he pensado que convendría esperar hasta mañana para la reu… —De pronto notó que algo iba mal. Miró uno a uno a todos los presentes y, por último, a la Zelandoni.

—Precisamente ahora Jondalar estaba hablándonos del león cavernario que… atacó a Thonolan —dijo ella. Al ver la expresión horrorizada de Joharran comprendió que aún no conocía la muerte de su hermano pequeño. Tampoco para él iba a ser fácil. Thonolan era un joven muy querido por todos—. Siéntate, Joharran. Creo que debemos escucharlo juntos. El dolor se soporta mejor cuando se comparte, y dudo que Jondalar desee repetir la historia muchas veces.

Ayla cruzó una mirada con la Zelandoni, y con un gesto de la cabeza señaló primero la bebida que la mujer había preparado y luego la que había preparado ella misma. La Zelandoni indicó la segunda con un gesto y observó a Ayla servir en silencio un vaso y entregárselo discretamente a Joharran. Él lo aceptó sin darse cuenta siquiera mientras escuchaba el relato de Jondalar sobre los acontecimientos que condujeron a la muerte a Thonolan.

La Zelandoni estaba cada vez más intrigada por la joven. Tenía algo, quizá algo más que unos conocimientos superficiales sobre las hierbas.

—¿Qué ocurrió después de que lo atacara el león, Jondalar? —preguntó Joharran.

—Después me atacó a mí.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—Eso ha de contarlo Ayla —respondió Jondalar.

Súbitamente todas las miradas se posaron en ella.

La primera vez que Jondalar hizo eso —contar una historia hasta cierto punto y, sin previo aviso, pedirle a Ayla que continuara— ella quedó sumida en el mayor desconcierto. Ahora estaba ya más acostumbrada, pero aquellas personas eran parientes de él, su familia. Ayla tendría que hablar de la muerte de uno de los suyos, un hombre que ella no había llegado a conocer y obviamente había sido muy querido para ellos. Sintió el nerviosismo en la boca del estómago.

—Yo montaba sobre el lomo de Whinney —empezó a contar—. Ella llevaba a Corredor en el vientre, pero necesitaba hacer ejercicio, así que cabalgaba un rato con

ella todos los días. Normalmente íbamos hacia el este, porque el terreno era más transitable, pero estaba aburrida de recorrer siempre el mismo camino, y decidí, para variar, ir hacia el oeste. Fuimos hasta el final del valle, donde la pared del precipicio comenzaba a ser menos abrupta. Cruzamos el riachuelo, y casi cambié de idea respecto a seguir en esa dirección, porque Whinney tenía que tirar de la angarilla y la pendiente era muy escarpada. Pero es un animal de pie firme, y vi que subía sin demasiada dificultad.

—¿Qué es una angarilla? —preguntó Folara.

—Son dos palos unidos por una estera resistente, con un extremo sujeto al lomo de Whinney y el otro arrastrando por el suelo. Así es como me ayudaba a acarrear carga hasta mi cueva, como, por ejemplo, los animales que cazaba —respondió Ayla intentando explicar en qué consistía la parihuela que ella misma había ideado.

—¿Por qué no buscabas gente que te ayudara? —quiso saber Folara.

—No había nadie para ayudarme. Vivía sola en el valle.

Todos los presentes se miraron con expresión de sorpresa, pero la Zelandoni, anticipándose a los demás, dijo:

—Estoy segura de que todos tenemos muchas preguntas que hacerle a Ayla, pero eso puede esperar. ¿Por qué no le dejamos ahora que acabe de contarnos lo que sucedió a Thonolan y Jondalar?

Los Otros respondieron con gestos de asentimiento y centraron de nuevo su atención en la forastera.

—Cuando pasábamos frente a la entrada de un cañón oí el rugido de un león y luego un grito, el grito de dolor de un hombre —prosiguió Ayla.

Todos la escuchaban atentamente, pero Folara era incapaz de quedarse callada.

—¿Qué hiciste?

—En un primer momento no supe qué hacer, pero sentí que tenía que ir a averiguar quién había gritado, y prestarle ayuda si era posible. Whinney me llevó hasta el cañón. Desmonté detrás de una roca y lentamente me asomé para echar un vistazo al interior. Entonces vi al león y lo oí. Era Bebé. Ya no tenía miedo, así que entré. Sabía que no nos haría daño.

Esta vez fue la Zelandoni quien no pudo permanecer en silencio.

—¿Reconociste a un león que rugía? ¿Entraste sin más en el cañón de un león que rugía?

—No era un león cualquiera. Era Bebé. Mi león. El que yo había criado —dijo Ayla intentando aclarar esa importante distinción.

Echó una ojeada a Jondalar, que sonreía pese a la gravedad de los sucesos que ella relataba. No podía evitarlo.

—A mí ya me habían hablado Jondalar y Ayla de ese león —terció Marthona—. Por lo visto, Ayla ejerce influencia sobre otros animales, además de sobre los caballos y los lobos. Jondalar afirma haberla visto montar sobre el lomo de ese león, igual que con los caballos. Sostiene que otros también lo han visto. Continúa, Ayla, por favor.

La Zelandoni pensó que debería investigar ese vínculo con los animales. Había visto a los caballos en la orilla del Río y sabía que Ayla iba acompañada de un lobo, pero cuando Marthona guió a Jondalar y Ayla hasta su vivienda, ella estaba atendiendo a un niño enfermo en otra morada. En esos momentos los animales no se hallaban a la vista, y decidió apartarlos de su mente hasta mejor ocasión.

—Cuando llegué al fondo del cañón —prosiguió Ayla— vi sobre un saliente a Bebé con dos hombres. Pensé que los dos estaban muertos, pero al trepar hasta allí y examinarlos me di cuenta de que sólo uno estaba sin vida. El otro aún vivía, pero sin ayuda no duraría mucho tiempo. Logré bajar a Jondalar del saliente y lo até a la angarilla.

—¿Y el león? —preguntó Joharran—. Los leones cavernarios no suelen permitir que nada se interponga entre ellos y sus presas.

—No, no suelen; pero éste era Bebé. Le dije que se marchara —Ayla advirtió la incredulidad en el semblante de Joharran—. Como hacía cuando cazábamos juntos. En todo caso, no creo que tuviera hambre; su leona acababa de proporcionarle un ciervo. Y no cazaba personas. Lo crié yo. Yo fui su madre. La gente era su familia…, su manada. Creo que atacó a los dos hombres únicamente porque habían irrumpido en su guarida, su territorio.

»No quise dejar allí al otro hombre. La leona no vería a las personas como su familia. Pero no quedaba espacio para su cuerpo en la angarilla, y no tenía tiempo para enterrarlo. Por otra parte, temía que Jondalar muriera también si no lo llevaba a mi caverna. Me había fijado en que al fondo del cañón había un pedregal, y que las piedras sueltas se hallaban retenidas por un bloque de roca. Arrastré el cuerpo hasta allí y, valiéndome de la lanza para hacer palanca, retiré el bloque de roca para que las piedras cayeran y lo cubrieran; por entonces usaba aún las lanzas grandes y gruesas del clan. No me gustaba la idea de dejarlo allí de ese modo, sin siquiera un mensaje para el Mundo de los Espíritus. No soy una Mog-ur, pero utilicé el ritual de Creb y pedí al espíritu del Gran Oso Cavernario que guiara a aquel hombre hasta la tierra de los espíritus. Luego Whinney y yo trasladamos a Jondalar a mi caverna.

Eran muchas las preguntas que la Zelandoni deseaba formular. ¿Quién o qué era un «grrrub», ya que así era como le sonaba a ella el nombre de Creb? ¿Y por qué invocar al espíritu de un oso cavernario en lugar de a la Gran Madre Tierra? No había comprendido la mitad de lo que Ayla había contado, y le costaba dar crédito a la otra mitad.

—En fin, es una suerte que Jondalar no estuviera tan gravemente herido como pensabas —comentó la curandera de mayor edad.

Ayla movió la cabeza en un gesto de negación. ¿Qué quería decir la mujer? Jondalar estaba casi muerto. Ella misma no podía aún explicarse cómo había conseguido salvarlo.

Viendo la expresión de Ayla, Jondalar le adivinó el pensamiento. Resultaba obvio que la Zelandoni había hecho ciertas suposiciones que era preciso rectificar. Jondalar

se puso en pie.

—Creo que debes ver tú misma lo graves que eran mis heridas —dijo recogiéndose el faldón de la túnica y desatándose la correa que ceñía la cintura de sus calzones de verano.

Pese a que los hombres casi nunca iban completamente desnudos, ni siquiera en los días más calurosos del verano, y tampoco las mujeres, la desnudez no causaba la menor turbación. A menudo se veían sin ropa unos a otros cuando nadaban o tomaban baños de vapor. No fueron sus atributos viriles al descubierto lo que contemplaron con asombro los demás cuando Jondalar se despojó de su vestimenta, sino la descomunal cicatriz que surcaba la parte superior del muslo y la ingle.

Las heridas se habían cerrado bien, y la Zelandoni advirtió que Ayla había incluso cosido porciones de la piel de Jondalar en algunas partes. Le había dado siete puntos por separado en la pierna: cuatro a lo largo de la herida más profunda; tres más para que los músculos desgarrados permanecieran en su sitio. Nadie había enseñado a Ayla esa técnica; sencillamente no se le había ocurrido otro modo de mantener cerradas las incisiones.

Hasta ese instante Jondalar no había dejado entrever la menor secuela de unas heridas de tal magnitud. No cojeaba ni trataba esa pierna con especial cuidado, y salvo por las propias cicatrices, debajo de éstas el tejido muscular parecía prácticamente normal. Se apreciaban más marcas y cicatrices en el pecho y el hombro derecho, causadas también por los zarpazos del león, y otra cicatriz en el costado, ésta sin aparente relación con las anteriores. Era evidente que Jondalar no había regresado indemne de su largo viaje.

Todos comprendieron entonces la gravedad de las heridas de Jondalar, y por qué había tenido que ser atendido de inmediato, pero sólo la Zelandoni se hacía idea de lo cerca que había estado de la muerte. La donier se sonrojó al darse cuenta de lo mucho que había subestimado la aptitud de Ayla como curandera, y se avergonzó del comentario que había dejado caer tan a la ligera.

—Perdona, Ayla. No imaginaba que tuvieras tanta experiencia. Me parece que es una gran suerte para la Novena Caverna de los zelandonii que Jondalar haya traído consigo a una curandera tan bien preparada —dijo notando la sonrisa de Jondalar mientras se cubría y el suspiro de alivio de Ayla.

La Zelandoni estaba aún más decidida a conocer mejor a aquella forastera. Su relación con los animales debía de tener algún significado, y alguien con tal destreza como curandera debía quedar bajo la autoridad y la influencia de la zelandonia. Sin cierto control y supervisión, una forastera así podía alborotar la ordenada vida de su gente. Pero como era Jondalar quien la había llevado allí tendría que andarse con pies de plomo. Primero había mucho que averiguar sobre ella.

—Según parece, he de darte a ti las gracias por el regreso de al menos uno de mis hijos, Ayla —dijo Marthona—. Me alegro mucho de tenerlo aquí y te estoy muy agradecida.

—Si Thonolan hubiera regresado también, sería ciertamente una feliz ocasión. Pero cuando Thonolan se fue, Marthona sabía ya que no volvería —declaró Willamar. Luego, mirando a su compañera de hogar, añadió—: No quería creerte, pero debería haberlo hecho. Thonolan quería ir a todas partes y verlo todo. Sólo por eso habría estado siempre viajando. Incluso de niño tenía una curiosidad desmedida.

Este comentario recordó a Jondalar una honda inquietud que sentía desde hacía tiempo. Quizá era ése el momento apropiado.

—Zelandoni, necesito hacerte una pregunta: ¿es posible que su espíritu encuentre por sí solo el camino al Mundo de los Espíritus? —El habitual ceño de preocupación de Jondalar era idéntico al de Joharran—. Después de morir la mujer a quien se unió, Thonolan no fue ya el mismo de siempre, y no pasó al otro mundo con la debida ayuda. Sus huesos siguen bajo aquel montón de piedras en las estepas del este. No se le dio sepultura como es debido. ¿Y si su espíritu está perdido, vagando por el otro mundo sin nadie que lo guíe?

La corpulenta mujer frunció el entrecejo. Era una pregunta seria, y debía tratarse con delicadeza, sobre todo por respeto a la afligida familia de Thonolan.

—Ayla, ¿no has dicho que realizaste una especie de ritual apresurado? Dime cómo fue.

—No hay mucho que decir —respondió Ayla—. Era el ritual que utilizaba Creb siempre que una persona moría y su espíritu abandonaba este mundo. Me preocupaba más el hombre que seguía con vida, pero deseaba hacer algo por el otro para que encontrara su camino.

—Ayla me llevó allí un tiempo después —agregó Jondalar— y me dio un poco de ocre rojo en polvo para esparcirlo sobre las rocas de su tumba. Cuando nos marchamos del valle definitivamente, regresamos al cañón donde Thonolan y yo fuimos atacados. Encontré una piedra muy especial procedente del montón bajo el que está enterrado. La traje conmigo. Confiaba en que te sirviera para localizar su espíritu si continúa vagando, y lo ayudaras así a encontrar su camino. La tengo en la mochila; voy a buscarla.

Jondalar se levantó, se acercó a su mochila y volvió rápidamente con un sencillo saquito de piel provisto de una correa para llevarlo colgado del cuello, aunque nada indicaba que se le hubiera dado ese uso. Lo abrió y, sacudiéndolo, hizo salir dos objetos, que cayeron en la palma de su mano. Uno era un pequeño fragmento de ocre rojo. El otro parecía un trozo de roca gris normal y corriente, con los bordes afilados y forma semejante a una pirámide aplanada. Pero cuando Jondalar la alzó y mostró la superficie inferior, hasta ese momento oculta, los demás reaccionaron con exclamaciones ahogadas y expresiones de sorpresa. Esa faceta de la piedra estaba recubierta de una fina capa de ópalo azul blanquecino con intensos reflejos rojos.

—Me encontraba allí de pie, recordando a Thonolan, y esto rodó por el predegal y cayó a mis pies —explicó Jondalar—. Ayla dijo que debía guardarlo en mi amuleto, este saquito, y traerlo a casa. No sé cuál es su significado, pero tuve la sensación, y

todavía la tengo, de que el espíritu de Thonolan guarda alguna relación con esta piedra.

Se la entregó a la Zelandoni. Nadie más parecía dispuesto a tocarla, y Ayla notó que de hecho Joharran se estremecía. La mujer examinó la piedra con atención, tomándose su tiempo para pensar qué decir.

—Creo que tienes razón, Jondalar —contestó por fin—. Esto guarda relación con el espíritu de Thonolan. No estoy segura de su significado. Necesito examinarla con más detenimiento y pedir consejo a la Madre, pero has hecho bien en traérmelo. —Permaneció en silencio por un momento y luego añadió—: Thonolan tenía un espíritu aventurero. Quizá este mundo se le quedaba pequeño. Es posible que viaje aún por el otro mundo, no porque esté perdido, sino porque aún no esté listo para encontrar su lugar allí. ¿Habíais llegado muy al este cuando terminó su vida en este mundo?

—Más allá del mar interior situado al final del gran río, el que empieza al otro lado del glaciar de las tierras altas.

—¿El que llaman Río de la Gran Madre?

—Sí.

La Zelandoni volvió a guardar silencio. Finalmente, habló.

—Jondalar, tal vez la búsqueda de Thonolan sólo pueda resolverse en el otro mundo, en la tierra de los espíritus. Quizá Doni consideró que era hora de llamarlo y permitirte a ti volver a casa. Es posible que baste con el ritual de Ayla, pero no acabo de entender en qué consistió ni por qué lo hizo. Necesito formular algunas preguntas. —Miró al hombre alto y apuesto que en otro tiempo había amado, y a su manera todavía amaba, y a la joven sentada a su lado, quien en el breve rato transcurrido desde su llegada había conseguido asombrarla más de una vez—. En primer lugar, ¿quién es ese «Grrrub» del que hablas? ¿Y por qué invocaste al espíritu de un oso cavernario y no a la Gran Madre Tierra?

Ayla vio adónde quería ir a parar la Zelandoni con sus preguntas, y como eran muy directas, casi se sintió obligada a contestar. Había aprendido qué era una mentira, y que ciertas personas podían decir cosas que no eran verdad, pero ella se sentía incapaz. A lo sumo podía abstenerse de mencionar algo, y eso resultaba especialmente difícil ante una pregunta directa. Bajó la vista y se miró las manos. Se las había tiznado al encender el fuego.

Le constaba que al final todo saldría a la luz, pero había albergado la esperanza de pasar antes un tiempo con la gente de Jondalar, para llegar a conocer a algunos de ellos. Pero quizá fuera mejor así. Si tenía que marcharse, prefería hacerlo antes de encariñarse con ellos.

Pero ¿y Jondalar? Lo amaba. ¿Y si tenía que marcharse sin él? Llevaba dentro un hijo suyo. No sólo el hijo de su hogar, o ni siquiera el hijo de su espíritu. Un hijo de él. Daba igual lo que creyeran los demás. Ella estaba convencida: sabía que era hijo de él, como lo era de ella. Había empezado a crecer dentro de ella cuando ambos

compartieron placeres, el don del placer otorgado a sus hijos por la Gran Madre Tierra.

Tenía miedo de mirar a Jondalar, eludía el momento por temor a lo que pudiera ver. De pronto alzó la vista y fijó los ojos en él. Tenía que saberlo.

Capítulo 4

Jondalar sonrió y movió la cabeza en un imperceptible gesto de asentimiento. Luego buscó su mano, le dio un ligero apretón y la mantuvo cogida. Ayla apenas podía creerlo. ¡No había inconveniente! Él la había comprendido y estaba diciéndole que no había inconveniente. Podía decir lo que quisiera acerca del clan. Él seguiría a su lado. La amaba. Ayla le devolvió la sonrisa, aquella sonrisa amplia y encantadora, llena de amor.

También Jondalar había adivinado adónde quería ir a parar la Zelandoni con sus preguntas, y para su propia sorpresa, no le importaba. Tiempo atrás estaba tan preocupado por lo que pudiera pensar su familia y su gente de aquella mujer, y de él por llevarla consigo a casa, que casi la abandonó, casi la perdió. Ahora no le importaba. Pese al afecto que sentía por ellos, pese a lo mucho que se alegraba de verlos, si su propia familia no la aceptaba, él se marcharía. Era a Ayla a quien amaba. Juntos tenían mucho que ofrecer. Varias cavernas les habían propuesto ya quedarse a vivir con ellos, incluidos los lanzadonii de Dalanar. Estaba seguro de que encontrarían un hogar en alguna parte.

La donier adivinó que algo había pasado entre Ayla y Jondalar, algún tipo de aprobación o reafirmación. Sintió curiosidad, pero había aprendido que a menudo la observación y la paciencia satisfacían su curiosidad mejor que las preguntas.

Para contestar, Ayla se volvió hacia la Zelandoni.

—Creb era el Mog-ur del Clan de Brun, el que conocía el mundo de los espíritus, pero era mucho más que un Mog-ur. Era como tú, Zelandoni; era el Primero, el Mog-ur de todo el clan. Pero para mí Creb era… hombre de mi hogar, pese a que yo no nací allí, y la mujer con quien vivía, Iza, no era su compañera sino su hermana. Creb nunca tuvo compañera.

—¿Qué es el clan? ¿O quiénes lo forman? —preguntó la Zelandoni notando que Ayla hablaba con un acento más marcado al referirse a ellos.

—El clan es… Yo fui adoptada por el clan. Ellos me acogieron cuando estaba… sola. Creb e Iza cuidaron de mí, me criaron. Iza era madre, la única madre que recuerdo. Y era entendida en medicinas, curandera. En cierto sentido, Iza era también la Primera. Era la más respetada entre todas las mujeres entendidas en medicinas, como lo habían sido antes su madre y su abuela, y todas sus antepasadas en línea ininterrumpida hasta los orígenes del clan.

—¿Allí adquiriste tus aptitudes como curandera? —preguntó la Zelandoni inclinándose sobre los almohadones.

—Sí. Iza me enseñó, a pesar de no ser su verdadera hija ni tener sus recuerdos como los tenía Uba. Uba era mi hermana. No una verdadera hermana, pero aun así una hermana.

—¿Qué había sido de tu auténtica madre, tu familia, la gente con la que naciste? —quiso saber la Zelandoni.

Todos sentían curiosidad y fascinación, pero le dejaban a donier las preguntas.

Ayla se recostó y alzó la vista, como si buscara una respuesta. Luego miró a la corpulenta mujer que tan atentamente la observaba.

—No lo sé. No lo recuerdo. Yo era muy pequeña. Iza calculaba que no tendría más de cinco años…, aunque ellos no disponían de palabras para contar como los zelandonii. El clan daba nombre a los años desde el principio de la niñez: el primero era el «año del nacimiento», luego venían el «año del amamantamiento», el «año del destete», y así sucesivamente. Yo lo he expresado en palabras de contar —intentó explicar, pero de pronto se interrumpió. No podía explicarlo todo, relatar su vida entera con el clan. Sería mejor limitarse a contestar las preguntas.

—¿No recuerdas nada de tu propia gente? —insistió la Zelandoni.

—Sólo sé lo que Iza me contó. Un terremoto destruyó la caverna de mi gente, y el Clan de Brun buscaba una nueva cuando me encontraron inconsciente a la orilla del río. Llevaban un tiempo sin morada, pero Brun permitió a Iza que me llevara con ellos. Ella dijo que debía de haberme atacado un león cavernario, porque tenía las marcas de cuatro garras en la pierna, espaciadas con la misma anchura que las uñas de un león cavernario, y estaban… purulentas, envenenadas, corrompidas —dijo Ayla tratando de dar con las palabras exactas.

—Sí, te entiendo —afirmó la donier—. Infectadas, supurantes, quizá al borde de la putrefacción. Las garras de los felinos tienden a provocar ese estado.

—Aún tengo las cicatrices. Por eso supo Creb que el León Cavernario era mi tótem, pese a que normalmente es un tótem de hombre. A veces todavía sueño que estoy en un rincón oscuro y veo acercarse la zarpa de un gran felino —dijo Ayla.

—Ése es un sueño poderoso. ¿Tienes algún otro sueño? Acerca de esa etapa de tu vida, quiero decir.

—Uno que es aún más aterrador, pero difícil de contar. Nunca lo recuerdo del todo. Es más una sensación, una sensación de terremoto. —La joven se estremeció—. ¡Me horrorizan los terremotos!

La Zelandoni asintió con la cabeza dando a entender que la comprendía.

—¿Algún otro?

—No…, o sí, hay otro, pero ese sueño lo tuve sólo una vez, cuando Jondalar estaba aún convaleciente y me enseñaba a hablar…

La Zelandoni pensó que era una peculiar manera de expresarlo, y miró a Marthona para ver si compartía su extrañeza.

—Comprendía un poco su lengua —explicó Ayla—. Había aprendido muchas palabras, pero me costaba juntarlas, y fue por entonces cuando soñé con mi madre, mi auténtica madre. Vi su cara, y me habló. A partir de ese momento, el aprendizaje me resultó más fácil.

—Ah, ése es un sueño muy importante —comentó La Que Servía—. Siempre tiene una gran importancia cuando la Madre se aparece en tus sueños, sea cual sea la forma que adopte, pero especialmente cuando adopta la forma de tu propia madre hablándote desde el otro mundo.

Jondalar recordó haber soñado con la Madre cuando estaban aún en el valle de Ayla. Fue un sueño muy raro. «He de contárselo alguna vez a la Zelandoni», pensó.

—Y si soñaste con la Madre, ¿por qué no te dirigiste a Ella para que ayudara a Thonolan a encontrar su camino en el otro mundo? No entiendo por qué invocaste al espíritu de un oso cavernario y no a la Gran Madre Tierra.

—No conocía a la Gran Madre Tierra hasta que Jondalar me habló de ella cuando yo ya había aprendido vuestra lengua.

—¿No conocías a Doni, la Gran Madre Tierra? —preguntó Folara atónita.

Entre los zelandonii nunca se había tenido noticia de nadie que no reconociera a la Gran Madre por alguno de sus nombres o formas. Todos se habían quedado perplejos.

—El clan honra a Ursus, el Gran Oso Cavernario —explicó Ayla—. Por eso invoqué a Ursus para que guiara al espíritu del hombre muerto, cuyo nombre aún no conocía, pese a no pertenecer al clan. También imploré ayuda al espíritu del León Cavernario, puesto que era mi tótem.

—Bueno, si no conocías a la Madre, y dadas las circunstancias, hiciste lo que debías. Estoy segura de que sirvió —declaró la Zelandoni, pero su inquietud era mayor de lo que aparentaba. ¿Cómo era posible que no conociera a la Madre una de sus hijas?

—Yo también tengo un tótem —dijo Willamar irguiéndose un poco—. El mío es el Águila Dorada. Me contó mi madre que cuando era niño un águila me atrapó e intentó llevarme, pero ella me agarró y me mantuvo bien sujeto. Aún se me notan las cicatrices. La Zelandoni le dijo que el espíritu del Águila Dorada me reconoció como uno de los suyos. No hay mucha gente con tótems personales, al menos entre los zelandonii, pero cuando uno lo tiene se considera señal de buena suerte.

—Desde luego, ya fue bastante suerte que escaparas con vida —afirmó Joharran.

—Y supongo que yo puedo considerar una suerte haber escapado del león cavernario que me atacó —añadió Ayla—, y lo mismo puede decirse de Jondalar. Creo que su tótem es también el León Cavernario. ¿Tú qué opinas, Zelandoni?

Desde que Ayla era capaz de hablar a Jondalar en su lengua le había repetido una y otra vez que el espíritu del León Cavernario lo había elegido. Daba la impresión de que los tótems individuales no eran tan importantes para su gente como para el clan, pero para ella sí era importante. No deseaba correr riesgos.

Según las creencias del clan, en los emparejamientos, el tótem del hombre debía ser más fuerte que el de la mujer para que ella engendrara hijos. Por eso inquietaba tanto a Iza que Ayla tuviera un tótem masculino y fuerte. A pesar de su poderoso tótem, Ayla tuvo un hijo, pero con dificultades ya en el embarazo, luego en el parto y

también, a juicio de muchos, posteriormente. Estaban convencidos de que el niño era desafortunado, y parecía confirmarlo el hecho de que su madre no tuviera compañero, ningún hombre para criarlo debidamente. Las dificultades e infortunios se atribuían a la circunstancia de que Ayla era una mujer con tótem masculino. Ahora que volvía a estar encinta no quería problemas para este hijo que Jondalar había engendrado, ni para ella ni para el niño. Aunque había aprendido muchas cosas acerca de la Madre, no había olvidado las enseñanzas del clan, y si el tótem de Jondalar era un León Cavernario, como el de ella, tenía la certeza de que sería lo bastante fuerte para permitirle tener un niño sano, capaz de llevar una vida normal.

Algo en el tono de voz de Ayla llamó la atención de la Zelandoni, que escrutó a la joven. «Quiere que Jondalar tenga un León Cavernario por tótem, comprendió la mujer. Es muy importante para ella. Los espíritus de los tótems deben de poseer mayor significación para la gente de ese clan en el que se crió. Probablemente sea cierto que el León Cavernario es ahora el tótem de Jondalar, y a él no le perjudicará en modo alguno que los demás lo consideren un hombre con suerte. ¡Probablemente lo es si ha conseguido volver!».

—Opino que tienes razón, Ayla —dictaminó la donier—. Jondalar bien puede afirmar que el León Cavernario es su tótem, y que es un hombre con suerte. Para él fue una gran suerte que tú estuvieras allí cuando te necesitaba.

—¡Ya te lo había dicho, Jondalar! —exclamó Ayla con alivio visible.

«¿Por qué Ayla o ese clan conceden tanta importancia al espíritu del León Cavernario? ¿O al del Oso Cavernario?, se preguntó la Zelandoni. Todos los espíritus son importantes, los de los animales, o incluso los de las plantas y los insectos, todos; pero es la Gran Madre quien los ha creado. ¿Quiénes son esa gente, ese clan?».

—Has dicho que vivías sola en un valle, ¿no? ¿Dónde habitaba ese clan que te crió, Ayla? —inquirió la donier.

—Sí, también a mí me gustaría saberlo —añadió Joharran—. ¿No te ha presentado Jondalar como Ayla de los Mamutoi?

—Has dicho que no conocías a la Madre, pero al llegar nos has saludado en el nombre de la «Gran Madre de Todos», que es una de las maneras de llamar a Doni —observó Folara.

Ayla los miró uno a uno y, por último, con un asomo de pánico, se volvió hacia Jondalar, en cuyo semblante se dibujaba una ligera sonrisa, como si le divirtiera el desconcierto que las sinceras respuestas de ella causaban en los demás. Él le apretó de nuevo la mano, pero permaneció en silencio. Tenía interés en ver cómo reaccionaba. Ayla se relajó un poco.

—Mi clan vivía en el extremo sur de la gran extensión de tierra que se adentra en el Mar de Beran. Iza me dijo justo antes de morir que debía buscar a mi propia gente. Me explicó que vivían al norte, en la tierra continental, pero cuando por fin fui en su busca no encontré a nadie. Faltaba poco para el final del verano cuando llegué al valle, y temía que la estación fría empezara y yo no estuviera preparada para

recibirla. El valle era un buen sitio, protegido del viento, con un riachuelo, muchos animales y plantas, e incluso una pequeña caverna. Decidí quedarme hasta el final del invierno, y acabé pasando allí tres años, sin más compañía que Whinney y Bebé. Quizá estaba esperando a Jondalar —agregó sonriéndole—. Lo encontré a finales de la primavera, y él no estuvo en condiciones de viajar hasta casi pasado el verano. Decidimos organizar una pequeña expedición para explorar la zona. Cada noche acampábamos en un sitio distinto, alejándonos del valle más de lo que yo me había alejado nunca. Un día conocimos a Talut, el jefe del Campamento del León, y nos invitó a visitarlo. Nos quedamos con ellos hasta principios del verano siguiente, y mientras estaba allí, me adoptaron. Querían que Jondalar se quedara también y se convirtiera en uno de ellos, pero ya entonces tenía previsto regresar aquí.

—Me alegro de que así fuera —comentó Marthona.

—Por lo visto eres muy afortunada, teniendo gente tan dispuesta a adoptarte —dijo la Zelandoni. No podía evitar cierto asombro ante la extraña historia de Ayla, y no era la única que albergaba reservas. Todo sonaba demasiado quimérico, y la Zelandoni tenía aún más preguntas que respuestas.

—Estoy segura de que inicialmente la idea salió de Nezzie, la compañera de Talut. Creo que ella lo convenció porque ayudé a Rydag cuando tuvo un… problema serio. Rydag sufría del… —Notando que desconocía las palabras precisas, Ayla se sintió frustrada. Jondalar no se las había enseñado. Él podía proporcionarle las palabras exactas para diversas clases de pedernal y palabras concretas para los procesos a través de los cuales se lo transformaba en armas y herramientas, pero la terminología específica del ámbito de las medicinas y curaciones no formaba parte de su vocabulario normal. Se volvió hacia él y le habló en mamutoi—. ¿Cómo llamáis a la dedalera, aquella planta que siempre iba a recoger para Rydag?

Él se lo dijo; pero antes de que Ayla pudiera repetirla e intentar explicarse, la Zelandoni se había hecho una idea de lo ocurrido. Tan pronto como oyó pronunciar la palabra a Jondalar, identificó no sólo la planta, sino también sus usos. Llegó a la conclusión de que la persona a quien se refería Ayla sufría de una debilidad interna en el órgano que bombeaba la sangre, el corazón, que podía aliviarse mediante la correcta extracción de elementos de la dedalera. También comprendió que una persona deseara adoptar a una curandera con pericia suficiente para utilizar algo tan beneficioso —aunque potencialmente peligroso— como esa planta. Y si la persona en particular se hallaba en una posición de autoridad, como era el caso de la compañera de un jefe, podía entender por qué Ayla había sido adoptada tan deprisa. Tras oír contar a Ayla lo que en esencia ella había ya conjeturado, hizo otra suposición.

—Esa persona, Rydag, ¿era un niño? —preguntó para confirmar su última intuición.

—Sí —respondió Ayla asaltada por una momentánea tristeza.

La Zelandoni creyó comprender el vínculo entre Ayla y los mamutoi, pero seguía perpleja respecto al clan. Decidió enfocar la cuestión de otra manera.

—Me consta que posees una gran preparación en cuanto a procedimientos curativos, Ayla, pero a menudo aquellos que llegan a entendidos tienen una marca para que la gente los reconozca. Como ésta —dijo tocándose un tatuaje hecho en la frente, sobre la sien izquierda—. No veo en ti ninguna marca.

Ayla observó el tatuaje con atención. Era un rectángulo dividido en seis rectángulos más pequeños, casi cuadrados, dispuestos en dos hileras de tres cada una, con cuatro patas sobre las cuales, caso de unirse con líneas, habrían formado una tercera hilera de cuadrados. El contorno de los rectángulos era oscuro, pero por dentro tres de los cuadrados habían sido coloreados en distintas tonalidades de rojo y uno en amarillo.

Aunque era una marca única, varias de las personas que había visto tenían tatuajes de un tipo u otro, incluidos Marthona, Joharran y Willamar. Ignoraba si esas marcas representaban algo en particular, pero, tras escuchar la explicación de la Zelandoni sobre el significado de la suya, sospechaba que sí.

—Mamut tenía una marca en la mejilla —dijo Ayla llevándose los dedos al lugar exacto en su mejilla—, y todos los mamutoi. Algunos tenían también otras marcas. Me habrían puesto una si me hubiera quedado. Mamut empezó a instruirme poco después de adoptarme, pero cuando me marché no estaba totalmente preparada, y por eso no recibí la marca.

—Pero ¿no has dicho que te adoptó la compañera del jefe?

—Pensé que Nezzie iba a adoptarme, y de hecho también me adoptó, pero en la ceremonia Mamut dijo Hogar del Mamut, no Hogar del León. Así que me adoptó él.

—¿Ese Mamut es Uno Que Sirve a la Madre? —preguntó la Zelandoni pensando: «Así que estaba preparándose para ser Una Que Sirve».

—Sí, como tú. El Hogar del Mamut era suyo, y para Aquellos Que Sirven a la Madre. La mayoría de la gente elige el Hogar del Mamut, o cree haber sido elegida. Mamut dijo que yo había nacido en él —explicó Ayla ruborizándose un poco y desviando la mirada, avergonzada por hablar de algo que le había sido dado sin habérselo ganado. Le hacía pensar en Iza y con qué esmero había intentado prepararla para ser una buena mujer del clan.

—Me parece que ese Mamut era un hombre sensato —declaró la Zelandoni—. Pero decías que aprendiste el arte de curar de una mujer del pueblo que te crió, del clan. ¿No marcan ellos de algún modo a sus curanderos para otorgarles prestigio y reconocimiento?

—Cuando me aceptaron como entendida en medicinas del clan me entregaron una piedra negra, un símbolo especial para llevarlo en mi amuleto —explicó Ayla—. Pero no hacen tatuajes a las entendidas en medicinas; esa clase de marcas se reserva para el tótem, cuando un niño se convierte en hombre.

—¿Cómo reconoce la gente a un curandero cuando necesita llamarlo?

Ayla nunca se había parado a pensar en eso. Guardó silencio por un momento para reflexionar.

—Las entendidas en medicinas no requieren marcas. La gente ya las conoce. Una entendida en medicinas tiene prestigio por derecho propio. Su posición siempre es reconocida. Iza era la mujer de más alto rango en el clan, por encima incluso de la compañera de Brun.

La Zelandoni movió la cabeza en un gesto de perplejidad. Obviamente Ayla creía haber explicado algo, pero la mujer seguía sin comprender.

—No dudo que eso sea verdad, pero ¿cómo lo sabe la gente?

—Por su posición —repitió Ayla. A continuación trató de aclararlo—. Por la posición que ocupa cuando el clan se traslada a alguna parte, por el lugar donde se coloca cuando come, por los signos que usa cuando… habla, por las señales que los demás le hacen cuando se dirigen a ella.

—¿No resulta eso un tanto incómodo? ¿Esa engorrosa utilización de las posiciones y los signos? —preguntó la Zelandoni.

—Para ellos no. Así se comunica la gente del clan, mediante signos —respondió Ayla—. No hablan con palabras como nosotros.

—Pero ¿por qué no? —quiso saber Marthona.

—No pueden. Son incapaces de producir todos los sonidos que nosotros articulamos. Pueden producir algunos, pero no todos. Hablan con las manos y el cuerpo —intentó explicar Ayla.

Jondalar veía aumentar el desconcierto de su madre y parientes, así como la frustración creciente de Ayla. Decidió que había llegado el momento de poner fin a la confusión.

—Ayla se crió con los cabezas chatas, madre —dijo.

Todos quedaron mudos de estupefacción.

—¡Cabezas chatas! —exclamó por fin Joharran—. ¡Los cabezas chatas son animales!

—No, no lo son —corrigió Jondalar.

—Claro que lo son —afirmó Folara—. ¡No hablan!

—Hablan, pero no como hablamos nosotros —repuso Jondalar—. Yo incluso hablo un poco su idioma, aunque no tan bien como Ayla, naturalmente. Cuando ha dicho que la enseñé a hablar era en sentido literal. —Lanzó una mirada a la Zelandoni; había advertido su anterior expresión de extrañeza—. Había olvidado la lengua que hablaba de niña, fuera cual fuese, y sólo sabía comunicarse a la manera del clan. El clan son los cabezas chatas; los cabezas chatas se llaman a sí mismos el clan.

—¿Cómo pueden llamarse lo que sea si hablan con las manos? —preguntó Folara.

—Usan algunas palabras —repitió Ayla—; simplemente no son capaces de decirlo todo. Ni siquiera oyen todos los sonidos que nosotros producimos. Podrían llegar a comprenderlos si empezaran a escucharlos desde muy pequeños, pero no

están acostumbrados a oírlos. —Pensó en Rydag, que entendía cuanto le decían pese a ser incapaz de pronunciarlo.

—En fin, no sabía que se llamaban a sí mismos por un nombre —declaró Marthona. De pronto, la asaltó otra duda—. ¿Cómo os comunicabais tú y Ayla, Jondalar?

—Al principio no nos comunicábamos —contestó él—. En los primeros momentos no era necesario, claro está. Ayla sabía lo que tenía que hacer. Estaba herido, y ella cuidó de mí.

—Jondalar, ¿estás diciendo que aprendió de los cabezas chatas cómo curarte las heridas que recibiste del león cavernario? —preguntó la Zelandoni.

Ayla respondió por él.

—Como te he dicho, Iza descendía del más respetado linaje de mujeres entendidas en medicinas del clan. Ella me enseñó.

—Me cuesta mucho creer todo eso sobre unos cabezas chatas inteligentes —dijo la Zelandoni.

—A mí no —terció Willamar.

Todos se volvieron a mirar al maestro de comercio.

—No creo en absoluto que sean animales. Abandoné esa idea hace tiempo. He visto a muchos en mis viajes.

—¿Por qué nunca habías dicho nada? —quiso saber Joharran.

—Nunca había salido en la conversación —contestó Willamar—. Nadie me había preguntado; ni yo me había detenido a pensar demasiado en el tema.

—¿Qué te llevó a cambiar de idea sobre ellos, Willamar? —inquirió Zelandoni. Eso planteaba otra nueva cuestión. Iba a tener que meditar acerca de esa sorprendente idea expuesta por Jondalar y la forastera.

—Déjame pensar —comenzó Willamar—. Han pasado muchos años desde la primera vez que empecé a dudar que fueran animales. Me hallaba al sur y al oeste de aquí, viajando solo. El tiempo había cambiado de pronto, una repentina ola de frío, y tenía prisa por volver a casa. Caminé sin parar casi hasta que oscureció y acampé junto a un arroyo. Me proponía cruzarlo por la mañana. Al despertar descubrí que me había detenido justo enfrente de un grupo de cabezas chatas. Para ser sincero, me asusté…, ya sabéis lo que cuentan. Así que permanecí atento para estar preparado en caso de que decidieran ir a por mí.

—¿Qué hicieron? —preguntó Joharran.

—Nada, aparte de levantar el campamento como haría cualquiera —respondió Willamar—. Sabían que yo estaba allí, por supuesto, pero iba solo, así que no podía crearles muchas complicaciones, y no parecían tener mucha prisa. Hirvieron agua y prepararon una bebida caliente, enrollaron las tiendas…, distintas de las nuestras, más bajas y difíciles de ver…, se las cargaron a la espalda y se marcharon al trote.

—¿Viste si había alguna mujer? —preguntó Ayla.

—Hacía un frío intenso, y todos iban muy cubiertos. Usan ropa. En verano no se nota porque van casi desnudos, y en invierno rara vez se los ve. En esa época nosotros no viajamos mucho, ni recorremos grandes distancias, y probablemente ellos tampoco.

—Así es —confirmó Ayla—. No les gusta alejarse de casa cuando hace frío o nieva.

—La mayoría llevaba barba, aunque no sé si todos —dijo Willamar.

—Los jóvenes no llevan barba. ¿Te fijaste en si había alguien con un canasto cargado a la espalda?

—Creo que no.

—Las mujeres del clan no cazan, pero si los hombres emprenden una expedición larga suelen acompañarlos para secar la carne y acarrearla en el camino de regreso, así que probablemente era una partida de caza por las inmediaciones del poblado, compuesta sólo por hombres —dijo Ayla.

—¿Tú hacías eso? —preguntó Folara—. ¿Ir a largas expediciones de caza?

—Sí, incluso fui una vez que cazaron un mamut —contestó Ayla—; pero yo no iba a cazar.

Jondalar advirtió en los Otros una actitud de curiosidad más que de rechazo. Si bien le constaba que mucha gente reaccionaría con intolerancia, sus parientes como mínimo parecían interesados en saber más acerca de los cabezas chatas… el clan.

—Joharran —dijo Jondalar—, me alegra que el tema haya salido ahora en la conversación, porque, en todo caso, tenía previsto comentártelo. Hay una cosa que debes saber. En el camino hacia aquí conocimos a una pareja del clan, justo antes de empezar a cruzar el glaciar de la meseta situado al este. Nos contaron que varios clanes planean reunirse para hablar de nosotros, y de los problemas que han surgido entre ellos y nosotros. Nos llaman «los Otros».

—Me resulta difícil creer que nos llamen por un nombre, sea el que sea —replicó su hermano—, y más aún que organicen reuniones para hablar de nosotros.

—Pues créelo, porque si no, podemos tener problemas.

Varias voces se alzaron simultáneamente.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué clase de problemas?

—Estoy al corriente de ciertos sucesos en la región losadunai. Una banda de jóvenes rufianes de distintas cavernas empezó a provocar a los cabezas chatas…, los hombres del clan. Según tengo entendido, comenzaron hace unos años acosándolos sólo de uno en uno, como si dieran caza a un rinoceronte. Pero uno no puede andar jugando con los hombres del clan. Son fuertes e inteligentes. Un par de esos jóvenes tuvieron ocasión de comprobarlo, así que empezaron a acosar a las mujeres. Normalmente ellas no luchan y, por tanto, no proporcionaban tanta diversión, no había desafío. Para darle mayor interés, empezaron a forzar a las mujeres del clan a… en fin, yo no lo llamaría placeres.

—¿Cómo? —preguntó Joharran.

—Me has oído bien —aseveró Jondalar.

—¡Gran Madre! —prorrumpió la Zelandoni.

—¡Es espantoso! —dijo Marthona al mismo tiempo.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Folara arrugando la nariz en un gesto de repugnancia.

—¡Es una canallada! —afirmó Willamar.

—La gente del clan piensa lo mismo —dijo Jondalar—, y no van a permitirlo por mucho más tiempo. En cuanto descubran que pueden hacer algo al respecto, no van a tolerarnos nada a ninguno de nosotros. Se dice que antes estas cavernas les pertenecían, ¿no es así? ¿Y si quieren recuperarlas?

—Son sólo rumores, Jondalar. Nada en las Historias ni las Leyendas de los Ancianos lo confirma —declaró la Zelandoni—. Sólo se menciona a los osos como antiguos moradores.

Ayla guardó silencio, pero pensaba que esos rumores podían ser fundados.

—En cualquier caso, no van a apropiarse de estas cavernas —dijo Joharran—. Aquí vivimos nosotros; es territorio zelandonii.

—Pero debéis saber una cosa más, algo que quizá nos favorezca. Según Guban, que era como se llamaba el hombre de esa pareja del clan…

—¿Tienen nombres? —preguntó Joharran.

—Claro que tienen nombres —contestó Ayla—, igual que la gente de mi clan. Él se llama Guban; ella, Yorga.

Dio a los nombres la auténtica pronunciación del clan, con sonidos graves, guturales y roncos. Jondalar sonrió, pensando: «Lo ha hecho adrede».

«Si es así como hablan, ahora sé de dónde viene su acento, pensó la Zelandoni. Debe de estar diciendo la verdad. Se crió con ellos. Pero ¿realmente aprendió de ellos sus conocimientos sobre las medicinas?».

—Lo que intentaba decir, Joharran, es que Guban me contó que cierta gente…, no sé qué cavernas…, se ha dirigido a ellos con la idea de establecer relaciones comerciales —prosiguió Jondalar. Pronunciado por él, el nombre de Guban era mucho más fácil de entender.

—¿Comerciar? ¿Con los cabezas chatas? —dijo Joharran.

—¿Por qué no? —terció Willamar—. Considero que podría ser interesante. Depende de lo que tengan para intercambiar, naturalmente.

—Parece que ha hablado el maestro de comercio —comentó Jondalar.

—A propósito de comerciar, ¿qué medidas han tomado los losadunai respecto a esos jóvenes? —preguntó Willamar—. Comerciamos con ellos. No me gustaría que una misión comercial bajara por el otro lado del glaciar y se tropezara con un grupo de cabezas chatas con afán de venganza.

—Cuando oímos… oí hablar de eso por primera vez, hace cinco años, no habían hecho nada al respecto —respondió Jondalar eludiendo cualquier referencia a

Thonolan—. Estaban enterados de que ocurría, y algunos de los hombres lo llamaban aún «euforia», pero Laduni se alteró mucho sólo de hablar de ello. Más tarde las cosas fueron a peor. En el camino de regreso visitamos a los losadunai. Los hombres del clan salían a buscar comida con sus mujeres, para protegerlas, y como esos jóvenes «eufóricos» no iban a arriesgarse ya a provocarlos persiguiendo a sus mujeres, fueron tras una joven de la Caverna de Laduni, todos ellos, y la forzaron… antes de los Primeros Ritos.

—¡Oh, no! ¿Cómo pudieron hacer una cosa así, Jondé? —dijo Folara rompiendo a llorar.

—¡Submundo de la Gran Madre! —bramó Joharran.

—¡Ahí es adonde deberían mandarlos! —exclamó Willamar.

—¡Es abominable! ¡No se me ocurre un castigo de suficiente magnitud para un acto semejante! —rugió la Zelandoni.

Marthona, incapaz de hablar, se había llevado la mano al pecho con expresión de horror.

Ayla había sentido gran compasión por la joven agredida e intentado aliviar su angustia, pero no pudo menos que observar que los parientes de Jondalar reaccionaban con mucha mayor vehemencia ante la noticia de que una joven de los Otros había sufrido el ataque de la banda, que al enterarse de los ataques a las mujeres del clan. Cuando se trataba de las mujeres del clan, se sentían meramente ofendidos; cuando era una de sus mujeres, lo consideraban un ultraje.

Esa circunstancia, más que cualquiera de las cosas que se habían dicho o hecho, le permitió comprender el alcance del abismo que separaba a ambos pueblos. Se preguntó entonces cuál habría sido su reacción —por inconcebible que para ella fuese la idea— si se hubiera tratado de una banda de hombres del clan, si unos cabezas chatas hubieran cometido una acción tan abominable contra mujeres zelandonii.

—Puedes estar seguro de que ahora los losadunai sí tomarán medidas contra esos jóvenes —continuó Jondalar—. La madre de la joven exige una compensación de sangre contra la caverna del cabecilla de esa banda de degenerados.

—Ésa es mala noticia —comentó Marthona—. ¡Vaya una situación delicada para los jefes!

—¡Esa mujer está en su derecho! —declaró Folara.

—Sí, claro que está en su derecho —admitió Marthona—, pero algún pariente, o la caverna entera, se opondrá, y eso podría dar pie a enfrentamientos, quizá a alguna muerte, y luego otros clamarán venganza también por eso. ¿Quién sabe en qué podría acabar? ¿Qué piensan hacer, Jondalar?

—Los jefes de varias cavernas han enviado mensajeros, y muchos de ellos se reunieron para hablar. Han acordado mandar rastreadores para localizar a esos jóvenes, separarlos para disolver la banda, y dejar luego que las distintas cavernas afectadas se ocupen individualmente de sus respectivos miembros. Recibirán un

severo castigo, imagino, pero se les concederá la oportunidad de ofrecer una compensación —explicó Jondalar.

—Me parece un buen plan, al menos si todos lo respaldan, incluida la caverna del instigador —observó Joharran—, y si esos jóvenes acceden a volver pacíficamente cuando los encuentren.

—Tengo mis dudas en cuanto al cabecilla, pero creo que los Otros quieren volver a casa, y aceptarán cualquier condición con tal de que les permitan regresar. No se los veía muy contentos, y daba la impresión de que el frío, el hambre y la suciedad hacían mella en ellos —comentó Jondalar.

—¿Los habéis visto? —preguntó Marthona.

—Así fue como conocimos a la pareja del clan. La banda se echó sobre la mujer, sin advertir la presencia del hombre. Pero él había trepado a una roca alta para vigilar la caza, y saltó cuando atacaron a su mujer. Pese a romperse una pierna, intentó repelerlos. Nosotros pasábamos casualmente por allí; no era muy lejos del glaciar que nos disponíamos a cruzar —Jondalar sonrió—. Entre Ayla, Lobo y yo, además de la pareja del clan, los hicimos huir a la desbandada. A ésos no les quedan ya muchas ganas de pelea. Y con Lobo y los caballos allí, más el hecho de que sabíamos quiénes eran, aunque nunca nos habían visto… En fin, creo que les metimos el miedo en el cuerpo.

—Sí —dijo la Zelandoni pensativamente—. Me hago idea.

—A mí me habríais asustado —admitió Joharran con una sonrisa irónica.

—Luego Ayla convenció al hombre del clan para que la dejara reducirle la fractura de la pierna —prosiguió Jondalar—. Acampamos juntos durante un par de días. Le hice unos bastones para apoyarse al andar, y decidió marcharse a casa. Pude hablar un poco con él, aunque era Ayla quien llevaba el peso de las conversaciones. Creo que me convertí en una especie de hermano para él.

—Se me ocurre, Joharran —dijo Marthona—, que si hay riesgo de conflictos con esa gente… ¿cómo se llaman?… ¿el clan?… Y si poseen capacidad de comunicación suficiente para negociar sería muy útil contar con alguien como Ayla para hablar con ellos.

—Eso mismo estaba yo pensando —admitió la Zelandoni. Aunque no lo mencionó, había pensado asimismo en el terrorífico efecto que, según había comentado Jondalar, ejercían en la gente los animales de Ayla. También eso podía ser provechoso.

—Sin duda, tienes razón, madre —dijo Joharran—, pero será difícil acostumbrarse a la idea de hablar con los cabezas chatas o llamarlos por otro nombre, y no soy yo el único a quien eso va a suponerle un esfuerzo. —Guardó silencio por un instante. De pronto movió la cabeza en un gesto de negación, como si estuviera respondiéndose a sí mismo—. Si hablan con las manos, ¿cómo sabe uno que están hablando y no simplemente haciendo aspavientos?

Todos miraron a Ayla, y ella se volvió hacia Jondalar.

—Me parece que necesitan una demostración —sugirió Jondalar—, y quizá podrías hablar simultáneamente, como hacías cuando te comunicabas con Guban y traducías para mí.

—¿Y qué digo?

—¿Por qué no los saludas, sin más, como si hablaras en boca de Guban?

Ayla meditó por un instante. No podía saludarlos como habría hecho Guban. Él era hombre, y una mujer nunca se dirigiría a nadie igual que un hombre. Podía hacer una seña de salutación, gesto siempre idéntico, pero ningún intercambio se reducía sólo a una seña de salutación. Ésta se modificaba siempre en función de quién la realizaba y a quién iba dirigida. Y desde luego no existía seña alguna para que una persona del clan saludara a uno de los Otros. Era una situación que nunca se había dado, al menos de un modo formal y reconocido. Acaso pudiera imaginar cómo sería en caso de llegar a producirse alguna vez. Se puso en pie y retrocedió unos pasos en la zona despejada del centro de la estancia principal.

—Esta mujer desearía saludaros, Gente de los Otros —comenzó Ayla. Tras pensar en silencio cómo ejecutaría las señas alguien del clan, añadió—: O quizá debería decirse Gente de la Madre.

—Prueba con Hijos de la Madre o Hijos de la Gran Madre Tierra —propuso Jondalar.

Ayla asintió con la cabeza y volvió a empezar.

—Esta mujer…, llamada Ayla, desearía saludaros, Hijos de Doni, la Gran Madre Tierra. —Expresó su propio nombre y el de la Madre mediante sonidos verbales, pero con la inflexión y carácter tonal del clan. Comunicó el resto con las señas del lenguaje formal del clan al mismo tiempo que lo decía en zelandonii—. Esta mujer espera que en algún momento seáis saludados por alguien del Clan del Oso Cavernario, y que devolváis el saludo. El Mog-ur dijo a esta mujer que el clan es antiguo, los recuerdos vienen de muy lejos. El clan estaba ya aquí cuando llegaron los nuevos. Llamaron a esos nuevos «los Otros», los que no pertenecían al clan. El clan optó por seguir su propio camino, eludir a los Otros. Es la costumbre del clan, y las tradiciones del clan cambian despacio; aun así parte del clan empezaría a cambiar, establecería nuevas tradiciones. Si es así, esta mujer espera que los cambios no sean perjudiciales ni para el clan ni para los Otros.

En su traducción al zelandonii, hecha con voz baja y monótona, procuraba hablar con la mayor precisión y el menor acento posibles. Los demás comprendían sus palabras, pero a la vez se daban cuenta de que no agitaba las manos al azar. Los gestos bien definidos, los sutiles movimientos con que el cuerpo acompañaba a cada ademán —la cabeza alzada en actitud orgullosa, una inclinación en señal de conformidad o, incluso, una ceja enarcada—, se sucedían con total fluidez e intención digna. Aun sin saber interpretar el sentido exacto de cada gesto, era obvio que sus movimientos tenían un significado.

El efecto global era sorprendente, y hermoso. Marthona sintió que un escalofrío recorría su espalda. Cruzó una mirada fugaz con la Zelandoni, que asintió con la cabeza. También ella había experimentado una profunda emoción. Jondalar advirtió el discreto intercambio de miradas entre su madre y la Zelandoni. Estaba observando a quienes contemplaban a Ayla y valorando la impresión que les causaba. Joharran la miraba absorto con la frente arrugada; Willamar tenía una leve sonrisa en los labios y movía la cabeza en un gesto de aprobación; Folara sonreía sin reservas, tan complacida que contagió su sonrisa al propio Jondalar.

Al terminar, Ayla volvió a sentarse a la mesa, agachándose y cruzando las piernas con una elegante soltura aún más evidente tras su actuación. Se produjo un silencio embarazoso en torno a la mesa. Nadie sabía qué decir, y todos tenían la sensación de que necesitaban tiempo para pensar. Finalmente, Folara sucumbió al impulso de llenar el vacío.

—¡Ha sido fantástico, Ayla! —exclamó—. Precioso, casi como una danza.

—A mí me cuesta verlo así —respondió Ayla—. Es su manera de hablar. Aunque recuerdo que me encantaba observar a los fabuladores.

—Ha sido muy expresivo —opinó Marthona, y volviéndose hacia su hijo, preguntó—: ¿También tú puedes hacerlo, Jondalar?

—No como Ayla. Ella enseñó ese lenguaje a la gente del Campamento del León para que pudieran comunicarse con Rydag. En su Reunión de Verano, les sirvió de diversión, porque podían hablar entre sí sin que nadie se diera cuenta.

—¿Rydag? ¿No era ése el niño enfermo del corazón? —preguntó la Zelandoni—. ¿Por qué no podía hablar como los demás?

Jondalar y Ayla se miraron.

—Rydag llevaba en las venas sangre del clan, y encontraba las mismas dificultades que ellos para emitir ciertos sonidos —explicó Ayla—. Así que les enseñé el lenguaje del clan a él y al Campamento del León.

—¿Sangre del clan? —repitió Joharran—. ¿Sangre de cabeza chata, quieres decir? ¡Una abominación con sangre de cabeza chata!

—¡Era un niño! —replicó Ayla lanzándole una mirada iracunda—. Como cualquier otro niño. Ningún niño es una abominación.

La reacción de Ayla cogió por sorpresa a Joharran, que recordó de pronto que ella se había criado entre la gente del clan y comprendió por qué se sentía ofendida. Intentó balbucear una disculpa:

—Lo… lo… lo siento. Es la opinión generalizada.

La Zelandoni intervino para poner paz.

—Ayla, no olvides que aún no hemos tenido tiempo para reflexionar sobre todo lo que nos has dicho. Siempre hemos considerado animales a la gente de tu clan y, por tanto, una criatura mitad animal, mitad humana nos parece una abominación. Sin duda, estás en lo cierto, y ése… Rydag es un niño.

«Tiene razón, se dijo Ayla, y al fin y al cabo ya conocías la opinión de los zelandonii al respecto. Jondalar la dejó muy clara la primera vez que mencionaste a Durc». Trató de serenarse.

—No obstante, me gustaría que me aclarases una cosa —continuó la Zelandoni, buscando el modo de plantear sus preguntas sin ofender a la forastera—. Esa mujer llamada Nezzie era la compañera del jefe del Campamento del León, ¿no es así?

—Sí —confirmó Ayla adivinando adónde quería llegar la mujer. Miró a Jondalar y advirtió que se esforzaba por reprimir una sonrisa. Se tranquilizó; por lo visto también él había adivinado lo que intentaba averiguar la Zelandoni y sentía un malsano placer por la turbación de la poderosa donier.

—Ese niño, ese Rydag… ¿era de ella?

Jondalar casi deseó que Ayla contestara afirmativamente, aunque sólo fuera para darles qué pensar. A él le había costado mucho desprenderse de los prejuicios de su gente, inculcados desde la infancia, transmitidos prácticamente a través de la leche materna. Si llegaban a creer que una mujer que había dado a luz a una «abominación» podía ser compañera de un jefe, quizá sus prejuicios se tambalearan un poco, y cuanto más lo pensaba Jondalar, más se convencía de que por el bien de los suyos, por su seguridad, tenían que cambiar, tenían que aceptar el hecho de que los miembros del clan también eran personas.

—Nezzie lo amamantó a la vez que a su propia hija —explicó Ayla—. Rydag era hijo de una mujer del clan que estaba sola y murió poco después del parto. Nezzie lo adoptó, del mismo modo que Iza me adoptó a mí cuando yo no tenía a nadie que me cuidara.

Aun así era una situación sorprendente, y en cierto sentido todavía más asombrosa porque la compañera del jefe había decidido voluntariamente cuidar de un recién nacido que podría haber dejado morir con su madre. El grupo se sumió en el silencio mientras cada uno de ellos meditaba acerca de lo que acababa de escuchar.

Lobo se había quedado en el valle donde pacían los caballos para explorar el nuevo territorio, pero pasado un rato decidió volver al lugar que Ayla le había hecho comprender que era su casa, el lugar adonde debía ir si quería encontrarla. Como todos los de su especie, Lobo se movía con rapidez y con tal gracia natural que parecía flotar mientras trotaba por el paisaje boscoso. Varias personas recogían moras en el Valle del Bosque. Un hombre alcanzó a ver al lobo moverse entre los árboles como un espectro silencioso.

—¡Viene el lobo! ¡Y va solo! —exclamó el hombre apartándose a toda prisa de su camino.

—¿Dónde está mi niña? —gritó una mujer, presa del pánico. Miró alrededor, vio a su pequeña y corrió a cogerla para alejarla de allí.

Cuando Lobo llegó al sendero que conducía al saliente de roca, ascendió con el mismo paso ágil y veloz.

—¡Ahí está ese lobo! —protestó otra mujer—. No me gusta la idea de que un lobo suba hasta aquí, hasta el mismo saliente.

—Según Joharran, debemos dejarlo ir y venir a su antojo, pero yo voy a coger mi lanza —dijo un hombre—. Quizá ese animal no haga daño a nadie, pero a mí no me inspira confianza.

La gente rehuyó a Lobo cuando llegó al saliente y se encaminó derecho a la morada de Marthona. En su prisa por poner la mayor distancia posible entre él y aquel poderoso cazador de cuatro patas, un hombre tropezó con unas astas de lanza y las derribó. El lobo percibió el miedo de la gente y no le gustó, pero siguió hacia el lugar que Ayla le había indicado.

En la morada de Marthona, el silencio se rompió cuando de pronto Willamar, viendo moverse la cortina de la entrada, se levantó de un brinco y gritó:

—¡Un lobo! Gran Madre, ¿cómo ha llegado ese lobo hasta aquí?

—No pasa nada, Willamar —dijo Marthona intentando calmarlo—. Tiene permitido entrar aquí.

Folara cruzó una mirada con Joharran y sonrió, y aunque su hermano mayor experimentaba aún cierto nerviosismo en presencia del animal, le devolvió una sonrisa de complicidad.

—Es el lobo de Ayla —explicó Jondalar poniéndose en pie para prevenir cualquier acción precipitada mientras Ayla corría a la entrada para tranquilizar al animal, que se había asustado aún más que Willamar al encontrarse con semejante alboroto en el sitio donde debía ir. Lobo tenía el rabo entre las patas, el pelo del lomo erizado y los dientes al descubierto.

Si la Zelandoni hubiera sido capaz, también ella se habría levantado de un salto con la misma celeridad que Willamar. Un sonoro y amenazador gruñido pareció dirigido expresamente a ella, y se echó a temblar de miedo. Pese a que ya conocía la existencia de los animales de Ayla y los había visto a lo lejos, la aterrorizó el enorme depredador que había entrado en la morada. Nunca había estado tan cerca de un lobo; en el bosque, los lobos solían huir de los grupos de gente.

Observó con asombro a Ayla cuando se abalanzó hacia Lobo sin temor alguno, se agachó, lo rodeó con los brazos y, sujetándolo, le dijo unas palabras para calmarlo, palabras de las que la Zelandoni sólo comprendió algunas. Primero el lobo se puso nervioso y lamió el cuello y el rostro de la mujer mientras ella lo acariciaba, pero luego, en efecto, se apaciguó. Era la exhibición más increíble de poderes sobrenaturales que la Zelandoni había presenciado en su vida. ¿Qué clase de misteriosa facultad poseía la forastera para ejercer ese control sobre semejante animal? Esa idea hizo que se le pusiera la carne de gallina.

Con la ayuda de Marthona y Jondalar, y tras ver a Ayla con el lobo, Willamar también se había tranquilizado.

—Quizá Willamar debería conocer a Lobo, ¿no crees, Ayla? —sugirió Marthona.

—Sobre todo considerando que van a compartir la morada —añadió Jondalar.

Willamar lo miró con expresión de incredulidad.

Ayla se irguió y se acercó a ellos, haciendo una seña a Lobo para que la siguiera a corta distancia.

—Para conocer a alguien, Lobo ha de familiarizarse con su olor. Si tiendes la mano y le dejas que la olfatee… —dijo Ayla alargando el brazo para coger la mano a Willamar.

Él la retiró.

—¿Estás segura? —preguntó, y miró a Marthona.

Su compañera sonrió y tendió la mano hacia el lobo. El animal le olfateó la mano y luego se la lamió.

—A algunos nos has dado un buen susto, Lobo, entrando así, sin avisar, antes de haber sido presentado a todos —dijo Marthona.

Aunque todavía vacilaba, Willamar no podía ser menos que Marthona, así que adelantó la mano. Ayla se lo presentó a Lobo como de costumbre, y mientras el animal asimilaba el olor del hombre, dijo en atención a él:

—Lobo, éste es Willamar. Vive aquí con Marthona.

El lobo lamió la mano a Willamar y lanzó un breve gañido.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Willamar apresurándose a apartar la mano.

—No estoy muy segura, pero quizá ha percibido en ti el olor de Marthona, y a ella le ha tomado cariño enseguida —aventuró Ayla—. Trata de acariciarlo o rascarle.

Como el vacilante intento de rascarle sólo le hizo cosquillas, de pronto Lobo se aovilló en el suelo y se rascó él mismo vigorosamente detrás de la oreja, provocando sonrisas y risitas ahogadas con una postura tan poco digna. Cuando acabó, fue derecho a la Zelandoni.

Ella lo observó con cautela, pero permaneció donde estaba. La aparición del lobo en la entrada de la vivienda la había aterrorizado. Jondalar advirtió su reacción. Se dio cuenta de que se había quedado paralizada por el miedo. Al levantarse de un salto y echarse a gritar Willamar, los demás le habían dedicado toda su atención y no habían reparado en el pánico mudo de la Zelandoni. Y ella se alegraba de que así fuera. En opinión de la gente, La Que Servía a la Madre era una mujer que no tenía miedo a nada, y por lo general no se equivocaban. La Zelandoni no recordaba ya la última vez que había experimentado tal sobresalto.

—Creo que es consciente de que aún no te conoce, Zelandoni —dijo Jondalar—. Y puesto que va a vivir aquí, me parece que deberíamos presentaros también.

A juzgar por la mirada de Jondalar, la mujer dedujo que él sí sabía lo atemorizada que estaba, y contestó con un gesto de asentimiento.

—Probablemente tienes razón. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ofrecerle la mano? —dijo ella al mismo tiempo que se la tendía al lobo.

El animal la olfateó, la lamió y, de repente, la cogió entre los dientes, manteniéndola sujeta en la boca a la vez que emitía un grave gruñido.

—¿Qué hace? —preguntó Folara. Oficialmente tampoco ella había sido presentada aún al animal—. Antes sólo ha usado los dientes con Ayla.

—No sabría decirte —admitió Jondalar algo preocupado.

La Zelandoni miró a Lobo con severidad, y él la soltó.

—¿Te ha dolido? —se interesó Folara—. ¿Por qué ha hecho eso?

—No, claro que no me ha dolido. Lo ha hecho para indicarme que no tengo nada que temer de él —respondió la Zelandoni sin el menor amago de ir a rascarle—. Nos entendemos. —Luego se volvió hacia Ayla, que sostuvo su mirada—. Y nosotras tenemos mucho que aprender la una de la otra.

—Sí, así es —contestó Ayla—. Lo estoy deseando.

—Y Lobo no conoce aún a Folara —dijo Jondalar—. Ven aquí, Lobo. Ven y te presentaré a mi hermanita. —En respuesta al tono jocoso de su voz, Lobo brincó hacia él—. Ésta es Folara, Lobo.

La joven no tardó en descubrir lo divertido que resultaba acariciar y rascar al animal.

—Ahora es mi turno —dijo Ayla—. Me gustaría ser presentada a Willamar. —Se volvió hacia la donier— y a la Zelandoni, aunque tengo la sensación de conoceros ya a los dos.

Marthona dio un paso al frente.

—¡Cómo no! Me había olvidado de que aún no os hemos presentado formalmente. Ayla, éste es Willamar, renombrado viajero y maestro de comercio de la Novena Caverna de los zelandonii, unido a Marthona, hombre del hogar de Folara, bendecida por Doni. —Miró a continuación a su compañero—. Willamar, ten la bondad de dar la bienvenida a Ayla del Campamento del León de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario… y madre de Lobo —concluyó sonriendo al animal— y de dos caballos.

Tras los incidentes y anécdotas que Ayla acababa de contar, los parientes de Jondalar comprendían mejor el sentido de sus títulos y lazos y tenían la sensación de conocerla más que antes. No les parecía ya tan forastera. Willamar y Ayla se estrecharon ambas manos y se saludaron en nombre de la Madre con las frases propias de la presentación formal, salvo por el detalle de que Willamar se refirió a Ayla como «amiga de Lobo» en lugar de «madre». Ayla había notado que la gente casi nunca repetía las presentaciones al pie de la letra, sino que normalmente cada uno introducía su propia variación.

—Estoy impaciente por conocer a los caballos y creo que en adelante añadiré «elegido por el Águila Dorada» a mis títulos. Al fin y al cabo, es mi tótem —dijo Willamar con una afectuosa sonrisa, dando un último apretón de manos a Ayla antes de soltárselas.

Ella sonrió también. Su sonrisa era amplia y deslumbrante.

«Me alegra ver a Jondalar después de tanto tiempo, pensó Willamar. ¡Y qué gran satisfacción debe de haber sido para Marthona que haya traído a casa a una mujer con la que unirse! Eso significa que planea quedarse. ¡Y qué mujer tan hermosa! Tendrán unos hijos preciosos si son del espíritu de él».

Jondalar decidió que debía ser él quien presentara formalmente a Ayla y la Zelandoni.

—Ayla, ésta es la Zelandoni, Primera entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra, la voz de Doni, representante de Aquella Que Bendice, la donier, dadora de ayuda y curación, instrumento de la Antepasada Original, jefa espiritual de la Novena Caverna de los zelandonii, y amiga de Jondalar, en otro tiempo conocida como Zolena. —Acompañó estas últimas palabras con una sonrisa. No era uno de los títulos habituales de la Zelandoni.

A continuación procedió a presentar a «Ayla de los mamutoi», y para concluir añadió: «quien pronto se unirá a Jondalar, espero».

«Hace bien en decir “espero”, pensó la Zelandoni mientras avanzaba con las manos extendidas. Esa unión no se ha aprobado todavía».

—Como voz de Doni, Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut —dijo estrechando las manos de Ayla y repitiendo los que, a su juicio, eran los títulos más importantes.

—En nombre de Mut, Madre de Todos, que es también Doni, te saludo, Zelandoni, Primera entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra —dijo Ayla.

Viendo a las dos mujeres cara a cara, Jondalar deseó de corazón que llegaran a ser buenas amigas. Pensó que no le gustaría tener a ninguna de ellas por enemiga.

—Debo irme ya —anunció la Zelandoni—. No tenía previsto quedarme tanto rato.

—También yo he de marcharme —dijo Joharran inclinándose para rozar la mejilla de su madre con la suya, y después, mientras se ponía en pie, añadió—: Hay mucho que hacer antes del festejo de esta noche. Willamar, ya me informarás mañana de cómo ha ido el comercio.

Tras salir la Zelandoni y Joharran, Marthona preguntó a Ayla si deseaba descansar antes de la celebración.

—Me siento tan sucia y acalorada del viaje que ahora mismo lo que me apetece es darme un baño, para poder lavarme y refrescarme. ¿Crece por aquí cerca hierba jabonera?

—Sí —respondió Marthona—. Jondalar, detrás de la roca que hay río arriba, poco más allá del Valle del Río Boscoso. ¿Sabes dónde es, no?

—Sí, claro. El Valle del Río Boscoso es donde están los caballos, Ayla. Te llevaré hasta allí. Eso del baño no me parece mala idea. —Jondalar rodeó a Marthona con el brazo—. Me alegro mucho de estar en casa, madre. Francamente, dudo que tenga ganas de volver a viajar en mucho tiempo.

Capítulo 5

—He de coger el peine, y también flores de ceanoto secas para lavarme el pelo, creo que aún me quedan unas pocas —dijo Ayla abriendo su mochila y demás bultos de viaje—. Y necesitaré la piel de gamuza que me regaló Roshario para secarme —añadió a la vez que tiraba de ella para extraerla.

Brincando, Lobo iba hasta la entrada y volvía junto a ellos, como si los apremiara.

—Me parece que Lobo ha adivinado que vamos a bañarnos —comentó Jondalar —. A veces tengo la impresión de que este animal entiende nuestra lengua aunque no sepa hablarla.

—Me llevaré ropa limpia para cambiarme… ¿Por qué no extendemos las pieles de dormir antes de irnos? —propuso Ayla dejando su toalla y las demás cosas y aflojando los nudos de otro fardo.

Se apresuraron a preparar un sitio para dormir, y sacaron el resto de sus escasas pertenencias. Luego Ayla sacudió la túnica y los calzones cortos que había apartado y los examinó atentamente. Eran de gamuza suave y flexible, cortados según los sencillos patrones del estilo mamutoi, sin ningún tipo de ornamentación. Sin embargo, a pesar de estar limpios, tenían algunas manchas. Aun lavándolos, era difícil quitarlas del suave pelo de aquella piel, pero no tenía nada más que ponerse para el festejo. Incluso con caballos para ayudar en el transporte, la carga que podía acarrearse en un viaje era limitada, y para Ayla había cosas más importantes que las mudas de ropa.

Notó que Marthona la observaba y dijo:

—No tengo nada más que ponerme para esta noche. Espero que sea apropiado. No he podido traer muchas cosas. Roshario me regaló un precioso conjunto decorado al estilo sharamudoi, de esa magnífica piel que ellos usan, pero se lo di a Madenia, la joven losadunai víctima del brutal ataque.

—Eso fue muy amable de tu parte —alabó Marthona.

—En todo caso, tenía que aligerar la carga, y Madenia se quedó muy contenta. Pero ahora me gustaría disponer de algo así. Estaría bien poder vestirme para el festejo con un conjunto menos gastado que éste. En cuanto nos instalemos, tendré que hacer un poco de ropa. —Ayla miró a la otra mujer y echó un vistazo alrededor—. Casi me cuesta creer que por fin estemos aquí.

—También a mí me cuesta creerlo —admitió Marthona. Tras un silencio, añadió —: Con mucho gusto te ayudaré a hacer algo de ropa si no tienes inconveniente.

—No, ninguno. Te estaría muy agradecida. —Ayla sonrió—. Todo lo que tienes aquí es muy bonito, Marthona, y yo no conozco la vestimenta adecuada para las mujeres zelandonii.

—¿Puedo ayudarte yo también? —se ofreció Folara—. Las ideas de mi madre sobre ropa no siempre se corresponden con los gustos de las mujeres jóvenes.

—Me encantaría que me ayudarais las dos, pero de momento tendré que arreglármelas con esto —respondió Ayla alzando su ropa gastada.

—Será más que suficiente para esta noche —aseguró Marthona. A continuación movió la cabeza en un gesto de asentimiento para sí misma, como si tomara una decisión—. Tengo una cosa que me gustaría darte, Ayla. Está en mi dormitorio. —Ayla siguió a Marthona hasta allí—. Hace mucho tiempo que lo guardo para ti —explicó mientras abría una caja de madera.

—¡Pero si acabas de conocerme! —exclamó Ayla.

—Lo guardaba para la mujer que Jondalar eligiera algún día por compañera. Era de la madre de Dalanar.

Le tendió un collar. Ayla contuvo la respiración por la sorpresa y, vacilante, cogió el collar que Marthona le ofrecía. Lo examinó con prudencia. Era de conchas idénticas, dientes de ciervo impecables, y exquisitas tallas de marfil en forma de cabeza de cierva. En el centro pendía un reluciente colgante de color naranja amarillento.

—Es una maravilla —musitó Ayla. Atraída sobre todo por el colgante, lo observó con detenimiento. Brillaba su superficie lustrada por efecto del uso y la manipulación —. Es ámbar, ¿no?

—Sí. Esa piedra lleva en manos de la familia desde hace muchas generaciones. La madre de Dalanar confeccionó con ella el collar, y me lo regaló cuando nació Jondalar, encargándome que se lo entregara a la mujer escogida por él.

—El ámbar no es frío como otras piedras —comentó Ayla con el colgante en la mano—. Parece tibio al tacto, como si tuviera un espíritu vivo.

—¡Qué interesante oírte decir eso! La madre de Dalanar sostenía que ese fragmento tenía vida —explicó Marthona—. Pruébatelo. A ver cómo te queda.

Marthona guió a Ayla hacia el muro de piedra caliza, al fondo de su dormitorio. En el muro se había realizado un orificio, y encajada en éste se hallaba la base de una cornamenta de megaceros, que se ensanchaba y alisaba en su característica forma palmeada. En la parte de la cornamenta que sobresalía de la pared, los troncos estaban partidos, dejando un estante ligeramente irregular con un borde cóncavo y festoneado. Encima, apoyada contra el muro en pendiente, casi perpendicular al suelo, descansaba una pequeña plancha de madera con la superficie muy lisa.

Mientras Ayla se aproximaba, advirtió que la plancha reflejaba con sorprendente claridad los recipientes de madera y mimbre de la habitación, así como la llama de un candil de piedra cercano. De pronto, asombrada, se detuvo.

—¡Me veo a mí misma! —exclamó. Alargó la mano para tocar la superficie. La madera había sido lijada con arenisca, coloreada de un negro intenso mediante óxido de manganeso, y abrillantada con grasa para darle mayor lustre.

—¿Nunca habías visto un reflector? —preguntó Folara. Estaba de pie junto al panel de la entrada, muriéndose de curiosidad por ver el obsequio que su madre había entregado a Ayla.

—No como éste —respondió Ayla—. Me había mirado antes en un charco de agua quieta en un día soleado, pero éste está justo aquí, en tu habitación de dormir.

—¿No tienen reflectores los Mamutoi para ver cómo les queda la ropa cuando se visten para una ocasión importante? —quiso saber Folara—. ¿Cómo saben si lo que llevan les queda bien?

Ayla quedó pensativa un momento.

—Se miran unos a otros. Nezzie siempre se aseguraba de que Talut lo llevara todo bien puesto antes de las ceremonias, y cuando Deegie, una amiga mía, me arreglaba el pelo, todos me hacían algún halago —explicó.

—Bueno, veamos cómo te queda el collar, Ayla —propuso Marthona, y se lo colocó en torno al cuello y sosteniendo los extremos por detrás.

Ayla admiró el collar. Le gustaba cómo le quedaba; se descubrió entonces examinando el reflejo de su rostro. Rara vez se veía, y sus facciones eran para ella menos familiares que las de personas que tenía alrededor, a quienes acababa de conocer. Pese a que la superficie reflectante era más que aceptable, la iluminación interior era tenue, y su imagen aparecía un tanto oscura. Su cara le pareció anodina, sin gracia ni color.

Ayla se había criado entre la gente del clan considerándose grande y fea, ya que aunque poseía una estructura ósea más delicada que la de las mujeres del clan, superaba en estatura a los hombres y tenía un aspecto distinto, tanto para ellos como para sí misma. Estaba más habituada a juzgar la belleza en función de los rasgos marcados del clan, con sus rostros anchos y frentes huidizas, arcos ciliares pronunciados, narices prominentes y afiladas y ojos grandes de vivo color castaño. Los ojos de Ayla, de un gris azulado, parecían apagados en comparación.

Después de vivir entre los Otros durante un tiempo, no se sentía ya tan extraña, pero aún era incapaz de verse hermosa, a pesar de que Jondalar le decía con mucha frecuencia que lo era. Ayla sabía qué se consideraba atractivo en el clan; sin embargo, no sabía definir exactamente la belleza desde el punto de vista de los Otros. Para ella, Jondalar, con sus marcadas facciones masculinas y sus ojos de intenso color azul, era mucho más hermoso que ella.

—Creo que le sienta a la perfección —declaró Willamar, que se había acercado para aportar su opinión. Ni siquiera él estaba enterado de que Marthona guardaba aquel collar. La vivienda era de ella, y él se había mudado allí. Marthona había habilitado espacio para Willamar y sus enseres, acomodándolo lo mejor posible. A él le gustaba el modo en que ella disponía y ordenaba las cosas, y no deseaba en absoluto husmear por rincones y rendijas, ni revolver sus pertenencias.

Jondalar se encontraba detrás de Willamar, mirando sonriente por encima del hombro de éste.

—Nunca me habías dicho que la abuela te dio ese collar cuando yo nací, madre.

—No me lo dio para ti. Era para la mujer que se uniese a ti, la mujer con quien crearas un hogar al que pudiera traer a sus hijos, con la bendición de la Madre —repuso Marthona retirando el collar del cuello de Ayla y depositándoselo en las manos.

—Entonces se lo has dado a la persona indicada —dijo Jondalar—. ¿Vas a ponértelo esta noche, Ayla?

Ella contempló el collar un momento.

—No. Es demasiado bonito para llevarlo con ese viejo conjunto. Esperaré a tener algo más apropiado con que ponérmelo.

Marthona sonrió y movió la cabeza en un ligero gesto de aprobación.

Cuando salían del dormitorio, Ayla vio otro orificio abierto en el muro de piedra caliza, encima de la plataforma de dormir. Era de diámetro algo mayor y parecía más profundo. Enfrente ardía un pequeño candil de piedra, a cuya luz distinguió parte de una redondeada estatuilla, la figura de una mujer de amplias formas. Como Ayla sabía, era una donii, una representación de Doni, la Gran Madre Tierra, y cuando Ella así lo elegía, un receptáculo para Su Espíritu.

Sobre dicha hornacina, Ayla vio colgada en el muro una esterilla, semejante al tapete de la mesa, de selectas fibras entretejidas en intrincados dibujos. Deseó observarla con más atención y averiguar cómo estaba confeccionada. Al instante cayó en la cuenta de que probablemente tendría ocasión de hacerlo. Ya no seguirían viajando. Vivirían allí.

En cuanto Ayla y Jondalar salieron, Folara abandonó de inmediato la morada y corrió a otra cercana. Había estado a punto de preguntarles si podía acompañarlos, pero percibió la mirada y el estricto gesto de negación de su madre y comprendió que su hermano y Ayla querían quedarse a solas. Además, sabía que sus amigas tendrían un sinfín de preguntas que hacerle. Llamó suavemente al panel de la entrada de la siguiente estructura.

—¿Ramila? Soy yo, Folara.

Al cabo de un momento, apartó la cortina una joven regordeta y atractiva de cabello castaño.

—¡Folara! Estábamos esperándote, pero al final Galeya ha tenido que marcharse. Ha dicho que nos reuniéramos con ella junto al tocón.

Salieron juntas de la caverna charlando animadamente. Cuando se aproximaban al alto tocón de un enebro derribado por un rayo vieron apresurarse hacia allí, desde otra dirección, a una muchacha delgada y fibrosa que acarreaba con esfuerzo visible dos voluminosos y húmedos odres de agua.

—Galeya, ¿acabas de llegar? —preguntó Ramila.

—Sí. ¿Esperáis desde hace mucho rato?

—No. Folara ha venido a buscarme hace un momento. Veníamos hacia aquí cuando te hemos visto —contestó Ramila cogiéndole uno de los odres a la vez que se disponían a volver.

—Déjame llevarte el otro odre de agua el resto del camino —se ofreció Folara descargando a su amiga—. ¿Es para el festejo de esta noche?

—¿Para qué va a ser si no? Tengo la sensación de no haber hecho nada más que acarrear cosas de un lado a otro todo el día, pero será divertido celebrar una reunión imprevista. Aunque creo que va a venir más gente de la que prevén. Quizá terminemos en el Campo de Reunión. Según he oído, varias cavernas cercanas han enviado ofrecimientos de comida para el festejo mediante mensajeros, y como sabéis, cuando una caverna hace eso, significa que la mayoría de los ocupantes quiere asistir —anunció Galeya. De pronto se detuvo y, volviéndose hacia Folara, dijo—: ¿Y bien? ¿No vas a hablarnos de ella?

—Aún no sé gran cosa. Acabamos de conocernos. Vivirá con nosotros. Ella y Jondalar están prometidos; atarán el nudo en la ceremonia matrimonial de este verano. Viene a ser como una zelandonii. No exactamente; no lleva una marca ni nada semejante, pero conoce los espíritus y es curandera. Salvó la vida a Jondalar. Thonolan viajaba ya por el otro mundo cuando ella los encontró. ¡Los había atacado un león cavernario! No vais a creer las historias que tienen que contar —parloteó Folara con entusiasmo mientras regresaban a lo largo del porche de piedra de la comunidad.

Muchos andaban ocupados con diversas tareas relacionadas con el festejo, pero varios se interrumpieron para observar a las jóvenes, sobre todo a Folara, conscientes de que había pasado un rato con la forastera y el hombre zelandonii recién regresado. Y algunos la escuchaban, en particular una mujer atractiva de pelo rubio muy claro y oscuros ojos grises. Llevaba en las manos una bandeja de hueso con carne cruda y fingía no haberse fijado en las jóvenes, pero iba en su misma dirección y se mantenía a corta distancia de ellas para escuchar su conversación. Inicialmente se proponía ir por otro camino, hasta que oyó hablar a Folara.

—¿Cómo es esa mujer? —preguntó Ramila.

—A mí me parece simpática. Tiene un acento un poco raro, pero viene de un lugar muy lejano. Incluso su ropa es distinta… la poca que tiene. Sólo traía un conjunto de repuesto. Es muy sencillo, pero no cuenta con nada más elegante para ponerse esta noche. Ha dicho que quiere un poco de ropa zelandonii, pero no sabe qué es lo apropiado y desea vestir correctamente. Mi madre y yo la ayudaremos a confeccionar algunas prendas. Mañana me llevará a conocer a los caballos. Quizá incluso monte en uno. Ella y Jondalar han bajado hace un momento, para nadar y bañarse en el río.

—¿De verdad subirás al lomo de un caballo, Folara? —preguntó Ramila.

La mujer que la escuchaba no esperó la respuesta. Se había detenido por un instante y luego, con una sonrisa maliciosa, se alejó apresuradamente.

Lobo corría delante y se paraba de vez en cuando para cerciorarse de que la mujer y el hombre aún lo seguían. El sendero que descendía desde el extremo noreste del saliente iba a dar a un prado situado en la margen derecha de un pequeño río, cerca de donde éste confluía con la corriente principal. El campo llano y cubierto de hierba estaba delimitado por un bosque abierto y variado, más denso río arriba.

Cuando llegaron al prado, Whinney los saludó con un resoplido, y algunas personas que miraban a lo lejos hicieron gestos de asombro cuando el lobo corrió derecho hasta la yegua y ambos se rozaron los hocicos. A continuación el canino adoptó una pose juguetona: alzó la cola y la parte trasera de cuerpo, agachó la parte delantera y empezó a ladrar como un cachorrillo al joven corcel. Corredor levantó la cabeza a la vez que relinchaba y piafaba, también en actitud juguetona.

En apariencia, los caballos se alegraron de ver a Jondalar y Ayla. La yegua se aproximó a ellos y colocó la cabeza en el hombro de Ayla mientras ella abrazaba su cuello robusto. Se apoyaron la una en la otra como solían hacer; para ambas era un abrazo reconfortante y tranquilizador. Jondalar primero acarició y dio unas palmadas al joven corcel; luego le frotó y rascó donde le picaba, según Corredor le iba indicando. El caballo de color castaño oscuro avanzó unos pasos y tocó a Ayla con el hocico, buscando también su contacto. Después todos, incluido el lobo, formaron una estrecha piña, agradeciendo su mutua y familiar presencia en aquel lugar donde había tantos desconocidos.

—Me apetece cabalgar un rato —propuso Ayla. Alzó la vista para comprobar la posición del sol en el cielo vespertino—. Todavía nos queda tiempo para un paseo corto, ¿no?

—Seguramente. Nadie se presentará para el festejo hasta que sea casi de noche. —Jondalar sonrió—. ¡Vamos! Ya nadaremos después. Continuamente tengo la sensación de que alguien me observa.

Unas cuantas personas más se habían congregado para observarlos a lo lejos. Vieron a la mujer saltar ágilmente al lomo de la yegua de color pardo amarillento y al hombre alto montar en el caballo castaño como si no hiciera mayor esfuerzo que pasar la pierna por encima del animal. Se marcharon al galope, y el lobo los siguió.

Jondalar encabezó la marcha, primero un corto trecho río arriba hasta un vado y luego, tras cruzar, siguieron un poco más en la misma dirección por la orilla opuesta hasta que vieron a su derecha un angosto valle, casi un desfiladero. Continuaron hacia el norte alejándose del pequeño río a lo largo del valle, por el lecho seco y rocoso de un arroyo que se convertía en torrentera durante las épocas lluviosas. Al final del valle había una vereda escarpada pero practicable que ascendía hasta una meseta alta y barrida por el viento desde donde se veían los cauces de agua y el terreno de los alrededores. Se detuvieron a contemplar la imponente vista.

Con una altura de unos doscientos metros, la meseta era una de las cotas más elevadas de las inmediaciones y ofrecía una sobrecogedora panorámica, no sólo de los ríos y las tierras llanas de aluvión, sino también de los sinuosos montes situados más allá. Los Causses de piedra caliza que se alzaban sobre las cuencas fluviales no eran mesetas planas.

Con el debido tiempo y suficiente contenido ácido, la piedra caliza es soluble en agua. A lo largo de miles de años, los ríos y el agua acumulada en la tierra erosionaron la base de piedra caliza de la región, formando montes y valles en el lecho llano del antiguo mar. Los ríos existentes crearon los valles más hondos y los precipicios más abruptos, pero si bien las paredes de piedra que delimitaban los valles a menudo presentaban una altura uniforme en una sección determinada, la elevación variaba de una parte a otra y su contorno adquiría la silueta de un terreno montañoso.

A simple vista, la vegetación de los Causses secos y ventosos que se alzaban a ambas orillas del río principal parecía toda igual, semejante a la de las llanuras despejadas de las estepas continentales situadas al este. Predominaba la hierba, con raquíticos enebros, pinos y piceas aferrados a las áreas más expuestas a las inclemencias, cerca de arroyos y lagunas, y maleza y árboles pequeños en depresiones y hondonadas.

Pero, según los lugares donde crecía, la flora podía ser de una sorprendente diversidad. Las cumbres dispersas y las laderas orientadas hacia el norte eran terreno propicio para plantas de un carácter más ártico, que se desarrollaban mejor en medios fríos y secos, en tanto que las pendientes orientadas al sur eran más verdes y en ellas abundaban las plantas propias de latitudes menos septentrionales y climas templados.

El ancho valle del río principal tenía una vegetación más exuberante, con árboles tanto de hoja caduca como de hoja perenne en ambas orillas. Con un verde algo más pálido que el que presentarían más avanzada la estación, los árboles recién retoñados eran en su mayoría variedades de hoja pequeña, como abedules y sauces; pero incluso las coníferas, tales como píceas y pinos, tenían agujas de color más claro en las puntas, señal de nuevo crecimiento. Los enebros, así como alguna que otra encina, se hallaban ya más salpicados por los colores de la primavera, visibles en los extremos de las ramas grandes y pequeñas.

En algunos tramos, el cauce de agua serpenteaba a través de verdeantes praderas situadas al mismo nivel que las tierras llanas de aluvión, donde la hierba alta de principios del verano adquiría un tono dorado. En otros puntos, los meandros y recodos del curso del río se estrechaban y obligaban a sus aguas a aproximarse a las paredes rocosas de los precipicios, primero a un lado y luego a otro.

En algunas zonas donde las condiciones resultaban especialmente idóneas, las tierras de aluvión de algunos ríos, sobre todo afluentes, acogían pequeños bosques mixtos. Las áreas menos expuestas, en particular laderas con orientación sur protegidas del viento, estaban pobladas de castaños, avellanos, nogales y manzanos, muchos raquíticos, que permanecerían improductivos aún durante unos años, pero

otros colmados de frutos. Junto a los árboles crecían diversas parras, plantas y arbustos provistos de bayas, entre ellas fresas, frambuesas y casis, así como uvas, grosellas y moras y, en menor proporción, una especie de zarzamoras amarillas semejantes a las frambuesas y distintas variedades de arándano.

A alturas mayores se imponía la frágil vegetación de la tundra, especialmente en el macizo que se extendía al norte, cubierto de hielo glaciar, pese a contar entre sus cimas con varios volcanes en actividad. Ayla y Jondalar habían encontrado allí fuentes termales al cruzar la zona unos días antes de llegar a casa. El liquen se adhería a las rocas, las plantas asomaban apenas unos centímetros por encima del terreno, y arbustos enanos yacían postrados en la gélida tierra bajo la que había un subsuelo permanentemente helado. Musgos de una amplia gama de verdes y grises, junto con carrizos, juncos y ciertas clases de hierba, suavizaban el paisaje en las partes más húmedas. La gran diversidad de la flora en toda la región creaba una sensación de abundancia y fertilidad, y propiciaba la existencia de una fauna igual de variada.

Siguieron cabalgando por una senda que se desviaba hacia el noreste a través del elevado campo hasta el borde de un precipicio con vistas al río, que allí corría casi con toda exactitud de norte a sur, bañando a su paso la pared de piedra caliza. En terreno relativamente llano, la senda cruzaba un arroyo y luego doblaba hacia el noroeste; el arroyo continuaba hasta precipitarse al vacío en forma de cascada. Se detuvieron cuando la senda inició un gradual descenso por la ladera opuesta y se dieron media vuelta. En el camino de regreso arrearon a los caballos y atravesaron al galope el campo alto y abierto hasta que los animales aminoraron la marcha por voluntad propia. Cuando llegaron de nuevo al pequeño arroyo pararon para dejar abrevar a los caballos y al lobo, y desmontaron para beber también ellos.

Ayla no se había sentido tan maravillosamente libre cabalgando desde que montó por primera vez sobre el lomo de la yegua. No llevaban estorbos de ningún tipo, ni angarilla, ni mochilas, ni manta, ni siquiera cabestro. Sólo sus piernas desnudas en contacto con el lomo del animal, tal como había aprendido a montar inicialmente, transmitiendo señales a través de la sensible piel de Whinney —al principio de manera inconsciente— para guiarla en la dirección que deseaba ir.

Corredor sí llevaba cabestro; de ese modo había adiestrado Jondalar a su corcel, teniendo que inventar tanto el dispositivo con el que sujetar la cabeza del animal como las señales para indicarle hacia dónde debía dirigirse. También Jondalar se sentía libre como no se había sentido en mucho tiempo. El viaje había sido largo, y la responsabilidad de llegar a casa sanos y salvos había recaído principalmente sobre él. Esa carga había desaparecido, junto con las mochilas y bultos del viaje, y montar a caballo era de pronto toda una diversión. Inexplicablemente satisfechos de sí mismos, los dos rebosaban júbilo y entusiasmo, estado que exteriorizaron con sonrisas de alegría mientras caminaban por la orilla del arroyo.

—Ha sido buena idea, Ayla, lo del paseo a caballo —declaró Jondalar risueño.

—Sí —convino ella con aquella sonrisa que él adoraba.

—¡Mujer, eres tan hermosa! —exclamó él rodeándole la cintura con los brazos y fijando en ella sus intensos ojos azules; su mirada reflejaba todo su amor y felicidad.

Ayla sólo había visto un color comparable al de sus ojos en los profundos pozos de agua de deshielo de lo alto de un glaciar.

—Tú sí que eres hermoso, Jondalar. Ya me has dicho que no se califica de «hermosos» a los hombres, pero, como sabes, para mí tú sí lo eres —dijo Ayla, y le echó los brazos en torno al cuello, percibiendo toda la fuerza de su carisma natural que pocas mujeres podían resistir.

—Tú puedes llamarme como quieras —respondió Jondalar mientras se inclinaba para besarla, y de pronto deseó que aquello no se interrumpiera ahí. Se habían habituado a su intimidad, a estar a solas en medio de parajes despoblados, lejos de miradas indiscretas. Jondalar tendría que acostumbrarse nuevamente a ver a mucha gente alrededor… pero todavía no.

Con delicadeza separó los labios de Ayla con su lengua y buscó la suavidad y el calor del interior de su boca. A su vez, ella exploró la de Jondalar, cerrando los ojos para abandonarse a las sensaciones que él empezaba a despertarle. Jondalar la estrechó entre sus brazos, disfrutando del contacto de su cuerpo. Y pronto, pensó, celebrarían la ceremonia de unión y formarían un hogar al que ella traería a sus hijos, los hijos del hogar de él, hijos quizá también de su espíritu, y si ella estaba en lo cierto, aún más que eso. Podían ser incluso los hijos de Jondalar, los hijos de su cuerpo, originados con su esencia. La misma esencia que en ese instante sentía crecer en su interior.

Retrocedió y la contempló. A continuación, con mayor apremio, la besó en el cuello, saboreó la sal de su piel y buscó a tientas su pecho. Lo tenía más hinchado, la diferencia era ya perceptible; pronto lo tendría lleno de leche. Desató el cinturón de Ayla e introdujo la mano bajo la ropa para rodear con ella la forma redondeada y firme y notar el pezón duro y erecto.

Le levantó la túnica, y Ayla lo ayudó a quitársela, despojándose después de los calzones cortos. Por un momento, Jondalar se limitó a mirarla allí de pie bajo el sol y a dejar que sus ojos embebieran su feminidad: la belleza de su rostro sonriente, la musculosa firmeza de su cuerpo, los pechos amplios y erguidos y los prominentes pezones, la ligera redondez de su vientre, el vello rubio oscuro de su pubis. La amaba tanto, la deseaba tanto, que se le saltaron las lágrimas.

Apresuradamente, se desprendió de su propia ropa y se agachó para dejarla en la hierba. Ayla avanzó hacia él, y cuando se irguió, lo envolvió con sus brazos. Cerró los ojos mientras Jondalar la besaba en la boca y el cuello, y cuando él abarcó sus pechos con las manos, ella rodeó con las suyas el miembro viril cada vez más erecto. Jondalar se arrodilló, recorriendo con la lengua su garganta y el canal formado entre sus pechos, que rodeaba aún con las manos, y cuando ella se inclinó un poco, cogió un pezón entre los labios.

Ayla contuvo la respiración al sentir una primera sacudida de excitación que se propagó por su cuerpo hasta alcanzar el lugar de los placeres dentro de ella, y otra a continuación cuando Jondalar pasó al otro pezón y succionó con fuerza al mismo tiempo que le masajeaba el primero con dedos expertos. Luego él le juntó los pechos para abarcarlos ambos con la boca. Ayla gimió y se abandonó a las sensaciones.

Jondalar acarició nuevamente cada uno de sus pezones duros y ávidos y descendió después hacia el ombligo y finalmente el pubis. Penetró en su hendidura con la tibia lengua y lamió con suavidad el pequeño botón oculto entre sus pliegues. Intensas sensaciones recorrieron el cuerpo de Ayla, que se arqueó hacia Jondalar dejando escapar un grito. Con los brazos en torno a sus nalgas redondeadas, sujetándola firmemente, Jondalar hundió la lengua una y otra vez en ella justo donde notaba el duro nódulo.

Allí de pie, con las manos apoyadas en los brazos de Jondalar y la respiración entrecortada, Ayla sintió crecer la oleada dentro de ella a cada caricia cálida, hasta que esa presión interior se liberó de pronto en un espasmo de placer, y otro y otro más. Jondalar percibió el calor y la humedad y paladeó aquel sabor característico de Ayla.

Ella abrió los ojos y vio la pícara sonrisa de Jondalar.

—Me has cogido por sorpresa —dijo.

—Lo sé —admitió él sonriendo.

—Ahora me toca a mí —anunció ella, y riendo le dio un ligero empujón que lo hizo caer de espaldas.

A continuación Ayla se echó sobre Jondalar y lo besó, notando su propio sabor en los labios de él. Mientras le mordisqueaba la oreja y le besaba el cuello y la garganta, él sonreía de satisfacción. A Jondalar le encantaba cuando Ayla se divertía con él y compartía su ánimo juguetón.

Ayla le besó el pecho y los pezones y, abriéndose paso entre el vello, descendió hacia el ombligo y más abajo aún, hasta encontrar su miembro, ya totalmente a punto. Jondalar cerró los ojos al notar que lo envolvía el calor de su boca y dejó que las sensaciones lo inundaran mientras ella deslizaba los labios arriba y abajo, acompañando el movimiento de una continua succión. Él mismo le había enseñado, tal como se las habían enseñado a él, las maneras de darse placer mutuamente. Por un instante pensó en la Zelandoni cuando era joven y se la conocía por el nombre de Zolena, recordando que él por entonces creía que nunca encontraría a otra mujer como ella. Pero sí la había encontrado, y de repente lo invadió tal felicidad que envió un pensamiento de gratitud a la Gran Madre Tierra. ¿Qué haría si alguna vez perdía a Ayla?

De pronto su ánimo cambió. Estaba disfrutando con el juego previo, pero ahora quería a la mujer. Se incorporó, la hizo ponerse de rodillas de cara a él y la sentó a horcajadas en su regazo. La abrazó y la besó con una vehemencia que sorprendió a Ayla y luego la estrechó con fuerza. Ella ignoraba a qué se debía ese cambio de

ánimo, pero su amor por Jondalar era tan intenso como el de él y se lo demostró de la misma manera.

Poco después Jondalar empezó a besarle los hombros y el cuello y a acariciarle los pechos. Le rozó los pechos con los labios, buscando los pezones. Ayla subió un poco, arqueó la espalda y sintió cómo la recorrían las sensaciones mientras él succionaba y mordisqueaba. Notó bajo ella su verga dura y ardiente, se desplazó un poco más y, sin pensarlo, lo guió hacia su interior.

Jondalar apenas pudo contenerse cuando ella descendió sobre él, envolviéndolo en su abrazo cálido, húmedo y ansioso. Ayla volvió a levantarse y se inclinó hacia atrás mientras él la retenía con un brazo para mantener uno de sus pezones entre los labios y masajearle el otro con la mano, como si no pudiera saciarse de su feminidad.

Ayla se deslizaba sobre él, experimentando el creciente placer a cada movimiento, jadeando y gritando. Súbitamente la necesidad aumentó en Jondalar, cobrando intensidad con cada embestida. Le soltó los pechos, apoyó las manos en el suelo y comenzó a subir y bajar la pelvis. Los gritos de ambos se unieron a medida que las oleadas de intenso placer iban en ascenso con cada embate hasta que, presas de un maravilloso torbellino de trémula liberación, alcanzaron el punto culminante.

Tras unas cuantas acometidas más, Jondalar se dejó caer de espaldas en la hierba. Notó una pequeña piedra en el hombro, pero no se molestó en apartarla. Ayla se tendió sobre él, apoyando la cabeza en su pecho, y permaneció así un rato. Finalmente, volvió a incorporarse. Jondalar le sonrió mientras ella se erguía y se separaba de él. Habría deseado seguir en tan estrecho contacto con ella, pero debían regresar. Ayla se acercó al arroyo y se agachó para lavarse. Jondalar se lavó también.

—Nos bañaremos y nadaremos en cuanto lleguemos allí —comentó él.

—Ya lo sé. Por eso no voy con mucho cuidado.

Para Ayla la higiene íntima —si existía la posibilidad de realizarla— era un ritual aprendido de Iza, su madre en el clan, aunque la propia Iza se preguntaba si su extraña hija, tan alta y poco atractiva, tendría alguna vez motivos para ponerla en práctica. Dado que Ayla era en extremo meticulosa en cuestión de higiene, llegando incluso a usar el agua gélida de arroyos helados, lavarse se había convertido también en un hábito para Jondalar, aunque él no siempre había sido tan exigente en materia de limpieza.

Cuando Ayla fue en busca de su ropa, Lobo se aproximó a ella con la cabeza gacha y meneando la cola. Cuando el animal era más joven, había tenido que enseñarlo a quedarse lejos de ellos siempre que compartían los placeres a lo largo del viaje. Ni a Jondalar ni a ella les gustaba que Lobo los importunara en esos momentos. Al descubrir que no bastaba con decir a Lobo, muy imperiosamente, que se alejara cuando iba a husmear para ver qué hacían, Ayla había tenido que atarle en algún sitio con una cuerda al cuello para mantenerlo a distancia, a veces a considerable distancia. Al final había aprendido, pero después se acercaba siempre con cautela hasta que ella le indicaba que no había inconveniente.

Los caballos, pastando pacientemente en las inmediaciones, acudieron al oír sus silbidos. Jondalar y Ayla cabalgaron hasta el borde de la meseta y volvieron a detenerse para contemplar los valles del río mayor y su afluente, así como los precipicios de piedra caliza paralelos a los cauces. Desde aquella altura veían la confluencia entre el río más pequeño, cuyas aguas afluían desde el noroeste, y la corriente principal, procedente del este. El afluente desembocaba en ella poco antes de que el río doblara hacia el sur, en uno de los tramos de su curso que fluían aún en dirección oeste. Al sur, al final de una sucesión de precipicios, avistaron el bloque geológico de piedra caliza que contenía el enorme saliente de la Novena Caverna, con su alargada terraza frontal. Pero cuando Ayla miró hacia allí, no fue el considerable tamaño del prominente refugio de la Novena Caverna lo que llamó su atención, sino otra formación muy poco común.

Mucho tiempo antes, durante una etapa orogénica —un período de formación de montañas en el que surgían pliegues en el relieve y se alzaban imponentes cimas al ritmo parsimonioso del tiempo geológico—, un pilar de roca ígnea se desprendió de su lugar de origen volcánico y cayó en un río. La pared rocosa de la que provenía el pilar había adoptado la forma de su estructura cristalina al enfriarse el magma incandescente y convertirse en basalto, configurándose en grandes columnas de lados planos unidos en ángulo.

Pese a que el fragmento de basalto desprendido había sido arrastrado por torrenciales riadas y hielo glacial, con el consiguiente desgaste y deterioro, conservaba su forma básica. Dicho pilar de piedra acabó depositado en el lecho de un mar interior, junto con las profundas capas de sedimentos acumulados de vida marina que estaban creando la piedra caliza. Los posteriores movimientos tectónicos elevaron el lecho marino, que finalmente se transformó en un terreno de montes redondeados y cuencas fluviales con precipicios escarpados. A la vez que el agua, el viento y la climatología en general erosionaban las vastas paredes verticales de piedra caliza hasta crear los refugios y cavernas que habitarían los zelandonii, dejaron al descubierto asimismo el desigual y maltrecho fragmento de basalto en forma de columna, procedente de un lugar lejano.

Como si las dimensiones del lugar no hicieran ya de aquel refugio un paraje único, la extraña y alargada piedra que descollaba sobre el enorme saliente de piedra caliza le confería un aspecto aún más singular. Aunque enterrada a gran profundidad en la pared del precipicio por uno de sus extremos, asomaba con tal inclinación que parecía a punto de desplomarse, proporcionando un punto de referencia inconfundible que añadía un llamativo elemento al extraordinario refugio rocoso de la Novena Caverna. Ayla había visto la piedra al llegar y, con un escalofrío, había tenido la sensación de que no era la primera vez que la veía.

—¿Tiene algún nombre esa piedra? —preguntó señalándola.

—Se llama Piedra Que Cae —respondió Jondalar.

—Un nombre muy acertado —convino ella—. ¿Y no ha mencionado tu madre los nombres de esos ríos?

—El principal no tiene nombre en realidad —contestó Jondalar—. Todos lo llaman simplemente el río. La mayoría lo considera el río más importante de la región, pese a no ser el más grande. Vierte sus aguas en otro mucho mayor, al sur de aquí, y de hecho a ése lo llamamos el Gran Río; pero buena parte de las Cavernas Zelandonii viven cerca de éste, y todo el mundo sabe que es al que se refiere la gente cuando dice «el río». Y aquel pequeño afluente se llama Río del Bosque. En las orillas crecen muchos árboles, y esa zona es más boscosa que la mayoría de los valles. Los cazadores no la frecuentan demasiado.

Ayla asintió con la cabeza en un gesto de tácita comprensión. El valle del afluente, delimitado a la derecha por precipicios de piedra caliza y a la izquierda por empinadas laderas, no era un espacio despejado y herboso como la mayoría de los valles del río principal y sus otros afluentes cercanos. Se hallaba densamente poblado de árboles y vegetación, sobre todo corriente arriba. A diferencia de zonas más abiertas, los terrenos boscosos no atraían a los cazadores, porque allí la caza presentaba mayores dificultades. Por un lado, costaba más ver a los animales, ya que éstos usaban los árboles y matorrales para ocultarse y camuflarse; por otra parte, los que migraban en grandes manadas preferían generalmente los valles con extensos herbazales. Ahora bien, aquel valle suministraba madera, útil para construir viviendas, elaborar utensilios y encender fuego. También se recolectaban allí fruta y frutos secos, así como diversas plantas empleadas como alimento o con otros fines. Proporcionaba asimismo animales menores que podían atraparse mediante trampas y cepos. En una región con relativa escasez de árboles nadie desdeñaba las aportaciones del valle del Río del Bosque.

En el borde nororiental de la terraza de la Novena Caverna, que también ofrecía una buena vista de los valles de ambos ríos, Ayla vio los restos de lo que obviamente había sido una fogata de considerable tamaño. Al detenerse antes allí no se había fijado en ese detalle, más interesada en trazar con la mirada el recorrido de la senda hasta el prado donde habían pastado los caballos en el valle del Río del Bosque.

—¿Por qué hay un hogar tan grande al borde de la terraza, Jondalar? Para dar calor no puede ser. ¿Es acaso para guisar?

—Es una hoguera de señales —contestó él. Al advertir la expresión de perplejidad de Ayla, prosiguió—: En ese punto una gran almenara se ve desde muy lejos. Mandamos mensajes a las otras cavernas con las hogueras, y ellos a su vez transmiten esos mensajes más allá con sus propias señales de fuego.

—¿Qué clase de mensajes?

—Ah, muy diversos. Se utilizan mucho cuando se desplazan las manadas, para mantener informados a los cazadores. A veces sirven para anunciar acontecimientos, Asambleas o algún otro tipo de reunión.

—Pero ¿cómo sabe la gente cuál es el significado de la hoguera?

—Por lo general se ha acordado previamente, sobre todo cuando es época de migración para ciertas manadas y hay prevista una cacería. También hay unas señales de fuego que significan que alguien necesita ayuda. Siempre que la gente ve una hoguera encendida ahí, sabe que algo importante ocurre. Si no son capaces de interpretar el sentido, envían mensajeros para enterarse.

—¡Qué idea tan ingeniosa! —declaró Ayla. Tras una breve reflexión, añadió—: En cierto modo se parece a los signos y señales del clan, ¿no crees? Es una manera de comunicarse sin palabras.

—Nunca se me había ocurrido verlo así, pero posiblemente tienes razón.

Para volver, Jondalar eligió un camino distinto. Se dirigió hacia el valle del río por un sendero tortuoso y desigual que serpenteaba por la pendiente más escarpada cercana a la cumbre y doblaba finalmente a la derecha para descender por el declive más gradual a través de la hierba y la maleza. Iba a dar a las tierras llanas de la margen derecha del río y atajaba por el valle del Río del Bosque directamente hasta el prado de los caballos.

En el camino de regreso, Ayla se sintió relajada, pero no experimentaba la estimulante sensación de libertad que la había invadido al principio de la cabalgada. Pese a haber congeniado con todas las personas que había conocido hasta el momento, tenía aún por delante el gran festejo, y no le entusiasmaba la idea de conocer al resto de los habitantes de la Novena Caverna de los zelandonii esa noche. No estaba acostumbrada a hallarse entre tanta gente al mismo tiempo.

Dejaron a Whinney y Corredor en el prado y localizaron el lugar donde crecía la hierba jabonera, pero Jondalar tuvo que indicársela, porque era de una variedad que Ayla no había visto antes. La examinó atentamente, se fijó en las similitudes y diferencias para reconocerla en el futuro y cogió su saquito de flores de ceanoto secas. Después de nadar durante un largo rato para desprenderse del polvo y la suciedad del camino, trituraron la raíz de la planta, mezclada con agua, en la concavidad de una roca plana mediante una piedra redondeada para extraer la densa espuma de la saponina. Se frotaron con ella y luego, riendo, se masajearon mutuamente. A continuación se zambulleron para enjuagarse. Ayla dio a Jondalar flores de ceanoto y ella utilizó algunas también para aplicárselas en el pelo mojado. Esta otra planta no era tan jabonosa y producía poca espuma, pero emanaba un aroma fresco y agradable. Tras aclararse de nuevo, Ayla dio por concluido el baño y salió del agua.

Después de secarse con las suaves pieles, las extendieron en el suelo y se sentaron en ellas a tomar el sol. Ayla cogió el peine de cuatro largas púas hecho de marfil de mamut, regalo de Deegie, su amiga mamutoi, pero cuando se disponía a peinarse, Jondalar la interrumpió.

—Déjame que lo haga yo —dijo tomando el peine.

Se había aficionado a peinarla cuando ella se lavaba el pelo, complaciéndose en el contacto de su espesa melena húmeda mientras se secaba formando suaves y elásticos

mechones. Y ella se sentía mimada como pocas veces.

—Me caen bien tu madre y tu hermana —dijo Ayla, sentada de espaldas a él mientras la peinaba—, y también Willamar.

—Y tú les caes bien a ellos.

—Joharran parece un buen jefe. ¿Sabías que los dos arrugáis la frente de la misma manera? Su aspecto me resulta tan familiar que, como no podía ser de otra manera, me inspira simpatía.

—Se ha quedado prendado de esa preciosa sonrisa tuya —afirmó Jondalar—. Como lo estoy yo.

Ayla permaneció en silencio por un momento y, finalmente, habló revelando el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

—No me dijiste que vivía tanta gente en tu caverna. Es como si estuviera aquí la Reunión del Clan al completo. Y tú los conoces a todos, según parece. No estoy muy segura de si yo lo conseguiré algún día.

—Descuida, llegarás a conocerlos, y no tardarás mucho tiempo —aseguró Jondalar mientras intentaba desenmarañar un enredo de pelo especialmente molesto —. Perdona, ¿he tirado demasiado fuerte?

—No, no ha sido nada. Me alegro de haber conocido por fin a tu Zelandoni. Sabe de medicinas, y para mí será maravilloso tener a alguien con quien hablar del tema.

—Es una mujer poderosa, Ayla.

—Eso es evidente. ¿Cuánto hace que es la Zelandoni?

—Déjame pensar —dijo Jondalar—. Desde poco después de irme a vivir con Dalanar, creo. Por entonces, para mí era aún Zolena. Era hermosa. Voluptuosa. Me parece que nunca ha sido delgada, pero cada vez se asemeja más a la Gran Madre. Me da la impresión de que le has caído bien —cesó de peinar por un momento, calló y de pronto prorrumpió en carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Ayla.

—Recordaba cuando le has contado cómo me encontraste y le has hablado de Bebé. Te hará más preguntas, no te quepa duda. He observado su expresión. Cada vez que respondías a una de sus preguntas, probablemente deseaba hacerte otras tres. Sólo conseguías avivar aún más su curiosidad, como haces siempre. Eres un misterio, incluso para mí. Mujer, ¿te das cuenta de lo excepcional que eres?

Ayla se había vuelto y lo mirada con expresión de profundo afecto.

—Dame un poco de tiempo y te demostraré lo excepcional que tú puedes llegar a ser —contestó ella mientras una relajada y sensual sonrisa se dibujaba en su rostro.

Jondalar se inclinó para besarla.

Oyeron risas y se volvieron sobresaltados.

—¡Vaya! ¿He interrumpido algo?

Era la mujer atractiva de cabello claro y ojos oscuros que había escuchado la conversación entre Folara y sus amigas acerca de los viajeros recién llegados. La acompañaban otras dos mujeres.

—¡Marona! —exclamó Jondalar frunciendo un poco el entrecejo—. No, no has interrumpido nada. Sencillamente me sorprende verte.

—¿Por qué ha de sorprenderte verme? —repuso la mujer—. ¿Pensabas que me había ido en un viaje imprevisto?

Aparentemente abochornado, Jondalar lanzó un vistazo a Ayla, que observaba a las tres mujeres.

—No, claro que no. Es sólo que me ha sorprendido, supongo.

—Habíamos salido a pasear cuando casualmente os hemos visto, y debo admitir, Jondalar, que no he podido resistir el deseo de hacerte sentir un poco violento. Al fin y al cabo estuvimos prometidos.

Nunca habían estado prometidos formalmente, pero Jondalar no discutió con ella. Era consciente de que la había inducido a creer que sí lo estaban.

—No sabía si aún vivías aquí —comentó—. Pensaba que te habías emparejado con alguien de otra caverna.

—Y así fue —confirmó ella—. Pero no duró mucho y volví. —Marona contemplaba el cuerpo desnudo, musculoso y curtido de Jondalar de un modo que a él le resultaba familiar—. No has cambiado mucho en cinco años, Jondalar, excepto por alguna que otra fea cicatriz —dirigió su mirada a Ayla—. Pero, en realidad, no nos hemos acercado para hablar contigo. Hemos venido a conocer a tu amiga.

—Esta noche se hará la presentación formal ante todos —le recordó Jondalar adoptando una actitud protectora para con Ayla.

—Eso hemos oído decir, pero nosotras no necesitamos una presentación formal. Sólo queríamos saludarla y darle la bienvenida.

Jondalar no podía negarse a presentarlas.

—Ayla, del Campamento del León de los Mamutoi, éstas son Marona, de la Novena Caverna de los zelandonii, y sus amigas… —Las miró con mayor atención —. ¿Portula? ¿De la Quinta Caverna? ¿Eres tú?

La mujer sonrió y se ruborizó de placer al ver que la recordaba. Marona la observó con expresión ceñuda.

—Sí, soy Portula, pero ahora estoy en la Tercera Caverna —precisó. Era obvio que ella sí lo tenía a él grabado en la memoria. Él había sido su elegido para los Primeros Ritos.

Jondalar recordaba que ella había sido una de las jóvenes que después había andado tras él para intentar encontrarlo a solas, pese a que tenían prohibido relacionarse durante un año como mínimo tras los Primeros Ritos. La porfía de Portula había empañado en cierta medida su recuerdo de una ceremonia que normalmente dejaba a Jondalar una tierna sensación de cariño por la joven en cuestión.

—Creo que no conozco a tu otra amiga, Marona —dijo Jondalar.

La tercera mujer parecía más joven que las otras dos.

—Soy Lorava, la hermana de Portula —se presentó la joven.

—Nos conocimos las tres cuando me emparejé con un hombre de la Quinta Caverna —explicó Marona—. Han venido a visitarme. —Se volvió hacia Ayla—. Saludos, Ayla de los mamutoi.

Ayla se levantó para devolver el saludo. Aunque normalmente no le habría importado, en esa ocasión se sintió un tanto desconcertada por saludar desnuda a una desconocida, así que se envolvió con la piel de secarse, ciñéndosela a la cintura, y se colocó de nuevo el amuleto en torno al cuello.

—Saludos, Marona de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo, y tanto sus vibrantes erres como su gutural acento delataron de inmediato su procedencia lejana —. Saludos, Portula de la Quinta Caverna, y saludos a su hermana, Lorava.

Ésta dejó escapar una risita por la peculiar pronunciación de Ayla, pero enseguida trató de contenerse. Jondalar creyó advertir el asomo de una mueca de superioridad en el rostro de Marona y se sintió contrariado.

—Quería hacer algo más que saludarte, Ayla —dijo Marona—. Ignoro si Jondalar te lo había mencionado alguna vez pero, como ahora ya sabes, él y yo estuvimos prometidos antes de que decidiera de repente emprender su gran viaje. Como, sin duda, supondrás, aquello no me gustó demasiado.

Jondalar buscó algún comentario con el que evitar lo que temía que se avecinaba, es decir, una sarta de reproches de Marona para que Ayla supiera cuán desdichada había sido por culpa de Jondalar. Sin embargo, la mujer lo sorprendió.

—Pero eso es agua pasada —declaró Marona—. Para ser sincera hacía años que no pensaba en Jondalar. No obstante, puede que otros no se hayan olvidado, y cierta gente es aficionada a las habladurías. Deseaba proporcionar a esa gente algo más de qué hablar demostrándoles que soy capaz de recibirte como te mereces. —Señaló a sus amigas para incluirlas en su siguiente comentario—. Nos dirigíamos a mi habitación con el propósito de prepararnos para vuestro festejo de bienvenida de esta noche, y hemos pensado que tal vez te gustaría acompañarnos, Ayla. Mi prima, Wylopa, ya está allí. Te acuerdas de Wylopa, ¿verdad, Jondalar? Se me ha ocurrido que para ti sería una buena ocasión para conocer a algunas mujeres antes de las presentaciones formales de esta noche.

Ayla percibió cierta tensión, sobre todo entre Jondalar y Marona, pero no era raro, dadas las circunstancias. Él sí le había hablado de Marona, y también le había contado que habían estado prácticamente prometidos antes de su viaje. Ayla imaginó cómo se habría sentido ella en el lugar de Marona. Le había gustado que Marona hubiera abordado la cuestión con franqueza, y ella, en efecto, deseaba conocer mejor a algunas de las mujeres.

Echaba de menos la amistad con mujeres. Antes de hacerse mayor había conocido a muy pocas chicas de su edad. Uba, la verdadera hija de Iza, había sido como una hermana para ella; pero era mucho más joven, y si bien Ayla había llegado a sentir aprecio por todas las mujeres del Clan de Brun, habían existido diferencias insalvables. Por más que ella se había esforzado en convertirse en una buena mujer

del clan, ciertas cosas no podía cambiarlas. Sólo cuando fue a vivir con los mamutoi y conoció a Deegie, comprendió y empezó a valorar lo divertido que podía ser tener a alguien de su edad con quien charlar. Añoraba a Deegie, y también a Tholie de los sharamudoi, con quien tan rápidamente había entablado una amistad que siempre recordaría.

—Gracias, Marona. Me encantaría acompañaros. Esto es lo único que tengo para ponerme —admitió mientras se apresuraba a ponerse sus ropas sencillas y estropeadas—, pero Marthona y Folara van a ayudarme a confeccionar un poco de ropa. Me gustaría ver qué clase de prendas usáis.

—Quizá podamos proporcionarte algunas cosas, como regalo de bienvenida —ofreció Marona.

—¿Podrías llevarte tú esta piel de secarse, Jondalar? —preguntó Ayla.

—Claro —respondió él. La abrazó por un instante, le rozó la mejilla con la suya y la dejó ir con las tres mujeres.

Mientras Jondalar las observaba alejarse, no pudo evitar sentirse aún más preocupado. Si bien nunca había llegado a proponer formalmente a Marona que fuese su compañera, antes de marcharse la había inducido a creer que se unirían en la ceremonia matrimonial de la Reunión de Verano siguiente, y ella había hecho sus planes. En cambio, él había emprendido el viaje con su hermano, y sencillamente había dejado plantada a Marona. Debía de haber sido una situación penosa para ella.

Pero no podía decirse que él la hubiera amado. Sin duda, era hermosa. La mayoría de los hombres la consideraban la mujer más hermosa y deseable de las Reuniones de Verano. Y a pesar de que Jondalar no compartía plenamente esa opinión, debía admitir que tenía su encanto cuando se trataba de compartir el don del placer de Doni. Simplemente no era la mujer que Jondalar más deseaba por entonces. Pero la gente se empeñó en decir que estaban hechos el uno para el otro, que formaban buena pareja, y todos esperaban que atasen el nudo. También él lo esperaba, en cierta manera. Quería compartir algún día un hogar con una mujer y sus hijos, y dado que no podía tener a Zolena, la única mujer a quien realmente deseaba en aquellos tiempos, pensó en aceptar a Marona.

Aunque Jondalar no había llegado a reconocerlo, había sentido alivio al decidir emprender el viaje con Thonolan. En aquel momento le pareció la manera más fácil de escapar de su compromiso con Marona. Estaba convencido de que durante su ausencia ella encontraría a otro. Y así había sido, según le acababa de explicar ella, pero la unión no había durado. Jondalar preveía verla en un hogar lleno de niños. Aquello era sorprendente.

Nunca imaginó que encontraría a Marona sin pareja a su regreso. Seguía siendo una mujer hermosa, pero tenía mal genio, y una vena maliciosa. Podía llegar a ser muy rencorosa y vengativa. Mientras observaba alejarse a Ayla y las tres mujeres en dirección a la Novena Caverna, Jondalar se sintió francamente preocupado.

Capítulo 6

Lobo vio a Ayla avanzar por el sendero que atravesaba el prado de los caballos en compañía de las tres mujeres y corrió hacia ella. Lorava lanzó un alarido al ver al enorme carnívoro; Portula ahogó un grito y, aterrorizada, miró alrededor en busca de algún lugar hacia donde correr para protegerse; Marona palideció de miedo. Ayla miró a las mujeres en cuanto vio aparecer a Lobo, y al advertir sus reacciones, se apresuró a hacer una seña al animal para que se detuviera.

—¡Quieto, Lobo! —ordenó alzando la voz, tratando así de que las tres mujeres se tranquilizaran. Lobo paró en seco y observó a Ayla, atento a una indicación de que podía acercarse—. ¿Os gustaría conocer a Lobo? —propuso. Advirtiendo que las mujeres seguían atemorizadas, añadió—: No os hará daño.

—¿Qué interés voy a tener en conocer a un animal? —repuso Marona.

Ayla escrutó a la mujer de cabello claro. En su tono de voz había notado el miedo, pero también, sorprendentemente, repugnancia e, incluso, cólera. Podía entender que sintiera miedo, pero el resto de la reacción de Marona se le antojaba fuera de lugar. Desde luego, no se correspondía con la clase de respuesta que el animal solía provocar. Las otras dos mujeres miraron a Marona y, optando al parecer por seguir su ejemplo, no mostraron el menor deseo de aproximarse al lobo.

El animal había adoptado una actitud más cautelosa, advirtió Ayla. «También él debe de percibir algo», pensó.

—Lobo, ve a buscar a Jondalar —dijo haciéndole una seña para que se marchara.

El animal permaneció inmóvil aún por un instante, observándola, y por fin, de un brinco, echó a correr en dirección contraria cuando Ayla dio media vuelta para ascender por el sendero hacia el enorme refugio de piedra de la Novena Caverna junto con las tres mujeres.

En el camino se cruzaron con varias personas; todas exteriorizaron una reacción inmediata al verla con aquellas mujeres. Algunas les dirigían miradas especulativas o sonrisas de desconcierto; otras parecían sorprendidas o incluso sobresaltadas. Sólo los niños pequeños se quedaban indiferentes al verlas. Ayla advirtió las reacciones, y empezó a ponerse un poco nerviosa.

Examinó a Marona y a las otras dos mujeres con discreción, valiéndose de las técnicas empleadas por las mujeres del clan. Nadie sabía pasar tan inadvertido como las mujeres del clan. Podían retirarse calladamente a un segundo plano como si desaparecieran, aparentando no darse cuenta de nada de lo que ocurría alrededor, actitud en extremo engañosa.

En el clan se enseñaba a las niñas desde muy temprana edad que nunca debían mirar directamente a un hombre y, sin embargo, se les exigía que supieran cuándo un hombre necesitaba o quería su atención. Como consecuencia, las mujeres del clan

aprendían a concentrar la atención de manera cuidadosa y precisa y a obtener de un vistazo la información importante que se desprendía de la postura, los movimientos y la expresión. Y apenas se les escapaba nada.

Pese a ser tan experta como la que más, Ayla no era tan consciente de este legado de sus años con el clan como lo era de su capacidad de interpretar el lenguaje corporal. Las conclusiones extraídas de observar a aquellas tres mujeres la llevaron a ponerse en guardia y reconsiderar los motivos del ofrecimiento de Marona, pero no quería anticiparse basándose en suposiciones.

Una vez bajo el saliente de piedra se encaminaron en una dirección distinta de la que ella había tomado antes y entraron en una amplia vivienda situada más hacia el centro del espacio común. Marona las hizo pasar, y dentro las recibió otra mujer que por lo visto estaba esperándolas.

—Ayla, ésta es mi prima, Wylopa —dijo Marona mientras cruzaban la estancia principal y entraban en un dormitorio lateral—. Wylopa, ésta es Ayla.

Tras los formalismos que habían acompañado su primer encuentro con los parientes cercanos de Jondalar, a Ayla le pareció extraña aquella brusca presentación a la prima de Marona, sin bienvenida de ninguna clase pese a ser su primera visita a aquella morada. No concordaba con la conducta que ya comenzaba a prever en los zelandonii.

—Saludos, Wylopa —dijo Ayla—. ¿Es tuya esta vivienda?

La mujer, muy poco habituada a oír ninguna lengua aparte de la suya y sorprendida por la extraña pronunciación de la forastera, tuvo ciertas dificultades para comprenderla.

—No —terció Marona—. Es la casa de mi hermano, su compañera y sus tres hijos. Wylopa y yo vivimos aquí con ellos. Compartimos esta habitación.

Ayla echó una rápida ojeada al espacio donde se hallaba, dividido mediante paneles de manera similar a como lo tenía Marthona.

—Íbamos a arreglarnos el pelo y la cara para la celebración de esta noche —anunció Portula. Miró a Marona con una sonrisa obsequiosa que se convirtió en mueca de superioridad cuando se volvió hacia Ayla—. Hemos pensado que quizá te gustaría prepararte con nosotras.

—Gracias por la proposición. Me gustaría ver cómo lo hacéis —respondió Ayla —. Desconozco las costumbres de los zelandonii. Deegie, una amiga mía, me arreglaba el pelo a veces, pero es una mamutoi y vive muy lejos de aquí. Sé que nunca volveré a verla y la echo de menos. Es agradable tener amigas.

Portula se sintió sorprendida y conmovida por la franqueza y cordialidad de la respuesta, y su anterior expresión de superioridad se tornó más afectuosa, convirtiéndose en una sonrisa sincera.

—Como es una fiesta de bienvenida para ti —explicó Marona—, hemos pensado también en regalarte algo para que te lo pongas. He pedido a mi prima que reúna unas

cuantas prendas para que te las pruebes, Ayla. —Marona contempló la ropa dispuesta por la habitación—. Has encontrado una buena selección, Wylopa.

Lorava ahogó una risita. Portula desvió la mirada.

Ayla vio varios conjuntos extendidos en la cama y el suelo, principalmente calzones y camisas de manga larga o túnicas. Luego observó la indumentaria de las cuatro mujeres.

Wylopa, que parecía mayor que Marona, vestía un conjunto semejante a los que había expuestos, y holgado, advirtió Ayla. Lorava, que era muy joven, llevaba una especie de túnica corta de piel sin mangas, ceñida a las caderas y cortada según un patrón algo distinto al de las prendas extendidas alrededor. Portula, bastante regordeta, usaba una falda larga de algún tejido fibroso y un amplio sayo con largos flecos que caían sobre la falda. Marona, que estaba delgada, pero tenía una figura curvilínea, lucía una túnica muy corta sin mangas, abierta por delante, profusamente adornada con cuentas y plumas y con una orla rojiza de flecos en la parte inferior, que le llegaba justo por debajo de la cintura, y una falda taparrabos, semejante a la que Ayla se había puesto en los días calurosos de su viaje.

Jondalar le había enseñado a coger una tira de piel suave, subírsela entre las piernas y atársela a la cintura con una correa. Dejando colgar por delante y por detrás los largos extremos y juntándolos luego a los lados, el taparrabos presentaba el aspecto de una falda corta. La de Marona, observó Ayla, tenía flecos en ambos extremos, el anterior y el posterior. A cada lado había dejado una separación, revelando así la pierna, una pierna desnuda, larga y bien torneada, y llevaba la correa ceñida a baja altura, apenas por encima de la cadera, con lo cual los flecos de delante y de detrás se mecían cuando andaba. Ayla pensó que la ropa de Marona —tanto la cortísima túnica que no podía cerrarse por delante como la escasa falda taparrabos— era demasiado pequeña para ella, como si se hubiera hecho para una niña, y no para una mujer. Sin embargo, estaba segura de que la mujer de cabello claro escogía sus prendas con toda la intención y sumo cuidado.

—Adelante, elige algo —instó Marona—, y luego te arreglaremos el pelo. Queremos que ésta sea para ti una noche especial.

—Todas estas cosas me parecen muy grandes y pesadas —dijo Ayla—. ¿No abrigan demasiado?

—Por la noche refresca —advirtió Wylopa—, y esa ropa ha de usarse sin ceñir. Así. —Alzó los brazos y mostró la holgura de su propia vestimenta.

—Ten, pruébate esto —sugirió Marona, cogiendo una túnica—. Te enseñaremos cómo ha de llevarse.

Ayla se quitó su propia túnica y el saquito amuleto del cuello, que dejó en un estante. Luego permitió a las mujeres que le pusieran la otra túnica, deslizándosela alrededor de la cabeza. Pese a que Ayla era más alta que cualquiera de las cuatro mujeres, la túnica le llegaba hasta las rodillas y las manos le quedaban ocultas en las largas mangas.

—Demasiado grande —opinó Ayla. Aunque no veía a Lorava, le pareció oír un sonido ahogado a sus espaldas.

—No, nada de eso —dijo Wylopa con una ancha sonrisa—. Sólo necesitas un cinturón y recogerte las mangas. Como yo, ¿ves? Portula, trae ese cinturón; le enseñaré cómo ha de ponérselo.

La mujer regordeta fue por el cinturón, pero ya no sonreía, a diferencia de Marona y su prima, que sonreían en exceso. Marona cogió el cinturón y lo ciñó en torno a Ayla.

—Has de atártelo bajo, así, alrededor de la cadera, y abolsar la túnica en la cintura; de esa manera el fleco cae más arriba. ¿Lo ves?

Ayla seguía considerando que sobraba demasiado tejido.

—No, creo que no me queda bien. Es muy grande, la verdad. Y fijaos en los calzones —añadió cogiendo los que correspondían a la túnica y sosteniéndolos extendidos ante sí—. La cintura me viene muy alta —se despojó de la túnica.

—Tienes razón —admitió Marona—. Pruébate otra cosa.

Eligieron otro conjunto, algo más pequeño y provisto de una intrincada ornamentación a base de cuentas de marfil y conchas.

—Éste es precioso —declaró Ayla contemplando la pechera de la túnica una vez se la hubo puesto—. Demasiado precioso…

Lorava dejó escapar un extraño resoplido, y Ayla se volvió para mirarla, pero la muchacha estaba de espaldas a ella.

—Sin embargo, lo encuentro muy grueso y demasiado grande —prosiguió Ayla mientras se quitaba la segunda túnica.

—Supongo que puede parecer muy grande si no se está acostumbrada a la manera de vestir zelandonii —dijo Marona con el entrecejo fruncido. De pronto una sonrisa de autosuficiencia iluminó su semblante—. Pero quizá tengas razón. Espera aquí. Creo que sé exactamente qué necesitas, y está recién hecho.

Salió del dormitorio y entró en otra sección de la vivienda. Al cabo de un rato regresó con un nuevo conjunto, éste mucho más pequeño y ligero de peso. Ayla se lo probó. Los ajustados calzones le llegaban sólo hasta media pantorrilla pero le caían bien de cintura, donde las dos mitades montaban una sobre otra y se ceñían mediante una correa resistente y flexible. La túnica, sin mangas, tenía un profundo escote en forma de uve, que podía cerrarse mediante delgadas correas de cuero. Era un poco pequeño —no podía cerrarse del todo la abertura delantera—, pero con las correas algo sueltas no quedaba mal. A diferencia de los demás conjuntos, era muy sencillo, sin adornos, y estaba confeccionado con una piel muy suave, de tacto agradable.

—Con éste voy muy cómoda —dijo Ayla.

—Y yo tengo el complemento ideal para realzarlo —anunció Marona, y le mostró un cinturón de fibras de colores entretejidas en un enrevesado dibujo.

—Es muy original y está bellamente elaborado —dijo Ayla mientras Marona se lo ataba a la cintura. Aquel conjunto sí la satisfacía—. Éste me vendrá bien. Gracias por

vuestro regalo. —Se puso el amuleto y plegó su otra ropa.

Lorava se atragantó y rompió a toser.

—Necesito un poco de agua —dijo, y salió a toda prisa de la habitación.

—Ahora déjame que te arregle el pelo —propuso Wylopa, todavía con su amplia sonrisa.

—Te pintaré la cara después de pintársela a Portula —ofreció Marona.

—Y has dicho que me arreglarías el pelo también a mí, Wylopa —recordó Portula.

—Y que a mí me pintarías —agregó Lorava desde la entrada de la habitación.

—Si se te ha pasado ya el ataque de tos —repuso Marona lanzando una severa mirada a la muchacha.

Mientras Wylopa le peinaba y toqueteaba el pelo, Ayla observó con interés a Marona adornar los rostros de las otras dos mujeres. Empleó grasas solidificadas, mezcladas con ocres amarillos y rojos finamente molidos para dar color a la boca, mejillas y frente, y mezcladas con carbón para realzar los ojos. Luego utilizó tonos más intensos de los mismos colores para dibujarles en la cara puntos, líneas curvas y otras diversas formas de un modo que recordó a Ayla los tatuajes que había visto en algunas personas.

—Déjame que ahora te pinte a ti, Ayla —dijo Marona—. Me parece que Wylopa ha acabado ya con el pelo.

—¡Sí, lista! —exclamó Wylopa—. Marona puede pintarte ya la cara.

Si bien la ornamentación facial de las mujeres le resultaba curiosa, a Ayla no le convenció la idea de que la pintaran. En la vivienda de Marthona había advertido un sutil uso del color y el dibujo sumamente agradable; en cambio, no acababa de gustarle el aspecto de aquellas mujeres. Por alguna razón, se le antojaba exagerado.

—No…, preferiría que no —contestó Ayla.

—¡Pero has de pintarte! —insistió Lorava con visible decepción.

—Como todas —añadió Marona—. Serías la única sin pintar.

—¡Sí! Vamos, deja que Marona te pinte —dijo Wylopa—. Todas las mujeres irán pintadas.

—Deberías dejarla —apremió Lorava—. Todas las mujeres van detrás de Marona para que las pinte. Puedes considerarte afortunada de que esté dispuesta a pintarte a ti.

Ante tanta insistencia, Ayla se reafirmó más aún en su negativa. Marthona no le había hablado de tener que pintarse la cara. Ayla quería encontrar su camino poco a poco, y no que le impusieran de golpe costumbres con las que no estaba familiarizada.

—No, esta vez no —contestó Ayla—. Quizá en otra ocasión.

—Va, déjate pintar —repitió Lorava—. No lo estropees todo.

—¡No, no quiero pintarme la cara! —exclamó, y lo hizo con tan firme determinación que las otras por fin se rindieron.

Las observó mientras se hacían unas a otras intrincados peinados con trenzas y bucles, colocándose con buen gusto peinetas ornamentadas y horquillas. Por último, añadieron los adornos faciales. Ayla no reparó en los agujeros estratégicamente situados de sus rostros hasta que se pusieron pendientes en los lóbulos de las orejas y ornamentos parecidos a tapones en la nariz, las mejillas y bajo los labios inferiores, pero vio entonces que algunos de los dibujos pintados hacían resaltar los adornos añadidos.

—¿No tienes hecho ningún agujero? —preguntó Lorava—. Tendrás que hacerte alguno. Lástima que ahora ya no estemos a tiempo.

A Ayla no le atraía mucho la idea de hacerse agujeros, salvo quizá en los lóbulos de las orejas para ponerse los pendientes que llevaba consigo desde la Reunión de Verano de los Cazadores Mamutoi. Contempló a las otras mujeres mientras se engalanaban con collares de cuentas, colgantes y pulseras.

Notó que de vez en cuando lanzaban un vistazo a algo que se hallaba detrás de un panel divisorio. A la postre, ya un poco aburrida de tanto peinado y ornamentación, se levantó y se acercó a ver qué miraban. Oyó la exclamación ahogada de Lorava cuando ella vio la plancha de madera ennegrecida y lustrosa, similar al reflector de la vivienda de Marthona, y se miró.

Ayla no quedó muy satisfecha del reflejo. Tenía el pelo arreglado en trenzas y bucles, pero éstas no estaban dispuestas en un orden simétrico y agradable como las de las otras mujeres, sino de la manera más extraña posible, sin ningún encanto. Vio que Wylopa y Marona cruzaban una mirada y luego desviaban la vista. Cuando Ayla intentó mirar a los ojos a alguna de ellas, todas la eludieron. Allí pasaba algo raro, y empezaba a no gustarle. Desde luego, no le gustaba en absoluto lo que le habían hecho con el pelo.

—Me parece que llevaré el pelo suelto —dijo mientras comenzaba a sacarse las peinetas, horquillas y pasadores—. A Jondalar le gusta más así.

Una vez liberada de toda la parafernalia, cogió el peine y se lo pasó por el pelo, que caía en una melena larga, espesa y trigueña, con una elástica ondulación natural de cabello recién lavado.

Se acomodó el amuleto alrededor del cuello —procuraba llevarlo siempre, aunque a menudo quedaba oculto bajo la ropa— y volvió a mirarse en el reflector. Tal vez algún día aprendiera a arreglarse ella misma el pelo, pero por el momento le agradaba mucho más tal como caía de manera natural. Lanzó un vistazo a Wylopa y se preguntó por qué aquella mujer no se había dado cuenta del extraño aspecto de su peinado.

Ayla observó en el reflector el saquito de piel del amuleto y trató de verlo como lo veían las demás personas. Presentaba una forma irregular a causa de los objetos que contenía, y la piel, debido al sudor y el desgaste, era mucho más oscura que al principio. El pequeño saquito ornamentado se había concebido originalmente como costurero. En el presente quedaban sólo los oscuros cañones de las plumas blancas

que en otro tiempo adornaban el borde inferior, pero el dibujo formado con cuentas de marfil se conservaba intacto y, unido a la sencilla túnica de piel, creaba un efecto interesante. Decidió dejarlo a la vista.

Recordó que fue su amiga Deegie quien la había persuadido para que lo utilizara como amuleto al ver el saquito vulgar y mugriento que Ayla usaba anteriormente. Ahora éste estaba también viejo y gastado. Pensó que pronto debería confeccionarse otro nuevo para reemplazarlo, pero éste no lo tiraría. Le traía muchos recuerdos.

Ayla oyó actividad en el exterior. Ya estaba cansada de contemplar a las cuatro mujeres mientras se hacían unas a otras retoques insignificantes que, a juicio de ella, no aportaban nada al resultado global. Finalmente, alguien llamó con suavidad al panel de cuero crudo contiguo a la entrada de la vivienda.

—Todos esperan a Ayla —avisó una voz. Parecía Folara.

—Diles que enseguida saldrá —contestó Marona—. ¿Seguro que no quieres que te pinte un poco la cara, Ayla? Al fin y al cabo, se trata de una celebración en tu honor.

—No, no quiero, francamente.

—Bueno, ya que están esperándote, quizá sea mejor que te adelantes. Nosotras iremos dentro de un rato —propuso Marona—. Aún tenemos que cambiarnos.

—Eso haré —convino Ayla, complacida de tener un pretexto para marcharse. Llevaban en el interior de aquella morada mucho tiempo, o eso le parecía. Antes de irse, se acordó de decir—: Gracias por vuestros regalos. Este conjunto es realmente cómodo. —Cogió su ajada túnica y sus calzones cortos y salió.

No vio a nadie bajo el saliente. Folara se había ido sin esperarla. Ayla se apresuró a la morada de Marthona para dejar la ropa vieja junto a la entrada y luego se encaminó rápidamente hacia la multitud que vio fuera, más allá de la sombra proyectada por la alta repisa de piedra que protegía las viviendas agrupadas debajo.

Cuando Ayla salió al sol de última hora de la tarde, algunas de las personas situadas más cerca advirtieron su presencia y, boquiabiertas, dejaron de hablar. Luego, cuando otros la vieron, la contemplaron atónitos, y empezaron a dar codazos a los que tenían al lado para que la miraran también. Ayla aminoró el paso y, observando a quienes la observaban, finalmente se detuvo. Pronto cesaron todas las conversaciones. De repente, en medio de aquel silencio, alguien intentó en vano contener una carcajada. Luego otro se echó a reír, y otro más. Instantes después todos reían.

¿Por qué reían? ¿Se reían de ella? ¿Qué ocurría? Abochornada, Ayla enrojeció. ¿Había cometido alguna torpeza imperdonable? Echó un vistazo alrededor, deseando escapar pero sin saber hacia dónde correr.

Vio acercarse a Jondalar con paso enérgico y una expresión airada en el rostro. Marthona iba también apresuradamente hacia ella desde otra dirección.

—¡Jondalar! —gritó Ayla cuando él se aproximaba—. ¿Por qué se ríe todo el mundo de mí? ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —Hablaba en mamutoi sin darse cuenta.

—Llevas la ropa interior de invierno de un muchacho, y esa clase de cinturón lo usan los hombres más jóvenes durante su iniciación a la pubertad para que la gente sepa que están ya preparados para la mujer-donii —explicó Jondalar en la misma lengua. Le enfurecía que hubiesen convertido a Ayla en blanco de una broma tan cruel en su primer día en la caverna.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —preguntó Marthona al acercarse.

—De Marona —respondió Jondalar por ella—. Cuando estábamos en el río, ha venido a ofrecerse a ayudar a Ayla a vestirse para la celebración de esta noche. Debería haber imaginado que tramaba algo para vengarse de mí.

Todos se volvieron y miraron hacia la morada del hermano de Marona. Allí donde empezaba la sombra del saliente estaban las cuatro mujeres, con las manos en los costados, apoyándose unas en otras y riéndose a carcajadas de Ayla, a quien, mediante engaños, habían inducido a ponerse ropa de chico, absolutamente inadecuada. A las cuatro mujeres se les saltaban las lágrimas, que resbalaban por sus rostros cuidadosamente pintados, dejando a su paso manchurrones rojos y negros. Ayla comprendió que se regodeaban de su vergüenza y malestar.

Contemplándolas, sintió crecer la ira en su interior. ¿Ése era el obsequio que querían hacerle a modo de bienvenida? ¿Querían que la gente se riera así de ella? Cayó de pronto en la cuenta de que todos los conjuntos que le habían mostrado eran impropios de una mujer. Le resultaba ya obvio que eran ropas de hombre. Pero la broma no se reducía a la ropa, dedujo Ayla. ¿Por eso la habían peinado de una manera tan extraña? ¿Para que la gente se riera de ella? ¿Y planeaban asimismo pintarle la cara de forma tal que su apariencia fuera aún más ridícula?

A Ayla siempre le había gustado reír. Cuando vivía con el clan, era la única que reía con sinceras ganas hasta que nació su hijo. Cuando la gente del clan esbozaba una mueca semejante a una sonrisa, no era señal de alegría, sino que expresaba nerviosismo o temor, o anunciaba una amenaza de posible agresión. Su hijo era el único niño de corta edad que sonreía y reía como Ayla, y a ella le encantaban las alegres risas de Durc, pese a que inquietaban a los demás.

Cuando vivía en el valle, reía a gusto las gracias de Whinney y Bebé antes de que se convirtieran en animales adultos. La sonrisa fácil y la risa desinhibida de Jondalar, tan poco comunes, habían servido a Ayla para saber que había encontrado a alguien como ella, y habían aumentado su amor por él. Y la sonrisa de bienvenida de Talut y sus bramidos de entusiasmo la habían animado a visitar el Campamento del León tras su primer encuentro. Había conocido a muchas personas en sus viajes y había reído muchas veces con ellas, pero nadie se había reído de ella jamás. Ignoraba que la risa pudiera utilizarse para ofender. Ésa era la primera vez que la risa no le causaba alegría sino dolor.

Tampoco Marthona veía bien la broma pesada de que había sido víctima la visitante, la invitada de la Novena Caverna de los zelandonii, a quien su hijo había llevado allí para que se uniera a él y se convirtiera en una de ellos.

—Ven conmigo, Ayla —dijo Marthona—. Te buscaré una ropa más apropiada. Sin duda, encontraré algo entre mis cosas que puedas ponerte.

—O algo mío —ofreció Folara, que había presenciado el incidente y acudido a ayudar.

Ayla hizo ademán de marcharse con ellas, pero de pronto se detuvo.

—No —respondió.

Aquellas cuatro mujeres le habían entregado la ropa inapropiada como «obsequio de bienvenida» para que apareciera en público con un aspecto estrafalario, diferente, para que quedara demostrado que aquél no era su sitio. Pues bien, les había dado las gracias por sus «obsequios» y estaba dispuesta a usarlos. No era la primera vez que se convertía en centro de todas las miradas. Entre la gente del clan siempre había sido la rara, la fea, la distinta. Nunca se habían reído de ella —no sabían reírse de ese modo —, pero todos la habían observado con extrañeza al verla llegar a la Reunión del Clan.

Si había soportado ser la única diferente, la única fuera de lugar, la única forastera en la Reunión del Clan al completo, sin duda lo soportaría ante los zelandonii. Al menos éstos tenían el mismo aspecto físico que ella. Ayla enderezó la espalda, apretó las mandíbulas, levantó el mentón, y dirigió una mirada feroz a la muchedumbre, que no paraba de reír.

—Gracias, Marthona. Y también a ti, Folara. Pero esta ropa me servirá. Me la han ofrecido como regalo de bienvenida. No cometeré la descortesía de rechazarla.

Echó una ojeada atrás y advirtió que Marona y las otras se habían ido. Habían regresado a la habitación de Marona. Ayla se encaró a la gran multitud de gente congregada y se encaminó hacia allí. Marthona y Folara, estupefactas, miraron a Jondalar al ver pasar a Ayla ante ellas, pero él se limitó a encogerse de hombros y negar con la cabeza en un gesto de incomprensión.

Con el rabillo del ojo, Ayla percibió un movimiento familiar. Lobo había aparecido en lo alto del sendero y corría hacia ella. Cuando la alcanzó, Ayla se dio unas palmadas, y el animal se irguió, apoyó las patas delanteras en sus hombros y luego le lamió la garganta y se la rodeó con las fauces. Entre los presentes se produjo una conmoción audible. A continuación Ayla le indicó que bajara y la siguiera de cerca, tal como le había enseñado en la Reunión de Verano de los mamutoi.

Mientras se abría paso entre la gente, su manera de andar, su determinación, su expresión desafiante en medio de quienes se reían de ella y, también, la presencia de Lobo a su lado hicieron acallar las carcajadas. Pronto no quedaba ya nadie con ganas de reír.

Se acercó a un grupo de personas a algunas de las cuales ya conocía. Willamar, Joharran y la Zelandoni la saludaron. Volvió la cabeza y vio detrás de ella a Jondalar, seguido por Marthona y Folara.

—No conozco aún a todas estas personas. ¿Podrías presentarme, Jondalar? —preguntó Ayla.

Joharran se adelantó a su hermano.

—Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el espíritu del Oso Cavernario… y amiga de los caballos y un lobo, te presento a mi compañera, Proleva, de la Novena Caverna de los zelandonii, hija de…

Willamar sonreía mientras se llevaban a cabo las presentaciones formales a parientes cercanos y amigos, pero su expresión no era en absoluto burlona. Marthona, cada vez más asombrada, observó con interés creciente a la joven que su hijo había llevado a casa consigo. Cruzó una mirada de complicidad con la Zelandoni; más tarde hablarían de aquello.

Mucha gente miró a Ayla más de una vez, en especial los hombres, que empezaban a notar lo bien que le sentaban las prendas y el cinturón a la persona que las llevaba puestas, pese al significado que poseían para ellos. Ayla había estado viajando durante un año, a pie o a caballo, y tenía unos músculos marcados. La ajustada ropa interior masculina de invierno sentaba bien a su cuerpo esbelto, musculoso y bien formado. Como no había podido atarse las correas de la pechera, el escote dejaba a la vista el canal de sus senos amplios pero firmes, y por alguna razón ello resultaba más tentador que los pechos completamente desnudos que a menudo veían. Los calzones revelaban sus piernas largas y torneadas y sus redondas nalgas, y el ceñido cinturón, pese a lo que simbolizaba, le realzaba la cintura, sólo algo más ancha debido al incipiente embarazo.

En Ayla, aquellas prendas adquirían un significado nuevo. Aunque muchas mujeres lucían afeites y adornos faciales, el hecho de que ella no los llevase ponía aún más de manifiesto su belleza natural. Su largo cabello, cayendo suelto en el desorden de las ondas y rizos naturales que reflejaban los últimos rayos del sol poniente, ofrecía un contraste atractivo y sensual respecto a los cuidadosos peinados de las demás mujeres. Se la veía joven, y recordaba a los hombres adultos su propia juventud y su despertar al don del placer de la Gran Madre Tierra. Alimentaba en ellos el deseo de ser jóvenes otra vez y tener a Ayla por mujer-donii.

Pronto olvidaron todos lo mucho que les había sorprendido la vestimenta de Ayla; aquellas ropas le sentaban bien a aquella hermosa forastera de voz grave y acento exótico. Desde luego, no resultaba más extraña esa circunstancia que su dominio sobre los caballos y el lobo.

Jondalar reparó en cómo observaba la gente a Ayla y oyó mencionar su nombre en las conversaciones de fondo. De pronto escuchó decir a un hombre:

—Una mujer de notable belleza la que Jondalar ha traído a casa.

—Era de esperar que trajera a una mujer hermosa —respondió una voz femenina —. Pero, además de belleza, tiene valor y una voluntad férrea. Me gustaría conocerla mejor.

Jondalar volvió a mirar a Ayla; era realmente bella, cualquiera que fuera la indumentaria que llevara. Pocas mujeres podían lucir tan excepcional figura, y menos

aún mujeres de su edad, que normalmente habían tenido uno o dos hijos y habían perdido el tono muscular de la juventud. Pocas se pondrían un conjunto tan ceñido aunque fuera apropiado hacerlo. En su mayoría preferirían ropa más holgada, más cómoda, que disimulara mejor las formas. Se relajó y sonrió, recordando el paseo a caballo de esa tarde y el alto en la meseta y pensando en lo afortunado que era.

Marona y sus tres cómplices, todavía riendo, habían regresado a la habitación para recomponer los estragos sufridos por la pintura de sus caras. Tenían planeado aparecer más tarde, ataviadas con sus mejores y más adecuadas galas, seguras de que la suya sería una gran entrada.

Marona se había cambiado la falda taparrabos por otra larga y elegante de una piel muy flexible, unida a una sobrefalda con fleco que le envolvía cintura y caderas, pero llevaba la misma túnica corta y ornamentada. Portula ya antes lucía su falda y sayo preferidos. Lorava sólo tenía allí la túnica corta, pero las otras mujeres le habían prestado una larga sobrefalda con flecos y varios collares y pulseras, y luego le habían pintado la cara con un grado de elaboración nuevo para ella. Wylopa, riendo mientras se quitaba la camisa y los calzones de hombre, se había puesto sus propios calzones, sumamente ornados y teñidos de un rojo anaranjado, y su túnica, de un color más intenso y con flecos oscuros.

Una vez preparadas, salieron de la vivienda y se encaminaron juntas a la terraza delantera. Pero la gente, al advertir la presencia de Marona y sus amigas, les volvió la espalda con toda deliberación y les hizo caso omiso. Los zelandonii no eran un pueblo cruel. Se habían reído de la forastera únicamente por la sorpresa que les había causado la idea de que una mujer adulta llevara la ropa interior de invierno de un muchacho y un cinturón de pubertad. Pero la mayoría de ellos desaprobaba aquella broma de mal gusto. Era un descrédito para todos ellos, ya que ofrecía una imagen de falta de cortesía y hospitalidad. Ayla era su invitada, y muy probablemente se convertiría en una de los suyos. Además, la dignidad con que había sobrellevado la situación demostraba su entereza, y todos se enorgullecían de ella.

Las cuatro mujeres vieron un numeroso grupo en torno a alguien, y cuando varias personas se apartaron, tuvieron ocasión de comprobar que era Ayla quien se hallaba en el centro, vestida aún con la ropa que le habían dado. «¡Ni siquiera se había cambiado!», pensó Marona, atónita. Estaba convencida de que alguna mujer de la familia de Jondalar proporcionaría a la recién llegada algo más apropiado que ponerse, y eso en caso de que se atreviera a aparecer de nuevo. Pero sus planes para ridiculizar a la extraña mujer con la que Jondalar había vuelto, tras dejarla a ella plantada sin nada más que una promesa vacía, habían acabado poniéndola a ella en evidencia, mostrándola ante todos como una persona rencorosa y mezquina.

La cruel broma de Marona se había vuelto contra ella, y estaba furiosa. Había convencido a sus amigas para que la ayudaran, prometiéndoles que serían el centro de atención, que destacarían por encima de las demás. En cambio, parecía que todos hablaban de la mujer de Jondalar. Incluso su extraño acento, debido al cual Lorava

había tenido que sofocar sus carcajadas y Wylopa había tenido problemas para entenderla, era considerado por todos exótico y encantador.

Era Ayla quien recibía toda la atención, y las tres amigas de Marona se arrepentían de haberse dejado persuadir. Portula en particular se había mostrado muy reacia a ayudarla. Sólo había accedido porque Marona, famosa por su habilidad para hacer intrincados dibujos faciales, le había prometido que le pintaría la cara. Por otra parte, Ayla no le había causado mala impresión. Era cordial, y ahora no cabía duda de que estaba entablando amistad… con todos los demás.

¿Por qué no se habían dado cuenta antes de que la ropa de chico realzaba la belleza de la recién llegada? Pero las cuatro mujeres habían visto lo que esperaban ver: el simbolismo, no la realidad. Ninguna de ellas se habría imaginado a sí misma exhibiéndose en público con tal indumentaria, pero a Ayla eso le traía sin cuidado. Carecía de sensibilidad emocional o cultural respecto a aquellas prendas y lo que representaban. Para ella sencillamente eran una ropa cómoda. Tan pronto como superó el desconcierto inicial provocado por las risas, se olvidó de ello. Y al olvidarse ella se olvidaron también todos los demás.

Un enorme bloque de piedra caliza con la cara superior relativamente plana se alzaba en la terraza frente al gran refugio. Se había desprendido del borde del saliente hacía tanto tiempo que nadie recordaba desde cuándo estaba allí. Solía usarse cuando alguien deseaba reclamar la atención de quienes se congregaban en las inmediaciones porque, de pie sobre ella, una persona quedaba a cierta altura por encima de los demás.

Cuando Joharran saltó a la Piedra de los Oradores, la multitud empezó a sumirse en un silencio de expectación. Tendió la mano a Ayla para ayudarla a subir y luego a Jondalar para invitarlo a colocarse junto a ella. Lobo se encaramó a la piedra de un brinco sin que lo invitaran y se situó entre la mujer y el hombre de la única manada que había conocido en su vida. Juntos sobre la piedra, por encima de los demás, el hombre alto y apuesto, la mujer bella y exótica y el lobo enorme y magnífico ofrecían una imponente imagen. Marthona y la Zelandoni, una al lado de la otra, contemplaron al trío y luego cruzaron una breve mirada, cada una absorta en pensamientos que habrían sido difíciles de expresar con palabras.

Joharran permaneció inmóvil, aguardando a que todos se dieran cuenta de que habían subido a la piedra y callaran. Observando a los presentes, tuvo la certeza de que se encontraba allí la Novena Caverna al completo. No faltaba una sola persona. Luego reconoció a varios miembros de cavernas cercanas. Comprendió que la reunión había atraído a mucha más gente de la que preveía.

A la izquierda se hallaba la mayoría de la Tercera Caverna y, junto a ellos, la Decimocuarta Caverna. Al fondo, a la derecha, se agrupaba mucha gente de la Undécima. Había incluso unos cuantos de la Segunda Caverna y algunos de sus parientes de la Séptima, situada al otro lado del valle que las separaba. Repartidos entre el resto, Joharran vio a unas pocas personas de la Vigésimo novena y hasta a un

par de la Quinta. Todas las cavernas de la vecindad estaban representadas, y algunos se habían desplazado desde bastante lejos.

«La voz ha corrido deprisa, pensó. Deben de haberse enviado mensajeros. Quizá ni siquiera sea necesario celebrar una segunda reunión para la comunidad más amplia. Todo el mundo está presente, según parece. Tendría que haberlo supuesto. Y también todas las cavernas situadas río arriba a lo largo del camino deben de haberlos visto llegar. Al fin y al cabo, Jondalar y Ayla viajaban en dirección sur sobre los lomos de los caballos. Puede que este año venga mucha más gente a la Reunión de Verano. Tal vez convenga planear una gran cacería antes de partir, para colaborar en el abastecimiento de provisiones».

Cuando captó la atención de todos, esperó un instante más, que dedicó a poner en orden sus ideas.

—Como jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, yo, Joharran, deseo tomar la palabra —empezó finalmente, y entre la multitud se desvanecieron las últimas voces—. Veo que esta noche contamos con un gran número de visitantes, y en nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, tengo el placer de daros a todos la bienvenida a esta reunión para celebrar el regreso de mi hermano, Jondalar, tras su largo viaje. Damos gracias a la Madre, que ha velado por él cuando sus pies hollaban tierras desconocidas y guiado sus pasos errantes de vuelta a casa.

Entre la concurrencia se oyeron algunas voces. Joharran se interrumpió, y Ayla vio arrugarse su frente en aquella expresión familiar que tan a menudo asomaba al rostro de Jondalar. Sintió por él el mismo cálido afecto que la primera vez que advirtió en él ese gesto común de los dos hermanos.

—Como probablemente ya sabéis casi todos —prosiguió Joharran—, el hermano que emprendió el viaje con Jondalar no regresará. Thonolan camina ahora por el otro mundo. La Madre ha reclamado la presencia ante Ella de uno de sus favoritos. —Bajó la vista por un momento.

Como otras veces, esa referencia resultó chocante a Ayla. No se interpretaba necesariamente como buena suerte el hecho de tener tanto talento, tantos dones, de ser amado por la Madre hasta el punto de que Ella lo considerara uno de sus favoritos. A veces la Madre echaba de menos a sus favoritos y reclamaba su presencia ante Ella antes de tiempo, cuando eran aún jóvenes.

—Pero Jondalar no ha vuelto solo —continuó Joharran, y sonrió a Ayla—. Supongo que a pocos sorprende la noticia de que mi hermano ha conocido a una mujer durante su viaje.

Entre la gente se produjeron risas ahogadas y sonrisas de complicidad.

—Aun así no esperaba ni siquiera de Jondalar que encontrara a una mujer tan excepcional, debo admitirlo.

Ayla se ruborizó cuando el significado de aquellas palabras quedó claro. En esta ocasión su vergüenza no se debía a las risas burlonas, sino al halago de Joharran.

—Una presentación formal a cada uno de los aquí presente podría llevarnos días, en especial si todos decidieran incluir su lista completa de títulos y lazos. —Joharran volvió a sonreír, y mucha gente respondió con gestos de asentimiento y miradas de comprensión—. Además, sería imposible que nuestra invitada se acordara luego de todos. Hemos decidido, pues, hacer una presentación general, y dejar que más adelante cada uno de vosotros se presente personalmente cuando tenga la oportunidad. —Joharran se volvió y sonrió a la mujer que estaba a su lado en la piedra elevada. Luego miró al hombre alto y rubio y su expresión se tornó más seria —. Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, maestro tallador de pedernal; hijo de Marthona, exjefa de la Novena Caverna; nacido en el Hogar de Dalanar, jefe y fundador de los lanzadonii; hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna, ha regresado después de cinco años de largo y penoso viaje. Ha traído consigo a una mujer de una tierra tan lejana que han necesitado un año entero para realizar el viaje hasta aquí. —El jefe de la Novena Caverna cogió las manos de Ayla entre las suyas —. En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, presento a todos los zelandonii a Ayla de los Mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el espíritu del Oso Cavernario. —En este punto sonrió—, y como hemos visto, amiga de caballos y de Lobo.

Jondalar estaba convencido de que el lobo había sonreído, como si supiera que lo presentaban a él.

«Ayla de los Mamutoi», pensó Ayla, recordando los tiempos en que era «Ayla de Nadie». Sintió una honda gratitud hacia Talut y Nezzie y el resto del Campamento del León por darle un lugar de pertenencia. Pugnó por contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Los echaba de menos a todos.

Joharran soltó una de las manos de Ayla y, sosteniendo la otra, se volvió de cara a las cavernas reunidas.

—Os pido que deis la bienvenida a esta mujer que ha recorrido tan larga distancia con Jondalar, que le deis la bienvenida a esta tierra de los zelandonii, los Hijos de la Gran Madre Tierra. Mostradle la hospitalidad y el respeto con que los zelandonii honran a sus invitados, en particular a una de las bendecidas por Doni. Hacedle saber el valor que concedemos a nuestros visitantes.

Hubo miradas de soslayo en dirección a Marona y sus amigas. La broma ya no tenía gracia para nadie. Ahora les tocaba a ellas sentirse abochornadas, y al menos Portula se puso roja como la grana cuando alzó la vista y miró a la forastera, de pie sobre la Piedra de los Oradores vestida con el cinturón de la pubertad y la ropa interior propios de un muchacho. Ignoraba que la ropa que le ofrecían era inapropiada. Carecía de importancia. Su manera de llevarla había convertido aquellas prendas en un atuendo totalmente digno.

A continuación Ayla, asaltada por la necesidad de hacer algo, dio un corto paso al frente.

—En el nombre de Mut, Gran Madre de Todos, a quien conocéis como Doni, yo os saludo, zelandonii, Hijos de esta hermosa tierra, Hijos de la Gran Madre Tierra, y agradezco vuestra bienvenida. También deseo expresaros mi gratitud por acoger entre vosotros a mis amigos animales, por permitir que Lobo se quede conmigo dentro de una morada. —Lobo la miró al oír su nombre—. Y por proporcionar un espacio a los caballos, Whinney y Corredor.

Entre la concurrencia se produjo una inmediata reacción de sorpresa y sobresalto. Si bien tenía un acento bastante marcado, no fue su manera de hablar lo que dejó atónita a la gente. En el ambiente de formalidad de las presentaciones, Ayla pronunció el nombre de su yegua tal como llamaba a Whinney en un principio, y los presentes quedaron estupefactos por el sonido que había surgido de su boca. Ayla había reproducido con tal perfección el relincho de un caballo que por un momento la gente pensó que en efecto procedía de un caballo. No era la primera vez que Ayla sorprendía a los demás con su capacidad para imitar las voces de los animales, tanto la del caballo como las de otros.

Ayla no guardaba recuerdo alguno de la lengua que había conocido en su infancia, ni de ningún otro aspecto de su vida anterior al clan, excepto unos cuantos sueños muy vagos y un profundo miedo a los terremotos. Pero Ayla y los de su clase sentían una compulsión inherente, un impulso genético casi tan intenso como el hambre, respecto al lenguaje verbal. Cuando vivía sola en el valle tras separarse del clan y antes de aprender nuevamente a hablar gracias a Jondalar, desarrolló por sí misma verbalizaciones a las que atribuía un significado, una lengua que sólo ella —y Whinney y Corredor en cierta medida— comprendía.

Ayla poseía una aptitud natural para articular sonidos, y a falta de un lenguaje verbal y viviendo sola sin oír más voces que las de los animales, empezó a imitarlos. La lengua personal que creó era una combinación de los sonidos infantiles que su hijo había comenzado a emitir antes de que la obligaran a abandonarlo, las pocas palabras habladas por el clan y la imitación onomatopéyica de los sonidos propios de los animales, incluidos los trinos de los pájaros. Con el tiempo y la práctica, imitaba sus sonidos con tal exactitud que ni siquiera los animales notaban la diferencia.

Mucha gente sabía imitar animales; era una estrategia de caza útil si la imitación era relativamente buena. En el caso de Ayla la perfección era tal que resultaba increíble. Ésa había sido la causa de aquella momentánea consternación; pero la gente, que estaba habituada a cierta tendencia a bromear por parte de los oradores cuando la ocasión no era de una seriedad extrema, pensó que Ayla había emitido aquel sonido con intención humorística. El inicial desconcierto dio paso a risas ahogadas y sonrisas a medida que se relajaban.

Ayla, que había experimentado cierta inquietud ante la reacción inicial de la concurrencia, notó la gradual distensión y se relajó también. Cuando la gente le sonrió, no pudo evitar devolverles la sonrisa, una de aquellas magníficas y preciosas sonrisas con las que parecía resplandecer.

—Jondalar, ¿cómo vas a mantener a raya a los jóvenes sementales con una potranca así? —preguntó alguien a voz en grito.

Era la primera vez que se reconocía públicamente su belleza y atractivo.

El hombre de cabello amarillo sonrió.

—Habré de montarla a menudo, para tenerla ocupada —dijo—. Ya sabéis que he aprendido a montar mientras estaba fuera, ¿no?

—¡Jondalar, ya sabías montar de sobra antes de marcharte!

La gente prorrumpió en carcajadas, y esta vez, advirtió Ayla, era por diversión.

Joharran tomó de nuevo la palabra cuando se apaciguaron.

—Sólo tengo una cosa que añadir —dijo—. Deseo invitar a todos los zelandonii que han venido desde las cavernas vecinas al festejo que la Novena Caverna ha organizado para dar la bienvenida a Jondalar y Ayla.

Capítulo 7

A lo largo de todo el día habían emanado deliciosos aromas de las zonas reservadas para cocinar en el extremo más suroccidental del refugio, un espacio deshabitado, lo que había estimulado el apetito de la gente. Un grupo de hombres y mujeres había estado ocupado en preparativos de última hora hasta poco antes de que Joharran empezara a hablar. Después de las presentaciones, cuando la muchedumbre comenzó a agolparse en esa dirección, Jondalar y Ayla se vieron arrastrados hacia allí, aunque nadie se acercaba demasiado al lobo, que seguía a la mujer a un paso de distancia.

La comida estaba magníficamente servida en fuentes y cuencos de hueso labrado, hierba y fibras entretejidas y madera tallada, dispuestos en mesas bajas y alargadas hechas con bloques y placas de piedra caliza. A mano había utensilios tales como pinzas de madera alabeada, cucharas de asta y grandes cuchillos de pedernal. La mayoría de la gente llevaba sus propios platos, aunque había de más por si alguien los necesitaba.

Ayla se detuvo a admirar el espectáculo por un momento. Había ancas enteras de reno joven asadas, urogallos carnosos, fuentes de truchas y lucios, y de verduras —raíces recientes, hojas frescas, nuevos brotes y jóvenes helechos de apretadas frondas—, todavía escasas por ser principios del verano y por ello mismo aún más preciadas. Las flores comestibles de algodoncillo adornaban muchos de los platos. Había también frutos secos y pasas elaboradas con la cosecha del otoño anterior, así como recipientes llenos de espeso caldo con trozos de carne de uro desecada y reconstituida, raíces y setas.

Ayla pensó de pronto que el hecho de que aún tuvieran tan codiciados alimentos después de los rigores del largo invierno hablaba en favor de su capacidad para organizar la recolección, conservación, almacenamiento y distribución de provisiones suficientes para mantener a las varias cavernas de zelandonii durante toda la época fría. Sólo los aproximadamente doscientos integrantes de la Novena Caverna habrían sido una comunidad demasiado numerosa para sustentarse a lo largo de todo el año en una región menos productiva; pero aquel entorno tan fecundo, unido a la gran cantidad de refugios naturales insólitamente bien situados y habitables, fomentaba el crecimiento de la población de varias cavernas.

La Novena Caverna de los zelandonii se hallaba establecida en un elevado precipicio de piedra caliza en cuya pared la erosión había creado un enorme saliente curvo orientado hacia el sur, formando casi un semicírculo completo de este a oeste y siguiendo el cauce del río. El ancho saliente abarcaba un área de unos doscientos metros de longitud por unos cuarenta y cinco de profundidad, proporcionando un espacio habitable cubierto de unos nueve mil metros cuadrados. El suelo de piedra del refugio, sobre el que a lo largo de los siglos se habían acumulado capas de polvo

compactas y piedras menudas, se extendía más allá del gran saliente de roca en la parte delantera, formando una especie de terraza o porche al descubierto.

Con tanto espacio disponible, los miembros de la Novena Caverna no ocupaban toda la superficie cubierta con viviendas. Nadie había tomado una decisión consciente acerca de ello, pero quizá intuitivamente para poder reivindicar como propio un territorio y declarar unos límites bien definidos respecto a la zona adyacente, donde solían congregarse los artesanos de la vecindad, las estructuras residenciales de la Novena Caverna se arracimaban en el extremo oriental del refugio. Dado que tenían espacio de sobra para expandirse, el área situada inmediatamente al oeste de las moradas se destinaba a los lugares de trabajo de la comunidad. Al suroeste de dicha área, y de ahí hasta el extremo, había un amplio espacio deshabitado para que jugaran los niños y se reuniera la gente fuera de las moradas, pero aún protegido de las inclemencias del tiempo.

Puesto que ninguna de las otras cavernas se aproximaba siquiera a las dimensiones de la Novena, moraban otras muchas cavernas zelandonii a orillas del río y sus afluentes, la mayoría en refugios de piedra caliza similares con amplios porches del mismo mineral. Aunque la gente no lo sabía, y sus descendientes no pensarían siquiera en tales términos hasta transcurridos muchos milenios, la región de los zelandonii se hallaba situada a medio camino entre el Polo Norte y el Ecuador. No necesitaban saberlo para comprender las ventajas de esa latitud intermedia. Vivían allí desde hacía muchas generaciones, y habían aprendido por experiencia, transmitida de padres a hijos a través del ejemplo y la tradición, que a aquellas tierras podía sacárseles provecho en todas las estaciones del año si se sabía explotarlas.

En verano la gente acostumbraba a viajar por la amplia región que consideraba la tierra de los zelandonii, por lo general acampando al aire libre en tiendas o cabañas, sobre todo cuando se congregaban en grandes grupos y a menudo cuando iban de visita o cazaban o recolectaban alimentos vegetales en abundancia. Pero cuando era posible preferían encontrar un refugio de piedra orientado hacia el sur para utilizarlo temporalmente o compartir los refugios de amigos y parientes por sus ventajas obvias.

En las latitudes intermedias, incluso durante la época glaciar —cuando el extremo más cercano de la masa de hielo se encontraba a sólo unos centenares de kilómetros al norte—, se alcanzaban temperaturas relativamente altas en los días despejados de la estación templada. En su recorrido por el cielo, semejante a un círculo en torno al planeta de la Gran Madre, el sol se elevaba al suroeste sobre el horizonte a gran altura. El saliente enorme y protector de la Novena Caverna, al igual que todos aquellos orientados hacia el sur o el suroeste, proyectaba su sombra en el caluroso mediodía, creándose debajo un agradable remanso de frescor.

Y cuando empezaban los primeros fríos, anunciando la cruda estación de extremos rigores en los territorios periglaciales, los zelandonii agradecían sus hogares más permanentes y protegidos. Durante los gélidos inviernos, pese a predominar los

vientos cortantes y las temperaturas muy por debajo de cero grados, los días de frío intenso eran a menudo secos y claros. En esa época del año, la radiante esfera surcaba el cielo a baja altura y sus oblicuos rayos vespertinos penetraban casi hasta el fondo en los refugios orientados hacia el sur, siendo la receptiva piedra acariciada por el calor solar. Los grandes refugios de piedra caliza guardaban tan preciado regalo hasta la noche, y entonces, cuando fuera empezaba a helar, la piedra devolvía el calor al espacio protegido.

El fuego y la ropa de abrigo eran imprescindibles para sobrevivir en los continentes septentrionales cuando los glaciares cubrían casi una cuarta parte de la superficie terrestre; en la tierra de los zelandonii, no obstante, el calor natural del sol contribuía de manera considerable a calentar el espacio de vivienda. Los enormes precipicios, con sus refugios protectores, eran una de las principales razones por las que esa región se hallaba entre las más pobladas en aquel mundo frío y antiguo.

Ayla sonrió a la responsable de la organización del festejo.

—Ha quedado todo precioso, Proleva. Si los exquisitos olores no me hubieran abierto tanto el apetito, me conformaría simplemente con mirar.

Proleva, complacida, le devolvió la sonrisa.

—Ésa es la especialidad de Proleva —explicó Marthona, y Ayla se volvió, un tanto sorprendida de ver allí a la madre de Jondalar; había intentado en vano localizarla antes de bajar de la Piedra de los Oradores—. Nadie sabe ocuparse de los preparativos de un festejo o una reunión como Proleva. Es buena cocinera, desde luego, pero es su habilidad para la organización de las aportaciones de comida y ayuda de los demás lo que la hace tan valiosa para Joharran y la Novena Caverna.

—Lo aprendí de ti, Marthona —dijo Proleva, con manifiesta satisfacción ante los grandes elogios de la madre de su compañero.

—Me has superado con creces. Yo nunca conseguí preparar los festejos como lo haces tú —aseguró Marthona.

Ayla reparó en la muy concreta alusión a la preparación de festejos, recordando que la «especialidad» de Marthona no había sido organizar festejos y reuniones. Había destinado su aptitud organizativa a la función de jefa de la Novena Caverna antes que Joharran.

—Espero que la próxima vez me dejes ayudarte, Proleva —dijo Ayla—. Me gustaría aprender de ti.

—Recibiré tu ayuda con mucho gusto, pero como esta celebración es en tu honor y la gente está esperando a que seas tú quien empiece, permíteme que te sirva un poco de asado de reno joven.

—¿Y tu lobo? —preguntó Marthona—. ¿Querrá algo de carne?

—Sí, pero él no necesita carne tierna de animales jóvenes. Probablemente se dé por satisfecho con un hueso si hay por ahí alguno con restos de carne que no vaya a

usarse para el caldo —respondió Ayla.

—Hay varios allí, junto a las hogueras —indicó Proleva—, pero coge antes para ti un trozo de este reno y unos cuantos botones de lirio de día.

Ayla tendió su cuenco para aceptar el trozo de carne y la cucharada de verdura. Luego Proleva llamó a otra mujer para que empezara a servir la comida y ella acompañó a Ayla hacia las hogueras usadas para cocinar, permaneciendo, eso sí, a su izquierda, alejada de Lobo. Los guió hasta los huesos apilados a un lado de una gran hoguera y ayudó a Ayla a elegir un hueso largo y roto, con una reluciente protuberancia en un extremo. Se había extraído la médula, pero aún quedaban adheridos pedazos de carne cruda, parduzca y medio seca.

—Éste servirá —dijo Ayla mientras Lobo la observaba con la lengua colgando en actitud expectante—. ¿Te gustaría ofrecérselo tú misma, Proleva?

La mujer arrugó la frente en un gesto de nerviosismo. No quería ser descortés con Ayla, y menos tras la mala jugada de Marona, pero no le entusiasmaba la idea de dar un hueso a un lobo.

—A mí sí me gustaría —terció Marthona, consciente de que los demás perderían el miedo si la veían a ella dar de comer al animal—. ¿Qué he de hacer?

—Puedes tendérselo con la mano o lanzárselo —explicó Ayla. Notó que se habían acercado varias personas, incluido Jondalar, que sonreía divertido.

Marthona cogió el hueso y se lo tendió a Lobo al tiempo que éste se aproximaba, pero de pronto cambió de idea y lo lanzó en dirección al animal. Lobo, de un brinco, lo atrapó en el aire con los dientes, un truco que arrancó comentarios de admiración entre los presentes; luego miró expectante a Ayla.

—Llévalo allí, Lobo —dijo ella, haciendo a la vez una seña para indicarle el gran tocón carbonizado al borde de la terraza.

El lobo acarreó el hueso como una preciada posesión, se acomodó junto al tocón y comenzó a roerlo.

Cuando regresaron a las mesas donde se servía la comida, todos querían dar a probar a Ayla y Jondalar manjares especiales que, como ella advirtió, tenían sabores distintos de los que había conocido en su infancia. En sus viajes, no obstante, Ayla había descubierto que cualesquiera que fuesen las comidas preferidas de la gente de una determinada región, y por insólitas que resultaran, generalmente sabían bien.

Un hombre algo mayor que Jondalar se aproximó al grupo apiñado en torno a Ayla. Aunque a ella le pareció bastante desaliñado —con el pelo rubio sin lavar, oscurecido por la grasa, y la ropa mugrienta y necesitada de algún que otro remiendo —, mucha gente le sonrió, en especial los jóvenes. Llevaba al hombro un recipiente, similar a un odre de agua, hecho con el estómago casi impermeable de un animal y dilatado hasta deformarse por el líquido que contenía.

A juzgar por el tamaño, Ayla supuso que se trataba del estómago de un caballo; no parecía tener los contornos definidos propios de los recipientes confeccionados con el estómago de un rumiante, dividido en múltiples cámaras. Y por el aroma,

adivinó que no contenía agua. El olor recordaba más bien a bouza, la bebida fermentada que preparaba Talut, el jefe del Campamento del León, con savia de abedul y otros ingredientes, que él prefería mantener en secreto, pero que normalmente incluían granos de algún cereal.

Un joven que rondaba a Ayla hacía rato alzó la vista y sonrió.

—¡Laramar! —exclamó—. ¿Has traído un poco de esa barma tuya?

Jondalar se alegró de que el joven desviara su atención. No lo conocía, pero había averiguado que se llamaba Charezal. Era un nuevo miembro de la Novena Caverna, procedente de un grupo de zelandonii bastante lejano. Era asimismo muy joven. «Probablemente ni siquiera conocía aún a su primera mujer-donii cuando yo me marché, pensó Jondalar, pero ha estado revoloteando alrededor de Ayla como un mosquito».

—Sí —contestó Laramar sonriendo a Ayla—. He pensado que debía hacer una aportación al festejo de bienvenida en honor de esta joven.

La sonrisa de Laramar parecía poco sincera, lo cual despertó en Ayla la susceptibilidad adquirida con el clan. Se fijó más en su lenguaje corporal y enseguida concluyó que aquel individuo no era de fiar.

—¿Una aportación? —preguntó una de las mujeres con un amago de sarcasmo.

A Ayla le dio la impresión de que el comentario partía de Salova, la compañera de Rushemar, uno de los dos hombres a quienes consideraba lugartenientes de Joharran, como Grod lo era de Brun en el clan. Los jefes, por lo que Ayla había visto, necesitaban a alguien en quien apoyarse.

—Me he dicho que era lo mínimo que podía hacer —respondió Laramar—. No es frecuente que una caverna acoja a alguien llegado de tan lejos.

Mientras Laramar descargaba el pesado odre de su hombro y se volvía para colocarlo en una mesa cercana, Ayla oyó mascullar a la mujer:

—Y aún es menos frecuente que Laramar aporte algo. Me pregunto qué querrá.

Para Ayla, eso ponía de manifiesto que no era ella la única a quien aquel hombre inspiraba desconfianza. Había otra gente que tampoco se fiaba de él. Eso avivó su curiosidad. Algunos de los presentes, vaso en mano, comenzaron a congregarse alrededor de Laramar, pero él insistió en dar prioridad a Ayla y Jondalar.

—En mi opinión, las primeras bebidas deben ser para el viajero que acaba de regresar y la mujer que lo ha acompañado hasta aquí —anunció Laramar.

—Difícilmente podrían rechazar tan gran honor —musitó Salova.

Ayla oyó apenas el desdeñoso comentario y se preguntó si alguien más lo habría oído. Pero la mujer tenía razón. No podían negarse. Miró a Jondalar, que deliberadamente vació el agua de su vaso y señaló al hombre con la cabeza. Ella vació también su vaso mientras se acercaban a Laramar.

—Gracias —dijo Jondalar sonriendo, y a Ayla esa sonrisa le pareció tan poco sincera como la de Laramar—. Muy amable de tu parte. Todo el mundo sabe que no hay barma mejor que la tuya, Laramar. ¿Conoces ya a Ayla?

—La conozco como todos los presentes —respondió el hombre—, pero no nos han presentado personalmente.

—Ayla de los Mamutoi, éste es Laramar de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo Jondalar—. Y es cierto: nadie prepara la barma como él.

A Ayla se le antojó una presentación formal un tanto limitada, pero el hombre respondió al elogio con una sonrisa. Ella entregó a Jondalar su vaso para tener las dos manos libres y ofrecérselas a Laramar.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, yo te saludo, Laramar de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo Ayla.

—Y yo te doy la bienvenida —respondió él, aceptando sus manos pero reteniéndolas sólo por un breve instante, como si la situación lo avergonzara—. Permíteme una bienvenida mejor que la meramente formal.

Laramar pasó a abrir el recipiente. Primero desenvolvió el retazo impermeable de intestino limpio que cubría el pitorro, hecho con una sola vértebra de la espina dorsal de un uro. Se había eliminado la materia superflua en torno al hueso tubular y se había practicado un surco en el exterior, casi en el borde. Luego se había insertado en una abertura natural del estómago, y la piel que rodeaba el hueso se había atado con un resistente cordel de manera que, una vez ceñida, se ajustaba al surco, manteniendo así unidos el hueso y el estómago y creando una conexión hermética. A continuación, Laramar quitó el tapón, una delgada correa de cuero a la que se habían hecho varios nudos en un extremo hasta que el grosor permitía obstruir el orificio del pitorro. Resultaba mucho más sencillo controlar el flujo de salida del odre flexible mediante el orificio natural existente en la sección sólida de la espina dorsal.

Ayla había recuperado su vaso de manos de Jondalar y lo tendió hacia Laramar, que le sirvió algo más de medio vaso y a continuación hizo lo mismo con Jondalar. Ayla tomó un sorbo.

—Muy bueno —elogió con una sonrisa—. Cuando vivía con los mamutoi, el jefe, Talut, elaboraba una bebida semejante a ésta con savia de abedul, grano y otros ingredientes, pero he de admitir que ésta es mejor.

Laramar miró a la gente congregada alrededor con un visaje de satisfacción.

—¿Con qué está hecha? —preguntó Ayla intentando identificar el sabor.

—No la preparo siempre de la misma manera. Aprovecho lo que tengo a mi disposición. A veces utilizo savia de abedul y grano —respondió Laramar con actitud evasiva—. ¿Eres capaz de adivinar el contenido?

Ayla volvió a paladear el líquido. Era más difícil determinar los ingredientes después de fermentados.

—Creo que lleva grano, savia de abedul o quizá de algún otro árbol y tal vez fruta, pero también algo más, algo dulce. Sin embargo, sería incapaz de decir cuáles son las proporciones, cuánto hay de cada cosa.

—Tienes un sentido del gusto muy desarrollado —comentó Laramar, obviamente impresionado—. Esta barma en particular sí incluye fruta, unas manzanas que estaban

aún en el árbol cuando hubo una helada, lo cual les da un sabor algo más dulce. Pero la causa del dulzor que tú has notado es la miel.

—¡Claro! —exclamó Ayla—. Ahora que lo dices, sabe a miel.

—No siempre tengo miel a mano, pero cuando la consigo, la barma queda mejor… y más fuerte —explicó Laramar, esta vez con una sonrisa sincera. No conocía a muchas personas con quienes hablar sobre la elaboración de su brebaje.

La mayoría de la gente poseía un oficio, una actividad por la que se distinguía. Laramar era consciente de que sabía preparar barma como nadie, y lo consideraba su oficio, aquello que mejor hacía; pero tenía la sensación de que pocos reconocían sus méritos.

Muchos alimentos tenían un proceso de fermentación natural, algunos en la parra o el árbol en el que crecían, e incluso los animales que se nutrían de ellos se veían a veces afectados. Y mucha gente elaboraba bebidas fermentadas, al menos ocasionalmente, pero no seguían un método fijo y a menudo el producto se agriaba. Con frecuencia se hacía mención a Marthona por su excelente vino, pero para muchos era algo secundario, y desde luego en ningún caso su habilidad principal.

En cuanto a Laramar, siempre podía contarse con que preparase un brebaje fermentado que acabara siendo alcohólico, no avinagrado, y por lo general muy bueno. Él sabía que no era una actividad sin importancia —requería destreza y conocimientos—, pero a la mayoría de la gente le interesaba sólo el resultado final. No contribuía a mejorar su imagen el hecho de que él mismo, como era sabido, consumiera en exceso sus propios brebajes y a menudo, por las mañanas, se encontrara demasiado «enfermo» para salir de caza o participar en alguna tarea comunal, a veces desagradable, pero necesaria para la caverna.

Poco después de servir la barma para los invitados de honor, apareció junto a Laramar una mujer. Llevaba un niño de corta edad agarrado a la pierna, y ella no parecía prestarle mucha atención. Sostenía en la mano un vaso, que tendió hacia Laramar. En el semblante de éste se adivinó un asomo de aversión, pero lo reprimió y, con expresión neutra, sirvió barma a la mujer.

—¿No vas a presentar a tu compañera? —reprochó ella, dirigiendo la pregunta obviamente a Laramar pero mirando a Ayla.

—Ayla, ésta es mi compañera, Tremeda, y el que lleva pegado a las faldas es su hijo menor —presentó Laramar, accediendo en grado mínimo y de mala gana a la solicitud de la mujer—. Tremeda, ésta es Ayla de los… matumo…

—En nombre de la Madre, yo te saludo, Tremeda de… —empezó a decir Ayla dejando su vaso para emplear ambas manos en el saludo formal.

—Yo te doy la bienvenida, Ayla —dijo Tremeda, y de inmediato cogió su bebida, sin molestarse en dejar las manos libres para los saludos.

Otros dos niños se habían abalanzado sobre ella. Todos vestían ropas tan harapientas y sucias que apenas se distinguían las pequeñas diferencias que había observado Ayla entre la indumentaria de los niños y las niñas zelandonii. La propia

Tremeda no ofrecía un aspecto mucho mejor. Iba despeinada y llevaba una ropa mugrienta. Ayla sospechó que abusaba de la bebida elaborada por su compañero. El mayor de los niños, un varón —o eso le pareció a Ayla—, la miraba con una expresión antipática.

—¿Por qué habla de esa manera tan rara? —preguntó el niño alzando la vista para mirar a su madre—. ¿Y por qué va vestida con ropa interior?

—No lo sé —contestó Tremeda mientras apuraba hasta la última gota de su vaso —. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Ayla miró a Laramar y advirtió que estaba hecho una furia. Parecía a punto de dar un azote al chiquillo. Adelantándose, Ayla dijo al niño:

—Hablo de manera distinta porque vengo de muy lejos, y me crié con gente que no hablaba como los zelandonii. Jondalar me enseñó a hablar vuestra lengua cuando yo ya era mayor. En cuanto a esta ropa, me la han regalado hace un rato.

El niño pareció sorprendido de que Ayla le respondiera directamente a él, pero no dudó en hacer otra pregunta.

—¿Y cómo se le ha ocurrido a alguien regalarte ropa de chico?

—No lo sé —dijo Ayla—. Quizá para gastarme una broma; pero la verdad es que esta ropa no me desagrada. Es muy cómoda. ¿No te parece?

—Supongo. Nunca he tenido ropa tan buena como ésa —contestó el niño.

—Entonces quizá podamos hacerte algo parecido —ofreció Ayla—. Estoy dispuesta a hacértela si tú me ayudas.

Al pequeño se le iluminó la mirada.

—¿En serio?

—Sí, totalmente en serio. ¿Cómo te llamas?

—Bologan.

Ayla le tendió las manos. Bologan la miró con expresión de asombro. No esperaba un saludo formal y no sabía muy bien cómo reaccionar. No creía tener una designación formal. Nunca había oído a su madre ni al hombre de su hogar saludar a nadie usando sus títulos y lazos de parentesco. Ayla cogió las dos manos sucias entre las suyas.

—Soy Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León —comenzó, y añadió su propia designación formal completa. Al ver que el niño no respondía con la suya, salió ella misma en su ayuda—. En nombre de Mut, la Gran Madre Tierra, también conocida como Doni, yo te saludo, Bologan de la Novena Caverna de los zelandonii; hijo de Tremeda, bendecida por Doni y emparejada con Laramar, elaborador de la más excelente barma.

Tal como Ayla lo dijo, daba la impresión de que él y su familia tuvieran realmente títulos y lazos de los que enorgullecerse, igual que los demás. Bologan alzó la vista para mirar a su madre y al compañero de ésta. Laramar ya no estaba furioso. Él y su madre sonreían, aparentemente complacidos por el modo en que Ayla se había referido a ellos.

Ayla advirtió que Marthona y Salova se habían acercado a ellos.

—Me gustaría tomar un poco de esa «excelente barma» —dijo Salova.

Laramar atendió con mucho gusto su petición.

—Y a mí —saltó Charezal, apresurándose a pedir al ver que otros comenzaban a apiñarse en torno a Laramar y a tenderle sus vasos.

Ayla notó que Tremeda apuraba un segundo vaso antes de marcharse seguida de los niños. Bologan dirigió una mirada a Ayla cuando se alejaban. Ella le sonrió y vio con satisfacción que el pequeño le devolvía la sonrisa.

—Me parece que has ganado a un amigo en ese jovencito —dijo Marthona.

—Un jovencito muy alborotador, por cierto —añadió Salova—. ¿De verdad piensas hacerle ropa interior de invierno?

—¿Por qué no? Me gustaría aprender a hacerla —contestó Ayla señalándose las prendas que llevaba puestas—. Puede que algún día tenga un hijo. Y tal vez decida hacerme otro conjunto para mí.

—¿Uno para ti? —exclamó Salova—. ¿En serio estás dispuesta a llevar eso?

—Con ciertos cambios, como por ejemplo algo más de holgura en la parte superior. ¿Te has probado ropa así alguna vez? Es muy cómoda. Además, me la han ofrecido como obsequio de bienvenida. Voy a demostrar mi gran agradecimiento —dijo Ayla con un asomo de ira y orgullo.

Salova observó sorprendida a la forastera que Jondalar había llevado a casa; su desacostumbrada pronunciación no dejaba de llamarle la atención. «Ésta no es una mujer a quien convenga provocar, pensó. Marona ha intentado abochornar a Ayla, pero ella se la ha devuelto. Será Marona quien acabe humillada. Se morirá de vergüenza cada vez que vea a Ayla vestida así. Creo que no me gustaría ser el blanco de la ira de esta mujer».

—Estoy segura de que a Bologan le vendría bien tener ropa de abrigo que ponerse el próximo invierno —comentó Marthona, que no se había perdido detalle de la sutil comunicación entre las dos jóvenes. «Probablemente no esté de más que Ayla empiece a ponerse en su lugar de inmediato, pensó. La gente debe saber que no puede aprovecharse de ella fácilmente. Al fin y al cabo, se unirá a un hombre que ha nacido y crecido entre los jefes y responsables de los zelandonii».

—Le vendría bien tener ropa para todas las épocas del año —precisó Salova—. ¿Alguna vez ha llevado algo presentable? Si esos niños tienen algo que ponerse es porque los demás se compadecen y les dan la ropa desechada. Por mucho que beba, habrás notado que Laramar siempre se las arregla para preparar barma suficiente que cambiar por lo que necesita, sobre todo ingredientes para elaborar más barma, pero no la suficiente para dar de comer a su compañera y a la prole de ésta. Nunca se lo encuentra cuando hay alguna tarea que hacer, como echar polvo de roca a las zanjas o salir de caza. Y Tremeda no es de gran ayuda. Son tal para cual. También ella está siempre demasiado «enferma» para ayudar a recolectar alimentos o participar en proyectos de la comunidad, aunque, por lo visto, no le importa reclamar una parte de

los esfuerzos de los demás para dar de comer a sus «pobres y hambrientos niños». ¿Y quién va a negarse? Es verdad que visten pobremente, rara vez van limpios y a menudo pasan hambre.

Tras la comida, la reunión cobró un cariz más bullicioso, debido especialmente a la aparición de la barma de Laramar. Al anochecer, la fiesta se trasladó a una zona más cercana al centro del espacio cubierto por el enorme saliente de roca y se encendió una gran fogata casi al borde del refugio. Aun en los días más calurosos del verano, por la noche hacía un frío penetrante, recordatorio de las grandes masas de hielo glacial que se extendían al norte.

La fogata caldeaba el interior del refugio, y la roca, al calentarse, contribuía a crear un ambiente más acogedor. También favorecía a ese ambiente la cordial, aunque cambiante, muchedumbre que se amontonaba alrededor de la pareja recién llegada. Ayla conoció a tanta gente que, pese a su excepcional memoria, no estaba segura de acordarse de todos.

Lobo reapareció de repente, casi al mismo tiempo que Proleva, quien se unió al grupo con su hijo Jaradal adormilado en brazos. El niño se despejó y, para consternación de su madre, quiso bajar al suelo.

—Lobo no le hará daño —aseguró Ayla.

—Se porta muy bien con los más pequeños —añadió Jondalar—. Se crió con los niños del Campamento del León, y actuaba de un modo particularmente protector con un chico débil y enfermizo.

La inquieta madre se agachó para dejar al niño en tierra, pero lo mantuvo rodeado con un brazo. Ayla se acercó a ellos sujetando a su vez al animal, principalmente para tranquilizar a la mujer.

—¿Te gustaría tocar a Lobo, Jaradal? —preguntó Ayla.

El niño asintió con gesto solemne. Ella le guió la mano hacia la cabeza de Lobo.

—¡Hace cosquillas! —exclamó Jaradal con una sonrisa.

—Sí, su piel hace cosquillas al tocarla. También a él le hace cosquillas. Está en época de muda; eso quiere decir que se le cae parte del pelo —explicó Ayla.

—¿Y le duele? —preguntó Jaradal.

—No. Sólo nota un cosquilleo. Por eso ahora le gusta tanto que le rasquen.

—¿Por qué se le cae el pelo?

—Porque empieza a hacer más calor —respondió Ayla—. En invierno, con el frío, le sale mucho pelo y así puede protegerse de él; pero tanto pelo le daría mucho calor en verano.

—¿Por qué no se pone un abrigo cuando hace frío? —insistió Jaradal.

La respuesta partió de otra persona.

—Para los lobos es difícil hacerse abrigos, y por eso la Madre les proporciona uno cada invierno —dijo la Zelandoni, que se había sumado al grupo poco después que Proleva—. En verano, cuando llega el calor, la Madre les quita ese abrigo. La muda del pelo es la manera que tiene Doni de quitarle el abrigo, Jaradal.

Ayla advirtió sorprendida la suavidad de su voz y la ternura de su mirada mientras hablaba al niño. Se preguntó si la Zelandoni había deseado alguna vez tener hijos. Con sus conocimientos en medicinas, supuso Ayla, sin duda; la donier sabía cómo interrumpir un embarazo, pero no era tan fácil saber cómo iniciarlo o cómo impedir un aborto. «Me pregunto cómo cree que comienza una nueva vida, pensó Ayla, y si sabe cómo evitarlo».

Cuando Proleva cogió en brazos al niño para llevarlo a su morada, Lobo los siguió. Ayla lo llamó para que volviera.

—Me parece que deberías ir a la morada de Marthona, Lobo —dijo, acompañando sus palabras con la seña «ve a casa». Por «casa» el animal entendía cualquier sitio donde Ayla hubiera extendido sus pieles.

A medida que la gélida oscuridad se impuso en la región hasta el punto de que el fuego no servía ya para atenuarla, mucha gente abandonó la zona principal de celebración. Algunos, en especial las familias con niños pequeños, se retiraron a sus viviendas. Otros, en su mayor parte parejas jóvenes, pero también personas de mayor edad, en algunos casos reunidos en grupos de más de dos, permanecieron entre las sombras cercanas al círculo de claridad proyectado por la hoguera, entregados a relaciones más íntimas, algunos charlando, algunos abrazados. No era infrecuente que en tales ocasiones se intercambiaran las parejas; y siempre y cuando todas las partes implicadas estuvieran de acuerdo, ello no era causa de rencores.

En aquellos momentos, pensó Ayla, el festejo parecía una celebración en honor de la Madre, y si compartir el don del placer era una manera de honrarla, esa noche la Madre debía sentirse más que honrada. Los zelandonii no eran muy distintos de los Mamutoi, ni de los sharamudoi, ni de los losadunai, e incluso hablaban la misma lengua que los lanzadonii.

Varios hombres intentaron atraer a la hermosa forastera para que compartiera con ellos el placentero don de la Gran Madre. Ayla se sintió halagada por sus atenciones, pero dejó muy claro que no deseaba a nadie excepto a Jondalar.

El gran interés por Ayla despertaba sentimientos encontrados en Jondalar. Le complacía que su gente la acogiera tan bien y se enorgullecía de que tantos hombres admiraran a la mujer que él había llevado a casa, pero habría deseado que no mostraran tan abiertamente su afán por lograr que los acompañara hasta sus pieles extendidas —en particular aquel forastero llamado Charezal—, y le alegraba ver que ella no manifestara inclinación alguna por nadie más.

Los celos no eran bien aceptados entre los zelandonii. Podían provocar discordias y conflictos, incluso violentas peleas, y como comunidad, valoraban la armonía y la cooperación más que ninguna otra cosa. En un territorio que era poco más que un gran páramo helado durante gran parte del año, la predisposición a la ayuda mutua era fundamental para la supervivencia. La mayoría de sus costumbres y prácticas apuntaba a mantener el espíritu de buena voluntad y a atajar cualquier sentimiento que, como los celos, pusiera en peligro las cordiales relaciones existentes.

Jondalar era consciente de que no le sería fácil disimular sus celos si Ayla elegía a otro. No quería compartirla con nadie. Quizá eso cambiara cuando llevaran muchos años emparejados y la comodidad del hábito diera paso de vez en cuando a la emoción de conocer a alguien nuevo, pero ese momento aún no había llegado, y en el fondo de su alma Jondalar dudaba mucho que algún día estuviera dispuesto a compartirla.

Unas cuantas personas habían comenzado a cantar y bailar, y Ayla pretendía dirigirse hacia ese grupo, pero una muchedumbre se apiñaba a su alrededor para charlar con ella. Un hombre en concreto, que se había mantenido casi toda la noche a cierta distancia pero sin alejarse demasiado, parecía por fin resuelto a hablar con Ayla. Ella había creído percibir ya antes algo extraño en aquel hombre, pero cada vez que trataba de fijar la atención en él, la asaltaba alguien con una pregunta o un comentario que la distraía.

Ayla alzó la vista cuando un hombre le entregó otro vaso de barma. Si bien recordaba a la bouza de Talut, la barma era más fuerte. Un tanto mareada, decidió que era ya el momento de parar. Conocía los efectos que podían tener esas bebidas fermentadas, y no quería ponerse demasiado «simpática» en su primera reunión con la gente de Jondalar.

Sonrió al hombre que le había dado el vaso con la idea de rehusar luego el ofrecimiento cortésmente, pero al mirarlo la sonrisa se le heló en los labios por un instante a causa del asombro. Su estupefacción dio paso de inmediato a una expresión de genuino afecto y cordialidad.

—Soy Brukeval —se presentó él, tímido y vacilante—. Soy primo de Jondalar. —Tenía la voz grave, pero vibrante y sonora, muy agradable al oído.

—Yo te saludo. Me llamo Ayla de los Mamutoi —dijo ella, intrigada no sólo por su voz y comportamiento.

Físicamente era un tanto distinto a los otros zelandonii que había conocido. En lugar de azules o grises, sus ojos eran muy oscuros y grandes. Le parecieron castaños, pero a la luz del fuego era difícil precisarlo. Más desconcertante que los ojos, sin embargo, era su aspecto general. Algo en él le resultaba familiar. ¡Poseía las facciones propias del clan!

«Es una mezcla, con algo del clan y algo de los Otros, estoy segura», pensó. Lo examinó con disimulo lanzándole ojeadas fugaces. Al parecer, aquel hombre activaba en ella el adiestramiento de una mujer del clan, y sin proponérselo evitó mirarlo directamente. No creía que fuera una mezcla a partes iguales, mitad clan, mitad los Otros, como Echozar, con quien Joplaya estaba prometida… o su propio hijo.

En Brukeval predominaba el aspecto de los Otros. Tenía la frente ancha y casi recta, sólo con una ligerísima inclinación hacia atrás, y cuando se volvió, Ayla notó que si bien su cabeza era alargada, la parte posterior presentaba forma redonda, sin la característica protuberancia occipital. Su rasgo más marcado eran las cejas, que sobresalían sobre los ojos grandes y hundidos, sin duda prominentes aunque no tanto

como en los hombres del clan. También la nariz era de tamaño considerable, y aunque la tenía más finamente modelada que los hombres del clan, era de la misma forma.

Aunque a causa de la oscura barba castaña Ayla no podía asegurarlo, le pareció adivinar un mentón huidizo; no obstante, la propia barba le confería un aire semejante al de los hombres que había conocido de niña. La primera vez que Jondalar se afeitó, cosa que solía hacer en verano, ella se llevó una sorpresa, ya que sin barba parecía muy joven, casi un adolescente; nunca antes había visto a un hombre adulto afeitado.

Brukeval tenía una estatura algo inferior a la media; era un poco más bajo que ella y de constitución robusta, con músculos muy desarrollados y pecho fornido. En suma, presentaba todas las características de los hombres entre quienes Ayla se había criado, y lo encontró bastante apuesto. Incluso experimentó cierta atracción. Se sentía, además, achispada; desde luego, había tomado barma más que suficiente. La cálida sonrisa de Ayla transmitió sus sentimientos, pero Brukeval creyó ver también en ella una encantadora timidez, por la manera en que bajaba la vista y miraba de soslayo. No estaba acostumbrado a que las mujeres reaccionaran con él de forma tan afectuosa, y menos tratándose de mujeres hermosas acompañadas por su alto y carismático primo.

—He pensado que quizá te apetecía un vaso de la barma de Laramar —dijo Brukeval—. Había mucha gente alrededor, todos interesados en hablar contigo, pero a nadie se le ha ocurrido, por lo visto, que quizá tuvieras sed.

—Gracias. La verdad es que sí tengo sed, pero no me atrevo a tomar un sorbo más de esto —respondió ella señalando el vaso—. He bebido tanto que me da vueltas la cabeza. —A continuación le dedicó una de sus sonrisas amplias, radiantes e irresistibles.

Brukeval quedó tan extasiado que por un momento se olvidó de respirar. Deseaba conocerla desde el principio de la velada, pero temía acercarse a ella. Ya antes lo había rechazado sin contemplaciones alguna que otra mujer hermosa. Con su cabello dorado brillando a la luz del fuego, su cuerpo firme y curvilíneo, tan favorecedoramente realzado por aquellas prendas de piel suaves y ceñidas, y el exótico atractivo de sus facciones un poco foráneas, Ayla se le antojaba la mujer más bella que había visto nunca.

—¿Te traigo alguna otra cosa para beber? —preguntó por fin, sonriendo con un juvenil deseo de complacer. No había previsto que ella se mostrara tan abierta y amable con él.

—Lárgate, Brukeval. Yo estaba aquí primero —prorrumpió Charezal, no del todo en broma. Había advertido el modo en que Ayla sonreía a Brukeval, y él llevaba toda la noche intentando seducirla para que lo acompañase, o al menos para arrancarle la promesa de que se darían cita en alguna otra ocasión.

Pocos hombres habrían insistido tanto en captar el interés de una mujer elegida por Jondalar, pero Charezal se había trasladado a la Novena Caverna procedente de

una caverna lejana hacía sólo un año. Era varios años más joven que Jondalar, no había alcanzado siquiera la edad viril cuando los dos hermanos emprendieron su viaje, e ignoraba que Jondalar era famoso por poseer un encanto irresistible para las mujeres. De hecho se había enterado ese mismo día de que el jefe de la caverna tenía un hermano. Sin embargo, sí había oído rumores y habladurías acerca de Brukeval.

—No creerás que Ayla va a interesarse en alguien cuya madre era medio cabeza chata, ¿verdad? —dijo Charezal.

Alrededor surgieron exclamaciones ahogadas de entre la gente, y luego se produjo un silencio súbito. Nadie había dirigido abiertamente una alusión así a Brukeval desde hacía años. Éste clavó en el joven una mirada de cólera apenas controlada; su rostro se crispó en una virulenta expresión de puro odio. Ayla quedó atónita ante tal transformación. Sólo una vez había visto esa clase de rabia en un hombre del clan, y la había asustado.

Pero no era la primera vez que alguien lanzaba a Brukeval esa clase de pullas. Había comprendido mejor que nadie el malestar de Ayla cuando la gente se rió de ella al aparecer con la ropa que Marona y sus amigas le habían regalado. También él había sido blanco de burlas crueles. Al ver a Ayla en tal situación, había deseado correr hacia ella, protegerla, tal como Jondalar había hecho, y después se le habían saltado las lágrimas por el modo en que ella se había enfrentado a sus risas. Al contemplarla caminar con tanto orgullo y plantar cara a todos, se había enamorado de ella.

Más tarde, pese a que ansiaba hablar con ella, había dudado en presentarse, atormentado por su indecisión. Las mujeres no siempre reaccionaban de manera favorable ante él, y había preferido admirar a Ayla desde lejos a ver en sus ojos la mirada de desdén que le dirigían algunas mujeres hermosas. Pero tras observarla durante un rato, por fin decidió aventurarse. ¡Y ella lo había tratado con tanta amabilidad! Ayla parecía haber agradecido su presencia. Le había dedicado una sonrisa tan afectuosa y receptiva que se le había antojado aún más hermosa.

En el silencio posterior al comentario de Charezal, Brukeval vio a Jondalar aparecer detrás de Ayla en actitud protectora. Lo envidió. Siempre había envidiado a Jondalar, que incluso era más alto que la mayoría. Pese a que su primo nunca había participado en las burlas con que otros se divertían a su costa y de hecho lo había defendido en más de una ocasión, Brukeval tenía la sensación de que Jondalar lo compadecía, y eso era aún peor. Ahora había vuelto a casa con aquella hermosa mujer a quien todos admiraban. ¿Por qué había personas tan afortunadas?

Su iracunda mirada a Charezal había inquietado a Ayla más de lo que él imaginaba. Ella no había visto una expresión así desde que abandonó el Clan de Brun, y le recordó a Broud, el hijo de la compañera de Brun, que a menudo la había mirado a ella del mismo modo. Ayla se estremeció con aquel recuerdo y deseó alejarse, pese a no ser ella quien había enfurecido a Brukeval.

Se volvió hacia Jondalar.

—Vámonos. Estoy cansada —susurró en mamutoi, dándose cuenta de que realmente estaba exhausta.

Acababan de culminar un largo y difícil viaje, y habían ocurrido ya tantas cosas que costaba creer que habían llegado ese mismo día. Primero, el nerviosismo de conocer a la familia de Jondalar y la tristeza de anunciarles la muerte de Thonolan; luego, la broma pesada de Marona y la agitación de presentarse ante toda la gente de aquella populosa caverna; y, por último, Brukeval. Era excesivo.

Jondalar percibió que el incidente entre Brukeval y Charezal la había alterado, y sospechaba la razón.

—Ha sido un largo día —dijo—. Creo que es hora de retirarnos.

Para Brukeval, al parecer fue una decepción que se marcharan cuando por fin había reunido el valor necesario para hablar con ella. Esbozó una vacilante sonrisa.

—¿No puedes quedarte un rato más? —preguntó.

—Ya es tarde. Mucha gente se ha ido a acostar, y estoy cansada —respondió Ayla devolviéndole la sonrisa. Una vez desaparecida la malévola expresión del rostro de Brukeval, ella fue capaz de sonreírle, pero sin el afecto de antes.

Se despidieron de quienes se hallaban alrededor, pero al volverse para mirar hacia atrás Ayla advirtió que Brukeval lanzaba otra mirada colérica a Charezal. Mientras regresaban a la morada de Marthona, preguntó a Jondalar:

—¿Has visto cómo miraba tu primo a Charezal? Rezumaba odio.

—No me sorprende que se haya ofendido por el comentario de Charezal —dijo Jondalar, a quien el joven tampoco había despertado gran simpatía—. Ya sabes que llamar a alguien «cabeza chata» es un grave insulto, y peor aún llamárselo a la madre de uno. Brukeval ya antes ha sido víctima de esa clase de provocación, sobre todo de pequeño… Los niños pueden ser muy crueles.

Jondalar le contó que años atrás cuando algún niño se proponía zaherir a Brukeval lo llamaba «cabeza chata». Si bien carecía de ese rasgo específico del clan que había dado pie a dicho epíteto —la frente huidiza—, era el único insulto con el que todos tenían casi la total garantía de desatar su ira. Y para el pequeño huérfano que apenas ha conocido a su madre, resultaba aún más injurioso que se refirieran a ella con el término que remitía a la más infame de todas las abominaciones imaginables, un ser medio animal, medio humano.

En la infancia, dada su previsible respuesta emocional, aquellos que lo aventajaban en estatura o edad, con la crueldad despreocupada propia de los niños, lo mortificaban llamándolo «cabeza chata» e «hijo de una abominación». Pero al crecer compensó con una gran fuerza física lo que le faltaba en estatura. Después de unas cuantas peleas con chicos que eran más altos que él pero no podían rivalizar ni remotamente con su fenomenal potencia muscular —y menos cuando a ésta se unía una rabia incontrolada—, los jóvenes empezaron a reprimir sus pullas detestables, como mínimo en su presencia.

—No sé por qué molesta tanto a la gente, pero probablemente sea verdad —comentó Ayla—. Creo que lleva sangre del clan en sus venas. Me recuerda a Echozar, pero en Brukeval hay menos parte del clan. No se le nota tanto…, salvo por esa mirada, que me ha traído a la memoria la forma de mirarme de Broud.

—No estoy muy seguro de que sea una mezcla —dijo Jondalar—. Quizá algún antepasado vino de un lugar lejano; no se me ocurre otra posibilidad de ese superficial parecido con los cabe… con la gente del clan.

—Es primo tuyo. ¿Qué sabes de él?

—En realidad, no sé apenas nada con certeza, pero puedo decirte lo que he oído contar. Según los más viejos de la comunidad, cuando la abuela de Brukeval era muy joven, se vio separada de su gente durante el viaje a una Reunión de Verano que se celebraba muy lejos. Debía someterse a sus Primeros Ritos en esa asamblea. No la encontraron hasta finales del verano. Por lo visto, se comportaba de manera irracional, casi por completo incoherente. Afirmó que había sido atacada por unos animales. Dicen que nunca volvió a recuperarse del todo, pero no vivió mucho más. Al poco tiempo de su regreso, se descubrió que había sido bendecida por la Madre, pese a no haber pasado por los Primeros Ritos. Murió poco después de dar a luz a la madre de Brukeval, o quizá como consecuencia del parto.

—¿Dónde se cree que estuvo? —preguntó Ayla.

—Nadie lo sabe.

Ayla se quedó pensativa con el entrecejo fruncido.

—Debió de encontrar alimento y cobijo mientras estaba ausente.

—Por lo que sé, no volvió muerta de hambre —confirmó Jondalar.

—En cuanto a los animales que la atacaron, ¿dijo de qué clase eran?

—A ese respecto, no he oído contar nada.

—¿Tenía rasguños, mordeduras u otras heridas? —prosiguió Ayla.

—No lo sé.

La mujer se detuvo cuando ya estaban cerca de la zona de viviendas y miró a Jondalar a la tenue luz de la luna creciente y el fuego lejano.

—¿No llaman los zelandonii «animales» a la gente del clan? ¿Dijo algo la abuela de Brukeval sobre los que llamáis «cabezas chatas»?

—Según dicen, su abuela odiaba a los cabezas chatas y echaba a correr gritando si veían uno —contestó él.

—¿Y qué se sabe de la madre de Brukeval? ¿La conociste? ¿Cómo era?

—Yo era muy pequeño, apenas la recuerdo. Era un mujer de baja estatura, con los ojos grandes y hermosos, oscuros como los de Brukeval, parduzcos, pero no castaños; eran más bien de color avellana. La gente decía que los ojos eran su rasgo más agraciado.

—Parduzcos, ¿como los de Guban? —preguntó Ayla.

—Ahora que lo mencionas, diría que sí.

—¿Estás seguro de que la madre de Brukeval no tenía la apariencia física propia del clan, como Echozar y… Rydag?

—Dudo que se la considerara muy atractiva, pero no recuerdo que tuviera las cejas prominentes como Yorga. Nunca se emparejó. Supongo que los hombres no estaban muy interesados en ella.

—¿Cómo quedó embarazada?

Incluso a oscuras, Ayla vio la sonrisa de Jondalar.

—Estás convencida de que se requiere un hombre, ¿verdad? Todos pensaron que había recibido la bendición de la Madre, pero Zolena… Zelandoni me dijo una vez que había sido una de las escasas mujeres bendecidas inmediatamente después de los Primeros Ritos. La gente opina que es una edad muy temprana, pero en ocasiones ocurre.

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento y preguntó:

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Según Zelandoni, nunca gozó de buena salud. Si no me equivoco, murió cuando Brukeval era aún muy pequeño. Lo crió la madre de Marona, que era prima de la madre de Brukeval, pero no creo que sintiera mucho cariño por él. Lo acogió por obligación. Marthona cuidaba de él a veces. Recuerdo que jugábamos juntos de niños. Algunos chicos mayores se mofaban de él incluso entonces. Siempre le ha disgustado mucho que lo llamaran «cabeza chata».

—Ahora entiendo por qué se ha enfurecido tanto con Charezal. Pero esa mirada… —Ayla volvió a estremecerse—. En ese momento se parecía a Broud. Por lo que recuerdo, Broud me odiaba, no sé por qué. Sencillamente me odiaba, y por más que yo me esforzara, no podía hacer nada para cambiar esa situación. Aun así, lo intenté por un tiempo. En todo caso, Jondalar, te aseguro que no me gustaría ser blanco del odio de Brukeval.

Lobo los miró en actitud de saludo cuando entraron en la morada de Marthona. Al indicarle Ayla que se marchara «a casa», el animal había ido en busca de las pieles de dormir de Ayla y se había acomodado al lado, hecho un ovillo. Ella sonrió al ver brillar sus ojos a la luz de la única lámpara que Marthona había dejado encendida. El lobo le lamió la cara y la garganta en entusiasta acogida cuando ella se sentó. Luego dio la bienvenida a Jondalar.

—No está acostumbrado a tanta gente —comentó ella.

Cuando el animal regresó junto a Ayla, ella cogió su cabeza entre las manos y fijó la mirada en su ojos resplandecientes.

—¿Qué pasa, Lobo? ¿Demasiados desconocidos a quienes habituarse? Sé cómo te sientes.

—No serán desconocidos por mucho tiempo, Ayla —dijo Jondalar—. Ya te has ganado el afecto de todos.

—De todos menos de Marona y sus amigas —rectificó Ayla irguiéndose para aflojarse los nudos de la suave prenda de piel que le ceñía el torso, concebida como

ropa interior de invierno para chicos.

Jondalar seguía molesto por cómo la había tratado Marona, y también ella, al parecer. Lamentaba que Ayla hubiera tenido que pasar por tan ingrata experiencia, más aún considerando que era su primer día allí. Deseaba que encontrara la felicidad entre su gente. Al fin y al cabo, pronto sería una de ellos. Pero estaba orgulloso por el modo en que había manejado la situación.

—Has estado magnífica; has logrado, con tu actitud, poner a Marona en su sitio —dijo—. Todos lo han pensado.

—¿Qué interés tenían esas mujeres en que la gente se riera de mí? Ni me conocen, ni han intentado siquiera conocerme.

—La culpa es mía, Ayla… —contestó Jondalar, interrumpiéndose para desatar los lazos que mantenían sujeta a la pantorrilla la parte superior de su calzado—. Marona tenía sobrados motivos para esperar que yo me presentara en la ceremonia matrimonial de aquel verano. Me marché sin darle explicaciones. Debió de quedarse muy dolida. ¿Cómo te sentirías si tú y todos tus conocidos esperaran que te unieras a alguien y la persona en cuestión no apareciera?

—Muy triste, y enfadada, pero no intentaría hacer daño a otra persona que ni siquiera conozco —respondió Ayla mientras se aflojaba los nudos de la cintura de los calzones—. Cuando se han ofrecido para arreglarme el pelo, me he acordado de Deegie; pero he vuelto a peinármelo yo misma cuando me he mirado en el reflector y he visto lo que habían hecho. Creía haberte oído decir que los zelandonii abogaban por la cortesía y la hospitalidad.

—Y así es —contestó Jondalar—. En su mayoría.

—Pero no todos, no tus antiguas amigas. Quizá deberías decirme de quién más he de protegerme.

—Ayla, no dejes que Marona influya en tu opinión acerca de todos los demás. ¿No sería mejor que te fijaras en las simpatías que te ha mostrado la gran mayoría de la gente? Dales una oportunidad.

—¿Y los que se burlan de los niños huérfanos y los convierten en Brouds?

—Ayla, ésos son los menos —aseguró Jondalar mirándola con cara de preocupación.

Ella exhaló un largo suspiro.

—Sí, tienes razón. Tu madre no es así, ni tu hermana, ni el resto de tu familia. Incluso Brukeval me ha tratado con mucha amabilidad, a pesar de ver esa expresión por última vez cuando Broud ordenó a Goov que me echara una maldición. Perdona, Jondalar. Simplemente estoy cansada. —De pronto tendió los brazos hacia él, escondió el rostro en su cuello y dejó escapar un sollozo—. Quería causar buena impresión a los tuyos y entablar amistades, pero esas mujeres no deseaban mi amistad: sólo simulaban.

—Has causado buena impresión, Ayla. Inmejorable. Marona siempre se ha distinguido por su mal genio, pero estaba convencido de que encontraría a algún otro

hombre en mi ausencia. Es muy atractiva. Todos dicen que es la Más Bella del Ramillete, la mujer más deseable de cuantas asisten a cada Reunión de Verano. Imagino que por eso la gente daba por hecha nuestra unión.

—¿Porque tú eres el más apuesto y ella la más hermosa? —preguntó Ayla.

—Supongo —respondió Jondalar notando que le subían los colores y alegrándose de la iluminación escasa—. No sé por qué no está emparejada.

—Dijo que lo estuvo, pero que no duró.

—Lo sé. Pero ¿por qué no ha encontrado a otro? Dudo que de pronto haya olvidado cómo dar placer a un hombre, y no es menos atractiva o deseable que antes.

—En eso quizá te equivoques, Jondalar —dijo Ayla mientras sacaba del calzón una de sus piernas—. Si tú no la quisiste, tal vez los otros hombres decidieron pensárselo mejor. Una mujer dispuesta a ofender a alguien a quien ni siquiera conoce puede ser menos atractiva de lo que tú crees.

Jondalar frunció el entrecejo.

—Espero no ser yo el culpable de eso. Bastante grave es ya haberla dejado en semejante apuro. Lamentaría mucho que por esa razón le hubiera sido imposible encontrar compañero.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Ayla mirándolo con expresión de perplejidad.

—¿No has dicho que si yo no la quise, tal vez otros hombres…?

—Tal vez otros hombres se lo pensaran mejor. Si después llegaron a la conclusión de que Marona no era lo que parecía, ¿qué culpa tienes tú?

—Bueno… esto…

—Puedes sentirte culpable por irte sin dar explicaciones —prosiguió Ayla—. Estoy segura de que se quedó dolida y humillada. Pero ha dispuesto de cinco años para encontrar a otro, y dices que se la considera muy deseable. Si no ha encontrado a otro hombre, tú no tienes la culpa.

Jondalar guardó silencio por un momento y, finalmente, asintió con la cabeza.

—Tienes razón —admitió, y continuó desnudándose—. Vamos a dormir. Mañana veremos las cosas con más claridad.

Mientras Ayla se deslizaba entre sus cómodas y cálidas pieles de dormir, la asaltó otra duda.

—Si Marona es tan hábil para «dar placer», me pregunto por qué no tiene hijos.

Jondalar se rió entre dientes.

—Espero que estés en lo cierto en cuanto a la relación entre el don de la Madre y la aparición de los niños. Sería como hablar de dos dones… —Se interrumpió mientras levantaba su lado de las pieles para acostarse—. ¡Pero es verdad! Marona no tiene hijos.

—¡Baja las pieles! ¡Hace frío! —protestó ella con un vibrante susurro.

Jondalar se apresuró a taparse y acercó su cuerpo desnudo al de ella.

—Ése podría ser el motivo por el que no está emparejada —prosiguió—, al menos en parte. Cuando un hombre decide emparejarse, suele querer a una mujer que sea capaz de traer hijos a su hogar. Una mujer puede tener hijos y quedarse en el hogar de su madre o incluso fundar su propio hogar; para un hombre, en cambio, la única manera de tener hijos en su hogar es unirse a una mujer para que ella traiga a sus hijos. Si Marona se emparejó y no tuvo hijos, podría resultar mucho menos deseable.

—Sería una lástima —comentó Ayla con un repentino sentimiento de compasión.

Tener hijos era uno de sus mayores deseos. Había querido un niño suyo desde que vio a Iza dar a luz a Uba, y estaba segura de que lo que había concebido ella era fruto del odio de Broud. Era ese odio lo que lo había inducido a forzarla, y si no la hubiera forzado, no habría empezado a crecer una nueva vida en su interior. Por aquel entonces no lo sabía, naturalmente, pero observando a su hijo con atención llegó a comprenderlo. En el Clan de Brun nunca se había visto un niño como el de Ayla, y puesto que no era exactamente como ella —como los Otros—, pensaron que era un niño deforme del clan. Ayla, sin embargo, veía que era una mezcla. Tenía ciertas características de ella y ciertos rasgos del clan, y en una súbita revelación comprendió que cuando un hombre introducía su órgano en el lugar por el que los niños llegaban al mundo, de algún modo se iniciaba una nueva vida. No era lo que creía el clan. Tampoco lo creía la gente de Jondalar, ni ningún grupo de los Otros. Pero ella estaba convencida de que así era.

Acostada junto a Jondalar, consciente de que llevaba dentro al hijo de él, Ayla sintió lástima por la mujer que lo había perdido y, quizá, no podía tener hijos. ¿Realmente podía echar en cara a Marona su frustración? ¿Cómo se sentiría ella si perdiera a Jondalar? Ante la sola idea casi se le saltaron las lágrimas, y pensando en su buena suerte, la recorrió una oleada de calor.

No obstante, había sido una mala jugada, y podría haber tenido consecuencias mucho peores. Ayla no había podido evitar la indignación, ni pudo prever cómo reaccionaría la gente cuando ella decidió hacer frente a todos. Podrían haberse vuelto contra ella. Aunque Marona le inspirara compasión, no tenía por qué despertarle simpatía. Y, por otro lado, estaba Brukeval. Sus rasgos del clan la habían inducido a mostrarse cordial con él, pero ahora recelaba.

Jondalar la tuvo abrazada hasta que la notó dormida; había procurado permanecer despierto para asegurarse de que ella finalmente se dormía. Luego cerró los ojos y también a él lo venció el sueño. Pero Ayla despertó en plena noche, sintiendo una presión y necesitando orinar. Lobo la siguió en silencio hasta el cesto de noche situado junto a la entrada. Cuando regresó a la cama, el animal se aovilló junto a ella. Ayla agradeció el calor y la protección que le proporcionaban el lobo a un lado y el hombre al otro, pero tardó mucho en volver a conciliar el sueño.

Capítulo 8

Ayla durmió hasta tarde. Cuando se incorporó y miró alrededor, Jondalar se había ido, y Lobo también. Estaba sola en la morada, pero alguien le había dejado un odre lleno de agua y un aguamanil de tupida tela impermeable para refrescarse. Cerca, había un vaso de madera tallada que contenía un líquido. Olía a infusión de menta, pero en ese momento no le apetecía beber nada.

Se levantó para orinar en el enorme cesto colocado junto a la puerta, constatando la mayor frecuencia de sus necesidades. Luego se apresuró a quitarse el amuleto a fin de que no le estorbara al usar el aguamanil, no para lavarse, sino para vaciar el contenido de su revuelto estómago. Esa mañana las náuseas eran más intensas que de costumbre. «La barma de Laramar, pensó. Resaca unida a las náuseas matinales del embarazo. Creo que en adelante renunciaré a la bebida. En todo caso, ahora probablemente no es buena para mí ni para el niño».

Tras vaciar el estómago, utilizó la infusión de menta para enjuagarse la boca. Advirtió que alguien había colocado junto a las pieles de dormir la ropa limpia pero manchada que inicialmente pensaba llevar en el festejo de la noche anterior. Mientras se la ponía, recordó haberla dejado cerca de la entrada. Se proponía conservar el conjunto que Marona le había regalado, en parte porque tenía la firme determinación de seguir usándolo por principio, pero también porque era cómodo y no veía nada malo en llevarlo. Pero no aquel día.

Se ató a la cintura la resistente correa que había usado durante el viaje, acomodó en su sitio de siempre la funda del cuchillo, se colocó los demás saquitos y utensilios colgantes, y volvió a ponerse el amuleto. Cogió el maloliente aguamanil y lo llevó afuera, pero como no sabía dónde verter el contenido, lo dejó cerca de la entrada y fue en busca de alguien para preguntar. La saludó una mujer que se aproximaba a la vivienda con un niño. En algún lugar de las profundidades de su memoria, Ayla rescató un nombre.

—Buen día tengas…, Ramara. ¿Es éste tu hijo?

—Sí. Robenan quiere jugar con Jaradal, y yo estaba buscando a Proleva. No la he encontrado en casa y he pensado que quizá estuviera aquí.

—En la morada no hay nadie —informó Ayla—. Cuando me he despertado, ya se habían ido todos. No sé dónde se han metido. Esta mañana estoy muy perezosa. Me he levantado bastante tarde.

—Como casi todo el mundo —dijo Ramara—. Después de la celebración de anoche, poca gente tenía ganas de madrugar. Laramar prepara una bebida muy fuerte. Por eso se le conoce… sólo por eso.

Ayla captó un tono de desdén en los comentarios de la mujer y dudó si convenía preguntarle por el lugar apropiado para deshacerse del vómito matutino, pero no

había nadie más cerca, y no quería dejarlo allí.

—Ramara…, no sé si podrías decirme dónde puedo… tirar unos… desperdicios.

La mujer la contempló por un instante con expresión de perplejidad. Luego echó una ojeada en dirección a donde Ayla había mirado sin darse cuenta y sonrió.

—Creo que buscas las zanjas de excrementos. Fíjate allí, hacia el extremo este de la terraza, no más allá de donde se encienden las hogueras de señales, pero casi al final. Hay un camino.

—Sí, ya lo veo —confirmó Ayla.

—Va monte arriba —prosiguió Ramara—. Síguelo un trecho y llegarás a una bifurcación. El sendero de la izquierda es más empinado y sube hasta lo alto de este precipicio. Pero tú toma por el de la derecha. Éste forma una curva, y al doblar verás, abajo, el Río del Bosque. Un poco más allá hay un campo llano y despejado con varias zanjas. Antes de llegar, notarás el olor. Hace tiempo que no las espolvoreamos, así que imagínate…

—¿Espolvorearlas? —preguntó Ayla moviendo la cabeza en un gesto de incomprensión.

—Echar polvo de roca cocido. Para nosotros es algo corriente, pero quizá otras gentes no lo hagan —dijo Ramara mientras se inclinaba para coger en brazos a Robenan, que empezaba a impacientarse.

—¿Cómo cocéis el polvo de roca? —quiso saber Ayla—. ¿Y por qué?

—¿Cómo? Pues, para empezar, se extrae roca de la pared del precipicio, se machaca hasta pulverizarla y se calienta en fuego vivo, para lo cual utilizamos la hoguera de señales. Luego se esparce el polvo en las zanjas. Lo hacemos porque reduce mucho el olor, o lo disimula. Pero al verter agua o líquidos el polvo tiende a endurecerse otra vez, y cuando las zanjas se llenan totalmente de desechos y polvo de roca endurecido, hay que cavar otras, lo que representa mucho trabajo. Por eso no las espolvoreamos muy a menudo. Pero ahora ya lo necesitan. Ésta es una gran caverna, y las zanjas se usan mucho. Tú sigue el camino. No tiene pérdida.

—Estoy segura de que las encontraré. Gracias, Ramara —dijo Ayla cuando la mujer ya se marchaba.

Se dispuso a recoger el aguamanil, pero se le ocurrió que necesitaría agua para aclararlo y entró en la morada en busca del odre. Recogió a continuación la vasija maloliente y se dirigió hacia el camino. «Recolectar y almacenar alimentos para una caverna tan numerosa es mucho trabajo, pensó mientras recorría el sendero, pero también lo es deshacerse de los excrementos. En el Clan de Brun simplemente se salía de la cueva. Las mujeres iban a un sitio y los hombres a otro, y de vez en cuando cambiaban de lugar». Ayla, intrigada, pensó en el proceso que Ramara le había explicado.

Calentar, o calcinar, la piedra caliza para obtener cal viva y utilizarla con el objeto de atenuar los olores de los productos residuales no era una práctica que le resultara familiar, pero para la gente que vivía en los precipicios de piedra caliza, la cal viva

era un derivado natural. A base de limpiar las cenizas de los hogares, que por fuerza incluían polvo de caliza acumulado accidentalmente, y verterlas sobre otra clase de residuos, tarde o temprano tenía que descubrirse su efecto desodorante.

Con tanta gente viviendo allí de forma más o menos permanente, excepto en verano cuando varios grupos se ausentaban durante un tiempo, había muchas tareas que exigían el esfuerzo y la cooperación de toda la comunidad, por ejemplo cavar zanjas para los desechos o, como acababa de saber, cocer la piedra caliza extraída de la pared rocosa para transformarla en cal viva.

El sol casi llegaba a su cenit cuando Ayla regresó del campo de zanjas. Buscó un sitio soleado cerca del sendero de la parte de atrás y allí dejó a secar y airearse el aguamanil tejido. Luego decidió ir a ver a los caballos y llenar de paso el odre de agua. Varias personas, algunos de cuyos nombres recordaba, pero no todos, la saludaron cuando apareció en la terraza delantera. Devolvió las sonrisas y gestos de saludo, pero se sintió un tanto incómoda ante aquéllos a quienes había olvidado. Lo atribuyó a su mala memoria y tomó la firme determinación de aprender cuanto antes los nombres de todos.

Recordó haber experimentado esa misma sensación cuando los miembros del Clan de Brun daban a entender que la consideraban corta de alcances porque no tenía tanta facilidad para recordar como los jóvenes del clan. A raíz de aquello, movida por el deseo de integrarse bien entre la gente que la había hallado y adoptado, se impuso la disciplina de recordar lo que se le enseñaba la primera vez que lo oía. Ignoraba que mientras ejercitaba su inteligencia innata al esforzarse por memorizar lo que aprendía, estaba adiestrando su retentiva hasta límites muy superiores a lo normal entre los de su clase.

Con el tiempo descubrió que la memoria de la gente del clan tenía un funcionamiento distinto al de ella. Aunque no acababa de entender qué era exactamente, sabía que ellos tenían «recuerdos» que ella no tenía, al menos del mismo modo. Era una especie de instinto que se había desarrollado por derroteros un tanto divergentes. La gente del clan nacía ya con la mayor parte de los conocimientos que iba a necesitar para sobrevivir, información que con el tiempo se había incorporado a los genes de sus antepasados del mismo modo que cualquier animal, incluido el ser humano, adquiría conocimientos instintivos.

En lugar de verse obligados a aprender y memorizar, como le ocurría a Ayla, los niños del clan necesitaban únicamente que las cosas se les «recordaran» una sola vez a fin de activar sus recuerdos raciales inherentes. La gente del clan sabía mucho sobre su antiguo mundo y cómo vivir en él, y en cuanto aprendían algo nuevo, nunca lo olvidaban; pero a diferencia de Ayla y los suyos, no aprendían cosas nuevas con facilidad. Los cambios eran difíciles para ellos, pero cuando los Otros llegaron a su territorio, llevaban el cambio consigo.

Whinney y Corredor no estaban en el lugar del prado donde los había dejado, sino que pacían valle arriba, lejos de la zona más frecuentada próxima a la confluencia del Río del Bosque y el río. Cuando Whinney la vio, bajó la cabeza, volvió a levantarla y trazó un círculo en el aire con el testuz. Luego arqueó el cuello, agachó la cabeza y, con la cola extendida, corrió hacia ella, contenta de verla. Corredor brincó junto a su madre, formando un altivo arco con el cuello, con las orejas hacia adelante y la cola en alto, y avanzó en dirección a Ayla alzando las patas en un elegante galope.

La saludaron con relinchos estridentes. Ayla respondió imitando el sonido y sonrió.

—Eh, vosotros dos, ¿a qué viene tanta alegría? —dijo combinando las señas del clan y el lenguaje oral que ella misma había inventado en su valle. Así se había comunicado con Whinney desde el principio, y así seguía haciéndolo. Era consciente de que no la entendían del todo, pero sí identificaban algunas de las palabras y ciertas señas, así como el tono de voz que transmitía la satisfacción que sentía al verlos—. Hoy se os nota muy ufanos, desde luego. ¿Sabéis que hemos llegado al final del viaje y ya no nos moveremos de aquí? ¿Os gusta este lugar? Espero que sí. —Rascó a la yegua en los sitios donde más le gustaba y luego al corcel. Después palpó los costados y el vientre de Whinney para ver si llevaba un potrillo dentro tras su cita con el semental—. Aún es pronto para saberlo con seguridad, pero me parece que también tú vas a tener un hijo, Whinney. Ni siquiera a mí se me nota mucho todavía, y voy ya por la segunda falta de mi período lunar. —Se examinó a sí misma como había hecho con la yegua al tiempo que pensaba: «Tengo la cintura más ancha, el vientre más redondeado, los pechos doloridos y un poco más grandes». Con sus palabras y sus señas, prosiguió—: Y tengo náuseas por las mañanas, pero sólo al levantarme; no como antes, que me duraban todo el día. Creo que ya no hay duda de que estoy embarazada, pero ahora me encuentro bien. Lo bastante bien como para cabalgar un rato. ¿Te apetece un poco de ejercicio, Whinney?

En respuesta, la yegua volvió a cabecear.

«¿Dónde estará Jondalar?, se preguntó. Iré a buscarlo para ver si quiere dar un paseo. También me acercaré a recoger la manta de montar; es más cómodo. Pero de momento tendrá que ser a pelo».

Con un movimiento ágil y experto, se agarró al nacimiento de la crin corta y erizada de Whinney y saltó sobre su lomo. Luego se dirigió hacia el refugio, guiando a la yegua con la presión de los músculos de las piernas pero sin pensar en ello —después de tanto tiempo, era ya un acto reflejo— y dejándola trotar a su paso. Oyó detrás a Corredor, que las seguía como de costumbre.

«No sé hasta cuándo podré montar en Whinney de un salto como ahora. Necesitaré algo en que apoyarme para subir cuando me aumente el vientre», pensó Ayla, invadida de una súbita satisfacción ante la idea de tener un hijo. Sus pensamientos volvieron a girar en torno al día anterior y el largo viaje recién concluido. Había conocido a tantas personas que era difícil recordarlas a todas.

Jondalar tenía razón: en su mayoría, no era mala gente. «No debo permitir que los pocos que son desagradables, Marona, y Brukeval cuando se comporta como Broud, influyan negativamente en la impresión favorable que me han causado los demás. ¿Por qué siempre nos acordamos más fácilmente de las malas personas? Quizá porque no hay muchas».

Era un día templado. El sol calentaba incluso la constante brisa. Cuando Ayla llegó a un estrecho afluente, poco más que un arroyuelo pero de aguas raudas y chispeantes, miró corriente arriba y vio una pequeña cascada en la pared rocosa. Sintió sed y, recordando que quería llenar el odre, se encaminó hacia el agua resplandeciente que resbalaba por el precipicio.

Desmontó y dejó abrevar a los caballos en la charca formada al pie de la cascada mientras ella bebía del hueco de las manos y llenaba el odre de agua fría y cristalina. Notándose refrescada y aún un tanto perezosa, se quedó allí sentada durante un rato y lanzó guijarros a la charca. Recorrió con la mirada aquel terreno desconocido para ella, fijándose de manera inconsciente en los detalles. Cogió otra piedra, la hizo girar en el interior de su mano, percibiendo la textura, mirándola sin verla y, finalmente, la tiró.

Tardó un rato en tomar plena conciencia de las características de aquella piedra. De pronto, a gatas, empezó a buscarla, y cuando la encontró —la misma u otra parecida—, la examinó con atención. Era un nódulo pequeño, de color dorado grisáceo, con las aristas afiladas y las caras planas de su estructura cristalina inherente. Sacó el cuchillo de sílex que llevaba en la funda prendida del cinturón y golpeó la piedra con el borde opuesto al filo. Saltaron chispas. Volvió a golpear.

—¡Es una piedra de fuego! —exclamó.

No había visto ninguna desde que abandonó el valle. Escrutó las piedras y guijarros esparcidos por la tierra y el lecho del arroyo y encontró otro fragmento de pirita de hierro y luego otro más. Con creciente entusiasmo, reunió varios trozos.

Sentada de cuclillas, observó el pequeño montón de piedras similares. «¡Hay piedras de fuego aquí! Sabiendo que podemos conseguir más no tendremos que tener tanto cuidado con las que nos quedan». Estaba impaciente por mostrárselas a Jondalar.

Recogió unas cuantas piedras más y llamó con un silbido a Whinney, que se había apartado, atraída por unos suculentos pastos. Pero cuando se disponía a montar, vio a Jondalar acercarse a ellos con paso enérgico; iba acompañado por Lobo.

—¡Jondalar! —gritó Ayla corriendo hacia él y mostrando a la vez varios fragmentos de pirita de hierro—. ¡Mira lo que he encontrado! ¡Piedras de fuego! Por aquí hay piedras de fuego. Están todas cerca de este arroyo.

Jondalar apretó aún más el paso, y en sus labios apareció una amplia sonrisa en respuesta al importante hallazgo y a la satisfacción desbordante de ella.

—No sabía que las hubiera tan cerca, pero lo cierto es que nunca le había prestado mucha atención a esta clase de piedras. Yo siempre buscaba pedernal.

Enséñame dónde las has encontrado.

Ayla lo condujo hasta la charca, al pie de la cascada, y luego escrutó las márgenes y el lecho del diminuto arroyo.

—¡Mira! —anunció con tono triunfal al tiempo que señalaba una piedra de la orilla—. ¡Ahí hay otra!

Jondalar se arrodilló y la cogió.

—¡Es verdad! Esto va a representar un gran cambio para nosotros, Ayla. Quizá todos podamos disponer de piedras de fuego. Si las hay aquí, es posible que haya más en las inmediaciones. Todavía nadie conoce siquiera las propiedades de estas piedras; no he tenido ocasión de hablar con los demás al respecto.

—Folara sí las conoce, y Zelandoni —dijo Ayla.

—¿Cómo se han enterado?

—¿Recuerdas la infusión tranquilizante que Zelandoni preparó para Willamar cuando le comunicaste la muerte de tu hermano? Folara se sobresaltó al verme utilizar una de estas piedras para volver a encender el fuego del hogar, que se había apagado, así que le prometí que le enseñaría a usarlas. Ella se lo contó a Zelandoni.

—Así que Zelandoni ya está al corriente… No sé cómo lo consigue, pero siempre acaba siendo la primera en enterarse de todo —comentó Jondalar—. Pero ya regresaremos luego a recoger más; ahora has de atender a ciertas personas que quieren hablar contigo.

—¿Sobre el clan? —aventuró Ayla.

—Joharran vino a buscarme esta mañana para mantener una reunión cuando yo no tenía aún el menor deseo de levantarme; lo convencí para que a ti te dejara dormir un rato más. Le he hablado de nuestro encuentro con Guban y Yorga. Están muy interesados, pero aún les cuesta creer que los miembros del clan sean personas y no animales. Zelandoni, que es quien mejor conoce la historia de nuestra gente, ha estado analizando más detenidamente algunas de las Leyendas de los Ancianos en busca de algún indicio que permita saber si en otros tiempos vivieron cabezas chatas… gente del clan… en esta zona. Al decirnos Ramara que ya te habías levantado, Joharran me ha pedido que viniera a por ti. No es el único que desea hacerte un montón de preguntas.

Jondalar llevaba consigo el cabestro de Corredor, pero el corcel, joven y brioso, se resistió un poco, pues aún tenía ganas de jugar. Con cierta paciencia, y rascándole en los sitios donde solía picarle, el caballo finalmente accedió. Jondalar montó, y de regreso atravesaron la parte boscosa del reducido valle.

Jondalar contuvo a Corredor para cabalgar junto a Ayla y, tras ciertos titubeos, se animó a comentar:

—Dice Ramara que esta mañana, al hablar contigo, te ha notado algo indispuesta, quizá porque no estás acostumbrada a la barma de Laramar. ¿Cómo te encuentras?

«Aquí no va a ser fácil guardar algo en secreto», pensó Ayla.

—Estoy perfectamente, Jondalar.

—Laramar prepara un brebaje fuerte, y ya anoche no te encontrabas muy bien.

—Lo de anoche era simple cansancio —explicó ella—. Y esta mañana tenía náuseas porque llevo un niño dentro.

A juzgar por la expresión de Jondalar, Ayla sospechó que no sólo le preocupaban sus náuseas matinales.

—Ayer fue un día agotador. Conociste a mucha gente.

—Y me cayó bien la gran mayoría —aseguró ella mirándolo sonriente—. Sencillamente no estoy habituada a estar con tantas personas. Es como toda una Reunión del Clan. Ni siquiera recuerdo los nombres de todos.

—Acabas de conocerlos. Nadie espera que los recuerdes a todos.

Desmontaron en el prado y dejaron a los caballos al pie del sendero. Al alzar la vista, Ayla se fijó en la Piedra Que Cae, cuya silueta se recortaba contra el cielo despejado, y por un momento tuvo la impresión de que emanaba un extraño resplandor, pero parpadeó y el resplandor desapareció. «El sol es intenso, pensó. Debo de haber mirado la roca sin protegerme los ojos con la sombra de la mano».

Lobo surgió de entre la alta hierba. Los había seguido con desgana, explorando pequeñas madrigueras y dejándose guiar por interesantes olores. Cuando vio a Ayla allí de pie, parpadeando, decidió que era hora de saludar debidamente a la jefa de su manada. El enorme cánido la cogió desprevenida, y al abalanzarse sobre ella y apoyar las patas delanteras en sus hombros hizo que la mujer se tambaleara por un instante. Pero pronto recobró el equilibrio y se aprestó a soportar el peso del animal mientras éste le lamía la mandíbula y la rodeaba con sus dientes.

—¡Buenos días, Lobo! —dijo Ayla agarrando su peludo cuello con ambas manos —. También a ti te noto muy ufano esta mañana, como los caballos.

El lobo bajó las patas y siguió a Ayla por el sendero. Ajena a las miradas de asombro de quienes no habían presenciado antes esa peculiar manifestación de afecto, así como a las sonrisas de quienes sí la habían visto y se divertían con la reacción de los demás, Ayla indicó al animal que permaneciera a su lado.

Pensó en detenerse en la morada de Marthona para dejar el odre lleno de agua, pero Jondalar dejó atrás el área de viviendas, y ella siguió adelante con él. Pasaron junto a la zona de trabajo situada hacia el extremo suroeste del refugio. Más allá, Ayla vio a varias personas, de pie o sentadas, cerca de los restos de la fogata de la noche anterior.

—¡Por fin llegáis! —exclamó Joharran al tiempo que se levantaba de un bloque de piedra caliza y se dirigía hacia ellos.

Cuando se aproximaban, Ayla advirtió una pequeña hoguera que ardía en el borde del gran círculo ennegrecido. Al lado había un cesto hondo, lleno de un líquido humeante en el que flotaban trozos de hojas y otros ingredientes vegetales. Estaba recubierto de un material oscuro, y de pronto llegó al olfato de Ayla el aroma de la brea de pino usada para impermeabilizarlo.

Proleva sirvió un poco del líquido en un vaso.

—Tómate una infusión caliente, Ayla —dijo ofreciéndole el vaso.

—Gracias —respondió ella.

Tomó un sorbo. Era una agradable mezcla de hierbas, con apenas un ligero sabor a pino. Bebió un poco más y se dio cuenta de que habría preferido algo sólido. El líquido empezaba a revolverle otra vez el estómago, y le dolía la cabeza. Vio un bloque de piedra desocupado y se sentó, esperando que se le pasara el malestar. Lobo se tendió a sus pies. Sostuvo el vaso en la mano sin beber; lamentó no haberse tomado un poco del brebaje especial para la resaca que tiempo atrás había elaborado para Talut, el jefe del Campamento del León.

Zelandoni miró a Ayla y creyó detectar ciertos síntomas habituales.

—Quizá sea el momento oportuno para hacer un alto y tomar un bocado —propuso. Dirigiéndose a Proleva, añadió—: ¿Quedan restos de la cena?

—Buena idea —convino Marthona—. Ya pasa del mediodía. ¿Aún no has comido nada, Ayla?

—No —contestó ella agradeciendo que alguien tuviera la consideración de preguntárselo—. He dormido hasta muy tarde. Luego he ido a las zanjas y después al valle del Río del Bosque para ver cómo estaban los caballos. He llenado este odre de agua en el arroyuelo —lo alzó para mostrarlo—. Allí me ha encontrado Jondalar.

—Estupendo. Si no te importa, la usaremos para preparar más infusión, y haré venir a alguien con comida para todos —dijo Proleva a la vez que se encaminaba hacia las viviendas con paso enérgico.

Ayla echó una ojeada alrededor para ver quiénes se hallaban presentes en aquella reunión, e inmediatamente su mirada se cruzó con la de Willamar. Intercambiaron una sonrisa. Willamar hablaba con Marthona, la Zelandoni y Jondalar, que en ese momento estaba de espaldas a ella. Joharran había concentrado la atención en Solaban y Rushemar, sus consejeros e íntimos amigos. Ayla recordó que Ramara, la mujer con el niño de corta edad con quien había conversado un rato antes, era la compañera de Solaban. La noche anterior también había conocido a la compañera de Rushemar. Cerró los ojos y trató de recordar su nombre. Salova, se llamaba Salova. Las náuseas habían remitido; sentarse le había hecho bien.

Se fijó en los otros asistentes. Recordó que el hombre de cabello gris era el jefe de una caverna cercana. Manvelar, se llamaba. Hablaba con otro hombre, a quien no creía conocer. De vez en cuando el hombre miraba con aprensión a Lobo. Estaba también una mujer alta y delgada cuyo comportamiento denotaba gran autoridad; era jefa de otra caverna, recordó Ayla; pero había olvidado su nombre. A su lado había un hombre con un tatuaje semejante al de la Zelandoni, y Ayla supuso que sería un guía espiritual.

Cayó en la cuenta de que todas las personas allí reunidas poseían una u otra clase de poder en aquella comunidad. En el clan serían los individuos de más alto estatus. Entre los mamutoi, equivaldrían al Consejo de Hermanas y Hermanos. A diferencia de los mamutoi, entre los que una hermana y un hermano actuaban como jefa y jefe

en cada campamento, los zelandonii no poseían ese sistema de doble liderazgo, sino que el jefe era a veces un hombre y, a veces, una mujer.

Proleva regresaba con el mismo paso enérgico de antes. Aunque al parecer era la responsable de proporcionar comida al grupo —a ella acudían cuando se necesitaba alimento, había observado Ayla—, obviamente no era la encargada de servirla. Volvía a la reunión, así que debía considerarse una participante activa. Por lo visto, la compañera del jefe podía ser también jefa.

En el clan, sólo asistirían hombres a una reunión de aquellas características. No había mujeres con rango de jefa; las mujeres carecían de estatus propio. Excepto por lo que se refería a las entendidas en medicinas, la posición de una mujer dependía de la de su compañero. «¿Cómo llegarían a conciliarse a ese respecto si algún día se visitaban mutuamente?», se preguntó Ayla.

—Ramara y Salova y algunas otras mujeres nos están preparando comida —anunció Proleva señalando con la cabeza en dirección a Solaban y Rushemar.

—Bien —dijo Joharran, lo cual parecía la señal para reanudar la sesión. Todos dejaron de charlar y lo miraron. Él se volvió hacia Ayla—. Anoche Ayla se dio a conocer. ¿Os habéis presentado todos personalmente?

—Yo no estaba aquí anoche —dijo el hombre que poco antes hablaba con el jefe de cabello gris.

—Permíteme, pues, que os presente —se ofreció Joharran. Cuando el hombre dio un paso al frente, Ayla se levantó, haciendo una seña a Lobo para que permaneciera inmóvil—. Ayla, éste es Brameval, jefe de Pequeño Valle, la Decimocuarta Caverna de los zelandonii. Brameval, aquí tienes a Ayla, del Campamento del León de los mamutoi… —Joharran se interrumpió por un instante, tratando de recordar el resto de sus títulos y lazos, con los que tan poco familiarizado estaba—. E hija del Hogar del Mamut —añadió. «Con eso basta», pensó.

Brameval repitió su nombre y su función al tiempo que tendía las manos.

—En nombre de Doni, bienvenida seas —dijo.

Ayla aceptó sus manos.

—En nombre de Mut, Gran Madre de Todos, también conocida como Doni, yo te saludo —contestó Ayla sonriente.

Brameval había notado ya antes la peculiar pronunciación de la forastera, y en ese momento le fue aún más evidente. Le devolvió la sonrisa y retuvo sus manos todavía por un instante más.

—Pequeño Valle es el mejor sitio para la pesca. La Decimocuarta pasa por ser la caverna con los mejores pescadores. Hacemos excelentes trampas para peces. Somos vecinos cercanos; debes visitarnos cuanto antes.

—Gracias, os visitaré encantada. Me gusta el pescado y me gusta atrapar peces. Pero no sé pescarlos con trampas, así que los cojo con las manos, como aprendí de niña —explicó ella, y para dar mayor énfasis a sus palabras alzó las manos, que Brameval mantenía aún sujetas.

—¡Vaya! Me gustaría verlo —dijo él a la vez que la soltaba.

A continuación se adelantó la mujer con rango de jefa.

—Desearía presentar a nuestro donier, el Zelandoni de Sitio del Río —anunció—. Tampoco él estaba presente anoche. —Enarcando las cejas lanzó una mirada a Brameval—. A la Undécima Caverna se la conoce por la construcción de las balsas que navegan por el río, aguas arriba y aguas abajo. Resulta mucho más fácil transportar cargas pesadas en una balsa que a hombros de la gente. Si estás interesada, tu visita será bien recibida.

—Estaría muy interesada en saber cómo construís vuestras estructuras flotantes para el río —contestó Ayla al tiempo que intentaba recordar si ya se habían presentado y cuál era el nombre de la mujer—. Los mamutoi, mediante tupidos cueros amarrados a un armazón de madera, construyen una especie de vasija flotante que usan para trasladar personas y cosas de una orilla a otra de los ríos. En nuestro camino de regreso aquí, Jondalar y yo hicimos una para cruzar un ancho río, pero la corriente era muy impetuosa y nos costó controlar la pequeña embarcación redonda y demasiado ligera. Cuando la sujetamos a la angarilla de Whinney, nos fue mucho más útil.

—No entiendo eso de «la angarilla de Whinney». ¿Qué significa? —preguntó la jefa de la Undécima Caverna.

—Whinney es el nombre de uno de los caballos, Kareja —aclaró Jondalar mientras se levantaba y se acercaba a ellas—. La angarilla es un artefacto ideado por Ayla. Ella misma te explicará en qué consiste.

Ayla describió su medio de transporte y añadió:

—Con la angarilla, Whinney me ayudaba a llevar hasta mi refugio los animales que cazaba. Un día te haré una demostración.

—Cuando llegamos a la otra orilla de aquel río —prosiguió Jondalar—, decidimos sustituir la plataforma entretejida de la angarilla por ese bote en forma de vasija, porque dentro podíamos acarrear casi todo lo que llevábamos. Así, cuando vadeábamos un río, el bote flotaba y no se mojaba nada, y atada a las varas de la angarilla era más fácil de controlar.

—También las balsas son a veces difíciles de controlar —dijo la mujer—. Posiblemente ocurre con todas las embarcaciones.

—Unas tienen más fácil manejo que otras —aseveró Jondalar—. En mi viaje pasé una temporada con los sharamudoi. Tallan magníficos botes a partir de grandes troncos de árbol. Terminan en punta por delante y por detrás, y el rumbo se dirige con la ayuda de unos remos. Se requiere práctica, pero los ramudoi, los sharamudoi que viven en el río, dominan la técnica a la perfección.

—¿Qué son «remos»?

—Unos objetos parecidos a cucharas planas; los utilizan para impulsar los botes por el agua. Yo colaboré en la construcción de uno de sus botes y aprendí a usar los remos.

—¿Crees que darían mejor resultado que las largas pértigas que empleamos nosotros para impulsar las balsas?

—Esta conversación sobre botes es muy interesante, Kareja —la interrumpió el hombre que la acompañaba, más bajo que ella y de complexión delgada—, pero aún no he sido presentado. Mejor será que me encargue yo mismo.

Kareja se ruborizó un poco, pero guardó silencio. Cuando Ayla oyó su nombre, recordó que sí se habían presentado la noche anterior.

—Soy el Zelandoni de la Undécima Caverna de los zelandonii, también conocida como Sitio del Río. En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut —dijo el hombre, ofreciéndole las manos.

—Yo te saludo, Zelandoni de la Undécima Caverna, como Uno de Quienes Sirven a Aquella que es la Madre de Todos —respondió Ayla estrechándole las manos.

Él le dio un vigoroso apretón que no parecía acorde con su menuda constitución, y Ayla no sólo percibió su potencia física, sino también su fuerza interior y su aplomo. Detectó asimismo algo en su manera de moverse que le recordó a algunos de los mamutoi que había conocido en su Reunión de Verano.

El viejo Mamut que adoptó a Ayla le habló de aquellos que portaban a la vez en un único cuerpo las esencias masculina y femenina. Se creía que poseían el poder de los dos sexos y a veces eran temidos; sin embargo, cuando se unían a Aquellos Que Servían a la Madre, a menudo se los consideraba especialmente poderosos, y su presencia era bien acogida. Por esa razón, le explicó el Mamut, muchos hombres que sentían la misma atracción que una mujer por los otros hombres, o mujeres que, como un hombre, manifestaban esa clase de interés por las otras mujeres, eran captados por el Hogar del Mamut. Ayla se preguntó si ocurriría lo mismo con la zelandonia, y a juzgar por el hombre que se hallaba frente a ella, supuso que posiblemente sí.

Volvió a fijarse en el tatuaje de la sien. Como el de la Zelandoni Que Era la Primera, se componía de cuadrados, unos sólo con el contorno exterior, otros coloreados por dentro, pero él tenía menos cuadrados, y los coloreados estaban dispuestos de manera distinta. Además, su tatuaje incluía algunos trazos curvos. Ayla cayó en la cuenta de que allí, excepto Jondalar y ella, todos llevaban algún tipo de tatuaje facial. El de Willamar era el menos llamativo; el de Kareja, el más vistoso y recargado.

—Puesto que Kareja ha alardeado ya de las hazañas de la Undécima Caverna —añadió el donier al tiempo que se volvía en reconocimiento hacia la jefa de la caverna —, sólo me sumaré a la invitación para que nos visites, pero desearía hacerte una pregunta. ¿También tú eres Una de Quienes Sirven?

Ayla frunció el entrecejo.

—No —respondió—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Me he dedicado a escuchar ciertas habladurías —admitió con una sonrisa. Señalando al lobo, agregó—: Viendo tu control sobre los animales, mucha gente

piensa que debes de serlo. Y a mis oídos ha llegado alguna que otra historia sobre una gente que habita más al este y caza mamuts. Se dice que allí Aquellos Que Sirven comen sólo carne de mamut y viven todos en un mismo sitio, quizá un hogar. Al presentarte como miembro del Hogar del Mamut, me he preguntado si algo de todo eso es cierto.

—No exactamente —respondió Ayla sonriendo—. Es verdad que, entre los Cazadores de Mamuts, Aquellos Que Sirven a la Madre pertenecen al Hogar del Mamut, pero eso no significa que vivan todos juntos. Es sólo un nombre, como «zelandonia». Existen diversos hogares: el Hogar del León, el Hogar del Zorro, el Hogar de la Grulla… Indican la… línea a que está afiliada una persona. Por lo general, uno nace en determinado hogar, pero también puede ser adoptado. Hay muchos hogares distintos en un campamento, y éste recibe el nombre del hogar del fundador. El mío se llamaba Campamento del León, porque Talut pertenecía al Hogar del León y era el jefe. Su hermana, Tulie, era la jefa. Cada campamento tiene dos jefes, un hombre y una mujer, hermanos.

Todos escuchaban con interés. Para personas que básicamente conocían sólo su forma de vida, resultaba fascinante descubrir cómo se organizaban y vivían otras gentes.

—En su lengua, mamutoi significa «cazadores de mamuts», o quizá «hijos de la Madre que cazan mamuts», ya que también ellos honran a la Madre —prosiguió Ayla, procurando expresarse con claridad—. Para ellos el mamut es un animal sagrado. Por eso se reserva el Hogar del Mamut a Aquellos Que Sirven. Normalmente una persona elige el Hogar del Mamut, o se siente elegida, pero yo fui adoptada por el viejo Mamut del Campamento del León, así que soy «hija del Hogar del Mamut». Si fuera Una Que Sirve, diría que soy una «elegida por el Hogar del Mamut» o «llamada al Hogar del Mamut».

Los dos zelandonia se disponían a formular más preguntas, pero Joharran se les adelantó. Aunque también a él le intrigaba todo aquello, por el momento sentía más curiosidad por quienes habían criado a Ayla que por quienes la habían adoptado.

—Me gustaría conocer más a fondo a los mamutoi —dijo—, pero Jondalar nos ha contado ciertas cosas interesantes sobre esos cabezas chatas que conocisteis en el viaje de regreso. Si es verdad lo que dice, debemos empezar a pensar en los cabezas chatas desde una perspectiva totalmente distinta. Para ser sincero, temo que puedan representar una amenaza mayor de lo que pensábamos.

—¿Por qué una amenaza? —preguntó Ayla poniéndose en guardia.

—Por lo que se desprende de las explicaciones de Jondalar, los cabezas chatas son seres pensantes —respondió Joharran—. Siempre los habíamos considerado animales, no muy distintos de los osos cavernarios o quizá incluso emparentados con éstos; una variedad algo menor, en cierto modo más inteligente, pero animales.

—Nos consta que algunos de los huecos y cuevas de los alrededores eran en otro tiempo guaridas de oso —intervino Marthona—. Y, según nos decía la Zelandoni,

algunas de las Historias y Leyendas de los Ancianos cuentan que a veces se mataban o ahuyentaban a los osos cavernarios para que las Primeras Personas tuvieran hogares donde vivir. Si algunos de esos «osos cavernarios» eran cabezas chatas…, en fin, si son seres inteligentes, cualquier cosa puede ocurrir.

—Si son humanos y los hemos tratado como a animales, animales hostiles… —Joharran se interrumpió—. Bueno, debo admitir que yo, en su lugar, consideraría algún tipo de desagravio. De hecho, habría intentado tomar represalias hace ya mucho tiempo. Creo que nos conviene contemplar esa posibilidad.

Ayla se relajó. Joharran había planteado bien su postura. Comprendía por qué pensaba que podían representar una amenaza. Quizá incluso tuviera razón.

—Me pregunto si es ése el motivo por el que siempre se ha insistido tanto en que los cabezas chatas son animales —comentó Willamar—. Una cosa es matar animales cuando se necesita alimento o cobijo, pero otra muy distinta es matar a personas, por extrañas que éstas sean para nosotros. Nadie está dispuesto a aceptar que sus antepasados mataban a otras personas y se apropiaban de sus viviendas; en cambio, si se cree que esas criaturas eran animales, es algo que puede tolerarse.

Ayla pensó que ésa era una interpretación muy perspicaz; ya había oído otros comentarios juiciosos e inteligentes de labios de Willamar y comenzaba a entender por qué Jondalar siempre había hablado de él con tanto afecto y respeto. Era un hombre excepcional.

—El resentimiento puede permanecer latente por mucho tiempo, durante generaciones —afirmó Marthona—; pero si la gente tiene historias y leyendas, los recuerdos perduran, y al final pueden recrudecerse los antiguos conflictos. Dado que tú, Ayla, conoces a esa gente mucho mejor que nosotros, queríamos saber si podemos hacerte unas preguntas.

Ella dudó si debía decirles que el clan, en efecto, tenía leyendas, pero no las necesitaba para recordar su historia. Nacían ya con recuerdos lejanos.

—Quizá sea aconsejable intentar establecer contacto con ellos de una manera distinta a como se ha hecho en el pasado —continuó Joharran—. Tal vez podamos prevenir los problemas antes de que surjan. Podríamos plantearnos el envío de una delegación para que se reuniera con ellos y hablara quizá de posibles intercambios.

—¿Tú qué opinas, Ayla? —dijo Willamar—. ¿Les interesaría entablar relaciones de intercambio con nosotros?

Ella se quedó pensativa.

—No lo sé. En el clan se tiene conciencia de que existe la gente como nosotros. Para ellos, somos los Otros, pero eluden todo contacto. En el pequeño clan con el que yo me crié rara vez se pensaba en los Otros. Sabían que yo pertenecía a esos Otros y no al clan, pero como sólo era una criatura y, además, niña, Brun y los demás hombres no me concedían mucha importancia, al menos de pequeña. Pero el Clan de Brun no estaba cerca de territorios habitados por los Otros. Creo que en eso tuve suerte. Hasta que me encontraron, nadie en su clan había visto antes a uno de los

Otros de tan corta edad; algunos tampoco habían visto a un adulto, ni siquiera de lejos. Me acogieron y cuidaron de mí, pero no sé cómo habrían reaccionado si los hubieran echado de sus hogares o los hubiera acosado una banda de jóvenes violentos.

—Pero Jondalar nos ha contado que alguna gente se había puesto ya en contacto con los que conocisteis en el camino para proponerles tratos comerciales —dijo Willamar—. Si otros comercian con ellos, ¿por qué no nosotros?

—¿No depende eso de si realmente son personas y no animales emparentados con los osos cavernarios? —preguntó Brameval.

—Son personas, Brameval —aseguró Jondalar—. Si hubieras tratado de cerca con alguno de ellos, no tendrías la menor duda. Y son inteligentes. No sólo me encontré con esa pareja que conocimos Ayla y yo en el viaje de regreso. Recuérdame más tarde que te cuente algunas anécdotas.

—Has dicho que ellos te criaron, Ayla —intervino Manvelar, el hombre del cabello gris. Parecía un individuo sensato, poco dispuesto a extraer conclusiones sin informarse previamente—. Háblanos de esa gente. ¿Qué clase de personas son?

Ayla asintió con la cabeza y reflexionó en silencio un momento antes de responder.

—Es interesante esa idea de que están emparentados con los osos cavernarios. Curiosamente hay algo de verdad en eso; la gente del clan también lo cree. A veces incluso conviven con un oso.

Brameval resopló como si aquello viniera a darle la razón.

Ayla le dirigió sus posteriores explicaciones.

—El clan venera a Ursus, el espíritu del Oso Cavernario, del mismo modo que los Otros honran a la Gran Madre Tierra. Para referirse a sí mismos usan el término «Clan del Oso Cavernario». Cuando el clan organiza su gran reunión, como la Reunión de Verano, pero no todos los años, celebra una ceremonia muy sagrada por el espíritu del Oso Cavernario. Mucho antes de la Reunión del Clan, el clan anfitrión captura a un osezno y se lo lleva a vivir a su caverna. Le dan de comer y lo crían como a sus propios hijos, y cuando crece y se hace demasiado grande, construyen una jaula y lo tienen dentro para evitar que huya, pero siguen alimentándolo y mimándolo… En la Reunión del Clan, los hombres compiten por ver quien tendrá el honor de enviar a Ursus al Mundo de los Espíritus para hablar en favor del clan y transmitir sus mensajes. Los elegidos son los tres vencedores de la mayoría de las pruebas; se requiere ese número como mínimo para enviar a un oso cavernario adulto al otro mundo. Aunque salir elegido es un honor, también resulta muy peligroso. A menudo el oso se lleva consigo a uno o más hombres al Mundo de los Espíritus.

—Se comunican, pues, con el Mundo de los Espíritus —concluyó el Zelandoni de la Undécima Caverna.

—Y entierran a sus muertos con ocre rojo —agregó Jondalar, sabedor de que esas palabras tenían un hondo significado para aquel hombre.

—Esta información tardará un tiempo en asimilarse —observó la jefa de la Undécima Caverna— y deberá analizarse a fondo. Acarreará muchos cambios.

—Sin duda, tienes razón, Kareja —dijo la Primera Entre Quienes Servían.

—De momento, no necesitamos pensar demasiado para decidirnos a hacer un alto y comer —propuso Proleva mirando hacia el extremo este de la terraza.

Todos se volvieron a mirar en esa misma dirección. Un desfile de gente se acercaba con cuencos y fuentes de comida.

Los asistentes a la reunión se disgregaron en pequeños grupos para comer. Manvelar, con su plato, se sentó al lado de Ayla y frente a Jondalar. Se había presentado la noche anterior, pero debido a la muchedumbre que rodeaba a la recién llegada no había intentado conocerla mejor. Su caverna estaba cerca, y sabía que más adelante tendría tiempo de sobra.

—Ya has recibido varias invitaciones, pero permíteme añadir otra —dijo—. Debes venir a visitar Roca de los Dos Ríos, la Tercera Caverna de los zelandonii. Somos vecinos cercanos.

—Si se conoce a la Decimocuarta Caverna por sus excelentes pescadores y a la Undécima por la construcción de balsas, ¿por qué se conoce a la Tercera Caverna? —preguntó Ayla.

Jondalar contestó por él.

—La caza.

—¿No se caza en todas partes? —inquirió ella.

—Claro que sí, y por eso precisamente no se jactan de ello, porque en todas partes se caza. A determinados cazadores de otras cavernas les gusta pregonar sus proezas, y quizá sean muy hábiles, pero la Tercera Caverna, como grupo, supera a todas las demás en ese terreno.

Manvelar sonrió.

—A nuestra manera sí nos jactamos de ello, pero personalmente creo que si hemos llegado a ser tan buenos cazadores, se debe a nuestra ubicación. Nuestro refugio se encuentra a cierta altura por encima de la confluencia de Dos Ríos, ambos con anchos valles cubiertos de hierba. Éste —dijo señalando hacia el río con el hueso a medio descarnar que tenía en la mano— y otro que se llama Río de la Hierba. La mayoría de los animales que cazamos atraviesa esos dos valles en sus migraciones, y nosotros contamos con una posición idónea para observarlos en cualquier época del año. Hemos aprendido a prever con relativa exactitud cuándo aparecerán ciertos animales, y solemos informar de ello a los demás, pero normalmente somos los primeros en ir a cazarlos.

—Puede que sea así, Manvelar, pero en la Tercera Caverna no hay sólo uno o dos buenos cazadores, sino que todos son excelentes. Trabajan con ahínco para perfeccionar sus aptitudes. Todos sin excepción —insistió Jondalar—. Ayla lo

comprende. Le encanta cazar, y maneja la honda con una destreza asombrosa, pero espera a ver el nuevo lanzavenablos que ideamos. Arroja una lanza a una distancia increíble y a mayor velocidad. Ayla es más certera, y yo lanzo algo más lejos, pero cualquiera puede alcanzar a un animal a una distancia dos o tres veces superior a la de un lanzamiento con la mano.

—¡Me gustaría verlo! —exclamó Manvelar—. Joharran quiere organizar pronto una cacería para aportar provisiones a la Reunión de Verano. Ésa puede ser una buena ocasión para demostrar las posibilidades de esa nueva arma, Jondalar —y volviéndose hacia Ayla, añadió—: ¿Vendréis los dos a la cacería, no?

—Sí, por mí encantada. —Se interrumpió para dar un bocado. Luego, mirando a los dos hombres, dijo—: Tengo una duda. ¿Por qué están numeradas las cavernas? ¿Reflejan algún orden o tienen algún sentido esos números?

—Las cavernas más antiguas tienen la numeración más baja —explicó Jondalar —. Se establecieron antes. La Tercera Caverna se estableció antes que la Novena, y la Novena antes que la Undécima o la Decimocuarta. La Primera Caverna ya no existe. Actualmente la más antigua es la Segunda Caverna de los zelandonii, que no está muy lejos de aquí. La Caverna de Manvelar es la siguiente en antigüedad. Fue fundada por las Primeras Personas.

—Cuando me enseñaste las palabras de contar, siempre las decías en un mismo orden —prosiguió Ayla—. Ésta es la Novena Caverna, y la tuya, Manvelar, es la Tercera. ¿Dónde está la gente de las cavernas con los números intermedios?

El hombre del cabello gris sonrió. Ayla había escogido a la persona más indicada para pedirle información acerca de los zelandonii. Manvelar poseía un arraigado interés en la historia de su gente, y había adquirido amplios conocimientos gracias a varios miembros de la zelandonia, fabuladores ambulantes y personas que habían oído relatos transmitidos de generación en generación. Los miembros de la zelandonia, incluida la propia Zelandoni, acudían a veces a él para preguntarle.

—Desde que las Primeras Personas se establecieron en las cavernas iniciales, muchas cosas han cambiado a lo largo de los años —explicó Manvelar—. La gente se traslada o encuentra pareja en otras cavernas. La población de algunas cavernas disminuye, la de otras aumenta.

—Al igual que la Novena Caverna, algunas crecen de manera inusitada —añadió Jondalar.

—Las historias hablan de enfermedades que se llevaban a muchas personas, o años de escasez en que la gente se moría de hambre —prosiguió Manvelar retomando el hilo—. A veces se unen dos o más cavernas poco pobladas. La caverna resultante de esa combinación suele tomar el número menor, pero no siempre es así. Cuando una caverna crece demasiado y el refugio se queda pequeño, puede ocurrir que una parte se separe para fundar una nueva caverna, normalmente no muy lejos. Tiempo atrás un grupo de la Segunda Caverna se trasladó al otro lado de su valle. Se los conoce como Séptima Caverna, porque en esas fechas existían una Tercera, una

Cuarta, una Quinta y una Sexta. Aún hay una Tercera, claro está, y una Quinta, más al norte, pero la Cuarta y la Sexta han desaparecido.

Ayla, encantada de aprender algo más acerca de los zelandonii, agradeció la explicación con una sonrisa. Los tres permanecieron un rato en cordial silencio mientras comían. Después Ayla formuló otra pregunta:

—¿Se conoce a todas las cavernas por algo especial, como la pesca o la caza o la construcción de balsas?

—A la mayor parte —respondió Jondalar.

—¿Por qué se conoce a la Novena Caverna?

—Por sus artistas y artesanos —contestó Manvelar adelantándose a Jondalar—. Todas las cavernas tienen artesanos, pero la Novena cuenta con los mejores. A eso se debe en parte su gran crecimiento. Además de los niños que nacen, viene aquí todo aquel que desea la mejor formación en cualquier oficio, desde la talla de madera hasta la elaboración de utensilios.

—Gracias sobre todo a Río Abajo —dijo Jondalar.

—¿Qué es «Río Abajo»? —preguntó Ayla.

—El siguiente refugio río abajo —explicó Jondalar—. No alberga una caverna organizada, aunque pueda dar esa impresión por el gran número de personas que suele haber. Es el sitio adonde la gente va a desarrollar sus proyectos y a hablar de ellos con otras personas. Te llevaré a verlo, quizá después de esta reunión… si conseguimos escaparnos antes de que anochezca.

Cuando todos acabaron de comer, incluidos quienes habían servido la comida, los hijos de varios de los presentes y Lobo, se relajaron tomando una infusión caliente en tazas y vasos. Ayla se encontraba mucho mejor. Se le habían pasado las náuseas y el dolor de cabeza, pero la asaltó de nuevo su creciente necesidad de hacer aguas. Cuando quienes habían llevado la comida se marchaban con las grandes fuentes vacías, Ayla vio que Marthona se quedaba sola un momento y se acercó a ella.

—¿Hay por aquí algún sitio donde hacer aguas? —preguntó en voz baja—. ¿O tenemos que volver a las viviendas?

Marthona sonrió.

—Eso mismo estaba yo pensando. Hay un sendero que va hasta el río, cerca de la Piedra Erguida, con un trecho un poco empinado, pero llega a un sitio próximo a la orilla que utilizan principalmente las mujeres. Te acompañaré.

Lobo las siguió y observó a Ayla durante un rato hasta que descubrió un olor más interesante y se marchó a explorar un poco más la orilla del río. En el camino de regreso, se cruzaron con Kareja, que iba en dirección opuesta. Intercambiaron gestos de asentimiento.

Cuando todo quedó recogido, Joharran se aseguró de que no faltaba nadie y se puso en pie. Aparentemente era la señal para reanudar la conversación. Todos miraron al jefe de la Novena Caverna.

—Ayla —comenzó Joharran—, mientras comíamos Kareja ha planteado una duda. Dice Jondalar que puede comunicarse con los cabezas chatas, o el clan, como tú los llamas, pero no con la misma fluidez que tú. ¿Conoces su lengua tan bien como él afirma?

—Sí, conozco su lengua —respondió ella—. Me crié con ellos. No hablaba ninguna otra lengua hasta que conocí a Jondalar. En algún momento del pasado debí de conocer otra, cuando era muy pequeña, antes de perder a mi propia gente, pero no recordaba una sola palabra.

—Pero el lugar donde creciste estaba muy lejos de aquí, a un año de viaje, ¿no es así?

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—La lengua de la gente que vive lejos no es la misma que la nuestra —prosiguió Joharran—. Cuando tú y Jondalar habláis en mamutoi, no os entiendo. Incluso los losadunai, que viven mucho más cerca, tienen otra lengua. Algunas palabras se parecen, y capto un poco, pero no puedo comunicar más que conceptos simples. Es comprensible que la lengua de esa gente del clan no sea la misma que la nuestra, pero ¿cómo puede ser que tú, procediendo de un lugar tan lejano, entiendas la lengua de los miembros del clan que viven por esta zona?

—Es una duda más que justificada —dijo Ayla—. Al encontrarnos con Guban y Yorga, yo misma no estaba segura de si sería capaz de comunicarme con ellos. Pero la lengua con palabras es distinta de la clase de lenguaje que ellos usan, no sólo por las señas y gestos, sino porque tienen dos lenguas.

—¿Qué quieres decir con eso de que tienen dos lenguas? —preguntó la Zelandoni Que Era la Primera.

—Tienen una lengua normal y corriente que cada clan emplea a diario —explicó Ayla—. Aunque básicamente usan señas y gestos, incluidas posturas y expresiones, también disponen de algunas palabras, pese a ser incapaces de articular los mismos sonidos que los Otros. Unos clanes recurren a las palabras más que otros. Las palabras y el lenguaje cotidianos de Guban y Yorga eran distintos a los de mi clan, y no los entendía. Pero el clan tiene también un lenguaje formal que se usa para hablar con el Mundo de los Espíritus y comunicarse con la gente de otros clanes que emplean lenguajes cotidianos diferentes. Es muy antiguo y no incluye palabras, salvo algunos nombres propios. Ése fue el lenguaje que utilicé.

—Veamos si he comprendido bien —dijo la Zelandoni—. La gente de ese clan, y nos referimos a los cabezas chatas, no sólo tienen una lengua, sino dos, y una de ellas es inteligible para cualquier cabeza chata, y todos pueden entenderse entre sí aunque vivan a un año de viaje unos de otros, ¿es eso?

—Cuesta creerlo, ¿no? —dijo Jondalar con una amplia sonrisa—. Pero es la verdad.

Zelandoni movió la cabeza en un gesto de incredulidad. Los demás no parecían menos escépticos que ella.

—Es un lenguaje muy antiguo, y la gente del clan conserva recuerdos muy lejanos —trató de explicar Ayla—. No olvidan nada.

—Francamente, me resulta difícil creer que sean capaces de comunicarse mucho sólo con gestos y señas —comentó Brameval.

—Lo mismo opino yo —suscribió Kareja—. Como Joharran ha dicho respecto a la capacidad de comprensión mutua entre los losadunai y los zelandonii, quizá estemos hablando únicamente de conceptos simples.

—Ayer hiciste una breve demostración en mi morada —recordó Marthona—. ¿Podrías repetir algo así para todos los presentes?

—Y si, como decís, Jondalar conoce un poco ese lenguaje, quizá podría ir traduciendo para nosotros —sugirió Manvelar.

Todos se mostraron conformes.

Ayla se puso en pie. Guardó silencio mientras ponía en orden sus ideas. Luego, con los movimientos del antiguo lenguaje formal, dijo: «Esta mujer desearía saludar al hombre, Manvelar». Pronunció el nombre en voz alta, pero con su peculiar acento mucho más marcado.

—Saludos, Manvelar —tradujo Jondalar.

«Esta mujer desearía saludar al hombre, Joharran», continuó Ayla.

—Y también a ti, Joharran —dijo Jondalar. Siguieron con unas cuantas frases sencillas más, pero él se daba cuenta de que no explotaban al máximo los recursos de aquel completo, aunque mudo, lenguaje. Sabía que Ayla era capaz de expresar mucho más, pero él no habría podido traducirlo en toda su complejidad—. Estás usando sólo las señas básicas, ¿no, Ayla?

—No creo que puedas traducir más que las señas básicas, Jondalar. Es lo único que os enseñé a ti y los miembros del Campamento del León, lo justo para que os comunicarais con Rydag. Me temo que el resto del lenguaje no tendría mucho sentido para ti.

—En tu anterior demostración, Ayla, te ocupaste tú misma de la traducción —dijo Marthona—. Creo que quedaría más claro.

—Sí, ¿por qué no usas tú las dos lenguas y sacas así de dudas a Brameval y los otros? —sugirió Jondalar.

—De acuerdo, pero ¿qué digo?

—¿Por qué no nos hablas de cómo era tu vida con ellos? —propuso la Zelandoni —. ¿Recuerdas el día en que te acogieron?

Jondalar sonrió a la corpulenta mujer. Era una buena idea. No sólo aclararía cómo era aquel lenguaje, sino que, además, pondría de manifiesto la compasión de la gente, la voluntad de acoger a una huérfana, aun tratándose de una niña de otra raza. Demostraría que la gente del clan había tratado a uno de los Otros mejor de lo que éstos los trataban a ellos.

Ayla permaneció inmóvil por un momento, buscando en su memoria. Por fin, utilizando simultáneamente las señas del lenguaje formal del clan y las palabras de

los zelandonii, empezó:

—En realidad, no recuerdo gran cosa del principio, pero a menudo Iza me contaba cómo me encontraron. Estaban buscando una nueva caverna. Se había producido un terremoto, probablemente el que aparece aún en mis sueños. Su hogar había quedado destruido; varias personas del Clan de Brun murieron a causa de los desprendimientos de rocas en el interior de la caverna, y muchos objetos sufrieron daños. Enterraron a sus muertos y se marcharon. Aunque la caverna seguía allí, quedarse les traería mala suerte. Los espíritus de sus tótems no estaban a gusto allí y querían que se fueran. Viajaban deprisa. Necesitaban un nuevo hogar cuanto antes, no sólo por ellos mismos, sino porque sus espíritus protectores necesitaban un sitio donde sentirse bien. —Pese a que Ayla mantenía un tono de voz neutro y contaba la historia con señas y movimientos, los demás estaban ya absortos en el relato. Para ellos los tótems eran un aspecto de la Madre, y comprendían los desastres que la Gran Madre Tierra podía provocar cuando se disgustaba—. Iza me contó que mientras seguían el curso de un río, vieron aves carroñeras volar en círculo. Brun y Grod me vieron primero, pero pasaron de largo. Buscaban comida, y se habrían alegrado si las aves carroñeras hubieran localizado alguna presa de un animal cazador. Podían mantener a raya a un cazador cuadrúpedo el tiempo suficiente para llevarse algo de carne. Pensaron que estaba muerta, pero no comen personas, ni siquiera a una de los Otros. —Los movimientos de Ayla se sucedían con gracia y fluidez mientras hablaba. Hacía señas y gestos con especial soltura—. Cuando Iza me vio tendida en tierra a la orilla del río, se detuvo a mirar. Era una entendida en medicinas, y se interesó. Un gran felino me había clavado las garras en la pierna, probablemente un león cavernario, pensó, y la herida se había enconado. En un primer momento también ella me dio por muerta, pero de pronto me oyó gemir, así que vino a examinarme y descubrió que respiraba. Pidió permiso a Brun, el jefe, que era su hermano, para llevarme con ellos. Él no se lo prohibió.

Entre el público se oyeron algunas exclamaciones de entusiasmo. Jondalar sonrió.

—Por entonces Iza estaba embarazada, pero me cogió y cargó conmigo hasta que acamparon para pasar la noche. No sabía con seguridad si sus medicinas surtirían efecto con los Otros, pero conocía un caso en el que sí habían dado resultado, así que decidió probar. Preparó un emplasto para eliminar la infección. Al día siguiente volvió a cargar conmigo de la mañana a la noche. Recuerdo que cuando desperté por primera vez y vi su cara, grité, pero ella me abrazó y me consoló. Al tercer día yo ya podía andar un poco, y para entonces Iza había llegado a la conclusión de que estaba destinada a ser su hija.

Ayla interrumpió el relato en ese punto. Siguió un profundo silencio. Era una historia conmovedora.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Proleva.

—Iza me explicó más adelante que debía de tener unos cinco años. Era quizá de la edad de Jaradal o Robenan —añadió mirando a Solaban.

—¿Has contado todo eso también con gestos? —preguntó Solaban—. ¿Realmente pueden expresar tantas cosas sin palabras?

—No existe una seña para cada una de las palabras que he pronunciado, pero en esencia ellos habrían entendido lo mismo. Su lenguaje es mucho más que simples movimientos de manos. Todo cuenta; incluso un parpadeo o una inclinación de cabeza tienen significado.

—Pero con esa clase de lenguaje —añadió Jondalar— no pueden decir mentiras. Si lo intentaran, alguna expresión o postura los delataría. Cuando conocí a Ayla, ni siquiera tenía formado en su mente el concepto de decir algo contrario a la verdad. Incluso le costaba entender a qué me refería, y aunque ahora ya lo comprende, sigue siendo incapaz de mentir. No ha conseguido aprender. Así la criaron.

—Es posible que hablar sin palabras tenga más mérito de lo que nos imaginábamos —comentó Marthona en un susurro.

—Creo que, tras observarla, resulta evidente que esa clase de lenguaje de señas es una manera natural de comunicarse para Ayla —dictaminó Zelandoni. Pensó que si hubieran sido una mera simulación, sus movimientos habrían carecido de aquella gracia y fluidez. Además, qué motivos podía tener para mentir a ese respecto.

¿Sería verdad que era incapaz de mentir? Tenía sus dudas, pero Jondalar había esgrimido argumentos convincentes.

—Cuéntanos algo más sobre tu vida con ellos —dijo Zelandoni de la Undécima Caverna—. No es necesario que continúes con las señas, a menos que lo desees. Es agradable contemplarte, pero me parece que has dejado las cosas muy claras. Has comentado que enterraron a sus muertos. Me gustaría conocer con mayor detalle sus prácticas funerarias.

—Sí, entierran a sus muertos. Yo estaba presente cuando Iza murió…

La conversación se prolongó durante toda la tarde. Ayla ofreció una conmovedora descripción de la ceremonia y el ritual del entierro y luego continuó hablando de su infancia. Los demás le hicieron preguntas y la interrumpieron con frecuencia para introducir comentarios y solicitar más información.

Finalmente, cuando Joharran notó que oscurecía dijo:

—Creo que Ayla está cansada, y todos tenemos hambre otra vez. Antes de dar por concluida la reunión, quizá deberíamos hablar de la organización de una cacería previa a la Reunión de Verano.

—Jondalar me ha contado que disponen de un arma de caza nueva, y nos la enseñarán —comentó Manvelar—. Quizá mañana, o mejor el día después de mañana sea bueno para salir de caza. Así la Tercera Caverna tendría tiempo de planear adónde nos conviene ir.

—Estupendo —convino Joharran—, pero ahora Proleva nos ha preparado otra comida, por si alguien tiene hambre.

La reunión había sido intensa y fascinante, pero todos se alegraron de poder levantarse y moverse un poco. Mientras regresaban a las viviendas, Ayla pensó en la

reunión y en las preguntas continuas. Sabía que había contestado siempre con total sinceridad, pero también era consciente de que apenas había ofrecido información voluntariamente, aparte de responder a las preguntas. Había eludido en particular toda alusión a su hijo. Sabía que los zelandonii lo considerarían una abominación, y si bien no podía mentir, sí podía abstenerse de hablar de él.

Capítulo 9

Cuando llegaron a la morada de Marthona, el interior estaba a oscuras. Folara se había ido a la vivienda de su amiga Ramila para no esperar sola a que regresaran su madre, Willamar, Ayla y Jondalar. La habían visto durante la comida del final del día, pero la conversación se había prolongado de un modo más informal, y la joven sabía que no era probable que volvieran pronto.

En el hogar no se veía siquiera el tenue resplandor de las brasas mortecinas cuando apartaron la cortina de la entrada.

—Cogeré un candil o una tea e iré a buscar lumbre a la morada de Joharran —dijo Willamar.

—No veo luz allí —observó Marthona—. Joharran y Proleva estaban también en la reunión. Probablemente han ido a recoger a Jaradal a la morada de la madre de Proleva.

—¿Y en la morada de Solaban? —preguntó Willamar.

—Tampoco allí veo luz. Ramara ha debido de marcharse. Solaban se ha pasado todo el día en la reunión.

—No te molestes en ir a por lumbre —intervino Ayla—. Tengo aquí las piedras de fuego que he encontrado hoy. Puedo encender el hogar en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué son «piedras de fuego»? —inquirieron Marthona y Willamar casi al unísono.

—Os lo enseñaremos —propuso Jondalar.

Pese a no verle la cara, Ayla supo que Jondalar sonreía.

—Necesitaré yesca —dijo—. Algo en lo que prenda una chispa.

—Hay yesca junto al hogar, pero no sé si conseguiré llegar hasta allí sin tropezar con algo —comentó Marthona—. Podemos ir a por lumbre a alguna otra vivienda.

—Igualmente tendrías que entrar y buscar a oscuras un candil o una tea, ¿no?

—Podemos pedir un candil a alguien —dijo Marthona.

—Quizá podamos producir chispas suficientes para llegar al hogar —sugirió Ayla sacando su cuchillo de sílex y buscando a tientas en el saquito las piedras de fuego que había hallado.

Sosteniendo el nódulo de pirita de hierro ante ella con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha, precedió a los demás a través de la entrada. Por un momento tuvo la sensación de estar penetrando en una cueva profunda. La oscuridad era tan densa que parecía oponer resistencia física. Un escalofrío sacudió a Ayla. Golpeó la piedra de fuego con el borde del cuchillo opuesto al filo y oyó la exclamación de asombro de Marthona cuando la brillante chispa iluminó por un instante el tenebroso interior.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Willamar—. ¿Puedes hacerlo otra vez?

—Lo he hecho con mi cuchillo y una piedra de fuego —explicó Ayla, y volvió a golpear ambos objetos entre sí para demostrar que efectivamente era capaz de repetirlo. Esta vez la duración de la claridad de la chispa le permitió recorrer varios pasos en dirección al hogar. Volvió a golpear la pirita y avanzó un poco más. Cuando por fin llegó al espacio de cocinar, vio que Marthona la había seguido.

—Guardo la yesca aquí, a este lado —dijo la mujer—. ¿Dónde quieres que la deje?

—Cerca del borde ya me viene bien —respondió Ayla.

En la oscuridad notó la mano de Marthona y los trozos blandos y secos de algún material fibroso que sostenía. Ayla colocó la yesca en el suelo, se inclinó sobre ella y volvió a golpear la piedra del fuego. En esta ocasión la chispa saltó hacia la pequeña pila de materia de fácil combustión y prendió con un débil resplandor rojizo. Ayla sopló con suavidad y se vio recompensada con una pequeña llama. Amontonó encima algo más de yesca. Marthona tenía ya un poco de leña menuda preparada y también troncos de mayor tamaño, y en cuestión de unos instantes una acogedora fogata alumbraba la vivienda.

—Ahora quiero ver esa piedra de fuego —dijo Willamar después de encender unos candiles.

Ayla le entregó el diminuto nódulo de pirita de hierro. El hombre examinó la piedra de un color dorado con tonalidades grisáceas haciéndola girar para contemplar todas sus caras.

—Parece una simple piedra con un color interesante. ¿Cómo haces fuego con ella? —quiso saber—. ¿Está al alcance de cualquiera?

—Sí, claro que sí —confirmó Jondalar—. Te enseñaré a hacerlo. ¿Puedo usar un poco de esa yesca, madre?

Mientras Marthona cogía más yesca, Jondalar fue en busca del yesquero a su mochila de viaje y extrajo el golpeador de pedernal y la piedra de fuego. Luego formó un pequeño montón del esponjoso material, probablemente —pensó— fibras de laureola o enea mezcladas con un poco de brea y madera podrida de un árbol muerto dejada a secar y desmenuzada. Era la clase de yesca que su madre siempre había preferido. Agachándose sobre la pila, Jondalar golpeó entre sí el pedernal y la pirita de hierro. La chispa, ya no tan fácil de ver a la luz del fuego, cayó de todos modos en el material inflamable, que cobró un tonalidad parduzca y despidió un hilillo de humo. Jondalar sopló hasta hacer brotar una llama y añadió más yesca. Pronto ardía una segunda fogata en el círculo ennegrecido por la ceniza y delimitado por piedras que constituía el hogar de la morada.

—¿Puedo probar? —preguntó Marthona.

—Se requiere cierta práctica para producir una chispa y conseguir que vaya a parar exactamente allí donde uno quiere, pero no es difícil —aseguró Jondalar entregándole la piedra y el golpeador.

—Cuando acabes, también a mí me gustaría probarlo —dijo Willamar.

—No es necesario que esperes —terció Ayla—. Iré a traer el golpeador de pedernal de mi yesquero y te enseñaré a hacerlo. Yo he utilizado el cuchillo, pero el borde ya se ha desportillado, y no querría que se partiera la hoja.

Los primeros intentos de ambos fueron vacilantes y torpes, pero, con la ayuda de Ayla y Jondalar, tanto Marthona como Willamar aprendieron enseguida. Willamar fue el primero en encender fuego pero tuvo problemas para repetir el proceso. Marthona, por su parte, dominó la técnica en cuanto logró prender fuego por primera vez. No obstante, con la práctica y los consejos de los dos expertos —junto con muchas risas —, ninguno de los dos tardó mucho en arrancar chispas a la piedra y encender fuego con facilidad.

Folara, al llegar, los encontró a los cuatro sonriendo satisfechos, de rodillas en torno al hogar, en el que ardían varias pequeñas fogatas. Lobo entró con ella. El animal se había cansado de quedarse todo el día en el mismo sitio junto a Ayla, y cuando descubrió a Jaradal con Folara, que lo animó a acercarse a ellos, no pudo resistirse. Habían exhibido muy ufanos su relación con aquel depredador curiosamente cordial, y de paso, gracias a eso, el lobo resultaba menos amenazador para el resto de la gente de la caverna.

Después de saludar debidamente a todos y beber un poco de agua, el animal se retiró al rincón cercano a la entrada que se había apropiado, y allí se hizo un ovillo para descansar tras un agotador día en compañía de Jaradal y otros niños.

—¿Qué ocurre? —preguntó Folara cuando, concluido el alboroto de los saludos, reparó en el hogar—. ¿Por qué tenéis tantas fogatas encendidas?

—Hemos estado aprendiendo a encender fuego con piedras —contestó Willamar.

—¿Con la piedra de fuego de Ayla?

—Sí —dijo Marthona—. Es muy fácil.

—Te prometí enseñarte, Folara. ¿Te gustaría intentarlo ahora? —propuso Ayla.

—¿De verdad lo has conseguido, madre? —preguntó la joven.

—Naturalmente.

—¿Y tú también, Willamar?

—Sí. Hace falta un poco de práctica, pero no es difícil.

—Bueno, pues no voy a ser yo la única de la familia que no sabe hacerlo —dijo Folara.

Mientras Ayla explicaba a la joven el procedimiento para obtener fuego con las piritas, ayudada de los consejos de Jondalar y del recién iniciado Willamar, Marthona aprovechó las fogatas ya encendidas para calentar piedras de cocinar. Llenó de agua la canasta de preparar infusiones y comenzó a cortar carne de bisonte asada y fría. Cuando las piedras de cocinar estuvieron calientes, introdujo varias en la canasta y se formó una nube de vapor. Añadió entonces un par más, junto con un poco de agua, a un recipiente hecho de ramas de sauce entretejidas con una tupida trama de fibras y sujeto a una base de madera. Contenía verduras cocidas esa mañana: botones de lirio de día, tallos tiernos de uvillo cortados en rodajas, brotes de saúco, helechos recién

salidos y bulbos de azucena, todo ello sazonado con albahaca, flores de saúco y raíces de retama.

Cuando Marthona acabó de preparar una cena ligera, Folara había añadido su pequeña fogata a las que aún ardían en el hogar. Todos cogieron sus platos y sus vasos para la infusión y se sentaron en los almohadones en torno a la mesa baja. Después de comer, Ayla llevó a Lobo un cuenco con los restos y un trozo más de carne, se sirvió otro vaso de infusión y se reunió con los demás.

—Me gustaría saber más acerca de esas piedras de fuego —dijo Willamar—. No había oído de nadie que encendiera el fuego así.

—¿Dónde lo aprendiste, Jondé? —preguntó Folara.

—Me enseñó Ayla —contestó él.

—¿Y tú dónde lo aprendiste, Ayla? —quiso saber Folara.

—En realidad, no lo aprendí ni lo planeé ni pensé en ello; ocurrió sin más.

—Pero ¿cómo puede «ocurrir sin más» una cosa? —insistió Folara.

Ayla tomó un sorbo de infusión y cerró los ojos para revivir el suceso.

—Era uno de esos días en los que todo parece salirte mal. Eran los inicios de mi primer invierno en el valle; el río empezaba a helarse, y se me había apagado el fuego en plena noche. Whinney era aún una potranca, y las hienas merodeaban cerca de mi caverna en la oscuridad, pero yo no encontraba la honda. Tuve que ahuyentarlas arrojándoles piedras de cocinar. Por la mañana, cuando me disponía a cortar leña, se me cayó el hacha y se rompió. Era la única que tenía, así que no me quedaba más remedio que hacer una nueva. Por suerte había visto nódulos de pedernal entre un montón de piedras y huesos de animales apilados no muy lejos de la caverna.

»Bajé a la orilla rocosa del río para tallar un hacha nueva y otras herramientas. Mientras trabajaba, dejé a un lado mi retocador de piedra. Luego, cuando lo necesité de nuevo y fui a cogerlo, estaba tan absorta en el pedernal que me equivoqué de piedra: en lugar de mi retocador había cogido una piedra como ésta, y cuando golpeé con ella el pedernal saltó una chispa. Eso me llevó a pensar en el fuego; de hecho, necesitaba fuego, así que traté de producir nuevamente una chispa con la piedra. Lo conseguí tras varios intentos.

—Tal como lo cuentas parece muy fácil —comentó Marthona—, pero dudo que a mí se me hubiera ocurrido encender fuego de ese modo, aun cuando hubiera visto una chispa.

—Estaba sola en aquel valle, sin nadie que me enseñara cómo se hacían las cosas, ni qué cosas no podían hacerse —respondió Ayla—. Ya había cazado y matado a un caballo, pese a ir en contra de las tradiciones del clan, y había adoptado a su potranca, lo cual nunca habría sido autorizado por el clan. Había hecho tantas cosas que supuestamente no debía hacer que a esas alturas estaba dispuesta a poner en práctica cualquier idea que me viniera a la mente.

—¿Tenéis muchas de esas piedras de fuego? —preguntó Willamar.

—Había muchas en la margen rocosa de aquel río —contestó Jondalar—. Antes de abandonar el valle reunimos todas las que encontramos. Regalamos algunas a lo largo del viaje, pero guardé el mayor número posible para repartirlas aquí entre la gente. Ya no encontramos más en todo el camino.

—Es una lástima —dijo el maestro de comercio—. Habría estado bien compartirlas, o quizá incluso usarlas como material de intercambio.

—¡Pero sí es posible! —exclamó Jondalar—. Ayla ha encontrado unas cuantas esta mañana en el valle del Río del Bosque, justo antes de venir a la reunión. Eran las primeras que veía desde que nos marchamos de aquel valle.

—¿Habéis encontrado más? ¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Willamar.

—Al pie de una pequeña cascada… —explicó Ayla.

—Si hay unas cuantas en un sitio, puede haber otras cerca —añadió Jondalar.

—Es cierto —convino Willamar—. ¿A quién más habéis hablado de estas piedras de fuego?

—Aún no he tenido tiempo de decírselo a nadie —respondió Jondalar—, pero Zelandoni ya lo sabe, porque se lo contó Folara.

—¿Y a ti quién te lo había dicho? —preguntó Marthona a su hija.

—Ayla o, para ser más exactos, más que decírmelo, yo misma la vi usar una ayer cuando llegó Willamar —explicó Folara.

—Pero la propia Zelandoni no lo vio, ¿verdad? —preguntó Willamar con un asomo de sonrisa.

—No lo creo —contestó Folara.

—Esto va a ser divertido. Estoy impaciente por enseñárselo —comentó Willamar —. Se quedará atónita, pero procurará disimularlo.

—Sí, será divertido —coincidió Jondalar, también sonriente—. No es nada fácil sorprender a esa mujer.

—Eso es por lo mucho que sabe —afirmó Marthona—. Pero tú, Ayla, ya la has impresionado más de lo que crees.

—En efecto —confirmó Willamar—. Los dos la han impresionado. ¿Nos tenéis guardada alguna otra sorpresa?

—Bueno, creo que os asombrará el lanzavenablos con el que mañana haremos una demostración, y no os imagináis la gran destreza que ha desarrollado Ayla con la honda —dijo Jondalar—. Y aunque a vosotros quizá no os atraiga demasiado el tema, he aprendido algunas nuevas técnicas para la talla del pedernal francamente interesantes. Dejaron impresionado incluso a Dalanar.

—Si impresionaron a Dalanar, admito que también yo estoy impresionado —declaró Willamar.

—Y otra cosa es el pasahebras —recordó Ayla.

—¿Pasahebras? —repitió Marthona.

—Sí, para coser. Yo era incapaz de aprender a pasar un cordón pequeño o una fibra de tendón a través de un agujero hecho con un punzón. De pronto se me ocurrió

una idea, pero todo el Campamento del León contribuyó a realizarla. Si queréis, traeré mi costurero y os lo enseñaré —propuso Ayla.

—¿Crees que le serviría a alguien cuya vista no le permite ya ver los agujeros tan bien como antes? —preguntó Marthona.

—Creo que sí —respondió Ayla—. Déjame ir a buscarlo.

—¿Por qué no esperamos a mañana cuando haya más luz? —sugirió Marthona—. A pleno día se ve mejor que a la luz del fuego. Pero desde luego estoy muy interesada en verlo.

—En fin, Jondalar, está claro que has causado mucho revuelo por aquí —dijo Willamar—. Tu regreso por sí solo habría sido ya suficiente, pero además has traído muchas cosas. Siempre he opinado que viajar abre nuevas posibilidades, promueve ideas nuevas.

—Probablemente tienes razón, Willamar —convino Jondalar—. Pero para serte sincero, estoy cansado de viajar. Con mucho gusto me quedaré en casa durante una larga temporada.

—Irás a la Reunión de Verano, ¿verdad, Jondé? —preguntó Folara.

—Claro. Allí celebraremos nuestra unión, hermanita —anunció Jondalar, rodeando a Ayla con el brazo—. Ir a la Reunión de Verano no es, en realidad, viajar, y menos después del viaje que hemos hecho. Ir a la Reunión de Verano es algo que forma parte del hecho de quedarse en casa. A propósito, Willamar, con vistas a la cacería que planea Joharran antes de ponernos en marcha, ¿sabes dónde podemos conseguir disfraces? Ayla quiere acompañarnos, y los dos necesitaremos disfraces.

—Algo encontraremos, eso seguro. Tengo una cornamenta de sobra, por si vamos a la caza del ciervo rojo, y mucha gente puede proporcionarnos pieles y otras cosas.

—¿Qué son «disfraces»? —preguntó Ayla.

—Nos cubrimos con pieles y a veces nos ponemos astas para poder aproximarnos más a una manada —explicó Willamar—. Los animales desconfían de la gente, así que intentamos hacerles creer que somos animales.

—Jondalar, quizá podríamos llevar los caballos, como aquella vez que Whinney y yo ayudamos a los Mamutoi en la cacería del bisonte —sugirió Ayla, y luego miró a Willamar—. Cuando vamos montados a caballo, los animales no nos ven; ven sólo a los caballos. Nos acercamos mucho, y con los lanzavenablos, incluso nosotros dos solos, y Lobo, obteníamos buenos resultados.

—¿Usáis a vuestros animales para que os ayuden a cazar otros animales? —dijo Willamar con una sonrisa—. Eso no lo habéis mencionado cuando os he preguntado si teníais más sorpresas escondidas. ¿Acaso no lo consideráis asombroso?

—Me da la impresión de que ni siquiera son conscientes de todas las sorpresas que nos tienen guardadas —comentó Marthona. Tras un breve silencio, preguntó—: ¿Le apetecería a alguien un poco más de infusión de manzanilla antes de acostarse? —miró a Ayla—. La encuentro muy relajante, y tú has estado todo el día sometida a

un largo interrogatorio. Esa gente del clan no es ni mucho menos tan simple como imaginaba.

Folara aguzó el oído. La larga reunión era el centro de todas las conversaciones, y sus amigas la habían acosado para sonsacarle información, dando por supuesto que estaría al corriente de todo. Ella había contestado que sabía lo mismo que cualquier otro, insinuando, no obstante, que en realidad no podía decir lo que sabía. Ahora, al menos, se formaba ya cierta idea sobre el tema de la reunión. Escuchó atentamente mientras proseguía la charla.

—Según parece, tienen muchas buenas cualidades —comentaba Marthona—. Cuidan de los enfermos, y su jefe, por lo que cuentas, antepone el interés de los suyos por encima de todo. Los conocimientos de sus entendidas en medicinas deben de ser muy amplios, a juzgar por la reacción de la Zelandoni, y tengo la sensación de que querrá saber más acerca del jefe espiritual. Creo, Ayla, que le habría gustado hacerte muchas más preguntas pero se ha contenido. Joharran estaba más interesado en la gente y su forma de vida.

Siguió un momento de silencio. Ayla contempló la agradable vivienda de Marthona a la tenue luz del fuego del hogar y de los candiles y advirtió algunos detalles estéticos más. La morada reflejaba fielmente el carácter de esa mujer. Ayla recordó el elegante efecto que producía el espacio de vivienda de Ranec en el albergue del Campamento del León. Ranec era un artista, un excelente tallador, y había tenido la paciencia de explicar a Ayla sus opiniones e ideas sobre cómo crear belleza y aprender a valorarla, para disfrutarla él mismo y para rendir homenaje a la Gran Madre Tierra. Ayla pensó que probablemente Marthona poseía algo de esa misma sensibilidad.

Mientras se bebía a sorbos la infusión tibia, observó a los parientes de Jondalar, tranquilamente sentados en torno a la mesa baja. Percibió una sensación de satisfacción y paz hasta entonces desconocida para ella. Eran personas a quienes ella comprendía, personas como ella, y en ese momento la asaltó la certeza de que en efecto pertenecía a los Otros. A continuación acudió a su mente la imagen de la caverna del Clan de Brun, donde ella se había criado, y la asombró el enorme contraste.

Entre los zelandonii, cada familia tenía su propia morada, con paneles y tabiques para separar las distintas unidades. Desde dentro de las moradas se oían los ruidos y voces exteriores —a los que por costumbre nadie prestaba atención—, pero cada familia tenía intimidad por lo que a las miradas ajenas se refería. También los mamutoi contaban con áreas definidas para cada familia dentro del albergue subterráneo del Campamento del León, con cortinas que aseguraban la intimidad visual cuando uno lo deseaba.

En la caverna del Clan de Ayla, los límites del espacio de vivienda de cada familia eran conocidos aunque sólo se marcaran con unas cuantas piedras estratégicamente colocadas. Allí la intimidad era una cuestión de práctica social: uno

no miraba directamente al interior del hogar de un vecino, no «veía» más allá de la invisible línea divisoria. En el clan la gente había desarrollado la facultad de no ver aquello que no debía verse. Ayla recordó con una desgarradora amargura que incluso quienes la amaban dejaron sencillamente de verla a partir del momento en que la maldición recayó en ella.

Los zelandonii también delimitaban los espacios dentro y fuera de las moradas, destinando lugares a dormir, guisar y comer, así como a diversos proyectos de trabajo. En el seno del clan no se establecían con tanta precisión las áreas para las diferentes actividades. Por lo general se determinaba el sitio donde dormir y el hogar donde hacer fuego, pero por lo demás la división del espacio venía dada por la tradición, el hábito y el comportamiento. Se trataba de divisiones mentales y sociales, no físicas. Las mujeres no visitaban los espacios donde trabajaban los hombres; los hombres se mantenían a distancia de las áreas reservadas a las actividades femeninas; y a menudo los proyectos de trabajo se realizaban allí donde convenía en su momento.

«Según parece, los zelandonii disponen de más tiempo para hacer cosas, pensó Ayla. Da la impresión de que todos hacen muchas cosas, y no únicamente cosas necesarias. Quizá la diferencia estribe en su manera de cazar». Tan absorta estaba en sus reflexiones que no oyó la pregunta que le habían formulado.

—¿Ayla? ¡Ayla! —dijo Jondalar alzando la voz.

—¡Ah! Perdona. ¿Qué decías?

—¿En qué estabas pensando que ni siquiera me oías?

—Pensaba en las diferencias entre los Otros y el clan, y me preguntaba por qué parece que los zelandonii hacen muchas más cosas de las que hace la gente del clan —contestó Ayla.

—¿Y has encontrado alguna explicación? —quiso saber Marthona.

—No lo sé; pero quizá las distintas formas de cazar tengan algo que ver —dijo Ayla—. Cuando Brun y sus cazadores salían, normalmente volvían con un animal entero, a veces dos. En el Campamento del León había más o menos el mismo número de personas que en el Clan de Brun, pero iban a las cacerías todos los que podían, hombres, mujeres e incluso algunos niños, aunque sólo fuera para acosar a las presas. Solían matar muchos animales y traían sólo las partes mejores y más sustanciosas, y guardaban una gran cantidad de carne para el invierno. No recuerdo ninguna ocasión en que ni unos ni otros se murieran de hambre, pero a finales del invierno a la gente del clan sólo le quedaba la comida más magra y que menos saciaba, y a veces se veían obligados a cazar en primavera, cuando los animales aún no habían engordado. En el Campamento del León se acababan algunos alimentos y la gente echaba en falta la verdura, pero aparentemente comían bien incluso en la última etapa de la primavera.

—Puede que convenga mencionarle eso a Joharran —dijo Willamar mientras se ponía en pie bostezando—. Pero en otro momento. Ahora voy a acostarme. Mañana

nos espera un día ajetreado.

Marthona se levantó también de los almohadones y llevó las fuentes a la cocina.

Folara, de pie, se estiró y bostezó con gestos tan semejantes a los de Willamar que Ayla sonrió al advertirlo.

—Yo también me voy a dormir. Te ayudaré a lavar los platos por la mañana, madre —dijo limpiando su cuenco de madera con un trozo de suave piel de ciervo antes de guardarlo—. Ahora estoy muy cansada.

—¿Vendrás a cazar, Folara? —preguntó Jondalar.

—Aún no lo he decidido. Mañana veré si me apetece —contestó al tiempo que se encaminaba a su habitación.

Cuando Marthona y Willamar se retiraron a su dormitorio, Jondalar apartó la mesa baja y extendió las pieles de dormir. Mientras se tapaban con ellas, Lobo se acercó para acostarse al lado de Ayla. No le importaba quedarse al margen mientras había gente alrededor, pero cuando la jefa de su manada se iba a la cama, él se tendía junto a ella.

—Tu familia me cae muy bien, Jondalar, de verdad —aseguró Ayla—. Creo que va a gustarme vivir con los zelandonii. He pensado en lo que me dijiste anoche, y tienes razón. No debo juzgar a todo el mundo por la conducta de unas cuantas personas desagradables.

—Tampoco debes juzgar a todo el mundo por cómo son los mejores —advirtió Jondalar—. Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente ante determinadas situaciones. Yo que tú los juzgaría uno por uno.

—En mi opinión, todos tenemos algo bueno y algo malo. Algunos tienen un poco más de lo uno que de lo otro. Yo siempre confío en que las personas tengan más bueno que malo, y me gusta creer que así es en la mayoría de los casos. ¿Te acuerdas de Frebec? Al principio se portó francamente mal, pero al final resultó ser buena persona.

—Debo admitir que me sorprendió —declaró Jondalar arrimándose a ella y acariciándole el cuello con los labios.

—En cambio, tú no me sorprendes —dijo Ayla sonriendo al notar su mano entre sus muslos—. Sé en qué estás pensando.

—Espero que tú estés pensando en lo mismo —repuso él. Al percibir que ella, besándolo, le devolvía la caricia, añadió—: Me da la impresión de que así es.

Fue un prolongado beso. Los dos sintieron crecer el deseo, pero no había prisa. Estaban en casa, pensó Jondalar. Pese a las dificultades del largo y peligroso viaje, había llegado con ella a casa. Ayla estaba ya a salvo; los peligros habían terminado. Se interrumpió para contemplarla, y sintió por ella un amor tan intenso que no supo si podría contenerlo.

Incluso a la débil luz de las brasas, Ayla vio ese amor en sus ojos azules, de un tono casi violáceo en aquella semioscuridad, y experimentó igual emoción. Al pasar

de niña a muchacha, nunca soñó con encontrar a un hombre como Jondalar, nunca esperó llegar a ser tan afortunada.

A él se le hizo un nudo en la garganta, y dobló la cabeza para volver a besarla, notando cada vez más la necesidad de poseerla, de amarla, de fundirse con ella. Dio gracias por tenerla allí. Ayla siempre parecía dispuesta a aceptarlo, siempre parecía desearlo cuando él la deseaba. Nunca jugaba a las evasivas como hacían algunas mujeres.

Marona acudió a su mente por un instante. Ella era aficionada a esa clase de juegos, aunque no tanto con Jondalar como con otros. De pronto se alegró de haberse marchado con su hermano a la aventura en lugar de quedarse allí y unirse a Marona. Si Thonolan viviera…

Pero Ayla sí había sobrevivido, pese a que había estado a punto de perderla en más de una ocasión. Jondalar notó abrirse la boca de ella bajo la presión de su lengua, percibió su tibio aliento. La besó en el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja y recorrió su garganta con la lengua en una tierna caricia.

Ayla permaneció inmóvil, resistiendo el cosquilleo, dejando que éste se convirtiera en una serie de espasmos internos expectantes. Jondalar le besó el hoyuelo de la garganta y se desvió luego hacia un erecto pezón, circundándolo, mordisqueándolo. Impaciente, Ayla casi experimentó una sensación de alivio cuando por fin él tomó el pezón entre sus labios y lo succionó. Notó una sacudida de excitación en lo más hondo de su ser, y en el sitio de los placeres.

Jondalar estaba preparado, pero se sintió aún más rebosante al oír el suave gemido de Ayla cuando le chupó y mordió con delicadeza primero un pezón y luego el otro. Su deseo cobró tal intensidad que quiso poseerla en ese mismo instante, pero quería también que ella estuviera tan preparada como él, y sabía cómo llevarla a ese punto.

Ayla percibía la avidez de Jondalar, y eso avivó su propio deseo. Se habría dado por satisfecha con abrirse a él en ese mismo momento, pero cuando él apartó el cobertor de sus pieles de dormir y descendió por su cuerpo, ella contuvo el aliento, adivinando y anhelando lo que se acercaba.

Jondalar paseó la lengua en torno al ombligo de Ayla muy brevemente. Ninguno de los dos quería esperar. Al apartar de una patada el cobertor, Ayla vaciló por un instante pensando en los Otros, acostados en sus dormitorios. No estaba habituada a convivir con otra gente en la misma morada y se sintió un tanto cohibida. Jondalar, en cambio, no parecía afectado por tales reparos.

Sin embargo, la inquietud de Ayla se desvaneció en cuanto él le besó el muslo, separó sus piernas para besarle el otro muslo, y luego besó los suaves pliegues de su sexo. Se deleitó con el familiar sabor, lamió lentamente y encontró el nódulo pequeño y duro.

El gemido de Ayla aumentó de volumen. Sintió destellos de placer como si la traspasara un relámpago mientras él succionaba y la masajeaba con la lengua. La

propia Ayla no era consciente de lo preparada que estaba. Le llegó antes de lo que esperaba. Casi sin previo aviso, empezó a sentir cimas de placer y el abrumador deseo de notar plenamente a Jondalar con toda su virilidad.

Tendió los brazos hacia él, lo obligó a subir y guió su miembro. Penetró profundamente. A la primera embestida, Jondalar tuvo ya que esforzarse por contenerse, por esperar un poco más, pero Ayla estaba ya a punto y lo apremiaba, así que él se dejó llevar. Con gozoso abandono, acometió una y otra vez hasta que, para ambos, la oleadas de placer crecieron y se desbordaron.

Jondalar descansó sobre ella, momento que ella siempre saboreaba con especial satisfacción; pero él recordó entonces que estaba embarazada y se retiró, preocupado por el hecho de que su peso pudiera resultar excesivo. Ayla sintió entonces una fugaz decepción.

Al apartarse, Jondalar se preguntó una vez más si Ayla realmente tendría razón. ¿Era así como se había iniciado el niño dentro de ella? ¿Era el niño también de él, como Ayla sostenía? ¿Acaso aquel prodigioso don del placer que la Madre había otorgado a sus hijos era también la manera mediante la cual Ella bendecía a las mujeres con una nueva vida en su interior? ¿Sería ése el motivo por el que se había creado a los hombres, para dar inicio a la nueva vida dentro de una mujer? Deseaba que Ayla estuviera en lo cierto, deseaba que aquello fuera verdad, pero ¿llegaría a saberlo con certeza algún día?

Al cabo de un rato, Ayla se levantó. Sacó de una mochila un pequeño cuenco de madera y vertió en él un poco de agua del odre. Lobo se había ido a su rincón, cerca de la entrada, y la recibió con la actitud vacilante que siempre adoptaba después de compartir placeres Jondalar y ella. Ayla le sonrió y, con una seña, le hizo saber que se había portado correctamente. Luego, de pie sobre el cesto de noche, se limpió como Iza le había enseñado cuando se convirtió en mujer. «Iza, sé que tenías tus dudas sobre mis necesidades futuras a este respecto, pensó, pero hiciste bien en enseñarme entonces los rituales de la limpieza».

Cuando Ayla volvió a la cama, Jondalar prácticamente se había dormido. Estaba demasiado cansado para levantarse; Ayla pensó que ya airearía y cepillaría las pieles de dormir por la mañana. Además, puesto que iban a quedarse en un mismo sitio durante una temporada, dispondría de tiempo para lavarlas. Nezzie le había enseñado a hacerlo, pero la tarea requería tiempo y mucho cuidado.

Ayla se tendió en su lado, de espaldas a Jondalar, y éste se abrazó a ella. Acurrucados como dos tórtolos, él se quedó dormido pero ella no pudo conciliar el sueño pese a sentirse satisfecha y a gusto, seguramente porque esa mañana se había levantado mucho más tarde que de costumbre. Mientras yacía despierta, pensó de nuevo en el clan y los Otros. A su mente acudían sin cesar recuerdos de su vida con la gente del clan y sus estancias con diversos grupos de los Otros, y sin darse cuenta empezó a establecer comparaciones.

Ambos tenían a su disposición las mismas clases de materiales, pero difería el uso que hacían de ellos. Unos y otros cazaban animales; unos y otros recolectaban los alimentos que crecían en la tierra; y unos y otros utilizaban pieles, huesos, materias vegetales y piedras para la elaboración de ropa, viviendas, utensilios y armas. Sin embargo, había diferencias entre ellos.

Quizá la más evidente era que la gente de Jondalar decoraba su entorno con pinturas y tallas de animales y con dibujos, en tanto que la gente del clan no lo hacía. Si bien no sabía cómo explicarlo, ni siquiera a sí misma, percibía que la gente del clan expresaba esa decoración en una fase inicial. Por ejemplo, en los funerales, empleaban el ocre rojo para dar color al cadáver; se interesaban por objetos poco comunes, que recogían y guardaban en sus amuletos; y prestaban atención a las cicatrices de los tótems y las marcas hechas en el cuerpo con alguna finalidad especial. Pero la gente del clan, más primitiva, no creaba arte como legado.

Ésa era una cualidad exclusiva de la gente como Ayla, la gente como los mamutoi y los zelandonii, y como cualquiera de los grupos pertenecientes a los Otros que habían conocido en su viaje. Se preguntó si la gente desconocida entre la que había nacido decoraría los objetos de su mundo, y llegó a la conclusión de que sí. Fueron aquellos que vinieron después, aquellos que compartieron aquel mundo antiguo y frío con el clan durante una época, aquéllos a quienes la gente del clan llamaba «los Otros», los primeros en concebir a un animal como forma viva, en movimiento, y en reproducirlo mediante un dibujo o una talla. Era una gran diferencia.

Crear arte, trazar contornos de animales o señales con sentido, indicaba la capacidad de realizar abstracciones, la capacidad de captar la esencia de una cosa y transformarla en símbolo de la cosa en sí. El símbolo de una cosa puede adoptar asimismo la forma de un sonido, una palabra. Un cerebro capaz de pensar desde la perspectiva del arte era un cerebro apto para desarrollar plenamente el potencial de otra abstracción de gran importancia: el lenguaje. Y el mismo cerebro capaz de crear una síntesis entre la abstracción del arte y la abstracción del lenguaje lograría algún día establecer una sinergia con ambos símbolos o, dicho de otro modo, un recuerdo de las palabras: la escritura.

A diferencia del día anterior, esa mañana Ayla abrió los ojos muy temprano. No resplandecían ya las brasas del hogar ni había un solo candil encendido, pero distinguió sobre ella los contornos del saliente de piedra caliza, por encima de los paneles oscuros que formaban las paredes de la morada de Marthona, gracias al tenue reflejo de la primera luz del día, la inicial claridad que anunciaba la salida del sol. Nadie más se movía cuando Ayla, en silencio, salió de entre las pieles y, en la penumbra, buscó a tientas el camino hasta el cesto de noche. Lobo alzó la cabeza en cuanto ella se puso en pie, la saludó con un alegre gañido y la siguió.

Tenía unas ligeras náuseas, pero no como para vomitar, y sentía la necesidad de comer algo sólido para aplacar su estómago revuelto. Fue a la cocina y encendió un pequeño fuego. Luego tomó un bocado de carne de bisonte que había quedado la noche anterior en una fuente hecha con un hueso pélvico y también unas verduras pasadas que encontró en el cesto de almacenamiento de alimentos guisados. No muy segura de si su estado había mejorado o no, decidió comprobar si era capaz de prepararse ella misma una infusión para el malestar de estómago. Ignoraba quién le había preparado la infusión del día anterior; se preguntó si habría sido Jondalar. Pensó en hacer también una de las infusiones matutinas que a él más le gustaban.

Sacó la bolsa de las medicinas de su mochila. «Ahora que por fin hemos llegado puedo reabastecer mi provisión de hierbas y medicinas», se dijo mientras examinaba los saquitos uno por uno y recordaba sus usos. «El junco dulce alivia las molestias de estómago… Pero no, Iza me dijo que podía provocar el aborto, y nada más lejos de mis intenciones». Mientras consideraba los posibles efectos secundarios, halló en su mente otro dato de su amplio bagaje en cuestiones de medicina. «La corteza de abedul negro sirve para prevenir el aborto, pero no me queda. Además, no creo correr el menor riesgo de perder al niño. Con Durc, tuve un embarazo mucho más difícil». Ayla recordó el día que Iza salió a buscar serpentaria para que no abortara. Por entonces Iza ya estaba enferma, y su estado se agravó a causa del frío y la lluvia. «Creo que ya nunca se recuperó por completo, pensó Ayla. Te echo de menos, Iza. Ojalá estuvieras cerca para poder contarte que he encontrado un hombre a quien unirme. Ojalá hubieras vivido para llegar a conocerlo. Creo que hubieras dado tu aprobación». Volvió a centrarse en las medicinas. «¡Albahaca, claro! Previene el aborto, y su infusión tiene un sabor muy agradable». Dejó el saquito a un lado. «La menta tampoco estaría mal. Calma las náuseas y el dolor de estómago y sabe bien. A Jondalar le gusta». Colocó también ese saquito aparte. «Y lúpulo, que es bueno para el dolor de cabeza y los calambres y, además, relaja, se dijo, y lo puso junto a la menta. Pero no mucho; el lúpulo puede amodorrar… Las semillas de cerraja quizá me vendrían bien ahora, pero hay que dejarlas en remojo mucho tiempo». Prosiguió con la revisión de sus mermadas provisiones de hierbas medicinales. «Galio, sí, huele bien. Calma el estómago, pero tiene un efecto muy débil. Y manzanilla, que también es buena para el malestar de estómago; quizá podría utilizarla en lugar de la menta. Tal vez sepa mejor al mezclarla con las otras hierbas, pero Jondalar prefiere la menta. La mejorana serviría… o no, no; para molestias de estómago, Iza siempre usaba hojas de mejorana recién cogidas, no secas. ¿Qué más solía usar recién cogido? ¡Hojas de frambueso! ¡Sí, naturalmente! Eso es lo que necesito. Están especialmente indicadas para las náuseas del embarazo. No tengo hojas, pero había frambuesas en el festejo de la otra noche, así que la planta debe de crecer cerca de aquí, y es la temporada. Es mejor coger la hoja cuando la fruta está madura. Me aseguraré de guardar suficiente para el parto. Iza siempre la utilizaba cuando una mujer daba a luz. Me explicó que relajaba el útero de la madre y ayudaba a salir más fácilmente al niño. Aún me

quedan flores de tilo, buenas sobre todo cuando el estómago se agarrota debido a los nervios, y las hojas son dulces y dan buen sabor a las infusiones. Los sharamudoi tenían cerca un viejo tilo, enorme y precioso. ¿Habrá algún tilo por aquí?». Con el rabillo del ojo percibió movimiento, y al alzar la mirada vio salir de su dormitorio a Marthona. Lobo también dirigió la vista hacia allí y de inmediato se levantó con actitud expectante.

—Hoy has madrugado, Ayla —dijo la mujer en un susurro para no molestar a quienes aún dormían. Luego saludó al lobo con unas palmadas.

—Como siempre… o como siempre que la noche anterior no me quedo despierta hasta tarde festejando y tomando bebidas fuertes —respondió Ayla con una sonrisa irónica, también en voz baja.

—Sí, Laramar prepara una bebida muy fuerte, pero a la gente le gusta, según parece —comentó Marthona—. Veo que ya has encendido el fuego. Por lo general procuro añadir leña antes de acostarme para tener fuego a la mañana siguiente con sólo avivar las brasas, pero con esas piedras que nos enseñaste podré dejarme llevar por la pereza. ¿Qué haces?

—Preparo una infusión —contestó Ayla—. Por las mañanas me gusta tener una infusión preparada para cuando Jondalar se despierta. ¿Quieres tú un poco?

—He de tomar todas las mañanas una mezcla de hierbas por indicación de Zelandoni, que añado al agua cuando está caliente —explicó Marthona mientras empezaba a limpiar los restos de la cena de la noche anterior—. Jondalar me habló de esa costumbre tuya de prepararle una infusión por la mañana. Ayer se empeñó en dejarte una lista para cuando te despertaras. Dijo que tú siempre tenías una bebida caliente preparada para él todas las mañanas, y quería que por una vez te la encontraras tú al despertar. Le sugerí que pusiera menta, porque fría sabe bien, y tuve la impresión de que tardarías en levantarte.

—Antes me preguntaba si me la habría preparado Jondalar. Pero ¿fuiste tú quien me dejó el odre lleno y el aguamanil? —quiso saber la joven.

Marthona sonrió y asintió con la cabeza.

Ayla cogió las pinzas de madera alabeada, apartó con ellas del fuego una piedra de cocinar caliente y la echó en la canasta de trama tupida llena de agua. En medio de un inicial burbujeo, la piedra emitió un silbido y levantó una nube de vapor. Ayla agregó otra y, pasado un rato, retiró las primeras para añadir más. Cuando el agua rompió a hervir, cada una de las mujeres se hizo su infusión con sus respectivas mezclas de hierbas. Pese a que la mesa baja se había desplazado hacia la entrada para dar cabida a las pieles de dormir de Ayla y Jondalar, quedaba aún espacio de sobra, y ambas se sentaron amigablemente sobre los almohadones junto a la mesa para tomarse sus bebidas calientes.

—Estaba esperando la ocasión de hablar contigo, Ayla —musitó Marthona—. Antes me preguntaba con frecuencia si Jondalar encontraría a una mujer a quien amar. —Estuvo a punto de añadir «otra vez», pero se contuvo—. Tenía muchos

amigos y todo el mundo lo apreciaba, pero era muy reservado, y poca gente conocía sus verdaderos sentimientos. Thonolan era la persona con quien mantenía una relación más estrecha. Siempre pensé que algún día se emparejaría, pero no estaba muy segura de que se permitiera enamorarse. Ahora estoy convencida de que sí se ha enamorado. —Sonrió mirando a la joven.

—Suele ser muy reservado, es verdad —convino Ayla—. Tanto que antes de darme cuenta de ello estuve a punto de unirme a otro hombre. Aunque amaba a Jondalar, pensaba que él ya no me amaba a mí.

—No creo que haya la menor duda a ese respecto. Es evidente que te quiere, y me alegro de que te haya encontrado. —Marthona tomó un sorbo de su infusión—. El otro día me sentí orgullosa de ti, Ayla. Se necesita mucho valor para plantar cara a la gente tal como tú hiciste después de la broma de Marona… Ya sabes que ella y Jondalar habían hablado de unirse, ¿verdad?

—Sí, él me lo contó.

—Aunque no me habría opuesto, naturalmente, admito que me complace que no la eligiera. Es una mujer atractiva, y todos la consideraban idónea para él, pero yo no.

Ayla esperaba que le explicara la razón. Marthona se interrumpió y se llevó el vaso a los labios.

—Me gustaría ofrecerte algo más apropiado para ponerte que el «regalo» de Marona —prosiguió la mujer después de beber un poco más de infusión y dejar el vaso.

—Ya me has dado algo precioso que ponerme —respondió Ayla—. El collar de la madre de Dalanar.

Marthona se puso en pie sonriendo y entró sigilosamente en su dormitorio. Regresó con una prenda plegada y colgada del brazo. Luego la sostuvo en alto para mostrársela a Ayla. Era una túnica larga de un color claro y suave, semejante al tono blanquecino de los tallos de hierba al final del invierno. Estaba bellamente adornada con cuentas y conchas, hebras de colores cosidas y largos flecos; pero no era de piel. Al examinarla de cerca, Ayla vio que era de cordones finos o hebras de alguna fibra entrecruzados, con una textura parecida a la de los trabajos de cestería pero en extremo tupida. ¿Quién era capaz de tejer con unos cordones tan finos como aquéllos? Era un tejido similar al tapete de la mesa, pero aún más fino.

—Nunca había visto nada igual —declaró Ayla—. ¿Qué clase de material es éste? ¿De dónde proviene?

—Lo hago yo. Lo tejo sobre un bastidor especial —explicó Marthona—. ¿Conoces una planta que se llama «lino»? ¿Una planta de tallo alto y delgado, con flores azules?

—Sí, sé de una planta con ese aspecto, y si no recuerdo mal, Jondalar me dijo que se llamaba «lino» —recordó Ayla—. Es buena para tratar problemas graves en la piel, como forúnculos, sarpullidos y llagas, incluso aunque éstas estén dentro de la boca.

—¿La has entretejido alguna vez para formar cordones? —preguntó Marthona.

—Quizá, pero no lo recuerdo. En todo caso, imagino perfectamente cómo podría hacerse, porque tiene fibras largas.

—Pues ésa fue la planta que utilicé para confeccionar esta túnica.

—Sabía que el lino era útil, pero no que podía usarse para hacer algo tan hermoso.

—He pensado que tal vez podrías ponértela en vuestra ceremonia matrimonial —propuso Marthona—. Ya pronto, en la próxima luna llena, saldremos hacia la Reunión de Verano, y me dijiste que no tenías nada para las ocasiones especiales.

—¡Oh, Marthona, eres muy amable! —exclamó Ayla—. Pero ya tengo un vestido para la ceremonia matrimonial. Me lo hizo Nezzie, y le prometí que lo llevaría llegado el momento. Espero que no te ofendas. Lo he acarreado desde la Reunión de Verano del año pasado. Está confeccionado al estilo Mamutoi, y ellos tienen sus propias costumbres sobre la manera de usarlo.

—Me parece más apropiado que lleves la vestimenta ceremonial de los mamutoi, Ayla. Simplemente no sabía si tenías ya algo que ponerte y dudaba que tuviéramos tiempo de hacerte ropa antes de marcharnos. De todos modos, quédate esta túnica, por favor —dijo Marthona sonriendo mientras se la ofrecía. Ayla creyó percibir en ella cierta sensación de alivio—. Quizá haya otras ocasiones en las que desees ponerte algo especial.

—¡Gracias! ¡Es tan bonita! —alzó la prenda y volvió a contemplarla. Luego la extendió ante sí para ver cómo le sentaría esa túnica tan holgada—. Debe de requerir mucho tiempo de trabajo.

—Sí, pero disfruto con ello. He perfeccionado el proceso a lo largo de muchos años. Willamar y Thonolan me ayudaron a hacer el bastidor que ahora empleo. La mayoría de la gente se especializa en una u otra forma de artesanía. A menudo intercambiamos las cosas que hacemos o las ofrecemos como obsequio. Yo empiezo a estar ya un poco vieja para otras actividades, y mi vista ya no es lo que era, en particular para el trabajo de cerca.

—¡Hoy tenía que enseñarte el pasahebras! —recordó Ayla, levantándose de un salto—. Creo que puede facilitar el trabajo a alguien que no ve demasiado bien. Lo traeré. —Se acercó a las mochilas en busca del costurero y vio uno de los paquetes especiales que había acarreado hasta allí consigo. Sonriendo, lo llevó también a la mesa—. ¿Te gustaría ver mi vestido matrimonial, Marthona?

—Sí, claro, pero no me atrevía a pedírtelo. A algunas personas les gusta mantenerlo en secreto y sorprender al final a todo el mundo —comentó Marthona.

—Yo guardo otra sorpresa distinta —dijo Ayla mientras desenvolvía el vestido matrimonial—. Pero creo que te la contaré. Dentro de mí ha empezado una vida. Llevo en mi interior al niño de Jondalar.

Capítulo 10

—¡Ayla! ¿Estás segura? —preguntó Marthona con una sonrisa. Pensó que decir «llevo en mi interior al niño de Jondalar» era una manera un tanto extraña de anunciar que la Madre la había Bendecido, aunque probablemente el niño fuera hijo del espíritu de Jondalar.

—Tan segura como es posible estarlo —contestó Ayla—. Voy ya por la segunda falta de mi período lunar, tengo náuseas por las mañanas y he notado en mí ciertos cambios que normalmente son síntomas de un embarazo.

—¡Qué alegría! —exclamó la madre de Jondalar. Tendió los brazos hacia Ayla y la estrechó contra su pecho—. Trae suerte unirse cuando ya has sido Bendecida, o eso dice la gente.

Sentada junto a la mesa, la joven abrió el envoltorio de piel y, en un intento de eliminar las arrugas, sacudió la túnica y los calzones que habían viajado con ella a través de todo un continente, una estación tras otra, a lo largo del año anterior. Marthona observó el conjunto y de inmediato vio que, a pesar de las arrugas, aquéllas eran prendas magníficas. Vestida con esas ropas, sin duda, Ayla llamaría la atención en la ceremonia matrimonial.

En primer lugar, el estilo era único. Entre los zelandonii, tanto hombres como mujeres —salvo por pequeñas diferencias y variaciones— solían llevar túnicas holgadas, ceñidas a la altura de la cadera mediante un cinturón y decoradas con diversos adornos de hueso, conchas, plumas o piel y flecos de cuero o cordones trenzados. La vestimenta femenina, en particular la utilizada para las ocasiones especiales, a menudo llevaba largos flecos colgantes que se balanceaban con el andar, y las jóvenes enseguida aprendían a utilizar ese balanceo para acentuar sus movimientos.

Para los zelandonii una mujer desnuda no era una visión fuera de lo común y, sin embargo, los flecos se consideraban muy provocativos. Eso no significaba que las mujeres fueran habitualmente sin ropa, sino que, en una sociedad con vínculos tan estrechos y relativamente escasa intimidad, no se le concedía mucha importancia al hecho de desvestirse en público para lavar la ropa o cambiarse o por cualquier otra razón. En cambio, un fleco —sobre todo un fleco rojo— podía dotar a una mujer de tan seductor encanto que inducía a los hombres a reacciones extremas e incluso, muy rara vez, a la violencia por conseguir una determinada relación.

Cuando las mujeres adoptaban la función de mujeres-donii —es decir, cuando se ponían a disposición de los hombres jóvenes para instruirlos respecto al don de los placeres de la Gran Madre Tierra— lucían un largo fleco rojo que pendía en torno a sus caderas para indicar su importante posición ritual. En los días calurosos del verano llevaban poco más que el fleco.

En tanto que las mujeres-donii estaban protegidas de insinuaciones impropias por la costumbre y las convenciones y, en todo caso, solían permanecer en ciertas zonas cuando llevaban el fleco rojo, se consideraba peligroso para una mujer llevar dicho fleco en cualquier otra circunstancia. ¿Quién sabía qué clase de impulsos podía desencadenar en un hombre? Aunque a menudo las mujeres usaban flecos de otros colores, cualquier fleco tenía inevitablemente connotaciones eróticas.

Como consecuencia de ello, la palabra «fleco», en sutiles indirectas o en chistes groseros, implicaba con frecuencia el doble sentido de «vello púbico». Cuando un hombre se sentía tan cautivado por una mujer que no podía apartarse de ella ni dejar de mirarla, se decía que estaba «atrapado en su fleco».

Las mujeres zelandonii se ponían también otros adornos o los cosían a su ropa, pero sobre todo les gustaba lucir flecos que oscilaban sensualmente cuando caminaban, ya fuera como complemento de una gruesa túnica de invierno, o en el cuerpo desnudo. Y si bien evitaban explícitamente los flecos rojos, muchas mujeres elegían colores de tonalidades rojizas.

El conjunto mamutoi de Ayla no tenía flecos, pero, sin duda, confeccionarlo había requerido un extraordinario esfuerzo. La piel, de la mejor calidad, era de un amarillo dorado, cálido, terroso que hacía juego con el color de su cabello, resultado en esencia de la combinación de ocres amarillos, hábilmente mezclados con rojos y otros colores. Procedía probablemente de alguna variedad de ciervo o quizá de una gacela, pensó Marthona, pero no tenía el aspecto de aterciopelada gamuza propio de un cuero bien raspado. Pese a ser muy suave, la piel presentaba un acabado lustroso, brillante, y parecía impermeable.

Pero no era sólo la calidad del material con que estaban hechas las prendas, el conjunto era extraordinario debido también a su exquisita ornamentación. Elaborados dibujos geométricos, realizados fundamentalmente con cuentas de marfil, cubrían la larga túnica de piel y la parte inferior de los calzones. Dichos dibujos comenzaban con triángulos invertidos, dispuestos horizontalmente en zigzag y verticalmente en forma de diamantes y galones, y luego se transformaban en complejas figuras geométricas tales como espirales rectangulares y romboides concéntricos.

Los dibujos compuestos de cuentas de marfil se hallaban perfilados y realzados mediante numerosas cuentas de ámbar de tonalidades más claras y más oscuras que la piel pero de la misma gama, y mediante bordados de colores rojo, marrón y negro. La túnica, que por detrás caía formando un triángulo invertido, se abría por delante y, por debajo de las caderas, ambas partes se estrechaban de modo que al unirse creaban otro triángulo invertido. Se ceñía a la cintura con una faja ondulada, de formas geométricas similares, hecha de pelo de mamut rojo mezclado con lana de muflón, cordones de piel de almizclero y algodonoso pelo negro rojizo de rinoceronte.

El conjunto era deslumbrante, una obra de arte magnífica, un trabajo de excelente factura en todos sus detalles. Saltaba a la vista que alguien, sin escatimar esfuerzo, había seleccionado los mejores materiales y empleado a los artesanos más diestros y

consumados para crear aquellas prendas. La colocación de las cuentas era buena muestra de ello. Aunque Marthona sólo veía que había una gran cantidad, las prendas llevaban cosidas más de tres mil cuentas de marfil obtenido de colmillos de mamut, y cada una de esas diminutas cuentas había sido tallada, perforada y pulida a mano.

La madre de Jondalar nunca había visto nada semejante, pero supo al instante que quienquiera que hubiese encargado la confección de aquellas prendas ocupaba una alta posición y gozaba de enorme respeto en su comunidad. Era evidente que la realización de aquel conjunto exigía un tiempo y un trabajo incalculables y, sin embargo, se lo habían obsequiado a Ayla cuando se marchó. Ni los recursos ni el esfuerzo utilizados proporcionarían beneficio alguno a la comunidad que había llevado a cabo la labor. Las personas que habían adoptado a Ayla debían de poseer gran poder y prestigio —riqueza, de hecho—, y nadie mejor que Marthona para darse cuenta de ello.

«No es raro que quiera ponerse su propio vestido matrimonial; desde luego, debe lucirlo, pensó Marthona. No representará el menor perjuicio para el prestigio de Jondalar. Esta joven es una caja de sorpresas. Sin duda, dará más que hablar que cualquier otra mujer en la Reunión de Verano de este año».

—Es un conjunto impresionante, Ayla. Precioso, de verdad —admitió Marthona —. ¿Quién te lo hizo?

—Nezzie, pero contó con mucha ayuda —respondió Ayla, complacida por la reacción de la madre de Jondalar.

—Sí, de eso estoy segura. Ya habías mencionado a Nezzie, pero no recuerdo quién es exactamente.

—Es la compañera de Talut, el jefe del Campamento del León, la que se disponía a adoptarme hasta que se le adelantó el Mamut. Creo que fue él quien pidió a Nezzie que confeccionara el conjunto.

—¿Y el Mamut es Uno que Sirve a la Madre?

—Es posible que fuera el Primero, como vuestra Zelandoni. En todo caso, era obviamente el más viejo. Creo que era el hombre más viejo de los mamutoi. Cuando me fui, mi amiga Deegie estaba encinta y la mujer de su hermano iba a dar a luz de un momento a otro. Esos dos niños serían la quinta generación de descendientes del Mamut.

Marthona movió la cabeza en un gesto de comprensión. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el hombre que había adoptado a Ayla era muy influyente, quizá la persona más respetada y poderosa entre su gente. Eso explicaba muchas cosas, pensó.

—¿Has dicho que ponerse este traje llevaba aparejadas ciertas costumbres?

—Los mamutoi desaprueban que el vestido matrimonial se use antes de la ceremonia. La mujer puede enseñárselo a la familia y los amigos más cercanos, pero no debe llevarlo en público —dijo Ayla—. ¿Te gustaría ver cómo me queda la túnica?

Dormido, Jondalar gruñó y se dio la vuelta. Marthona miró en dirección a las pieles de dormir.

—Siempre y cuando Jondalar no se despierte —contestó bajando aún más la voz —. A nosotros no nos parece correcto que tu futuro compañero te vea con el traje matrimonial antes de la ceremonia.

Ayla se quitó la túnica de verano y cogió la otra, gruesa y profusamente decorada.

—Nezzie me dijo que la llevara cerrada, así, cuando sólo estuviera enseñándosela a alguien —susurró Ayla mientras se la ajustaba con la faja—. Pero para la ceremonia debe llevarse abierta, así —explicó al tiempo que se acomodaba la prenda y se ataba de nuevo la faja—. En palabras de Nezzie, «una mujer muestra con orgullo sus pechos cuando se empareja, cuando aporta su hogar para formar una unión con un hombre». No tendría que llevarla abierta antes de la ceremonia, pero como eres la madre de Jondalar, creo que no importa que lo veas.

—Me complace que me la hayas enseñado —dijo Marthona con un gesto de asentimiento—. Nosotros, antes de la ocasión, tenemos por costumbre mostrar la ropa matrimonial sólo a mujeres, amigas íntimas o parientes, pero me parece que tu conjunto no debe verlo nadie más por el momento. Creo que sería… —se interrumpió y sonrió—. Creo que sería interesante sorprender a todos. Si quieres, podemos colgarlo en mi dormitorio para que se vayan las arrugas. Y quizá no le vendría mal un poco de vapor.

—Gracias. No sabía dónde dejarlo. ¿Podría quedarse también en tu habitación esta preciosa túnica que me has regalado? —Acordándose de algo, Ayla permaneció en silencio por un momento—. Y tengo otra túnica que me gustaría colocar en algún sitio, una que hice yo. ¿Te importaría guardármela?

—No, ni mucho menos. Pero dejemos la ropa por ahora. Ya nos ocuparemos de eso cuando Willamar se despierte. ¿Hay alguna otra cosa que quieres que te guarde?

—Tengo algunos collares y otros abalorios, pero pueden quedarse en la mochila, porque me los llevaré a la Reunión de Verano —respondió Ayla.

—¿Tienes muchas cosas? —preguntó Marthona, incapaz de reprimirse.

—Sólo dos collares, incluido el tuyo, un brazalete, dos caracolas para adornarme las orejas, obsequio de una mujer que baila, y dos trozos idénticos de ámbar que me dio Tulie al marcharme. Era la jefa del Campamento del León, hermana de Talut y madre de Deegie. Pensó que debía usarlos como pendientes en mi ceremonia de unión, porque hacen juego con la túnica. Y me gustaría ponérmelos, pero no tengo agujeros en las orejas.

—Estoy segura de que la Zelandoni te los hará con mucho gusto si tú quieres.

—Creo que sí —dijo Ayla—. No quiero hacerme agujeros en ningún otro sitio, al menos por ahora, pero me encantaría lucir los dos trozos de ámbar cuando me ponga el vestido de Nezzie el día que Jondalar y yo nos unamos.

—Esa Nezzie debía de sentir un gran afecto por ti para hacer una cosa así.

—Yo, desde luego, sí sentía un gran afecto por ella —respondió Ayla—. De no haber sido por Nezzie, posiblemente no habría ido tras los pasos de Jondalar cuando se fue. Iba a unirme a Ranec al día siguiente. Ranec era hijo del hogar del hermano de Nezzie, y aunque ella era para él como una madre, como sabía que Jondalar me amaba, no le importó aconsejarme que si yo de verdad lo amaba también fuera en su busca y se lo dijera. Tenía razón. Sin embargo, fue duro explicar a Ranec que me marchaba. A él lo apreciaba mucho, pero amaba a Jondalar.

—Estoy segura de ello, o no te habrías separado de unas personas que te tenían en tan gran estima para venir aquí con él —comentó Marthona.

Ayla advirtió que Jondalar volvía a cambiar de posición y se levantó. Tomando un sorbo de infusión, Marthona observó a la joven mientras plegaba primero el vestido matrimonial y luego la túnica tejida y las guardaba en su mochila. Al regresar señaló el costurero que había dejado en la mesa.

—Ahí tengo el pasahebras —dijo Ayla—. Cuando la infusión matutina de Jondalar esté lista, podemos salir a la luz del día para que lo veas.

—Sí, me gustaría.

Ayla rodeó el hogar, añadió leña al fuego, puso unas cuantas piedras a calentar y cogió un puñado de hierbas secas, midiendo en la palma de su mano la cantidad adecuada para la infusión de Jondalar. Marthona pensó que su primera impresión de Ayla había sido acertada. Era una mujer atractiva, pero tenía otros muchos valores. Parecía preocuparse sinceramente por el bienestar de Jondalar. Sería una buena compañera para él.

A su vez, Ayla pensaba en Marthona, le gustaba su plácida y segura dignidad y su elegancia majestuosa. Tenía la impresión de que la madre de Jondalar era muy comprensiva, pero estaba convencida asimismo de que la exjefa de la caverna podía actuar con mucha firmeza si era necesario. No le extrañaba que su gente le pidiera que continuase en el puesto tras la muerte de su compañero. Para Joharran debía de haber sido difícil sustituirla, pero, por lo que Ayla había podido ver, en el presente parecía cómodo al frente de los suyos.

En silencio colocó cerca de Jondalar el vaso con la infusión caliente que le había preparado; pensó que tendría que encontrar unas cuantas ramitas de aquellas que él solía utilizar, tras masticar los extremos, para limpiarse los dientes. A Jondalar le gustaba el sabor de la gaulteria. Buscaría uno de esos arbustos de hoja perenne y cierta semejanza con el sauce tan pronto como pudiera. En cuanto Marthona se terminó la infusión, Ayla cogió el costurero, y ambas salieron sigilosamente de la vivienda. Lobo las siguió.

Era aún temprano, y desde la terraza delantera vieron que el sol acababa de asomar su radiante ojo por encima del perfil de los montes situados al este. Su luz viva revestía la roca del precipicio de un cálido resplandor rojizo, pero el aire era fresco y tonificante. Casi nadie se había puesto aún en movimiento.

Marthona la guió hacia el extremo donde se hallaba el círculo negro de la hoguera de señales. Se sentaron en unas grandes rocas dispuestas alrededor, de espaldas a la luminosidad cegadora que ascendía a través de la bruma roja y dorada hacia la despejada bóveda azul. Lobo las dejó allí y siguió camino abajo, en dirección al Valle del Bosque.

Ayla desató el cordón de su costurero, una pequeña bolsa de piel con los costados cosidos y la parte superior fruncida. La cuentas de marfil perdidas que en otro tiempo creaban una forma geométrica y las hebras deshilachadas del bordado revelaban lo mucho que la joven había usado aquella gastada bolsa. Ayla vació el contenido en su regazo. Había cordones y hebras de distintos grosores, hechos de fibras vegetales, tendones y pelos de animales, entre ellos de mamut, muflón, almizclero y rinoceronte, cada uno enrollado alrededor de pequeñas falanges de hueso. Tanto las pequeñas y afiladas hojas de sílex usadas para cortar como los punzones de hueso y sílex empleados para perforar se hallaban agrupados en haces atados con tendones. Un pequeño recuadro de resistente piel de mamut hacía las veces de dedal. Los objetos restantes eran tres pequeños tubos de huesos de ave huecos.

Ayla cogió uno de los tubos, retiró un minúsculo tapón de piel de un extremo e inclinó el tubo sobre la palma de su mano. De dentro cayó una especie de dardo de marfil diminuto con punta en un extremo —semejante a la de un punzón—, pero con un pequeño orificio en el otro extremo. Se lo entregó con cuidado a Marthona.

—¿Ves el agujero? —preguntó Ayla.

La mujer lo sostuvo a cierta distancia.

—La verdad es que no lo veo muy bien —admitió. A continuación se lo acercó y lo palpó, empezando por la punta afilada y terminando en el extremo opuesto—. ¡Ah, aquí está! Lo noto. Es un agujero muy pequeño, no mucho mayor que el de una cuenta.

—Los Mamutoi perforan cuentas, pero en el Campamento del León no había un solo artesano experto en la creación de cuentas. Jondalar elaboró el taladro utilizado para hacer el agujero. Creo que ésa fue la parte más delicada en la preparación del pasahebras. No he traído nada para coser, pero te enseñaré cómo se usa —dijo Ayla volviendo a cogerlo.

Eligió la falange de hueso con tendón devanado, desenrolló un trozo, humedeció el extremo con la boca, lo introdujo diestramente en el orificio y lo pasó a través tirando desde el otro lado. Después se lo dejó a Marthona.

La mujer contempló la aguja enhebrada, pero vio más con las manos que con los cansados ojos, que aún veían relativamente bien los objetos alejados, pero mucho peor los que tenía cerca. Mientras la examinaba, su rostro se iluminó de pronto en una sonrisa, dando a entender que había comprendido el procedimiento.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Creo que con esto podría volver a coser!

—En algunos materiales, primero es necesario hacer un agujero con un punzón —explicó Ayla—. Por afilada que esté, la punta de marfil no atraviesa fácilmente un

cuero grueso o duro; aun así, facilita mucho la tarea de pasar la hebra por el agujero. Yo era capaz de hacer agujeros, pero no conseguí aprender a guiar la hebra a través del agujero con la punta de un punzón, por más paciencia que Nezzie y Deegie pusieran en enseñarme.

Marthona asintió con una sonrisa, pero de pronto apareció en su semblante una expresión de perplejidad.

—La mayoría de las niñas se encuentran con ese problema cuando aprenden, ¿no aprendiste tú a coser de niña?

—En el clan no se cose, o al menos no de la misma manera —contestó Ayla—. Usan prendas que van atadas. Unos cuantos objetos se sujetan mediante nudos, como los recipientes de corteza de abedul, pero los agujeros para pasar los cordones son muy grandes, no como los pequeñísimos agujeros que Nezzie quería que yo hiciera.

—Me olvido una y otra vez de que tuviste una infancia… poco común —dijo Marthona—. Si no aprendiste a coser de niña, me hago cargo de tus dificultades posteriores, pero ésta es una solución sumamente ingeniosa. —Alzó la vista—. Me parece que viene hacia aquí Proleva. Si no te importa, me gustaría enseñarle este artilugio.

—No me importa en absoluto —respondió Ayla. Dirigió la mirada hacia la soleada terraza que se extendía frente al saliente y vio aproximarse a la compañera de Joharran y a Salova, compañera de Rushemar. Advirtió que ya se había levantado e iniciado sus actividades mucha gente.

Tras el intercambio de saludos, Marthona dijo:

—Fíjate en esto, Proleva, y también tú, Salova. Ayla lo llama «pasahebras», y ahora precisamente estaba enseñándomelo. Es muy ingenioso, y creo que me serviría para volver a coser, pese a que, de cerca, ya no veo con mucha claridad. Podré hacerlo a tientas.

Las dos mujeres, que habían confeccionado muchas prendas a lo largo de sus vidas, captaron de inmediato la idea básica del nuevo utensilio y pronto empezaron a hablar con entusiasmo acerca de sus posibilidades.

—Aprender a usarlo será fácil, creo —comentó Salova—. Pero hacer un pasahebras como éste debe de ser complicado.

—Jondalar colaboró en la elaboración de éste. Talló el finísimo taladro que se necesitaba para hacer un agujero tan pequeño —explicó Ayla.

—Se requiere alguien con su destreza. Recuerdo que, ya antes de su marcha, tallaba punzones de pedernal y taladros para perforar cuentas —dijo Proleva—. Creo que Salova tiene razón. No debe de ser sencillo hacer un pasahebras así, pero estoy segura de que el esfuerzo merece la pena. Me gustaría probarlo.

—Por mí, no hay inconveniente en que pruebes éste. Tengo otros dos de distintos tamaños —dijo Ayla—. Elijo uno u otro según lo que quiero coser.

—Gracias, pero dudo que hoy me quede tiempo libre con tantos preparativos para la cacería. Joharran prevé que este año la Reunión de Verano estará más concurrida

que de costumbre —explicó Proleva. Sonriendo a Ayla, añadió—: Gracias a tu presencia. La noticia de que Jondalar ha vuelto y ha traído a una mujer ha corrido río arriba y abajo. Joharran quiere asegurarse de que disponemos de alimentos suficientes para dar de comer a todo el mundo cuando organicemos un festejo.

—Todos están impacientes por conocerte para comprobar si lo que se cuenta de ti es verdad —agregó Salova sonriendo.

—Cuando lleguemos allí, ninguna de esas habladurías será ya verdad —auguró Proleva—. Esas historias se agrandan a medida que las cuentan.

—Pero la mayoría de la gente ya lo sabe, y de entrada no da crédito ni a la mitad de lo que oye —aseguró Marthona—. Creo que este año Jondalar y Ayla conseguirán sorprender a más de uno.

Proleva notó una expresión poco habitual en el rostro de la exjefa de la Novena Caverna de los zelandonii, una sonrisa pícara y un tanto ufana. Se preguntó qué sabía ella que los demás ignoraban.

—¿Vendrás hoy a Roca de los Dos Ríos, Marthona? —preguntó Proleva.

—Sí, me parece que sí. Me gustaría ver una demostración de ese «lanzavenablos» del que habla Jondalar. Si es tan ingenioso como este pasahebras —dijo, recordando asimismo la experiencia con las piedras de fuego de la noche anterior— y otras ideas que han traído, será interesante.

Con Joharran a la cabeza, circundaron una sección escarpada de roca cercana al río que los obligó a pasar en fila india. Marthona iba en segunda posición, y mirando la espalda de su primogénito, experimentó una gran satisfacción por el hecho de que no sólo la precedía un hijo, sino que además, después de muchos años, Jondalar se hallaba detrás de ella. Ayla seguía a Jondalar con Lobo pegado a sus talones. Tras ellos iba otra gente de la Novena Caverna, manteniéndose siempre a unos pasos de distancia del lobo. Otro grupo se unió a ellos cuando pasaron por las cercanías de la Decimocuarta Caverna.

Llegaron a un punto del río entre los refugios de la Decimocuarta y la Undécima Cavernas —situados uno a un lado del río y el otro en la orilla opuesta— donde el cauce se ensanchaba y el agua borboteaba por entre las rocas. Allí el río era poco profundo, fácil de vadear, y por eso la mayoría de la gente elegía aquel lugar para cruzar de una margen a la otra. Ayla oyó que lo llamaban «el Paso».

Algunas de las personas que llevaban los pies cubiertos se sentaron para quitarse las botas. Otros iban descalzos, como Ayla, y a otros más no parecía importarles que se les mojara el calzado. La gente de la Decimocuarta Caverna se quedó atrás y dejó cruzar primero a Joharran y la Novena Caverna. Era una gesto de cortesía para con él, ya que era él quien había propuesto organizar una última cacería antes de partir hacia la Reunión de Verano y era nominalmente el jefe.

Al entrar en el agua fría, Jondalar se acordó de algo que quería comentar a su hermano.

—Joharran, espera un momento.

El hombre se detuvo. Marthona estaba a su lado.

—Cuando acompañamos al Campamento del León a la Reunión de Verano de los mamutoi —dijo Jondalar—, tuvimos que atravesar un río bastante profundo antes de llegar al sitio donde se celebraba la reunión. La gente del Campamento del Lobo, que ese año era la comunidad organizadora de la Asamblea, había apilado rocas y grava en el agua, en montones sucesivos, para poder cruzar sin mojarse los pies. Ya sé que también nosotros lo hacemos a veces, pero aquel río era tan hondo que podía pescarse entre las piedras. Me pareció una buena idea y pensé en recordarlo para contárselo a alguien al volver.

—En este río la corriente es rápida, ¿no crees que el agua arrastraría las piedras que echáramos? —preguntó Joharran.

—Allí la corriente también era rápida, y había tal profundidad que había salmones, esturiones y otros peces; sin embargo, el agua pasaba por entre los montones. Según contaban, cuando el río crecía, se llevaba la arena y las piedras apiladas, pero ellos repetían la operación cada año. Además, la pesca era buena desde los montones situados en el centro del cauce —explicó Jondalar.

Algunos se habían parado junto a ellos y escuchaban con atención.

—Quizá merezca la pena considerar la posibilidad —aconsejó Marthona.

—¿Y las balsas? ¿Las piedras no supondrían un estorbo para navegar? —preguntó un hombre.

—La mayor parte del año aquí no hay profundidad suficiente para la navegación —contestó Joharran—. Por lo general, la gente tiene que acarrear las balsas y los bultos que lleven para salvar el Paso.

Mientras se desarrollaba la conversación, Ayla observó que las aguas cristalinas permitían ver las rocas del fondo y algún que otro pez. Luego cayó en la cuenta de que el centro del cauce ofrecía una vista única de la zona. Mirando hacia el sur, en la margen izquierda del río, vio una pared rocosa con refugios —probablemente el lugar adonde se dirigían— y poco más allá la desembocadura de un afluente en la corriente principal. Al otro lado del río más pequeño comenzaba una serie de precipicios paralelos al río más grande. Se volvió y miró en la otra dirección. Aguas arriba, al norte, avistó más precipicios y el enorme refugio de roca de la Novena Caverna, situado en la orilla derecha, en el lado exterior de un recodo cerrado.

Joharran reanudó la marcha, guiando a la larga fila de gente que se encaminaba hacia el hogar de la Tercera Caverna de los zelandonii. Ayla vio que al frente los aguardaban ya algunas personas que les estaban saludando con las manos. Reconoció entre ellas a Kareja y a la Zelandoni de la Undécima Caverna. Al sumarse estas gentes a la cola, la fila se alargó. Cuando se acercaban al elevado precipicio que se

alzaba ante ellos, Ayla vio mejor la colosal pared rocosa, una de las espectaculares formaciones de piedra caliza existentes en el valle del río.

Por efecto de las mismas fuerzas naturales que habían creado todos los refugios de roca de la región, presentaba dos niveles, en algunos sitios había incluso tres, de terrazas dispuestas verticalmente. En la franja central de la imponente pared rocosa, una repisa de unos cien metros de longitud se extendía frente a una abertura resguardada. Era el nivel principal, donde se desarrollaban las actividades cotidianas más importantes en la vida de la Tercera Caverna y donde se encontraban la mayoría de las moradas. Esta terraza hacía las veces de techo al refugio situado debajo, al tiempo que ella estaba al abrigo de otro saliente.

Jondalar notó que Ayla observaba la gran pared de piedra caliza y se detuvo un momento para que ella le diera alcance. El sendero ya no era tan estrecho, y podían caminar uno al lado del otro.

—El sitio donde se unen el Río de la Hierba y el río se llama Dos Ríos —explicó Jondalar—. Conocemos ese precipicio como Roca de los Dos Ríos porque desde lo alto se ve la confluencia.

—Pensaba que era la Tercera Caverna —dijo Ayla.

—Es el hogar de la Tercera Caverna de los zelandonii, pero lleva por nombre Roca de los Dos Ríos, del mismo modo que la Decimocuarta Caverna se llama Pequeño Valle y el hogar de la Undécima es Sitio del Río —aclaró Jondalar.

—¿Cómo se llama, pues, el hogar de la Novena Caverna? —preguntó Ayla.

—Novena Caverna —respondió Jondalar, y advirtió que en la frente de Ayla aparecían arrugas de perplejidad.

—¿Por qué no tiene también otro nombre, igual que las demás?

—No sabría decirte. Sencillamente siempre nos hemos referido a ella como la Novena Caverna. Supongo que podría haberse llamado también Roca de los Dos Ríos, dado que confluyen cerca de allí el Río del Bosque y el Río, pero ese nombre lo llevaba ya la Tercera Caverna. Y la Gran Roca podría haber sido otra posibilidad, pero también existe ya otro sitio que se llama así.

—Habría otros posibles nombres. Algo relacionado con la Piedra que Cae, tal vez. En ninguna otra parte se da una formación tan poco común, ¿no? —preguntó Ayla en su esfuerzo por comprender. Era más fácil conservar algo en la memoria si resultaba coherente, pero por lo visto siempre había alguna excepción.

—No, no que yo sepa —admitió Jondalar.

—Aun así, la Novena Caverna es simplemente la Novena Caverna, sin ningún otro nombre —concluyó Ayla—. Es curioso, ¿no?

—Quizá se deba a que nuestro refugio es único por muy diversas razones. Nadie ha visto ni oído hablar de un refugio de roca tan espacioso, o tan poblado. Desde allí se ven dos ríos, como desde otros refugios, pero el valle del Río del Bosque tiene más árboles que la mayoría de los valles. La Undécima Caverna siempre nos pide permiso para cortar árboles de allí cuando necesitan troncos para sus balsas. Y está por otra

parte, como tú has dicho, la Piedra que Cae. No hay un solo nombre que describa todas sus características y, sin embargo, todo el mundo ha oído hablar de la Novena Caverna. Supongo que el sitio se dio a conocer por la propia gente que vivía aquí.

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento, pero aún seguía pensativa, tratando de entender lo que Jondalar le había explicado.

—En fin, imagino que darle un nombre por la gente que la habita la hace realmente única.

Cuando se acercaban a la Tercera Caverna, Ayla vio, agrupados entre el pie del precipicio y el Río, cobertizos, tiendas de campaña, armazones y soportes. Dispersos entre las estructuras sin aparente orden había círculos oscuros de antiguas fogatas, así como hogueras aún encendidas. Era el área de trabajo principal de la Tercera Caverna donde se realizaban actividades al aire libre y que incluía un pequeño muelle a lo largo de la orilla del Río donde amarraban las balsas.

El territorio de la Tercera Caverna no abarcaba sólo el precipicio, sino también el espacio que se extendía bajo las terrazas hasta el borde del agua de ambos ríos y, en algunas zonas, incluso más allá. No eran los dueños de esas tierras. La gente, en particular la de otras cavernas cercanas, podía entrar en el territorio de una determinada caverna y utilizar sus recursos, pero lo más correcto era pedir antes permiso o esperar a ser invitado. Tales restricciones tácitas eran asumidas por los adultos; los niños, naturalmente, podían pasar por donde quisieran.

La región situada a orillas del Río, entre el Río del Bosque —al norte, poco más allá de la Novena Caverna— y el Río de Hierba —al sur, a la altura de Roca de los Dos Ríos— se consideraba una comunidad muy unida por los zelandonii que vivían en la zona. De hecho, constituía un poblado en sentido extenso, pese a que ellos no poseían un nombre para esa clase de asentamiento ni conocían siquiera el concepto. No obstante, cuando Jondalar, viajando por otros lugares, aludía a la Novena Caverna de los zelandonii como su hogar, no sólo se refería a la gente de ese refugio de piedra particular, sino a toda la comunidad.

Los visitantes empezaron a ascender por el sendero hacia el nivel principal de Roca de los Dos Ríos, pero se detenían al llegar al nivel inferior para aguardar a una u otra persona que deseaba sumarse a la reunión. Mientras se hallaban allí, Ayla alzó la vista e inconscientemente buscó a tientas la pared cercana para apoyarse. La parte superior del precipicio sobresalía de tal modo que al recorrer con la mirada la descomunal pared rocosa, daba la impresión de que ésta se inclinaba junto con el observador.

—Ahí está Kimeran —anunció Jondalar sonriendo mientras el hombre a quien se refería saludaba a Joharran.

Ayla miró al desconocido, rubio y más alto que Joharran. Sorprendida, reparó en el sutil lenguaje corporal de ambos hombres, que parecían considerarse iguales.

El recién llegado observó al lobo con recelo, pero continuó ascendiendo hacia el nivel superior sin hacer comentario alguno. Una vez arriba, Ayla tuvo que parar de

nuevo, en esta ocasión sobrecogida por la espectacular vista. Se le cortó la respiración. El porche delantero del refugio de roca de la Tercera Caverna ofrecía una panorámica de los alrededores. Río de la Hierba arriba, se veía otro pequeño cauce de agua que desembocaba en el afluente.

Ayla oyó pronunciar su nombre y se volvió. Joharran se hallaba detrás de ella en compañía del hombre que acababa de incorporarse al grupo.

—Quiero presentarte a alguien, Ayla.

El hombre dio un paso al frente y le tendió las manos, pero mantenía una cauta mirada fija en el lobo, el cual a su vez lo contemplaba a él con curiosidad. Era tan alto como Jondalar y, con su cabello rubio, se parecía vagamente a él. Ayla bajó una mano para indicarle al animal que se quedara detrás mientras ella se aproximaba al hombre para saludarlo.

—Kimeran, ésta es Ayla de los mamutoi… —empezó a decir Joharran. Kimeran le cogió las dos manos mientras el jefe de la Novena Caverna continuaba recitando sus títulos y lazos de parentesco. Había notado la expresión de inquietud de Kimeran y comprendía bien cómo se sentía—. Ayla, éste es Kimeran, jefe del Hogar del Patriarca, la Segunda Caverna de los zelandonii, hermano de Zelandoni de la Segunda Caverna, descendiente del fundador de la Séptima Caverna de los zelandonii.

—En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida a la región de los zelandonii, Ayla de los mamutoi —dijo Kimeran.

—En nombre de Mut, Madre de Todos, también conocida por el nombre de Doni y otros muchos, yo te saludo, Kimeran, jefe del Hogar del Patriarca, la Segunda Caverna de los zelandonii —dijo ella. Luego sonrió y repitió la lista completa de títulos y lazos.

Kimeran advirtió primero su peculiar acento y después su encantadora sonrisa. Era una mujer realmente hermosa, pensó, pero ¿qué menos podía esperarse de Jondalar?

—¡Kimeran! —exclamó Jondalar una vez concluida la presentación formal—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Lo mismo digo, Jondalar.

Se estrecharon las manos y se dieron un abrazo rudo pero afectuoso.

—Así que ahora eres el jefe de la Segunda —dijo Jondalar.

—Sí, desde hace un par de años. Ya no esperaba que volvieras. Llegó a mis oídos la noticia de tu regreso, pero tenía que venir a ver yo mismo si todo lo que contaban de ti era verdad. Sospecho que debe de serlo —añadió Kimeran sonriendo a Ayla, pero manteniéndose aún a una distancia prudencial del lobo.

—Ayla, Kimeran y yo somos viejos amigos. Pasamos juntos por la ceremonia de iniciación, conseguimos los cinturones… Es decir, nos hicimos hombres al mismo tiempo. —Jondalar sonrió y, recordando aquella época, movió la cabeza en un gesto de incredulidad—. Éramos todos poco más o menos de la misma edad, pero yo

pensaba que llamaba demasiado la atención porque era el más alto. Me alegré al ver llegar a Kimeran porque era de mi estatura. Solía ponerme a su lado para que no se me notara tanto. Me parece que a él le ocurría lo mismo. —Se volvió hacia el otro hombre. Éste también sonreía, pero su expresión cambió en cuanto oyó las siguientes palabras de Jondalar—. Kimeran, creo que deberías venir a conocer a Lobo.

—¿Conocerlo?

—Sí, Lobo no te hará daño. Ayla os presentará, y así él sabrá que eres un amigo.

Kimeran, desconcertado, se acercó con Jondalar al cazador cuadrúpedo. Era el lobo más grande que había visto en su vida, pero obviamente la mujer no le tenía miedo. Hincando una rodilla en tierra, Ayla rodeó al animal con el brazo y, sonriente, alzó la mirada. Con la boca abierta, el lobo enseñaba los dientes y la lengua le colgaba a un lado. ¿Acaso estaba burlándose de él aquel lobo?

—Extiende la mano para que Lobo la olfatee —instó Jondalar.

—¿Cómo lo has llamado? —preguntó Kimeran frunciendo el entrecejo y resistiéndose a acercar la mano al animal. Aunque no estaba muy convencido de querer hacerlo, había gente alrededor observando, y tampoco quería mostrar temor.

—Es el nombre que le puso Ayla. Significa «lobo» en mamutoi.

Cuando Ayla le cogió la mano derecha, Kimeran supo que ya no podía echarse atrás. Respiró hondo y permitió a la mujer que aproximara esa importante parte de su cuerpo a aquella boca llena de dientes afilados.

Como ocurría a la mayoría de la gente, Kimeran se sometió sorprendido al proceso mediante el cual Ayla le enseñó a tocar al lobo y se sobresaltó cuando éste le lamió la mano. Pero al percibir el contacto cálido y vivo de la piel de Lobo, se preguntó por qué el animal permanecía inmóvil dejándose acariciar, y una vez superado el asombro inicial, prestó aún más atención a la mujer.

«¿Qué clase de poderes posee? ¿Es una Zelandoni?». Kimeran tenía un conocimiento especial de la zelandonia y sus facultades únicas. «Habla un zelandonii claro y comprensible, pero a la vez se nota algo extraño en su pronunciación, y no es exactamente un acento, pensó. Parece casi comerse algunos sonidos. No resulta desagradable, pero llama la atención. Aunque como mujer llamaría la atención de todos modos. Tiene el aspecto de una persona de otras tierras. Salta a la vista que es forastera, pero una forastera hermosa y exótica, y el lobo forma parte de ese exotismo. ¿Cómo lo controlará?». Su semblante denotó admiración, casi un profundo respeto.

Atenta a las expresiones de Kimeran, Ayla detectó su admiración y, sintiéndose incapaz de reprimir una sonrisa, desvió la mirada. Finalmente, alzó de nuevo la vista hacia él.

—He cuidado de Lobo desde que era un cachorro —explicó—. Se crió con los niños del Campamento del León. Está acostumbrado a la gente.

Kimeran la escuchó sorprendido. Daba la impresión de que Ayla le hubiera adivinado el pensamiento y contestara a sus preguntas antes de expresarlas de viva

voz.

—¿Has venido solo? —preguntó Jondalar cuando por fin Kimeran consiguió apartar la vista del lobo y Ayla y le dedicó de nuevo su atención.

—Vendrán otros. Recibimos el mensaje de que Joharran se proponía organizar una última cacería antes de partir hacia la Reunión de Verano. Manvelar envió un mensajero a la Séptima, y éstos nos mandaron uno a nosotros, pero yo me adelanté porque no quería esperar a todo el mundo.

—La Caverna de Kimeran está por allí, Ayla —informó Jondalar señalando hacia el valle del Río de la Hierba—. ¿Ves aquel afluente menor? —preguntó. Ayla asintió con la cabeza—. Ése es el Pequeño Río de la Hierba. Siguiéndolo se llega a las Cavernas Segunda y Séptima. Están emparentadas, y sólo las separa un prado de ricos pastos.

Los dos hombres comenzaron a charlar. Recordaron viejos tiempos y se pusieron al día sobre sus respectivas vidas, pero Ayla perdió el hilo de la conversación, atraída de nuevo por la panorámica. La espaciosa terraza superior de la Tercera Caverna proporcionaba muchas ventajas a sus habitantes, y además de estar bien protegida de las inclemencias del tiempo por un gran saliente, ofrecía una vista extraordinaria.

A diferencia del valle boscoso próximo a la Novena Caverna, los valles tanto del Río de la Hierba como del Pequeño Río de la Hierba eran exuberantes pastizales, aunque distintos de las anchas praderas de las tierras de aluvión que se extendían a orillas del Río. Diversos árboles y arbustos crecían en las márgenes del río principal, pero al otro lado de esa estrecha franja de bosque había sólo campo abierto, poblado fundamentalmente de la clase de hierba corta que preferían los rumiantes. Mirando en dirección oeste al otro lado del Río, las extensas y llanas tierras de aluvión terminaban en una serie de montes que se alzaban hasta una meseta cubierta de hierba.

Los valles del Río de la Hierba y del Pequeño Río de la Hierba eran más húmedos, casi pantanosos en ciertas épocas del año, y allí se daban variedades de hierba que en algunos lugares alcanzaban alturas superiores a las de un hombre, mezcladas frecuentemente con plantas herbáceas. La gran diversidad de la vegetación atraía a muchas especies de animales pacedores y ramoneadores que en sus migraciones estacionales preferían clases o partes específicas de diferentes tipos de hierbas y plantas con hojas.

Dado que la terraza principal de Roca de los Dos Ríos dominaba ambos valles, el del Río y el del Río de la Hierba, su situación era idónea para observar el paso por la zona de las manadas itinerantes. Como consecuencia de ello, con el tiempo la gente de la Tercera Caverna no sólo había desarrollado una gran pericia a la hora de seguir los movimientos de las manadas, sino también amplios conocimientos acerca de las pautas climáticas y cambios estacionales que auguraban la aparición de las diversas clases de animales. Gracias a esa ventaja sobre los demás, aumentó su aptitud como cazadores. Si bien todas las cavernas cazaban, las lanzas de los cazadores de la

Tercera Caverna que vivían en Roca de los Dos Ríos eran las que abatían en las herbosas y llanas tierras de aluvión un mayor número de pacedores y ramoneadores migratorios.

La primacía de la Tercera Caverna en el terreno de la caza era reconocida por la mayoría de los zelandonii, pero en especial por sus vecinos más cercanos. A ellos acudían en busca de información y consejo cuando se planeaba una cacería, sobre todo si se trataba de una cacería de gran envergadura en la que participaba toda la comunidad.

Ayla miró a la izquierda, en dirección sur. Los valles cubiertos de hierba de los dos ríos —cuya confluencia se hallaba justo debajo de ellos— se desplegaban entre altas paredes rocosas. Acrecentado su caudal por las aguas del Río de la Hierba, el Río discurría hacia el suroeste ciñéndose a la base de las altas paredes rocosas, sorteando luego las rocas de un cerrado recodo y perdiéndose por fin de vista para ir a desembocar más al sur al cauce de otro río más grande que a su vez terminaba al oeste en las Grandes Aguas a cierta distancia de allí.

Ayla miró después a la derecha, en dirección norte, hacia el lugar de donde venían. Corriente arriba, el valle del Río era a un lado una extensa y verde pradera sobre la que se veían los chispeantes destellos del sol reflejado en la superficie del agua a través de los enebros, abedules, sauces y pinos, e incluso algún que otro roble de hoja perenne, que flanqueaban el cauce. En la orilla opuesta, allí donde el Río trazaba una ancha curva hacia levante, se veían los altos precipicios y el saliente inmenso de la Novena Caverna.

Manvelar se acercó a ellos con una sonrisa de bienvenida. Aunque el hombre de cabello gris no era ya joven, Ayla notó que caminaba con vitalidad y aplomo y le resultó difícil calcular su edad. Tras los saludos y algunas presentaciones formales, Manvelar guió al grupo hacia un espacio desocupado del nivel principal, al norte respecto al área de viviendas.

—Estamos preparando una comida de mediodía para todos —anunció—; pero si alguien tiene sed, allí encontrará agua y vasos. —Señaló hacia un par de odres grandes y húmedos apoyados contra una piedra, junto a varias pilas de vasos tejidos.

Casi todos aceptaron el ofrecimiento, aunque muchos tenían sus propios vasos. Era habitual que cada cual llevara en una bolsa su vaso, su cuenco y su cuchillo de comer, incluso en expediciones cortas o visitas a los amigos. Ayla no sólo cargaba con su vaso, sino también con un cuenco para Lobo. La gente contempló fascinada cómo el animal bebía ávidamente a lengüetazos el agua que ella le dio. Algunos sonrieron. Por alguna razón, resultaba tranquilizador ver que el lobo, unido a la mujer por un lazo misterioso e inexplicable, pudiera tener una necesidad tan corriente como la sed.

La gente se dispuso alrededor con aire de complacida expectación, unos sentados en piedras y otros de pie, aguardando el comienzo. Manvelar esperó a que todos

estuvieran callados y listos y, finalmente, dirigió un saludo a una mujer joven que se había colocado junto a él.

—Hemos tenido vigías apostados tanto aquí como en Segunda Vista durante los últimos dos días —dijo Manvelar.

—Segunda Vista es aquello, Ayla —aclaró Jondalar en voz baja, y ella miró hacia donde él le señalaba. Más allá de la confluencia de ríos y sus extensas y llanas tierras de aluvión, otro pequeño refugio de roca sobresalía abruptamente de un marcado ángulo allí donde empezaba, corriente abajo, la hilera de paredes rocosas paralelas al cauce—. La Tercera Caverna considera que Segunda Vista es parte de Roca de los Dos Ríos, pese a encontrarse separada por el Río de la Hierba.

Ayla volvió a mirar hacia el lugar llamado Segunda Vista y luego avanzó unos pasos para asomarse al borde de la terraza y echar un vistazo al agua que corría bajo ellos. Desde aquella perspectiva, vio que el Río de la Hierba, en su desembocadura, se ensanchaba formando un pequeño delta. En la orilla derecha del río más pequeño, al pie de Roca de los Dos Ríos, un camino que iba hacia el este, corriente arriba, se bifurcaba. Advirtió que el ramal secundario iba a dar a la orilla del Río de la Hierba, concretamente a uno de los lados del delta, donde el cauce era ancho y poco profundo y estaba aún bastante alejado de las turbulentas aguas de la confluencia. Por allí era por donde la gente de la Tercera Caverna vadeaba el Río de la Hierba.

—… Thefona nos ha traído información poco antes de que llegarais —decía Manvelar—. Creo, Joharran, que tenemos un par de posibilidades para una buena cacería. Veníamos siguiendo el rastro a una manada mixta de unos ocho ciervos gigantes con sus crías que avanza hacia aquí, y Thefona acaba de avistar una numerosa manada de bisontes.

—Cualquiera de las dos serviría —respondió Joharran—. ¿Tú qué sugieres? ¿Con cuál tenemos más garantías?

—Si fuera una cacería sólo para la Tercera Caverna, probablemente esperaría a los ciervos gigantes en el Río y capturaría un par en el vado, pero si se trata de reunir un número considerable de presas, optaría por los bisontes e intentaría acorralarlos en un cerco —contestó Manvelar.

—Podríamos ir a por las dos manadas —propuso Jondalar.

Alrededor, algunos sonrieron.

—¿Los quiere a todos? ¿Siempre ha sido tan acaparador? —dijo alguien a quien Ayla no logró identificar.

—Acaparador sí, pero normalmente no a la hora de cazar animales —repuso una voz femenina, provocando un coro de risas.

Esta vez Ayla sí vio a quien había hablado. Era Kareja, la jefa de la Undécima Caverna. Recordó que, al conocerla, le había causado buena impresión, pero en ese momento no le gustó el tono de sus comentarios. Parecía que se burlara de Jondalar, y la propia Ayla había sido víctima muy recientemente de unas carcajadas similares.

Miró a Jondalar para ver cuál era su reacción. Se había sonrojado, pero esbozó una irónica sonrisa. «Está abochornado, pero procura disimularlo», pensó Ayla.

—Imagino que mis palabras pueden interpretarse como un afán de acaparar, y me consta que puede parecer difícil que seamos capaces de cazar a todos esos animales, pero creo que podemos intentarlo —declaró Jondalar—. Cuando vivíamos con los mamutoi, Ayla, en su caballo, ayudaba a los cazadores del Campamento del León a guiar bisontes hacia un cerco para acorralarlos allí. Un caballo corre más que cualquier persona, y podemos dirigir a los caballos hacia donde queramos. Podemos conducir a esos bisontes hacia un lugar determinado y atajarles el paso cuando intenten escapar. Además, ya veréis lo fácil que es abatir un ciervo gigante con este lanzavenablos… y también a más de uno. Creo que os sorprenderá. —Alzó el arma de caza mientras hablaba. Era un asta de madera plana y estrecha, de apariencia demasiado sencilla para creer que pudiera realizar las maravillas que pregonaba el recién llegado.

—¿Estás diciéndonos que crees que podemos ir a por todos esos animales? —preguntó Joharran.

La reunión se interrumpió al aparecer la gente de la Tercera Caverna con los alimentos. Tras una relajada comida de mediodía, las conversaciones posteriores revelaron que la manada de bisontes no se hallaba lejos de un cerco construido previamente que podía repararse y utilizarse. Decidieron dedicar el día a arreglarlo. Si conseguían dejarlo listo y los bisontes no cambiaban de dirección, los cazarían a la mañana siguiente, pero también seguirían los movimientos de los ciervos gigantes. Ayla escuchó con atención cuando se abordó la planificación estratégica de la cacería, pero por el momento prefirió no ofrecer por iniciativa propia su ayuda y la de Whinney. Esperaría a ver cómo evolucionaban las cosas.

—Bueno, Jondalar, muéstranos esa nueva arma tan extraordinaria —pidió por fin Joharran.

—Sí —secundó Manvelar—. Has despertado mi curiosidad. Podemos ir al campo de entrenamiento del Valle de la Hierba.

Capítulo 11

El campo de entrenamiento estaba casi al pie de Roca de los Dos Ríos y consistía en una pista central de tierra en la que no crecía vegetación alguna a causa del uso continuo. Incluso la hierba que la flanqueaba era muy corta por la mucha gente que pasaba o se detenía allí a observar. Delimitaba un extremo de la pista un gran fragmento de piedra caliza, un antiguo saliente de roca que se había desplomado en tiempos inmemoriales. Sus bordes, antes angulosos, eran ahora redondeados por efecto de la erosión natural y del roce de los pies de quienes trepaban a ella. En el extremo opuesto había cuatro fardos de hierba seca envueltos con pieles; la hierba asomaba por los agujeros realizados en lanzamientos anteriores. En la piel de cada uno de los fardos había pintado un animal distinto.

—Tendréis que alejar los blancos —dijo Jondalar—. Han de estar al menos al doble de esa distancia.

—¿Al doble de esa distancia? —repitió Kareja examinando el artefacto de madera que Jondalar tenía en sus manos.

—Como mínimo.

El objeto que Jondalar sostenía había sido tallado a partir de un trozo recto de madera y medía aproximadamente lo mismo que su brazo desde el codo hasta la punta de los dedos extendidos. Estrecho y plano, estaba provisto de un largo surco central y dos bucles de cuero cerca de la parte delantera. Detrás tenía un tope con un gancho afilado para encajar el extremo romo de una lanza ligera, en el que previamente se había realizado un orificio.

De un carcaj de cuero crudo, Jondalar extrajo una punta de pedernal unida a una varilla de madera mediante tendones y una sustancia adhesiva hecha con pezuñas y trozos de cuero hervidos. En su otro extremo, la varilla terminaba en una punta redondeada. Semejaba una lanza desproporcionadamente corta o quizá un cuchillo con un mango poco corriente. Luego sacó de una funda una asta larga provista de dos plumas en un extremo, como una lanza, pero sin punta en el lado opuesto. Se produjo un murmullo de curiosidad entre la gente.

Jondalar insertó el extremo redondeado de la varilla sujeta a la punta de pedernal en un agujero hecho en el extremo superior del asta y mostró a los presentes una lanza de dos piezas y elegante aspecto. Algunos emitieron exclamaciones dando a entender que habían captado el concepto, pero no todos reaccionaron de la misma manera.

—He introducido unos cuantos cambios desde que empecé a desarrollar esta técnica de lanzamiento —explicó Jondalar a los allí reunidos—. Continuamente pruebo nuevas ideas para ver el resultado. Esta punta de lanza desmontable fue una de las más acertadas. Mientras que las astas largas se astillan cada vez que la lanza

cae mal o se parte al huir el animal herido, con ésta —alzó la lanza y volvió a desencajar las dos piezas— la punta se separa del asta, con lo cual ya no es necesario hacer toda una lanza nueva.

La gente se mostró interesada. Se requería mucho tiempo y esfuerzo para dar forma a un asta de lanza de manera que quedara recta y surcara bien el aire al arrojarla, y no existía allí un solo cazador que no hubiera roto alguna en el peor momento posible.

—Seguramente habréis notado que esta lanza es algo más pequeña y ligera —prosiguió Jondalar.

—¡Exacto! —exclamó Willamar—. Ya me parecía a mí que esa lanza tenía algo distinto, además del hecho de componerse de dos partes. Se la ve más elegante, casi femenina. Como una lanza «Madre».

—Descubrimos que una lanza menos pesada volaba mejor —explicó Jondalar.

—Pero ¿se clavará? —preguntó Brameval—. Por lo que yo he observado, una lanza necesita cierto peso, aunque quizá no llegue tan lejos. Si es demasiado ligera, rebota contra una piel dura, o se parte la punta.

—Creo que ya es momento de hacer una demostración —contestó Jondalar. Cogió la funda y el carcaj y retrocedió hacia las rocas caídas.

Llevaba astas y puntas desmontables de reserva, pero no todas las puntas eran iguales. Algunas eran de pedernal, aunque de formas ligeramente distintas; otras eran de hueso labrado, con una hendidura en la base para facilitar el acoplamiento a la varilla intermedia. Montó unas cuantas lanzas más para tenerlas a punto mientras Solaban y Rushemar alejaban a rastras uno de los blancos.

—¿Está bien aquí? —gritó Solaban.

Jondalar lanzó una mirada a Ayla. El lobo se había colocado junto a ella. Vio que tenía empuñado su lanzavenablos y llevaba al hombro un largo carcaj con lanzas ya montadas. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa, pero Ayla advirtió su nerviosismo. Jondalar había decidido empezar con una demostración y pasar luego a las preguntas y explicaciones.

—Será suficiente —contestó Jondalar.

El blanco estaba dentro del alcance del arma, muy cerca de hecho, pero para una primera demostración sería suficiente. Así, de paso, el lanzamiento sería más certero. No tuvo que pedir a la gente que se apartara, porque todos estaban retrocediendo ya, tratando de alejarse de una lanza arrojada mediante un arma desconocida. Jondalar aguardó, y cuando todos lo miraban con expresiones que iban desde la expectación hasta la incredulidad, se preparó para disparar.

Sosteniendo el lanzavenablos horizontalmente en la mano derecha, con los dedos pulgar e índice en los dos bucles delanteros, colocó una lanza en el surco, la deslizó hasta el gancho del lanzador, que actuaba también como tope, encajó en él el extremo inferior del asta, horadado y provisto de plumas, y sin vacilar arrojó la lanza. Lo hizo tan deprisa que mucha gente apenas vio el modo en que el extremo posterior del

lanzavenablos se elevaba a la vez que Jondalar mantenía agarrada la parte delantera con la ayuda de los bucles, añadiendo así eficazmente la longitud del lanzavenablos a la longitud de su brazo y, por consiguiente, obteniendo la ventaja de una mejor sujeción.

Sí vieron todos, no obstante, una lanza que volaba al doble de la velocidad habitual e iba a clavarse en el centro del ciervo pintado en la piel con tal fuerza que penetró claramente en el fardo de hierba. Para sorpresa de los espectadores, una segunda lanza siguió a la primera casi con igual fuerza y dio en el blanco muy cerca de la otra. Ayla había unido su propio lanzamiento al de Jondalar. Se produjo un silencio de estupefacción, seguido de una confusa sucesión de preguntas.

—¿Habéis visto?

—No te he visto lanzar, Jondalar. ¿Puedes repetirlo?

—Esa lanza casi ha atravesado el blanco. ¿Cómo has podido darle esa velocidad?

—La de ella también lo ha traspasado. ¿Cómo es posible lanzar con tanta fuerza?

—¿Puedo ver ese artefacto? ¿Cómo lo llamas? ¿Lanzavenablos? —Estas últimas preguntas se las hizo su hermano, y Jondalar le entregó el arma.

Joharran examinó el lanzavenablos con atención. Al darle la vuelta vio que había una sencilla silueta de ciervo gigante grabada en la madera y sonrió. Ya antes había visto un grabado similar.

—No está mal, para un tallador de pedernal —comentó señalando el dibujo.

—¿Cómo has sabido que es mío?

—Aún me acuerdo de cuando querías dedicarte a tallar madera. Creo que todavía conservo un plato que me regalaste una vez, con un grabado así. Pero, dime, ¿de dónde ha salido esto? —preguntó al tiempo que le devolvía el lanzavenablos—. Y me gustaría ver cómo se usa.

—Lo desarrollé cuando estaba en el valle de Ayla. El manejo no es difícil, pero se necesita práctica para llegar a dominarlo. Yo puedo lanzar a mayor distancia que Ayla, pero ella tiene más puntería que yo —explicó Jondalar mientras cogía otra lanza—. ¿Ves este pequeño agujero en el extremo inferior del asta?

Joharran y otras varias personas se acercaron para ver la redondeada hendidura.

—¿Para qué sirve? —quiso saber Kareja.

—Te lo demostraré. ¿Ves este saliente en forma de gancho en la parte trasera del lanzador? Se acoplan así —explicó Jondalar e insertó la punta del gancho en el orificio. Acomodó la lanza de manera que quedara recta sobre el lanzador, con una pluma a cada lado; introdujo los dedos pulgar e índice en los bucles de cuero, y sostuvo la lanza y el lanzador en posición horizontal. Todos se apiñaban alrededor procurando no perderse detalle.

—Ayla, ¿por qué no se lo enseñas tú también?

Ella inició una demostración parecida.

—Ayla lo sujeta de otra manera —advirtió Kareja—. Mete los dedos índice y medio en los bucles; Jondalar, en cambio, usa el pulgar y el índice.

—Eres muy observadora, Kareja —comentó Marthona.

—A mí me va mejor así —explicó Ayla—. Antes Jondalar lo sujetaba como yo, pero ahora prefiere esa otra forma. Tan válida es una como otra. Puede sujetarse como a uno le resulte más cómodo.

Kareja asintió con la cabeza.

—Tus lanzas también son más pequeñas y ligeras que las normales —dijo al cabo de un instante.

—Al principio utilizábamos lanzas más grandes, pero después de un tiempo Jondalar ideó estas otras más pequeñas. Es más fácil manejarlas y mejoran la puntería.

Jondalar proseguía con la demostración.

—Fijaos que, en el momento del lanzamiento, la parte trasera del lanzavenablos se levanta, dando más impulso a la lanza —mientras sostenía el arma con la mano derecha, cogió la lanza con la izquierda para reproducir el movimiento lentamente sin llegar a soltar la lanza—. Eso es lo que aumenta la fuerza.

—Con el lanzavenablos, al tirar es como si tu brazo fuera medio brazo más largo —comentó Brameval.

Apenas había hablado hasta entonces, y Ayla tardó un poco en recordar que era el jefe de la Decimocuarta Caverna.

—¿Por qué no vuelves a lanzar? —propuso Manvelar—. Muéstranos otra vez el funcionamiento.

Jondalar se echó hacia atrás, apuntó y disparó. La lanza hizo blanco de nuevo, y a continuación la de Ayla.

Kareja miró a la mujer con la que Jondalar había regresado a casa y sonrió. Ignoraba que Ayla fuera tan hábil, y de hecho le sorprendía. Había supuesto que una mujer de atractivo tan evidente sería más bien como Marona, la que Jondalar había elegido antes de irse; pero quizá mereciera la pena conocer mejor a Ayla.

—¿Te gustaría probar, Kareja? —propuso Ayla ofreciéndole el lanzavenablos.

—Sí, desde luego —respondió la jefa de la Undécima Caverna con una amplia sonrisa. Cogió el lanzador y lo examinó mientras Ayla sacaba otra lanza de punta desmontable. Reparó en el bisonte grabado en la parte trasera y se preguntó si sería también obra de Jondalar. Era un buen trabajo; no excepcional, pero aceptable.

Lobo se alejó mientras Ayla y Jondalar enseñaban a los demás las técnicas necesarias para usar eficazmente la nueva arma de caza. Algunos enseguida consiguieron realizar lanzamientos bastante largos, pero era evidente que afinar la puntería les llevaría más tiempo. Ayla estaba observando a los que practicaban manteniéndose detrás de ellos cuando captó un movimiento con el rabillo del ojo. Al volverse, vio que Lobo intentaba dar caza a algo y extrajo de una bolsa su honda y un par de guijarros.

Colocó un guijarro en la concavidad de cuero de la honda, y cuando la perdiz blanca, ya con todo su plumaje de verano, alzó el vuelo, ella estaba preparada. Arrojó

la piedra a la rolliza ave e inmediatamente la vio caer. Una segunda perdiz echó a volar, y ella la abatió también con su honda. Para entonces Lobo había encontrado ya la primera. Ayla le cortó el paso cuando el animal se iba con la presa cobrada y se la quitó de la boca; luego cogió la segunda. De pronto cayó en la cuenta de que era precisamente la temporada y empezó a buscar entre la hierba. Descubrió el nido y, con una sonrisa de satisfacción, se hizo también con los huevos. Así podría preparar el plato preferido de Creb, perdiz blanca rellena con sus propios huevos.

Tan satisfecha estaba de sí misma mientras regresaba donde estaban todos con Lobo a su lado que no advirtió hasta encontrarse ya muy cerca de ellos que habían dejado de ejercitarse y la observaban. Algunos sonreían, pero en su mayoría parecían sorprendidos. Jondalar exhibía una sonrisa burlona.

—¿No os había hablado de su destreza con la honda? —dijo. Se sentía muy orgulloso, y se le notaba.

—Pero no nos habías dicho que utilizaba al lobo para levantar la caza. Con su honda y el lobo, ¿qué necesidad tenías de inventar esto? —preguntó Joharran sosteniendo en alto el lanzavenablos.

—A decir verdad, la idea se me ocurrió al verla utilizar su honda —admitió Jondalar—, y por entonces ella no tenía aún al lobo, aunque había cazado con un león cavernario.

La mayoría de los presentes pensó que Jondalar bromeaba, pero al contemplar a la mujer con un par de perdices muertas en la mano y el lobo a su lado, muchos no sabían qué creer.

—¿Cómo ideaste este lanzavenablos, Jondalar? —preguntó Joharran. Había sido su turno de probar el lanzador, y lo tenía aún en la mano.

—Al observar a Ayla lanzar una piedra con la honda, sentí deseos de poder arrojar una lanza de la misma manera. De hecho, realicé mis primeros intentos con una especie de honda, pero después comprendí que necesitaba algo más rígido, menos flexible. Al final se me ocurrió esto. Pero entonces no sabía qué podía hacerse realmente con un arma así. Como a estas alturas ya debéis suponer, se necesita práctica; aun así nosotros hemos aprendido a utilizarla incluso desde los lomos de los caballos. Ahora que habéis tenido ocasión de probarla, quizá convenga que os hagamos una auténtica demostración. Lamentablemente no hemos traído los caballos, pero vais a poder haceros una idea más exacta del alcance de esta arma.

Se habían recuperado varias lanzas de los blancos. Jondalar cogió una, volvió a empuñar el lanzador que le devolvió Joharran y retrocedió unos pasos. Orientó el arma en dirección a los fardos, pero en lugar de apuntar a los blancos, disparó con todas sus fuerzas. La lanza voló por encima de los fardos y, recorriendo casi el doble de la distancia, fue a caer entre la hierba lejana. Se oyeron exclamaciones de asombro.

Ayla disparó a continuación, y si bien no poseía la potencia de Jondalar, alto y musculoso, su lanza cayó relativamente cerca de la de él. Debido a las circunstancias

en que se había criado, Ayla superaba en fuerza física a la mayoría de las mujeres. La gente del clan era más fuerte y robusta que los Otros, por eso, para estar a la altura de ellos, para llevar a cabo simplemente las tareas cotidianas propias de las mujeres y niñas del clan, Ayla había tenido que desarrollar una mayor potencia muscular y una complexión más fornida que las mujeres de su raza.

Mientras recogían las lanzas, la gente hablaba de la nueva arma que acababan de conocer. Arrojar una lanza con aquel artefacto no parecía muy distinto a arrojarla con la mano. La diferencia residía en el resultado. Dada la mayor fuerza que se imprimía al lanzamiento, la lanza recorría una distancia más de dos veces mayor. Ése fue el aspecto más comentado, porque de inmediato se comprendió que era mucho más seguro arrojar una lanza desde más lejos.

Aun sin ser frecuentes, a veces se producían accidentes de caza. Más de un cazador había acabado mutilado o muerto a causa del ataque de un animal herido y enloquecido por el dolor. La cuestión era cuánto tiempo y esfuerzo sería necesario para alcanzar, si no el nivel de destreza exhibida por Jondalar y Ayla, como mínimo la habilidad suficiente para emplear el lanzavenablos correctamente. Al parecer, algunos opinaban que les bastaba con las técnicas de caza que ya dominaban; en cambio, otros mostraron mayor interés, en particular los más jóvenes, que estaban aún en la etapa de aprendizaje.

A primera vista, la nueva arma parecía muy sencilla, y de hecho lo era. Pero se basaba en principios que si bien se comprendían intuitivamente, no se codificarían hasta mucho tiempo después. El lanzavenablos era un mango, un mango único y separable que aprovechaba la ventaja mecánica de la palanca para incrementar el impulso de una lanza, haciéndola volar más lejos y a mayor velocidad que una lanza arrojada con el brazo.

La gente usaba mangos de uno u otro tipo desde tiempos inmemoriales, y cualquier mango multiplicaba la fuerza ejercida por los músculos. Por ejemplo, un fragmento afilado de piedra —pedernal, jaspe, calcedonia, cuarzo, obsidiana— era un objeto cortante cuando se sujetaba directamente con la mano, pero con un mango se acrecentaba la fuerza que podía aplicarse al filo, y por consiguiente el cuchillo mejoraba en eficacia y el usuario disponía de mayor control.

Pero el lanzavenablos no era sólo una nueva aplicación de principios ya conocidos. Era una muestra de una característica connatural a personas como Jondalar y Ayla que aumentaba sus probabilidades de supervivencia: la capacidad de concebir una idea y transformarla en un objeto útil, de hacer realidad un concepto abstracto. Ése era su mayor don, pese a que ni siquiera eran conscientes de poseerlo.

Los visitantes dedicaron el resto de la tarde a estudiar estrategias para la inminente cacería. Decidieron ir tras la manada de bisontes avistada, ya que ese grupo contenía más animales. Jondalar volvió a mencionar que creía posible dar caza tanto a los

bisontes como a los ciervos gigantes, pero no insistió. Ayla guardó silencio, resuelta a esperar y ver qué ocurría. La caverna anfitriona ofreció otra comida a los visitantes y les rogó encarecidamente que se quedaran a pasar la noche. Algunos aceptaron, pero Joharran quería preparar algunas cosas antes de la cacería y había prometido a Kareja hacer una breve visita a la Undécima Caverna en el camino de regreso.

Cuando la Novena Caverna comenzó a bajar por el sendero, el sol ya se ponía, pero aún había luz de sobra. Al llegar al terreno relativamente llano próximo a la orilla del Río, Ayla se volvió y contempló una vez más los múltiples niveles de los refugios de Roca de los Dos Ríos, dispuestos como estantes. Algunos agitaban las manos en un gesto usado por mucha gente e interpretado como invitación a regresar. Notó que los visitantes devolvían el saludo con un movimiento similar que significaba «venid a vernos».

Caminando cerca de la orilla, rodearon la base del precipicio de regreso hacia el norte. A medida que avanzaban corriente arriba, disminuía gradualmente la altura de la pared rocosa que se alzaba en su lado del Río. Casi en la parte más baja, al pie de una pendiente, vieron un refugio de piedra. Algo más arriba en esa misma pendiente, quizá a unos treinta metros de distancia, había un segundo refugio, pero poco más o menos en la terraza del mismo nivel. Cerca se veía también una pequeña cueva. Los dos refugios, la cueva y la larga terraza componían el espacio habitado por otra comunidad de aquel asentamiento regional densamente poblado: la Undécima Caverna de los zelandonii.

Kareja y la gente de la Undécima Caverna se habían marchado de Roca de los Dos Ríos antes que la Novena, y la jefa aguardaba al lado del Zelandoni de la Undécima para saludar al grupo de visitantes. Viéndolos juntos, Ayla reparó en que Kareja era más alta que el Zelandoni de la Undécima. Al aproximarse un poco más se dio cuenta de que la mujer no era especialmente alta, pero el hombre era de corta estatura y complexión menuda. Cuando la saludó, no obstante, la fuerza de su apretón se contradijo con su tamaño. Era fibroso y nervudo, y Ayla percibió en él fuerza interior y aplomo, pero también algo más. Aquel hombre tenía ciertos gestos que la habían desconcertado la primera vez que lo vio, y ahora se le hicieron más evidentes mientras lo observaba recibiendo y dando la bienvenida a los visitantes.

Ayla advirtió que no la evaluaba con la mirada como hacían los demás hombres zelandonii, ya fuera abiertamente o con disimulo, y comprendió que aquel hombre no veía a las mujeres como un medio con el que satisfacer sus necesidades personales. Recordó que cuando vivía en el Campamento del León, escuchó con vivo interés una conversación sobre ciertas personas que portaban a la vez en su interior las esencias masculina y femenina. Se acordó asimismo que, según le había contado Jondalar, tales zelandonia a menudo se convertían en excelentes curanderos. Sin poder evitarlo, Ayla sonrió. Quizá tendría allí otra persona con quien hablar acerca de las medicinas y las prácticas y técnicas de curación.

El Zelandoni le devolvió una cordial sonrisa.

—Bienvenida a Sitio del Río, hogar de la Undécima Caverna de los zelandonii.

A un lado del Zelandoni y un poco más atrás, otro hombre sonreía de manera cálida y afectuosa mientras escuchaba sus palabras. Era bastante alto y tenía unas facciones bien proporcionadas que, pensó Ayla, se considerarían atractivas, pero sus movimientos parecían femeninos.

El Zelandoni se volvió para mirar al hombre alto y le indicó que se acercara.

—Me gustaría presentarte a mi amigo Marolan de la Undécima Caverna de los zelandonii —dijo, y prosiguió con el resto de la presentación formal, que a Ayla se le antojó algo más larga de lo normal.

Mientras el Zelandoni hablaba, Jondalar se colocó junto a Ayla, lo cual ella agradecía cuando se encontraba en una situación nueva, y habían sido ya muchas las nuevas situaciones desde su llegada al territorio de su gente. Se volvió para sonreírle y luego miró otra vez al frente para tomar las manos del acompañante del Zelandoni.

—En nombre de Mut, la Gran Madre de Todos, también conocida como Doni, yo te saludo, Marolan de la Undécima Caverna de los zelandonii —concluyó Ayla.

El hombre le dedicó una amable sonrisa y pareció interesado en charlar, pero tuvieron que apartarse para dejar espacio al resto de gente, a la que la jefa y el Zelandoni de la Undécima Caverna iban dando la bienvenida. Luego algunas personas se interpusieron entre ellos antes de que pudieran seguir intercambiando las cortesías de rigor. Más tarde tendrían tiempo de hablar, pensó Ayla.

Echó un vistazo alrededor para reconocer el lugar. Aunque se hallaba algo retirada del cauce y por encima del nivel del agua, estaba en realidad muy cerca del Río. Comentó a Marthona esa circunstancia.

—Sí, están muy cerca del Río —dijo ella—. Algunos piensan que corren riesgo de inundación. Según el Zelandoni, hay indicios en las Leyendas de los Ancianos que inducen a creerlo, pero ninguna persona aún viva, ni siquiera los más viejos, guarda recuerdo de inundaciones en este lugar. En todo caso, aprovechan bien su emplazamiento.

Willamar explicó que la gente de la Undécima Caverna, gracias a su acceso inmediato, sacaba partido de los recursos del Río. La pesca era una de sus principales actividades, pero para ellos era más importante aún el transporte fluvial, que de hecho era por lo que más se les conocía.

—En las balsas se cargan cantidades considerables de todo aquello que requiere ser transportado: comida, mercancías, personas —dijo—. Además de ser los más diestros impulsando las balsas río arriba y abajo, actividad que realizan para su propio provecho y también cuando se lo piden las cavernas vecinas, los moradores de la Undécima Caverna son los que las construyen casi todas.

—Ésa es su aptitud más destacada —añadió Jondalar—. Estas gentes están especializadas en construir y manejar balsas. Su hogar se conoce como Sitio del Río.

—¿No son para eso aquellas estructuras de troncos? —preguntó Ayla señalando varias construcciones de madera situadas casi al borde del agua. No le resultaban del

todo desconocidas. Ya había visto algo similar antes y trató de recordar dónde. De pronto se acordó. Las mujeres s'armunai habían utilizado una balsa. Cuando ella intentaba encontrar a Jondalar y seguía el único sendero que partía del lugar de su desaparición, llegó a un río y vio cerca una pequeña balsa.

—No todas están destinadas a la construcción —respondió Jondalar—. La que parece una balsa enorme es el muelle. Las plataformas de menor tamaño que están atadas son balsas. Casi todas las cavernas disponen de un lugar cerca del agua donde amarrar balsas; en algunos casos son construcciones muy sencillas, unas cuantas estacas unidas; otros tienen muelles algo más elaborados, pero en ningún caso como el de la Undécima. Cuando alguien quiere viajar o transportar algo, ya sea río arriba o río abajo, acude a ellos para encargarles la organización. Hacen sus trayectos con bastante regularidad. Me alegro de que hayamos parado aquí. Tenía ganas de hablarles de los sharamudoi y sus embarcaciones de troncos, con las que resulta tan fácil maniobrar.

Joharran oyó el comentario.

—Dudo que tengas tiempo de entrar en conversación sobre las embarcaciones fluviales en esta ocasión, a menos que quieras quedarte —advirtió—. Me gustaría estar de regreso en la Novena Caverna antes de que anochezca. Dije a Kareja que haríamos un alto aquí porque ella deseaba enseñarle la caverna a Ayla, y porque yo quería remontar el río en balsa después de la cacería para reunirme con otros jefes y hablar acerca de la Reunión de Verano.

—Si dispusiéramos de una de aquellas pequeñas canoas de los ramudoi, un par de personas podrían remar río arriba mucho más fácilmente de lo que resulta hacerlo impulsando una pesada balsa —se lamentó Jondalar.

—¿Cuánto se tardaría en hacer una de esas embarcaciones? —preguntó Joharran.

—Lleva bastante trabajo —admitió Jondalar—, pero una vez construidas duran mucho tiempo.

—Entonces eso ahora no es solución para mí, ¿no te parece?

—No. De hecho, me planteaba su utilidad futura.

—Bien, pero yo he de viajar río arriba en los próximos días, y luego volver —insistió Joharran—. Si la Undécima Caverna planea una salida, tanto la ida como la vuelta serían mucho más cómodas y rápidas, pero puedo ir a pie si no queda otro remedio.

—Podrías ir a caballo —propuso Ayla.

—*Tú* podrías ir a caballo, Ayla —repuso Joharran con una sarcástica sonrisa—. Yo no sabría cómo guiarlos en la dirección correcta.

—Un caballo puede cargar a dos personas. Podrías montar conmigo a la grupa.

—O conmigo —añadió Jondalar.

—Bueno, quizá en otro momento —contestó Joharran—. Por ahora prefiero preguntar si la Undécima Caverna planea pronto un viaje río arriba.

No habían visto acercarse a Kareja.

—Pues precisamente pensaba hacer un viaje río arriba —dijo la jefa de la Undécima Caverna. Todos se volvieron hacia ella—. Yo también estaré presente en esa reunión, Joharran, y si la cacería va bien… —El éxito en una cacería nunca se daba por sentado, aunque se considerara lo más probable, porque podía traer mala suerte—. Si va bien, no estaría de más transportar cierta cantidad de carne al emplazamiento de la Reunión de Verano para almacenarla con antelación en algún lugar seguro de las inmediaciones. Coincido contigo en que este año la reunión estará más concurrida que de costumbre. —Miró a Ayla—. Sé que tenéis poco tiempo, pero quería enseñarte nuestra caverna y presentarte a algunas personas. —Si bien no ignoró del todo a Jondalar, dirigió sus palabras a Ayla.

El joven observó con atención a la jefa de la Undécima Caverna. Había sido una de quienes más desdén había mostrado entre aquellos que se habían reído de él al escuchar sus propuestas sobre la cacería y sus afirmaciones respecto a las nuevas armas y, sin embargo, ahora parecía muy favorablemente impresionada por Ayla… después de conocer su destreza. Quizá, pensó Jondalar, debía aplazar para mejor ocasión la charla sobre el nuevo tipo de botes; acaso Kareja no fuera la persona más indicada con quien hablar del tema. Se preguntó quién sería en la actualidad el principal constructor de balsas.

Intentó recordar lo que sabía de Kareja. Nunca había habido muchos hombres interesados en ella, y no por falta de atractivo, sino porque ella misma no mostraba especial interés por los hombres y no los alentaba a aproximarse. Pero, por lo que Jondalar recordaba, Kareja tampoco se había interesado nunca por las mujeres. Siempre había vivido con su madre, Dorova. Se preguntó si viviría aún con ella.

La madre de Kareja nunca se había decidido a vivir con un hombre. Jondalar no recordaba quién era el hombre de su hogar, ni si alguien había llegado a saber quién era el hombre cuyo espíritu había elegido la Gran Madre para dejar encinta a Dorova. La gente había especulado acerca del nombre que Dorova escogió para su hija, sobre todo porque el sonido inducía a asociarlo con la palabra «coraje». ¿Creía acaso que Kareja necesitaría coraje? Se requería coraje para ponerse al mando de una caverna.

Ayla, consciente de que el lobo atraería la atención de la gente, se inclinó para tranquilizarlo con caricias y palabras reconfortantes. También a ella la tranquilizaba el contacto con el animal. Resultaba duro ser el blanco de todas las miradas, y no parecía que la situación fuera a cambiar en breve. Por esa misma razón no le entusiasmaba la idea de asistir a la Reunión de Verano, pese a que sí aguardaba con ilusión la ceremonia matrimonial que la convertiría en compañera de Jondalar. Antes de volver a erguirse, respiró hondo y, con disimulo, dejó escapar un suspiro. Haciendo a Lobo una señal para que permaneciera cerca, acompañó a Kareja en dirección al primero de los refugios.

Era similar a los demás refugios de piedra de la región. A causa de las relativas diferencias de dureza entre las distintas capas de la piedra caliza, la erosión se había producido a un ritmo desigual, creándose espacios entre las terrazas y salientes que se

hallaban protegidos de las precipitaciones y a la vez abiertos a la luz del día. Con estructuras añadidas para impedir el paso del viento y con fuego para proporcionar calor, las cavidades formadas en los precipicios de piedra caliza constituían espacios con unas condiciones de vida muy ventajosas incluso durante los inviernos de la Época Glaciar en las regiones periglaciales.

Después de conocer a varias personas y presentar a Lobo a algunas de ellas, Ayla fue conducida al otro refugio de piedra, donde vivía Kareja. Allí saludó a la madre de la jefa de la caverna, Dorova, pero a ningún otro pariente. Aparentemente, Kareja no tenía compañero ni hermanos, y dejó muy claro que no deseaba hijos, aduciendo que ocuparse de su caverna era ya responsabilidad más que suficiente.

Tras estas explicaciones, Kareja guardó silencio y observó a Ayla con mirada escrutadora.

—Ya que conocéis tan bien a los caballos —dijo finalmente—, quiero enseñaros una cosa.

Jondalar se quedó un tanto sorprendido cuando la jefa se encaminó hacia una pequeña cueva. Sabía adónde iban, y la gente no acostumbraba a llevar a desconocidos a sus lugares sagrados en la primera visita. Cerca de la entrada de la única galería de la cueva, había una serie de trazos crípticos, y dentro varios grabados toscos apenas visibles. Adornaba el techo, sin embargo, un gran caballo grabado con delicadeza y precisión y, al fondo, más marcas.

—Es un magnífico caballo —comentó Ayla—. Quienquiera que lo hiciese conocía bien a estos animales. ¿Vive aquí esa persona?

—No, aunque quizá su espíritu continúe entre nosotros —respondió Kareja—. El grabado lleva aquí mucho tiempo. Lo hizo algún antepasado, no sabemos quién.

Por último, Kareja mostró a Ayla el muelle y las dos balsas allí amarradas, así como un área de trabajo donde había otra balsa en fase de construcción. Le habría gustado quedarse más tiempo y conocer más detalles, pero Joharran tenía prisa y Jondalar dijo que también él debía hacer preparativos. Ayla no quería quedarse sola, y menos tratándose de su primera visita, pero prometió volver.

El grupo prosiguió su camino hacia el norte, aguas arriba, por la orilla del Río hasta el pie de una escarpa rocosa donde había un pequeño refugio de piedra. Ayla observó que los detritos de roca tendían a acumularse a lo largo del borde del refugio, bajo el saliente y se había formado allí una pared de piedrecillas sueltas y angulosas.

Se advertían ciertos indicios de utilización. Detrás del pedregal se alzaban varias mamparas de paneles, y había también una desplomada. Contra la pared del fondo habían lanzado unas pieles de dormir, tan gastadas que habían perdido la mayor parte del pelo. Se veían asimismo los círculos negros de varias fogatas apagadas, dos de ellos delimitados por piedras, y uno con dos horquillas plantadas a los lados, una enfrente de la otra, usadas —supuso Ayla— para poner a asar carne ensartada en un espetón.

La joven creyó ver unas volutas de humo procedentes de uno de esos círculos y se sorprendió. El lugar parecía abandonado y, sin embargo, daba la impresión de que lo hubieran utilizado recientemente.

—¿Qué caverna vive aquí? —preguntó.

—Ninguna —contestó Joharran.

—Pero todas usan este sitio —añadió Jondalar.

—Todos lo emplean para algo de vez en cuando —explicó Willamar—. Es un lugar para resguardarse de la lluvia, o para que un grupo de jóvenes se reúna, o para que una pareja esté a solas una noche; pero nadie vive aquí de manera permanente. La gente lo llama «el Refugio», sin más.

Tras detenerse un momento en el Refugio, siguieron por el valle del Río hacia el Paso. Ayla volvió a ver ante ella los precipicios y la forma característica de la Novena Caverna en la orilla derecha, en el lado exterior de un recodo cerrado. Después de vadear, continuaron por un hollado sendero que discurría entre el Río y el pie de una ladera escasamente poblada de árboles y matorrales.

Tuvieron que colocarse de nuevo en fila india cuando el sendero se estrechó entre la orilla y un precipicio escarpado.

—Éste es el que llamáis Roca Alta, ¿no? —preguntó Ayla, aminorando el paso para que Jondalar le diera alcance.

—Sí —contestó él cuando se acercaban a una bifurcación que se encontraba algo más allá de la empinada pared.

El desvío doblaba hasta orientarse en dirección opuesta a la que ellos llevaban, pero cuesta arriba.

—¿Adónde va ese desvío? —quiso saber Ayla.

—A unas cuevas situadas a bastante altura en ese precipicio que acabamos de pasar —respondió Jondalar.

Ella asintió con la cabeza.

Un poco más adelante, el sendero que iba al norte desembocaba en un valle encajonado entre barrancos, con orientación este-oeste. Un arroyo corría por el centro del valle hasta el Río, que en ese tramo fluía de norte a sur casi con toda precisión. Era tan angosto que parecía un desfiladero, el valle se hallaba enclavado entre dos empinados muros: al sur, Roca Alta, el precipicio vertical que acababan de dejar atrás; al norte, una segunda masa de roca de proporciones aún mayores.

—¿Ése también tiene nombre? —preguntó Ayla.

—Lo llaman Roca Grande —dijo Jondalar—, y al riachuelo se lo conoce como Arroyo de los Peces.

Al alzar la vista sendero arriba, vieron descender a varias personas que caminaban hacia ellos. Brameval iba al frente, con una amplia sonrisa.

—Ven a visitarnos, Joharran —propuso cuando llegó ante ellos—. Nos gustaría enseñarle la caverna a Ayla y presentarle a algunas personas.

A juzgar por el semblante de su hermano, Jondalar adivinó que no deseaba parar de nuevo, si bien sabía que negarse habría sido una gran falta de cortesía. Marthona supo interpretar también la expresión de Joharran y se apresuró a intervenir para evitar que su hijo, por un poco de prisa, cometiera un error por malentendidos entre unos buenos vecinos. Cualesquiera que fuesen los planes de Joharran, no serían tan importantes como para eso.

—Naturalmente —dijo Marthona—. Nos encantaría hacer un alto. Aunque esta vez no podemos quedarnos mucho rato. Debemos prepararnos para la cacería, y Joharran tienen algunos asuntos pendientes.

—¿Cómo ha sabido que estábamos pasando por aquí en este preciso momento? —preguntó Ayla a Jondalar mientras ascendían por el sendero que bordeaba el Arroyo de los Peces y conducía a la caverna.

—¿Te acuerdas del desvío que subía hacia las cuevas de Roca Alta? —dijo Jondalar—. Brameval debía de tener un vigía allí, que le habrá avisado en cuanto nos ha visto.

Ayla vio a una muchedumbre esperando, y advirtió que las secciones de los enormes bloques de piedra caliza dispuestos de cara al arroyo contenían varios salientes pequeños y cuevas, y un inmenso refugio de roca. Cuando llegaron, Brameval se dio media vuelta y extendió los brazos para abarcar toda la caverna con su gesto.

—Bienvenidos a Pequeño Valle, el hogar de la Decimocuarta Caverna de los zelandonii —saludó.

Ante el espacioso refugio se extendía una amplia terraza accesible desde ambos lados a través de unas rampas en las que se habían labrado angostos caminos de peldaños. Arriba, en la pared del precipicio, un pequeño orificio en la roca se había agrandado para usarse como puesto de observación o salida de humos. Un parte de la abertura frontal del refugio se hallaba protegida de los elementos mediante un muro de fragmentos de piedra caliza apilados.

Invitaron a los visitantes de la Novena Caverna a pasar al área de vivienda principal de la pequeña comunidad del valle y les ofrecieron una infusión, que estaba ya preparada. Manzanilla, determinó Ayla después de probarla. Era evidente que Lobo sentía curiosidad por explorar aquel nuevo refugio de piedra —probablemente no más que Ayla—, pero ella lo obligó a quedarse a su lado. Todos habían oído hablar ya del lobo que obedecía a la mujer, claro está, y muchos incluso lo habían visto, pero de lejos. Ayla era consciente de que para la gente resultaba más inquietante tenerlo dentro de su propia caverna.

Presentó a Lobo a la hermana de Brameval y a su Zelandoni ante la mirada de los demás. Pese a que la Novena y la Decimocuarta Caverna mantenían estrechas relaciones de amistad, todos sabían que era la forastera, Ayla, el centro de atención. Después de las presentaciones, y tras una segunda infusión, se produjo el silencio

incómodo que se da a veces entre desconocidos que no saben qué hacer o decir. Joharran miraba con impaciencia el sendero de salida, que descendía hacia el Río.

—¿Quieres ver el resto de Pequeño Valle, Ayla? —propuso Brameval cuando se puso de manifiesto que Joharran deseaba marcharse.

—Sí, desde luego.

Con cierto alivio, los visitantes de la Novena Caverna y varias personas de la Decimocuarta bajaron por los peldaños labrados en el precipicio mientras los niños saltaban desde el borde de la terraza. Aunque el amplio refugio era el hogar principal de la Decimocuarta Caverna, se utilizaban también dos refugios de menor tamaño situados uno junto al otro al pie de la pared rocosa orientada al sur.

Se detuvieron en un pequeño refugio que se hallaba sólo a unos pasos de allí.

—Éste es el Refugio del Salmón —dijo Brameval, y los guió al interior de un recinto casi circular de unos seis metros de diámetro. Una vez dentro, señaló hacia arriba.

Ayla alzó la mirada y en el techo abovedado vio un salmón de tamaño natural —algo más de un metro de largo— esculpido en bajo relieve, con la boca ganchuda de un macho yendo aguas arriba para desovar. Formaba parte de una escena más compleja que incluía también un rectángulo dividido por siete líneas, las patas delanteras de un caballo, y otros signos enigmáticos y grabados, junto con la huella de una mano sobre un fondo negro. En toda la bóveda se apreciaban amplias zonas de intensos colores rojo y negro, usados para dar realce a los grabados.

Realizaron un rápido recorrido por el resto de Pequeño Valle. Al suroeste, frente al gran refugio de roca, había una caverna espaciosa, y al sur un saliente formaba un pequeño refugio que se adentraba en la pared del precipicio a través de una galería de unos veinte metros de longitud. A la derecha de la entrada a la galería, sobre una pequeña terraza natural, había labrados dos uros con vigorosos contornos y un rinoceronte apenas esbozado.

Muy impresionada por las bellezas naturales de Pequeño Valle, Ayla expresó abiertamente su admiración. Brameval y la Decimocuarta Caverna estaban orgullosos de su hogar y les complacía enseñarlo a una persona que daba muestras de saber apreciarlo. Además, empezaban a acostumbrarse al lobo, gracias en parte a que Ayla lo mantenía en todo momento bajo control. Fueron varios los que insistieron a los visitantes para que se quedaran a comer, o al menos Ayla.

—Me gustaría —contestó—, pero esta vez no es posible. Sin embargo, volveré encantada.

—Antes de irte, pues, te enseñaré nuestra encañizada —dijo Brameval—. Está camino del Río.

Condujo al numeroso grupo que se había congregado, incluidos los visitantes, hasta una trampa permanente para peces construida en el Arroyo de los Peces. El cauce que recorría el estrecho valle era un lugar de desove para salmones, al que los peces adultos regresaban cada año. Mediante diversas adaptaciones, la encañizada era

una manera eficaz de atrapar a muchas otras variedades de peces que también se sentían tentadas por el arroyo. Pero la pieza más preciada era el enorme salmón, especie cuyo macho adulto medía por término medio alrededor de un metro veinte, pero en algunos casos alcanzaba el metro y medio.

—También elaboramos redes para pescar, sobre todo en el Río —explicó Brameval.

—La gente con la que me crié vivía cerca de un mar interior —dijo Ayla—. A veces iban a la desembocadura del río que pasaba cerca de su caverna y pescaban esturiones con redes. Se alegraban especialmente cuando atrapaban hembras porque les gustaban las pequeñas huevas negras.

—Yo probé las huevas de esturión cuando visitamos a la gente que vive cerca de las Grandes Aguas, al oeste —contó Brameval—. Son buenas, pero el esturión rara vez remonta hasta aquí. El salmón sí, claro está, y las huevas también son buenas, algo más grandes y de un color vivo, casi rojo. No obstante, prefiero el pescado a las huevas. Creo que a los salmones les gusta el rojo. ¿Sabías que el macho se vuelve rojo cuando nada corriente arriba? Al esturión lo conozco menos. Por lo que tengo entendido, llegan a hacerse muy grandes.

—Jondalar pescó uno de los esturiones más grandes que he visto en la vida. Creo que debía de medir el doble que él —comentó Ayla volviéndose para sonreír al hombre alto. Con un destello en los ojos, añadió—: ¡Y vaya el trabajo que le dio!

—A no ser que penséis quedaros, me parece que Jondalar tendrá que contar la anécdota otro día —atajó Joharran.

—Sí, mejor otro día —convino Jondalar. Era una anécdota un tanto bochornosa, y no le entusiasmaba la idea de contarla.

Mientras se dirigían juntos hacia el Río, siguieron hablando de pesca.

—Las personas a las que les gusta pescar solas suelen usar un anzuelo. Conocéis la técnica, ¿no? —preguntó Brameval—. Se coge un trozo pequeño de madera, afilado por las dos puntas, y se ata en el centro un cordel fino —daba sus explicaciones con vivo entusiasmo, gesticulando con ambas manos al hablar—. Yo acostumbro añadir un flotador y atar el otro extremo del cordón a una vara. Pongo una lombriz en el anzuelo y lo echo al agua. Luego permanezco atento. Cuando se nota un mordisqueo, hay que dar un tirón rápido y seco, y con un poco de suerte el anzuelo queda atravesado en la garganta o la boca del pez, clavándose las dos puntas a los lados. Incluso los jóvenes se las arreglan bastante bien.

Jondalar sonreía.

—Ya lo sé. Tú me enseñaste cuando era joven —dijo, y miró a Ayla—. Cuidado con Brameval si empieza a hablar de pesca —comentó, y el jefe pareció un tanto avergonzado—. Ayla también pesca, Brameval. Es capaz de capturar los peces con las manos.

—¿Con las manos? —repitió Brameval—. Eso sí me gustaría verlo.

—Hace falta mucha paciencia, pero no es difícil —aseguró Ayla—. Algún día te lo mostraré.

Tras abandonar el estrecho desfiladero de Pequeño Valle, Ayla notó que la enorme masa de piedra caliza conocida como Roca Grande, que formaba el lado norte del valle en que estaba enclavada la Decimocuarta Caverna, se alzaba casi verticalmente pero, a diferencia de Roca Alta, no partía casi del borde mismo del agua. Unos pasos más adelante, el sendero se ensanchaba a medida que las altas paredes de piedra caliza de la orilla derecha se retiraban del cauce hasta formarse un extenso campo entre el pie del precipicio y el Río.

—Esto se llama Campo de Reunión —dijo Jondalar—. Es otro de los sitios frecuentados por todas las cavernas de los alrededores. Cuando queremos reunirnos por algún motivo, como un festejo o una asamblea informativa, aquí hay espacio suficiente para todos. A veces venimos después de una gran cacería a secar la carne para el invierno. Supongo que si hubiese existido aquí un refugio de piedra o una cueva habitable, alguien lo habría ocupado, pero ahora puede usarlo cualquiera. La gente viene sobre todo en verano, cuando basta con una tienda para quedarse unos días.

Ayla miró en dirección al precipicio de piedra caliza, al otro lado del campo. Si bien no había refugios utilizables ni cuevas profundas, la pared presentaba numerosas repisas y grietas donde anidaban los pájaros.

—Antes yo trepaba a menudo por esa pared —dijo Jondalar—. Hay muchos puntos desde donde contemplar el paisaje y la vista del valle del Río es espectacular.

—Los jóvenes aún lo hacen —informó Willamar.

Más allá del Campo de Reunión y a un paso ya de la Novena Caverna, otra serie de precipicios de piedra caliza se alzaba muy cerca del Río. Allí, las fuerzas que habían erosionado la piedra habían dado al precipicio un aspecto redondeado, y como en todas las formaciones de piedra caliza, el cálido color amarillento natural de la piedra presentaba vetas de un gris oscuro.

Una empinada cuesta ascendía desde el Río hasta una terraza llana de superficie considerable que se extendía más allá de una hilera de amplios refugios de piedra, separados en algunos sitios por secciones de pared escarpada de roca sin saliente protector. Acercándose allí desde el sur, se veían bajo el abultado saliente de los refugios varias estructuras sencillas de cuero y madera. Se hallaban construidas al estilo de un albergue alargado, con una fila de hogares en medio paralela a la pared del precipicio.

En el extremo norte de la terraza había dos espaciosos refugios de piedra, a una distancia de unos cincuenta metros entre sí, casi contiguos a la enorme Novena Caverna, pero debido a la curva del precipicio estos otros refugios no daban al sur, lo cual los hacía menos deseables. Ayla bajó la vista para contemplar el extremo sur de la terraza de la Novena Caverna, más allá de un surco que recogía el agua vertida

desde el borde del porche de piedra, y cayó en la cuenta de que este saliente estaba en una posición algo más elevada.

—¿Qué caverna ocupa este lugar? —preguntó Ayla.

—En realidad, ninguna —contestó Jondalar—. Se llama Río Abajo, probablemente porque está muy cerca de la Novena Caverna yendo aguas abajo. El canal de desagüe abierto en la roca por el manantial que brota de la pared del fondo constituye una división natural entre la Novena Caverna y Río Abajo. Construimos un puente para comunicar los dos lugares. Posiblemente la Novena Caverna utiliza este espacio más que ninguna otra, pero todas las cavernas lo usan.

—¿Para qué se emplea? —preguntó Ayla.

—Para producir cosas. Es un lugar de trabajo. La gente viene aquí a trabajar en sus oficios, sobre todo en aquéllos en los que se utilizan materiales duros.

Ayla notó entonces que en toda la terraza de Río Abajo, pero especialmente en el interior y en los alrededores de los dos refugios situados más al norte, había esparcidos residuos de marfil, hueso, asta, madera y piedra, generados por la talla de pedernal y la elaboración de herramientas, armas de caza y utensilios diversos.

—Jondalar, voy a adelantarme —dijo Joharran—. Casi hemos llegado y sé que quieres quedarte un rato aquí para explicarle a Ayla cosas de Río Abajo.

El resto de la gente de la Novena Caverna se marchó con él. Ya atardecía, y pronto sería noche cerrada.

—El primero de estos refugios de piedra lo usan principalmente los talladores de pedernal —explicó Jondalar—. Cuando se trabaja el pedernal saltan muchas esquirlas cortantes, y se debe procurar que no se esparzan, trabajando en un lugar limitado. —Echó entonces un vistazo alrededor y advirtió por todas partes los fragmentos y esquirlas que se habían acumulado allí como resultado del proceso de hacer cuchillos, puntas de lanza, raspadores, cierta clase de punzones llamados «buriles» y otras armas y utensilios realizados a partir de la dura piedra silícea. Con una sonrisa, Jondalar añadió—: Bueno, al menos ésa era la idea en un principio.

Le contó que la mayoría de las herramientas de piedra labradas allí se trasladaban luego al segundo refugio para unirlas a los mangos, hechos de otros materiales, tales como la madera y el hueso. Muchas de las herramientas acabadas, continuó explicando, se usaban luego para la elaboración de otras cosas de los mismos materiales.

No existían allí unas normas claras y estrictas acerca de qué actividades debían llevarse a cabo en cada sitio y cuáles no. A menudo distintas clases de artesanos compartían el mismo espacio.

Por ejemplo, con frecuencia aquel que daba forma al pedernal para convertirlo en una hoja de cuchillo colaboraba estrechamente con el que hacía el mango, quizá rebajando un poco más la espiga de la hoja para que encajara mejor en el mango, o sugiriendo modificaciones o reducciones en éste para mejorar el equilibrio. Otras veces el artesano que daba forma al hueso para obtener puntas de lanza acudía al

tallador de pedernal para que le afilara una herramienta o le recomendara algún cambio en ella para facilitar su manejo. También podía ocurrir que el tallista de madera que decoraba el mango o el asta necesitara un buril con una punta especial. En tales casos, únicamente un tallador de pedernal experimentado y diestro era capaz de desprender una minúscula porción de la punta de pedernal de la herramienta en el ángulo preciso para obtener el resultado deseado.

Jondalar saludó a unos cuantos artesanos que se hallaban aún en el segundo refugio del extremo norte de la terraza, y les presentó a Ayla. Observaron al lobo con recelo, pero prosiguieron con su tarea cuando el animal y la pareja se alejaron.

—Ya oscurece —dijo Ayla—. ¿Dónde dormirá esa gente?

—Podrían venir a la Novena Caverna, pero probablemente encenderán una hoguera y se quedarán despiertos hasta tarde. Luego pasarán la noche en alguno de los primeros refugios que hemos visto. Quieren acabar hoy mismo. No sé si te acuerdas, pero antes había aquí otros muchos artesanos. Los demás se han ido ya a casa o se alojan con algún amigo de la Novena Caverna.

—¿Todo el mundo viene aquí a trabajar? —preguntó Ayla.

—Cada caverna dispone de un sitio de trabajo como éste cerca de la zona de vivienda, por lo general más pequeño, pero siempre que un grupo de artesanos tiene una duda o una idea que desarrollar viene aquí.

A continuación, Jondalar explicó a Ayla que también era allí donde acudían los jóvenes que manifestaban interés por un determinado oficio y deseaban aprender. Asimismo era un buen sitio para discutir sobre cuestiones específicas del trabajo, tales como la calidad del pedernal de diversas regiones y los mejores usos para cada variedad; o para intercambiar puntos de vista sobre aspectos técnicos: cómo talar un árbol con un hacha de pedernal, cómo separar trozos de marfil adecuados de un colmillo de mamut, cómo cortar los troncos de una cornamenta, cómo horadar una concha o un diente, cómo modelar y perforar cuentas, o cómo esbozar la forma aproximada de una punta de lanza hecha de hueso. Era también el lugar donde se estudiaba la adquisición de materias primas y se planeaban expediciones o misiones comerciales para conseguirlas.

Además, sobre todo era un buen sitio para, sencillamente, hablar. Allí se explayaba el enamorado y se hablaba de los problemas con la compañera o con la madre de la compañera; del hijo que había empezado a dar sus primeros pasos o había dicho una nueva palabra; de la realización de una nueva herramienta; del descubrimiento en el bosque de una zona con abundantes bayas; de cómo se había seguido el rastro a un animal o cazado una presa. Ayla se formó de inmediato la idea de que era un lugar destinado tanto al trabajo serio como a la cordial camaradería.

—Mejor será que volvamos antes que esté demasiado oscuro para encontrar el camino —sugirió Jondalar—, sobre todo considerando que no tenemos antorchas. Además, si mañana salimos de cacería, necesitaremos unas cuantas cosas, y tendremos que ponernos en marcha temprano.

El sol ya se había puesto pero coloreaban aún el cielo los últimos destellos de luz cuando por fin descendieron hacia el puente construido sobre el canal de desagüe del manantial. Lo atravesaron y llegaron al extremo del refugio de piedra donde vivían Jondalar y los suyos, la Novena Caverna de los zelandonii. Hacia final del sendero, Ayla vio el resplandor de varias fogatas reflejado en la cara inferior del saliente de piedra caliza. Era una visión acogedora. Pese a toda la protección brindada por los espíritus animales que definían en parte la personalidad de Ayla, sólo las personas sabían encender fuego.

Capítulo 12

Aún no había amanecido cuando oyeron llamar suavemente al poste de la puerta.

—Los zelandonia preparan la ceremonia de caza —anunció alguien.

—Enseguida vamos —contestó Jondalar en voz baja.

Ya estaban despiertos, pero no vestidos. Ayla había estado conteniendo unas ligeras náuseas y decidiendo qué ponerse, aunque desde luego no tenía mucho dónde escoger. Definitivamente tendría que hacerse un poco de ropa. Quizá pudiera conseguir un par de pieles en la cacería. Volvió a examinar la túnica sin mangas y los calzones hasta las pantorrillas, la ropa interior de chico que le había dado Marona, y tomó una decisión. ¿Por qué no? Era un conjunto cómodo, y probablemente apretaría el calor ya entrado el día.

Jondalar la observó mientras se ponía la ropa que le había dado Marona, pero guardó silencio. Al fin y al cabo, se la habían regalado. Podía usarla para lo que le viniera en gana. Alzó la vista cuando su madre salió de su dormitorio.

—No te habremos despertado nosotros, ¿verdad, madre? —dijo Jondalar.

—No, no me habéis despertado. Aún me entra cierto nerviosismo antes de una cacería, pese a que hace años que no he salido de caza —respondió Marthona—. Supongo que es porque me gusta participar en la organización y los rituales. Yo también asistiré a la ceremonia.

—Iremos los dos —añadió Willamar al tiempo que salía de detrás de la mampara que separaba su dormitorio del resto de la morada.

—Y yo también —anunció Folara asomándose desde su habitación con mirada soñolienta. Bostezó y se frotó los ojos—. Sólo necesito un rato para vestirme. —De pronto abrió los ojos desorbitadamente—. ¡Ayla! ¿Vas a ponerte eso?

La joven bajó la vista para mirarse y luego se irguió cuan alta era.

—Me ofrecieron esta ropa como «regalo» —repuso con cierto tono de agresividad defensiva—, y tengo toda la intención de usarla. Además —añadió con una sonrisa—, tengo poca ropa, y este conjunto es cómodo y no me estorba al moverme. Si me envuelvo con una capa o una piel, podré protegerme del frío de la mañana; y después, cuando suba la temperatura, iré fresca y cómoda. En realidad, es un conjunto muy práctico.

Se produjo un silencio violento, y, de repente, Willamar se echó a reír.

—Tiene razón. Nunca se me habría ocurrido usar ropa interior de invierno como equipo de verano para cazar, pero ¿por qué no?

Marthona observó a Ayla con atención y al cabo de un momento le dirigió una astuta sonrisa.

—Si Ayla se pone ese conjunto, dará que hablar —dijo—. Las mujeres de mayor edad lo desaprobarán, pero algunas, dadas las circunstancias, opinarán que tiene

motivos justificados, y el año próximo por estas fechas la mitad de las jóvenes se vestirán así.

Jondalar se relajó visiblemente.

—¿De verdad piensas eso, madre?

No había sabido qué decir al ver a Ayla ponerse aquella ropa. Marona se la había proporcionado con el único propósito de avergonzarla, pero a Jondalar se le ocurrió que si su madre tenía razón —y Marthona rara vez se equivocaba respecto a esas cuestiones—, no sólo sería Marona la avergonzada, sino que la pobre nunca olvidaría aquel episodio. Cada vez que viera a alguien con ese conjunto, recordaría que su maliciosa broma no había divertido a nadie.

Folara, boquiabierta, miraba alternativamente a Ayla y Marthona.

—Más vale que te des prisa si quieres venir, Folara —la apremió su madre—. Pronto saldrá el sol.

Willamar encendió una tea con el rescoldo avivado del hogar de la cocina mientras esperaban. Era una de las varias que habían preparado después de encontrarse la morada a oscuras la noche en que Ayla les enseñó cómo hacer fuego con pedernal y pirita de hierro. Cuando Folara apareció, intentando aún recogerse el pelo con una tira de cuero, apartaron la cortina y salieron silenciosamente. Ayla se agachó para tocarle la cabeza a Lobo, una señal mediante la que, en la oscuridad, le indicaba que permaneciera a su lado mientras seguían el resplandor de otras luces oscilantes en dirección al porche de piedra de la parte delantera.

Ya se había congregado allí buen número de gente cuando llegó Marthona acompañada de los otros ocupantes de su morada, incluido el lobo. Algunos de los presentes portaban candiles, que alumbraban lo justo para ver el camino durante bastante tiempo, y otros sostenían teas, que proporcionaban más luz pero se consumían mucho antes.

Aguardaron aún un rato a quienes iban sumándose al gran grupo, y, finalmente, todos se encaminaron hacia el extremo sur del refugio. Era difícil distinguir a las personas e incluso ver adónde se dirigían cuando se pusieron en marcha. Las teas iluminaban el espacio cercano, pero más allá del resplandor todo parecía aún más negro.

Ayla se apoyó en el brazo de Jondalar mientras avanzaban por la terraza de piedra y dejaban atrás la sección deshabitada de la Novena Caverna hacia el canal que separaba la Novena Caverna de Río Abajo. Aquel arroyuelo que corría por la zanja —el desagüe del manantial que brotaba de la pared de roca— permitía proveerse de agua cómodamente a los artesanos mientras realizaban su trabajo y a la vez proporcionaba un suministro extra a la Novena Caverna cuando hacía mal tiempo.

Los portadores de teas se colocaron a ambos extremos del puente que cruzaba hasta los refugios de piedra de Río Abajo. En la vacilante luz, todos pasaron con cuidado sobre los troncos amarrados y tendidos de un lado a otro del estrecho cauce y continuaron por la ligera cuesta que ascendía hasta Río Abajo. Ayla observó que el

cielo negro de la noche cerrada comenzaba a adoptar el azul oscuro previo al amanecer, la primera señal de que el sol pronto asomaría. Pero el cielo nocturno estaba aún colmado de estrellas.

No ardía fogata alguna en los dos grandes refugios de Río Abajo. Los últimos artesanos se habían retirado ya hacía tiempo a los albergues. La partida de caza pasó ante ellos y descendió por la escarpada pendiente hacia el Campo de Reunión que se extendía entre Roca Alta y el Río. Desde lejos se veía ya la gran hoguera encendida en medio del campo y la gente apiñada alrededor. Cuando se acercaron, Ayla advirtió que, como ocurría con las teas, el resplandor de la hoguera iluminaba el espacio inmediato, pero impedía ver más allá. Era extraordinario disponer de fuego por la noche, pero tenía sus limitaciones.

Los recibieron varios zelandonia, incluida la Primera entre Quienes Sirven a la Madre, la Zelandoni de la Novena Caverna. La corpulenta mujer los saludó y les indicó dónde debían colocarse para la ceremonia. Cuando se alejaba, su ancha silueta casi tapó la claridad del fuego por un instante.

Iba llegando más gente. Ayla reconoció a Brameval a la luz del fuego y cayó en la cuenta de que era un grupo de la Decimocuarta Caverna. Alzó la vista y notó que sin duda el cielo presentaba ya un tono azulado. Apareció a continuación otro grupo de gente con teas, entre ellos Kareja y Manvelar. La Undécima y Tercera Cavernas habían llegado. Manvelar saludó a Joharran con un gesto y luego se aproximó a él.

—Sólo quería avisarte de que nos conviene más ir a por los ciervos gigantes en lugar de los bisontes —dijo Manvelar—. Ayer por la tarde, cuando ya os habíais marchado, los vigías informaron de que los bisontes habían cambiado de rumbo y se alejaban del cerco. En su actual posición, no será fácil conducirlos hacia allí para acorralarlos.

Por un momento Joharran mostró cierta decepción, pero la caza siempre requería flexibilidad. Los animales vagaban por donde querían según sus propias necesidades, y no a conveniencia de los cazadores. Un buen cazador debía saber adaptarse.

—De acuerdo, se lo diremos a la Zelandoni.

A una señal, todos se desplazaron hacia una zona entre el fuego y el fondo del campo, colocándose de cara a la pared rocosa. La proximidad del fuego y la muchedumbre hizo subir la temperatura, y Ayla lo agradeció. Caminar a buen paso hasta el Campo de Reunión había sido un buen ejercicio para entrar en calor, pero luego, esperando allí de pie, había empezado a enfriarse. El lobo se apretó contra su pierna; le incomodaba tener tanta gente desconocida alrededor. Ayla se arrodilló para tranquilizarlo.

El reflejo de la gran hoguera, situada a sus espaldas, danzaba en la rugosa superficie vertical de la roca. De pronto se oyeron un penetrante gemido y el redoble de unos bongós. Luego Ayla percibió otro sonido y se le erizó el vello de la nuca a la vez que sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sólo había oído un sonido

como ése en una ocasión… ¡en la Reunión del Clan! Jamás olvidaría el sonido de un bramador. Era el que se utilizaba para invocar a los espíritus.

Sabía cómo se producía aquel sonido. Procedía de un trozo de hueso o madera plano y oval con un orificio en un extremo al que se ataba un cordón enrollado. Al desenrollar el cordón, el objeto giraba y emitía aquel sobrecogedor bramido. Pero saber cómo se producía no atenuó el efecto que en ella tenía. Un sonido así sólo podía provenir del mundo de los espíritus y, sin embargo, no era ésa la causa de su escalofrío. Lo que le costaba creer era que los zelandonii tuvieran una ceremonia en la que invocaban a los espíritus del mismo modo que el clan.

Ayla se arrimó a Jondalar, buscando la seguridad que le daba su contacto. Entonces captó su atención un movimiento en el reflejo del fuego proyectado sobre la pared que no era simple producto de la luz. En la pared bailó una sombra en forma de ciervo gigante con cornamenta palmeada y una joroba en lo alto del lomo. Ayla volvió la cabeza pero no vio nada detrás y se preguntó si lo habría imaginado. Miró de nuevo al frente, y otra vez apareció el ciervo astado, seguido de un bisonte.

El sonido del bramador se desvaneció gradualmente, dando paso a otro, tan bajo al principio que apenas lo percibió. Poco a poco la lastimera salmodia aumentó de tono y comenzó un grave y rítmico retumbo. Ambos sonidos se entretejieron en un contrapunto ascendente. A Ayla le palpitaron las sienes al son del golpeteo regular, y el corazón le latió en los oídos al mismo ritmo y con igual intensidad. Tuvo la impresión de que se le helaban los miembros, sus piernas se negaban a moverse, estaba petrificada. Un sudor frío cubrió su piel. De repente, el golpeteo se interrumpió y la salmodia comenzó a formar palabras.

—Oh, espíritu del Gran Ciervo, te alabamos.

—Te alabamos —repitieron las voces alrededor, pero no totalmente al unísono.

El canto subió de volumen.

—Espíritu del Bisonte, te queremos cerca. Te alabamos.

—Te alabamos —recitaron los cazadores, esta vez todos juntos.

—Los Hijos de la Madre te quieren aquí. Te llamamos.

—Te llamamos.

—Alma Inmortal, no temas a la muerte. Te alabamos.

—Te alabamos —contestaron los cazadores, cada vez con voz más potente.

—Tus vidas mortales se acercan. Te llamamos.

El tono era más agudo, expectante.

—Te llamamos.

—Dánoslas y no derrames ninguna lágrima. Te alabamos.

—Te alabamos.

—Es la voluntad de la Madre, ¿lo oyes? Te llamamos. —El tono se había tornado exigente.

—Te llamamos. Te llamamos. ¡Te llamamos!

Las voces se habían elevado hasta convertirse en griterío, y Ayla, sin siquiera darse cuenta, sumó la suya a las demás. Advirtió entonces que una enorme figura tomaba forma en la áspera pared. Una oscura figura apenas visible se movía frente a la pared y creaba de algún modo la sombra del ciervo gigante, un macho maduro con una gran cornamenta que parecía respirar a la luz del alba.

Los cazadores siguieron repitiendo el monótono sonsonete al ritmo del tamborileo grave y retumbante.

—Te llamamos. Te llamamos. Te llamamos. Te llamamos.

—¡Dánoslas! ¡No derrames lágrima alguna!

—Es la voluntad de la Madre. ¡Óyenos! ¡Óyenos! ¡Óyenos! —vociferaron.

Súbitamente pareció encenderse una luz, y se oyó un penetrante lamento que terminó en un estertor de muerte.

—¡Ella lo oye! —anunció de repente la voz dominante.

Al instante se hizo el silencio. Ayla levantó la vista, pero el ciervo había desaparecido. Sólo se veía el primer rayo de luz del sol naciente.

Momentáneamente pareció suspenderse todo sonido y movimiento. Después Ayla tomó conciencia de la respiración agitada y el arrastrar de pies de los demás. Los cazadores parecían aturdidos y miraban alrededor como si acabaran de despertar. Ayla dejó escapar un profundo suspiro, se agachó y abrazó al lobo. Cuando alzó la vista, Proleva estaba junto a ella, tendiéndole un vaso de infusión caliente.

Ayla le dio las gracias con un susurro y tomó un sorbo. Tenía sed. Notó que se le habían pasado las náuseas matinales, aunque no sabía muy bien cuándo. Quizá durante el paseo hasta el Campo de Reunión. Ella y Jondalar, con Lobo al lado, acompañaron a Joharran y su compañera hasta la fogata donde se había preparado la infusión. Marthona, Willamar y Folara se unieron a ellos.

—Dice Kareja que tiene un disfraz para ti, Ayla —informó Joharran—. Podemos recogerlo cuando pasemos por la Undécima Caverna.

Ella asintió con la cabeza, no muy segura de qué era un disfraz ni cómo se usaba para cazar a un ciervo gigante.

Echó un vistazo alrededor para ver quiénes componían la partida de caza. Reconoció a Rushemar y Solaban, lo cual no le sorprendió. Cabía esperar la presencia de los consejeros del jefe, aquéllos a quienes Joharran siempre recurría. En cambio, se preguntó qué hacía allí Brukeval. Pero si pertenecía a la Novena Caverna, ¿qué había de raro en que cazara con ellos? Más aún la asombró ver a Portula, la amiga de Marona. Pero cuando la mujer vio a Ayla, se ruborizó, la miró fijamente por un momento y se dio media vuelta.

—No creo que Portula esperara verte con esa ropa —comentó Marthona a Ayla en voz baja.

El sol ascendía por la gran bóveda azul, y los cazadores se apresuraron a ponerse en marcha, dejando atrás a quienes no participaban en la cacería. Mientras se dirigían hacia el Río, el tibio sol disipó el ambiente lúgubre creado por la ceremonia, y la

conversación, mantenida en poco más que un susurro hasta entonces, adquirió un tono más normal. Hablaban de la cacería con seriedad y mostrándose seguros de sí mismos. El resultado de su misión no podía garantizarse pero el ritual se había consagrado al espíritu del ciervo gigante —y al del bisonte, por si acaso— y había centrado la atención de todos en la cacería, y la fantasmal aparición surgida en la pared del Campo de Reunión había reforzado los lazos espirituales entre el mundo material y el más allá.

Ayla notó en el aire la humedad de una bruma matutina que se levantaba cerca del agua. Echó un vistazo a un lado y contuvo la respiración ante la inesperada belleza de un momentáneo fenómeno natural. Las ramas y las hojas y los tallos de hierba, iluminados por un rayo de sol, chispearon con el fulgor de todos los colores del arco iris, originado por la refracción de la luz del sol a través de los prismas formados por las pequeñas gotas de rocío. Incluso la simétrica perfección de una telaraña, cuyos pegajosos hilos tenían como objetivo capturar a las presas, había atrapado en su lugar las radiantes gotas de humedad condensada.

—Mira, Jondalar —dijo señalándole aquel espectáculo.

También Folara y Willamar se detuvieron.

—Yo tomaría eso como un buen augurio —declaró el maestro de comercio con una amplia sonrisa antes de reanudar la marcha.

Allí donde el Río se ensanchaba, el agua borbollaba y brincaba sobre el lecho sembrado de guijarros pero, ante rocas grandes, se separaba y las rodeaba, incapaz de atraerlas a aquella danza de resplandecientes ondas y corriente rápida. Los cazadores empezaron a vadear el Río, saltando de piedra en piedra en la parte central, más profunda. Algunas de las piedras más grandes las había arrastrado el agua tiempo atrás en alguna riada; otras habían sido colocadas allí en fecha más reciente para llenar los huecos dejados por la naturaleza. Mientras Ayla seguía a los Otros, sus pensamientos se dirigieron hacia la inminente cacería.

—¿Qué ocurre, Ayla? —preguntó Jondalar frunciendo el entrecejo preocupado.

—Nada —contestó ella—. Voy a volver atrás para traer a los caballos. Os alcanzaré antes de que los cazadores lleguen a Roca de los Dos Ríos. Aunque no los utilicemos para cazar, los caballos nos ayudarán a traer las piezas cobradas.

Jondalar asintió con la cabeza.

—Buena idea. Te acompañaré —dijo él. Volviéndose hacia Willamar, preguntó—: ¿Puedes decirle a Joharran que hemos regresado a por los caballos? No tardaremos.

—Vamos, Lobo —ordenó Ayla cuando se encaminaron de vuelta a la Novena Caverna.

Pero Jondalar eligió otro camino distinto. Tras cruzar el Campo de Reunión, en lugar de tomar por la empinada cuesta que ascendía hasta Río Abajo y, más allá de los salientes de piedra, hasta la Novena Caverna, guió a Ayla por otro sendero menos usado y parcialmente cubierto de hierba que discurría por la orilla derecha del Río frente a los refugios. Según las curvas del cauce a través de las tierras de aluvión, el

sendero quedaba unas veces a un lado de un herboso campo situado entre el saliente de roca y el Río, y otras veces junto al porche de piedra delantero.

A lo largo del recorrido había varios desvíos de acceso a los refugios, y Ayla recordó haber tomado por uno de ellos para ir a orinar después de la larga reunión acerca del clan. Incitada por ese recuerdo, sintió necesidad de volver allí; con el embarazo tenía que hacer aguas con mayor frecuencia. Lobo olfateó su orina, que al parecer últimamente le despertaba más interés; Ayla se preguntó si el animal percibiría que estaba encinta.

Viéndolos volver, algunos los saludaban o hacían señas. Jondalar tenía la certeza de que sentían curiosidad por conocer el motivo de su regreso, pero no se molestó en dar explicaciones. Pronto se enterarían. Cuando llegaron al final de la sucesión de precipicios, torcieron hacia el Valle del Bosque, y Ayla silbó. Lobo echó a correr.

—¿Crees que sabe que vamos a buscar a Whinney y Corredor? —preguntó Ayla.

—No lo dudes —respondió Jondalar—. No deja de asombrarme lo que parece saber.

—¡Ahí vienen! —exclamó Ayla rebosante de felicidad.

Cayó en la cuenta de que no veía a los caballos desde hacía más de un día, y los había echado de menos. Whinney resopló al ver a Ayla y fue derecha a ella con la cabeza en alto, pero la agachó sobre su hombro mientras ella le abrazaba el cuello. Corredor lanzó un sonoro relincho y avanzó a brincos hacia Jondalar con la cola levantada y el cuello arqueado, y luego puso a su alcance los puntos donde más le complacía que le rascaran.

—Me parece que también ellos nos han echado de menos —comentó Ayla.

Después de rascarles y acariciarles a modo de saludo, y de rozarse los hocicos Lobo y los caballos, Ayla propuso subir a la caverna en busca de las mantas de montar y el arnés de Whinney para la angarilla.

—Yo iré —se ofreció Jondalar—. Mejor será que nos pongamos en marcha cuanto antes si queremos cazar hoy, y arriba todo el mundo hará preguntas. Será más fácil que sea yo quien les diga que tenemos prisa. Si se lo dices tú, quizá alguien te interprete mal, ya que en realidad aún no te conocen.

—Y, en realidad, yo aún no los conozco a ellos —convino Ayla—. Sí, es buena idea. Trae también los canastos y un cuenco de agua para Lobo. Quizá también necesitemos las pieles de dormir. A saber dónde pasaremos la noche… ¡Ah!, y acuérdate del cabestro de Whinney.

Alcanzaron a la partida de caza a la altura de Roca de los Dos Ríos. Habían cabalgado hasta allí por la orilla del Río, chapoteando por el agua después de vadear por el Paso.

—Empezaba a pensar que no llegaríais antes de que comenzáramos —dijo Kareja —. He pasado un momento por la caverna a recoger un disfraz para ti, Ayla.

La joven le dio las gracias, pese a que continuaba sin saber qué era un disfraz y cómo se usaba.

En la confluencia de Dos Ríos, la partida de caza se adentró en el Valle de la Hierba. Kimeran y algunos más de la Segunda y Séptima Cavernas, que se sumaban en ese momento al grupo y que, por tanto, no habían asistido a la ceremonia en el Campo de Reunión, los habían aguardado río arriba. Cuando los demás cazadores les dieron alcance, se detuvieron para planear la estrategia. Ayla y Jondalar desmontaron de los caballos y se acercaron para escuchar.

—… Thefona informó que desde hacía dos días los bisontes se desplazaban hacia el norte —decía Manvelar—. Daba la impresión de que hoy se hallarían en una buena posición, pero cambiaron de dirección y enfilaron hacia el este, apartándose del cerco. Thefona es una de nuestras mejores vigías. Su vista alcanza más allá que la de cualquier otro, y lleva ya un tiempo observando a esa manada. Creo que no tardarán en situarse en una posición que nos permita acorralarlos en el cerco, pero probablemente no será hoy. Por eso pensamos que tenemos mejores opciones con los megaceros. Han abrevado aguas arriba, no muy lejos de aquí, y ahora están comiendo las hojas de los arbustos cercanos a la hierba alta.

—¿Cuántos hay? —preguntó Joharran.

—Tres hembras maduras, un añojo, cuatro ciervos jóvenes moteados y un macho con una cornamenta considerable —contestó Thefona—. Una típica manada pequeña.

—Esperaba capturar a varios animales, pero no quería llevarme la manada entera —comentó Joharran—. Por eso prefería los bisontes, que viajan en rebaños más numerosos.

—Excepto el megacero y el reno, casi ninguna variedad de ciervo viaja siquiera en manada —explicó Thefona—. Les gustan los árboles y los sitios boscosos, donde es más fácil esconderse. Rara vez se ve a muchos juntos. Siempre van unos cuantos animales jóvenes o un par de hembras y las crías, salvo durante la temporada en que se reúnen los machos y las hembras.

Ayla tenía la certeza de que Joharran ya sabía todo eso, pero Thefona era joven y estaba orgullosa de los conocimientos adquiridos en su papel de vigía. Joharran la había dejado exponer su información sin interrumpirla.

—En mi opinión, deberíamos dejar vivos al macho y al menos a una de las hembras, y a la cría si estamos seguros de que es de esa hembra —propuso Joharran.

Ayla consideró que era una decisión acertada. Una vez más quedó impresionada por Joharran y lo observó con atención. Era casi una cabeza más bajo que Jondalar, pero su constitución robusta y musculosa ponía de manifiesto que pocos hombres lo igualaban en fuerza. Sabía llevar sobre sus hombros el peso de una caverna numerosa y a veces difícil de controlar; irradiaba seguridad en sí mismo. Brun, el jefe de su clan, lo habría comprendido, pensó Ayla. También él había sido un buen jefe…, a diferencia de Broud.

En su mayoría, los jefes zelandonii que había conocido parecían aptos para el puesto que ocupaban. Las cavernas solían elegir bien a sus jefes, pero si Joharran no hubiera cumplido las expectativas, la caverna sencillamente hubiera optado por otro

jefe más competente. Sin formalidades, dado que no existían normas para deponer a un jefe, simplemente habría perdido a sus seguidores.

Pero Broud no había sido elegido. Estaba destinado a ser el sucesor del jefe desde su nacimiento. Puesto que había nacido de la compañera de un jefe, se creía que tendría recuerdos de cómo se gobernaba. Y quizá fuera así, pero en distintas proporciones. Ciertas cualidades que podían contribuir al desarrollo de unas dotes de mando, tales como el orgullo, la autoridad y la capacidad de imponer respeto se daban en Broud de manera exagerada. El orgullo de Brun se basaba en las hazañas de su clan, lo cual le granjeaba también respeto, y dirigía bien porque prestaba atención a los demás antes de tomar una decisión; el orgullo de Broud era desmesurado, y le gustaba decir a la gente qué debía hacer, pero no escuchaba los consejos de otros más experimentados y exigía respeto sólo por sus propias proezas. Aunque Brun había tratado de ayudarlo, Broud nunca sería la clase de jefe que aquél había sido.

Cuando se disolvía la reunión, Ayla habló en voz baja a Jondalar.

—Me gustaría adelantarme a caballo y ver si consigo localizar a los bisontes. ¿Crees que Joharran se ofenderá si pregunto a Thefona dónde los vio por última vez?

—No, no lo creo, pero ¿por qué no se lo mencionas antes a él? —sugirió Jondalar.

Se aproximaron los dos al jefe, y cuando Ayla le contó su plan, Joharran dijo que él se disponía a preguntar a Thefona eso mismo.

—¿Crees que podrías localizar a esos bisontes? —preguntó él.

—No lo sé, pero no están muy lejos, según parece —contestó Ayla—, y Whinney corre mucho más deprisa que una persona.

—Pero yo pensaba que querías cazar a los megaceros con nosotros.

—Y así es, pero creo que puedo adelantarme para reconocer el terreno y volver a tiempo de reunirme con vosotros donde están los ciervos gigantes.

—Bueno, no me importaría saber dónde se encuentran esos bisontes —dijo Joharran—. Vamos a preguntar a Thefona.

—Me parece que acompañaré a Ayla —propuso Jondalar—. Aún no conoce bien la región. Quizá no entienda las indicaciones de Thefona.

—Adelantaos, pero confío en que regreséis a tiempo —dijo Joharran—. Me gustaría ver esos lanzavenablos vuestros en acción. Si hacen la mitad de lo que habéis dicho, podrían cambiar mucho las cosas.

Después de hablar con Thefona, Ayla y Jondalar partieron al galope con Lobo detrás mientras los demás cazadores seguían Río de la Hierba arriba. El territorio zelandonii constituía un espectacular panorama esculpido en alto relieve, con escarpados precipicios, anchas cuencas fluviales, montes ondulados y mesetas elevadas. En algunos sitios, los ríos atravesaban sinuosamente campos y praderas flanqueados de árboles; en otros, corrían al pie de altas paredes rocosas. Los habitantes de la región, habituados a ese variado paisaje, se movían por él con comodidad, y ello implicaba trepar por empinadas laderas, escalar paredes casi verticales, vadear ríos brincando sobre piedras resbaladizas o remontarlos nadando

contra corriente, caminar en fila india entre un precipicio y un cauce de impetuosas aguas o desplegarse en una llanura.

Los cazadores de dividieron en pequeños grupos a medida que avanzaban a través de la hierba del campo abierto del valle, alta casi hasta la cintura pero todavía verde. Joharran permanecía atento al regreso de su hermano y el peculiar séquito de éste —la forastera, los dos caballos y el lobo—, esperando que llegaran a tiempo de participar en la cacería, aunque sabía que el resultado no sería muy diferente. Con tantos cazadores y tan pocos animales, sin duda, capturarían a los que les interesaban.

Era ya mediodía cuando se avistó al macho con sus prodigiosas astas, y los cazadores pararon para estudiar el despliegue. Joharran oyó ruido de cascos y volvió la cabeza. Jondalar y Ayla regresaban justo en el momento oportuno.

—¡Los hemos encontrado! —susurró Jondalar con entusiasmo cuando desmontaron. Lo habría anunciado a voz en grito si no hubiera advertido la proximidad del ciervo gigante—. Y han cambiado otra vez de dirección. Van hacia el cerco. Estoy seguro de que podríamos obligarlos a dirigirse hacia allí más deprisa.

—Pero ¿a qué distancia están de aquí? —preguntó Joharran—. Los demás no tenemos caballos; hemos de ir a pie.

—A no mucha distancia —contestó Ayla—. El cerco lo hizo la Tercera Caverna. No está demasiado lejos de aquí. Podríais llegar sin grandes problemas. Si prefieres cazar los bisontes, Joharran, ahora puedes hacerlo.

—En realidad, hermano mayor, podrías cazar tanto a los unos como a los otros —insistió Jondalar.

—Ahora estamos aquí, y un ciervo a la vista vale mucho más que dos bisontes en un cerco lejano —declaró Joharran—. Pero si acabamos pronto, podemos ir luego a por los bisontes. ¿Y bien? ¿Queréis participar en la cacería?

—Sí —afirmó Jondalar.

—Claro —dijo Ayla casi simultáneamente—. Amarremos los caballos a aquel árbol de allí, junto al río, Jondalar. Quizá debería atar también a Lobo. Podría excitarse con la cacería y querer «ayudar», y tal vez molestara o estorbara a los otros cazadores.

Mientras se tomaban decisiones acerca de la táctica, Ayla observó a la pequeña manada, en particular al macho. Recordó la primera vez que vio a un megacero macho totalmente desarrollado. Este ciervo gigante era poco más o menos igual. Algo más alto que un caballo medido desde la cruz, aunque, desde luego, mucho más pequeño que un mamut, se lo conocía como «ciervo gigante» porque era la variedad de ciervo más imponente. Pero no impresionaba sólo el tamaño del propio animal, sino en especial la envergadura de la cornamenta. Las enormes astas palmeadas y caducas que coronaban su cabeza crecían cada año y en un macho adulto podían alcanzar casi cuatro metros de longitud.

Ayla se imaginó esa longitud como dos hombres de la estatura de Jondalar, uno sobre los hombros del otro. El tamaño de la cornamenta les impedía vivir en el

hábitat boscoso que habitualmente preferían muchos de sus parientes de la familia de los cérvidos; los megaceros eran ciervos de las llanuras abiertas. Aunque se alimentaban de hierba, en especial de las puntas verdes de las diversas variedades de hierba alta, y pastaban más que otros ciervos, también ramoneaban en los arbustos y árboles jóvenes y en frondosas plantas herbáceas cerca de los ríos cuando era posible.

Una vez alcanzado su desarrollo total, y pese a que los huesos dejaban de crecer, las enormes astas en continuo agrandamiento contribuían a dar la impresión de que el megacero macho aumentaba en altura y anchura cada temporada. Para sostener el peso cada vez mayor de semejante mole córnea, el animal desarrollaba unos músculos colosales en el cuello y los hombros, que se robustecían con el paso del tiempo formando una característica joroba allí donde confluían los músculos, tendones y tejido conjuntivo. Era una manifestación genética de la especie. Incluso la hembra presentaba una pronunciada joroba, aunque algo menor. Por otra parte, la cabeza del megacero parecía pequeña en comparación con tal musculatura, y desproporcionadamente pequeña en el macho cuando exhibía tan inmensa cornamenta.

Mientras los jefes debatían sobre la táctica, cada cual sacó su disfraz, y luego Joharran y otros repartieron bolsas de grasa. Ayla arrugó la nariz al percibir el desagradable olor.

—Se hace con las glándulas almizcleras de las patas del ciervo, y se mezcla con grasa de la parte que está justo encima de la cola —explicó Jondalar—. Oculta nuestro propio olor si de pronto el viento cambia de dirección.

Ayla asintió con la cabeza y empezó a untarse brazos, antebrazos, piernas e ingles con la grasienta mezcla. Mientras Jondalar se colocaba el disfraz de ciervo, ella intentó ponerse el suyo.

—Déjame que te enseñe —dijo Kareja. Ella llevaba ya el suyo.

Ayla sonrió agradecida mientras la mujer le mostraba cómo cubrirse con aquella piel en forma de capa, con una cabeza de ciervo todavía unida. Cogió las astas, que estaban sujetas a otra cabeza aparte, aunque no entendía para qué servían las partes de madera añadidas.

—¡Cuánto pesa! —protestó Ayla al colocarse la cornamenta.

—Y eso que ésta es pequeña, de un ciervo joven. No conviene que ese macho enorme te considere un rival.

—¿Cómo se mantiene en equilibrio cuando uno se mueve? —preguntó Ayla, tratando de reacomodarse mejor las astas.

—Para eso sirve esto de aquí —indicó Kareja usando los soportes de madera para apoyar la incómoda pieza superior del disfraz.

—No es raro que el megaceros tenga un cuello tan grande —comentó Ayla—. Necesitan todos esos músculos sólo para mantener en alto una cosa así.

Los cazadores se aproximaron a la manada con el viento en contra, para que éste no llevara el olor humano en dirección al fino olfato de los ciervos. Se detuvieron

cuando avistaron a los animales, que ramoneaban las hojas tiernas de pequeños arbustos.

—Obsérvalos —susurró Jondalar—. Comen un rato y luego levantan la mirada, ¿lo ves? Luego avanzan unos pasos y empiezan a comer otra vez. Vamos a imitar sus movimientos. Da unos cuantos pasos hacia ellos y después agacha la cabeza, como si fueras un ciervo que acaba de encontrar jugosas hojas y se detiene para tomar un bocado. Luego levanta la mirada y quédate totalmente inmóvil. Aunque sin mirarlo directamente, no pierdas de vista al macho, y no muevas ni un solo dedo cuando notes que él te observa. Ahora vamos a desplegarnos tal como ellos. Queremos que nos tomen por otra manada mientras nos acercamos. Oculta las lanzas lo mejor posible. Manténlas rectas detrás de la cornamenta cuando te muevas, pero procura no moverte demasiado deprisa.

Ayla escuchó con atención las instrucciones. Aquello resultaba interesante. Se había dedicado durante años a observar animales salvajes, en especial los carnívoros, pero también a aquellos que cazaba. Los había estudiado con sumo detenimiento y había asimilado hasta el último detalle de sus comportamientos. Había aprendido por sí sola a seguirles el rastro y luego a cazarlos, pero nunca había simulado ser un animal. Observó primero a los otros cazadores y luego a los ciervos.

El hecho de aprender en la infancia a interpretar los gestos y movimientos de la gente del clan era una ventaja para ella en esta ocasión. Poseía una aguda vista para los detalles, advertía los más mínimos movimientos realizados por los animales. Vio cómo sacudían la cabeza para librarse de los insectos y de inmediato aprendió a imitar el movimiento. Inconscientemente asimiló la frecuencia entre los movimientos, calculando el tiempo que mantenían la cabeza agachada y el tiempo que pasaban mirando alrededor. Esa nueva forma de cazar le entusiasmaba e intrigaba. Casi se sentía ella misma un ciervo mientras avanzaba con los cazadores hacia las presas.

Ayla eligió el animal contra el que dispararía y se desplazó lentamente hacia él. En un primer momento se planteó intentarlo con una gruesa hembra, pero decidió que necesitaba unas astas, así que cambió de idea y apuntó hacia un macho joven. Jondalar le había explicado que la carne se repartiría entre todos, pero la piel, las astas, los tendones y cualquier otra parte útil corresponderían al cazador que matara al animal.

Cuando se hallaban casi entre los ciervos, vio que Joharran hacía una señal acordada previamente. Los cazadores prepararon sus lanzas. Ayla y Jondalar ajustaron sus lanzavenablos. Ella sabía que podría haber arrojado su lanza mucho antes, pero los otros cazadores no tenían lanzavenablos, y el disparo de ella habría ahuyentado al resto de la manada antes de que los demás tuvieran ocasión de aproximarse lo suficiente para realizar sus lanzamientos.

Joharran comprobó que todos estaban a punto e hizo otra rápida señal. Los cazadores arrojaron sus lanzas casi simultáneamente. Varios ciervos levantaron la cabeza, sorprendidos y dispuestos a huir, sin darse aún cuenta de que ya estaban

heridos. El orgulloso macho bramó en señal de aviso para echar a correr, pero sólo una hembra y su cría lo siguieron. Fue todo tan rápido, tan inesperado, que los otros ciervos se tambalearon al intentar dar el primer paso y cayeron de rodillas.

Los cazadores se acercaron a examinar las piezas cobradas, rematar humanamente a cualquier animal aún vivo y verificar a quién correspondía cada presa. Las lanzas de cada uno llevaban su propia marca, algún adorno que las identificaba. En cualquier caso, los cazadores conocían sus propias armas, pero los símbolos distintivos no dejaban lugar a dudas y evitaban discusiones. Si se encontraba más de una lanza en una misma pieza, se intentaba determinar cuál había causado la muerte del animal. Si el resultado no era claro, la pieza se atribuía a ambos cazadores y se compartía.

De inmediato hubo unánime acuerdo en que la lanza de Ayla, más pequeña y ligera, había herido al macho joven. Algunos de los cazadores sabían que ese macho ramoneaba en un arbusto bajo a cierta distancia de la manada y en el lado opuesto al que ocupaba la partida de caza. No era un blanco fácil y aparentemente nadie lo había elegido, o cuando menos nadie había acertado. La gente no habló sólo de aquel arma de largo alcance, sino también de la destreza de Ayla en su manejo, y se preguntó cuánta práctica requeriría un cazador para poder igualarse a ella. Algunos se mostraron dispuestos a intentarlo; otros, en cambio, viendo el éxito de la cacería, dudaron que el esfuerzo mereciera la pena.

Manvelar se acercó a Joharran y otros miembros de la Novena Caverna, incluidos Jondalar y Ayla.

—¿Qué habéis averiguado acerca de los bisontes? —preguntó.

La planificación y preparativos para la cacería habían creado una intensa expectación pero, debido a la rapidez y eficacia del acecho y la matanza de ciervos, a los cazadores les quedaba aún energía de sobra.

—La manada se desplaza otra vez hacia el norte, en dirección al cerco —explicó Jondalar.

—¿Realmente pensáis que podrían aproximarse hoy lo suficiente para poder aprovechar el cerco? —preguntó Joharran—. Aún es temprano, y no me importaría conseguir unos cuantos bisontes.

—Podemos asegurarnos de que se aproximan lo suficiente —afirmó Jondalar.

—¿Cómo? —quiso saber Kareja.

Jondalar no percibió ya en su tono el mismo sarcasmo que el día anterior.

—Manvelar, ¿sabes dónde está el cerco? —preguntó Jondalar—. ¿Y cuánto tardarían los cazadores en llegar hasta allí?

—Sí, pero Thefona puede responder a eso mejor que yo.

La joven no sólo era una buena vigía, sino también una buena cazadora. Avanzó hacia ellos en cuanto Manvelar pronunció su nombre y le hizo una seña.

—¿A qué distancia estamos del cerco?

Ella meditó por un momento, alzó la vista para comprobar la posición del sol en el cielo y contestó:

—A buen paso, llegaríamos allí no mucho después de alcanzar el sol su punto más alto, creo. Pero la última vez que vi a los bisontes estaban mucho más lejos del cerco.

—Cuando nosotros los hemos encontrado, iban en esa dirección, y creo que podemos apremiarlos con la ayuda de los caballos y Lobo —dijo Jondalar—. Ayla ya lo ha hecho antes.

—¿Y si no lo consigue? ¿Y si llegamos allí y no hay bisontes? —preguntó Kimeran. No había tenido apenas contacto con Jondalar desde su regreso, ni con Ayla, y aunque había oído hablar mucho de su amigo y la mujer que lo acompañaba, a diferencia de la mayoría de la gente, no había podido ver muchas de las cosas sorprendentes que habían traído consigo. Por ejemplo: no los había visto montar a caballo hasta esa mañana, y no sabía muy bien qué pensar acerca de ellos.

—Si eso ocurre, nuestros esfuerzos serán en vano, como ha pasado ya otras veces —dijo Manvelar.

Kimeran se encogió de hombros y esbozó una sonrisa irónica.

—Supongo que he de darte la razón.

—¿Alguien más se opone a ir a por los bisontes? —preguntó Joharran—. Podríamos conformarnos con los ciervos… Por cierto, tenemos que empezar a descuartizarlos.

—No es problema —dijo Manvelar—. Thefona puede guiaros al cerco. Conoce el camino. Yo regresaré a Roca de los Dos Ríos y organizaré a un grupo de gente para que comience a descuartizar las piezas. Mandaré a un mensajero a las otras cavernas para que colaboren. Necesitaremos más ayuda si tenéis suerte en la cacería de bisontes.

Se oyeron varias voces a favor de la propuesta:

—Yo estoy dispuesto a intentarlo con los bisontes.

—Yo voy.

—Contad conmigo.

—De acuerdo —dijo Joharran—. Vosotros dos adelantaos y ved qué podéis hacer para dirigir a esos bisontes hacia el cerco cuanto antes. Los demás nos dirigiremos allí lo más deprisa posible.

Ayla y Jondalar fueron en busca de los caballos. Lobo se alegró especialmente al verlos aproximarse. No le gustaba estar atado. Ayla rara vez limitaba su capacidad de movimiento, y el animal no estaba acostumbrado. En apariencia, los caballos se adaptaban con mayor facilidad a ello, pero era porque sus actividades se desarrollaban bajo control más a menudo. Montaron y partieron al galope, seguidos del lobo. La gente los observó alejarse rápidamente y perderse de vista. Era cierto: sin duda, los caballos corrían a mayor velocidad que las personas.

Decidieron ir primero al cerco, para poder juzgar a qué distancia se encontraban de allí los bisontes. Ayla quedó fascinada al ver aquella trampa circular y dedicó unos instantes a inspeccionarla. El cerco estaba formado por numerosos troncos y árboles

pequeños, y los huecos se habían rellenado sobre todo con maleza, pero también con huesos, astas y cualquier otra cosa. Ya llevaba unos años construido, pero se había desplazado un poco de su lugar original. Ninguno de los árboles que lo componían estaba hundido en tierra, sino que estaban amarrados unos a otros, firmemente sujetos entre sí, para que si un animal chocaba con ellos no se separaran. La empalizada poseía cierta elasticidad, y se movía al recibir un impacto y, en ocasiones, por efecto de una violenta embestida llegaba a desplazarse toda la estructura.

Se requería un gran esfuerzo por parte de mucha gente para talar árboles y ramas y arrastrarlos hasta el lugar adecuado, sobre todo siendo aquélla una zona de prados poco poblada de árboles, y luego levantar una empalizada que resistiera las arremetidas de animales de gran peso arremolinados en el interior, alguno que otro enloquecido por el miedo. Cada año era necesario reparar o sustituir las partes que se desplomaban o se pudrían. Procuraban conservar el cerco en las mejores condiciones durante el mayor tiempo posible. Era más fácil reparar los desperfectos que reconstruirlo íntegramente, sobre todo considerando que existían varios, dispuestos todos ellos en puntos estratégicos.

Aquel cerco en particular se hallaba situado en un estrecho valle, entre una pared de piedra caliza a un lado y empinadas laderas al otro, que constituía una ruta migratoria natural. En otro tiempo había pasado por allí el cauce de un río, y quedaba aún una torrentera casi siempre seca. Los cazadores lo usaban sólo de manera esporádica; daba la impresión de que los animales descubrían pronto si determinada ruta representaba un peligro permanente y tendían a eludirla.

Quienes habían acudido a reparar la trampa habían instalado asimismo vallas móviles hechas de paneles que servían para dirigir hacia una abertura del cerco a los animales conducidos hasta el valle. Normalmente, los cazadores tenían tiempo de apostar gente detrás de los paneles para hostigar a los animales que intentaban retroceder al verse acorralados. Como aquélla era una cacería un tanto improvisada, aún no había nadie en su puesto. Pero Ayla advirtió trozos de cuero o tela, correas entretejidas y haces de hierba amarrados en torno a varas, montados en los armazones de los paneles o asegurados a tierra mediante piedras.

—Jondalar —gritó Ayla. Él cabalgó hasta ella. Había cogido un haz de hierba y un jirón de cuero—. Cualquier cosa que se agite o se mueva de una manera imprevista suele asustar a los bisontes, sobre todo en una estampida, o al menos eso ocurrió cuando condujimos a los bisontes hacia el cerco del Campamento del León. Estas cosas deben de usarse para acosar a los animales cuando corren hacia el cerco, para evitar que se disgreguen. ¿Tendrá alguien inconveniente en que coja algunas? Quizá nos sean útiles cuando tratemos de guiar la manada hacia aquí.

—Tienes razón, son para eso —dijo Jondalar—, y estoy seguro de que a nadie le importará que nos llevemos alguna si eso contribuye a traer hasta aquí a los bisontes.

Abandonaron el valle y se encaminaron hacia el lugar donde habían visto el rebaño por última vez. No fue difícil hallar el rastro de la lenta manada, y estaba algo

más cerca del valle que unas horas antes. En total había unos cincuenta animales, entre machos, hembras y crías. Empezaban a reunirse para formar la gran manada migratoria que empezaría a desplazarse hacia otras tierras más avanzada la estación.

En ciertas épocas del año los bisontes se congregaban en tal número que verlos en movimiento era como contemplar las aguas de un sinuoso río marrón oscuro salpicado de grandes cuernos negros. En otras épocas se dividían en grupos más reducidos, a veces no mucho mayores que una familia extensa, pero generalmente preferían juntarse en manadas de tamaño considerable. En suma, la seguridad residía en la cantidad. Si bien los depredadores, en particular los leones cavernarios y las jaurías de lobos, capturaban con frecuencia a algún que otro bisonte de una manada, solía tratarse de los animales más lentos o débiles, lo cual posibilitaba la supervivencia de los sanos y fuertes.

Se acercaron muy despacio a la manada, pero los bisontes apenas les prestaron atención. Los caballos no representaban una amenaza, aunque sí rehuían a Lobo. Advertían su presencia, pero no se asustaban; simplemente lo eludían, intuyendo que un solo lobo no podía abatir a un animal del tamaño de un bisonte. Por término medio, un bisonte macho medía unos dos metros desde lo más alto del lomo y pesaba alrededor de una tonelada. Tenía unos cuernos largos y negros, y una barba que sobresalía de su sólida quijada. Las hembras eran más pequeñas, pero tanto ellas como los machos eran rápidos y ágiles, capaces de ascender por empinadas pendientes y saltar por encima de obstáculos de gran altura.

Con la cola en alto y la cabeza gacha, galopaban a grandes zancadas incluso por terrenos rocosos. Los bisontes no le tenían miedo al agua y nadaban bien; luego se secaban la gruesa piel revolcándose en la arena o el polvo. Solían pacer por la tarde y durante el día rumiaban tranquilamente. Tenían muy desarrollados los sentidos del oído y el olfato. Un bisonte adulto podía comportarse de manera agresiva y violenta, y no era fácil matarlo ni con garras y dientes ni con lanzas, pero un solo bisonte proporcionaba ochenta kilos de carne, más grasa, huesos, piel, pelo y cuernos. Los bisontes eran animales orgullosos y nobles, respetados por quienes los cazaban y admirados por su fuerza y valor.

—¿Cuál sería la mejor manera de dirigirlos hacia el cerco? —preguntó Jondalar —. Por lo general, los cazadores los dejan ir a su paso e intentan guiarlos despacio hacia la trampa, al menos hasta las proximidades.

—Cuando cazábamos en nuestro viaje, tratábamos de separar a un animal de la manada —dijo Ayla—. Ahora queremos que todos sigan en la misma dirección, hacia aquel valle. Supongo que si cabalgamos y gritamos detrás de la manada, avanzarán; también nos será útil agitar estas cosas, sobre todo si algunos bisontes intentan desbandarse. No nos interesa que salgan de estampida en sentido contrario. Por otra parte, Lobo siempre ha disfrutado acosándolos, y se le da bien mantenerlos juntos.

Alzó la vista para mirar al sol y calcular cuándo llegarían al cerco y a qué distancia de allí estarían los cazadores. «Bueno, lo importante es conseguir que

empiecen a moverse hacia la trampa», pensó.

Rodearon el rebaño para colocarse en el lado opuesto a la dirección que debían tomar. Entonces cruzaron una mirada y, con un gesto de asentimiento, comenzaron a gritar a la vez que echaron a galopar hacia la manada. Ayla, al no usar con Whinney ni cabestro ni riendas, llevaba las manos libres y agitaba un haz de hierba en una y el jirón de cuero en la otra.

De forma espontánea, la primera vez que montó sobre el lomo de la yegua no hizo intento alguno de guiarla. Sencillamente se aferró a sus crines y la dejó correr. Experimentó la misma sensación de libertad y euforia que si volara como el viento. Finalmente, aquel primer día, la yegua aminoró el paso y regresó por propia voluntad al valle, que era el único hogar que conocía. Después de aquello, Ayla ya no pudo dejar de cabalgar, pero al principio la doma fue inconsciente. Sólo más adelante se dio cuenta de que con la presión de las piernas y el movimiento del cuerpo podía transmitir al animal sus intenciones.

La primera vez que Ayla cazó ella sola animales grandes, después de abandonar el clan, dirigió a la manada de caballos que acudían al valle hacia una zanja que ella misma había cavado. Ignoraba que el caballo que casualmente cayó en la trampa era una madre que aún estaba amamantando a su cría, y no se dio cuenta de ello hasta que vio a unas hienas acechar a la potranca. Con su honda ahuyentó a aquellas repugnantes fieras y rescató a la cría, más porque odiaba a las hienas que por salvar al animal. Sin embargo, una vez que lo hubo salvado, se sintió obligada a cuidar de él. Había aprendido años atrás que una cría podía comer lo mismo que su madre si estaba blando, así que preparó un caldo a base de grano para alimentar a la potranca.

Ayla pronto comprendió que, salvando al animal, se había hecho un favor a sí misma. Estaba sola en el valle, y agradecía la compañía de un ser vivo. No tenía el menor propósito de domesticar al caballo, y nunca se lo planteó en esos términos. Veía a la joven yegua como una amiga. Más tarde se convirtió en una amiga que le permitía montar sobre su lomo y que iba a donde Ayla quería que fuese, porque ésa era su voluntad.

En su primera época de celo, Whinney se marchó a vivir con una manada durante un tiempo, pero regresó junto a Ayla al morir el semental. La cría nació poco después de encontrar ella al hombre herido, que resultó ser Jondalar. El potro pasó a ser de él, que lo domó y adiestró con sus propios medios. Jondalar inventó el cabestro para dirigir y controlar al joven corcel. Ayla lo consideró útil para usarlo con Whinney sólo cuando necesitaba mantenerla en un área específica. Jondalar usaba también el cabestro si tenía que guiar a Whinney. Rara vez intentaba montar a la yegua, ya que no comprendía las señales que Ayla utilizaba para dirigirla, ni el animal entendía las de él. Por su parte, ella tenía un problema similar con Corredor.

Ayla miró a Jondalar, que galopaba tras un bisonte. Guiaba a Corredor con soltura y agitaba un haz de hierba ante la cara de un joven macho para que siguiera adelante con los demás. Ayla vio desviarse a una hembra asustada y fue tras ella, pero Lobo se

le adelantó y obligó al animal a volver. La mujer sonrió al lobo, que se lo pasaba en grande persiguiendo a los bisontes. Todos ellos —Ayla, Jondalar, los dos caballos y el lobo— habían aprendido a trabajar y a cazar juntos durante el año de viaje siguiendo el curso del Río de la Gran Madre a través de las llanuras orientales.

Cuando se aproximaban al estrecho valle, Ayla dejó escapar un suspiro de alivio al ver a un lado a un hombre que le hacía señas con los brazos. Los cazadores ya habían llegado. Ellos mismos mantendrían a la manada en la dirección correcta en cuanto entraran en el valle, pero un par de bisontes situados a la cabeza intentaban apartarse del camino. Se inclinó sobre Whinney y, con una señal casi inconsciente, le pidió que galopara más deprisa. Como si adivinara el pensamiento a la mujer, la yegua corrió a cortar el paso al bisonte reacio a penetrar en el valle. Ayla gritó cuando Whinney se acercaba y agitó el haz de hierba y el jirón de cuero en la astuta cara de la vieja hembra hasta obligarla a volverse. El resto de los bisontes la siguieron.

Las dos personas a lomos de los caballos y el lobo consiguieron mantener a los bisontes en marcha y juntos en la misma dirección, pero el valle se estrechaba poco antes de la abertura del cerco, con lo cual los bisontes se amontonaron, y se redujo la velocidad de su avance. Ayla advirtió que un macho trataba de zafarse de la presión.

Un cazador salió de detrás de un panel e intentó detenerlo con su lanza. El arma dio en el blanco, pero no fue una herida mortal, y el bisonte siguió adelante por el propio impulso de su carrera. El cazador retrocedió de un salto y trató de esquivar la embestida ocultándose de nuevo tras el panel; pero era una protección demasiado endeble para un animal tan poderoso. Enfurecido por el dolor, el enorme y lanudo bisonte arremetió contra el panel y lo derribó. El hombre cayó allí mismo, y en medio de la confusión, el bisonte lo pisoteó.

Contemplando horrorizada la escena, Ayla sacó el lanzavenablos, y estaba buscando una lanza cuando vio que otra se clavaba en el bisonte. Aun así, arrojó también la suya y apremió a Whinney, ajena al peligro de la estampida. Saltó del lomo del caballo aun antes de detenerse. Apartó el panel y se arrodilló al lado del hombre que yacía en tierra no muy lejos del bisonte abatido. Lo oyó gemir. Estaba vivo.

Capítulo 13

Whinney daba brincos nerviosos y sudaba copiosamente mientras los bisontes entraban en el cerco. Mientras Ayla cogía la bolsa de las medicinas de uno de los canastos, acarició a la yegua para tranquilizarla, pensando en qué podría hacer por aquel hombre herido. Ni siquiera se dio cuenta de que la puerta del cerco se cerró y los bisontes quedaron atrapados dentro. Tampoco advirtió el momento en que los cazadores empezaron a sacrificar metódicamente algunos de los animales.

El lobo había disfrutado acosando a los bisontes, pero ya antes de cerrarse la puerta había dejado de correr tras ellos para buscar a Ayla. La encontró de rodillas al lado del hombre herido. Algunos empezaron a formar un círculo alrededor del hombre tendido en tierra, pero la presencia del lobo los inducía a mantenerse a cierta distancia. Ajena a la gente que la observaba, Ayla comenzó a examinarlo. Estaba inconsciente, pero se notaba una ligera palpitación en el cuello, bajo la mandíbula. Le abrió la ropa al herido.

No había sangre, pero una mancha de color negro azulado se extendía ya por su pecho y abdomen. Con cuidado, le palpó el pecho y el vientre en torno al hematoma cada vez más oscuro. Hizo presión. El hombre se estremeció y dejó escapar un grito de dolor, pero no despertó. Ayla escuchó su respiración y oyó un suave gorgoteo. Notó entonces que brotaba un hilo de sangre por la comisura de sus labios y supo que tenía heridas internas.

Alzó la vista y vio los penetrantes ojos azules de Jondalar y su habitual ceño de preocupación. Al lado de él, casi con idéntica expresión interrogativa, estaba Joharran. Ayla movió la cabeza en un gesto de negación.

—Lo siento. Lo ha pisoteado ese bisonte —dijo mirando el animal muerto a unos pasos de él—. Tiene las costillas rotas, y parece que le han perforado los pulmones. Hay una hemorragia interna. No podemos hacer nada, me temo. Si tiene compañera, convendría enviar a alguien a buscarla. Probablemente pronto caminará por el mundo de los espíritus.

—¡Nooo! —gritó alguien entre la gente. Un joven se abrió paso a empujones y se postró junto al herido—. ¡No es verdad! ¡No puede ser! ¿Cómo lo sabe esta mujer? Una cosa así sólo la sabe la Zelandoni. ¡Ella ni siquiera es de los nuestros!

—Es el hermano de este hombre —explicó Joharran a Ayla.

El joven intentó abrazar al herido que yacía en tierra. Le volvió la cabeza para mirarlo.

—¡Despierta, Shevoran! —gimoteó—. Despierta, por favor.

—Vamos, Ranokol. Así no vas a ayudarle.

El jefe de la Novena Caverna intentó levantar al joven, pero éste lo rechazó.

—No importa, Joharran. Déjalo. Un hermano tiene derecho a despedirse —dijo Ayla. Advirtiendo que el hombre comenzaba a moverse, añadió—: Aunque un hermano también podría inducirlo a despertar, y sufrirá intensos dolores.

—Ayla, ¿no llevas en tu bolsa corteza de sauce o algún otro calmante? —preguntó Jondalar. Sabía que ella siempre tenía a mano algunas de las hierbas medicinales básicas. La caza entrañaba ciertos riesgos, y estaba seguro de que ella habría previsto la posibilidad de algún accidente.

—Sí, claro, pero no creo que deba beber. Con lesiones internas tan graves no le conviene —se interrumpió—. Quizá un emplasto le proporcione un poco de alivio. Puedo intentarlo. Primero debemos trasladarlo a algún sitio cómodo. Necesitaremos leña para encender fuego y hervir agua. ¿Tiene compañera, Joharran? —insistió Ayla. Él asintió con la cabeza—. Alguien debería ir a buscarla, pues, y también a la Zelandoni.

—Naturalmente —dijo el jefe de la Novena Caverna, al que de pronto se le hizo muy evidente el peculiar acento de Ayla, pese a que casi lo había olvidado hasta ese momento.

Se acercó Manvelar.

—Mandemos a un grupo a buscar un sitio para llevar a este hombre, un sitio donde esté cómodo, lejos de este campo de caza.

—¿No hay una caverna pequeña en aquel precipicio de allí? —preguntó Thefona.

—Por fuerza ha de haber alguna cerca —comentó Kimeran.

—Tienes razón —dijo Manvelar—. Thefona, ¿por qué no reúnes a unas cuantas personas, y vais a buscar algún sitio?

—Nosotros la acompañaremos —se ofreció Kimeran, y llamó a la gente de la Segunda y Séptima Cavernas que había participado en la cacería.

—Brameval, quizá tú podrías encargarte de organizar otro grupo para recoger leña y traer agua. Tendremos que pensar también en alguna manera de transportarlo. Hay gente que ha traído pieles de dormir. Llevaremos algunas para él, junto con cualquier otra cosa que necesite —prosiguió Manvelar. Volviéndose hacia los cazadores y alzando la voz, dijo—: Nos hace falta un buen mensajero para ir a informar a Roca de los Dos Ríos.

—Yo iré —se ofreció Jondalar—. Yo puedo transmitir el mensaje, y no hay aquí mensajero más rápido que Corredor.

—En eso creo que tienes razón.

—Siendo así, quizá podrías ir a la Novena Caverna y traer aquí a Relona, y también a la Zelandoni —propuso Joharran—. Cuéntale a Proleva lo ocurrido. Ella sabrá cómo organizarlo todo. La Zelandoni debería ser quien dé la mala noticia a la compañera de Shevoran. Puede que quiera que tú expliques a Relona lo que ha pasado, pero déjaselo a ella.

Joharran se volvió de cara a los cazadores que continuaban en torno al herido, en su mayoría de la Novena Caverna.

—Rushemar, el sol está alto y cada vez hace más calor. Las piezas cobradas en el día de hoy nos han salido muy caras; no las desperdiciemos. Hay que destripar y despellejar a los bisontes. Kareja y la Undécima Caverna ya han empezado, pero estoy seguro de que no les vendrá mal un poco de ayuda. Solaban, tú y unos cuantos más id con Brameval a conseguir leña y agua, y cualquier otra cosa que Ayla necesite, y cuando Kimeran y Thefona encuentren un sitio para Shevoran, ayudad a trasladarlo.

—Alguien debería ir a las otras cavernas y hacerles saber que necesitamos ayuda —dijo Brameval.

—Jondalar, ¿podrías ir parando en cada caverna a tu regreso e informar de lo ocurrido? —preguntó Joharran.

—Cuando llegues a Roca de los Dos Ríos, diles que enciendan la hoguera de señales —indicó Manvelar.

—Buena idea —convino Joharran—. Así las cavernas sabrán que ha pasado algo y esperarán la llegada de un mensajero. —Se acercó a la mujer, la forastera, que probablemente sería miembro de su caverna algún día y quizá una Zelandoni, la mujer que contribuía ya con todos los medios a su alcance a beneficiar a los suyos—. Haz lo que puedas por él, Ayla. Traeremos a su compañera y a la Zelandoni tan pronto como sea posible. Si necesitas algo, pídeselo a Solaban. Él te lo proporcionará.

—Gracias, Joharran —contestó. Luego se volvió hacia Jondalar y dijo—: Si explicas a la Zelandoni lo sucedido, sin duda sabrá qué traer, pero déjame mirar antes en mi bolsa. Hay un par de hierbas que me vendrían bien si ella las tiene. Llévate a Whinney, así podrás usar la angarilla para traer la carga; está más acostumbrada que Corredor. La Zelandoni podría venir sentada en la angarilla, y la compañera de Shevoran sobre el lomo de Whinney, si ellas quieren.

—No lo sé, Ayla. La Zelandoni pesa mucho —dijo Jondalar.

—Estoy convencida de que Whinney tiene la suficiente fuerza. Sólo tienes que encontrar un asiento cómodo —se interrumpió un momento, pensativa—. Tienes razón; la gente no está habituada a viajar a caballo. Seguramente preferirán venir a pie. Aun así necesitarán tiendas y provisiones. La angarilla te servirá para eso.

Ayla retiró los canastos de la carga antes de ponerle el cabestro a Whinney y darle la cuerda a Jondalar. Éste ató el extremo al cabestro de Corredor, dejando a Whinney cuerda suficiente para que pudiera seguirlo, y se puso en marcha. Pero la yegua no tenía por costumbre ir detrás del corcel que ella había traído al mundo. Él la había seguido siempre a ella. Pese a que Jondalar se hallaba sentado sobre el lomo de Corredor, guiándolo mediante una rienda unida al cabestro, Whinney se mantenía un poco por delante, como si adivinara hacia dónde quería dirigirse el hombre.

«Los caballos acatan de buen grado la voluntad de sus amigos humanos, pensó Ayla sonriendo mientras los veía marcharse, siempre y cuando no se altere su sentido del orden natural de las cosas». Cuando se dio media vuelta, advirtió que Lobo la

observaba. Le había indicado que se quedara al irse los caballos, y el animal aguardaba pacientemente.

Su irónica sonrisa por el comportamiento de los caballos se desvaneció en cuanto posó de nuevo la mirada en el hombre que yacía en el mismo lugar donde había caído.

—Habrá que moverlo, Joharran —dijo.

El jefe asintió con la cabeza y pidió ayuda a algunos cazadores. Improvisaron un resistente armazón con un par de lanzas bien amarradas a cada lado y, entre ambas, telas firmemente sujetas a modo de plataforma. Cuando regresaron Thefona y Kimeran tras localizar un pequeño refugio cerca de allí, el herido había sido ya colocado cuidadosamente en la parihuela y estaba listo para ser transportado. Ayla llamó a Lobo mientras cuatro hombres levantaban la parihuela.

Cuando llegaron, Ayla ayudó al grupo de personas que había empezado a limpiar una cavidad a nivel de tierra en la pared de piedra caliza cercana, que estaba protegida por un pequeño saliente de roca. Por el suelo había esparcidas hojas de árbol arrastradas hasta allí por el viento y excrementos de hiena dejados tiempo atrás por los carnívoros carroñeros que habían utilizado el lugar como guarida.

Descubrió con satisfacción que había agua cerca. Al fondo del refugio existía una pequeña cueva y, justo a la entrada de ésta, se formaba una charca alimentada por el agua de un manantial procedente de la pared de roca. Indicó a Solaban dónde encender una hoguera con la leña que él, Brameval y algunos otros habían recogido.

A petición de Ayla, varias personas ofrecieron voluntariamente sus pieles de dormir, las cuales se apilaron para crear un lecho. El herido había despertado al tenderlo en la parihuela, pero estaba inconsciente cuando llegaron al refugio. Gimió de dolor al pasarlo al lecho de pieles y volvió a despertarse con una mueca y serias dificultades para respirar. Ayla plegó una piel y se la colocó bajo la cabeza para que estuviera un poco más cómodo. El hombre intentó sonreír en muestra de agradecimiento, pero se lo impidió un arranque de tos con bocanadas de sangre. Ayla le limpió el mentón con un trozo de suave piel de conejo que solía guardar junto con las medicinas.

Revisó las escasas provisiones de su bolsa de medicinas, preguntándose si había olvidado algo que pudiera mitigar el dolor del herido. Podían ser útiles las raíces de genciana o una solución de árnica. Ambas plantas aliviaban el dolor interno de las magulladuras y otras molestias, pero no tenía ni de la una ni de la otra. El fino vello de los frutos del lúpulo podía emplearse como sedante para ayudarlo a relajarse, y bastaba con respirar su aroma en el aire, pero no había lúpulo a mano. Quizá algo en forma de humo tendría cierto efecto, ya que ingerir líquidos quedaba descartado. Pero no, probablemente le provocaría tos, lo cual agravaría su estado. Sabía que no tenía cura, y era sólo cuestión de tiempo, pero se sentía obligada a hacer algo, al menos respecto al dolor.

«Un momento, se dijo. ¿No he visto camino hacia aquí una planta de la familia de la valeriana? ¿La que tiene unas raíces aromáticas? Aquella que los mamutoi, en la Reunión de Verano, llamaban espicanardo. No conozco el nombre en zelandonii». Miró alrededor y vio a la joven por la que Manvelar aparentemente sentía tanto respeto, Thefona, la vigía de la Tercera Caverna.

La muchacha se había quedado a limpiar el pequeño refugio que ella misma había encontrado y continuaba allí, observando a Ayla. La forastera la intrigaba. Tenía algo que atraía la atención de la gente y, por lo visto, se había ganado el respeto de la Novena Caverna en el poco tiempo que llevaba allí. Thefona se preguntó cuánto sabría realmente aquella mujer sobre curaciones. No presentaba la clase de tatuajes que identificaban a los zelandonia, quizá la gente de la que provenía tuviera otras costumbres. Ciertas personas simulaban saber más de lo que sabían, pero la forastera en ningún momento había fanfarroneado ni alardeado acerca de sus conocimientos para impresionar a los demás. En cambio, sí hacía cosas verdaderamente impresionantes, como el modo de utilizar aquel artilugio para arrojar lanzas. Thefona pensaba en Ayla desde hacía un rato, pero se sorprendió al oír a la mujer llamarla por su nombre.

—Thefona, ¿puedo pedirte un favor? —preguntó Ayla.

—Claro —contestó la joven, y se dijo: «Tiene una forma de hablar extraña, no por las palabras, sino por la pronunciación. Quizá es ése el motivo por el que apenas habla».

—¿Tienes conocimientos sobre plantas?

—Todo el mundo sabe algo de plantas —respondió Thefona.

—Necesito una que tiene las hojas parecidas a las de la dedalera y flores amarillas como las del diente de león. Yo la llamo «espicanardo», pero ése es su nombre en mamutoi.

—Lo siento. Conozco algunas plantas comestibles, pero sé poco de plantas medicinales. Para eso deberías preguntar a la Zelandoni.

Ayla guardó silencio por un momento.

—¿Te importaría quedarte un rato cuidando de Shevoran? —dijo por fin—. Creo haber visto espicanardo cuando venía hacia aquí. Voy a ver si recuerdo dónde se encontraba. Si Shevoran se despierta o se produce cualquier cambio en su estado, ¿podrían mandar a alguien a buscarme? —Decidió entonces añadir una explicación, aunque no solía explicar sus acciones como entendida en medicina—. Si esa planta es lo que creo que es, podría ser útil. Ya otras veces he utilizado las raíces trituradas como emplasto para las fracturas de huesos, pero, además, se absorbe fácilmente y posee propiedades tranquilizantes. Si la mezclo con un poco de estramonio y quizá algunas hojas de milenrama pulverizadas, es posible que consigamos calmarle el dolor. Voy a intentar localizarla.

—Sí, claro que me quedaré con él —dijo Thefona, complacida por alguna extraña razón ante el hecho de que la forastera solicitara su ayuda.

Joharran y Manvelar hablaban con Ranokol en voz baja, y pese a que Ayla se hallaba al lado de ellos, apenas los oía. Estaba concentrada en el herido y, a la vez, vigilaba el agua que había puesto al fuego… y que tanto tardaba en calentarse. Lobo yacía en tierra cerca de ella, con la cabeza entre las patas, y observaba todos sus movimientos. Cuando el agua empezó a echar vapor, añadió las raíces de espicanardo a fin de que se reblandecieran lo suficiente para triturarlas y preparar un emplasto. Por suerte, había encontrado también consuelda. Las hojas y raíces machacadas de esta última planta, aplicadas en forma de cataplasma, constituían también un buen remedio para las fracturas de huesos y las magulladuras, y si bien Ayla no esperaba que aquello curara las lesiones de Shevoran, estaba decidida a probarlo todo para aliviar su dolor.

Una vez preparado el emplasto caliente de raíces trituradas, lo colocó directamente sobre el moretón casi negro que se extendía desde el pecho hasta el estómago. Notó que el abdomen comenzaba a endurecerse. Shevoran abrió los ojos mientras Ayla cubría el emplasto con una piel para conservar el calor.

—¿Shevoran?

La mirada del hombre revelaba que estaba consciente pero desorientado. Quizá no la había reconocido, pensó ella.

—Me llamo Ayla. —Tras un breve titubeo, recordó el nombre de la compañera de Shevoran—. Relona viene hacia aquí.

Él tomó aire e hizo una mueca de dolor. La noticia parecía sorprenderle.

—Estás herido, Shevoran, por el ataque de un bisonte —explicó ella—. La Zelandoni también está de camino. Yo hago lo que puedo hasta que ella llegue. Te he puesto en el pecho un emplasto para reducir un poco el dolor.

Shevoran movió la cabeza en un gesto de asentimiento, pero incluso eso le representaba un esfuerzo.

—¿Quieres ver a tu hermano? Está esperando.

El hombre volvió a asentir. Ayla se levantó para aproximarse al grupo que aguardaba a unos pasos de distancia.

—Se ha despertado —anunció a Ranokol—. Quiere verte.

El joven se apresuró a ponerse en pie y acercarse al lecho de su hermano. Ayla lo siguió, acompañada por Joharran y Manvelar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ranokol.

Shevoran intentó esbozar una sonrisa, que se convirtió en una mueca de dolor cuando un inesperado acceso de tos hizo brotar un hilillo de sangre de la comisura de sus labios. A los ojos de su hermano asomó una expresión de pánico. Ranokol advirtió entonces el emplasto en el pecho de Shevoran.

—¿Qué es eso? —inquirió con voz tensa, casi un chillido.

—Es un emplasto para el dolor —contestó Ayla. Habló con su voz grave de siempre, pronunciado las palabras con lentitud y serenidad. Comprendía la reacción

de terror en el hermano del herido.

—¿Quién te ha pedido que le hagas nada? —vociferó—. Probablemente es peor para él. ¡Quítaselo!

—No, Ranokol —terció Shevoran en un susurro casi inaudible—. Ella no tiene la culpa. Me hace bien.

Trató de incorporarse pero se desplomó inconsciente.

—¡Shevoran! —exclamó Ranokol postrándose en tierra junto al lecho de su hermano—. ¡Despierta, Shevoran! ¡Ha muerto! ¡Oh, Gran Madre! ¡Ha muerto!

Ayla tomó el pulso a Shevoran mientras Joharran apartaba de allí a Ranokol.

—No, aún está vivo —informó Ayla—. Pero no le queda mucho tiempo de vida. Espero que su compañera no tarde en llegar.

—No está muerto, Ranokol, pero podría estarlo —dijo Joharran, colérico—. Quizá esta mujer no sea una zelandoni, pero sabe lo que hace. Eres tú quien empeora el estado de tu hermano. ¿Quién sabe si despertará otra vez para decirle sus últimas palabras a Relona?

—Nadie puede empeorar su estado, Joharran. No hay esperanzas de que sobreviva. Puede morir en cualquier momento. Es normal que un hombre sufra por la pérdida de su hermano —repuso Ayla, y se dispuso a levantarse—. Prepararé una infusión para tranquilizarnos.

—Déjalo; yo me ocuparé de eso. Basta con que me indiques qué debo hacer.

Ayla alzó la mirada, vio a Thefona y sonrió.

—Sólo tienes que poner agua a hervir, y yo traeré algo para todos —dijo. Luego regresó al lado de Shevoran.

Respiraba con dificultad. Ayla deseaba encontrarle una postura más cómoda, pero cuando intentó moverlo, el hombre lanzó un lamento de dolor. Sorprendida de que siguiera con vida, cogió la bolsa de las medicinas para ver qué tenía para preparar una infusión. «Quizá manzanilla, pensó, con flores de tilo secas o raíz de regaliz para endulzarla».

La larga tarde fue avanzando. La gente iba y venía, pero Ayla no prestaba atención. Shevoran recobró varias veces la conciencia y preguntó por su compañera, para luego sumirse en un sueño inquieto. Tenía el vientre dilatado y duro, y la piel casi negra. Ayla tenía la certeza de que el hombre hacía esfuerzos por aguantar vivo para ver a Relona una vez más.

Un poco más tarde, Ayla cogió el odre del agua para echar un trago, pero al comprobar que estaba vacío, lo dejó a un lado y se olvidó de la sed. Portula, que aún se avergonzaba de su participación en la broma de Marona y procuraba mantenerse a distancia, se había acercado al pequeño refugio para ver cómo andaban las cosas, y había visto a Ayla alzar el odre, sacudirlo y comprobar que estaba vacío. Corrió entonces a la charca, llenó su propio odre y regresó con el agua fresca.

—¿Te apetece beber, Ayla? —preguntó ofreciéndole el odre chorreante.

Ayla levantó la vista y se sorprendió de encontrar allí a aquella mujer.

—Gracias —contestó al tiempo que tendía su vaso—. Tenía un poco de sed.

Portula se quedó allí inmóvil, visiblemente incómoda, cuando Ayla hubo apurado el agua.

—Quiero pedirte disculpas —dijo por fin—. Me arrepiento de haberme dejado convencer por Marona para gastarte aquella broma. No estuvo bien. No sé qué decir.

—No hay nada que decir, ¿no crees, Portula? —repuso Ayla—. Además, recibí un conjunto para salir de caza muy cómodo y caliente. Aunque dudo que fuera ésa la intención de Marona, le sacaré provecho, así que olvidemos el asunto.

—¿Puedo hacer algo por Shevoran? —ofreció Portula.

—Nadie puede ayudarlo ya. Me asombra que siga entre nosotros. Cuando despierta, pregunta por su compañera. Joharran le ha dicho que está de camino —explicó Ayla—. Creo que trata de resistir para verla. Ojalá pudiera hacer algo para aligerarle este trance, pero la mayoría de las medicinas para el dolor han de tragarse. Le he dado una piel empapada de agua para humedecerse la boca, pero me temo que con su herida se pondría peor si bebiera.

Joharran estaba de pie frente al refugio, mirando hacia el sur, por donde Jondalar se había marchado, y aguardando impaciente su regreso con Relona. El sol se encontraba ya a baja altura en el oeste, y no tardaría en oscurecer. Había enviado a un grupo de gente a recoger más leña para hacer una gran hoguera que los guiara, e incluso utilizaban algunos troncos del cerco. La última vez que Shevoran despertó tenía los ojos vidriosos, y el jefe de la Novena Caverna sabía que su muerte no andaba lejos.

El joven había realizado tan valeroso esfuerzo para aferrarse al último hilo de vida que Joharran albergaba la esperanza de que su compañera llegase antes de que él perdiera la batalla. Por fin avistó movimientos a lo lejos; algo se aproximaba. Corrió en esa dirección y, con alivio, descubrió que era un caballo. Cuando se acercaron, fue a recibir a la afligida Relona y la guió hasta el refugio de piedra donde agonizaba su compañero.

Al verla, Ayla tocó al herido con delicadeza en el brazo.

—Shevoran. ¡Shevoran! —Volvió a tocarle el brazo, y él abrió los ojos y la miró —. Está aquí. Relona está aquí.

El hombre volvió a cerrar los ojos y sacudió ligeramente la cabeza como para despejarse.

—Shevoran, soy yo. He venido lo antes posible. Háblame. Por favor, háblame —dijo Relona, y su voz se quebró en un sollozo.

El herido abrió los ojos y trató de fijar la mirada en el rostro inclinado sobre él.

—Relona —musitó. En su semblante, un amago de sonrisa dio paso a una expresión de dolor. Volvió a mirar a la mujer y contempló sus ojos anegados en lágrimas—. No llores.

Cerró los ojos y tomó aire con visible esfuerzo.

Relona dirigió una mirada suplicante a Ayla. Ésta bajó la vista para observar al herido y, volviéndose de nuevo hacia la mujer, movió la cabeza en un gesto de negación. Horrorizada, Relona buscó alrededor con desesperación a alguna otra persona que le diera una respuesta distinta, pero todos eludieron su mirada. Volvió a fijar la atención en el hombre yacente y advirtió la dificultad con que respiraba, así como un hilo de sangre en la comisura de los labios.

—¡Shevoran! —exclamó, y le cogió la mano.

—Relona… quería verte una vez más… —declaró él con voz entrecortada, abriendo los ojos—, despedirme antes de partir hacia… el mundo de los espíritus. Si Doni lo permite… allí volveremos a vernos.

Cerró los ojos, y oyeron un débil estertor cuando el moribundo trató de respirar. Luego salió de su garganta un ronco gemido, y aunque Ayla estaba segura de que el hombre intentaba controlarlo, el sonido aumentó de volumen. Se interrumpió y de nuevo trató de tomar aire. A continuación Ayla creyó oír un ahogado gorgoteo en el interior de su cuerpo al tiempo que prorrumpía en un angustioso alarido. Cuando el grito se desvaneció, el hombre dejó de respirar.

—No, no. Shevoran. ¡Shevoraaan! —gritó Relona.

Apoyó la cabeza en el pecho de su compañero y lanzó vehementes sollozos de profunda aflicción. Ranokol, de pie junto a ella, tenía lágrimas en las mejillas y parecía desconcertado, aturdido, indeciso. No sabía qué hacer.

De repente los sobresaltó un sonoro y sobrecogedor aullido que procedía de muy cerca y provocaba escalofríos. Todos a una, miraron a Lobo. A cuatro patas, con la cabeza en alto, emitía una estremecedora canción de su especie.

—¿Qué hace? —preguntó Ranokol, alarmado.

—Lamenta la muerte de tu hermano —respondió la voz familiar de la Zelandoni —, como todos nosotros.

Su presencia se acogió con una sensación de alivio generalizada. Había llegado con Relona y unas cuantas personas más, pero se había quedado atrás para observar mientras la compañera de Shevoran se adelantaba apresuradamente. Los sollozos de Relona se convirtieron en un lastimero gemido, una desgarrada expresión de su congoja. La Zelandoni y otros de los allí presentes unieron sus plañidos a aquel angustiado lamento. Lobo aulló con ellos. Finalmente, Ranokol rompió a llorar y se echó sobre el cadáver. Al cabo de un instante, él y Relona estaban abrazados, compartiendo el dolor y lamentando la pérdida.

Ayla pensó que a ambos les servía de consuelo. Para mitigar su aflicción y su ira, Ranokol necesitaba exteriorizar su dolor, y Relona lo había ayudado. Cuando Lobo volvió a aullar, Ayla lo secundó con un aullido tan realista que por un momento muchos pensaron que había otro lobo. Luego, para sorpresa de quienes habían velado al hombre en el refugio, se oyó a lo lejos el aullido de otro lobo en respuesta a aquel elegíaco canto lobuno.

Poco después la donier ayudó a levantarse a Relona y la llevó hasta una piel extendida en tierra cerca del fuego. Joharran acompañó al hermano del difunto a su sitio al otro lado de la hoguera. Allí sentada, la mujer se balanceaba adelante y atrás a la vez que emitía un grave gemido, indiferente a cuanto la rodeaba.

La Zelandoni de la Tercera Caverna habló en voz baja con la corpulenta Zelandoni de la Novena Caverna y poco después regresó con un vaso humeante en cada mano. La donier de la Novena Caverna cogió uno de los vasos y se lo ofreció a Relona, que bebió el contenido sin oponerse, como si no supiera o no le importara lo que hacía. El otro vaso traído por el Zelandoni de la Tercera Caverna era para Ranokol, que no prestó la menor atención a la bebida ofrecida pero tras cierta insistencia la aceptó. No tardaron en quedar los dos dormidos en las pieles al lado del fuego.

—Me alegra ver que se han serenado —comentó Joharran.

—Necesitaban expresar su dolor —dijo Ayla.

—Sí, así es, pero ahora necesitan descansar —declaró la Zelandoni—, y tú también, Ayla.

—Come algo antes —sugirió Proleva. La compañera de Joharran había llegado con Relona y la Zelandoni y algunas personas más de la Novena Caverna—. Hemos asado un poco de carne de bisonte, y la gente de la Tercera Caverna ha traído más comida.

—No tengo hambre —respondió Ayla.

—Pero debes de estar cansada —dijo Joharran—. Apenas te has apartado del herido en toda la tarde.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más por él. No se me ha ocurrido nada para ayudarlo —se lamentó Ayla moviendo la cabeza en un gesto de abatimiento.

—Claro que le has ayudado —dijo el hombre ya mayor que era el Zelandoni de la Tercera Caverna—. Has aliviado su dolor. Nadie podría haber hecho más, y sin tu ayuda él no habría tenido fuerzas para aferrarse un rato más a la vida. Yo no había utilizado un emplasto de ese modo. Para dolores o magulladuras sí, pero ¿para lesiones internas? Dudo mucho que se me hubiera ocurrido. Y, sin embargo, me da la impresión de que ha sido útil.

—Sí, ha sido una manera inteligente de tratarlo —convino la Zelandoni de la Novena—. ¿Lo habías hecho antes?

—No. Y no estaba muy segura de que sirviera, pero tenía que intentar algo —contestó Ayla.

—Has actuado perfectamente —afirmó la donier—. Pero ahora debes comer un poco y descansar.

—No, no me apetece comer, pero me acostaré un rato —accedió Ayla—. ¿Dónde está Jondalar?

—Se ha ido a buscar más leña con Rushemar, Solaban y otros dos o tres hombres —explicó Joharran—. Algunos los acompañaban sólo para sostener las antorchas,

pero Jondalar quería asegurarse de que tuviéramos leña suficiente para pasar la noche, y en este valle hay pocos árboles. No tardarán en regresar. —Señalando el lugar, añadió—: Ha dejado allí vuestras pieles de dormir.

Ayla se tendió, pensando en descansar un rato hasta que volviera Jondalar. Tan pronto como cerró los ojos la venció el sueño. Cuando el grupo regresó con la leña, casi todos se habían dormido. La apilaron cerca del fuego y luego se retiraron a los sitios que habían elegido para acostarse. Jondalar vio el cuenco de madera que Ayla solía llevar siempre consigo y con el que calentaba pequeñas cantidades de agua mediante la inmersión de piedras al rojo para infusiones medicinales. Además, había improvisado un armazón de astas, procedentes de la muda del año anterior, para sostener un odre de agua directamente sobre una llama. Aunque la vejiga de ciervo retenía el agua en su interior, rezumaba un poco, y ello impedía que se prendiera fuego cuando se empleaba para calentar agua o guisar.

Joharran detuvo a su hermano para hablar con él un momento.

—Jondalar, quiero saber más acerca de esos lanzavenablos. He visto caer al bisonte por el impacto de tu lanza, y tú estabas más lejos que la mayoría. Si todos dispusiéramos de un arma así, no tendríamos que acercarnos tanto, y Shevoran no habría sido pisoteado.

—De sobra sabes que enseñaré a usarlo a todo aquel que quiera aprender, pero requiere práctica —dijo Jondalar.

—¿Cuánto tardaste tú en aprender a utilizarlo? No me refiero a alcanzar el dominio que ahora tienes, sino a desarrollar destreza suficiente para cazar con él.

—Utilizamos lanzavenablos desde hace ya unos años, pero a finales del primer verano cazábamos ya con ellos. En cambio, no empezamos a cazar con éxito desde los lomos de los caballos hasta el viaje de regreso. Lobo también puede ser muy útil.

—Cuesta acostumbrarse a la idea de usar animales con cualquier otro fin que no sea aprovechar su carne o su piel —comentó Joharran—. No te habría creído capaz de hacerlo si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Pero es el lanzavenablos lo que más me interesa. Mañana hablaremos.

Los hermanos se dieron las buenas noches, y Jondalar se dirigió hacia donde dormía Ayla. Lobo levantó la vista. A la luz del fuego, Jondalar vio que la mujer respiraba plácidamente; luego miró al lobo. «Me alegra que Lobo vele siempre por ella», pensó acariciando la cabeza del animal y se tendió junto a Ayla. Lamentaba la muerte de Shevoran, no sólo porque fuera miembro de la Novena Caverna, sino también porque sabía lo doloroso que resultaba para Ayla que alguien muriera sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Era curandera, pero nadie podía curar ciertas heridas.

La Zelandoni había estado muy ajetreada toda la mañana preparando el cuerpo de Shevoran para el traslado a la Novena Caverna. Hallarse cerca de alguien cuyo

espíritu había abandonado el cuerpo perturbaba a la mayoría de la gente, y el entierro de Shevoran incluía aspectos que no se daban en el ritual acostumbrado. Se consideraba muy mala suerte morir en una cacería. Si la víctima estaba sola, la mala suerte resultaba obvia, pues la desgracia ya se había consumado, pero generalmente un zelandoni realizaba un ritual purificador para prevenir cualquier posible efecto futuro. Si dos o tres hombres salían de caza y moría uno de ellos, seguía tomándose como un asunto personal, y bastaba una ceremonia con los supervivientes y miembros de la familia. Pero cuando moría alguien en una cacería en la que no sólo participaba una caverna sino toda la comunidad, la situación era más grave. Debía hacerse algo dirigido a toda la comunidad.

La Que Era la Primera se planteaba qué podía ser lo más conveniente, y llegó a contemplar la posibilidad de prohibir la caza del bisonte hasta el final de esa temporada para conjurar la mala suerte. Ayla la vio relajarse junto al fuego con una infusión, sentada sobre una pila de varios cojines provistos de un apretado relleno que habían llevado hasta allí para ella en la angarilla de Whinney. Casi nunca se sentaba en almohadones bajos y blandos, ya que, con su creciente corpulencia, cada vez le costaba más levantarse.

Ayla se acercó a la donier.

—Zelandoni, ¿puedo hablar contigo?

—Sí, claro.

—Si estás muy ocupada, podemos dejarlo para otro momento —dijo Ayla—. Sólo quería preguntarte una cosa.

—Ahora puedo tomarme un descanso —respondió la Zelandoni—. Trae un vaso y bebe un poco de infusión conmigo —indicó a Ayla que se sentara en una esterilla extendida en el suelo.

—Sólo deseaba saber si, en tu opinión, podía haberse hecho algo más por Shevoran. ¿Existe alguna manera de curar las heridas internas? Cuando vivía con el clan, un hombre resultó herido con un cuchillo por accidente. El cuchillo se rompió y la punta quedó dentro del cuerpo. Iza cortó la piel del hombre y extrajo el fragmento. Pero no creo que ésa fuera solución para las heridas de Shevoran.

El malestar de la forastera por no haber sido capaz de hacer algo más para ayudar al herido era evidente, y su preocupación conmovió a la Zelandoni. Era la clase de sentimientos que podía experimentar un buen acólito.

—No puede hacerse gran cosa por alguien que ha sido pisoteado por un bisonte adulto, Ayla —contestó la Zelandoni—. Algunos bultos e hinchazones pueden sajarse para drenarlos, o puede abrirse la piel para sacar pequeños objetos, como astillas o esa punta rota de un cuchillo que extrajo la mujer de tu clan. Pero se requiere valor para hacer lo que hizo ella. Es peligroso abrir la piel para hurgar en el cuerpo. Provocas una herida que a menudo es mayor que la que intentas curar. Yo he abierto unas cuantas veces, pero sólo lo hice porque estaba segura de que serviría de algo y porque no había otro remedio.

—Ésa es mi impresión.

—También es necesario saber cómo es el cuerpo por dentro. Hay muchas semejanzas entre el interior de un cuerpo humano y el interior del cuerpo de un animal, y yo con frecuencia descuartizo a un animal muy minuciosamente para ver cómo es por dentro y observar la relación entre unos animales y otros. Es fácil distinguir los tubos que conducen la sangre desde el corazón y los tendones que mueven los músculos. Es algo que se parece mucho en todos los animales, pero hay otras cosas que son distintas, como, por ejemplo, el estómago de un uro y el de un caballo, y algunas partes del cuerpo están dispuestas de manera diferente según se trate de un animal u otro. Es útil y muy interesante observar estas circunstancias.

—Por propia experiencia me consta que eso es verdad —dijo Ayla—. Yo he cazado y descuartizado muchos animales y, en efecto, es algo que ayuda a formarse una idea más clara respecto a cómo es el interior de las personas. Estoy convencida de que Shevoran tenía las costillas rotas, y las astillas de los huesos habían perforado las… bolsas de respirar.

—Pulmones.

—Los pulmones, y creo que también… otros órganos. En mamutoi diría el «hígado» y el «bazo». Ignoro cómo se llaman en zelandonii. Sangran mucho cuando quedan afectados por una herida. ¿Sabes a qué órganos me refiero?

—Sí, lo sé —contestó la Primera.

—La sangre no tenía por dónde salir. Creo que por eso el vientre de Shevoran se endureció y tomó un color negro. La sangre lo llenó por dentro hasta que algo se reventó.

—He examinado el cuerpo, y coincido contigo —declaró la donier—. La sangre llenó el estómago y parte de los intestinos. Creó que reventó una porción de intestino.

—¿Los intestinos son los tubos largos que conducen al exterior?

—Sí.

—Jondalar me enseñó esa palabra. Shevoran también los tenía dañados, creo, pero la sangre que lo llenaba por dentro fue la causa de la muerte.

—Sí. Además, tenía rotos el hueso pequeño de la parte inferior de la pierna izquierda y la muñeca derecha, pero ésas no eran lesiones mortales, claro está —dictaminó la Zelandoni.

—No, y yo no le di demasiada importancia a esas fracturas. Simplemente me preguntaba si tú sabías si podía haberse hecho alguna otra cosa por él —insistió Ayla con semblante preocupado.

—Te atormentas por no haber podido salvarlo, ¿verdad?

La joven asintió y agachó la cabeza.

—Hiciste todo lo que estaba en tus manos, Ayla. Tarde o temprano todos entramos en el mundo de los espíritus. Cuando Doni nos llama, seamos jóvenes o viejos, no tenemos elección. Ni siquiera un zelandoni está capacitado para impedirlo, ni para saber cuándo ocurrirá. Es un secreto que Doni no revela a nadie. Permitió que

el espíritu del Bisonte nos arrebatara a Shevoran a cambio de los bisontes capturados. Es un sacrificio que a veces nos exige. Quizá Doni considerara oportuno recordarnos que sus dones no deben darse por sentados. Matamos a sus criaturas para vivir, pero debemos valorar el don de la Vida que Ella nos ha concedido cuando quitamos la vida a sus animales. La Gran Madre no siempre actúa con dulzura. A veces sus enseñanzas resultan muy duras.

—Sí, eso he observado —dijo Ayla—. Me da la impresión de que el mundo de los espíritus no se caracteriza por la dulzura. Sus enseñanzas son duras pero provechosas.

La Zelandoni no contestó. Había descubierto que la gente solía continuar hablando para llenar el vacío si ella no contestaba de inmediato, y a menudo con su silencio obtenía más respuestas de las que habría recibido formulando preguntas. Al cabo de un momento Ayla, en efecto, prosiguió.

—Recuerdo aún cuando Creb me contó que el espíritu del León Cavernario me había escogido. Me explicó que el León Cavernario era un tótem fuerte, que proporcionaba una poderosa protección, pero que la convivencia con personas de tótem fuerte resultaba difícil. Me dijo que si prestaba atención, mi tótem me ayudaría y me haría saber si mis decisiones eran correctas; pero añadió que los tótems nos ponen a prueba para asegurarse de que somos dignos de ellos antes de concedernos algo. Dijo también que el León Cavernario no me habría escogido si no fuera digna de él. Quizá se refería a que era capaz de soportarlo.

La donier se sorprendió por la profundidad de las interpretaciones de Ayla. ¿Realmente poseía tal clarividencia la gente a la que ella llamaba «el clan»? Si hubiera dicho la Gran Madre Tierra en lugar del espíritu del León Cavernario, sus palabras podrían haber sido las de un zelandoni.

Finalmente, La Que Era la Primera se decidió a contestar:

—Nada podía hacerse por Shevoran, salvo aliviarle el dolor, y tú lo hiciste. Utilizar un emplasto fue un método interesante. ¿Lo aprendiste de esa mujer de tu clan?

—No —respondió Ayla, negando a la vez con la cabeza—. Nunca lo había hecho. Pero sus dolores eran muy intensos, y yo sabía que, con sus lesiones, no podía darle nada de beber. Pensé en usar humo. He quemado algunas plantas cuyo humo alivia ciertas clases de tos y conozco otras que se utilizan a veces en los baños de vapor, pero temía que le provocara tos, y con las bolsas de respirar afectadas, eso no convenía. Luego he visto la magulladura, aunque no era simplemente eso, creo. Al cabo de un rato, el moretón estaba casi negro, pero sé que algunas plantas alivian el dolor de los golpes cuando se aplican directamente sobre la piel, y por casualidad había visto una de esas plantas viniendo hacia aquí desde el cerco de caza. Así que fui a buscarla. Creo que le hizo algo de efecto.

—Sí, creo que sí —dijo la donier—. Puede que yo misma pruebe alguna vez ese método. Da la impresión de que posees un sexto sentido innato para las curaciones, Ayla. Y me parece muy revelador que ahora estés tan apesadumbrada. No conozco a

ningún buen curandero que no se quede abatido cuando pierde a alguien. Pero no podías hacer nada más. La Madre decidió llamarlo, y nadie puede escapar a su voluntad.

—Tienes razón, Zelandoni. No había ninguna esperanza, pero deseaba conocer tu opinión de todos modos. Sé que estás muy ocupada y no quiero robarte más tiempo —dijo Ayla a la vez que se levantaba para marcharse—. Gracias por contestar a mis preguntas.

La Zelandoni la observó alejarse y de pronto la llamó.

—Ayla, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, Zelandoni, lo que sea.

—Cuando volvamos a la Novena Caverna, ¿podrás cavar un poco para extraer ocre rojo? Cerca del Río, junto a la roca grande, hay un terraplén. ¿Sabes dónde es?

—Sí, vi el ocre cuando Jondalar y yo fuimos a bañarnos. Es de un rojo muy intenso, más rojo de lo habitual. Iré a buscarte un poco.

—Antes te explicaré cómo purificarte las manos y te daré un cesto especial para el ocre —dijo la Zelandoni.

Capítulo 14

Formaban un sombrío grupo de personas a su regreso a la Novena Caverna al día siguiente. En esencia, la cacería había sido un éxito, pero con un coste demasiado alto. Tan pronto como llegaron, Joharran entregó el cuerpo de Shevoran a los zelandonia, quienes lo prepararían para el funeral. Lo llevaron al extremo del refugio, cerca del puente de Río Abajo, y allí la Zelandoni, Relona y otro grupo de personas lo lavarían conforme al ritual establecido y lo engalanarían con sus alhajas y sus ropas ceremoniales.

—Ayla —llamó la Zelandoni cuando la joven volvía a la morada de Marthona—. Vamos a necesitar ese ocre rojo que te pedí.

—Ahora mismo iré a buscarlo.

—Acompáñame. Te daré una cesta especial y algo con qué cavar.

La Zelandoni guió a Ayla hasta su morada y apartó la cortina para dejarla pasar. La joven nunca había estado en la vivienda de la donier, y miró alrededor con interés. Por alguna razón, le recordó al hogar de Iza, quizá debido a la gran cantidad de hojas y otras partes de plantas colgadas a secar en cordeles que cruzaban la habitación de un lado a otro. Adosadas contra los paneles de la pared delantera, había varias camas, pero Ayla estaba segura de que no era allí donde la Zelandoni dormía. En apariencia, las mamparas divisorias formaban otras dos habitaciones. Al mirar a través de la abertura de entrada de una de ellas, le pareció ver un espacio para cocinar. Supuso que la otra era un dormitorio.

—Aquí tienes la cesta y el pico para recoger la tierra roja —dijo la Zelandoni entregándole un sólido recipiente manchado de rojo por el uso y una herramienta para excavar con mango de asta y forma semejante a un hacha.

Ayla abandonó la morada con la cesta y el pico. La Zelandoni salió con ella y se encaminó hacia el extremo sur del refugio. Lobo había encontrado un lugar de su agrado para descansar en el porche de piedra, donde no estorbaba el paso y, no obstante, podía observar las actividades. Al ver a Ayla, corrió de inmediato hacia ella. La donier se detuvo.

—Quizá sea conveniente que mantengas a Lobo lejos del cadáver de Shevoran —dijo—. Por la propia seguridad del animal. Hasta que le hayamos dado sepultura en terreno sagrado, su espíritu flota en libertad y muy confuso. Puedo proteger de eso a las personas, pero no estoy muy segura de saber cómo defender a un lobo, y me preocupa que el elán de Shevoran trate de introducirse en este animal. He visto a lobos enloquecer y echar espuma por la boca. Cuando eso les pasa, creo que intentan luchar contra algo, quizá una influencia maléfica o un espíritu desorientado. La mordedura de un animal en esas condiciones mata como un veneno mortal.

—Cuando traiga el ocre rojo, iré a buscar a Folara y le pediré que lo vigile —respondió Ayla.

Lobo la siguió sendero abajo hacia el lugar adonde ella y Jondalar habían ido a nadar y bañarse poco después de su llegada. Ayla llenó la cesta casi hasta el borde y volvió con Lobo sendero arriba. Vio a Folara hablando con su madre y le explicó la preocupación de la Zelandoni. La muchacha sonrió, encantada de quedarse con el lobo. Su madre acababa de pedirle que la acompañara para ayudar a preparar el cadáver. A Folara la perspectiva no le entusiasmaba, y sabía que Marthona no se opondría al ruego de Ayla.

—Quizá sea mejor dejarlo en la morada de Marthona. Si quieres salir, tengo una cuerda especial que puede ponérsele alrededor del cuello sin ahogarlo. A Lobo no le gusta mucho, pero se conformará.

A continuación fue hasta el extremo del refugio y dio el ocre rojo a la Primera. Se quedó allí para ayudar a limpiar y vestir el cadáver de Shevoran. La madre de Jondalar se unió a ellas poco después para colaborar en los preparativos funerarios del cuerpo —lo había hecho ya antes muchas veces— y dijo a Ayla que Folara había invitado a varios jóvenes a la morada, y Lobo parecía a gusto en su compañía.

Las galas con que ataviaron al cazador muerto intrigaron a Ayla, pero no consideró que fuera el momento más oportuno para manifestar su interés. Consistían en una túnica suave y holgada —ceñida a la cintura mediante una vistosa cinta de tela —, hecha con las pieles de distintos animales y trozos de cuero curtido y teñido en distintos tonos, entretejidos en intrincadas formas y adornados con conchas, cuentas y flecos, unos calzones a juego con la túnica pero menos elaborados, y calzado también a juego, con una orla de piel y flecos en lo alto de la caña, que llegaba hasta la pantorrilla. Delicadamente dispuestos en torno al cuello, llevaba collares de conchas, cuentas, tallas de marfil y dientes de varios animales.

Luego colocaron el cadáver sobre unos bloques de piedra caliza cubiertos con una estera flexible de tallos de hierba entretejidos, aproximadamente del tamaño de una manta y con dibujos en ocre rojo. La estera tenía dos largas cuerdas ensartadas en los extremos, y al tirar de ellas —según explicó Marthona a Ayla—, los extremos del tejido se fruncían y los lados de la estera se plegaban envolviendo al muerto. Después los tramos de cuerda sobrantes se enrollaban alrededor del cuerpo amortajado y se ataban. Bajo la esterilla había una resistente red confeccionada con cordel de lino que podía suspenderse de un palo igual que una hamaca, lo cual permitía acarrear el cuerpo a terreno sagrado y bajarlo a la sepultura.

En vida, Shevoran tenía como oficio hacer lanzas, y pusieron junto a él sus herramientas, junto con unas cuantas lanzas acabadas y partes de otras en las que estaba trabajando, que incluían astas de madera, puntas de marfil y pedernal, y los tendones, cordeles y sustancia adhesiva empleados para unirlas. Los tendones y cordeles servían para amarrar las puntas a las astas y para juntar, así como para

sujetar entre sí secciones cortas de madera a fin de hacer lanzas más largas, cuyos puntos de unión se reforzaban después con la sustancia adhesiva de brea resinosa.

Relona había ido a buscar a su morada todos esos objetos, y dejó escapar un sollozo de desolación al colocar el enderezador de varas preferido de Shevoran al alcance de su mano derecha. Lo había hecho con la cornamenta de un ciervo rojo, aprovechando la base desde el nacimiento mismo hasta la primera bifurcación. Tras cortar las ramificaciones, se practicaba un agujero bastante ancho en el punto donde la cornamenta comenzaba a bifurcarse. Ayla reconoció el parecido con el utensilio de Thonolan que Jondalar había transportado a lo largo del viaje.

El mango llevaba tallados animales, incluido un carnero montés, y diversos símbolos. Recordó que Jondalar le había contado que esas representaciones conferían potencia al enderezador de varas, y así las lanzas hechas con él surcaban el aire con trayectoria recta y certera y se sentían atraídas por el animal al que iban dirigidas, con lo cual se clavaban limpiamente en la presa. También se valoraba el toque estético que aportaban.

Mientras se preparaba el cadáver de Shevoran bajo la supervisión de la Zelandoni, Joharran organizaba las tareas de otro grupo dedicado a construir un refugio temporal compuesto por un tejadillo hecho de una fina capa de hierba entretejida, sostenido por postes. Cuando el cadáver estaba preparado, desplazaron dicho refugio hasta colocarlo sobre él y añadieron a los costados paneles móviles a modo de paredes. Los zelandonia entraron en el refugio para celebrar el ritual que mantendría cerca del cuerpo y dentro del refugio al espíritu que flotaba aún libremente.

Cuando terminaron, todos aquellos que habían tocado, manipulado o trabajado cerca del hombre cuya fuerza vital había abandonado su cuerpo tuvieron que lavarse también ritualmente. El agua era el elemento utilizado, y el agua en movimiento se consideraba lo mejor para esa clase de limpieza en particular. Todos debían sumergirse por completo en el Río. Para ello, podían desnudarse o bañarse totalmente vestidos. Descendieron por el sendero hasta la orilla del Río. Los zelandonia invocaron a la Gran Madre, y luego las mujeres fueron corriente arriba y los hombres corriente abajo. Todas las mujeres se quitaron la ropa; entre los hombres, en cambio, algunos se zambulleron vestidos.

Jondalar había colaborado en la construcción del refugio funerario. Él y los demás que habían levantado esa estructura para cubrir el cadáver también debían purificarse en el Río. Después subió por el sendero junto a Ayla. Proleva se había encargado de que encontraran la comida ya lista. Marthona se sentó con Jondalar y Ayla, y la Zelandoni se unió a ellos al cabo de un rato, dejando a la afligida viuda en compañía de su familia. Willamar acudió en busca de Marthona y se quedó también con ellos. Dado que se hallaba entre personas con las que se sentía cómoda, Ayla decidió que era buen momento para satisfacer su curiosidad acerca de la ropa con que habían ataviado el cuerpo de Shevoran.

—¿Se viste a todos los muertos con una ropa tan especial? —preguntó—. Es el espíritu el que se marcha; el cuerpo permanece aquí, ¿no?

—El cuerpo regresa al útero de la Gran Madre —contestó la Zelandoni—; el espíritu, el elán, regresa al otro mundo junto al espíritu de la Gran Madre. Pero todo posee una forma espiritual: las rocas, los árboles, los alimentos que comemos, incluso la ropa que llevamos. El elán de una persona no quiere regresar desnudo, ni con las manos vacías. Por eso hemos vestido a Shevoran con su ropa ceremonial y le hemos entregado las herramientas propias de su oficio y sus armas de caza para que se las lleve consigo. También le proporcionaremos comida.

Ayla asintió con la cabeza. Ensartó un trozo de carne bastante grande y, sujetando un extremo entre los dientes y el otro con los dedos, cortó con su cuchillo un pedazo pequeño para comérselo y dejó el resto en el omóplato que usaba como plato. Masticó por un rato con expresión pensativa y finalmente tragó el bocado de carne.

—El conjunto de Shevoran era precioso, con tantos retazos cosidos formando dibujos —comentó Ayla—. Esos animales y figuras de sus ropas parecían estar narrando una historia.

—En cierto modo así es —dijo Willamar con una sonrisa—. De este modo es como se reconoce a las personas, como se distingue a unas de otras. En el traje ceremonial de Shevoran todo significa alguna cosa. Ha de estar su propio elandon y el de su compañera, así como el abelán de los zelandonii, naturalmente.

Ayla parecía confusa.

—No entiendo esas palabras. ¿Qué es el «elandon»? ¿Y el «abelán» de los zelandonii? —preguntó.

Todos la miraron sorprendidos. Ella hablaba tan bien el zelandonii y para ellos aquéllos eran términos tan comunes que les costaba creer que no los conociera.

Jondalar adoptó cierto aire de culpabilidad.

—Supongo que esas palabras nunca salieron en la conversación —se disculpó—. Ayla, cuando me encontraste, llevaba ropa sharamudoi. Ellos no indican de la misma manera la identidad de una persona. Los mamutoi tienen algo parecido, pero no igual. El abelán de los zelandonii es… Veamos… es como esos tatuajes en las sienes de la Zelandoni y Marthona.

Ayla observó primero a Marthona y luego a la Zelandoni. Sabía que todos los zelandonia y los jefes llevaban elaborados tatuajes compuestos de cuadrados y rectángulos de distintos colores, a veces adornados mediante líneas rectas o volutas, pero ignoraba que esa clase de marca tuviera un nombre.

—Quizá yo pueda aclararte el significado de esas palabras —terció la Zelandoni.

Una expresión de alivio asomó al rostro de Jondalar.

—Supongo que lo mejor es empezar por «elán». ¿Conoces esa palabra?

—Te la he oído decir hoy —contestó Ayla—. Significa algo así como espíritu o fuerza vital, creo.

—¿Pero no la conocías de antes? —preguntó la Zelandoni, y luego miró a Jondalar con el entrecejo fruncido.

—Jondalar siempre dice «espíritu». ¿Es incorrecto?

—No, no es incorrecto. Y posiblemente tendemos a usar más «elán» cuando se ha producido una muerte o un nacimiento, porque la muerte es la ausencia o el fin del elán, y el nacimiento es su comienzo —explicó la donier—. Cuando nace un niño, cuando viene al mundo una nueva vida, rebosa elán, la fuerza de la vida. Cuando se da nombre al niño, el zelandoni crea una marca que simboliza a ese espíritu, esa nueva persona, y lo pinta o graba en algún objeto… En una roca, un hueso, un trozo de madera. Esa marca se llama «abelán». Cada abelán es distinto y se usa para designar a un individuo en particular. Puede ser un dibujo a base de líneas, figuras o puntos, o una silueta estilizada de animal… Cualquier cosa que le venga a la cabeza al zelandoni al meditar sobre ese niño.

—¡Eso mismo hacía Creb, el mog-ur! —exclamó Ayla, sorprendida—. ¡Meditaba para decidir cuál era el tótem de un recién nacido!

No era ella la única sorprendida.

—¿Te refieres al hombre del clan que era como su… zelandoni? —preguntó la donier.

—¡Sí! —respondió Ayla asintiendo con la cabeza.

—Tendré que reflexionar sobre eso —dijo la corpulenta mujer, más asombrada de lo que deseaba admitir—. Siguiendo por donde iba, el zelandoni medita y decide cuál ha de ser la marca. El objeto en el que queda constancia de la marca, el objeto símbolo, es el elandon. El zelandoni se lo entrega a la madre para que lo guarde en lugar seguro hasta que el niño sea mayor. Cuando los hijos llegan a adultos, la madre les da sus elandones como parte de la ceremonia del paso a la mayoría de edad. Pero el objeto símbolo, el elandon, no es un simple objeto material con dibujos pintados o grabados. Puede contener el elán, la fuerza vital, el espíritu, la esencia de cada miembro de la caverna, de la misma manera que una donii puede contener el espíritu de la Madre. El elandon posee más fuerza que cualquiera de los enseres personales de alguien. Tal es su poder que en malas manos puede usarse contra una persona para causarle graves desgracias y adversidades. Por tanto, una madre guarda los elandones de sus hijos en un sitio que sólo ella conoce, y quizá también su propia madre o su compañero.

De pronto Ayla tomó conciencia de que ella sería la responsable del elandon del niño que llevaba dentro.

La Zelandoni explicó a continuación que cuando el elandon se entregaba a un joven que llegaba a adulto, éste lo ocultaba igualmente en un lugar que sólo él conocía, a menudo muy lejos. Pero luego cogía un objeto cualquiera de algún sitio cercano a modo de sustituto, como, por ejemplo, una piedra, y se lo daba a un zelandoni, que acostumbraba a introducirlo en una grieta de una pared de roca de algún lugar sagrado, quizá una cueva, como ofrenda a la Gran Madre. Aunque dicho

objeto pudiera parecer insignificante, su significado era mucho mayor. Se creía que, a partir del objeto sustituto, Doni era capaz de localizar el objeto símbolo, y a partir de éste llegar a la persona a quien pertenecía sin que nadie, ni siquiera un zelandoni, supiera dónde se hallaba escondido el elandon.

Con diplomacia, Willamar añadió que los zelandonia en su conjunto gozaban de un gran respeto y se los consideraba beneficiosos y dignos de confianza.

—Pero son muy poderosos —prosiguió—. Para mucha gente el respeto que imponen va acompañado de cierto miedo, y un zelandoni no es más que un ser humano. Se sabe de alguno que ha hecho un uso indebido de sus conocimientos y facultades, y hay personas que temen que uno de ésos, caso de presentársele la oportunidad, pudiera sentirse tentado de utilizar un objeto tan poderoso como el elandon contra alguien que le desagradara, o de dar una lección a alguien si opinaba que había obrado de manera incorrecta. Por lo que yo sé, nunca ha ocurrido, pero a la gente le gusta adornar las historias.

—Si alguien toca el objeto símbolo de una persona, podría provocarle una enfermedad o incluso la muerte —intervino Marthona—. Te contaré una Leyenda de los Ancianos. Antiguamente, según dicen, algunas familias guardaban todos sus objetos símbolo juntos en el mismo sitio. A veces incluso cavernas enteras los guardaban en un solo lugar. Había una caverna que ponía todos sus objetos símbolo juntos en una pequeña cueva situada en la ladera de un monte, cerca de su refugio. Se consideraba que aquél era un sitio tan sagrado que nadie se atrevería a tocarlos. Durante una primavera muy lluviosa, se produjo una avalancha en esa ladera, y la cueva con todo lo que había en ella quedó destruida. Los miembros de la caverna se echaron la culpa unos a otros y dejaron de trabajar en colaboración. Sin la cooperación de todos, la vida resultó muy difícil, la gente se dispersó y la caverna desapareció. Se llegó, pues, a la conclusión de que si alguien tocaba todos los elandones o incluso si eran desplazados por causas naturales como el agua, el viento o los movimientos de tierra, la familia o la caverna en cuestión tendrían graves problemas. Por eso cada persona debe esconder su propio objeto símbolo.

—No hay inconveniente en guardar juntas las piedras sustitutas —añadió la Zelandoni—. La Madre las agradece y le sirven para seguir el rastro, pero son sólo muestras, no los auténticos elandones.

Ayla escuchó con sumo placer aquella «leyenda». Había oído a la gente hablar de las Leyendas de los Ancianos, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de que eran historias para ayudar a la gente a comprender cosas que necesitaban saber. Le recordaron las historias que contaba el viejo Dorv al Clan de Brun en invierno.

—El abelán —continuó la donier— es un símbolo o marca o dibujo al que siempre se asocia la fuerza vital. Se utiliza específicamente para identificar o caracterizar a una persona o grupo. El abelán de los zelandonii nos identifica a todos nosotros y es el más importante. Es un símbolo hecho de cuadrados o rectángulos, a menudo con variaciones y adornos. Puede ser de varios colores, estar hecho en

diferentes materiales, o incluso componerse de distinto número de cuadrados, pero debe constar de las formas básicas. Una parte de esto es el abelán de los zelandonii —se señaló la marca tatuada en la sien, y Ayla advirtió que tres hileras de tres cuadrados formaban parte del dibujo—. Por los cuadrados, cualquiera que lo vea sabrá que los zelandonii son mi gente. Dado que hay nueve, la marca me identifica además como miembro de la Novena Caverna. Naturalmente, el significado de este tatuaje no acaba ahí. También indica mi pertenencia a la zelandonia y anuncia que los otros zelandonia me consideran la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra. Si bien de menor importancia, una parte es mi abelán personal. Si te fijas, notarás que el tatuaje de Marthona es distinto del mío, aunque algunas partes sean iguales.

Ayla se volvió para examinar el tatuaje de la exjefa. Marthona ladeó la cabeza para que lo viera mejor.

—Están los nueve cuadrados —dijo Ayla—, pero la marca está en la otra sien, e incluye trazos curvos. Ahora que veo, una de las líneas parece el contorno de un caballo: el cuello, el lomo y las patas traseras.

—Sí —confirmó Marthona—. El artista que hizo este tatuaje era muy bueno y supo captar la esencia de mi abelán. Aunque aquí aparece más estilizado para armonizar con el conjunto, se asemeja mucho a la marca de mi elandon, que es un caballo perfilado.

—Nuestros tatuajes dicen algo acerca de nosotros —prosiguió la Zelandoni—. Se sabe que yo Sirvo a la Madre porque lo llevo a la izquierda. Se sabe que Marthona es o fue jefa de su caverna porque el suyo está en la sien derecha. Por los cuadrados se sabe que las dos somos zelandonii, y por el número de cuadrados, que somos de la Novena Caverna.

—Creo que el tatuaje de Manvelar tenía tres cuadrados, pero no recuerdo haber contado catorce en la sien de Brameval —dijo Ayla.

—No, seguro que no —confirmó Zelandoni—. Las cavernas no siempre se identifican mediante el número de cuadrados, pero la caverna de una persona siempre consta de un modo u otro. En el tatuaje de Brameval hay catorce puntos dispuestos de determinada manera.

—No todo el mundo tiene tatuaje —observó Ayla—. Willamar lleva uno pequeño en medio de la frente, pero Jondalar no tiene ninguno.

—Sólo las personas con rango de jefe llevan tatuajes en la frente —aclaró Jondalar—. La Zelandoni es una jefa espiritual. Mi madre fue jefa de la caverna. Willamar es el maestro de comercio; ocupa, pues, un puesto importante y a menudo se le pide consejo, así que también se le considera un jefe.

—Aunque la mayoría de la gente prefiere dar a conocer su identidad mediante la ropa, como en el caso de Shevoran —explicó Marthona—, algunas personas tienen tatuajes en otras partes del cuerpo, normalmente a la vista, como las mejillas, el mentón o incluso las manos. Nunca bajo la ropa, porque no tiene mucho sentido

poner una marca de identificación donde no puede verse. Los otros tatuajes a menudo revelan alguna característica por la que una persona desea ser reconocida, pero por lo general se trata de una hazaña personal, no de una relación primaria.

—Entre los mamutoi, los mamuti, que son como los zelandonia, llevan tatuajes en las mejillas, pero sin cuadrados. Ellos usan galones —dijo Ayla—. Empiezan con la forma de un diamante, que es como un cuadrado apoyado en uno de sus ángulos, o como la mitad de esa figura, un triángulo. Les gustan especialmente los triángulos invertidos. Luego repiten la sección en ángulo, como un ángulo dentro de otro. A veces los unen y los disponen en zigzag. Todos esos símbolos también tienen significado. Mamut había empezado a enseñármelos poco antes de marcharme.

La Zelandoni y Marthona cruzaron una mirada y ambas asintieron con la cabeza de manera casi imperceptible. La donier había hablado con la exjefa sobre las aptitudes de Ayla y sugerido que quizá la joven debía considerar la posibilidad de vincularse a la zelandonia de algún modo. Ambas estuvieron de acuerdo en que sería lo mejor para ella y para todos.

—Así pues, la túnica de Shevoran tiene su marca, su abelán y el abelán de los zelandonii —declaró Ayla como si recitara una lección de memoria.

—Sí. Todos lo reconocerán, incluida Doni. La Gran Madre Tierra sabrá que es uno de los hijos que vivía en la región suroeste de este territorio —dijo la Zelandoni —. Pero eso es sólo una parte del dibujo de la túnica ceremonial de Shevoran. En su traje, todo tiene algún significado, incluidos los collares. Además del abelán de los zelandonii, aparecen los nueve cuadrados que indican la caverna y otras figuras que establecen su linaje. Hay símbolos referentes a la mujer con quien se unió y están asimismo los abelanes de los hijos nacidos en su hogar. Su oficio, hacedor de lanzas, se halla también representado, al igual, naturalmente, que su propio símbolo. Su abelán es el elemento más personal y poderoso de todos. Su ropa ceremonial, que ahora es su traje funerario, equivale, podríamos decir, a una representación visual de sus títulos y lazos de parentesco.

—El traje ceremonial de Shevoran es especialmente hermoso —comentó Marthona—. Lo creó el antiguo confeccionador de patrones, ya desaparecido. Era muy bueno en su oficio.

Desde el primer momento, Ayla había considerado la vestimenta de los zelandonii muy interesante —y, en algunos casos, preciosa, sobre todo ciertas prendas de Marthona—, pero desconocía la complejidad de los significados asociados a la ropa. Para su gusto, algunos cosas eran un poco recargadas. Había aprendido a valorar las formas puras y la utilidad de las cosas que ella misma hacía, tal como su madre en el clan. De vez en cuando variaba el dibujo de una cesta que estaba tejiendo o realzaba la veta de la madera del cuenco o vaso que tallaba y pulía, pero nunca había añadido decoración.

Empezaba a comprender que la ropa y las alhajas que usaba la gente, así como los tatuajes faciales, los caracterizaban e identificaban. El traje de Shevoran, pese a la

profusa ornamentación, le había parecido en su conjunto equilibrado y bello. La sorprendió, no obstante, oír decir a Marthona que lo había creado un anciano.

—La ropa de Shevoran debe de haber requerido mucho trabajo. ¿Por qué empleó un anciano tanto tiempo en hacerla? —preguntó.

Jondalar sonrió.

—Porque el oficio de ese hombre consistía en diseñar ropa ceremonial y funeraria —aclaró—. A eso se dedica un confeccionador de patrones.

—Ese anciano no hizo el traje ceremonial de Shevoran; sólo dio las pautas para hacerlo —explicó Marthona—. Son tantos los aspectos incluidos en la elaboración que se necesita una pericia especial y una visión artística para combinarlos de una manera atractiva. Pero luego encarga a otros la confección misma de la ropa. Varias personas colaboraron estrechamente con él durante muchos años, y su equipo estaba muy solicitado. Ahora es una de esas personas la que diseña los trajes, pero aún no ha alcanzado la maestría de su predecesor.

—Pero ¿por qué ese anciano o cualquier otra persona confeccionó ese traje, y no se lo hizo el propio Shevoran?

—Fue un intercambio —dijo Jondalar—. Comercio.

Ayla frunció el entrecejo. Era evidente que no acababa de entenderlo.

—Pensaba que la gente comerciaba con otros campamentos o cavernas. No sabía que hubiera esa clase de intercambios entre personas de la misma caverna.

—¿Por qué no iba a haberlos? —terció Willamar—. Shevoran hacía lanzas. Era conocido por la buena calidad de sus lanzas, pero no podía representar a su plena satisfacción todos los elementos y símbolos que deseaba incluir en su traje ceremonial. Así que ofreció veinte de sus mejores lanzas a cambio de ese traje, que era para él un bien muy preciado.

—Fue uno de los últimos que hizo el anciano —añadió Marthona—. Cuando la vista ya no le permitió seguir ejerciendo su oficio, se desprendió de las lanzas de Shevoran, una por una, a cambio de cosas que necesitaba, pero se guardó la mejor. Ahora sus huesos descansan en terreno sagrado, pero se llevó la lanza consigo al mundo de los espíritus. Esa lanza llevaba grabados su propio abelán y el de Shevoran.

—Cuando un hacedor de lanzas queda muy satisfecho de su trabajo —explicó Jondalar—, a veces incluye su propio símbolo, grabado o pintado, junto con el abelán de la persona para quien ha hecho la lanza.

Ayla había aprendido durante la cacería que determinadas marcas hechas en las lanzas tenían una gran importancia. Sabía que cada lanza llevaba la marca de su dueño para evitar cualquier duda en cuanto a quién había matado a uno u otro animal. Ella entonces aún no sabía que esa marca se llamaba «abelán», ni que tuviera tal trascendencia para los zelandonii. Había visto que una discusión quedaba zanjada gracias a las marcas. En un mismo animal habían aparecido dos lanzas, pero sólo una afectaba a un órgano vital.

Aparte de la marca simbólica del dueño de la lanza, los cazadores hablaban también de los distintos hacedores de lanzas. Al parecer, siempre sabían quién había hecho cada lanza, llevara o no su marca. El estilo de la lanza y los adornos revelaban la identidad del hacedor.

—¿Cuál es tu abelán, Jondalar? —preguntó Ayla.

—Nada concreto, una simple marca. Algo así —dijo él. Alisó el polvo seco del suelo ante él y, con un dedo, trazó dos líneas, paralelas en un primer tramo, pero convergentes en un mismo punto al final. Una raya corta unía las dos líneas cerca del ángulo que formaban—. Siempre he pensado que el día en que nací, a la Zelandoni no se le ocurrió nada mejor. —Miró a la Primera y sonrió—. O quizá sea la cola de un armiño, blanca con una punta negra. Siempre me han gustado las colas de los armiños. ¿Crees que mi abelán podría ser un armiño?

—Bueno, tu tótem es un León Cavernario —afirmó Ayla—, como lo es el mío. En mi opinión, tu abelán puede ser lo que tú quieras. ¿Por qué no un armiño? Los armiños no son más que pequeñas comadrejas, pero se ponen preciosos en invierno, totalmente blancos salvo por los ojos y la punta de la cola. En realidad, su pelaje pardo del verano tampoco es feo —reflexionó por un momento y, finalmente, preguntó—: ¿Cuál es el abelán de Shevoran?

—He visto una de sus lanzas cerca de su lugar de reposo —dijo Jondalar—. La traeré para enseñártelo.

Al instante regresó con la lanza y mostró a Ayla la marca simbólica de Shevoran. Era una representación estilizada de un muflón, un carnero montés con grandes cuernos curvos.

—Tendría que llevarme esa lanza —comentó la Zelandoni—. La necesitaremos para hacer una copia de su abelán.

—¿Para qué necesitaréis una copia? —quiso saber Ayla.

—El mismo símbolo que identificaba sus lanzas, ropa y demás posesiones será la marca que grabaremos en el poste de su tumba —dijo Jondalar.

Mientras regresaban a sus moradas, Ayla meditó sobre todo lo dicho en la conversación y extrajo sus propias conclusiones. Aunque el objeto símbolo, el elandon, estaba oculto, la marca simbólica, el abelán, representado en ese objeto no sólo era conocido por la persona a quien simbolizaba, sino por todo el mundo. Poseía cierto poder, en especial para aquél a quien pertenecía, pero no para alguien que pretendiera usarlo indebidamente. Era demasiado conocido. El verdadero poder se derivaba de lo desconocido, lo esotérico.

A la mañana siguiente, Joharran llamó con los nudillos al poste situado junto a la entrada de la vivienda de Marthona. Jondalar apartó la cortina y se sorprendió al ver a su hermano.

—¿No vas a la reunión esta mañana? —preguntó.

—Sí, claro que voy; pero antes quería hablar contigo y con Ayla.

—Pasa, pues.

Joharran entró y dejó caer de nuevo la pesada cortina. Marthona y Willamar salieron de su dormitorio y lo saludaron afectuosamente. Ayla estaba echando los restos del desayuno en el cuenco de madera de Lobo. Alzó la mirada y sonrió.

—Joharran quiere hablar con nosotros —anunció Jondalar mirando a Ayla.

—Sólo será un momento, pero sigo pensando en esas armas vuestras para disparar lanzas. Si unos cuantos de nosotros hubiéramos sido capaces de arrojar la lanza desde tan lejos como tú, Jondalar, quizá habríamos abatido aquel bisonte antes de que pisoteara a Shevoran. Ya es demasiado tarde para ayudarlo, pero desearía que los demás cazadores se beneficiaran de esa medida de seguridad. ¿Estaríais dispuestos, tú y Ayla, a enseñarnos a hacer y a manejar esos lanzadores?

Jondalar sonrió.

—Naturalmente. Ésa era mi intención desde el principio. Estaba impaciente por mostraros el funcionamiento para que todos os dierais cuenta de las ventajas.

Todos los ocupantes de la morada de Marthona, excepto Folara, acompañaron a Joharran al área de reunión, próxima al extremo sur del enorme refugio. Cuando llegaron, ya se había congregado allí un buen número de gente. Habían salido mensajeros para convocar a los zelandonia de las cavernas que habían participado en la cacería a aquella reunión para hablar sobre la ceremonia funeraria. Además de la guía espiritual de la Novena Caverna, se encontraban presentes los zelandonia de la Decimocuarta, la Undécima, la Tercera, la Segunda y la Séptima. La mayoría de aquéllos a quienes se atribuía autoridad acudieron también, así como otros que simplemente estaban interesados.

—El espíritu del Bisonte ha reclamado a uno de los nuestros a cambio de uno de los suyos —declaró la corpulenta donier—. Es un sacrificio que debemos aceptar si la Madre nos lo exige.

Recorrió con la mirada a quienes tenía alrededor, que asentían con la cabeza. Su imponente presencia nunca se ponía tan de manifiesto como cuando se hallaba con otros zelandonia. En tales ocasiones saltaba a la vista que era la Primera Entre Quienes Sirven a la Madre.

Ya avanzada la reunión, dos de los zelandonia entraron en discrepancia acerca de un detalle menor, y la Primera permitió que la discusión siguiera su curso. Sin darse cuenta, Joharran dejó de atender a la conversación sobre el entierro de Shevoran y empezó a plantearse dónde situar los blancos de tiro para el adiestramiento. Tras hablar con Ayla y Jondalar, había decidido animar a sus cazadores a construirse lanzavenablos y comenzar a practicar incluso antes de partir hacia la Reunión de Verano. Quería que desarrollaran habilidad suficiente con la nueva arma de Jondalar lo antes posible. Pero no empezarían ese mismo día. Ése era un día en el que no se

utilizarían armas. Era el día en que el espíritu de Shevoran, su elán, sería guiado al otro mundo.

La Zelandoni también tenía la mente puesta en otras reflexiones pese a que, en apariencia, consideraba con toda seriedad los puntos de vista expuestos. Había estado pensando en Thonolan desde que Jondalar le dio la piedra con la faceta opalescente que había traído de la tumba de las estepas del este donde yacía su hermano menor, pero aguardaba el momento oportuno para plantear la cuestión.

Sabía que Jondalar y Ayla tendrían que intervenir en el proceso, y entrar en contacto con el otro mundo intimidaba bajo cualquier circunstancia, en especial a aquellos que no se habían preparado para esa clase de experiencias; de hecho, entrañaba peligros incluso para quienes sí estaban preparados. Resultaba más seguro cuando había mucha gente alrededor para proporcionar ayuda y apoyo a quienes establecían contacto directamente.

Puesto que Shevoran había muerto en una cacería en la que participaba la mayoría de las cavernas vecinas, su entierro tendría que ser una gran ceremonia que incluiría a la comunidad en pleno y pediría protección para todos sus miembros. Pensó que sería, pues, una excelente ocasión para tratar de adentrarse más en el mundo de los espíritus en busca de la fuerza vital de Thonolan. Miró a Ayla y se preguntó cómo reaccionaría la forastera. La joven sorprendía sin cesar a la donier con sus conocimientos, su capacidad e incluso su encomiable actitud.

La vieja donier se había sentido halagada cuando Ayla acudió a ella para preguntarle si podría haber hecho algo más por Shevoran, sobre todo teniendo en cuenta la destreza que había demostrado. Por otra parte, había sido un asombroso acierto por parte de Ayla sugerir a Jondalar que se llevara una piedra de la sepultura de su hermano, considerando que desconocía las prácticas de los zelandonii. La piedra que había rodado hasta Jondalar era sin duda única. Parecía normal y corriente hasta que uno le daba la vuelta y veía aquella faceta de una opalescencia azulada con puntos de intenso color rojo.

«Ese azul opalescente es incuestionablemente un aspecto de la claridad, pensó Zelandoni. Y el rojo es el color de la vida, el más importante de los Cinco Colores Sagrados de la Madre. Esa pequeña piedra es, sin duda, un objeto de poder. Algo deberemos hacer con ella después de utilizarla».

Estaba escuchando sólo a medias la discusión cuando se le ocurrió que la singular piedra de la tumba de Thonolan era en cierto modo como una piedra sustituta. Con ella, la Madre podría localizar el elán de Thonolan. El sitio mejor y más seguro para dejarla sería una grieta de una cueva sagrada, cerca de las piedras sustitutas de su familia. La donier sabía dónde estaban casi todas las piedras sustitutas de la Novena Caverna, y muchas de las de otras cavernas. Incluso conocía los lugares donde se hallaban escondidos algunos auténticos elandones, además del suyo.

En más de una ocasión insólitas circunstancias la habían obligado a intervenir y asumir las funciones de una madre, incluida la responsabilidad sobre los elandones de

algunos niños, y había tenido que ocultar los objetos símbolo de algunas personas que, por razones físicas o mentales, eran incapaces de esconderlos por sí mismos. Jamás hablaba de ellos, y por nada del mundo intentaría sacar provecho de esa información. Era muy consciente de los peligros, tanto para sí misma como para la persona a quien el elandon representaba.

Ayla también dejó vagar su pensamiento. No conocía las costumbres funerarias de los zelandonii y le interesaban mucho, pero la discusión en curso, que parecía interminable, estaba fuera de su alcance. Ni siquiera había oído nunca algunas de las palabras esotéricas que empleaban. Abstrayéndose, pensó en las cosas que había aprendido.

Le habían explicado que normalmente se sepultaba a los muertos en terreno sagrado, pero los campos de enterramiento cambiaban al alcanzarse determinado número de tumbas. Demasiados espíritus congregados en un mismo sitio podían llegar a tener mucho poder. Aquellos que morían simultáneamente o tenían una relación muy estrecha podían permanecer juntos, pero no había un único campo de enterramiento. En vez de eso, se enterraba a los muertos en reducidas áreas dispersas por las inmediaciones.

Fuera cual fuese el lugar escogido, la zona de enterramiento se delimitaba mediante postes clavados en tierra alrededor de las tumbas a cortos intervalos y en la cabecera de cada tumba. Los postes llevaban grabados o pintados los abelanes de las personas allí enterradas, símbolos que advertían del peligro de entrar en el recinto. Los espíritus de los muertos sin un cuerpo donde habitar podían rondar dentro de los límites marcados, pero no les estaba permitido ir más allá de la empalizada. Los zelandonia exorcizaban esa cerca para impedir que los espíritus incapaces de encontrar el camino hacia el otro mundo cruzaran esa línea divisoria y robaran el cuerpo de alguien que siguiera aún entre los vivos.

Sin una poderosa protección, aquellos que penetraban en el espacio cercado corrían serios riesgos. Los espíritus comenzaban a congregarse incluso antes de que se diera sepultura a un cadáver y, como era sabido, en alguna ocasión habían intentado apoderarse del cuerpo de un ser vivo entablando batalla con el verdadero espíritu de la persona para someterlo. Ello se ponía de manifiesto por los drásticos cambios de conducta de esa persona, que de pronto actuaba de una manera impropia de ella, veía cosas que nadie más veía, gritaba sin motivo aparente, se comportaba de modo violento o parecía ensimismada e incapaz de comprender el mundo que la rodeaba.

Transcurridos muchos años, cuando los postes se desplomaban por sí solos o se pudrían hasta mezclarse con la tierra, y la vegetación cubría las tumbas y regeneraba el campo de enterramiento, aquel terreno ya no se consideraba sagrado, ni peligroso. Se decía entonces que la Gran Madre Tierra había reclamado lo que le pertenecía y devuelto el lugar a sus hijos.

Ayla y todos aquellos otros que también estaban absortos en sus meditaciones atendieron de inmediato nuevamente a la conversación al oír la voz de la Primera. Como los zelandonia en desacuerdo no eran capaces de resolver sus diferencias, la poderosa donier optó por intervenir. En su decisión conciliaba todos los puntos de vista, y la expuso de modo que pareciese la única solución viable. A continuación se abordó la cuestión de las medidas preventivas necesarias para proteger de las almas perdidas y errantes a quienes trasladaran el cadáver de Shevoran hasta el campo de enterramiento sagrado.

En primer lugar, todos disfrutarían de un banquete a fin de que el espíritu de cada cual se fortaleciera lo suficiente para defenderse de las almas extraviadas, y naturalmente todos miraron a Proleva para que lo organizara. Hablaron asimismo de la comida que se dejaría en la tumba junto con las armas y herramientas. Aunque esa comida en sí permanecería intacta, el espíritu de la comida alimentaría al espíritu en libertad y le daría fuerzas para encontrar su camino. Se haría todo lo posible para que el alma no tuviera motivos para quedarse demasiado tiempo ni para volver atrás.

Esa mañana, más tarde, Ayla salió a cabalgar, montada en Whinney y seguida por Corredor y Lobo. Luego los cepilló a la vez que los examinaba para asegurarse de que se encontraban bien. Estaba acostumbrada a pasar el día entero con los caballos, pero desde su llegada a la Novena Caverna había estado con la gente de Jondalar la mayor parte del tiempo, y echaba de menos a los animales. Por el modo en que la saludaban, con un afecto tan entusiasta, pensó que probablemente los caballos también los echaban de menos a ella y a Jondalar.

Al regresar, paró un momento en la vivienda de Joharran para preguntar a Proleva si sabía dónde estaba Jondalar.

—Ha ido con Joharran, Rushemar y Solaban a cavar una fosa para Shevoran —explicó la mujer. Aunque estaba muy ocupada, en ese preciso instante esperaba a otra gente y disponía de un momento libre. Desde el principio deseaba conocer mejor a aquella mujer que poseía tan gran aptitud para distintas actividades y que pronto se uniría al hermano de su compañero, y preguntó—: ¿Te apetece una infusión de manzanilla?

Ayla vaciló.

—Creo que ahora debería volver a la morada de Marthona, pero con mucho gusto tomaré una infusión contigo en otra ocasión.

Lobo, que había disfrutado de la salida tanto como los caballos, entró en la vivienda con Ayla. Viendo al animal, Jaradal corrió hacia él. El lobo acercó el hocico al niño para que lo acariciara y el pequeño se rió encantado y frotó la cabeza del animal.

—Ayla, admito que en un primer momento me preocupé mucho cuando Jaradal me contó que había tocado a tu lobo —dijo Proleva—. Cuesta creer que un animal

carnívoro y cazador como éste trate con tanta delicadeza a los niños. Cuando Folara lo trajo y vi a Marsola a gatas encima de él, no podía dar crédito a mis ojos. Le tiró del pelo, le metió los dedos en los ojos, e incluso le agarró las fauces y le miró dentro de la boca, y Lobo permaneció allí inmóvil como si le gustara todo lo que le hacía. Me quedé de una pieza. Hasta Salova sonreía, pese a que se horrorizó la primera vez que vio a su hija con el lobo.

—Lobo siente especial afecto por los niños —explicó Ayla—. Creció jugando y durmiendo con ellos en el albergue subterráneo del Campamento del León. Eran sus compañeros de camada, y los lobos adultos se comportan siempre de un modo muy protector y condescendiente con las crías de su manada. Creo que Lobo considera a todos los niños miembros de su manada.

Cuando se dirigía acompañada de Lobo hacia la morada de Marthona, intentó dar forma a algo impreciso que había detectado en Proleva y no acababa de identificar. Eran sus posturas, sus movimientos, la manera en que le caía la holgada túnica. De pronto cayó en la cuenta y sonrió. ¡Proleva estaba embarazada! Ayla estaba segura.

Cuando entró en la morada de Marthona, no había nadie. Se arrepintió de no haberse quedado con Proleva a tomar una infusión, pero se preguntó dónde estaría la madre de Jondalar. Puesto que no estaba con Proleva, pensó Ayla, quizá había ido a ver a la Zelandoni. Según parecía, Marthona y la donier mantenían una relación de amistad o, como mínimo, de mutuo respeto. Conversaban mucho y con frecuencia cruzaban miradas de complicidad. Si iba allí a buscar a Marthona, le serviría como pretexto para visitar a la donier, a quien decididamente deseaba conocer mejor.

«Aunque de hecho no tengo verdadera necesidad de encontrar a Marthona, y ahora la Zelandoni está muy ocupada. Quizá no debería molestarla, pensó Ayla, pero se sentía ociosa y quería hacer algo útil. Tal vez pueda prestar ayuda, o al menos ofrecerla».

Fue a la morada de la Zelandoni y dio unos ligeros golpes en el panel contiguo a la cortina de la entrada. La mujer debía de encontrarse allí mismo, porque enseguida apartó la cortina.

—¡Ayla! —exclamó, aparentemente sorprendida de ver allí a la joven y el lobo—. ¿Necesitas algo?

—Buscaba a Marthona. No está en casa, y tampoco con Proleva. Quería saber si había venido aquí.

—No, aquí no está.

—Bueno, siento haberte molestado —se disculpó Ayla—. Ya sé lo atareada que estás. No debería hacerte perder el tiempo.

—No te preocupes —dijo la donier, y notó a la joven un tanto tensa—. ¿Buscabas a Marthona por algo en particular?

—No, por nada importante. Pensaba que quizá necesitara mi ayuda para algo.

—Si buscas algo que hacer, quizá puedas ayudarme a mí —dijo la Zelandoni, que mantuvo la cortina abierta mientras se apartaba.

La amplia sonrisa de Ayla confirmó a la donier que ésa era la auténtica razón de su visita.

—¿Hay algún inconveniente en que entre Lobo? —preguntó Ayla—. No tocará nada.

—Ya lo sé —contestó la Zelandoni, sosteniendo la cortina para que entrara también el animal—. Como te dije, nos comprendemos mutuamente. Hay que pulverizar el ocre rojo que trajiste. —Señaló una piedra manchada de rojo, con una concavidad creada por años de uso—. Ahí está el mortero, y aquí la piedra de moler. Jonokol no tardará en llegar, y necesitará el ocre para pintar el abelán de Shevoran en un poste. Es mi acólito.

—Conocí a un hombre que se llamaba Jonokol en el festejo de bienvenida, pero me dijo que era artista —comentó Ayla.

—Jonokol es artista, y también mi acólito. Aunque me da la impresión de que es más artista que acólito. No tiene el menor interés por las curaciones, ni por encontrar su camino al mundo de los espíritus. Parece conformarse con ser acólito, pero aún es joven. El tiempo dirá. Quizá sienta aún la llamada. Entretanto es un buen artista, y un excelente ayudante. —Al cabo de un momento, añadió—: Muchos artistas son también zelandonia. Jonokol empezó a revelar su talento siendo aún muy joven.

Ayla acometió gustosa la tarea de moler el rojo óxido de hierro hasta convertirlo en polvo. Era una manera de ayudar que no requería especial preparación, y la monótona actividad física le dejaba la mente libre para pensar. Sentía curiosidad por los zelandonia, y quería saber por qué los artistas como Jonokol eran incorporados al grupo a tan corta edad; siendo tan jóvenes, difícilmente podían saber en qué consistía aquello y cuál era su sentido. ¿Por qué los artistas tenían que formar parte de la zelandonia?

Mientras trabajaba, entró Jonokol. Un tanto sorprendido, miró primero a Ayla y luego al lobo. El animal alzó la cabeza y miró a la joven, preparándose para levantarse si se lo indicaba. Ella le hizo una señal que significaba que el hombre era bienvenido. El lobo se relajó, pero permaneció alerta.

—Ayla ha venido a ayudarnos, Jonokol —dijo la Zelandoni—. Ya os conocéis, según tengo entendido.

—Sí, nos presentamos la noche de su llegada —respondió Jonokol—. Un saludo, Ayla.

Ayla terminó de moler los terrones rojos, que había dejado reducidos a fino polvo, y entregó el mortero, la piedra de moler y el polvo rojo a la Zelandoni, con la esperanza de que la mujer le encargara alguna otra tarea, pero enseguida se dio cuenta de que ella y Jonokol estaban esperando a que se fuera.

—¿Quieres que haga alguna otra cosa? —preguntó por fin.

—Por ahora no —contestó la donier.

Ayla asintió con la cabeza, hizo una señal a Lobo y se marchó. Cuando regresó a la morada, Marthona aún no estaba allí, y sin Jondalar cerca, no sabía en qué emplear el tiempo. «Debería haberme quedado a tomar una infusión con Proleva», pensó. De pronto decidió volver. Quería conocer mejor a la admirada y competente mujer. Al fin y al cabo, pronto estarían emparentadas; era la compañera del hermano de Jondalar. «Quizá incluso podría llevarle una agradable infusión, se dijo Ayla, algo con flores de tilo secas para endulzar un poco y darle una fragancia deliciosa. Ojalá supiera si hay algún tilo por aquí cerca».

Capítulo 15

Los hombres casi habían terminado de cavar la fosa, y se alegraban de ello. Los zelandonia habían invocado una poderosa protección para ellos antes de marcharse a preparar la tierra para recibir el cadáver de Shevoran y espolvoreado sus manos con ocre rojo molido, pero todos habían temblado al cruzar la barrera invisible marcada por los postes labrados y pintados de rojo.

Los cuatro llevaban amplias pieles sin forma ni adorno alguno, una especie de mantas con un agujero en el centro para la cabeza. Cubrían sus rostros unas capuchas con orificios para los ojos, pero no para la boca ni la nariz, aberturas corporales que invitaban a entrar a los espíritus.

Iban tan tapados a fin de ocultar su identidad a cualquier espíritu que pudiera estar al acecho en busca de un cuerpo vivo donde habitar; las personas que invadían el terreno sagrado y molestaban a los espíritus no podían dejar a la vista abelanes, símbolos ni dibujos de ningún tipo. Tampoco hablaban porque hasta el sonido de sus voces podía delatarlos. Cavar una fosa no era un trabajo fácil de delegar, y Joharran había decidido que, como responsable de la organización de la desafortunada cacería, él debía formar parte del grupo. Había elegido a sus dos consejeros, Solaban y Rushemar, y a su hermano Jondalar para ayudarlo. Aunque los cuatro se conocían bien, todos esperaban sinceramente que ese hecho pasara inadvertido a cualquier posible elán.

Era un arduo trabajo excavar la dura tierra con el azadón de piedra. El sol estaba alto, y los cuatro hombres, acalorados, sudaban copiosamente. Costaba respirar con la capucha de piel, pero ninguno de los fuertes y valerosos cazadores contempló siquiera la posibilidad de quitársela. Cualquiera de ellos era capaz de plantarse ante un rinoceronte al ataque y esquivar la embestida en el último momento, pero se requería mucho más valor para hacer frente a los invisibles peligros del campo sagrado de enterramiento.

Ninguno de ellos deseaba quedarse en aquel recinto habitado por espíritus más tiempo del necesario, y se apresuraron a retirar la tierra ablandada con los azadones. Las palas que usaban estaban hechas con los huesos grandes y planos —omóplatos o pelvis— de los animales más grandes, uno de cuyos lados se afilaba mediante una piedra redonda y arena de río para cavar con mayor facilidad. El lado opuesto se unía a una rama larga. La tierra extraída se amontonaba sobre pieles semejantes a las que llevaban, de ese modo podía apartarse del borde de la fosa para dejar espacio al gran número de gente que se congregaría allí.

Joharran hizo una seña a los otros con la cabeza cuando sacaron de la fosa las últimas paladas de tierra suelta. Era ya bastante profunda. Recogieron las

herramientas y salieron de allí lo más rápido que pudieron. Aún sin hablar, fueron a un lugar previamente elegido, lejos de las zonas de viviendas y apenas frecuentado.

Joharran clavó en la tierra el azadón, y todos juntos cavaron un segundo hoyo, más pequeño que el primero. Luego se despojaron de las pieles y capuchas, las echaron dentro del hoyo y las cubrieron con la tierra. Las herramientas debían devolverse al sitio específicamente destinado a guardarlas, pero los cuatro pusieron especial cuidado en que no tocaran ninguna parte de sus cuerpos desnudos excepto las manos cubiertas de ocre.

Fueron directamente a una pequeña cueva abierta en la pared rocosa, casi en el fondo del valle. Enfrente, clavado en la tierra, había un poste labrado con el abelán de los zelandonii y otras marcas. Entraron en la cueva, dejaron las herramientas y se apresuraron a salir. Fuera, se agarraron al poste con ambas manos y, en susurros, rogaron protección a la Madre. Después siguieron por un tortuoso sendero hasta otra cueva situada a mayor altura, la que utilizaban principalmente los zelandonia para las ceremonias relacionadas con los hombres y los muchachos.

Los seis zelandonia de las cavernas participantes en la trágica cacería, acompañados por varios acólitos, los aguardaban fuera de la cueva. Tenían agua caliente, calentada con piedras al rojo casi hasta el punto de ebullición, y distintas variedades de plantas productoras de saponina, conocidas genéricamente como jaboneras. La espuma adquirió un color rojizo por el polvo de ocre con que se habían protegido manos y pies. El agua, tan caliente que apenas podía soportarse, se vertía sobre sus miembros manchados y caía a un pequeño hoyo excavado en la tierra. Repitieron la ablución una segunda vez para asegurarse de que no quedaban restos de rojo. Incluso se limpiaron bajo las uñas con diminutos palos puntiagudos. Luego se lavaron una tercera vez. Tras una rigurosa inspección, volvieron a lavarse hasta que todos los zelandonia se dieron por satisfechos.

A continuación cogieron cestas impermeables de agua caliente y más jabonera y se lavaron todo el cuerpo, incluido el cabello. Sólo cuando por fin se los declaró purificados y se les permitió ponerse su propia ropa, respiraron tranquilos. La Que Era la Primera dio a cada uno de ellos un vaso de infusión caliente, de sabor amargo y les ordenó que primero se enjuagaran la boca y escupieran en un hoyo especial, y luego se bebieran el resto. Así lo hicieron; se enjuagaron, apuraron los vasos de un trago y se marcharon apresuradamente, sintiendo un gran alivio al ver concluida su tarea. A ninguno le gustaba hallarse tan cerca de una magia tan poderosa.

Jondalar y los otros hombres entraron en la vivienda de Joharran hablando en voz baja, conscientes aún de su contacto con el mundo de los espíritus.

—Ayla ha venido a buscarte, Jondalar —dijo Proleva—. Luego se ha ido y ha vuelto con una infusión deliciosa. Hemos charlado un rato, pero después se han presentado varias personas para hablar del banquete, y aunque ella se ha ofrecido a

ayudarme, le he dicho que ya lo hará la próxima vez. Estoy segura de que la Zelandoni tiene otros planes para ella. No hace mucho que se ha marchado. Ahora yo también he de irme. En la cocina encontraréis comida y una infusión caliente.

—¿Ha dicho adónde iba? —preguntó Jondalar.

—A la morada de tu madre.

—Gracias. Iré a ver qué quería.

—Antes come algo —aconsejó Proleva—. El trabajo ha sido duro.

Devoró rápidamente la comida, acompañándola con un poco de infusión, y se dispuso a marcharse.

—Joharran, avísame cuando los zelandonia estén preparados —dijo cuando salía.

Todos estaban sentados en torno a la mesa baja bebiendo el vino de Marthona cuando Jondalar entró.

—Trae tu vaso, hijo —dijo su madre—. Te serviré un poco. Ha sido un día difícil, y aún no ha acabado. He pensado que os convendría relajaros un poco.

—Se te ve muy limpio, Jondalar —comentó Ayla.

—Sí, y no sabes cuánto me alegro de que eso haya terminado. Me gusta cumplir con mis obligaciones, pero me horroriza cavar en terreno sagrado —declaró sintiendo que le recorría un escalofrío.

—Sé cómo te sientes —dijo Willamar.

—Si has estado cavando, ¿por qué vas tan limpio? —preguntó Ayla.

—Ha ayudado a cavar la fosa para el entierro —explicó Willamar—, y después de cavar en terreno sagrado y molestar a los espíritus, ha tenido que purificarse de arriba abajo. Los zelandonia usan agua caliente y abundante jabonera, y lo obligan a uno a lavarse varias veces.

—Eso me trae a la memoria la charca de agua caliente de los losadunai. ¿Te acuerdas, Jondalar? —dijo Ayla, y notó que en el rostro de él aparecía una sonrisa insinuante. Recordó entonces una placentera tarde con él en las fuentes termales. Desvió la mirada para no devolverle la sonrisa—. ¿Recuerdas la espuma limpiadora que elaboraban con grasa derretida y ceniza?

—Sí. Realmente hacía mucha espuma y dejaba las cosas muy limpias, como nunca había visto. Incluso quitaba el sabor y el olor.

La sonrisa de Jondalar se tornó aún más amplia, y Ayla se dio cuenta de que estaba provocándola con comentarios de doble sentido. En aquella ocasión, mientras compartían los placeres, él había dicho que ni siquiera notaba el sabor de ella. Pero había sido una experiencia interesante sentirse tan limpios.

—Estoy pensando —continuó Ayla eludiendo aún las amorosas miradas de Jondalar y procurando hablar con seriedad— que aquella espuma limpiadora sería perfecta para purificar. Unas mujeres losadunai me enseñaron a prepararla, pero es complicado y no siempre sale bien. Quizá debería intentarlo para mostrársela a la Zelandoni.

—No imagino cómo es posible limpiarse con grasa y ceniza —comentó Folara.

—Yo misma no lo creería si no lo hubiera visto —respondió Ayla—, pero al mezclarlas de determinada manera ocurre algo, y ya no tienes grasa y ceniza sino otra cosa. Hay que añadir agua a la ceniza, hacerla hervir un rato y dejarla enfriar antes de colarla. Queda un líquido muy corrosivo; si uno no va con cuidado, puede causarle ampollas. Es como la parte del fuego que te quema, pero sin calor. Luego se añade grasa derretida, aproximadamente la misma cantidad que de líquido, pero tanto la grasa como el líquido colado deben estar a la misma temperatura que la piel del interior del antebrazo. Si se han seguido correctamente todos los pasos, cuando se mezclan, sale una espuma capaz de limpiarlo casi todo. Al aclarar, desaparece la suciedad. Elimina incluso las manchas de grasa.

—¿Cómo se le ocurrió a alguien juntar grasa y agua de cenizas? —preguntó Folara.

—Según la mujer que me lo dijo, la primera vez fue por casualidad —explicó Ayla—. Cuando estaba cociendo o derritiendo grasa sobre una fogata encendida en el interior de un hoyo, empezó a caer una lluvia torrencial. Corrió a resguardarse. Al volver, pensó que la grasa se habría echado a perder. Pero se había derramado en el hoyo, que estaba repleto de ceniza y que se había llenado de agua de lluvia. Vio entonces la cuchara de madera con la que había estado removiéndola. Le había llevado mucho tiempo tallarla y era una de sus preferidas, así que decidió recuperarla. Para coger la cuchara, hundió la mano en una resbaladiza espuma que creía que era grasa estropeada, y cuando fue a lavarla para quitar la espuma, descubrió que no sólo se enjuagaba fácilmente, sino que, además, su mano y la cuchara habían quedado completamente limpias.

Ayla ignoraba que al mezclar la lejía filtrada de la ceniza de madera y la grasa a cierta temperatura se producía una reacción química que creaba el jabón. No le era necesario saber por qué el proceso generaba una espuma limpiadora; le bastaba con saber que ocurría. No era la primera vez, ni sería la última, que un descubrimiento se hacía por casualidad.

—Estoy segura de que a la Zelandoni le interesará —dijo Marthona. Había notado el jugueteo que se traían su hijo y la joven. Jondalar no era tan sutil como él se creía, y Marthona intentó ayudar a Ayla a mantener el cariz serio de la conversación. Al fin y al cabo, pronto irían a un funeral. No era el momento más indicado para andar pensando en los placeres—. Una vez yo hice un descubrimiento así mientras preparaba vino. Después de aquello, el vino siempre me ha salido bien.

—¿Por fin vas a contar tu secreto, madre? —preguntó Jondalar.

—¿Qué secreto?

—El método para elaborar el vino de manera que siempre consigues un vino mejor que el de los demás, y nunca se avinagra —respondió Jondalar con una sonrisa.

Marthona asintió con la cabeza en un gesto de exasperación.

—Yo no lo considero un secreto.

—Pero nunca has contado a nadie cómo lo haces.

—Eso es porque nunca he sabido con seguridad si lo que yo hago realmente tiene algún efecto, o si daría resultado a otra persona —respondió Marthona—. No sé por qué se me ocurrió probarlo la primera vez, pero observé a la Zelandoni hacer algo similar con sus brebajes medicinales, y aparentemente producía una magia poderosa. Me pregunté si aportaría también algo de magia a mi vino, y parece que sí.

—Pues cuéntanoslo —instó Jondalar—. Ya sabía yo que hacías algo especial.

—Vi a la Zelandoni masticar unas hierbas mientras preparaba cierta medicina, así que la siguiente vez que exprimí las bayas para el vino, mastiqué una cuantas y escupí el jugo a la masa antes de iniciarse la fermentación. Parece raro que una cosa así sirva de algo, pero por lo visto así es.

—Iza me enseñó que para algunas medicinas, y en particular para algunos brebajes, los ingredientes deben masticarse antes para que tengan efecto —comentó Ayla—. Quizá al mezclar las bayas con una pequeña cantidad de los jugos segregados por la boca se añada alguna sustancia especial. —Nunca se lo había planteado, pero era una posibilidad.

—También ruego a Doni que convierta el jugo de la fruta en vino. Quizá sea ése el verdadero secreto —dijo Marthona—. Si no pedimos demasiado, a veces la Madre nos concede lo que queremos. Cuando eras pequeño, Jondalar, eso nunca te fallaba. Si pedías algo a Doni, siempre lo conseguías. ¿Aún es así?

Él enrojeció un poco. Pensaba que nadie lo sabía, pero debería haber supuesto que Marthona se habría dado cuenta.

—Por lo general, sí —contestó eludiendo la mirada de su madre.

—¿Alguna vez no te ha concedido algo? —insistió Marthona.

—Una vez —dijo Jondalar, abochornado.

Su madre lo observó por un momento y luego asintió con la cabeza.

—Sí, imagino que eso era excesivo incluso para la Gran Madre Tierra. No creo que ahora lo lamentes, ¿no?

Todos escuchaban perplejos la enigmática conversación entre madre e hijo. Jondalar estaba visiblemente desconcertado. Observándolos, Ayla llegó de pronto a la conclusión de que Marthona hablaba de la Zelandoni, o más exactamente de Zolena, como se la conocía en su juventud.

—Ayla, ¿sabías que sólo los hombres pueden cavar en terreno sagrado? —preguntó Willamar, cambiando de tema para zanjar el embarazoso momento—. Sería demasiado arriesgado exponer a las bendecidas por Doni a tan peligrosas fuerzas.

—Y mejor que así sea —dijo Folara—. Ya es bastante desagradable tener que lavar y vestir a una persona cuyo espíritu se ha marchado. A mí me horroriza. Ayla, no imaginas cuánto me alegré cuando me pediste que cuidara de Lobo. Invité a venir todos mis amigos y les dije que trajeran a sus hermanos pequeños. Lobo conoció a mucha gente.

—No me extraña que esté tan cansado —comentó Marthona mirando al lobo, que se hallaba en su lugar de dormir—. Yo me pasaría un día entero durmiendo después

de un esfuerzo como ése.

—No creo que esté durmiendo —dijo Ayla. Conocía la diferencia entre sus posturas de reposo y de sueño—. Pero seguramente tienes razón. Le encantan los niños, pero lo agotan.

Pese a que los esperaban, todos se volvieron algo sobresaltados al oír unos suaves golpes en el panel contiguo a la entrada.

—Los zelandonia están preparados —anunció la voz de Joharran.

Los cinco apuraron el vino y salieron. Lobo los siguió, pero Ayla lo ató con la cuerda especial a una estaca firmemente clavada a tierra no muy lejos de la morada de Marthona para mantenerlo alejado de la ceremonia fúnebre, a la que todo el mundo asistiría.

Mucha gente se había congregado ya en torno al refugio mortuorio. El intercambio de saludos y comentarios en susurros producía un leve murmullo de voces. Los paneles que formaban las paredes habían sido retirados, y el cadáver de Shevoran se hallaba a la vista de todos, tendido sobre la mortaja de hierba entretejida y la red en forma de hamaca en que más tarde quedaría envuelto para su traslado al lugar de enterramiento. Pero primero lo transportarían hasta el Campo de Reunión, donde había espacio suficiente para dar cabida a todas las personas de las seis cavernas de la región que habían participado en la cacería.

Jondalar se había marchado con su hermano y otros hombres poco después de llegar allí. Marthona y Willamar conocían sus papeles en los rituales que estaban a punto de empezar y ocuparon sus puestos. Ayla no sabía qué hacer y se sentía un tanto desorientada. Decidió permanecer detrás y observar, con la esperanza de no cometer algún error que pudiera ser causa de bochorno para ella misma o para la familia de Jondalar.

Folara le presentó a algunos amigos suyos, varias muchachas y también dos hombres jóvenes. Ayla estuvo charlando con ellos, o al menos lo intentó. Habían oído hablar ya tanto de ella que estaban cohibidos; algunos eran incapaces de despegar los labios por la timidez y otros balbuceaban sin parar para compensar. En un primer momento no oyó pronunciar su nombre.

—Ayla, creo que te llaman —avisó Folara al advertir que la Zelandoni se acercaba a ellos.

—Tendréis que disculparla —dijo la donier con cierta brusquedad a los jóvenes admiradores—. Ella debe colocarse al frente con los zelandonia. —Ayla siguió a la mujer. A sus espaldas, los jóvenes quedaron aún más impresionados. Cuando ya no las oían, la donier explicó a Ayla en voz baja—: En un funeral, los zelandonia guardan ayuno. Tú vendrás con nosotros, pero luego, llegada la hora del banquete, te unirás a Jondalar y Marthona al frente de la fila para recibir tu comida.

Ayla no preguntó por qué debía caminar al lado de los zelandonia, que ayunaban y, sin embargo, comer con la familia de Jondalar, pero más tarde reflexionó al respecto. No tenía la menor idea de qué se esperaba de ella. Tuvo que limitarse a seguir a los demás cuando cruzaron el puente de Río Abajo y continuaron hacia el Campo de Reunión.

Los zelandonia no comieron porque era imprescindible ayunar para comunicarse con el otro mundo, lo cual sería necesario durante el funeral. Después, la Primera se proponía ampliar la ceremonia con una incursión metafísica para entablar contacto con el elán de Thonolan. Siempre era difícil viajar al otro mundo, pero la donier estaba ya habituada y sabía qué debía hacer. El ayuno formaba parte de la vida de los zelandonia, y a veces se preguntaba por qué seguía aumentando de peso si se privaba de comer tan a menudo. Quizá lo compensaba al día siguiente, pero no tenía la impresión de comer más que los otros. Era consciente de que, en opinión de muchos, su tamaño descomunal contribuía a que se hiciera notar su presencia y su aura mística. Para la donier, el único inconveniente era que empezaba a costarle moverse con soltura. Agacharse, subir por una pendiente, sentarse en el suelo y volver a levantarse después le suponía un esfuerzo considerable, pero por lo visto la Madre la quería robusta, y si era la voluntad de la Madre, la donier lo acataría.

A juzgar por los manjares dispuestos junto a la pared rocosa del fondo, lejos del cadáver, era obvio que mucha gente había trabajado con ahínco para preparar el banquete.

—Esto parece una Reunión de Verano en pequeña escala —oyó Ayla decir a alguien, y pensó: «Si a esto lo llaman “pequeña escala”, ¿cómo será la Reunión de Verano de los zelandonii?». Sumando la Novena Caverna, que por sí sola rondaba las doscientas personas, y las otras cinco cavernas, también muy pobladas, Ayla pensó que jamás conseguiría acordarse de todo el mundo. Dudaba que existieran palabras de contar para tal cantidad de gente. Sólo era capaz de concebirlos como una especie de manada de bisontes en la época en que se reunían para aparearse o migrar.

Cuando los seis zelandonia y los seis jefes de las cavernas se colocaron alrededor del refugio mortuorio —que se había desmontado, trasladado al Campo de Reunión y vuelto a montar—, todos se sentaron en tierra y callaron. Alguien había llenado una gran bandeja con los bocados más selectos del banquete, incluida una pata de bisonte entera. La Que Era la Primera la cogió y la levantó para que todos la vieran. Luego la dejó junto al cadáver de Shevoran.

—Los zelandonii han organizado este banquete en tu honor, Shevoran —declaró dirigiéndose al muerto—. Te rogamos que te unas a nosotros en espíritu para que podamos desear a tu elán un buen viaje al otro mundo.

A continuación los presentes se pusieron en fila para recibir sus raciones. En los banquetes, por lo general, la gente se ponía en fila al azar, pero aquélla era una ocasión formal, una de las pocas en que existía un orden concreto. Cada uno se colocó donde le correspondía según su rango, tácitamente aceptado pero rara vez

exhibido, a fin de dejar claro su posición en este mundo a los espíritus del otro, y de ayudar al elán de Shevoran a realizar aquel difícil tránsito.

Su afligida compañera, Relona, y sus dos hijos fueron los primeros, por tratarse del funeral de Shevoran, seguidos del hermano de éste, Ranokol. Pasaron después Joharran y Proleva, con Jaradal detrás, Marthona y Willamar con Folara, Jondalar —los miembros de mayor rango de la Novena Caverna— y Ayla. Aunque Ayla no era consciente de ello, les había planteado un grave problema. Como forastera, debería haber ocupado el último puesto. Si ella y Jondalar se hubieran prometido en una ceremonia pública, habría existido un motivo más claro para colocarla con la prominente familia de Jondalar, pero la futura unión entre ambos no era aún oficial, y la aceptación de Ayla como miembro de la caverna no había sido sancionada formalmente. Al surgir la duda, Jondalar había dejado claro que allí donde pusieran a Ayla iría él. Si ella era la última de la fila, también él lo sería.

El rango de un hombre venía determinado en principio por su madre, hasta que se emparejaba. Llegado ese punto, el rango podía cambiar. Por norma, antes de autorizarse oficialmente una unión, las familias, y a veces los jefes y los zelandonia, entablaban negociaciones matrimoniales, que abarcaban muy diversos aspectos. Por ejemplo, el intercambio de regalos se pactaba de antemano, y también se hablaba sobre si la pareja viviría en la caverna de él, en la de ella o en otra, y sobre lo que se debía dar a la novia en compensación cuando la posición de ésta se consideraba superior. Uno de los aspectos más importantes de las negociaciones era el rango social de la nueva pareja.

Marthona tenía la firme convicción de que si Jondalar se colocaba al final de la fila, tanto los zelandonii como los espíritus del otro mundo interpretarían erróneamente que había perdido su rango por algún motivo, o que el estatus de Ayla era tan bajo que el de él no permitía ninguna clase de negociación para elevarlo. Por eso la Zelandoni había insistido en que la joven fuera al banquete con los zelandonia. Aun siendo forastera, si se la reconocía como integrante de una elite metafísica, gozaría de prestigio, por ambiguo que éste fuera. Y si bien los zelandonia no comían en los banquetes de los entierros, podían pasarla a la fila con la familia de Jondalar antes de que alguien protestara.

Con toda seguridad algunos se percatarían de que aquello era fruto de un subterfugio, pero, una vez consumado el hecho, la posición de Ayla quedaría proclamada tanto en este mundo como en el otro, y ya sería tarde para cambiarla. La joven era por completo ajena al ardid que estaba urdiéndose en beneficio de Jondalar y el suyo propio y, en realidad, quienes participaban lo veían como una transgresión insignificante. Tanto Marthona como la Zelandoni, por distintas razones, estaban convencidas de que Ayla era una persona de alto rango. Sólo era cuestión, pues, de darlo a conocer. Mientras la familia comía, apareció Laramar, y les sirvió barma en los vasos. Ayla lo recordaba de la primera noche, y había advertido que por más que apreciaran su brebaje, a él lo trataban con considerable desdén, y no sabía por qué.

Ayla lo observó mientras vertía el líquido de un odre en el vaso de Willamar. Notó que llevaba la ropa sucia y raída, con rotos incluso allí donde podía remendarse.

—¿Quieres un poco? —preguntó.

Ella dejó que le llenara el vaso y lo escrutó sin fijar directamente en él la mirada. Era un hombre de aspecto corriente, con el cabello y la barba de color castaño claro y los ojos azules, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, aunque sí tenía la panza un tanto abultada y su musculatura parecía más blanda y menos definida que la de los demás hombres. Luego vio que tenía el cuello gris a causa de la mugre, y le dio la impresión de que no se lavaba mucho las manos.

Era fácil ensuciarse, sobre todo en invierno, cuando a menudo para obtener agua había que fundir hielo o nieve, y gastar la leña en calentar el agua para lavarse no siempre era recomendable. Pero en verano, cuando había agua y jabonera por todas partes, casi todos aquellos que Ayla conocía preferían ir limpios. No era habitual ver a alguien tan mugriento.

—Gracias, Laramar —dijo Ayla. Sonrió y tomó un trago, pese a que después de ver el aspecto de quien había elaborado la bebida, ésta le apetecía mucho menos.

Laramar le devolvió la sonrisa. Ayla tuvo la impresión de que no era un hombre muy risueño, y que aquella sonrisa no era demasiado sincera. Notó asimismo que llevaba los dientes sucios. Como Ayla bien sabía, eso no era culpa de él. Había mucha gente con los dientes sucios, pero todo se aunaba para crear una desagradable apariencia general.

—Esperaba tu compañía —comentó Laramar.

Ayla se quedó perpleja.

—¿Por qué esperabas mi compañía?

—En el banquete de un entierro, los forasteros siempre van al final de la fila, detrás de los miembros de la caverna —explicó Laramar—. Pero he visto que tú ibas delante.

Aquella observación molestó a Marthona, y Ayla se dio cuenta.

—Sí, quizá debería haber ido detrás de ti, Laramar —dijo Marthona—, pero ya sabes que Ayla pronto pertenecerá a la Novena Caverna.

—Pero todavía no es una zelandonii —adujo el hombre—. Es forastera.

—Está prometida a Jondalar, y ocupaba un alto rango entre su gente.

—¿No dijo que la habían criado los cabezas chatas? No sabía que el rango de un cabeza chata fuera superior al de un zelandonii —repuso Laramar.

—Para los mamutoi, era curandera e hija de su Mamut, su Zelandoni —dijo Marthona. La exjefa de la caverna empezaba a perder la paciencia. No le gustaba tener que dar explicaciones al hombre con menor rango de la caverna… y menos considerando que él tenía toda la razón.

—No hizo gran cosa por curar a Shevoran, ¿verdad que no?

—Nadie habría podido hacer más de lo que hizo Ayla, ni siquiera la Primera —terció Joharran en defensa de la joven—. Y alivió su dolor para que aguantara con

vida hasta que llegó su compañera.

Ayla advirtió que la sonrisa de Laramar había adquirido una expresión maliciosa. Se recreaba ofendiendo a la familia de Jondalar y poniéndolos a la defensiva, y eso tenía algo que ver con ella. Habría deseado entender cuál era el trasfondo, y decidió preguntárselo a Jondalar cuando se quedaran solos; no obstante, empezaba a comprender por qué la gente aludía a Laramar en tono tan despectivo.

Los zelandonia comenzaban a situarse en torno al refugio mortuorio, y la gente llevaba sus platos al rincón más alejado del Campo de Reunión y echaba los restos al montón de las sobras. Dejarían allí los desperdicios, y cuando se marchasen los humanos, acudirían los carroñeros a devorar la carne y los huesos desechados, en tanto que la materia vegetal se descompondría y volvería a la tierra. Era una manera habitual de deshacerse de los restos. Laramar acompañó a la familia de Jondalar hasta el montón, y Ayla tuvo la impresión de que lo hacía únicamente para avergonzarlos. Después se alejó con un manifiesto pavoneo. Cuando todos se hallaron de nuevo alrededor del refugio mortuorio, La Que Era la Primera cogió la cesta con el ocre rojo que Ayla había molido.

—Hay cinco colores sagrados. Los otros colores son aspectos de estos colores primarios. El primer color es el rojo —empezó la corpulenta donier—. Es el color de la sangre, el color de la vida. Algunas flores y frutas presentan el auténtico color rojo, pero son efímeras.

»El rojo rara vez perdura. Al secarse, la sangre se oscurece y se vuelve marrón. El marrón es un aspecto del rojo, y a veces se llama “rojo viejo”. Los ocres rojos de la tierra son la sangre seca de la Gran Madre Tierra, y aunque algunos sean casi tan vivos como el rojo nuevo, todos son rojos viejos.

»Cubierto por el rojo de la sangre de la matriz de tu madre, llegaste a este mundo, Shevoran. Cubierto por la tierra roja de la matriz de la Gran Madre, regresarás a ella para volver a nacer en el otro mundo tal como naciste en éste —continuó la Primera espolvoreando generosamente el cadáver de Shevoran de pies a cabeza con el rojo mineral de hierro molido—. El quinto color primario es oscuro, a veces llamado “negro” —dijo después la Zelandoni, y Ayla se quedó con las ganas de saber cuáles eran el segundo, tercer y cuarto colores sagrados—. El negro es el color de la noche, el color de las cuevas profundas y del carbón cuando el fuego ha quemado ya la vida de la madera. Hay quienes sostienen que el negro del carbón es la tonalidad más oscura del rojo viejo. Es el color hacia el que tiende la vida al envejecer. Al igual que la vida acaba en la muerte, el rojo se vuelve negro, oscuro. El negro es la ausencia de vida; es el color de la muerte. Ni siquiera posee una vida efímera; no hay flores negras. Las cuevas profundas muestran el color en su auténtica forma.

»Shevoran, el cuerpo donde habitó tu elán ha muerto e irá a la negrura que hay bajo tierra, regresará a la tierra oscura de la Madre; pero tu elán, tu espíritu, irá al mundo de los espíritus, regresará junto a la Madre, la Fuente Original de la Vida. Llévate el espíritu de estos manjares que te ofrecemos para que te alimentes en tu

viaje al mundo de los espíritus. —La imponente mujer cogió la bandeja con comida para el muerto, la sostuvo en alto para que la viesen, volvió a dejarla y la espolvoreó con ocre rojo—. Llévate tu lanza preferida para cazar a los animales del mundo de los espíritus y así alimentarte. —La donier dejó la lanza junto al cuerpo y echó sobre ella polvo de ocre rojo—. Llévate tus herramientas para hacer nuevas lanzas para los cazadores del otro mundo. —Le colocó el enderezador de varas en la mano, ya rígida, y lo espolvoreó—. No olvides el oficio que aprendiste en este mundo, y haz uso de él en aquél al que te diriges. No te apenes por tu vida aquí. Espíritu de Shevoran, vete libremente, vete en paz. No vuelvas la vista atrás. No permanezcas entre nosotros. Te espera la vida en el otro mundo.

Dispusieron alrededor del cadáver todos los efectos mortuorios y colocaron sobre el estómago los manjares en sus recipientes. A continuación lo envolvieron en la mortaja y tiraron con fuerza de las cuerdas ensartadas en los extremos, hasta que quedó fruncida en las puntas y cerrada como un capullo. Finalmente, enrollaron las cuerdas alrededor, y el cadáver y sus pertrechos adoptaron una forma irregular y compacta. Alzaron la red y la sujetaron a los extremos de una vara, que hasta hacía poco era aún un pequeño árbol. La corteza adherida todavía al tronco impedía que resbalase la hamaca con el macabro bulto que contenía.

Entonces los mismos hombres que habían cavado la fosa en el terreno sagrado de enterramiento alzaron el cadáver de Shevoran y lo transportaron. Joharran iba delante con la vara apoyada en el hombro izquierdo y Rushemar, un poco por detrás de él, apoyaba la vara en el hombro derecho. Solaban iba en la parte posterior, al mismo lado que Joharran, pero llevaba una almohadilla en el hombro porque no era tan alto como Jondalar, que iba el último.

La Que Era la Primera encabezó la marcha hacia el terreno sagrado de enterramiento. Los hombres que acarreaban el cadáver la siguieron, y los otros zelandonia se colocaron a los lados de los portadores. Relona con sus dos hijos, seguidos de Ranokol, caminaban detrás de la oscilante hamaca. El resto de los asistentes los seguían en el mismo orden establecido para el banquete.

Esta vez Ayla también se puso con Marthona al frente. Vio que Laramar la observaba mientras se dirigía hacia el final de la fila formada por la Novena Caverna, lo cual lo situaba por delante de los jefes de la Tercera Caverna. Pese a que Manvelar intentaba mantener cierta distancia entre ellos y la Novena, Laramar, acompañado de su mujer alta y flaca y su numerosa prole, caminaba despacio para dar la impresión de que la separación entre ambas cavernas estaba delante, no detrás. Ayla estaba convencida de que lo hacía para parecer el primero de la caverna de detrás y no el último de la caverna de delante, pese a que todos supieran cuál era su rango y a qué caverna pertenecía.

Avanzaron en fila por el sendero que se estrechaba a la altura de Roca Grande y cruzaron por las piedras planas estratégicamente dispuestas en el Arroyo de los Peces, que dividía en dos el Pequeño Valle. El sendero volvía a estrecharse ante Roca Alta, y

la fila continuó hasta el Paso, pero tras vadear no se dirigieron hacia el sur, como habían hecho para ir a Roca de los Dos Ríos, sino que doblaron a la izquierda, hacia el norte, y tomaron por otro camino.

Ya sin la limitación del estrecho sendero entre el río y la pared rocosa, se desplegaron y continuaron en grupos de dos o tres por la llanura de las tierras de aluvión. Luego empezaron a subir por la pendiente de los ondulados montes que Ayla había contemplado desde el otro lado del Río. El sol descendía ya hacia poniente, acercándose a lo alto de los precipicios, cuando llegaron a un afloramiento de rocas y, detrás, una hondonada pequeña y solitaria. La procesión aminoró el paso y, finalmente, se detuvo.

Ayla volvió la cabeza y miró en dirección al sendero que habían recorrido. La vista abarcaba un campo verde y veraniego que se interrumpía allí donde empezaba la sombra proyectada por las escarpadas paredes rocosas. El suave amarillo de la piedra caliza, veteado de negras impurezas, se oscurecía al adquirir un intenso color violáceo, y una lóbrega penumbra envolvía las aguas que fluían al pie de los muros de piedra. La penumbra se propagaba más allá del Río, cubriendo la franja de árboles y matorrales contigua de la orilla, aunque las copas de los árboles más altos proyectaban aún una breve silueta al otro lado de la oscuridad en continuo y lento avance.

Desde aquella perspectiva, la pared de roca, adornada en lo alto por una orla de hierba y algún que otro matorral, exhibía una grandeza melancólica y uniforme que Ayla no esperaba, y trató de identificar los lugares cuyos nombres había aprendido. Al sur, cerca del cauce, las verticales paredes de Roca Alta y Roca Grande, se alzaban a ambos lados de Pequeño Valle. Los precipicios que se apartaban de la orilla y constituían la pared del fondo del Campo de Reunión daban paso más allá al escultural relieve de los refugios formados en la pared rocosa de Río Abajo y después, allí donde el Río giraba de pronto hacia el este, al enorme saliente de piedra que albergaba la Novena Caverna.

Cuando reanudaron la marcha, reparó en que algunas personas llevaban antorchas.

—¿Debería haber traído una antorcha, Willamar? —preguntó. El compañero de Marthona iba a su lado—. Probablemente será de noche cuando volvamos.

—Sin duda, será de noche, porque es lo previsto —contestó Marthona, que caminaba al otro lado de Willamar—. No te preocupes, habrá antorchas de sobra. Cuando nos marchemos del campo de enterramiento, encenderán las suficientes para que veamos el camino, pero no todo el mundo irá en la misma dirección. Unos irán hacia un lado, otros irán en sentido opuesto; unos cuantos seguirán río abajo y otros montaña arriba, hacia un lugar que se llama Atalaya. Como el elán de Shevoran y otros espíritus que están cerca nos observan, cabe la posibilidad de que intenten seguirnos. Los tenemos que desorientar para que no sepan qué luces han de seguir en el caso de que consigan salir de los límites.

Cuando la procesión se aproximaba al campo de enterramiento, Ayla se fijó en una luz en movimiento de trémulo resplandor procedente de detrás del afloramiento y en una fragancia aromática perceptible a considerable distancia. Rodeando el obstáculo, fueron hacia un círculo de antorchas encendidas que producían tanto humo como luz. Ya más cerca, Ayla vio el recinto, un ruedo de postes labrados justo detrás de las antorchas que circundaban y definían la zona sagrada.

—Las antorchas despiden un olor muy intenso —comentó Ayla.

—Sí. Los zelandonia preparan antorchas especiales para los entierros, así las personas podemos entrar en el terreno de enterramiento sin peligro de ser tomados por los espíritus o quizá debería decir sin *mucho* peligro —explicó Marthona—. Si las antorchas despiden olor son más seguras.

Los zelandonia de las seis cavernas se situaron a intervalos equidistantes en la parte interior del círculo, creando de esta forma otra línea de protección. La Que Era la Primera se colocó en la cabecera de la fosa, y los cuatro portadores llevaron la hamaca con su lúgubre carga hacia la zona delimitada por las antorchas. Los dos hombres de delante rodearon por su lado derecho la fosa que ellos mismos habían cavado hasta hallarse en la cabecera, frente a la Primera, donde se detuvieron, dejando a los otros dos hombres al pie de la tumba.

Los cuatro aguardaron en silencio, sosteniendo el cuerpo en la hamaca mortuoria por encima del hoyo. Otros parientes y los jefes de la Caverna de Shevoran llenaron el área interior del círculo iluminado por las antorchas; los demás se amontonaron al otro lado de los límites creados por los postes labrados.

La Zelandoni de la Novena Caverna dio un paso al frente. Aguardó un momento en un silencio absoluto. No se oía ni el menor susurro entre la gente. En medio de aquel silencio, se oyó el rugido lejano de un león cavernario seguido del gañido de una hiena, que parecían unirse al estado de ánimo de los humanos. A continuación llegó a oídos de Ayla un sonido agudo y misterioso. Se quedó helada. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no era la única que experimentaba esa sensación.

Ya antes había oído la música de ultratumba de la flauta, pero de eso hacía mucho tiempo. Manen había tocado ese instrumento en la Reunión de Verano de los mamutoi. Se acordó de que ella misma tuvo que realizar los rituales funerarios propios del clan para Rydag, el niño que tanto le recordaba a su hijo, porque no permitían que la criatura de espíritu mixto que Nezzie había adoptado tuviera un entierro mamutoi. A pesar de todo, Manen había tocado la flauta mientras Ayla, mediante el lenguaje mudo y formal de los signos, imploraba al Gran Oso Cavernario y al espíritu de su propio tótem que llevara a Rydag al otro mundo del clan.

Recordó asimismo el entierro de Iza, cuando el Mog-ur había hecho sobre la tumba aquellos signos con una sola mano. Acudió luego a su memoria la muerte de Creb. Ella había entrado en la caverna después del terremoto y lo había encontrado sobre la sepultura de Iza, con el cráneo partido a causa del desprendimiento de rocas. Ayla realizó los signos sobre él, pero nadie más se atrevió a entrar en la caverna

mientras siguió temblando la tierra. Aquella flauta había avivado aún otro recuerdo, pues había oído su sonido incluso antes de que lo tocara Manen. Fue durante la Ceremonia del Oso Cavernario en la Reunión del Clan. El Mog-ur de otro clan tocó un instrumento parecido, pero aquel sonido más agudo y cantarín que simbolizaba la voz espiritual de Ursus tenía un timbre distinto al de la flauta que Manen había tocado y al de la que oía en ese momento.

La voz sonora y vibrante de la Zelandoni la apartó de sus pensamientos.

—Gran Madre Tierra, Primera Progenitora, has llamado a tu hijo para que vuelva contigo. Fue llamado en sacrificio por el espíritu del Bisonte, y los zelandonii, tus hijos que viven en el suroeste de esta región, ruegan que sea suficiente con esta vida. Era un cazador valiente, buen hombre para su compañera, hacedor de extraordinarias lanzas. Te honró durante toda su vida. Guíalo hacia Ti con firmeza, te lo suplicamos. Su compañera lo llora, sus hijos lo querían, la gente lo respetaba. Ha sido llamado para servirte en la flor de la vida. Te pedimos, oh, Doni, que el espíritu del Bisonte se dé por satisfecho, que baste con esta vida.

—Que baste, oh, Doni —entonaron los otros zelandonia.

Luego la gente de las cavernas congregadas, más o menos al unísono, repitió la imploración.

Empezó a oírse un rítmico golpeteo. El sonido era un tanto apagado, o al menos no demasiado nítido, porque procedía de varios instrumentos tocados simultáneamente. Los instrumentos en cuestión consistían en pieles muy tensas colocadas sobre un lado de unos aros, con un mango para sostenerlos. Se unió el enigmático sonido de la flauta, entretejiéndose con el son regular de los tambores. El evocador tono parecía inducir al llanto. Relona se echó a llorar y expresó nuevamente su dolor y su aflicción. Pronto todos, con lágrimas en los ojos, empezaron a emitir gemidos y lamentos.

Se unió entonces una potente voz de contralto que cantaba sin palabras pero se ajustaba al ritmo de los tambores y se fundía con la flauta de modo que sonaba casi como otro instrumento. Ayla oyó cantar por primera vez cuando fue a vivir con los mamutoi. En el Campamento del León casi todo el mundo cantaba, como mínimo en grupo. A ella le gustaba escucharlo, e incluso había intentado imitarlos, con escaso éxito. Podía producir un monótono tarareo, pero era incapaz de entonar. Recordaba que algunas personas cantaban mejor que otras, y ella las admiraba; sin embargo, nunca había oído una voz tan potente y vibrante. Era la voz de la Zelandoni, la Primera, y Ayla se sintió conmovida.

Los dos hombres que sostenían la vara por su extremo delantero se dieron media vuelta para colocarse de cara a los hombres de detrás. Alzaron la vara que sostenían en hombros y empezaron a bajar la oscilante hamaca. La fosa no era muy profunda, y la longitud de la vara era algo mayor. Cuando los extremos de la vara tocaron tierra, el cuerpo yacía ya en el fondo de la fosa. Desataron las cuerdas de la red y las dejaron caer también al interior.

A rastras, volvieron a acercar a la tumba la piel en la que habían amontonado la tierra extraída del hoyo, y plantaron la vara a los pies de la tumba, apilando en la base un poco de tierra suelta para que se sostuviese. Se colocó a la cabecera un poste de menor altura, labrado y con el abelán de Shevoran pintado con ocre rojo. Su marca de identificación indicaría el lugar donde estaba enterrado y serviría para advertir que su cuerpo reposaba allí y su elán podía rondar cerca.

Muy rígida, intentando mantener la serenidad, Relona avanzó hasta el poste y, casi con rabia, agarró un puñado de tierra y lo echó al interior de la tumba. Dos mujeres de mayor edad ayudaron a los dos niños a hacer lo mismo y luego también ellas arrojaron tierra sobre el cadáver amortajado. A continuación se acercaron los demás, y uno por uno fueron cogiendo un puñado de tierra y lanzándolo a la tumba. Cuando hubieron pasado todos, la fosa estaba llena y la tierra suelta formaba un montículo.

Algunos se aproximaron para añadir un poco más. De pronto, Relona cayó de rodillas y, cegada por las lágrimas, se arrojó sobre la tierra blanda de la tumba con grandes sollozos. Su hijo mayor se acercó a ella y se quedó de pie a su lado, llorando y frotándose los ojos con los nudillos para limpiarse las lágrimas. Luego la pequeña, asustada y desorientada, corrió hasta la tumba y tiró del brazo de su madre, intentando tranquilizarla y obligarla a levantarse.

Ayla se preguntó dónde estaban las mujeres de mayor edad y por qué nadie trataba de ayudar y consolar a los niños.

Capítulo 16

Al cabo de un rato Ayla vio que la madre empezaba a reaccionar a los sollozos atemorizados de su hija menor. Relona se apartó de la tumba y, sin sacudirse el polvo siquiera, cogió a la niña en brazos. El hijo mayor se sentó y echó los brazos alrededor del cuello de su madre. Ella lo abrazó también, y los tres permanecieron allí inmóviles, llorando juntos.

Pero parecía que esos sollozos tenían un tono distinto, pensó Ayla, no tanto de desesperación como de tristeza y consuelo mutuo. Entonces, a una señal de la Primera, los zelandonia y algunas otras personas, incluido Ranokol, el hermano de Shevoran, los ayudaron a levantarse y alejarse de la tumba.

El dolor de Ranokol por la pérdida de su hermano era tan intenso como el de Relona, pero lo expresó de manera diferente. Siguió preguntándose por qué había tenido que sacrificarse a Shevoran y no a él. Su hermano tenía una familia; en cambio él no tenía siquiera compañera. Ranokol no podía quitarse esa idea de la cabeza, pero prefería no hablar de ello. De haber podido evitarlo, ni habría asistido a la ceremonia del entierro, y nada más lejos de sus deseos que arrojarse sobre aquella tumba. Su único deseo era marcharse cuanto antes.

—Gran Madre Tierra, hemos devuelto a Tu seno a Shevoran de la Novena Caverna de los zelandonii —entonó la Zelandoni.

Alrededor de la tumba se encontraban todos aquellos que se habían reunido para el entierro de Shevoran, y Ayla percibió cierta expectación. Esperaban que algo ocurriera y centraban su atención en la corpulenta donier. Los tambores y las flautas habían seguido tocando, pero Ayla no lo advirtió hasta que cambió el tono de la música y la Zelandoni empezó a cantar de nuevo.

En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.

La gente respondió al unísono, unos cantando, otros simplemente pronunciando las palabras:

La Madre sola se sentía. A nadie tenía.

Luego La Que Era la Primera volvió a cantar sola:

Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.
Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración,
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.

La gente volvió a responder con el siguiente verso:

Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.

Ayla comprendió que aquello era una canción que todos conocían y habían estado esperando. Ella misma se sentía ya atrapada y quería oír más. Escuchó mientras la Zelandoni cantaba la primera parte de cada estrofa y la gente respondía con la última frase.

En un principio su otra mitad la colmó de ventura;
mas con el tiempo se sintió inquieta, su alma insegura.
Amaba a su blanco amigo, su complemento adorado,
pero algo le faltaba, parte de su amor veía desaprovechado.
La Madre era. De algo estaba a la espera.

Desafió al caos, a las tinieblas, al gran vacío,
para hallar la chispa dadora de vida en un confín sombrío.
La oscuridad era absoluta; el torbellino, aterrador.
El caos se helaba, y acudió a Ella en busca de calor.
La Madre era valerosa. Su misión, azarosa.

Extrajo del frío caos la fuente germinal,
y tras concebir, huyó con la fuerza vital.
Creció junto con la vida que dentro llevaba,
y se entregó con amor y orgullo, sin traba.
Algo al mundo traía. Su vida compartía.

El oscuro vacío y la tierra yerma y vasta
aguardaron el nacimiento con ánimo entusiasta.
La vida desgarró su piel, bebió la sangre de sus venas,
respiró por sus huesos y redujo sus rocas a blancas arenas.
La Madre alumbraba. Otro alentaba.

Al romper aguas, éstas llenaron mares y ríos,
anegándolo todo, creando así árboles y plantíos.
De cada preciosa gota, hojas y tallos brotaron,
verdes y exuberantes plantas la Tierra renovaron.
Sus aguas fluían. Nueva vegetación crecía.

En violento parto, vomitando fuego a borbotones,
dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones.
Su sangre seca se tornó en limo ocre, y llegó el radiante hijo.
El supremo esfuerzo valió la pena, ya todo era gran regocijo.
El niño resplandecía. La Madre no cabía en sí de alegría.

Ayla contuvo la respiración al oír esas palabras. Parecían contar la historia de ella y su hijo Durc. Recordó sus dolorosas contracciones al dar a luz y la posterior sensación de que el esfuerzo había valido la pena. Durc había sido su mayor alegría. Zelandoni prosiguió con su magnífica voz.

Se alzaron montañas, de cuyas crestas brotaban llamas,
y Ella alimenta a su hijo con sus colosales mamas.
Chispas saltaban al chupar el niño, tal era su anhelo,
y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo.
Una vida se iniciaba. A su hijo amamantaba.

«Esta historia resulta tan familiar, pensó Ayla. Sacudió la cabeza como si intentara colocar algo en su sitio. Jondalar, él me contó parte de ella en nuestro viaje hacia

aquí».

El niño reía y jugaba, y así se desarrollaban su cuerpo y su mente.
Para gozo de la Madre, las tinieblas disipaba con su luz refulgente.
Su mente y su fuerza crecían, recibiendo de Ella cariño,
pero pronto aquel hijo maduró, pronto dejó de ser niño.
Atrás quedaba la edad de la inocencia. Quería independencia.

A la fuente Ella recurrió cuando a una vida dio nacimiento.
Ahora el vacío y gélido caos atraía al hijo con embaucamiento.
La Madre daba amor, pero el joven tenía otras ambiciones,
buscaba conocimientos, aventuras, viajes, emociones.
Para Ella el vacío era abominable. A él le parecía deseable.

Algo seguía agitándose en el fondo de la mente de Ayla. «No es sólo lo que me contó Jondalar, pensó. Tengo la sensación de que conozco esta canción, o como mínimo su esencia —de pronto cayó en la cuenta—. ¡Losaduna! Memoricé las cosas más diversas que me enseñaba. Había una historia como ésta acerca de la Madre. Jondalar incluso recitó algunas partes durante aquella ceremonia. No era exactamente igual, y estaba en su lengua, pero el losadunai es afín al zelandonii. ¡Por eso he entendido tan fácilmente lo que decían!». Mientras escuchaba, se concentró en recordar aquella otra historia sobre la Madre y comenzó a percibir las similitudes y diferencias.

Se marchó de su lado cuando la Gran Madre dormía,
mientras fuera se arremolinaba la oscuridad vacía.
Por todos los medios, las tinieblas procuraron al hijo tentar,
y él, fascinado por el gran torbellino, se dejó cautivar.
A su hijo arrebataba. Al joven que tanto brillaba.

El hijo de la Madre, en un primer momento alborozado,
pronto se afligió en aquel vacío glacial y desolado.
Su incauto vástago, corroído por su conciencia quejosa,
no pudo escapar a aquella fuerza misteriosa.
Estaba en un grave aprieto. El caos lo tenía bien sujeto.

Pero en el preciso instante en que lo engullía la oscuridad,
la Madre despertó, tendió la mano y lo sostuvo con tenacidad.
Buscando quien la ayudara a recobrar a su hijo radiante,
la Madre acudió al pálido y luminoso amigo, antes su amante.
La Madre lo agarró fuerte. Perderlo habría sido la muerte.

Ayla esbozó una sonrisa al comenzar a prever la siguiente estrofa, o al menos el sentido fundamental. «Ahora la Madre Tierra cuenta a la Luna, lo ocurrido a su hijo», pensó Ayla.

Ella agradeció su regreso al que fuera su compañero,
y el triste suceso le contó en tono pesaroso y lastimero.
El querido amigo accedió a intervenir en el lance,
dispuesto a rescatar a su hijo de tan difícil trance.

«Y ahora la gente lo dice a su manera, pensó Ayla. Así es como debe contarse la historia. Primero el Losaduna o el Zelandoni la narra y luego la gente contesta o lo repite de otra forma».

Le habló de su honda aflicción y del turbulento ladrón.

«Ahora le toca otra vez el turno a la Zelandoni».

Al borde del agotamiento, Ella necesitaba una pausa,
al luminoso amante dejó luchar por su justa causa.
Mientras la Madre dormía, él combatía a la fuerza glacial,
y momentáneamente la obligó a volver a su estado inicial.
Tenía alma de paladín. Pero incierto era aún el fin.

Dándolo todo, su magnífico amigo luchó con bravura,
el combate era enconado, la contienda penosa y dura.
Al cerrar su gran ojo, abandonó por un instante la cautela,
y la oscuridad robó la luz de su cielo con una triquiñuela.
Su pálido amigo desfallecía. Su luz se extinguía.

En la oscuridad absoluta, la Madre despertó con un grito.
El tenebroso vacío se había propagado por el espacio infinito.
Ella se sumó a la pugna, organizó con rapidez la defensa,
y a su amigo liberó de aquella sombra tétrica y densa.
Pero a su hijo perdió de vista. La noche borró toda pista.

En las garras del torbellino, el hijo radiante y exaltado dejó de dar calor a la Tierra, el frío caos había triunfado.
La vida fértil y verde dio paso a la nieve y el hielo,
y un cortante viento siguió azotándola cual flagelo.
La Tierra era un desierto. Las plantas habían muerto.

La Madre estaba angustiada, exánime, exhausta,
pero tendió de nuevo su mano en ocasión tan infausta.
No podía rendirse, de eso tenía clara conciencia;
de Ella dependía la luz de su hijo, su supervivencia.
No cesó de luchar. La luz quería recuperar.

Y su luminoso amigo no iba ya a ceder más terreno

ante el ladrón que mantenía retenido al hijo de su seno.
Juntos pugnaron por el rescate del hijo que Ella adoraba.
Sus esfuerzos no fueron en vano, su luz de nuevo alumbraba.
Recobraba la energía. Su resplandor volvía.

«La Gran Madre Tierra y la Luna han traído al Sol de regreso, pero no definitivamente», volvió a adelantarse Ayla.

Pero las inhóspitas tinieblas ansiaban su vivo y radiante calor.
La Madre firme se mantuvo en su defensa y resistió con vigor.
El torbellino tiró con violencia, negándose a soltar a su presa,
y Ella luchó valiente contra la oscuridad arremolinada y aviesa.
De las tinieblas se protegió. Pero su hijo otra vez se alejó.

¿Acaso era la versión de la Zelandoni más larga que el relato de los losadunai o sólo lo parecía? «Quizá al oírla cantada, da la impresión de que la historia es más larga, pero la verdad es que me gusta esta canción. Ojalá la comprendiera mejor. Creo que las canciones a veces cambian; al cantarlos, los versos no suenan siempre igual».

Cuando la Madre combatía al torbellino y al caos hacía huir,
la luz de su hijo con intensidad veía nuevamente refulgir.
Cuando Ella flaqueaba, el inhóspito vacío volvía a la carga,
y la oscuridad retornaba al final de una jornada ardua y larga.
De su hijo sentía el calor. Mas aún no había vencedor.

En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
su hijo y Ella por siempre separados, ésa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.

Cuando llegó la hora, manaron de Ella las aguas del parto,
devolviendo la verde vida a un mundo seco como el esparto.
Y las lágrimas por su pérdida, profusamente derramadas,
tornáronse arco iris y gotas de rocío, maravillas inusitadas.
La Tierra recobró su verde encanto, pero no sin llanto.

«La próxima estrofa me encanta, pero me pregunto cómo la cantará la Zelandoni», pensó Ayla.

Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.

Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.

Todos, aves, peces y mamíferos, eran su descendencia,

y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.
Cada especie viviría cerca de su lugar originario,
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían; de Ella no se alejarían.

Aunque todos eran sus hijos y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién era la Suma Hacedora.
Un hijo que la respetaría y a protegerla aprendería.

La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los dones que necesitaba, ésa era su prerrogativa.
La Vida era el Primer Don, y como la Madre naciente,
al despertar del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.

Vino luego el don de la Percepción, del aprendizaje,
el deseo de saber, el don del Discernimiento, un amplio bagaje.
La Primera Mujer llevaba el conocimiento en su interior,
que la ayudaría a vivir y transmitiría a su sucesor.
Sabría la Primera Mujer cómo aprender, cómo crecer.

Con la fuerza vital casi extinta, la Madre se consumía,
transmitir el espíritu de la Vida, sólo eso pretendía.
A sus hijos confirió la facultad de crear una nueva vida,
y también la Mujer con esa posibilidad fue bendecida.
Pero la Mujer sola se sentía; a nadie tenía.

La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.
De nuevo alumbraba; otro más alentaba.

A la Mujer y al Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.

A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.

La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y a respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.

Ayla esperó la continuación, pero viendo que todos quedaban en silencio, comprendió que el Canto a la Madre había concluido.

La gente regresó a sus cavernas de dos en dos o de tres en tres. Algunos no llegarían a casa hasta la medianoche; otros decidieron quedarse a dormir con amigos o parientes. Algunos acólitos y zelandonia permanecieron junto a la tumba finalizando los aspectos más esotéricos de la ceremonia y no volverían a casa hasta la mañana siguiente.

Un grupo de personas acompañó a Relona y sus hijos a su morada y se quedaron toda la noche allí, durmiendo en el suelo. Se consideraba conveniente que Relona estuviera en compañía de mucha gente. Se creía que los elanes de los compañeros muertos podían regresar a sus hogares antes de tomar conciencia de que ya no pertenecían a este mundo. Las compañeras o compañeros afligidos eran susceptibles de ser invadidos por los espíritus errantes y necesitaban la protección de muchas personas para hacer frente a las influencias maléficas. Los ancianos en particular sentían a veces la tentación de seguir al elán de sus parejas hasta el otro mundo poco después de morir uno de los dos. Afortunadamente, Relona era aún joven y tenía dos hijos que la necesitaban.

Ayla fue una de las personas que se quedaron con la nueva viuda, y Relona se lo agradeció. Jondalar también quería hacerle compañía, pero cuando el ceremonial terminó del todo, era ya tan tarde que la morada estaba llena de gente, y él no encontró un solo hueco donde acomodar su enorme cuerpo. Ayla le hizo una seña desde el extremo opuesto de la estancia. Lobo estaba a su lado, y quizá por eso ella disponía de un poco más de espacio, pero cuando Jondalar intentó pasar, despertó a varias personas. Marthona, más cerca de la entrada, le dijo que se fuera a casa, y él, aunque se sintió un poco culpable por no quedarse, en parte se alegró. La vigilias nocturnas para mantener a raya a los espíritus errantes no le entusiasmaban. Además, ya había tenido suficiente trato con el mundo de los espíritus por aquel día, y estaba cansado. Echó en falta a Ayla a su lado cuando se tapó con las pieles, pero enseguida le venció el sueño.

Al regresar a la Novena Caverna, La Que Era la Primera entró de inmediato en su morada. Pronto volvería a viajar al otro mundo y quería meditar, prepararse. Se quitó la placa del pecho y le dio la vuelta para mostrarla por su lado liso. No quería interrupciones. Además de guiar al espíritu de Shevoran hacia el más allá, se proponía buscar al elán de Thonolan; pero para eso necesitaría a Jondalar y Ayla.

Jondalar despertó con el incontenible deseo de hacer unas herramientas para él. Aunque quizá no lo hubiera manifestado abiertamente, aún sentía cierto malestar por los misteriosos acontecimientos que había vivido recientemente. La talla de pedernal no sólo era su oficio, sino que, además, le gustaba, y trabajar con las manos un buen trozo de piedra era una excelente manera de olvidarse del ambiguo, intangible y vagamente amenazador mundo de los espíritus.

Sacó de su mochila el fragmento de pedernal que había conseguido en la mina de los lanzadoni. Dalanar había examinado el material que Jondalar había extraído de un afloramiento que contenía el pedernal de mejor calidad por el que se conocía a los lanzadoni y le había hecho algunas sugerencias respecto a los trozos que le convenía llevarse y qué material podía eliminar, para que sólo acarreara en el viaje nódulos que fueran aprovechables. Los caballos podían transportar mucha más carga que las

personas, pero el pedernal era muy pesado. La cantidad de piedra que Jondalar pudo llevar hasta la Novena Caverna no había sido muy grande, pero sí que era de gran calidad.

Eligió dos piedras de cantos pulidos y dejó el resto. Cogió luego el fardo de piel con las herramientas para trabajar el pedernal. Desató los cordeles y sacó varios martillos, retocadores de hueso y asta y las piedras mazo, para a continuación inspeccionar cada una de las herramientas minuciosamente. Luego las envolvió de nuevo junto con los nódulos de pedernal. A media mañana estaba listo para salir en busca de algún lugar, a ser posible aislado, donde trabajar la piedra. Las esquirlas de pedernal eran muy afiladas y podían ir a parar muy lejos cuando saltaban. Los buenos artesanos de la piedra siempre elegían lugares alejados de las zonas por donde pasaba la gente, en especial niños con los pies descalzos y sus madres agobiadas o sus cuidadoras distraídas.

Jondalar apartó la cortina de la entrada y salió de la morada de su madre. Vio que el cielo estaba encapotado y gris. Una fría llovizna inducía a la gente a quedarse bajo el refugio de piedra y, por tanto, la zona comunitaria cercana al área de viviendas estaba totalmente ocupada. No había horarios establecidos para la práctica de los oficios y actividades concretas, pero aquél era uno de esos días que muchos elegían para desarrollar sus proyectos. Se habían colocado paneles y pieles atadas con cuerdas como protección contra el viento y la lluvia y se habían encendido unas cuantas hogueras para dar luz y calor, pese a que las frías corrientes de aire imponían el uso de ropa de abrigo.

Jondalar sonrió al ver a Ayla dirigirse hacia él. Se saludaron rozándose las mejillas, y él percibió su aroma de mujer. Eso le recordó que no habían dormido juntos esa noche. Le asaltó el deseo de llevarla a la cama y hacer algo más que dormir.

—Ahora iba a casa de Marthona a buscarte —dijo ella.

—Me he levantado con ganas de trabajar la piedra y he cogido un poco del pedernal de Dalanar para hacer herramientas nuevas —explicó Jondalar alzando el fardo de piel—. Pero parece que todo el mundo ha decidido ponerse a trabajar al mismo tiempo. —Lanzó una ojeada hacia el abarrotado espacio de trabajo—. No quiero quedarme aquí.

—¿Adónde irás? —preguntó ella—. Voy a hacer una visita a los caballos, pero después puedo pasar a verte.

—Creo que iré Río Abajo. Allí siempre hay muchos artesanos haciendo herramientas —contestó Jondalar. Tras pararse a pensar, añadió—: ¿Quieres que te acompañe a ver a los caballos?

—Si no te apetece, no —dijo Ayla—. Sólo voy a echarles un vistazo. Hoy no creo que salga a cabalgar, pero podría llevarme a Folara y, si quiere, dejarle montar a Whinney. Se lo propuse, y me dijo que le hacía ilusión.

—Me gustaría verla montar, pero hoy tengo ganas de trabajar un poco.

Fueron juntos hasta el área de trabajo, y allí Jondalar siguió hacia Río Abajo mientras Ayla y Lobo fueron a buscar a Folara.

La llovizna se había convertido en una lluvia constante, y mientras esperaba a que se despejase, Ayla se dedicó a observar a las personas que trabajaban en diversos proyectos. Siempre la habían fascinado los distintos oficios, y de inmediato encontró en aquello una buena fuente de distracción. Se respiraba un ambiente ajetreado, pero apacible. Ciertos aspectos de cada oficio requerían una intensa concentración; no obstante, las tareas repetitivas dejaban tiempo para conversar. A casi todos les complacía contestar a sus preguntas, enseñarle sus técnicas y explicarle sus métodos.

Vio a Folara que estaba extendiendo un telar con Marthona. La muchacha le aseguró que le encantaría acompañarla a ver a los caballos, pero que en ese momento estaban en plena faena. Ayla no habría tenido inconveniente en quedarse a observarlas mientras trabajaban, pero pensó que los caballos debían de necesitarla, así que prometió a Folara que irían a ver a los caballos en otro momento, y en cuanto paró de llover salió antes de que empezara de nuevo.

Encontró a Whinney y Corredor un poco más allá del Valle del Bosque. Estaban contentos y se alegraron de verla, a ella y también a Lobo. Habían descubierto un pequeño prado en medio de la boscosa cañada, y un refugio bajo los árboles muy útil cuando llovía. También había un manantial de agua clara que había formado una laguna. Los ciervos rojos que compartían el lugar con ellos huyeron al ver a la mujer y el lobo, mientras que los caballos relinchaban y corrían hacia ellos.

«Estos ciervos se han encontrado ya con alguna partida de caza, pensó Ayla. Unos ciervos adultos nunca huirían ante la presencia de un solo lobo. El viento lleva mi olor hacia ellos, y deben de saber por experiencia que han de cuidarse de los cazadores humanos».

Había salido el sol, y aprovechó para recoger unas flores secas de cardencha del año anterior y, de paso, utilizó la planta espinosa para almohazar a los caballos. Cuando acabó, advirtió que Lobo estaba en actitud alerta. Cogió la honda, que llevaba colgada del cinturón, y un guijarro de la rocosa orilla de la laguna, y cuando el animal asustó a un par de liebres, acertó de pleno a una de ellas al primer tiro. Dejó que Lobo persiguiera a la otra.

Una nube tapó el sol. Ayla alzó la vista, calculó la posición del astro en el cielo y se dio cuenta de que el tiempo había pasado muy deprisa. Había estado tan ocupada durante los últimos días que había disfrutado de poder pasar un rato sin tener alguna obligación concreta que realizar. Pero cuando empezaron a caer unas gotas, decidió volver a la Novena Caverna a lomos de Whinney. Corredor y Lobo las siguieron. Se alegró de su decisión cuando vio que la lluvia se hacía más intensa en el preciso momento en que llegaba al refugio. Condujo a los caballos hasta el porche de piedra y siguió en dirección a la parte menos utilizada, dejando atrás la zona de viviendas.

Pasó junto a unos hombres sentados al lado de una fogata y le pareció que estaban jugando. Los hombres se interrumpieron un momento para observarla. A ella le

pareció una grosería que la miraran tan directamente, y optó por mostrar más educación que ellos no mirándolos siquiera. Pero conservaba su aptitud de mujer del clan para mirar discretamente y asimilar mucha información. Notó que hacían comentarios y le dio la impresión de que olían a barma.

Más adelante vio a un grupo de personas adobando pieles de bisonte y ciervo. «A ellos también debía de parecerles demasiado concurrida el área de trabajo», pensó Ayla. Llevó los caballos hasta el final del saliente, cerca del canal que separaba la Novena Caverna de Río Abajo, y llegó a la conclusión de que aquél sería un buen sitio donde levantar un refugio para los animales antes del invierno. Hablaría de ello con Jondalar. Enseñó a los caballos el sendero que llevaba a la orilla del Río y los observó para ver qué hacían. Lobo se inclinó por seguir a los caballos cuando éstos comenzaron a bajar por el sendero. Con o sin lluvia preferían pacer cerca del Río que quedarse en el árido refugio para no mojarse.

Ayla se planteó ir a ver a Jondalar, pero cambió de idea y regresó al lugar donde adobaban las pieles. Todo el mundo se alegró de tener un pretexto para descansar un rato y, más aún, para charlar con una mujer que se hacía seguir por un lobo y de la que los caballos no huían. Ayla vio que estaba allí Portula. La muchacha le sonrió, deseosa de hacer las paces. Parecía sinceramente arrepentida de su participación en la mala jugada de Marona.

Ayla quería hacer ropa para Jondalar, para ella y para el niño que esperaba, y se acordó del macho joven de ciervo gigante que había matado. No sabía dónde había ido a parar, pero ya que estaba allí decidió que como mínimo despellejaría la liebre que llevaba colgada del cinturón para hacerle alguna prenda al niño.

—Si hay sitio, querría despellejar a esta liebre —dijo.

—Hay espacio de sobra —respondió Portula—. Y te dejaré con mucho gusto mis herramientas si las necesitas.

—Las necesito, sí. Gracias por el ofrecimiento, Portula. Tengo muchas herramientas, lo que no es extraño viviendo con Jondalar —dijo Ayla con una irónica sonrisa. Muchos esbozaron sonrisas de complicidad—. Pero no las llevo encima.

A Ayla le complacía trabajar con personas dedicadas a las labores que dominaban. ¡Qué diferencia respecto a los días de soledad en su caverna del valle! Aquello se parecía más a su infancia en el Clan de Brun, donde todos trabajaban en grupo. Destripó y despellejó rápidamente la liebre y después preguntó:

—¿Te importa si lo dejo todo aquí? He de ir a Río Abajo. Lo recogeré a la vuelta.

—Yo te lo vigilaré —dijo Portula—. Y si no has vuelto cuando acabe, me lo llevaré.

—Te lo agradecería —contestó Ayla. Le caía bien la joven, que obviamente se esforzaba por mostrarse amable. Al irse dijo—: Luego volveré.

Tras atravesar el puente de troncos del canal, vio a Jondalar con un grupo de personas en el primer refugio. Saltaba a la vista que aquel lugar se usaba desde hacía tiempo para tallar pedernal. El suelo estaba salpicado de esquirlas afiladas debido al

proceso de tallado de la piedra, por lo que no era aconsejable caminar descalzo por allí.

—¡Por fin apareces! —exclamó Jondalar—. Ya nos preparábamos para volver. Ha venido Joharran a informarnos de que Proleva ha organizado un banquete con la carne de uno de los bisontes. Lo hace tan bien y tan a menudo que me temo que acabaremos acostumbrándonos. Pero hoy todo el mundo ha estado muy ocupado, y Proleva ha pensado que sería lo más cómodo. Puedes volver con nosotros, Ayla.

—Me había dado cuenta de que ya es casi mediodía —dijo ella.

Cuando regresaban a la Novena Caverna, Ayla vio a Joharran un poco más adelante. No lo había visto dirigirse hacia allí. «Debe de haber pasado por mi lado mientras yo charlaba con Portula y los otros cuando he parado a despellejar la liebre», pensó. Vio que se acercaba a los hombres groseros sentados junto al fuego.

Al pasar apresuradamente por allí para anunciar a los artesanos de Río Abajo el banquete preparado por Proleva, Joharran había visto que Laramar y unos cuantos más estaban jugando. En ese momento había pensado que eran unos holgazanes, que se dedicaban a jugar mientras otros hacían el trabajo, seguramente consumiendo la leña que otro había recogido. Al volver seguían allí, y esta vez decidió intervenir. Aunque la aportación de aquellos hombres fuera escasa, pertenecían a la Novena Caverna y algo debían hacer.

Enfrascados en su conversación, los hombres no vieron acercarse a Joharran, y cuando éste se hallaba a unos pasos, oyó comentar a uno de ellos:

—¿Qué puede esperarse de alguien que dice que aprendió a curar con los cabezas chatas? ¿Qué pueden saber esos animales de medicinas?

—Esa mujer no es curandera. Si lo fuera, Shevoran no hubiera muerto —dijo Laramar.

—¡Tú no estabas allí! —lo interrumpió Joharran tratando de dominar su genio—. Como de costumbre, no te tomaste la molestia de participar en la cacería.

—No me encontraba bien —pretextó Laramar.

—Por culpa de tu barma —reprochó Joharran—. Te aseguro que nadie podría haber salvado la vida de Shevoran. Ni la Zelandoni ni el curandero más apto del mundo. ¿Qué hombre puede soportar el peso de un bisonte? A no ser por Ayla, dudo que Shevoran hubiera vivido lo suficiente para ver por última vez a Relona. Ella encontró la manera de aliviarle el dolor. Hizo lo que pudo. ¿Por qué haces correr rumores malintencionados sobre ella? ¿Qué te ha hecho?

Guardaron silencio mientras Ayla y Jondalar pasaban con un grupo de personas.

—¿Y tú por qué vienes a escondidas y escuchas conversaciones privadas? —contraatacó Laramar, aún a la defensiva.

—No creo que acercarse a plena luz del día pueda considerarse «venir a escondidas», Laramar. Me he acercado para deciros que Proleva y un grupo de gente

han preparado un banquete para todos, y que ya está listo —contestó Joharran—. Os he oído porque hablabais en voz alta y era imposible que no os oyera —se dirigió a los otros—. La Zelandoni está convencida de que Ayla es una buena curandera, ¿por qué no la dejáis en paz? Deberíamos alegrarnos de contar con una persona tan apta. Nunca se sabe cuándo se la puede necesitar. ¿Por qué no venís a comer?

Los miró a todos uno por uno, dejando claro que los reconocía y los recordaría, y luego se alejó.

El grupo se disolvió, y por separado siguieron a Joharran hacia el otro extremo del refugio. Algunos coincidían con el jefe de la caverna, como mínimo en cuanto a dar a Ayla la oportunidad de demostrar su valía, pero otros no podían o no querían vencer sus prejuicios. A Laramar, pese a que había dado la razón al hombre que había criticado a Ayla, en realidad lo mismo le daba una cosa que otra. Tendía a acomodarse a la opción más fácil.

Mientras iba con el grupo de artesanos de Río Abajo hacia el área de trabajo, bajo la protección del saliente de roca porque volvía a llover con fuerza, Ayla pensó en las distintas aptitudes y habilidades en que a la gente le gustaba ocuparse. Muchas personas disfrutaban haciendo cosas, pero elegían diferentes materiales para ello. A algunas, como a Jondalar, les gustaba trabajar el pedernal para crear herramientas y armas de caza; otras preferían trabajar la madera, el marfil o el hueso, y otras se inclinaban por las fibras y pieles. Se le ocurrió que también había personas, como era el caso de Joharran, a las que les gustaba trabajar con la gente.

A medida que se acercaban y su olfato captaba los deliciosos olores de los guisos, cayó en la cuenta de que cocinar y manipular los alimentos era otra de las tareas preferidas por algunos. Saltaba a la vista que Proleva disfrutaba organizando reuniones comunitarias, y que ése era posiblemente el verdadero motivo de aquel festín improvisado. Ayla pensó en sí misma y en sus actividades predilectas. Le interesaban muchas cosas, y le complacía especialmente aprender habilidades nuevas, pero sobre todo le gustaba ejercer de curandera.

La comida se sirvió cerca del amplio espacio donde la gente trabajaba, pero cuando se aproximaban, Ayla vio que preparaban un área contigua para una tarea que debía de ser mucho más ingrata y que debía llevarse a cabo. Entre unas estacas, se habían extendido, a medio metro del suelo, varias redes para poner a secar la carne de las piezas cazadas. Había una capa de tierra sobre la superficie de piedra del refugio y el porche delantero, poco profunda en algunos puntos pero lo suficiente en otros para sostener las estacas. Algunas estaban clavadas permanentemente en grietas de la piedra o en hoyos cavados en la tierra. A menudo se añadían pilas de piedras como sostén adicional.

Había otras estructuras similares, aseguradas al suelo o atadas entre sí, construidas, sin duda, con el mismo propósito, y que se usaban sobre todo como

secadores portátiles de comida. Podían levantarse y apoyarse contra una pared para quitarlas de en medio cuando no se necesitaban. Pero cuando hacía falta poner a secar carne o verdura, los armazones portátiles eran prácticos porque podían colocarse donde conviniera. A veces se secaba la carne, para conservarla, cerca del sitio donde se mataba la pieza, o en las herbosas llanuras, pero cuando llovía o la gente quería trabajar a menor distancia de casa, se inventaban formas de colocarla en cuerdas o redes.

Había ya unas cuantas piezas de carne en forma de lengua en los secadores, y ya ardían con abundante humo varias hogueras cuya finalidad era alejar a los insectos y dar más sabor a la carne. Ayla decidió que después de comer se ofrecería para ayudar a cortar la carne que debía ponerse a secar. Ella y Jondalar acababan de elegir la comida y buscaban un sitio donde acomodarse cuando vieron a Joharran, que se aproximaba a grandes zancadas y con cara de pocos amigos.

—Jondalar, ¿no crees que Joharran parece enfadado? —preguntó Ayla.

Él se volvió para observar a su hermano.

—Diría que sí. ¿Qué habrá pasado? —dijo. Pensó que después se lo preguntaría.

Ayla y Jondalar cruzaron una mirada y luego se acercaron a Joharran, Proleva, su hijo Jaradal, Marthona y Willamar. Éstos los saludaron efusivamente y les dejaron sitio. Era evidente que el jefe no estaba de muy buen humor, pero no parecía tener ganas de hablar, al menos con ellos. Todos recibieron a la Zelandoni con una sonrisa cuando se unió al grupo. La mujer había pasado el día en su morada, pero había decidido salir para participar del festín.

—¿Te traigo algo? —preguntó Proleva.

—Hoy he hecho ayuno y he meditado, a fin de prepararme para la búsqueda, y prefiero no comer aún demasiado —respondió la Zelandoni. Luego se quedó mirando a Jondalar de una manera que lo incomodó y que le indujo a pensar que su contacto con el otro mundo aún no había terminado—. Ya me traerá algo Mejera. Le he pedido a Folara que la ayude. Mejera es una acólita de la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna, pero no se encuentra a gusto allí y quiere venir aquí para ser mi acólita. He de pensarlo bien, y naturalmente he de consultarte a ti, Joharran, si la aceptarías en la Novena Caverna. Es un poco tímida e insegura, pero su valía está fuera de toda duda. No me importaría enseñarle, pero ya sabéis que con la Decimocuarta he de andarme con pies de plomo —dijo la Zelandoni, y miró a Ayla—. Pensaba que la nombrarían Primera, pero la zelandonia me eligió a mí. Ella intentó superarme y obligarme a abandonar el puesto. Fue mi primer enfrentamiento, y pese a que al final ella se retiró, no creo que haya aceptado del todo mi designación, ni que me haya perdonado. —Volvió a dirigirse al grupo en general—. Sé que me acusará de quitarle la acólita si admito a Mejera, pero he de pensar en el interés de todos. Si Mejera no está recibiendo la preparación que merece para desarrollar sus posibilidades, no puedo quedarme al margen por no herir los sentimientos de alguien. Por otra parte, si hubiera otro Zelandoni dispuesto a ser maestro y crear un vínculo con ella, quizá

evitaría un enfrentamiento con la Decimocuarta. Me gustaría esperar hasta después de la Reunión de Verano para tomar la decisión.

—Me parece lo más prudente —declaró Marthona cuando llegaban Mejera y Folara.

La joven acólita llevaba dos cuencos en las manos, y la hermana de Jondalar sostenía el suyo y también un odre lleno de agua, además de llevar unos utensilios para comer en la mochila. Mejera entregó un cuenco con un caldo claro a la Primera y miró a Folara con expresión de agradecimiento. Luego sonrió tímidamente a Ayla y Jondalar y, finalmente, fijó la mirada en su comida.

Al cabo de un momento de silencio incómodo, Zelandoni habló:

—No sé si conocéis todos a Mejera.

—Yo conozco a tu madre y al hombre de tu hogar —dijo Willamar—. También tienes hermanos, ¿verdad?

—Sí, una hermana y un hermano —contestó la joven.

—¿Cuántos años tienen?

—Mi hermana es un poco más pequeña que yo, y mi hermano debe de ser de la misma edad que él —dijo señalando al hijo de Proleva.

—Me llamo Jaradal. Soy Jaradal de la Novena Caverna de los zelandonii. ¿Tú quién eres?

Lo dijo con total precisión, tal como le habían enseñado, y dirigió una sonrisa a todos, incluida la muchacha.

—Soy Mejera de la Decimocuarta Caverna de los zelandonii. Yo te saludo, Jaradal de la Novena Caverna de los zelandonii.

El pequeño sonrió encantado.

«Se nota que está acostumbrada a tratar con niños», pensó Ayla.

—Somos unos descuidados —dijo Willamar—. Creo que deberíamos presentarnos como es debido.

Todos se presentaron y saludaron con afecto a la tímida joven.

—¿Sabías que el compañero de tu madre quería ser comerciante antes de conocerla, Mejera? —preguntó Willamar—. Me acompañó en algunos viajes, pero al final decidió que no le gustaba pasar tanto tiempo separado de su mujer, ni tampoco de ti después de que nacieras.

—No, no lo sabía —respondió ella, complacida de enterarse de algo acerca de su madre y de su compañero.

«No me extraña que sea buen comerciante», pensó Ayla. Sabía cómo tratar a la gente y que todos se sintieran cómodos. Mejera parecía más tranquila, aunque un tanto abrumada por haberse convertido en el centro de atención. Ayla la comprendía perfectamente.

—Proleva, he visto gente que ponía a secar carne de la cacería —comentó Ayla —. No sé bien cómo la repartís ni quién ha de guardarla, pero me gustaría colaborar si no tienes inconveniente.

Proleva sonrió.

—Claro que puedes colaborar si quieres. Da mucho trabajo, y tu ayuda nos vendrá bien.

—Ya lo creo —confirmó Folara—. Si no se hace entre muchas personas, es un trabajo largo y aburrido. Pero cuando somos muchos, puede llegar a ser incluso divertido.

—La carne y la mitad de la grasa son para todos, según las respectivas necesidades —prosiguió Proleva—, pero el resto del animal, la piel y la cornamenta son de la persona que lo ha matado. Me parece que tú y Jondalar cazasteis un megacero cada uno. Él también mató al bisonte que sacrificó a Shevoran, pero este animal se ha entregado a la Madre como ofrenda. Lo enterramos al lado de su tumba. Los jefes han decidido daros otro bisonte. Los animales se marcan al descuartizarlos, normalmente con carbón. Ahora que lo pienso, no conocíamos tu abelán, y tú estabas ocupada con Shevoran, así que le preguntaron al Zelandoni de la Tercera. Te ha asignado un abelán provisional para señalar las pieles y otras partes de las piezas obtenidas.

Jondalar sonrió.

—¿Y cómo es? —preguntó. Para él su propio abelán resultaba enigmático y sentía curiosidad por las marcas nominales de las demás personas.

—Me parece que te ha visto como una persona protectora y acogedora —explicó Proleva—. Mira, te lo enseñaré. —Cogió una ramita, alisó la tierra y trazó una raya recta. Luego añadió una línea que empezaba cerca de la parte superior y se abría ligeramente hacia un lado, y una tercera línea igual al otro lado—. Me recuerda a una tienda o un refugio, algún sitio donde guarecerse cuando llueve.

—Tienes razón —dijo Jondalar—. No es un mal abelán para ti, Ayla. Es verdad que tiendes a ser protectora y útil, sobre todo cuando alguien está enfermo o herido.

—Yo sé dibujar mi abelán —afirmó Jaradal. Todos sonrieron con indulgencia. Le dejaron la ramita y le permitieron que dibujase. Luego miró a Mejera y le preguntó —: ¿Tú tienes?

—Claro que tiene, Jaradal, y seguro que te lo enseñará encantada. Pero más tarde —dijo Proleva, riñendo a su hijo con delicadeza. Le parecía bien que interviniera en las conversaciones de los mayores, pero no quería que se acostumbrara a exigir su atención.

—¿Qué te parece tu abelán, Ayla? —preguntó Jondalar, preocupado por la reacción de ella a la asignación de un símbolo zelandonii.

—Como no tuve un elandon con un abelán pintado en él al nacer, al menos que yo recuerde —contestó Ayla—, éste me parece bien. No me importa en absoluto usarlo como abelán.

—¿No te adjudicaron los mamutoi ninguna marca? —preguntó Proleva, pensando que tal vez Ayla tenía ya un abelán. Siempre resultaba interesante conocer cómo hacían las cosas otros pueblos.

—Cuando los mamutoi me adoptaron, Talut me hizo un corte en el brazo para sacarme sangre y pintar con ella una marca en una placa que él se ponía en el pecho durante las ceremonias —respondió Ayla.

—Pero ¿no era una marca especial? —preguntó Joharran.

—Para mí sí lo era. Aún tengo la cicatriz —dijo Ayla, mostrando la señal del brazo. De pronto se le ocurrió otra cosa—. Es curioso que la gente use métodos tan distintos para demostrar cuál es su identidad, y a qué grupo pertenece. Cuando el clan me adoptó, me dieron la bolsa del amuleto con un trozo de ocre rojo dentro, y cuando le ponen nombre a una persona, el Mog-ur le dibuja una raya roja que va desde la frente hasta la punta de la nariz. Así es como dice a alguien, sobre todo a la madre, cuál es el tótem del niño, reproduciendo la señal del tótem con ungüento en el propio niño.

—¿Quieres decir con eso que la gente de tu clan usaba marcas para demostrar quiénes eran? —preguntó la Zelandoni—. ¿Como si fueran abelanes?

—Imagino que sí, que esas marcan son como abelanes. Cuando un niño se hace hombre, el Mog-ur le graba la señal del tótem, y después le frota con unas cenizas especiales para que le quede un tatuaje. Normalmente a las niñas no les hacen marcas en la piel porque, de mayores, ya sangran; pero a mí el león cavernario me marcó con su señal cuando me eligió. Tengo las señales de sus garras en la pierna. Ésta es la marca usada en el clan para el león cavernario, y así supo el Mog-ur que éste era mi tótem, aunque por lo general no sea propio de una mujer. Es de hombre, y se asigna a los muchachos destinados a ser grandes cazadores. Cuando me aceptaron como Mujer Que Caza, el Mog-ur me hizo un corte aquí —se llevó un dedo al cuello por encima del esternón— para sacarme sangre, que utilizó para trazar una señal sobre las cicatrices de la pierna. —Mostró las cicatrices de la pierna izquierda.

—Así pues, ya tienes un abelán. Ésa es tu marca, las cuatro barras —dijo Willamar.

—Creo que así es —respondió Ayla—. La otra marca no me dice nada, posiblemente porque es sólo una señal convenida, para que la gente sepa a quién pertenecen las pieles. Aunque mi tótem del clan no sea una señal zelandonii, para mí tiene una significación muy especial. Quiere decir que me adoptaron, que les pertenecía. Me gustaría usarlo como abelán.

Jondalar pensó en las palabras de Ayla sobre la pertenencia. Ella lo había perdido todo; no sabía de quién había nacido, ni cuál era su gente. Luego perdió a la gente que la había criado. Se había referido a sí misma como «Ayla de Nadie» al conocer a los mamutoi. Comprendió la importancia que para ella tenía pertenecer a un grupo.

Capítulo 17

Se oyeron unos golpes insistentes en el panel contiguo a la cortina de la entrada. El ruido despertó a Jondalar, pero se quedó adormilado pensando que ya contestaría alguien. Finalmente, se dio cuenta de que no había nadie más en la morada. Se levantó y dijo a voz en grito:

—Enseguida salgo.

Se puso algo de ropa y le sorprendió ver que era Jonokol, el artista que actuaba como acólito de la Zelandoni, porque el muchacho no acostumbraba a ir de visita sin su maestra.

—Adelante —dijo.

—La Zelandoni de la Novena Caverna dice que ha llegado la hora —anunció Jonokol.

Jondalar frunció el entrecejo, aquello no le hacía ninguna gracia. No sabía bien a qué se refería el chico, pero se formaba una vaga idea, y no le apetecía en absoluto. Ya había tenido contacto más que suficiente con el otro mundo y no sentía el menor deseo de volver a repetir la experiencia.

—¿Te ha dicho la Zelandoni para qué? —preguntó.

Jonokol sonrió al advertir su nerviosismo.

—Me ha dicho que ya te lo imaginarías.

—Por desgracia, sí —confirmó Jondalar aceptando lo inevitable—. ¿Tengo tiempo de desayunar?

—La Zelandoni recomienda no comer nada en estos casos.

—Posiblemente tienes razón —dijo Jondalar—. Pero si no te importa, me tomaré una infusión para enjuagarme la boca; siempre tengo mal sabor por la mañana.

—Ya deben de haberte preparado alguna bebida —comentó Jonokol.

—Supongo que sí, pero no creo que sea infusión de menta, que es lo que prefiero tomar por las mañanas.

—Las infusiones de la Zelandoni suelen estar aromatizadas con menta.

—Es posible que aromatizadas, pero no creo que la menta sea el ingrediente principal.

Jonokol sonrió.

—Está bien —dijo Jondalar con una sonrisa forzada—. Enseguida voy. Supongo que antes podré ir a hacer aguas.

—Sí, no es necesario que te aguantes las ganas —contestó el joven acólito—. Trae también ropa de abrigo.

Cuando Jondalar regresó de las zanjas le sorprendió y complació ver que Ayla lo esperaba junto a Jonokol atándose las mangas de una túnica gruesa a la cintura. El acólito también debía haberle recomendado a ella que cogiese alguna prenda de

abrigo. Pensó mientras la miraba que la noche anterior había sido la primera que no había dormido con Ayla desde que lo habían capturado los s'armunai durante su viaje; este pensamiento lo inquietó un poco.

—Hola —le susurró al oído cuando ella le rozó la mejilla y lo abrazó—. ¿Adónde has ido esta mañana?

—A vaciar el cesto de noche —respondió Ayla—. Al volver he visto a Jonokol, y me ha dicho que la Zelandoni quería vernos, así que he ido a pedirle a Folara que vigile a Lobo. Me ha dicho que iría a buscar a unos cuantos niños para que lo entretuvieran. Antes he ido a ver a los caballos. Alguien me ha dicho que había otros caballos cerca; quizá deberíamos construir un cercado para que Whinney y Corredor no se vayan.

—Quizá sí —convino Jondalar—. Sobre todo deberíamos hacerlo para cuando llegue la época de los placeres de Whinney. No querría que una manada intente capturarla. Seguramente Corredor la seguiría.

—Antes ha de dar a luz —dijo Ayla.

Jonokol escuchaba, aparentemente muy interesado por los caballos. Gracias a su relación con ellos había aprendido muchas cosas. Ayla y Jondalar siguieron al acólito, y cuando llegaron al porche de piedra de la Novena Caverna, Jondalar vio que el sol estaba ya muy alto.

—No sabía que fuera tan tarde —comentó—. ¡No sé por qué no ha venido nadie a despertarme!

—La Zelandoni ha ordenado que te dejásemos dormir, porque ayer debiste de acostarte tarde —aclaró Jonokol.

Jondalar respiró hondo y, sacudiendo la cabeza, expulsó el aire con un resoplido.

—¿Adónde vamos si puede saberse? —preguntó siguiendo al acólito por el refugio en dirección a Río Abajo.

—A Roca de la Fuente —contestó Jonokol.

Jondalar, sorprendido, abrió los ojos desmesuradamente. Roca de la Fuente —un precipicio que incluía dos cuevas y toda la zona circundante— no era hogar de ninguna caverna de los zelandonii; era mucho más importante que eso. Era uno de los lugares más sagrados de la región. A pesar de que no vivía allí ningún grupo de manera permanente, si había alguien que podía considerarlo su hogar, eran los zelandonia, Los Que Sirven, porque era un sitio bendecido y santificado para la Gran Madre Tierra, para Ella.

—Tendré que parar para beber agua —dijo Jondalar con determinación cuando se acercaban al puente que cruzaba sobre el canal de agua fresca que separaba la Novena Caverna de Río Abajo. No estaba dispuesto a consentir que Jonokol le impidiese saciar su sed aunque hubiese tenido que renunciar a su infusión matinal.

A unos metros del puente había una estaca clavada en el suelo, de la cual colgaba un vaso hecho con hojas de enea cortadas en tiras y entretejidas de manera que formaban una trama impermeable; estaba atado con una cuerda, porque si no lo

ataban se perdía con frecuencia. El vaso se cambiaba regularmente cuando estaba muy gastado, pero Jondalar recordaba que siempre había habido uno allí. Todo el mundo sabía que ver agua fresca provocaba sed, y aunque una persona pudiera agacharse para coger el agua con las manos era mucho más fácil beber si se tenía un vaso. Los tres bebieron y después continuaron por el hollado camino. Cruzaron el Río por el Paso, y en Roca de los Dos Ríos doblaron hacia el Valle de la Hierba, atravesaron otro río y siguieron por el sendero que discurría paralelo al cauce. Gente de otras cavernas los saludó cuando pasaban, pero nadie los entretuvo. Todos los zelandonia de la zona, incluidos los acólitos, estaban ya en Roca de la Fuente, y todo el mundo se imaginaba adónde se dirigían las dos personas que iban con el acólito de la Zelandoni.

También podían imaginarse para qué. En una comunidad tan estrechamente relacionada había corrido el rumor de que la pareja había traído algo que podía ayudar a los zelandonia a localizar el espíritu errante del hermano muerto de Jondalar, Thonolan. Por más que supiesen lo importante que era guiar a un elán recién liberado hacia el lugar que le correspondía en el mundo de los espíritus, la idea de entrar en el otro mundo antes de que los llamase la Madre no gustaba a nadie. Ya resultaba bastante escalofriante pensar en ayudar al elán de Shevoran, que acababa de fallecer y seguramente estaba cerca, como para ponerse a pensar en el espíritu de alguien que había muerto lejos de allí y hacía mucho tiempo. Poca gente, salvo los zelandonia —y ni siquiera todos ellos—, habría deseado estar en la piel de Jondalar y Ayla. Prácticamente todo el mundo dejaba con mucho gusto que Quienes Servían a la Madre trataran con el mundo de los espíritus. Pero no podía hacerlo nadie más: sólo ellos sabían dónde había muerto el hermano de Jondalar. Incluso La Que Era La Primera sabía que aquél sería un día agotador y no tenía la certeza de que consiguieran encontrar al espíritu errante de Thonolan. Ayla, Jondalar y Jonokol continuaron río arriba, y encontraron un imponente afloramiento de roca a la izquierda. De cerca, el enorme conjunto de rocas se alzaba con tal verticalidad que parecía un monolito, pero de hecho era sólo la primera de una sucesión de paredes rocosas que se retiraban en ángulo recto respecto al Río de la Hierba. La colosal piedra situada en primer plano se elevaba desde el lecho del valle, formaba una protuberancia redondeada en su franja central, se estrechaba en la cima y acababa en un remate plano y vistoso.

Desde delante, y mirando hacia la roca, con cierta imaginación podía verse, en las grietas y formas redondeadas, el remate como si fuera pelo, una recta frente bajo el remate, una nariz achatada, y dos ojos casi cerrados que miraban enigmáticamente por encima del pedregal y la maleza de la pendiente. Para los que sabían cómo mirar, la visión frontal sutilmente antropomórfica se interpretaba como una cara oculta de la Madre, una de las pocas fisonomías que Ella accedía a mostrar, e incluso ésta aparecía muy disimulada. Nadie podía mirar directamente la cara de la Madre, ni

siquiera una representación aproximada, porque aun así su rostro misteriosamente desprendía un poder indescriptible.

La hilera de precipicios flanqueaba un pequeño valle con un arroyo en medio que descendía hacia el Río de la Hierba y que nacía de un manantial que brotaba de la tierra con tanta energía que creaba un profundo estanque en medio de una cañada boscosa. Se le conocía como Fuente de las Profundidades y el arroyo que allí se formaba se llamaba Arroyo de la Fuente, pero los zelandonia le daban otros nombres que casi todo el mundo conocía. El manantial y el estanque eran las Aguas del Nacimiento de la Madre y el arroyo era el Agua Bendita. Se sabía que tenían un gran poder curativo y que, sobre todo, y si se utilizaban correctamente, ayudaban a las mujeres a concebir.

Por un ángulo de la pared rocosa, detrás del saliente principal, ascendía un camino de unos trescientos metros hacia una terraza no muy alejada de la cima con una pequeña cornisa de piedra que cubría las entradas de dos cuevas. A las numerosas cavidades de aquella región de precipicios de piedra caliza se las llamaba a veces «cuevas», pero se las consideraba espacios vacíos en la roca y a menudo se aludía a ellas también como «vacíos». Del mismo modo, una cueva especialmente larga u honda se llamaba «profundidades». La abertura situada a la izquierda de la pequeña terraza penetraba en la roca unos sesenta metros y los zelandonia sobre todo la utilizaban de vez en cuando como refugio. Popularmente se conocía como Roca de la Fuente, pero algunos la llamaban el Vacío de la Doni.

La cueva de la derecha conducía a un profundo pasadizo que entraba unos cien metros en el corazón del inmenso precipicio, con cámaras, entrantes, nichos y otros pasadizos menores que se bifurcaban del principal. Aquél era un lugar tan sagrado que normalmente su nombre esotérico ni siquiera se pronunciaba. El lugar era tan conocido, tan reverenciado, que por lo general no era necesario mencionar su santidad y su poder. Como mucho, quienes conocían su verdadero significado preferían darlo por hecho y no convertirlo en un tema de la vida cotidiana. Por eso todo el mundo conocía aquel lugar simplemente como Roca de la Fuente, y por eso la cueva se llamaba la Caverna Profunda de la Roca de la Fuente o a veces Profundidades de la Doni.

No era el único lugar sagrado de la región. Prácticamente todas las cavernas tenían cerca algún lugar sagrado, y también habían sido bendecidos algunos sitios fuera de las cavernas, pero la profunda cueva de roca de la fuente era uno de los lugares sagrados más importantes. Jondalar conocía otros comparables a Roca de la Fuente, pero ninguno de ellos lo superaba en importancia. Ascendiendo al precipicio con Jonokol, Jondalar sentía una mezcla de emoción y aprensión, y a medida que se acercaba a la terraza un sentimiento de expectación temerosa. No tenía el menor deseo de hacer lo que tenía que hacer pero por grande que fuera su miedo quería que la Zelandoni localizase el espíritu de su hermano. No sabía qué se esperaba de él ni cómo se sentiría.

Cuando llegaron a la elevada terraza que se extendía entre las cuevas, los recibieron otros dos acólitos, un hombre y una mujer. Estaban esperándolos a la entrada de la profunda cueva de la derecha. Ayla se detuvo un instante y se volvió para contemplar el camino que habían recorrido. Desde lo alto del porche de piedra podía verse el valle del Río de la Fuente y parte del Valle de la Hierba con su río. Era una vista imponente, pero lo que vio de cerca en la oscura cavidad cuando entraron en el pasadizo la impresionó mucho más. Entrar en la cueva, sobre todo de día, impactaba y sobrecogía; se pasaba de estar en un espacio amplio y abierto a uno estrecho y cerrado; de contemplar el sol reflejado en la piedra a experimentar el desasosiego de la oscuridad. El cambio iba más allá de un simple hecho físico o externo, sobre todo para aquellos que comprendían y aceptaban el poder inherente del paraje: representaba dejar atrás lo conocido y familiar para penetrar en lo desconocido, en lo que produce temor, pero también era experimentar una transición hacia alguna cosa fecunda y extraordinaria.

Con la claridad exterior sólo se veían los primeros metros del pasadizo, pero a medida que los ojos se acostumbraban a la escasa luz de la entrada, las paredes de roca del angosto pasillo insinuaban el camino hacia el lóbrego interior. En un pequeño vestíbulo justo a la entrada había un candil de piedra encendido no muy grande sobre un saliente de la pared y otros que estaban apagados. En un nicho natural de la piedra había antorchas. Jonokol y el otro muchacho cogieron un candil cada uno, además de un palo seco y delgado, que acercaron a la llama del candil de la entrada para encender las mechas de musgo de sus respectivos candiles. Las mechas estaban apoyadas en el borde del recipiente, en el lado opuesto del gancho, empapándose en la grasa parcialmente solidificada. La mujer encendió una antorcha y, con una seña, les indicó que la siguiesen.

—Vigilad donde pisáis —aconsejó. Mantenía la antorcha baja para mostrarles el suelo desigual y la arcilla húmeda y reluciente que llenaba algunos de los espacios formados entre las rocas—. Podéis resbalar.

Cuando entraron en el pasadizo, pisando con cuidado, aún había un poco de claridad exterior, pero al cabo de unos treinta metros la oscuridad era absoluta, disipada únicamente por el resplandor tenue de las pequeñas llamas. Entre las estalactitas suspendidas del techo pasaba una ligera corriente de aire que hacía temblar las diminutas luces de los candiles y que a ellos les provocaba escalofríos de miedo. Sabían que, una vez dentro, si se apagaba la luz, una oscuridad más cerrada que la de la noche más negra les impediría ver, y que entonces deberían buscar el camino a tientas con manos y pies en la roca fría y húmeda, por lo que podrían equivocarse y adentrarse por un pasadizo sin salida en lugar de ir hacia la entrada de la cueva.

Una oscuridad aún más intensa a la derecha, ya sin el reflejo de las pequeñas llamas en las paredes de piedra húmeda, revelaba que quizá aquello era un nicho o el punto de partida de otro pasadizo. Por delante y por detrás de ellos, las tinieblas eran

casi palpables y la oscuridad de una densidad agobiante. La corriente de aire era la única manifestación de la existencia de un pasaje que llevaba hacia el exterior. Ayla habría deseado coger de la mano a Jondalar. Un poco más adelante se añadieron otras luces a los candiles que sostenían los acólitos. Había candiles de piedra en forma de cuenco colocados en el suelo, a intervalos regulares, a lo largo del oscuro corredor y emitían una claridad que resultaba extrañamente intensa en la oscuridad de la cueva. Pero las llamas de un par de ellos ya se desvanecían. O necesitaban más grasa en el cuenco, o una nueva mecha de musgo. Ayla deseó que alguien las sustituyera cuanto antes. Aquellos candiles despertaron en ella la misteriosa sensación de que ya había estado allí antes y se sintió presa de un miedo irracional por hallarse allí. No quería seguir a la mujer que la precedía, no se consideraba una persona con miedo a las cuevas, pero aquélla en particular tenía algo que la impulsaba a darse la vuelta y echar a correr, o a tocar a Jondalar para tranquilizarse. Recordó entonces haber caminado por el oscuro corredor de otra cueva siguiendo los puntos de luz de candiles y antorchas hasta encontrarse delante de Creb y los otros mog-ures. El recuerdo la hizo estremecer y de pronto se dio cuenta de que tenía frío.

—¿Queréis parar para poneros la ropa de abrigo? —preguntó la mujer volviéndose con la antorcha hacia Ayla y Jondalar—. En la cueva hace mucho frío, sobre todo en verano. En invierno, cuando afuera nieva y todo está helado, dentro se está mucho más caliente. Las cuevas profundas se mantienen a la misma temperatura todo el año.

El alto para hacer una cosa tan corriente como ponerse la túnica de manga larga serenó un poco a Ayla. A pesar de que había estado a punto de darse media vuelta y salir corriendo de la cueva, cuando la acólita reanudó la marcha, Ayla respiró hondo y la siguió. El largo pasadizo le parecía ya estrecho y la temperatura había bajado gradualmente. Después de unos quince metros el rocoso pasillo se estrechó todavía más. El aumento de la humedad en el ambiente se notaba por el brillo de las paredes y los carámbanos de hielo que pendían del techo y se alzaban desde el suelo. Unos sesenta metros más adentro el suelo del pasadizo ascendía sin llegar a bloquear el camino, pero hacía más difícil el avance. Habría sido fácil ceder a la tentación de volverse en aquel mismo instante, y decidir que ya era suficiente; seguramente más de uno lo habría hecho. Se requería determinación para seguir adelante a partir de aquel punto.

Sosteniendo la antorcha, la mujer que la precedía trepó por la roca hacia una estrecha abertura superior. Ayla subió tras la trémula luz apoyándose en las pulidas rocas y respirando hondo hasta llegar al lado de la mujer. La siguió por una estrecha abertura saltando por encima de otras rocas y pasando por un hueco que bajaba hacia el centro del precipicio de roca.

La suave corriente de aire del primer tramo se echaba en falta. Tras atravesar el estrecho agujero era imposible advertir el menor movimiento de aire. El primer indicio de que alguien había pasado por allí antes que ellos eran tres puntos rojos en

la pared de la izquierda. Poco después, Ayla distinguió a la luz trémula de la antorcha que mantenía en alto la mujer de delante algo que la sorprendió. No podía dar crédito a sus ojos y habría deseado que la acólita se parara un momento y acercase más la luz a la pared de la izquierda. Se detuvo y esperó a que Jondalar, que iba detrás, la alcanzase.

—Me parece que hay un mamut pintado en la pared —susurró Ayla.

—Sí, hay más de uno —confirmó Jondalar—. Imagino que si la Zelandoni no creyera que tenemos por delante una tarea más importante, te enseñaría esta cueva con la debida ceremonia. A casi todos nos ha traído de pequeños. Bueno, no demasiado pequeños, a una edad suficiente como para entender lo que nos enseñaba. Es escalofriante, pero extraordinario cuando lo ves por primera vez si te lo explican bien. Aunque sepas que forma parte de una ceremonia te pone la carne de gallina.

—¿Para qué hemos venido, Jondalar? —preguntó ella—. ¿Por qué es tan importante?

La acólita se había dado la vuelta y había retrocedido al notar que Ayla ya no la seguía.

—¿No te lo han explicado? —preguntó.

—Jonokol sólo me ha dicho que la Zelandoni quería vernos a Jondalar y a mí —contestó Ayla.

—No estoy del todo seguro —dijo Jondalar—, pero me parece que hemos venido para ayudar a la Zelandoni a localizar el espíritu de Thonolan, y si es necesario ayudarlo a encontrar su camino. Somos los únicos que vimos el lugar donde murió. Con la piedra que me aconsejaste que recogiera, posiblemente la Zelandoni lo conseguirá. Ella dijo que había sido buena idea traerla.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Ayla.

—Tiene muchos nombres —respondió la mujer. Jonokol y los otros acólitos habían llegado junto a ellos—. Mucha gente lo llama la Cueva Profunda de la Roca de la Fuente y también Profundidad de la Doni. Los zelandonia conocen su nombre sagrado, y también mucha gente, pero no suele mencionarse. Ésta es la Entrada a la Matriz de la Madre, una de las diversas entradas. Hay otras que son igual de sagradas.

—Naturalmente, todo el mundo sabe que entrada significa salida —añadió Jonokol—. Eso quiere decir que la entrada a la matriz también es el canal de nacimiento.

—Es decir, que es uno de los canales de nacimiento de la Gran Madre Tierra —añadió el acólito de menor edad.

—Como se expresa en el canto que entonó la Zelandoni en el entierro de Shevoran, éste debe de ser uno de los lugares donde la Madre concibió a los Hijos de la Tierra —dedujo Ayla.

—Lo ha entendido —dijo la mujer moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento en dirección a los otros dos acólitos—. Debes de conocer bien el Canto a la Madre —comentó dirigiéndose a Ayla.

—Lo oyó por primera vez en el entierro —aclaró Jondalar sonriente.

—Eso no es del todo exacto —dijo Ayla—. Los losadunai tienen una plegaria parecida salvo que ellos no la cantan, ¿no te acuerdas? Sólo pronuncian las palabras. Me la enseñaron en su lengua. No es del todo igual pero se parece mucho.

—Es posible que eso se deba a que los losadunai no saben cantar como los zelandonii —observó Jondalar.

—Tampoco todos nosotros cantamos —precisó Jonokol—. Muchos sólo pronunciamos las palabras. Yo no canto, y si algún día me oís cantar, entenderéis por qué.

—Hay cavernas que ponen músicas diferentes y la letra a veces también varía un poco —agregó el acólito más joven—. Algún día me gustaría escuchar la versión losadunai y, a ser posible, que me la tradujeras, Ayla.

—Con mucho gusto. Su lengua se parece mucho al zelandonii. Seguramente la entenderás sin necesidad de traducción.

De pronto, los acólitos tomaron conciencia del extraño acento de Ayla. Siempre habían considerado especiales a los zelandonii —tanto la lengua como a quienes la hablaban—; ellos eran un Pueblo, eran los Hijos de la Tierra. No entendían cómo aquella mujer podía pensar que gente que vivía al otro lado del gran glaciar, en las tierras altas del este, podía tener una lengua parecida a la de ellos. Para llegar a esa conclusión debía de haber oído muchas lenguas de pueblos que vivían muy lejos y que eran muy distintas del zelandonii. Todos pensaron que el lugar de procedencia de aquella forastera tenía que ser muy distinto del de ellos y que esa mujer conocía muchas cosas de otras gentes que ellos ignoraban. También Jondalar había aprendido muchas cosas en su viaje. En los pocos días que habían transcurrido desde su regreso ya les había enseñado muchas de ellas. Quizá fuera ése el motivo de los viajes, aprender cosas nuevas.

Todo el mundo había oído hablar de los viajes. Casi todos los jóvenes querían emprender alguno pero pocos llegaban a cumplir ese propósito, y si lo cumplían no llegaban muy lejos, al menos aquellos que regresaban. Jondalar, en cambio, había estado fuera cinco años. Había viajado muy lejos, había vivido muchas aventuras, pero, lo más importante, había regresado con unos conocimientos provechosos para su gente. Por otra parte, había traído ideas que podían hacer cambiar las cosas… y los cambios no siempre eran deseables.

—No sé si debería enseñaros las paredes pintadas a medida que pasamos —dijo la mujer—. Podría estropear la ceremonia especial preparada para vosotros, pero como igualmente veréis partes, puedo sostener la antorcha para que los observéis mejor.

—Me gustaría verlos con detenimiento —afirmó Ayla.

La acólita levantó la antorcha para que la mujer que había traído Jondalar viera las pinturas de las paredes. En la primera el mamut estaba pintado de perfil, tal como ella había visto casi siempre representados a los animales. La protuberancia de la cabeza seguida de otra en la cruz, pero un poco más abajo del lomo, hacía al animal

fácilmente reconocible. Ese perfil característico distinguía a aquella gran bestia lanuda, más aún que los colmillos curvos y la larga trompa. Estaba pintado de rojo pero matizado con marrones rojizos y negros a fin de destacar los contornos y detalles anatómicos concretos. Se hallaba de cara a la entrada, y estaba tan bien pintado que Ayla tuvo la sensación de que el mamut podía salir caminando de la cueva en cualquier momento.

Ayla no comprendía cómo era posible que los animales pintados parecieran tan llenos de vida, ni era capaz de apreciar el esfuerzo que se requería para realizarlos, pero no pudo resistirse a la tentación de contemplarlo un buen rato para ver cómo lo habían hecho. Era una técnica elegante y precisa. Con una herramienta de pedernal se había grabado un perfil definido y claro del animal, con todos sus detalles, en la pared de piedra caliza de la cueva y, encima del contorno, se había pintado una línea negra. Fuera del trazo grabado se había raspado la pared para que aflorase el color marfil tostado propio de la piedra. De ese modo se resaltaban el contorno y los colores con los que se había pintado el mamut, y se contribuía a crear el efecto tridimensional de la obra.

Pero lo más impresionante era la pintura dentro del contorno. Mediante la observación y el adiestramiento de las personas que concibieron la idea de reproducir un animal vivo sobre una superficie bidimensional, los artistas que habían pintado las paredes de la cueva habían alcanzado unos conocimientos sorprendentes e innovadores de la perspectiva. Las técnicas se habían transmitido, y aunque unos artistas eran más hábiles que otros, todos sabían utilizar las sombras para crear la sensación de plenitud vital.

Al pasar junto a la pintura, Ayla tuvo la escalofriante sensación de que el mamut se había movido. Sintió deseos de alargar la mano y tocar el animal pintado en la piedra; lo hizo con los ojos cerrados. Era frío, un poco húmedo, con la textura y el tacto de la cueva de piedra caliza, pero al abrir los ojos, notó que el artista había aprovechado la pared de piedra para dar realce a aquella creación asombrosamente realista. Había colocado el mamut en la pared de tal manera que una parte redondeada de la piedra hacía las veces de vientre, y una estalactita adherida a la pared se había utilizado para pintar la pata posterior. A la luz trémula de los candiles, Ayla advirtió que veía al animal desde un ángulo un tanto distinto a medida que avanzaba, el movimiento cambiaba el relieve natural de la piedra y proyectaba las sombras hacia posiciones ligeramente distintas. Incluso inmóvil, observando los reflejos del fuego agitarse sobre la piedra, tenía la impresión de que el animal pintado en la pared respiraba. Comprendió entonces por qué le había parecido que el mamut se movía al mismo tiempo que ella y se convenció de que si no lo hubiese examinado de cerca podría haber llegado a creer que en efecto el animal se había movido.

Recordó el día de la Reunión del Clan en que había preparado el brebaje especial que le había enseñado a hacer Iza para los mog-ures. El Mog-ur le había enseñado a mantenerse entre las sombras sin ser vista y le había dicho exactamente cuándo debía

salir para que diera la impresión de que había aparecido de repente. Existía un método en la magia de quienes trataban con el mundo de los espíritus, pero aun así seguía habiendo magia.

Al tocar la pared, Ayla había notado algo que era incapaz de explicar o entender. Era un indicio de aquella extrañeza que había percibido a veces desde que tomó sin querer los restos de la poción de los mog-ures y los siguió hasta el interior de la cueva. Desde entonces la asaltaban de vez en cuando sueños perturbadores y en ocasiones experimentaba sensaciones inquietantes, incluso despierta.

Movió la cabeza para sacudirse aquella sensación, alzó la mirada y vio que los otros la observaban. Con una tímida sonrisa apartó rápidamente la mano de la pared de piedra, temiendo haber hecho algo mal, y miró a la mujer que sostenía la antorcha. La acólita guardó silencio y se dio media vuelta para seguir adelante. El resplandor de las pequeñas llamas se reflejaba débilmente en las paredes húmedas con fantásticos destellos chispeantes mientras ellos avanzaban en silencio, uno detrás de otro, por el pasadizo. Se respiraba un ambiente de temor. Ayla estaba convencida de que iban hacia el centro de la gran mole de piedra caliza, y se alegraba de hallarse en compañía de otra gente, porque tenía la certeza de que se habría perdido en caso de haber estado sola. Se echó a temblar presa de una repentina sensación de miedo y mal augurio, y por la idea de lo que podía ser encontrarse sola en una cueva. Trató de desprenderse de esa sensación pero el frío de la cueva no desaparecería fácilmente.

No muy lejos del primer mamut había otro, y al cabo de un rato vieron muchos más y también dos caballos pequeños en los que predominaba el color negro. Se detuvo para observarlos de cerca. Al igual que antes, el perfil del animal estaba perfectamente definido al haberse cincelado en la piedra caliza y destacado con una línea negra. Los caballos estaban pintados de negro, pero como en las demás pinturas, las sombras les conferían un realismo asombroso.

Ayla notó que también había pinturas en la pared de la derecha del pasadizo, unas orientadas hacia fuera y otras hacia dentro. Predominaban los mamuts; daba la impresión de que hubiese una manada de mamuts pintada en las paredes. Ayla contó como mínimo diez en ambos lados del pasadizo, pero quizá había más. Siguió adelante mirando a su paso las pinturas fugazmente iluminadas, pero de pronto la obligó a detenerse una sobrecogedora escena representada en la pared de la izquierda: eran dos renos saludándose. Tenía que verla mejor.

El primer reno, que miraba hacia el interior de la cueva, era un macho. Estaba pintado en negro, y su forma y contornos habían sido representados con absoluta precisión, incluida la enorme cornamenta, aunque ésta se insinuaba con trazos arqueados más que pintados con todos sus detalles. Ayla observó con gran sorpresa y fascinación que el animal tenía la cabeza en alto y lamía con ternura la frente de una hembra. A diferencia de la mayoría de los ciervos, los renos hembra también tenían cuernos y en la pintura, como en la vida, los de ella eran más pequeños. Estaba pintada de rojo como arrodillada, aceptando la dulce caricia del macho.

La escena desprendía gran ternura; a Ayla le hizo pensar en Jondalar y en ella misma. Hasta ese momento no se le había ocurrido que los animales pudieran enamorarse, pero parecía que sí. Se sintió tan conmovida que estuvo a punto de echarse a llorar. Los acólitos que les guiaban le permitieron que se entretuviese un momento: comprendían su reacción; también a ellos les conmovía aquella exquisita escena.

Jondalar, igualmente, contemplaba fascinado la pintura de los dos renos.

—Ésta es nueva —comentó—. Creía que aquí había un mamut.

—Lo había. Si observas a la hembra de cerca, verás debajo parte del mamut —explicó el joven que iba detrás.

—La pintó Jonokol —informó la mujer. Jondalar y Ayla miraron al acólito artista con renovado respeto.

—Ahora entiendo que seas acólito de la Zelandoni —declaró Jondalar—. Vales mucho.

Jonokol movió la cabeza en un gesto de asentimiento agradeciendo el halago de Jondalar.

—Todos tenemos nuestros dones. Me han dicho que tú eres un tallador de pedernal muy hábil. Me gustaría ver tus obras. De hecho, tengo una herramienta pensada, pero ninguno de los artesanos que fabrican utensilios acaba de entender lo que necesito. Tenía la esperanza de que Dalanar viniese a la Reunión de Verano para encargársela a él.

—Tiene intención de ir, pero si quieres yo intentaré con mucho gusto hacerte esa herramienta —se ofreció Jondalar—. Me gusta probar cosas nuevas.

—Podríamos hablar de ello mañana —dijo el acólito.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Jonokol? —dijo Ayla.

—Claro que sí.

—¿Por qué pintaste los ciervos encima del mamut?

—Esta pared, este sitio en particular, me atraía —contestó él—. Tenía que poner aquí a los renos. Estaban ya en la pared y querían salir.

—Es una pared especial. Conduce al más allá —explicó la mujer. Cuando la Primera canta aquí, o cuando se toca una flauta la pared responde. Tiene eco, resuena con el sonido. A veces te dice lo que quieres.

—¿Todas estas paredes han llamado a alguien para que coloque sus pinturas? —preguntó Ayla señalando las pinturas que habían dejado atrás.

—Ésa es una de las razones por las que esta cueva es sagrada. Las paredes te hablan si sabes escucharlas; te llevan a ciertos lugares si estás dispuesto a ir —respondió la acólita.

—No me lo habían dicho nunca —comentó Jondalar—, al menos de esa manera. ¿Por qué nos lo explicas ahora?

—Porque tendréis que escuchar y quizá ir a algún sitio para ayudar a la Primera a encontrar el elán de tu hermano, Jondalar —contestó la mujer. Después añadió—:

Los zelandonia han intentado comprender por qué Jonokol tuvo la inspiración de pintar aquí estas figuras. Yo empiezo a hacerme una idea. —La mujer sonrió enigmáticamente a Jondalar y a Ayla y se dio la vuelta para continuar adentrándose en la cueva.

—No sé cómo te llamas —dijo Ayla a la mujer tocándole el brazo para detenerla —. ¿Puedo preguntarte el nombre antes de que continuemos?

—Mi nombre no tiene importancia —respondió ella—. En cualquier caso, deberé abandonarlo cuando sea una Zelandoni. Soy la Primera Acólita de la Zelandoni de la Segunda Caverna.

—Entonces puedo llamarte Acólita de la Segunda —propuso Ayla.

—Sí, de acuerdo. Aunque la Zelandoni de la Segunda tiene más de un acólito, los otros dos no han venido, porque han emprendido ya el camino hacia la Reunión de Verano.

—¿Puedes ser, pues, Primera Acólita de la Segunda?

—Si tú quieres, responderé a ese nombre.

—¿Y a ti cómo he de llamarte? —preguntó Ayla al joven que iba detrás.

—Yo sólo soy acólito desde la última Reunión de Verano y, como Jonokol, todavía uso mi nombre casi siempre. Quizá debería presentarme formalmente —le tendió las dos manos—. Soy Mikolan de la Decimocuarta Caverna de los zelandonii, Segundo Acólito de la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna. Te doy la bienvenida.

Ayla le cogió las manos.

—Yo te saludo, Mikolan, de la Decimocuarta Caverna de los zelandonii. Yo soy Ayla de los mamutoi, escogida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario, amiga de los caballos Whinney y Corredor, y de Lobo, el cazador cuadrúpedo.

—He oído decir que hay gente al este que se refiere a sus cavernas como Hogar del Mamut —dijo la acólita.

—Es verdad —confirmó Jondalar—. Son los mamutoi. Ayla y yo vivimos un año con ellos, pero me extraña que aquí hayáis oído hablar de esa gente. Viven muy lejos.

La mujer miró a Ayla.

—El hecho de que seas hija del Hogar del Mamut explica ciertas cosas. ¿Eres una Zelandoni?

—No, no lo soy —contestó Ayla—. El Mamut me adoptó en el Hogar del Mamut. No había sido llamada, pero estaba adiestrándome cuando me fui con Jondalar.

La mujer sonrió.

—No te habrían adoptado si no estuvieses predestinada; seguro que oirás la llamada.

—No creo que sea ése mi deseo —declaró Ayla.

—Eso es posible —dijo la Primera Acólita de la Segunda, y a continuación se volvió para seguir mostrándoles el camino hacia el interior de la Roca de la Fuente.

Más adelante empezaron a ver un resplandor que iba haciéndose cada vez más intenso. Tras la total oscuridad de la cueva, sin más luz que la de las débiles llamas, la vista se había ya acostumbrado, y de pronto una iluminación mayor resultaba cegadora. El pasadizo se ensanchó, y Ayla vio a varias personas que aguardaban en una zona más amplia. Parecía abarrotada. Al llegar, reconoció a algunas y advirtió que todos eran zelandonia menos Jondalar y ella.

La corpulenta donier de la Novena Caverna se hallaba instalada en un asiento que alguien debía de haberle llevado hasta allí. Se levantó y sonrió.

—Os esperábamos —dijo abriendo los brazos. Ayla dedujo que se trataba de un abrazo formal, una manera de saludar en público a personas con las que existían estrechas afinidades.

Uno de los otros zelandonia saludó a Ayla con un gesto de asentimiento. Ella le devolvió el mismo saludo al hombre de baja estatura y complexión menuda que identificó como el Zelandoni de la Undécima, quien le había impresionado con su fuerte apretón de manos y su seguridad en sí mismo. Un hombre de mayor edad, el Zelandoni de la Tercera, le sonrió, y ella le correspondió también con una sonrisa; era el que tan amable y comprensivo se había mostrado con ella cuando intentaba ayudar a Shevoran. Reconoció prácticamente a todos los demás y recordó haberlos saludado en algún otro momento.

Habían encendido una pequeña fogata sobre un montón de piedras que habían acarreado hasta allí con ese propósito y que volverían a llevarse al marcharse. Junto a un humeante cuenco de madera para cocinar de tamaño considerable, había un odre de agua. Ayla observó a una joven extraer un par de piedras de cocinar del fondo del cuenco con unas pinzas de madera y sustituirlas por otras que tenía calentándose al fuego. Cuando las piedras entraron en contacto con el agua, se elevó una nube de vapor. La muchacha alzó la cabeza, y Ayla reconoció a Mejera, que le sonrió.

Entonces La Que Era la Primera añadió algo que llevaba en una bolsa.

«Prepara una decocción, para que hierva, no una infusión, pensó Ayla. Probablemente el brebaje contiene alguna raíz o trozos de corteza, algo fuerte». Cuando volvieron a añadir piedras, un vapor de un aroma muy intenso impregnó el aire. Era fácil distinguir la fragancia de la menta, pero Ayla percibió también otros olores y sabores que intentó identificar; sospechó que la verdadera finalidad de la menta era camuflar algún gusto desagradable.

Dos personas extendieron sobre el suelo rocoso y húmedo, cerca del asiento de la Zelandoni, una piel gruesa y acolchada.

—Ayla, Jondalar, venid aquí y poneos cómodos —dijo la voluminosa mujer indicando la piel—. Quiero que bebáis esto.

La muchacha que se encargaba de la poción del cuenco repartió cuatro vasos del brebaje.

—Aún no está a punto, así que tened un poco de paciencia.

—Ayla ha estado mirando las pinturas de las paredes —explicó Jonokol—. Creo que le gustaría ver más. Sería más distraído que quedarse aquí esperando a que la bebida esté lista.

—Sí, me gustaría ver más —se apresuró a corroborar Ayla, cada vez más nerviosa por tener que beber una decocción desconocida, y destinada con toda seguridad a ayudarla a encontrar otro mundo. Sus anteriores experiencias con brebajes similares no habían sido demasiado placenteras.

La Zelandoni la observó atentamente por un momento. Conocía a Jonokol lo suficiente para saber que no habría hecho tal proposición sin un buen motivo. Debía de haber notado cierta inquietud en Ayla, y ciertamente parecía alterada.

—Adelante, pues, Jonokol, ¿por qué no le enseñas las pinturas de las paredes? —accedió la Primera.

—Me gustaría acompañarlos —dijo Jondalar, que tampoco estaba demasiado tranquilo—. Quizá podría guiarnos la mujer de la antorcha.

—Con mucho gusto —aceptó la Primera Acólita de la Segunda Caverna al tiempo que cogía la misma antorcha de antes—. He de volver a encenderla.

—Hay unas obras magníficas detrás de los zelandonia, pero prefiero no molestarlos —comentó Jonokol—. Te enseñaré una cosa interesante en este pasadizo.

La condujo por un pasillo que se desviaba del principal hacia la derecha. Inmediatamente a la izquierda, se detuvo ante otro panel con un reno y un caballo.

—¿También lo has hecho tú? —preguntó Ayla.

—No, lo hizo mi maestra. Precedió a la hermana de Kimeran como Zelandoni de la Segunda —dijo Jonokol—. Era una pintora excepcional.

—Excelente sin duda, pero me parece que el discípulo ha superado a la maestra —afirmó Jondalar.

—Bueno, pero para los zelandonia no cuenta tanto la calidad como la experiencia —matizó la Primera Acólita de la Segunda—. Estas pinturas son sólo para contemplarlas.

—Ya lo supongo —repuso Jondalar con una sonrisa burlona—, pero a mí personalmente eso es lo que me gusta: contemplarlas. He de admitir que no espero con mucho entusiasmo esta… ceremonia. Estoy dispuesto a participar y estoy seguro de que será interesante, pero la verdad es que prefiero que sean los zelandonia quienes vivan esas experiencias.

Jonokol sonrió comprensivamente.

—No eres el único que piensa así, Jondalar. A la mayoría de la gente le gusta mantenerse firmemente agarrada a este mundo. Venid, os enseñaré otra cosa antes de que nos tengamos que poner serios.

El acólito artista los guió hacia otra zona del lado derecho del pasadizo donde se habían formado más estalagmitas y estalactitas de lo normal. La pared se hallaba cubierta de formaciones calcáreas, pero encima de los abultamientos había pintados

dos caballos que se integraban en la pared creando la impresión de una larga capa peluda de invierno. El de detrás se encabritaba con un efecto de gran animación.

—Tienen mucha vida —comentó Ayla, muy intrigada. Había visto caballos en posturas semejantes.

—Los muchachos, al verlo, siempre dicen que el de detrás «se encabrita buscando placeres» —explicó Jondalar.

—Es una interpretación —dijo la acólita—. Podría ser un macho intentando montar a la hembra de delante, pero yo creo que se dejó expresamente ese punto de ambigüedad.

—¿Los pintó tu maestra, Jonokol? —preguntó Ayla.

—No. No sé quién es el autor —contestó él—. Nadie lo sabe. Los pintaron hace mucho tiempo, por las mismas fechas que los mamuts. Dicen que son obra de nuestros antepasados, nuestros abuelos.

—Ayla —dijo la mujer—, querría enseñarte algo.

—¿Piensas enseñarle la vulva? —preguntó Jonokol un tanto extrañado—. No acostumbra a enseñarse en la primera visita.

—Ya lo sé, pero me parece que con ella deberíamos hacer una excepción —adujo la acólita. Con la luz en alto, los guió hacia un lugar no muy alejado de los caballos.

Al detenerse, bajó la antorcha para iluminar una formación de roca muy curiosa que sobresalía de la pared y se prolongaba por el suelo, elevándose. Observándola, Ayla advirtió una zona de piedra realzada con rojo, pero sólo cuando se fijó mejor comprendió qué representaba, y eso porque había atendido a más de una mujer en el momento del parto. A un hombre debía de resultarle más fácil reconocerlo. Por casualidad —o por un designio sobrenatural—, la piedra había tomado la forma exacta de un órgano sexual femenino. La forma, los pliegues e incluso la depresión que constituía la entrada de la vagina: todo estaba allí. Sólo se había añadido el color rojo, para destacarla, y para que fuera más fácil encontrarla.

—¡Es una mujer! —exclamó Ayla, atónita—. ¡Es exactamente como una mujer! No había visto nunca nada igual.

—¿Entiendes ahora por qué es tan sagrada esta cueva? La Madre la creó para nosotros. Esto es la prueba de que esta cueva es la Entrada a la Matriz de la Madre —aseveró la mujer que se preparaba para servir a la Gran Madre Tierra.

—¿Ya lo habías visto, Jondalar? —preguntó Ayla.

—Sólo una vez. Me lo enseñó la Zelandoni. Es impresionante. Una cosa es que un artista como Jonokol mire la pared de una cueva, vea la figura que está en ella y la saque a la superficie para que la contemplen los demás. Pero esto ya estaba aquí. El color añadido sólo lo hace más visible.

—Todavía quiero enseñarte algo más —dijo Jonokol.

Retrocedió, y cuando llegaron a la zona más amplia donde esperaban todos, pasó rápidamente y dobló a la derecha, otra vez por el pasadizo principal. Al final de éste, a la izquierda, había un recinto circular, y en la pared unas depresiones cóncavas,

como la cara opuesta de un bulto redondeado. En algunas de esas concavidades había mamuts pintados de modo que produjeran una insólita ilusión. A primera vista no parecían depresiones, sino que más bien adoptaban la forma de un estómago de mamut, redondeado hacia afuera. Ayla tuvo que mirarlo dos veces y después tocarlo para convencerse de que eran cóncavas de verdad —no convexas—, y que eran huecos y no bultos.

—¡Es increíble! —prorrumpió Ayla—. Están pintados de manera que parecen lo contrario de lo que son.

—Éstos sí son nuevos, ¿verdad? No recuerdo haberlos visto —observó Jondalar —. ¿Los has pintado tú, Jonokol?

—No, pero conoceréis a la mujer que los hizo.

—Todo el mundo coincide en que es excepcional —dijo la acólita—, como lo es Jonokol, naturalmente. Tenemos suerte de contar con dos artistas de tanto talento.

—Por allí hay algunas figurillas —indicó el acólito mirando a Ayla—. Rinocerontes lanudos, un león cavernario, un caballo grabado; pero el pasadizo es muy estrecho y cuesta llegar. Una serie de rayas marcan el final.

—Ya debe de estar todo a punto —recordó la mujer—. Mejor será que volvamos.

Mientras se daban la vuelta para regresar, Ayla miró una última vez la pared de la derecha, frente al espacio en forma de capilla destinado a los mamuts. La asaltó una angustiosa sensación. Tenía miedo de saber qué ocurriría. Ya le había pasado antes. La primera vez había sido cuando preparó la bebida con unas raíces especiales para los mog-ures. Iza le había dicho que era demasiado sagrada para malgastarla, y por eso no se le permitía hacer pruebas. Enseguida se había desorientado, primero por masticar las raíces para reblandecerlas, luego por probar las bebidas que se habían preparado para la noche de la ceremonia y la celebración especial. Al descubrir un poco de líquido en el cuenco antiguo, se lo había bebido para no malgastarlo. El potente brebaje se había hecho aún más fuerte con el rato de reposo, y le había hecho un efecto atroz. Desorientada, había seguido la luz de las hogueras hasta las profundidades laberínticas de la cueva, y cuando se encontró con Creb y los otros mog-ures, ya no pudo volver.

Después de aquella noche, Creb cambió, y tampoco ella había vuelto a ser la misma de siempre. Comenzaron entonces los sueños misteriosos, los despertares con sensaciones extrañas y las visiones enigmáticas que la transportaban a otros lugares y que a veces eran premonitorias. Esos sueños se habían hecho más fuertes y predominantes durante el viaje.

Ahora, contemplando la pared, la sólida piedra empezó a parecerle débil. La superficie dura del muro donde se reflejaban las hogueras parecía blanda, honda y absolutamente negra. Y ella se encontraba allí, dentro de aquel espacio amenazador y nebuloso, y no hallaba la manera de escapar. Se sentía agotada, débil y herida en lo más hondo de sí. Apareció entonces Lobo. Corría a través de la hierba alta, hacia ella, en su busca.

—¡Ayla, Ayla! ¿Te encuentras bien? —preguntó Jondalar.

Capítulo 18

—¡Ayla! —exclamó Jondalar.

—¡Oh, Jondalar! He visto a Lobo —dijo ella, parpadeando y sacudiendo la cabeza para librarse de la sensación de aturdimiento y vaga premonición.

—¿Qué quieres decir con eso de que has visto a Lobo? No ha venido con nosotros. ¿Es que no te acuerdas? Lo has dejado con Folara —dijo Jondalar, temeroso y preocupado.

—Ya lo sé, pero estaba allí —contestó ella señalando la pared—. Ha venido a buscarme cuando lo necesitaba.

—No es la primera vez —dijo Jondalar—. Te ha salvado la vida en más de una ocasión. Quizá era un recuerdo.

—Quizá sí —contestó ella. Pero, en realidad, no lo creía.

—¿Dices que has visto un lobo en esa pared? —preguntó Jonokol.

—No exactamente en la pared —dijo Ayla—, pero Lobo estaba.

—Creo que deberíamos volver —sugirió la acólita, pero miraba a Ayla intrigada.

—Aquí los tenemos —dijo la Zelandoni de la Novena cuando los vio regresar por el pasadizo—. ¿Estáis ya más tranquilos y dispuestos a empezar?

Sonreía, pero Ayla tuvo la sensación de que la corpulenta mujer estaba impaciente y no del todo complacida.

Después del vivo recuerdo de cuando había bebido un líquido que había alterado su percepción, y su momento de confusión al ver a Lobo en la pared, Ayla tenía aún menos ganas que antes de beber una poción que la llevase a otra clase de realidad o a otro mundo, pero tenía la impresión de que no podía elegir.

—No es fácil conservar la calma en una cueva como ésta —adujo Ayla—, y tomar esa infusión me aterroriza, pero si crees que es necesario estoy dispuesta a hacerlo.

La Primera volvió a sonreír, y esta vez su sonrisa parecía sincera.

—Tu franqueza es de agradecer, Ayla. Es cierto que no es fácil conservar la calma aquí dentro. No es ése el objetivo de esta cueva. También es normal que te asuste tomar la infusión. Es muy poderosa. Me disponía a explicarte que te notarás un poco rara después de beberla, y que sus efectos no son del todo previsibles. Suelen desaparecer al cabo de un día o dos, y no sé de nadie que haya tenido efectos perjudiciales, pero si prefieres no tomarla nadie te lo tendrá en cuenta.

Ayla pensó si realmente podía negarse, pero aunque le complaciera tener la opción, aún le costaba más decir que no.

—Si tú quieres, estoy preparada —dijo.

—Estoy segura de que tu participación será útil, Ayla —afirmó la donier—. Y también la tuya, Jondalar. Pero quiero que comprendas que también tú tienes derecho

a negarte.

—Ya sabes que el mundo de los espíritus siempre me ha inquietado, Zelandoni —repuso él—, y después de dos días de cavar tumbas y de la ceremonia funeraria he estado ya más cerca de él de lo que querría volver a estarlo hasta que me llame la Madre. Pero fui yo quien te pidió que ayudases a Thonolan, y lo mínimo que puedo hacer es colaborar en la medida de mis posibilidades. La verdad es que ya tengo ganas de acabar.

—Siendo así, ¿por qué no os sentáis en esa piel y empezamos? —dijo la Primera de Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

En cuanto se sentaron, la muchacha sirvió la infusión en los vasos. Ayla miró a Mejera y sonrió, ella le devolvió la sonrisa con timidez. Ayla notó que era muy joven. Parecía nerviosa. Pensó que debía de ser la primera vez que participaba en aquella ceremonia. Seguramente los zelandonia utilizaban la ocasión como experiencia formativa.

—No hay ninguna prisa —dijo el Zelandoni de la Tercera, que ayudaba a la acólita con los vasos—. Tiene un sabor muy fuerte, pero con la menta no es tan desagradable.

Ayla tomó un sorbo y decidió que eso de si era o no tan desagradable era una cuestión de opiniones. En otras circunstancias la habría escupido. La hoguera estaba apagada, pero la bebida seguía bastante caliente. Ayla pensó que alguno de los ingredientes daba mal sabor a la menta. Además, aquello no era una infusión. Había hervido, no reposado, y con el hervor se perdían las mejores cualidades de la menta. Pensó que quizá había otras hierbas inocuas o curativas compatibles con los ingredientes principales para obtener un resultado final más agradable. Raíces de regaliz, tal vez, o flores de tilo. En cualquier caso, el sabor no era como para paladearlo y acabó tomando el brebaje de un trago.

—Jondalar, ¿es ésta la piedra que trajiste del sitio donde reposa el cuerpo de Thonolan? —preguntó la Primera enseñándole la piedra gris, pequeña y lisa, que presentaba una cara azul iridiscente.

—Sí, es ésta —contestó él—. Reconocería esa piedra en cualquier sitio.

—Bien. Es una piedra poco común, y estoy convencida de que contiene aún restos del elán de tu hermano. Cógela y después cogeos de la mano tú y Ayla, de manera que sostengáis la piedra entre los dos. Aproxímate más a mi asiento y dame tu otra mano. Tú, Ayla, acércate un poco y toma de la mano a Mejera.

«Mejera debe de ser una acólita nueva, pensó Ayla. Posiblemente es la primera vez que se somete a una experiencia como ésta. También para mí es la primera vez con los zelandonia, pero ya viví algo parecido cuando estuve en la Reunión del Clan con Creb y, desde luego, también con Mamut». Empezó a recordar su experiencia con el anciano del Campamento del León que intercedía con el mundo de los espíritus y eso no la tranquilizó. Cuando Mamut se enteró de que ella tenía aquellas raíces especiales que usaban los mog-ures quiso probarlas, pero no conocía bien sus

propiedades y eran mucho más poderosas de lo que él creía. Prácticamente se perdieron los dos en el vacío y Mamut le recomendó que no las utilizara nunca más. Aunque le quedaban algunas de aquellas raíces, Ayla no tenía la menor intención de emplearlas.

Los cuatro que habían tomado la bebida estaban sentados en círculo y cogidos de la mano; la Primera ocupaba un asiento bajo y acolchado y los demás estaban en el suelo sobre la piel. La Zelandoni de la Undécima llevó un candil y lo colocó justo en el centro del círculo. Ayla había visto ya candiles parecidos, pero aquél la intrigó. Mientras contemplaba la piedra que contenía fuego, empezaba a notar los efectos de la bebida.

El candil era de piedra caliza. La forma general, incluida la sección del recipiente y la prolongación del asa, había sido tallada en una piedra más dura, como el granito. Después se había pulido y decorado con marcas simbólicas grabadas con un punzón de pedernal. Dentro había tres mechas, cuyas puntas sobresalían de la grasa líquida. Una mecha era de liquen, que se encendía rápidamente y quemaba bien, fundiendo la grasa; la segunda era de musgo seco, trenzado en forma de cuerda, y daba una buena luz; y la tercera estaba hecha con fibras secas del tallo de una seta porosa, y absorbía tan bien la grasa líquida que seguía ardiendo incluso después de terminarse el aceite. La grasa animal que utilizaban como combustible se había fundido previamente en agua hirviendo para que las impurezas cayesen al fondo y sólo quedase encima el sebo blanco y puro después de colado. La llama ardía clara sin despedir humo ni hollín. Ayla miró alrededor y, con desánimo, vio que un zelandoni apagaba un candil y después otro y otro. Al cabo de un momento todos los candiles estaban apagados salvo el del centro del círculo. Pese a sus diminutas dimensiones, la luz del único candil se propagaba e iluminaba las caras de las cuatro personas cogidas de la mano con un resplandor dorado y cálido. Pero más allá del círculo una oscuridad absoluta llenaba todos los rincones, todas las grietas y todos los nichos de una negrura que parecía espesa y tensa. Ayla estaba atemorizada. Volvió la cabeza y advirtió un punto de luz en el largo pasadizo. Algunos de los candiles que los habían guiado hasta allí seguían encendidos, pensó, y expulsó el aire que sin darse cuenta había retenido en los pulmones.

Empezaba a invadirla una extraña sensación. La decocción tenía un efecto rápido. Le daba la impresión de que las cosas iban más despacio o ella más deprisa. Miró a Jondalar y descubrió que él estaba mirándola, y la asaltó la curiosa sensación de que ella sabía lo que él pensaba. Después miró a la Zelandoni y a Mejera y tuvo la misma sensación, pero no tan nítida como con Jondalar. No obstante, pensó que todo aquello podían ser imaginaciones suyas. Empezó a tomar conciencia de que se oía una música, flautas, timbales y personas que cantaban pero sin palabras. No sabía cuándo ni dónde había comenzado. Cada cantor emitía una sola nota, o una serie de notas repetitivas, hasta quedarse sin aliento y entonces tomaba aire y volvía a empezar. Casi todos los cantores y timbaleros repetían lo mismo una vez tras otra, pero unos cuantos

cantores excepcionales variaban su melodía, al igual que los flautistas, cada uno empezaba y acababa a su antojo, y eso quería decir que no había dos personas que comenzasen o se interrumpiesen al mismo tiempo. El efecto era un sonido continuo de tonos entretejidos que cambiaban cada vez que arrancaban nuevas voces y se detenían otras, con una superposición de melodías divergentes. A veces era atonal, a veces casi armónico, pero en conjunto era una fuga extraordinaria, preciosa y potente.

Las otras tres personas del círculo también cantaban. La Primera, con su magnífica voz de contralto, era una de las que variaban sus tonos de una manera melódica. Mejera tenía una voz aguda y pura, y emitía una serie de tonos simples y repetitivos. Jondalar también producía una repetición de tonos, un cántico que había perfeccionado y del que se sentía satisfecho. Ayla nunca lo había oído cantar, pero notó que tenía un timbre vibrante, y le gustó. No entendía por qué no cantaba más a menudo.

Tuvo la impresión de que debía unirse a ellos, pero cuando vivía con los mamutoi había intentado cantar y había comprobado que era incapaz de seguir una melodía. De pequeña no había aprendido y ya era demasiado tarde. Oyó entonces que uno de los hombres situados cerca de ellos canturreaba de una manera monótona. Se acordó de la época en que vivía sola en el valle y tarareaba de una manera parecida por las noches para adormilarse con la bolsa de piel con la que había llevado a su hijo, arrugada y hecha un rebuño, contra el vientre.

En voz muy baja empezó a canturrear de forma monótona en un tono grave y siguió el ritmo ligeramente encogida. La música resultaba sobrecogedora, su propio canturreo la relajaba, los sonidos producidos por los Otros le proporcionaban consuelo, una sensación de protección y de apoyo. Gracias a esa sensación le resultó más fácil abandonarse a los efectos del brebaje, que comenzaba a notar cada vez más poderosamente.

Empezó a tener una conciencia muy clara de las manos que tenía cogidas. A la izquierda notaba la mano de la muchacha, fría, húmeda y flácida. Apretó la mano de Mejera pero no notó que la muchacha le correspondiera a su vez con un apretón. Incluso en eso se mostraba tímida y juvenil. En contraste, la mano de la derecha era cálida, seca y un tanto encallecida por el trabajo. Jondalar le sujetaba la mano con firmeza como lo hacía ella, y Ayla era en extremo consciente de la piedra que sostenían entre los dos. Le transmitía una sensación ligeramente desconcertante, pero la mano de él le daba seguridad.

Aunque no lo viera, estaba segura de que la faceta plana y opalescente se hallaba en contacto con su palma, lo cual significaba que la parte triangular y rugosa del otro lado estaba en contacto con la palma de Jondalar. Se concentró y tuvo la impresión de que la piedra aumentaba de temperatura adaptándose al calor de sus cuerpos, sumándose a ellos como si empezase a formar parte de ellos, o ellos de la piedra. Recordó el escalofrío experimentado al entrar en la cueva, y que el frío se había

hecho más intenso a medida que se adentraba en sus profundidades, pero en ese momento, sentada en la piel y vestida con ropa de abrigo, no tenía frío.

Concentrada en la llama del candil, pensó en el agradable calor del fuego de un hogar. Observó la trémula llama atrapada en aquella pequeña incandescencia; se sintió aislada de todo lo demás. Contempló cómo temblaba y flameaba la diminuta luz amarilla. Tenía la impresión de poder controlar la llama con su respiración.

Al mirar con más atención aún, le pareció que la luz no era del todo amarilla. Para que se quedara totalmente quieta mientras la examinaba, contuvo la respiración. En el centro la llama era redonda, con la parte más brillante junto al extremo de la mecha. Dentro del amarillo había una zona más oscura que partía de la punta de la mecha y se estrechaba en forma de cono a medida que ascendía por la llama. Sobre el amarillo donde se iniciaba la llama se advertían tonalidades azules. Nunca había observado con tal atención e intensidad la llama de un candil de aceite. Cuando volvió a respirar, la llama empezó a oscilar al ritmo de la música; cada vez era más radiante y se reflejaba en la superficie resplandeciente del sebo fundido. Los ojos de Ayla se llenaron de una luminiscencia refulgente hasta que ya no vio nada más.

Se sintió grácil, ingrávida, despreocupada, como si pudiese flotar en la cálida luz. Todo era fácil, nada exigía esfuerzo. Sonrió, ahogó una risa y miró a Jondalar. Pensó en la vida que había empezado a crecer dentro de ella, y una oleada de intenso amor por el niño la invadió y superó. Jondalar no pudo evitar responder a aquella sonrisa radiante; ella lo vio sonreír y se sintió feliz y querida. La vida era jubilosa, y ella quería su parte.

Sonrió a Mejera, y ésta le correspondió con una sonrisa incierta; después se volvió hacia la Zelandoni y la incluyó en su felicidad. Desde un rincón desapasionado de su mente que parecía haberse distanciado de ella daba la impresión de observarlo todo con extraña lucidez.

—Estoy preparada para llamar al elán de Shevoran y dirigirlo hacia el mundo de los espíritus —dijo la que era la Primera interrumpiendo su canto. Su voz le sonó lejana incluso a ella misma—. Después de ayudarlo, intentaré encontrar el elán de Thonolan. Jondalar y Ayla tendrán que colaborar. Pensad en cómo murió y dónde descansan sus huesos.

Para Ayla el sonido de las palabras de la Zelandoni era como una música cada vez más intensa y compleja. Percibió tonos que resonaban en las paredes de alrededor y tuvo la sensación de que la corpulenta donier entraba a formar parte del canto reverberante que volvía a sonar, penetrando en la propia cueva. Vio que la mujer cerraba los ojos. Cuando los abrió se habría dicho que miraba algo muy lejano. De pronto los ojos se le quedaron en blanco, y cuando volvió a cerrarlos, pareció desmoronarse en su asiento.

Mejera empezó a temblar. Ayla no sabía si era por miedo o si sencillamente estaba fuera de sí. Volvió a mirar a Jondalar. Él parecía mirarla, y le sonrió, pero ella se dio cuenta de que también él tenía la mirada perdida en el vacío y contemplaba

algo lejano dentro de su mente. De repente, Ayla se encontró de nuevo en las inmediaciones de su valle.

Ayla oyó algo que le heló la sangre y le aceleró el corazón: el eco del rugido de un león cavernario… y un grito humano. Jondalar estaba con ella, tenía la impresión de que estaba dentro de ella; notó en la pierna el dolor de una herida provocada por la garra de un león, pero perdió el conocimiento. *Ayla se detuvo, le palpitaba la sangre en los oídos. Hacía mucho tiempo que no oía ningún sonido humano, pero sabía que aquel grito procedía de seres como ella. Estaba tan atónita que ni siquiera era capaz de pensar. El grito la atraía… alguien estaba pidiendo ayuda.*

La inconsciencia en que se hallaba Jondalar hacía que su presencia ya no fuera tan dominante, lo que le permitía escuchar a los otros: la Zelandoni, lejana pero poderosa; Mejera, más cercana pero insegura; y la música, con las voces y la flautas, débiles pero reconfortantes, y los timbales, graves y sonoros.

Oyó el rugido del león cavernario y vio la melena rojiza. Advirtió entonces que Whinney no estaba nerviosa, y sabía por qué… ¡Es Bebé! ¡Whinney, es Bebé!

Había dos hombres. Apartó al león que había criado y se arrodilló para examinarlos. Sentía extrañeza y curiosidad, pero su principal preocupación era poder hacer algo por ellos como curandera. Sabía que eran hombres, pese a que eran los primeros seres de los Otros que recordaba haber visto.

Supo de inmediato que nada podía hacer por la vida del hombre del cabello oscuro. Estaba en el suelo, con el cuello roto. Las marcas de los dientes en el cuello revelaban la causa. Pese a que no conocía a ese hombre, su muerte le produjo una honda consternación. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No era que lo quisiera, sino que tuvo la sensación de haber perdido algo muy valioso antes de poder apreciarlo. Le entristeció hondamente el hecho de que la primera vez que veía personas como ella una estuviese muerta.

Deseaba dar reconocimiento a su carácter humano, honrarlo mediante un entierro, pero al examinar al otro hombre comprendió que no podría hacerlo. El hombre del cabello amarillo todavía respiraba, pero la vida se le escapaba por la herida de la

pierna. Su única esperanza era trasladarlo a la caverna lo antes posible para curarlo. No había tiempo para entierros.

No sabía qué hacer. No quería dejar al hombre muerto allí con los leones… Advirtió que había muchas piedras sueltas en el fondo del cañón ciego y que en su mayor parte estaban amontonadas tras unas rocas no muy estables. Arrastró el cadáver hacia el fondo del cañón cerca del pedregal…

Luego, una vez que tuvo al otro hombre herido atado a la angarilla, volvió al fondo del cañón con una lanza larga y robusta del clan. Contempló al hombre muerto y sintió lástima por su muerte. Con los mudos gestos y movimientos del clan se dirigió al mundo de los espíritus.

Había observado a Creb, el viejo Mog-ur, cuando enviaba al espíritu de Iza al otro mundo con sus movimientos fluidos y elocuentes. Ayla había repetido los mismos movimientos al encontrar el cuerpo de Creb en la cueva después del terremoto, pese a desconocer el pleno significado de esos gestos sagrados. Eso carecía de importancia… Conocía la intención… A continuación, para mover la gran roca, hizo palanca con la gruesa lanza, tal como habría utilizado una vara para levantar un tronco o arrancar una raíz, y se apartó para dejar que la cascada de piedras sueltas cubriese el cadáver…

Cuando se acercaban a una abertura de la pared entre rocas de contornos irregulares, Ayla desmontó y examinó la tierra. No había ninguna huella reciente. Ya no sentía dolor. Era un momento distinto, mucho más tarde. Tenía la pierna curada; sólo quedaba una gran cicatriz. Habían montado los dos sobre Whinney. Jondalar desmontó y la siguió, pero ella sabía que él no deseaba estar allí.

Ella lo guió hacia el cañón ciego, se encaramó a una roca y fue hacia unas piedras fragmentadas del fondo.

—Es aquí, Jondalar —dijo, y cogió una bolsa que llevaba colgada de la túnica y se la entregó.

Él conocía aquel lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó él mirando la bolsa de piel.

—Ocre rojo para su tumba.

Él asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Notó que se le anegaban los ojos de lágrimas y no hizo el menor esfuerzo por contenerlas. Se echó el ocre rojo en la mano y espolvoreó con él las piedras y la grava; después esparció otro puñado. Ayla

esperó mientras Jondalar miraba fijamente las rocas caídas con los ojos llorosos, y cuando se dio media vuelta para marchase, ella señaló con un gesto la tumba de Thonolan.

Llegaron al cañón ciego lleno de rocas enormes y lisas y entraron, atraídos por la pila de piedras sueltas del rincón. Había vuelto a pasar el tiempo. Ahora vivían con los mamutoi, y el Campamento del León estaba a punto de adoptarla. Habían ido al valle para que Ayla recogiera algunas de las cosas que había hecho para regalar a su nueva gente, y se disponían a regresar. *Jondalar estaba de pie frente al montón de piedras deseando hacer algo a modo de reconocimiento en el lugar donde estaba enterrado su hermano. Quizá la Doni ya lo había encontrado, puesto que lo había llamado siendo aún muy joven. Sabía que la Zelandoni intentaría hallar el sitio donde reposaba el espíritu de Thonolan para guiarlo si era posible hacia el mundo de los espíritus. Pero ¿cómo podía indicarle dónde estaba aquel lugar? No habría podido encontrarlo sin Ayla.*

Vio que ella tenía una pequeña bolsa de piel en la mano, semejante a la que llevaba colgada al cuello.

—Me has dicho que su espíritu ha de regresar con la Doni. No sé qué hace la Gran Madre, sólo conozco el mundo de los espíritus de los tótems del clan. Rogué al León Cavernario que lo guiase. Quizá continúe en el mismo sitio, o quizá la Gran Madre conoce ese sitio, pero el León Cavernario es un tótem poderoso y tu hermano no está desprotegido.

Alzó la pequeña bolsa.

—Te he preparado un amuleto. También a ti te escogió el León Cavernario. No es necesario que lo lleves puesto, pero deberías guardarlo. Dentro hay un trozo de ocre rojo, para que conserves parte de tu espíritu y parte de tu tótem, pero creo que tu amuleto debería contener otra cosa.

Jondalar frunció el entrecejo. No quería ofenderla, pero no estaba seguro de querer aceptar aquel amuleto del tótem del clan.

—Creo que deberías coger una piedra de la tumba de tu hermano. Puede contener una parte de su espíritu. Puedes llevarla dentro del amuleto hasta reunirte con tu gente.

En un primer momento Jondalar no supo qué hacer, pero luego pensó que esa piedra podía servirle a la Zelandoni para encontrar el espíritu de su hermano en un tránsito espiritual. Quizá los tótems del clan eran más importantes de lo que él creía. Al fin y al cabo, ¿no creaba Doni a los espíritus de todos los animales?

—Sí, me guardaré el amuleto y dentro de él pondré una piedra de la tumba de Thonolan —dijo Jondalar.

Observó las piedras sueltas y lisas amontonadas contra la pared en precario equilibrio, de pronto una de ellas, rindiéndose a la fuerza de la gravedad, rodó entre

las demás y cayó a los pies de Jondalar. Él la recogió. A simple vista parecía igual que los otros inocuos fragmentos de granito y roca sedimentaria. Pero al girarla vio, sorprendido, una brillante opalescencia en la faceta por donde la piedra se había roto. De la lechosa piedra blanca salían unos intensos rayos rojos, y unas trémulas franjas azules y verdes danzaban y chispeaban a la luz del sol entre sus manos.

—Fíjate, Ayla —dijo enseñándole el lado opalescente de la piedra que había recogido—. Vista al revés no lo parecía. Se habría dicho que era una piedra cualquiera, pero por este lado por donde se ha separado de la roca los colores parecen surgir de muy adentro y son tan resplandecientes que parecen vivos.

—Puede que esté viva o puede que sea una porción del espíritu de tu hermano —dijo ella.

Ayla tomó conciencia de la cálida mano de Jondalar y de la piedra. Su temperatura aumentaba, no tanto como para resultar molesta, pero lo suficiente para hacerse presente. ¿Era el espíritu de Thonolan que quería mostrarse? Habría deseado conocerlo. Por lo que había oído contar desde su llegada, era evidente que todos lo querían. Era una lástima que hubiese muerto tan joven. Jondalar había dicho a menudo que era Thonolan quien había tomado la iniciativa de viajar. Él sólo lo había acompañado en su viaje cuando su hermano había decidido irse, y porque en el fondo no quería emparejarse con Marona.

—¡Oh, Doni, Gran Madre, ayúdanos a encontrar el camino al otro lado, a tu mundo, al lugar del más allá y que, sin embargo, se halla dentro de los espacios invisibles de este mundo! Del mismo modo que la luna vieja contiene al morir a la nueva entre sus brazos sutiles, el mundo de los espíritus, de lo desconocido, contiene el mundo de lo tangible, de la carne y los huesos, la hierba y la piedra, dentro de su invisible abrazo. Pero con tu ayuda podemos verlo, podemos conocerlo.

Ayla escuchó la plegaria cantada por la corpulenta donier con voz extrañamente apagada. Notaba que empezaba a marearse pese a que no era eso exactamente lo que experimentaba. Cerró los ojos y tuvo la sensación de que caía. Al abrirlos de nuevo, unas luces brillaban dentro de ellos. No se había fijado mientras contemplaba las pinturas, pero ahora se daba cuenta de que, además de los animales, había visto otras cosas, señales y símbolos marcados en las paredes de la cueva, algunos de los cuales coincidían con las visiones de sus ojos. Ya daba igual si los tenía abiertos o cerrados. Tenía la sensación de estar cayendo en un profundo agujero, un túnel abismal y oscuro, y se resistió a la tentación. Intentó mantener el control.

—No te resistas, Ayla. Déjate llevar —instó la donier—. Estamos todos aquí, contigo. Tienes nuestro apoyo. Doni te protegerá. Que ella te lleve donde le plazca. Escucha la música, deja que te ayude, dinos qué ves.

Ayla se tiró al túnel de cabeza, como si se zambullese en el agua. Las paredes de esa cueva empezaron a temblar y finalmente se disolvieron. Ella podía ver su interior

a través de las paredes, y también más allá, hacia el campo cubierto de hierba, y aún más lejos, donde había muchos bisontes.

—Veo bisontes, numerosas manadas de bisontes en una gran llanura —dijo Ayla. Por un momento las paredes se solidificaron de nuevo, pero los bisontes continuaban allí. Cubrieron las paredes en el sitio donde estaban los mamuts—. Están en las paredes, pintados en ellas, de color rojo y negro, perfectamente delineados. Son preciosos, y están llenos de vida, como los que hace Jonokol. ¿Es que no los veis? Mirad, allí están.

Las paredes volvieron a fundirse. Ella volvía a ver a través de ellas el interior de la cueva.

—Están otra vez en el campo, una manada entera. Van hacia el cerco —de repente, Ayla lanzó un grito—. ¡No, Shevoran! ¡No! No vayas, es peligroso —después, con pena y resignación, añadió—: Es demasiado tarde. Lo siento, he hecho lo que he podido por Shevoran.

—Ella quería un sacrificio, una demostración de respeto, para que la gente sepa que a veces también ha de sacrificar a uno de los suyos —dijo la Primera. Estaba allí junto a Ayla—. No puedes quedarte aquí más tiempo, Shevoran. Ahora tienes que volver con Ella. Yo te ayudaré. Nosotros te ayudaremos. Te enseñaremos el camino. Ven con nosotros, Shevoran. Sí, está oscuro, pero ¿ves esa luz?, ¿esa luz tan intensa? Ve hacia allí. Ella te espera.

Ayla apretó la mano cálida de Jondalar. Sentía la poderosa presencia de la Zelandoni, y también la de la joven de la mano flácida, Mejera, que le parecía ambigua e inconsistente. De vez en cuando se manifestaba con fuerza, pero después se desvanecía en la incertidumbre.

—Ha llegado la hora. Ve con tu hermano, Jondalar —anunció la voluminosa mujer—. Ayla te ayudará. Ella conoce el camino.

Ayla percibió el contacto de la piedra que sostenían entre ambos, y pensó en la preciosa superficie lechosa con tonos azulados y vistosos reflejos rojos. La piedra se expandió, llenando el espacio alrededor, y ella se sumergió en él. Nadaba, no por encima del agua, sino por debajo, y tan deprisa que tuvo la sensación de que volaba, y lo hacía por encima del campo. Veía prados y montañas, bosques y ríos, grandes mares interiores y vastas estepas cubiertas de hierba, y la gran profusión de animales que ocupaban aquellos hábitats. Los Otros estaban con ella, la seguían. Percibía muy cerca de ella a Jondalar y también a la poderosa donier. La presencia de la otra mujer era tan débil que le costaba notarla. Ayla los guió hasta el cañón ciego de las áridas y lejanas estepas del este.

—Aquí es donde lo vi. A partir de ahora ya no sé hacia dónde ir —dijo.

—Jondalar, piensa en Thonolan, llama a su espíritu —instó la Zelandoni—. Llega hasta el elán de tu hermano.

—¡Thonolan! ¡Thonolan! Lo percibo —dijo Jondalar—. No sé dónde está, pero lo percibo.

Ayla tenía la percepción de Jondalar con alguien más, pero no identificaba a la otra persona. Entonces presintió otras presencias, primero pocas, luego muchas; los llamaban. En medio del bullicio, destacaban dos… No, tres; había un niño.

—¿Todavía viajas, todavía exploras, Thonolan? —preguntó Jondalar.

Ayla no oyó respuesta alguna, pero sí notó unas risas. Entonces tuvo la sensación de que la envolvía un espacio infinito para viajar e interminables lugares adonde ir.

—¿Está contigo Jetamio? ¿Y el niño? —inquirió Jondalar.

Ayla tampoco pudo oír nada ahora, pero presintió un estallido de amor que irradiaba de manera amorfa.

—Thonolan, sé lo mucho que te gustan los viajes y la aventura. —Esta vez era la Primera quien hablaba mediante sus pensamientos al elán del hombre—. Pero la mujer que está contigo quiere volver con la Madre. Te ha seguido por amor, pero está preparada para marcharse. Si la quieres, debes irte y llevártelos a ella y al niño. Ha llegado la hora, Thonolan. La Gran Madre Tierra te reclama.

Ayla percibió cierta confusión, la sensación de que alguien estaba desorientado.

—Te enseñaré el camino —dijo la donier—. Sígueme.

Ayla se sintió arrastrada con los Otros, a toda velocidad, por encima del paisaje que le habría resultado familiar si los detalles no hubieran sido tan borrosos y no estuviera oscureciendo. Apretó con fuerza la mano de la derecha y notó que le estrechaban con fervor la mano izquierda. A lo lejos apareció un foco de claridad —parecía una gran hoguera—, y poco a poco fue haciéndose más intenso.

Aminoraron todos la marcha.

—A partir de este punto puedes encontrar el camino —anunció la Zelandoni.

Ayla presintió el alejamiento de los elanes y la separación. Una tenebrosa oscuridad cayó sobre ellos, y los envolvió un silencio completo. Entonces, débilmente, en la misteriosa quietud, escuchó una música: una fuga fluctuante de flautas, voces y timbales. Percibió movimiento. Cada vez era más rápido y notó que en esta ocasión procedía del lado izquierdo. Mejera apretaba con fuerza su mano, asustada, decidida a volver lo antes posible, y la arrastraba con su esfuerzo.

Cuando se detuvieron Ayla notó las dos manos que sujetaba. Volvían a estar en la cueva, sintiendo la música. Abrió los ojos y vio a Jondalar, a la Zelandoni y a Mejera. El candil situado en medio del círculo languidecía; el aceite casi se había consumido y ardía sólo una de las mechas. Tras ella, en la oscuridad, vio que se movía tembloroso el punto de luz de un candil, como si nadie lo estuviera sujetando. Acercaron otro candil y sustituyeron el que había en el centro. Estaban sentados sobre la piel, pero en ese momento a pesar de la ropa de abrigo, Ayla estaba aterida de frío.

Se soltaron las manos, pero ella y Jondalar mantuvieron el contacto aún por un instante, y cambiaron de postura. La que era Primera se aproximó a los cantores y, con una seña indicó que dieran por concluida la fuga musical. Encendieron muchos candiles y la gente empezó a ir de un sitio a otro. Algunos se levantaron y dieron patadas en el suelo.

—Quiero preguntarte una cosa, Ayla —dijo la poderosa mujer.

La joven la miró con expresión expectante.

—¿Has dicho que habías visto bisontes en las paredes?

—Sí, habían desaparecido los mamuts y todo estaba lleno de bisontes y después las paredes también desaparecieron y las pinturas se convirtieron en bisontes auténticos. Había otros animales, los caballos y los renos que se miran uno al otro, pero he visto este lugar como una cueva de bisontes —contestó Ayla.

—Creo que tu visión ha venido determinada por la reciente cacería de bisontes y la tragedia que provocó. Te viste muy implicada en ella y, además, atendiste a Shevoran —explicó la Primera—. Pero sospecho que tu visión tiene, además, otro significado. Has visto un gran número de bisontes en este lugar. Puede que el espíritu del Bisonte pretenda dar a entender a los zelandonia que se han cazado demasiados bisontes y es necesario suspender la caza en lo que queda de temporada, para superar el mal augurio.

Se oyeron murmullos de asentimiento. Los zelandonia se sentían mejor pensando que podían hacer algo para apaciguar al espíritu del Bisonte y eliminar así el mal augurio que la inesperada muerte de Shevoran anunciaba. Informarían a sus cavernas de la prohibición de cazar bisontes; les complacía tener un mensaje que transmitir. Los acólitos recogieron las cosas que habían llevado a la cueva, volvieron a encender los candiles y los colocaron para iluminar el camino de salida. Los zelandonia abandonaron la cámara y se encaminaron hacia el exterior. Cuando llegaron al saliente de fuera, el sol se ponía ya en medio de un magnífico despliegue de intensos colores rojos, dorados y amarillos. Al regresar de Roca de la Fuente nadie tenía demasiadas ganas de hablar de la experiencia vivida en la profunda cueva. Los zelandonia fueron separándose del grupo para volver a sus respectivas cavernas. A Ayla le hubiera gustado saber qué sentían los demás, si experimentaban lo mismo que ella, pero no se atrevió a preguntarlo. Tenía muchas preguntas, pero no estaba segura de que fuera oportuno plantearlas, ni de que realmente quisiera oír las respuestas.

La Zelandoni preguntó a Jondalar si se alegraba de que hubieran encontrado al espíritu de su hermano y hubieran ayudado a su elán a encontrar el camino. Él le contestó que parecía que Thonolan estaba satisfecho y, por tanto, también él lo estaba; pero Ayla opinaba que eso tenía más que ver con el hecho de haberse quitado un peso de encima. Jondalar había hecho lo que había podido, y aunque no le había sido fácil, finalmente se había librado de una angustia. Cuando Ayla, Jondalar, la Zelandoni y Jonokol llegaron a la Novena Caverna, sólo iluminaban su camino las solitarias luces del cielo nocturno, las llamitas de los candiles de piedra y las antorchas.

Ayla y Jondalar estaban cansados cuando entraron a la morada de Marthona. Lobo se alegró mucho de verla. Después de hacer alharacas al animal y saludar a todo el mundo, tomaron un bocado y se acostaron enseguida. Habían pasado unos días muy difíciles.

—¿Quieres que esta mañana te ayude a cocinar, Marthona? —preguntó Ayla. Habían sido las primeras en levantarse, y estaban tomándose una infusión tranquilamente mientras los demás aún dormían—. Me gustaría aprender cómo cocinas y dónde guardas las cosas.

—Me encantaría que me ayudaras, pero esta mañana nos han invitado a compartir la comida de la mañana Joharran y Proleva. La Zelandoni también está invitada. Proleva cocina a menudo para ella, y creo que Joharran considera que aún no ha tenido tiempo suficiente para hablar con su hermano desde su regreso. Tiene especial interés en conocer con más detalle esa nueva arma para arrojar lanzas.

Jondalar despertó recordando la conversación sobre los abelanes y lo importante que era para Ayla saber que pertenecía a un pueblo. Era comprensible, considerando que no recordaba a su propia gente y no tenía ya relación con quienes la habían criado. Incluso había abandonado a los mamutoi, que la habían aceptado como a una más, para regresar a casa con él. La idea no lo dejó descansar durante toda la comida con la familia de Joharran. Todos los presentes pertenecían a los zelandonii, eran su familia, su caverna, su gente. Era Ayla la única que no lo era. Es verdad que pronto se emparejarían, pero ella seguiría siendo «Ayla de los mamutoi, compañera de Jondalar de los zelandonii».

Después de hablar con Joharran sobre el lanzavenablos, intercambiar anécdotas con Willamar sobre viajes y charlar sobre la Reunión de Verano, la conversación se desvió hacia la unión de Jondalar y Ayla, la primera ceremonia matrimonial. Marthona explicó a Ayla que cada verano se celebraban dos ceremonias de emparejamiento. La primera, y normalmente la más importante, tenía lugar lo antes posible. Las parejas que se unían realizaban los preparativos ya desde hacía tiempo. La segunda se celebraba poco antes de partir, y normalmente se unían quienes habían decidido atar el nudo durante ese verano. También había dos ceremonias de feminidad, una poco después de la llegada y la segunda antes de acabarse la Reunión de Verano.

Jondalar interrumpió repentinamente sus explicaciones.

—Quiero que Ayla se convierta en una de nosotros, que pertenezca a nuestro pueblo. Después de la unión quiero que sea «Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii» y no «Ayla de los mamutoi». Ya sé que es una decisión que toma la madre de la persona implicada o el hombre de su hogar, juntamente con los jefes y los zelandonia, cuando la persona quiere cambiar de afiliación, pero Mamut ya previó esta posibilidad cuando Ayla se marchó. Si ella quiere, ¿puedo contar con tu apoyo, madre?

Marthona no esperaba aquella petición, y la cogió desprevenida.

—No te diré que no, Jondalar —contestó, pensando que su hijo la había puesto en una situación muy difícil pidiéndole una cosa así en público sin avisarla—. Pero no

depende sólo de mí, yo estaría encantada de aceptar a Ayla como miembro de la Novena Caverna de los zelandonii, pero es tu hermana y la Zelandoni, además de otros, incluida la propia Ayla, quienes tienen la última palabra.

Folara sonrió consciente de que a su madre no le gustaba que la cogieran por sorpresa. Le complació la actitud de Jondalar, pero tenía que reconocer que su madre había salido bastante airosa.

—Bueno, por lo que a mí respecta la aceptaría sin ninguna duda —declaró Willamar—. Incluso la adoptaría, pero como estoy emparejado con tu madre, Jondalar, eso la convertiría en tu hermana, como Folara y no podrías unirte a ella. No creo que eso te gustara demasiado.

—No, pero te lo agradezco —dijo Jondalar.

—¿Por qué sales ahora con eso? —preguntó Marthona, aún un poco disgustada.

—Me ha parecido un buen momento —respondió él—. Pronto iremos a la Reunión de Verano y me gustaría dejar el asunto resuelto antes de marcharnos. Sé que no hace mucho que hemos vuelto, pero ya todos habéis tenido ocasión de conocer a Ayla. Creo que sería una valiosa aportación a la Novena Caverna.

Ayla también estaba muy sorprendida, pero guardó silencio. «¿Quiero que me adopten los zelandonii? ¿Tiene eso alguna importancia? Si Jondalar y yo nos unimos, seré un miembro más de la Novena Caverna, tanto si tengo el nombre como si no. Él parece quererlo. No sé por qué, pero quizá tenga una buena razón. Conoce a su gente mejor que yo».

—Tal vez debería decirte una cosa, Jondalar —dijo Joharran—. Creo que todos los que la conocemos pensamos que Ayla sería una aportación más que valiosa para nuestra caverna, pero no todo el mundo opina lo mismo. Ayer, cuando bajaba de Río Abajo, decidí invitar a Laramar y a algunos otros al banquete preparado con la carne de bisonte, y cuando me acercaba a ellos, oí su conversación. Lamento tener que decirlo, pero hacían comentarios despectivos, sobre todo respecto a sus habilidades como curandera y a la manera en que había atendido a Shevoran. Opinan que cualquiera que haya aprendido a curar con… el clan, no puede saber gran cosa. Son prejuicios, me temo. Les aseguré que nadie, ni siquiera la Zelandoni, podría haber hecho nada más por Shevoran, y he de reconocer que los comentarios de esas personas me indignaron.

«Así que por eso estaba tan enfadado», pensó Ayla. Oír aquello le produjo sentimientos encontrados. Le molestó lo que aquellos hombres pudieran haber dicho acerca de su capacidad para curar, aprendida de Iza, pero le complacía que Joharran la hubiese defendido.

—Más motivos aún para convertirla en una de los nuestros —insistió Jondalar—. Ya conoces a esos hombres. Se pasan el tiempo jugando y bebiendo la barma de Laramar. No se han tomado la molestia de aprender un oficio, a menos que jugar se considere un arte. Ni siquiera son buenos cazadores. Son unos holgazanes y unos inútiles que no contribuyen a nada si no se los avergüenza en público, lo que es difícil

porque tienen muy poca vergüenza. Harían lo que fuese para ahorrarse un esfuerzo por la caverna, y todo el mundo lo sabe. Nadie hará caso de lo que digan si las personas respetables están dispuestas a aceptar a Ayla y convertirla en zelandonii. —Estaba molesto. Quería que aceptasen a Ayla por sí misma, y eso daba un cariz distinto a la situación.

—Por lo que se refiere a Laramar, eso no es del todo verdad —intervino Proleva —. Puede que sí sea un holgazán para muchas cosas, y no creo que le guste mucho cazar, pero sí tiene un oficio. Sabe elaborar una bebida casi con cualquier cosa que fermente. Le he visto utilizar grano, fruta, miel, savia de abedul, incluso raíces, y preparar esa bebida que gusta a casi todo el mundo y que hace siempre que nos reunimos. Es cierto que hay personas que beben demasiado, pero él sólo es el proveedor.

—Ojalá fuese sólo el proveedor —comentó Marthona con cierta ironía—. En ese caso los niños de su hogar no tendrían que andar mendigando lo que necesitan. O si no, Joharran, dime cuántas veces lo has visto demasiado «enfermo» por las mañanas para unirse a una partida de caza.

—Pensaba que la comida era para todos según sus necesidades —dijo Ayla.

—La comida sí. De hambre no se morirán, pero en cuanto a lo demás dependen de la buena voluntad y la generosidad de los otros —aclaró la Primera.

—Pero si como dice Proleva tiene la habilidad de elaborar una buena bebida que gusta a todo el mundo, ¿no la puede cambiar por lo que necesita su familia? —preguntó Ayla.

—Podría, pero no lo hace —contestó Proleva.

—¿Y su compañera? ¿No puede convencerlo para que contribuya a las necesidades del hogar? —insistió Ayla.

—¿Tremeda? Ella es aún peor que Laramar. Lo único que hace es beber barma, y tener hijos de los que nadie se ocupa —dijo Marthona.

—¿Qué hace Laramar con toda la bebida que prepara si no la cambia por cosas para su familia? —quiso saber Ayla.

—No lo sé exactamente —dijo Willamar—, pero una parte debe de cambiarla por ingredientes para preparar más barma.

—¡Es verdad! Cambiar para lo que le interesa sí sabe, pero nunca tiene suficiente para su compañera y sus hijos —afirmó Proleva—. Menos mal que a Tremeda no le da vergüenza andar pidiendo cosas a la gente para sus «pobres niños».

—Y él mismo bebe mucho —declaró Joharran—, y Tremeda también. Además, regala mucha barma. Siempre hay un montón de gente rondándolo en espera de que le caiga un trago. Me parece que a Laramar eso le gusta. Debe pensar que son amigos suyos, pero no creo que se le acercasen si dejara de invitarlos a barma.

—No los vería nunca más, me parece —aseguró Willamar—. Pero no creo que Laramar y sus amigos sean quienes han de decidir si Ayla se convierte o no en zelandonii.

—Tienes razón, maestro de comercio. Me parece evidente que no tendríamos el menor problema en aceptar a Ayla, pero quizá deberíamos dejar que eso lo decidiera ella —propuso la Zelandoni—. Nadie le ha preguntado aún si quiere ser una zelandonii.

Todos se volvieron para mirarla. De pronto era ella quien se sentía incómoda. Tardó un rato en contestar, y eso puso nervioso a Jondalar. Quizá se había equivocado, quizá Ayla no quería ser zelandonii. Quizá debería habérselo preguntado antes de plantear la cuestión, pero en medio de tanta charla sobre las ceremonias matrimoniales le había parecido un buen momento. Finalmente, ella se decidió a hablar.

—Cuando opté por abandonar a los mamutoi y acompañar a Jondalar de regreso a casa, sabía lo que pensaban los zelandonii sobre el clan, la gente que me crió, y sabía que quizá no me aceptaríais. Admito que me daba miedo conocer a la familia y a la gente de Jondalar. —Guardó silencio por un momento tratando de poner en orden sus pensamientos y de encontrar las palabras correctas para expresar cómo se sentía—. Para vosotros soy una desconocida, una forastera con ideas y costumbres extrañas. He traído animales que viven conmigo y os he pedido que los aceptéis. Los caballos son animales que normalmente se cazan, y yo he querido que les hagáis sitio entre vosotros. Hoy mismo pensaba que me gustaría construirles un recinto cubierto en el extremo sur de la Novena Caverna, no muy lejos de Río Abajo. En invierno, los caballos están acostumbrados a tener un refugio donde protegerse del mal tiempo. También he traído un lobo, un carnívoro. Algunos animales de su especie han atacado a personas, y yo os he pedido que dejéis que viva entre nosotros, que duerma en la misma morada que yo —sonrió a la madre de Jondalar—. Tú ni lo dudaste, Marthona. Nos invitaste a mí y a Lobo a vivir en tu casa. Y tú, Joharran, me permitiste tener los caballos cerca, incluso delante de vuestras viviendas. Brun, el jefe de mi clan, no me habría dejado. Todos me habéis escuchado cuando he hablado del clan y no me habéis vuelto la espalda. Os habéis mostrado dispuestos a considerar la posibilidad de que aquéllos a los que llamáis cabezas chatas puedan ser personas, quizá de una clase diferente, pero no animales. No esperaba que fueseis tan reflexivos, os estoy agradecida.

»Es cierto que no todos han sido igual de amables, pero muchos me habéis defendido cuando prácticamente no me conocíais, pues hace muy poco tiempo que estoy aquí. Quizá lo habéis hecho por Jondalar. Porque confiáis en que él no traería a una persona capaz de perjudicar a vuestra gente o que fuese inaceptable. —Calló un momento, cerro los ojos y prosiguió—. Pese a los muchos temores que tenía cuando emprendí el viaje, sabía que ya no había vuelta atrás posible. Jondalar no sabía qué pensaríais de mí, pero le daba igual. Yo le quiero. Deseo pasar toda mi vida con él. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario, soportar cualquier cosa, por estar con él. Vosotros me habéis recibido con los brazos abiertos, y ahora me preguntáis si quiero ser una zelandonii. —Cerró los ojos para no perder el control, tratando de

disolver el nudo que tenía en la garganta—. Lo he querido desde que vi a Jondalar, y por entonces ni siquiera sabía si él sobreviviría. Lloré por su hermano, no porque lo conociera, sino porque lo reconocía como un igual. Sufrí por no haber tenido ocasión de conocer a una de las primeras personas de mi raza que recuerdo haber visto. No sé qué lengua hablaba antes de que el clan me encontrase y me acogiese. Aprendí a comunicarme como se hace en el clan, pero la primera lengua que recuerdo haber hablado es el zelandonii. Aunque no la hable perfectamente, ya la considero mi lengua. Pero incluso antes de hablarla deseaba pertenecer al pueblo de Jondalar, para que él pudiese aceptarme y para que algún día me tuviese en cuenta como posible compañera; aunque hubiese sido su segunda o tercera mujer, me habría bastado. ¿Me preguntáis si quiero ser zelandonii? Sí, claro que quiero ser zelandonii, lo deseo de todo corazón. Lo deseo como no he deseado ninguna otra cosa en mi vida —afirmó Ayla con los ojos anegados en lágrimas.

Se produjo un silencio respetuoso. Sin saber bien qué hacía, Jondalar se acercó a ella y la abrazó. Sus sentimientos hacia ella eran tan intensos que no tenía palabras para expresarlos. Lo asombraba que Ayla fuese tan fuerte y a la vez tan vulnerable. Todos los allí presentes estaban conmovidos, incluso Jaradal había entendido un poco lo que pasaba. Folara tenía las mejillas húmedas debido a las lágrimas, y también los demás estaban a punto de llorar. Marthona fue la primera en recobrar la serenidad.

—Personalmente estaría encantada de aceptarte en la Novena Caverna de los zelandonii —declaró abrazándola de manera espontánea—. Y me alegraré mucho cuando Jondalar cree un hogar contigo por más que otras mujeres piensen lo contrario. Mi hijo siempre ha tenido mucho éxito con las mujeres, pero yo me preguntaba a menudo si llegaría a encontrar a una a quien querer. Ya imaginaba que posiblemente no elegiría a una mujer de nuestro pueblo, pero no creía que tuviese que llegar tan lejos para encontrarla. Ahora entiendo que debía haber una razón para que así fuese, y comprendo por qué te quiere. Eres una mujer única, Ayla.

Hablaron de nuevo acerca de la Reunión de Verano y de cuándo se pondrían en marcha. La Zelandoni dijo que todavía les quedaba tiempo para celebrar una pequeña ceremonia de aceptación de Ayla en la Novena Caverna, para convertirla oficialmente en zelandonii.

En ese momento alguien llamó con insistencia en el panel contiguo a la entrada, pero antes de que nadie atendiese, entró una niña, muy alterada, y corrió hacia la Zelandoni. Ayla calculó que tenía unos diez años, pero le sorprendió que llevara una ropa tan rota y sucia.

—¡Zelandoni, me han dicho que estabas aquí! —exclamó la niña—. No consigo que Bologan se levante.

—¿Está enfermo? ¿Ha tenido algún accidente? —preguntó la Zelandoni.

—No lo sé.

—Ayla, ¿por qué no me acompañas? Es la hija de Tremeda, Lanoga. Bologan es su hermano mayor —explicó la Zelandoni.

—¿Tremeda no es la compañera de Laramar? —preguntó Ayla.
—Sí —contestó la Zelandoni.
Las dos mujeres salieron a toda prisa.

Capítulo 19

Cuando se aproximaban a la vivienda de Tremeda y Laramar, Ayla se dio cuenta de que había pasado varias veces por delante sin fijarse. El refugio de piedra de la gente de Jondalar era tan grande, albergaba a tal número de personas, y habían pasado tantas cosas desde su llegada, que no había podido asimilarlo todo. Quizá entre tanta gente siempre pasaba lo mismo, pero ella tardaría un tiempo en acostumbrarse.

La morada se hallaba en el extremo más alejado del área de viviendas, apartada de las de sus vecinos y más aún de la zona de trabajo de la caverna. La estructura en sí no era muy grande, pero la familia se había adueñado de una considerable porción del área circundante por el sistema de dispersar sus pertenencias, si bien resultaba difícil discernir qué eran enseres y qué desperdicios. A cierta distancia de la morada se encontraba el espacio que Laramar se había adjudicado para preparar su bebida fermentada, que cambiaba de sabor según los ingredientes que usaba.

—¿Dónde está Bologan, Lanoga? —preguntó la Zelandoni.

—Dentro —contestó la niña—. No se mueve.

—¿Dónde está tu madre? —inquirió la donier.

—No lo sé.

Al apartar la cortina de la entrada, las golpeó un hedor insoportable. Aparte del resplandor de un candil, no había más claridad que la del sol procedente del exterior del refugio, reflejada en la piedra de la cara inferior del saliente de roca. Pero dentro estaba a oscuras.

—¿Hay más candiles, Lanoga? —preguntó la Zelandoni.

—Sí, pero aceite no —respondió la niña.

—Por ahora podemos dejar la cortina abierta —dijo la donier—. El niño está aquí mismo, al lado de la entrada, en medio del paso.

Ayla encontró el lazo de la cortina y la sujetó a la estaca. Al echar un vistazo al interior, quedó atónita por la suciedad. El suelo no estaba revestido de losas, y en algunos puntos se había formado barro a causa de algún líquido derramado. A juzgar por el mal olor, Ayla pensó que podía tratarse de orina. Daba la impresión de que todo el mobiliario de la casa estuviera tirado por tierra: esteras y cestas rotas, almohadones con el relleno parcialmente salido, montones de pieles y tejidos de lana que debían de haber sido ropa…

Había huesos con restos de carne esparcidos por todas partes. Las moscas volaban sobre la comida abandonada y en estado de descomposición, que a saber cuánto tiempo hacía que estaba en aquellos platos hechos con planchas de madera tan toscas que incluso tenían astillas. Ayla vio un nido de ratas junto a la entrada que contenía unas cuantas crías recién nacidas, rojizas y sin piel, con los ojos todavía cerrados.

Justo al lado de la entrada, tirado en el suelo, había un niño desnutrido. «Debe de tener unos doce años», pensó. Por el cinturón se sabía que estaba llegando a la edad adulta, pero aún era más niño que hombre. Era evidente lo que había ocurrido. Bologan presentaba heridas y contusiones y tenía la cabeza manchada de sangre seca.

—Se ha peleado —dijo la Zelandoni—. Y alguien lo ha arrastrado hasta casa y lo ha dejado aquí.

Ayla se inclinó para examinarlo. Le palpó el cuello para tomarle el pulso y notó más sangre; luego acercó la mejilla a su boca. No sólo notó su aliento sino que también lo olió.

—Aún respira —dijo a la Zelandoni—, pero está malherido y su pulso es débil. Tiene una herida en la cabeza y ha perdido mucha sangre, pero no se advierte ninguna fractura de cráneo. Alguien debe de haberle pegado, o él se ha golpeado contra algo duro. Por eso no puede despertar, pero, además, huele a barma.

—No sé si conviene moverlo —comentó la Zelandoni—, pero aquí no lo puedo atender.

La niña se dirigió hacia la entrada con un bebé aletargado de unos seis meses en brazos, que parecía que no lo hubiesen lavado desde el día en que nació. Agarrado a su pierna, llevaba a otro niño de muy corta edad con mocos cayéndole de la nariz. A Ayla le pareció ver a otro niño detrás, pero no estaba segura. «Se diría que ella es la madre en lugar de la hermana», pensó.

—¿Está bien Bologan? —preguntó Lanoga, preocupada.

—Aún vive, pero está herido. Has hecho bien en venir a avisarme —dijo la donier. Movió la cabeza en un gesto de exasperación y rabia por el comportamiento de Tremeda y Laramar—. He de atenderlo en mi casa.

Normalmente sólo las enfermedades muy graves se atendían en la morada de la donier. En una caverna tan grande como la Novena no había sitio suficiente para que todos los enfermos pudieran trasladarse allí al mismo tiempo. Una persona con las heridas de Bologan, por graves que fuesen, generalmente tendría que haber sido atendida en su propia casa, y la Zelandoni habría pasado a aplicarle el tratamiento. Pero en aquella vivienda no había nadie para ocuparse del niño, y ella no podía tolerar la idea de tener que volver a entrar allí y menos aún quedarse un rato.

—¿Sabes dónde está tu madre, Lanoga?

—No.

La Zelandoni pensó que debía plantear la cuestión de otra forma:

—¿Adónde ha ido?

—Ha ido al entierro —contestó Lanoga.

—¿Y quién cuida de los niños?

—Yo.

—Pero tú no puedes alimentar a este bebé —dijo Ayla, atónita—. No puedes amamantarlo.

—Sí puedo alimentarlo —corrigió Lanoga a la defensiva—. Ya come. Mi madre perdió la leche.

—Eso quiere decir que Tremeda volverá a tener un hijo en menos de un año —comentó la Zelandoni en voz baja.

—Sé que los bebés pueden comer si es necesario —dijo Ayla, comprensiva, recordando un momento doloroso—. ¿Qué le das, Lanoga?

—Raíces hervidas y chafadas —contestó la niña.

—Ayla, ¿quieres ir a explicar a Joharran lo ocurrido y pedirle que venga con algo para trasladar a Bologan a mi morada? Y con alguien para ayudar a moverlo —preguntó la Zelandoni.

—Enseguida. No tardaré —respondió Ayla apresurándose a salir.

Era ya tarde cuando Ayla dejó la morada de la Zelandoni y corrió hacia la vivienda del jefe. Había estado ayudando a la curandera de la Novena Caverna, e iba a comunicarle a Joharran que Bologan había despertado y parecía hablar con coherencia.

Jondalar estaba esperando. Antes de salir, Proleva le dijo:

—¿Quieres comer algo? Te has pasado toda la tarde con la Zelandoni.

Ayla movió la cabeza en un gesto de negación y se dispuso a marcharse. Abrió la boca para disculparse, pero Proleva añadió al instante:

—¿O una infusión? Ya la tengo preparada. Es de manzanilla, espliego y flores de tilo.

—De acuerdo, un vaso; pero he de irme pronto —respondió. Mientras cogía la infusión se preguntó si la Zelandoni le habría sugerido esa mezcla de hierbas o si la propia Proleva sabía que era una buena bebida para mujeres embarazadas. Era inocua, pero tenía un suave efecto calmante.

Tomó un sorbo de la infusión caliente y lo saboreó. Tenía buen gusto y era saludable para todo el mundo, no sólo para las mujeres encintas.

—¿Cómo se encuentra Bologan? —preguntó la compañera del jefe de la caverna sentándose junto a Ayla con su propio vaso.

—Creo que se recuperará. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y ha perdido mucha sangre. Me preocupaba que tuviese una fractura, pero las heridas en la cabeza siempre sangran mucho. Lo hemos lavado bien y no hemos encontrado ninguna señal de fractura, pero sí tiene un buen chichón y otras heridas. Necesita descansar y que alguien cuide de él. Por lo visto se había peleado y había bebido barma.

—De eso quería hablarle a Joharran —comentó Proleva.

—Pero ahora lo que más me preocupa es el bebé —dijo Ayla—. Necesita que lo amamanten. Creo que las otras madres en período de lactancia podrían darle un poco de leche. Las mujeres del clan lo hicieron cuando… —dudó por un instante— a una mujer se le retiró la leche. Había estado ocupándose de su madre y lloró demasiado

cuando ésta murió. —Ayla decidió no mencionar que era ella la mujer que había perdido la leche; aún no había dicho a nadie que había tenido un hijo cuando vivía con el clan—. Le he preguntado a Lanoga qué le daba y me ha dicho que raíces chafadas. Sé que los bebés pueden comer, pero de todos modos necesitan leche. Si no, no crecerá bien.

—Tienes razón, los bebés necesitan leche. Me parece que nadie ha prestado la debida atención a Tremeda y a su familia. Sabemos que no atiende como debe a los niños, pero son suyos y a la gente no le gusta entrometerse en la vida de los demás. Cuesta decidir qué puede hacerse, y es más fácil ignorar la situación. Ni siquiera sabía que se le hubiese retirado la leche —dijo Proleva.

—¿Por qué no se queja Laramar? —preguntó Ayla.

—No creo que se haya dado cuenta. No hace el menor caso a los niños, salvo a Bologan de vez en cuando. No creo que sepa siquiera cuántos tiene. Sólo va allí a comer y dormir, y a veces ni eso. Cuando Laramar y Tremeda están juntos, no paran de discutir. A veces se enzarzan en grandes peleas y ella acaba recibiendo.

—¿Por qué se queda con él? —preguntó Ayla—. Podría dejarlo si quisiera, ¿no?

—¿Y adónde iría? Su madre ha muerto, y no tenía compañero, o sea que no había ningún hombre en su hogar. Tremeda tenía un hermano mayor, pero se marchó cuando ella era aún pequeña, primero a otra caverna y después más lejos. Nadie ha vuelto a saber de él desde hace años —explicó Proleva.

—¿No podría encontrar a otro hombre? —preguntó Ayla.

—¿Y quién la querría? Es cierto que siempre encuentra a un hombre que honre a Doni con ella en la Fiesta de la Madre, normalmente alguien que ha bebido demasiada barma o ha comido muchas setas o vete a saber qué, pero no es una mujer muy valorada. Y tiene seis hijos que necesitan atenciones.

—¿Seis hijos? —repitió Ayla—. Yo he visto a cuatro o quizá cinco. ¿Cuántos años tienen?

—Bologan es el mayor, y tiene doce años —contestó Proleva.

—Eso me parecía —dijo Ayla.

—Lanoga tiene diez —prosiguió la mujer del jefe de la caverna—. Luego vienen uno de ocho, uno de seis, uno de dos y la pequeña. Ésta sólo tiene unas cuantas lunas, quizá medio año. Tremeda tuvo otro que ahora contaría cuatro años, pero murió.

—Temo que ésta pueda morir también. La he examinado, y su salud no es buena. Ya sé que dijiste que la comida se compartía, pero ¿qué pasa con los bebés que necesitan leche? ¿Están dispuestas a compartir su leche las mujeres zelandonii?

—Si no se tratara de Tremeda, te diría que sí sin dudarlo —contestó Proleva.

—Esta criatura no es Tremeda —precisó Ayla—. No es más que una niña desamparada. Si yo hubiese dado ya a luz a mi hijo, no dudaría ni un solo instante en ofrecerle mi leche, pero cuando nazca, es posible que ella ya esté muerta. Incluso cuando haya nacido el tuyo podría ser ya demasiado tarde.

Proleva inclinó la cabeza y, sorprendida, sonrió.

—¿Cómo lo has sabido? No se lo había dicho a nadie.

Esta vez fue Ayla la sorprendida. No pretendía hacer suposiciones. Era una prerrogativa de la madre anunciar que esperaba un niño.

—Soy curandera —dijo—. He ayudado a algunas mujeres a parir y conozco los síntomas del embarazo. No quería hablar hasta que lo hicieses tú. Pero sufro por la niña de Tremeda.

—Ya lo sé. No te preocupes, Ayla. Igualmente pensaba decírselo a todo el mundo —aseguró Proleva—, pero no sabía que también tú esperases un niño. Eso quiere decir que nuestros hijos nacerán con poco tiempo de diferencia. Me alegro. —Guardó silencio un momento y, después de reflexionar, añadió—: Te diré lo que podríamos hacer. Invitaré a venir a las mujeres con niños pequeños o a punto de dar a luz. Son las únicas cuya leche aún no se ha ajustado a las necesidades de sus bebés, y todavía tienen de sobra. Entre las dos podremos convencerlas para que alimenten a la niña de Tremeda.

—Si lo hacen entre varias, no supondrá una carga para ninguna —dijo Ayla, y añadió frunciendo el entrecejo—: El problema es que la niña necesita algo más que leche. Necesita que la cuiden mejor. ¿Cómo puede haber dejado Tremeda a un bebé tanto tiempo con una niña que tiene sólo diez años? —comentó Ayla—. Por no hablar ya de los otros niños. Eso es demasiado esperar de una criatura tan pequeña.

—Seguramente la cuida mejor Lanoga que Tremeda.

—Pero eso no significa que una niña de su edad deba encargarse de algo así —insistió Ayla—. ¿Y Laramar, qué? ¿Por qué no ayuda un poco? Tremeda es su compañera, ¿no? Son los hijos de su hogar.

—Muchos de nosotros nos hemos hecho la misma pregunta —dijo Proleva—. No conocemos la respuesta. Mucha gente ha hablado con Laramar, incluidos Joharran y Marthona. No ha servido de nada. A él le trae sin cuidado lo que diga la gente. Sabe que, haga lo que haga, todo el mundo quiere su bebida. Y Tremeda es aún peor, a su manera. Está enferma a causa de la barma, tan a menudo que a duras penas se da cuenta de la situación en la que se encuentra. Ninguno de los dos se preocupa de los niños. No sé por qué la Gran Madre Tierra no deja de darles uno tras otro. Nadie sabe qué hacer. —Se percibía frustración y tristeza en la voz de la mujer alta y atractiva emparejada con el jefe de la caverna.

Ayla no sabía qué decir, sólo sabía que tenía que hacer algo.

—Bueno, una cosa sí podemos hacer. Podemos hablar con esas mujeres para que amamanten a la niña. Para empezar, ya es algo. —Guardó el vaso en la bolsa que llevaba colgada y se puso en pie—. Ahora sí que debo irme.

Cuando Ayla salió de la morada de Proleva no volvió directamente a la de la Zelandoni. Estaba preocupada por Lobo, y quería pasar antes por casa de Marthona. Cuando llegó estaba allí toda la familia, incluido Lobo. El animal se abalanzó sobre ella, tan contento de verla que Ayla casi cayó a tierra cuando el gran lobo levantó las patas delanteras y las plantó en sus hombros. Pero como ella lo había visto venir,

logró mantener el equilibrio. Le permitió hacer su salutación canina a ella como jefa de la manada lamiéndole el cuello y rodeando su mandíbula suavemente con los dientes. Luego ella le agarró con delicadeza la piel de la cabeza con las dos manos y le mordió también con suavidad la mandíbula. Contempló aquellos ojos que la miraban con adoración, y frotó su cara contra la piel del animal. También ella se alegraba de verle.

—Aún me asusto cuando le veo hacerte eso, Ayla —comentó Willamar levantándose del almohadón.

—Antes, a mí también me daba miedo —dijo Jondalar—. Pero ahora confío plenamente en Lobo, y ya no sufro por ella. Sé que no le hará ningún daño, y he visto lo que es capaz de hacer a las personas que intentan agredirla; pero reconozco que esa manera suya de saludar todavía me sorprende a veces.

Cuando Willamar se acercó, los dos se rozaron las mejillas rápidamente. A esas alturas Ayla había aprendido ya que ese gesto era un saludo informal obligado entre miembros de una familia o amigos íntimos.

—Lástima que no haya podido ir esta mañana contigo a ver a los caballos —dijo Folara mientras las dos se saludaban de la misma manera.

—Tendrás tiempo de sobra para conocerlos —afirmó Ayla, y después rozó la mejilla de Marthona con la suya.

El saludo con Jondalar fue parecido pero más largo e íntimo, más bien un abrazo.

—He de volver a ayudar a la Zelandoni —anunció Ayla—, pero he venido porque estaba intranquila por Lobo. Me alegro de que haya vuelto aquí. Eso quiere decir que ya sabe que esto es su casa aunque yo no esté.

—¿Cómo se encuentra Bologan? —preguntó Marthona.

—Se ha despertado y ya puede hablar. Acabo de decírselo a Joharran. —Ayla no sabía si hablar de su preocupación por cómo estaba siendo cuidada la hija de Tremeda. Aún era forastera, y quizá si planteaba ese tema podían considerar que estaba haciendo una crítica a la Novena Caverna. Pero es que nadie más parecía al corriente de la situación, y si ella no lo planteaba, ¿quién lo haría?—. He hablado con Proleva de un asunto que me preocupa.

La familia de Jondalar la miró con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó Marthona.

—¿Sabíais que a Tremeda se le ha retirado la leche? No ha vuelto a casa desde el entierro de Shevoran y ha dejado al bebé y a los otros niños a cargo de Lanoga, para que los cuide y alimente. La niña sólo tiene diez años y no puede amamantar a su hermana. Lo único que come la pequeña son raíces chafadas. Necesita leche. ¿Cómo puede crecer un bebé sin leche? ¿Y dónde está Laramar? ¿Se preocupa por sus hijos? —Ayla habló sin detenerse ni siquiera para tomar aliento.

Jondalar los observó a todos. Folara estaba impresionada; Willamar parecía un poco aturdido, y a Marthona todo aquello la había cogido desprevenida, cosa que no le gustaba en absoluto. Al ver sus expresiones tuvo que disimular una sonrisa. No le

sorprendía la reacción de Ayla ante las necesidades de un desvalido, pero sabía que Laramar, Tremeda y su familia eran un problema para la Novena Caverna desde hacía tiempo. Mucha gente hablaba del asunto; Ayla simplemente lo había sacado a la luz.

—Proleva me ha dicho que no sabía que a Tremeda se le había retirado la leche —prosiguió Ayla—. Reunirá a las mujeres que pueden ayudarnos, les explicaremos cuáles son las necesidades de la pequeña y les pediremos que le den un poco de su leche. Creo que debemos proponérselo a las madres recientes y a las que están a punto de dar a luz. Es una caverna tan poblada que debe de haber muchas mujeres que puedan colaborar a amamantar a un niño.

Jondalar sabía que podían hacerlo, pero no estaba seguro de si querrían, y se preguntó a quién se le habría ocurrido la idea. Se lo imaginaba, sabía que a veces las mujeres daban el pecho a otros niños aparte de los suyos, pero normalmente eran los de una hermana o una amiga, niños con los cuales estaban dispuestas a compartir su leche.

—Me parece una idea magnífica —aprobó Willamar.

—Suponiendo que estén dispuestas —añadió Marthona.

—¿Por qué no iban a estarlo? —preguntó Ayla—. Las mujeres zelandonii no dejarán morir a un bebé por falta de leche, ¿no? Le he dicho a Lanoga que iré mañana por la mañana y le enseñaré a preparar más raíces chafadas para su hermana.

—¿Qué come un bebé aparte de leche? —preguntó Folara.

—Muchas cosas —contestó Ayla—. Si se raspa la carne cocida, se obtiene una sustancia blanda que puede comer un bebé, y pueden beber el líquido que queda después de hervir la carne. También les sientan bien los frutos secos chafados y mezclados con algún líquido y el grano molido muy fino y cocido. Pueden hervirse verduras hasta que queden muy blandas y hay frutas que sólo han de triturarse, pero antes deben extraerse las semillas. Yo pasaba el zumo de fruta a través de unos tallos de galio recién cogido. Tenía muchas espinas que se entrecruzan y retienen las semillas. Los niños pueden comer prácticamente todo lo que comen sus madres si es bastante blando y no tiene grumos.

—¿Cómo es que sabes tanto acerca de lo que pueden comer los bebés? —preguntó Folara.

Ayla se sonrojó, desalentada. No esperaba esa pregunta. Sabía que los recién nacidos podían alimentarse de otras cosas además de leche porque Iza le había enseñado a preparar comida para Uba cuando la mujer se había puesto enferma y se le había retirado la leche. Pero los conocimientos de Ayla se habían ampliado mucho cuando murió Iza, y ella quedó tan consternada por la pérdida de la única madre que había conocido que se le retiró la leche. A pesar de que las otras mujeres del pequeño Clan de Brun en período de lactancia habían alimentado a Durc, Ayla había tenido que darle comida para saciarlo y para que creciera sano. Pero aún no estaba preparada para hablar de su hijo a la familia de Jondalar. Acababan de anunciarle que querían aceptarla como zelandonii, pese a que la hubiera criado el pueblo al que ellos

llamaban cabezas chatas y al que no consideraban humano. Nunca olvidaría el dolor que había sentido ante la primera reacción de Jondalar cuando ella le había dicho que tenía un hijo mezcla de las dos razas, de espíritus mixtos. Por el hecho de que el espíritu de aquellas personas que ellos consideraban animales se había mezclado con el suyo para iniciar una vida dentro de ella, la había mirado como si fuera una hiena repugnante y la había llamado abominación. Para él, ella era peor que el niño porque le había dado la vida. Desde entonces Jondalar había aprendido más cosas del clan, y ya no pensaba del mismo modo, pero ¿y su gente y su familia?

Pensó rápidamente: ¿qué diría la madre de Jondalar si supiese que su hijo quería unirse con una mujer que era una abominación? ¿Y Willamar, y Folara, y el resto de la familia? Ayla miró a Jondalar, y pese a que normalmente sabía discernir sus sentimientos interpretando la expresión de su rostro o su postura, esta vez le fue imposible. No supo qué quería que dijera.

La habían educado con la idea de que debía responder a una pregunta directa con una respuesta sincera. Desde entonces Ayla había descubierto que, a diferencia del clan, los Otros, la gente como ella, eran capaces de decir cosas que no eran verdad. Incluso tenían una palabra para expresar eso. Lo llamaban «mentir». Por un momento pensó en salir del paso con una mentira, pero ¿qué podía decir? Estaba segura de que se darían cuenta si lo intentaba; no sabía mentir. A lo sumo, podía omitir alguna cosa, pero le resultaba difícil no contestar ante una pregunta directa.

Ayla siempre había supuesto que aquella gente acabaría descubriendo la existencia de Durc. Ella pensaba a menudo en su hijo, y sabía que llegaría un momento en que lo mencionaría sin darse cuenta o decidiría hablar de él. No quería mantener en secreto a Durc toda la vida. Era su hijo. Pero todavía no había llegado el momento de revelarlo.

—Sé preparar comida para bebés, Folara, porque al nacer Uba, a Iza se le retiró la leche muy pronto y me enseñó a hacer comida para su hija. Un bebé puede comer lo mismo que su madre si es blando y fácil de tragar —contestó Ayla.

Era la verdad, pero no toda la verdad. Había omitido la existencia de su hijo.

—Has de hacerlo así, Lanoga —explicó Ayla—. Pasas el raspador por la carne. Extraes la esencia y eliminas la parte fibrosa. ¿Lo ves? Ahora inténtalo tú.

—¿Qué hacéis?

Ayla se sobresaltó al oír la voz de Laramar y se dio media vuelta.

—Estoy enseñando a Lanoga a preparar alimentos que pueda comer la pequeña porque su madre no tiene leche para alimentarla —respondió. Estaba segura de haber percibido una expresión de sorpresa en la cara del hombre. «O sea, que él tampoco lo sabía», pensó.

—¿Y eso por qué ha de preocuparte? No creo que le importe a nadie —repuso Laramar.

«A ti tampoco», pensó Ayla, pero se mordió la lengua.

—Sí que me importa, nos importa a todos. Pero los demás no lo sabían —dijo Ayla—. Lo descubrimos cuando Lanoga vino a avisar a la Zelandoni de que Bologan se había hecho daño.

—¿Bologan se ha hecho daño? ¿Qué le ha pasado?

Ahora sí parecía sinceramente preocupado. «Proleva tenía razón —se dijo Ayla —. Quiere a su hijo mayor».

—Bebió tu barma y…

—¡Bebió mi barma! ¿Dónde está? ¡Ya le enseñaré yo a beber mi barma! —gruñó Laramar.

—No es necesario —dijo Ayla—. Ya ha aprendido la lección. Se peleó con alguien y salió mal parado, o se cayó y golpeó con una piedra. Lo trajeron a casa y aquí lo dejaron. Lanoga lo encontró inconsciente y fue a buscar a la Zelandoni. Ahora está en la morada de la donier. Estaba malherido y había perdido mucha sangre, pero con reposo y las debidas atenciones se recuperará. Pero no le quiere decir a Joharran quién le pegó.

—Ya me encargaré yo; sé cómo hacerle hablar —dijo Laramar.

—No hace mucho que vivo en esta caverna, y no soy quién para darte consejos, pero creo que antes deberías hablar con Joharran. Está muy enojado y quiere saber quién lo hizo y por qué. Bologan ha tenido suerte. Podría haber sido peor.

—Tienes razón. No eres quién para darme consejos —replicó Laramar—. Ya me encargaré yo.

Ayla calló. No podía hacer nada, salvo explicárselo a Joharran. Se volvió hacia la niña.

—Vamos, Lanoga, coge a Lorala y vámonos —dijo al tiempo que recogía su mochila mamutoi.

—¿Adónde vais? —preguntó Laramar.

—Vamos a bañarnos y a lavarnos un poco, antes de hablar con las mujeres sobre la lactancia de la pequeña. Les pediremos que den un poco de leche a Lorala —explicó Ayla—. ¿Sabes dónde está Tremeda? También debería venir con nosotras.

—¿No está aquí?

—No. Ha dejado a los niños con Lanoga, y no ha vuelto desde el entierro de Shevoran. Por si te interesa los otros niños están con Ramara, Salova y Proleva en este momento.

Había sido Proleva quien había propuesto a Ayla que lavara a Lanoga y Lorala antes de que las vieran las mujeres. Las que tenían niños podían negarse a aceptar a una criatura sucia por temor a que ensuciara a sus hijos.

Lanoga cogió a la pequeña, y Ayla hizo una seña a Lobo que había observado las actividades medio escondido detrás de un tronco. Laramar no había visto al animal, y cuando Lobo se levantó y vio al poderoso carnívoro, abrió desmesuradamente los ojos y retrocedió unos pasos. Luego dirigió una falsa sonrisa a Ayla.

—¡Vaya animal tan grande! ¿Seguro que no es peligroso que se acerque a la gente, en especial a los niños? —preguntó.

«Los niños le traen sin cuidado, pensó Ayla interpretando el sutil lenguaje corporal del hombre. Habla de los niños para dar a entender que yo hago algo que puede poner en peligro a los demás, y ocultar así su propio miedo». Otras personas habían expresado esa misma preocupación sin ofenderla, pero a ella no le gustaba que Laramar demostrase tan poca preocupación por los niños de quienes era responsable. Aquel hombre no era de su agrado, y sus objeciones le provocaron una reacción hostil.

—Lobo nunca ha puesto en peligro a un niño, la única persona a quien ha hecho daño ha sido a una mujer que me atacó —dijo Ayla mirándolo directamente a los ojos. Entre la gente del clan una mirada tan directa habría constituido una amenaza. Añadió—: Lobo la mató.

Laramar retrocedió un paso más con una sonrisa nerviosa.

«¡Qué estupidez!, se dijo Ayla mientras salía hacia el porche acompañada de Lanoga, la pequeña y el Lobo. No sé por qué lo he dicho. Miró al animal que trotaba confiadamente a su lado. Me he comportado como la jefa de una manada de lobos, intimidando a un miembro poco importante del grupo. Pero esto no es una manada de lobos, ni yo soy la jefa. Laramar ya habla mal de mí; no hace ninguna falta que yo complique aún más las cosas».

Cuando se dirigían hacia el extremo más bajo de la terraza, Ayla se ofreció a llevar al bebé un rato, pero Lanoga se negó, al tiempo que lo cambiaba de cadera. Lobo olfateó la tierra, y Ayla vio unas huellas de cascos. Los caballos habían pasado por allí. Iba a comentárselo a la niña, pero se abstuvo. Lanoga era poco habladora, y Ayla no quería incomodarla haciéndola conversar si no era ése su deseo.

En cuanto llegaron a la orilla del Río, Ayla empezó a detenerse de vez en cuando a examinar las plantas. Con un palo para excavar que llevaba colgado del cinturón, extrajo algunas plantas con las raíces. La niña la observaba. Ayla habría querido enseñarle las distintas características de la vegetación para que pudiera buscar las plantas ella misma, pero decidió esperar a que conociera el uso.

El canal lleno de agua de primavera que separaba la Novena Caverna de Río Abajo descendía desde el porche de piedra en forma de estrecha cascada y después se convertía en afluente del Río. Ayla se detuvo cuando llegó al agua que brotaba del canal que se había formado en la piedra caliza y caía por el lado en una cascada de líquido espumoso y borboteante. Bajo la cascada, unas piedras grandes se habían desprendido de la pared y habían creado una especie de presa, como un estanque. Una de las piedras formaba una balsa natural con plantas acuáticas.

El agua que llenaba la concavidad procedía sobre todo de la lluvia y también de las salpicaduras de la cascada. En verano, cuando llovía menos el nivel de la balsa bajaba, y Ayla supuso que el sol habría calentado el agua. Metió la mano. Como

esperaba, la encontró tibia, quizá un poco fría, pero más caliente que el agua del estanque, y gracias a las plantas acuáticas el fondo de la balsa era blando.

Ayla dejó la mochila en el suelo.

—He traído comida. ¿Quieres dársela ahora a Lorala o después? —preguntó.

—Ahora —contestó Lanoga.

—De acuerdo, comamos ahora —accedió Ayla—. Llevo grano cocido y la carne que hemos raspado. He traído comida para todas. Incluso unos huesos para el lobo. ¿Qué utilizas para darle de comer a tu hermana?

—La mano —respondió Lanoga.

Ayla le miró las manos sucias. Ya debía de haber dado de comer a la niña con las manos sucias muchas veces, pero de todas maneras decidió enseñarle a lavárselas. Levantó una de las plantas que había recogido por el camino.

—Lanoga, ahora te enseñaré para qué sirve esta planta —dijo Ayla. La niña la observó—. Se llama jabonera, y hay muchas variedades. Algunas van mejor que otras. Primero le quitaremos la tierra en el arroyo —explicó enseñando a Lanoga cómo debía lavar las plantas. Después buscó una piedra dura y un sitio plano en una de las rocas caídas cerca de la balsa—. A continuación han de chafarse las raíces. Basta con triturarlas, pero si se remojan es posible extraer toda la sustancia.

La niña miraba atentamente, pero no decía nada.

Ayla sacó una cestita tupida de la mochila y fue hacia la balsa.

—Sólo con agua a veces cuesta eliminar la suciedad, y con la jabonera es más fácil. El agua de esta balsa está más caliente que el agua del río. ¿Quieres probarla?

—No lo sé —contestó la niña mirándola como si no acabase de entenderla.

—Ven y mete la mano en el agua —instó Ayla. La niña se acercó e introdujo en el agua la mano libre.

—¿Verdad que está más caliente? ¿Te gusta la sensación? —preguntó Ayla.

—No lo sé —respondió Lanoga.

Ayla puso un poco de agua tibia en la cesta, añadió la jabonera chafada y lo mezcló todo con la mano. Entonces cogió unas fibras de la planta chafada y se frotó las manos.

—Lanoga, deja al bebé, coge un poco de jabonera y haz lo mismo que yo —indicó Ayla.

La niña la observó, dejó a su hermana en el suelo junto a sus pies y lentamente cogió un poco de jabonera. La mojó y se restregó las manos. Salió un poco de espuma, una momentánea expresión de interés iluminó el rostro de Lanoga. Las fibras de jabonera no producían mucha espuma, pero sí la suficiente para lavarse las manos.

—La jabonera es resbaladiza y hace un poco de espuma —dijo Ayla—. Ahora acláratelas, así. ¿Ves qué limpias tengo las manos ahora?

La niña hundió las suyas en el agua y luego se las miró. Otra expresión de interés asomó a su cara.

—Ahora podemos comer.

Ayla fue hacia la mochila y sacó unos paquetes. Uno era un cuenco de madera pulida con tapa, atado con un cordel. Desató el cordel, retiró la tapa y tocó con la punta del dedo el contenido.

—Todavía está caliente —dijo enseñándole la masa coagulada de granos cocidos de distintas variedades y luego picados—. Recogí este grano el otoño pasado cuando Jondalar y yo estábamos de viaje. Hay semillas de centeno y trigo y también de cebada. He añadido una pizca de sal al agua antes de cocerlas. Las semillas negras pequeñas son de una planta que yo llamo «ajedrea», pero tiene otro nombre en zelandonii. Las hojas también son comestibles. He preparado esto para Lorala. Me parece que hay suficiente también para ti y para mí, pero probemos antes si le gusta la carne que hemos raspado.

La carne estaba envuelta en grandes hojas de plantas. Ayla se la entregó a Lanoga y la observó para ver qué hacía. La niña abrió el paquete, extrajo un poco de aquella sustancia pulposa con los dedos, y la acercó a la boca del bebé que volvía a tener apoyado en la cadera. La pequeña abrió la boca de inmediato, pero el sabor la sorprendió. Se paseó la comida por la boca, examinando el gusto y la textura, y cuando finalmente se la tragó volvió a abrir la boca pidiendo más. Recordaba a un pajarito.

Lanoga sonrió. Ayla se dio cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír. Lanoga dio el resto de la carne a su hermana y después empezó con los cereales. Primero los probó ella, después puso un poco en la boca de su hermana. Las dos observaron la reacción del bebé al nuevo sabor. Con una expresión de intensa concentración, saboreó el pastoso preparado, masticándolo un poco. Tras pensárselo un momento se lo tragó, y luego volvió a abrir la boca para que le dieran más. Ayla se quedó asombrada de todo lo que comió la pequeña; Lanoga no había dejado de darle hasta que su hermana dejó de abrir la boca.

—Si le das a Lorala una cosa para coger, ¿se la lleva a la boca? —preguntó Ayla.

—Sí —contestó la niña.

—He traído un trozo de hueso de la médula. Conocí a un niño al que le encantaba cuando era bebé —dijo Ayla con una sonrisa de afecto y pena provocada por el recuerdo—. Dáselo, a ver qué hace —Ayla le tendió el trozo de hueso de ciervo, con un orificio en el centro lleno de sabrosa médula. En cuanto Lanoga le dio el hueso, la pequeña se lo metió en la boca volvió a adoptar una expresión de sorpresa mientras examinaba el sabor y enseguida comenzó a chuparlo—. Ahora déjala en el suelo y come tú también, Lanoga.

Lobo había estado observando a la pequeña a unos metros de distancia, donde Ayla le había ordenado que permaneciera. Se arrastró poco a poco hacia el bebé que habían dejado sentado sobre la hierba, y que emitía sonidos infantiles. Lanoga miró por un momento a Lobo y se volvió hacia Ayla con cara de preocupación. Hasta ese instante ni siquiera se había fijado en la presencia del animal.

—A Lobo le encantan los niños —explicó Ayla—. Quiere jugar con ella, pero me parece que el hueso podría desorientarlo. Si ella lo deja caer, Lobo puede pensar que está dándoselo. He traído un hueso con un poco de carne para él. Se lo daré allí, al lado del río, para que lo devore mientras nosotras comemos.

Ayla sacó de la mochila un paquete grande envuelto en piel que contenía unos pedazos de carne de bisonte asada y un hueso crudo de grandes dimensiones todavía con jirones de carne seca y parduzca adheridos. Se levantó, hizo una seña a Lobo para que la siguiese y se acercó al arroyo. Allí le entregó el hueso. El animal se quedó royéndolo con satisfacción.

Cuando regresó al lado de la niña, sacó otras cosas de la mochila. Llevaba distintas clases de comida. Además de la carne y los cereales tenía aún algunas sobras del viaje. Había algunos trozos secos de raíces feculentas, piñones asados, avellanas con la cáscara, y rodajas de manzana seca, agrias y sabrosas.

Mientras comían, Ayla habló con la niña.

—Lanoga, te he dicho que iríamos a bañarnos y a lavarnos un poco antes de ir a ver a las mujeres, pero quiero explicarte por qué. Sé que has hecho todo lo que has podido para alimentar a Lorala, pero para crecer sana ella necesita alguna cosa más que raíces chafadas. Te he enseñado a preparar otras cosas para alimentarla, como trocear la carne para que pueda comérsela aunque no tenga dientes. Pero lo que ella más necesita es leche, aunque sólo sea un poco —continuó Ayla. La niña la observaba sin dejar de comer, pero guardaba silencio—. Donde yo me crié, las mujeres alimentaban a veces a los recién nacidos o lo hacían entre todas, amamantándolos por turnos. Proleva me ha dicho que las zelandonii también se ayudan en estos casos, pero normalmente sólo cuando los niños son de la familia o de amigos íntimos. Tu madre no tiene hermanas ni primas que estén dando de mamar, por eso quiero pedir a las otras mujeres que estén amamantando ya o que vayan a hacerlo dentro de poco que nos ayuden. Pero las madres son muy protectoras con sus hijos. No les gustaría llevarse al pecho a un bebé que estuviera sucio u oliera mal, y después tener que amamantar a su propio hijo.

»Tenemos que lavar a Lorala para que esté fresca y guapa a la hora de enseñársela a las otras madres. Usaremos la jabonera con la que nos hemos lavado las manos. Te enseñaré cómo bañarla, porque deberás mantenerla siempre bien limpia, y como seguramente serás tú quien se la lleve a la mujer que la amamante, también tendrás que bañarla tú. Te he traído un poco de ropa. Me la ha dado Proleva. Ya está usada, pero está limpia. A su dueña se le ha quedado pequeña. —Lanoga no contestó y Ayla no llegó a comprender por qué hablaba tan poco. Preguntó—: ¿Me has entendido?

Lanoga asintió con la cabeza y siguió comiendo, lanzando alguna que otra mirada a su hermana, que aún roía el hueso de la médula. Ayla pensó que a la niña le deleitaban los alimentos que le ofrecían para la nutrición que le faltaba. Las raíces feculentas hervidas no bastaban para un niño en pleno crecimiento. Cuando Lanoga quedó harta, la pequeña parecía adormilada, y Ayla decidió que debían lavarla

enseguida antes de que se durmiese por completo. Apartó los recipientes y se levantó. Entonces notó mal olor. La niña también lo notó.

—Se ha ensuciado —dijo Lanoga.

—En el arroyo hay musgo. Limpiémosla antes de bañarla —propuso Ayla.

La niña la observó. Ayla cogió a la pequeña, que se sorprendió, pero no protestó. La acercó al arroyo, se agachó en la orilla, arrancó un puñado de musgo adherido a las rocas, lo sumergió en el agua y, sosteniendo a la niña con el brazo usó el musgo para limpiarle el trasero. Con otro puñado, repitió la operación. Mientras la examinaba para asegurarse de que quedaba limpia, la pequeña se orinó. Ayla la sostuvo en alto hasta que terminó, la limpió de nuevo y se la devolvió a Lanoga.

—Llévala a la balsa, Lanoga. Tenemos que bañarla. ¿Por qué no la dejas allí? —sugirió Ayla indicando la concavidad de la piedra llena de agua.

La niña la miraba desconcertada, con el entrecejo fruncido, pero no se movía. Ayla la observó con atención. No creía que la pequeña fuese retrasada pese a que apenas hablaba; parecía más bien que no sabía qué se esperaba de ella. De repente recordó la época en que acababa de ser adoptada por el clan y no sabía qué tenía que hacer, y eso la indujo a pensar. Había notado que la niña aparentemente respondía mejor a las órdenes directas.

—Lanoga, deja a la niña en el agua —dijo. No era una petición, sino una afirmación, casi una orden.

Lanoga se acercó lentamente a la concavidad de la piedra y alzó a la niña desnuda que sostenía en la cadera, pero la pequeña parecía reacia a dejar a su hermana. Ayla cogió a Lorala por detrás, sujetándola por debajo de las axilas de manera que quedase de cara a Lanoga, con los pies colgando, y poco a poco la colocó sentada dentro del agua, en la piedra.

El agua tibia fue una nueva sensación para la pequeña, que la impulsó a explorar su alrededor. Metió la mano en el agua, la sacó y se la miró. Volvió a intentarlo y se salpicó por casualidad, cosa que la intrigó; después sacó la mano y se la metió en la boca.

«Al menos, no llora, pensó Ayla. Buena señal».

—Mete la mano en la cesta, Lanoga, y verás qué jabonosa está el agua —la niña hizo lo que le pedían—. Ahora coge un poco y utilízala para restregar a Lorala.

Mientras la frotaban con el líquido jabonoso, la pequeña se quedó quieta con la frente un poco arrugada. Era una sensación nueva, pero no del todo desagradable.

—Ahora tenemos que lavarle la cabeza —dijo Ayla, que sabía que eso sería más problemático—. Empezaremos frotándole la nuca con un poco de jabonera. Tú puedes lavarle las orejas y el cuello.

Ayla observó a la niña y vio que bañaba a su hermana con seguridad y que cada vez parecía más tranquila. De pronto, la asaltó un pensamiento: «Yo no era mucho mayor que Lanoga cuando tuve a Durc. Quizá tenía uno o dos años más que ella, como mucho. Pero yo contaba con Iza, que me enseñaba a cuidarlo».

—Ahora tiéndela boca arriba, aguantándole la cabeza con una mano para que no se le moje la cara, y lávale el pelo con la otra mano —indicó Ayla. Ayudó a Lanoga a colocar a la pequeña. Lorala se resistió un poco, pero la niña la manejaba con firmeza, y la pequeña no protestó por el agua tibia una vez que se sintió sumergida y segura en manos de su hermana. Ayla la ayudó a lavarle el pelo y después, con las manos todavía jabonosas, le lavó las piernas y el trasero. Ya estaba casi toda ella sumergida en el agua, que empezaba a estar un tanto turbia—. Ahora lávale la cara con mucho cuidado, sólo con las manos y el agua. Que no le entre nada en los ojos. No le haría daño, pero le molestaría.

Cuando terminaron volvieron a sentar a la pequeña. Ayla sacó de la mochila una piel amarillenta y suave plegada, la extendió, sacó a la criatura del agua y la envolvió. Se la entregó nuevamente a Lorala.

—Ten, ya está bien limpia —notó que la niña frotaba la piel suave de la toalla—. Es agradable y esponjosa, ¿verdad?

—Sí —contestó Lanoga mirando a la mujer.

—Me la regalaron durante el viaje. Unas personas conocidas como los Xaramuroi, famosos por las suaves pieles de gamuza que elaboran. Las gamuzas son animales que viven en las montañas cerca de su territorio. Se parecen a las cabras, pero son más pequeñas que un íbice. ¿Sabes si hay gamuzas por aquí, Lanoga?

—Sí —respondió la niña. Ayla esperó sonriente. Había descubierto que Lanoga respondía a las preguntas u órdenes directas, pero no sabía cómo continuar una conversación. No sabía cómo hablar con otra persona. Ayla siguió esperando con una sonrisa en la boca. Lanoga arrugó la frente y por fin dijo—: Unos cazadores trajeron una.

«¡Sabe hablar! Ha pronunciado una frase voluntariamente», pensó Ayla, encantada. Sólo necesitaba un pequeño empujón.

—Puedes quedártela si quieres —ofreció Ayla.

En el rostro de Lanoga se manifestó una serie de estados de ánimo que Ayla no preveía. Primero se le iluminó la mirada, después expresó duda y, finalmente, miedo. Luego frunció el entrecejo y movió la cabeza en un gesto de negación.

—No. No puedo.

—¿Quieres la piel?

La niña bajó la vista.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no puedes quedártela?

—No puedo quedármela —declaró la niña, insegura—, no me dejarían. Me la quitarían.

Ayla empezó a entender.

—¿Sabes qué haremos? Tú me la guardas, y así la tendrás si necesitas usarla.

—Me la quitarán —repitió Lanoga.

—Si alguien te la quita me lo dices, y yo iré a recuperarla —dijo Ayla.

Lanoga hizo ademán de sonreír, pero arrugó la frente y volvió a negar con la cabeza.

—Se enfadarán.

Ayla asintió.

—Ya lo entiendo. La guardaré yo, pero siempre que quieras usarla, para Lorala o para ti, puedes venir a buscarla. Si alguien intenta quitártela, le dices que es mía.

Lanoga quitó la piel que envolvía a su hermana y se la entregó a Ayla, después la dejó desnuda sobre la hierba.

—La ensuciará —dijo.

—No importa. La lavamos y listo. Envuélvela. Es más suave que la hierba —insistió Ayla. Extendió la toalla en el suelo y colocó encima a la niña notando que conservaba un ligero y agradable olor a ahumado.

Después de lavar y raspar una piel, se adobaba, a menudo con el cerebro del animal; luego se trabajaba y se estiraba mientras iba secándose, hasta obtenerse un acabado suave y con un poco de pelusa. Entonces la piel casi blanca se tostaba sobre un fuego humeante. La leña y el resto del combustible que se quemaba, determinaba el color de la piel —normalmente tostado con un matiz pardo o amarillento— y en cierta medida la textura de la pieza acabada. Sin embargo, el tostado no se hacía inicialmente por el color, sino para conservar la elasticidad. Una piel podía ser flexible antes de tostarla, pero si se mojaba y volvía a trabajarse y estirarse, quedaba dura y rígida. En cambio una vez que el humo revestía las fibras de colágeno se producía una transformación que mantenía la piel flexible incluso después de lavarla. Era el proceso de tostado con humo lo que hacía realmente útiles las pieles de animales.

Ayla notó que a Lorala se le cerraban los ojos. Lobo había terminado el hueso y se había acercado un poco mientras lavaban a la pequeña, dominado por la curiosidad e incapaz de mantenerse a distancia. Ayla lo vio. Le hizo una seña para que se acercase más, y el lobo corrió hacia ellas.

—Ahora nos toca bañarnos a nosotras —dijo Ayla, y miró al animal. No era la primera vez que dejaba al lobo vigilando a un bebé dormido. Lanoga puso cara de preocupación—. Se quedará aquí y vigilará que no le pase nada, y nos avisará si se despierta. Nosotras estaremos en aquel estanque que hay detrás de la presa formada por la rocas. Podrás verlo. Nos lavaremos como hemos lavado a Lorala pero nuestra agua estará más fría —añadió Ayla con una sonrisa.

Recogió la mochila y la cesta con la jabonera en remojo antes de encaminarse hacia el estanque. Se desnudó y se adentró en el agua ella primero. Hizo una demostración de cómo lavarse y ayudó a Lanoga a enjabonarse el pelo. Después del baño, cogió otros dos trozos de piel para secarse, y un peine de púas largas que le había prestado Marthona. Después de secarse desenredó el cabello a Lanoga y con otro peine se peinó también ella.

A continuación extrajo una túnica del fondo de la mochila. Estaba usada, pero no muy gastada. Parecía nueva y tenía una sencilla ornamentación a base de flecos y cuentas. Lanoga la contempló fascinada y la tocó. Sonrió cuando Ayla le dijo que se la pusiera.

—Quiero que te la pongas para ir a ver a las mujeres —dijo. La niña ni protestó ni se hizo rogar; de hecho, ni siquiera despegó los labios—. Deberíamos irnos ya, se hace tarde. Deben de estar esperándonos.

Emprendieron el camino de regreso hacia la terraza de piedra y una vez allí se dirigieron hacia el área de viviendas y concretamente hacia la morada de Proleva. Lobo las acompañaba, y cuando Ayla se dio la vuelta para ver si las seguía, vio que el animal volvía la vista atrás. Siguió su mirada y vio a un hombre y una mujer a cierta distancia. La mujer se tambaleaba. El hombre caminaba junto a ella, pero no muy cerca, aunque en una ocasión sujetó a la mujer para que no se cayese. Cuando la vio dirigirse hacia la morada de Laramar, Ayla advirtió que era Tremeda, la madre de Lanoga y Lorala.

Por un momento pensó si convenía ir a buscarla para que también ella estuviera presente en la reunión con las mujeres, pero descartó la idea. Seguramente éstas serían más comprensivas con una niña preciosa y un bebé limpio que con una mujer que debía de estar borracha.

Continuó caminando, pero siguió mirando al hombre, que no se había desviado como la mujer, sino que había seguido avanzando.

Algo en su figura y en su forma de andar le resultaba familiar. Él la vio y la observó mientras se acercaba. Cuando lo tuvo más cerca lo identificó enseguida. Era Brukeval, y aunque a él no le gustase, lo que Ayla veía era la constitución robusta y los movimientos seguros de un hombre del clan.

Brukeval le sonrió como si se alegrara sinceramente de verla, y ella le devolvió la sonrisa antes de darse la vuelta y empujar a Lanoga y la pequeña en dirección a la morada de Proleva. Lanzó un breve vistazo atrás y descubrió que la sonrisa del hombre se había convertido en una expresión de ira, como si ella lo hubiera molestado de algún modo. No lo comprendió.

«Me ha visto y se ha apartado, no ha podido esperarse y saludarme, pensó Brukeval. Creí que ella sería distinta».

Capítulo 20

—Ya viene —anunció Proleva.

Había salido de la morada para ir en busca de Ayla y se alegró de verla allí. Temía que las mujeres que había invitado se aburrieran y, pese a su curiosidad, empezaran a poner excusas para marcharse. Únicamente les había dicho que Ayla quería hablar con ellas. El hecho de que la compañera del jefe de la caverna les hubiera pedido que entraran en su vivienda fue un incentivo más. Proleva mantuvo la cortina abierta e invitó a pasar a las niñas y a Ayla, que hizo una seña a Lobo para que volviera a casa y luego instó a Lanoga a que pasara delante.

Dentro había nueve mujeres, con lo cual la morada parecía pequeña y abarrotada. Seis iban acompañadas de sus hijos, todos recién nacidos o de pocos meses de edad; tres estaban en avanzado estado de gestación. Además, dos niños algo mayores gateaban por el suelo. Todas se conocían en mayor o menor medida —algunas sólo de pasada, y dos eran hermanas—, pero la conversación era fluida. Compararon a sus hijos y comentaron los detalles íntimos del parto, la lactancia y el aprendizaje necesario para convivir en el hogar con un nuevo y a menudo exigente individuo. Dejaron de hablar y, con expresión de sorpresa, dirigieron sus miradas hacia las recién llegadas.

—Ya conocéis todas a Ayla, así que me ahorraré las presentaciones largas y formales —dijo Proleva—. Ya os presentaréis vosotras mismas más tarde.

—¿Quién es la niña? —preguntó una mujer. Era más mayor que las demás, y uno de los niños que estaba en el suelo se levantó y se acercó a ella al oír su voz.

—¿Y el bebé? —preguntó otra.

Proleva miró a Ayla, que al entrar se había sentido un tanto abrumada por la presencia de tantas madres, y era evidente que no eran tímidas. No obstante, sus preguntas le dieron pie para empezar.

—Ésta es Lanoga, la hija mayor de Tremeda. La otra es Lorala, su hija más pequeña —explicó Ayla, convencida de que algunas de ellas ya debían de conocer a las niñas.

—¡Tremeda! —exclamó la mujer que parecía ser la mayor—. ¿Ésas son hijas de Tremeda?

—Sí, ¿no las reconocéis? Pertenecen a la Novena Caverna —dijo Ayla.

Entre las mujeres se produjo un murmullo cuando comenzaron a hablar en susurros. Ayla captó comentarios tanto acerca de su acento poco común como acerca de las niñas.

—Lanoga es su segunda hija, Stelona —dijo Proleva—. Seguramente te acuerdas de cuando nació; tú ayudaste en el parto. Lanoga, ¿por qué no vienes con Lorala y te sientas aquí, a mi lado?

Las mujeres observaron a la niña que alzaba a su hermana, hasta ese momento apoyada en su cadera, y se encaminaba hacia la compañera del jefe de la caverna; luego se sentó con Lorala en el regazo. Eludía la mirada de las otras mujeres, manteniendo la vista fija en Ayla, que le sonreía.

—Lanoga vino a buscar a la Zelandoni porque Bologan se había hecho daño. Al parecer, se había peleado con alguien y tenía una herida en la cabeza —comenzó a explicar Ayla—. Fue entonces cuando descubrimos un problema mayor. Esta niña pequeña no debe de contar más que unas pocas lunas, y a su madre se le ha retirado la leche. Lanoga ha estado cuidándola, pero sólo sabía prepararle para comer raíces cocidas y chafadas. —Notó que las mujeres estrechaban con más fuerza a sus hijos. Era una reacción que cualquiera podía interpretar, e indicaba que empezaban a formarse una idea de adónde quería ir a parar—. Yo vengo de un sitio muy alejado del territorio de los zelandonii, pero al margen de nuestro lugar de procedencia y de la gente con quien nos criemos, hay una cosa que sabe todo el mundo: un bebé necesita leche. Entre la gente con la que crecí, cuando una mujer se quedaba sin leche, las otras contribuían a alimentar al recién nacido. —Todas sabían que Ayla se refería a los que ellos llamaban «cabezas chatas», considerados animales por la mayoría de los zelandonii—. Incluso las mujeres con niños mayores, a quienes no sobraba apenas leche, ofrecían el pecho al bebé de vez en cuando. En una ocasión, una joven se quedó sin leche, y otra mujer, que tenía más que suficiente para su propio hijo, trató al otro bebé casi como al suyo, y los amamantó como si los dos hubieran nacido juntos.

—¿Y qué pasará con nuestros propios hijos? ¿Y si a una mujer no le sobra leche para esa niña? —preguntó una de las embarazadas. Era muy joven, y posiblemente primeriza.

Ayla sonrió. Luego miró a las otras mujeres y se dirigió a todas:

—¿No es asombroso cómo aumenta la cantidad de leche de la madre para adaptarse a sus necesidades? Cuanto más da de mamar, más leche produce.

—Eso es verdad, y ocurre sobre todo al principio —afirmó desde la entrada una voz que Ayla reconoció. Se volvió y sonrió a la mujer alta y voluminosa—. Lamento no haber podido llegar antes, Proleva. Laramar ha venido a ver a Bologan y ha empezado a interrogarlo. He desaprobado sus métodos y he ido a buscar a Joharran, pero al final, entre los dos, han conseguido sonsacarle algunas respuestas sobre lo ocurrido.

Las mujeres comenzaron a intercambiar nerviosos murmullos. Sentían mucha curiosidad y esperaban que la Zelandoni entrara en detalles, pero sabían que de nada les serviría preguntar. La donier hablaría sólo si quería que ellas se enteraran. Proleva apartó un canasto alto y tupido, medio lleno de infusión, de encima de un bloque de piedra situado a un lado para dejarlo libre y cubrirlo después con una almohadilla; era el asiento permanente de la Zelandoni en la morada del jefe de la caverna, dedicado a

otros usos cuando ella no estaba. Cuando la donier se sentó, le entregaron un vaso de infusión. Se lo tomó y sonrió a todas las presentes.

Si antes la estancia parecía llena de gente, tras sumarse la corpulenta mujer daba la impresión de que ya no cabía un alma, pero aparentemente eso no molestaba a nadie. Asistiendo a una reunión con la compañera del jefe de la caverna y la Primera Entre Quienes Servían a la Madre, las mujeres se sentían importantes. Ayla lo percibió vagamente, pero no había vivido allí el tiempo suficiente para interpretar la importancia que para aquellas mujeres tenía esa ocasión. Para ella Proleva y la Zelandoni eran una pariente y una amiga de Jondalar. La donier miró a Ayla, alentándola a continuar.

—Proleva me explicó que entre los zelandonii se reparte toda la comida. Le pregunté si las mujeres estarían dispuestas a compartir su leche. Me dijo que lo hacían a menudo con parientes y amigas, pero Tremeda, que se sepa, no tiene familia, así que no cuenta con una prima en período de lactancia —dijo Ayla, sin molestarse en mencionar siquiera a posibles amigas. Hizo una seña a Lanoga, que se levantó y se dirigió lentamente hacia ella con su hermana en brazos—. Aunque una niña de diez años esté capacitada para cuidar de un bebé, no puede amamantarlo. He empezado a enseñar a Lanoga a preparar comidas que pueden darse a un bebé, además de las raíces chafadas. Es una niña muy capaz; sólo necesita alguien que la enseñe. Aun así no basta con eso. —Ayla se interrumpió y miró a las mujeres una por una.

—¿Las has lavado tú? —preguntó Stelona, la mujer de más edad.

—Sí. Hemos ido al Río y nos hemos bañado, como hacéis vosotras —respondió Ayla. Luego añadió—: Me he enterado de que Tremeda no es vista con muy buenos ojos, y quizá haya razones para ello, pero este bebé no es Tremeda. Es sólo una niña que necesita leche, al menos un poco.

—Te seré franca —dijo Stelona, que se había convertido en la portavoz del grupo —. No me importaría amamantarla de vez en cuando, pero no estoy dispuesta a entrar en esa morada, ni me interesa demasiado ir a visitar a Tremeda.

Proleva volvió la cabeza para ocultar una sonrisa. «Ayla ha ganado, pensó. Ya ha conseguido que se comprometa una de ellas; las otras no tardarán en ceder, o al menos la mayoría».

—No os representará ningún esfuerzo —aseguró Ayla—. Ya he hablado de eso con Lanoga. Ella os llevará a su hermana; podemos establecer una rutina. Cuantas más mujeres ayuden, menor será el sacrificio para cada una.

—Bueno, trae aquí a esa niña —propuso la mujer—. Veamos si aún sabe tomar el pecho. ¿Cuándo dejó de mamar?

—En algún momento de la primavera —respondió Ayla—. Lanoga, déjale el bebé a Stelona.

La niña eludió la mirada de las otras mujeres mientras se acercaba a Stelona, que había entregado el niño que dormía en su regazo a la embarazada que tenía al lado. Con experta soltura, la mujer ofreció el pecho al bebé. La pequeña buscó a tientas con

los labios por un momento, con visible ansiedad, pero obviamente no estaba ya familiarizada con la postura. No obstante, cuando Lorala abrió la boca, la mujer le metió el pezón. La niña jugó con él entre los labios durante un rato, pero finalmente empezó a succionar.

—¡Bueno, ya se ha cogido! —exclamó Stelona.

Alrededor se produjo un suspiro de alivio generalizado, seguido de sonrisas.

—Gracias, Stelona —dijo Ayla.

—Supongo que es lo mínimo que puede hacerse —declaró la mujer—. Al fin y al cabo, esta criatura pertenece a la Novena Caverna.

—No es exactamente que las obligara a acceder por vergüenza —explicó Proleva—, pero les dio a entender que si no colaboraban, serían peores que los cabezas chatas. Ahora todas se sentirán orgullosas de haber obrado correctamente.

Apoyándose en un codo, Joharran se incorporó y miró a su compañera.

—¿Amamantarías tú a la hija de Tremeda? —preguntó.

Proleva se volvió de lado y tiró del cobertor para taparse el hombro.

—Si alguien me lo pidiera, por supuesto —contestó—, pero reconozco que quizá no se me hubiera ocurrido organizar a las mujeres para que la amamantaran, como ha hecho Ayla, y aunque me avergüence, debo admitir que no sabía que a Tremeda se le hubiera retirado la leche. Según Ayla, Lanoga es una niña muy capaz, y sólo necesita a alguien que la enseñe. Y, desde luego, debe de tener razón, porque la niña ha mantenido con vida a esa pequeña y ha hecho más de madre de sus hermanos que la propia madre. Pero una niña de sólo diez años no debería verse obligada a hacer de madre de semejante prole. Ni siquiera ha pasado aún por sus Primeros Ritos. Lo ideal sería que alguien adoptara a ese bebé. Y quizá también a alguno de los otros niños de Tremeda.

—Tal vez encuentres a alguien dispuesto a llevarlos a la Reunión de Verano —sugirió Joharran.

—Ya me había planteado intentarlo, pero no creo que Tremeda haya dejado de tener hijos. La Madre suele dar más hijos a las mujeres que ya han tenido otros antes, pero por lo general espera a que una mujer acabe de amamantar para darle el siguiente niño. Según dice la Zelandoni, ahora que Tremeda no amamanta, es muy probable que quede otra vez embarazada en menos de un año.

—Hablando de embarazos, ¿cómo te encuentras? —preguntó Joharran sonriéndole con cariño y satisfacción.

—Bien —respondió ella—. Por lo visto, ya he superado las náuseas, y no habré aumentado mucho de peso durante los calores del verano. Creo que voy a empezar a dar la noticia. Ayla ya se ha dado cuenta.

—Yo todavía no te noto nada, excepto que estás más hermosa… si eso es posible.

Proleva sonrió afectuosamente a su compañero.

—Ayla se disculpó por mencionarlo antes de que yo decidiera hacer pública la noticia; fue un desliz. Dijo que conocía bien los síntomas porque es una entendida en medicinas, que es como ella llama a veces a las curanderas. Ciertamente parece una curandera, pero cuesta creer que haya aprendido tanto de…

—Lo sé —convino Joharran—. ¿Es posible que quienes la criaron sean realmente como los que rondan por esta zona? Si es así, me parece preocupante. No los hemos tratado bien, y me pregunto por qué no han tomado represalias. ¿Y qué pasaría si un día decidiesen contraatacar?

—No creo que ahora debamos inquietarnos por eso —dijo Proleva—. Estoy segura de que aprenderemos sabiendo más cosas acerca de ellos a medida que conozcamos mejor a Ayla. —Guardó silencio, volvió la cabeza hacia donde dormía Jaradal y escuchó. Había creído oír algo, pero el niño estaba ya tranquilo. «Probablemente ha sido un sueño», pensó, y se volvió de nuevo hacia su compañero —. ¿Sabes que quieren hacerla zelandonii antes de que salgamos hacia la Reunión de Verano para que sea ya de los nuestros antes de unirse a Jondalar?

—Sí, lo sé. ¿Te parece un poco prematuro? Da la impresión de que la conozcamos hace mucho tiempo, pero, en realidad, no hace tanto que ella y Jondalar llegaron —comentó Joharran—. Normalmente no me importa acceder a las propuestas de mi madre. No acostumbra a hacer sugerencias a menudo, pese a que continúa siendo una mujer poderosa, y cuando las hace, generalmente se trata de algo razonable que a mí no se me había ocurrido. Cuando asumí la jefatura de la caverna, me pregunté si realmente ella renunciaría por completo al mando, pero ella deseaba tanto como los demás que fuera yo el nuevo jefe, y siempre ha procurado no entrometerse. No obstante, no veo una razón de peso para otorgar ese reconocimiento a Ayla con tanta urgencia. En todo caso, se la considerará de los nuestros tan pronto como se una a Jondalar.

—Pero no será una zelandonii por derecho propio, sino sólo como compañera de Jondalar —puntualizó Proleva—. A tu madre le preocupa el prestigio, Joharran. ¿Recuerdas el entierro de Shevoran? Como forastera, Ayla debería haberse colocado al final de la fila, pero Jondalar insistió en que él iría a su lado, dondequiera que la colocaran. Tu madre no quería que su hijo fuera por detrás de Laramar. Habría inducido a pensar que la mujer con la que iba a emparejarse tenía un rango insignificante. Luego la Zelandoni declaró que el lugar de Ayla estaba entre los curanderos, y por eso se la situó al frente, pero Laramar no lo vio bien e importunó a Marthona.

—No estaba informado —admitió Joharran.

—El problema es que no sabemos cómo valorar el rango de Ayla —continuó Proleva—. Según parece, la adoptaron unos mamutoi de elevada posición, pero ¿qué sabemos de ellos? No es lo mismo que si fueran lanzadonii, ni losadunai. Yo ni siquiera había oído hablar de ellos, aunque algunos sostienen que sí los conocen. ¡Y se crió entre los cabezas chatas! ¿Qué rango le da eso? Si no se le reconoce un alto

rango, podría rebajar la categoría social de Jondalar, y eso tendría un efecto negativo en los títulos y lazos de todos nosotros, los de Marthona, los tuyos, los míos, los de todos sus parientes.

—No había pensado en eso —dijo Joharran.

—La Zelandoni también insiste en que debe concedérsele ese reconocimiento. Trata a Ayla como si perteneciera a la zelandonia, como a una igual. No sé bien qué razones tiene, pero está decidida a conseguir que se la considere una mujer de elevada posición.

Proleva volvió otra vez la cabeza en dirección a su hijo al oír los sonidos que emitía. Era una reacción automática de la que ni siquiera se daba mucha cuenta. «Debe de tener sueños muy inquietos», pensó.

Joharran reflexionó sobre los comentarios de Proleva, complacido de que su compañera fuera perspicaz, además de estar bien preparada para su labor. Como jefe de la caverna, ella era para él una verdadera ayuda, y valoraba en mucho sus dotes. En ese preciso momento agradecía especialmente su capacidad para desentrañar las motivaciones de su madre. A su manera, Joharran sabía escuchar y comunicarse con los demás, y por eso era un jefe competente, pero carecía de aquel sentido innato de Proleva para calcular las consecuencias y repercusiones de una situación.

—¿Bastará con que sólo nosotros demos nuestra aprobación? —preguntó Marthona inclinándose hacia adelante.

—Joharran es el jefe; tú eres consejera y exjefa; Willamar es maestro de comercio…

—Y tú eres la Primera —completó Marthona—. Pero, rangos aparte, todos nosotros somos parientes, excepto tú, Zelandoni, y todo el mundo sabe que eres amiga.

—¿Quién se opondría?

—Laramar. —Marthona seguía molesta y en cierto modo abochornada por el hecho de que Laramar le hubiera reprochado un incumplimiento del protocolo, y su irritación se reflejaba en su semblante—. Sacaría el asunto de quicio, sólo por crear problemas. Lo hizo ya en el entierro.

—Eso no lo sabía. ¿Qué hizo? —preguntó la corpulenta donier. Estaban las dos en la morada de ésta, tomándose una infusión y charlando. La Zelandoni se alegraba de que por fin se hubiera marchado su último paciente, devolviéndole la intimidad y permitiéndole así meditar a solas y hablar en privado.

—Me dio a entender que Ayla debería haber ocupado el último lugar en la procesión.

—Pero es curandera, y su sitio estaba entre los zelandonia —afirmó la donier.

—Puede que sea curandera, pero, por más que su sitio esté entre los zelandonia, no es zelandoni, y Laramar lo sabe.

—Pero ¿qué puede hacer ese hombre?

—Puede sacar a relucir la cuestión. Es miembro de la Novena Caverna. Quizá otros compartan su opinión, pero no se atreven a decirlo en voz alta. Si él lo plantea, esos otros pueden secundarlo. Creo que deberíamos conseguir la aprobación de más gente —propuso Marthona con tono concluyente.

—Puede que tengas razón. ¿A quiénes sugieres? —preguntó la Zelandoni. Tomó un sorbo de infusión y frunció el entrecejo pensativamente.

—Stelona y su familia son una posibilidad —dijo la exjefa—. Según Proleva, fue la primera en acceder a amamantar a la hija de Tremeda. Es una mujer respetada y apreciada, y no está emparentada con nosotros.

—¿Quién se lo pedirá?

—Podría ser Joharran, o yo misma, de mujer a mujer —respondió Marthona—. ¿Tú qué crees?

La Zelandoni dejó el vaso, y las arrugas de su frente se hicieron aún más profundas.

—Creo que antes deberías hablar con ella, tantearla. Luego, si la notas predispuesta, debería planteárselo Joharran, pero no como jefe, sino como miembro de la familia. Así, no parecerá que presenta una solicitud oficial y utiliza su posición de jefe para coaccionarla. Será más bien como si estuviera pidiéndole un favor.

—Y se lo estará pidiendo —añadió Marthona.

—Naturalmente. Pero el hecho mismo de que sea el jefe quien hace la petición lleva implícita la fuerza del cargo. Todos conocemos su rango. No es necesario mencionarlo. Y ella podría considerar un halago que él le pida su colaboración. ¿La conoces bien?

—La conozco, sí. Stelona proviene de una familia solvente, pero no hemos tenido ocasión de relacionarnos en un plano personal. Proleva la conoce mejor. Fue ella quien la hizo ir a su casa cuando Ayla quería hablar sobre la niña de Tremeda. Sé que siempre está dispuesta a colaborar cuando hay que organizar reuniones o preparar comida, y siempre la veo ayudar cuando hay trabajo que hacer.

—Siendo así, debería acompañarte Proleva cuando vayas a ver a Stelona —aconsejó la Zelandoni—. Pregúntale cuál es, en su opinión, la mejor manera de abordarla. Si tiende a colaborar y está dispuesta a ayudar, quizá deberías apelar a esa faceta de ella.

Las dos meditaron en silencio un momento mientras bebían a sorbos la infusión. Finalmente, Marthona preguntó:

—¿Prefieres una ceremonia de aceptación sencilla o algo más espectacular?

La Zelandoni la miró y dedujo que Marthona tenía algún motivo para plantear la cuestión.

—¿Por qué lo preguntas?

—Ayla me enseñó una cosa que posiblemente causaría un gran impacto si se maneja como es debido —respondió Marthona.

—¿Qué te enseñó?

—¿La has visto hacer fuego alguna vez?

La voluminosa donier dudó apenas un instante y luego se recostó sonriendo.

—Sólo una vez, cuando lo necesitábamos para hervir agua y preparar una bebida calmante para Willamar después que recibió la noticia de la muerte de Thonolan. Dijo que me enseñaría la manera de hacer fuego tan rápido, pero admito que, con el funeral, los preparativos para la Reunión de Verano y todo lo demás, se me había olvidado.

—Una noche, cuando llegamos a casa, se había apagado el fuego, y ella y Jondalar nos hicieron una demostración —explicó Marthona—. Willamar, Folara y yo encendemos fuego a su manera desde entonces. Se necesita una cosa que ella llama «piedra de fuego» y, según parece, han encontrado piedras de esa clase cerca de aquí. No sé cuántas, pero suficientes para distribuirlas entre algunas personas más. ¿Por qué no vienes a casa esta noche? Me consta que tenían previsto mostrártelo, así que podrían hacerlo hoy. Mejor dicho, ¿por qué no compartes una comida con nosotros? Aún me queda un poco de aquel vino de la última cosecha.

—Por mí, encantada. Sí, iré.

—Has estado tan bien como siempre, Marthona —declaró la Zelandoni dejando un vaso vacío junto a un cuenco casi limpio.

Estaban sentados en almohadones en torno a la mesa baja. Desde el principio de la comida, Jondalar miraba y sonreía a los demás creando en el ambiente la expectación de que iban a presenciar algo especialmente delicioso. La donier admitió que la actitud de Jondalar había despertado su curiosidad, aunque no tenía la menor intención de exteriorizarla.

Había alargado la comida recreándolos con historias y anécdotas, animando a Jondalar y Ayla a hablar de su viaje e incitando a Willamar a contar las aventuras de sus expediciones. Había sido una grata velada para todos, pero Folara parecía a punto de reventar de impaciencia y Jondalar estaba tan ufano y satisfecho de sí mismo que a la donier, viéndolo, le entraban ganas de sonreír.

Willamar y Marthona estaban más acostumbrados a esperar hasta el momento oportuno; era una táctica utilizada a menudo en las negociaciones comerciales y los tratos con otras cavernas. Ayla también parecía dispuesta a esperar, pero para La Que Era la Primera resultaba difícil sondear los verdaderos sentimientos de la joven. Aún no conocía lo suficiente a la forastera. Ayla era un enigma, pero eso la hacía más interesante.

—Si has acabado, desearíamos que te acercaras al hogar —dijo Jondalar con una sonrisa nerviosa.

La corpulenta mujer se levantó de la pila de almohadillas en la que estaba sentada y se dirigió hacia el hogar de cocinar. Jondalar se apresuró a coger los almohadones y

fue a colocarlos junto al hogar, pero la Zelandoni se quedó de pie.

—Será mejor que tomes asiento, Zelandoni —recomendó Jondalar—. Vamos a apagar el fuego y todas las luces, y esto quedará tan a oscuras como una cueva.

—Como tú quieras —respondió ella, y se sentó en los almohadones apilados.

Marthona y Willamar cogieron sus cojines y se sentaron también mientras los más jóvenes reunían todos los candiles y los colocaban alrededor del hogar, incluido —advirtió la Zelandoni, un tanto sorprendida— el que alumbraba la hornacina de la donii. El mero hecho de juntarlos todos sumía en la oscuridad el resto de la morada.

—¿Todos listos? —preguntó Jondalar, y cuando los tres que esperaban asintieron con la cabeza los otros empezaron a soplar las llamas.

Nadie habló mientras las apagaban una a una. Las sombras se hicieron más densas, hasta que una oscuridad absoluta devoró el último resto de claridad e invadió todo el espacio creando una misteriosa sensación de espesor impenetrable. Estaba oscuro como en una cueva, pero en la morada, que hasta hacía un momento se hallaba iluminada por una cálida claridad dorada, el efecto era inquietante, estremecedor y, por alguna razón, más escalofriante que en las frías profundidades de una cueva, donde las tinieblas eran algo normal. Las hogueras de una vivienda solían apagarse, pero siempre se mantenía encendido a propósito algún elemento de la iluminación. Con aquella oscuridad parecían querer tentar a la suerte. El impacto místico no pasó inadvertido a la Primera.

Pero conforme pasaba el tiempo y la vista se acostumbraba a la oscuridad, la Zelandoni comprobó que la negrura no era total. No veía la forma de su mano delante de los ojos, pero por encima de la morada sin techo, en un ángulo del saliente de roca, se reflejaban débilmente las luces de otras fogatas. Era una claridad mínima, pero gracias a ella tenía la sensación de no estar tan a oscuras. Pensó que debía recordarlo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una luz a corta distancia que hirió su vista, en ese momento acostumbrada ya a la oscuridad. Iluminó por un instante el rostro de Ayla y luego se apagó, pero poco después surgió una pequeña llama que inmediatamente aumentó de tamaño.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Jondalar con una estúpida sonrisa.

—Iniciar un fuego tan rápidamente. —La Zelandoni veía ya que todos los demás sonreían también.

—¡Es la piedra de fuego! —explicó Jondalar, y le entregó una—. Cuando la frotas con un fragmento de pedernal salta una chispa intensa y duradera. Y si tienes buena yesca y apuntas bien, la chispa prende y hace llama. Te haré una demostración.

Formó un pequeño montón de leña menuda y unas cuantas astillas de madera mezcladas con hierba seca. La Primera se levantó de las almohadillas y se sentó en tierra cerca del hogar. Prefería los asientos altos porque luego no le costaba tanto levantarse, pero eso no significaba que no pudiese agacharse si quería, o si era por una razón importante. Y aquel truco del fuego lo era. Jondalar hizo su demostración y

luego le dio las piedras. La Zelandoni lo probó varias veces sin lograrlo, cada vez más irritada.

—Ya lo conseguirás —aseguró Marthona para animarla—. Ayla, ¿por qué no le enseñas?

La joven cogió el pedernal y la pirita de hierro, preparó la pila de yesca y, con paciencia, enseñó a la mujer la posición correcta de las manos. Entonces provocó una chispa que cayó en la yesca. Apareció un hilo de humo, lo apagó y después entregó las piedras a la Zelandoni.

Sosteniendo las piedras ante sí, la donier empezó a frotarlas, pero Ayla la interrumpió para hacerle cambiar la posición de las manos. La Zelandoni probó de nuevo. Esta vez vio una chispa que caía cerca de la yesca, varió ligeramente la posición de las manos y volvió a frotar las piedras. En esta ocasión la chispa fue a parar a la leña seca. Ahora ya sabía lo que debía hacer. Cogió la yesca, se la acercó a la cara y sopló. La pequeña chispa cobró una coloración más roja. Al soplar por segunda vez convirtió la leña menuda en una pequeña llama y a la tercera el fuego prendió en las astillas. La Zelandoni dejó la yesca en tierra, añadió trozos pequeños de madera y después otros más grandes. Al acabar, sonrió satisfecha de su proeza.

Los otros también sonreían y la felicitaban.

—Has aprendido muy deprisa —dijo Folara.

—Sabía que lo lograrías —agregó Jondalar.

—Ya te había dicho que era cuestión de práctica —dijo Marthona.

—¡Muy bien! —exclamó Willamar.

—Vuelve a probarlo —propuso Ayla.

—Sí, bien pensado —convino Marthona.

La Que Era La Primera entre quienes servían a la Madre se apresuró a obedecer. Hizo fuego una segunda vez, pero el tercer intento se le resistió, hasta que Ayla le explicó que no producía una buena chispa y que era preferible frotar las piedras en un ángulo distinto. Tras tres intentos con éxito se dio por satisfecha, se puso en pie, volvió a sentarse en las almohadillas y miró a Ayla.

—Lo practicaré en casa —dijo—. Quiero mostrarme tan segura como tú la primera vez que lo haga en público, pero ahora explícame cómo lo aprendiste.

Ayla le contó que distraídamente había cogido una piedra en la orilla rocosa del arroyo del valle donde vivía, en lugar de la piedra martillo que había utilizado previamente para construirse una herramienta nueva destinada a sustituir otra que se le había roto. Como se le había apagado el fuego, la chispa y el humo le dieron la idea de volver a encender el fuego de aquella manera. Para su sorpresa, dio resultado.

—¿Y es verdad que hay piedras de fuego cerca de aquí? —preguntó la donier.

—Sí —contestó Jondalar con entusiasmo—. Recogimos todas las que encontramos en el valle, y esperábamos hallar más durante el viaje; sin embargo, no volvimos a ver ninguna. Pero ya aquí un día Ayla se detuvo a beber en el arroyo del

Valle del Bosque y allí las encontró. No muchas, pero sí hay unas cuantas, lo que significa que ha de haber más.

—Parece lógico —convino la Zelandoni. Espero que tengas razón.

—Serían muy útiles como material de intercambio —comentó Willamar.

La Zelandoni frunció el entrecejo. Ella había pensado más bien en añadir un vistoso efecto a las ceremonias, pero en tal caso el truco debería haber quedado restringido a la zelandonia, y para eso era ya demasiado tarde.

—Tienes razón, maestro de comercio, pero no nos precipitemos —dijo—. Preferiría que el conocimiento de estas piedras permaneciera en secreto por el momento.

—¿Por qué? —preguntó Ayla.

—Porque podrían servirnos para determinadas ceremonias —contestó la Zelandoni.

Ayla recordó entonces la ocasión en que Talut celebró una reunión para comunicar su adopción a los mamutoi. Con gran sorpresa de Talut y Tulie, los jefes del Campamento del León que eran hermanos, un hombre llamado Frebec protestó en cuanto la propusieron. Hasta que ellos no hicieron una demostración, improvisada pero muy efectista, de la manera de iniciar fuego con una de aquellas piedras y le prometieron darle una, Frebec no se echó atrás.

—Supongo que sí —dijo ella.

—Pero ¿cuándo podré enseñárselo a mis amigas? —suplicó Folara—. Madre me obligó a prometer que no se lo diría a nadie, pero yo me muero de ganas de contarlo.

—Tu madre hizo bien —dijo la Zelandoni—. Te prometo que podrás enseñárselo a tus amigas, pero todavía no. Esto es demasiado importante y ha de presentarse como corresponde. Prefiero que esperes. ¿Serás capaz?

—Claro que seré capaz si tú me lo pides, Zelandoni —contestó Folara.

—Me da la impresión de que hemos organizado más banquetes, ceremonias y reuniones en los pocos días desde su llegada que en todo el invierno pasado —comentó Solaban.

—Proleva me pidió ayuda y yo no podía negársela —dijo Ramara—, del mismo modo que tú no podrías negársela a Joharran. Además, Jaradal siempre juega con Robenan y no me importa vigilarlo.

—Saldremos hacia la Reunión de Verano mañana o pasado mañana, ¿por qué no esperan a que lleguemos? —protestó su compañero. Tenía un montón de cosas esparcidas por el suelo de la morada e intentaba decidir qué debía llevarse. No le gustaba preparar el equipaje. Era la parte de la Reunión de Verano que dejaba siempre para el último momento, y cuando por fin había decidido ponerse a ello, quería hacerlo sin niños alrededor jugando y molestando.

—Me parece que tiene algo que ver con el emparejamiento de Jondalar y Ayla —aventuró Ramara.

Recordó su propia ceremonia matrimonial y miró de reojo a su compañero de oscuro cabello. Tenía el pelo más oscuro que ningún otro en la Novena Caverna, y cuando ella lo conoció le encantaba el contraste con su propio cabello rubio claro. Su cabello negro contrastaba con sus ojos azules y su piel tan clara que a menudo se quemaba a causa del sol, sobre todo al principio del verano. Por entonces también le parecía el hombre más apuesto de la caverna, más incluso que Jondalar. Era sensible al atractivo del hombre alto y rubio de extraordinarios ojos azules; cuando ella era joven, como casi todas las demás muchachas, estaba enamorada de él. Pero aprendió lo que era el amor al conocer a Solaban. Desde su regreso, Jondalar ya no le parecía tan atractivo, quizá porque él sólo tenía ojos para Ayla. Además, ésta le caía bien.

—¿Por qué no pueden emparejarse como todo el mundo? —preguntó Solaban, malhumorado.

—Pues porque no son como todo el mundo. Jondalar acaba de volver de un viaje muy largo; de hecho, nadie esperaba que regresara. Y Ayla no es una zelandonii, pero le gustaría serlo. Al menos eso me han dicho.

—Cuando se una a él será como si lo fuese —afirmó Solaban—. ¿Por qué ha de celebrarse una ceremonia de aceptación?

—No es lo mismo. Así no sería zelandonii; sería «Ayla de los mamutoi, compañera de Jondalar de los zelandonii». En las presentaciones, todos sabrían que es forastera —aclaró Ramara.

—Basta con que abra la boca para que todos sepan que es forastera —dijo él—. Y eso no cambiará por más que se convierta en zelandonii.

—Es cierto. Puede que hable con un acento extraño, pero cuando la gente la conozca sabrá que ya no es una forastera —insistió Ramara. Observó las herramientas, las armas y la ropa tiradas sobre todas las superficies planas. Conocía a su compañero, comprendía los motivos de su irritación, y sabía que no guardaban relación alguna con Ayla y Jondalar. Sonriendo, añadió—: Si no lloviese, llevaría a los niños al Valle del Bosque a ver a los caballos. A los niños les encantan. Nunca ven animales tan cerca.

La expresión de Solaban se tornó aun más acre.

—Eso quiere decir que tendrán que quedarse aquí.

Ramara disimuló una sonrisa.

—No, no será necesario. Me parece que iré al otro extremo del refugio, donde están cocinando y preparándolo todo, y ayudaré a las mujeres que vigilan a los niños para que sus madres puedan trabajar. Los niños podrán jugar allí con los otros de su edad. Cuando Proleva me ha pedido que vigilara a Jaradal, sólo quería que estuviera más atenta. Todas las madres lo hacen. Las cuidadoras han de saber a quién vigilan, sobre todo cuando los niños tienen la edad de Robenan. Se vuelven más independientes y a veces intentan escaparse —explicó Ramara, advirtiendo cómo su

compañero se relajaba—. Pero deberías terminar antes de la ceremonia. Es posible que después tenga que traer aquí a los niños.

Solaban contempló sus cosas pulcramente organizadas, y las hileras de fragmentos de asta, hueso y marfil de dimensiones parecidas, y sacudió la cabeza. Aún no sabía qué llevarse exactamente, como le pasaba todos los años.

—Terminaré en cuanto me organice y sepa qué llevar a la Reunión de Verano para mí y para intercambiar.

Además de ser uno de los ayudantes más próximos a Jondalar, Solaban elaboraba mangos, sobre todo para cuchillos.

—Me parece que ha venido casi todo el mundo —observó Proleva, y ya no llueve.

Jondalar asintió con la cabeza, abandonó el entrante donde se habían refugiado del chaparrón y se encaminó hacia la plataforma de piedra del otro extremo del refugio. Miró a las personas que empezaban a congregarse y sonrió a Ayla.

Ella le devolvió la sonrisa, pero estaba nerviosa. Miró a Jondalar, que contemplaba la multitud que se formaba en torno a la roca.

—¿Verdad que no hace mucho que estuvimos aquí? —preguntó Joharran con una irónica sonrisa—. Cuando os la presenté, apenas sabíamos nada de Ayla, excepto que había regresado con mi hermano Jondalar y mantenía una insólita relación con los animales. Durante el breve tiempo que lleva entre nosotros, hemos descubierto otras muchas cosas sobre Ayla de los mamutoi.

»Creo que todos sospechábamos que Jondalar se proponía unirse a la mujer que había traído a casa, y no nos equivocábamos. Se unirán en la primera ceremonia matrimonial de la Reunión de Verano. Una vez emparejados, vivirán con nosotros en la Novena Caverna, y yo les doy la bienvenida.

Se oyeron comentarios de aprobación entre la gente.

—Pero Ayla no es zelandonii. Cuando un zelandonii se une a alguien que no lo es, han de llevarse a cabo negociaciones y tenerse en cuenta las distintas costumbres entre nosotros y el otro pueblo. Sin embargo, en el caso de Ayla, los mamutoi viven tan lejos que deberíamos viajar un año entero para verlos, y para seros franco, yo ya no tengo edad para emprender un largo viaje.

Este comentario provocó carcajadas.

—¿Nos hacemos viejos, Joharran? —gritó un joven.

—Ya verás cuando hayas vivido tanto tiempo como yo —dijo un hombre canoso —. Entonces ya me lo contarás.

Cuando la gente calló, Jondalar prosiguió.

—Cuando se emparejen, mucha gente verá a Ayla como un miembro más de la Novena Caverna de los zelandonii, pero Jondalar ha propuesto que nuestra caverna la acepte como zelandonii antes de la ceremonia matrimonial. De hecho, nos ha pedido que la adoptemos. Eso haría más sencillos y menos confusos los actos de la

ceremonia matrimonial y no sería necesario solicitar dispensas especiales a todo el mundo en la Reunión de Verano si dejamos el asunto resuelto antes de irnos.

—¿Qué quiere? —preguntó una mujer.

Todos se volvieron a mirarla. Ayla tragó saliva y después se concentró en pronunciar las palabras lo más correctamente que le era posible.

—Más que nada en el mundo, deseo ser zelandonii y emparejarme con Jondalar.

Por más esfuerzos que hizo, no pudo disimular su peculiar pronunciación, que evidenciaba su origen extranjero; pero aquella sencilla afirmación, expresada con convicción tan sincera, le granjeó las simpatías de casi todos los presentes.

—Ha viajado mucho para llegar hasta aquí.

—En cualquier caso sería como una zelandonii.

—Pero ¿cuál es su rango? —preguntó Laramar.

—Tendrá el mismo que Jondalar —contestó Marthona, que ya preveía la intromisión de Laramar y esta vez estaba preparada.

—Jondalar tiene un rango elevado en la Novena Caverna porque tú eres su madre, pero de ella no sabemos nada, excepto que la criaron los cabezas chatas —replicó Laramar en voz alta.

—También la adoptó el Mamut de mayor rango, que es como llaman los mamutoi a su Zelandoni. La habría adoptado el jefe si no se le hubiese adelantado el Mamut —afirmó Marthona.

—¿Por qué siempre ha de haber alguien que se opone? —preguntó Ayla a Jondalar en mamutoi—. ¿Deberíamos encender una hoguera con la piedra del fuego y darle una a Laramar para convencerlo, como hicimos con Frebec en el Campamento del León?

—Frebec resultó ser un buen hombre, y no sé por qué, pero dudo que Laramar lo sea —contestó Jondalar en un susurro.

—Eso es lo que ella dice —prosiguió Laramar con el mismo tono de protesta—. ¿Cómo podemos saberlo?

—Porque mi hijo ha estado allí, y él lo corrobora —repuso Marthona—. El jefe de la caverna, Joharran, no lo pone en duda.

—Joharran es de la familia —adujo Laramar—. Es evidente que el hermano de Jondalar se pondrá de su lado. Ayla formará parte de vuestra familia, y por eso queréis que tenga una posición elevada.

—No sé por qué te opones, Laramar —dijo una voz desde el otro extremo. La gente se volvió y vio con sorpresa que era Stelona quien había hablado—. Si no fuese por Ayla, la hija pequeña de tu compañera seguramente habría muerto de hambre. No fuiste tú quien nos dijo que Tremeda había enfermado y se le había retirado la leche ni que Lanoga intentaba mantener con vida al bebé alimentándolo con raíces chafadas. Nos lo dijo Ayla. De hecho, estoy segura que tú ni siquiera lo sabías. Los zelandonii no permiten que otros zelandonii se mueran de hambre. Entre algunas madres estamos alimentando a Lorala, que ya empieza a recuperarse. Estoy dispuesta

a apadrinar a Ayla si me necesita. Es una mujer de la que los zelandonii pueden sentirse orgullosos.

Otras mujeres salieron en defensa de Ayla; todas eran madres de niños todavía lactantes. La noticia sobre cómo Ayla había ayudado a la hija más pequeña de Tremeda había empezado a extenderse, aunque no todos conocían la historia completa. La mayoría de los presentes imaginaba qué clase de «enfermedad» había padecido Tremeda; pero el problema no era ése, sino que se le había retirado la leche, y ahora todos se alegraban de que alguien se ocupara de alimentar a la pequeña.

—¿Tienes alguna otra objeción, Laramar? —preguntó Joharran. El hombre movió la cabeza en un gesto de negación y retrocedió unos pasos—. ¿Alguien más se opone a aceptar a Ayla en la Novena Caverna de los zelandonii?

Al fondo se oyó un murmullo, pero nadie levantó la voz. Joharran se agachó y tendió la mano a Ayla para que subiese a la roca. Después volvió a dirigirse a su gente:

—Puesto que hay varias personas dispuestas a apadrinar a Ayla, y no hay más objeciones os la presentaré ya como Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes miembro del Campamento del León de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut, escogida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario, amiga de los caballos Whinney y Corredor y del cazador cuadrúpedo Lobo. —Había hablado antes con Jondalar para memorizar los títulos y lazos de parentesco sin dejarse ninguno—. La mujer que pronto se unirá a Jondalar —añadió—. ¡Vamos a comer!

Todos abandonaron la plataforma de piedra. Cuando se dirigían hacia el banquete, fueron saliéndoles al paso personas que se presentaban, hacían comentarios sobre la hija de Tremeda y daban la bienvenida a Ayla.

Pero había una persona que no tenía ningún deseo de darle la bienvenida. Laramar no era una persona que se avergonzara fácilmente, pero esta vez lo habían dejado en ridículo y no le había gustado. Antes de separarse del grupo miró a Ayla con tal ira que a ella se le heló el corazón. Él no sabía que la Zelandoni también había advertido su mirada. Cuando llegaron al lugar donde se servía la comida vieron que había barma de Laramar, pero no la distribuía él, sino su hijo mayor, Bologan.

Acababan de empezar a comer cuando se puso llover otra vez. Se colocaron bajo el enorme saliente para disfrutar del banquete, unos sentados en el suelo, otros en troncos o bloques de piedra que habían ido llevándose allí en ocasiones anteriores. La Zelandoni detuvo a Ayla cuando ésta se disponía a reunirse con la familia de Jondalar.

—Me temo que tienes un enemigo: Laramar —dijo.

—Lo siento mucho —respondió Ayla—. No era mi intención complicarle la vida.

—Tú no has hecho tal cosa. Era él quien quería complicártela a ti, o como mínimo pretendía humillarte. Bueno, no sólo a ti, sino también a Marthona y su familia. Le ha salido mal, pero ahora, según parece, te echa a ti la culpa.

—¿Por qué ese interés en molestar a Marthona?

—Porque él es el miembro de la caverna de más bajo rango, y ella y Joharran son los de más alta posición, y el otro día él sorprendió a Marthona en un pequeño desliz. Ya debes saber que se trata de una situación difícil. Imagino que a Laramar le produjo una pasajera ilusión de triunfo, y sintió tanto placer que pensó que podía intentarlo de nuevo —aclaró la donier.

Ayla frunció el entrecejo mientras escuchaba las explicaciones de la Zelandoni.

—Quizá no sólo quería humillar a Marthona —dijo—. Me parece que el otro día yo cometí una equivocación.

—¿A qué te refieres?

—El día que fui a enseñar a Lanoga a preparar comida para su hermana y a bañarla, y también a lavarse ella misma, apareció Laramar. Estoy segura de que no sabía que la niña ya no mamaba, ni siquiera que Bologan estaba malherido. Me indigné; ese hombre no me gusta. Lobo estaba conmigo, y me consta que Laramar se asustó al verlo. Intentó disimular, y yo me comporté como la jefa de la manada de lobos que pone en su lugar al Lobo de rango inferior. Sé que no debería haberlo hecho. Fue en ese momento cuando me gané un enemigo.

—¿Realmente los jefes de las manadas de lobos ponen en su lugar a los lobos de rango inferior? —preguntó la Zelandoni—. ¿Cómo lo sabes?

—Aprendí a cazar pequeños carnívoros antes de saber cazar animales grandes —dijo Ayla—. Y me pasaba el día observándolos. Quizá por eso Lobo puede vivir entre personas. Las maneras de comportarse de los lobos no son muy distintas de las nuestras.

—¡Es asombroso! —exclamó la Zelandoni—. Pero me parece que tienes razón. Le diste pie al resentimiento, pero no toda la culpa fue tuya. En el entierro te colocamos entre las personas de categoría superior de la Novena Caverna, que es donde yo creía que debías estar; Marthona y yo estuvimos de acuerdo en ello. Pero Laramar quería que fueses donde creía que te correspondía, detrás de él. De alguna forma tenía razón.

»En un entierro, todos los miembros de la caverna han de ir delante de los visitantes. Pero tú no estás aquí precisamente de paso. Primero te coloqué entre los zelandonia porque eres curandera, y ellos siempre van delante. Después fuiste con Jondalar y su familia porque es tu lugar, como todo el mundo ha confirmado hoy. Pero en el entierro, él se lo reprochó a Marthona, cogiéndola desprevenida. Por eso pensaba que había vencido. Entonces, sin saber nada de lo que había pasado, tú le paraste los pies. Él creía que podía contraatacar, arremeter contra ti y Marthona, pero os ha subestimado.

—¡Ah, estáis aquí! —dijo Jondalar—. Hemos estado hablando de Laramar.

—Nosotras también —contestó Ayla, pero dudaba que ellos hubieran tratado los mismos aspectos del tema. En parte por culpa de ella y en parte por circunstancias que desconocía, se había creado un enemigo. «Otro más», pensó. No pretendía

despertar la aversión de ninguna de las personas de la Novena Caverna, pero en el breve tiempo que llevaba allí, se había creado ya dos enemigos. Marona también la odiaba. Hacía tiempo que no la veía, y Ayla se preguntó qué habría sido de ella.

Capítulo 21

La gente de la Novena Caverna llevaba haciendo preparativos para el viaje anual a la Reunión de Verano de los zelandonii desde que había regresado de la anterior, pero conforme se acercaba el momento de partir, aumentaron el ajetreo y la expectación. Debían tomarse las últimas decisiones sobre qué llevarse y qué dejar; sin embargo, era el proceso de cerrar las moradas para el verano lo que definitivamente les hacía tomar conciencia de que se marchaban y no volverían hasta que soplaran los vientos fríos.

Algunos se quedarían por una u otra razón: enfermedades pasajeras o más graves, proyectos pendientes, la obligación de esperar a alguien. Otros regresarían de vez en cuando a su hogar de invierno, pero la mayoría estarían fuera todo el verano. Algunos permanecerían en las inmediaciones del lugar elegido para la celebración de la Reunión de Verano, pero muchos se desplazarían desde allí a otros sitios por diversos motivos a lo largo de la estación cálida.

Se realizarían expediciones de caza y recolección, visitas a parientes, asistencia a reuniones de otros zelandonii, y contactos con otros pueblos vecinos. Algunos jóvenes se aventurarían a alejarse y emprenderían viajes. El regreso de Jondalar con nuevos descubrimientos e inventos, una mujer bella y exótica y apasionantes historias animaría a decidirse por fin a algunos de los que llevaban tiempo planteándose la posibilidad de viajar, y algunas madres que sabían que su hermano había muerto lejos de allí lamentarían que Jondalar hubiera regresado y ocasionado tanto revuelo.

La tarde anterior al día que tenían previsto salir, todos los miembros de la Novena Caverna estaban nerviosos e impacientes. Cuando Ayla pensaba en que Jondalar y ella se unirían en la Reunión de Verano, le costaba creérselo. A veces despertaba y casi se resistía a abrir los ojos por miedo a encontrarse con que todo aquello sólo era un sueño maravilloso y que seguía viviendo en su caverna del solitario valle. Se acordaba de Iza con frecuencia y deseaba que, de algún modo, la mujer a quien ella consideraba su madre supiera que pronto tendría un compañero, y que por fin había encontrado a su gente, o como mínimo a aquéllos a quienes había elegido como su gente.

Hacía tiempo que había aceptado que nunca conocería a aquéllos entre quienes había nacido, ni llegaría a saber quiénes eran, y de hecho eso era algo que la traía sin cuidado. Cuando vivía con el clan, quería ser como ellos, una mujer del clan, de cualquier clan. Pero cuando finalmente comprendió que no pertenecía al clan, ni pertenecería nunca, la única distinción importante era que su sitio estaba con los Otros, que se sentía emparentada con cualquiera de los Otros. Se había sentido a gusto formando parte de los mamutoi, la gente que la había adoptado, y de buena gana habría sido una sharamudoi, la gente que les había propuesto a ella y a Jondalar

que se quedaran con ellos. Deseaba ser una zelandonii no porque éstos fueran mejores, o ni siquiera distintos, que cualquiera de los Otros, sino únicamente porque eran la gente de Jondalar.

Durante el largo invierno, cuando la mayoría permanecía cerca de la Novena Caverna, muchos de ellos se dedicaban a hacer objetos para obsequiar a otras personas cuando volvieran a verlas en la siguiente Reunión de Verano. Cuando escuchó a la gente hablar de regalos, Ayla decidió hacer también algunos. Pese a que no había dispuesto de mucho tiempo para trabajar en ello, preparó pequeños detalles que pensaba regalar a las personas que la habían tratado con especial amabilidad, y que sabía que le obsequiarían cosas a ella y Jondalar por su ceremonia matrimonial. Tenía también una sorpresa para el que iba a ser su compañero. La había acarreado todo el tiempo desde la Reunión de Verano de los mamutoi. Era el objeto que insistió en llevar consigo durante todas las adversidades y asperezas del viaje.

Jondalar planeaba también su propia sorpresa. Joharran y él habían estudiado cuál sería el lugar idóneo para levantar su casa, donde vivirían él y Ayla dentro del refugio de la Novena Caverna de los zelandonii. Quería que estuviera lista cuando regresaran en otoño. Con ese propósito, había iniciado los preparativos. Habló con quienes fabricaban los paneles exteriores de las paredes, con quienes mejor construían los muros de piedra inferiores, con los expertos en la pavimentación del suelo y con los especialistas en los paneles divisorios del espacio interno; en suma, con todos aquellos que intervenían en la construcción de una morada.

El proyecto para la futura casa implicaba complicados intercambios y negociaciones. Primero, Jondalar accedió al trueque de unos cuantos buenos cuchillos de piedra por pieles nuevas, sobre todo de la última cacería de megaceros y bisontes. Él mismo tallaría las hojas de los cuchillos, pero los mangos los haría Solaban, cuyo trabajo Jondalar admiraba especialmente. A cambio de los mangos, él se había prestado a elaborar unos buriles —una especie de cinceles de sílex para esculpir— ateniéndose a las indicaciones específicas del fabricante de mangos. Habían llegado a un acuerdo sobre lo que querían tras largas conversaciones y después de haber hecho varios dibujos con carbón en una corteza de abedul.

Parte de las pieles adquiridas por Jondalar servirían para los paneles de cuero crudo necesarios para la nueva vivienda, y otras para compensar a Shevola, la fabricante de paneles, por su tiempo y su trabajo. Además, le había prometido hacerle un par de cuchillos especiales para cortar piel, unos raspadores para cuero y unas cuantas herramientas para labrar la madera.

Entabló negociaciones similares con el acólito de la Zelandoni, el artista Jonokol, para que pintase los paneles, en cuya composición incorporaría sus propias ideas y dibujos, a partir de los animales y símbolos básicos que todos los zelandonii utilizaban normalmente, además de otros propuestos por Jondalar. Jonokol también quería unas herramientas especiales. Tenía ciertas ideas para esculpir la piedra caliza en relieve, pero su habilidad en la talla del pedernal no bastaba para crear la

herramienta que necesitaba, un buril especial de punta ganchuda. Los buriles y las herramientas de pedernal para usos específicos siempre planteaban serias dificultades. Se requería un tallador de gran experiencia y destreza para hacerlas bien.

Una vez reunidos los materiales y los distintos componentes, no tardaría demasiado en construir la morada. Jondalar ya había convencido a algunos parientes y amigos para ir durante unos días a la Novena Caverna durante la Reunión de Verano, junto con los trabajadores especializados —pero sin Ayla—, y levantar la casa con su ayuda. Cada vez que imaginaba la alegría que se llevaría Ayla cuando regresara y se encontrara con su propia morada, Jondalar sonreía de satisfacción.

Pese a que tuvo que dedicar muchas tardes a ofrecer su habilidad como tallador a cambio de los elementos necesarios para la construcción de su morada, las negociaciones fueron agradables. Normalmente, se empezaba por las cortesías de rigor y luego seguía una afable discusión que a veces podía parecer una enconada disputa o incluso una sucesión de comentarios ofensivos, pero que solía acabar con risas mientras los implicados tomaban una infusión, barma, vino o, incluso, comían. Jondalar hizo lo posible para que Ayla no se enterase de sus preparativos para la morada, pero eso no significaba que no estuviera presente en algunas de las negociaciones.

La primera vez que ella oyó regatear a dos personas no entendió el propósito de aquella acalorada e incluso insultante conversación. Tuvo lugar entre Proleva y Salova, la compañera de Rushemar, que era cestera. Ayla pensó que estaban enfadadas de verdad y fue a buscar a Jondalar para que interviniese.

—¿Dices que Proleva y Salova están enzarzadas en una pelea? —preguntó Jondalar—. ¿De qué hablan?

—Proleva ha dicho que las cestas de Salova son feas y están mal hechas, pero eso es falso. Hace unas cestas preciosas, y Proleva debe de pensar lo mismo que yo, porque he visto varias en su morada. ¿Por qué le habrá dicho una cosa así? ¿No puedes mediar para que dejen de discutir de esa manera?

Jondalar comprendió los motivos de aquella sincera preocupación, pero a duras penas consiguió reprimir una sonrisa. Finalmente, no pudo contenerse más y se echó a reír a carcajadas.

—Ayla, Ayla… No se pelean; están divirtiéndose. Proleva quiere unas cestas de Salova; están negociando. Llegarán a un acuerdo, y las dos se darán por satisfechas. A eso se llama «regateo». No puedo interrumpirlas. Si lo intentara, pensarían que las privo de la diversión. ¿Por qué no vuelves con ellas y las observas? Ya verás como no tardan en sonreírse, convencida cada una de haber llegado a un trato ventajoso.

—¿Estás seguro? Se las ve muy furiosas —dijo Ayla, que no acababa de creer que Proleva sólo quisiera unas cestas de Salova, y que era así como se ponían de acuerdo.

Volvió con ellas y buscó un sitio cercano desde donde observar y escuchar. Si era así como intercambiaban cosas la gente de Jondalar, también ella quería aprender a regatear. Al cabo de un rato, advirtió que había otras personas contemplando la

confrontación, sonriendo y haciendo gestos de asentimiento. Pronto se dio cuenta de que efectivamente las dos mujeres no estaban enfadadas, pero dudaba que algún día ella llegara a ser capaz de afirmar que algo era espantoso si en realidad le parecía precioso. Movió la cabeza en un gesto de perplejidad. ¡Qué comportamiento tan extraño!

Cuando terminó el regateo, fue en busca de Jondalar.

—¿Por qué la gente encuentra divertido decir tales barbaridades si no es eso lo que piensan? No sé si aprenderé a regatear así.

—Ayla, tanto Proleva como Salova sabían que la otra no hablaba en serio —explicó Jondalar—. Es un juego. Mientras las dos sean conscientes de que es un juego, no hay ningún peligro.

Ayla reflexionó al respecto. «Es más complicado de lo que parece, pensó, pero no acabo de verle el sentido».

La noche antes de ponerse en camino, con los fardos ya hechos, la tienda examinada y reparada, y los pertrechos de viaje a punto, en casa de Marthona estaban todos tan nerviosos que nadie quería acostarse. Proleva se acercó con Jaradal para preguntar si necesitaban ayuda. Marthona los invitó a entrar y a sentarse un rato, y Ayla se ofreció a preparar una infusión. Llamaron al panel de la entrada una segunda vez, y Folara hizo pasar a Joharran y a la Zelandoni. Habían llegado juntos desde direcciones distintas, ambos con ofrecimientos y preguntas, pero en realidad lo que querían era hacerles una visita y charlar. Ayla añadió agua y hierbas a la infusión.

—¿Necesitaba alguna reparación la tienda de viaje? —preguntó Proleva.

—Nada extraordinario —contestó Marthona—. Ayla ha ayudado a Folara a arreglarla. Han usado el nuevo pasahebras.

Las tiendas de viaje que habrían de plantarse cada noche eran lo bastante grandes para alojar a varias personas, y la tienda de la familia de Marthona sería compartida por todos: Marthona, Willamar y Folara; Joharran, Proleva y Jaradal; Jondalar y Ayla, quien se alegró al saber que la Zelandoni viajaría con ellos. Parecía un miembro más de la familia, como una tía sin compañero. La tienda tendría asimismo otro ocupante, el cazador cuadrúpedo, Lobo, y los dos caballos no andarían lejos.

—¿Os ha costado mucho conseguir los palos para la tienda? —preguntó Joharran.

—He mellado un hacha al cortarlos —respondió Willamar.

—¿Has podido afilarla? —quiso saber Joharran.

Aunque se hubieran talado ya árboles altos y rectos para usarlos como palos de soporte de la tienda, necesitarían leña para el fuego a lo largo del camino y después de llegar al emplazamiento de la Reunión de Verano, y las hachas, aun tratándose de rudimentarias herramientas de piedra, tenían su utilidad.

—Se ha partido del todo. No he podido afilarla; ni siquiera he podido hacerle hoja —contestó Willamar.

—Era un pedernal de mala calidad —dijo Jondalar—, lleno de impurezas.

—Jondalar me ha fabricado un hacha nueva y me ha afilado las otras —informó Willamar—. Es una suerte que haya vuelto.

—Salvo por el hecho de que ahora tendremos que andar otra vez con cuidado con las esquirlas de pedernal sueltas —comentó Marthona. Ayla advirtió que sonreía y comprendió que en realidad aquello no era una queja. También Marthona se alegraba de tener a su hijo en casa—. Aunque esta vez ha limpiado los trozos que han saltado al afilar las hachas, y no como cuando era un crío. No he visto una sola esquirla de piedra. Pero, claro está, mi vista ya no es lo que era.

—La infusión está preparada —anunció Ayla—. ¿Alguien necesita vaso?

—Jaradal no tiene —dijo Proleva. Volviéndose hacia su hijo, le recordó—: Tienes que acordarte siempre de coger tu vaso, Jaradal.

—No hace falta que traiga mi vaso aquí —replicó el niño—. La abuela tiene un vaso para mí.

—Es verdad —confirmó Marthona—. ¿Recuerdas dónde está, Jaradal?

—Sí, Thona —respondió el niño, y de inmediato se puso en pie, corrió hasta un estante bajo y volvió con un vaso pequeño de madera—. Aquí está.

Lo sostuvo en alto para enseñárselo a todos, arrancando sonrisas a los presentes. Ayla notó que Lobo había dejado su sitio habitual cerca de la entrada y, arrastrándose, se aproximaba al muchacho con la cola en alto, expresando con cada movimiento de su cuerpo su anhelo por llegar hasta el objeto de su deseo. El niño observó al animal, apuró la infusión de unos cuantos tragos y dijo:

—Ahora voy a jugar con Lobo.

No obstante, miró a Ayla para ver cuál era su reacción.

Jaradal le recordaba tanto a Durc que no pudo contener una sonrisa. El niño se dirigió hacia el animal, que lanzó un gañido a la vez que se erguía para poder saludarlo debidamente y de inmediato empezó a lamerle la cara. Ayla estaba segura de que Lobo comenzaba a sentirse muy a gusto con su nueva manada —pese a lo numerosa que era—, y en particular con aquel niño del clan familiar y sus amigos. Por Lobo, Ayla casi lamentaba que tuvieran que marcharse tan pronto. Sabía que le resultaría difícil adaptarse a estar entre tantísima gente. Tampoco para ella sería fácil. Su nerviosismo ante la inminencia de la Reunión de Verano incluía cierto grado de temor.

—Una infusión excelente, Ayla —halagó la Zelandoni—. La has endulzado con raíces de regaliz, ¿verdad?

La joven sonrió.

—Sí. Alivia las tensiones concentradas en el estómago. Estamos todos un poco alterados con el viaje, y he pensado que convenía preparar algo relajante.

—Y sabe bien. —La Zelandoni guardó silencio un instante, sopesando sus siguientes palabras—. Puesto que estamos todos aquí reunidos, se me ocurre que quizá deberías enseñar a Joharran y Proleva cómo enciendes fuego. Ya sé que os pedí

que no lo contarais aún a nadie, pero vamos a viajar todos juntos, así que lo verán de todos modos.

El hermano de Jondalar y su compañera observaron a los demás con expresión interrogativa, y luego cruzaron una mirada.

—¿Apago el fuego? —preguntó Folara con una sonrisa.

—Sí, mejor será —respondió la donier—. Impresiona más si uno lo ve a oscuras la primera vez.

—No entiendo nada —dijo Joharran—. ¿A qué viene esto del fuego?

—Ayla descubrió una nueva forma de encender fuego —explicó Jondalar—. Pero lo entenderás mejor con una demostración.

—¿Por qué no se lo enseñas tú, Jondalar? —propuso Ayla.

Él pidió a su hermano y a Proleva que se acercaran al hogar, y cuando Folara apagó el fuego y los demás hicieron lo mismo con los candiles de alrededor, utilizó la piedra de fuego y el pedernal y al instante tuvo una hoguera encendida.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el jefe de la caverna—. Nunca había visto una cosa así.

Jondalar alzó la piedra de fuego.

—Ayla descubrió la magia de estas piedras —contestó—. Pensaba decírtelo, pero con tanto ajetreo aún no había tenido tiempo. Hace poco le enseñamos la técnica a la Zelandoni, y no mucho antes también a Marthona, Willamar y Folara.

—¿Quiere eso decir que lo puede hacer cualquiera? —preguntó Proleva.

—Sí, con un poco de práctica, cualquiera puede hacerlo —aseguró Marthona.

—Sí, te enseñaré cómo han de usarse las piedras —continuó Jondalar.

Repitió el proceso, y Joharran y Proleva quedaron atónitos.

—Una de esas piedras es pedernal, pero ¿qué es la otra? —quiso saber Proleva—. ¿Y de dónde ha salido?

—Ayla la llama «piedra de fuego» —respondió Jondalar, y explicó cómo había descubierto casualmente sus propiedades—. Durante el viaje, cuando nos dirigíamos aquí, no encontramos ninguna, pese a que íbamos atentos. Yo creía que sólo las había en el este, pero al poco tiempo de nuestro regreso Ayla descubrió unas cuantas aquí cerca, lo que quiere decir que tiene que haber más. Seguiremos buscando. Por ahora tenemos suficientes para todos, pero podrían usarse como regalo en ocasiones importantes, y Willamar opina que servirían para comerciar.

—Jondalar, tú y yo tenemos que charlar largo y tendido —dijo Joharran—. Cada vez me sorprendes con algo nuevo. Te vas de viaje, y vuelves con caballos que os llevan sobre el lomo y con un lobo que deja que los niños le tiren de las orejas, con potentes armas para arrojar lanzas, con piedras mágicas que encienden fuego al instante, con historias sobre unos cabezas chatas inteligentes, y con una mujer preciosa que conoce la lengua de los cabezas chatas y aprendió de ellos el arte de curar. ¿Seguro que no te has dejado nada?

Jondalar sonrió.

—Que yo recuerde, no. La verdad es que oyéndote parece todo increíble.

—¡Y tan increíble! ¿Lo oís? —dijo Joharran—. Jondalar, tengo la impresión de que tu «increíble» viaje dará que hablar durante mucho tiempo.

—Tiene muchas historias que contar —reconoció Willamar.

—La culpa es tuya, Willamar —dijo Jondalar sonriente, y a continuación se volvió hacia su hermano—. Joharran, ¿te acuerdas de cuando nos quedábamos despiertos hasta tarde escuchando los relatos de sus expediciones y aventuras? Siempre pensé que era mejor que muchos de los fabuladores ambulantes. Madre, ¿le has enseñado a Joharran el último regalo que te ha traído?

—No, Joharran y Proleva aún no lo han visto —respondió Marthona—. Voy a buscarlo. —Entró en el dormitorio y regresó con una sección plana de una cornamenta palmeada, que tendió a Joharran. Tenía tallados dos animales en actitud de nadar. Parecían peces, pero no eran exactamente peces—. ¿Cómo dijiste que se llamaban?

—Focas —contestó Willamar—. Viven en el agua, pero respiran aire, y salen a tierra para dar a luz.

—Es asombroso —dijo Proleva.

—Sí, ¿verdad? —convino Marthona.

—Vimos animales como éstos durante el viaje —explicó Jondalar—. Viven en un mar interior, hacia el este.

—Hay quienes sostienen que son espíritus del agua —añadió Ayla.

—Vi a otro animal que vive en las Grandes Aguas del este, y que los habitantes de la zona consideran un espíritu especial, ayudante de la Madre —prosiguió Willamar—. Aún se parece más a los peces. Dan a luz en el mar, pero, según cuentan, respiran aire y amamantan a sus crías. Flotan en el agua apoyándose en la cola, de eso yo mismo he sido testigo, y dicen que tienen una lengua propia. La gente de allí los llama «delfines», y algunas personas afirman que son capaces de hablar la lengua de esos animales. Para demostrármelo, empezaron a lanzar una especie de chillidos entrecortados.

»Corren muchas historias y leyendas sobre los delfines. Dicen que ayudan a las personas a pescar guiando a los peces hacia las redes, y que han salvado la vida a personas cuyas embarcaciones habían naufragado lejos de la costa. Por lo visto, sin la intervención de esos animales, se habrían ahogado. Según sus Leyendas de los Ancianos, antiguamente todos vivíamos en el mar. Algunos volvimos a la tierra, y los que se quedaron se convirtieron en delfines. Hay quienes los consideran primos. La Zelandoni de esas gentes dice que esos animales están emparentados con las personas. Ella me dio esa placa. Veneran a los delfines tanto como a la Madre. Todas las familias tienen una donii, pero también algún objeto con un delfín, una talla como ésta o una parte del animal, un hueso o un diente. Creen que les proporcionan buena suerte.

—¿Y tú decías que yo tengo historias que contar, Willamar? —dijo Jondalar, riéndose—. ¡Peces que respiran aire y se sostienen sobre la cola! Me entran ganas de marcharme contigo.

—Pues el año que viene, cuando vuelva allí para conseguir sal, puedes acompañarme —propuso Willamar—. Comparado con el que tú hiciste, no es un viaje muy largo.

—Creía que se te habían acabado las ganas de viajar, Jondalar —dijo Marthona —. Hace poco que estás en casa y ya estás pensando en otro viaje. ¿Es que te ha entrado la fiebre de viajar, como a Willamar?

—Bueno, las misiones comerciales no son exactamente viajes —contestó Jondalar—. Ahora aún no tengo ganas de viajar, excepto para asistir a la Reunión de Verano, pero dentro de un año ya veremos.

Folara y Jaradal estaban tendidos con Lobo en la cama de ella, y hacían esfuerzos para no dormirse. No querían perderse nada. Pero con Lobo en medio, y arrullados por el murmullo de la conversación y las historias que contaban, enseguida les venció el sueño.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso, pero el chubasco veraniego no mermó el entusiasmo de la caverna por la expedición que tenían por delante. Pese a que se habían acostado tarde, los miembros de la morada de Marthona madrugaron. Desayunaron la comida que habían dejado lista la noche anterior y acabaron de preparar los fardos. La lluvia amainó, y el sol intentó abrirse paso por entre las nubes, pero el agua acumulada durante la noche en las hojas de los árboles y en los charcos dejó un ambiente brumoso, frío y húmedo.

Cuando todos los que se iban se reunieron en la terraza delantera, se inició la marcha. Con Joharran al frente, se encaminaron hacia el norte, bajando desde el porche de piedra por el sendero del Valle del Bosque. Era una verdadera muchedumbre, observó Ayla, mucho mayor que el grupo del Campamento del León cuando partió hacia la Reunión de Verano de los mamutoi. Ayla apenas conocía a muchos de ellos, pero al menos se sabía ya el nombre de todo el mundo.

Sentía curiosidad por ver qué camino tomaba Joharran. Gracias al paseo a caballo, sabía que las llanas tierras de aluvión de la margen derecha del Río —la orilla en que se hallaba la Novena Caverna— formaban una ancha franja. Si seguían el curso del río corriente arriba, tortuoso pero con rumbo noreste, llegarían a una zona donde los árboles crecían cerca del cauce y donde amplios prados separaban el Río de las llanuras altas a ambos lados, y luego ascenderían hacia las elevadas mesetas. Sin embargo, tras una corta distancia, la corriente se ceñía a las escarpadas paredes rocosas de la orilla opuesta, la izquierda, que quedaba a la derecha cuando uno viajaba hacia el nacimiento del Río. «Orilla izquierda» y «orilla derecha» eran

términos que se referían a los lados de un río cuando uno se orientaba en la misma dirección que la corriente. Y en ese momento viajaba corriente arriba.

Jondalar le había dicho que la comunidad de zelandonii más cercana se encontraba sólo a unos cuantos kilómetros, pero necesitarían una balsa para completar el viaje si continuaban por la orilla del Río, porque su curso cambiaba. Siguiéndolo corriente arriba en un punto donde enfilaba más hacia el norte, la disposición del terreno arrinconaba las aguas contra el precipicio de la orilla derecha, donde ellos estaban, y no quedaba espacio ni siquiera para una estrecha vereda una vez que el cauce torcía hacia el norte, y finalmente de nuevo hacia el este, antes del siguiente refugio de piedra. La gente de la Novena Caverna solía tomar una ruta por tierra para visitar a sus vecinos más cercanos en dirección norte.

El jefe de la caverna tomó el sendero que corría junto al afluente del Río del Bosque hasta el vado y allí atravesó el valle del Río del Bosque. Ayla advirtió que no seguían la misma ruta que habían tomado ella y Jondalar con los caballos poco después de su llegada. En lugar de atajar a través del estrecho valle con el lecho seco y escabroso de una torrentera, Joharran tomó un camino paralelo al Río que llevaba a las llanuras de la orilla derecha. Torcieron a la izquierda y atravesaron una zona de matorrales, y luego comenzaron un ascenso gradual, que terminó en un zigzagueo continuo por la ladera de la alta meseta.

Ayla vigilaba a Lobo con el rabillo del ojo cuando éste se adelantaba dejándose guiar por su olfato. Reconocía la mayoría de las plantas que veía y trató de grabar en su memoria dónde crecían, a la vez que recordaba sus usos. «Hay un bosquecillo de abedules negros por aquel lado, junto al Río, pensó, cuya corteza sirve para prevenir los abortos. Aquí hay junco dulce, que puede provocarlos. Y nunca está de más saber dónde crecen sauces; la corteza, en decocción, es buena para el dolor de cabeza, de huesos, y también para otras molestias. No sabía que por aquí hubiera mejorana. Queda muy bien en infusión y mejora el sabor de la carne, además de mitigar el dolor de cabeza y prevenir los cólicos de los recién nacidos. Tendré que recordarlo para más adelante. Durc apenas tuvo cólicos, pero es un problema bastante corriente en los niños».

Cerca de la cima, el sendero se hizo más escarpado, hasta que finalmente desembocó en un campo llano y abierto. Cuando llegaron a la ventosa meseta, se acercó al borde y allí se detuvo a descansar y esperar a Jondalar, que tenía algún que otro problema para tirar de Corredor y la angarilla por el empinado y tortuoso camino salpicado de rocas. Whinney masticó unos cuantos tallos de hierba fresca mientras aguardaban. Ayla reacomodó la angarilla de la yegua y verificó la carga dispuesta en los canastos y el lomo. Luego acarició al animal y le habló en el lenguaje de los caballos. Ayla miró abajo y contempló el Río y las tierras de aluvión, y la larga fila de personas, jóvenes y viejas, que subía penosamente por el sendero. Después miró alrededor.

La elevada meseta ofrecía una amplia panorámica del paisaje de los alrededores, y abajo una escena brumosa e ilusoria. Había aún volutas de niebla enredadas a los árboles cerca de la orilla, y un manto blanco y esponjoso ocultaba el Río en algunos puntos, pero el velo se levantaba poco a poco, revelando haces de luz de la radiante esfera reflejados en las impetuosas aguas. A lo lejos, la niebla se espesaba y los precipicios de piedra caliza se desdibujaban con un cielo gris blanquecino.

Cuando llegó Jondalar con Corredor, empezaron a cruzar juntos la meseta. Caminando al lado del hombre alto con quien había viajado durante tanto tiempo, con el lobo pegado a sus talones y, un poco más atrás, los caballos arrastrando las angarillas, Ayla se sintió eufórica. Estaba con aquéllos a quienes más amaba, y casi no podía creer que Jondalar fuera a convertirse pronto en su compañero. Recordaba con total claridad cómo se sentía cuando hizo una expedición semejante con el Campamento del León. Por entonces Ayla tenía la sensación de que cada paso que daba la acercaba a un destino inevitable y contrario a sus deseos. Había prometido unirse a un hombre por el que sentía sincero afecto y con quien tal vez podría haber sido feliz si no hubiera conocido y amado antes a Jondalar. Pero éste había adoptado por entonces una actitud distante, y ya no parecía amarla, mientras que Ranec no sólo la amaba sino que la necesitaba desesperadamente.

Ahora no pesaban sobre Ayla aciagos sentimientos como aquéllos. Rebosaba tal felicidad que estaba segura de que la irradiaba e impregnaba con ella el aire que la envolvía. Jondalar recordaba también el viaje a la Reunión de Verano de los mamutoi. La causa del conflicto habían sido sus celos, y el miedo a presentarse ante su gente con una mujer que acaso no aceptaran. Habían resuelto sus problemas, y ahora su alegría no era menor que la de ella. Cada vez que la miraba, ella le devolvía una mirada llena de amor.

Siguieron el sendero a través de la meseta y llegaron a otra atalaya situada al borde del precipicio donde se habían detenido cuando estuvieron allí solos. Antes de vadear el arroyo, se pararon a contemplar la fina cascada que vertía sus aguas directamente al Río. La gente de la caverna se había dispersado a lo ancho del campo, y algunos tomaron el mismo camino que ellos dos. Llevaban encima sólo lo que podían cargar, pero las mochilas eran a veces muy pesadas, y algunos tenían previsto regresar a por un segundo cargamento, en su mayoría artículos con los que pretendían comerciar.

Ayla y Jondalar habían hablado con Joharran y ofrecido a la caverna la posibilidad de hacer servir los caballos para transportar la carga. El jefe lo comentó con varias personas, pero decidió cargar en los caballos sólo la carne de las recientes cacerías de ciervos y bisontes. Al planear inicialmente las cacerías, pensó que algunos deberían volver al refugio a buscar la carne y llevarla a la Reunión de Verano.

Los caballos les iban a ahorrar mucho trabajo, y por primera vez el jefe comprendió que adiestrar caballos podía ser algo más que una simple novedad. Estos

animales podían serles útiles. Ni la ayuda que habían representado en la cacería ni el muy rápido viaje de Jondalar a la Novena Caverna para avisar del trágico accidente a la Zelandoni y la compañera de Shevoran le habían permitido tomar plena conciencia de las grandes posibilidades de esos animales. Sólo ahora, ante la evidencia de que él y otros hombres se librarían de regresar a la Novena Caverna para buscar el resto de la carne, se daba cuenta de las ventajas que representaban, a pesar de algunos inconvenientes.

Whinney estaba acostumbrada a tirar de la angarilla, porque lo había hecho durante todo el viaje, pero Corredor, menos habituado a la carga, resultaba más difícil de controlar. Joharran se había fijado en que su hermano estaba muy pendiente del caballo, sobre todo en los senderos, donde la angarilla le restaba movilidad. Se requería paciencia para apaciguar al joven corcel, y había que guiarlo para que esquivara los obstáculos sin que la carga se cayera. En la Novena Caverna, Ayla y Jondalar habían iniciado la marcha cerca del grupo de cabeza, pero en cuanto vadearon el arroyo y torcieron hacia el noreste, se quedaron hacia la mitad de la fila.

Llegaron al sitio donde Ayla y Jondalar se habían dado media vuelta la primera vez, el punto en que el sendero empezaba a descender. En esta ocasión siguieron adelante, dejándose llevar por el sinuoso recorrido a través de matorrales, hierba y —en una hondonada protegida de las inclemencias— árboles. Llegaron a un refugio de piedra tan cercano al agua que una parte sobresalía por encima del cauce. Habían recorrido unos tres kilómetros de distancia real, pero las cuestas empinadas alargaron el viaje.

El refugio tenía un porche delantero tan próximo al Río que era posible tirarse al agua desde allí. Se llamaba Mirador del Río y estaba orientado hacia el sur. Se extendía de oeste a este hasta un recodo donde el Río giraba en dirección sur, cerrándose tanto sobre sí mismo que habría formado un círculo completo a no ser por la lengua de tierra que se extendía en medio. Pese a que parecía un refugio habitable, no vivía allí ninguna caverna; no obstante, los viajeros se detenían en ese lugar a veces, sobre todo los que navegaban en balsa. El cauce estaba demasiado cerca, y cuando el Río crecía mucho, inundaba el refugio.

La Novena Caverna no se detuvo en Mirador del Río, sino que trepó por la cuesta que ascendía por detrás del refugio. El sendero seguía hacia el norte y luego torcía en dirección este. A unos dos kilómetros más allá de Mirador del Río, el sendero bajaba por una pronunciada pendiente hasta el valle de un arroyo seco en verano. Tras cruzar el embarrado lecho del arroyo, Joharran hizo un alto, y todos descansaron mientras que él esperaba a Jondalar y Ayla. Varias personas encendieron pequeñas hogueras para prepararse infusiones. Algunos, especialmente quienes viajaban con niños, sacaron comida ya lista y tomaron un bocado.

—Aquí tenemos que decidirnos, Jondalar —dijo Joharran—. ¿Por dónde crees que nos conviene ir?

Jondalar miró a Ayla. Como el Río, a su serpenteante paso por el valle, se acercaba mucho a las paredes rocosas primero de una orilla y después de la otra, a veces resultaba más aconsejable viajar de una caverna a otra por las altas mesetas. Para llegar al siguiente enclave, sin embargo, había otra posibilidad.

—A partir de aquí se puede ir por dos caminos —explicó Jondalar—. Si seguimos por éste, hasta lo alto del precipicio, tendremos que subir por esa pendiente y atravesar la meseta, lo cual representa recorrer una distancia equivalente a la mitad de la que hemos hecho hasta aquí, y luego bajar hasta llegar a otro arroyo, el cual rara vez se seca del todo, pero es poco profundo y fácil de cruzar. Más adelante hay otra cuesta empinada que sube por la cara del precipicio que da al Río y más allá un trecho pendiente, abajo. Allí el Río atraviesa por en medio de una gran pradera, las tierras llanas que se inundan en la época de crecida. Podemos parar a visitar a la Vigésimo novena Caverna, y quedarnos a pasar la noche allí.

—Pero hay otro camino —añadió Joharran—. La Vigésimo novena Caverna se llama Tres Rocas porque hay tres refugios, no juntos, sino separados, cerca del Río y en la gran pradera. Dos están a este lado del Río, y el tercero, en la orilla opuesta —Joharran señaló al frente, hacia la cuesta—. En lugar de subir por ese sendero, podemos doblar hacia el este, en dirección al Río. Más adelante, el cauce tuerce en dirección norte y hay que cruzar a la otra orilla porque, en este lado, el agua corre al pie mismo del precipicio, pero hay un tramo largo y poco profundo por donde es fácil vadear. Además, la Vigésimo novena Caverna siempre tiene colocadas algunas rocas en el cauce, como hacemos nosotros en el Paso. Después deberemos seguir un rato por la otra orilla, pero como hay un punto en que el Río vuelve a girar hacia el este e invade la orilla hasta la base misma del precipicio, tendremos que volver a vadear. No obstante, allí, además de que el cauce se ensancha y otra vez se reduce la profundidad, también hay rocas para pasar. Podemos parar en los dos refugios de este lado para visitarlos, pero tenemos que cruzar de nuevo para llegar al tercero, que es más grande, porque probablemente será allí donde pasemos la noche, sobre todo si llueve.

—Si vamos por ese camino, tendremos que trepar por la cuesta; si vamos por este otro, estaremos obligados a cruzar el Río —concluyó Jondalar—. ¿Qué te parece más recomendable para los caballos y las angarillas?

—Es fácil vadear ríos con los caballos, pero si son profundos, la carne cargada en las angarillas puede mojarse, y podría echarse a perder si no la ponemos a secar enseguida —contestó Ayla—. En nuestro viaje sustituíamos la plataforma entretejida de la angarilla por el bote redondo en forma de vasija, para que la carga flotara cuando vadeábamos ríos. Pero ¿no has dicho que de todos modos tenemos que cruzar el Río al menos una vez?

Jondalar se acercó a la parte posterior de la angarilla de Corredor.

—Joharran, si colocamos a un par de personas detrás de los caballos para que levanten las varas lo suficiente para mantener la carga fuera del agua, posiblemente

podríamos vadear sin que se mojara nada.

—Estoy seguro de que encontraremos gente dispuesta a hacerlo —dijo el jefe de la caverna—. Siempre hay jóvenes a los que les gusta chapotear en el agua cuando tenemos que cruzar un río. Iré a preguntar. Supongo que la mayoría de la gente, cargada como va, preferirá ahorrarse una cuesta más.

Cuando se fue Joharran, Jondalar decidió examinar el cabestro de Corredor. Acarició al caballo y le dio un poco de grano que llevaba en una bolsa. Ayla le sonrió, sin dejar de prestar atención a Lobo, que se acercó para ver por qué habían parado. Percibió claramente el especial vínculo creado entre Jondalar y ella a lo largo del viaje. Se le ocurrió entonces que existía también otro vínculo. Sólo ellos comprendían la relación que podía desarrollarse entre una persona y un animal.

—Hay otra manera de ir río arriba, o mejor dicho, dos —comentó Jondalar mientras aguardaban—. Una es en balsa, pero no creo que fuera un sistema muy práctico con los caballos. La otra es atravesar las altas mesetas del otro lado del Río. Habría que cruzar por el Paso, y, en realidad, es más sencillo ir hasta la Tercera Caverna y partir de allí. Tienen un buen camino para llegar a lo alto de Roca de los Dos Ríos, y arriba se estrecha y atraviesa toda la meseta. El terreno es más uniforme que a este lado; no hay más que un par de hondonadas no muy profundas. En ese lado del Río no desembocan tantos afluentes, pero si se tiene previsto hacer noche en la Vigésimo novena Caverna, igualmente ha de bajarse para cruzar el Río. Por eso Joharran ha decidido quedarse en esta orilla.

Mientras descansaban, Ayla preguntó por la gente a la que iban a visitar. Jondalar describió la desacostumbrada organización de la gente de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii. Tres Rocas se componía de tres colonias separadas, cada una con su propio refugio de piedra, en tres precipicios distintos que formaban un triángulo en torno a las tierras llanas de aluvión del río serpenteante, y las tres a corta distancia entre sí.

—Según las historias, antes eran cavernas independientes, numeradas con palabras de contar más bajas, y había más de tres —explicó Jondalar—, pero todas tenían que utilizar el mismo campo y los mismos ríos, y estaban siempre disputándose los derechos, discutiendo a qué caverna le correspondía usar qué y cuándo. Imagino que los enfrentamientos fueron a más. Finalmente el Zelandoni de Cara Sur tuvo la idea de que se unieran en una sola caverna, trabajaran juntos y lo compartieran todo. Si una manada de uros en migración atravesaba la zona, no irían los cazadores de las distintas cavernas por separado, sino que formarían una sola partida de caza compuesta por miembros de todas las cavernas.

Ayla meditó por un momento.

—Pero la Novena Caverna también coopera con la cavernas vecinas. En la última cacería, colaboraron los cazadores de la Undécima, la Decimocuarta, la Tercera, la

Segunda y unas cuantas personas de la Séptima, y al final se repartió la carne.

—Así es, pero nuestras cavernas no se ven obligadas a compartirlo todo —precisó Jondalar—. La Novena Caverna tiene el valle del Río del Bosque, y a veces pasan animales por la orilla del Río justo frente al porche; la Decimocuarta tiene Pequeño Valle; la Undécima puede cruzar el Río en balsas hasta un extenso campo que hay justo al otro lado del cauce; la Tercera tiene Valle de la Hierba, y la Segunda y la Séptima comparten Valle Dulce… Cuando volvamos, iremos a visitarlos. Podemos colaborar cuando queremos, pero no tenemos que hacerlo forzosamente. Todas las cavernas que se unieron para formar la Vigésimo novena tenían que compartir la misma zona de caza. Ahora la llaman Valle de las Tres Rocas, pero es una parte del Valle del Río y otra del Valle del Río Norte.

Explicó que el Río giraba hacia el este, atravesando la gran pradera, y al norte vertía en él sus aguas un caudaloso afluente, con su correspondiente valle. Dos de las colonias estaban en la orilla derecha del Río, la del oeste, a la que podía llegarse por tierra desde Mirador del Río, y otra estaba al norte. Al sur había un tercer precipicio enorme con refugios de roca dispuestos en varios niveles, en la orilla izquierda, al otro lado del Río. Era uno de los pocos refugios de roca habitados con orientación norte.

La colonia situada al oeste, o Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii, se componía de varios pequeños refugios de roca en la ladera de un monte. Jondalar añadió que la colonia mantenía también, cerca de allí, un campamento más o menos estable de cobertizos, hogueras y secaderos, y —en verano — tiendas y otros refugios provisionales. Se hallaba en la entrada de un abrigado valle poblado de pinos, cuyas piñas repletas de piñones proporcionaban un aceite vegetal tan denso que podía arder en un candil, pero a la vez tan delicioso que rara vez se usaba con ese fin.

La gente de toda la comunidad de Tres Rocas, y otros invitados a ayudar a cambio de una participación en la cosecha, recolectaban los piñones cuando llegaba la época. Ésa era la principal finalidad del campamento, pero también se hallaba cerca de un excelente sitio para pescar, especialmente propicio para la colocación de encañizadas y otras trampas para peces. La comunidad lo utilizaba muy a menudo durante toda la época cálida del año, y no solía cerrarse hasta que el Río se helaba en pleno invierno. Aunque la gente vivía en los diversos refugios de piedra de Heredad Oeste todo el año, y la recolección del piñón, que era el motivo inicial por el que habían plantado allí el campamento, se llevaba a cabo en otoño, las primeras tiendas se levantaban a comienzos de la estación cálida con el objetivo de elaborar las trampas para peces, y todos se referían a aquello como ir al «campamento de verano». La colonia del oeste acabó conociéndose como Campamento de Verano.

—Su Zelandoni es una buena artista —dijo Jondalar—. En uno de los refugios, ha grabado animales en las paredes, quizá tengamos tiempo de visitarla. También hace

pequeñas tallas que es posible llevarse. En todo caso, volveremos aquí para la cosecha del piñón.

Joharran regresó con cuatro jóvenes —tres hombres y una mujer— que se habían ofrecido voluntarios para ir detrás de los caballos y levantar las angarillas por encima del agua al vadear. Parecían todos muy satisfechos de haber sido elegidos para la tarea. Joharran no tuvo problema para encontrar gente dispuesta a hacerlo; lo difícil fue la selección. Muchos querían acercarse a los caballos y al lobo y conocer mejor a la forastera. Les proporcionaría un interesante tema de conversación para la Reunión de Verano.

En el terreno más llano, excepto cuando tenían que vadear, Jondalar y Ayla pudieron caminar uno al lado del otro tirando de los caballos. Lobo, como de costumbre, no los seguía tan cerca. Cuando viajaba, le gustaba explorar, adelantándose o quedándose atrás, dejándose guiar por la curiosidad y por los olores que su agudo olfato captaba. Jondalar aprovechó la oportunidad para continuar explicando cosas a Ayla sobre la gente con la que pasarían la noche y su territorio.

Le habló del gran afluente que llegaba del norte a través de los campos abiertos y herbosos, llamado Río Norte, que desembocaba en el Río por la margen derecha. En su lado norte, las tierras de aluvión se veían agrandadas por el valle del Río Norte, así como por la creciente anchura del valle del propio Río aguas arriba. Irguiéndose entre los valles del afluente y la corriente principal, se encontraba el emplazamiento más antiguo de la comunidad, la colonia norte, conocida formalmente como Heredad Norte de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii, aunque comúnmente se la llamaba Cara Sur. Para llegar hasta allí desde Campamento de Verano, dijo Jondalar, utilizaban un sendero que conducía hasta el vado del afluente, pero esta vez irían por la orilla del Río.

Más adelante, en un monte que dominaba el despejado paisaje, había un precipicio triangular con tres terrazas orientadas al sur y dispuestas como peldaños, una encima de otra. Aunque estaba a dos kilómetros de cualquiera de los otros enclaves que componían la comunidad de Tres Rocas, varios emplazamientos auxiliares se hallaban mucho más cerca y se consideraban ya parte de Heredad Norte de la Decimonovena Caverna.

Jondalar explicó que un sendero hollado, con dos pronunciadas curvas, daba acceso fácilmente al nivel intermedio, que era la principal área de vivienda de Cara Sur. El pequeño refugio del nivel superior, que dominaba buena parte del extenso valle, se utilizaba como puesto de observación, y solían llamarlo Atalaya de Cara Sur, o simplemente Atalaya. El nivel inferior era semisubterráneo y se usaba más como depósito de almacenamiento que como espacio donde desarrollar las actividades propias de la vida cotidiana; entre otros alimentos y provisiones, se guardaban allí los piñones recolectados en Campamento de Verano. Algunos de los otros refugios que formaban parte del emplazamiento de Cara Sur tenían sus propios nombres

descriptivos, tales como Roca Larga, Orilla Profunda y Buena Fuente, en alusión a un manantial cercano.

—Incluso el espacio de almacenamiento tiene nombre —añadió Jondalar—. Se llama Roca Pelada. Los ancianos del lugar cuentan lo que ellos oyeron de pequeños, que forma parte de las historias y leyendas. Trata de un invierno muy crudo y una primavera fría y lluviosa en que se les acabaron las reservas de comida, y el espacio de almacenamiento situado bajo el saliente de roca inferior pasó a conocerse como Roca Pelada. El invierno, en un último coletazo, terminó con una intensa tormenta de nieve, y la gente empezó a pasar hambre, y sólo se libraron de la muerte gracias a una gran cantidad de piñones almacenados en el refugio inferior por las ardillas, que una niña descubrió por casualidad. Es asombroso lo que llegan a acumular esos pequeños roedores.

»Pero cuando el tiempo mejoró lo suficiente para cazar, los ciervos y los caballos que consiguieron matar también habían pasado hambre, y su carne era magra y correosa. Por otra parte, faltaba aún bastante para la recolección de los primeros tubérculos y verduras de la primavera. Al otoño siguiente, la comunidad almacenó muchos más piñones en previsión de otros posibles inviernos crudos y las posteriores hambrunas de la primavera, y comenzó así la tradición de recolectarlos.

Los jóvenes que los habían ayudado a mantener seca la carne mientras vadeaban los ríos se apiñaron alrededor para oír hablar a Jondalar de sus vecinos más cercanos en dirección norte. Tampoco ellos sabían tantas cosas acerca de la Vigésimo novena Caverna, y le escucharon con interés.

Al otro lado del Río, a unos dos kilómetros, se podía ver la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii, el mayor y más singular precipicio de la región. Si bien los enclaves orientados al norte rara vez se habitaban, aquél en particular era demasiado atractivo para pasarlo por alto. La pared rocosa, de unos ochocientos metros de anchura, se elevaba verticalmente desde el Río hasta una altitud de más de setecientos metros, dividida en cinco niveles, y contenía casi un centenar de cuevas y cavidades, además de refugios bajo salientes de roca y terrazas.

Desde estas últimas se disfrutaba de magníficas vistas del valle, así que no era necesario utilizar un refugio o caverna exclusivamente como puesto de observación. Pero, aparte de eso, el precipicio ofrecía una vista distinta y única. En una sección de la terraza inferior que sobresalía por encima de un remanso del Río, era posible asomarse y verse reflejado en la quieta superficie del agua.

—No se le ha dado un nombre por su tamaño —dijo Jondalar—. El nombre le viene de esa vista inusual. Se llama Roca del Reflejo.

La pared rocosa era tan descomunal que la mayoría de los posibles espacios habitables ni siquiera estaban ocupados; si lo hubieran estado, aquel emplazamiento habría parecido una madriguera de marmotas. Los recursos naturales de los alrededores no habrían bastado para tanta gente. Habrían diezmado las manadas de animales y arrasado la vegetación de la zona. Pero el enorme precipicio era un lugar

excepcional, y aquellos que vivían allí sabían que la mera visión de su hogar dejaba boquiabiertos a los forasteros y a los zelandonii que lo visitaban por primera vez.

Maravillaba incluso a quienes lo conocían, descubrió Jondalar cuando contempló aquella extraordinaria formación natural. La Novena Caverna, con su magnífica cornisa de roca sobre una espaciosa y cómoda superficie, destacaba por sí misma y era en muchos sentidos más habitable —el solo hecho de que en su mayor parte estuviera orientada hacia el sur era ya una gran ventaja—, pero Jondalar debía admitir que el inmenso precipicio que se alzaba ante él era imponente.

Pero la gente que esperaba de pie en la terraza del nivel inferior estaba también impresionada por lo que veía acercarse hacia allí. El gesto de bienvenida de la mujer que se hallaba un poco por delante de los demás fue más vacilante que de costumbre. Mantenía la mano en alto con la palma vuelta hacia ella, pero el movimiento con que los invitaba a aproximarse era poco enérgico. Había llegado a sus oídos la noticia del regreso del hijo segundo de Marthona, que había llegado con una forastera. Había oído también que los acompañaban dos caballos y un lobo, pero oírlo no era lo mismo que verlo, y ver a los dos caballos caminar tranquilamente entre la gente de la Novena Caverna, detrás de un lobo —un lobo enorme—, una desconocida alta y rubia y el hombre a quien reconocía como Jondalar resultaba más que inquietante.

Joharran volvió la cara para ocultar una sonrisa que no pudo contener al ver la expresión de la mujer, pese a que comprendía perfectamente cómo se sentía. Él había experimentado ese mismo escalofrío de miedo ante esa misma visión asombrosa. Al pararse a pensar en ello, le sorprendió lo pronto que se había acostumbrado a esa novedad. Tan pronto que ni siquiera preveía ya la reacción de sus vecinos, y sabía que debería haberlo hecho. Se alegraba de haber decidido hacer un alto allí. Eso le permitiría formarse una idea del efecto que probablemente causaría en la gente su llegada a la Reunión de Verano con los caballos y Lobo.

Capítulo 22

—Si Joharran no hubiera decidido plantar la tienda en el prado, creo que me hubiera quedado fuera de todos modos —comentó Ayla—. Quiero estar cerca de Whinney y Corredor mientras viajamos, y no quería hacerlos subir a lo alto del precipicio; no les habría gustado.

—Creo que tampoco a Denanna le habría gustado —dijo Jondalar—. Se la veía muy nerviosa con los animales.

Trotaban río arriba por el valle del afluente conocido como Río Norte, para poder descansar un rato, tanto los animales como ellos, de la compañía de tantas personas. Habían pasado por la formalidad de conocer a todos los jefes, pero a Ayla aún le costaba distinguirlos.

Denanna, que era la jefa de la Roca del Reflejo o Heredad Sur, era asimismo la jefa reconocida de la Vigésimo novena Caverna, pero Campamento de Verano y Cara Sur —las Heredades Oeste y Norte, respectivamente— tenían también sus propios jefes. Siempre que era necesario tomar decisiones que afectaran conjuntamente a Tres Rocas, los tres jefes cooperaban para llegar a un consenso, pero Denanna actuaba como moderadora, porque los demás jefes zelandonii habían insistido en que, si la Vigésimo novena Caverna quería considerarse una única caverna, debía tener un único jefe en la función de portavoz.

Para los zelandonia, los requisitos eran distintos. Las Heredades Oeste, Norte y Sur tenían cada una su propio Zelandoni, pero los zelandonia de las tres heredades eran ayudantes, o coadyuvantes, de una cuarta donier, que era la Zelandoni de la Vigésimo novena. Como había bastante distancia entre las heredades, era aconsejable que cada una tuviera su propio Zelandoni, y que esta persona fuera una buena curandera, sobre todo durante las estaciones de tormentas y bajas temperaturas, pero cada Zelandoni individual se debía principalmente a la zelandonia en su totalidad, aunque la caverna a la que servía era de igual importancia o, en algunos sentidos, incluso mayor.

El Zelandoni de Roca del Reflejo era tan buen curandero que incluso las mujeres se dejaban asistir por él durante el parto sin el menor inconveniente. La Zelandoni de la Vigésimo novena, que también vivía en Roca del Reflejo para estar cerca de la jefa general, no destacaba como curandera, pero era una buena mediadora, capaz de intervenir diplomáticamente en las relaciones entre los otros tres zelandonia y los tres jefes y apaciguar las crispaciones que surgían a veces. Algunos opinaban que a no ser por ella la compleja organización llamada Vigésimo novena Caverna no conseguiría mantenerse unida.

Ayla se alegró de tener el pretexto de que los caballos necesitaban cuidados y atención para escapar del resto de los saludos formales, celebraciones y demás

rituales. Había hablado con Joharran y Proleva antes de reunirse con sus vecinos de la siguiente caverna en dirección norte y les había dicho que era esencial para el bienestar de Whinney y Corredor que ella y Jondalar los atendieran. El jefe se ofreció para presentar él mismo sus excusas, y la compañera del jefe prometió guardarles un poco de comida.

Ayla era consciente de que los observaban mientras soltaban las angarillas y quitaban el resto de la carga, y mientras, ella examinaba detenidamente a los dos caballos para asegurarse de que no tenían heridas ni llagas. Frotaron y cepillaron a los dos animales y luego Jondalar sugirió llevar a Whinney y Corredor y dejarlos correr después del día de marcha lenta y cautelosa. Al ver la hermosa sonrisa de agradecimiento de Ayla, se alegró de haberlo propuesto. Lobo se apresuró a trotar ante ellos cuando los vio separarse del grupo; también él parecía contento.

Joharran era uno de quienes los observaban mientras cuidaban de los caballos. Los había visto a menudo hacer esas mismas cosas, pero esta vez pensó que aquéllas eran algunas más de las atenciones que los animales requerían. Por supuesto, los caballos no necesitaban esa clase de cuidados cuando vivían con sus manadas, pero cuando realizaban el trabajo que las personas les exigían, quizá sí los precisaban. Sí, eran indudables las posibles ventajas del uso de caballos para ayudar de distintas maneras, pero ¿merecía la pena considerando el trabajo que daban? Era ésa la pregunta que se hacía mientras observaba alejarse a Ayla y su hermano.

Ella se sintió más relajada tan pronto como se marcharon. Al alejarse a lomos de los caballos se sintió aliviada, liberada. Se habían acostumbrado a viajar juntos sin más compañía que los animales a lo largo del viaje, y para los dos era un respiro recuperar esa soledad. Cuando llegaron al valle del Río Norte y vieron el enorme prado extenderse ante ellos, se miraron, sonrieron y estimularon a los caballos para animarlos a galopar a través del campo. No vieron a un par de personas que regresaban a la Vigésimo novena Caverna tras una rápida visita al emplazamiento de la Reunión de Verano, pero éstas sí los vieron a ellos. Contemplaron boquiabiertas aquella imagen que nunca habían visto antes y no estaban seguras de querer volver a ver. Ver a otras personas correr a lomos de los caballos le resultaba inquietante.

Ayla se detuvo al lado de un pequeño arroyo, y Jondalar paró junto a ella. En un acuerdo tácito, los dos volvieron los caballos y siguieron el cauce. El nacimiento del arroyo era un estanque alimentado por un manantial y al lado se alzaba un enorme sauce, como si protegiera el origen del agua para sí y sus vástagos: una colección de sauces menores arracimados en torno al amplio y rebosante estanque. Desmontaron, retiraron las mantas de montar de los lomos de los caballos y las extendieron en tierra.

Los caballos bebieron del arroyo y luego los dos decidieron que era un buen momento para revolcarse. La joven pareja no pudo evitar reírse a carcajadas al ver a los animales revolviéndose en tierra sobre los lomos con las patas en el aire, sintiéndose lo bastante cómodos y seguros para rascarse la espalda a gusto.

De pronto Ayla cogió la onda que llevaba atada a modo de cinta en torno a la cabeza, la desenrolló rápidamente y echó un vistazo al estanque en busca de guijarros. Cogió un par, colocó uno en la cavidad de cuero del arma y lo lanzó. Sin mirar, juntó de nuevo los dos extremos de la tira de cuero y, en el preciso momento en que una segunda ave alzó el vuelo, le disparó la otra piedra. La abatió y después fue a recoger sus dos perdices.

—Si estuviéramos los dos solos, y fuéramos a acampar aquí, ya tendríamos la cena —comentó Ayla sosteniendo en alto sus trofeos.

—Pero no estamos solos, así que ¿qué vas a hacer con esas perdices? —preguntó Jondalar.

—Bueno, las plumas de perdiz son las más ligeras y las que más abrigan, y su color es bonito en esta época del año. Podría hacerle algo al bebé —dijo—. Pero ya tendré tiempo de hacer cosas para el bebé más adelante. Creo que éstas se las regalaré a Denanna. Al fin y al cabo, éste es su territorio y parece tan nerviosa con Whinney, Corredor y Lobo que creo que preferiría que no hubiéramos venido. Quizá se tranquilice con un regalo.

—¿Dónde has aprendido tanta sensatez, Ayla? —preguntó Jondalar mirándola con afecto.

—Eso no es sensatez, es puro sentido común.

Ayla alzó la vista y se perdió en la magia de los ojos de Jondalar. El único lugar donde había visto un color comparable era en los profundos estanques azules de los glaciares, pero sus ojos no eran fríos. Eran cálidos y rebosaban cariño.

Él la rodeó con sus brazos, y ella dejó caer las aves para abrazarlo y besarlo. Daba la impresión de que había pasado mucho tiempo desde que él la había estrechado de esa manera y cayó en la cuenta de que en efecto había pasado bastante tiempo. No desde la última vez que la había besado, pero sí desde la última vez que habían estado solos en campo abierto con los caballos paciendo satisfechos y Lobo husmeando con su hocico inquisitivo en todos los arbustos y madrigueras que encontraba, y sin nadie más alrededor. Pronto tendrían que volver y proseguir viaje hacia la Reunión de Verano, y quién sabía cuándo disfrutarían de otro momento como aquél. Cuando Jondalar empezó a acariciarle el cuello con los labios, Ayla reaccionó ansiosa.

Notó su aliento cálido y su lengua húmeda y sintió un estremecimiento, abandonándose a él, dejando que la sensación la envolviera. Él le sopló en la oreja y le mordisqueó el lóbulo y luego rodeó la plenitud de sus pechos con las manos. Aún más plenos en ese momento, pensó él, recordando que ella llevaba una nueva vida en su interior, una nueva vida que, según Ayla, era tan suya como de él. Como mínimo, esa vida tenía que ser de su espíritu, de eso Jondalar estaba seguro. Durante la mayor parte de su viaje, él había sido el único hombre que había estado cerca de ella y de quien la Madre había podido tomar un elán.

Ayla se desató el cinturón, del que pendían varios objetos y saquitos asegurados mediante lazos de cuero o cordeles, y lo depositó al lado de la manta, cerciorándose

de que todo lo que llevaba sujeto siguiera en su sitio. Jondalar se sentó en el borde de la manta de piel que despedía un intenso, pero no desagradable, olor a caballo. Era un olor al que estaba acostumbrado y que le traía a la mente gratos recuerdos. Rápidamente, empezó a desatarse y desenrollarse las correas del calzado de alrededor de las piernas, luego se puso de pie y se desató la correa de la cintura que mantenía sujetas las dos piezas frontales superpuestas de su calzón, y se lo quitó.

Cuando alzó la vista, Ayla había hecho lo mismo. Jondalar la miró y le gustó lo que vio. Toda su figura era más redondeada, no sólo los pechos sino también el vientre, donde empezaba a revelarse el crecimiento de la nueva vida. Notó que su virilidad respondía, se despojó de la túnica, y ayudó a Ayla a quitarse la suya. Percibió una brisa fresca en la piel desnuda, vio que a ella se le ponía carne de gallina y la abrazó notando su calor e intentando que no se enfriara.

—Voy a lavarme al estanque —dijo ella.

Jondalar sonrió, pensando que aquello era una invitación para que le proporcionara placer tal como a él le gustaba.

—No es necesario —dijo Jondalar.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insistió ella encaminándose hacia el estanque—. He sudado mucho con tanto caminar y trepar.

El agua estaba fría, pero estaba acostumbrada a lavarse con agua fría, y la mayor parte del tiempo le resultaba estimulante aquella sensación. Por las mañanas, la despejaba. Era un estanque poco profundo, excepto en el lado próximo al manantial. Allí se encontró con que el fondo descendía rápidamente hasta que sus pies no estuvieron ya en contacto con el lecho rocoso. Apartándose de la zona profunda, vadeó hasta la orilla.

Jondalar la siguió, pese a que a él le gustaba el agua fría mucho menos que a ella. Estaba hundido hasta los muslos, y cuando ella se acercó, la salpicó. Ayla lanzó un chillido e intentó esquivar el agua, y con las dos manos lanzó una ola hacia él que le acertó en plena cara y lo mojó de arriba abajo.

—No estaba preparado para eso —dijo él con un repentino escalofrío y volvió a salpicarla.

Los caballos observaban el alboroto que tenía lugar en el agua. Ayla le sonrió, él la cogió y terminó el ruidoso chapoteo. Se abrazaron con fuerza, y sus labios se unieron.

—Quizá debería ayudarte a lavarte —susurró Jondalar al oído de Ayla, deslizándole la mano entre sus piernas, y notando cómo reaccionaba a su virilidad.

—Quizá debería ayudarte yo a ti —contestó ella tendiendo la mano mojada hacia su miembro erecto y duro y frotándoselo arriba y abajo, retirando el prepucio y dejando la cabeza al descubierto.

El agua helada debería haber apagado su ardor, pensó Jondalar, pero la mano fría de ella en su órgano caliente le resultaba curiosa e intensamente estimulante. A continuación Ayla se arrodilló ante él y tomó en su boca la cabeza del miembro,

notándola caliente. Jondalar gimió mientras ella se movía hacia atrás y hacia adelante, recorriéndole el glande con la lengua. Sintió una repentina urgencia que lo cogió desprevenido. De pronto, sin poder controlarse, notó crecer su ardor y estallar en una oleada de desahogo que se propagó por todo su cuerpo.

Apartó a Ayla.

—Salgamos de esta agua tan fría —propuso.

Ella escupió la esencia de él y se enjuagó la boca. Luego le sonrió. Cogiéndole la mano, Jondalar tiró de ella hacia la orilla. Cuando llegaron a la manta de montar, se sentaron, y Jondalar la hizo tenderse y se tumbó junto a ella, apoyándose en un codo para mirarla.

—Me has cogido por sorpresa —dijo, relajado, pero un poco incómodo. Las cosas no habían ido como él planeaba.

Ayla sonrió. No era habitual que Jondalar dejase escapar su esencia tan pronto; siempre le gustaba controlarse. Su sonrisa se hizo más amplia, rebosante de satisfacción.

—Debías de estar más preparado de lo que pensabas —comentó.

—No estés tan orgullosa de ti misma.

—No tengo ocasión de sorprenderte con demasiada frecuencia. Eres tú quien me conoce muy bien, quien me sorprende y me da mucho placer.

Jondalar no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se inclinó para besarla, y ella abrió un poco la boca, acogiéndolo con gusto. En cualquier caso, Jondalar disfrutaba también tocándola, abrazándola, besándola. Exploró el interior de su boca con la lengua, con cuidado, con delicadeza, y ella hizo lo mismo. Tal vez él tuviera aún energías para seguir. Desde luego, no tenían por qué darse prisa en volver.

Jondalar pasó un rato sólo besándola y luego le recorrió los labios con la lengua. Buscó después su cuello y su garganta, mordisqueando y besando. Ayla sintió cosquillas y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse. Estaba ya estimulada, y contenerse simplemente aumentó la intensidad de la experiencia. Cuando Jondalar empezó a descender, besándole el hombro y la cara interior del brazo hasta el codo, ella apenas puso soportarlo y a la vez deseó más. Sin darse cuenta se le aceleró la respiración, lo cual animó a Jondalar a continuar. De pronto, él cogió un pezón entre sus labios, y ella jadeó cuando ráfagas de fuego confluyeron dentro de ella en su parte más íntima.

La virilidad de Jondalar volvía a aumentar de volumen. Palpó la redondez de sus pechos y luego llevó la boca hasta el otro pezón, contraído y erecto, y lo chupó con fuerza. Con los dedos, acarició mientras tanto el primer pezón. Ayla se apretó contra él, percibiendo la intensidad de aquellas sensaciones y deseando más. Ni oía la brisa entre los sauces, ni notaba el aire fresco; estaba concentrada en las sensaciones que él despertaba en ella.

También él sentía aumentar el calor en su interior y la creciente turgencia de su miembro. Bajó aún más hasta colocarse entre sus muslos, abrió sus pliegues y se

inclinó para saborearla. Ella aún estaba mojada, y Jondalar se deleitó en el frío y la humedad y el calor y la sal y el sabor familiar de Ayla, su Ayla. Lo deseaba todo de ella, todo al mismo tiempo, y tendió las manos hacia los pezones a la vez que encontraba con su lengua el nódulo duro y palpitante entre sus pliegues.

Ella gimió y dejó escapar un grito, arqueándose hacia él, mientras Jondalar succionaba y la acariciaba con la lengua. Ayla no pensaba; sólo sentía. Antes de darse cuenta, estaba ya a punto, notaba cómo se expandía la oleada de placer recorriendo todo su cuerpo. Alargó los brazos hacia él, lanzando exclamaciones entrecortadas de necesidad, deseando sentirlo dentro de ella. Jondalar se irguió, vio que ella se abría a él y la penetró, iniciando el rítmico movimiento.

Ella se acomodaba al ritmo de Jondalar, empujando y retirándose, arqueándose y cortorsionándose para notar su contacto donde más satisfacción le producía. El deseo de él era evidente, pero a la vez no era tan acuciante como otras veces. En lugar de tener que controlarse se limitó a dejar que fuera en aumento, meciéndose con ella, moviéndose con ella, notando crecer su tensión, penetrando profundamente con alegría y abandono. Ayla gritaba, y sus sonidos inarticulados aumentaron de volumen e intensidad. Por fin llegó el clímax, y entre palabras y gemidos cada vez más sonoros, sintieron un gran desahogo, que creció y se derramó a borbotones. Se detuvieron por un instante y luego repitieron el movimiento unas cuantas veces más. Por fin quedaron inmóviles, sin aliento.

Tendida allí con los ojos cerrados, Ayla oyó el susurro del viento entre los árboles y la llamada de un pájaro a su pareja, tomó conciencia de la brisa fresca y de la deliciosa sensación del peso de Jondalar sobre ella, percibió el olor a caballo de la manta y el aroma de sus placeres, y recordó el sabor de la piel y los besos de Jondalar. Cuando finalmente él se retiró y la miró, ella sonreía; era una soñolienta sonrisa de satisfacción.

Cuando se levantaron, Ayla volvió al estanque para lavarse como Iza le había enseñado hacía mucho tiempo. Jondalar también lo hizo. Tenía la sensación de que si ella se lavaba, él también debía hacerlo, aunque no fuera su costumbre antes de conocerla. Desde luego, no le gustaba el agua fría. Sin embargo, mientras se lavaba, pensó que si había muchos más días como aquél, quizá llegara a gustarle.

De regreso a la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna, Ayla pensó que no le apetecía demasiado encontrarse con unos vecinos que parecían un poco hostiles. Se sentía aceptada por la familia de Jondalar y por los miembros de la Novena Caverna, pero se dio cuenta de que tampoco tenía ganas de verlos. Durante el viaje ansiaba llegar, tener compañía y otras personas con quienes hablar, pero también se había acostumbrado a los rituales que ella y Jondalar habían establecido y los echaba en falta. Cuando estaban en la caverna, siempre había alguien que podía hablar con

Jondalar o Ayla, o con los dos. Agradecían la calidez de las relaciones humanas, pero a veces los amantes necesitaban estar solos.

Esa noche, en las pieles de dormir, dentro de la tienda de la familia, con tanta gente cerca, Ayla recordó cómo dormían en el alojamiento de tierra de los mamutoi y empezó a pensar en ellos. Al conocerlos se había quedado muy sorprendida con el albergue alargado y semisubterráneo que había construido el Campamento del León. Utilizaban huesos de mamut para sostener las gruesas paredes de hierba y paja que cubrían con arcilla, para protegerse del viento intenso y del frío invernal característico de las regiones periglaciales del centro del continente. Recordaba que había pensado que era como si hubieran construido su propia cueva. En cierto modo eso era lo que habían hecho, porque en esa región no había cavernas habitables. Ayla tenía motivos para su asombro, ya que aquella construcción era una verdadera gesta. Las familias que vivían en el albergue alargado del Campamento del León disponían de estancias separadas en torno a hogares de fuego colocados en el centro, y tenían cortinas para aislar las plataformas de dormir, pero todos compartían un mismo refugio. Vivían a menos de un brazo de distancia de la familia de al lado y tenían que pasar por las moradas de los otros para ir y venir. Para poder vivir tanta gente en un espacio tan reducido, ponían en práctica una cortesía tácita que permitiese la intimidad, y que aprendían desde niños. Ayla no había tenido la sensación de que el albergue de tierra fuera pequeño mientras vivía allí, y no advirtió sus dimensiones reducidas hasta que pudo compararlo con el enorme refugio de la Novena Caverna. Recordó que cada familia del clan tenía también un hogar separado, pero allí no había paredes, sino únicamente unas piedras para señalar los límites. La gente del clan también aprendía desde la infancia a no mirar hacia el interior del espacio de otra familia. Para ellos, la intimidad era una cuestión de convenciones y consideraciones.

Las moradas de los zelandonii tenían paredes, pero éstas no amortiguaban apenas los sonidos. No era necesario que sus viviendas fueran tan sólidas como los albergues de tierra de los mamutoi; los refugios naturales de piedra los protegían de los elementos. Las estructuras de los zelandonii conservaban el calor y aislaban del viento que soplaba bajo el saliente de piedra de la pared rocosa. Cuando se paseaba por el área de viviendas del refugio, se oían los fragmentos de conversación provenientes de las moradas, pero los zelandonii aprendían desde pequeños a no prestarles atención. Era como en el caso del clan, donde la gente se acostumbraba a vivir sin estar pendiente del hogar del vecino, y como las normas de cortesía practicadas por los mamutoi. De hecho, Ayla advirtió que en el escaso tiempo que había transcurrido desde su llegada, ya había aprendido a no enterarse de qué ocurría en la morada de al lado… casi nunca.

Mientras la joven pareja se abrigaba con las pieles, con Lobo junto a ellos, oyendo los murmullos procedentes de las otras pieles de dormir, Ayla dijo:

—Me gusta la forma en que los zelandonii separan las moradas de cada familia, Jondalar, el hecho de que tengan viviendas diferenciadas.

—Me alegro —contestó él, más complacido que nunca por las intrigas que había urdido para tener su morada a punto cuando volviesen de la Reunión de Verano y por haberlo mantenido todo en secreto.

Ayla cerró los ojos y soñó que algún día tendría su propia morada, con paredes. A su juicio, las paredes de una morada zelandonii permitían una intimidad imposible en el clan, o incluso entre los Mamutoi. Las divisiones internas aumentaban esa intimidad. Era cierto que a veces se había sentido muy sola, pero también había disfrutado de su soledad en el valle, y viajar sola con Jondalar había reforzado su deseo de poner algo entre ella y los demás. No obstante, la proximidad de las otras moradas le daba la seguridad de saber que había más gente cerca.

Si quería, aún podía escuchar los reconfortantes sonidos de las personas que se disponían a pasar la noche, sonidos que había oído toda su vida: voces bajas, el llanto de los niños, una pareja haciendo el amor. Mientras vivió sola había añorado aquellos sonidos; ahora, en la Novena Caverna, podía escucharlos, pero también era posible disfrutar de cierta privacidad. Una vez dentro de los confines de las estrechas paredes de cada morada, era fácil olvidarse de que había más gente fuera, aunque siempre llegase un murmullo apagado de sonidos que a su vez proporcionaban una sensación básica de seguridad. Decidió que la manera de vivir de los zelandonii era la buena.

Al día siguiente, cuando se pusieron en marcha, Ayla notó que había aún más gente. Se habían añadido al grupo muchas personas de la Vigésimo novena Caverna, pero no de Roca del Reflejo, al menos ella no conocía a nadie. Cuando comentó a Joharran que habían crecido en número, él le contestó que viajaría con ellos casi toda la gente de Campamento de Verano, más o menos la mitad de los habitantes de Heredad Sur y algunos de Roca del Reflejo. Los demás emprenderían el viaje al día siguiente o al otro. Ayla recordó que Jondalar había comentado que volverían a Campamento de Verano para colaborar en la recolección de piñas, y le dio la impresión de que la Novena Caverna tenía lazos más estrechos con la Heredad Oeste que con las otras heredades de la Vigésimo novena Caverna. A partir de Roca del Reflejo, siguiendo corriente arriba, primero se dirigirían hacia el norte, al inicio de un gran recodo que doblaba hacia el este; desde allí, irían en dirección sur, y después trazarían un gran bucle para acabar yendo hacia el norte, dibujando una gran curva en forma de ese. El cauce seguía entonces con curvas más suaves hacia el noreste. Había unos cuantos refugios de piedra pequeños en el extremo norte del primer bucle que los viajeros o los cazadores solían utilizar para hacer un alto, pero ellos pretendían llegar a la siguiente colonia, que estaba situada en el extremo más meridional del segundo bucle, donde un pequeño río confluía con el Río, atravesando Valle Viejo, el hogar de la Quinta Caverna de los zelandonii.

Si no se viajaba en balsa, lo cual exigía remontar unos quince kilómetros contra corriente, era más fácil llegar a Valle Viejo desde Roca del Reflejo caminando campo

a través en lugar de seguir el Río en su amplio recodo hacia el norte y después retroceder. Por tierra, el hogar de la Quinta Caverna estaba a sólo cinco kilómetros hacia el este y un poco al norte, pero el trayecto en sí tomando el camino más fácil que atravesaba los montes no era tan directo.

Cuando Joharran llegó al inicio del hollado camino, se apartó del Río y tomó el sendero que atravesaba el borde de una cadena de montañas hasta alcanzar una cumbre redondeada, donde confluía con el camino alto que venía de la Tercera Caverna a Roca de los Dos Ríos y bajaba por el otro lado hasta el nivel del río. Mientras caminaba, Ayla empezó a pensar en la Quinta Caverna y pidió a Jondalar que le explicara más cosas.

—Si la Tercera Caverna es famosa por sus cazadores, y la Decimocuarta por el modo en que pescan, ¿por qué se conoce a la gente de la Quinta Caverna, Jondalar?

—Yo diría que es famosa por ser muy autosuficiente —contestó él. Ayla vio que los cuatro jóvenes que se habían ofrecido voluntarios el día anterior para levantar las angarillas cuando atravesaban el Río aún viajaban cerca de ellos, y que se habían acercado más al escuchar la pregunta de ella. Habían vivido en la Novena Caverna toda su vida, y conocían a vecinos de otras cavernas zelandonii, pero nunca habían oído a nadie describirlas a un forastero, así que se sintieron interesados por las explicaciones de Jondalar.

—Se enorgullecen de ser buenos cazadores, pescadores y expertos en todos los oficios —prosiguió Jondalar—. Incluso construyen balsas y aseguran que fueron los primeros en hacerlo, si bien la Decimonovena Caverna no está de acuerdo. Sus zelandonia y artistas siempre han sido muy respetados. Tienen grabados en las paredes de muchos de sus refugios, y también pueden verse pinturas o placas grabadas, sobre todo de bisontes y caballos, porque la Quinta Caverna mantiene una relación especial con estos animales.

—¿Por qué se llama Valle Viejo? —preguntó Ayla.

—Porque es la colonia donde vive gente desde hace más tiempo. Por su numeración ya se ve que es antigua, aunque la Segunda y la Tercera Cavernas lo son aún más. En todas las cavernas corren historias acerca de los lazos con la Quinta. Casi todos los grabados de las paredes son tan antiguos que no se sabe quién los ha hecho. Hay uno de cinco animales, obra de un antepasado que aparece mencionado en las Leyendas de los Ancianos, que es el símbolo del número de la caverna. Según los zelandonia, el cinco es un número muy sagrado.

—¿Qué quieren decir con eso de que es sagrado?

—Tiene un significado especial para la Madre. Pídele un día a la Zelandoni que te hable del número cinco —propuso Jondalar.

—¿Qué fue de la Primera Caverna? —Ayla guardó silencio por un momento para repasar mentalmente las palabras de contar—. ¿Y de la Cuarta?

—En las Historias y Leyendas de los Ancianos se habla mucho de la Primera Caverna, como tú misma tendrás ocasión de comprobar en la Reunión de Verano,

pero nadie sabe qué le ocurrió a la Cuarta. Todo el mundo cree que hubo alguna tragedia. Algunos piensan que un enemigo utilizó a un Zelandoni malvado para provocar una enfermedad que los mató a todos. Otros creen que hubo un enfrentamiento con un jefe inepto tras el cual la mayoría de la gente decidió marcharse y sumarse a otras cavernas. Pero cuando a una caverna se le unen personas nuevas, ello suele quedar reflejado en sus historias, y no hay referencias de adopciones de personas de la Cuarta en ninguna de las historias de las cavernas, al menos de las que circulan ahora —explicó Jondalar—. Hay quienes creen que el número cuatro trae mala suerte, pero La Que Es la Primera sostiene que no es el número, sino las asociaciones con el número las que traen mala suerte.

Después de recorrer unos seis kilómetros, ascendieron a una última sierra y se acercaron a un valle estrecho con un tumultuoso torrente que lo dividía por la mitad y altos precipicios a ambos lados que ofrecían ocho refugios de piedra de distintas dimensiones. Cuando la larga procesión, con Joharran al frente, tomó el camino hacia Valle Viejo, dos hombres y una mujer salieron a recibirlos. Después de la formalidad de los saludos, informaron a los viajeros de que casi toda la Quinta Caverna había salido ya hacia la Reunión de Verano.

—Podéis quedaros, claro está, pero como aún no es siquiera mediodía, imaginamos que preferiréis seguir —dijo la mujer.

—¿Quién se ha quedado? —preguntó Joharran.

—Dos ancianos que no pueden hacer el viaje, uno apenas puede levantarse de la cama, y una mujer que está a punto de dar a luz. La Zelandoni ha considerado que no era prudente que viajara porque en embarazos anteriores ha tenido problemas. Y, naturalmente, dos cazadores. Se quedarán aquí hasta la luna nueva.

—Eres la Primera Acólita del Zelandoni de la Quinta, ¿verdad? —preguntó la Primera.

—Sí. Me he quedado para ayudar a la mujer en el parto.

—Ya me parecía que te conocía. ¿Necesitáis ayuda?

—No. La mujer aún no está a punto. Tardará unos días, y también se han quedado su madre y su tía. Está bien atendida.

Joharran convocó a unas cuantas personas de la Novena Caverna y de las cavernas que se habían sumado a la marcha para realizar una consulta.

—Los mejores sitios para instalar el campamento ya deben de estar ocupados —dijo—. En mi opinión, deberíamos seguir y no parar a descansar aquí.

Los demás estuvieron de acuerdo, y se decidió seguir adelante.

El curso del Río empezó a ser más recto después de la gran ese, justo en el punto donde se orientaba hacia el noreste. A lo largo del siguiente tramo del Río había diversos refugios. Todas las cavernas menos una habían partido ya hacia la Reunión de Verano, y la que aún permanecía allí se unió a ellos, colocándose a la cola de los

viajeros. Joharran estaba cada vez más preocupado, temiendo no encontrar un sitio conveniente para instalar su gran caverna para pasar el verano.

A Ayla le sorprendía que hubiese tanta gente en la región, y que vivieran todos tan cerca. Al igual que los zelandonii, las personas con quienes ella había crecido se autoabastecían para todas sus necesidades. Recolectaban, cazaban y pescaban para alimentarse y vestirse; utilizaban los refugios naturales que encontraban o construían estructuras para protegerse de los elementos; fabricaban utensilios y armas de caza, con los materiales que tenían a su alcance, etcétera. Ayla intuía que si en la región viviera más gente de la que los recursos naturales podían mantener algunas personas saldrían perjudicadas; tendrían que marcharse o verse privadas de ciertas cosas. Comprendió que el territorio de los zelandonii tenía que ser extraordinariamente rico para que tantas personas buscaran cobijo allí; no obstante, se sintió preocupada por lo que podría ocurrir si se alteraban las condiciones.

A eso se debía que la Reunión de Verano se celebrara cada año en un lugar distinto. Una concentración tan grande de gente agotaba los recursos del área circundante y se requerían años para que la tierra se recuperase. Ese año la Reunión no se celebraba muy lejos del refugio de la Novena Caverna, quizá a unos treinta y cinco kilómetros río arriba si hubieran seguido de cerca el cauce del Río, pero se habían ahorrado una parte de esa distancia atajando campo a través desde la Vigésimo novena Caverna hasta la Quinta.

El lugar adonde se dirigían estaba a unos quince kilómetros de Valle Viejo, y Joharran decidió que convenía intentar llegar sin hacer ningún alto para dormir. Se preguntó si era necesario convocar una reunión para discutirlo y para animar a la gente a caminar a buen paso, pero había demasiadas personas, de distintas edades y capacidades, y el ritmo debería adaptarse inevitablemente a la velocidad del que fuera más lento. Una consulta sólo serviría para retrasarlos aún más. Decidió que era mejor tratar de avivar el paso un poco más de lo normal sin decir nada. Si alguien se quejaba, ya decidiría si debían detenerse. A mediodía pararon para comer, y cuando Joharran volvió a ponerse en marcha, todos lo siguieron.

Aún no era de noche pero el sol ya se ponía cuando el Río describió una curva hacia la derecha, cerca de una ladera empinada de la orilla izquierda, o la derecha mirando desde donde ellos estaban. Los viajeros se dirigieron tierra adentro, alejándose del agua, y ascendieron por un camino muy transitado de una ladera de moderada pendiente. Mientras subían, disfrutaron de una amplia vista panorámica del paisaje circundante.

Pero cuando llegaron a lo alto Ayla tuvo que contener la respiración ante una vista muy distinta: una gran multitud de gente pululando por el valle de abajo. Estaba convencida de que allí había más zelandonii que el número total de mamutoi que habían acudido a su Reunión de Verano, ¡y aún no habían llegado todos!

Aunque contara a todas las personas que había conocido a lo largo de su vida, tenía la certeza de que no había visto nunca a tanta gente, y menos aún junta. Estaba segura de que el número no era tan grande, pero aun así para ella la única cosa que podía compararse a aquella multitud eran las manadas de bisontes o renos que se congregaban a miles cada año. Aquello era una numerosísima y bulliciosa manada de humanos.

El grupo que había salido de la Novena Caverna había aumentado considerablemente, pero los que se habían añadido por el camino se dispersaron enseguida para ir a buscar a sus amigos y familiares y encontrar un sitio donde plantar su campamento. La Zelandoni se encaminó hacia la zona principal del lugar, donde la zelandonia tenía su alojamiento especial, en el centro, porque desempeñaba un papel preponderante en la Reunión de Verano. Ayla esperaba que la Novena Caverna encontrara un sitio un poco alejado de las actividades principales. Le sería más fácil sacar a los animales a pasear si no se veía obligada a pasar entre la muchedumbre de curiosos.

Jondalar había hablado ya con su hermano de las necesidades de los animales, y le había dejado claro que las concentraciones de gente los ponían nerviosos. Joharran lo había entendido y había dicho que lo tendría en cuenta, pero en el fondo consideraba que las necesidades de las personas de la Novena Caverna eran más importantes que las de los animales. Él quería estar cerca de los centros de actividad, y esperaba encontrar un sitio a la orilla del Río para que no requiriera tanto esfuerzo ir a buscar agua. También había pensado buscar la sombra de uno o dos árboles, y establecerse lo más cerca posible de la zona boscosa para poder recoger leña. Pensó que los grandes bosques cercanos al campamento se quedarían sin ramas cuando terminara la estación. Todo el mundo necesitaba leña.

Cuando él, Solaban y Rushemar empezaron a buscar, Joharran vio de inmediato que los sitios mejores, cerca de los bosques y del agua, ya estaban ocupados. La Novena era una caverna considerable, con más población que las otras, y necesitaba más espacio para acampar. Además, él quería encontrar sitio antes de que anocheciera. Joharran se vio obligado a inspeccionar la periferia del emplazamiento de la Reunión de Verano. El gran cauce del Río se estrechaba en el último recodo, y había observado que las orillas eran más altas en la parte del río situada más abajo del campamento, por lo que costaba más llegar al agua.

Los tres hombres volvieron al Río y caminaron corriente arriba. Tras un corto trecho, vieron un riachuelo que cruzaba un frondoso prado en dirección al río principal y giraba siguiendo el mismo curso. Un poco más allá del Río divisaron una zona despejada de árboles. Se acercaron y advirtieron que el terreno boscoso se componía de dos franjas de árboles dispuestas a ambos lados del río más pequeño. Se adentraron en el bosque. Caminando por la orilla del riachuelo, Joharran se dio cuenta de que éste circundaba la base de una ladera y de que el área boscosa se espesaba

convirtiéndose en un bosque propiamente dicho, más grande y más denso de lo que parecía a simple vista.

Al cabo de un rato llegaron al nacimiento del riachuelo, una pequeña fuente que brotaba de la tierra, con un entramado de ramas de sauce por encima, y rodeado de abedules, abetos y algún que otro alerce. Al otro lado de la fuente se había formado un estanque profundo. Toda la zona estaba llena de manantiales, los cuales conformaban un pequeño afluente del Río. Detrás de los árboles del otro lado del estanque había una vertiente bastante pronunciada con rocas sueltas de todos los tamaños, desde minúsculos guijarros hasta riscos enormes. Delante del estanque vieron un valle estrecho que conducía a una playita de arena fina, tierra y piedras redondeadas por el agua, con una barrera de matorrales tupidos a la orilla del estanque. Era un paraje idílico. Joharran pensó que si viajara solo o con poca gente, levantaría allí el campamento, pero para toda la caverna no sólo necesitaba más espacio, sino que debían acomodarse más cerca del campamento principal. Los tres hombres regresaron por la margen del riachuelo, y cuando llegaron al prado que se extendía junto al Río, Joharran se detuvo.

—¿Qué os parece? —preguntó—. Está un poco lejos de todas partes.

Rushemar metió la mano en el riachuelo y probó el agua. Era cristalina y fresca.

—Tendrá agua todo el verano. En cambio, al final de la estación, el arroyo que atraviesa el campamento principal y la parte del Río situada frente al campamento y río abajo no conservarán sus aguas claras y limpias.

—Todo el mundo irá a buscar leña a los bosques más grandes —añadió Solaban —. Esta zona no estará tan transitada, y hay más recursos de lo que parece.

La Novena Caverna plantó el campamento en la llana pradera entre el bosque y el Río, junto al riachuelo. Casi todo el mundo consideró que era un buen sitio. Era poco probable que otra caverna se instalara riachuelo arriba y ensuciara el agua, ya que estaban algo alejados del centro de actividades. Dispondrían de agua limpia para bañarse y lavar la ropa. La fuente les proporcionaría agua para beber, por sucio que bajase el Río después de que centenares de personas lo usaran. El bosque ofrecía sombra y leña, y por sus reducidas dimensiones probablemente no atraería a otras personas que buscaran los mismos recursos, o al menos no los primeros días. La mayoría iría a los bosques más grandes río abajo. La zona boscosa y los prados proporcionaban también verduras silvestres: bayas, frutos secos, brotes, hojas, y también caza mayor. En el Río había peces y moluscos para todos. El emplazamiento tenía muchas ventajas.

Su principal inconveniente era la distancia que todos deberían recorrer para llegar a la zona donde se desarrollarían la mayor parte de las actividades. Hubo personas que consideraron que estaba demasiado lejos, sobre todo aquéllos con familiares y amigos en otras cavernas que habían levantado sus campamentos en lugares que consideraban más convenientes. Algunos de éstos decidieron acampar con otras cavernas. Jondalar, en parte, se alegró. Así habría espacio cuando llegaran Dalanar y

los lanzadonii, siempre que a éstos no les importara acampar un poco lejos del centro de actividades.

Para Ayla, el lugar era perfecto. Los caballos estarían alejados de las aglomeraciones de gente y tendrían un prado donde pastar. Los animales empezaban ya a ser objeto de mucha atención, lo cual significaba, obviamente, que también Ayla lo era. Recordaba el miedo que habían pasado Whinney, Corredor y Lobo al llegar a la reunión de los mamutoi, pese a que por entonces parecía ya que aceptaban mejor las concentraciones numerosas de personas, puede que incluso mejor que ella. La gente hablaba sin reparo, y ella no podía evitar oír sus comentarios. Por lo visto una de las cosas que mayor admiración despertaba era el hecho de que los caballos y el lobo se toleraran entre ellos —mejor dicho, que parecieran amigos— y obedecieran a la forastera y al hijo de Marthona.

Ella y Jondalar llevaron los caballos corriente arriba y encontraron el prado idílico con su estanque. Era la clase de sitio que les encantaba. Era perfecto para ellos; les producía la sensación de que era de ellos, pese a que, claro está, podía usarlo cualquiera. Sin embargo, Jondalar dudaba que alguien más llegara hasta allí. La mayoría de la gente iba a la Reunión de Verano para participar en las actividades colectivas y tenía menos necesidad de momentos de soledad que Ayla, los animales o, incluso, él mismo. Ayla descubrió con entusiasmo que los densos matorrales eran casi todos avellanos, cuyo fruto era una de sus comidas preferidas. Las avellanas aún no estaban maduras, pero parecía que la cosecha sería buena. Por su parte, Jondalar pensaba que regresaría allí para ver si alguna de las rocas y piedras de la vertiente del otro lado del estanque era pedernal.

Una vez se instalaron todos e inspeccionaron bien el lugar, la mayoría decidió que había sido una elección magnífica. Joharran se alegró de haber llegado a tiempo de reclamarlo. Pensaba que seguramente le habrían quitado el sitio de no haber sido por un segundo afluente, un poco más grande, que serpenteaba por el centro del gran campo en torno al que se había dispuesto la Reunión de Verano. Casi todas las cavernas que habían llegado antes se habían instalado en las orillas de aquel río, porque sabían que las aguas del Río se contaminarían pronto por la utilización excesiva. Era la zona que había inspeccionado primero Joharran, pero ahora se alegraba de haber buscado más arriba.

Jondalar pensó que la conversación con su hermano había inducido a éste a buscar un lugar más cómodo para los caballos y le dio las gracias. Joharran no corrigió su impresión. Era consciente de que se había preocupado sólo por la comodidad de su gente, pero quizá el comentario acerca de los animales también le había influido de alguna manera y lo había ayudado a encontrar aquel lugar. No podía decir que no fuese así, y si su hermano se sentía en deuda con él, adelante. Era muy complicado dirigir una cueva tan grande, y no se sabía nunca si algún día podría necesitar la ayuda de Jondalar.

Como ya era tarde decidieron esperar al día siguiente para montar los alojamientos de verano y plantaron las tiendas para pasar la noche. Una vez levantado el campamento algunas personas fueron hacia la zona principal a buscar amigos o parientes que no habían visto desde la última Reunión de Verano, así como para averiguar qué se había organizado para el día siguiente, pero la mayoría de la gente estaba cansada y decidió quedarse en las tiendas. Muchos inspeccionaron la zona para decidir dónde situarían exactamente su alojamiento individual y para localizar dónde crecía la diversa vegetación, sobre todo los materiales que necesitaban para construir sus residencias de verano. Ayla y Jondalar ataron los caballos cerca del bosque y del riachuelo, pensando que era mejor tenerlos cerca, más para protegerlos de la gente que por temor a que se escaparan. Habrían deseado darles más libertad. Quizá cuando todo el campamento se hubiese acostumbrado a verlos y nadie sintiese la tentación de cazarlos, podrían dejarlos moverse a placer, como hacían en la Novena Caverna.

Por la mañana, después de echar un vistazo a los caballos, Jondalar y Ayla acompañaron a Joharran a la zona principal de la Reunión de Verano, donde él iba a reunirse con los otros jefes. Era necesario tomar decisiones para organizar partidas de caza y recolección y para repartir los productos obtenidos. Además, tenían que planificar actividades y ceremonias, incluida la primera ceremonia matrimonial del verano. Lobo seguía a Ayla de cerca. Todo el mundo había oído hablar de la mujer que tenía un misterioso control sobre los animales, pero una cosa era oír hablar y otra verlo uno con sus propios ojos. Las expresiones de consternación los acompañaban por todo el campamento, y si alguien no los veía venir y se los encontraba de repente, la primera reacción era de sobresalto y miedo. Incluso quienes conocían a Joharran y Jondalar quedaban boquiabiertos en lugar de responder a su saludo.

Caminaban por detrás de unos matorrales bajos, que ocultaban al lobo, cuando se les acercó un hombre.

—Jondalar, oí que habías vuelto de tu viaje y que habías traído a una mujer —gritó el hombre corriendo hacia él—. Me gustaría conocerla.

Tenía un extraño defecto del habla que Ayla no supo identificar en un primer momento, y entonces cayó en la cuenta de que hablaba como un niño pero con voz de hombre: ceceaba.

Jondalar alzó la cabeza y arrugó la frente. No se alegraba especialmente de ver a aquel hombre. De hecho, era el único de todos los zelandonii a quien no esperaba ver, y no le gustaba que el otro diera por sentada una amistad entre ellos. No obstante, comprendió que no le quedaba más remedio que hacer las presentaciones.

—Ayla de los mamutoi, te presento a Ladroman de la Novena Caverna —dijo sin darse cuenta de que la había presentado con su antiguo nombre.

Pese a su tono de voz inexpresivo, ella advirtió de inmediato un dejo de desaprobación y lo miró. La tensión de su mandíbula ponía de manifiesto que faltaba poco para que sus dientes rechinaran, y la postura rígida y fría era también un indicio de que aquel individuo no era una presencia grata para él.

El hombre le tendió las dos manos y sonrió, revelando que había perdido dos dientes delanteros. Luego avanzó hacia ella. Ayla sospechaba ya quién podía ser, y la mella en su boca se lo confirmó. Ése era el hombre con quien Jondalar se había peleado; él le había golpeado, saltándole esos dos dientes. Como consecuencia del altercado, Jondalar había tenido que abandonar la Novena Caverna y marcharse a vivir con Dalanar durante un tiempo, lo cual, como se demostró, fue probablemente lo mejor que podía haberle ocurrido. Eso le dio la oportunidad de conocer al hombre de su hogar, y aprender de quien todos consideraban el mejor tallador de pedernal el oficio que con el tiempo acabaría entusiasmándole.

Ayla ya conocía lo suficiente acerca de los tatuajes faciales para comprender que aquel hombre era un acólito, que estaba formándose para llegar a ser zelandoni. Para su sorpresa, notó el roce de Lobo contra su pierna cuando acudió a interponerse entre ella y el desconocido, y oyó su grave gruñido de advertencia. Lobo sólo actuaba así cuando creía que ella estaba bajo alguna amenaza. «Tal vez ha percibido la tensión y el rechazo de Jondalar», pensó. En todo caso, por alguna razón aquel hombre también despertaba la aversión del animal. Ladroman vaciló y, con los ojos desmesuradamente abiertos a causa del miedo, retrocedió.

—¡Lobo! ¡Atrás! —ordenó Ayla en mamutoi a la vez que avanzaba un paso para responder al saludo formal—. Yo te saludo, Ladroman de la Novena Caverna. —Cogió las dos manos del hombre, notando que tenía húmedas las palmas.

—Ya no soy Ladroman, ni de la Novena Caverna. Ahora soy Madroman de la Quinta Caverna de los zelandonii, y acólito de la zelandonia. Bienvenida seas, Ayla de los… ¿cómo era? ¿Mu… Mutoni…? —dijo él, sin apartar la vista del lobo, cuyo gruñido había subido de volumen. Le soltó las manos de inmediato. Había notado el peculiar acento de Ayla, pero la presencia del lobo lo desconcertó de tal modo que apenas le prestó atención.

—Y ella tampoco es ya Ayla de los mamutoi, Madroman —rectificó Joharran—. Ahora es Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii.

—¿Ya has sido aceptada por los zelandonii? Bien, mamutoi o zelandonii. Me alegro de haberte conocido, pero ya he de irme… a una reunión —pretextó Madroman separándose lo más deprisa que pudo. Se dio media vuelta y casi se echó a correr por donde había venido.

Ayla observó a los dos hermanos, en cuyos rostros se dibujaron sonrisas casi idénticas.

Joharran vio al grupo de gente que andaba buscando. La Zelandoni estaba entre ellos. Hizo una seña a los tres para que se acercaran, pero fue el cuarto, Lobo, quien más atención recibió. Ayla le ordenó que se quedara atrás mientras se procedía a las presentaciones formales. No sabía si reaccionaría con otra persona tal como había hecho con Madroman. Varios de los allí presentes se sorprendieron cuando la forastera de extraño acento era presentada como zelandonii, antes mamutoi, pero se

explicó que, como no había duda de dónde viviría cuando ella y Jondalar se unieran, la Novena Caverna la había aceptado ya.

Una vez tomada la decisión de emparejarse, la siguiente decisión en orden de importancia era si el hombre viviría con la gente de la mujer, o si la mujer iría a vivir con la de él. En cualquiera de los dos casos, se requería la aceptación de ambas cavernas, pero principalmente la de aquella que habría de convivir con un nuevo miembro. Puesto que sabían dónde vivirían Jondalar y Ayla, el asunto quedaba zanjado si la Novena Caverna la aceptaba.

Ayla no permitió al lobo apartarse de su lado mientras ella y Jondalar escuchaban a los jefes seculares y a los guías espirituales discutir los planes. Se decidió celebrar una ceremonia la noche del día siguiente para averiguar la dirección que convenía tomar en la primera cacería. Si todo iba bien, la primera ceremonia matrimonial tendría lugar poco después. Ayla había sabido que cada verano se celebraban dos ceremonias matrimoniales: la primera para unir a aquellas parejas, por lo general de la misma región, que habían decidido vivir juntos ya durante el invierno anterior; en la segunda, programada normalmente para poco antes del regreso a sus hogares, casi en otoño, la mayoría de las parejas eran de cavernas más dispersas y tomaban la decisión durante la Reunión de Verano, quizá tras conocerse ese mismo año, o a lo sumo una o dos estaciones antes.

—A propósito de la ceremonia matrimonial —dijo Jondalar—, me gustaría formular una petición. Dado que Dalanar es el hombre de mi hogar y planea venir, me gustaría que la primera ceremonia se atrasara hasta que él llegue. Desearía que estuviera aquí para mi emparejamiento.

—Yo no tendría inconveniente en aplazarla unos días —respondió la Zelandoni —, pero ¿y si Dalanar no viene hasta mucho después?

—Preferiría emparejarme durante la primera ceremonia, pero si Dalanar se retrasa demasiado, estoy dispuesto a esperar a la segunda. Me gustaría que esté presente cuando nos unamos.

—Me parece una propuesta admisible —declaró la Zelandoni, Que Era la Primera —, pero debería decidirse cuánto tiempo puede postergarse la primera ceremonia matrimonial, y eso depende de los otros que quieren unirse.

Una mujer de cierta edad con el tatuaje de zelandoni en la cara se unió a la conversación.

—Según tengo entendido —dijo a Joharran—, Dalanar y los lanzadonii se reunirán con nosotros durante esta estación. Mandó un mensaje a la Zelandoni de la Decimonovena, puesto que ésta es la caverna más cercana al emplazamiento de la Reunión de Verano, para que todos lo supiéramos. La hija de su compañera va a emparejarse este verano, y Dalanar quiere para ella una ceremonia matrimonial completa. Me consta también que le gustaría encontrar a un donier para su gente. Podría ser una excelente oportunidad para un acólito experimentado o un zelandoni reciente.

—Jondalar ya nos había informado de eso, Zelandoni de la Decimocuarta —dijo Joharran.

—Ésa es una de las razones por la que este año trae aquí a sus lanzadonii —explicó Jondalar—. No disponen de un curandero, aunque Jerika tiene ciertos conocimientos, ni de nadie que oficie las ceremonias. Considera que no podrán celebrar una ceremonia matrimonial como es debido hasta que cuenten con su propio donier. Los visitamos en nuestro viaje de regreso. Joplaya se prometió cuando estábamos allí. Va a emparejarse con Echozar…

—¿Va a consentir Dalanar que Joplaya se empareje con el hijo de una cabeza chata, un hombre de espíritus mixtos? —lo interrumpió la Zelandoni de la Decimocuarta—. ¿Cómo puede tolerarlo? ¡Su propia hija! Ya sé que Dalanar ha aceptado en su caverna a personas un tanto peculiares, ¿pero cómo puede acoger a esos animales?

—¡No son animales! —prorrumpió Ayla mirando con ira a la mujer.

Capítulo 23

La mujer se volvió para mirar a Ayla, sorprendida de que la recién llegada hubiera tomado la palabra, y más aún de que la hubiera contradicho con tanto descaro.

—Tú no eres quién para hablar aquí —dijo—. Lo que se discute en esta reunión no es asunto tuyo. Aquí eres una visitante, ni siquiera una zelandonii. —Sabía que la forastera se convertiría supuestamente en la compañera de Jondalar, pero por lo visto necesitaba corregirse y aprender a comportarse debidamente.

—Disculpa, Zelandoni de la Decimocuarta —terció La Que Era la Primera—. Ayla ha sido presentada a los demás, y debería habértela presentado a ti también cuando has llegado. En realidad, Ayla sí es zelandonii. La Novena Caverna la aceptó antes de venir aquí.

La mujer se volvió hacia la Primera. Su hostilidad era casi palpable. Ayla percibió que aquella animosidad era ya antigua y recordó haber oído algo acerca de una zelandoni que en su día daba por hecho que la nombrarían Primera, pero fue descartada en favor de la Zelandoni de la Novena. Supuso que se trataba de aquélla.

—Ayla y Jondalar insisten en que los cabezas chatas son personas, no animales. Creo que es uno de los asuntos que debemos abordar, y ya tenía previsto plantearlo —dijo Joharran dando un paso al frente para intentar calmar los ánimos—. Pero no sé si éste es el mejor momento. Antes tenemos que hablar de otras cosas.

—Yo no veo ninguna necesidad de hablar de esos cabezas chatas —replicó la mujer.

—Lo considero importante, aunque sólo sea por nuestra propia seguridad —insistió Joharran—. Si son seres inteligentes, y Ayla y Jondalar prácticamente me han convencido ya de que así es, y nosotros los hemos tratado como a animales, ¿por qué no se han quejado?

—Probablemente porque son animales —afirmó la mujer.

—Según Ayla, es porque prefieren ignorarnos —prosiguió Joharran— y, en general, nosotros hacemos lo mismo con ellos. Pero si los vemos como animales aunque no los cacemos y seguimos considerándonos con derecho sobre todas las tierras, sobre el territorio zelandonii: zonas de caza, campos de reunión, todo, ¿qué ocurrirá si empiezan a mostrarse en desacuerdo y deciden reclamar algunas de esas tierras? Creo que nos conviene estar preparados, o como mínimo debemos hablar de esa posibilidad.

—En mi opinión, Joharran, le concedes demasiada importancia a esa cuestión. Si los cabezas chatas no han dicho nada hasta hoy, ¿por qué han de empezar ahora a exigir sus derechos sobre el territorio? —dijo la Zelandoni de la Decimocuarta, desestimando la idea.

—Pero sí han reclamado parte de las tierras —rectificó Jondalar—. Al otro lado del glaciar, los losadunai sobreentienden que la zona situada al norte del Río de la Madre es territorio de los cabezas chatas. Los losadunai se han quedado en el sur, salvo algunos rufianes que han estado creando problemas, lo que, me temo, el clan no tolerará por mucho más tiempo, en particular los más jóvenes.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Joharran—. No lo habías mencionado antes.

—Poco después de marcharnos, cuando Thonolan y yo descendimos por el otro lado del glaciar, en la zona montañosa del este, nos tropezamos con una banda de cabezas chatas… hombres del clan, probablemente una partida de caza —explicó Jondalar—, y tuvimos una pequeña confrontación.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Joharran.

Todos escuchaban muy atentos.

—Un joven nos tiró una piedra, creo que porque estábamos en su lado del río, en su territorio. Thonolan arrojó una lanza cuando vio moverse a alguien en el bosque donde estaban escondidos. De pronto, todos avanzaron y se dejaron ver. Éramos sólo dos contra varios de ellos, así que teníamos pocas posibilidades. A decir verdad, dudo que hubiéramos tenido alguna, incluso hallándonos en igualdad numérica. Puede que sean bajos de estatura, pero son muy fuertes. Yo no sabía cómo salir del aprieto. Fue su jefe quien resolvió el conflicto.

—¿Cómo llegaste a la conclusión de que tenían un jefe? Y aunque lo tuvieran, ¿cómo sabes que no eran simplemente una manada, igual que los lobos? —preguntó otro hombre.

A Jondalar le pareció reconocerlo, pero no estaba muy seguro de saber quién era. Al fin y al cabo, había estado ausente cinco años.

—Bueno, ahora no tengo ninguna duda de que se trataba de su jefe porque he conocido después a otros jefes del clan, pero incluso entonces me resultó evidente. El jefe dijo al joven que había tirado la piedra que devolviera la lanza a Thonolan y recogiera su piedra, y luego desaparecieron de nuevo en el bosque. Volvió a dejar las cosas como estaban, pensando que con eso quedaba todo resuelto. Y supongo que así fue, dado que nadie había resultado herido.

—¿Dijo al joven? —repitió el hombre—. ¡Los cabezas chatas no hablan!

—Sí hablan —corrigió Jondalar—. Sólo que no como nosotros. Usan un lenguaje a base de señas, principalmente. Yo aprendí algunos de esos signos, y he podido comunicarme con ellos, pero Ayla lo domina mucho más. Ella conoce muy bien ese lenguaje.

—Me cuesta mucho creerlo —dijo la Zelandoni de la Decimocuarta.

Jondalar sonrió.

—También a mí me costaba al principio. Antes de ese encuentro, no había visto de cerca a nadie del clan. ¿Y tú, has conocido a alguien del clan?

—No, la verdad es que no, ni tengo el menor deseo de que eso ocurra —repuso la mujer—. Por lo que he oído, se parecen bastante a los osos.

—No se parecen a los osos más de lo que podamos parecernos nosotros. Tienen aspecto de personas, de otra clase de personas, pero son inconfundibles. Los hombres de aquella partida de caza llevaban lanzas y ropa. ¿Has visto a algún oso vestido y armado? —preguntó Jondalar.

—Por tanto, son osos listos —dijo ella.

—No los subestimes —advirtió Jondalar—. No son osos, ni ninguna otra clase de animal. Son personas, personas inteligentes.

—¿Has dicho que te comunicaste con ellos? —preguntó el hombre que Jondalar no acababa de identificar—. ¿Cuándo?

—Una vez, cuando estábamos con los sharamudoi, me vi en apuros en el Río de la Gran Madre. Los sharamudoi viven en la orilla, no muy lejos de la desembocadura, donde vierte sus aguas el Mar de Beran. Cuando cruzas el glaciar, el Río de la Gran Madre es apenas un arroyo, pero donde ellos viven es enorme, tan ancho en algunos puntos que casi parece un lago. Sin embargo, a pesar de su apariencia apacible y tranquila, tiene una corriente rápida, fuerte y profunda. Allí han afluido a él tantos otros ríos, grandes y pequeños que cuando uno lo ve desde las tierras de los sharamudoi, comprende por qué lo llaman Río de la Gran Madre. —Jondalar se había convertido en un excelente narrador, y la gente lo escuchaba absorta—. Los sharamudoi construyen embarcaciones excelentes con troncos enormes que vacían y modelan hasta conseguir un armazón con los extremos en punta. Yo estaba practicando el manejo de una pequeña piragua con un remo cuando perdí el control. —Jondalar esbozó una sonrisa—. Para ser sincero, estaba fanfarroneando un poco. En las piraguas suele haber un cordel con una punta sujeta al armazón y un anzuelo con cebo siempre a punto, y yo quería demostrarles que era capaz de pescar. El problema es que en un río así de grande los peces son de un tamaño enorme, sobre todo los esturiones. Los Hombres del Río no dicen que van a «pescar» esturiones, ellos dicen que salen a «cazar» el esturión.

—Una vez vi un salmón casi tan grande como un hombre —afirmó alguien.

—Algunos esturiones de la desembocadura del Río de la Gran Madre miden de largo más que tres hombres altos juntos —aseguró Jondalar—. Cuando vi el aparejo de pesca, eché el cordel y tuve suerte. ¡Atrapé un esturión!, o, mejor dicho, un esturión enorme me atrapó a mí. Como el cordel estaba amarrado al bote, cuando el pez empezó a nadar, me arrastró. Perdí los remos y el control. Saqué mi cuchillo para cortar el cordel, pero la piragua chocó contra algo, y se me cayó el cuchillo de la mano. El pez era fuerte y veloz. Intentó sumergirse y estuvo a punto de hacerme caer al agua un par de veces. Me quedé inmóvil mientras el esturión me arrastraba río arriba, no podía hacer otra cosa.

Se oyeron varias voces, cada una con una pregunta:

—¿Qué pasó luego?

—¿Hasta dónde llegaste?

—¿Cómo paraste?

—Resultó que el pez estaba herido por el anzuelo y sangraba. Eso lo debilitó, pero para entonces ya me había llevado un buen trecho río arriba, más allá de la parte ancha. Cuando se dio por vencido, estábamos en un brazo del río de aguas quietas y poco profundas. Abandoné la piragua y nadé hasta la orilla, dando gracias al notar tierra firme bajo mis pies…

—Es una historia interesante, Jondalar, pero ¿qué tiene que ver con los cabezas chatas? —preguntó la Zelandoni de la Decimocuarta.

Jondalar le sonrió.

—A eso iba. Estaba en tierra, pero empapado de agua y temblando de frío. No tenía un cuchillo con el que cortar leña; no tenía nada para encender fuego; la mayor parte de las ramas caídas estaban mojadas, y empezaba a congelarme. De pronto, apareció ante mí un cabeza chata. Justo comenzaba a salirle la barba, así que no podía tener muchos años. Con una seña, me indicó que lo siguiera, aunque al principio no lo entendía. Entonces vi humo en la dirección hacia donde él iba, así que lo seguí, y me llevó hasta una hoguera.

—¿No te dio miedo acompañarlo? —preguntó alguien—. No sabías qué podía hacerte.

Más gente se congregaba alrededor. Ayla había reparado en la creciente muchedumbre.

—A esas alturas tenía tanto frío que no me importaba —contestó Jondalar—. Sólo pensaba en calentarme. Me agaché junto a la hoguera y me acerqué al fuego todo lo que pude. Entonces noté que alguien me ponía una piel sobre los hombros. Levanté la vista y vi a una mujer. Cuando ella notó que la miraba, fue a esconderse detrás de un arbusto, y por más que lo intenté, no volví a verla. Sólo la había visto un instante, pero deduje que era mayor que el hombre, quizá su madre. Cuando por fin entré en calor, él me acompañó de vuelta a la piragua y al pez, que flotaba boca arriba cerca de la orilla. No era el esturión más grande que he visto, pero tampoco era pequeño; medía de largo como dos mujeres juntas. El joven del clan sacó un cuchillo y cortó el pescado por la mitad, a lo largo. Se dirigió a mí con unos gestos, que entonces no comprendí, envolvió medio pescado con una piel, se lo echó al hombro y se lo llevó. Casi al mismo tiempo, aparecieron Thonolan y unos cuantos Hombres del Río remando corriente arriba y vinieron a buscarme. Cuando les conté mi encuentro con el cabeza chata, tal como te lo estoy contando a ti, Zelandoni de la Decimocuarta, no querían creerme, pero entonces vieron la mitad del esturión que quedaba. Aquellos hombres no dejaron de reírse de mí por salir a pescar y capturar sólo medio pez, pero tuvieron que llevar aquella mitad a rastras hasta la piragua entre tres y, en cambio, aquel joven cabeza chata cargó con la otra mitad y la transportó él solo.

—Una bonita historia de pescadores, Jondalar —dijo la Zelandoni de la Decimocuarta.

Él se la quedó mirando un instante con sus asombrosos ojos azules.

—Ya sé que parece un cuento, pero no lo es. Todo lo que he explicado es verdad, hasta la última palabra —aseguró. Se encogió de hombros y sonriendo añadió—: Pero comprendo tus dudas.

»Pillé un buen resfriado después de ese remojón —prosiguió—, y mientras guardaba cama, caliente al lado del fuego, tuve tiempo de pensar en los cabezas chatas. Probablemente aquel joven me salvó la vida. Como mínimo, sabía que yo tenía frío y necesitaba calor. Puede que yo le inspirara tanto temor como él a mí, pero me dio lo que yo necesitaba y, a cambio, se llevó la mitad de mi esturión. La primera vez que vi a unos cabezas chatas me sorprendió que llevaran lanzas y ropa. Desde que me encontré con aquel joven y con su madre, sé que utilizan el fuego y tienen cuchillos afilados… y que son muy fuertes y, aún más importante, inteligentes. Aquel joven entendió que yo tenía frío y me ayudó, y consideró, por tanto, que por la ayuda que me había prestado él tenía derecho a una parte de mi pesca. Yo le habría dado el esturión entero, y creo que hubiera sido capaz de cargar con él igualmente, pero no se lo llevó todo; lo repartió.

—Es interesante —concedió la mujer sonriendo a Jondalar.

El encanto y el carisma naturales de aquel hombre decididamente apuesto empezaban a hacer mella en ella, lo cual no pasó inadvertido a La Que Era la Primera. Lo recordaría de cara al futuro. Si podía aprovechar las cualidades de Jondalar para suavizar su relación con la Zelandoni de la Decimocuarta, no vacilaría en hacerlo. La mujer parecía un cardo lleno de espinas desde que ella había sido elegida la Primera, y se dedicaba a obstaculizar sus decisiones y a entorpecer todas las medidas que ella intentaba poner en práctica.

—Podría hablar del niño de espíritus mixtos adoptado por la compañera del jefe mamutoi del Campamento del León, porque fue entonces cuando aprendí algunos de sus signos —continuó Jondalar—, pero sería más significativo hablar del hombre y la mujer que conocimos justo antes de cruzar el glaciar de regreso hacia aquí, porque viven cerca…

—Creo que eso deberías dejarlo para más adelante, Jondalar —lo interrumpió Marthona, que era una de quienes se habían unido al corrillo—. Debería contarse ante más personas; además, esta reunión se ha convocado para tomar decisiones relacionadas con la ceremonia matrimonial, si nadie se opone —añadió mirando directamente a la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna con una sonrisa amable. También ella había advertido el efecto que tenía su cautivador hijo en la mujer, y conocía de sobra los problemas que la Decimocuarta Caverna había creado a La Que Era la Primera. Ella misma había ocupado un puesto de mando y se hacía cargo.

—A no ser que os interese escuchar toda la conversación sobre los detalles —dijo Joharran a Jondalar y Ayla—, éste podría ser un buen momento para buscar un sitio donde hacer una demostración del uso del lanzavenablos. Me gustaría mostrar su funcionamiento antes de la primera cacería.

A Ayla no le habría importado quedarse. Deseaba aprender todo lo posible acerca de la gente de Jondalar —ahora también la suya—, pero a él le atraía más seguir la sugerencia de Joharran. Quería compartir con todos los zelandonii su nueva arma de caza. Mientras exploraron el emplazamiento de la Reunión de Verano en busca de un lugar adecuado para la demostración, Jondalar fue saludando a sus amigos y presentando a Ayla. Se convirtieron en el blanco de atención de todo el mundo debido a Lobo, algo que, no obstante, preveían. Ayla deseaba acabar cuanto antes con la inicial y lógica agitación. Tan pronto como la gente se acostumbrara a ver a los animales todo sería más normal.

Eligieron la zona que les pareció más adecuada para la demostración con el lanzavenablos, y después se encontraron con uno de los jóvenes que habían ayudado a levantar las angarillas en los vados de los ríos para mantener seca la comida que transportaban. Era de Tres Rocas, la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna, conocida también como Campamento de Verano, y había viajado con ellos el resto del camino. Charlaron un rato, y luego se acercó la madre del muchacho y los invitó a comer con ellos. El sol ya estaba alto y había pasado mucho tiempo desde la última comida. La familia del muchacho los invitó a participar en la recolección de piñones del otoño.

De regreso a su campamento, pasaron junto al amplio alojamiento de la zelandonia. La Primera salía en ese preciso instante y se detuvo a decirles que todas las personas participantes en la primera matrimonial con quienes había hablado hasta el momento estaban dispuestas a aplazar la ceremonia hasta la llegada de Dalanar y los lanzadonii. Jondalar y Ayla fueron presentados a otros zelandonia, y la gente de la Novena Caverna observó con interés las variadas reacciones del lobo.

Cuando por fin se encaminaron de vuelta al campamento de la Novena Caverna, el sol descendía ya hacia el horizonte en medio de un resplandor dorado que se difundía a través de las nubes rojizas. Al llegar a la orilla del Río, cuya superficie en aquel punto era prácticamente lisa, sin apenas una sola onda, siguieron corriente arriba y cruzaron el riachuelo casi en su confluencia con el cauce mayor. Pararon un momento para contemplar el cielo vespertino mientras se transformaba en un espectáculo deslumbrador: el dorado adquirió diversas tonalidades de bermellón y luego apareció un trémulo morado, que fue oscureciéndose hasta convertirse en un intenso azul… y entonces empezaron a brillar las primeras estrellas. Pronto la negra noche se convirtió en un telón de fondo para el sinfín de luces titilantes que salpicaban el cielo estival, con una mayor acumulación en una franja semejante a un camino a través de la bóveda celeste. Ayla recordó un verso del Canto a la Madre: «Y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo». Se preguntó si habría sido así como se formó… Después se dieron media vuelta y se dirigieron hacia las acogedoras hogueras del cercano campamento.

Cuando Ayla despertó a la mañana siguiente, al parecer todos se habían levantado y marchado ya. Sentía una extraña pereza. Sus ojos fueron adaptándose a la luz tenue del interior del alojamiento, y permaneció tendida entre las pieles mirando los dibujos grabados y pintados en el robusto poste central y las manchas de hollín que ennegrecían ya el contorno de la salida de humos, hasta que tuvo que ir a hacer aguas; últimamente sentía la necesidad aún más a menudo. Ignoraba dónde se habían cavado las zanjas de desechos de la comunidad, así que utilizó el cesto de noche. No era la única que lo había usado, advirtió. «Luego lo vaciaré», pensó. Era una de la tareas desagradables que compartían aquellos que lo veían como una obligación y aquellos que lo hacían por vergüenza cuando los demás notaban que no lo habían hecho recientemente.

Cuando volvió donde estaban las pieles de dormir para sacudirlas, observó con más detenimiento el interior del alojamiento de verano. La habían sorprendido las estructuras ya construidas que había visto el día anterior en su visita con Jondalar al campamento principal. Sabía que la gente se instalaba cerca del área central, pero había esperado ver allí las tiendas de viaje. Sin embargo, no fue así; la gente no usaba en la reunión las tiendas con las que había viajado hasta allí. Durante la estación cálida, éstas se empleaban cuando se salía a hacer expediciones de caza o recolección, o para visitar a otras personas mientras recorrían el territorio. El alojamiento de verano era una estructura más permanente, una vivienda bastante sólida de forma circular y paredes verticales. Aunque distintos, Ayla se dio cuenta de que tenían una finalidad semejante a la de los alojamientos utilizados por los mamutoi en las Reuniones de Verano.

Pese a la oscuridad interior —la única claridad procedía de la entrada y algún que otro haz de sol que se filtraba entre las rendijas de la pared—, vio que, además del poste central, un tronco de pino, el alojamiento tenía una pared interior de paneles hechos de tallos de enea aplastados, entretejidos y pintados con formas y animales. Estaban sujetos a las estacas interiores que circundaban el poste del centro y proporcionaban un amplio espacio cerrado que, si se deseaba, podía dividirse en áreas menores mediante paneles móviles. La tierra se había cubierto con esterillas de enea, fleo y carrizo, y las pieles de dormir se extendían en torno a un hogar situado casi en el centro. El humo salía por un agujero abierto justo encima, cerca del poste central. Esa salida de humos podía taparse desde dentro con una cubierta ajustable gracias a dos varas cortas que llevaba acopladas.

Sintió curiosidad por ver cómo estaba hecho el resto de la estructura y salió. Primero echó una ojeada al campamento, que se componía de varios alojamientos circulares de dimensiones considerables dispuestos alrededor de una hoguera central y luego circundó su propio alojamiento. Las estacas se hallaban amarradas entre sí de manera semejante a las del cercado que se construía para capturar animales; pero la empalizada externa del alojamiento de verano, en lugar de ser una construcción suelta y flexible que podía ceder ante las embestidas de los animales, estaba firmemente

sujeta a postes de anclaje hechos con troncos de aliso, que se habían dispuesto convenientemente y clavados en la tierra.

Asegurada al lado exterior de los postes, había una pared de sólidos paneles verticales confeccionados con hojas de fleo traslapadas, que tenían la virtud de repeler el agua de lluvia. Entre las paredes exterior e interior quedaba una cámara de aire para mayor aislamiento, con lo cual el alojamiento permanecía fresco en los días calurosos y, con un fuego dentro, caliente en las noches frías; con ello se evitaba asimismo la excesiva condensación de humedad cuando fuera bajaban las temperaturas. Estaba rematado por una techumbre de carrizos traslapados que bajaban en pendiente desde el poste central. La techumbre no estaba hecha con especial esmero, pero protegía de la lluvia y sólo se utilizaba durante una temporada.

La gente transportaba hasta allí desde las cavernas algunas de las partes que integraban el alojamiento, en particular las esterillas tejidas, los paneles y algunas de las estacas. Por lo general, todas las personas que compartían un mismo alojamiento llevaban alguna sección o componente, pero gran parte de los materiales se recogía de nuevo cada año en las inmediaciones del campamento. Cuando regresaban a casa en otoño, las estructuras se desmantelaban parcialmente para recuperar los elementos reutilizables pero se dejaban en pie. Rara vez resistían las intensas nevadas y vendavales del invierno, y al verano siguiente sólo quedaba allí un montón de ruinas descompuestas que habían pasado a formar parte del paisaje donde iban a erigirse de nuevo los alojamientos para celebrar una Reunión de Verano.

Ayla recordó que los mamutoi tenían distintos nombres para sus campamentos de verano y para los lugares donde habitaban en invierno. El Campamento del León, por ejemplo, era el Campamento de la Espadaña en la Reunión de Verano, pero vivía allí la misma gente que en el Campamento del León. Había preguntado a Jondalar si la Novena Caverna cambiaba de nombre en verano. Él le explicó que el lugar donde acampaban se llamaba simplemente «campamento de la Novena Caverna», pero la organización de la vida en las Reuniones de Verano de los zelandonii no era exactamente igual que durante el invierno en los refugios de piedra.

Cada uno de los alojamientos de verano albergaba a mayor número de personas que las estructuras más espaciosas y permanentes construidas bajo el gran saliente de la Novena Caverna. Por norma, los miembros de una familia, incluidos aquellos que tenían moradas independientes en invierno, compartían un alojamiento; pero algunos ni siquiera se quedaban en el mismo campamento, sino que pasaban el verano con otros parientes o amigos. Por ejemplo, las madres jóvenes que se habían mudado a las cavernas de sus compañeros a menudo se llevaban a sus niños y pasaban el verano con sus madres, hermanos o amigos de la infancia, y sus compañeros solían acompañarlas.

Por otra parte, las jóvenes que iban a someterse a los Primeros Ritos, ese año vivían juntas en un alojamiento aparte, cerca de la gran estructura central de la zelandonia, al menos durante la primera etapa del verano. A corta distancia, se

levantaba otro alojamiento para las mujeres que ese año decidían ser mujeres-donii y estar a disposición de los jóvenes que se acercaban a la pubertad.

La mayoría de los hombres jóvenes que ya habían dejado atrás la pubertad —y algunos no tan jóvenes— a menudo se agrupaban fuera de sus campamentos y levantaban alojamientos aparte. Se les exigía que se instalaran en la periferia del campamento principal, lo más lejos posible de las jóvenes preparadas para los Primeros Ritos. A los hombres, en su mayoría, no les importaba. Se habrían comido con los ojos a las mujeres, pero les gustaba la independencia que les daba estar solos, así nadie se quejaba si organizaban mucho ruido o alboroto. Como consecuencia de ello, las estructuras ocupadas por los hombres se conocían como «alojamientos alejados». Por lo general, los hombres que los ocupaban no tenían pareja, o estaban en una etapa entre parejas, o deseaban estarlo.

Puesto que Lobo no corrió a saludarla en cuanto salió, Ayla supuso que se encontraba con Jondalar. Fuera no había mucha gente. La mayoría debía de estar probablemente en el área central, el principal núcleo de la Reunión de Verano. Halló, no obstante, junto a la hoguera del campamento, un poco de infusión que había sobrado. Notó que la hoguera no tenía la forma circular habitual, sino que era más bien como una zanja. La noche anterior había observado que podía acercarse más gente al fuego si éste se disponía longitudinalmente y se alimentaba con troncos y ramas, talados o caídos, más largos, con lo que, además, se evitaba el tener que cortar en trozos más pequeños la leña. Mientras se tomaba la infusión, Salova, la compañera de Rushemar, salió de su alojamiento con su hija en brazos.

—Saludos, Ayla —dijo dejando al bebé en una esterilla.

—Saludos, Salova —respondió Ayla, y se aproximó para ver a la pequeña. Le tendió un dedo para que se lo cogiera y le sonrió.

Salova miró a Ayla, vaciló y luego preguntó:

—¿Te importaría vigilar a Marsola un rato? Recogí materiales para hacer cestas y tengo algunos a remojo en el arroyo. Me gustaría ir a buscarlos y ponerlos en orden. He prometido regalar cestas a algunos conocidos.

—Cuidaré de Marsola con mucho gusto —contestó Ayla sonriendo a Salova, y enseguida volvió a concentrarse en la niña.

Salova se ponía un poco nerviosa en presencia de la forastera y hablaba por hablar.

—Acabo de darle de comer, así que no tiene por qué darte problemas. Tengo mucha leche. Darle un poco a Lorala no ha representado ningún sacrificio. Lanoga la trajo anoche. Está cada día más regordeta y preciosa, y ya sonríe. Antes nunca sonreía. Ah, aún no has comido, ¿verdad? Me queda un poco de sopa de anoche, con trozos de carne de ciervo. Si te apetece, sírvete la que quieras. Es lo que he tomado yo esta mañana, así que seguro que aún está caliente.

—Gracias —respondió Ayla—. Creo que me vendrá bien un poco de esa sopa.

—Enseguida vuelvo —dijo Salova, y se alejó deprisa.

Ayla encontró la sopa en un gran recipiente hecho con un estómago de uro montado en un bastidor de madera y colocado sobre unas brasas al borde de la gran hoguera comunitaria para que el líquido hirviera a fuego lento; las brasas casi se habían consumido, pero la sopa aún estaba caliente. Cerca había cuencos de diversas clases, unos tupidamente tejidos, otros labrados en madera, un par menos profundos obtenidos a partir de huesos grandes. Había también unos cuantos cuencos esparcidos alrededor, tal como la gente los había dejado tras usarlos. Ayla se sirvió un poco de sopa con un cucharón hecho de asta curva de carnero y luego sacó su cuchillo de comer. Vio que en el caldo flotaban también verduras, aunque estaban ya bastante blandas.

Se sentó en la esterilla junto a la niña, que yacía de espaldas agitando los pies en el aire. En un tobillo llevaba atados unos cuantos espolones de ciervo, que tintineaban cada vez que pataleaba. Cuando terminó la sopa, cogió a la niña y manteniéndola erguida buscó su mirada. Cuando Salova regresó, cargada con un cesto plano lleno de diversa vegetación fibrosa, vio a Ayla hablar a la niña y hacerla sonreír. Un súbito afecto prendió en su corazón maternal, y a partir de ese momento se sintió más relajada en presencia de la forastera.

—Te agradezco mucho que la hayas cuidado, Ayla —dijo Salova—. Así ya dejo esto listo.

—Ha sido un placer, Salova. Marsola es un bebé encantador.

—¿Sabes que la hermana menor de Proleva, Levela, va a unirse en la primera matrimonial, igual que tú? —dijo Salova—. Siempre se crea un lazo especial entre las personas que se unen en una misma ceremonia matrimonial. Proleva quería que le hiciera unas cestas especiales, como parte del regalo matrimonial.

—¿Te importaría que te observara un rato mientras trabajas? —preguntó Ayla—. He hecho cestas muchas veces, pero me gustaría saber cómo las haces tú.

—No me importa en absoluto. Por mí, encantada de tener compañía, y quizá puedas enseñarme cómo lo haces tú. Siempre me ha interesado aprender métodos nuevos.

Las dos jóvenes se sentaron juntas, charlando y comparando técnicas de cestería, mientras la niña dormía a su lado. A Ayla le gustó el modo en que Salova usaba los materiales de distintos colores para tejer imágenes de animales y distintos dibujos en sus cestas. Salova enseñó a Ayla curiosas técnicas que creaban diferentes texturas y conferían una exquisita elegancia a sus cestas en apariencia sencillas. Las dos pudieron formarse una idea de sus mutuas habilidades, y sus respectivas maneras de ser.

Al cabo de un rato, Ayla se puso en pie.

—Voy a tener que usar las zanjas. ¿Podrías decirme dónde están? Además, he de vaciar el cesto de noche. Y quizá podría también lavar esos cuencos —añadió recogiendo los cuencos usados que había esparcidos alrededor—. Luego iré a ver a los caballos.

—Las zanjas están por allí —respondió Salova al tiempo que señalaba hacia un punto apartado del arroyo y el campamento—, y hemos estado lavando los cacharros de cocinar y comer al final del arroyo, donde desemboca en el Río. Cerca hay un poco de arena limpia para restregarlos. Y no es necesario que te diga dónde están los caballos —sonrió—. Ayer fui a verlos con Rushemar. Al principio, me asustaban un poco, pero se los nota tranquilos y a gusto. —De repente se mostró preocupada—. Espero que no hiciéramos mal. Rushemar se lo comentó a Jondalar, y él le dijo que no había inconveniente.

—Claro que no —aseguró Ayla—. Se sienten más cómodos si van conociendo a las personas que tienen alrededor.

«No es tan rara, pensó Salova mientras la observaba alejarse. Tiene un acento un poco extraño, pero es simpática. Me pregunto cómo se le ocurriría que podía conseguir que esos animales la obedecieran. Yo ni siquiera había imaginado que un día daría de comer hierba a un caballo en la palma de mi mano».

Después de lavar los cuencos y dejarlos apilados cerca de la hoguera alargada, Ayla pensó que le apetecía lavarse ella misma y nadar un poco. Se dirigió hacia su alojamiento, sonrió a Salova y a la niña al pasar por su lado y entró. Sacó de la mochila la suave piel que usaba para secarse y luego revisó su ropa. No tenía apenas nada, pero sí algunas cosas más de las que tenía al llegar. Pese a que lo había lavado todo, no quería usar más que como ropa de trabajo las prendas raídas y salpicadas de manchas que había llevado a lo largo del viaje.

La ropa que se había puesto en la reciente caminata hasta el emplazamiento de la Reunión de Verano era la que había reservado para el momento en que conociera a la gente de Jondalar, pero incluso ésta se veía muy gastada y tenía bastantes manchas. Disponía asimismo de la ropa interior de chico que le habían regalado Marona y sus amigas, pero sabía que no era apropiada. Desde luego, no podía usar el traje matrimonial que guardaba para la ceremonia, ni el precioso conjunto que le había obsequiado Marthona para ocasiones especiales. Aparte de eso, sólo tenía algunas ropas que le habían dado Marthona y Folara. No estaba familiarizada con esas prendas, pero supuso que serían adecuadas.

Antes de salir del alojamiento vio su manta de montar plegada junto a las pieles de dormir y decidió llevársela. Fue al encuentro de los caballos. Whinney y Corredor se alegraron de verla, y forcejearon para disputarse su atención. Los dos llevaban largos cabestros, cuyo extremo se hallaba amarrado a un grueso árbol. Los soltó y guardó la cuerda en el morral. Luego aseguró la manta al lomo de Whinney, montó y cabalgó río arriba.

Los caballos estaban contentos e iniciaron un trote brioso, animados por la libertad recuperada. Ayla se contagió de esa sensación y los dejó que siguieran a su paso. La asaltó una satisfacción especial cuando llegó al prado y vio a Lobo correr hacia ellos. Era señal de que Jondalar no andaba lejos.

Poco después de marcharse, Joharran volvió al campamento y preguntó a Salova si había visto a Ayla.

—Sí, hemos estado haciendo cestas juntas —respondió ella—. La última vez que la he visto se iba en busca de los caballos. Ha dicho que quería comprobar cómo estaban.

—Iré a buscarla, pero si la ves, ¿puedes decirle que la Zelandoni quiere hablar con ella?

—Claro —contestó Salova sintiendo curiosidad por lo que querría la donier de Ayla. Se encogió de hombros. Era poco probable que alguien se lo explicara.

Ayla vio salir a Jondalar, sonriente y sorprendido, de detrás de unos arbustos. Se detuvo, desmontó y corrió a echarse a sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él tras un afectuoso abrazo—. No le había dicho a nadie dónde estaría. Simplemente he empezado a caminar río arriba y, una vez aquí, me he acordado de ese pedregal en pendiente al otro lado del estanque y he ido a mirar si había pedernal.

—¿Y hay?

—Sí, no de la mejor calidad, pero utilizable. ¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí?

—Hoy me he levantado muy perezosa. No había casi nadie por allí, aparte de Salova y su niña. Me pidió que vigilara a Marsola mientras ella se iba a recoger unos materiales para hacer cestas. Es una criatura encantadora, Jondalar. Luego Salova y yo estuvimos charlando y haciendo cestas un rato, y al final he decidido venir a nadar y a sacar a pasear a los caballos. Y te he encontrado. —Ayla sonrió—. ¡Qué grata sorpresa!

—También para mí es una agradable sorpresa. Quizá vaya a nadar contigo. Estoy muy polvoriento de tanto mover rocas, pero antes debería ir a llevar las piedras que he encontrado. Luego ya veremos —dijo con una sonrisa invitadora. Dio a Ayla un beso lento y prolongado—. Aunque quizá puedo dejar esas rocas para más tarde.

—Ve a buscarlas, así no tendrás que limpiarte el polvo dos veces —sugirió ella—. Además, quería lavarme el pelo. El viaje hasta aquí fue largo y pesado; sudé mucho.

Cuando Joharran llegó al lugar donde habían estado los caballos, vio que se habían ido. «Probablemente han emprendido uno de sus largos paseos, pensó, y la Zelandoni necesita ver a Ayla cuanto antes. Willamar también quería hablar con ella y Jondalar. Mi hermano sabe que tendrán tiempo de sobra para estar juntos después de la ceremonia matrimonial. Debería entender que hay asuntos importantes que dejar resueltos al principio de la Reunión de Verano». Joharran estaba bastante irritado por no encontrarlos. No le había hecho ninguna gracia que la donier lo hubiera visto a él casualmente cuando necesitaba a alguien para que buscara a su hermano y a Ayla. Al fin y al cabo, tenía cosas más importantes que hacer, pero no se había atrevido a negarse a la Zelandoni, al menos sin una buena excusa.

Bajó la vista y descubrió las huellas recientes de los caballos. Era un rastreador demasiado experto para que le pasara inadvertida la dirección que habían tomado, y sabía que no se habían alejado del campamento. Aparentemente habían seguido el arroyo corriente arriba. Recordó la agradable cañada en el nacimiento del riachuelo, con la pradera y el estanque alimentado por el manantial. «Probablemente han ido allí», se dijo sonriendo. Puesto que le habían encomendado la misión de localizarlos, no le gustaba la idea de regresar sin ellos.

Siguió el arroyo, atento a las huellas para asegurarse de que no se habían desviado, y cuando vio a los caballos más adelante, paciendo satisfechos, supo que los había encontrado. Cuando llegó a la barrera de avellanos, algunos tan altos como árboles, atisbó entre el follaje y al ver sólo a Ayla se preguntó dónde se habría metido su hermano. En el preciso momento en que llegaba a la playa arenosa, ella se zambullía bajo el agua, y la llamó en cuanto salió a tomar aire.

—Ayla, os estaba buscando.

Ella se echó el pelo hacia atrás y se frotó los ojos.

—Ah, Joharran, eres tú —dijo un tanto sorprendida.

—¿Sabes dónde está Jondalar?

—Sí, estaba buscando pedernal entre las rocas del otro lado del estanque, y ha ido a traer las piedras que había seleccionado —explicó Ayla, al parecer un tanto desconcertada—. Luego vendrá a bañarse conmigo.

—La Zelandoni quiere verte, y Willamar desea hablar con los dos —anunció Joharran.

—Entiendo —dijo ella, aparentemente decepcionada.

Joharran había visto a mujeres sin ropa con frecuencia. En verano, la mayoría se bañaba en el Río todas las mañanas, y en invierno se lavaban. La desnudez en sí misma no se consideraba particularmente tentadora. Las mujeres se ponían prendas o adornos especiales para estar deseables cuando querían mostrar interés por un hombre, o adoptaban determinados comportamientos, sobre todo en un festival para honrar a la Madre. Pero cuando Ayla empezó a salir del agua, Joharran cayó en la cuenta de que ella y su hermano tenían otros planes, que él había frustrado. Esa idea lo indujo a tomar conciencia del cuerpo de Ayla mientras la mujer se dirigía hacia él.

Era alta, con curvas marcadas y músculos bien definidos. Sus pechos grandes conservaban la firmeza de la juventud, y él siempre había encontrado atractivo en una mujer el vientre ligeramente redondeado. «Marona siempre ha sido considerada la más bella, pensó Joharran. No me extraña que sintiera aversión por Ayla desde el primer momento. Estaba tentadora con aquella ropa interior de invierno que le hicieron ponerse con engaños, pero nada comparado con verla del todo desnuda. Mi hermano es un hombre afortunado. Ayla es una mujer muy hermosa. Pero recibirá muchas atenciones en los Festivales de la Madre, y no sé si eso va a gustarle mucho a Jondalar».

Ayla lo observaba con expresión de perplejidad. Joharran se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y se sonrojó un poco al tiempo que desviaba la mirada. Entonces vio que su hermano se acercaba cargado de piedras y fue a ayudarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jondalar.

—La Zelandoni quiere hablar con Ayla, y Willamar me ha pedido que os buscara porque desea hablar con los dos —informó Joharran.

—¿Qué quiere la Zelandoni? —inquirió Jondalar—. ¿No puede esperar?

—Según parece, no. Tampoco yo tenía planeado pasarme el día persiguiendo a mi hermano y a su prometida. No te preocupes, Jondalar —dijo Joharran con una sonrisa de complicidad—. Sólo tendrás que esperar un rato. Yo creo que ella merece ese tiempo de espera, ¿no?

Jondalar se dispuso a responder a su insinuación con protestas y negaciones, pero al instante se relajó y sonrió.

—Esperé mucho para encontrarla —dijo—. Bueno, ya que estás aquí, puedes ayudarme a llevar estas piedras. Quería nadar y lavarme un poco.

—¿Por qué no dejas las piedras aquí de momento? —propuso Joharran—. No irán a ninguna parte, y así tendrás un pretexto para volver más tarde, y seguramente aún tendrás tiempo para nadar… si es eso lo único que pensabas hacer.

Era casi mediodía cuando Ayla y Jondalar, acompañados por Lobo, aparecieron en el campamento principal, y a juzgar por su aspecto de relajada satisfacción, Joharran sospechó que habían buscado tiempo para algo más que un rápido chapuzón al marcharse él. Había dicho a la Zelandoni que los había encontrado y había transmitido su mensaje, y que había instado a su hermano a apresurarse. No era su culpa si Jondalar se había entretenido, y él personalmente lo comprendía.

Varias personas de la Novena Caverna se habían reunido en torno al alargado hogar para cocinar, y en el preciso instante en que Ayla se acercaba a la entrada para anunciarse a la donier, la corpulenta mujer que era la Primera salió, seguida de varias personas más con los inconfundibles tatuajes en la frente de Aquellos Que Servían A La Madre.

—Por fin, Ayla —dijo la Zelandoni al verla—. Llevo toda la mañana esperándote.

—Estábamos río arriba cuando Joharran nos ha encontrado. Hay allí un agradable estanque con una fuente. Quería sacar a pasear a los caballos y cepillarlos. Se acostumbrarán, pero de momento, con tanta gente, se ponen nerviosos, y al cepillarlos se calman. Además, quería nadar un poco y lavarme bien después del viaje —explicó Ayla. Todo lo que dijo era absolutamente cierto, pero quizá no incluyera todas las actividades que había llevado a cabo.

La donier la escrutó, advirtiendo que iba limpia y vestida con la ropa zelandonii que le había dado Marthona; luego vio a Jondalar, también fresco y limpio, y enarcó las cejas en una expresión de certidumbre. Jondalar miraba a La Que Era la Primera y

a la mujer que su hermano había traído consigo y se dio cuenta de que la Zelandoni se formaba una clara idea de cuál había sido la causa del retraso, y de que a Ayla no parecía importarle haber llegado tarde. La corpulenta mujer poseía un porte imperioso y sabía que intimidaba a muchos, pero no parecía amilanar a la forastera.

—Íbamos a hacer un alto para comer —dijo la Zelandoni, y se dirigió hacia el gran hogar para cocinar, obligando a Ayla a colocarse a su lado—. Proleva ha organizado los preparativos, y acaba de informarnos de que está todo listo. Podrías comer con nosotros, y así tendré ocasión de hablarte. ¿Tienes alguna de esas piedras de fuego?

—Sí. Siempre llevo encima una yesquera.

—Me gustaría hacer una demostración a los zelandonia de tu nueva técnica para encender fuego. Creo que debe darse a conocer a la gente, pero es importante que se presente de la manera correcta, con el debido ritual.

—No necesité un ritual para enseñároslo a Marthona o a ti —repuso Ayla—. No es muy difícil en cuanto se ve cómo se hace.

—No, no es difícil, pero es una técnica nueva y poderosa, y eso puede resultar perturbador, sobre todo para quienes no aceptan fácilmente los cambios y tienden a resistirse —adujo la donier—. Debes de haber conocido gente así.

Ayla pensó en los miembros del clan, con sus vidas basadas en la tradición, su reticencia a los cambios y su incapacidad para afrontar nuevas ideas.

—Sí, he conocido gente así —admitió—. Pero las personas que he conocido en los últimos tiempos parecen disfrutar aprendiendo cosas nuevas.

Todos los Otros que había conocido se adaptaban muy fácilmente a los cambios en sus vidas, se sentían a gusto con las innovaciones. No se había dado cuenta de que pudiera haber algunos que se sintieran incómodos ante una manera distinta de hacer las cosas, y que llegaran incluso a resistirse. Eso le aclaró de pronto algunas cosas; frunció el entrecejo mientras consideraba esta idea. Explicaba ciertas actitudes e incidentes que la habían desconcertado, como por ejemplo la circunstancia de que algunas personas se mostraran tan reacias a aceptar la idea de que los miembros del clan fueran personas. Entre esa gente estaba aquella Zelandoni, la de la Decimocuarta Caverna, que insistía en llamarlos animales. Aun después de las explicaciones de Jondalar, la mujer no parecía creerle. «Da la impresión de que no quiere cambiar de opinión», pensó.

—Así es —contestó la Primera—. A la mayoría de la gente le interesa aprender una manera mejor o más rápida de hacer una cosa, pero depende de cómo se les presente. Por ejemplo, Jondalar ha estado mucho tiempo fuera. En ese tiempo ha madurado y aprendido mucho, pero la gente que lo conocía no estaba presente para ver su evolución, y algunos siguen viéndolo tal como era antes de irse. Ahora ha regresado, y desea compartir lo que ha aprendido y descubierto, lo cual es digno de elogio, pero no lo aprendió de golpe. Incluso su nueva arma, que es un valioso instrumento para cazar, requiere práctica. Es posible que aquellos que han obtenido

buenos resultados y se dan por satisfechos con las armas que conocen se resistan a realizar el esfuerzo necesario para aprender el manejo de la nueva, pese a que tengo la certeza de que algún día la utilizarán todos los cazadores.

—Sí, el lanzavenablos requiere práctica —confirmó Ayla—. Ahora sabemos bien cómo funciona, pero para ello hemos tenido que dedicar muchas horas.

—Y eso no es todo —prosiguió la donier al tiempo que cogía un plato hecho con escápula de un ciervo y se sirvió varias lonchas de carne. Se volvió hacia una mujer que estaba a su lado y le preguntó—: ¿Qué clase de carne es ésta?

—Mamut. Algunos cazadores de la Decimonovena Caverna organizaron una expedición hacia el norte y mataron uno. Decidieron compartir una parte. Según he oído, cazaron también un rinoceronte lanudo.

—Hacía mucho que no comía mamut —dijo la Zelandoni—. Éste voy a saborearlo bien.

—¿Has probado el mamut? —preguntó la mujer a Ayla.

—Sí —contestó ella—. Los mamutoi, la gente con la que vivía antes, son conocidos como cazadores de mamuts, aunque también cazaban otros animales. Pero hacía bastante tiempo que no comía. También yo voy a disfrutar de esta comida.

La Zelandoni pensó en presentar a Ayla a la mujer, pero si lo hacía se vería obligada a presentársela a todos los demás y no acabaría nunca. Decidió no hacerlo, aún necesitaba hablar con ella sobre la ceremonia en la que pensaba enseñar a todos la piedra del fuego. Se volvió hacia Ayla mientras añadía a su plato unas raíces de color blanco —apio—, unos vegetales guisados —ortigas, pensó Ayla— y trozos de esponjosa seta marrón.

—Jondalar también te ha traído a ti, así como a los animales. Eso resulta asombroso, y debes hacerte cargo. La gente ha cazado caballos, pero nunca ha visto caballos que se comporten como los vuestros. De entrada, es sorprendente ver a esos caballos dirigirse hacia donde vosotros queréis o que Lobo se pasee por un campamento lleno de gente y haga lo que le ordenas —dijo la donier, reconociendo por primera vez desde que empezaron a hablar la presencia del lobo, pese a que, sin duda, lo había visto ya.

El animal lanzó un pequeño aullido cuando ella lo miró.

Era una costumbre que el lobo y la donier habían adquirido, y que sorprendía a Ayla. La Zelandoni a veces ignoraba a Lobo, y él entonces tampoco le prestaba atención hasta que ella lo miraba. Cuando lo hacía, él respondía con ese ligero aullido. La donier casi nunca lo tocaba; sólo le daba a veces unas palmaditas en la cabeza, pero esto lo hacía en muy raras ocasiones. Lobo tomaba entonces entre sus dientes la mano de la mujer, sin dejar nunca marca alguna. Ella se lo permitía; decía que ellos se entendían así. Ayla tenía la impresión de que, en efecto, tenía razón, y que ésa era la peculiar manera en que la donier y Lobo se comunicaban.

—Ya sé que, según tú, cualquiera puede hacerlo si empieza a adiestrar a un animal cuando aún es una cría, y quizá sea verdad, pero la gente no lo sabe —

continuó la Zelandoni—. Sólo pueden ver tu relación con los animales como algo sobrenatural, interpretándolo como venido de otro mundo, del mundo de los espíritus. Francamente me asombra lo bien que han aceptado a los animales, pero aun así noto en todos ellos cierta inquietud. Les llevará tiempo aprender a convivir con los animales con normalidad. Y ahora queremos mostrarles otra de las cosas que habéis traído, y que nadie ha visto antes. La gente aún no te conoce, Ayla. Estoy segura de que todos querrán utilizar la piedra de fuego en cuanto hayan visto cómo se usa, pero quizá los asuste al principio. Creo que debe verse como un don de la Madre, que puede emplearse si antes es comprendido y aceptado por la zelandonia, y para ello ha de ser presentado con el oportuno ritual.

Tal como lo explicaba parecía totalmente lógico, pero Ayla no pudo evitar considerar lo persuasiva que podía llegar a ser la Zelandoni.

—Cuando lo explicas así, lo entiendo —declaró—. Por supuesto que haré una demostración a los zelandonia de cómo se usa la piedra de fuego, y colaboraré en cualquier ritual que consideres necesario.

Se unieron a la familia de Jondalar y unas cuantas personas de la Novena Caverna, sentadas en compañía de un grupo de gente de otras cavernas. Después de comer, la Zelandoni se llevó a Ayla aparte.

—¿Puedes dejar a Lobo fuera del alojamiento durante un rato? —preguntó—. Me parece importante que nos concentremos en el proceso de encender fuego, y me temo que Lobo sería una distracción.

—Jondalar no tendrá inconveniente en vigilarlo —contestó Ayla volviéndose al hombre para mirarlo.

Él asintió con la cabeza, y cuando ella se puso en pie para marcharse, dijo a Lobo que se quedara con Jondalar, haciendo también señas con la mano que prácticamente nadie advirtió. El sol de mediodía era intenso, y en contraste el alojamiento de la zelandonia parecía oscuro a pesar de los numerosos candiles encendidos. Los ojos de Ayla se adaptaron enseguida a aquella luz; pero cuando la Primera se puso en pie para comenzar a hablar, la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna puso objeciones.

—¿Por qué está ella aquí? —dijo—. Quizá ya haya sido aceptada por los zelandonii, pero no pertenece a la zelandonia. Es una persona ajena y no tiene nada que hacer en esta reunión.

Capítulo 24

La Que Era la Primera Entre Quienes Servían A La Madre reprimió un suspiro de frustración. No estaba dispuesta a dar claras muestras de irritación, y dejar así que la Zelandoni alta y delgada de la Decimocuarta Caverna tuviera la satisfacción de saber cuánto la molestaba. Pero la pregunta provocó expresiones ceñudas y miradas de desaprobación en algunos de los otros zelandonia, y una sonrisa de complicidad en el acólito de la Quinta Caverna a quien faltaban los dientes delanteros.

—Tienes razón, Zelandoni de la Decimocuarta —dijo la Primera—. Las personas ajenas, aquellas que no forman parte de la zelandonia, no suelen ser invitadas a estas sesiones. Aquí nos reunimos quienes tenemos cierta experiencia con el mundo de los espíritus, quienes hemos sido llamados y los acólitos, que han demostrado sus posibilidades y reciben adiestramiento. Por eso he invitado a Ayla. Ya sabéis que es curandera. Su intervención fue de gran ayuda para Shevoran, el hombre al que arrolló un bisonte descontrolado en la última cacería de la comunidad.

—Shevoran murió, y no sé hasta qué punto su intervención sirvió de algo, porque no lo examiné —dijo la Zelandoni de la Decimocuarta—. Son muchos los que poseen conocimientos acerca de ciertas medicinas. Casi todo el mundo sabe, por ejemplo, que la corteza de sauce alivia los dolores menores.

—Te aseguro que sus conocimientos van mucho más allá de los usos de la corteza de sauce —repuso La Que Era la Primera—. Uno de sus títulos y lazos respecto a la gente con la que vivió antes es «hija del Hogar del Mamut». El Hogar del Mamut de los mamutoi equivale a la zelandonia; a él asisten Aquellos Que Sirven A La Madre.

—¿Estás diciendo que es una zelandoni de los mamutoi? ¿Dónde está su tatuaje? —La pregunta procedía de una anciana de cabello blanco y mirada inteligente.

—¿Su tatuaje, Zelandoni de la Decimonovena? —dijo la corpulenta donier, y pensó: «¿Qué sabe la Decimonovena que yo no sé?». Era una Zelandoni experimentada y digna de confianza, que había aprendido mucho en su larga vida. Era una lástima que tuviera tantos problemas con la artritis. Pronto sería incapaz de desplazarse a las Reuniones de Verano. Quizá ese mismo año no habría podido asistir a no ser porque la Asamblea se celebraba cerca de su caverna.

—Conozco a los mamutoi. Jerika de los lanzadonii vivió con ellos durante un tiempo cuando era joven y acompañaba a su madre y al hombre de su hogar en su largo viaje. Un verano, muchos años atrás, cuando estaba embarazada de Joplaya, tuvo complicaciones y yo la atendí. Me habló de los mamutoi. Sus doniers se identifican también mediante tatuajes en la cara, aunque no exactamente iguales a los nuestros; pero si Ayla es como una zelandoni, ¿dónde está su tatuaje?

—No había completado aún su adiestramiento cuando se marchó para venir aquí con Jondalar. No es como una Zelandoni; es más bien como una acólita, pero con más

conocimientos sobre el arte de curar que la mayoría. Además, fue adoptada por el Hogar del Mamut por el Mamut Que Era El Primero, porque éste vio sus posibilidades.

—¿Estás proponiéndola como acólita de la zelandonia? —preguntó Zelandoni de la Decimonovena.

Pese a que rara vez hablaban, se oyó un murmullo de voces entre los acólitos.

—Por ahora no. Todavía no le he preguntado a ella si quiere continuar con su adiestramiento.

Ayla sintió cierta consternación. Si bien no le habría importado hablar acerca de las técnicas de curación con algunas de las personas presentes, no deseaba convertirse en zelandoni. Ella sólo quería unirse a Jondalar y tener hijos, y había observado que pocas zelandonia tenían compañeros o hijos. Podían emparejarse si así lo decidían, pero daba la impresión de que tantas otras cosas reclamaban su atención y su tiempo cuando estaban al servicio de la Gran Madre Tierra que ellas no podían ser a su vez madres.

—¿Por qué está aquí, pues? —preguntó la de la Decimocuarta. Algunos mechones de su cabello gris y ralo, más a un lado que al otro, habían escapado del pequeño moño en que los llevaba recogidos tras la nuca, dándole un aire de descuido y desaliño. Alguna persona amable debería insinuarle con tacto que se arreglara el pelo antes de salir, pero no sería la Primera quien lo hiciese, pues la batalladora Zelandoni de la Decimocuarta interpretaría como una crítica cualquier cosa que le dijese.

—Le he pedido que venga porque me gustaría que os enseñara algo que creo que os interesará.

—¿Tiene algo que ver con esos animales que controla? —preguntó otro donier.

La Primera sonrió. Al menos alguien estaba dispuesto a admitir que Ayla poseía aptitudes insólitas que podían convertirla en aspirante a la zelandonia.

—No, Zelandoni de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna. Eso podría ser tema de otra reunión. Esta vez tiene que mostraros otra cosa.

Si bien el donier de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna era coadyuvante de la Zelandoni principal de la Vigésimo novena, eso se debía exclusivamente a la forma de organización de Tres Rocas. En realidad, era un Zelandoni en el sentido pleno de la palabra por derecho propio, y la Primera sabía que era un competente curandero. Estaba tan autorizado a hablar como cualquier otro donier.

Ayla notó que La Que Era la Primera se dirigía a los miembros de la zelandonia mediante sus títulos completos, en algunos casos eran muy largos dado que incluían las palabras de contar de sus cavernas, pero eso confería a la reunión un aire muy solemne y formal. De pronto cayó en la cuenta de que la única manera de distinguirlos a unos de otros era mediante las palabras de contar. Todos habían

abandonado el propio nombre y adoptado el de «Zelandoni». Así pues, habían cambiado sus nombres por las palabras de contar.

Cuando vivía en su valle, ella hacía una marca en un palo cada día que pasaba. Al encontrar a Jondalar, tenía ya un montón de palos llenos de marcas. Cuando él utilizó las palabras de contar para calcular la totalidad de las marcas y pudo luego decir a Ayla cuánto tiempo había vivido en su valle, ella tuvo la impresión de que era una magia tan poderosa que incluso infundía miedo. Cuando él enseñó las palabras de contar, ella intuyó que los zelandonii les atribuían mucho valor e importancia. Y ahora se daba cuenta de que, al menos entre Aquellos Que Servían A La Madre, eran más importantes que los nombres, y su utilización por parte de los zelandonia les confería la esencia de esos poderosos símbolos.

La Primera hizo una seña a Jonokol.

—Primer Acólito de la Novena Caverna, ¿puedes apagar el fuego con la arena que te he pedido que trajeras? Primera Acólita de la Segunda Caverna, ¿puedes tú apagar los candiles?

Ayla reconoció a los dos acólitos cuya ayuda acababa de solicitar la Primera. La habían guiado en la visita a la profunda cueva con animales pintados en Roca de la Fuente. Oyó comentarios y preguntas de curiosidad entre los reunidos, que sabían que la Primera les preparaba algo espectacular. En su mayoría, los de mayor edad y más experimentados se predisponían ya a una actitud crítica. Conocían y comprendían las técnicas y el impacto de las demostraciones espectaculares y estaban resueltos a no dejarse engañar fácilmente por trucos o distracciones.

Cuando el fuego y los candiles estuvieron apagados, había aún claridad suficiente para ver, debido a algún que otro rayo de sol que se filtraba a través de las paredes. El alojamiento no estaba completamente a oscuras. Ayla echó un vistazo alrededor y vio que la luz penetraba sobre todo por el contorno de la entrada, pese a que la cortina estaba echada, y por otro acceso menos visible situado casi en el extremo opuesto. Más tarde, pensó, rodearía el espacioso alojamiento de la zelandonia por su parte exterior para intentar localizar esa segunda abertura.

La Primera era consciente de que la demostración sería mucho más impresionante de noche, con una oscuridad absoluta, pero eso no tenía importancia para quienes se encontraban allí. Éstos comprenderían las posibilidades de inmediato.

—¿Quiere alguien venir a comprobar que el fuego de este hogar está totalmente apagado? —propuso la Primera.

La donier de la Decimocuarta se ofreció voluntaria en el acto. Dio unas palmadas en la arena con cuidado y hundió los dedos en algunos puntos calientes. Finalmente se irguió para anunciar:

—La arena está seca, y caliente en algunos sitios, pero el fuego está apagado y no hay brasas.

—Ayla, dinos qué necesitas para encender fuego —instó la Primera.

—Lo tengo aquí casi todo —respondió la joven, y sacó el yesquero que tantas veces había utilizado a lo largo del viaje—. Pero se necesita yesca. Servirá cualquier cosa en la que el fuego prenda enseguida, por ejemplo, fibras de laureola o madera podrida de un tocón viejo si está seca, y sobre todo si está resinosa. También conviene tener a mano leña menuda y, naturalmente, unos cuantos trozos de madera grandes.

Se oyó un impaciente murmullo de voces, y la Primera captó algunas exclamaciones de irritación. No necesitaban lecciones sobre cómo encender fuego, decían. Todos sabían encender fuego desde que eran niños. «Bien, pensó, complacida. Que refunfuñen. Creen que ya lo saben todo acerca de la manera de encender fuego».

—¿Puedes encender fuego para nosotros, Ayla? —preguntó la Zelandoni de más alto rango.

La joven había ahuecado una pequeña pila de esponjosas puntas de laureola a modo de yesca, y tenía un trozo de pirita de hierro en la mano izquierda y un golpeador de pedernal en la derecha, que los allí presentes no podían ver. Golpeó la piedra del fuego, vio caer una chispa en las fibras de laureola, sopló para avivar la llama y añadió leña menuda. En menos tiempo del que se requería para explicarlo, había encendido el fuego.

Siguieron algunos comentarios de incredulidad y exclamaciones de asombro. Luego el Zelandoni de la Tercera Caverna preguntó:

—¿Puedes hacerlo otra vez?

Ayla le sonrió. El anciano le había mostrado tanta amabilidad y apoyo cuando ella intentaba ayudar a Shevoran que se alegró de verlo. Se desplazó un poco y encendió otro fuego junto al primero dentro del círculo de piedras que delimitaban el hogar; luego, sin aguardar a que se lo pidieran, encendió un tercero.

—Muy bien, ¿y cómo lo hace? —preguntó un hombre a la Primera.

Ayla no lo conocía.

—Zelandoni de la Quinta, puesto que es Ayla la descubridora de esta técnica, ella misma nos lo explicará —respondió la Primera.

Ayla advirtió que ése era el Zelandoni de la caverna que había partido hacia la Reunión de Verano cuando ellos pararon en Valle Viejo. Era un hombre de mediana edad, de cabello castaño y cara redonda, y esa misma redondez caracterizaba también el resto de su cuerpo. Todo en él sugería cierta blandura, y en su rostro carnoso los ojos parecían pequeños, pero Ayla intuyó en él una aguda inteligencia. Se había dado cuenta de que aquella técnica podía resultar beneficiosa, y el orgullo no le impedía preguntar. Recordó entonces que el acólito de los dientes mellados que Jondalar detestaba y Lobo había amenazado era también de la Quinta Caverna.

—Primera Acólita de la Segunda, ¿podrías encender ya los candiles? Y tú, Ayla, demuestra a los zelandonia cómo se hace fuego —dijo la corpulenta mujer, esforzándose por no regodearse.

Ayla notó que su acólito, Jonokol, sonreía de satisfacción. Le encantaba ver que su mentora superaba en habilidad al resto de los sabios, sagaces, inteligentes, tenaces y a veces arrogantes zelandonia.

—Utilizo una piedra de fuego, como ésta, y la golpeo con un trozo de pedernal.

Tendió las dos manos y mostró la pirita de hierro en una y el pedernal en la otra.

—Yo he visto esa clase de piedra —comentó la Zelandoni de la Decimocuarta al tiempo que señalaba la mano que sostenía la pirita de hierro.

—Espero que recuerdes dónde —dijo la Primera—. Aún no sabemos si es poco común o si abunda.

—¿Dónde has encontrado piedras como ésa? —preguntó el Zelandoni de la Quinta a Ayla.

—Encontré las primeras en un valle situado al este, muy lejos de aquí —contestó Ayla—. Jondalar y yo las buscamos mientras viajábamos hacia aquí. Quizá no estaban donde mirábamos, pero no vimos más hasta después de llegar. Hace unos días encontré algunas cerca de la Novena Caverna.

—¿Y nos enseñarás a usarlas? —preguntó una mujer alta y rubia.

—Para eso ha venido aquí, Zelandoni de la Segunda —aclaró la Primera.

Ayla sabía que hasta ese momento no conocía a La Que Servía A La Madre de la Segunda Caverna, pero advirtió algo familiar en sus facciones. Recordó entonces a Kimeran, el amigo de Jondalar, el hombre de su misma edad con quien tenía un vago parecido a causa del color de pelo y la estatura. Era jefe de la Segunda Caverna, y aunque la mujer era quizá un poco mayor, Ayla vio claramente el parecido entre ambos. Con el hermano como jefe y la hermana como guía espiritual, la organización traía a la memoria el sistema de liderazgo hermano-hermana de los mamutoi —el recuerdo hizo asomar una sonrisa a sus labios—, salvo que en el caso de éstos el mando era compartido y Mamut ejercía la función de guía espiritual.

—Sólo llevo encima dos piedras de fuego —dijo Ayla—, pero tenemos más en el campamento. Si Jondalar anda por aquí cerca, quizá podría ir a buscar algunas para que varias personas puedan probarlo al mismo tiempo —se volvió hacia la corpulenta donier, que asintió con la cabeza—. No es difícil, pero se requiere un poco de práctica para ganar soltura. Primero hay que asegurarse de que se dispone de buena yesca. Luego, si se golpean las dos piedras correctamente, se obtiene una chispa de larga duración que, soplando, podemos convertir en llama.

Mientras Ayla hacía su demostración del manejo de la piedra de fuego a los reunidos, la Primera mandó a Mikolan, la Segunda Acólita de la Decimocuarta Caverna en busca de Jondalar. Observando a los demás, la jefa de la zelandonia advirtió que nadie se quedaba al margen. Ya no había dudas. La nueva técnica para hacer fuego no era un truco; era una manera nueva y legítima de encenderlo de forma más rápida, y como la Primera había previsto, todos estaban interesados en aprenderla. El fuego era demasiado importante como para pasar por alto cualquier circunstancia relacionada con él.

Para la gente que vivía en aquella fría región periglacial, el fuego era esencial: establecía la diferencia entre la vida y la muerte. Era necesario saber cómo encenderlo, cómo mantenerlo vivo y cómo llevarlo de un lugar a otro. Pese a que podían alcanzarse temperaturas bajísimas, en la gran extensión de territorio que bordeaba las enormes capas de hielo glacial al sur de la regiones polares abundaba la vida. Los inviernos brutalmente fríos y secos impedían el crecimiento de los árboles, pero en las latitudes medias el clima seguía siendo estacional. Incluso llegaba a ser caluroso en verano, lo cual propiciaba la aparición de vastas praderas que proporcionaban alimento a las enormes manadas de gran variedad de animales pacedores y ramoneadores. Éstos, a su vez, servían de alimento de alto valor energético a los animales carnívoros y omnívoros.

Todas las especies que habitaban cerca del hielo se habían adaptado al frío desarrollando pieles provistas de pelo tupido y caliente; todas excepto una. Los humanos de piel desnuda eran criaturas tropicales incapaces de vivir en zonas frías por sus propios medios. Llegaron allí más tarde, atraídos por la abundancia de comida, y al cabo del tiempo aprendieron a controlar el fuego. Cuando empezaron a usar las pieles de los animales que inicialmente cazaban sólo para alimentarse, pudieron sobrevivir durante un tiempo expuestos a los elementos, pero para vivir necesitaban fuego, para estar calientes mientras descansaban y dormían, y para guisar la carne y las verduras y hacerlas más fáciles de digerir. Cuando había a mano materiales combustibles, no tenían problemas para encender fuego en cualquier momento, pero sabían muy bien que cuando esos materiales escaseaban, o atravesaban épocas de lluvias o nieve, hacer fuego les resultaba muy difícil, y era entonces cuando se daban cuenta de hasta qué punto dependían de él.

Varias personas habían utilizado ya una de las dos piritas para encender fuego, pasándoselas de unos a otros por riguroso turno, cuando llegó Jondalar con más piedras. La Primera en persona fue a cogerle las piedras de fuego a la entrada, las contó y se las entregó a Ayla. A partir de ese momento, las sesiones de adiestramiento se aceleraron. Una vez que todos los zelandonia consiguieron encender como mínimo un fuego, se invitó a los acólitos a aprender la técnica, y los doniers más seguros de su habilidad ayudaron a Ayla a enseñar a los aprendices. Fue la Zelandoni de la Decimocuarta quien planteó la pregunta que todos deseaban formular.

—¿Qué planeas hacer con todas esas piedras de fuego?

—Desde el principio, Jondalar tenía intención de compartirlas con su gente —respondió Ayla—. Willamar, por su parte, ha hablado de utilizarlas para comerciar. Depende de cuántas encontremos. No creo que me corresponda sólo a mí decidirlo.

—Naturalmente podemos buscarlas entre todos, pero ¿crees que hay piedras suficientes para que cada una de la cavernas presentes en esta Reunión de Verano pueda quedarse al menos una? —preguntó la Primera Zelandoni. Las había contado y conocía ya la respuesta.

—No sé cuántas cavernas asisten a esta Reunión de Verano, pero creo que sí hay suficientes —contestó Ayla.

—Si sólo hay una por caverna, opino que la piedra del fuego debería confiársele al Zelandoni de cada caverna —propuso la donier de la Decimocuarta.

—Estoy de acuerdo —convino el Zelandoni de la Quinta—, y creo que deberías guardar en secreto esa manera de encender fuego. Si sólo nosotros pudiéramos encender fuego así, imaginad el respeto que infundiríamos. Pensad en cómo reaccionaría una caverna al ver aparecer el fuego instantáneamente por obra de un Zelandoni, en especial si reina una oscuridad total. —Sus ojos rebosaban entusiasmo —. Tendríamos mucha más autoridad, y podría ser una forma eficaz de aumentar la trascendencia de las ceremonias.

—Tienes razón, Zelandoni de la Quinta —dijo la de la Decimocuarta—. Es una idea excelente.

—O quizá debería confiarse al Zelandoni y al jefe conjuntamente —sugirió el donier de la Undécima—, para evitar cualquier posible conflicto. Me consta que Kareja protestaría si no tuviera algún control sobre la nueva técnica.

Ayla sonrió al hombre menudo y delgado que, según recordó, tenía un fuerte apretón de manos y gran seguridad en sí mismo. Era leal a la jefa de su caverna, lo cual le pareció digno de elogio.

—Estas piedras del fuego serían demasiado útiles para una caverna como para mantenerlas en secreto —dijo la Primera—. Estamos aquí para servir a la Madre. Renunciamos a nuestros nombres personales para ser uno con nuestra gente. Debemos pensar siempre ante todo en los intereses de nuestra caverna. Para nosotros estaría bien quedarnos con esta piedra del fuego sin compartirla, pero el interés de todos los zelandonii está por encima de nuestros deseos. Las piedras de la tierra son los huesos de la Gran Madre Tierra. Son un don de Ella; no podemos retenerlas sólo para nosotros. —La Que Era la Primera se interrumpió y miró escrutadoramente a cada uno de los miembros presentes de la zelandonia. Sabía que las piedras de fuego nunca podrían mantenerse en secreto, aunque no hubieran sido ya compartidas. Entre los doniers de algunas cavernas se produjo una evidente decepción y quizá presentaron también cierta resistencia. Estaba segura de que la Zelandoni de la Decimocuarta se disponía a protestar.

—No puede mantenérselas en secreto —declaró Ayla con expresión ceñuda.

—¿Por qué no? —preguntó la Zelandoni de la Decimocuarta—. Creo que esa decisión han de tomarla los zelandonia.

—Ya he dado algunas a los parientes de Jondalar —informó Ayla.

—Es una lástima —dijo el donier de la Quinta, moviendo la cabeza en un gesto de frustración y dándose cuenta de inmediato de que era inútil insistir—, pero lo hecho hecho está.

—Ya sin esas piedras tenemos suficiente autoridad —afirmó la Primera—, y de todos modos podemos usarlas a nuestra manera. Para empezar, podemos organizar

una espectacular ceremonia al presentar la piedra de fuego a las cavernas. Creo que lo más eficaz sería que Ayla encendiera mañana el fuego ceremonial.

—Pero ¿habrá ya suficiente oscuridad a esa hora de la tarde para que se vea la chispa? Quizá sería mejor dejar que el fuego se apagara y llamarla a ella para que vuelva a encenderlo —sugirió el Zelandoni de la Tercera.

—¿Cómo sabrá entonces la gente que el fuego se ha encendido con la piedra y no con una brasa? —dijo un anciano de cabello claro; Ayla no estaba muy segura de si era rubio o canoso—. No, creo que necesitamos una hoguera nueva, una que aún no haya sido encendida. Sí tienes razón, en cambio, en cuanto a la oscuridad. A la hora del crepúsculo, cuando se enciende el fuego ceremonial, hay aún demasiadas distracciones. Sólo cuando la oscuridad es absoluta es posible atraer la atención de todos sobre aquello que deseamos, cuando ya no pueden ver nada salvo lo que queremos que vean.

—Es verdad, Zelandoni de la Séptima Caverna —dijo la Primera.

Ayla notó que el hombre estaba sentado al lado de la mujer alta y rubia de la Segunda Caverna, y que existía entre ellos un gran parecido. Podría haber sido el anciano del hogar de la mujer, quizá el compañero de su abuela. Recordó que Jondalar le había contado que las Cavernas Séptima y Segunda estaban emparentadas y se encontraban en orillas opuestas del Pequeño Río de la Hierba y sus tierras llanas de aluvión, la corriente más pequeña que fluía en el Río de la Hierba. Lo recordaba bien porque mientras la Segunda Caverna era Hogar del Patriarca, la séptima era Roca de la Cabeza de Caballo, y Jondalar prometió llevarla allí de visita cuando regresaran en otoño para enseñarle el caballo de la roca.

—Podemos iniciar la ceremonia sin fuego y encenderlo cuando haya oscurecido por completo —propuso la Zelandoni de la Vigésimo novena Caverna. Era una mujer de aspecto agradable y sonrisa conciliadora, pero Ayla, con su capacidad para interpretar el lenguaje corporal, detectó una firmeza de carácter subyacente. Apenas la conocía. Era la mujer que, según había oído contar, mantenía unidas las Tres Rocas de la Vigésimo novena Caverna.

—Pero la gente se extrañará si no hay fuego ceremonial desde el principio, Zelandoni de la Vigésimo novena —objetó el Zelandoni de la Tercera—. Quizá sería mejor retrasar el comienzo hasta que sea de noche.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacerse antes? Algunos empiezan a reunirse muy temprano. Se impacientarán si nos retrasamos demasiado —añadió otra Zelandoni. Era una mujer de mediana edad, casi tan corpulenta como la Primera, pero mucho más baja de estatura. Mientras que la Zelandoni de la Novena Caverna, con su altura y su peso, tenía una presencia imponente, esta otra mujer resultaba cálida y maternal.

—Podrían contarse historias, Zelandoni de la Heredad Oeste —sugirió un hombre joven sentado junto a ella—. Los fabuladores están aquí.

—Las historias podrían restar seriedad a la ceremonia, Zelandoni de la Heredad Norte —dijo la donier de la Vigésimo novena.

—Sí, tienes razón, Zelandoni de Tres Rocas —se apresuró a responder el joven. Se le notaba muy deferente hacia la Zelandoni principal de la Vigésimo novena caverna.

Ayla advirtió que los cuatro zelandonia de la Vigésimo novena se llamaban mutuamente por el nombre de sus respectivos emplazamientos, y no con palabras de contar. Era lógico, ya que, en definitiva, todos eran zelandonia de la Vigésimo novena Caverna. Una situación muy confusa, pensó, pero aparentemente la tenían bien resuelta.

—Entonces que alguien hable de un asunto serio —propuso el Zelandoni de Heredad Sur.

Era el que había preguntado a la Primera si Ayla se encontraba allí en relación con los animales. La Heredad Sur era Roca del Reflejo, que albergaba la caverna de la que Denanna era jefa. Era el hombre que Ayla había pensado que la observaba, a ella o quizá a los animales, con cierta hostilidad, pero su tono no le había parecido poco cordial. Esperaría antes de sacar conclusiones.

—Joharran quiere plantear el asunto de si los cabezas chatas son o no personas —dijo la Zelandoni de la Undécima—. Ése es un asunto muy serio.

—Pero cierta gente no quiere oír siquiera tales ideas, y es muy posible que surja una discusión. No nos conviene dar comienzo a esta Reunión de Verano con sentimientos encontrados. Eso podría dar pie a disputas continuas por cualquier razón —adujo la Primera—. Debemos crear un ánimo receptivo antes de exponer ideas nuevas acerca de los cabezas chatas.

Ayla se preguntó si sería apropiado que ella introdujera un comentario.

—Zelandoni —se atrevió a decir por fin—. ¿Se me permite hacer una sugerencia?

Todos se volvieron a mirarla, y Ayla tuvo la impresión de que no a todos les complacía que hubiera tomado la palabra.

—Claro que sí, Ayla —dijo la Primera.

—Jondalar y yo visitamos a los losadunai de camino hacia aquí. Dimos a Losaduna y su compañera unas cuantas piedras de fuego… para toda la caverna, porque habían sido muy amables y nos habían ayudado mucho —explicó Ayla, titubeante.

—¿Sí? —la alentó a seguir la Zelandoni.

—En su ceremonia para presentar las piedras de fuego, había dos hogares —continuó la joven—. Uno estaba preparado para ser encendido, pero frío. El otro ardía. Apagaron éste por completo. De pronto quedó todo tan oscuro que era imposible ver incluso a la persona que uno tenía sentada al lado, y era evidente que ni siquiera una sola brasa del primer hogar despedía el menor resplandor. Entonces encendí el fuego de la segunda hoguera.

Se produjo un silencio.

—Gracias, Ayla —dijo por fin la Zelandoni—. Creo que es una buena idea. Quizá hagamos algo así. Podría ser una demostración impresionante.

—Sí, me gusta la idea —dijo el Zelandoni de la Tercera—. De esa forma podríamos tener fuego ceremonial desde el principio.

—Y una hoguera lista para ser encendida despertará la curiosidad de la gente —añadió la Zelandoni de la Heredad Oeste de la Vigésimo novena—. Se preguntarán para qué la hemos preparado, y eso dará lugar a cierta expectación.

—¿Cómo apagaremos el fuego? ¿Echando agua y provocando mucho humo? —dijo la donier de la Undécima—. ¿O echando arena y apagándolo en el acto?

—¿O echando barro? —planteó otro de los presentes a quien Ayla no conocía—. Eso haría aparecer un poco de humo, pero extinguiría las brasas.

—Me gusta la idea de usar agua y producir mucho humo —dijo alguien que Ayla tampoco conocía—. Causaría más efecto.

—No, creo que causaría más efecto apagarlo al instante. Hay luz y de pronto todo queda a oscuras.

Ayla no conocía a todos los zelandonia presentes, y a medida que la conversación se animaba, empezaron a hablarse con menos formalidad, y no pudo identificarlos. Ignoraba el grado de planificación y consulta que requería una ceremonia. Siempre había pensado que los acontecimientos simplemente ocurrían de manera espontánea, que los zelandonia y otros que trataban con el mundo de los espíritus eran sólo agentes de esas fuerzas invisibles. Ahora todos expresaban sus opiniones libremente, y Ayla empezó a comprender por qué algunos habían puesto objeciones a su presencia; pero mientras discutían cada pequeño detalle, su mente se fue por otros derroteros.

Se preguntó si los mog-ures del clan planeaban sus ceremonias con tanto detalle, y entonces cayó en la cuenta de que probablemente así era, aunque para ello seguirían otros procedimientos. Las ceremonias del clan eran antiguas, y se hacían del mismo modo que se habían hecho siempre, o de la manera más fiel posible. Comprendió un poco mejor en ese momento el dilema que debía haber representado para Creb, el Mog-ur, que ella desempeñara un papel significativo en una de sus ceremonias más sagradas.

Echó una ojeada al circular y espacioso alojamiento de verano de la zelandonia. La construcción de doble pared y paneles verticales que delimitaba el espacio era semejante a los alojamientos del campamento de la Novena Caverna pero más grande. Los paneles móviles que dividían el interior en áreas independientes habían sido apilados entre las plataformas de dormir adosadas a las paredes exteriores para crear una única y amplia estancia. Notó que las plataformas de dormir estaban agrupadas en un mismo sitio y que todas se hallaban elevadas, al igual que en el alojamiento de la Zelandoni en la Novena Caverna. Se preguntó por qué, y enseguida pensó que probablemente se debía a que eran utilizadas por los pacientes trasladados al alojamiento de la zelandonia; así era más fácil atenderlos.

El suelo estaba cubierto de esterillas, muchas de ellas con intrincados y hermosos dibujos tejidos, y había almohadillas, cojines y asientos dispuestos alrededor de varias mesas bajas de distintos tamaños, en la mayoría de las cuales había candiles, casi todos ellos de piedra arenisca o caliza, que por norma permanecían encendidos de día y de noche en el interior del alojamiento sin ventanas. Muchos tenían múltiples mechas. En su mayoría estaban minuciosamente modelados y decorados, pero algunos, como ocurría en la morada de Marthona, eran de piedra sin labrar, con concavidades formadas naturalmente o realizadas de forma tosca para el sebo fundido. Cerca de muchos de los candiles vio pequeñas tallas de mujeres, colocadas en recipientes tejidos llenos de arena. Todas eran parecidas y, sin embargo, distintas. Ayla había visto ya varias y sabía que eran representaciones de la Gran Madre Tierra, lo que Jondalar llamaba «donii».

El tamaño de las donii oscilaba entre diez y veinte centímetros de altura, pero todas podían sostenerse en la mano. Se caracterizaban por cierta abstracción y exageración. Los brazos y las manos aparecían apenas insinuados, y las piernas eran ahusadas, sin pies, para que la figurilla pudiera clavarse en la tierra o en la arena contenida en un recipiente y permanecer erguida. La talla no representaba a una persona en particular; no tenía rasgos para sugerir una identidad, aunque el artista podía haberse inspirado en una mujer real para realizar el cuerpo. No era una mujer joven y núbil de pecho firme al comienzo de su vida adulta, ni la figura enjuta de una mujer que caminaba a diario, continuamente en busca de comida.

Una donii representaba a una mujer obesa con cierta experiencia de la vida. No estaba encinta pero lo había estado. Las amplias nalgas estaban en consonancia con los pechos enormes que colgaban sobre el gran vientre, un tanto caído, de una mujer que había dado a luz y amamantado a varios hijos. Tenía la figura ancha de una mujer experimentada de cierta edad, una madre, pero su forma insinuaba mucho más que la fertilidad de la procreación. Para que una mujer tuviera esas formas redondas, la comida tenía que abundar y su vida tenía que ser bastante sedentaria. Aquella pequeña estatuilla pretendía sugerir la imagen de una madre afortunada y bien alimentada que mantenía a sus hijos; era símbolo de la abundancia y la generosidad.

La realidad no era muy diferente. Unos años eran peores que otros, pero la mayor parte del tiempo los zelandonii se las arreglaban bastante bien. En la comunidad había mujeres gruesas; los tallistas de las estatuillas tenían que conocer el aspecto de una mujer gruesa para representarlo con tanto detalle. A finales de la primavera, cuando la comida almacenada para el invierno casi se había acabado y las nuevas plantas comenzaban a brotar, podía ser una época de escasez. Lo mismo podía afirmarse de los animales. En primavera estaban flacos, y su carne era dura y correosa, con tan poca grasa que incluso la médula de los huesos estaba consumida. En esa época, la gente se privaba de ciertos alimentos, pero no se moría de hambre, al menos no frecuentemente.

Para quienes vivían de la tierra, cazaban y recolectaban todo lo que se requería para sobrevivir, la tierra era como una gran madre que alimenta a sus hijos. Les proporcionaba lo que necesitaban. No plantaban semillas, no cultivaban ni regaban la tierra y no pastoreaban a los animales, ni los protegían de los depredadores, ni recogían pienso para alimentarlos en invierno. Todo estaba a su disposición para tomarlo a voluntad, si sabían dónde buscar y cómo cosechar. Pero no podían darlo por hecho, porque a veces se los privaba de ello.

Cada donii que tallaban era receptáculo para el espíritu de la Gran Madre Tierra, y una demostración manifiesta para informar a las fuerzas invisibles que controlaban sus vidas acerca de lo que necesitaban para sobrevivir. Era magia simpática, destinada a hacer saber a la Madre qué querían y, por tanto, qué extraían de Ella. La donii era una representación de la esperanza de que las plantas comestibles fueran abundantes y fáciles de encontrar y recolectar, de que los animales proliferaran y se dejaran cazar con facilidad. Era un símbolo y una súplica de una tierra generosa y rica donde la comida abundara y la vida fuera cómoda. La donii era una figura idealizada, una evocación de las condiciones que más deseaban.

—Me gustaría dar las gracias a Ayla…

La joven abandonó sus ensoñaciones, sobresaltada, al oír su nombre. Ni siquiera recordaba en qué había estado pensando.

—… Por acceder a mostrarnos esta nueva técnica para encender fuego a todos los zelandonia, y por la paciencia que ha tenido con aquellos de nosotros a quienes nos ha costado un poco más aprender —dijo la Primera.

Se oyeron muchas voces de asentimiento, e incluso la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna pareció sincera en su agradecimiento. A continuación empezaron a discutir los detalles del resto de la ceremonia de inicio de la Reunión de Verano de ese año, y otras ocasiones ceremoniales inminentes, en particular la ceremonia de emparejamiento conocida como matrimonial. Ayla deseó que hubieran hablado más de eso, pero básicamente fijaron la siguiente reunión para tratar el asunto. Después la atención se concentró en los acólitos.

La Primera se puso en pie.

—Son los zelandonia quienes mantienen la historia de la gente. —Miró a los zelandonia en fase de formación, los acólitos, pero Ayla tuvo la impresión de que la Zelandoni ponía especial interés en incluirla a ella—. Parte de la preparación de un acólito consiste en memorizar las Historias y Leyendas de los Ancianos. En éstas se explica quiénes son los zelandonii y de dónde vienen. Memorizar también nos sirve para aprender, y existen muchas cosas que un acólito debe aprender. Demos por concluida esta reunión con Su Leyenda, el Canto a la Madre.

Guardó silencio y dio la impresión de que sus ojos miraban hacia dentro, extrayendo de los recovecos de su propia mente una historia que había aprendido de memoria mucho tiempo atrás. Era la más importante de todas las Leyendas de los Ancianos, porque era la que contaba los orígenes. Para que las leyendas fuesen más

fáciles de memorizar, se narraban con rima, y para mayor sencillez todavía aquellos que tenían talento para componer música les añadían una melodía que los demás aprendían con gusto. Algunos de los cantos eran muy antiguos y tan conocidos que a menudo bastaba con la melodía para que la gente recordara la historia.

La Zelandoni Que Era La Primera, sin embargo, había creado su propia melodía para el Canto a la Madre, y mucha gente empezaba a aprenderla. Comenzó a cantar *a cappella* con una voz pura, vibrante y hermosa:

En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.

Al reconocer la letra Ayla notó un escalofrío y se unió a los demás cuando respondían al unísono pronunciando o entonando el último verso junto con La Que Era La Primera.

Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.
Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración,
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.
Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.

Ayla recordó también el último verso de la segunda estrofa y lo recitó con los demás, pero luego escuchó atentamente varias estrofas más intentando atender al contenido, repitiendo para sí lo que recordaba. Deseaba memorizarlo fielmente porque le encantaba la historia, y le gustaba el modo en que la Primera la cantaba. El mero sonido de su voz casi le hacía saltar las lágrimas. Aunque sabía que nunca sabría cantarla, quería aprender la letra. Había aprendido la versión de los losadunai en su viaje cuando ella y Jondalar se detuvieron a visitarlos antes de atravesar el pequeño glaciar de la meseta situada al este, pero la lengua, el ritmo y parte de la narración

eran bastante parecidos. Quería conocer la historia en zelandonii y escuchó muy atentamente.

El oscuro vacío y la Tierra yerma y vasta
aguardaron el nacimiento con ánimo entusiasta.
La vida desgarró su piel, bebió la sangre de sus venas,
respiró por sus huesos y redujo sus rocas a blancas arenas.
La Madre alumbraba. Otro alentaba.

Jondalar le había repetido algunas de las estrofas cuando viajaban, pero a Ayla le sobrecogía la resonancia y la fuerza espectacular que La Primera Entre Quienes Servían a La Madre confería a los versos. Jondalar tampoco había recitado la canción exactamente con las mismas palabras.

Al romper aguas, éstas llenaron mares y ríos,
anegándolo todo, creando así árboles y plantíos.
De cada preciosa gota, hojas y tallos brotaron,
verdes y exuberantes plantas la Tierra renovaron.
Sus aguas fluían. Nueva vegetación crecía.

En violento parto, vomitando fuego a borbotones,
dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones.
Su sangre seca se tornó en limo ocre, y llegó el radiante hijo.
El supremo esfuerzo valió la pena, ya todo era gran regocijo.
El niño resplandecía. La Madre no cabía en sí de alegría.

Se alzaron montañas, de cuyas crestas brotaban llamas,
y Ella alimenta a su hijo con sus colosales mamas.
Chispas saltaban al chupar el niño, tal era su anhelo,
y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo.
Una vida se iniciaba. A su hijo amamantaba.

Ésta era una de las partes que más le gustaba. Le recordaba su propia experiencia, en especial la parte en que decía que el esfuerzo valía la pena por la gran alegría, por el maravilloso hijo.

Se marchó de su lado cuando la Gran Madre dormía,
mientras fuera se arremolinaba la oscuridad vacía.
Por todos los medios, las tinieblas procuraron al hijo tentar,
y él, fascinado por el gran torbellino, se dejó cautivar.
A su hijo arrebataba. Al joven que tanto brillaba.

Tal como Broud le había arrebatado a ella su hijo. La Zelandoni narraba la historia tan bien que Ayla, sin darse cuenta, empezó a sentir inquietud por la Madre y el hijo. Seguía aprendiendo; no quería perderse una sola palabra.

Y su luminoso amigo no iba ya a ceder más terreno
ante el ladrón que mantenía retenido al hijo de su seno.
Juntos pugnaron por el rescate del hijo que Ella adoraba.
Sus esfuerzos no fueron en vano, su luz de nuevo alumbraba.
Recobraba la energía. Su resplandor volvía.

Ayla dejó escapar un suspiro y miró alrededor. No era ella la única emocionada con la historia. Todos estaban absortos por la voz de la corpulenta mujer.

En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
su hijo y Ella por siempre separados, ésa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Ayla, y notó una repentina punzada de dolor por el hijo que se había visto obligada a dejar con el clan, y un profundo y empático pesar por la Madre.

Cuando llegó la hora, manaron de Ella las aguas del parto,
devolviendo la verde vida a un mundo seco como el esparto.
Y las lágrimas por su pérdida, profusamente derramadas,
tornáronse arco iris y gotas de rocío, maravillas inusitadas.
La Tierra recobró su verde encanto, pero no sin llanto.

Ayla estaba segura de que nunca podría volver a pensar en el rocío de la mañana o el arco iris del mismo modo que antes. A partir de ese momento siempre le recordarían el llanto de la Madre.

Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.

La siguiente parte no era tan triste, pero era interesante. Explicaba cómo eran ahora las cosas y por qué.

Aunque todos eran sus hijos y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién era la Suma Hacedora.

Un hijo que la respetaría y a protegerla aprendería.

La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los dones que necesitaba, ésa era su prerrogativa.
La Vida era el Primer don, y como la Madre naciente,
al despertar del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.

Ayla alzó la vista y advirtió que la Zelandoni la observaba. Miró a quienes tenía alrededor y luego dirigió de nuevo la mirada a la donier, que ya había desviado la vista en otra dirección.

La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.
De nuevo alumbraba; otro más alentaba.

A la Mujer y al Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.

A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.

La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.

Les enseñó a amarse y a respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.

Ayla estaba un poco confusa respecto a los dos últimos versos. Rompían la pauta establecida, y se preguntó si faltaba algo o había algún error. Cuando miró a la Zelandoni advirtió que la mujer la estaba mirando fijamente, lo cual la incomodó. Bajó la mirada, pero cuando volvió a alzarla, la Primera seguía observándola.

Tras disolverse la reunión, la donier se acercó a Ayla.

—He de ir al campamento de la Novena Caverna, ¿te importa que te acompañe?

—No, claro que no —contestó la joven.

Caminaron en plácido silencio. Ayla se sentía aún abrumada por la leyenda, y la donier esperaba a ver qué decía.

—Ha sido precioso, Zelandoni —declaró Ayla por fin—. Cuando vivía en el Campamento del León a veces todos hacían música y cantaban o bailaban juntos. Había algunos con hermosas voces, pero ninguna como la tuya.

—Es un don de la Madre. No he hecho nada para que así sea; nací con esta voz. La Leyenda de la Madre se llama Canto a la Madre, porque a algunas personas les gusta cantarla —explicó la Zelandoni.

—Jondalar me recitó un poco del Canto a la Madre durante nuestro viaje. Me dijo que no lo recordaba todo, pero algunas de sus palabras no coinciden exactamente con las tuyas.

—Eso no es raro. Existen versiones con ligeras diferencias. Él aprendió la versión del antiguo Zelandoni, y yo memoricé la de mi mentor. Algunos de los otros zelandonia la cantan también con pequeños cambios. No hay inconveniente, siempre y cuando no se altere el significado y se mantenga el ritmo y la rima. Si suena bien, la gente tiende a adoptar las variaciones. Si no, las olvidan. Yo compuse mi propia canción porque me apetecía, pero hay otras maneras de cantarla.

—Creo que la mayoría de la gente repite el mismo canto que tú, pero ¿qué significan las palabras «ritmo» y «rima»? Creo que Jondalar nunca me lo ha explicado —dijo Ayla.

—Posiblemente no. El canto y la narración de historias nunca han sido su fuerte, aunque ha mejorado mucho desde que cuenta sus aventuras.

—Tampoco yo estoy dotada para ello. Soy capaz de recordar una historia, pero no sé cantarla. Aunque me encanta escuchar.

—El ritmo y la rima ayudan a la gente a memorizar. El ritmo es el sentido del movimiento. Te transporta como si caminaras a un paso regular. La rima se refiere a las palabras con un sonido semejante. Se suman al ritmo, pero también ayudan a recordar las siguientes palabras.

—Los losadunai tienen una Leyenda de la Madre parecida, pero cuando la memoricé no me produjo la misma sensación —admitió Ayla.

La Zelandoni se detuvo y miró a Ayla.

—¿La memorizaste? El losadunai es una lengua distinta.

—Sí, pero se parece mucho al zelandonii; no es difícil aprenderla.

—Sí, se parece, pero no es igual, y a algunas personas les resulta muy difícil. ¿Cuánto tiempo pasaste con ellos? —preguntó la Zelandoni.

—No mucho, menos de una luna. Jondalar tenía prisa por cruzar el glaciar antes de que el deshielo de primavera lo hiciera más peligroso. De hecho, el último día empezó a soplar un viento cálido, y tuvimos algunos problemas —explicó Ayla.

—¿Aprendiste su lengua en menos de una luna?

—No perfectamente. Cometía aún muchos errores, pero memoricé algunas de las leyendas de Losaduna. He intentado aprender la Leyenda de la Madre en su versión como Canto a la Madre, y recitarla tal como tú la cantas.

La Zelandoni la observó un momento y luego reanudó la marcha hacia el campamento.

—Te ayudaré con mucho gusto —se ofreció.

Mientras caminaban, Ayla pensó en la leyenda, sobre todo en la parte que le recordaba a Durc y a sí misma. Estaba segura de comprender los sentimientos de la Gran Madre cuando tuvo que aceptar que su hijo se había alejado de ella para siempre. También ella anhelaba a veces tener a su hijo a su lado y esperaba con ilusión el nacimiento de su nuevo niño, el hijo de Jondalar. Recordó algunas de las estrofas que acababa de oír y empezó a caminar al ritmo del canto a la vez que las recitaba en silencio.

La Zelandoni advirtió un ligero cambio en su paso. Algo le resultó familiar. Miró de soslayo a Ayla y vio en su semblante una expresión de intensa concentración. «El lugar de esta joven está en la zelandonia», se dijo.

Cuando llegaban al campamento, Ayla se detuvo e hizo una pregunta:

—¿Por qué al final hay dos versos en lugar de uno solo?

La corpulenta mujer la escrutó con la mirada por un instante antes de contestar.

—Ésa es una duda que se plantea de vez en cuando. No conozco la respuesta. Siempre ha sido así. La mayoría de la gente piensa que el propósito es dar a la leyenda un final claro, un verso para acabar la estrofa y otro verso para acabar la narración.

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento. La Zelandoni no estaba segura de si ese gesto equivalía a aceptación de la explicación, o sencillamente a comprensión de la afirmación. «La mayoría de los acólitos ni siquiera habla de los

aspectos más sutiles del Canto a la Madre. Sin duda, el lugar de esta joven está en la zelandonia», se repitió.

Caminaron un poco más. Ayla notó que el sol descendía hacia el horizonte. Pronto oscurecería.

—Me parece que la reunión ha ido bien —comentó la Zelandoni—. Los zelandonia han quedado impresionados con tu manera de encender el fuego, y te agradezco que hayas accedido a enseñársela a todos. Si encontramos piedras de fuego suficientes, pronto todo el mundo podrá encender el fuego así. Pero no sé qué haremos si no hallamos todas las piedras necesarias. En ese caso quizá será mejor utilizarlas sólo para encender fuego en ceremonias especiales.

Ayla frunció el entrecejo.

—¿Y la gente que ya tiene una piedra de fuego o que puede llegar a encontrar una? —preguntó—. ¿Puedes pedirles que no la usen?

La Zelandoni se detuvo y miró a Ayla a la cara. Al cabo de un momento dejó escapar un suspiro.

—No, no puedo. Puedo pedir a la gente que intente aceptarlo, pero tienes razón: no puedo obligarlos, y siempre habrá quienes hagan lo que quieran. Supongo que pensaba en voz alta acerca de una situación ideal, pero de hecho no daría resultado, después de aprender todo el mundo a hacer fuego de esta manera. —Adoptó una irónica expresión—. Cuando los zelandonia de la Quinta y la Decimocuarta planteaban la posibilidad de mantenerlo en secreto, simplemente expresaban lo que creo que deseamos la mayoría de nosotros, y ahí debo incluirme. Para nosotros sería un instrumento muy valioso, pero no podemos privar de algo así a la gente. —Reanudó la marcha una vez más—. No planearemos la ceremonia matrimonial hasta después de la primera cacería. En eso participarán todas las cavernas. Es un asunto que pone muy nerviosa a la gente. Creen que si la primera cacería acaba bien, es un buen augurio para todo el año; pero en caso contrario trae mala suerte. Los zelandonia realizarán una búsqueda de caza. A veces eso ayuda. Si hay manadas cerca, un buen buscador puede ayudar a localizarlas, pero ni siquiera el mejor buscador puede encontrar caza si no la hay.

—Yo ayudé a Mamut en una búsqueda. Fue una sorpresa para mí la primera vez, pero aparentemente existía una afinidad entre nosotros, y quedé atrapada en su búsqueda —dijo Ayla.

—¿Participaste en una búsqueda con tu Mamut? —preguntó la Zelandoni sorprendida—. ¿Qué sentiste?

—Es difícil explicarlo, pero sentí algo parecido a lo que debe sentir un pájaro al volar sobre el terreno, pero no había viento y el terreno no parecía exactamente igual.

—¿Estarías dispuesta a ayudar a la zelandonia? Tenemos algunos buscadores, pero cuantos más haya, mejor —dijo la donier, y de inmediato notó en Ayla cierta reticencia.

—Me gustaría ayudar…, pero… no quiero ser una Zelandoni. Sólo quiero emparejarme con Jondalar y tener hijos —afirmó Ayla.

—Si no quieres, no tienes por qué serlo, nadie puede obligarte, Ayla, pero si una búsqueda nos lleva a una cacería afortunada, será un buen presagio para la ceremonia matrimonial, o eso se cree, y producirá uniones largas y hogares felices —adujo la Primera.

—Sí, bueno, supongo que puedo intentar ayudaros, pero no sé si seré capaz.

—No te preocupes, nadie tiene nunca esa seguridad. Lo único que puede hacerse es intentarlo.

La Zelandoni se sintió satisfecha de sí misma. Era evidente que Ayla era reacia y trataría de resistirse a ser una Zelandoni. La búsqueda sería una forma de iniciarla. «Necesita formar parte de la zelandonia, pensó. Tiene mucho talento, muchas aptitudes, hace preguntas muy inteligentes. Tiene que ser incluida en el grupo o podría causar disensiones fuera de él».

Capítulo 25

Cuando se acercaban al campamento, Lobo corrió a saludarla. Ayla lo vio venir y se preparó por si, en su entusiasmo, le saltaba encima, pero a la vez le indicó con una seña que no se levantara. El animal se detuvo, pero dio la impresión de que eso era lo único que podía hacer para controlarse. Ella se agachó y le permitió que le lamiera el cuello mientras lo mantenía sujeto hasta que se calmó. Luego Ayla se irguió. Lobo la miró con una expresión de esperanza y anhelo, y finalmente ella asintió con la cabeza y se dio unas palmadas en los hombros. Él se levantó entonces sobre las patas traseras y apoyó las delanteras donde ella había indicado. Luego emitió un grave gruñido y rodeó con sus dientes la mandíbula de ella. Ayla le devolvió el gesto y cogió entre sus manos la magnífica cabeza del animal para mirarlo a los ojos, salpicados de brillos dorados.

—Yo también te quiero, Lobo, pero a veces me pregunto por qué tú me quieres tanto a mí. ¿Es sólo porque me he convertido en jefa de tu manada, o hay algo más? —preguntó Ayla tocando la frente del animal con la suya y haciéndole después una seña para que bajara.

—Tú impones amor, Ayla —dijo la Primera—, y el amor que invocas no se puede negar.

La joven la miró pensando que aquél era un comentario extraño.

—Yo no impongo nada —repuso.

—Dominas al lobo. Se siente movido a complacerte por el amor que le inspiras. No es que trates de seducir o cautivar, sino que atraes el amor, y quienes te quieren, te quieren profundamente. Lo veo en tus animales. Lo veo en Jondalar. Lo conozco, y él nunca ha querido a nadie como te quiere a ti, y no volverá a querer a nadie de la misma manera. Quizá sea porque te entregas tan completa y abiertamente, o quizá sea un don de la Madre, la facultad de inspirar amor. Siempre te amarán con fervor. No obstante, hay que estar alerta con los dones de la Madre.

—¿Por qué me dices todo eso, Zelandoni? —preguntó Ayla—. ¿Por qué debemos preocuparnos por un don de la Madre? No son buenos todos sus dones.

—Quizá sea precisamente por eso, porque sus dones son buenos. O porque son poderosos. ¿Cómo te sientes cuando alguien te da algo de gran valor?

—Iza me enseñó que un obsequio crea una obligación. Hay que dar a cambio algo del mismo valor.

—Cuantas más cosas descubro sobre la gente con la que te criaste, más la respeto —declaró la Primera—. Cuando la Gran Madre Tierra concede un don, puede esperar algo a cambio, algo del mismo valor. Cuando se da mucho, se espera mucho, pero ¿cómo puede saberse de qué se trata hasta que llega el momento? Por eso la gente está alerta. A veces sus dones son excesivos, más de lo que sería de desear, pero no se

pueden devolver. Tener demasiado no proporciona necesariamente más felicidad que no tener suficiente.

—¿Ni siquiera cuando es demasiado amor? —preguntó Ayla.

—El mejor ejemplo para responder a eso es Jondalar. Sin duda la Madre lo favoreció —dijo la mujer que antes se llamaba Zolena—, lo favoreció demasiado. Es tan apuesto y atractivo que no puede evitar llamar la atención. Incluso sus ojos tienen un color tan excepcional que cuesta no mirarlos. Posee un encanto natural; la gente se siente atraída por él, sobre todo las mujeres. No creo que haya una sola mujer capaz de negarle nada, ni la misma Madre. A él le gusta complacer a las mujeres. Es inteligente y está dotado de una habilidad excepcional para tallar el pedernal, y además tiene buen corazón. Pero sufre demasiado. Tiene demasiado amor para dar.

»Incluso su amor para trabajar la piedra, para crear herramientas, es para él una auténtica pasión. La intensidad de sus sentimientos hacia todo lo que ama es tal que puede abrumarlo a él mismo y a aquéllos a quienes ama. Se esfuerza por dominarlos, pero a veces se le escapan de las manos. Ayla, no sé si entiendes hasta qué punto son poderosos esos sentimientos. Y todos los dones de la Madre no lo habían hecho feliz hasta ahora; a menudo ha despertado más envidia que amor.

Ayla, con el entrecejo fruncido, movió la cabeza en un gesto de inquietud.

—He oído decir a varias personas que el hermano de Jondalar, Thonolan, era uno de los preferidos de la Madre, y que por eso Ella se lo llevó tan joven —comentó Ayla—. ¿Era excepcionalmente atractivo y tenía muchos dones?

—Era uno de los preferidos no sólo de la Madre sino de todo el mundo. Thonolan era un joven apuesto, pero no poseía la belleza…, no sé cómo decirlo…, la cautivadora belleza masculina de Jondalar. Sin embargo, tenía una gracia y un carácter abierto con los que se ganaba el aprecio de todos, hombres y mujeres. Hacía amigos con facilidad y nadie le guardaba rencor ni lo envidiaba.

Se habían detenido para hablar, y el lobo estaba tendido a los pies de Ayla. Cuando reanudaron la marcha hacia el campamento, la joven seguía preocupada por las palabras de la donier.

—Ahora que Jondalar te ha traído a casa, muchos hombres sienten aún más envidia, y muchas mujeres están celosas de ti, porque él te quiere —prosiguió la Zelandoni—. Por eso Marona intentó dejarte en ridículo. Tenía celos, os envidiaba a los dos, creo, porque habíais encontrado la felicidad. Mucha gente piensa que ella recibió demasiados dones, pero ella sólo ha tenido una belleza excepcional, y la belleza por sí sola es el don más engañoso. No dura. Marona es una mujer antipática, que sólo piensa en sí misma; tiene pocos amigos y ninguna aptitud especial. Cuando su belleza desaparezca, no le quedará nada, me temo, ni siquiera hijos, según parece.

Dieron unos cuantos pasos más, hasta que Ayla se detuvo y miró a la donier.

—No veo a Marona desde hace días, desde antes de salir, de hecho, y tampoco la vi durante la caminata hasta aquí.

—Volvió a la Quinta Caverna con su amiga y vino a la Asamblea con ellos —dijo la Zelandoni—. Vive en su campamento.

—Marona no me cae bien, pero siento que no pueda tener hijos. Iza conocía algunas hierbas para ayudar a una mujer a ser más receptiva a los espíritus.

—Yo también conozco algunas, pero ella no me ha consultado, y si de verdad es incapaz de concebir, nada puede ayudarla.

Ayla percibió un tono de tristeza en la voz de la donier. También ella estaría triste si no pudiera tener hijos. Pero su cara de preocupación dio paso a una radiante sonrisa.

—¿Sabías que voy a tener un hijo? —preguntó.

La Zelandoni le devolvió la sonrisa. Aquello confirmaba sus especulaciones acerca de Ayla.

—Me alegro mucho por ti. ¿Sabe Jondalar que vuestro emparejamiento ha sido bendecido?

—Sí. Ya se lo dije. Está muy contento.

—No me extraña. ¿Quién más lo sabe?

—Sólo Marthona, y ahora tú.

—Si no lo sabe casi nadie, en vuestra ceremonia matrimonial podemos sorprender a todos anunciando la buena nueva —dijo la Zelandoni—. Hay palabras especiales que pueden introducirse en la ceremonia cuando una mujer ya ha sido bendecida.

—Creo que me gustaría —respondió Ayla—. Dejé de contar las lunas desde la última vez que sangré, pero me parece que debería volver a marcar los días para saber cuántos pasarán hasta que nazca el niño. Jondalar me enseñó a usar palabras de contar, pero no sé contar tanto.

—¿Encuentras difíciles las palabras de contar, Ayla?

—No, no. Me gusta usarlas. Pero la verdad es que me sorprendí la primera vez que Jondalar las utilizó. Sólo con las marcas que yo había hecho cada noche en los palos supo cuánto tiempo hacía que vivía yo en el valle. Dijo que había sido aún más fácil contarlos porque yo añadía otra raya sobre la marca correspondiente al día en que empezaba mi período lunar, para estar preparada. Cuando sangraba, me costaba más cazar. Creo que los animales me olfateaban. Al cabo de un tiempo vi que la sangre siempre me llegaba cuando la luna menguante tenía una forma determinada, y no habría sido necesario que hiciera más marcas, pero continué haciéndolas de todos modos. La luna no se ve bien cuando llueve o está nublado.

La Zelandoni pensó que comenzaba a acostumbrarse a las sorpresas que Ayla le daba, de vez en cuando, con toda naturalidad. Sin embargo, hacer marcas de contar cuando sangraba y relacionarlas después con las fases de la luna eran ideas asombrosas para una persona que vivía sola.

—¿Te gustaría aprender más palabras de contar y distintas maneras de emplearlas? —preguntó la donier—. Pueden utilizarse, por ejemplo, para saber

cuándo están a punto de cambiar las estaciones, aunque los cambios no sean evidentes, o para contar los días hasta el nacimiento de tu hijo.

—Sí, claro que me gustaría —dijo Ayla sonriendo encantada—. Aprendí a hacer marcas observando cómo las hacía Creb, pero me parece que se puso un poco nervioso cuando se dio cuenta. Las mujeres del clan a duras penas contaban hasta tres, y de hecho los hombres tampoco sabían contar. Creb sabía hacer marcas de contar porque era el Mog-ur, pero no tenía palabras para contar.

—Yo te enseñaré a contar cantidades altas —aseguró la Primera—. Me parece mejor que tengas hijos ahora que eres joven. Cuando tengas más años, quizá no te apetezca cuidar niños pequeños. Vete a saber qué decidirás hacer.

—Ya no soy tan joven, Zelandoni. Cuento diecinueve años…, si Iza no se equivocó con los años que yo tenía cuando me encontró —repuso Ayla.

—Pues aparentas menos edad. —Una ceñuda expresión asomó brevemente al rostro de la Zelandoni—. Da igual. Empiezas con ventaja —añadió casi para sí misma, y pensó: «Es ya una curandera experta; eso ya no necesita aprenderlo para llegar a ser una Zelandoni».

—Empiezo con ventaja ¿para qué? —preguntó Ayla, desconcertada.

—Pues… empiezas con ventaja para fundar una familia, porque ya se ha iniciado una vida dentro de ti. Pero confío en que no tengas muchos hijos. Gozas de buena salud, pero las mujeres se consumen si tienen demasiados hijos, envejecen antes de tiempo.

Ayla tuvo la impresión de que la Zelandoni quería ocultarle sus pensamientos y le había dicho lo primero que le había acudido a la mente para no decir la verdad. «¡Qué más da!», se dijo. La donier tenía todo el derecho a guardarse lo que pensaba, pero se quedó intrigada.

Era casi de noche cuando llegaron a la hoguera del campamento, y apenas se veía. Cuando se acercaron a la zanja que contenía el fuego, los demás las saludaron y les ofrecieron comida. Había sido una tarde muy ajetreada, y Ayla tenía hambre. La Zelandoni comió con ellos y decidió quedarse a dormir en el campamento de la Novena Caverna. De inmediato empezó a hablar con Marthona y Joharran de la siguiente cacería y la búsqueda que deseaba llevar a cabo la zelandonia. Comentó que Ayla los ayudaría, cosa que los demás consideraron muy acertada, por más que a la propia Ayla le inquietase. No quería ser Una De Quienes Servían A La Madre, pero parecía que las circunstancias la empujaban en esa dirección. La idea no le atraía en absoluto.

—Deberíamos ir temprano. He de organizar la colocación de unos cuantos blancos y decidir las distancias —dijo Jondalar cuando salían del alojamiento a la mañana siguiente. Tenía en la mano el vaso con la infusión de menta que Ayla le había

preparado, y empezó a masticar el extremo de la ramita de gaulteria que ella le había pelado para que se lavara los dientes.

—Primero quiero ir a ver a Whinney y Corredor. Ayer casi no los vi. ¿Por qué no te adelantas y lo preparas todo? —sugirió Ayla—. Yo me quedaré con Lobo e iré luego.

—No tardes mucho. La gente vendrá pronto, y quiero que les demuestres lo que puedes hacer. Una cosa es que vean que mis lanzas llegan más lejos y otra que vean que una mujer, con el lanzavenablos, es capaz de arrojar una lanza a mayor distancia que cualquier hombre. Así no les quedará ninguna duda.

—Iré en cuanto pueda, pero quiero cepillar a los caballos y examinarle el ojo a Corredor —dijo Ayla—. Lo tenía rojo, como si le hubiera entrado algo. Quiero curárselo.

—Pero ¿te parece grave lo que tiene? ¿Quieres que te acompañe? —se ofreció él, preocupado.

—No, no es para tanto. Seguramente no será nada, pero prefiero mirárselo bien. Adelántate —insistió ella—; yo no tardaré.

Jondalar asintió con la cabeza mientras se frotaba los dientes. Después se enjuagó con la infusión y apuró el resto.

—Con esto uno siempre se siente mejor —dijo sonriendo.

—Notas la boca limpia y fresca —comentó ella. Al poco de conocerlo había empezado a prepararle la infusión y la ramita todas las mañanas, y aquello había acabado convirtiéndose en el ritual matutino de Jondalar—. Me di cuenta cuando la tomaba para combatir las náuseas por las mañanas.

—¿Aún tienes? —preguntó él.

—No, ya no, pero sí noto cómo me crece la barriga.

Jondalar sonrió.

—Me gusta esa barriga tuya cada vez más grande —dijo él mientras le rodeaba los hombros con un brazo y apoyaba una mano en el vientre de Ayla—. Lo que más me gusta es lo que hay dentro.

Ella le devolvió la sonrisa.

—A mí también.

Jondalar la besó cariñosamente.

—Lo que más echo en falta del viaje es que podíamos parar y compartir placeres cuando nos venía en gana. Ahora siempre hay algo que hacer, y ya no es fácil interrumpirse para hacer lo que queremos cuando nos apetece. —Le masajeó el cuello, le tocó los pechos turgentes y volvió a besarla. Con la voz ronca, añadió—: Quizá no haga falta que vaya al campo de tiro tan temprano.

—Sí hace falta —replicó ella, risueña—. Aunque… si quieres quedarte…

—No, tienes razón; pero luego iré a buscarte.

Jondalar se dirigió hacia el campamento principal, y Ayla volvió a entrar en el alojamiento. Al salir llevaba su mochila, la que tenía correas para colgar las lanzas y

el lanzavenablos, en cuyo interior había guardado unas cuantas cosas. Llamó a Lobo con un silbido y corrió riachuelo arriba. Los dos caballos la oyeron acercarse y estiraron cuanto les fue posible de las cuerdas que los sujetaban, las cuales se habían enredado en la vegetación. Además de los tallos de hierba alta, en la cuerda de Whinney había prendida parte de un matorral, y Corredor había arrancado un arbusto de raíz. «Quizá un recinto cerrado sería mejor que las cuerdas», pensó Ayla.

Les quitó los cabestros y las cuerdas y examinó el ojo de Corredor. Lo tenía un poco rojo, pero no era nada grave. Corredor y Lobo se frotaron los hocicos, y el joven corcel, contento de verse libre de la restrictiva cuerda, empezó a galopar en círculo seguido por el lobo. Ayla comenzó a cepillar a Whinney, y cuando levantó la cabeza de nuevo, era Corredor quien perseguía a Lobo. Cuando volvió a mirar, una vez más Lobo iba tras los pasos de Corredor. Dejó de cepillar a la yegua para observarlos. Cuando Lobo se acercaba a Corredor, el corcel aminoraba la marcha para dejarlo pasar. Cuando completaban un círculo, Lobo reducía la marcha y dejaba pasar a Corredor.

En un primer momento Ayla pensó que era imposible que lo hicieran intencionadamente, pero después de observarlos durante un rato, no le quedó la menor duda de que aquél era un juego que ambos conocían, y que se lo estaban pasando en grande. Los dos eran machos jóvenes, rebosantes de vida y energía, y habían descubierto una manera de consumirla y divertirse. Ayla sonrió moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad. Le habría gustado que Jondalar estuviera allí para reírse de las payasadas de los animales. Continuó cepillando a la yegua. A Whinney ya se le notaba también el embarazo, pero parecía estar bien de salud.

Una vez listo su caballo, vio que Corredor pastaba tranquilamente y Lobo había desaparecido. «Debe de estar de exploración», pensó. Silbó tal como lo hacía Jondalar para llamar a su corcel. Corredor alzó la cabeza y fue hacia ella. Casi había llegado a su lado cuando se oyó otro silbido, exactamente con los mismos tonos. La mujer y el caballo buscaron con la mirada. Ayla pensó que quizá fuera Jondalar, que había regresado por alguna razón; sin embargo, vio aparecer a un niño que caminaba hacia ella.

No lo conocía, y se preguntó qué querría y por qué había imitado el silbido. Cuando se acercó, Ayla calculó que contaba nueve o diez años, y enseguida notó que tenía un brazo un poco más corto que el otro, y que le colgaba de un modo extraño, como si no lo controlara. Le recordó a Creb, a quien le habían amputado el brazo por el codo de pequeño, y de inmediato sintió afecto por él.

—¿Eres tú quien ha silbado? —preguntó Ayla.

—Sí.

—¿Por qué has imitado mi silbido?

—Nunca había oído un silbido así —respondió el niño—, y quería probarlo.

—Pues te ha salido muy bien. ¿Buscas a alguien?

—No.

—¿Qué haces por aquí? —quiso saber Ayla.

—Paseaba. Me han dicho que aquí había caballos, pero no sabía que hubiera un campamento. Eso no me lo habían dicho. Los demás están todos en el Arroyo del Medio.

—Acabamos de llegar. ¿Tú cuánto tiempo hace que estás aquí?

—He nacido aquí —dijo el niño.

—Eres de la Decimonovena Caverna, pues.

—Sí. ¿Por qué hablas de esa forma tan rara?

—Porque yo no nací aquí. Vengo de muy lejos. Antes era Ayla del Campamento del León de los mamutoi, y ahora soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —se presentó ella, y avanzó con las manos extendidas en el ademán propio del saludo formal.

El niño se puso un poco nervioso porque no podía ofrecer su brazo paralizado. Ayla se agachó y le cogió las dos manos, como si fuera lo más normal del mundo. Advirtió que la mano del brazo más corto era deforme y más pequeña, y que los dedos meñique y anular estaban unidos. Le sostuvo las manos por un momento y sonrió.

Entonces, como si acabara de ocurrírsele, el niño dijo:

—Yo soy Lanidar de la Decimonovena Caverna de los zelandonii. —Iba a dejarlo así pero, finalmente, añadió—: La Decimonovena Caverna te da la bienvenida a la Reunión de Verano, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii.

—Silbas muy bien. Tu silbido ha sido una excelente imitación del mío. ¿Te gusta silbar? —preguntó Ayla, soltándole las manos.

—Mucho.

—¿Puedo pedirte que no vuelvas a silbar así?

—¿Por qué? —preguntó él.

—Uso ese silbido para llamar al caballo, a aquél de allí, el corcel —explicó Ayla —. Si tú silbas igual, me temo que pensará que lo llamas y se desorientará. Si te gusta silbar, puedo enseñarte otros silbidos.

—¿Como cuáles?

Ayla echó un vistazo alrededor y vio un alionín posado en la rama de un árbol cercano cantando con sus característicos trinos. Lo escuchó un momento y a continuación repitió el sonido. El niño se sobresaltó. El pájaro interrumpió su canto un instante, pero enseguida lo reanudó. Ayla repitió el sonido, y el pájaro de la cabeza oscura, sin dejar de cantar, buscó un compañero en las inmediaciones.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el niño.

—Si quieres, te enseñaré. Puedes aprender; silbas bien.

—¿Sabes imitar a otros pájaros?

—Sí.

—¿Cuáles?

—El que quieras —contestó Ayla.

—Una alondra, por ejemplo.

Ella cerró los ojos un momento, y después silbó una serie de tonos que sonaban exactamente igual que los de una alondra que hubiera aparecido de pronto en el cielo y hubiera bajado entonando su preciosa melodía.

—¿De verdad puedes enseñarme? —preguntó el niño, mirándola con admiración.

—Si quieres aprender, sí —aseguró ella.

—¿Tú cómo aprendiste?

—Practicando. Si tienes paciencia, a veces el pájaro se acerca cuando silbas su canto.

Ayla recordó que cuando vivía sola en el valle aprendió a silbar e imitar los sonidos de los pájaros. Cuando empezó a alimentarlos, los había que se le acercaban si los llamaba y comían de su mano.

—¿Sabes hacer otros sonidos? —preguntó Lanidar, intrigado por aquella extraña mujer que hablaba de una manera rara y silbaba como un pájaro.

Ayla reflexionó un momento, y quizá porque el niño le recordaba a Creb, empezó a silbar una misteriosa melodía que sonaba como una flauta. El pequeño había oído flautas muchas veces, pero nunca nada semejante. Aquella música cautivadora le era por completo desconocida. Era el sonido de la flauta que tocó el Mog-ur en la Reunión del Clan a la que había asistido Ayla con el Clan de Brun cuando aún vivía con ellos. Lanidar la escuchó con atención.

—Nunca había oído silbar así —dijo.

—¿Te ha gustado? —preguntó Ayla.

—Sí, pero también asusta un poco, como si viniera de un sitio muy lejano.

—Es verdad —concedió Ayla. Sonrió y rasgó el aire con un silbido agudo.

Al instante apareció Lobo, brincando a través de la hierba.

—¡Es un lobo! —exclamó el niño, paralizado por el miedo.

—No pasa nada —dijo ella sujetando al animal con fuerza—. El lobo es amigo mío. Ayer lo llevé al campamento principal. He pensado que querrías saber que estaba aquí, con los caballos.

El niño se tranquilizó, pero siguió mirando receloso a Lobo con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Ayer fui a coger frambuesas con mi madre. Nadie me había dicho que estuvieras aquí. Sólo me dijeron que había caballos en el Prado de Arriba —explicó Lanidar—. Todo el mundo hablaba de un artefacto para arrojar lanzas que alguien iba a enseñar. Como yo no sé tirar una lanza, he decidido venir a ver a los caballos.

Ayla se preguntó si la omisión habría sido intencionada, si alguien quería gastarle una mala pasada, como la que Marona le había hecho a ella. Pero, reflexionando, llegó a la conclusión de que un niño de aquella edad que salía aún a coger frambuesas con su madre debía de llevar una vida muy solitaria. Imaginó que un niño con un brazo deforme, incapaz de manejar una lanza, no debía de tener muchos amigos, y

que los otros niños se burlarían de él y lo atormentarían. No obstante, tenía un brazo sano y podía aprender a lanzar, sobre todo con el lanzavenablos.

—¿Cómo es que no sabes lanzar? —preguntó.

—¿Es que no lo ves? —dijo él alzando el brazo deforme y mirándoselo con aversión.

—Pero tienes otro brazo totalmente normal —adujo Ayla.

—Todos sostienen las lanzas de reserva con la otra mano. Además, nadie ha querido enseñarme. Dicen que nunca daría en el blanco.

—¿Y el hombre de tu hogar?

—Vivo con mi madre, y con la madre de mi madre. Me parece que hubo un hombre en el hogar, mi madre me lo señaló un día, pero la dejó hace tiempo y no quiere saber nada de mí. No le gustó cuando intenté ir a verle. Se avergüenza de mí. A veces vive con nosotros un hombre durante una temporada, pero ninguno me presta mucha atención —explicó el niño.

—¿Te gustaría ver un lanzavenablos? Tengo uno.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Lanidar.

—Conozco al hombre que los hizo. Es el hombre con quien me emparejaré. He de ayudarlo a demostrar cómo funciona esta arma cuando acabe de cepillar a los caballos.

—Me gustaría verlo.

Ayla tenía la mochila en tierra, junto a ella. Cogió el lanzavenablos y un par de lanzas y retrocedió.

—Ahora verás cómo funciona —dijo Ayla, y colocó una lanza en el extraño artefacto. Se aseguró de que el orificio hecho en la base del asta quedara encajado en el pequeño gancho del extremo inferior del lanzavenablos, introdujo los dedos en los bucles de cuero de la parte delantera, apuntó y disparó.

—¡La lanza ha ido muy lejos! —exclamó Lanidar—. Nunca había visto una lanza que llegara tan lejos.

—Seguramente no. Por eso el lanzavenablos es un arma de caza tan eficaz. A mí me parece que tú podrías utilizar un lanzavenablos como éste. Ven, te enseñaré cómo has de sujetarlo.

Ayla se dio cuenta de que su lanzavenablos no era apropiado para alguien de la edad de Lanidar, pero de momento serviría para enseñarle el funcionamiento básico del arma. Al tener el brazo derecho atrofiado, el niño se había visto obligado a desarrollar más el brazo izquierdo. Era difícil saber si habría sido zurdo si no hubiera tenido problemas en el brazo derecho, pero el caso es que era en el izquierdo donde tenía más fuerza. Ayla no se preocupó de momento por la puntería, sino que le enseñó a colocar y arrojar la lanza. Preparó el lanzavenablos y lo dejó hacer. La lanza salió demasiado alta, pero llegó muy lejos, y la sonrisa en el rostro de Lanidar expresaba su fascinación.

—La he lanzado. ¿Has visto qué lejos ha ido? —dijo casi gritando—. ¿Es posible dar en el blanco?

—Si practicas, sí —contestó Ayla sonriente. Recorrió el campo con la mirada pero no vio nada. Se volvió hacia Lobo, que estaba tendido con la cabeza en alto, contemplando la operación—. Lobo, busca —ordenó, si bien con señas dijo más que eso.

El lobo echó a correr por el prado de hierba alta, que empezaba a adquirir una tonalidad amarillenta. Ayla lo siguió lentamente con el niño detrás. Percibió movimiento entre la hierba y de inmediato vio una liebre gris que se apartaba del lobo. Ayla, ya alerta con la lanza preparada, dedujo en qué dirección saltaría la liebre y arrojó la pequeña lanza. Acertó de pleno, y cuando se acercó, Lobo estaba junto a la presa, mirando en dirección a Ayla.

—La quiero para mí, Lobo. Ve a cazar por tu cuenta —dijo al carnívoro, haciéndole señas al mismo tiempo. Pero el niño no advirtió los gestos y quedó asombrado por la manera en que el animal obedecía a la mujer. Ayla recogió la liebre y volvió hacia los caballos—. Tendrías que ir a ver la demostración del lanzavenablos. Creo que la encontrarás interesante, Lanidar. Y no te preocupes por no saber lanzar. Los demás tampoco saben utilizar el lanzavenablos. Todos tendrán que partir de cero. Si esperas un momento te acompañaré.

Lanidar la observó mientras cepillaba al joven corcel.

—No había visto nunca un caballo castaño como éste. Casi todos los caballos son como la yegua.

—Ya lo sé —dijo ella—, pero hacia el este, más allá del final del Río de la Gran Madre, al otro lado del glaciar, hay caballos castaños como Corredor. Es de allí de donde vienen éstos.

El lobo volvió al cabo de un rato. Encontró un sitio a su gusto, dio cuatro vueltas sobre sí mismo y, finalmente, se tendió, observando y con la lengua fuera.

—¿Por qué se quedan contigo estos animales y se dejan tocar y hacen lo que tú quieres? —preguntó Lanidar—. No había visto nunca animales que hicieran eso.

—Son amigos míos. Un día que salí a cazar la madre de la yegua cayó en una de mis trampas. Yo no sabía que tuviese una cría hasta que vi a la potranca. También la vio un grupo de hienas. No sé por qué las ahuyenté. Pensé que la potranca no sobreviviría sola, así que me la llevé y la crié. Me parece que creció pensando que yo era su madre. Después nos hicimos amigas y fuimos entendiéndonos. Hace cosas que le pido, porque ella quiere. Le puse por nombre Whinney —dijo Ayla, pero en lugar de pronunciar el nombre hizo una imitación perfecta de un relincho. A lo lejos, la yegua amarillenta levantó la cabeza y miró en dirección a Ayla.

—¿Lo has hecho tú? ¿Cómo lo haces?

—Fijándome y practicando. Ése es su nombre. Normalmente digo «Whinney» para que la gente me entienda, pero no es así como lo digo cuando la llamo a ella. El

corcel es hijo suyo. Yo estaba presente cuando nació. Y Jondalar también. Él le puso por nombre «Corredor», pero eso fue más tarde.

—Corredor se usa para referirse a alguien que corre mucho o que siempre quiere ir por delante de los demás —comentó el niño.

—Eso mismo me dijo Jondalar. Le puso ese nombre porque a Corredor le encanta correr y siempre quiere ir delante, por lo que a veces le tenemos que poner una cuerda. Entonces sigue a su madre —explicó Ayla y siguió cepillando al animal. Ya estaba acabando.

—¿Y el lobo? —preguntó Lanidar.

—Es poco más o menos la misma historia. Me quedé con él cuando acababa de nacer. Maté a su madre porque me robaba los armiños de las trampas que yo ponía. No sabía que estuviese criando. Era invierno y nevaba, y la madre había tenido a sus cachorros fuera de temporada. Seguí sus huellas hasta la guarida. Era una loba solitaria, sin otros lobos que la ayudaran, y habían muerto todos los lobeznos menos uno. Saqué al lobo de la guarida cuando aún no tenía los ojos totalmente abiertos. Creció entre los niños mamutoi, y cree que las personas son su manada.

—¿Qué significa ese nombre con el que lo llamas? —quiso saber Lanidar.

—Lobo. Es la palabra que usan los mamutoi para referirse a los lobos —explicó Ayla—. ¿Quieres conocerlo?

—¿Qué quieres decir con eso de «conocerlo»? ¿Cómo puede conocerse a un lobo?

—Ven y lo verás —dijo ella. El niño se acercó con cautela—. Dame la mano y dejaremos que Lobo olfatee y se acostumbre a tu olor; luego puedes frotarle el pelo.

A Lanidar le daba miedo acercar la mano sana a la boca de un lobo, pero poco a poco la tendió. Ayla la acercó al hocico del lobo, que la olfateó y la lamió.

—¡Hace cosquillas! —exclamó el niño con un nervioso estremecimiento.

—Puedes tocarle la cabeza, le gusta que le rasquen —dijo Ayla enseñando a Lanidar cómo hacerlo. El niño sonrió encantado al tocar al animal, pero alzó la cabeza al oír el relincho del caballo—. Me parece que Corredor también quiere que le hagan caso. ¿Quieres acariciarlo?

—¿Puedo? —preguntó Lanidar.

—Ven, Corredor —llamó Ayla haciéndole un gesto para que se acercara.

El caballo castaño, con las crines, la cola y la parte inferior de las patas negras, volvió a relinchar, dio unos pasos hacia la mujer y el niño y bajó la cabeza, obligando a retroceder a Lanidar. No era un carnívoro con la boca llena de dientes afilados, pero eso no significaba que no supiera defenderse. Ayla buscó algo en la mochila.

—Muévete despacio, déjalo que te olfatee. Es así como te conocen los animales; luego puedes acariciarle el hocico o la cabeza.

El niño hizo lo que Ayla le indicaba.

—¡Tiene el hocico suave! —exclamó Lanidar.

De pronto apareció Whinney y apartó a Corredor. El niño se sobresaltó. Ayla ya había visto que la yegua se acercaba decidida a averiguar qué ocurría.

—Whinney también quiere que le prestemos atención —dijo Ayla—. Los caballos son muy entrometidos y les gusta que les hagan caso. ¿Quieres darles de comer?

Lanidar movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Ayla abrió la mano y le enseñó dos trozos blancos de una clase de raíz que sabía que les gustaba a los caballos, zanahoria silvestre.

—¿Puedes sostener con la mano derecha?

—Sí —contestó el niño.

—Entonces puedes dárselas al mismo tiempo —dijo Ayla poniéndole un trozo de raíz en cada mano—. Coloca una mano abierta delante de cada caballo para que la puedan coger. Se ponen celosos si le das a uno y no al otro, y Whinney apartaría a Corredor de un empujón. Es la madre y sabe que puede decirle lo que debe hacer.

—¿Las madres de los caballos también mandan?

—Sí, incluso las madres de los caballos. —Ayla se puso en pie y cogió el cabestro con las cuerdas atadas—. Tendríamos que irnos, Lanidar. Jondalar nos espera. Tendré que volver a atar a Whinney y Corredor. No me gusta, pero lo hago por su propia seguridad. No quiero que se paseen demasiado hasta que todo el mundo sepa que no deben cazarlos. He pensado que les convendría más tener un cercado, para que no se les enreden las cuerdas en la hierba y los matorrales.

El matorral prendido de la cuerda de Corredor estaba tan enredado que tuvo que dejarlo.

Fue a buscar la mochila. Ayla recordaba que había guardado el hacha pequeña que Jondalar le había hecho cuando viajaban, la que normalmente llevaba colgada por el mango de una correa prendida al cinturón. Sería más fácil deshacer el nudo si antes podía cortar el matorral. Revolvió en el fondo de la mochila y la encontró. En cuanto verificó que ya no quedaba nada prendido a las cuerdas, volvió a amarrar a los caballos y recogió la mochila y la liebre para dársela a quien encontrase trabajando en el campamento de la Novena Caverna. Luego miró al niño.

—Si te enseño a silbar como los pájaros, ¿me harás un favor, Lanidar?

—¿Cuál?

—A veces tengo que salir todo el día. ¿Te importaría pasar a ver a los caballos de vez en cuando si yo no estoy? Entonces sí podrás llamarlos con el silbido. Bastará con que compruebes que las cuerdas no estén enredadas y les prestes un poco de atención. Les gusta tener compañía. Y si pasa algo anormal, me vienes a buscar. ¿Te ves capaz de hacerlo?

El niño no podía creer que estuviera pidiéndole aquello. Jamás habría soñado que la mujer pudiera pedirle una cosa así.

—¿Puedo darles de comer? Me ha gustado cuando han comido de mi mano.

—¡Claro que sí! Puedes darles un poco de hierba fresca, y zanahorias silvestres, que les encantan. Ya te enseñaré cuáles son los otros tubérculos que les gustan. Ahora tengo que irme. ¿Quieres acompañarme a ver la demostración del lanzavenablos que hace Jondalar?

—Sí —contestó Lanidar.

Ayla regresó al campamento con el niño, imitando los trinos de los pájaros por el camino.

Cuando Ayla, Lobo y Lanidar llegaron al campo designado para la demostración del lanzavenablos, ella vio maravillada que había unos cuantos lanzavenablos más junto al de Jondalar. Algunas personas que habían visto la primera demostración en las cavernas vecinas habían elaborado su propia versión del arma, y demostraban su eficacia con relativo éxito. Jondalar la vio llegar y la miró con expresión de alivio. Ella echó a correr hacia él.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó de inmediato—. Muchos se han hecho un lanzavenablos después de la anterior demostración, pero ya sabes la práctica que se requiere para desarrollar la puntería. Por ahora soy el único capaz de dar en el blanco al que apunto. Me parece que empiezan a pensar que mi habilidad es cuestión de suerte y que nadie más será capaz de acertar con esta arma. No he querido hablarles de ti. Me ha parecido que una demostración de tu puntería causaría más efecto. Menos mal que ya has llegado.

—He cepillado los caballos y los he dejado correr un poco. Corredor tiene ya mejor el ojo —explicó Ayla—. Tenemos que pensar en algo para retenerlos que no sean las cuerdas, porque se enredan en la hierba y los matorrales. Podríamos construirles un cercado o algún tipo de recinto. He pedido a Lanidar que se encargue de ellos cuando nosotros no estemos. Ha conocido a los caballos y les ha caído bien.

—¿Quién es Lanidar? —preguntó Jondalar, un tanto impaciente.

Ayla señaló al niño que tenía al lado, y que intentaba esconderse del hombre alto que parecía enfadado y que lo intimidaba.

—Éste es Lanidar de la Decimonovena Caverna, Jondalar. Alguien le dijo que había caballos en el prado donde hemos acampado y fue a verlos.

Jondalar no le prestó mucha atención, preocupado como estaba por la demostración, que no iba tan bien como él esperaba. Sin embargo, cuando vio el brazo deforme del niño y la expresión de inquietud de Ayla, comprendió que ella estaba intentando decirle alguna cosa que seguramente tenía que ver con el niño.

—Me parece que podría ayudarnos —insistió ella—. Incluso ha aprendido el silbido que utilizamos para llamar a los caballos. Me ha prometido no usarlo sin una buena razón.

—Me alegro de saberlo —dijo Jondalar fijándose en el niño—. Nos vendrá bien un poco de ayuda.

Lanidar se relajó ligeramente, y Ayla sonrió a Jondalar.

—También ha venido a ver la demostración. ¿Qué has puesto como blanco? —preguntó mientras caminaban hacia la multitud, compuesta mayoritariamente de hombres. Algunos parecían a punto de irse.

—Un fardo de hierba con una piel enrollada alrededor, y dibujos de ciervos en la piel —contestó él.

Ayla sacó una lanza y el lanzavenablos mientras caminaba, y en cuanto vio los blancos, apuntó y lanzó. El disparo cogió a más de uno por sorpresa, porque no esperaban que una mujer fuera capaz de lanzar a aquella velocidad. Ayla hizo unas cuantas demostraciones más, pero un blanco inmóvil era demasiado sencillo. Aunque era evidente que el venablo llegaba más allá de lo que ellos habían visto lanzar a una mujer, ya habían tenido ocasión de ver a Jondalar hacer eso mismo varias veces, y no les parecía demasiado excepcional.

El niño se dio cuenta enseguida. Se había colocado detrás de ella, porque no estaba seguro de si Ayla quería que se quedara o se marchara. La tocó con un leve golpe para llamar su atención y propuso:

—¿Por qué no le pides al lobo que te encuentre un conejo o algún otro animal por el estilo?

La mujer le sonrió e hizo una muda señal a Lobo. El área de terreno estaba muy pisoteada por la gente y era poco probable que hubiera allí muchos animales, pero si había alguno, el lobo lo encontraría. Algunos vieron con cierto temor que el animal se alejaba de Ayla. Empezaban a acostumbrarse a ver al carnívoro con la mujer, pero no les hacía ninguna gracia que fuera por su cuenta.

Antes de que llegara Ayla, un hombre había preguntado a Jondalar cuál era el alcance de su lanzavenablos, pero él le había contestado que se le habían terminado las lanzas y tenía que recogerlas antes de poder tirar de nuevo. Jondalar y un grupo de hombres se disponían a salir a recogerlas cuando Ayla avistó a Lobo en una postura que significaba que había descubierto algo. De pronto, un ruidoso urogallo apareció cerca de una pequeña arboleda, en una ladera próxima al campo de tiro. Ayla había estado esperando con una lanza ligera colocada en el lanzavenablos, una que ella y Jondalar habían empezado a utilizar para aves y animales pequeños.

Arrojó la lanza a una velocidad increíble, fruto de la experiencia y del instinto. El ave lanzó un grito al sentirse herida, y eso atrajo las miradas de la gente. La vieron caer desde el cielo. De repente se renovó el interés por el arma de caza.

—¿A qué distancia puede lanzar? —quería saber el hombre que ya antes había hecho esa misma pregunta.

—Pregúntale a ella —contestó Jondalar.

—¿Sólo lanzar o también acertar en el blanco? —preguntó Ayla.

—Las dos cosas —respondió el hombre.

—Si quieres ver hasta dónde puede llegar una lanza arrojada mediante el lanzavenablos, tengo una idea mejor. —Se volvió a hablar con el niño—. Lanidar, ¿quieres enseñarles hasta dónde puedes arrojar la lanza? —El niño miró alrededor

tímidamente, pero ella sabía que no había vacilado al hablar o hacer preguntas cuando estaba con ella, y pensaba que ser el centro de atención no lo amilanaría. Lanidar miró a Ayla y aceptó con un gesto de asentimiento.

—¿Recuerdas cómo has tirado la lanza antes?

El niño volvió a asentir con la cabeza.

Ayla le entregó el lanzavenablos y una lanza, otra especial para pájaros; sólo le quedaban dos venablos ligeros. A Lanidar le costó un poco encajar la lanza en el lanzavenablos con el brazo más corto, pero lo consiguió. Después se dirigió hacia el centro del campo de entrenamiento, echó atrás el brazo izquierdo y lanzó como lo había hecho antes, dejando que la parte posterior del arma se levantara y añadiera su fuerza para empujar más lejos la lanza. No hizo ni la mitad de distancia que las lanzas de Ayla o Jondalar, pero seguía siendo mucho más lejos de lo que nadie esperaba de un niño, y más de un niño con su defecto físico.

Cada vez había más gente mirando y ya nadie parecía interesado en irse. El hombre que había pedido la demostración miró al niño, advirtió los adornos de su túnica y su pequeño collar y pareció extrañado.

—Este niño no es de la Novena Caverna, es de la Decimonovena. Tú acabas de llegar. ¿Cuándo ha aprendido, pues, a utilizar el lanzavenablos?

—Esta mañana —contestó Ayla.

—¿Ha arrojado una lanza a esa distancia habiendo aprendido esta mañana?

Ayla asintió con la cabeza.

—Sí. Aún no ha aprendido a apuntar, pero eso ya llegará con el tiempo y la práctica —contestó, y miró al niño.

Lanidar tenía en los labios una sonrisa tan ufana que Ayla no pudo evitar sonreír también. El niño le devolvió el lanzavenablos y ella eligió una lanza ligera, la colocó y lanzó con todas sus fuerzas. Todos observaron cómo surcaba el aire e iba a clavarse más allá de donde Jondalar había dispuesto los blancos. Como todos seguían la lanza con la mirada, pocos vieron que ella había cogido otra lanza y que la arrojó también. Acertó a uno de los blancos con un chasquido, y varias personas volvieron la cabeza sorprendidas al ver la larga punta clavada en el cuello del ciervo pintado.

El murmullo aumentó, y cuando Ayla buscó a Jondalar con la mirada, vio que su sonrisa era tan ufana como la de Lanidar. La gente se apiñó alrededor deseando ver y probar los lanzavenablos. Pero cuando le pidieron que les dejara utilizar el suyo, Ayla se dirigió a Jondalar con la excusa de que debía encontrar a Lobo. Si bien no le importaba enseñar el funcionamiento de su arma, no le gustaba demasiado prestarla, aunque no sabía exactamente por qué. Nunca había poseído nada que sintiera tan suyo.

Estaba un poco preocupada por el paradero de Lobo. Lo encontró sentado con Folara y Marthona en la ladera. Vio que la miraban y que sostenían en alto el urogallo. Se encaminó hacia ellas. Una mujer se le acercó mientras salía del campo de tiro, y Ayla reparó en que Lanidar la acompañaba pero un poco por detrás.

—Soy Mardena de la Decimonovena Caverna de los zelandonii —se presentó la mujer tendiendo las dos manos para saludarla—. Somos los anfitriones de este año. En nombre de la Madre, te doy la bienvenida a la Reunión de Verano.

Era una mujer menuda y delgada. Ayla notó el parecido con Lanidar.

—Yo soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes del Campamento del León de los mamutoi. En nombre de Doni, La Gran Madre Tierra, también conocida como Mut, yo te saludo —contestó.

—Soy la madre de Lanidar —dijo Mardena.

—Lo suponía. Os parecéis.

La mujer notó el extraño acento de Ayla y se puso un poco nerviosa.

—Quería preguntarte de qué conoces a mi hijo. Se lo he preguntado a él, pero cuando se lo propone se queda mudo —explicó la madre, un tanto exasperada.

—Son cosas de niños —comentó Ayla sonriente—. Alguien le dijo que había caballos en nuestro campamento y fue a verlos. Yo estaba allí en ese momento.

—Espero que no te haya molestado —dijo Mardena.

—Ni mucho menos. De hecho, podría ayudarme mucho. No quiero que los caballos se acerquen a la gente por su propia seguridad hasta que todo el mundo se acostumbre a ellos y sepa que no ha de cazarlos. Quiero construirles un cercado, pero aún no he tenido tiempo para ello, y los tengo amarrados con unas cuerdas. Pero las cuerdas se enmarañan con la hierba y los matorrales al arrastrarlas por la tierra, y entonces los caballos apenas pueden moverse. He pedido a Lanidar que pase a verlos cuando yo no pueda ir a cuidarlos, y que me avise si pasa algo. Quiero asegurarme de que están bien.

—Es pequeño, y los caballos son muy grandes, ¿no? —preguntó la madre del niño.

—Sí, lo son, y si hay mucha gente alrededor o se encuentran en una situación desconocida, pueden asustarse. Pueden empujar o dar coces, pero se han portado muy bien con Lanidar. Son muy buenos con los niños y con la gente que conocen. Puedes ir tú también y comprobarlo. Pero si te preocupa que le pase algo a Lanidar, buscaré a otra persona —dijo Ayla.

—¡No digas que no, madre! —suplicó el niño—. Quiero hacerlo. Me los ha dejado tocar y han comido de mi mano, de las dos manos. ¡Y Ayla me ha enseñado a tirar con el lanzavenablos! ¡Todos los niños tiran lanzas y yo nunca lo había hecho!

Mardena sabía que su hijo ansiaba ser como los demás niños, pero creía que debía entender que nunca lo sería. Le había dolido cuando el hombre con quien había estado emparejada la había dejado después del nacimiento de Lanidar. Estaba segura de que se avergonzaba del niño, y pensaba que todos los demás sentían lo mismo. Además de su deformidad, Lanidar era pequeño para su edad, y ella intentaba protegerlo. Todo eso de las lanzas a ella la traía sin cuidado. Sólo había ido a la demostración porque asistía todo el mundo y porque pensaba que Lanidar se distraería, pero lo había buscado y no lo había encontrado. Nadie se había quedado

más asombrada que ella cuando la forastera le pidió al niño que hiciera una demostración de tiro con la nueva arma, y quería averiguar cómo se habían conocido ella y su hijo. Ayla comprendía sus dudas.

—Si no estás muy ocupada, ¿por qué no vienes mañana por la mañana al campamento de la Novena Caverna con Lanidar? —sugirió Ayla—. Cuando veas al niño con los caballos, tomas una decisión.

—Madre, puedo hacerlo —rogó Lanidar—. Sé que puedo hacerlo.

Capítulo 26

—Tengo que pensármelo —dijo Mardena—. Mi hijo no es como los demás niños. No puede hacer las mismas cosas que ellos.

Ayla miró a la mujer.

—No sé si te entiendo.

—Ya debes haberte dado cuenta de que el brazo lo limita.

—Un poco sí, pero mucha gente aprende a superar esas limitaciones.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Mardena—. Tú misma debes ver que nunca podrá ser cazador, y no puede hacer cosas con las dos manos. No le quedan muchas opciones.

—¿Por qué no puede cazar o aprender a hacer cosas? —dijo Ayla—. Es inteligente. Tiene buena vista. Tiene un brazo que funciona perfectamente y el otro no del todo inútil. Puede andar, e incluso correr. He visto a personas que superaban problemas más graves. Sólo necesita a alguien que le enseñe.

—¿Y quién le enseñará? No quiso hacerlo ni siquiera el hombre de su hogar.

Ayla empezó a comprender la situación.

—Yo estoy dispuesta a enseñarle, y seguro que Jondalar me ayudará. Lanidar tiene el brazo izquierdo muy fuerte. Tendrá que aprender a compensar el defecto del brazo derecho, a encontrar el equilibrio y la precisión, pero estoy segura de que puede aprender a arrojar una lanza, sobre todo con un lanzavenablos.

—¿Y por qué vas a tomarte la molestia? —preguntó la mujer—. No vivimos en tu caverna. Ni siquiera lo conoces.

Ayla tuvo la impresión de que Mardena no creía que estuviera dispuesta a hacerlo sencillamente porque le caía bien Lanidar, al que acababa de conocer.

—Me parece que todos tenemos la obligación de enseñar lo que sabemos a los niños —declaró—. A mí acaban de aceptarme los zelandonii, necesito contribuir a las actividades de mi gente para demostrar que me merezco su acogimiento. Además, si él me ayuda con los caballos, estaré en deuda con él, y desearía compensarlo con algo del mismo valor. Eso es lo que me enseñaron cuando era pequeña.

—¿Y si no aprende a cazar por más que intentes enseñarle? No querría que se hiciera demasiadas ilusiones.

—Ha de aprender a valerse por su cuenta, Mardena. ¿Qué hará cuando sea mayor y tú demasiado vieja para protegerlo? No querrás que se convierta en una carga para los zelandonii. Yo tampoco, viva donde viva.

—Sabe recoger alimentos con las mujeres —adujo Mardena.

—Sí, y es una magnífica aportación, pero debería aprender otras cosas. Al menos debería intentarlo.

—Quizá tengas razón, pero ¿qué podría hacer? No estoy segura de que pueda llegar a cazar —insistió la madre de Lanidar.

—Ya has visto cómo lanzaba, ¿no? Acaso no llegue a ser un cazador excelente, aunque en realidad no veo ningún motivo para que no pueda serlo, pero como mínimo si aprende a cazar, unas cosas podrían llevar a otras.

—¿Por ejemplo?

Ayla pensó apresuradamente.

—Lanidar silba muy bien, Mardena. Lo he oído. Una persona que sabe silbar a menudo puede imitar los sonidos de los animales. Si él aprendiera a hacerlo, podría hacer el reclamo, y atraer así a los animales hacia los cazadores. Para eso no se necesitan brazos, pero ha de acercarse a los animales para escucharlos y aprender sus sonidos y sus voces.

—Es verdad, silba bien —convino Mardena, como si no lo considerara algo positivo—. ¿De verdad crees que podría serle útil?

Lanidar había escuchado la conversación con mucho interés.

—Ella silba, madre —intervino—. Sabe silbar como los pájaros. Y silba para llamar a los caballos, pero también sabe imitar a los caballos, y parece casi uno de ellos.

—¿Es verdad? ¿Puedes imitar el relincho de un caballo? —preguntó la madre.

—Mardena, ¿por qué no venís tú y Lanidar mañana por la mañana a visitar el campamento de la Novena Caverna? —propuso Ayla. Estaba segura de que la mujer le pediría una demostración, y no quería lanzar un relincho de caballo en medio de tanta gente, porque todos se volverían a mirarla.

—¿Puedo llevar a mi madre? —preguntó la mujer—. Seguro que le gustaría venir.

—Claro que sí. ¿Por qué no venís los tres a comer?

—De acuerdo. Iremos mañana por la mañana —dijo Mardena.

Ayla observó alejarse al niño y su madre. Antes de darse media vuelta para reunirse de nuevo con las dos mujeres y el lobo, vio que Lanidar se volvía a mirarla con una radiante sonrisa de agradecimiento.

—Aquí tienes tu ave —dijo Folara, y alzó el urogallo con la pequeña lanza clavada mientras Ayla se acercaba—. ¿Qué harás con ella?

—Pues como he invitado a unas personas a comer con nosotros mañana, creo que la guisaré —contestó Ayla.

—¿A quiénes has invitado? —preguntó Marthona.

—A esa mujer con la que hablaba.

—¿A Mardena? —preguntó Folara, extrañada.

—Y también a su hijo y su madre.

—No los invita nadie, salvo a las fiestas comunitarias, claro está —comentó Folara.

—¿Por qué no? —preguntó Ayla.

—Ahora que lo dices, no estoy muy segura —respondió Folara—. Mardena es una mujer muy cerrada. Creo que ella misma se culpa, o cree que los demás la culpan por el brazo del niño.

—Hay gente que sí la culpa —aclaró Marthona—, y el niño puede tener problemas para encontrar pareja. Las otras madres temerán que aporte espíritus deformes a la unión.

—Siempre se lleva al niño a todas partes —añadió Folara—. Me parece que le preocupa que los otros se burlen de él si lo deja ir solo por ahí. Seguramente es eso lo que harían. Dudo que tenga amigos. Ella no le deja ninguna oportunidad.

—Me lo imaginaba —dijo Ayla—. Me da la impresión de que es muy protectora. Demasiado. Cree que el brazo deforme le limita la capacidad, pero yo opino que su principal limitación no es el brazo, sino su madre. Le da miedo que sufra, pero el niño ha de crecer algún día.

—¿Por qué lo has escogido a él para el lanzamiento, Ayla? —preguntó Marthona —. Me ha parecido que ya lo conocías.

—Alguien le había dicho que había caballos donde estábamos acampados, él lo llama Prado de Arriba, y vino a verlos. Yo estaba allí cuando llegó. Creo que él sólo quería apartarse de la gente y de su madre, y también creo que la persona que le dijo lo de los caballos no le debió comentar que nosotros estábamos acampados allí porque quería que le reprendieran, ya que Jondalar y Joharran habían hecho correr la voz de que la gente no se acercara a los caballos. A mí no me importa que la gente quiera verlos; lo que no quiero es que piensen que pueden cazarlos. Ya están acostumbrados a los humanos y no huirían.

—Seguro que has dejado a Lanidar tocar a los caballos y se ha emocionado mucho, como todo el mundo —dijo Folara sonriente.

Ayla sonrió también.

—Todo el mundo quizá no, pero creo que cuando la gente llegue a conocerlos se dará cuenta de que son especiales y ya a nadie se le ocurrirá cazarlos.

—Posiblemente tienes razón —convino Marthona.

—A los caballos les ha caído bien el niño, y él enseguida ha aprendido a silbar para llamarlos. Por eso le he pedido que los vigile cuando yo no estoy. No imaginé que su madre pusiera reparos —comentó Ayla.

—Pocas madres se opondrían a que un hijo que pronto contará doce años aprenda más cosas sobre los caballos o sobre cualquier otro animal —dijo Marthona.

—¿Tantos años? Yo pensaba que tenía nueve, o como mucho diez. Me habló de la demostración del lanzavenablos de Jondalar, pero me dijo que no quería ir porque no sabía lanzar. Me dio la impresión de que en realidad se creía incapaz de hacerlo, por eso le he enseñado a utilizarlo. Ahora que he hablado con Mardena entiendo de dónde ha sacado esa idea, pero a su edad debería aprender otras cosas además de recoger bayas con su madre. —Ayla miró a las dos mujeres—. Aquí hay tanta gente que es imposible conocer a todo el mundo. ¿Cómo es que conocéis a Lanidar y su madre?

—Cuando nace un niño con un defecto, se entera todo el mundo —explicó Marthona—, y se habla. No necesariamente de una forma negativa. Por lo general, la gente se pregunta qué razón puede haber para que pase ese tipo de desgracia y espera que no le ocurra una cosa así con sus propios hijos. Y cuando el hombre de su hogar la dejó, también nos enteramos todos. Muchos piensan que ese hombre se avergonzaba de llamar a Lanidar hijo de su hogar, pero yo creo que Mardena tiene parte de la culpa. No quería que nadie viera al niño, ni siquiera su compañero. Quiso esconderlo; siempre le tapaba el brazo y se mostraba muy protectora con él.

—Ése es el problema del niño, que su madre todavía lo protege. Cuando le he dicho que le había pedido a Lanidar que vigilara a los caballos cuando yo no estuviera, ella no quería permitirlo. Yo no estaba pidiéndole nada que el niño no fuera capaz de hacer. Sólo necesito a alguien que los vigile un poco y me pueda avisar si pasa algo —dijo Ayla—. Mañana trataré de convencerla de que los caballos no le harán ningún daño a su hijo. Además, le he prometido a Lanidar que lo enseñaré a cazar, o como mínimo a arrojar una lanza. No sé cómo irá, pero la verdad es que la oposición de su madre me ha decidido aún más a enseñarle.

Las otras dos mujeres sonrieron comprensivas.

—¿Queréis decirle a Proleva que mañana por la mañana tendremos visita? —preguntó Ayla—. ¿Y que guisaré el urogallo?

—No olvides la liebre —recordó Marthona—. Salova me ha dicho que has cazado una esta mañana. ¿Quieres que te ayudemos a cocinar?

—Sólo si ha de venir más gente a comer —contestó Ayla—. Me parece que cavaré un horno en la tierra, lo revestiré de piedras calientes, y asaré el urogallo y la liebre juntos, por la noche. Puede que añada hierbas y verduras.

—La comida hecha en un horno de tierra queda muy tierna —comentó Folara—. ¡Se me abre el apetito!

—Folara, creo que deberíamos ayudar —propuso Marthona—. Si Ayla cocina, hay que contar con que mucha gente sentirá curiosidad y se acercará con la intención de probar su guiso. ¡Ah, me olvidaba! Me han pedido que te diga, Ayla, que mañana por la tarde se celebra una reunión en el alojamiento de la zelandonia a la que acudirán todas las mujeres que van a emparejarse, y sus madres.

—Yo no puedo llevar a mi madre —dijo Ayla preocupada. No quería ser la única que fuese sin su madre, si todas las demás lo hacían.

—No es habitual que vaya acompañada por la madre de su futuro compañero, pero si quieres, como la mujer de la que naciste no está, yo la sustituiré con mucho gusto —se ofreció la madre de Jondalar.

—¿De verdad? —dijo Ayla encantada—. Te lo agradecería mucho.

«Una reunión de todas las mujeres a punto de emparejarse, pensó Ayla. Pronto seré la compañera de Jondalar. Ojalá Iza estuviera aquí. Sería ella la madre que debería acompañarme, y no la mujer de la que nací. Pero como las dos caminan ya por el otro mundo, me alegro mucho de que Marthona quiera venir conmigo. ¡Y a Iza

le habría gustado tanto! Ella pensaba que no encontraría pareja, y quizá no la habría encontrado si me hubiera quedado con el clan. No se equivocó al aconsejarme que me marchara en busca de los míos, en busca de un compañero; pero la añoro, como a Creb y a Durc. He de dejar de pensar en ellos».

—¿Os importaría llevaros el urogallo si volvéis al campamento? —preguntó Ayla —. Yo iré a cazar algo más para la comida de mañana.

Detrás del campamento principal de la Reunión de Verano, hacia la derecha, los montes de piedra caliza habían adoptado la forma de un gran cuenco poco profundo, curvo en los lados, pero abierto por la zona frontal. La base de las pendientes curvas convergía en un campo de escasa extensión pero relativamente uniforme, que había terminado de nivelarse con piedras y tierra apisonadas a lo largo de los muchos años que el lugar había sido utilizado para la celebración de grandes asambleas. Las laderas cubiertas de hierba de la cara interna del cuenco ascendían en una pendiente gradual e irregular, salpicada de hondonadas y elevaciones, áreas menos escarpadas que habían sido allanadas para proporcionar espacios a grupos familiares o incluso a cavernas enteras donde sentarse juntos y gozar de una buena vista del espacio abierto que se extendía abajo. La superficie en pendiente tenía unas dimensiones suficientemente grandes para dar cabida a todo el campamento de la Reunión de Verano con sus más de dos mil personas.

En un bosquecillo próximo a la accidentada cresta había un manantial que alimentaba una pequeña charca, cuyas aguas se desbordaban y descendían por el medio de la pendiente en forma de cuenco, seguían a través del llano valle e iban, finalmente, a desembocar en el cauce mayor en torno al que se había plantado el campamento. El arroyo era tan pequeño que la gente lo cruzaba con facilidad, pero la charca de aguas claras y frías de lo alto proporcionaba una fuente permanente de agua limpia y potable.

Ayla subió hacia los árboles por un sendero paralelo al arroyo, tan poco caudaloso que apenas teñía de humedad brillante las piedras del lecho. Se detuvo a beber del manantial y luego se dio media vuelta. El chispeante hilo de agua que resbalaba ladera abajo le llamó la atención. Observó cómo se unía al riachuelo, que atravesaba el amplio y populoso campamento y continuaba hacía el siguiente valle y el Río. Era un paisaje perfilado por el relieve pronunciado de los altos montes, los precipicios de piedra caliza y los valles cruzados por ríos.

Captó su atención el sonido que se elevaba desde el campamento, canalizado por la ladera circular. Era un sonido distinto a cuantos conocía: las voces del gran número de gente que charlaba en el campamento fundidas en un solo sonido. El murmullo de voces unidas era como un rugido ahogado, aunque a veces se oían gritos, llamadas y protestas. Aun sin ser igual, recordaba al zumbido de un gran panal de abejas o los bramidos de una manada de uros a lo lejos, y se alegró de aquel momento de soledad.

Aunque no estaba completamente sola. Vio a Lobo husmear en todas las grietas y agujeros, y sonrió. Ayla dio gracias por tenerlo a su lado. Por otra parte, aunque no estaba habituada a tal cantidad de gente reunida en el mismo lugar, tampoco le apetecía estar sola. Ya había tenido soledad suficiente en el valle que había encontrado después de abandonar el clan, y no estaba segura de haberlo podido resistir sin la compañía primero de Whinney y después de Bebé. Incluso con ellos, había sido una vida solitaria. Afortunadamente, ella ya sabía conseguir comida y hacer lo necesario para sobrevivir, por lo que aprendió a disfrutar de la libertad absoluta… y sus consecuencias. Por primera vez pudo hacer lo que deseaba, incluso adoptar un potro o un león. Viviendo sola, sin depender más que de sí misma, había descubierto que una persona podía vivir un tiempo en soledad relativamente bien si era joven, sana y fuerte. Pero al enfermar tomó conciencia de su vulnerabilidad.

Comprendió entonces que no estaría viva si el clan no hubiera permitido que una niña débil y herida, huérfana a causa de un terremoto, viviera con ellos pese a haber nacido entre aquéllos a quienes llamaban los Otros. Más adelante, cuando ella y Jondalar vivían entre los mamutoi, había comprendido que vivir en grupo, cualquiera que éste fuese, incluso aunque en él se creyera que los deseos de las personas son importantes, limitaba la libertad individual porque las necesidades de la comunidad eran igualmente relevantes. La supervivencia dependía de la cooperación de un grupo, un clan, un campamento o una caverna, cuyos miembros trabajaran en colaboración y se ayudaran mutuamente. Siempre existía un conflicto entre el individuo y el grupo, y era difícil hallar un equilibrio eficaz por muchas que fueran las ventajas.

La cooperación del grupo ofrecía a los individuos más de lo que era esencial. También les garantizaba tiempo libre para dedicarlo a actividades más agradables, lo cual permitía que el sentido estético se desarrollara entre los Otros. El arte que creaban no era arte en sí mismo, porque era una parte inherente de la vida, de su existencia cotidiana. Puede decirse que todos los miembros de una caverna zelandonii se enorgullecían de dominar un oficio y, en mayor o menor medida, valoraban el fruto de la destreza de otros. Desde que eran niños se les permitía experimentar para que encontraran aquello en lo que sobresalían, y los oficios prácticos no se consideraban más importantes que el talento artístico.

Ayla recordó que Shevoran, el hombre que había muerto en la cacería de bisontes, había sido fabricante de lanzas. No era el único de la Novena Caverna que sabía hacer lanzas, pero la especialización en un oficio daba pie a una habilidad superior, y eso mejoraba la posición del individuo que la poseía, y a menudo también su capacidad para poder adquirir todo aquello que le era necesario para vivir bien. Los zelandonii, como casi todos los pueblos que Ayla había conocido o con los que había vivido, compartían la comida, aunque el cazador o recolector que la proporcionaba tenía unos derechos especiales. Un hombre o una mujer podía sobrevivir sin tener que

ir nunca a buscar comida, pero nadie podía vivir bien sin un oficio especializado o determinadas dotes que le confirieran prestigio.

Si bien para ella continuaba siendo un concepto difícil, Ayla había aprendido cómo se intercambiaban mercancías y servicios entre los zelandonii. Casi todo lo que se elaboraba o hacía, tenía un valor, pese a que a veces su utilidad práctica no fuera evidente. El valor solía pactarse normalmente por consenso o mediante regateos individuales. El resultado era que el trabajo especialmente esmerado se recompensaba por encima de la media, en parte porque la gente lo prefería, y eso generaba demanda, y en parte porque con frecuencia hacer las cosas bien requería más tiempo. Tanto el talento como la destreza se valoraban mucho, y la mayoría de los miembros de la caverna tenía un sentido estético muy desarrollado dentro de sus propios cánones.

Una lanza bien acabada y decorada con buen gusto poseía más valor que otra que estuviera igual de bien acabada pero con una finalidad sólo funcional, y a la vez ésta era infinitamente más valiosa que una lanza hecha sin especial cuidado. Una cesta torpemente tejida hacía el mismo servicio que otra realizada con habilidad y con texturas y dibujos sutiles o pintada en varios tonos, pero no era igualmente deseable. La que sólo era útil podía utilizarse para poner dentro las raíces recién arrancadas, pero una vez limpias y secas se prefería guardarlas en una cesta bonita.

No sólo se valoraban los trabajos artesanales. El entretenimiento se consideraba fundamental. Los largos inviernos confinaban a la gente en sus moradas durante prolongados períodos de tiempo, y era necesario encontrar maneras de aligerar la tensión del confinamiento. Se cantaba y bailaba, tanto individualmente como en comunidad, y quienes sabían tocar la flauta estaban tan valorados como los que hacían lanzas o cestas. Ayla ya había podido constatar la consideración de que gozaban los fabuladores. Incluso el clan contaba con sus propios fabuladores, recordó Ayla, y la mayor satisfacción de la gente era volver a escucharlos contar historias que ya conocían.

A los Otros también les gustaba escuchar las mismas historias, pero también valoraban la novedad. Jóvenes y viejos jugaban con entusiasmo a las adivinanzas y a los juegos de palabras. Se recibía con los brazos abiertos a los visitantes, aunque sólo fuera por las anécdotas que contaban. Se les pedía que relataran su vida y sus aventuras, tanto si eran buenos narradores como si no, porque siempre tenían algún interés y daban que hablar durante las largas horas que pasaban sentados al lado del fuego en invierno. Casi todo el mundo era capaz de contar una historia interesante, pero a quienes demostraban una gracia especial se los impulsaba a visitar las cavernas vecinas, y así nacieron los fabuladores ambulantes. Los había que se pasaban la vida, o como mínimo unos cuantos años, viajando de caverna en caverna, llevando noticias, transmitiendo mensajes y contando historias. Era a ellos a quienes mejor se recibía.

Era fácil identificar a las personas por los adornos de la ropa, o por los collares y demás alhajas que llevaban, pero con el tiempo los fabuladores fueron adoptando una

indumentaria característica que anunciaba su oficio. Hasta los niños sabían cuándo llegaban, y prácticamente todas las actividades se interrumpían cuando se presentaba alguno de estos especialistas del entretenimiento; incluso se suspendían cacerías planeadas. Era un momento propicio para las celebraciones espontáneas, y los fabuladores, aunque pudieran, no cazaban ni recolectaban para sobrevivir. Se les ofrecían regalos para animarlos a volver, y cuando se hacían viejos o se cansaban de ir de un lado a otro, se instalaban en la caverna que preferían.

A veces varios fabuladores viajaban juntos, a menudo con sus familias. Había grupos especialmente apreciados que cantaban y bailaban, o que tocaban instrumentos: diversas formas de percusión, cascabeles, rascadores, flautas y de vez en cuando cuerdas tensadas que se hacían sonar pellizcándolas o punteándolas. Con frecuencia participaban los músicos, cantantes y bailarines de la propia caverna o todo aquel que tuviera una historia que explicar. En ocasiones, las historias se representaban al mismo tiempo que se narraban, pero fuera cual fuese el medio de expresión, la historia y el fabulador eran siempre el centro de atención.

Las historias abarcaban un amplio espectro de temas: mitos, leyendas, sucesos reales, aventuras individuales o descripciones de lugares lejanos o imaginarios, de personas o animales. Una parte del repertorio de los fabuladores que tenía mucha demanda eran los acontecimientos personales de las cavernas vecinas, las habladurías, fueran serias, graciosas, tristes, reales o inventadas. Todo valía, siempre y cuando se supiera narrar. Los fabuladores ambulantes también transmitían mensajes personales, de alguna persona a un amigo o pariente, de un jefe a otro, de un zelandoni a otro, si bien esta comunicación personal podía ser en extremo confidencial. Un fabulador debía demostrar ser digno de confianza para que le encomendaran la notificación de mensajes especialmente secretos o esotéricos entre jefes o zelandonia, y no todos lo eran.

Más allá de la cima, que era uno de los puntos más altos de la zona en cierto diámetro a la redonda, el terreno descendía y luego se nivelaba. Ayla trepó hasta arriba y luego empezó a bajar, cruzando en ángulo por un sendero desdibujado que se había abierto recientemente a través de la ladera de densos zarzales y pinos deslucidos. Se desvió del sendero al pie del monte, donde las parras de la pendiente daban paso a una hierba dispersa. En el lecho seco de un antiguo río, con tal cantidad de piedras que quedaba poco espacio para la vegetación, Ayla cambió de dirección y siguió ladera arriba.

Lobo parecía sentir especial curiosidad. También para él era un territorio nuevo, y lo distraían los montones de piedras o las madrigueras, que desprendían un olor nuevo. Subieron por el rocoso lecho que había atravesado la piedra caliza en la época en que aún bajaba agua; el animal siguió adelante y desapareció detrás de un montículo de rocas. Ayla esperaba que el lobo reapareciese en cualquier momento, pero pasado un tiempo empezó a preocuparse. Se situó junto al montón de rocas,

echó un vistazo alrededor y, finalmente, emitió el silbido específico que utilizaba para llamar al animal. Aguardó. Al cabo de un rato advirtió que se movían las crecidas zarzas de detrás del montículo y lo oyó salir de debajo de los arbustos espinosos.

—¿Dónde te habías metido, Lobo? —preguntó inclinándose hacia él—. ¿Qué hay debajo de esas zarzas para que hayas tardado tanto en volver?

Decidió averiguarlo y se descolgó la mochila para sacar la pequeña hacha que le había tallado Jondalar. La encontró en el fondo. No era la herramienta más indicada para abrirse paso entre los largos tallos llenos de pinchos, pero consiguió despejar un poco el lugar de zarzales y pudo ver no la tierra, como esperaba, sino una cavidad oscura. Sintió curiosidad.

Cortó unas cuantas zarzas más y agrandó la abertura para poder entrar por ella sin arañarse. El terreno descendía hacia lo que parecía una cueva con una entrada suficientemente ancha. Aprovechando la luz de la abertura que ella misma había hecho en el zarzal, se adentró en la cueva, utilizando las palabras de contar para calcular los pasos. Cuando llegó a treinta y uno, notó que se acababa el descenso y se ensanchaba el pasadizo. Aún se filtraba un poco de claridad por la entrada, y cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, vio que se hallaba en un espacio mucho más grande. Miró alrededor y luego decidió retroceder.

—Me gustaría saber si alguien conoce esta cueva, Lobo.

Con el hacha, agrandó aún un poco más la abertura, y después fue a echar un vistazo por las inmediaciones. A corta distancia, aunque rodeado de zarzas, vio un pino de agujas marrones. Parecía muerto. Con el hacha de piedra, se abrió paso entre las duras parras y tocó una rama del pino con la intención de ver si estaba lo bastante seca para partirla. Aunque tuvo que colgarse con todo su peso, consiguió romperla. Se notó la mano pegajosa, y sonrió al ver en la rama unas gotas oscuras de resina. Esa rama le serviría como antorcha cuando lograra encenderla. Recogió unas cuantas ramitas secas y corteza del pino muerto; luego se situó en medio del lecho de río seco y rocoso. Sacó la yesquera de la mochila y, utilizando la corteza troceada y las ramitas como yesca, encendió enseguida un pequeño fuego con la pirita y un fragmento de pedernal con el que prendió la antorcha de pino. Lobo la observaba, y cuando vio que se dirigía de nuevo hacia la cueva, se le adelantó y se adentró como había hecho la primera vez, por la brecha abierta por Ayla en la maraña de zarzas. Mucho tiempo atrás, cuando el lecho seco era el río que había creado la cueva, el techo llegaba mucho más afuera, antes de hundirse y formar el montículo de rocas caído frente a la entrada en la falda del monte.

Ayla trepó por las rocas y penetró por la abertura que había hecho. Alumbrándose con la trémula luz de la antorcha, bajó por la rampa de arena y arcilla, contando de nuevo los pasos. Esta vez necesitó sólo veintiocho pasos para llegar a la parte llana; con la antorcha para iluminar el camino, había podido dar pasos más largos. La ancha galería de la entrada se abría a una amplia cámara en forma de U. Ayla levantó la antorcha, miró alrededor y se le cortó la respiración.

Las paredes, resplandecientes por el recubrimiento de calcita cristalizada, eran superficies puras, limpias, prácticamente blancas. Avanzó poco a poco, y la luz de la antorcha creo en el relieve natural sombras animadas que se perseguían como si tuvieran vida y respiraran. Se acercó aún más a las paredes blancas, que comenzaban un poco por debajo de su barbilla —aproximadamente un metro y medio desde el suelo—, a partir de un saliente redondeado de piedra parduzca, y se arqueaban formando una curva hacia el techo. Antes de la visita a la profunda cueva de Roca de la Fuente no se le habría siquiera ocurrido, pero tras esa experiencia imaginó lo que un artista como Jonokol podría hacer en una cueva como aquélla.

Recorrió la cámara con sumo cuidado, siguiendo la pared. El suelo, desigual, estaba embarrado y resbalaba. En la base de la U, allí donde se curvaba, se abría una estrecha entrada a otra galería. Alzó la antorcha para observar el interior. La parte superior de las paredes era blanca y curva, pero la zona baja era un pasadizo delgado y tortuoso, por lo que Ayla prefirió no entrar. Continuó dando la vuelta y, a la derecha de la entrada de la galería del fondo, descubrió otro pasadizo, pero se limitó a echar un vistazo. Había decidido revelar su hallazgo a Jondalar y a los demás.

Ayla había visto muchas cuevas, la mayoría con hermosos carámbanos suspendidos del techo o cortinas de estalactitas que pendían de las paredes y los correspondientes depósitos de estalagmitas que surgían del suelo, pero nunca había visto una como aquélla. Era una cueva de piedra caliza, pero tenía una capa de marga impermeable que impedía el paso de las gotas de agua saturada de carbonato de calcio y, por consiguiente, la formación de estalactitas y estalagmitas. En cambio, las paredes se hallaban revestidas de cristales de calcio que apenas crecían y formaban grandes paneles blancos que cubrían las prominencias y concavidades del relieve natural de la piedra. Era un lugar extraño y hermoso, la cueva más hermosa que había visto jamás.

Notó que disminuía la luz de la antorcha. Empezaba a acumularse carbón en la punta, y eso sofocaba la llama. En otra cueva simplemente habría dado un golpe contra la pared para desprender la madera quemada y avivar el fuego, pero eso habría dejado una marca negra. Allí, se sentía obligada a ir con cuidado; no podía eliminar el carbón a costa de ensuciar aquellas paredes blancas. Eligió una porción de pared de la franja inferior de piedra oscura. Parte del carbón cayó al suelo cuando golpeó la pared con la antorcha, y sintió ganas de limpiarlo. Aquel lugar tenía algo de sagrado; emanaba espiritualidad, un halo del otro mundo, y ella no deseaba profanarlo en modo alguno.

Movió la cabeza en un gesto de negación. «Por especial que sea, es sólo una cueva, pensó. Un poco de carbón en el suelo no hará ningún mal». Además, vio que el lobo marcaba el lugar sin el menor reparo. Había ido levantando la pata de vez en cuando, proclamando con su aroma que aquél era su territorio. Pero sus marcas no llegaban a las partes blancas.

Ayla regresó al campamento de la Novena Caverna todo lo deprisa que pudo, deseosa de hablar de la cueva con los demás. Sólo cuando llegó y vio gente que terminaba de cavar un hoyo para usarlo como horno de tierra y otras personas que preparaban comida para meterla dentro, recordó que tenía invitados a comer al día siguiente. Había pensado en reunir alimentos para cocinar, cazar algún animal o encontrar alguna planta comestible, y con la excitación de la cueva se había olvidado de todo. Vio que Marthona, Folara y Proleva habían cogido una pata de bisonte entera del pozo frío de almacenamiento.

El día mismo de su llegada a la Reunión de Verano, la gente de la Novena Caverna había cavado un pozo por debajo del nivel de permafrost para conservar la carne de los animales que habían cazado antes de partir y que no habían secado. El territorio zelandonii se hallaba lo bastante cerca del glaciar septentrional para que predominaran las condiciones de permafrost, pero eso no implicaba que la tierra estuviera helada todo el año. En invierno el suelo era duro como el hielo, congelado en toda su superficie; pero en verano se deshelaba una capa a distintas profundidades, desde unos centímetros a varios metros, dependiendo de la vegetación que cubría la superficie y la cantidad de sol o sombra que recibía. La carne almacenada en un pozo excavado hasta la capa helada se mantenía fresca, si bien a la mayoría de la gente no le importaba que la carne se pasara un poco, y a algunos incluso les gustaba más el sabor de la carne un poco descompuesta.

—Lo siento, Marthona —se disculpó Ayla cuando llegó a la hoguera principal—. He ido a buscar más alimentos para la comida de mañana, pero he encontrado una cueva no muy lejos y me he olvidado de todo. Es la cueva más preciosa que he visto en mi vida y os la quería enseñar.

—No sabía que hubiera cuevas por aquí —comentó Folara—. Y menos aún especialmente bonitas. ¿Está muy lejos?

—Al otro lado de aquel monte, detrás del campamento principal —explicó Ayla.

—Allí es a donde vamos a buscar moras a finales del verano —dijo Proleva—, y no hay ninguna cueva.

Otras personas habían oído a Ayla y se habían acercado, entre ellas Jondalar y Joharran.

—Tiene razón —convino Joharran—. No he oído hablar de ninguna cueva en esa zona.

—Está escondida detrás de las zarzas, y de un montón de rocas que tapan la entrada —explicó Ayla—. De hecho, la ha encontrado Lobo. Iba olfateando por el zarzal y desapareció. Lo llamé, y como tardó en venir, me quedé intrigada y fui a ver por dónde había estado. Me abrí paso con el hacha y encontré la cueva.

—No debe de ser muy grande, ¿verdad? —preguntó Jondalar.

—Se adentra en la montaña, y no es precisamente pequeña. Es una cueva fuera de lo común.

—¿Nos la puedes enseñar? —dijo Jondalar.

—Claro —respondió Ayla—. Para eso he venido, pero ahora creo que debería preparar la comida de mañana.

—Acabamos de encender el fuego en el horno de tierra —informó Proleva—, y hemos echado leña abundante. Tardará un buen rato en consumirse y calentar las piedras de dentro. Mientras tanto, íbamos a colocar la comida en la plataforma elevada, así que podríamos ir a ver la cueva sin ningún problema.

—Yo invito a gente a venir a comer, y todo el mundo trabaja menos yo. Como mínimo debería haber ayudado a cavar el horno para asar la carne —dijo Ayla avergonzada. Tenía la sensación de no haber cumplido con su obligación.

—Descuida. Teníamos que cavar un horno de todos modos —aseguró Proleva—. Y éramos muchos. Ahora ya se han marchado casi todos al campamento principal, pero entre todos lo hemos hecho en un momento. Hemos aprovechado la ocasión.

—Vamos a ver esa cueva —propuso Jondalar.

—Pero si nos marchamos todos a la vez, nos seguirá medio campamento —advirtió Willamar.

—Podríamos ir por separado y encontrarnos en la fuente —sugirió Rushemar.

Él era uno de los que habían ayudado a cavar el hoyo para el horno, y esperaba a que Salova acabara de dar el pecho a Marsola para dirigirse hacia el campamento principal. Salova, a su lado, le sonrió. Su compañero no hablaba demasiado, pero cuando lo hacía, era siempre para decir algo sensato. Miró a Marsola, que estaba sentada en el suelo. Tendría que coger una manta para ceñírsela alrededor y llevar a la niña a cuestas, pero le atraía la perspectiva de ir a explorar.

—Buena idea, Rushemar, pero creo que tengo una mejor —dijo Jondalar—. Podemos llegar al otro lado de esa pendiente siguiendo el cauce de nuestro riachuelo y rodeando por la parte de atrás. El pedregal del otro lado del estanque no está lejos de allí. Yo trepé a lo alto para ver si había pedernal en aquel montón de rocas, y tuve una buena vista del paisaje.

—¡Perfecto! ¡Vamos! —exclamó Folara.

—Querría enseñársela también a la Zelandoni y Jonokol —dijo Ayla.

—Y como estamos en su territorio, creo que convendría pedir a Tormaden, el jefe de la Decimonovena Caverna, que nos acompañe —añadió Marthona.

—Tienes razón, madre. Por derecho, deberían explorarla ellos antes —dijo Joharran—. Pero como no la han encontrado en todo el tiempo que llevan viviendo aquí, creo que podemos llevar a cabo una exploración conjunta. Iré a pedir a Tormaden que nos acompañe —el jefe sonrió—. Pero no le diré para qué; le diré sólo que Ayla ha encontrado algo que nos quiere enseñar.

—Iré contigo, Joharran, y pasaré por el alojamiento de la zelandonia para preguntar a la Zelandoni y Jonokol si quieren venir —dijo Ayla.

—¿Quién más desea venir? —preguntó Joharran.

Todos los presentes manifestaron su interés, pero como la gran mayoría de las aproximadamente doscientas personas que constituían la Novena Caverna estaban en

el campamento principal, no eran tantos como habrían podido ser. Utilizando las palabras de contar, calcularon que eran unas veinticinco personas, y consideraron que era un grupo manejable, especialmente porque irían en otra dirección.

—De acuerdo, iré al campamento principal con Ayla —dijo Joharran—. Jondalar, tú guía a los demás por el camino de atrás, y nos encontraremos al pie de la ladera, detrás de la fuente.

—Jondalar, lleva algo para cortar las zarzas —recordó Ayla—, y también antorchas y tu yesquero. Yo sólo he entrado en la cámara grande, pero he visto un par de pasadizos que partían de allí.

La Zelandoni y otros miembros de la zelandonia, incluidos unos cuantos acólitos nuevos, preparaban la reunión con las mujeres a punto de emparejarse. La Primera estaba siempre muy ocupada en las Reuniones de Verano, pero cuando Ayla solicitó hablar con ella en privado intuyó, por la actitud de la joven, que podía tratarse de algo importante. La joven le describió la cueva y le dijo que un grupo de personas de la Novena Caverna se había dado cita detrás de la fuente para ir a verla. Advirtiendo las dudas de la mujer, Ayla insistió en que al menos Jonokol debía ir. Eso avivó la curiosidad de la Primera, que decidió ir también.

—Zelandoni de la Decimocuarta, ¿quieres sustituirme en esta reunión? —pidió la Primera a la que siempre había deseado ocupar su lugar—. He de resolver un asunto de la Novena Caverna.

—Con mucho gusto —dijo la mujer de mayor edad. Como todos, sentía curiosidad por saber qué podía ser tan importante para que la Primera abandonara una reunión, pero a la vez le complacía haber sido elegida para sustituirla. Quizá la Primera empezaba a valorarla.

—Jonokol, acompáñame —ordenó la Zelandoni de la Novena a su primer acólito.

Esto aumentó más aún la curiosidad de los allí reunidos, pero nadie se atrevió a preguntar nada, ni siquiera Jonokol, contento porque tarde o temprano se enteraría.

Joharran tardó un rato en encontrar a Tormaden y luego convencerlo para que lo dejara todo y lo acompañara, sobre todo porque el jefe de la Novena no le había dicho de qué se trataba.

—Ayla ha encontrado algo que creemos que deberías conocer, ya que se trata de tu territorio —dijo Joharran—. Ya lo sabemos unas cuantas personas de la Novena Caverna porque estábamos delante cuando ella lo ha explicado, pero creo que tú deberías verlo antes de que corra la voz por el campamento. Ya sabes cómo se propagan los rumores.

—¿Lo consideras realmente importante? —preguntó Tormaden.

—Sí, de lo contrario no hubiera venido a importunarte —insistió Joharran.

Ayla se dio cuenta de que la visita a la cueva se había convertido en una aventura para la Novena Caverna, hasta el punto de que había quienes querían llevarse comida o cestos, además de antorchas, como si fuera una salida de recolección. La mayoría se alegraba de haberse quedado en el campamento y haber oído a Ayla, porque así serían los primeros en ver la cueva que consideraba tan especial la interesante mujer que había llegado con Jondalar. Daban por hecho que la belleza del lugar residiría en sus formaciones de estalactitas, que sería una cueva como la llamada Gruta Hermosa que estaba cerca de la Novena Caverna.

Tardaron un rato en encontrarse todos. Joharran y Tormaden fueron los últimos en llegar, pero los que habían llegado primero, el grupo de la Novena Caverna, esperaron al otro lado de la cima, sin dejarse ver. Un grupo numeroso de gente en lo alto del monte habría llamado la atención del campamento principal. Un poco de misterio añadía emoción a la aventura; de vez en cuando alguien subía a la fuente y, desde detrás de los árboles, vigilaba para ver si venían Ayla con la Zelandoni y su acólito, o Joharran con el jefe de la Decimonovena Caverna.

Tras un breve intercambio de saludos formales —Ayla ya había conocido a Tormaden en la Decimonovena Caverna poco después de llegar—, ella y Lobo tomaron por el camino que atravesaba la ladera llena de parras con moras maduras, guiando a los demás. Ayla había hecho una seña al animal para que no se alejara, y él, obediente, permanecía a su lado. Con tanta gente cerca, Lobo se sentía protector, y ella no quería que el enorme carnívoro pusiera nervioso a nadie, aunque la gente de la Novena Caverna ya empezaba a acostumbrarse a su presencia. Les divertía la reacción que el lobo provocaba en las personas de las otras cavernas presentes en la reunión, y la inevitable atención que recibían gracias a él.

Una vez abajo, Ayla dobló hacia el lecho seco del antiguo río. Cuando llegó, primero vieron los restos de su fuego, pero enseguida advirtieron el agujero abierto en las gruesas zarzas. Rushemar, Solaban y Tormaden comenzaron de inmediato a agrandar la abertura, mientras Jondalar encendía fuego. Cada vez sentían todos mayor curiosidad por la cueva, en especial Jondalar. Cuando hubo unas cuantas antorchas encendidas, atravesaron uno por uno el oscuro agujero abierto entre las zarzas.

Tormaden estaba atónito ante el descubrimiento de esa cueva cuya existencia desconocía por completo. Sólo acudían a aquella ladera cuando las moras estaban maduras. Era un enorme zarzal con bayas silvestres que tapaba toda la ladera, que se renovaba cada año y los proveía de más fruta de la que podían recoger, incluso en una Reunión de Verano. A nadie se le había ocurrido abrirse paso entre las zarzas y menos aún buscar una cueva.

—¿Por qué has cortado las zarzas precisamente aquí, Ayla? —preguntó Tormaden cuando entraban por la oscura abertura.

—Ha sido Lobo —contestó ella mirándolo—. La ha encontrado él. Yo buscaba algo para la comida de mañana, una liebre o un urogallo. A veces Lobo me ayuda a cazar; tiene buen olfato. Ha desaparecido detrás de este montón de rocas, por debajo

de las parras, y como tardaba mucho en volver, he sentido curiosidad por ver qué había encontrado y he cortado algunos tallos y he descubierto la cueva. He salido, he encendido una antorcha y he vuelto a entrar.

—Ya suponía que debías de tener una buena razón —dijo él. Le llamaba la atención tanto su extraña manera de hablar como su aspecto. Era una mujer hermosa, sobre todo cuando sonreía.

Con Ayla y el Lobo al frente, y Tormaden detrás de ella, ambos con sendas antorchas, entraron en fila la Zelandoni, Jonokol, Joharran, Marthona, Jondalar y todos los demás. Ayla advirtió que instintivamente se habían colocado en el orden que utilizaban en las ocasiones muy especiales o formales, como un funeral, salvo que esa vez ella iba delante, y eso la ponía un poco nerviosa. No creía que mereciera ser la primera de una fila como aquélla.

Una vez dentro esperó a que todos hubieran entrado. La última fue Lanoga, con Lorala en brazos, hijas de la compañera de Laramar, Tremeda, la familia con una posición social inferior. Ayla les sonrió, y Lanoga le correspondió con una tímida sonrisa. Ayla se alegraba de que hubiera ido. Lorala iba adquiriendo el rollizo aspecto propio de una niña de su edad, y empezaba a pesar demasiado para su madre sustituta, que sólo contaba once años, pero eso, más que otra cosa, parecía complacer a Lanoga. La niña se sentaba con las madres jóvenes de la caverna, y cuando las oía hablar con orgullo de sus hijos, a veces intervenía para explicar alguno de los avances de Lorala.

—¡Cuidado! El suelo resbala —advirtió Ayla guiando al grupo hacia abajo.

Con tantas antorchas, se veía claramente que la galería de la entrada descendía y se ensanchaba. Ayla percibió la humedad fría de la cueva, el olor a tierra de la arcilla mojada, el sonido amortiguado del goteo del agua y la respiración de los demás; pero nadie hablaba. La cueva imponía un silencio expectante, incluso a los niños.

Cuando notó que el suelo se nivelaba, se detuvo y bajó la antorcha. Los otros hicieron lo mismo, mirándose los pies y la tierra que pisaban. Cuando se encontraron ya todos en la zona llana, Ayla levantó cuanto pudo la antorcha. Los otros la imitaron, y se oyeron exclamaciones espontáneas de sorpresa, seguidas de un asombrado silencio, como si todos hubieran quedado sinceramente conmovidos por aquellas paredes blancas de calcita cristalizada, amoldadas a la forma de la roca y refulgentes a la luz de las antorchas como si tuvieran vida propia. La belleza de la cueva no tenía nada que ver con las estalactitas porque allí no había ninguna; sin embargo, resultaba impresionante. Había en ella un aura mágica, poderosa, sobrenatural y espiritual.

—¡Oh, Gran Madre Tierra! —declamó La Que Era la Primera—. Éste es su santuario. Es su Matriz.

A continuación empezó a cantar con su voz potente y vibrante:

En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,

el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.

Su voz resonó en el lugar y de pronto alguien empezó a tocar la flauta. Ayla buscó con la mirada al intérprete. La música procedía de un joven a quien no conocía. Le sonaba vagamente su cara, pero sabía que no pertenecía a la Novena Caverna. Por su atuendo dedujo que era de la Tercera, y en el acto cayó en la cuenta de lo mucho que se parecía a Manvelar, el jefe de la Tercera Caverna. Intentó recordar si se lo habían presentado y acudió a su mente el nombre de Morizan. Estaba al lado de Ramila, la muchacha regordeta y bonita amiga de Folara. Debía de estar de visita en el campamento de la Novena y se había unido a la expedición.

Todos se habían sumado al Canto a la Madre y habían llegado a una parte especialmente profunda:

Cuando llegó la hora, manaron de Ella las aguas del parto,
devolviendo la verde vida a un mundo seco como el esparto.
Y las lágrimas por su pérdida, profusamente derramadas,
tornáronse arco iris y gotas de rocío, maravillas inusitadas.
La Tierra recobró su verde encanto, pero no sin llanto.

Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.

Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.

La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.

De pronto asaltó a Ayla una sensación que había tenido antes, pero no por mucho tiempo: una sensación de presagio. Desde la Reunión del Clan, cuando Creb descubrió de manera inexplicable que ella era distinta, había sentido ocasionalmente ese temor, esa extraña desorientación, como si él la hubiera cambiado. Sintió un hormigueo, un escozor, una náusea que le puso carne de gallina, y también una extrema debilidad. Se estremeció, y cobró realidad el recuerdo de una oscuridad más profunda que la de cualquier cueva. En el fondo de la garganta notó el sabor de la marga fría y de las setas de los antiguos bosques primitivos.

Un furioso rugido rompió el silencio, y las personas que observaban retrocedieron asustadas. El enorme oso cavernario embistió la puerta de la jaula y la echó abajo estrepitosamente. ¡El oso enloquecido andaba suelto! Broud estaba de pie sobre sus hombros; los otros se le colgaban de la piel. De pronto, uno cayó en las garras del monstruoso animal, pero su grito agónico se interrumpió cuando el oso, con su fuerte abrazo, le rompió la columna. Los mog-ures recogieron el cuerpo y, con solemne dignidad, lo llevaron al interior de una cueva. Creb, con la capa de piel de oso, iba al frente.

Ayla miró los restos de un líquido blanco en un cuenco agrietado de madera. La invadió una repentina angustia; había hecho algo mal. No debería haber sobrado ni una sola gota de aquel líquido del cuenco. Se lo llevó a los labios y apuró el contenido. Su perspectiva cambió; se encendió una luz blanca en su interior, y fue como si creciera y mirara desde arriba las estrellas que iluminaban el camino. Las estrellas se convirtieron en puntos de luz trémulos y diminutos que alumbraban el pasadizo de una cueva larga e interminable. Entonces una luz roja al final se hizo más grande, llenando su visión, y con una sensación lúgubre y escalofriante vio a los mog-ures sentados en círculo, medio ocultos tras las columnas de estalagmitas.

Se hundía en un negro abismo, paralizada de miedo. De repente Creb estaba allí, con la luz surgiendo de su interior, ayudándola, dándole apoyo, aplacando sus temores. La guió en un extraño viaje hacia sus mutuos orígenes, a través de aguas saladas y dolorosas bocanadas de aire, tierra margosa y altos árboles. De pronto estaban en tierra, caminando erguidos sobre sus piernas, recorriendo una gran distancia, hacia el este y hacia el gran mar de agua salada. Llegaron a una pared escarpada que

daba a un río y a una llanura, con una profunda abertura bajo un largo saliente; era la caverna de un antiguo antepasado suyo. Pero cuando se acercaban a la caverna, Creb empezó a desvanecerse, dejándola sola.

La escena se volvía brumosa. Creb desaparecía rápidamente, ya casi no estaba. Ella escrutó el paisaje, desesperada, buscándolo. Lo vio entonces en lo alto del precipicio, sobre la caverna de su antepasado, cerca de un gran peñasco, una columna de roca ligeramente aplanada que se inclinaba por encima del borde, como si estuviera inmovilizada y a la vez a punto de caer. Lo llamó, pero él ya se había fundido con la roca. Ayla se sintió desolada; Creb se había ido y estaba sola. Entonces apareció Jondalar.

Sintió que se movía a gran velocidad por mundos desconocidos y la asaltó de nuevo el pavor al negro vacío, pero esta vez era distinto. Estaba con Mamut, y los dos se hallaban aterrorizados. De pronto, débilmente, a lo lejos, oyó la voz de Jondalar, llena de amor y miedo, llamándolos, haciéndolos volver, a los dos, con la fuerza pura de su amor. Al cabo de un instante ella había vuelto, notando un frío glacial en los huesos.

—Ayla, ¿te encuentras bien? —preguntó la Zelandoni—. Estás temblando.

Capítulo 27

—Estoy bien —contestó Ayla—. Es sólo que aquí dentro hace frío. Debería haber traído ropa de abrigo.

Lobo, que había estado explorando la cueva, había aparecido de pronto a su lado y se apretaba contra su pierna. Ayla bajó una mano y le tocó la cabeza. Luego se arrodilló y lo abrazó.

—Aquí hace frío, y como estás embarazada estás más sensible —dijo la Zelandoni, pero intuía que había algo más—. Te acuerdas de la reunión de mañana, ¿verdad?

—Sí, Marthona me lo ha dicho. Ella me acompañará, porque yo no puedo llevar a mi madre.

—¿Te parece bien que vaya ella? —preguntó la Zelandoni.

—¡Por supuesto! Me hizo mucha ilusión que se ofreciera. No quería ser la única mujer que fuese sin madre —contestó Ayla—. Al menos así iré con alguien que es como una madre.

La Primera asintió con la cabeza.

—Muy bien.

Los demás estaban recuperándose del impacto que suponía contemplar aquella cueva por primera vez y empezaban a explorarla. Ayla vio que Jondalar recorría toda la cámara con grandes zancadas y sonrió. Sabía que utilizaba algunas partes del cuerpo para medir, porque ya se lo había visto hacer otras veces. La anchura del puño era una medida; el largo de la mano, otra. Jondalar usaba la mano abierta para medir espacios, y a menudo medía las distancias con pasos empleando las palabras de contar. Por eso también ella había empezado a hacerlo. Jondalar levantó la antorcha para mirar en el interior de la galería del fondo, pero no entró.

Un grupo de personas lo observaba. Tormaden, jefe de la Decimonovena Caverna hablaba con Morizan, el joven de la Tercera. Eran los únicos que no pertenecían a la Novena Caverna. Willamar, Marthona y Folara estaban con Proleva y Joharran, y con los dos consejeros de éste y sus respectivas compañeras. Solaban, el del cabello oscuro, y su rubia compañera, Ramara, hablaban con Rushemar y Salova, que llevaba a la pequeña Marsola apoyada en la cadera. Ayla notó que no estaban ni Jaradal, hijo de Proleva, ni Robenan, hijo de Ramara, e imaginó que los dos niños, que jugaban juntos con frecuencia, habrían ido a hacer alguna actividad al campamento principal. Jonokol sonrió a Ayla cuando ella se le acercó con la Zelandoni y el lobo. Jondalar retrocedió y se unió a ellos.

—Diría que esta cámara tiene la altura de tres hombres hasta el techo —comentó —, y poco más o menos la misma anchura, unos seis pasos míos. De largo debe ser casi el triple, o un poco menos, quizá unos dieciséis pasos, pero yo tengo una zancada

larga. La piedra más oscura de la parte baja de las paredes me llega por aquí —se llevó la mano a la altura de medio pecho—, que viene a equivaler a cinco pies como el mío uno tras otro.

Jondalar había calculado las distancias con bastante exactitud. Él medía dos metros, y el nacimiento de las paredes blancas, más o menos a la altura de medio pecho suyo, estaba a metro y medio aproximadamente del suelo. El techo tenía una altura de unos seis metros. La cámara debía de tener casi siete metros de ancho y más de dieciséis de largo. Vieron un poco de agua estancada en el centro. No era un espacio suficientemente grande para dar cabida a toda una Reunión de Verano, pero sí podría celebrarse en él la reunión de cualquier caverna, salvo de la Novena, y desde luego, sin duda, cabía toda la zelandonia.

Jonokol se situó en el centro de la sala y contempló las paredes y el techo con una sonrisa de fascinación. Estaba en su elemento, perdido en su imaginación. Sabía que aquellas preciosas paredes blancas escondían algo espectacular que ansiaba salir a la superficie. No tenía ninguna prisa. Lo que allí se hiciera debía ser perfecto. Tenía ya algunas ideas, pero primero era necesario consultarlas con la Primera, meditar con la zelandonia sobre el mejor modo de penetrar en aquellos espacios y encontrar la huella del otro mundo que había dejado la Madre. Era Ella quien debía comunicarle qué había allí.

—¿Exploramos ahora aquellos dos pasadizos o volvemos más tarde, Tormaden? —preguntó Joharran. Él deseaba continuar, pero sabía que debía acatar la voluntad del jefe en cuyo territorio se hallaba situada la cueva.

—Estoy seguro de que a algunos miembros de la Novena Caverna les gustaría ver la cueva, explorarla más a fondo. Nuestro Zelandoni no puede llevar a cabo tareas demasiado agotadoras, pero creo que su primera acólito debería participar. La marca de linaje de nuestro donier es una señal de lobo, y considerando que un lobo ha encontrado la cueva, ésta le interesará mucho —contestó Tormaden.

—Sí, la ha encontrado el lobo —dijo Joharran—, pero si Ayla no hubiera sentido la curiosidad de ver dónde se había metido el animal, aún no conoceríamos la existencia de esta cueva.

—Estoy segura de que el Zelandoni de la Decimonovena Caverna estaría interesado de todos modos, aunque Lobo no hubiera tenido que ver en el descubrimiento —dijo la Zelandoni—. Todos lo estamos, y toda la zelandonia lo estará. Ésta es una cueva única y sagrada. El otro mundo está muy cerca, seguro que todos lo percibís. La Decimonovena Caverna es muy afortunada de tenerla en su territorio, pero sospecho que eso quiere decir que tendréis que acoger a más zelandonia, y a otras personas que naturalmente querrán venir en peregrinación a este lugar espiritual —declaró la Primera. Estaba dejando claro que ninguna caverna podía reivindicar un sitio tan especial como propio por más que estuviera situado en su territorio. Aquella cueva pertenecía a todos los Hijos de la Tierra. La

Decimonovena Caverna de los zelandonii simplemente la tenía en custodia para todos los demás.

—Creo que sería necesario explorarla más a fondo, pero no hay prisa —dijo Jonokol—. Ahora ya sabemos dónde está. No tenemos idea de qué puede haber ni cuál es la profundidad de la cueva, así que la exploración debería planificarse con cuidado. Aunque también podemos esperar a que alguien sienta la llamada de la cueva.

La Zelandoni movió ligeramente la cabeza, absorta. Advirtió que su primer acólito, quien siempre había deseado ser artista y no concedía demasiada importancia a ser Zelandoni, acababa de encontrar la razón de su vocación: quería aquella cueva. La cueva lo reclamaba. Quería conocerla, explorarla, sentir su llamada, y por encima de todo pintarla. Buscaría la manera de trasladarse a la Decimonovena Caverna para estar más cerca de ella; aún no sabía cómo, pero se esforzaría por conseguirlo, porque en adelante sus pensamientos y sus sueños incluirían invariablemente aquella cueva.

Otra idea acudió entonces a la mente de la Zelandoni. ¡Ayla lo sabía! Desde el momento en que había visto la cueva, sabía que pertenecía a Jonokol. «Por eso ha insistido en que él tenía que venir aunque yo no pudiera hacerlo. Sabía que sería más importante para él que para nadie. Es una Zelandoni, tanto si lo sabe como si no, y tanto si quiere como si no. El viejo Mamut lo sabía. Quizá también se dio cuenta el hechicero del pueblo que la crió, el que ella llama Mog-ur. No puede evitarlo, ha nacido para ser una Zelandoni. Podría sustituir a Jonokol como acólito. Pero como bien ha dicho él, no hay prisa. Que se empareje, que tenga su hijo; después iniciaremos su formación».

—Obviamente, para explorarla toda tendríamos que organizarnos, pero ahora me gustaría echar un vistazo a la galería del fondo —dijo Jondalar—. ¿A ti qué te parece, Tormaden? Podríamos entrar dos de nosotros y ver adónde lleva.

—Será mejor que los demás nos marchemos —propuso Marthona—. Aquí dentro hace frío y nadie ha traído ropa de abrigo. Creo que cogeré una antorcha y saldré, prefiero volver en otro momento.

—Yo también salgo —dijo la Zelandoni—. ¿Ayla, vienes? Hace un momento estabas temblando.

—Ahora ya estoy bien —afirmó Ayla—. Me gustaría ver qué hay al fondo.

Finalmente, Jondalar, Joharran, Tormaden, Jonokol, Morizan, Ayla y el lobo se quedaron un rato más para adentrarse en la nueva y maravillosa cueva.

El pasadizo del fondo de la cámara principal se hallaba prácticamente frente al pasillo de la entrada, y siguiendo el mismo eje. La entrada a la galería axial era casi simétrica, ancha y redondeada por arriba y más estrecha por abajo. Para Ayla, que había asistido en partos y había examinado a muchas mujeres, la abertura era una evocación, femenina, maternal y misteriosa, del órgano femenino. Aunque fueran lo mismo, no pensó en la vagina, sino que la parte superior redondeada le recordaba el canal del nacimiento, que se estrechaba hacia la extensión más baja de la región anal.

Entendía perfectamente lo que había querido decir la Zelandoni al comentar que aquello era la matriz de la madre, por más que todas las cuevas se consideraran una entrada a su matriz.

Una vez dentro, el pasadizo serpenteaba, pero se hacía cada vez más estrecho y resultaba difícil pasar, pese a que las partes altas de las paredes blancas se extendían conformando un arco inmenso. No era muy largo, más o menos de la misma longitud que la galería de la entrada. Cuando llegaron al final, las paredes se ensancharon en torno a una columna de piedra que daba la falsa impresión de que sostenía alguna cosa, pero de hecho le faltaban diecisiete centímetros para llegar al suelo. El pasadizo sorteaba el gran eje de piedra por la derecha, doblándose en un pronunciado recodo a la izquierda, y continuaba un par de metros más hasta acabar.

En el punto donde circundaba la columna, la superficie del suelo descendía un metro, pero era un espacio amplio y uniforme que se extendía tres metros más allá, uno de los pocos sitios realmente cómodos para sentarse o detenerse a observar tranquilamente. Ayla aprovechó la ocasión para descansar sentada en el suelo y comprobar qué efecto producía el espacio desde aquella posición. Notó que sería fácil colocar algo debajo del eje de piedra, sin que molestara. Advirtió asimismo un agujero a poca altura en la pared situada frente a la columna, donde podían ponerse objetos pequeños para volverlos a encontrar con facilidad. Pensó que cuando volviera llevaría algo para sentarse, aunque sólo fuera un haz de hierba, a fin de aislarse del frío del suelo.

Salieron de la galería y se asomaron a la entrada del otro pasadizo, que se hallaba a la derecha del primero. Era un túnel aún más pequeño, por el cual había que entrar a cuatro patas, y había agua acumulada en el suelo. Decidieron dejar la exploración de ese pasadizo para otro momento.

Cuando salieron de la cueva, Lobo se adelantó con Jondalar y los dos jefes, Joharran y Tormaden. Jonokol se quedó atrás con Ayla y le hizo una pregunta:

—¿Le has pedido a la Zelandoni que me hiciera venir?

—Después de ver lo que hiciste en Roca de la Fuente me ha parecido que tenías que ver esta cueva —contestó Ayla—, ¿o debería llamarla profundidad?

—Da igual. Cuando le pongan un nombre será una profundidad, pero igualmente es una cueva. Gracias por traerme, Ayla. No había visto nunca tanta belleza en una cueva. Estoy impresionado —declaró Jonokol.

—Sí, yo también. Pero tengo una curiosidad. ¿Cómo le pondrán nombre a esta cueva? ¿Quién se lo pondrá?

—Ella misma se bautizará. La gente empezará a hacer referencia a esta cueva de la manera que mejor la describa o que se considere más adecuada. ¿Cómo aludirías a ella si quisieras describírsela a alguien? —preguntó Jonokol.

—No lo sé —contestó Ayla—, quizá la cueva de las paredes blancas.

—Tengo la impresión de que el nombre final se acercará mucho al que tú le has dado, o al menos uno de los nombres, pero aún no sabemos apenas nada de esta

cueva. Además, la zelandonia le dará un nombre.

Ayla y Jonokol fueron los últimos en salir de la cueva. El sol les pareció especialmente radiante cuando llegaron a la entrada, tras permanecer tanto rato inmersos en la oscuridad de la cueva iluminada sólo con una cuantas antorchas. Cuando se acostumbraron a la luz, Ayla vio con sorpresa que Marthona los había esperado, y que estaba con Jondalar y Lobo.

—Tormaden nos ha invitado a comer —anunció la mujer—. Se ha adelantado para avisar a los de su campamento. De hecho, te ha invitado a ti, pero después me ha pedido que fuéramos yo y los que se habían quedado en la cueva contigo, incluido Jonokol. Los demás tienen cosas que hacer. La gente anda muy ajetreada en las Reuniones de Verano.

—Joharran tiene una reunión en nuestro campamento con personas de otras cavernas para planificar la cacería —dijo Jondalar—. De hecho, Tormaden también irá, después de presentarte a su campamento. Yo también quería asistir, pero como todavía estarán después de la comida, me uniré a ellos más tarde. Normalmente no me incluirían en la planificación de una de estas cacerías, pero, desde que he vuelto, Joharran quiere que participe.

—¿Por qué no vamos todos a nuestro campamento? —propuso Ayla—. Todavía tenemos que preparar la comida de mañana y apenas he ayudado.

—Por una sencilla razón: cuando el jefe de la caverna anfitriona de una Reunión de Verano te invita a comer es muestra de cortesía aceptar si se puede.

—¿Por qué me ha invitado a mí?

—No se encuentra una cueva como ésta todos los días, Ayla. Estamos todos entusiasmados —explicó Marthona—. Además, esta cueva está cerca de la Decimonovena Caverna, en su territorio. A partir de ahora seguramente será una caverna más importante.

—Tú también llamarás más la atención —dijo Jondalar.

—Yo tengo la sensación de que ya llamo demasiado la atención —se quejó Ayla —, y no me gusta en absoluto. Sólo quiero emparejarme contigo, tener mi hijo y ser como todo el mundo.

Jondalar le sonrió y le rodeó los hombros con un brazo.

—Tómatelo con calma. Aún eres nueva aquí. Cuando se acostumbren a verte, ya no te harán tanto caso.

—Jondalar tiene razón, es cuestión de tiempo. Pero aun así debes ser consciente de que nunca serás como los demás. Para empezar, los otros no tienen ni caballos ni un lobo —dijo Marthona mirando al gran carnívoro con una sonrisa irónica.

—¿Seguro que saben que vamos, Mardena? —preguntó la mujer de mayor edad cruzando con cuidado el riachuelo que iba a desembocar al Río.

—Nos invitó ella, madre. Dijo que fuéramos a compartir una comida con ellos, ¿verdad que sí, Lanidar?

—Sí, abuela, es verdad —confirmó el niño.

—¿Por qué acamparon tan lejos? —preguntó la abuela.

—No lo sé, madre —contestó Mardena—. ¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

—Debe de ser porque es la caverna más grande y necesita mucho espacio —dedujo la mujer—. Las demás ya debían de haber levantado sus campamentos.

—Yo creo que lo han hecho por los caballos —dijo Lanidar—. Los tienen en un sitio especial para que nadie piense que son caballos normales y decida cazarlos. Sería fácil cazarlos. No se escapan.

—Todo el mundo habla de eso, pero nosotros no estábamos cuando llegaron. ¿Es verdad que los caballos dejan que la gente monte sobre sus lomos? —preguntó la mujer de mayor edad—. ¿Qué interés podría tener nadie en sentarse sobre el lomo de un caballo?

—Yo aún no lo he visto, pero no lo dudo —declaró Lanidar—. Los caballos me dejaron tocarlos, yo estaba acariciando al caballo joven y enseguida vino la yegua para que también la tocara. Comieron de mi mano, los dos. La mujer me dijo que tenía que darles de comer a los dos al mismo tiempo para que no tuvieran celos. Me explicó que la yegua era la madre del corcel, y le dice lo que ha de hacer.

A medida que se acercaban al campamento, Mardena aminoraba el paso e iba poniéndose cada vez más nerviosa. La intimidaba la gente que charlaba y reía en torno a la hoguera en forma de zanja. Había mucha gente. Quizá se había equivocado y no los esperaban.

—¡Por fin! Os esperamos desde hace rato.

Las dos mujeres y el niño se volvieron al oír la voz y vieron a una joven alta y atractiva.

—No debéis de acordaros de mí. Soy Folara, hija de Marthona.

—Sí, te pareces mucho a tu madre —dijo la abuela.

—Creo que debería ofreceros un saludo formal ya que soy la primera que os ha visto. —Tendió las manos hacia la mujer de mayor edad. Mardena observó a su madre avanzar un paso para coger las manos de la muchacha—. Soy Folara, de la Novena Caverna de los zelandonii, bendecida por Doni, hija de Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna de los zelandonii, hija del Hogar de Willamar, maestro de comercio de los zelandonii, hermana de Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, hermana de Jondalar, de la Novena Caverna de los zelandonii, maestro tallador de pedernal y viajero, que pronto se unirá a Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii. Ella tiene muchos títulos y lazos, pero el que más me gusta es el de amiga de los caballos y el lobo. En nombre de la Gran Madre Tierra, Doni, os doy la bienvenida al campamento de la Novena Caverna.

—En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, yo te saludo, Folara de la Novena Caverna de los zelandonii. Soy Denoda de la Decimonovena Caverna de los

zelandonii, madre de Mardena de la Decimonovena Caverna y abuela de Lanidar de la Decimonovena Caverna de los zelandonii, antiguamente emparejada con…

«Folara tiene muchos títulos y lazos importantes, pensó Mardena mientras su madre recitaba los suyos. Aún no está emparejada. ¿Cuál será la marca de su linaje?». Entonces, como si su madre le hubiera adivinado el pensamiento, al acabar de enumerar sus títulos y lazos, preguntó:

—El hombre de tu hogar, Willamar, ¿no era de la Decimonovena Caverna? Me parece que tenemos una marca de linaje en común. Soy del Bisonte.

—Sí, Willamar es del Bisonte. Mi madre es del Caballo, y yo también, claro.

Durante la presentación formal había ido acercándose gente. Ayla se adelantó y saludó a Mardena y Lanidar, y después Willamar saludó a Denoda en nombre de toda la Novena Caverna. Los títulos y lazos podían ocupar todo el día si alguien no atajaba en seco los formalismos, así que el hombre acabó diciendo:

—Me acuerdo de ti, Denoda. Eres amiga de mi hermana mayor, ¿verdad?

—Sí —dijo ella sonriente—. ¿La ves alguna vez? Desde que se fueron a vivir tan lejos, no he vuelto a verla.

—A veces paso por su caverna cuando voy a la costa de las Grandes Aguas, al oeste, para intercambiar sal. Ya es abuela. Su hija tiene tres niños, y la compañera de su hijo tiene un niño.

Un movimiento en torno a las piernas de Ayla llamó la atención de Mardena.

—¡Es el lobo! —exclamó atemorizada.

—No te hará daño, madre —aseguró Lanidar intentando calmarla. No quería que de pronto se marchara.

Ayla se agachó y sujetó a Lobo por el cuello.

—No, no te hará ningún daño. —Vio el miedo en los ojos de la mujer, y añadió —: Te lo prometo.

Marthona saludó a Denoda de una manera mucho más informal y dijo:

—Lobo vive en nuestro alojamiento, y también le gusta que lo saluden. ¿Quieres conocerlo, Denoda? —Había notado que la mujer de mayor edad parecía sentir más curiosidad que temor. La cogió de la mano y la acompañó hacia Ayla y el lobo—. Ayla, ¿por qué no le presentas a nuestros invitados?

—Aunque los lobos tienen buena vista, aprenden a reconocer a las personas por el olor. Si le dejas que te olfatee la mano, se acordará de ti. Para él esto es una presentación formal —explicó la joven. La mujer tendió la mano y dejó que el lobo se la oliese—. Para saludarlo puedes acariciar su cabeza; a él le gusta mucho.

Lobo, con la boca abierta y la lengua colgando a un lado, miró a Denoda mientras ella le acariciaba. La mujer sonrió.

—Está caliente como un animal vivo —comentó. Se volvió hacia su hija—. Ven, Mardena. Tú también tienes que conocerlo. No son muchas las personas que hayan conocido a un lobo y hayan sobrevivido para contarlo.

—¿Es necesario? —preguntó la madre de Lanidar.

Era evidente que estaba aterrorizada. Como Ayla sabía que Lobo lo notaba, lo sujetó con fuerza, porque no siempre reaccionaba bien ante un miedo tan manifiesto.

—Ya que nos han ofrecido conocerlo, Mardena, lo que debemos hacer es responder educadamente para que el lobo nos conozca. Además, no podrás volver de visita si no lo haces. Tendrás demasiado miedo —dijo Denoda. No has de temer a este lobo. Ya ves que los otros no le tienen miedo, ni siquiera yo. ¿Por qué habrías de tenérselo tú?

Mardena miró alrededor y advirtió que la observaba mucha gente. Le daba la impresión de que estaba allí toda la Novena Caverna y, efectivamente, nadie parecía tener miedo. Le pareció que la juzgaban, convencida de que no se atrevería a volver a mirar a la cara a ninguna de aquellas personas si no se acercaba al lobo. Miró a su hijo, el niño por quien siempre había sentido unas emociones tan conflictivas. Lo quería más que a nada en el mundo y a la vez se avergonzaba por el hecho de haber sido ella quien le había dado la vida.

—Adelante, madre —la animó Lanidar—. Yo ya lo conozco.

Finalmente, Mardena dio un paso hacia la mujer y el lobo, y después otro. Ayla le cogió la mano y, sosteniéndola entre las suyas, la aproximó al hocico del animal. Hasta ella podía oler su miedo, pero la mujer hizo acopio de valor y miró a Lobo. Ayla pensó que el animal seguramente percibía más su propio olor que el de Mardena. Entonces guió la mano de la mujer para que tocase el pelo del animal.

—La piel del lobo es un poco áspera, pero verás como la de la cabeza es muy suave —dijo Ayla soltándole la mano.

Mardena la mantuvo un momento sobre la cabeza del lobo y enseguida la apartó.

—¿Lo ves, mujer, que no es para tanto? —dijo Denoda—. A veces haces una montaña de un grano de arena.

—Venid a tomar una infusión —sugirió Marthona—. Es una combinación muy buena que prepara Ayla. Para celebrar que veníais hemos hecho carne asada en un horno de piedra. Ya casi está lista.

Ayla caminaba junto a Mardena y Lanidar.

—Os habéis tomado muchas molestias para una comida matutina —comentó Mardena, poco acostumbrada a ser tratada con generosidad.

—Ha colaborado todo el mundo —dijo Ayla—. Cuando anuncié que te había invitado y que quería cavar un horno para preparar la comida, se decidió aprovechar la ocasión para hacer uno que fuera lo suficientemente grande para todos; era algo que de todos modos querían hacer y ésta ha sido una buena oportunidad. He preparado unos platos que aprendí de pequeña. Tienes que probar el urogallo; el ave que cacé ayer con el lanzavenablos. Pero si no te gusta, hay otras muchas cosas. Durante el viaje descubrí que hay muchas maneras de guisar los alimentos y que no todo el mundo tiene los mismos gustos.

—Bienvenida a la Novena Caverna, Mardena —saludó una mujer.

¡Era la Primera Entre Quienes Servían a La Madre! Mardena no creía haber hablado nunca con ella, salvo como un miembro más de la comunidad cuando participaban todos en las ceremonias.

—Saludos, Zelandoni Que Es La Primera —dijo Mardena un poco nerviosa por hablar con la corpulenta mujer sentada en un taburete. Era parecido al que utilizaba en el alojamiento de la zelandonia, pero lo dejaba en el campamento para cuando iba a pasar un rato con su caverna.

—Y bienvenido tú también, Lanidar —dijo la Primera. Cuando se dirigió a su hijo, la donier habló con un afecto que Mardena no le había notado jamás—. Pero me han dicho que tú ya viniste ayer.

—Sí, Ayla me enseñó los caballos.

—También me han explicado que silbas muy bien —comentó la Zelandoni.

—Ayla me enseñó a imitar los trinos de algunos pájaros.

—¿Me enseñarás cómo lo haces?

—Si quieres… He practicado el de la alondra —dijo el muchacho, y entonces imitó el hermoso canto del pájaro. Todo el mundo se volvió a mirar, incluso su madre y su abuela.

—Lo has hecho muy bien, jovencito —dijo Jondalar sonriéndole—. Estás a punto de mejorar la imitación de Ayla.

—La comida está lista —anunció Proleva—. ¡Todo el mundo a comer!

Ayla guió primero a los tres invitados a las bandejas de hueso y madera apiladas y les pidió que se sirviesen. Después los demás se pusieron en fila. Normalmente, todos los que vivían en un mismo alojamiento compartían la comida matutina, pero aquélla sería la primera de una serie de comidas en las que participaría no sólo la propia caverna, sino otros amigos y parientes. Habría asimismo ocasiones en las que toda la Reunión de Verano se reuniría para un banquete, pero esa clase de celebraciones exigía mucha organización y planificación. Una de esas ocasiones sería el banquete de la ceremonia matrimonial.

Cuando todos acabaron de comer, algunos se fueron para dedicarse a otras actividades, pero la mayoría se quedó un rato a charlar con los invitados. Mardena estaba algo nerviosa con tantas atenciones, pero a la vez se sentía a gusto por la deferencia. No recordaba que nunca la hubieran tratado tan bien. Proleva fue a hablar con ella, su hijo y su madre, y después de cruzar unas palabras con Mardena y Denoda, se dirigió a Ayla:

—Ya lo recogeremos nosotras todo, Ayla. Me parece que tú tienes que hablar con Mardena.

—Sí. ¿Os apetecería a ti, a Lanidar y a Denoda, si ella quiere, ir a dar un paseo conmigo?

—¿Adónde vamos? —preguntó Mardena adoptando una actitud alerta.

—A ver a los caballos —contestó Ayla.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Folara—. Si no quieres, no importa; pero me apetece ir porque hace mucho que no veo a los caballos.

Ayla sonrió.

—Claro que puedes venir —dijo. Pensó que sería más fácil convencer a Mardena de que dejara a Lanidar vigilar a los caballos si veía a otra persona conocida que no les tenía miedo. Buscó al niño con la mirada y lo vio con Lanoga, que llevaba a Lorala en brazos. Estaban hablando animadamente. El hijo de dos años de Tremeda estaba en el suelo, a su lado. Cuando iban hacia ellos, Mardena preguntó:

—¿Quién es esa niña? ¿O es una mujer? Parece muy joven para tener un hijo tan mayor.

—Es demasiado joven, desde luego. Ni siquiera ha celebrado aún los Primeros Ritos —explicó Ayla—. Es la hermana del pequeño de dos años y del bebé, pero para ellos Lanoga es como una madre.

—No lo entiendo —dijo Mardena.

—Debes haber oído hablar de Laramar, ¿no? Es uno de los que hacen barma —explicó Folara.

—Sí —contestó Mardena.

—Todo el mundo ha oído hablar de él —añadió Denoda.

—Entonces también habrás oído hablar de su compañera, Tremeda. Bebe a todas horas la barma que él prepara, y tiene un hijo tras otro, de los cuales no quiere ocuparse —continuó Folara indignada.

—O no puede —matizó Ayla—. Da la impresión de que es incapaz de dejar de beber barma.

—Laramar también bebe demasiado y es igual de irresponsable. Ni siquiera se preocupa de los hijos de su hogar —lamentó Folara, añadiendo a sus palabras cierto desprecio—. Ayla descubrió que a Tremeda se le había retirado la leche y que Lanoga intentaba alimentar a Lorala con raíces chafadas porque era lo único que sabía hacer. Consiguió que unas cuantas madres accediesen a amamantar al bebé, pero Lanoga ha continuado cuidando de la pequeña, al igual que de los otros hijos de Tremeda. Ayla le enseñó a preparar otros alimentos que los bebés pueden comer, y ella misma lleva a Lorala a las otras madres para que le den de mamar. Es una niña sorprendente, y algún día será una compañera y una madre extraordinaria, pero a saber si encontrará pareja. Laramar y Tremeda tienen el rango más bajo de nuestra caverna ¿quién querrá emparejarse con la hija de ese hogar?

Mardena y Denoda miraban fijamente a la parlanchina muchacha. A todo el mundo le gustaba el cotilleo, pero normalmente nadie hablaba con tanta franqueza de las personas que avergonzaban a la propia caverna. El rango de Denoda había caído en picado desde que su hija había tenido a Lanidar y su compañero había cortado el nudo. No eran las de rango más bajo, pero poco les faltaba. No obstante, su caverna era más pequeña. Ser el último de una caverna tan numerosa como la Novena era

tener muy poco rango. «Pero aunque Lanidar tuviera una posición más alta, le costaría encontrar pareja por culpa de su limitación», pensó Denoda.

—¿Quieres venir a ver a los caballos, Lanidar? —preguntó Ayla cuando estaban ya cerca de ellos—. Tú también puedes venir, Lanoga.

—No, no puedo. Esta vez le toca a Stelona dar de mamar a Lorala, y ya tiene hambre. No he querido darle demasiada comida hasta que haya amamantado.

—Quizá en otro momento —dijo Ayla sonriéndole afectuosamente—. ¿Estás listo, Lanidar?

—Sí —contestó él, y se volvió hacia la niña—. He de irme, Lanoga.

Ella le sonrió tímidamente, y él le devolvió la sonrisa.

Al pasar junto a su alojamiento, Ayla dijo:

—Lanidar, ¿puedes traerme aquel cuenco? Tiene comida para los caballos: trozos de zanahoria y un poco de grano.

El niño corrió a buscarlo.

Al ver a Lanidar llevar el cuenco sosteniéndolo entre el brazo atrofiado y el cuerpo, se acordó de Creb cuando aguantaba un recipiente con pasta de ocre rojo entre el cuerpo y el brazo que le habían amputado por el codo, justo antes de poner nombre al hijo de Ayla y aceptarlo en el clan. El recuerdo le provocó una sonrisa agridulce. Mardena, que la miraba, advirtió su expresión. Denoda también la vio.

—Has mirado a Lanidar con una sonrisa muy extraña —comentó.

—Me recuerda a alguien que conocí —respondió Ayla—, un hombre a quien le faltaba la parte inferior del brazo. Lo había atacado un oso cavernario cuando era niño. Su abuela era curandera y tuvo que cortarle el brazo porque estaba envenenándole el cuerpo. Se habría muerto si no se le hubiera amputado.

—¡Qué desgracia! —exclamó Denoda.

—Sí, desde luego. Por culpa de ese mismo ataque, también perdió un ojo y tenía dolores en una pierna, por lo que siempre tenía que andar apoyándose en un bastón.

—¡Pobre hombre! —dijo Mardena—. Supongo que tuvieron que cuidar de él durante el resto de su vida.

—No. Hizo una valiosa aportación a la comunidad.

—¿Cómo? ¿Qué hizo?

—Se convirtió en un gran hombre, un Mog-ur, que es como un Zelandoni, y lo reconocían como Primero. Él y su hermana fueron quienes cuidaron de mí al morir mi familia. Era el hombre de mi hogar y yo lo quería mucho —explicó Ayla.

Mardena la miraba boquiabierta. Le costaba creer lo que le contaba, pero ¿por qué había de mentirle?

Mientras Ayla hablaba, Denoda se fijó en su extraño acento, pero aquella historia la llevó a comprender por qué parecía haberle tomado afecto a Lanidar. «Cuando se empareje estará relacionada con personas muy poderosas, y si a ella le cae bien el niño, puede ayudarlo mucho. Esta mujer puede ser un golpe de suerte para Lanidar», pensó.

El niño había estado escuchando. «Quizá pueda aprender a cazar, se dijo, aunque sólo tenga un brazo sano. Tal vez pueda aprender a hacer alguna otra cosa aparte de recoger bayas».

Se acercaban a una construcción semejante a un cercado que no parecía demasiado consistente. Estaba hecha de estacas largas y delgadas, bastante rectas, de aliso y sauce, atadas en forma de aspas horizontales con otras estacas colocadas por encima. Había otros maderos más cortos y robustos clavados en tierra. Los espacios entre ellos se habían llenado de matorrales y ramas secas. Si, por ejemplo, una manada de bisontes, o incluso un solo macho —con sus dos metros de altura hasta la joroba del lomo, y cuernos negros y largos— lo embistiera, el cercado no resistiría. Incluso los caballos habrían podido derribarlo si se lo hubieran propuesto.

—¿Te acuerdas de cómo era el silbido para llamar a Corredor, Lanidar? —preguntó Ayla.

—Sí, me parece que sí —contestó el niño.

—¿Por qué no lo llamas, a ver si viene?

Lanidar emitió el estridente silbido. Enseguida los dos caballos, la yegua detrás del joven corcel, aparecieron tras unos árboles que rodeaban la pequeña cascada, y se acercaron trotando. Se detuvieron en la cerca y observaron cómo se aproximaban los humanos. Whinney relinchó y Corredor se encabritó. Ayla les respondió con un relincho característico que era el sonido con el que originalmente llamaba a su caballo, y los dos animales respondieron.

—Si sabe relinchar como un caballo —elogió Mardena.

—Ya te lo dije, madre —dijo Lanidar.

Lobo corrió y entró fácilmente en el interior del cercado. Se sentó ante la yegua y ella bajó la cabeza en un gesto semejante a un saludo. A continuación, Lobo se aproximó al corcel, se tendió en una juguetona postura, con la cola en alto y gruñó. Corredor relinchó, y después ambos animales se rozaron los hocicos. Ayla sonrió y entró en el cercado agachándose por debajo de las maderas. Abrazó a la yegua por el cuello, se dio la vuelta y acarició al corcel que se había acercado a reclamar su atención.

—Espero que os guste más el cercado que tener que llevar los cabestros y las cuerdas todo el tiempo. Ojalá pudiera dejaros correr libremente, pero no creo que sea seguro con tanta gente cazando por los alrededores. Hoy he traído visitas y es importante que cooperéis y os portéis bien. Quiero que el niño que silba os vigile, pero su madre está preocupada por él porque os tiene un poco de miedo —explicó Ayla en la lengua que se había inventado cuando vivía sola en el valle.

Se componía de sonidos y gestos del clan, algunos de los ruidos cariñosos que ella y su hijo se dirigían cuando el niño era un bebé y estaban solos, y algunas onomatopeyas con las que imitaba a los animales que conocía, incluidos los bufidos y relinchos de los caballos. Sólo ella sabía lo que decía, pero de todos modos seguía haciendo servir aquella lengua para hablar con los caballos. Dudaba que la

comprendieran del todo, por más que algunos sonidos y gestos sí tuvieran sentido para ellos, porque Ayla los empleaba como señales y para indicar direcciones. Pero los caballos, sobre todo, sabían que era la manera que tenía ella de hablarles y le respondían escuchando.

—¿Qué hace? —preguntó Mardena a Folara.

—Habla con los caballos. Lo hace con frecuencia.

—¿Qué les dice? —preguntó Mardena.

—Tendrás que preguntárselo tú —dijo Folara.

—¿Y saben los caballos lo que dice? —preguntó Denoda—. Yo no entiendo nada de nada.

—No lo sé —respondió Folara—, pero parece que la escuchan.

Lanidar se había aproximado a la cerca y la observaba con atención. «Ella los trata como amigos, más bien como si fueran de la familia, pensó, y ellos la tratan de la misma manera». Pero se preguntaba de dónde había salido el cercado. El día antes no estaba allí. Cuando Ayla acabó de hablar con los caballos y se dio media vuelta para hablar con ellos, Lanidar le preguntó:

—¿Quién ha levantado el cercado? Ayer no estaba.

Ayla sonrió.

—Ayer se reunió un grupo de gente y lo hizo —respondió.

Cuando Ayla volvió a comer con la Decimonovena Caverna, comentó con Joharran que quería construir un cercado para los caballos y le explicó la razón. Joharran se encaramó al taburete de la Zelandoni y comunicó a los demás el deseo de Ayla de construir un lugar seguro para los caballos. Aún estaba presente casi toda la gente que había asistido a la reunión, como también muchas personas de la Novena Caverna. Le hicieron muchas preguntas, como por ejemplo si debía ser muy resistente, y se plantearon diversas propuestas. Al cabo de un rato, unos cuantos se encaminaron hacia el prado y empezaron a construir la valla. Quienes no pertenecían a la Novena Caverna fueron porque sentían curiosidad por los caballos, mientras que los que eran de la Novena participaron porque no querían que nadie les hiciera daño o los matara. Eran una novedad que aportaba distinción a la caverna.

Ayla se sintió tan agradecida que no supo qué decir. Les dio las gracias, pero le parecía que con eso no bastaba; tenía la sensación de estar en deuda con los zelandonii, una deuda que nunca sabría cómo pagar. El trabajo en equipo unía a las personas, y le parecía que a raíz de eso conocía mejor a algunas de ellas. Joharran había comentado que quería incluir a los caballos en la cacería, prevista para la mañana siguiente. Ayla y Jondalar montaron entonces a lomos de los caballos y demostraron cómo los dominaban, lo cual hizo más aceptable la propuesta de Joharran. Si la cacería iba bien, la ceremonia matrimonial se celebraría como de costumbre un día después, pero como Dalanar y los lanzadonii aún no habían llegado, estaban dispuestos a esperar unos días, pese a que algunos empezaban a impacientarse.

Ayla puso los cabestros a los caballos y los dejó salir del cercado por una puerta que había ingeniado Tormaden de la Decimonovena Caverna. Había cavado un agujero al lado de una de las estacas de apoyo para que sirviera de base a otra a la que había atado la puerta mediante una lazada de cuerda. Otras lazadas hacían la veces de bisagras. Ayla empezaba a sentirse muy unida a la Decimonovena Caverna.

Cuando acercó más a los caballos, Mardena retrocedió rápidamente. De cerca eran mucho más grandes. Folara ocupó su lugar de inmediato.

—No he visto a los caballos con tanta frecuencia como habría deseado —declaró acariciando la cara a uno—. Todo el mundo estuvo muy ocupado con la cacería de bisontes en que murió Shevoran, y después con el funeral y los preparativos para venir aquí. Me dijiste que un día me dejarías montar.

—¿Quieres intentarlo ahora? —propuso Ayla.

—¿Puedo? —preguntó ella con los ojos brillantes de emoción.

—Déjame ir a buscar una manta para Whinney. ¿Por qué no les dais de comer, mientras tanto, tú y Lanidar? Él lleva un poco de comida en un cuenco.

—No sé si Lanidar debería acercarse tanto… —protestó débilmente Mardena.

—Ya está cerca, hija —dijo Denoda.

—Pero está ella…

—Madre, ya les di de comer ayer —dijo Lanidar—. Me conocen, y como ves, también a Folara.

—No le harán ningún daño —aseguró Ayla—, y yo no me voy muy lejos.

Señaló un montón de rocas próximas a la puerta. Era un mojón para los viajeros que había erigido allí Kareja. Ayla sólo tenía que sacar cuatro piedras para acceder a un espacio en el interior donde guardaba algunas cosas, como, por ejemplo, una manta de piel. Las piedras estaban superpuestas de tal modo para que la lluvia bajara desde lo alto sin filtrarse. La jefa de la Undécima Caverna le había enseñado cómo volverlas a colocar para que el interior se conservase seco. Había mojones semejantes en distintos recorridos muy utilizados que contenían materiales de urgencia para hacer fuego o ropa de abrigo o comida seca. En algunos había un poco de todo. No obstante, los mojones con comida eran destruidos con mayor frecuencia. Los osos, los glotones o los tejones, que eran los ladrones más habituales, los estropeaban y lo esparcían todo.

Ayla dejó a los demás con los caballos. Cuando llegó al mojón, miró atrás con disimulo. Folara y Lanidar estaban dando de comer con la mano a los grandes herbívoros, mientras Mardena observaba desde detrás, nerviosa y preocupada, y Denoda contemplaba tranquilamente la escena. Cuando regresó junto a ellos, ató con destreza la manta al lomo de Whinney y luego guió a la yegua hacia una roca.

—Súbete a la roca, Folara, y después pasa una pierna por encima del lomo y ponte cómoda —indicó Ayla—. Puedes agarrarte a la crin. Yo sujetaré a Whinney para que no se mueva.

Folara se sintió un poco torpe, sobre todo recordando la agilidad con la que montaba Ayla, pero lo consiguió, y una vez sentada en lo alto del animal, dijo muy contenta:

—¡Estoy montada en un caballo!

Ayla vio que Lanidar la miraba con ojos de envidia. «Más tarde, pensó. No hace falta que pongamos aún más nerviosa a tu madre».

—¿Estás preparada?

—Sí, me parece que sí —contestó Folara.

—Tómatelo con calma, y si hace falta, te agarras fuerte a la crin, pero ya verás como no es necesario —dijo Ayla.

Inició el paseo, tirando de la yegua mediante el cabestro, pese a que sabía que Whinney la seguiría de todos modos.

Al principio Folara se agarró con fuerza a la crin y se sentó muy rígida, saltando sobre el lomo cada vez que la yegua avanzaba, pero al cabo de un rato, se dejó llevar un poco más y comenzó a anticipar el paso del caballo y a acomodarse a él. Al final incluso soltó la crin.

—¿Quieres probar tú sola? Te doy el cabestro.

—¿Tú crees que puedo?

—Inténtalo, y si quieres bajar, me lo dices. Cuando quieras que Whinney corra, échate hacia delante —explicó Ayla—, y abrázate a su cuello si tienes miedo de caerte, y cuando quieras que vaya más despacio, incorpórate un poco.

—De acuerdo —dijo Folara—. Lo intentaré.

Mardena se quedó paralizada cuando Ayla puso el cabestro en manos de Folara.

—Adelante, Whinney —ordenó haciendo una seña al caballo para que fuera despacio.

Whinney empezó a caminar por el prado. Había llevado sobre su lomo a personas desconocidas y sabía que debía ir poco a poco, sobre todo la primera vez. Cuando Folara se inclinó un poco hacia delante, Whinney apretó el paso, pero no mucho. Ella se inclinó un poco más, y Whinney empezó a trotar. Era una yegua muy pacífica, pero el trote agitó a Folara más de lo que se esperaba. Enseguida se incorporó y Whinney redujo la marcha. Cuando ya estaban un poco lejos, Ayla silbó para hacer volver a la yegua. Folara hizo acopio de valor y volvió a inclinarse hacia delante, y esta vez aguantó el trote hasta que llegaron y la yegua se detuvo. Ayla guió a la yegua hacia la roca y la obligó a estarse quieta para que Folara pudiera bajar.

—¡Me ha encantado! —exclamó la muchacha llena de entusiasmo.

Lanidar sonreía viéndola tan ilusionada.

—¿Lo ves, madre? —dijo el niño—. Se puede montar sobre el lomo de estos caballos.

—Ayla, ¿por qué no haces una demostración a Mardena y Denoda de lo que puedes hacer? —sugirió Folara.

Ayla saltó con agilidad sobre el caballo y lo guió hacia el centro del prado a un trote rápido, seguida de cerca por Corredor y Lobo. Le hizo la seña de galope, y la yegua corrió a toda velocidad por el campo. Trazó un amplio círculo, regresó reduciendo el paso a medida que se acercaba, y se detuvo. Ayla pasó la pierna por encima del lomo y saltó a tierra. Las dos mujeres y el niño la contemplaban boquiabiertos.

—¡Vaya, ahora entiendo por qué algunos quieren montar sobre el lomo de un caballo! —comentó Denoda—. Si fuera más joven me gustaría probarlo.

—¿Cómo es que dominas de esa manera a los animales? —preguntó Mardena—. ¿Es magia?

—No, qué va. Puede hacerlo cualquiera con un poco de práctica.

—¿Cómo se te ocurrió subirte a un caballo? ¿Cómo empezaste? —preguntó Denoda.

—Maté a la madre de Whinney para alimentarme y hasta que no era ya muy tarde no me di cuenta de que estaba amamantando a una cría. Cuando vi las hienas que iban tras la potranca no pude permitirlo; no resisto a esas bestias repugnantes, y las ahuyenté. Después de eso comprendí que no tenía más remedio que cuidar de la potranca. —Les explicó cómo había salvado a la pequeña yegua de las hienas y la había criado, y que a partir de ese momento habían ido conociéndose—. Un día monté sobre su lomo, y cuando se puso a correr, me agarré con fuerza. Y eso es todo. Cuando finalmente se detuvo y bajé, no me lo podía creer. Había sido como volar con el viento de cara. Volví a probarlo enseguida, y pese a que al principio no tenía el menor dominio, al cabo de un tiempo aprendí a dirigirla. Va adonde yo le digo; me obedece. Es mi amiga y creo que le gusta llevarme.

—Sin embargo, algo así no es nada habitual —comentó Mardena—. ¿Nadie te puso ningún inconveniente?

—No había nadie que pudiera hacer tal cosa —respondió Ayla—. Estaba sola.

—Me habría dado miedo vivir sola, sin nadie —dijo Mardena. Se moría de curiosidad y quería hacer más preguntas, pero antes de que pudiera hablar, oyeron un grito y vieron que se acercaba Jondalar.

—¡Ya están aquí! —anunció—. ¡Dalanar y los lanzadonii han llegado!

—¡Qué bien! —exclamó Folara—. Tengo muchas ganas de verlos.

Ayla sonrió encantada.

—A mí también me hace mucha ilusión —se volvió hacia los visitantes—. Tendremos que volver al campamento. Ha llegado el hombre del hogar de Jondalar, a tiempo para nuestra ceremonia matrimonial.

—Naturalmente —dijo Mardena—. Nos vamos ahora mismo.

—Pues a mí me gustaría saludar a Dalanar antes de irme, hija —dijo Denoda—. Nos conocemos desde hace tiempo.

—Cómo no —dijo Jondalar—. Se alegrará de verte.

—Pero antes de que os vayáis quiero preguntarte si permitirás que Lanidar venga a vigilar a los caballos cuando yo esté fuera, Mardena —preguntó Ayla—. Lo único que ha de hacer es comprobar que todo va bien y venir a buscarme si surge algún problema. Se lo agradecería mucho. Me daría mucha tranquilidad no tener que preocuparme continuamente por ellos.

Se volvieron y vieron que el niño estaba acariciando el corcel y dándole trozos de zanahoria.

—Como puedes ver, no van a hacerle ningún daño —dijo Ayla.

—Bien, supongo que puede hacerlo —dijo Mardena.

—¡Oh, madre, gracias! —exclamó Lanidar sonriente.

Mardena no había visto nunca tan feliz a su hijo.

Capítulo 28

—¿Dónde está ese hijo tuyo, Marthona? Ese que dicen que se parece tanto a mí… Bueno, a mí cuando era un poco más joven —dijo el hombre alto de cabello largo y rubio recogido detrás en una coleta. Tendió las dos manos y sonrió afectuosamente. Se conocían demasiado para andarse con muchas formalidades.

—Cuando te ha visto venir, ha corrido a buscar a Ayla —contestó Marthona cogiéndole las manos e inclinándose para rozarle las mejillas con las suyas—. «Puede que esté envejeciendo, pero sigue tan apuesto y encantador como siempre», pensó. Enseguida lo tendrás aquí, Dalanar, de eso puedes estar seguro. Jondalar ha estado esperándote impaciente desde que llegamos.

—¿Y cómo está Willamar? He sentido mucho la muerte de Thonolan. Le tenía mucho cariño a ese muchacho. Deseo expresaros mi pesar a los dos.

—Gracias, Dalanar —respondió Marthona—. Willamar está en el campamento principal hablando con una gente sobre una misión comercial. A él le dolió especialmente la noticia de Thonolan. Siempre tuvo fe en que el hijo de su hogar regresaría. Sinceramente, yo ya los había dado a los dos por perdidos. Cuando vi aparecer a Jondalar, por un momento pensé que eras tú. Apenas podía creer que mi hijo había vuelto a casa. Y cuántas sorpresas me ha traído, la mayor de todas a Ayla con sus animales.

—Sí, son impresionantes. ¿Sabías que vinieron a visitarnos camino hacia aquí? —dijo la mujer que se hallaba junto a Dalanar.

Marthona la miró. La compañera de Dalanar era la persona más rara que Marthona, o cualquier otro zelandonii, habían visto jamás. Era menuda, sobre todo en comparación con su compañero; si él extendía su brazo, ella podía pasar por debajo sin tener que agacharse. Su cabello largo y lacio, recogido detrás en un moño, era tan negro y lustroso como el ala de un cuervo, aunque vetas grises aclaraban los lados; pero lo más deslumbrante era su rostro. Era redondo, de nariz pequeña y respingona, pómulos anchos y ojos oscuros que parecían rasgados debido al epicanto de sus párpados. Tenía la piel clara, quizá un poco más oscura que la de su compañero, si bien a medida que avanzara el verano las caras de ambos se oscurecerían a causa del sol.

—Sí, nos dijeron que teníais planeado venir a la Reunión de Verano —dijo Marthona después de saludar a la mujer—. Según tengo entendido, Joplaya se emparejará también. Habéis llegado justo a tiempo, Jerika. Todas las mujeres que van a emparejarse, junto con sus madres, han de reunirse esta tarde con la zelandonia. Como la madre de Ayla no está aquí, yo la acompañaré. Si no estáis demasiado cansadas, tú y Joplaya deberíais ir.

—Creo que podremos, Marthona —dijo Jerika—. ¿Tenemos tiempo para plantar antes nuestros alojamientos?

—No veo por qué no. Todos os ayudarán —respondió Joharran— si no tenéis inconveniente en acampar aquí, junto a nosotros.

—Y hoy no será necesario que cocinéis. Hemos tenido invitados esta mañana, y ha sobrado mucha comida —informó Proleva.

—Será un placer acampar al lado de la Novena Caverna —dijo Dalanar—, pero ¿por qué habéis elegido este sitio? Joharran, por lo general prefieres estar en el centro de la zona principal.

—Cuando llegamos, allí estaban ya ocupados los sitios mejores y era difícil encontrar sitio, sobre todo para una caverna tan grande como la nuestra. Además, no queríamos estar hacinados. Buscamos en los alrededores y encontramos este lugar que me gusta más —declaró Joharran—. ¿Veis esos árboles? Son sólo el comienzo de un bosque de tamaño considerable, con mucha leña. Este riachuelo también empieza allí, en un manantial de agua clara. Cuando el agua de los demás lleve ya tiempo turbia y revuelta, nosotros tendremos aún agua limpia. Además, también hay un agradable estanque. A Jondalar y Ayla también les gusta más este lugar, porque hay espacio para los caballos. Les hemos hecho un cercado río arriba. Ayla está allí con sus invitados.

—¿Quiénes son esos invitados? —preguntó Dalanar. No pudo reprimir su curiosidad por saber a quién habría invitado Ayla.

—¿Recuerdas a esa mujer de la Decimonovena Caverna que dio a luz a un niño con el brazo deforme? Se llama Mardena. Su madre es Denoda —dijo Marthona.

—Sí, la recuerdo —contestó Dalanar.

—El hijo, Lanidar, tiene ya casi doce años —prosiguió la mujer—. Aún no estoy muy segura de cómo ocurrió, pero creo que vino aquí para alejarse de tanta gente y quizá de las burlas de otros chicos. Supongo que alguien le contó que aquí había caballos. Lógicamente, al igual que todo el mundo, Lanidar quiso verlos. Al parecer, Ayla se encontró con él y decidió pedirle que le ayudara a vigilar a los caballos. Habiendo aquí tanta gente, le preocupa que alguien, sin darse cuenta de lo especiales que son esos animales, intente cazarlos. Sería fácil, porque no se asustan de las personas.

—Es verdad —dijo Dalanar—. Es una lástima que no podamos amansar de esa manera a todos los animales.

—Ayla no pensó que la madre del chico pudiera oponerse pero, por lo visto, es muy protectora —explicó Marthona—. Ni siquiera está dispuesta a dejarle aprender a cazar. Cree que su hijo no sería capaz de hacerlo. Así que Ayla invitó al chico, a su madre y a su abuela para enseñarles los caballos e intentar convencer a Mardena de que no le harán daño. Y aunque Lanidar sólo tenga un brazo sano, Ayla está decidida a enseñarle a usar el nuevo lanzavenablos de Jondalar.

—Es muy testaruda —comentó Jerika—. Me di cuenta de eso, pero no es mala persona.

—No, no lo es, y sabe defenderse, y tiene valor para salir en defensa de los demás —afirmó Proleva.

—Ahí vienen —anunció Joharran.

Vieron a un grupo de personas y un lobo que se acercaban. Jondalar iba a la cabeza y su hermana justo detrás. Todos habían caminado al paso de los más lentos, pero cuando Jondalar vio a Dalanar, echó a correr. El hombre de su hogar avanzó hacia él. Se estrecharon las manos y luego se abrazaron. Danalar rodeó los hombros de Jondalar con un brazo y, juntos, se encaminaron hacia el grupo.

El parecido entre ambos era asombroso. Podrían haber sido el mismo hombre en dos etapas distintas de la vida. El más viejo tenía la cintura un poco más ancha y el cabello algo más ralo en la coronilla, pero sus caras eran idénticas, si bien la frente del más joven no presentaba arrugas tan pronunciadas, y los carrillos del mayor empezaban a verse más blandos. Eran de igual estatura, tenían el mismo andar y se movían igual. Incluso sus ojos eran del mismo tono de intenso azul glaciar.

—No hay duda de qué espíritu eligió la Madre cuando lo creó —comentó Mardena en voz baja a su madre, señalando a Jondalar con un gesto de la cabeza mientras los invitados se acercaban al campamento.

Lanidar vio a Lanoga y fue a hablar con ella.

—En su juventud, Dalanar era igual que Jondalar, y no ha cambiado mucho —dijo Denoda—. Es aún un hombre muy apuesto.

Mardena observó con mucho interés mientras Ayla y Lobo recibían los saludos de los recién llegados. Saltaba a la vista que todos se conocían ya, pero no pudo evitar fijarse especialmente en algunas de aquellas personas. La mujer menuda de cabello negro y cara peculiar parecía estar con el hombre alto y rubio de cierta edad que se parecía a Jondalar, y quizá fuese su compañera.

—¿De qué lo conoces, madre? —preguntó Mardena.

—Fue el hombre de mis Primeros Ritos —respondió Denoda—. Después, rogué a la Madre que me bendijera con un hijo de su espíritu.

—¡Madre! Ya sabes que es demasiado pronto para que una mujer conciba un hijo —recordó Mardena.

—Eso me traía sin cuidado —repuso Denoda—. Sabía que a veces una joven quedaba encinta poco después de los Primeros Ritos, cuando era finalmente una mujer plena y capaz de acoger el espíritu de un hombre. Tenía la esperanza de que él me prestara más atención si pensaba que yo llevaba dentro un niño de su espíritu.

—Bien sabes que a un hombre no se le permite acercarse a una mujer a la que ha iniciado como mínimo hasta un año después de los Primeros Ritos, madre —dijo Mardena, sorprendida por la confesión de su madre. Nunca antes le había hablado de ese modo.

—Sí, lo sé, y él nunca lo intentó, aunque tampoco me eludió, y siempre fue amable conmigo cuando nos veíamos, pero yo no podía conformarme con eso. Durante mucho tiempo sólo pude pensar en él —prosiguió Denoda—. Más tarde conocí al hombre de tu hogar. El mayor dolor de mi vida es que muriera tan joven. Me habría gustado tener más hijos, pero la Madre decidió no darme más, y probablemente fue lo mejor. Ocuparme de ti yo sola fue muy duro. Ni siquiera tenía una madre que me ayudara, aunque algunas mujeres de la caverna me echaban a veces una mano cuando eras pequeña.

—¿Por qué no buscaste otro hombre al que unirte? —preguntó Mardena.

—¿Por qué no lo buscaste tú? —contraatacó su madre.

—Ya sabes por qué. Teniendo a Lanidar, ¿quién podía interesarse en mí?

—No cargues a Lanidar con las culpas —reprochó Denoda—. Siempre dices lo mismo, pero en realidad nunca lo intentaste, Mardena. No querías que volvieran a hacerte sufrir. Pero aún no es demasiado tarde.

No vieron al hombre que se acercaba.

—Cuando Marthona me ha hablado de los visitantes que ha tenido esta mañana la Novena Caverna, uno de los nombres me ha resultado familiar. ¿Cómo estás, Denoda? —saludó Dalanar cogiendo las manos de la mujer entre las suyas e inclinándose para rozarle las mejillas como si fuera una amiga querida.

Mardena vio sonrojarse un poco a su madre mientras sonreía al hombre alto y apuesto, y tuvo la impresión de que todo su cuerpo cambiaba, adoptando una actitud más femenina, sensual. De pronto vio a su madre bajo una nueva luz. El hecho de que fuera abuela no significaba que fuese realmente vieja. Probablemente algunos hombres la encontrarían atractiva.

—Ésta es mi hija, Mardena de la Decimonovena Caverna de los zelandonii —dijo Denoda—, y mi nieto anda por ahí.

Dalanar ofreció las manos a la mujer más joven. Ella las aceptó y alzó la vista para mirarlo.

—Saludos, Mardena de la Decimonovena Caverna de los zelandonii, hija de Denoda de la Decimonovena Caverna. Es un placer conocerte. Yo soy Dalanar, jefe de la Primera Caverna de los lanzadonii. En nombre de la Gran Madre Tierra, Doni, te hago saber que serás siempre bien recibida en nuestro campamento. Y también en nuestra caverna, claro está.

Mardena se puso nerviosa ante la calidez de su saludo. Pese a que Dalanar tenía edad más que suficiente para ser el hombre de su hogar, se sintió atraída por él. Incluso creyó advertir cierto énfasis en la palabra «placer» que la indujo a pensar en el don del placer de la Madre. Nunca se había sentido tan abrumada por un hombre en la vida.

Dalanar miró alrededor y vio a una mujer alta y joven.

—Joplaya —la llamó, y luego se volvió y habló a Denoda—. Desearía que conocieras a la hija de mi hogar.

Mardena quedó asombrada al ver a la joven que se acercó. Su aspecto no era tan raro como el de la mujer menuda, pero tenía cierto parecido con ella, lo que la hacía casi más extraña. Tenía el pelo casi negro pero con mechones claros. Pese a los altos pómulos, su cara no era tan redonda ni tan chata como la mujer menuda, y su nariz se parecía más a la del hombre, aunque era más delicada. Sus cejas eran por completo negras y suavemente arqueadas. Las pestañas oscuras y tupidas realzaban el contorno de los ojos, que aunque eran similares en la forma a los de su madre, tenían otro color, el inconfundible azul de los ojos del hombre que se hallaba a su lado. No obstante, en los de Joplaya se percibía un brillante matiz verdoso.

Mardena no había asistido a la Reunión de Verano en la que la caverna de Dalanar tomó parte por última vez. El hombre de su hogar la había abandonado recientemente, y ella no tenía ánimos para relacionarse con la gente. Había oído hablar de Joplaya, pero no la conocía. Ahora que por fin la había visto, se veía obligada a reprimir el imperioso impulso que sentía de mirarla. La hija de Dalanar era una mujer de una belleza exótica.

Una vez hubo presentado a Joplaya, y tras el intercambio de saludos y cortesías de rigor, Dalanar y su hija se fueron a hablar con otra gente. Mardena sentía aún la cálida presencia del hombre rubio, y empezaba a entender por qué su madre se había sentido tan cautivada por él. Si hubiera sido el hombre de sus Primeros Ritos, quizá también ella habría quedado igual de hechizada. Pero su hija, aunque encantadora, tenía un aire melancólico, un decaimiento que contradecía el supuesto júbilo de una inminente unión en la ceremonia matrimonial. Mardena no se explicaba por qué alguien que debía estar alegre parecía tan triste.

—Tenemos que irnos, Mardena —dijo Denoda—. No debemos abusar de la hospitalidad de esta gente si queremos que vuelvan a invitarnos. Los lanzadonii mantienen estrechas relaciones con la Novena Caverna, y hacía muchos años que Dalanar y su caverna no venían a una Reunión de Verano. Necesitan renovar sus lazos. Vamos a buscar a Lanidar y a dar las gracias a Ayla por habernos invitado.

Los campamentos de la Novena Caverna de los zelandonii y la Primera Caverna de los lanzadonii eran, en apariencia, dos campamentos de dos cavernas distintas, pero en realidad eran un gran campamento de amigos y familiares estrechamente unidos.

Mientras atravesaban el campamento principal en dirección al alojamiento de la zelandonia, las cuatro mujeres llamaron la atención de todo el mundo. La gente ni siquiera intentaba disimular las miradas. Marthona nunca pasaba inadvertida allí donde fuera. Era la antigua jefa de una caverna importante y conservaba aún gran parte de su poder, además de un considerable atractivo pese a su edad. Aunque algunos conocían o habían visto ya antes a Jerika, ésta era una mujer de aspecto tan poco común, tan distinta, que la gente no podía apartar de ella la mirada. El hecho de

que fuera la compañera de Dalanar y cofundadora con él no sólo de una nueva caverna sino de un nuevo pueblo la hacía aún más excepcional.

La hija de Jerika, Joplaya, la joven hermosa y melancólica de cabello oscuro que, según rumores, planeaba unirse a un hombre de espíritus mixtos, estaba rodeada de misterio. La bella mujer rubia traída por Jondalar, que viajaba con dos dóciles caballos y un lobo y era, según decían, una consumada curandera, era probablemente una especie de Zelandoni de otras tierras. Hablaba zelandonii bastante bien y recientemente había encontrado una nueva y magnífica cueva en los territorios de la Decimonovena Caverna. Juntas despertaban aún más interés que por separado, y aunque Ayla empezaba a acostumbrarse a ser centro de atención, agradecía la compañía de las otras mujeres.

Mucha gente estaba ya allí cuando llegaron al alojamiento de la zelandonia. A la entrada, varios hombres donier las miraron escrutadoramente, lo cual sorprendió a Ayla. Como si le adivinara el pensamiento, Marthona explicó:

—A esta reunión no se permite la asistencia de hombres, a menos que sean zelandonia, pero todos los años hay jóvenes, normalmente de los alejados, que intentan acercarse para escuchar. Algunos incluso han intentado entrar disfrazados de mujer. Los zelandonia hombres actúan como guardianes para impedírselo.

Ayla advirtió que varios hombres más de la zelandonia, Madroman entre ellos, permanecían alrededor de la amplia estructura.

—¿Quiénes son los «alejados»? —preguntó.

—Los alojamientos alejados de los hombres jóvenes. Para abreviar, la gente suele llamarlos «alejados». Son alojamientos de verano construidos en la periferia del campamento de la Reunión de Verano por hombres, generalmente jóvenes, que ya no necesitan a una mujer-donii pero aún no se han emparejado —dijo Marthona—. A los jóvenes no les gusta quedarse con sus cavernas; prefieren estar con amigos de su edad, excepto a las horas de comer —sonrió—. Sus amigos no les obligan a cumplir normas como lo hacen sus madres y los compañeros de sus madres. Los hombres sin pareja, especialmente los de esa edad, tienen absolutamente prohibido acercarse a las jóvenes que están preparándose para los Primeros Ritos, pero siempre lo intentan, así que la zelandonia los mantiene vigilados cuando están en el campamento.

»En sus propios alojamientos, si los construyen a distancia suficiente, pueden armar tanto alboroto como quieran, siempre y cuando no molesten a otra gente. Pueden organizar reuniones e invitar a otros amigos, y a mujeres, claro está. Desarrollan una gran habilidad para sacarle comida extra a sus madres y a las amigas de sus madres, y siempre intentan hacerse con barma, vino o lo que sea. Creo que compiten por ver qué alojamiento logra engatusar a las mujeres más bonitas para que los visiten.

»Hay también alojamientos alejados para hombres mayores, normalmente aquellos que no tienen pareja por una razón u otra: hombres que prefieren a otros hombres, hombres que están en una etapa entre parejas, o desean estarlo y quieren

escapar de sus cavernas o familias. Durante las Reuniones de Verano, Laramar pasa más tiempo en un alejado que en su propio alojamiento. Allí comercia con su barma, pero no sé qué hace con lo que recibe a cambio. A su familia no le lleva nada, eso desde luego. Los hombres que van a unirse pasan un día o más en un alejado con los zelandonia antes de la ceremonia matrimonial. Jondalar pronto irá, supongo.

Cuando las cuatro mujeres entraron en el alojamiento de la zelandonia, donde no había más luz que la de la hoguera central y algunos candiles, tuvieron la sensación de que el interior estaba a oscuras. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Marthona miró alrededor y guió a las otras hacia dos mujeres que estaban sentadas en una esterilla, cerca de la pared de la derecha del área central abierta. Las mujeres sonrieron cuando las vieron acercarse y se apartaron para dejarles sitio.

—Creo que está a punto de empezar —dijo Marthona mientras se sentaban en la esterilla—. Ya haremos las presentaciones formales después —se volvió hacia las que habían llegado con ella—. Éstas son Velima, la madre de Proleva, y Levela, su hermana. Son de Campamento de Verano, la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna —dirigiéndose de nuevo a las primeras, dijo—: Éstas son Jerika, la compañera de Dalanar, y Joplaya, su hija. Y ésta es Ayla de la Novena Caverna, antes Ayla de los mamutoi, la mujer a la que Jondalar piensa unirse.

Las mujeres se sonrieron, pero no habían tenido apenas ocasión de cruzar palabra cuando la concurrencia quedó en silencio. La Que Era la Primera Entre Quienes Servían A La Gran Madre Tierra y otros varios zelandonia se hallaban de pie frente al grupo. Las conversaciones se interrumpieron a medida que las mujeres advirtieron su presencia. Cuando el silencio fue total, la donier empezó.

—Hablaré aquí de temas muy serios y quiero que me escuchéis atentamente. Mujeres, sois las bendecidas de Doni, las que Ella creó con la capacidad y el privilegio de dar a luz una nueva vida. Aquellas que pronto os emparejaréis necesitáis saber ciertas cosas importantes. —Guardó silencio un momento y las miró de una en una. Cuando vio a las mujeres que acompañaban a Marthona, se detuvo brevemente. Había dos que no esperaba. Marthona y la Zelandoni intercambiaron un gesto de asentimiento, y luego la Primera prosiguió—. En esta reunión hablaremos de temas femeninos: cómo debéis tratar a los hombres que serán vuestros compañeros y qué podéis esperar, y hablaremos también del hecho de tener hijos. Asimismo hablaremos de cómo no tener hijos y de qué hacer si se inicia una vida para la cual no estáis preparadas.

»Puede que algunas de vosotras ya hayáis sido bendecidas con una nueva vida. El vuestro es un honor especial, pero ese honor conlleva también una gran responsabilidad. Algunas de las cosas que os explicaré ya las habréis oído, sobre todo en vuestros Ritos de los Primeros Placeres. Permaneced atentas aunque creáis que ya conozcáis lo que os estoy diciendo.

»En primer lugar, una muchacha nunca ha de unirse antes de ser una mujer, antes de haber comenzado a sangrar y haber celebrado sus Primeros Ritos. Fijaos en la fase

de la luna del día en que empezáis a sangrar. Para muchas mujeres, la siguiente vez que la luna esté en esa misma fase volveréis a sangrar, pero no siempre es así necesariamente. Si varias mujeres viven en la misma morada durante un tiempo, a menudo sus momentos lunares cambiarán hasta que los períodos de sangrar se igualen.

Algunas de las muchachas más jóvenes miraron a sus amigas y familiares, sobre todo las que no conocían este fenómeno. Ayla no estaba enterada de ello e intentó recordar si le había pasado alguna vez.

—El primer indicio de que habéis sido bendecidas por la Madre, de que Ella ha escogido un espíritu para mezclarlo con el vuestro e iniciar así una vida, será que no sangraréis en vuestra fase lunar. Si en la luna siguiente continuáis sin sangrar, podéis empezar a pensar que habéis sido bendecidas, pero como mínimo tenéis que haber perdido tres fases lunares y haber observado otros indicios para estar totalmente seguras de que se ha iniciado una nueva vida en vuestro interior. ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre esto?

No hubo preguntas. Salvo el detalle de que las mujeres que vivían juntas tendían a sangrar al mismo tiempo, lo demás era ya sabido.

—Sé que muchas de vosotras compartís ya el don del placer de la Madre con vuestros prometidos, y deberíais disfrutar con ello. Si no es así, hablad con vuestro Zelandoni. Sé que es un hecho que cuesta admitir, pero hay maneras de mejorarlo, y los zelandonia guardarán el secreto, vuestro secreto. Aparte de los jóvenes que acaban de alcanzar la madurez, conviene recordar que pocos hombres pueden aparearse con una mujer más de una o dos veces al día, y menos aún cuando se hacen mayores.

»Tenéis que ser conscientes de algo. No es necesario que compartáis placeres con vuestro compañero si no queréis y él está de acuerdo, pero no encontraréis a muchos hombres que estén de acuerdo. No hay muchos que se queden con una mujer que no quiera compartir con ellos el don de la Madre. Aunque ahora os estéis preparando para atar el nudo y no os lo podáis imaginar, el nudo también puede cortarse, por distintos motivos. Seguro que todas conocéis a alguien que ha deshecho la unión con su pareja.

Se produjeron comentarios y cierta agitación. Casi todas conocían algún caso de parejas que ya no vivían juntas.

—Se ha dicho que las mujeres pueden utilizar el don de la Madre para retener a sus hombres teniéndolos contentos y satisfechos. Hay quienes aseguran que Ella concedió Su don a sus hijas por este motivo. Ésta podría ser una razón, pero no la única, de eso estoy segura. Es cierto, no obstante, que vuestro compañero no tendrá tantas tentaciones de buscar placeres con otras mujeres si vosotras satisfacéis sus deseos. Le bastará con compartir este interés pasajero con alguna mujer en las ceremonias para honrar a la Madre, cuando eso es aceptable y los placeres se comparten para complacer a la Doni.

»Pero recordad que, por más que se considere un placer, todas podéis aceptar o rechazar el ofrecimiento de compartir el don de la Madre. No tenéis por qué compartir placeres con otro hombre. Si estáis a gusto con vuestro compañero y compartís con satisfacción Su don, la Madre está complacida. Tampoco es necesario esperar a una ceremonia de la Madre. Nada de lo que tiene que ver con los placeres es obligatorio. Es un don de la Madre y todos sus hijos son libres de compartirlo con quien les plazca y cuando les plazca. Ni vosotras, ni vuestro compañero debéis sufrir por las diversiones pasajeras del otro. Los celos son peligrosos. Pueden tener consecuencias desastrosas. Pueden provocar violencia, y la violencia puede llevar a la muerte. Si alguien muere, eso puede motivar una venganza por parte de los seres queridos de la persona muerta, lo que generaría otra venganza y al final todo serían enfrentamientos. Aquello que pone en peligro el bienestar de los hijos de la Madre que fueron elegidos para conocerla no es aceptable.

»Los zelandonii son un pueblo fuerte porque trabajan unidos y se ayudan mutuamente. La Gran Madre Tierra nos ha provisto de todo lo que necesitamos para vivir. Todo aquello que se caza o recoge nos lo da la Doni y a cambio ha de compartirse con todos. Como aceptar lo que Ella ofrece puede ser difícil y a veces peligroso, quienes más dan son los más respetados. Por eso los mejores proveedores y aquellos que están dispuestos a trabajar por todos los hijos de la Madre tienen un mayor rango y son jefes respetados. Están dispuestos a ayudar a los suyos, y cuando no es así la gente deja de acudir a ellos y reconocen a otro como jefe. —No añadió que también ésa era la razón por la que los zelandonia gozaban de una elevada posición.

La Zelandoni era una buena oradora, y Ayla la escuchaba embelesada. Quería aprender todo lo posible acerca de la gente del hombre con quien pronto se emparejaría, que ahora era también su gente, pero cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que el clan no era muy distinto a los zelandonii. También ellos lo compartían todo, y nadie pasaba hambre, ni siquiera la mujer que le habían dicho que había muerto en el terremoto. La mujer era de otro clan, no había tenido hijos, y tras la muerte de su compañero, otro hombre había tenido que tomarla como segunda mujer. Siempre se la había considerado una carga, pero pese a ser su posición la más baja dentro del Clan de Brun, nunca pasó hambre y siempre tuvo ropa suficiente.

El clan sabía todo eso y no necesitaban expresarlo con palabras. La gente del clan no hacía tanto uso de las palabras como los Otros. Las parejas también se compartían. Se entendía que las necesidades de un hombre debían aliviarse. Ninguna mujer del clan rechazaba a un hombre que le hiciera la señal. No conocía a nadie a quien se le hubiera ocurrido negarse… excepto ella. Pero ahora sabía que lo que quería Broud no eran placeres. Incluso entonces lo sabía, aunque no fuera capaz de expresarlo. Él no le hacía la señal porque quisiera compartir el don o para aliviar sus necesidades, sólo lo hacía porque sabía que ella no podía soportarlo.

—Recordad —decía la donier— que es vuestro compañero quien ha de ayudaros y manteneros a vosotras y a vuestros hijos, sobre todo cuando estéis encinta, acabéis de dar a luz o estéis amamantando. Si estáis bien avenidos, si compartís los placeres a menudo y sois felices juntos, vuestro hombre cuidará a gusto de vosotras y vuestros hijos. Quizá algunas no entendáis por qué insisto tanto en este punto. Hablad con vuestras madres. Cuando estéis cansadas y cargadas de hijos, puede haber momentos en que no os apetezca tanto compartir el don. Y hay muchos momentos en que no se ha de compartir, pero de eso ya hablaremos más adelante.

»Doni se siente siempre más complacida y favorece más a aquellos hijos que se parecen a vuestros compañeros. También los hombres se sienten a veces más unidos a esos hijos. Si queréis que vuestros hijos se parezcan a vuestro compañero, tenéis que pasar mucho tiempo juntos para que sea su espíritu el escogido. Los espíritus tienen un comportamiento antojadizo. No hay manera de saber cuándo uno decidirá dejarse elegir, cuándo la Madre decidirá que ha llegado la hora de mezclarlos. Pero si os gustáis y estáis bien avenidos, vuestro compañero deseará quedarse con vosotras, y su espíritu se unirá con el vuestro de buen grado. ¿Todas me seguís por ahora? Si tenéis preguntas que hacer, éste es el momento —dijo la Primera, y esperó.

—Y si me pongo enferma y no puedo sentir el placer —preguntó una mujer.

Otras se volvieron para mirar quién había hablado.

—Tu compañero debería entenderlo, y en definitiva quien decide eres tú. Hay quienes están emparejados y prácticamente nunca comparten placeres. Si eres buena y comprensiva con tu compañero, él normalmente te corresponderá del mismo modo. Los hombres también son hijos de la Madre. Enferman y por lo general es su compañera quien los cuida. Lo más habitual es que vuestros compañeros os cuiden a vosotras cuando estéis enfermas.

La muchacha asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa de incertidumbre.

—Lo que quiero decir es que los dos miembros de una pareja han de demostrar consideración y respeto mutuos. El don del placer puede proporcionaros felicidad a los dos y ayudaros a hacer feliz a vuestro compañero para que la unión dure. ¿Alguna otra pregunta? —La Primera esperó por si alguien tenía más preguntas y después continuó—. Pero emparejarse es mucho más que el hecho de que dos personas decidan vivir juntas. Participan vuestros parientes, vuestra caverna y también el mundo de los espíritus. Por eso las madres y sus compañeros se lo piensan bien antes de dejar que sus hijos se emparejen. ¿Con quién vivirán? ¿Vosotras o vuestro compañero seréis una buena aportación para la caverna con la que viviréis? También son importantes los sentimientos del uno hacia el otro. Si la unión se inicia sin afecto, no puede durar mucho. Si la unión no dura, la responsabilidad de los hijos normalmente recae en la familia de la madre y la caverna, del mismo modo que si uno de vosotros muriese.

Ayla estaba fascinada con lo que oía. Estuvo a punto de hacer una pregunta sobre la mezcla de espíritus que daba origen a una vida. Estaba más convencida que nunca

de que era el don de los placeres lo necesario para que se iniciara una vida, pero decidió no comentarlo en ese momento.

—Me consta —prosiguió la Zelandoni— que ahora casi todas vosotras estáis deseando tener vuestro primer hijo, pero puede haber momentos en que empiece una vida que no debería iniciarse. Hasta que no hayáis recibido el elandon de vuestro hijo de manos de vuestro Zelandoni, el niño no tendrá un espíritu propio, sino únicamente los espíritus combinados que lo han iniciado. En ese momento la Gran Madre Tierra aceptará al niño, separará los espíritus y los devolverá. Pero es mejor detener la continuación de la vida antes de que esté preparada para nacer, y es mejor hacerlo dentro de los tres primeros meses de embarazo.

—¿Por qué íbamos a querer interrumpir una vida que ya se ha iniciado? —preguntó una muchacha—. ¿No son bienvenidos todos los niños?

—Casi todos lo son —contestó la Zelandoni—, pero puede haber razones para que una mujer no quiera tener más. No pasa con frecuencia, pero puede quedarse encinta cuando todavía está amamantando y dar a luz a un niño cuando todavía tiene uno muy pequeño. Normalmente, las madres no pueden cuidar como es debido a otro niño tan pronto. Tiene prioridad el que ya está aquí y posee un nombre, sobre todo si está sano. Ya mueren demasiados niños, especialmente en el primer año. No es prudente arriesgar la vida de un hijo que está sano dejando de amamantarlo demasiado pronto. Después del primer año, el destete es el período más difícil de un niño. Si se interrumpe la lactancia demasiado pronto, antes de los tres años, el niño puede debilitarse, y puede dificultarse su crecimiento. Es mejor tener un hijo sano que se convierta en un adulto fuerte que no dos o tres débiles, que acaso no vivan demasiado.

—Ah, no lo había pensado —dijo la muchacha.

—Otro ejemplo puede ser el de una mujer que ha dado a luz a varios niños mal formados que luego han muerto. ¿Ha de seguir padeciendo embarazos y el posterior sufrimiento cada vez? Por no hablar ya de los perjuicios para su salud.

—¿Pero y si ella quiere un hijo como todo el mundo? —preguntó una muchacha con lágrimas en los ojos.

—No todas las mujeres tienen hijos —contestó la Zelandoni—. Algunas deciden no tener. En otras no se inicia nunca la vida. Algunos embarazos no llegan al final, o nacen niños muertos o con malformaciones y no pueden sobrevivir.

—Pero ¿por qué? —preguntó la muchacha llorosa.

—Nadie lo sabe. Quizá alguien que tenía algo contra ellas las ha maldecido. Quizá un espíritu maligno ha encontrado una manera de perjudicar al niño que aún no ha nacido. A los animales también les pasa. Todos hemos visto caballos o ciervos con malformaciones. Hay quienes creen que los animales blancos son consecuencia de un espíritu maligno cuyos intentos se han visto frustrados, y que por eso son afortunados. También hay personas que nacen blancas y con los ojos rosados. Hay animales que tienen crías muertas y otras que no viven mucho tiempo, aunque

imagino que los carnívoros las devoran tan pronto que ni siquiera llegamos a verlas. Las cosas son así.

La muchacha seguía llorando, y Ayla no entendía cómo viendo la reacción de la joven la donier podía hablar con tal frialdad.

—Su hermana ha tenido dificultades para dar a luz, y ha estado encinta dos o tres veces —explicó Velima en voz baja—. Supongo que tiene miedo de que le pase también a ella.

—La Zelandoni hace bien en no alimentar falsas esperanzas. A veces es un problema de familia —susurró Marthona—. Y si aun siendo así la joven consigue tener un hijo, más satisfecha quedará.

Ayla contempló a la muchacha y se sintió tan conmovida que no pudo evitar hablar.

—Cuando veníamos hacia aquí… —empezó a decir.

Todo el mundo miró con sorpresa a la recién llegada que había tomado la palabra, y muchas mujeres repararon en su peculiar pronunciación.

—… Jondalar y yo paramos en una caverna losadunai —prosiguió Ayla—. Había una mujer que nunca había podido tener hijos. Una mujer de una cueva cercana había muerto y había dejado a su compañero con tres niños pequeños. La mujer que no tenía hijos fue a vivir con ellos con la intención de llegar a un acuerdo provechoso para todos. Si se entendían, ella adoptaría a los niños y se uniría al hombre.

Se produjo un breve silencio seguido de unos murmullos.

—Es un buen ejemplo, Ayla —dijo la Zelandoni—. Es verdad, las mujeres pueden adoptar niños. ¿La mujer sin hijos tenía pareja?

—No, me parece que no —contestó Ayla.

—Aunque hubiera tenido un compañero, la mujer podría haberse unido al otro hombre, si aquél y éste hubieran estado dispuestos a aceptar el doble emparejamiento. La ayuda de otro hombre para mantener a los niños puede ser bien recibida. Ayla ha hecho un comentario interesante. Las mujeres que no pueden dar a luz a sus propios hijos no siempre han de quedarse sin niños —declaró la Zelandoni, y continuó—. Hay otras razones por las cuales una mujer puede decidir poner fin a un embarazo. Una madre puede tener ya demasiados hijos y puede ser que le cueste cuidar de todos, como también a su compañero y a la caverna que los acoge. Hay mujeres en esta situación que no quieren tener más niños, y desearían que la Madre no fuera tan generosa con ellas.

—Conozco una mujer que tenía un hijo tras otro —comentó otra muchacha. Después de oír a Ayla otras mujeres empezaron a animarse a hablar—. Le dio dos a su hermana y uno a una prima para que los adoptasen.

—Yo también la conozco —dijo la Zelandoni—. Por lo visto es una mujer de especial fortaleza que apenas padece los embarazos y encuentra pocas dificultades para dar a luz. Es una mujer afortunada. Ha hecho un gran favor a su hermana, que no puede tener hijos, creo que debido a un accidente, y a su prima, que quería tener otro

hijo sin pasar por el embarazo. —La corpulenta donier retomó el hilo—. Pero no todas las mujeres son tan sanas ni tan afortunadas. Las hay con grandes dificultades para dar a luz uno o dos niños, y si tuvieran más hijos podrían llegar a morir y a dejar a los hijos vivos sin madre. Cada mujer es distinta. Por suerte, casi todas las mujeres pueden tener hijos, pero incluso es posible que algunas no deseen tenerlos o que por alguna razón no convenga que concluyan el embarazo.

»Existe una serie de soluciones para interrumpir un embarazo. Algunas pueden ser peligrosas. Una infusión fuerte con una planta entera de tanaceto, con raíz y todo, puede provocar la sangre, pero también puede ser mortal. Una ramita pelada y resinosa de olmo introducida profundamente en la abertura por donde nacen los niños también puede ser eficaz, pero siempre es mejor que habléis con vuestro donier, porque él sabrá cómo ha de ser de intensa la infusión o cómo se ha de introducir la ramita. Hay otros métodos. Vuestras madres o vuestros zelandonia os darán más detalles si se presenta el caso.

»Lo mismo ocurre con el parto. Hay muchas medicinas que pueden acelerarlo, detener la hemorragia o aliviar el dolor. En un parto casi siempre hay dolores —dijo la Primera—. La Gran Madre también padeció, pero la mayoría de las mujeres tienen pocos problemas en el parto y el dolor pronto se olvida. Todos tenemos que padecer un poco de dolor en la vida. El dolor forma parte de la vida, y no es posible eludirlo. Es mejor aceptarlo.

Ayla sentía interés por las medicinas de que hablaba la Zelandoni, si bien las que había mencionado eran bastante conocidas y elementales. Casi todas las mujeres conocían uno u otro método para poner fin a un embarazo, pero unos parecían más peligrosos que otros. Normalmente, a los hombres no les entusiasmaba la idea, e Iza y las otras curanderas del clan les ocultaban las prácticas de interrupción de embarazo para que no se lo prohibiesen.

La donier no había hablado de cómo impedir que una vida se iniciase, y Ayla deseaba hablar con ella y comparar sus respectivos conocimientos. Había actuado como comadrona en más de un parto. De pronto pensó que no tardaría en ser ella quien diera a luz. Sí, la Zelandoni tenía razón: el dolor formaba parte de la vida. Ella había sufrido mucho en el parto de Durc, había estado a punto de morir, pero como en el caso del luminoso hijo de la Madre, había merecido la pena.

—En la vida hay otros dolores además del físico —decía la Zelandoni. Ayla volvió a centrar su atención en la donier—. Hay dolores peores que el dolor físico, pero también deben aceptarse. Por el hecho de ser mujeres, tenéis una gran responsabilidad y un deber que, a veces, es difícil cumplir, pero que posiblemente algún día deberéis tener en cuenta. Hay momentos en que la vida que lleváis dentro es muy tenaz, y hagáis lo que hagáis, nada impide la continuidad del embarazo, por más que hayáis decidido que esa vida no debería haberse iniciado. Una vez que el niño ha nacido es más difícil devolverlo a la Madre, pero a veces ha de hacerse.

»Recordad que los que ya están aquí tienen preferencia. Si nace un segundo hijo demasiado pronto, o viene al mundo con grandes malformaciones, o existen otras razones de peso, el niño ha de volver a Doni. Es siempre decisión de la madre, pero debéis recordar vuestras responsabilidades, y debe hacerse sin demora. En cuanto podáis, tenéis que sacarlo a la intemperie y dejarlo en el seno de la Gran Madre Tierra, lo más lejos posible de vuestra morada, y nunca en un campo sagrado de enterramiento porque un espíritu errante podría intentar habitar su cuerpo. Si esto ocurriera, el espíritu se desorientaría y nunca encontraría el camino al otro mundo. Estos espíritus pueden volverse perversos. ¿Alguna no ha entendido lo que acabo de decir?

Ése era uno de los momentos más delicados de la reunión previa al emparejamiento, y por eso la Zelandoni dejaba tiempo a las jóvenes para asimilar la dura revelación. Sin embargo, era necesario que lo comprendieran y aceptaran.

Nadie dijo nada. Las muchachas habían oído hablar y habían comentado entre ellas el angustioso deber que podían exigírseles que cumplieran algún día, pero era la primera vez que se les planteaba de manera directa. Todas desearon fervientemente no verse obligadas a dejar morir a un hijo propio exponiéndolo al frío de la Gran Madre Tierra. Era una posibilidad tétrica.

Algunas de las mujeres de mayor edad permanecían inmóviles con los labios apretados y una expresión afligida en la mirada porque ellas habían tenido que cumplir con el penoso deber de conservar la vida de un hijo a costa de desprenderse de otro. Nunca era una decisión fácil, y en general las mujeres preferían interrumpir un embarazo a perder un hijo que ya habían traído al mundo o, peor aún, deshacerse del niño ellas mismas.

Las recomendaciones de la Zelandoni dejaron desolada a Ayla. «Nunca sería capaz», pensó. Los recuerdos de Durc se agolparon en su mente. A él habría tenido que abandonarlo a la intemperie, y por entonces no poseía el menor poder de decisión. Recordaba los angustiosos días que había pasado en la pequeña cueva, escondida, para salvarle la vida. Le habían dicho que era deforme. Pero no lo era. Sencillamente era una mezcla, de ella y de Broud, por más que fuera éste el primero en condenarlo. «Si Broud hubiera sabido cada vez que me forzaba que Durc sería la consecuencia, nunca lo habría hecho», pensó Ayla. Estuvo tentada de preguntar por qué no se impedía de antemano que se formara una nueva vida, pero no estaba lo bastante serena para hablar.

Marthona observó perpleja la manifiesta consternación de Ayla. Aquélla era sin duda una idea perturbadora, pero resultaba más que improbable que el hijo que esperaba Ayla tuviera que ser devuelto a la Madre. «Debe de ser porque, con el embarazo, está más sensible», se dijo.

No había mucha más información que dar: la prohibición de compartir el don del placer cuando se acercaba el parto y durante un breve período posteriormente, así como antes, durante o después de ciertas ceremonias; otros deberes de la mujer

emparejada, los períodos en que era conveniente el ayuno, y otros momentos en que debían evitarse ciertos alimentos.

Existían también prohibiciones respecto al emparejamiento entre ciertas personas, como por ejemplo los primos cercanos. Cuando se mencionó esa cuestión, Ayla observó a Joplaya a la discreta manera de las mujeres del clan. Ella conocía el motivo de aquel aire alicaído que envolvía a la hermosa muchacha. Pero además había oído hablar de las señales de linaje desde su llegada a la Reunión de Verano, y no lo había entendido. ¿Qué significaba tener señales de linaje incompatibles? Las otras mujeres conocían las prohibiciones, y Ayla no quería preguntar nada delante de ellas. Decidió esperar a que saliera todo el mundo para plantear su duda.

—Una última cosa —dijo la Primera para concluir—. Algunas habréis oído que se había presentado una petición para aplazar unos días la ceremonia matrimonial. —Se oyeron algunas quejas—. Dalanar y su caverna de los lanzadonii decidieron venir a la Reunión de Verano de los zelandonii para que la hija de su compañera se emparejase en nuestra primera ceremonia matrimonial. —Se produjo un murmullo de voces entre las presentes—. Os complacerá saber que no será necesario el aplazamiento. Joplaya ya está aquí con su madre, Jerika. Joplaya y Echozar se emparejarán con los demás.

»Recordad todo lo que se ha dicho aquí. Es importante. La cacería inicial de la Reunión de Verano empezará mañana por la mañana, y si todo va bien, la ceremonia matrimonial se celebrará poco después. Entonces volveremos a reunirnos —dijo la Primera.

Mientras se disolvía la reunión, Ayla oyó varias veces el término «cabeza chata» y una vez como mínimo la palabra «abominación». No le gustó en absoluto, pero era evidente que muchas mujeres querían marcharse a comentar con las otras que Joplaya se había prometido con Echozar, el hombre que era medio cabeza chata.

Muchas lo recordaban. Ya había estado en la Reunión de Verano la última vez que asistieron los lanzadonii. Marthona recordaba que en aquella ocasión tuvieron lugar algunos incidentes desagradables en relación con Echozar y sus espíritus mixtos, y deseaba que no se repitieran. Le recordaba a otra Reunión de Verano que había sido dolorosa para ella: la primera a la que Jondalar había faltado al iniciar el viaje con su hermano y había dejado plantada a Marona, que lo esperaba para unirse a él en la ceremonia matrimonial. La joven se emparejó de todos modos ese verano, en la segunda ceremonia matrimonial, poco antes de volver a casa, pero su unión no había durado. Marona volvía a estar disponible, pero Jondalar había llevado una mujer a casa, una mujer que convenía mucho más a su hijo por distinta que fuera, sobre todo porque lo quería de verdad.

La Zelandoni contempló momentáneamente la posibilidad de prohibir a las mujeres comentar con otros lo que se había dicho en la reunión, pero era consciente de que carecía de autoridad para hacer cumplir ese edicto. Era una noticia demasiado sabrosa para pretender que la mantuvieran en secreto. La Primera advirtió que Ayla y

sus acompañantes no se iban con el resto de las asistentes, sino que aparentemente la esperaban para hablar con ella. Al fin y al cabo, seguía siendo la Zelandoni de la Novena Caverna. Cuando ya no quedaba prácticamente más que los zelandonia, Ayla se le acercó.

—Quería preguntarte una cosa, Zelandoni —dijo.

—Adelante —instó la donier.

—Has hablado de prohibiciones, de personas que podían emparejarse y personas que no. Ya sé que nadie puede unirse a un «primo cercano». Jondalar me contó que Joplaya era su prima cercana (a veces la llamaba «prima de su hogar»), porque los dos habían nacido en el hogar del mismo hombre —dijo Ayla. Eludió la mirada de Joplaya, pero Marthona y Jerika sí se miraron.

—Exactamente —confirmó la Zelandoni de la Novena.

—Desde que llegamos a la Reunión de Verano he oído hablar de otra cosa, incluso a ti. Has dicho que una persona no debería unirse a alguien que tuviera una señal de linaje incompatible con la suya. ¿Qué es una señal de linaje?

Los otros zelandonia habían prestado atención al principio, pero viendo que Ayla sólo pedía información, empezaron a hablar entre ellos o se retiraron a su espacio personal del alojamiento.

—Eso es un poco más difícil de explicar —dijo la Zelandoni—. Una persona nace con determinada señal de linaje. En cierto modo forma parte de su elán, su fuerza vital. Las personas conocen su señal de linaje prácticamente desde que nacen, del mismo modo que conocen su elandon. Recuerda que todos los animales son hijos de la Madre. También ella los trajo al mundo, como cuenta el Canto a la Madre:

»Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.

»Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.

»La señal de linaje está simbolizada por un animal, por el espíritu del animal —concluyó la Zelandoni.

—¿Es decir, como un tótem? —preguntó Ayla—. Mi tótem es el del León Cavernario. En el clan todos tienen un tótem.

—Puede ser —dijo la Primera, pensativa—. Pero me da la impresión de que los tótems son otra cosa. Para empezar, aquí no todo el mundo tiene un tótem. Son importantes, pero no tanto como un elán, por ejemplo, si bien es verdad que para conseguir un tótem es preciso haber superado una especie de prueba. Normalmente el tótem te elige a ti; en cambio, todo el mundo tiene una señal de linaje, y muchas personas tienen la misma. Un tótem puede ser cualquier espíritu de animal, un león cavernario, un águila dorada, un saltamontes; pero hay animales que poseen una especie de poder. Sus espíritus tienen una fuerza concreta, como una fuerza vital, pero distinta. La zelandonia los llama animales vitales, pero tienen más fuerza en el otro mundo que en éste. A veces podemos utilizar esta fuerza para protegernos cuando viajamos al mundo de los espíritus, o para hacer que ocurran ciertas cosas.

Ayla reflexionó un instante intentando recordar algo.

—¡Eso hacía Mamut! —exclamó de pronto—. Recuerdo que en una ceremonia hizo que ocurrieran cosas muy extrañas. Me parece que cogió un trozo del mundo de los espíritus y lo trajo a éste, pero tuvo que luchar mucho para controlarlo.

La expresión de la Zelandoni delató su sorpresa y admiración.

—Me hubiera gustado conocer a Mamut —dijo. Después continuó—: Por lo general, no se piensa demasiado en las señales de linaje, excepto de cara al emparejamiento. No han de unirse personas con señales de linaje opuestas, y por eso se habla más de ello en las Reuniones de Verano, cuando se deciden uniones y se celebran las ceremonias matrimoniales. El nombre común del animal vital de cada persona es una señal de linaje, y aunque ese nombre puede crear confusiones, casi todos lo usan porque no están acostumbrados a tratar con el mundo de los espíritus; sólo se preocupan de ello cuando van a emparejarse.

—A mí nadie me ha preguntado por mis señales de linaje —dijo Ayla.

—Sólo tiene sentido hacerlo entre los zelandonii de nacimiento. Las personas nacidas en otros lugares también pueden tener señales de linaje de animales vitales, pero normalmente no pueden compararse con los de los zelandonii. Cuando una persona se convierte en zelandonii, puede manifestarse una señal de linaje, pero nunca será opuesta a la del compañero o compañera que ya tiene. El animal vital de su pareja no lo permitiría.

Marthona, Jerika y Joplaya estaban escuchando atentamente. Jerika no era zelandonii de nacimiento, y sentía curiosidad por las costumbres y creencias de su compañero.

—Nosotros somos lanzadonii, no zelandonii. ¿Significa eso que si un lanzadonii quiere unirse a un zelandonii la señal de linaje no cuenta?

—Con el tiempo dejará de tener importancia —respondió la Primera—, pero muchos de vosotros, como Dalanar, nacisteis zelandonii. Los lazos son muy estrechos, y han de tenerse en cuenta.

—Yo nunca he sido zelandonii, y ahora soy lanzadonii, como Joplaya —dijo Jerika—. Como Echozar no es por nacimiento de ninguno de los dos pueblos, su señal de linaje no cuenta, pero como una hija recibe la señal de linaje de su madre me gustaría saber cuál es la de Joplaya.

—Es cierto que una hija suele tener la misma señal de linaje que su madre, pero esto no siempre es así. Según tengo entendido, habéis pedido que un Zelandoni se trasladase a vuestra caverna para que se convierta en vuestro primer Lanzadoni. Creo que será una gran oportunidad para el elegido. Será una persona con buena formación, de eso me encargaré yo, y descubrirá las señales de linaje de todo vuestro pueblo.

—¿Cuál es la señal de linaje de Jondalar? ¿Y cómo puedo yo tener una para transmitírsela a mi hija, si es que tengo una hija? —preguntó Ayla.

—Si quieres, podemos descubrirlo —respondió la Zelandoni—. El animal vital de Jondalar es un caballo, como el de Marthona, y el de Joharran, pese a que Marthona también es su madre, es distinto, es un bisonte. Los bisontes y los caballos son opuestos.

—Pero Jondalar y Joharran no son personas opuestas —observó Ayla frunciendo el entrecejo—. Se llevan muy bien.

La corpulenta donier sonrió.

—Opuestos para emparejarse, Ayla. Tienen señales de linaje opuestas.

—Ah, bueno, no creo que lleguen a formar pareja nunca —bromeó ella—. Has dicho que hay animales vitales. Puesto que mi tótem es el León Cavernario, ¿crees que podría ser también mi animal vital? Es poderoso y su espíritu me ha protegido en algunas ocasiones.

—Las cosas son distintas en el mundo de los espíritus —contestó la Primera—. La palabra «fuerza» tiene distintos significados. Los carnívoros son fuertes, pero tienden a actuar por su cuenta, ya sea solos o en pequeñas manadas, y los demás animales los rehuyen. Cuando entras en el mundo de los espíritus, normalmente es porque necesitas saber algo, descubrir algo. El animal que llega más lejos, que tiene acceso a otros muchos animales (o quizá debería decir que puede comunicarse con ellos), es más fuerte o, mejor dicho, posee una fuerza más útil. Depende de para qué vas a ese mundo. A veces buscas animales carnívoros por sus cualidades especiales.

—¿Por qué un bisonte y un caballo son señales de linaje opuestas? —quiso saber Ayla.

—Seguramente porque en este mundo tienden a pisar el mismo terreno en momentos distintos, y eso quiere decir que se superponen, compiten por el alimento. Los uros, por su parte, se comen la vegetación nueva y tierna, o sólo las puntas de la hierba, y dejan los tallos y partes más duras, que, en cambio, les gustan a los caballos.

Por tanto, uros y caballos son compatibles. Los dos animales más opuestos son el bisonte y el uro, y tiene su lógica si lo pensamos detenidamente. Los herbívoros suelen tolerarse entre sí, pero los bisontes y los uros no pueden estar en el mismo prado. Se eluden, y hay gente que los ha visto luchar, sobre todo cuando las hembras entran en la estación de los placeres. Unos y otros se parecen demasiado. Los sementales de uro se alteran cuando huelen a una hembra de bisonte en celo, y los bisontes machos pueden llegar a perseguir a las hembras de uro. Una persona que tenga al uro como señal de linaje no ha de emparejarse nunca con otra que tenga la señal del bisonte.

—¿Cuál es tu animal vital, Zelandoni? —preguntó Ayla.

—Si quisieras, podrías adivinarlo —contestó la donier sonriente—. Cuando entro en el mundo de los espíritus, soy un mamut. Cuanto tú vayas, Ayla, no serás como eres ahora. Irás con la forma de tu animal vital. Entonces averiguarás cuál es.

A Ayla no le entusiasmó demasiado oír a la Zelandoni hablar de su futuro viaje al mundo de los espíritus, y Marthona no entendía por qué la donier estaba tan comunicativa. Normalmente no se explayaba de esa manera ni entraba en tantos detalles. La madre de Jondalar sospechó que la Zelandoni trataba de tentar a Ayla, de cautivarla mediante retazos de los fascinantes conocimientos asequibles sólo a la zelandonia.

Comprendió la situación. Muchos consideraban ya a Ayla una especie de Zelandoni, y la Primera la quería dentro del grupo para poder controlarla, y no fuera de su alcance, donde podía crearle complicaciones. Pero Ayla ya había dejado muy claro que sólo quería emparejarse y tener hijos, ser como cualquier otra mujer. No quería incorporarse a la zelandonia, y conociendo a su hijo, Marthona estaba segura de que él tampoco le insistiría mucho en que fuera Zelandoni. Sin embargo, Jondalar tendía a sentirse atraído por mujeres que lo eran. Sería un enfrentamiento interesante.

Ya se disponían a marcharse cuando Ayla se volvió.

—Quería hacerte otra pregunta —dijo—. Cuando hablabas de los niños y de la posibilidad de provocar el aborto para poner fin a un embarazo no deseado, ¿por qué no has hablado de la manera de impedir que se inicie una vida?

—Eso no es posible. Sólo Doni tiene el poder de iniciar la vida y sólo Ella puede impedir que se inicie —terció la Zelandoni de la Decimocuarta, que se había quedado cerca de ellas escuchando la conversación.

—¡Claro que es posible! —replicó Ayla.

Capítulo 29

La Primera lanzó una severa mirada a la joven. Quizá debería haber hablado antes con Ayla sobre esa cuestión. ¿Era posible que conociera algún medio para frustrar la voluntad de Doni? Ésa no era la manera correcta de plantearlo, pero ya era demasiado tarde. Los zelandonia que se hallaban cerca vociferaban y gesticulaban, algunos tan alterados como la donier de la Decimocuarta. Decían que aquello era inadmisible. Los demás volvían a aproximarse al espacio central para averiguar qué ocurría. Ayla no imaginaba que su afirmación suscitaría semejante revuelo.

Las mujeres que la acompañaban permanecían unos pasos detrás de ella y observaban. Aunque su expresión no lo revelaba, Marthona contemplaba la escena con ironía. Joplaya no salía de su asombro ante la vehemente disputa de los respetados zelandonia, pero en realidad estaba tan conmocionada como ellos. Jerika escuchaba con sumo interés, pero ya había decidido hablar con Ayla en privado, ya que lo que acababa de anunciar a la zelandonia podía ser la solución a un grave problema que la preocupaba desde hacía un tiempo.

La primera vez que lo vio, Jerika se enamoró perdidamente del apuesto gigante que, a su vez, quedó cautivado por aquella mujer de exquisita delicadeza y que al mismo tiempo mostraba un carácter tan independiente. Pese a su tamaño, él era un hombre tierno y un magnífico amante, y ella disfrutaba enormemente de los placeres. Cuando él le pidió que fuera su compañera, ella aceptó sin vacilar. Más tarde, cuando descubrió que estaba encinta, sintió una profunda satisfacción. Pero el bebé que llevaba dentro era demasiado grande para su menudo cuerpo, y en el parto estuvieron a punto de morir ella y su hija. Le causó lesiones internas, y nunca volvió a quedar embarazada para su pesar, aunque en cierto modo fue también un alivio.

Ahora su hija había elegido a un hombre quizá no tan alto, pero sí más robusto, con poderosos músculos y grandes huesos. A pesar de ser alta, Joplaya era delgada y frágil, y tenía —como Jerika bien sabía— la cadera estrecha. Desde el momento en que adivinó a quién elegiría su hija como compañero y quién sería, por tanto, el hombre cuyo espíritu tendría más posibilidades de ser elegido por la Madre para iniciar los hijos que pudiera tener, le preocupaba que Joplaya pudiera padecer su mismo destino, o algo peor. Sospechaba que ya estaba encinta, porque había empezado a tener violentas náuseas matinales en el viaje a la Reunión de Verano. No obstante, se había negado a interrumpir el embarazo como le sugería su madre.

Jerika sabía que no podía hacer nada al respecto. Era la decisión de la Gran Madre. Joplaya sería bendecida o no según Ella deseara, y viviría o moriría según fuera su voluntad; pero Jerika sospechaba que, con el hombre que Joplaya había elegido, eran altas las probabilidades de que su hija muriera joven en un parto doloroso, si no en el primero, en otro. Cifraba sus esperanzas en que su hija

sobreviviera al primer parto y en que, como le había ocurrido a ella, las lesiones que sufriera al dar a luz le impidieran volver a quedar encinta… Ésas eran, efectivamente, sus esperanzas hasta ahora; pero Ayla acababa de decir que sabía cómo prevenir el inicio de una nueva vida, y decidió de inmediato que si su hija tenía tantas dificultades como ella había tenido y conseguía sobrevivir al nacimiento de su primer hijo, se aseguraría, para salvarle la vida, de que no volviera a quedar embarazada.

—Silencio, por favor —dijo la Primera y, finalmente, el alboroto disminuyó—. Ayla, quiero ver si te he entendido bien. ¿Estás diciendo que sabes prevenir un embarazo antes de que se inicie, que sabes impedir la vida desde antes del comienzo?

—Sí —contestó la joven—. Pensaba que también vosotras lo sabíais. Durante el viaje desde el este con Jondalar usé ciertas plantas. No quería tener un hijo mientras viajábamos. No contaba con ayuda de nadie.

—Me dijiste que Doni ya te había bendecido —recordó la donier—. Me dijiste que hacía tres lunas que no sangrabas. Entonces aún viajabas.

—Estoy prácticamente segura que este niño se inició cuando acabábamos de cruzar el glaciar —dijo Ayla—. Nos habíamos llevado muy pocas piedras de quemar de los losadunai, las justas para fundir y convertir en agua el hielo necesario para que los caballos, Lobo y nosotros pudiéramos beber. Durante ese tiempo del viaje no herví agua para infusiones, pero sí tomé una dosis de esas plantas especiales todas las mañanas. La travesía fue muy dura, y casi no lo conseguimos. Cuando llegamos a este lado y dejamos atrás el glaciar, paramos a descansar unos días y ya no volví a tomar la medicina. Entonces ya no me importaba que se iniciase una nueva vida, porque estábamos a punto de llegar. Me alegré mucho al descubrir que estaba encinta.

—¿De quién aprendiste el uso de esa medicina? —preguntó la Zelandoni.

—De Iza, la entendida en medicinas que me crió.

—¿Cómo, según ella, actuaba esa planta? —inquirió la Zelandoni de la Decimocuarta.

La Primera la miró, tratando de contener su irritación. Ella formulaba las preguntas según una secuencia lógica. No necesitaba ni ayuda ni intromisiones, pero Ayla contestó de todos modos.

—Según las creencias del clan —explicó—, el espíritu del tótem de un hombre lucha con el espíritu del tótem de una mujer, y por eso ella sangra. Cuando el tótem del hombre es más fuerte que el de la mujer, lo vence y se inicia una nueva vida. Iza me explicó que ciertas plantas dan fuerza al tótem de una mujer y lo ayudan a luchar contra el espíritu del tótem del hombre.

—Primitivo, pero me sorprende que se lo hayan planteado —declaró la Zelandoni de la Decimocuarta, y recibió una dura mirada de la Primera.

Ayla percibió el desdén en la voz de la mujer y se alegró de no haber expuesto antes su idea de que era el hombre quien iniciaba un niño dentro de la mujer. Ella no creía que se tratara de una mezcla de espíritus de la Doni, como tampoco creía que fuera fruto de la derrota de un tótem, pero supuso que, para la donier de la

Decimocuarta y algunos otros zelandonia, sus ideas merecerían más críticas que consideración.

—Has dicho que tomaste esas hierbas durante el viaje —dijo la Primera, reasumiendo el control del interrogatorio—. ¿Qué te llevó a pensar que la medicina daría resultado?

—Los hombres del clan atribuyen un gran valor a los hijos de sus compañeras, sobre todo si son varones —respondió Ayla—. Cuando sus compañeras tienen un hijo, aumenta el prestigio de ellos. Creen que es una prueba de la fuerza de su tótem, que en otro sentido representa la fortaleza interior. Iza me explicó que había utilizado ella misma esas plantas para no quedarse embarazada con la intención de deshonrar a su compañero. Era un hombre cruel, que la pegaba para demostrar su autoridad sobre una entendida en medicinas de su rango, y por eso ella decidió demostrarle que el espíritu de su tótem no era lo bastante fuerte para vencer al de ella.

—¿Y ella por qué toleraba ese trato? —nuevamente fue la Zelandoni de la Decimocuarta quien intervino—. ¿Por qué no cortó el nudo y se buscó a otro compañero?

—Las mujeres del clan no pueden elegir con quién se emparejan —aclaró Ayla—. Lo decide el jefe y los otros hombres.

—¡No pueden elegir! —exclamó la Zelandoni de la Decimocuarta.

—Dadas las circunstancias, considero que esa mujer… ¿Iza, se llamaba?… demostró una inteligencia muy aguda —terció de inmediato la Primera, antes de que la Zelandoni de la Decimocuarta hiciera otra pregunta—. ¿Todas las mujeres del clan conocen las propiedades de esas plantas?

—No, sólo la entendida en medicinas, y creo que ese preparado en concreto sólo lo conocían las mujeres de la estirpe de Iza. Ella preparaba el brebaje para otras mujeres si consideraba que lo necesitaban. Pero no sé si les decía qué era. Si los hombres lo hubieran descubierto, se habrían puesto furiosos; pero a Iza nadie le preguntaba nada. Los hombres están al margen de los conocimientos de las entendidas en medicinas. Es una sabiduría que se transmite de madres a hijas, quienes también se hacen curanderas si demuestran aptitudes. Iza me consideraba hija suya.

—Me sorprende que tengan una medicina tan poderosa —comentó la Zelandoni, consciente de que hablaba en nombre de otros muchos.

—Mamut del Campamento del León sabía hasta qué punto era eficaz la medicina del clan. De joven hizo un viaje y se rompió un brazo; era una fractura grave. Fue a parar a la cueva de un clan, y la entendida en medicinas le colocó el hueso en su sitio y lo cuidó. Llegamos a la conclusión de que se trataba del mismo clan con el que yo viví. La mujer que lo curó era la abuela de Iza.

Cuando Ayla terminó de hablar se produjo un silencio absoluto en el alojamiento. Los zelandonia de las cavernas cercanas habían oído a Joharran y Jondalar hablar de los cabezas chatas, quienes, según Ayla, se autodenominaban clan y no eran animales, sino personas. Se había debatido ampliamente al respecto, pero muchos se negaban a

aceptar que algo así fuera cierto. Podía ser que los cabezas chatas fueran más inteligentes de lo que ellos pensaban, pero no humanos. Sin embargo, aquella mujer les contaba que habían curado a un miembro de los mamutoi, y que habían reflexionado sobre el modo en que empezaba la vida. Incluso insinuaba que sus prácticas medicinales podían ser más avanzadas que las de los zelandonii.

La zelandonia comenzó de nuevo a discutir sobre el tema, y el alboroto del interior se oía incluso fuera del alojamiento. Los zelandonia que habían actuado como vigilantes en el exterior durante la reunión de mujeres se morían de curiosidad por saber cuál era la causa de tal algarabía, pero no tenían más remedio que esperar a que los invitaran a entrar. Sabían que aún quedaban mujeres dentro, pero les extrañaba el alboroto porque no era habitual que una reunión de mujeres fuera tan acalorada.

La Primera ya había oído hablar mucho a Ayla del clan, y se apresuró a extraer consecuencias y aplicarlas. Estaba ya definitivamente convencida de que los cabezas chatas eran personas, y consideraba importante que los zelandonii comprendieran lo que eso significaba. Sin embargo, ni siquiera ella se había dado cuenta de lo avanzados que estaban. Había supuesto que llevaban una vida sencilla y más primitiva, y creía que su medicina estaría al mismo nivel que la de los zelandonii. No obstante, veía que Ayla había recibido una buena formación básica, que ella podía desarrollar. Tenía que meditar. Sus propias leyendas se remontaban a una época en que los zelandonii hacían una vida más sencilla, pero su comprensión de los alimentos vegetales y las medicinas siempre había ido por delante de otros ámbitos del conocimiento. Sospechaba que el conocimiento de las plantas era muy antiguo, que se remontaba mucho en el tiempo. Si el clan era tan antiguo como Ayla creía, no era imposible que sus conocimientos en este terreno estuvieran bastante evolucionados. Sobre todo si era cierto, como había dicho Ayla, que tenían una forma de memoria especial a la que podían recurrir. La Zelandoni habría preferido hablar con Ayla antes de plantearlo a la zelandonia, pero tal vez era mejor así. Quizá se requería una conmoción como aquélla para que los zelandonia comprendieran el impacto que podía llegar a tener en ellos la gente que Ayla llamaba «clan».

—Guardemos silencio, os lo ruego —dijo la Zelandoni, intentando calmar los ánimos. Cuando por fin se restableció el orden, habló de nuevo—: Parece que Ayla puede proporcionarnos una información muy útil. Los mamutoi fueron muy perspicaces cuando la adoptaron en el hogar del Mamut, que de hecho es lo mismo que ser adoptada por la zelandonia. Más adelante hablaremos a fondo con ella y exploraremos el alcance de sus conocimientos. Si realmente conoce maneras de prevenir el inicio de una nueva vida, podría ser sumamente beneficioso, y deberíamos dar gracias por poseer un conocimiento así.

—Debo advertiros que no siempre da resultado —dijo Ayla—. El compañero de Iza murió cuando su cueva se desmoronó a causa de un terremoto, pero ella estaba encinta cuando me encontró. Su hija, Uba, nació poco después. Pero Iza contaba entonces unos veinte años, una edad muy avanzada para que una mujer del clan

tuviera su primer hijo. Allí, las niñas se hacen mujeres a los ocho o nueve años. En todo caso, la medicina le dio resultado durante muchos años, y a mí me hizo efecto a lo largo de casi todo el viaje.

—Son pocos los conocimientos referentes a la medicina o el arte de curar que pueden considerarse absolutamente ciertos e infalibles —declaró la Zelandoni—. En último extremo, sigue siendo la Gran Madre quien decide.

Jondalar se alegró de ver regresar a las mujeres. Esperaba a Ayla desde hacía rato. Se había quedado en el campamento con Lobo cuando Dalanar decidió ir a la zona principal con Joharran, y les había prometido que también él iría en cuanto volviera Ayla. Marthona había dicho a Folara que preparara una infusión y un poco de comida, y había invitado a Jerika y Joplaya a su alojamiento. Ella y Jerika hablaron de los parientes, y Folara explicó a Joplaya algunas de las actividades que planeaban los jóvenes.

Ayla se quedó con ellas un rato, pero después de la discusión final en el alojamiento de la zelandonia, deseaba estar sola. Dijo que tenía que ir a ver a los caballos, cogió la mochila y se marchó con Lobo. Fue río arriba, pasó un rato con los caballos y luego continuó hasta el estanque. Estuvo tentada de bañarse, pero finalmente decidió seguir caminando. Continuó por un sendero muy poco transitado, y cuando se halló cerca de la nueva cueva, advirtió que había recorrido el mismo camino que Jondalar con los Otros el primer día.

A cierta distancia del pequeño monte donde estaba la cueva, veía claramente la entrada, y notó que habían limpiado de matorrales el acceso. También habían quitado tierra y piedras del contorno de la abertura, por lo que ahora parecía más ancha. Seguramente, pues, la mayoría de las personas que asistían a la Reunión de Verano de los zelandonii habían estado ya en el interior de la cueva como mínimo una vez, pero las visitas no habían dejado rastro. La cueva era tan bella, y tan poco comunes sus paredes blancas, que se consideraba un lugar sagrado y, como tal, inviolable. La zelandonia y los jefes de las cavernas no habían asimilado aún plenamente el hallazgo, y todavía no habían decidido cuándo y cómo convenía utilizarla. No había habido tiempo de crear una tradición; era demasiado nueva.

El sitio donde ella había encendido un pequeño fuego para encender la antorcha y había dejado restos de carbón se había convertido en un hogar de fuego con un círculo de piedras y unas cuantas antorchas a medio quemar al lado. Ayla sacó la yesquera de la mochila, encendió rápidamente una pequeña hoguera y acercó una de las antorchas; a continuación fue hacia la entrada de la cueva.

Con la antorcha en alto, entró en el oscuro espacio. La claridad diurna que penetraba por la abertura iluminaba la tierra blanda de la galería descendente, donde se acumulaban ya las pisadas de todos los tamaños, distinguiéndose huellas de pies descalzos y también calzados. Vio una pisada de un pie largo y estrecho descalzo,

seguramente de un hombre alto; otra de un tamaño medio, más ancha, probablemente de una mujer adulta o un muchacho. Había una huella de una suela de sandalia de tallo de hierba o juncos entretejidos y al lado el perfil borroso de otra huella de un mocasín de piel, seguida de una fila de diminutas pisadas muy espaciadas y vacilantes, seguramente de un niño que estaba aprendiendo a caminar. De entre todas ellas destacaban las de Lobo. Ayla se preguntó qué conclusiones extraería un rastreador que no supiera que ella había entrado en la cueva con el animal delante.

Notó que el aire se hacía más fresco y húmedo y el espacio más oscuro a medida que bajaba por la galería. Visitar la cueva, o al menos la cámara principal, no requería especial agilidad. Era una cueva que podían utilizar familias enteras, pero no como espacio habitable. Las cuevas subterráneas eran demasiado oscuras y húmedas para vivir, sobre todo considerando que la región estaba llena de refugios abiertos a la luz diurna, con suelos uniformes y salientes de piedra que protegían el interior de la lluvia y la nieve. Aquella cueva poseía tal belleza que parecía un santuario, una entrada extraordinaria a la matriz de la Madre.

Ayla y Lobo bordearon la gran cámara de paredes blancas por su lado izquierdo, y después ella entró en el pasadizo estrecho del fondo, con las paredes que se ensanchaban en su parte superior y se redondeaban en lo alto. Se detuvo en la zona ancha que envolvía la columna redonda que descendía desde el techo y no llegaba al suelo. Empezaba a tener frío. Buscó la piel suave de ciervo gigante que llevaba en la mochila y se cubrió los hombros. Era la del ciervo que había batido con el lanzavenablos antes de la cacería de bisontes en que había perdido la vida Shevoran. Desde entonces habían ocurrido tantas cosas que tenía la sensación de que habían pasado años. «Pero no hace tanto tiempo», pensó.

Caminó hasta el final del pasadizo, giró en torno a la columna colgante, retrocedió y se sentó. Le gustaba la sensación de amplitud de aquel espacio. Lobo se le acercó para frotarse la cabeza contra su mano.

—Ya veo que quieres un poco de atención —dijo ella pasándose la antorcha a la mano izquierda para rascar al animal detrás de las orejas.

Cuando Lobo se fue a explorar otra vez, Ayla reflexionó sobre la reunión anterior con las mujeres que iban a emparejarse y los zelandonia, y las posteriores discusiones.

Pensó en las señales de linaje y recordó que la de Marthona era el caballo y que no sabía cuál era la suya. Le resultaba interesante que en el mundo de los espíritus los caballos, los uros y los bisontes fueran animales vitales más importantes que los lobos, los leones cavernarios e incluso los osos cavernarios. En ese mundo las cosas iban al revés. Notó entonces una sensación que no era nueva. No le gustó e intentó resistirse, pero no podía dominarla. Era como si recordara alguna cosa, como si recordara sus sueños, pero iba más allá del recuerdo, era más bien un sueño; como si reviviese sus sueños y recuerdos con la vaga sensación de recordar cosas que no habían sucedido.

Estaba angustiada, había hecho algo mal y apuró el líquido que quedaba en el cuenco. Siguió las luces parpadeantes por una cueva larga e interminable; de pronto había mucha luz y vio a los mog-ures. Se sintió aturdida y a la vez paralizada de miedo, como si cayera en un abismo negro. Súbitamente Creb la ayudaba, la sostenía, aplacaba sus temores. Él era sabio y bueno. Entendía el mundo de los espíritus.

La escena cambiaba. En medio de un destello rojizo, el felino se abalanzó sobre los uros y derribó a la enorme vaca parduzca, que bramó aterrorizada. Ayla se asustó e intentó fundirse en la sólida roca de la diminuta cueva. Un león cavernario rugió, y una garra gigante penetró en la cueva y le señaló el muslo izquierdo con cuatro cortes paralelos.

—Tu tótem es el león cavernario —dijo el viejo Mog-ur.

Volvió a cambiar. La fila de luces que señalaba el camino por el pasadizo de una cueva larga y tortuosa iluminaba unas formaciones ligeras, con hermosos revestimientos. Vio una que parecía una larga cola de caballo. Se convirtió en una yegua amarillenta que corría entre la manada. Relinchó y sacudió la oscura cola como si la llamara. Ayla miró para ver hacia dónde se dirigía y se sobresaltó al ver que Creb surgía de las sombras. Él le hizo una seña, como si quisiera indicarle que se diera prisa. Ayla oyó un relincho. La manada se alejaba al galope hacia el borde del precipicio. Estaba aterrorizada y corrió tras los caballos. Se le contrajo el estómago de nuevo. Oyó gritar a un caballo como si se estuviera cayendo por el precipicio, dando vueltas y más vueltas en el aire.

Ella tenía dos hijos, hermanos que nadie habría creído que lo fuesen. Uno era alto y rubio como Jondalar, el otro, el mayor, ella sabía que era Durc, pese a que tenía la cara oculta entre las sombras. Los dos hermanos se acercaron desde puntos opuestos hacia una pradera vacía, asolada y barrida por el viento. Ella sentía una gran angustia; estaba a punto de suceder algo horrible, y debía impedirlo. Entonces, aterrorizada, supo que uno de sus hijos mataría al otro. Los dos se acercaron, y ella intentó llegar a ellos, pero se interponía un muro grueso y viscoso. Ellos estaban ya muy cerca uno del otro, con los brazos en alto en ademán de atacar. Ayla silbó.

—Despierta, hija —dijo Mamut—. Es sólo un símbolo, un mensaje.

—¡Pero uno de los dos morirá! —exclamó Ayla.

—No es lo que tú crees, Ayla —dijo Mamut—. Has de averiguar el significado real. Posees el don. Recuerda que el mundo de los espíritus no es igual que el nuestro, que en él todo parece invertido, cabeza abajo.

Ayla se sobresaltó cuando cayó la antorcha. La recogió antes de que se apagara la llama; después contempló la parte de arriba de la columna colgante que parecía sostener algo, pero que, en realidad, no llegaba al suelo. Estaba invertida. Se estremeció. Entonces, por un instante, la columna se convirtió en un muro viscoso y transparente. Al otro lado, un caballo caía cabeza abajo, dando vueltas en el aire, después de saltar por el borde de un acantilado.

Lobo estaba detrás de ella tocándola con el hocico, gimoteando, apartándose y acercándose. Ayla se levantó y miró al lobo, que trataba de llamar su atención.

—¿Qué quieres, Lobo? ¿Qué me quieres decir? ¿Quieres que te siga? ¿Es eso?

Se dispuso a salir del pasadizo, y cuando llegó al principio, vio bajar por la rampa de la entrada otra antorcha. Obviamente la persona que se iluminaba con ella también vio a Ayla, pese a que el fuego de su antorcha empezaba a chisporrotear y extinguirse. Se detuvo, notó que la luz que se acercaba se movía más deprisa. Se sintió mejor, pero antes de que la otra persona llegara a su lado, sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Veía alguna cosa gracias a la débil luz que procedía de la gran cámara exterior, y pensó que de todos modos habría encontrado la salida si hubiera sido necesario, pero se alegraba de que con ella hubiera alguien más. Sin embargo, le sorprendió ver quién era.

—¡Eres tú! —dijeron los dos al mismo tiempo.

—No sabía que hubiera alguien. No quería molestar…

—Me alegro mucho de verte —le interrumpió Ayla, y sonrió—. De verdad que me alegro, Brukeval. Se me ha apagado la antorcha.

—Ya lo he visto —dijo él—. Si quieres salir, te acompaño.

—Ya hace demasiado rato que estoy aquí. Tengo frío. Tengo ganas de salir al sol. Debería ir con más cuidado.

—Es fácil distraerse en esta cueva. Es preciosa y provoca un efecto… no sé, especial —dijo él al tiempo que alzaba la antorcha entre ambos.

—Sí, es verdad.

—Para ti, debió de ser muy emocionante ser la primera en verla —dijo Brukeval —. Nosotros hemos estado en estos montes muchas veces, no sabría expresarlo con palabras de contar y, sin embargo, no hemos conocido su existencia hasta que tú has venido.

—Su contemplación despierta muchas emociones; lo de menos es haber sido la primera en entrar en ella. Creo que para todo el mundo debe ser igual de emocionante la primera vez que la ve. ¿La habías visitado ya?

—Sí —contestó Brukeval—. Todo el mundo hablaba de la cueva, así que antes de que oscureciera cogí una antorcha y vine a verla. No pude ver gran cosa porque ya era muy tarde. Pero me quedé con ganas de volver hoy.

—Pues me alegro —declaró Ayla mientras subían por la rampa hacia la entrada —. Seguramente habría podido salir de todos modos, porque allí atrás llega un poco de luz, y Lobo me habría ayudado, pero te aseguro que he sentido un gran alivio al ver tu antorcha.

Brukeval bajó la vista y vio al lobo.

—Sí, seguro que Lobo te habría ayudado. No lo había visto. Él también es especial, ¿verdad?

—Para mí, sí. ¿Ya lo conoces? —preguntó Ayla—. Le presento a las personas de una manera formal para que sepa que son amigas.

—Me gustaría ser amigo tuyo —dijo Brukeval.

El modo en que lo dijo indujo a Ayla a mirarlo de la forma discreta propia de las mujeres del clan. Sintió un escalofrío y una sensación de mal augurio. En la declaración de Brukeval parecía haber algo más que un deseo de amistad. Presintió un anhelo de poseerla; pero decidió que debía de estar equivocada. ¿Por qué habría de desearla Brukeval? Apenas se conocían. Le sonrió, en parte para disimular su malestar.

—Pues te presentaré a Lobo —dijo.

Cogió la mano de Brukeval y llevó a cabo todo el proceso de dejársela olfatear al animal al mismo tiempo que manifestaba su aprobación.

—Creo que nunca te he dicho la admiración que sentí por ti el día que te enfrentaste a Marona —dijo Brukeval una vez concluida la presentación—. Puede llegar a ser una mujer cruel y perversa. Lo sé porque viví con ella cuando era pequeño. Supuestamente somos primos, primos lejanos, pero cuando mi madre murió, su madre era la parienta más cercana a la mía que podía amamantar a un niño, y tuvo que quedarse conmigo. Aceptó la responsabilidad, aunque no era algo que le complaciera demasiado.

—He de reconocer que Marona no me inspira mucha simpatía —admitió Ayla—. No obstante, siento lástima por ella porque algunas personas creen que no puede tener hijos.

—No sé si no puede o sencillamente no quiere. También se dice que hace lo posible para perderlos siempre que es bendecida. De todas formas, no sería buena madre. Es incapaz de pensar en nadie aparte de en sí misma —declaró Brukeval—. No es como Lanoga. Ella sí será una madre excelente.

—Ya lo es —dijo Ayla.

—Y gracias a ti, hay muchas posibilidades de que Lorala sobreviva.

Ayla volvió a sentirse incómoda por el modo en que él la miraba. Bajó la vista y acarició a Lobo para disimular.

—Son las otras madres las que amamantan a Lorala, no yo.

—Pero nadie más se había preocupado de saber que la niña no tenía leche con que alimentarse, ni ayuda de ningún tipo. Te he visto con Lanoga. La tratas como si fuera una persona importante.

—Porque lo es —dijo Ayla—. Es una niña admirable, y será una mujer extraordinaria.

—Sí, es cierto, pero sigue siendo de la familia con menos rango de la Novena Caverna —afirmó Brukeval—. Yo me emparejaría y compartiría mi posición con ella; al fin y al cabo no me sirve de nada. Pero dudo que ella quisiera. Soy demasiado mayor para ella, y además… En fin… no le gusto a ninguna mujer. Espero que encuentre a alguien que la merezca.

—También yo, Brukeval, pero ¿por qué crees que no te querrá ninguna mujer? —protestó Ayla—. Por lo que sé, en la Novena Caverna tienes un rango muy cercano al primero. Además, Jondalar dice que eres un magnífico cazador y que tu aportación es muy importante para la caverna. Él tiene muy buena opinión de ti. Si yo fuera una zelandonii que buscara compañero, y no fuera a unirme a Jondalar, te tendría en cuenta. Tienes mucho que ofrecer.

Él la miró atentamente, como si quisiera asegurarse de que no decía todo aquello para engatusarlo y después burlarse de él, como hacía Marona. Sin embargo, Ayla parecía sincera, y sus sentimientos, genuinos.

—¡Pero, desgraciadamente, no buscas compañero! —dijo Brukeval—. Si algún día decides buscar a otro, házmelo saber —añadió, esforzándose en que pareciera que bromeaba.

Desde el instante en que había visto a Ayla, pensó en que ella era la mujer que siempre había soñado. El problema era que iba a unirse con Jondalar. «¡Qué suerte!, pensó. Pero, de hecho, Jondalar siempre ha tenido suerte. Espero que sepa valorar lo que tiene, porque si no lo hace, yo sí podría valorarlo. La aceptaría sin pensármelo dos veces, si ella quisiera».

Oyeron unas voces y alzaron la cabeza. Vieron que se acercaban algunas personas procedentes del campamento de la Novena Caverna. Los dos hombres altos que tanto se parecían eran fáciles de identificar. Ayla saludó con la mano y sonrió a Jondalar y Dalanar. Ellos la reconocieron y le devolvieron el saludo. Las dos muchachas altas que los acompañaban no podían haber sido más distintas y, sin embargo, eran primas lejanas; ambas estaban emparentadas en mayor o menor grado con Jondalar. A Ayla le habían explicado los complejos vínculos familiares entre los zelandonii, y en eso pensaba mientras los veía aproximarse.

Entre los zelandonii, sólo los hijos de la misma mujer se llamaban hermanos; los hijos del mismo hombre del hogar se consideraban primos, no hermanos. Folara y Jondalar eran hermanos porque tenían la misma madre, pese a que los hombres de su

hogar eran distintos; Joplaya era su prima cercana, porque, a pesar de que Dalanar era el hombre del hogar de los dos, tenían madres distintas. Sin embargo, aunque no se reconociese entre ellos una relación de hermanos, se tenía en cuenta la proximidad familiar. Los primos cercanos, sobre todo los que también se llamaban «primos del hogar», tenían un lazo demasiado próximo para emparejarse.

La otra persona que los acompañaba era Echozar, el prometido de Joplaya. Destacaba tanto como los dos hombres altos por su robusta constitución. Joplaya y Echozar se emparejarían en la misma ceremonia matrimonial que ella y Jondalar. Sabía que entre las parejas que compartían una misma ceremonia surgían con frecuencia profundas amistades, y a Ayla le habría gustado que eso fuera posible entre ellos cuatro, pero vivían muy lejos y era poco probable que eso ocurriera. A medida que se acercaban notó que Joplaya miraba a Jondalar de vez en cuando, pero no le molestó en absoluto. Sintió lástima por ella. Comprendía su tristeza. También ella había estado prometida con el hombre equivocado, pero para Joplaya no habría ningún indulto de última hora. Los primos cercanos a menudo crecían juntos o vivían cerca, y sabían que eran parientes y no podían considerar la posibilidad de emparejarse. Pero cuando Jondalar fue a vivir con el hombre de su hogar, después de la pelea en la que había roto dos dientes delanteros al hombre que actualmente se llamaba Madroman, ya era un adolescente. La hija del hogar de Dalanar, Joplaya, era un poco más joven, pero no se habían visto nunca de niños.

Dalanar estaba encantado de tener a sus dos hijos en casa y quería que se conocieran bien. Decidió que lo mejor era instruirlos a los dos en el oficio de tallar el pedernal, para que tuvieran algo en común. De hecho, fue una buena idea, pero no preveía el efecto que tendría en Joplaya estar tan cerca del joven que se parecía tanto a él. La muchacha sentía adoración por el hombre de su hogar, y cuando llegó Jondalar, fue muy fácil transferir ese intenso amor a su primo cercano. Jerika se dio cuenta, pero ni Dalanar ni Jondalar eran conscientes de ello. Joplaya siempre disimulaba sus sentimientos con bromas, y ellos, que sabían que los primos cercanos no podían emparejarse, las interpretaban literalmente y daban por hecho que eran un juego.

La caverna de los lanzadonii de Dalanar no era muy numerosa, y no había nadie que pudiera ofrecer gran cosa a una muchacha hermosa e inteligente. Cuando Jondalar se fue de viaje, Jerika insistió a Dalanar para que llevase a la caverna de los lanzadonii a la Reunión de Verano de los zelandonii de vez en cuando. Los dos esperaban que Joplaya conociera a alguien y, de hecho, muchos jóvenes se interesaron por ella, pero la joven se sentía extraña con tantas atenciones y no encontró a nadie con quien se sintiera tan a gusto como con su primo Jondalar.

Sabía que había habido casos de emparejamientos entre primos, aunque siempre se trataba de primos lejanos. Sin embargo, prefería no pensar en ello, y fantaseaba con la idea de que Jondalar volviera de su viaje y decidiera que la quería a ella como ella lo amaba a él. Sabía que era poco probable que su sueño se hiciera realidad, pero

esperaba apasionadamente que un día regresara a casa y la reclamara como su único amor. En lugar de eso volvió con Ayla. Joplaya se hundió, pero se dio cuenta del amor que Jondalar sentía por la forastera y comprendió que su sueño era imposible.

El único hombre con quien había encontrado alguna afinidad era un nuevo miembro de la Caverna de Dalanar, a quien también miraban todos atentamente fuera adonde fuera. Se llamaba Echozar y era un hombre con espíritus mixtos. Fue Joplaya quien lo ayudó a integrarse en la caverna, quien lo hizo entender que Dalanar y los lanzadonii lo aceptaban, e incluso lo ayudó a aprender la lengua. Fue a ella a quien Echozar explicó su historia por primera vez.

La madre de Echozar había sido forzada por un hombre de los Otros, que, además, había matado a su compañero. Cuando ella dio a luz la maldijeron y sabía que traía mala suerte porque habían matado a su compañero y había tenido un hijo deforme. Ella había abandonado el clan, dispuesta a morir, pero la rescató Andovan, un hombre ya de cierta edad que había huido de la perversa jefa de los s'armunai. Andovan había vivido durante un tiempo en una caverna zelandonii, pero no se sentía cómodo con personas que tenían costumbres tan distintas a las suyas. Se había ido y había vivido solo hasta que encontró a la mujer del clan y a su hijo. Entre los dos habían criado a Echozar, que había aprendido de su madre el lenguaje de las señas del clan y de Andovan el lenguaje hablado, que, en realidad, era una mezcla de la lengua materna de Andovan y el zelandonii que había aprendido. Pero cuando el niño creció, Andovan murió. Su madre no soportó la soledad y sucumbió a la maldición de muerte que le habían impuesto. Murió poco después que Andovan y dejó solo a Echozar.

El muchacho no quería vivir solo e intentó volver al clan, pero lo consideraron deforme y no quisieron aceptarlo. Pese a que sabía hablar, las cavernas lo rechazaron porque dijeron que era una abominación de espíritus mixtos. En su desesperación, intentó suicidarse, y cuando despertó, vio la cara sonriente de Dalanar, que lo había encontrado herido pero todavía vivo y lo había llevado a su caverna. Los lanzadonii lo aceptaron, y él acabó idolatrando al hombre alto y amando a Joplaya.

Ella había tratado bien a Echozar, habían tenido largas conversaciones, lo había escuchado e, incluso, le había cosido una preciosa túnica adornada para la ceremonia de adopción de los lanzadonii. Él la amaba profundamente y sufría por ello, pero no creía tener la menor posibilidad. Había dudado mucho antes de reunir el valor suficiente para pedirle que fuera su compañera, y cuando ella lo aceptó, no podía creérselo. Eso ocurrió después de que Jondalar, primo de su hogar, regresara con Ayla, con quienes Echozar congenió de inmediato. Ellos no lo trataban como si fuera distinto.

Echozar no podía ir a ninguna parte sin que lo miraran con curiosidad. La combinación de rasgos heredados del clan y los Otros no era muy atractiva. En cuanto a la estatura, era como un hombre medio de los Otros, pero conservaba la constitución robusta, el pecho ancho, las piernas más bien cortas y arqueadas, y el cuerpo peludo del clan. Tenía el cuello largo y era capaz de hablar. Incluso tenía un

poco de barbilla, como los Otros, pero tan pequeña que le confería un aire débil. La nariz prominente y las cejas gruesas y espesas que le cruzaban la frente en un solo trazo eran totalmente propias del clan. En cambio, la frente no. La tenía recta y alta como cualquiera de los Otros.

Para la mayoría de la gente era una combinación extraña, como si todo él no acabara de encajar, pero no para Ayla. Ella había crecido entre la gente del clan y, por tanto, compartía sus criterios de belleza. Siempre se había visto grande y fea. Era demasiado alta y los rasgos de su cara eran extrañamente delicados. Pero por más que ella encontrara atractiva la mezcla de Echozar, para todos los demás resultaba un hombre extraordinariamente feo. Sólo sus enormes ojos, de un negro brillante salpicado de tonos castaños, llamaban la atención. Tenía una mirada muy intensa, cautivadora e inteligente, y cuando contemplaba a Joplaya rebosaba amor.

Ella no lo amaba, pero sentía una especie de afinidad con él y lo respetaba. A ella la miraban por su exótica belleza, pero también eso le hacía sentirse distinta y la hacía sufrir tanto como a él. Además, Joplaya se sentía a gusto con Echozar, podía hablar con él. Decidió que si no podía tener a quien amaba se emparejaría con el hombre que la amaba, y sabía que nunca encontraría a nadie que la quisiera más que Echozar.

A medida que se acercaba la gente del campamento, Ayla notó que Brukeval se ponía tenso. Miraba fijamente a Echozar, y su expresión no era en absoluto cordial. Se fijó en los parecidos y las diferencias entre ambos. Echozar era un hijo mixto, fruto de la unión de una mujer del clan y un hombre de los Otros, mientras que Brukeval había heredado los rasgos del clan de su abuela. Así pues, el parecido de Echozar con los hombres del clan era mucho más evidente, aunque para ella —y para todo el mundo— la mezcla era tan patente en uno como en otro, a pesar de que Brukeval se pareciera más a los Otros que Echozar.

Pese a que Ayla empezaba a discernir los gustos de los Otros, aún encontraba atractivos los pronunciados rasgos del clan. Hablaba sinceramente al decir a Brukeval que no comprendía por qué pensaba que ninguna mujer le querría. Seguramente ella sí lo tendría en cuenta si no tuviera previsto emparejarse con Jondalar y fuera una zelandonii. Pero también sabía que no era una auténtica zelandonii, al menos por el momento. Además, Brukeval no le era muy simpático. Si bien lo encontraba atractivo y le parecía que poseía muchas cualidades, también tenía algo que le inspiraba rechazo. Le recordaba más a Broud que a cualquier otro miembro del clan, y comprendió la razón al ver la expresión con que Brukeval recibía a Echozar.

—Saludos, Brukeval —dijo Jondalar acercándose a él con una sonrisa—. Me parece que ya conoces a Dalanar, el hombre de mi hogar, pero no sé si conoces a mi prima Joplaya y a su prometido Echozar.

Jondalar estaba a punto de iniciar las presentaciones formales, y Echozar había ya levantado las manos. Pero antes de que pudiera empezar, Brukeval intervino.

—¡No tengo la menor intención de tocar a un cabeza chata! —dijo apoyándose las manos en la cadera. Luego se dio media vuelta y se fue.

Todos se quedaron atónitos. Fue Folara la primera en hablar.

—¡Qué grosero! Sé que culpa de la muerte de su madre a los cabezas chatas…, bueno, al clan, pero lo que acaba de hacer es imperdonable. Puede que nadie le enseñara buenos modales, pero nuestra madre sí se tomó la molestia de enseñarle a comportarse. Si lo hubiera oído se habría quedado de una pieza.

—Mi madre era cabeza chata o miembro del clan, puede decirse como se quiera, pero yo no lo soy —dijo Echozar—. Yo soy lanzadonii.

—Por supuesto —dijo Joplaya cogiéndole la mano—. Y pronto nos emparejaremos.

—Ya ves que también entre sus antepasados hay alguien del clan —declaró Dalanar—. Es evidente. Si no soporta la idea de tocar a alguien con tales antecedentes, ¿cómo se soporta a sí mismo?

—No se soporta, ése es su problema —aseveró Jondalar—. Brukeval no se soporta. Se burlaron mucho de él cuando era pequeño; los demás niños lo llamaban «cabeza chata» y él siempre lo negaba.

—Pero no puede cambiar lo que es cierto por más que lo niegue —dijo Ayla.

No habían bajado la voz, y Brukeval tenía un excelente oído, así que lo oyó todo. Poseía otra característica de los Otros que era ajena al clan: podía llorar. Y mientras se alejaba, se le llenaron los ojos de lágrimas. «Incluso ella, pensó después del comentario de Ayla. Creía que era distinta. Creía que hablaba sinceramente cuando ha dicho que me tendría en cuenta si no estuviera Jondalar, pero también ella opina que soy un cabeza chata. No hablaba en serio. Nunca me tendría en cuenta». Cuanto más pensaba en ello, más se indignaba. «No es justo que dé esperanzas a una persona de forma infundada. Yo no soy un cabeza chata. A pesar de lo que digan ella y los demás, no soy un cabeza chata».

Aún era de noche, pero el cielo había pasado ya del negro al azul oscuro, con un indicio dorado que perfilaba los montes en el horizonte oriental, cuando el grupo de la Novena Caverna de los zelandonii y la Primera Caverna de los lanzadonii salió hacia el campamento. Utilizaron las antorchas para encontrar el camino hacia el lugar donde Jondalar había hecho la demostración con el lanzavenablos, y vieron con alivio que ya había una gran hoguera encendida en medio de la amplia franja de tierra apisonada que antes había sido un campo de hierba. Ya habían llegado algunos cazadores. El cielo fue clareando y la fría bruma matinal que se elevaba del Río empezó a difundirse entre los árboles y los matorrales de la zona circundante y a envolver a las personas que esperaban junto al fuego.

El coro matinal de pájaros llenaba el aire de trinos, reclamos y silbidos que ahogaban el murmullo de las voces humanas y daban mayor realce al ánimo

expectante de todo el mundo. Sujetando el cabestro de Whinney, Ayla se arrodilló, abrazó a Lobo y sonrió a Jondalar, que acariciaba a Corredor para que no se pusiera nervioso. Luego miró alrededor maravillada. Era la partida de caza más numerosa que había visto en su vida. Había demasiadas personas para poder contarlas. Recordó que la Zelandoni se había ofrecido a enseñarle a utilizar las palabras de contar para números grandes, y decidió recordárselo. Le habría gustado poder decir cuántas personas había allí reunidas.

Normalmente las mujeres que estaban a punto de emparejarse no participaban en la cacería prematrimonial. Había restricciones y otras actividades previstas para ellas. La Primera la había puesto al día de todo rápidamente para que pudiera excusarse. Esa cacería sería una prueba para los caballos y para el lanzavenablos de Jondalar, y la necesitaban. Ayla se alegraba de que le hubieran permitido sumarse a la partida, pese a la inminencia de la ceremonia matrimonial. Siempre le había gustado cazar. Si no hubiera aprendido a cazar cuando vivía sola en el valle, no habría sobrevivido, y además eso le había dado sensación de independencia.

Muchas de las mujeres que iban a emparejarse habían cazado, pero sólo una quiso participar en la cacería. Como se había hecho una excepción con Ayla, también se le permitió ir a esa muchacha. Las chicas solían salir a cazar con los chicos, y pasada la pubertad muchas continuaban haciéndolo, sobre todo porque era lo que hacían sus jóvenes amigos. A algunas les gustaba cazar, pero cuando se emparejaban y empezaban a tener hijos, la mayoría tenía demasiado trabajo y dejaba la caza a los hombres. Entonces se dedicaban a otros oficios y artes para mejorar su posición y su capacidad de intercambio y regateo, actividades que les permitían estar cerca de sus hijos. Pero las mujeres que habían cazado de jóvenes se consideraban compañeras más valiosas. Se hacían cargo de las dificultades de la caza, valoraban los logros y se mostraban comprensivas con los fracasos de sus compañeros.

Ayla había ido a la ceremonia de búsqueda organizada por la zelandonia la tarde anterior, junto con muchos de los jefes y algunos cazadores, pero sólo había observado, sin participar. Gracias a la búsqueda se «había sabido» que una gran manada de uros estaba en un valle cercado especialmente propicio para cazar y decidieron intentarlo. Sin embargo, no había ninguna garantía. Por más que un Zelandoni «viera» metafísicamente animales durante una búsqueda, podía ocurrir que al día siguiente ya no estuvieran allí; no obstante, en el valle había buenos prados que atraían a distintas clases de rumiantes, y si los uros ya no estaban, era probable que hubiera otros animales. Sin embargo, los cazadores esperaban encontrar uros, porque en esa época del año esos animales formaban grandes manadas y proporcionaban una carne sabrosa y abundante.

Si un uro macho había dispuesto de la suficiente comida para alimentarse bien, al crecer alcanzaba los dos metros de altura, desde el lomo hasta el suelo, y pesaba más de una tonelada; es decir, unos ochenta centímetros más alto y pesaba el doble que su descendiente domesticado más grande. Se parecía a un toro corriente, pero de tamaño

mucho más grande, comparable incluso al de un mamut. El alimento preferido de los uros era la hierba, fresca y verde, no los tallos maduros ni las hojas de los árboles. Preferían pacer en los claros, los alrededores de los bosques, los prados y los pantanos que en las estepas. También comían bellotas, frutos secos y semillas en otoño para conservar la grasa, y en la época de escasez del invierno no hacían ascos a las hojas ni a los brotes.

El macho normalmente tenía el pelo largo y negro, con una franja más clara en el lomo. Tenía una mata espesa de pelo rizado en la frente y dos cuernos largos y más bien delgados, de un gris blanquecino que se ennegrecía en las puntas. Las hembras eran más pequeñas y bajas, y su pelo solía ser de un color más claro, a menudo rojizo. Por lo general, sólo los animales más viejos o más jóvenes eran presa de los depredadores cuadrúpedos. Un macho en su época de máximo vigor no temía a ningún cazador, ni siquiera a los humanos, y no se tomaba la molestia de rehuirlos, sobre todo en la época de celo en el otoño, aunque, en realidad, el uro estaba permanentemente listo para luchar y podía embestir con una furia descontrolada, cornear a un hombre o a un lobo y levantarlo por el aire. También era capaz de clavar los cuernos a un león cavernario y a menudo incluso destriparlo. Los uros eran rápidos, fuertes, ágiles y muy peligrosos.

La partida de caza se puso en marcha tan pronto como la claridad lo permitió. Caminando a buen paso, avistaron la manada de uros antes de que el sol estuviera muy alto. Era un valle sorprendentemente cerrado. Un extremo conducía a un gran desfiladero que se estrechaba hacia un cañón angosto y más allá volvía a abrirse en un cercado natural. No era un cañón totalmente ciego, sino que tenía algunas salidas estrechas. Ya lo habían utilizado antes, aunque normalmente nunca más de una vez por estación. El olor de la sangre de una cacería importante tendía a asustar a los animales hasta que la nieve del invierno la hacía desaparecer. Sin embargo, previendo que volverían a utilizarla, habían construido vallas en las salidas, y algunos de los cazadores fueron a revisarlas y eligieron un punto óptimo desde donde arrojar las lanzas. Un aullido de lobo —no mal imitado a juicio de Ayla— fue la señal de que todo estaba a punto. Como ya la habían avisado, controló a Lobo por si se le ocurría contestar. El graznido más suave de un cuervo fue la señal de respuesta.

Los demás cazadores se habían quedado cerca de la manada, procurando no alterarla demasiado, lo cual era bastante difícil con tanta gente. Ayla y Jondalar se habían quedado más atrás para que el olor del lobo no precipitase ninguna reacción. Al oír la señal, montaron a caballo y salieron al galope, con Lobo corriendo al lado. Por rápidos y fuertes que fueran los uros, eran animales de manada, y entre ellos los había de corta edad. El ruido de las pezuñas y los gritos, así como la visión de las cosas desconocidas que les agitaban delante los asustó, y cuando uno empezó a correr, los otros lo siguieron. Con los dos humanos a caballo acercándose más de lo que esperaban y agitando objetos y gritando, unido ello al olor del lobo, la manada salió de inmediato en estampida hacia el desfiladero.

La estrecha entrada les impidió seguir a la misma velocidad, y se amontonaron ante la abertura pretendiendo abrirse paso. En medio de la polvareda y los bramidos de la manada, algunos animales intentaron escapar y buscaban salida en cualquier dirección. Se encontraban a personas, caballos y al lobo por todas partes, que les cortaban la huida, obligándolos a volver, pero, finalmente, un viejo y resuelto macho se cansó de aquello. Se quedó inmóvil, escarbó la tierra con la pezuña, bajó los cuernos, y recibió dos lanzas rápidas arrojadas con el lanzavenablos. Cayó de rodillas, se tambaleó y se desplomó de costado. En ese momento, la mayor parte de la manada había pasado ya por el desfiladero, y se había colocado la valla para cerrar la salida. Entonces se inició la matanza.

Lanzas de todo tipo, con puntas de pedernal, de hueso afilado o de marfil, largas y cortas, salieron disparadas hacia los animales atrapados. Los cazadores tenían que lanzar desde detrás de las estrechas vallas que los protegían de los enormes cuernos y las afiladas pezuñas. Algunos utilizaban lanzavenablos; ya no eran sólo Ayla y Jondalar quienes disponían de la poderosa arma. Los más atrevidos habían estado practicando, y probaban los lanzavenablos entonces por primera vez, ya que en esa ocasión fallar no tenía tanta importancia porque los uros no podían escapar más que hacia el seno de la gran madre tierra en el mundo de los espíritus.

En una sola mañana habían obtenido carne suficiente para alimentar a todos los asistentes a la Reunión de Verano durante una buena temporada, y para organizar un gran banquete en la ceremonia matrimonial. En cuanto los uros quedaron atrapados tras las vallas, se envió un mensajero al campamento para que saliera una segunda partida de refuerzo. Una vez abatido el último animal, los recién llegados entraron en el recinto y comenzaron a descuartizar a los animales y cortar la carne para conservarla.

Había distintas maneras de almacenar la carne. Gracias a la cercanía de los glaciares y la capa de tierra permanentemente helada que existía a distintas profundidades bajo la superficie, simplemente cavando hoyos en la tierra podía aprovecharse el hielo subterráneo para crear depósitos fríos donde guardar la carne en condiciones. Ésta también podía guardarse en estanques o lagos profundos, o en los remansos de arroyos o ríos. Se ponían piedras encima y se marcaba con largas estacas para localizarla y recuperarla más adelante. Así, la carne podía aguantar un año sin apenas estropearse. También se secaban algunas piezas de carne para que durasen unos cuantos años. El problema que conllevaba secarla era que a principios del verano era la temporada de las moscas, las cuales podían echar a perder la carne que se dejaba secar al sol y al viento. Mediante hogueras que despedían mucho humo, se conseguía mantener a raya a la mayor parte de los insectos, pero siempre tenía que haber alguien vigilando durante todo el proceso y el ambiente resultaba desagradable al estar lleno de humo. Fuera como fuese, era necesario secar carne para disponer de alimentos cuando se salía de viaje.

Aparte de la carne, eran también muy importantes las pieles. Se empleaban para elaborar utensilios, recipientes y ropa, así como en la construcción de refugios. La grasa se usaba para calentar, dar luz y también como alimento; el pelo, para hacer fibras, rellenos y prendas de abrigo; los tendones, para hacer cuerdas y correas para las viviendas. Las astas servían para realizar recipientes y diversos dispositivos, como, por ejemplo, goznes para los paneles, e incluso alhajas, y los dientes a menudo se empleaban en la confección de abalorios y herramientas. Los intestinos podían convertirse en fundas y ropas impermeables, y en envoltorios para los embutidos y la grasa.

Los huesos tenían muchos usos. Podían hacerse utensilios y platos, tallas y armas; podía extraerse la médula, que era nutritiva, o quemarse en los hogares como combustible. No se desperdiciaba nada. Incluso las pezuñas y los retazos de piel sobrantes servían para preparar colas y adhesivos, que tenían numerosas aplicaciones. Combinados con los tendones, por ejemplo, servían para unir las puntas a las lanzas, los mangos a los cuchillos, y las diversas partes de un asta de lanza, así como para pegar suelas duras a un calzado blando.

Pero primero era necesario despellejar a los animales, separar las partes y guardar la carne, y todo debía hacerse deprisa. Se colocaron vigilantes para ahuyentar a los ladrones, otros carnívoros deseosos de aprovecharse de la matanza, y dispuestos a todo. Una concentración tan grande de uros muertos atrajo a los animales carnívoros de las inmediaciones. Las sigilosas hienas fueron las primeras que Ayla vio aparecer. Ya tenía la onda en la mano e indicó a Whinney que las persiguiera casi sin pensarlo.

Tuvo que desmontar para coger más piedras, pero la rapidez con la que lanzaba era razón suficiente para que la pusieran de guardia junto con Jondalar. Todo el mundo sabía despedazar animales, incluso los más jóvenes, pero para ahuyentar a los carnívoros eran necesarios un mayor esfuerzo y otras habilidades con las armas. La manada de lobos llamó la atención de Lobo. Deseaba hacer huir a los lobos de las piezas cobradas por su propia manada, pero Ayla lo ayudó. Los glotones, maliciosos y agresivos, eran mucho peores. Dos glotones, seguramente macho y hembra, que debían ir juntos porque era su época de apareamiento, rociaron a una hembra de uro con sus glándulas. Olía tan mal luego que después de retirar la lanza para devolvérsela al cazador alejaron a rastras entre unos cuantos al animal y dejaron que los glotones se lo disputaran con otros carnívoros que también lo reclamaban, tarea difícil porque los glotones defendían sus presas incluso contra los leones.

Ayla vio armiños, con el pelaje marrón del verano que en invierno se volvería totalmente blanco como el de una comadreja, salvo por las puntas negras de la cola. Vio zorros y linces, y atisbó un leopardo de las nieves, y más allá, un grupo de leones cavernarios —que contemplaban la escena tranquilamente—, los primeros que Ayla veía desde su llegada. Se detuvo a observarlos. Los leones cavernarios eran de color claro, normalmente marfil; aquéllos, en cambio, eran casi blancos. Primero tuvo la impresión de que eran hembras, pero el comportamiento de uno de los animales la

indujo a fijarse con mayor atención. ¡Era un macho sin cabellera! Cuando le preguntó a Jondalar, él le explicó que los leones cavernarios de aquella región no tenían cabellera; a él le habían sorprendido los leones del este, que sí tenían melena, pese a ser más pequeños.

Por el cielo rondaban también otros carnívoros, esperando la oportunidad de posarse en tierra, y por más que los ahuyentaran, volvían a intentarlo una y otra vez. Buitres y águilas, sin gran derroche de energía, flotaban en las corrientes de aire caliente que sostenían sus grandes alas extendidas. Milanos, halcones y quebrantahuesos se alzaban y descendían en picado, a veces compitiendo con majestuosos y ruidosos cuervos. A los pequeños roedores y reptiles les era más fácil escabullirse sin que los vieran los humanos, pero estos depredadores a menudo se convertían en presas. Finalmente, acabarían de limpiar el lugar los más pequeños de todos, los insectos. Pero por diligentes que fueran los vigilantes, todos los carnívoros se llevarían una parte del botín antes de que los uros estuvieran totalmente descuartizados, y aunque no fuera su objetivo principal, antes de acabar, los cazadores también consiguieron unas cuantas pieles que no eran de uro.

Una primera cacería con éxito en la Reunión de Verano era un buen augurio. Garantizaba un buen año a los zelandonii y se consideraba un presagio especialmente bueno para las parejas que estaban a punto de unirse. El emparejamiento se celebraría en cuanto la carne y los demás productos estuvieran en el campamento y bien guardados para que no se estropeasen y no pudieran robarlos los diferentes carnívoros cuadrúpedos que había en los alrededores.

Después del entusiasmo y el trabajo de la cacería, la atención del campamento de la Reunión de Verano volvió a centrarse en las inminentes ceremonias matrimoniales. Ayla estaba impaciente, pero también nerviosa. Jondalar se sentía igual que ella. A menudo se sorprendían mirándose, sonreían casi con timidez y deseaban que todo saliera bien.

Capítulo 30

La Zelandoni intentó buscar un momento para hablar con Ayla en privado acerca de la medicina que prevenía la concepción, pero siempre surgía algún impedimento. A la joven tampoco le sobraba el tiempo. Como aquélla era una cacería comunitaria en la que habían participado todos los zelandonii, la Primera había tenido que celebrar ceremonias especiales para asegurarse de que el espíritu de los uros se apaciguara, e importantes rituales para agradecer a la Gran Madre las vidas de todos los animales que se habían sacrificado a fin de que los zelandonii pudieran vivir.

El buen resultado de la cacería había sido sorprendente, y les había costado más tiempo del previsto llevar a cabo todas las tareas asociadas a una cacería. Se troceó la carne, y se fundió y dividió en porciones la grasa. Se rasparon y pusieron a secar las pieles, o se enrollaron y dejaron en los depósitos subterráneos junto con la carne, los huesos y otras partes. Colaboró prácticamente todo el mundo, incluidas las mujeres que tenían que emparejarse. La ceremonia matrimonial podía esperar.

La Primera se resignó al aplazamiento, pero aún lamentaba no haber dedicado un rato para hablar tranquilamente con Ayla antes de partir de la Novena Caverna, cuando habría sido más fácil observarla y conocerla mejor. ¿Quién podía imaginarse que aquella joven —a los diecinueve años aún era joven, pese a que Ayla, por lo visto, se considerase una anciana— poseyera tantos conocimientos? Parecía tan cándida que era fácil deducir erróneamente que tenía poca experiencia. Sin embargo, la Zelandoni empezaba a ver que Ayla era mucho más compleja de lo que había pensado. Sabía que no era sensato subestimar a un elemento desconocido, pero no había seguido su propio consejo.

Y en esos momentos la Primera tenía entre manos otro asunto. La zelandonia había decidido celebrar los Primeros Ritos antes que la ceremonia matrimonial, pese a que normalmente se hacía después por una razón muy concreta. Antes de los Primeros Ritos todas las zelandonii de sexo femenino se consideraban niñas, y no debían compartir el don de los placeres de la Madre. Los Ritos de los Primeros placeres era la ceremonia en la que las muchachas, bajo una estricta y atenta supervisión, eran «abiertas» físicamente y pasaban a ser capaces de recibir los espíritus que iniciarían una nueva vida. Hasta ese instante no eran plenamente mujeres. Pero los Primeros Ritos se celebraban también durante la Reunión de Verano, y solía haber un tiempo, después de su primer período lunar y antes de sus Primeros Ritos, en que las muchachas estaban en una especie de limbo. Era entonces cuando los hombres las encontraban especialmente seductoras, probablemente porque les estaban prohibidas.

Al final de la Reunión de Verano se celebraba una segunda ceremonia para las muchachas que empezaban a sangrar durante el verano, pero el largo intervalo entre

las reuniones planteaba serias complicaciones. Los hombres jóvenes, y algunos no tan jóvenes, perseguían sin cesar a las muchachas pubescentes, y debido a los Festivales para Honrar a la Madre que tenían lugar a lo largo del año, las chicas tomaban más conciencia de sus necesidades, sobre todo aquellas que habían tenido la primera menstruación en otoño. Ninguna madre quería que su hija tuviera su primer período lunar en esa época, cuando tenía por delante todo un invierno de oscuridad y escasas actividades al aire libre.

Pese a que caía un estigma sobre aquellas que no esperaban a los Primeros Ritos, algunas muchachas sucumbían inevitablemente al asedio continuo. Pero por implacable que fuera la presión a que se veían sometidas, las jóvenes, por el hecho de ceder, pasaban a ser menos deseables como compañeras porque se consideraba que tenían poco control sobre sí mismas. En opinión de algunos, era injusto estigmatizar a una mujer porque en su primera adolescencia hubiera cometido lo que en ese momento le parecía una inocente transgresión de una costumbre establecida. Pero también había quienes lo veían como una importante prueba de carácter, de su integridad, fortaleza y perseverancia inherentes, que se consideraban rasgos fundamentales en una mujer.

Las madres acostumbraban a solicitar la ayuda de la zelandonia para ocultar la indiscreción, y se celebraban de todos modos los Primeros Ritos porque una mujer no podía emparejarse sin pasar antes por eso. La zelandonia siempre procuraba que los hombres escogidos para «abrir» a las muchachas que ya estaban abiertas fueran discretos, y que el hecho no se divulgara. Aun así, se sabía quiénes eran las jóvenes que habían cedido; para empezar lo sabían los zelandonia, que en su fuero interno creían que aquélla era una prueba reveladora, y lo sospechaban otros muchos.

Sin embargo, ese verano había surgido un problema poco habitual. Janida, una joven de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna que aún no había pasado por los Primeros Ritos, estaba encinta y quería unirse al joven que la había abierto prematuramente. Peridal, también de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna, no mostraba el mismo entusiasmo que ella ante la idea de emparejarse, pese a haberla perseguido con extraordinaria persistencia a lo largo de todo el invierno y haberle hecho promesas exageradas. En Roca del Reflejo, una caverna enorme con múltiples niveles, era muy fácil encontrar rincones aislados para sus citas.

En favor de Peridal, se alegaba que era muy joven. No estaba seguro de querer emparejarse todavía, y a su madre no le hacía ninguna gracia que asumiera ya tal compromiso, y menos con una muchacha que había cedido. Pero la zelandonia estaba recurriendo a todo su poder de persuasión para animarlos a aceptar. Si bien no era fundamental que una mujer estuviera emparejada al dar a luz, era preferible que un niño naciera en el hogar de un hombre, en especial el primer hijo.

La otra cara del asunto era que, por lo general, si una mujer quedaba embarazada antes de emparejarse, se volvía más deseable, porque ya había demostrado que era capaz de aportar hijos al hogar de un hombre, pero el estigma por no haber tenido

control suficiente para esperar hasta los Primeros Ritos tenía un peso considerable. Janida y su madre lo sabían, pero también sabían que si Janida había sido ya bendecida cuando se emparejara, se consideraría un hecho afortunado y debería verse de manera favorable. Albergaban la esperanza de que lo uno compensara lo otro.

Muchos hablaban de la muchacha, unos decantándose de un lado y otros del otro, pero casi todos coincidían en que era una situación interesante, sobre todo el planteamiento adoptado por Janida y su madre. Aquellos que tomaban partido por Peridal y su madre opinaban que el muchacho era demasiado joven para asumir las responsabilidades del emparejamiento; otros decían que si la Madre, en efecto, había elegido su espíritu para bendecir a la muchacha, debía de considerar que estaba capacitado para ser el hombre del hogar. Y quizá Janida, pese al poco control de sí misma, era afortunada, y Peridal debía de emparejarse con ella de buena gana. Algunos hombres incluso contemplaban la posibilidad de unirse a ella, con o sin estigma, si Peridal se negaba. Janida debía de contar ciertamente con el favor de Doni si quedaba embarazada con tanta facilidad.

Todas las jóvenes que se preparaban para los Ritos de los Primeros Placeres ocupaban un alojamiento vigilado especial cerca del de la zelandonia. Se decidió que la muchacha encinta estaría con las otras jóvenes y se sometería a la ceremonia completa, ya que en todo caso debía celebrar los Primeros Ritos para poder emparejarse. Se consideraba que debía enseñársele lo que las jóvenes necesitaban saber, pero cuando se la instaló allí con las otras, algunas de sus compañeras protestaron.

—Los Ritos de los Primeros Placeres son una ceremonia para abrir a una niña y hacerla así mujer —dijo una de ellas levantando la voz lo suficiente para que todos la oyeran—. Si Janida ya está abierta, ¿qué hace aquí? Se supone que esto es para muchachas que esperan, no para muchachas que hacen trampa.

Varias estuvieron de acuerdo, pero no todas. Una de ellas contraatacó:

—Está aquí porque quiere emparejarse en la primera ceremonia matrimonial, y una muchacha no puede emparejarse hasta que ha celebrado los Primeros Ritos, y además la Madre la ha bendecido.

Otras, algunas de las cuales habían iniciado sus períodos lunares no mucho después de la anterior Reunión de Verano y, según rumores, habían experimentado también con algunos ritos de apertura en privado, procuraron mostrarse más acogedoras, pero en su mayoría sintieron la necesidad de obrar con cautela. Sabían que su buen nombre dependía probablemente de la discreción del hombre que había sido elegido para ellas, y que podía estar emparentado con una de las muchachas que sí había esperado. No querían ofender a nadie. Eran más que conscientes de que podían padecer una vergüenza similar y veían los problemas que eso podía causar.

Janida sonrió a la que habló en su defensa, pero guardó silencio. Se sentía un poco mayor y más sabia que la mayoría de las muchachas del alojamiento. Al menos sabía qué esperar, no como las que aguardaban impacientes y preocupadas, y a fuerza

de hacer frente a sus detractores, había desarrollado cierto valor. Además, dijeran lo que dijeran, estaba encinta, bendecida por Doni, y se encontraba en una etapa de su embarazo en que rebosaba optimismo. Ignoraba que el embarazo había activado ciertas hormonas de su organismo; sólo sabía que se sentía feliz y satisfecha ante la perspectiva de tener un hijo.

Aunque se suponía que las jóvenes estaban aisladas y bien custodiadas, los comentarios hechos cuando Janida se unió al resto —especialmente la frase «para muchachas que esperan, no para muchachas que hacen trampa»— se propagaron de algún modo por todo el campamento. Cuando llegaron a oídos de la Primera, se puso furiosa. Tenía que ser alguien de los suyos, alguien de la zelandonia, quien se había ido de la lengua —nadie más podía estar tan cerca como para enterarse de algo así—, y deseó saber quién había sido.

Ayla y Jondalar llevaban casi todo el día trabajando con las pieles de uro. Primero se raspaba la grasa y las membranas del interior y el pelo del exterior con raspadores de pedernal y después se ponían a remojo en una solución hecha con los sesos de las hembras triturados y mezclados con agua, lo cual daba a las pieles una gran elasticidad. Luego se enrollaban y doblaban para escurrirlas lo mejor posible, tarea que a menudo se realizaba entre dos personas, una a cada lado. A continuación se practicaban pequeños agujeros a lo largo de los bordes, a intervalos de unos ocho centímetros. En un bastidor rectangular más grande que la piel entera, se colocaba la piel sujeta al marco mediante cordeles pasados por unos agujeros previamente hechos y se tensaba. Entonces empezaba el trabajo duro.

Con el bastidor bien inmovilizado, apoyando contra unos árboles o un travesaño, se curtían las pieles. Se cogía una vara con la punta redondeada y se hincaba en la piel tanto como ésta daba de sí trozo a trozo, de arriba abajo y de un lado a otro, una y otra vez hasta que la piel, tras media jornada de trabajo, quedaba totalmente seca. En esta fase, la piel era casi blanca, con un acabado flexible y suave como el del ante, y ya podía confeccionarse algo con ella; el problema era que si volvía a mojarse debía curtirse de nuevo, pues si no, al secarse se convertía en cuero crudo. Así pues, para que la piel conservara siempre la textura aterciopelada y flexible tenía que someterse a otro proceso. Había varias opciones, según su utilización.

La opción más sencilla era ahumarla. Un método consistía en usar una pequeña tienda cónica de viaje, tapar la salida de humos y encender dentro una hoguera que produjera mucho humo. Dentro, en lo alto, se colgaban varias pieles y se cerraba bien la entrada. Cuando el humo llenaba la tienda y envolvía las pieles, revestía las fibras de colágeno que constituían la piel. Después del ahumado, la piel permanecía flexible aunque se lavara o mojara. El ahumado cambiaba también el color de la piel que, según la clase de madera empleada, oscilaba entre diversas tonalidades de amarillo y marrón.

Otro proceso consistía en mezclar ocre rojo en polvo con sebo —grasa derretida en agua hirviendo— y adobar la piel con la mezcla. Ello no sólo le daba un color rojizo, que iba del rojo anaranjado al marrón oscuro, sino que, además, la impermeabilizaba. La untuosa sustancia podía aplicarse mediante un hueso o un palo liso y se extendía por la superficie hasta obtener un acabado brillante y más resistente, casi por completo impermeable. El ocre rojo, por otra parte, inhibía la descomposición bacteriana y repelía a los insectos, incluidos los parasitarios que vivían en animales de sangre caliente como los humanos.

Existía aún otro proceso, más trabajoso y no tan conocido, para convertir en un blanco casi puro el blanco natural de la piel. Fracasaba con frecuencia porque era difícil mantener la flexibilidad de la piel, pero cuando salía bien, el resultado era asombroso. Ayla lo había aprendido de Crozie, la anciana mamutoi. Para empezar, debía guardar su propia orina y esperar a que, por la acción de sus procesos químicos naturales, se convirtiera en amoníaco, que era un agente blanqueador. Tras el raspado, la piel se dejaba a remojo en el amoníaco, luego se lavaba con raíz de jabonera, se suavizaba con la mezcla a base de sesos y se adobaba con caolín en polvo —una delicada arcilla blanca— mezclado con sebo muy puro.

Ayla sólo había hecho una prenda blanca, y Crozie la había ayudado, pero había visto un filón de caolín no muy lejos de la Tercera Caverna, y pensó que quizá volviera a intentarlo. Se preguntó si la espuma que los losadunai le habían enseñado a hacer con grasa y cenizas daría mejor resultado que la jabonera.

Mientras trabajaba, Ayla oyó una de las discusiones acerca de Janida, y la situación le resultó interesante porque le ofrecía una fascinante perspectiva de las tradiciones y costumbres de los zelandonii. No tenía la menor duda de que Peridal había iniciado el niño que crecía dentro de Janida, porque los dos habían dado a entender que ningún otro hombre había penetrado a la muchacha, y Ayla tenía la firme convicción de que era la esencia del órgano masculino lo que daba comienzo al embarazo. Mientras volvían al campamento de la Novena Caverna, agotados después de todo un día de trabajo con las pieles, preguntó a Jondalar sobre la insistencia de los zelandonii respecto a los Primeros Ritos antes de que las mujeres pudieran escoger libremente.

—No veo la diferencia entre que el joven la abriese el invierno pasado y otro hombre la abra ahora, siempre y cuando no sea forzada —dijo Ayla—. No es como el caso de Madenia, la muchacha losadunai que fue violada por una pandilla de jóvenes antes de los Primeros Ritos. Janida es un poco joven para estar encinta, pero también yo lo era, y no supe qué eran los Primeros Ritos hasta que tú me lo explicaste.

Jondalar comprendía y compadecía a Janida. También él había transgredido las tradiciones establecidas durante su iniciación a la virilidad al enamorarse y desear emparejarse con su mujer-donii. Cuando descubrió que Ladroman… Madroman… había estado espiándolos, que de hecho se había escondido para observarlos, y después había contado a todo el mundo que querían emparejarse, Jondalar montó en

cólera y lo golpeó hasta romperle los dientes. Como todos, Madroman también quería a Zolena como mujer-donii, pero ella había elegido a Jondalar, y nunca había considerado siquiera a Madroman.

Jondalar creía entender la extrañeza que el caso de Janida causaba a Ayla y por qué. Ella no había nacido entre los zelandonii y no daba el mismo valor que ellos a las costumbres que habían respetado siempre, ni comprendía lo que implicaba ir contra las tradiciones que conocían. Jondalar no era consciente de que lo que ocurría, en realidad, era que Ayla había quebrantado las tradiciones del clan y había pagado con creces las consecuencias, hasta el punto de que había estado muy cerca de la muerte, por lo que ya no le asustaba poner en tela de juicio cualquier tradición.

—La gente es más tolerante con aquellos que vienen de otras partes —dijo Jondalar—, pero Janida sabía a qué se arriesgaba. Espero que Peridal se una a ella y que sean muy felices, pero si no lo hace creo que hay otros hombres dispuestos a emparejarse con Janida.

—Ya lo supongo. Es joven y atractiva, y tendrá un hijo que aportar al hogar de otro hombre si Peridal la rechaza —declaró Ayla.

Caminaron un rato en silencio hasta que Jondalar comentó:

—Creo que la ceremonia matrimonial de esta Reunión de Verano se recordará durante mucho tiempo. Están Janida y Peridal, que seguramente serán los más jóvenes que se hayan emparejado nunca si se deciden a hacerlo, aun sin contar su precoz embarazo. Estamos nosotros dos: yo que acabo de volver de un largo viaje, y tú que vienes de muy lejos. Después están Joplaya y Echozar. Los dos tienen unos antecedentes familiares y un linaje insólitos. Espero que quienes se oponen a su unión no creen demasiadas complicaciones. Apenas puedo creer que Brukeval actuara como lo hizo. Creía que tenía mejores modales, sean cuales sean sus sentimientos.

—Echozar tenía razón cuando dijo que él no era del clan —afirmó Ayla—. Su madre lo era, pero a él no lo crió la gente del clan. Aunque lo hubieran vuelto a aceptar, dudo que le hubiera sido fácil vivir con ellos. Conoce su lenguaje de señas, más o menos, pero ni siquiera sabe que usa señas propias de las mujeres.

—¿Señas propias de las mujeres? —repitió Jondalar—. Nunca me habías mencionado nada así.

—La diferencia es muy sutil, pero la hay —dijo Ayla—. Las primeras señas que aprenden los bebés son de sus madres, pero cuando crecen, las niñas se quedan con las madres y continúan aprendiendo esas señas, mientras que los niños empiezan a participar en actividades con los hombres y van aprendiendo las de éstos.

—¿Qué nos enseñaste a mí y a la gente del Campamento del León? —preguntó Jondalar.

Ayla sonrió.

—El lenguaje de los niños pequeños.

—¿Quieres decir que cuando hablaba con Guban, le hablaba como un niño pequeño? —preguntó Jondalar, horrorizado.

—Ni siquiera eso, para serte sincera, pero él te entendía —contestó Ayla—. No obstante, el mero hecho de que supieras algo, de que intentaras usar correctamente su lenguaje, lo impresionó.

—¿Correctamente? —dijo Jondalar—. ¿Pensaba Guban que su manera de hablar era la correcta?

—Por supuesto. ¿Acaso no lo piensas tú de la tuya?

—Supongo —convino él, y sonrió—. ¿Cuál crees tú que es la manera correcta?

—La manera correcta es siempre aquélla a la que uno está acostumbrado —respondió Ayla—. Para mí, ahora, el lenguaje del clan, el mamutoi y el zelandonii son todos igual de válidos, pero a la larga, cuando lleve mucho tiempo hablando sólo en zelandonii, sin duda pensaré que ésta es la manera correcta de hablar, aunque probablemente nunca llegue a dominar tu lengua por completo. Sólo conoceré a la perfección el lenguaje del clan, más aún, sólo concretamente el del clan con el que crecí, que no es del todo igual al que se usa por aquí.

Cuando llegaron al riachuelo, Ayla notó que el sol ya se ponía y una vez más quedó fascinada por el magnífico despliegue de colores del cielo. Los dos se detuvieron a contemplarlo.

—La Zelandoni me ha preguntado si quería ser elegido para los Primeros Ritos mañana, probablemente por Janida —comentó Jondalar.

—¿Eso te ha dicho? Según Marthona, nunca se informa a los hombres de quién será la muchacha, y en teoría ellos no deben decirlo.

—No me lo ha dicho exactamente. Me ha dicho que quería alguien que no sólo fuera discreto, sino también cuidadoso. Estaba enterada de tu embarazo, y ha pensado que yo sabría cómo tratar a alguien que podría requerir la misma clase de cautela. ¿Quién podría ser, si no Janida?

—¿Vas a aceptar? —preguntó Ayla.

—He estado pensándolo —respondió Jondalar—. En otro tiempo habría estado más que dispuesto, incluso deseoso, pero he dicho que probablemente no.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Por mí? —dijo Ayla—. ¿Pensabas que me opondría?

—¿Te opondrías?

—Sé que es una costumbre de tu gente, y otros hombres emparejados lo hacen.

—Y tú accederías te gustara o no, ¿verdad? —dijo Jondalar.

—Supongo.

—La razón por la que he rehusado el ofrecimiento no era porque temiera que pudieses oponerte, aunque probablemente no me gustaría si tú decidieras convertirte en mujer-donii durante una temporada. Es porque no creo que pueda concederle a esa joven toda la atención que merece. Estaría pensando en ti, comparándola contigo, y eso no sería justo para ella. Estoy más dotado que otros hombres, y me contendría y trataría de ser tierno y afectuoso para no hacerle daño, pero estaría deseando estar

contigo todo el tiempo. No me importa mostrarme tierno y afectuoso, pero contigo no he de preocuparme por si te hago daño, al menos por el momento. Cuando estés más avanzada en el embarazo, no sé; pero entonces ya encontraremos una solución.

Ayla no había imaginado lo mucho que la alegraría que él se negara a participar en los Primeros Ritos. Había llegado a sus oídos que aquellas jovencitas ejercían una gran atracción en la mayoría de los hombres, y se había preguntado si empezaba a sentir celos. No era su deseo; había oído hablar a la Zelandoni en la reunión de mujeres de lo perjudiciales que resultaban los celos, y no se habría opuesto si Jondalar hubiera aceptado la proposición de la donier, pero se alegraba mucho de que no lo hubiera hecho. Ayla no pudo contener una sonrisa, una sonrisa amplia y radiante, comparable casi a la puesta de sol, que llenó de cariño a Jondalar.

Todas las parejas que iban a estar presentes en la ceremonia matrimonial se reunieron con la zelandonia al día siguiente de celebrarse los Ritos de los Primeros Placeres. En su mayoría, eran jóvenes, pero había algunas cuyos componentes eran de mediana edad e incluso había otros que tenían más de cincuenta años. Independientemente de su edad, todos estaban emocionados y aguardaban el acontecimiento con ilusión. Además, se percibía gran cordialidad entre las diferentes parejas; era fácil que se creara un vínculo especial entre todas ellas al celebrar su unión en la misma ceremonia matrimonial. Muchas amistades duraderas se creaban en esa ocasión.

Ayla dejó a Lobo con Marthona, que dijo que no tenía inconveniente en quedarse con él; aun así tuvo que atarlo para evitar que la siguiera. Antes de irse, advirtió que en efecto Marthona ejercía una influencia tranquilizadora, y el animal parecía más relajado cuando estaba con ella.

Al llegar al alojamiento de la zelandonia, Ayla vio a Levela y a un hombre a quien no conocía. Levela les hizo una seña para que se acercaran y presentó a todos a Jondecam, un hombre de estatura media con barba roja, una amable sonrisa y mirada pícara.

—Así que eres del Hogar del Patriarca —dijo Jondalar—. Kimeran y yo somos viejos amigos. Recibimos juntos los cinturones de la virilidad. Lo vi durante la cacería de bisontes. No sabía que era ya el jefe de la Segunda Caverna.

—Es mi tío, el hermano menor de mi madre —explicó Jondecam.

—¿Tu tío? —repitió Ayla—. Parecéis de la misma edad.

—Sólo tiene unos pocos años más que yo; es más como un hermano mayor —aclaró Jondecam—. Mi madre rondaba la edad de los Primeros Ritos cuando nació su hermano. Incluso entonces fue siempre para él como una segunda madre. Cuando su madre, mi abuela, murió, mi madre se ocupó de él. Era bastante joven cuando se emparejó, pero su compañero murió prematuramente. Yo soy su primogénito, y tengo una hermana menor, pero apenas recuerdo al hombre de mi hogar. Luego mi madre sintió la llamada de la zelandonia y no volvió a emparejarse.

—Yo recuerdo una situación embarazosa —admitió Jondalar—. Una vez vi a la madre de Kimeran e hice el típico comentario sobre la mujer joven y atractiva que estaba allí con las madres, y me pregunté quién sería el hijo que completaba sus ritos de la virilidad —sonrió—. No os imagináis el chasco que me llevé cuando Kimeran me dijo que estaba allí por él, que era tan grande como yo. Luego me explicó que, en realidad, era su hermana.

Cuando llevaban allí un rato y los zelandonia parecían preparados para empezar, llegaron otras dos personas, los jóvenes Janida y Peridal. Se quedaron a la entrada, al parecer nerviosos y un poco asustados, y por un momento dio la impresión de que se darían media vuelta y echarían a correr. De pronto Levela dejó el grupo y se dirigió apresuradamente hacia la pareja.

—Saludos, soy Levela de la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna. Vosotros sois Janida y Peridal, ¿no? Creo que ya nos conocíamos, Janida, de una vez que viniste a Campamento de Verano para la recolección del piñón hace un par de años. Estoy con Ayla y Jondalar. Ella es la de los animales, y él, el hermano del compañero de mi hermana. Venid a conocerlos —dijo, y empezó a guiarlos hacia el fondo.

Ellos no parecían saber qué decir.

—Digna hermana de Proleva, ¿no? —susurró Joplaya.

—Sí, imagino perfectamente a Proleva saliendo a dar la bienvenida a alguien así —coincidió Ayla.

Mientras la joven pareja y Levela se acercaban, ésta decía:

—Joplaya y Echozar también están aquí; son los lanzadonii que han venido a emparejarse con nosotros. Y éste es mi prometido. Jondecam de la Segunda Caverna de los zelandonii, te presento a Janida y Peridal, ambos de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna —se volvió hacia la joven pareja y preguntó—: ¿Es así, no?

—Sí —respondió Janida, con una sonrisa nerviosa y cara de preocupación al mismo tiempo.

Jondecam tendió las manos a Peridal.

—Saludos —dijo con una amplia sonrisa.

—Saludos —contestó Peridal cogiendo sus manos tímidamente y, aparentemente, sin saber qué más decir.

—Saludos, Peridal —dijo Jondalar a su vez, y le tendió también las manos—. ¿No te vi en la cacería?

—Estaba allí —confirmó el muchacho—. Te vi… sobre el lomo de un caballo.

—Sí, y a Ayla también, imagino.

Peridal parecía incómodo.

—¿Tuviste suerte? —preguntó Jondecam.

—Sí —contestó Peridal.

—Mató a dos hembras —dijo Janida por él—, y una llevaba dentro una cría.

—¿Sabes que con la piel de esa cría puede hacerse una excelente ropa para bebé? —comentó Levela—. Es muy suave y delicada.

—Eso mismo dijo mi madre —contestó Janida.

—No nos conocíamos —dijo Ayla, y le tendió las manos—. Soy Ayla, antes del Campamento del León de los mamutoi, ahora de la Novena Caverna de los zelandonii. En nombre de la Gran Madre Tierra, Mut, también conocida como Doni, te saludo.

Janida quedó un tanto asombrada. Nunca había oído a nadie hablar con un acento tan raro. Por un momento se produjo un embarazoso silencio. De pronto, como si acabara de recordar su buena educación, respondió:

—Yo soy Janida de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii. En nombre de Doni, te saludo, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii.

Entonces Joplaya dio un paso al frente y ofreció las dos manos a la muchacha.

—Soy Joplaya de la Primera Caverna de los lanzadonii, hija del hogar de Dalanar, fundador y jefe de los lanzadonii. En nombre de la Gran Madre, te saludo, Janida. Éste es mi prometido, Echozar de la Primera Caverna de los lanzadonii.

Mirando a la pareja, Janida quedó literalmente boquiabierta. No era la primera en mostrar sorpresa, pero ella parecía menos capaz de controlarla que la mayoría. Al instante, como si súbitamente se hubiera dado cuenta de lo que hacía, cerró la boca y se ruborizó.

—Lo… lo siento. Mi madre se enfadaría mucho si se enterara de lo descortés que he sido, pero no he podido evitarlo. Se os ve tan distintos, pero tú eres hermosa, y él… no —dijo, y volvió a sonrojarse—. Lo siento. Quería decir… no quería decir eso… Yo sólo…

—Lo que quieres decir es que ella es muy hermosa, y él muy feo —terció Jondecam con un destello en la mirada. Los contempló a los dos y, sonriendo, añadió —: Es la verdad, ¿no?

Se produjo un incómodo silencio, y finalmente habló Echozar.

—Tienes toda la razón, Jondecam. Soy feo. No entiendo cómo ha podido elegirme esta hermosa mujer, pero no pongo en duda mi suerte —declaró, y de inmediato una sonrisa iluminó sus ojos.

Ver una sonrisa en unas facciones propias del clan siempre sorprendía a Ayla. La gente del clan no sonreía. Para ellos, una expresión que enseñara los dientes se interpretaba como amenaza, o como demostración nerviosa de servilismo. Pero de algún modo la sonrisa alteró la configuración del rostro de Echozar, suavizando los rasgos del clan y dándole una aire mucho más accesible.

—En realidad, me alegro de que estés aquí, Echozar —dijo Jondecam, y señaló a Jondalar—. Al lado de este gigante, todos quedamos mal; contigo, en cambio, incluso este muchacho y yo tenemos un aspecto aceptable. Sin embargo, las mujeres son todas preciosas.

Jondecam era tan ingenioso que hizo sonreír, y todos se relajaron. Levela lo miró con amor.

—¡Vaya, Jondecam, gracias! —dijo—. Pero tendrás que admitir que Echozar tiene unos ojos tan poco comunes como los de Jondalar y no menos llamativos. Nunca había visto unos ojos oscuros tan fascinantes, y por la forma en que mira a Joplaya, entiendo la razón por la que se emparejan. Si me mirara a mí así, me sería difícil rechazarlo.

—Yo encuentro muy atractivo a Echozar —comentó Ayla—, pero sí estoy de acuerdo en que los ojos son lo mejor de su rostro.

—Puestos a decir lo que pensamos sin tapujos —prosiguió Jondecam—, tú, Ayla, hablas de una manera muy peculiar. Cuesta un poco acostumbrarse, pero me gusta. Lo obliga a uno a fijarse y escuchar con atención. Debes venir de muy lejos.

—Más lejos de lo que imaginas —aseguró Jondalar.

—Y quiero preguntar otra cosa —añadió Jondecam—. ¿Dónde está ese lobo? Otros me han dicho que lo han conocido, y tenía la esperanza de que me lo presentarías a mí también.

Ayla le sonrió. Eran tan franco y directo que inevitablemente sintió simpatía por él, y parecía tan relajado y a gusto consigo mismo que todos los demás se sintieron igual.

—Lobo está con Marthona. Me ha parecido que lo mejor para él y para todo el mundo sería que no viniera. Pero si pasas por el campamento de la Novena Caverna, te lo presentaré encantada, y es más, tengo la impresión de que le caerás bien —dijo Ayla. Mirando a los otros, incluida la joven pareja, que sonría ya más relajada, agregó —: Tú, y todos los demás, claro.

—Sí, desde luego —convino Jondalar. Le caían bien aquellas parejas que acababan de conocer, pero en particular Levela, que era un mujer extrovertida y atenta, y Jondecam, que le recordaba a su hermano Thonolan.

Advirtieron que la Primera ya ocupaba el centro del alojamiento y aguardaba en silencio a que la concurrencia callara. Cuando por fin tuvo la atención de todos, les habló, advirtiéndoles de la seriedad del compromiso que iban a asumir, repitiendo algunas de las cosas que ya había dicho antes a las mujeres, y dándoles instrucciones respecto a lo que se esperaba de ellos en la ceremonia matrimonial. Luego otros zelandonia les explicaron dónde debían colocarse, hacia dónde dirigirse y qué tenían que decir. Procedieron luego a ensayar los pasos y movimientos.

Antes de dejarlos marchar, la Primera volvió a tomar la palabra.

—La mayoría de vosotros ya lo sabéis, pero quiero decirlo ahora para que quede claro. Después de la ceremonia matrimonial, durante un período de medio ciclo lunar, aproximadamente catorce días usando las palabras de contar, las parejas recién unidas no pueden hablar con nadie excepto entre sí. Únicamente en caso de extrema urgencia podéis comunicaros con otras personas, que obligatoriamente serán de la zelandonia y decidirán si las circunstancias justifican o no el incumplimiento de la

prohibición. Quiero que comprendáis la razón de esta norma. Es una manera de obligar a los miembros de una pareja a darse cuenta de si realmente pueden vivir juntos. Al final de ese período, si deciden que son incompatibles, tienen la opción de cortar el nudo sin consecuencias. Sería como si nunca se hubieran emparejado.

La Primera sabía que la mayoría de las parejas esperaba con ilusión el período de prohibición, encantadas con la idea de pasar un tiempo en el que ambos miembros estarían totalmente absortos el uno en el otro. Pero al final, como bien sabía, habría casi con toda seguridad una o dos parejas cuyos componentes decidirían discretamente seguir caminos separados. Observó con atención a cada uno de los presentes intentando adivinar qué parejas tenían futuro y cuáles no. Trataba asimismo de evaluar cuáles no durarían siquiera esos primeros catorce días. Luego deseó suerte a todos y anunció que la ceremonia matrimonial se celebraría al día siguiente por la noche.

Ayla y Jondalar no temían en absoluto que el período de prueba en el que tenían que estar completamente solos pusiera de manifiesto que eran incompatibles. Ya habían pasado solos la mayor parte de un año, salvo por las breves visitas a unas cuantas cavernas a lo largo del viaje. Los dos esperaban con ganas ese período de intimidad forzosa, ahora iban a disfrutarlo especialmente al sentirse relajados, sin la presión de las dificultades que suponía viajar.

Al salir del alojamiento, las cuatro parejas caminaron juntas hacia sus campamentos. Janida y Peridal fueron los primeros en desviarse. Antes de irse, la muchacha tendió las dos manos a Levela.

—Quiero darte las gracias por incluirnos y hacernos sentir acogidos —dijo—. Al entrar, he tenido la sensación de que todos nos miraban, y no sabía qué hacer. Pero cuando nos marchábamos he notado que la gente miraba a Joplaya y Echozar, y a Ayla y Jondalar, e incluso a ti y Jondecam. Quizá todo el mundo miraba a todo el mundo, pero tú has sido quien me ha permitido sentirme parte de algo, no aislada o al margen.

Se inclinó y rozó la mejilla de Levela con la suya.

Cuando siguieron su camino, Jondalar comentó:

—Janida es una muchacha inteligente. Peridal puede considerarse afortunado de haberla conseguido, y espero que sepa valorarla.

—Parece haber un sincero afecto entre ellos —dijo Levela—. Me pregunto por qué se resistía él a la unión.

—Supongo que esa resistencia partía más de su madre que de él —observó Jondecam.

—Creo que tienes razón —convino Ayla—. Peridal es muy joven. Su madre todavía debe de ejercer mucha influencia sobre él. Pero también Janida. ¿Cuántos años tendrán?

—Diría que tanto ella como él tienen trece años —aventuró Levela—. Ella quizá recién cumplidos; pero él debe de tener unas cuantas lunas más, estará cerca de los

catorce años.

—A su lado, yo soy un viejo —dijo Jondalar—. Yo tengo dos manos más de años, veintitrés. Peridal ni siquiera ha tenido ocasión aún de vivir en un alojamiento alejado.

—Y yo soy una anciana —añadió Ayla—. Tengo diecinueve años.

—Ésos no son muchos años, Ayla —dijo Joplaya—. Yo tengo veinte.

—¿Y tú, Echozar? —preguntó Jondecam—. ¿Cuántos años tienes?

—No tengo la menor idea. Nadie me lo ha dicho ni, que yo sepa, ha intentado nunca llevar la cuenta.

—¿Has tratado alguna vez de remontarte en el tiempo y recordar un año tras otro? —preguntó Levela.

—Tengo buena memoria, pero mis recuerdos de la niñez son muy borrosos, y cada estación se funde con la siguiente —respondió Echozar.

—Yo tengo diecisiete años —dijo Levela.

—Y yo veinte —informó Jondecam voluntariamente—. Y ahí está nuestro campamento. Hasta mañana.

Se despidieron de los cuatro que siguieron hacia el campamento combinado de Zelandonii y Lanzadonii con el habitual gesto de «volver a visitarnos mañana».

Ayla madrugó el día que ella y Jondalar iban a emparejarse. La tenue luz previa al amanecer se filtraba débilmente a través de las rendijas de los paneles casi opacos del refugio, marcando las junturas y perfilando la abertura de la entrada. Yació inmóvil intentando distinguir los detalles de las oscuras siluetas que se recortaban contra las paredes.

Oía la acompasada respiración de Jondalar. Se levantó sigilosamente y contempló el rostro del hombre que dormía a su lado en la penumbra. La nariz fina y recta, la angulosa mandíbula, la ancha frente. Recordó la primera vez que, en la cueva del valle, había observado su cara mientras dormía. Era el primer hombre de los de su propia raza que ella veía —por lo que podía recordar—. Estaba gravemente herido. No sabía si sobreviviría, pero ya entonces pensó que era hermoso.

Aún lo pensaba ahora, aunque más tarde supo que normalmente no se calificaba de «hermosos» a los hombres. El amor que sentía por él se extendió por todo su cuerpo hasta llenarla por completo. Prácticamente ni siquiera podía soportar aquel sentimiento, era doloroso de tan intenso, y a la vez maravillosamente cálido. Apenas podía contenerse. Se levantó sin hacer ruido, se vistió deprisa y salió del alojamiento.

Dirigió la mirada más allá del campamento. Desde la ligera elevación veía extenderse ante ella el valle del Río. En la semioscuridad, los alojamientos parecían montículos negros que surgieran de la tierra desdibujada, cada una con su poste central en torno al cual se sostenía el resto de la estructura. El campamento se hallaba aún sumido en el silencio, muy distinto del sitio activo y bullicioso en que se

convertiría más tarde. Ayla fue hacia el riachuelo y lo siguió corriente arriba. Clareaba perceptiblemente, e iban desapareciendo las parpadeantes chispas que salpicaban el cielo. En el cercado, los caballos la vieron aproximarse y la saludaron con suaves relinchos. Ayla se dirigió hacia ellos, pasando bajo los maderos colocados horizontalmente entre las estacas que delimitaban el espacio. Rodeó con el brazo el cuello de la yegua amarillenta.

—Hoy es el día que Jondalar y yo nos emparejaremos, Whinney. Parece que ha pasado tanto tiempo desde que lo llevaste sangrando y casi muerto a la cueva. Hemos recorrido tan largo camino desde entonces. Nunca volveremos a ver aquel valle —dijo Ayla al animal.

Corredor la tocó con el testuz, reclamando su parte de atención. Ayla dio unas palmadas al corcel castaño y abrazó su robusto cuello. Lobo salió del bosque, regresando de su cacería nocturna. Trotó hacia la mujer rodeada por los caballos.

—Por fin apareces, Lobo —dijo Ayla—. ¿Dónde te habías metido? Esta mañana no estabas. —Con el rabillo del ojo, percibió un movimiento entre los árboles. Alzó la vista justo a tiempo de ver un segundo lobo, oscuro, ocultarse tras la espesa maleza. Se agachó, cogió entre las manos la cabeza de Lobo y acariciándole los carrillos peludos dijo—: ¿Has encontrado pareja, o un amigo? ¿Quieres volver a la vida salvaje, como hizo Bebé? Te echaría de menos, pero nunca te apartaría de tu pareja.

El lobo dejó escapar un suave gruñido de satisfacción mientras ella le frotaba. Por lo visto, de momento no tenía intención de volver junto a la oscura figura escondida en el bosque.

El borde superior del sol asomó por el horizonte. Ayla olió el humo de las hogueras matutinas del campamento y miró río abajo. Unos cuantos madrugadores iban ya de un lado a otro. El campamento cobraba vida.

Vio a Jondalar acercarse a grandes zancadas, con el entrecejo fruncido. Era una expresión habitual en él. «Siempre está preocupado por algo», pensó Ayla. Se había familiarizado con todas las arrugas y movimientos de su cara. A menudo lo observaba furtivamente, siguiéndolo con la mirada dondequiera que estuviese o hiciera lo que hiciese. Arrugaba la frente del mismo modo cuando se concentraba en un nuevo trozo de pedernal, como si intentara distinguir las invisibles partículas del homogéneo material para adivinar por dónde se partiría. A Ayla le encantaban sus expresiones, pero le gustaba sobre todo cuando sonreía de manera cordial y burlona, o cuando la miraba con los ojos muy abiertos, rebosante de amor y deseo.

—Me he despertado y no estabas —dijo Jondalar, todavía de lejos.

—Me he despertado temprano y no podía dormir —explicó Ayla—, por eso he salido. Me parece que Lobo tiene una compañera escondida en el bosque. Por eso se había ido esta mañana.

—Una buena razón para irse. Si yo tuviese una compañera, no me importaría escaparme con ella al bosque —dijo él con una sonrisa que le borró las arrugas de

preocupación de la frente.

Rodeó a Ayla con los brazos y, acercándosela, inclinó la cabeza para mirarla. Ella tenía aún el cabello alborotado de dormir, y le caía suelto sobre los hombros, encuadrando su rostro en una masa de ondas trigueñas. Había empezado a llevar el pelo recogido alrededor de la cabeza como las mujeres de la caverna, pero a él seguía gustándole más cuando lo llevaba suelto, tal como la primera vez que la vio desnuda bajo la luz del sol, ante la cueva del valle, después de bañarse en el río.

—Tendrás una compañera antes de que acabe el día —dijo Ayla—. ¿Adónde querrías huir con ella?

—Hasta el final de mi vida —respondió él, y la besó.

—¡Por fin os encuentro! Recordad que es el día de vuestro emparejamiento. Nada de placeres hasta después de la ceremonia —era Joharran—. Marthona quiere verte, Ayla. Me ha pedido que saliera a buscarte.

Ella volvió al alojamiento. Marthona le había preparado una infusión.

—Hoy has de ayunar, Ayla, así que tienes que conformarte con esto.

—Ya me viene bien. No creo que pudiera comer. Gracias, Marthona —contestó la joven, y observó a Jondalar salir cargado de bultos con Joharran.

Jondalar vio que Joharran le hacía señas desde el otro extremo de un campo cuando se disponía a entrar en el alojamiento que compartía con algunos de los otros hombres que se emparejarían esa noche. Muchos de ellos estaban unidos por lazos familiares, y todos tenían al menos uno o dos amigos o parientes en el grupo. Jondalar acababa de trasladar todo lo que necesitaría durante el período de prueba de catorce días a una pequeña tienda que había plantado a cierta distancia de los campamentos de la Reunión de Verano, cerca de la parte posterior del monte donde se encontraba la nueva cueva. Aunque habría podido transportar él mismo las cosas de Ayla, sabía que alguien las llevaría más tarde, como era la tradición.

Esperó a su hermano ante la entrada del alojamiento. El sitio no era muy distinto de los alojamientos alejados en los que a menudo se había instalado con otros jóvenes solteros en las Reuniones de Verano, muchachos que huían de la mirada vigilante de sus propias madres o de las de sus compañeros y de otras personas con autoridad. Jondalar recordaba los veranos pasados en aquellos alojamientos con amigos alborotadores y, de vez en cuando, con alguna muchacha. Por lo general, existía una sana rivalidad entre los alojamientos alejados para atraer a las muchachas más jóvenes y conseguir que se quedaran allí. El objetivo parecía ser que cada hombre tuviera la compañía de una mujer distinta cada noche, salvo aquellas noches reservadas sólo a los hombres.

En esas ocasiones no dormía nadie hasta el amanecer. Bebían barma y vino, si encontraban. Algunos llevaban partes de ciertas plantas que normalmente se reservaban para fines ceremoniales. Los jóvenes se pasaban la noche cantando,

bailando, contándose historias y jugando, sin parar de reír. Las noches en que invitaban a muchachas, las reuniones terminaban antes, tan pronto como las parejas o grupos se retiraban a rincones más discretos.

Los hombres que estaban a punto de emparejarse siempre tenían que soportar las bromas y los comentarios de quienes ocupaban los alojamientos alejados, y Jondalar los aceptó con buen humor; en su día, él también lo había hecho. El alojamiento donde estaba ahora, en cambio, era más tranquilo, y los hombres más serios. A todos les esperaba lo mismo, y para ellos no era un asunto para tomarlo a broma como lo era para los jóvenes que aún no se habían comprometido.

Los hombres que iban a emparejarse tenían prohibido acercarse al alojamiento de la zelandonia donde estaban las mujeres; ese día, las parejas no podían verse hasta la ceremonia matrimonial. Mientras los hombres estaban en los alojamientos, lejos del campamento, gozaban de cierta libertad. Podían ir de un lado a otro sin restricciones, salvo la de acercarse a las mujeres a las que estaban prometidos. Los hombres se instalaban en varios alojamientos pequeños; en cambio, las mujeres y sus familiares y amigas íntimas compartían uno solo. Pese a que el alojamiento fuera mayor que cualquier otro, las mujeres estaban más apretadas que los hombres, quienes se sentían intrigados por los gritos y carcajadas de ellas.

—¡Jondalar! —gritó Joharran desde lejos—. Marthona quiere verte. En el alojamiento de la zelandonia, donde están las mujeres.

Aquello le sorprendió, pero se apresuró a acudir, preguntándose que querría su madre. Dio unos golpes a la estaca exterior de la entrada del alojamiento, y cuando se apartó la cortina, no pudo reprimir el impulso de asomarse y mirar hacia el interior con la esperanza de ver a Ayla. Pero Marthona cerró la abertura rápidamente. Su madre llevaba un paquete en la mano, uno que a Jondalar le resultaba familiar. Era el que Ayla se había obstinado en cargar durante todo el viaje. Reconoció las finas pieles atadas con cordeles. Siempre le había intrigado, pero ella eludía sus preguntas.

—Ayla me ha pedido que te lo dé —dijo Marthona, y le tendió el paquete—. Ya sabes que no has de tener contacto con ella antes de la ceremonia, ni siquiera indirectamente, pero Ayla no lo sabía; me ha dicho que de haber conocido la prohibición te lo habría dado antes. Estaba muy alterada, casi llorando, y me parece que habría incumplido la norma si me hubiera negado a dártelo. Me ha pedido que te diga que es para la ceremonia matrimonial.

—Gracias, madre —contestó Jondalar.

Marthona echó la cortina de la entrada antes de que él pudiera añadir nada más. Jondalar volvió al alojamiento mirando el paquete. Lo sopesó e intentó adivinar qué contenía. Era blando pero abultaba mucho, razón por la cual no había entendido que Ayla se empeñara en llevarlo en el viaje cuando necesitaban aligerar la carga y disponer de espacio. «¿Lo ha traído hasta aquí para poder dármelo antes de la ceremonia matrimonial?», se preguntó. Parecía demasiado importante para abrirlo allí a la vista de todo el mundo. Quería encontrar un sitio más privado.

Descubrió con satisfacción que no había nadie en el alojamiento cuando entró con el misterioso paquete de Ayla. Trató de desatar los cordeles, pero los nudos eran muy resistentes, y tuvo que acabar cortándolos con un cuchillo. Desenvolvió las pieles. Dentro había algo blanco. Lo levantó. Era una túnica de piel de un blanco puro, preciosa, sin más adorno que las puntas negras de las colas de los armiños. Ayla había dicho que era para la ceremonia matrimonial. ¿Le había hecho una túnica para le ceremonia?

Le habían ofrecido varios trajes ceremoniales para ponerse, y él había elegido uno profusamente decorado al estilo zelandonii. La túnica de Ayla era muy distinta. Por el corte, recordaba el estilo de los mamutoi, pero la ropa que éstos usaban normalmente también presentaba una ornamentación elaborada, con cuentas de marfil, conchas y otros materiales. Aquélla sólo tenía algunas colas de armiño, y, sin embargo, era extraordinaria por su color, de un blanco puro y radiante, el color más difícil de conseguir en una piel, y era admirable por su sencillez, ya que carecía de adornos para que nada impidiera ver la pureza del blanco.

«¿Cuándo la haría?», pensó. Durante el viaje le había sido imposible. Además, había cargado con aquel paquete desde el principio. Debía de haberla cosido durante el invierno que pasaron con los mamutoi, en el Campamento del León. Pero ése era el invierno en que se había prometido con Ranec. Jondalar se colocó la túnica extendida ante el cuerpo. Era de su talla; para Ranec habría sido demasiado grande, porque era más bajo y robusto.

¿Por qué había hecho esa túnica para él, una túnica tan magnífica, considerando que tenía pensado quedarse con los mamutoi y vivir con Ranec? Jondalar se aferró a la túnica mientras se devanaba los sesos. Era tan flexible y suave… Las pieles que Ayla elaboraba siempre tenían esa cualidad, pero ¿cuánto tiempo habría dedicado a esa piel en particular para alcanzar ese grado extremo de flexibilidad? ¿Y el color? ¿Quién le habría enseñado a conseguir ese blanco? ¿Nezzie, quizá? No recordaba haberla visto nunca trabajar con una piel blanca, pero quizá él no había prestado demasiada atención.

Deslizó los dedos entre las sedosas colas de armiño. ¿De dónde habría sacado los armiños? Recordó entonces que el día que había llegado al albergue de tierra con el lobezno llevaba también algunos armiños. Sonrió al recordar el alboroto que se organizó. Pero entonces ellos ya habían discutido —mejor dicho, había discutido él, ya que él tenía toda la culpa—, y él se había trasladado al hogar de cocinar. Esa noche ella había visitado el hogar de Ranec. Estaban casi prometidos. Sin embargo, ella había dedicado quién sabía cuántas horas, seguramente días, a hacer para él aquella túnica flexible, blanca y extraordinaria. ¿Ya lo amaba tanto por aquel entonces?

A Jondalar se le empañaron los ojos; casi se le saltaban las lágrimas. Sabía que era él quien la había tratado con frialdad, movido por los celos; peor aún, por el temor a lo que la gente pudiera decir si se enteraba en dónde se había criado Ayla. Él la había empujado a los brazos de otro hombre, y sin embargo ella se había pasado días

y días haciendo aquella túnica para él, y después había cargado con semejante bulto todo el viaje para regalársela en el momento de la ceremonia matrimonial. No era raro que Ayla estuviera alterada y dispuesta a saltarse la prohibición de no verlo para podérsela dar.

Jondalar volvió a contemplar la túnica. Ni siquiera estaba arrugada. Debía de haber encontrado el modo de colgarla y aplicarle vapor después de llegar a la caverna. De nuevo la extendió ante sí y acarició la piel; fue casi como si tuviera a Ayla entre sus brazos, de tanto amor como ella había puesto en hacerla. Jondalar habría estado dispuesto a ponérsela aunque no hubiera sido tan preciosa.

Pero era una maravilla. En comparación con ella, la ropa que había elegido él para la ceremonia matrimonial resultaba insulsa. A Jondalar le sentaba bien la ropa, y él lo sabía. Siempre se había enorgullecido secretamente de ello, y de su buen gusto para vestir. Era una cualidad que había heredado de su madre; no había nadie tan elegante como Marthona. A saber si su madre habría visto la túnica. Pero lo dudaba. Ella habría apreciado su asombrosa sutileza, sin más ornamentación que las colas de armiño, y le habría dado alguna indicación con la mirada, alguna pista.

Alzó la vista cuando Joharran entró en el alojamiento.

—¡Ah, estás aquí, Jondalar! Me paso el día buscándote. Te necesitan para darte unas instrucciones especiales —vio la prenda—. ¿Qué es eso?

—Ayla me ha hecho una túnica matrimonial. Para eso quería verme nuestra madre, para dármela.

La sostuvo en alto para que su hermano la viera.

—¡Jondalar, es extraordinaria! —exclamó Joharran—. Creo que nunca he visto una piel tan blanca. A ti te gusta vestir bien, y con esa túnica estarás imponente. Más de una deseará estar en el lugar de Ayla; pero también habrá más de un hombre que desearía estar en el tuyo, tu hermano mayor incluido, si no fuera por Proleva, claro está.

—Soy un hombre afortunado, y no sabes hasta qué punto.

—Quería decirte que os deseo mucha felicidad —dijo Joharran—. No he tenido ocasión de decírtelo hasta ahora. Antes me preocupabas un poco, sobre todo después de… aquel incidente, cuando te mandaron fuera de aquí. Cuando volviste, siempre andabas con una u otra, y temía que nunca encontraras a la mujer que podía hacerte feliz. Habrías acabado emparejándote, de eso estoy seguro, pero no sabía si encontrarías la clase de felicidad que se tiene con una buena compañera, como Proleva. Nunca pensé que Marona fuera la mujer idónea para ti.

Jondalar estaba conmovido.

—Sé que debería bromear sobre lo mucho que lamentarás haberte comprometido con las responsabilidades de un hogar —prosiguió Joharran—, pero te hablaré con sinceridad: a mí Proleva me ha hecho muy feliz, y desde que llegó su hijo se ha creado en nuestro hogar un cálido ambiente que no puede compararse con nada. ¿Sabes que espera otro niño?

—No, no lo sabía. Ayla también está encinta. Nuestras compañeras tendrán hijos casi de la misma edad —dijo Jondalar sonriendo—, y serán como primos del hogar.

—Estoy seguro de que el hijo de Proleva es fruto de mi espíritu, y espero que el que lleva dentro también lo sea, pero aunque no fuera así, los niños de un hogar pueden dar a un hombre muchas satisfacciones, un sentimiento tan especial que resulta difícil describirlo. Ver a Jaradal me llena de alegría y orgullo.

Los dos hermanos se abrazaron dándose palmadas en la espalda.

—¡Cuántas confesiones de sentimientos profundos por parte de mi hermano mayor! —dijo Jondalar con una sonrisa. Al instante adoptó una actitud seria—. También yo te hablaré con sinceridad, Joharran. A menudo he envidiado tu felicidad, incluso antes de marcharme, antes de que hubiera un niño en tu hogar. Ya entonces sabía que Proleva era la mujer que te convenía. Ella hace de tu hogar un sitio acogedor, y en el poco tiempo que ha pasado desde mi llegada, he tomado afecto a su hijo. Jaradal se parece a ti.

—Más vale que ahora te marches, Jondalar. Me han dicho que te dieras prisa.

Jondalar plegó la túnica blanca, la envolvió en la suave piel y la dejó cuidadosamente sobre sus pieles de dormir. Luego salió con su hermano, pero se volvió un momento para mirar el paquete. Estaba impaciente por probarse la túnica blanca, la túnica que llevaría puesta cuando él y Ayla se emparejaran.

Capítulo 31

—No sabía que hoy tendría tan poca libertad de movimiento; de haberlo sabido habría organizado las cosas previamente —dijo Ayla—. Tengo que asegurarme de que los caballos están bien, y Lobo necesita ir y venir sin restricciones. Se pone nervioso si no me ve de vez en cuando.

—Este problema nunca se nos había planteado —se quejó la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna—. En teoría, deberías estar recluida antes de la ceremonia en el día de tu emparejamiento. En las historias y leyendas se habla de una época en que las mujeres debían estar recluidas durante una luna entera.

—De eso hace mucho tiempo, cuando los emparejamientos se celebraban a menudo en invierno, antes de que se concentraran en una única ceremonia matrimonial —aclaró la Primera—. Por entonces había menos zelandonii, y no se reunían como hacemos nosotros ahora. Para una sola caverna, tener a una o dos mujeres aisladas durante una luna en pleno invierno no debía de ser problemático; pero hoy no nos podemos privar tanto tiempo de la contribución de las mujeres que van a emparejarse en la temporada de caza y recolección durante una Reunión de Verano. Aún estaríamos intentando almacenar los uros si ellas no hubieran colaborado.

—Bueno, es posible —dijo la otra Zelandoni—, pero un solo día tampoco es una exageración.

—Normalmente no —repuso la Primera—. Pero, debido a los animales, ésta es una situación excepcional. Seguro que podemos solucionarlo.

—¿Tienes algún inconveniente en que Lobo entre y salga? —preguntó Marthona —. A las mujeres no parece importarles. Pero deberíamos dejar sin atar la parte de abajo de la cortina de la entrada.

—No creo que eso represente un problema —dijo la donier de la Decimocuarta.

Ésta se había mostrado gratamente sorprendida al conocer al cazador cuadrúpedo. El lobo le había lamido la mano y parecía haber sentido simpatía hacia ella, que había disfrutado acariciando la piel del animal vivo. Tras unas cuantas preguntas, Ayla le contó la historia de cómo había llevado al lobezno a su casa y rescatado a la pequeña potranca de las hienas. Había insistido en que si eran suficientemente jóvenes en el momento de encontrarlos, muchos animales podían con toda probabilidad establecer relaciones cordiales con las personas. La Zelandoni de la Decimocuarta había advertido la atención y el prestigio que el lobo granjeaba a la forastera, y se preguntaba si sería muy difícil entablar amistad con un animal, aunque quizá uno más pequeño. De hecho, el tamaño era lo de menos: cualquier animal que permaneciera por propia voluntad en estrecho contacto con una persona atraería la atención de la gente.

—Entonces sólo queda el problema de los caballos —dijo Marthona—. ¿No puede atenderlos Jondalar?

—Claro que puede, pero he de decirle que ha de hacerlo —respondió Ayla—. Me he encargado yo desde que llegamos a la Reunión de Verano, porque él ha estado ocupado con otras cosas.

—No le está permitido comunicarse con él —insistió la donier de la Decimocuarta—. ¡No puede cruzar con él una sola palabra!

—Pero otra persona sí puede —dijo Marthona.

—Nadie que participe en la ceremonia, me temo, ni nadie de la familia —intervino la Zelandoni de la Decimonovena—. La Zelandoni de la Decimocuarta tiene razón, y como ahora las mujeres ya no pasan tanto tiempo recluidas, es aún más importante que se respete rigurosamente este día.

Tal vez la mujer estuviera casi impedida a causa de la artritis, pero eso no mermaba su fortaleza de carácter. Ayla ya lo había notado antes.

Marthona se alegró de no haber mencionado que había entregado a Jondalar el paquete de Ayla. Los zelandonia se habrían enfadado con ella. Podían llegar a ponerse muy severos con el cumplimiento de las costumbres y el comportamiento correcto durante las ceremonias importantes, y si bien la exjefa normalmente estaba de acuerdo con ellos, en su fuero interno opinaba que siempre era posible hacer excepciones. Los jefes debían saber cuándo mantenerse firmes y cuándo ceder un poco.

—¿Puede decírsele a alguien que no tenga la menor relación con la ceremonia? —preguntó Ayla.

—¿A quién conoces que no tenga ningún tipo de relación contigo ni con tu prometido? —preguntó la Zelandoni de la Decimocuarta.

Ayla pensó por un momento.

—¿Podría ser Lanidar? —preguntó—. Marthona, ¿el niño está emparentado con Jondalar de algún modo?

—No… no lo está. Me consta que yo no lo estoy, y Dalanar me comentó precisamente la mañana que nos visitaron que él había sido seleccionado para los Primeros Ritos de la abuela de Lanidar, así que no lo está.

—Es verdad —confirmó la Zelandoni de la Decimonovena—. Recuerdo que Denoda quedó muy… abrumada por Dalanar. Tardó un tiempo en olvidarse de él. Dalanar manejó bien la situación. Era considerado y atento, pero mantenía las distancias. Me impresionó.

—Siempre… —dijo Marthona casi en un susurro, y terminó la frase en su mente: «Siempre era muy correcto; hacía exactamente lo que debía hacer».

La donier de la Decimonovena no iba a dejarlo pasar.

—Siempre, ¿qué? —inquirió—. ¿Siempre era atento? ¿Considerado? ¿Impresionante?

Marthona sonrió.

—Todo eso —dijo.

—Y Jondalar es el hijo de su hogar —añadió la Primera.

—Sí —dijo Marthona—, pero hay diferencias. Jondalar no posee quizá el tacto de Dalanar, pero puede que tenga más corazón.

—Sea cual sea el hombre cuyo espíritu inicia a un niño, éste siempre tiene también algo de la madre —dijo la Primera.

Ayla escuchó atentamente aquella conversación salpicada de insinuaciones, sobre todo después de aludirse a Jondalar, y detectó entonaciones y gestos que revelaban más que las palabras. Comprendió que el comentario de la Zelandoni de la Decimonovena acerca de Denoda no era precisamente elogioso y percibió que la anciana donier se había sentido atraída en su día por Dalanar. También se daba a entender que el hijo de Marthona no había demostrado el mismo refinamiento que su excompañero; naturalmente, todos estaban al corriente de las indiscreciones juveniles de Jondalar. Marthona conocía los sentimientos de la anciana hacia los dos, y le hizo saber que ella conocía mejor a Dalanar, y no estaba tan impresionada.

La Primera les había dicho que ella también conocía a los dos hombres y había insinuado que Jondalar era como Dalanar y poseía los mismos atractivos, no menos. Incluso había hecho un cumplido a Marthona por el hecho de que el espíritu de Dalanar y la Madre la hubieran elegido a ella para traer al mundo al hijo del hogar de aquel hombre. Ayla empezaba a entender que para una mujer era bueno ser escogida para tener un hijo del espíritu del hombre con quien estaba emparejada. Marthona había dejado claro a los zelandonia, sobre todo a la de la Decimonovena, que si su hijo no poseía todas las buenas cualidades de Dalanar, tenía otras que eran aún mejores. La Primera no sólo estuvo de acuerdo con ella, sino que añadió que las mejores cualidades procedían de su madre. Saltaba a la vista que la exjefa y la Zelandoni de la Novena Caverna tenían una estrecha relación personal y se profesaban un gran respeto mutuo.

Había sutilezas dentro de aquellas frases que agregaban significado al lenguaje de señas del clan, incluida la comprensión de las expresiones faciales y las posturas, así como los gestos e incluso alguna palabra, pero el lenguaje que empleaba todos los matices de la voz, tono e inflexión, así como las expresiones faciales, las posturas inconscientes y los gestos secundarios transmitía incluso más, si uno era capaz de captarlo. Ayla estaba familiarizada con las señales inconscientes del lenguaje corporal, y poco a poco aprendía cómo eran expresadas por los Otros, pero al mismo tiempo cobraba cada vez mayor conciencia de las palabras y el modo en que se empleaban.

—¿Puede ir alguien a buscar a Lanidar para que yo pueda pedirle que hable con Jondalar? —preguntó la joven.

—Tú no, tú no puedes pedírselo, Ayla —respondió Marthona—. Pero lo haré yo… —añadió, mirando a los zelandonia que había en el alojamiento transformado en refugio de las mujeres que iban a emparejarse— si alguien va a buscarlo.

—Claro que sí —dijo la Primera.

Miró alrededor buscando a un candidato e hizo un gesto a Mejera, ahora acólita del Zelandoni de la Tercera Caverna. Los había acompañado en su visita a las profundidades de Roca de la Fuente cuando fueron a buscar el elán de Thonolan. Por entonces estaba en la Decimocuarta Caverna, pero no se sentía a gusto allí.

Ayla la reconoció y sonrió.

—He de hacerte un encargo —dijo la Primera—. Marthona te lo explicará.

—¿Conoces a Lanidar de la Decimonovena Caverna? —preguntó Marthona. A juzgar por su expresión, la joven no sabía de quién le hablaba—. El hijo de Mardena, cuya madre se llama Denoda.

Mejera movió la cabeza en un gesto de negación.

—Debe de tener doce años, pero aparenta menos —añadió Ayla—, y tiene un brazo atrofiado.

Mejera sonrió.

—Claro que lo conozco. Arrojó una lanza en la demostración.

—Exacto —confirmó Marthona—. Tendrías que ir a buscarlo, y cuando lo encuentres, dile que trate de dar con Jondalar para que diga de mi parte que Ayla está preocupada por los caballos, y que debería ir a verlos antes de la ceremonia matrimonial de esta noche. ¿Me has entendido?

—¿No sería más fácil que fuera yo directamente a decírselo a Jondalar? —preguntó Mejera.

—Sería mucho más fácil, pero tú intervienes en la ceremonia matrimonial de esta noche, y por tanto no puedes transmitir un mensaje a Jondalar hasta que se haya celebrado, y menos aún un mensaje de Ayla, ni siquiera a través de mí. No obstante, si no encuentras a Lanidar, imagino que puedes pedírselo a cualquiera que no tenga relación alguna con él. ¿Lo has entendido? —repitió la mujer.

—Sí, lo he entendido. Descuida, Ayla, yo me encargaré de que le llegue el mensaje —aseguró Mejera, y se fue.

—Supongo que a los zelandonia no les parecería bien que Mejera haya hablado contigo, así que mejor será que no entremos en detalles —sugirió Marthona—. Y tampoco hace falta que mencionemos el paquete que le he dado a Jondalar.

—Vale más que no mencionemos nada —dijo Ayla.

—Bueno, ya es hora de que empieces a prepararte.

—Pero si sólo es mediodía. Falta mucho para que llegue la noche. No me costará tanto ponerme la túnica que me hizo Nezzie.

—Hay que hacer otras cosas —explicó Marthona—. Iremos al Río para que os bañéis todas las que os tenéis que emparejar. Ya están hirviendo el agua para purificarla para el ritual. Resulta muy agradable lavarse con agua caliente. Es una de las mejores partes de los rituales previos al emparejamiento. Jondalar y los demás hombres harán lo mismo, pero en un sitio distinto, claro.

—Me encanta el agua caliente —dijo Ayla—. Cerca del refugio de los losadunai hay un manantial de agua caliente. ¡No te imaginas el placer que es bañarse allí!

—Sí me lo imagino. He viajado un par de veces al norte. No muy lejos del nacimiento del Río hay estanques de agua caliente que brota de la tierra.

—Creo que conozco ese sitio o uno parecido —comentó Ayla—. Paramos cuando veníamos hacia aquí. Me gustaría preguntarte algo. No sé si aún estoy a tiempo, pero me gustaría hacerme agujeros en las orejas. ¿Es posible? Tengo aquellos dos trozos de ámbar a juego que me regaló Tulie, la jefa del Campamento del León, y quería ponérmelos si encuentro la manera de colgármelos de las orejas. Ella me dijo que era así como debía llevarlos.

—Creo que podemos arreglarlo —contestó Marthona—. Seguro que algún Zelandoni te hará los agujeros con mucho gusto.

—¿Tú qué opinas, Folara? ¿Así? ¿O así? —preguntó Mejera, sosteniendo un mechón de cabello de Ayla con una mano y mostrando las dos opciones.

Folara había llegado al alojamiento de la zelandonia después de que las mujeres realizaran el ritual de la limpieza. Habían encendido muchos candiles, pero el interior seguía pareciendo oscuro. Ayla hubiera preferido salir al sol en lugar de estar allí sentada mientras le arreglaban el pelo.

—Me gusta más de la primera manera —declaró Folara.

—Mejera, ¿por qué no acabas de contarnos dónde los has encontrado? —dijo Marthona.

Era obvio que Ayla se sentía incómoda. No estaba acostumbrada a dejarse peinar. Como la joven acólita parecía capaz de hablar y trabajar al mismo tiempo, Marthona pensó que un poco de charla distraería a Ayla.

—Pues, como os he dicho, he preguntado a todo el mundo. Nadie sabía dónde estaba ninguno de los dos. Por fin, en vuestro campamento… Creo que era la compañera de uno de los amigos íntimos de Joharran, Solaban o Rushemar, la que tiene un niño pequeño… Bueno, estaba haciendo una cesta…

—Es la compañera de Rushemar, Salova —apuntó Marthona.

—Pues ella me ha dicho que uno de los dos debía de estar con los caballos, así que he ido río arriba y allí los he encontrado —prosiguió Mejera—. Lanidar me ha contado que su madre le había dicho que tú, Ayla, estarías todo el día con las mujeres, así que fue a ver a los caballos, tal como le habías pedido. Y Jondalar me ha dicho lo mismo, poco más o menos, que como sabía que tú pasarías todo el día recluida con las mujeres, decidió ir a ver cómo estaban los caballos y se encontró allí con Lanidar, así que aprovechó para enseñarle a usar el lanzavenablos.

»Ha resultado que yo no era la única que andaba buscando a Jondalar. Al cabo de un momento ha aparecido Joharran. Parecía un poco molesto, porque hacía rato que buscaba a su hermano para decirle que tenía que ir al Río para el ritual de

purificación con los otros hombres. Jondalar me ha encargado que te dijera que los caballos estaban bien, y que tenías razón, que Lobo debe de haber encontrado una compañera o un amigo. Los ha visto juntos.

—Gracias, Mejera, me quedo más tranquila si sé que Whinney y Corredor están bien. No sabes cuánto te agradezco el tiempo y el esfuerzo que has dedicado para encontrar a Lanidar y Jondalar —dijo Ayla.

Se alegraba de saber que los caballos estaban bien, y más aún de que Lanidar hubiera tenido la iniciativa de ir a verlos. De Jondalar ya era de esperar en circunstancias normales, pero él, al fin y al cabo, también tenía que emparejarse, y Ayla no podía estar segura de que no surgiera algo que lo distrajese o le impidiese ir a verlos. Lobo la tenía un poco preocupada. En parte, deseaba que encontrara una compañera y fuera feliz, pero también temía perderlo y sufría por él.

Lobo nunca había vivido con otros lobos; probablemente había visto más Ayla cuando aprendía a cazar que el propio lobo. Sabía que los lobos eran muy leales a su manada, pero también que defendían ferozmente su territorio contra otros lobos. Si Lobo había encontrado una loba solitaria o una poco considerada por su manada y decidía vivir con ella como un lobo, tendría que pelearse para delimitar su territorio. Era un animal fuerte y sano, más grande que muchos otros lobos, pero no había crecido en una manada, donde habría jugado a pelearse con sus hermanos desde pequeño. No estaba acostumbrado a luchar con los de su especie.

—Gracias, Mejera —dijo Marthona—. Ayla está preciosa. No sabía que se te diera tan bien arreglar el pelo.

Ayla levantó las manos y se tocó el cabello con cuidado, palpándose los bucles y el recogido. Había visto los peinados de las otras mujeres e imaginaba que el suyo sería parecido.

—Iré a buscar un reflector para que te veas —dijo Mejera.

La débil imagen del reflector mostraba a una mujer con el cabello arreglado de manera parecida al de las otras jóvenes del alojamiento. Pero ella no se reconocía. No sabía si Jondalar la reconocería.

—Ahora ponte los pendientes de ámbar —propuso Folara—. Y deberías empezar a vestirte.

Una servidora de la zelandonia le había agujereado las orejas y le había dejado una astilla de hueso atravesada en cada orificio. También había enrollado un poco de tendón por delante y detrás y a ambos lados de los trozos de ámbar y dejado unas lazadas para sujetarlos a las astillas de hueso que atravesaban los lóbulos de las orejas de Ayla. Mejera ayudó a Folara a colgarle los trozos de ámbar de las orejas.

Entonces Ayla se puso su vestido especial para el emparejamiento. Mejera quedó deslumbrada.

—¡No había visto nunca algo tan precioso! —exclamó.

Folara estaba fascinada.

—¡Ayla, qué maravilla! Es muy original. Todo el mundo querrá copiarlo. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo he traído desde muy lejos. Me lo hizo Nezzie, la compañera del jefe del Campamento del León. Me dijo que durante la ceremonia tenía que llevarse así —explicó Ayla abriendo la parte delantera y dejado a la vista los pechos, cada día más turgentes a causa del embarazo. Volvió a atarse los cordeles—. Nezzie decía que una mamutoi debía enseñar los pechos con orgullo cuando se emparejaba. Ahora querría ponerme el collar que me regalaste, Marthona.

—Hay un problema, Ayla —dijo Marthona—. El collar te quedará precioso con el gran fragmento de ámbar entre los pechos, pero no con esa bolsita de piel que llevas al cuello. No se vería el collar. Ya sé que es muy importante para ti, pero creo que deberías quitártela.

—Mi madre tiene razón, Ayla —declaró Folara.

—Mírate en el reflector —sugirió Mejera. Sostuvo la lámina de madera ennegrecida, pulida y bañada en aceite para que la joven se viera.

Era la misma desconocida de antes, pero esta vez Ayla vio los trozos de ámbar colgando de sus orejas, y la bolsita gastada del amuleto, de contornos irregulares por los objetos que contenía, suspendida de una cuerda deshilachada.

—¿Qué hay en esa bolsita? —preguntó Marthona—. Parece llena.

—Es mi amuleto, y los objetos que contiene son todos dones de mi tótem, el espíritu del León Cavernario. Casi todos me han ayudado a tomar decisiones que han sido muy importantes en mi vida. En cierto modo también contiene mi espíritu vital.

—Viene a ser como un elandon, pues —dijo Marthona.

—El Mog-ur me auguró que si un día perdía mi amuleto, me moriría —explicó Ayla. Lo cogió y palpó a través de la piel los bultos familiares, despertando en su mente un caleidoscopio de recuerdos de su vida con el clan.

—Si es así, deberías guardarlo en un sitio especial —propuso Marthona—, quizá al lado de una donii para que la Madre te lo vigile, pero tú no tienes ninguna donii, ¿verdad? Normalmente, todas las mujeres reciben una antes de los Primeros Ritos. Tú no debes de haber celebrado esa ceremonia.

—En realidad, sí —respondió Ayla—. Jondalar me enseñó el don del placer de la Madre, y la primera vez hizo una especie de ceremonia y me regaló una figura donii que había tallado él mismo. La llevo en la mochila.

—Bien, si alguien sabe hacer una ceremonia de los Primeros Ritos como es debido, ése es Jondalar. Le sobra experiencia —declaró Marthona—. ¿Por qué no me permites que te guarde el amuleto? Cuando tú y Jondalar vayáis a pasar vuestro período de prueba, te lo devolveré para que puedas llevártelo.

Ayla dudó, pero finalmente asintió con la cabeza. Sin embargo, cuando se lo iba a quitar, el cordel de piel se le enredó en el peinado.

—No te preocupes —dijo Mejera—. Ya te lo arreglaré.

Ayla mantuvo la bolsita en la mano, reacia a desprenderse de ella. Tenían razón: no quedaba bien con la elegante ropa de la ceremonia matrimonial, pero no se la había quitado nunca desde que se la dio Iza, poco después de encontrarla el clan. Hacía tanto tiempo que formaba parte de su vida que le costaba quitársela; además, le daba miedo. Era como si el amuleto tampoco quisiera separarse de ella, y por eso se enredara en su pelo. Quizá su tótem quería decirle algo; tal vez no debía intentar convertirse en una de los Otros, únicamente con ropa mamutoi y un collar zelandonii. Cuando conoció a Jondalar, era una mujer del clan; quizá debía añadir algo en su acicalamiento que manifestara su vínculo con ellos.

—Gracias, Mejera, pero he cambiado de idea. Llevaré el pelo suelto, a Jondalar le gusta más así —decidió Ayla.

Contempló el amuleto aún un momento antes de entregárselo a Marthona. Dejó que ésta le atara el collar que le había regalado la madre de Dalanar y que había guardado para ella, y a continuación empezó a quitarse las horquillas que le mantenían recogido el cabello al elegante estilo zelandonii.

Mejera lamentó ver en qué quedaban sus esfuerzos, pero la decisión era de Ayla, no de ella.

—Te lo cepillaré —se ofreció, aceptando con dignidad la elección de Ayla, lo cual impresionó a Marthona.

«Creo que esta joven será algún día una buena Zelandoni», pensó.

Cuando Jondalar, junto con los demás hombres, se encaminó hacia el alojamiento de la zelandonia, al pie de la pendiente donde se celebraría la ceremonia, estaba hecho un manojo de nervios. No era el único. Las mujeres habían salido del gran alojamiento. Con la ayuda de varios zelandonia, los hombres se dispusieron en el orden ensayado, primero según la palabra de contar de la caverna donde vivirían, y después teniendo en cuenta su rango. Puesto que todas las palabras de contar poseían poder —sólo la zelandonia conocía las diferencias enigmáticas entre ellas—, no determinaban el estatus, sino meramente una forma de ordenación, de colocarse en fila. El rango dentro de la caverna, no numerado y a menudo tácito, era ya otra cuestión, pero los hombres se colocaron en sus lugares correspondientes rápidamente y sin problemas.

El rango de una persona podía cambiar, y de hecho cambiaba, como consecuencia de los emparejamientos. Era una de las muchas cosas que se negociaban antes de la ceremonia. Podía mejorar o todo lo contrario, porque la posición social del hogar era una combinación de lo que los dos miembros de la pareja aportaban a la unión, y ésta determinaba también la posición de los niños. Se daba por hecho que el hogar resultante pertenecía al hombre, pero se ocupaba de él la mujer; los niños que nacían de la mujer, nacían también en el hogar del hombre. Ellos y sus familias querían que el rango del nuevo hogar fuera lo más elevado posible por el bien de los niños y por

los títulos y lazos de las personas relacionadas con ellos, pero tenían que estar de acuerdo algunos jefes y zelandonia de otras cavernas, por lo que a veces resultaba una negociación conflictiva.

Ayla no había participado apenas en las negociaciones por la posición del nuevo hogar de ella y Jondalar, pero tampoco habría entendido los matices de haberlo hecho. Fue Marthona quien se encargó. Las sutiles conversaciones que había mantenido con algunos zelandonia, incluida la Zelandoni de la Decimonovena Caverna, y que Ayla empezaba a comprender, habían sido uno de los elementos de la negociación. La Zelandoni de la Decimonovena había intentado utilizar las indiscreciones juveniles de Jondalar para rebajar su estatus, en parte porque le había incomodado que Ayla hubiera descubierto la excepcional cueva dentro de su territorio. Un hallazgo que, sin embargo, había elevado mucho la posición social de Ayla pese a no haber nacido allí. El problema estribaba en que si la hubiera descubierto la Decimonovena Caverna habrían podido mantenerla en secreto y limitar el uso, y eso les habría otorgado prestigio considerable. Pero por el hecho de haberla descubierto una forastera durante la Reunión de Verano la cueva quedaba abierta automáticamente a todo el mundo, circunstancia que la Primera se había apresurado a dejar bien clara.

Jondalar tenía un estatus muy elevado, porque su madre había sido jefa y su hermano lo era en ese momento de la caverna más grande de los zelandonii. A ello se unían sus propias aportaciones, algunas de ellas fruto de su viaje, y también su complejo oficio de tallador de pedernal, una aptitud que debía ser evaluada por reconocidos y respetados talladores de otras cavernas, junto con el lanzavenablos, recientemente presentado en una demostración pública. Pero determinar el estatus de Ayla había supuesto un problema. La posición social de los forasteros siempre era la más baja, y este hecho perjudicaba el estatus del nuevo hogar que iban a formar Ayla y Jondalar. Pero Marthona se opuso a ello, aduciendo que el rango de Ayla entre su gente era muy elevado, y que la joven tenía muchas cualidades. Los animales eran un factor ambiguo, porque unos sostenían que aumentaba su posición y otros que la disminuía. Así pues, la categoría social del nuevo hogar no se había decidido aún, pero eso no impedía el emparejamiento. La Novena Caverna había aceptado a Ayla, y era allí donde viviría junto a Jondalar.

Las mujeres se habían trasladado a un nuevo alojamiento cercano que hasta no hacía mucho había acogido a las muchachas que se preparaban para los Primeros Ritos, pero que estaba vacío en ese momento y podía tener otra utilidad. Alguien había sugerido que podían esperar allí los hombres a fin de que las mujeres no tuvieran que moverse, pero la idea de que el lugar, después de acoger a muchachas en su transición de niña a mujer, pasara a albergar a hombres que iban a emparejarse causó cierto malestar entre los zelandonia y algunas otras personas. Siempre quedaban manifestaciones de las fuerzas espirituales cuando se celebraban actividades trascendentes, sobre todo en un grupo numeroso, y las vitalidades

significativas de hombres y mujeres por lo general eran opuestas. Se decidió, pues, trasladar a las mujeres que debían emparejarse, puesto que ése era el siguiente paso lógico en la vida de las muchachas que habían ocupado antes el alojamiento.

Las mujeres no estaban menos nerviosas que los hombres. Ayla no sabía si Jondalar decidiría ponerse la túnica que le había confeccionado, y lamentaba no haber estado enterada de que pasaría recluida las horas previas a la unión, porque de haberlo sabido se la habría dado ella misma el día anterior; así habría sabido si era de su agrado y si la consideraba adecuada. Ahora no lo sabría hasta que se vieran en la ceremonia matrimonial.

También colocaron por orden a las mujeres, tal como a los hombres, para que quedaran bien emparejados. Ayla sonrió a Levela, que iba varios puestos por delante. Le habría gustado estar al lado de la hermana de Proleva mientras esperaban, pero ella era de la Novena Caverna, y había varias mujeres entre ella y la otra joven, que viviría en la Segunda Caverna con Jondecam. Los dos tenían estatus semejantes, porque procedían de familias de jefes y fundadores, las personas con las posiciones más elevadas dentro de una caverna, y por tanto la posición de su hogar no cambiaría apenas. Jondecam tenía un rango ligeramente más alto que el de Levela, pero ello sólo podía tenerse en cuenta si la pareja se fuera a vivir a la caverna de él.

Cada Zelandoni se encargaba de oficiar, auxiliado por los otros zelandonia, la parte de la ceremonia en que las parejas que iban a vivir en su caverna ataban el nudo. Intervenían también las madres de los jóvenes que se emparejaban y a menudo los parientes cercanos, que se situaban en las filas delanteras del público asistente esperando a que les llegara el momento de cumplir su función. Si los miembros de la pareja ya no eran jóvenes y aquélla no era ya su primera unión, pero deseaban de todos modos llevar a cabo una ceremonia formal, no era necesario que estuvieran presentes las madres. Bastaba con la autorización de la caverna donde vivirían, pero a menudo también invitaban a participar en el acto a amigos y familiares.

Ayla vio a Janida hacia el final de la fila, porque era de la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna, y la muchacha le sonrió cuando sus miradas se cruzaron. En último lugar vio a Joplaya, también forastera, una lanzadonii, pese a que el hombre de su hogar hubiera sido en otro tiempo un zelandonii de alto rango. No obstante, aunque allí su posición era la última, ella era de las primeras entre los lanzadonii, que era lo que contaba. Ayla miró a todas las mujeres que se emparejarían esa noche. Había muchas que no conocía, así como cavernas de las que no había conocido a una sola persona, al margen de las presentaciones generales. Alguna de las mujeres había dicho pertenecer a la Vigésimo cuarta Caverna, y otra a Monte del Oso, una parte de Hogar Nuevo en el valle del Río de la Hierba.

A Ayla la espera se le hacía interminable. «¿Por qué tardarán tanto?», pensó. Las apremiaban para colocarse en orden y luego las hacían esperar. Quizá los hombres iban con retraso. Tal vez alguien había cambiado de idea. ¿Y si Jondalar cambiaba de idea? No. ¡Imposible! ¿Por qué habría de hacerlo? Pero ¿y si lo hacía?

En el alojamiento de la zelandonia, la Primera apartó la cortina que ocultaba el acceso privado de la parte posterior del amplio espacio, justo en el lado opuesto a la entrada principal. Se asomó y recorrió con la mirada la zona de reunión que abarcaba desde la ladera del fondo hasta el campamento. La gente había ido llegando a lo largo de la tarde y ya estaba casi todo lleno. Era la hora.

Los hombres salieron primero. Cuando Jondalar miró ladera arriba, vio que estaba allí todo el mundo. El murmullo de la multitud subió de volumen, y oyó más de una vez la palabra «blanco». Mantuvo la mirada fija en la espalda del hombre que tenía delante, pero era consciente de la impresión que causaba su túnica. El hombre alto, rubio y apuesto, de ojos cautivadores, siempre llamaba la atención, pero en aquella ocasión, con el pelo limpio y brillante, bien aseado y recién afeitado, y aquella túnica de un blanco puro y luminoso, estaba deslumbrante.

—Parece la personificación de Lumi, el amante de Doni —dijo la madre de Jondecam, la rubia y alta Zelandoni de la Segunda Caverna, a Kimeran, su hermano menor y jefe de la Segunda Caverna.

—¿De dónde habrá sacado esa túnica? —preguntó Kimeran—. Me gustaría tener una igual.

—Seguro que todos los hombres están pensando lo mismo, aunque creo que tú, Kimeran, serías de los pocos a quienes les quedaría igual de bien —dijo ella. En su opinión, su hermano no sólo era igual de alto y rubio que su amigo Jondalar, sino que era, además, tan apuesto como él—. Jondecam también está magnífico. Me alegro de que se haya dejado la barba este verano. Le queda muy bien.

Después que los hombres, en fila, formaran un semicírculo a un lado de la enorme hoguera, les tocó el turno a las mujeres. Ayla alargó el cuello para ver si por fin habían abierto la cortina de la entrada. Era casi de noche. El sol aún no se había puesto del todo, y bajo su cegadora claridad quedaba amortiguado el resplandor de la gran hoguera ceremonial, y no se veían apenas las antorchas dispuestas alrededor, que un poco más tarde serían las que iluminarían el espacio. Ayla vio gente junto al fuego. La voluminosa silueta de espaldas a ella tenía que ser la Zelandoni. Alguien hizo una señal, y las mujeres salieron.

Una vez fuera, vio la alta figura con la túnica blanca. Mientras las mujeres formaban un semicírculo frente a los hombres, Ayla pensó: «¡Se la ha puesto! ¡Se ha puesto mi túnica!». Todos llevaban sus mejores galas, pero nadie iba de blanco, y Jondalar destacaba del resto. Para ella era el más hermoso… No, el hombre más apuesto de todos. Casi todo el mundo estaba de acuerdo con ella. Vio que él la miraba desde su sitio, iluminado por la gran hoguera, y lo hacía como si no pudiera apartar la mirada de ella. «Está preciosa, pensaba él. Nunca había estado tan bonita». La túnica dorada que le había hecho Nezzie, adornada con cuentas de marfil, hacía juego con su pelo de color trigueño, que le caía suelto como a él le gustaba.

No llevaba más joyas que los pendientes de ámbar en las orejas recién agujereadas —los fragmentos de ámbar de Tulie, recordaba Jondalar— y el collar de

ámbar y conchas que le había obsequiado Marthona. Las brillantes piedras de color anaranjado recogían los rayos del sol poniente y resplandecían entre sus pechos desnudos. La túnica, abierta por delante pero ceñida en la cintura, era distinta de todas las demás, y a Ayla le sentaba perfectamente.

Marthona, que observaba desde la primera fila, se llevó una grata sorpresa al ver aparecer a su hijo con la túnica blanca. Había visto la ropa que él había elegido inicialmente para ponerse, y no le resultó difícil deducir que la túnica que llevaba era el regalo que se hallaba dentro del paquete que ella le había dado de parte de Ayla. La falta de ornamentación ponía de relieve la pureza del color; sólo las colas de armiño añadían un toque de elegancia. Marthona había advertido que Ayla tenía pocas pertenencias, y que le gustaba rodearse de objetos sencillos pero bien hechos. La túnica blanca era una extraordinaria muestra de ello. En este caso, la calidad era el mejor adorno.

La sencillez del atuendo de Jondalar contrastaba con el conjunto que ella lucía en ese momento. Marthona daba por hecho que más de una trataría de copiar el vestido de Ayla, pero posiblemente ninguna lo conseguiría. Ella pudo admirar la exquisita calidad de su ornamentación cuando se lo enseñó y pudo reconocer en él la única forma de riqueza que podía reconocer un zelandonii: el tiempo que se había tardado en confeccionarlo. Tanto por la calidad de la piel y el ámbar, las conchas y los dientes, como por los miles de cuentas de marfil labradas a mano, ese vestido sería la prueba del elevado estatus de Ayla. El hogar de su hijo estaría entre los primeros.

Jondalar no podía apartar su mirada de Ayla. Los ojos de ella brillaban, y mantenía la boca entreabierta para llenar más fácilmente los pulmones, ya que su respiración era agitada a causa de la emoción. Era ésa la expresión habitual de Ayla cuando sentía admiración por algo bello, o entusiasmo durante una cacería, y Jondalar notó que la sangre se le concentraba entre las ingles. «Es una mujer dorada, pensó. Dorada como el sol». La deseaba, y no podía creer que una mujer de belleza tan sensual fuera a convertirse en su compañera. Su compañera… Le gustaba como sonaba. Compartiría con él la morada que él había planeado construir para sorprenderla. ¿No empezaría nunca la ceremonia? ¿No terminaría nunca? Jondalar no quería esperar; quería correr hasta ella, cogerla en brazos y llevársela.

La zelandonia ocupaba ya sus puestos, y la Primera comenzó con un canto cautivador. De pronto se sumó otro Zelandoni con un tono monótono, y después un tercero. Cada donier eligió un único tono y un único timbre, que de vez en cuando variaba en una melodía repetitiva pero fácil de sostener. Cuando el Zelandoni que debía unir a la primera pareja empezó a hablar, todo el coro mantenía de fondo un canto continuo y grave, cada voz con su tono. La combinación podía ser armoniosa o no, pero eso poco importaba. Antes que el primero se quedara sin aliento, se añadía otra voz, y después otra, y otra, a intervalos variables. El resultado era una fuga entretejida y monótona que podía continuar indefinidamente si había cantores suficientes para que pudieran descansar los que tenían que parar de vez en cuando.

Aunque fuera sólo música de fondo, la salmodia penetró en la mente de Jondalar, que miraba extasiado a la mujer que amaba. Apenas oyó las palabras de los zelandonia dirigidas a las primeras parejas. Notó de repente que el hombre de detrás le daba un ligero golpe y se sobresaltó. Estaban pronunciando su nombre. Caminó hacia la corpulenta figura de la Zelandoni, y vio que Ayla se acercaba desde el otro lado. Se quedaron cara a cara, uno a cada lado de la donier.

La Zelandoni los miró complacida. Jondalar era el más alto de los hombres, y ella siempre había pensado que era también el más atractivo. Pese a que por entonces él era muy joven, ésa era una de las razones por las que había decidido enseñarle el don del placer de Doni cuando le llegó la hora de aprender. Y desde luego Jondalar había aprendido bien, quizá demasiado bien. Después casi había conseguido convencerla a ella para que desoyera su llamada.

La Zelandoni se alegraba de que las circunstancias se hubieran interpuesto entre ellos, pero en ese momento, viéndolo con aquella impresionante túnica, recordó por qué había estado a punto de dejarse convencer por él. Sin duda, había traído esa túnica de su viaje. Obviamente fue el color lo que más le llamó la atención, pero también el diseño poco habitual, y la ausencia de ornamentación que le confería una exótica apariencia. Estaba a la altura de la mujer que había escogido. La Zelandoni se volvió para contemplar a Ayla, que estaba desde luego a la altura de él. No, ella lo superaba, lo que no era fácil, en su opinión. La donier se hubiera sentido decepcionada si Jondalar hubiera elegido a una mujer que no estuviera a la altura del concepto que tenía de él, pero debía admitir que no sólo había encontrado a una mujer que lo igualaba en cualidades, sino que incluso lo superaba. Sabía que aquella pareja era el centro de atención por muchos motivos. Todos los conocían, o como mínimo sabían quiénes eran; habían sido el tema de conversación de la Reunión de Verano y eran, sin comparación, los más atractivos.

Era lógico y conveniente que ella, la Primera, celebrara la ceremonia y fuera la que atara el nudo de la pareja más extraordinaria. La propia Zelandoni era una presencia memorable. Llevaba realzado con colores más intensos el tatuaje de la frente; iba peinada de una manera extravagante pero cuidadosa que la hacía aún más alta; y su túnica, larga y profusamente decorada, era una obra de arte que requería a una persona de su corpulencia para lucirla debidamente. Todos permanecían atentos al trío. La Zelandoni guardó silencio, reclamando así mayor atención aún.

Marthona se había colocado junto a su hijo, con Willamar, su actual pareja, a la derecha y un paso por detrás. A la izquierda tenía a Dalanar y, un poco más atrás, a Jerika. Los dos tendrían que esperar al final para que se emparejasen Joplaya y Echozar. Al lado de Willamar se hallaban Folara y Joharran, los hermanos de Jondalar. Junto a este último estaban Proleva y su hijo, Jaradal. Entre el público había muchos amigos y parientes, en una zona reservada a los allegados de la pareja. La Zelandoni los miró a todos y luego, antes de empezar, dirigió la vista hacia la multitud situada en la pendiente.

—Cavernas de los zelandonii —comenzó la donier con voz vibrante y solemne—, os ruego que seáis testigos de la unión de un hombre y una mujer. Doni, la Gran Madre Tierra, Primera Creadora, Madre de todos, la que da a luz a Bali, que ilumina el cielo, y cuyo compañero y amigo, Lumi, brilla sobre nosotros esta noche como testigo. A Ella honramos con la sagrada unión de sus hijos.

Ayla contempló la luna, en fase creciente, y se dio cuenta de pronto de que ya había oscurecido. El sol se había puesto hacía rato, pero la enorme hoguera y la gran cantidad de antorchas iluminaban el campamento como si fuera de día.

—Los dos que esperan unirse han complacido a la Gran Madre Tierra al decidir emparejarse. Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, hijo de Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna, ahora compañera de Willamar, maestro de comercio de los zelandonii; nacido en el hogar de Dalanar, fundador y jefe de los lanzadonii; hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii…

Ayla dejó vagar el pensamiento mientras la Zelandoni pronunciaba la interminable lista de títulos y lazos de Jondalar, muchos de los cuales no conocía. Era una de las pocas ocasiones en que se recitarían todos sus vínculos. Volvió a atender cuando el tono de la donier cambió tras la larga letanía.

—… Escoges a Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, bendecida por Doni, y honrada por su bendición…

Surgió un murmullo de la muchedumbre. Era una pareja con suerte. Ella estaba ya encinta.

—… Antes Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el espíritu del Oso Cavernario, amiga de los caballos llamados Whinney y Corredor y del cazador cuadrúpedo Lobo.

Ayla se preguntó dónde se habría metido Lobo. No lo había visto desde esa tarde, y se sentía decepcionada. Sabía que aquella ceremonia no significaba nada para el animal, pero a ella le habría gustado que estuviera presente en su emparejamiento.

—Aceptada por Joharran, hermano de Jondalar y jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, y por Marthona, madre de Jondalar y antigua jefa de la Novena Caverna. Aprobada por Dalanar, fundador y jefe de los lanzadonii, hombre del hogar en el nacimiento de Jondalar…

La Zelandoni siguió enumerando a los parientes de Jondalar. Ayla no era consciente de todos los lazos que estaba adquiriendo con aquel emparejamiento, pero la Zelandoni habría deseado que hubiera más. Había tenido que pensar demasiado para encontrar vínculos legítimos que hicieran apropiado el ritual. Ayla tenía pocos.

—La escojo —contestó Jondalar mirando a Ayla.

—¿La respetarás, la cuidarás cuando esté enferma y la mantendrás cuando esté encinta y la ayudarás a mantener a todos los hijos nacidos en tu hogar mientras estéis juntos? —preguntó la Zelandoni.

—La respetaré, la cuidaré y la mantendré a ella y a sus hijos —respondió Jondalar.

—Y tú Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario, aceptada por la Novena Caverna de los zelandonii, ¿escoges a Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, hijo de Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna, ahora emparejada con Willamar, maestro de comercio de los zelandonii, nacido en el hogar de Dalanar, fundador y jefe de los lanzadonii? —Esta vez la Zelandoni había decidido mencionar sólo los lazos esenciales, para no recitarlos todos otra vez. Ayla, como otros muchos, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lo escojo —dijo, mirando a Jondalar. Las palabras resonaron en su mente: «Lo escojo… Lo escojo… Lo elegí hace tiempo, y ahora finalmente puedo escogerlo».

—¿Lo respetarás, lo cuidarás cuando esté enfermo, enseñarás a tus hijos, incluido éste con el que ya te ha bendecido Doni, a respetarlo como corresponde a un compañero y proveedor? —prosiguió la Zelandoni.

—Lo respetaré y cuidaré, y enseñaré a mis hijos a respetarlo —declaró Ayla.

La Zelandoni hizo una seña.

—¿Quién tiene autoridad para aprobar la unión entre este hombre y esta mujer?

Marthona avanzó unos pasos.

—Yo, Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna de los zelandonii, tengo autoridad. Estoy de acuerdo con el emparejamiento de mi hijo, Jondalar, con Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo.

A continuación, se adelantó Willamar.

—Yo, Willamar, maestro de comercio de los zelandonii, emparejado con Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna de los zelandonii, también estoy de acuerdo con el emparejamiento.

La aprobación de Willamar no era imprescindible, pero su inclusión en la ceremonia añadía autoridad a la unión del hijo de su compañera con una forastera, y facilitaba la inclusión del anterior compañero de Marthona, que dio un paso al frente.

—Yo, Dalanar, fundador y jefe de los lanzadonii, hombre del hogar en el nacimiento de Jondalar, también estoy de acuerdo con el emparejamiento entre Jondalar, hijo de mi anterior compañera, y Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes Ayla de los mamutoi.

Dalanar lanzó una mirada apreciativa a Ayla tan parecida a las que le dirigía Jondalar que ella sonrió al percibir que su cuerpo respondía de la misma manera. No era la primera vez. Dalanar y Jondalar no sólo se parecían —al margen de la diferencia de edad—, sino que a Ayla le producía las mismas sensaciones. No se pudo resistir y sonrió abiertamente al hombre de avanzada edad con una de aquellas radiantes sonrisas que parecían iluminarla desde dentro. Por un momento Dalanar deseó estar en el lugar de su hijo. Luego miró a Jondalar, y vio la burlona mirada de

éste. ¡El joven sabía exactamente qué le rondaba por la cabeza y le divertía! Estuvo a punto de echarse a reír.

—¡Lo apruebo, sin duda! —añadió Dalanar.

—¿Quién más tiene autoridad para aprobar la unión entre esta mujer y este hombre? —preguntó de nuevo la Zelandoni.

—Yo, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León e hija del Hogar del Mamut, tengo autoridad para hablar en mi propio nombre, autoridad que me confirió el Mamut del Hogar del Mamut, el más anciano y respetado de todos los mamutoi, Talut, jefe del Campamento del León, y su hermana Tulie, jefa del Campamento del León. En su nombre acepto este emparejamiento con Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo Ayla. Ésa era la parte que la había puesto más nerviosa, tener que memorizar y repetir las palabras que debía decir en la ceremonia.

—Mamut del Hogar del Mamut, Servidor de la Madre de los mamutoi —dijo la Zelandoni—, dio a la hija de su hogar la libertad de decidir por sí misma. Como Una Que Sirve a la Madre para los zelandonii, también puedo hablar en nombre del Mamut. Ayla ha elegido emparejarse con Jondalar, y por tanto su decisión es igual que la aceptación del Mamut. —A continuación la Zelandoni añadió en voz alta y clara—: ¿Quién habla en nombre de la pareja?

—Yo, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, hablo por esta pareja, y doy la bienvenida a Jondalar y Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo el hermano mayor de Jondalar. Luego se volvió hacia las personas congregadas detrás de él.

—Nosotros, de la Novena Caverna de los zelandonii, les damos la bienvenida —dijeron todos a una.

Zelandoni extendió los brazos como si quisiera abarcarlos a todos.

—Cavernas de los zelandonii —declaró con un tono que reclamaba atención—, Jondalar y Ayla se han escogido mutuamente. Ha quedado acordado y han quedado aceptados por la Novena Caverna. ¿Qué decís de esta unión?

Se oyó un clamor de aceptación. Si alguien se hubiera opuesto, la objeción habría quedado ahogada por el vocerío de los demás. La donier aguardó a que disminuyera el alboroto.

—Doni, la Gran Madre Tierra, aprueba esta unión de sus hijos —declaró por fin —. Bendiciendo a Ayla ha expresado su aceptación.

A una señal de la corpulenta mujer, Ayla y Jondalar levantaron los brazos y los extendieron hacia ella. La Primera cogió una sencilla correa de piel, unió con ella las manos de los dos jóvenes e hizo un nudo. Cuando terminara el período de prueba, debían devolver la correa entera, sin cortar, y a cambio les entregarían dos collares iguales, obsequio de la zelandonia. Ésa sería la señal de que su unión había sido sancionada y se les podían ofrecer otros regalos.

—Se ha atado el nudo. Estáis emparejados. Que Doni os sonría por siempre. —La pareja se dirigió hacia el público por el interior del círculo, y la Zelandoni anunció—: Ahora son Jondalar y Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii.

Todos se retiraron juntos, incluida La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra, para dejar el sitio a la siguiente pareja. Mientras se desplazaban hacia atrás para dejar espacio a la familia de la otra pareja, Ayla y Jondalar fueron hacia donde esperaban las otras parejas con las muñecas atadas mediante una correa. Aún faltaban otras muchas.

Aunque la mayoría lo había pasado bien con el espectáculo de aquella pareja tan favorecida mientras manifestaba su compromiso y se dejaba atar las muñecas, había algunas personas a las que el emparejamiento había suscitado sentimientos de otra clase. Una de ellas era la hermosa mujer de cabello casi blanco, piel muy clara y ojos de color gris tan oscuro que parecía negro. Los hombres miraban a Marona con admiración hasta que percibían su expresión desagradable; pero ella no les hacía el menor caso.

Marona no sonreía a la encantadora pareja. Miraba con un odio intenso a la forastera y al hombre que en otro tiempo había sido su prometido. En teoría, ella debería haber sido el centro de atención aquel año, pero Jondalar se había ido de viaje, dejándola abandonada sin un hombre con quien emparejarse. Para colmo, había acudido también su prima cercana, aquella mujer extraña de cabello oscuro que todo el mundo encontraba tan hermosa, y que se emparejaba con el hombre más feo que Marona había visto en su vida, llevándose todas las miradas. Era cierto que había encontrado a un hombre más que aceptable para emparejarse antes del final del verano, pero no era Jondalar, a quien siempre había querido y supuestamente debía ser suyo. Ahora él había vuelto por fin, pero con una mujer que se obstinaba en ir acompañada de animales, y a la que le traía sin cuidado ir vestida con ropa interior de muchacho. Se habían emparejado, y ella estaba encinta. Ya había sido bendecida. No era justo. ¿Y de dónde había sacado el conjunto que llevaba, abierto, enseñando los pechos? Marona no habría dudado en ponerse un vestido como aquél si se le hubiera ocurrido, pero ahora ya no lo haría jamás, aunque el resto de las mujeres lo hiciera. «Algún día, pensó Marona, algún día le daré una lección. Algún día se arrepentirá. Algún día se arrepentirán los dos».

Había otros que tampoco estaban especialmente contentos con aquella unión. Laramar no sentía simpatía por ninguno de los dos. Jondalar siempre lo miraba por encima del hombro, incluso cuando se bebía su barma, y aquella mujer, Ayla, la del lobo, que tanto alboroto había organizado con la hija pequeña de Tremeda y había contribuido a que ahora Lanoga se creyera muy superior. La niña ya no estaba nunca en la morada para prepararle la comida. En lugar de eso, se pasaba el día sentada con las demás mujeres como si Lorala fuera suya, y ni siquiera era aún una mujer…, aunque le faltara poco. Quizá incluso fuera una mujer hermosa algún día, mucho más que la vieja descuidada en que se había convertido su madre. «Ojalá Ayla no se

acercara más a mi alojamiento, pensó Laramar, y esbozó una burlona sonrisa. A menos que quiera honrar a la Madre. ¡Me gustaría verla cargada de barma en un festival de la Madre! ¡A saber qué haría! Algún día, quizá».

Había otra persona que tampoco deseaba precisamente felicidad a la pareja. «Ahora me llamo Madroman, pensó el acólito, y me gustaría que se acordaran, sobre todo Jondalar. Sólo hay que verlo, tan engreído con su túnica blanca, sonriendo a todas las mujeres recién emparejadas. Se sorprendió al saber que ahora pertenezco a la zelandonia. No se lo esperaba; pensaba que no era capaz, pero soy mucho más inteligente de lo que él cree. Y llegaré a Zelandoni, le guste o no a esa mujer gorda que actúa como si la forastera fuese ya Zelandoni. Desde luego es hermosa. Yo habría podido encontrar a una mujer así si Jondalar no me hubieran roto los dientes. No tenía ningún motivo para golpearme de aquel modo. Yo me limité a decir la verdad. Él quería emparejarse con Zolena, y ella lo habría aceptado si yo no los hubiera denunciado a tiempo. Debería haber dejado que se emparejaran. De haberlo hecho, ahora Jondalar tendría por compañera a una vieja gorda en lugar de a esa forastera que se ha traído. Ella juega a Zelandoni, pero no lo es. Ni siquiera es servidora de zelandonia, ni sabe hablar correctamente el zelandonii. Me gustaría ver cuántas mujeres lo encontrarían maravilloso si tuviera los dientes rotos. Sería digno de verse. Me gustaría verlo, algún día».

Una cuarta persona había observado la unión de la favorecida pareja sin buena voluntad. Brukeval no podía apartar los ojos de la mujer dorada con el cabello suelto y los pechos desnudos, grandes y hermosos. Estaba encinta; aquéllos eran unos pechos maternales, y a él le habría gustado tocarlos, acariciarlos. Eran tan perfectos que empezó a pensar que ella se vanagloriaba de ellos, mortificándolo a él con su turgencia y con la exhibición de sus pezones duros y rosados, que parecían estar pidiendo que los chuparan.

«Jondalar tocará esos pechos, los acariciará, se meterá los pezones en la boca. Siempre Jondalar, siempre el preferido, siempre el afortunado. Incluso tenía la mejor madre. A la madre de Marona yo le traía sin cuidado; en cambio, Marthona era mi refugio cuando yo ya no podía resistir más. Siempre hablaba conmigo, me explicaba cosas, me permitía quedarme un rato con ellos. Siempre me trató bien. Jondalar tampoco se portaba mal conmigo, pero era porque le daba lástima, porque yo no tenía madre. Ahora se empareja con una madre, una mujer dorada como Bali, el gran hijo dorado de la Madre, de hermosos pechos».

Ella le había parecido tan contenta en la cueva al verlo llegar con la antorcha para guiarla al exterior, y había dicho que, a no ser por Jondalar, lo habría considerado como pareja. Pero no era verdad. Al llegar Jondalar y aquel cabeza chata, Ayla había dejado muy claro que creía que él, Brukeval, era un cabeza chata igual que aquel lanzadonii. «No entiendo cómo permite Dalanar que un cabeza chata como ése ponga siquiera los ojos en la hija de su compañera, y menos aún que se empareje con ella. Eso no está bien. Es una abominación, medio animal, medio humano. No debería

permitirse. Joplaya parece una buena chica, tranquila, y siempre ha sido amable conmigo. ¿Cómo se le ha ocurrido unirse a un cabeza chata? No está bien. Alguien debería impedirlo, pensó Brukeval. Quizá podría impedirlo yo. Si Ayla se parara a pensarlo, se daría cuenta de que yo hacía lo correcto… Quizá podría conseguir que me viera de otra manera. Tal vez me tendría de verdad en cuenta si ocurriera algo, si Jondalar desapareciera. Si algún día le pasara algo a él, es posible que ella se fijara en mí».

Capítulo 32

Levela y Jondecam tendieron sus manos unidas en señal de bienvenida cuando Ayla y Jondalar llegaron a la zona de espera.

—¿Ha dicho que estabas ya bendecida? —preguntó Levela.

Ayla asintió con la cabeza, demasiado emocionada para hablar.

—¡Es maravilloso! ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Lo sabía Jondalar? ¡Qué afortunada eres! —exclamó, sin darle a Ayla tiempo de contestar e intentando abrazarla. Pero por un momento olvidó la mano a la que estaba atada y se enredó con el brazo de Jondecam.

Todos se echaron a reír, incluidos algunos que se hallaban cerca, y Levela acabó abrazando a Ayla con un solo brazo.

—¡Estás preciosa con ese vestido! Nunca había visto nada igual. Tiene muchas cuentas de marfil y ámbar; en algunos sitios casi parece que esté hecho exclusivamente de marfil y ámbar. La piel es el tono de amarillo que mejor le va. Y me encanta cómo lo llevas, abierto por delante, sobre todo pensando que pronto serás madre. Pero debe de pesar mucho. ¿Dónde lo has conseguido? —dijo Levela.

Estaba tan exaltada que Ayla no pudo evitar sonreír.

—Sí, pesa mucho, pero ya estoy acostumbrada. He estado cargando con él durante un largo camino. Me lo regaló Nezzie cuando pensaba que me emparejaría con un hombre mamutoi, y me explicó cómo tenía que llevarlo. Nezzie era la compañera del jefe del Campamento del León. Cuando decidí marcharme con Jondalar, me dijo que me lo llevara y me lo pusiera cuando me emparejara con él. Jondalar le caía bien, a ella y a todos. Querían que se quedara y se convirtiera en mamutoi, pero él dijo que debía volver a casa. Creo que entiendo por qué.

Varias personas se habían agrupado alrededor y estaban escuchándola. Deseaban contar a los demás qué había dicho la forastera acerca de su exquisita ropa.

—También Jondalar está magnífico —comentó Levela—. Tu conjunto, Ayla, es extraordinario por las cuentas y adornos; y el de él llama la atención por su sencillez y su asombroso color.

—Exacto —dijo Jondecam. Señalándose la ropa, añadió—: Todos llevamos nuestras mejores galas, todas muy ataviadas, aunque ninguna como la tuya, Ayla, pero cuando ha aparecido Jondalar vestido así, todo el mundo se ha fijado en él. Su túnica es muy elegante y a él le sienta especialmente bien. Ya me imagino lo que va a pasar: todas las mujeres querrán un conjunto como el tuyo, y todos los hombres querrán alguna túnica como la de Jondalar. ¿Te la regaló alguien?

—Ayla —respondió él.

—¿Tú has hecho esa túnica? —preguntó Levela, sorprendida.

—Una mujer mamutoi me enseñó a hacer piel blanca —explicó la joven.

La gente empezaba a volverse para mirar al siguiente Zelandoni.

—Mejor será que callemos —sugirió Levela—. Ya van a empezar.

Cuando guardaron silencio para que comenzara la ceremonia de la siguiente pareja, Ayla reflexionó sobre el significado del ritual de unión que incluía atar las muñecas de las parejas con una correa que costaría desatar. El eco que se había producido cuando Levela, en su entusiasmo, había intentado abrazarla le permitió comprender que esa atadura obligaba a pensar antes de precipitarse irreflexivamente. No era una mala lección acerca de lo que significaba vivir en pareja.

—Ojalá se den prisa —susurró uno de los hombres recién emparejados—. Me muero de hambre. Después de todo un día de ayuno, estoy seguro de que incluso los del fondo oyen el ruido de mi estómago.

Ayla, en cambió, agradeció la larga enumeración de títulos y lazos, porque le dio tiempo para abstraerse en sus pensamientos. Ya estaba emparejada. Jondalar era su compañero. Quizá a partir de ese momento empezaría a sentirse realmente como Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, aunque se alegraba de que «Ayla de los mamutoi» formara parte de sus títulos. El hecho de que fueran a vivir en la Novena Caverna no significaba que fuera a convertirse en otra persona. Simplemente tenía nuevos títulos y lazos que añadir a su lista de vínculos y relaciones. Tampoco había perdido su tótem del clan.

Sus recuerdos se remontaron a los tiempos en que era una niña y vivía con el clan. Allí, cuando dos personas se emparejaban, no tenían la costumbre del nudo, pero tampoco la necesitaban. Desde que eran muy jóvenes, las mujeres aprendían a permanecer siempre atentas a los hombres, en particular a sus compañeros. Se esperaba que una buena mujer previera las necesidades y deseos de su compañero, porque un hombre del clan aprendía desde muy temprana edad a no ser consciente, o al menos no demostrar que era consciente, de sus propias carencias, malestar o dolor. Nunca pedía ayuda a su compañera, y ella tenía que adivinar cuándo la necesitaba.

Broud no precisaba la ayuda de Ayla, pero planteaba exigencias continuamente. Se inventaba cosas para que ella las hiciera sólo porque podía obligarla a hacerlas: llevarle agua, atarle los cordones de los calzones. Podía decir que, al fin y al cabo, ella era sólo una niña y tenía que aprender, pero a él le traía sin cuidado si ella aprendía o no, y a Ayla no le servía de nada intentar complacerlo. Él sólo quería demostrar su poder sobre ella porque ella se le había resistido, y las mujeres del clan no desobedecían caprichosamente a los hombres. Ayla lo había hecho sentirse degradado como hombre, y él la odiaba por eso, o quizá es que sabía que las de su clase eran distintas. Para ella, no había sido fácil aprender la lección, pero al fin lo había conseguido, y fue Broud, con sus continuas exigencias, quien la había enseñado, pero Jondalar había sido el beneficiario de todo ese esfuerzo. Ayla siempre estaba pendiente de él, y se le ocurrió pensar que por eso ella se sentía incómoda cuando no sabía dónde estaba él. Eso le ocurría también con los animales.

De pronto, como si pensar en él provocara su aparición, vio que Lobo estaba allí. Como tenía la mano derecha atada a la izquierda de Jondalar, se agachó y abrazó a Lobo con el brazo izquierdo. Alzó la vista para mirar a Jondalar.

—Estaba preocupada por él. No sabía dónde se había metido —dijo Ayla—. Pero se le ve bastante contento.

—Quizá tenga sus motivos para estarlo —comentó Jondalar con una sonrisa.

—Cuando Bebé encontró pareja, se fue. Venía a visitarme de vez en cuando, pero vivía con los de su especie. Si Lobo tiene una compañera, ¿crees que decidirá marcharse y vivir con ella?

—No lo sé. Siempre has dicho que ve a la gente como su manada, pero si va a emparejarse, ha de ser con alguien de su especie.

—Quiero que sea feliz, pero lo echaría de menos si no volviera —dijo Ayla, al tiempo que se levantaba.

Alrededor, la mayoría de la gente la observaba junto al lobo, en especial aquellos que la conocían poco. Con una seña, Ayla indicó al animal que permaneciera cerca de ella.

—Es un lobo muy grande, ¿no? —comentó una mujer retrocediendo un poco.

—Sí, lo es —dijo Levela—, pero quienes lo conocen aseguran que nunca amenaza a las personas.

En ese momento una pulga empezó a importunar al lobo. El cuadrúpedo se sentó, se encorvó y comenzó a rascarse. La mujer dejó escapar una risa nerviosa y dijo:

—Desde luego eso no parece muy amenazador.

—Excepto para la pulga que está molestándole —añadió Levela.

De pronto Lobo se interrumpió, ladeó la cabeza como si oyera, oliera o percibiera algo, y luego se levantó y miró a Ayla.

—Ve, Lobo, ve —dijo Ayla, indicándole con una seña que era libre de marcharse —. Si quieres ir, vete.

El lobo echó a correr sorteando a la gente. Algunos se sobresaltaron al verlo.

En la siguiente ceremonia no se unía a una pareja sino a un trío, un hombre y dos gemelas idénticas. Ellas no querían separarse, y no era raro que dos gemelas o, sencillamente, dos hermanas muy unidas accedieran a emparejarse con el mismo hombre, aunque podía ser difícil para un joven mantener a dos mujeres y sus hijos. En este caso, el hombre era algo mayor, bien establecido, con buena reputación y categoría elevada. Aun así, lo más probable era que un día se incorporara un segundo hombre al hogar, aunque eso nunca se sabía.

Cuando llegaba la hora del último emparejamiento, la gente solía estar ya aburrida y poco atenta —sobre todo si la ceremonia era por alguien que uno no conocía—, pero esta vez los últimos volvieron a despertar interés. Cuando Joplaya y Echozar se adelantaron, se produjo entre el público una ahogada exclamación colectiva y luego un rumor de voces. Si bien ninguno de los dos tenía el aspecto

habitual de los zelandonii, y la concurrencia sabía que de hecho no eran zelandonii sino lanzadonii, para muchos de los presentes constituían una asombrosa visión.

La mujer era alta, esbelta, exóticamente atractiva, de cabello oscuro y una belleza etérea difícil de describir. El hombre que la acompañaba no podría haber sido más distinto. Era algo más bajo, y con unas facciones tan marcadas y poco comunes que a la mayoría de la gente le parecían feas. Los gruesos arcos de las cejas, cubiertos de pelo espeso y alborotado, destacaban por encima de los ojos hundidos y oscuros. Tenía la nariz prominente, en parte porque la frente de su ancha cara sobresalía y porque la propia nariz, bien definida y semejante en su forma al pico de un águila —aunque no tan estrecha—, era enorme, y sin embargo proporcionada al tamaño de la cara. Al igual que muchos hombres, solía dejarse la barba en invierno, porque protegía el rostro del frío, pero se afeitaba en verano. Se había afeitado recientemente, y su pronunciada mandíbula presentaba una forma bien delineada pero, como la gente del clan, apenas tenía mentón, un rasgo que se acentuaba a causa de la abultada nariz.

El rostro de Echozar era el de un hombre del clan, excepto por la frente, que no era tan huidiza y aplanada como era propio de la gente del clan; él no era un cabeza chata. Por encima de las cejas huesudas de Echozar, la frente se alzaba vertical y ancha como la de cualquiera de los allí presentes. Y mientras que la gente del clan era de corta estatura, Echozar era tan alto como muchos de los hombres que allí había, pero tenía la complexión recia y el pecho grande y redondeado característicos del clan. Asimismo, tenía las piernas cortas en proporción al cuerpo y un tanto arqueadas, pero tan musculosas como los brazos. Indudablemente era un hombre fuerte.

Y sin duda era hijo de espíritus mixtos, para algunos una abominación, medio hombre, medio animal. Había quienes creían que no debía permitírsele que se emparejara con la mujer que se hallaba a su lado. Por foráneo que fuera el aspecto de ella, innegablemente era humana, una de ellos, no una de aquellos animales cabezas chatas. Los zelandonii deberían oponerse, negarse a reconocer aquella unión.

Como los lanzadonii no tenían aún su propio donier, volvió a intervenir la Primera, que además era Zelandoni de la Novena Caverna, donde Dalanar había vivido antiguamente. Tenía aún lazos más estrechos con ellos que con cualquier otra caverna, y Joplaya era la hija de su hogar.

Cuando la Primera ocupó su lugar, pensó que Echozar parecía tan fuerte que muy pocos estarían dispuestos a desafiarlo. Dado que era la última pareja en celebrar la ceremonia de unión, la Primera pensó, adelantándose a los acontecimientos: «Cuando estén emparejados, podría ser un buen momento para anunciar que la Primera Acólita de la Segunda Caverna de los zelandonii ha recibido la llamada y, tras riguroso examen, ha demostrado ser Zelandoni. Ha decidido irse con Dalanar a su caverna y convertirse en la Primera Lanzadoni Que Sirve a la Gran Madre Tierra. Ella es una persona apta, y aquél un buen puesto para ella».

La donier miró a las personas reunidas alrededor. Dalanar estaba henchido de orgullo. Era asombroso lo mucho que se parecía a Jondalar, pero la Primera era consciente de ciertas diferencias, probablemente porque en otro tiempo había mantenido una relación muy íntima con éste. Jondalar, atado aún a Ayla, se había apartado del grupo de recién emparejados y estaba con el círculo familiar. Al fin y al cabo, Joplaya era su prima cercana. Al lado de Dalanar estaba Jerika, la madre de Joplaya, y detrás de ella se encontraba Hochaman, el hombre del hogar de Jerika. Este último se apoyaba en un joven que la Primera no conocía. Supuso que era originario de una caverna lejana de los zelandonii, o de algún otro pueblo más remoto, quizá los losadunai, pero el diseño de la ropa y las alhajas lo identificaba como lanzadonii.

Hochaman era un anciano menudo y arrugado con el rostro como el de Jerika; apenas podía tenerse en pie y mucho menos aún andar. Dalanar y Echozar lo habían llevado sobre sus espaldas todo el camino hasta la Reunión de Verano. Hochaman contaba a la gente que se le habían agotado las piernas en su viaje, pero nadie había llegado tan lejos como él. Había viajado desde los Mares Interminables del este hasta las Grandes Aguas del oeste, y dedicado a ello la mayor parte de su vida. Sabía contar una historia, tenía muchas que contar, y no le importaba repetirlas. Probablemente estaría muy solicitado cuando las ceremonias acabaran y se iniciaran los juegos y competiciones, así como las narraciones de los fabuladores. Los recién emparejados deberían renunciar a esas actividades y aislarse en el silencio de su período de prueba de dos semanas. La zelandonia elegía esa prueba adrede. Si la unión de una pareja no era lo bastante seria como para poder privarse de los juegos y las fábulas, probablemente no les convenía emparejarse.

Los cantores entonaban aún su fuga —aunque ahora eran todos distintos— cuando la Primera empezó la ceremonia.

—Cavernas de los zelandonii —dijo la donier con voz todavía vibrante—, os ruego que seáis testigos de la unión de un hombre y una mujer. Doni, la Gran Madre Tierra, Primera Creadora, Madre de todos, la que da a luz a Bali, que ilumina el cielo, y cuyo compañero y amigo, Lumi, brilla sobre nosotros esta noche como testigo. A Ella honramos con la sagrada unión de sus hijos. Los dos que esperan unirse han complacido a la Gran Madre Tierra al decidir emparejarse.

El murmullo de fondo del público subió de volumen. La ceremonia se desarrolló algo más deprisa que las anteriores, ya que no había muchos títulos y lazos; él apenas tenía. Era Echozar de la Primera Caverna de los lanzadonii, Hijo de Mujer bendecida por Doni, aceptado por Dalanar y Jerika de la Primera Caverna de los lanzadonii. Joplaya poseía una lista más larga de títulos y lazos, en su mayoría vínculos con los zelandonii a través de Dalanar. Jondalar y Ayla fueron mencionados. Por parte de Jerika, se dieron sólo los nombres de la madre de ésta, Ahnlay, que caminaba por el mundo de los espíritus, y del hombre de su hogar, Hochaman.

—Yo, Dalanar, jefe de la Primera Caverna de los lanzadonii, hablo en nombre de esta pareja, y me complace que Joplaya y Echozar sigan viviendo en la Primera Caverna de los lanzadonii —dijo el jefe para acabar—. Les doy la bienvenida.

A continuación se volvió de cara a la gente reunida detrás de él entre el público, el resto de los lanzadonii que habían viajado hasta la Reunión de Verano de los zelandonii para contribuir a sancionar el emparejamiento.

—Nosotros, de la Primera Caverna de los lanzadonii, les damos la bienvenida —dijeron todos al unísono.

Entonces la Primera extendió los brazos como si quisiera abarcarlos a todos.

—Cavernas de los zelandonii y los lanzadonii —comenzó con un tono que reclamaba atención—, Echozar y Joplaya se han escogido mutuamente. Ha quedado acordado y han quedado aceptados por la Primera Caverna de los lanzadonii. ¿Qué decís de esta unión?

Una parte considerable de la concurrencia contestó afirmativamente, pero hubo una porción que dijo «No».

La Zelandoni quedó atónita y, por un instante, no supo qué decir. Nunca había oficiado una ceremonia de emparejamiento que no fuera secundada por todos los presentes. Cuando había objeciones, se resolvían siempre con antelación. Ésa era la primera vez que oía un «No» del público. Dalanar y Jerika quedaron desconcertados, y muchos de los lanzadonii miraron alrededor. En su mayoría parecían incómodos; algunos estaban indignados. La Primera decidió pasar por alto el «No» y proseguir con la ceremonia como si no lo hubiera oído.

—Doni, la Gran Madre Tierra, aprueba esta unión de sus hijos. Ya ha bendecido a Joplaya —dijo. Les indicó que extendieran los brazos.

Tras una breve vacilación, Joplaya y Echozar ofrecieron sus manos a la Primera, que les rodeó sus muñecas con una correa de piel y ató el nudo.

—Se ha atado el nudo. Estáis emparejados. Que Doni os sonría por siempre. —Ellos se volvieron de cara a la gente, y la Zelandoni anunció—: Ahora son Joplaya y Echozar de la Primera Caverna de los lanzadonii.

—¡No! —gritó alguien entre el público—. No ha de permitirse. No está bien. Él es una abominación.

Varias personas reconocieron la voz. Era Brukeval. La Primera intentó de nuevo pasar por alto la protesta, pero otra voz se sumó a la de Brukeval.

—Tiene razón. No deberían emparejarse. Él es medio animal —dijo Marona.

«Puedo entender a Brukeval, pero a Marona esto le trae sin cuidado, pensó la Zelandoni de la Novena. Ella sólo quiere causar problemas. ¿Acaso intenta vengarse de Jondalar y Ayla humillando a la prima de él?».

A continuación se unió a la queja una tercera voz, ésta procedente de la zona ocupada por la Quinta Caverna.

—Tienen razón. Los zelandonii no deberían aprobar este emparejamiento.

Era un hombre que había intentado incorporarse a la zelandonia, pero había sido rechazado. Por lo visto, los descontentos aunaban sus fuerzas para crear conflictos. Otros expresaron opiniones similares, incluido Laramar. La Zelandoni también reconoció su voz. «¿Por qué alborota Laramar?, se preguntó la donier. Algunos basan sus quejas en creencias firmes, pero a él todo le da igual».

—Quizá deberías reconsiderar este emparejamiento, Zelandoni —gritó otra voz. Era Denanna, la jefa de la tres heredades de la Vigésimo novena Caverna.

«He de poner freno a esto», se dijo la Primera.

—¿Por qué sugieres eso, Denanna? Estos dos jóvenes han hecho su elección, y ha sido aceptada por su caverna. No entiendo vuestras objeciones.

—Pero tú también pides nuestra aprobación —dijo Denanna.

—Y la mayoría de los zelandonii ha aceptado la unión. Conozco muy bien a cada uno de los que han planteado objeciones a este emparejamiento. —La Zelandoni dirigió la mirada hacia la pendiente abarrotada, y aquellos que protestaban tuvieron la sensación de que los miraba directamente a ellos—. La mayoría tiene sus propias razones; las de algunos no guardan relación con esta pareja, y aunque hay quienes realmente tienen opiniones sólidas sobre este asunto, no veo razón alguna para que esos pocos perturben el desarrollo de esta ceremonia, ofendan a los lanzadonii y avergüencen a los zelandonii. Joplaya y Echozar están emparejados. Cuando hayan superado el período de prueba, su emparejamiento quedará ratificado. No hay más que hablar al respecto. Es hora de la procesión y el banquete.

Hizo una seña a los zelandonia, que organizaron a las parejas recién unidas y las guiaron alrededor de la hoguera, que empezaba a perder intensidad. Después de que dieron cinco vueltas completas al fuego los condujeron hacia la zona donde se servía la comida para iniciar el banquete y la celebración, pero para entonces se había desvanecido la sensación de júbilo propia de una ceremonia matrimonial.

Se empezaron a cortar las ancas de uro que se habían estado haciendo a la brasa todo el día ensartadas en espetones. Otras porciones de carne, en algunos casos más gruesas, se habían enterrado en hoyos revestidos de piedras calientes, junto con ciertas raíces. Había asimismo un caldo llamado «sopa verde», que contenía flores de lirio de día, junto con botones y raíces de la misma planta, más cacahuetes, verduras, brotes nuevos de helecho, cebollas y, para dar sabor, algunas hierbas. Era un plato tradicional en el banquete de la primera ceremonia matrimonial. Raíces maduras de lirio de día y enea, machacadas para eliminar las fibras, se mezclaban con semillas de amaranto, secas y molidas en forma de harina, y la masa resultante se cocía para obtener una especie de pan duro y plano que acompañaba a la sopa.

Ayla conocía ya las pequeñas bayas con forma de corazón que crecían cerca del suelo y estaban cubiertas de semillas diminutas; vio encantada las fresas recién cogidas apiladas en cuencos. Algunas de éstas, recolectadas antes y ya un poco reblandecidas, se cocían para elaborar una especie de compota junto con otras varias frutas, y una planta de gruesos tallos rojizos, cuyas largas hojas siempre se cortaban y

eliminaban. Los tallos acres añadían una agradable acidez a las bayas y frutas, pero las hojas podía resultar nocivas. Había asimismo tallos de laureola sazonados con sal procedente de las Grandes Aguas del Oeste, y odres llenos de la barma de Laramar.

A medida que avanzaron los festejos y se consumió más cantidad de aquella bebida fermentada, disminuyó la tensión. Jondalar, con los ojos brillantes, dio las gracias afectuosamente a Dalanar por venir desde tan lejos para acudir a su emparejamiento.

—Habría venido sólo por ti, pero vinimos también por Joplaya y Echozar. Lamento que su ceremonia haya tenido un final desagradable. Me temo que les han estropeado el emparejamiento, y quizá no sólo a ellos, sino también a todos los demás —dijo el hombre.

—Siempre hay unos cuantos que intentan aguar la fiesta a los demás, pero ya no tendremos que volver a las Reuniones de Verano de los zelandonii para que se emparejen nuestros jóvenes. Ahora tenemos a nuestra propia Lanzadoni —declaró Jerika.

—Eso está muy bien —dijo Jondalar—, pero espero que vengáis igualmente de vez en cuando. ¿Quién es?

—Lanzadoni, ya lo sabes —bromeó Dalanar, con una sonrisa—. Se supone que renuncian a su individualidad y pasan a ser uno con su pueblo, pero he observado que utilizan las palabras de contar para nombrarse, y las palabras de contar tienen más poder que los propios nombres. Era la Primera Acólita de la Zelandoni de la Segunda Caverna. A partir de ahora se llamará Lanzadoni de la Primera Caverna de los lanzadonii.

—La conozco —dijo Ayla—. Nos guió a la Profundidad de la Roca de la Fuente cuando fuimos a ayudar a la Zelandoni a encontrar el espíritu de tu hermano. ¿Te acuerdas, Jondalar?

—Sí. Creo que será una excelente Lanzadoni. Está muy entregada a su labor y es una buena curandera, según me han dicho —comentó Jondalar.

A medida que avanzó la velada, las parejas recién unidas fueron pronunciando las últimas palabras que dirigirían a amigos y parientes hasta pasados catorce días. Para algunos, resultaba extraño; era algo así como decir adiós sin marcharse. Las cavernas celebrarían individualmente banquetes menores cuando las parejas volvieran al redil después del período de prueba. Entonces recibirían los regalos para iniciar su nueva vida juntos. Los emparejamientos no se reconocían plenamente hasta después del período de prueba, ya que en ese momento serían libres de separarse si lo deseaban. Aunque las parejas solían marcharse temprano, para los demás el festejo continuaría hasta el amanecer.

Cuando Ayla y Jondalar se iban, tuvieron que aguantar los chistes y comentarios groseros de unos cuantos bromistas que los siguieron un trecho, en su mayoría jóvenes que se habían excedido con la barma de Laramar. Muchos de ellos no conocían a Jondalar, salvo de oídas. Inició su viaje cuando ellos aún eran unos niños.

La mayor parte de los amigos de su edad no se dedicaba ya a importunar a las parejas que acababan de aceptar el compromiso. Estaban ya emparejados, y con uno o más hijos en sus hogares.

Jondalar cogió una de las antorchas que se habían utilizado para iluminar el área de la ceremonia a fin de alumbrarse el camino y encender el fuego cuando llegaran. Caminaron pendiente arriba por la orilla del riachuelo y se detuvieron a beber en el manantial. Ayla no sabía adónde iban. Cuando llegaron al lugar vio plantada la misma tienda que habían utilizado a lo largo del viaje. Ayla sintió una punzada de nostalgia al verla una vez más. Se alegraba de que el largo viaje hubiera terminado, pero nunca lo olvidaría. Oyó un relincho de bienvenida y sonrió a Jondalar.

—¡Has traído a los caballos! —exclamó sonriendo de satisfacción.

—He pensado que podríamos ir a montar por la mañana —dijo él levantando la antorcha para que ella viera a los animales.

La hoguera estaba ya preparada y a punto, así que Jondalar sólo tuvo que acercar la antorcha para encenderla. Luego fueron a saludar a la yegua y el corcel. Jondalar y Ayla estaban habituados a trabajar juntos ocupándose de distintas tareas, pero tener las manos atadas les hacía difícil incluso atender a los caballos, porque se tropezaban e importunaban uno al otro.

—Quitémonos la correa —propuso Jondalar—. Ha sido una gran alegría ponérmela, pero ahora agradecería poder desprenderme de ella.

—Sí, pero sirve para recordarnos que debemos prestarnos atención el uno al otro.

—Yo no necesito nada para acordarme de que debo prestarte atención, y menos esta noche en particular.

Ayla se agachó y entró en el familiar habitáculo, manteniendo la mano atrás y en alto para que él pudiera seguirla. Él encendió un candil de piedra con la antorcha y luego la tiró a la hoguera. Cuando Jondalar miró hacia el interior de la tienda, Ayla estaba sentada en las pieles de dormir extendidas en la tierra, encima de un saco de cuero que él había rellenado cuidadosamente de hierba seca. Se detuvo un momento y contempló a la mujer con quien acababa de emparejarse.

La tenue luz del candil hacía danzar la sombra de Ayla detrás de ella, y la pequeña llama se reflejaba en su pelo arrancándole destellos. Jondalar vio la túnica amarilla, abierta por delante para revelar los pechos llenos y turgentes, con el hermoso colgante de ámbar entre ellos. Pero faltaba algo. De pronto se dio cuenta de qué era.

—¿Dónde está el amuleto? —preguntó acercándose a ella.

—Me lo he quitado —respondió Ayla—. Quería ponerme este vestido que me regaló Nezzie y el collar de tu madre, y con el amuleto no me quedaba bien. Marthona me ha dado una pequeña bolsa de cuero crudo sin adornos para el amuleto que me ha parecido apropiada. Se lo ha llevado ella al alojamiento y me ha sugerido que mañana vayamos a dejar la ropa que nos hemos puesto esta noche, para no cargar con ella todo el tiempo. Me preguntó si podría enseñar mi vestido de ceremonia a

algunas personas, y le dije que sí; a Nezzie probablemente le encantaría que lo hiciera. Cuando vayamos al alojamiento, recuperaré el amuleto. Nunca me había separado de él desde que el clan me adoptó, y me siento extraña si no lo llevo.

—Pero tú ya no perteneces al clan —dijo Jondalar.

—Lo sé, ni volveré a pertenecer a él nunca más. Me maldijeron, y no puedo regresar, pero el clan siempre formará parte de mí, y nunca lo olvidaré. Iza me hizo el primer amuleto y luego me pidió que eligiera un trozo de ocre rojo para guardarlo dentro… Ojalá hubiera podido estar aquí. Se habría llevado una gran alegría. Todas las cosas que contiene el amuleto son importantes para mí; marcan momentos decisivos de mi vida. Me las ha dado mi tótem, el espíritu del León Cavernario, que siempre me ha protegido. Si perdiera el amuleto, moriría —afirmó con absoluta certeza.

Jondalar comprendió entonces lo importante que era para Ayla el haberse unido a él si había accedido a quitarse el amuleto para la ceremonia; pero no le gustaba la idea de que creyera que moriría si llegaba a perderlo.

—¿No es eso una simple superstición? ¿La superstición del clan?

—No más que vuestro elandon, Jondalar —repuso Ayla—. Marthona lo ha admitido. El amuleto contiene mi espíritu; es a través de él como puede encontrarme mi tótem. Cuando me adoptó el Campamento del León, no anuló mi vida anterior con el clan; se sumó a ella. Por eso Mamut añadió mi tótem a mi nombre formal. Ahora me he convertido en miembro de la Novena Caverna, pero eso no cambia el hecho de que todavía soy Ayla de los mamutoi. Sencillamente se ha alargado mi nombre —explicó, y sonrió—. Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes del Campamento del León de los mamutoi, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el Oso Cavernario, amiga de dos caballos y Lobo… y emparejada con Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii. Si mi nombre crece mucho más, seré incapaz de recordarlo todo.

—Mientras recuerdes la última parte, «emparejada con Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii» —dijo él, y extendió el brazo para acariciarle un pezón, que de inmediato se contrajo y endureció.

Ayla sintió un cosquilleo de placer.

—Quitémonos la correa —repitió Jondalar—. Estorba.

Ella se inclinó sobre las muñecas de ambos e intentó deshacer los nudos con la mano izquierda, que era la que tenía libre, pero como era diestra se sintió torpe e incapaz de hacerlo. Sería mucho más fácil cortarla.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Jondalar—. Nunca cortaré el nudo que nos une. Quiero seguir atado a ti el resto de mi vida.

—Yo estoy atada a ti, y siempre lo estaré, con o sin correa —afirmó Ayla—, pero tienes razón. Creo que esto está planteado como desafío. Déjame ver otra vez ese nudo. —Lo examinó un momento y finalmente dijo—: Mira, si tú sujetas por ahí, yo tiraré de aquí, y creo que así se deshará.

Jondalar obedeció, Ayla tiró, y el nudo se soltó.

—¿Cómo has sabido que daría resultado? —preguntó Jondalar—. Yo sé un poco de nudos, y no me parecía tan evidente.

—Has visto mi bolsa de las medicinas, ¿no? —dijo ella.

Jondalar asintió con la cabeza.

—Así pues, sabes que todos los saquitos que hay dentro están atados con nudos. La clase de nudo y el número de nudos de cada saquito indican cuál es su contenido. A veces tengo que abrir esos saquitos deprisa. No puedo perder el tiempo intentando deshacer nudos cuando alguien necesita atención inmediata. Así que entiendo mucho de nudos; Iza me enseñó.

—Pues me alegro de que sea así —declaró Jondalar sosteniendo en alto la larga y estrecha correa—. Voy a guardarla en mi mochila para que no se pierda. Tenemos que demostrar que no la hemos cortado, y cambiarla por los collares de la zelandonia cuando regresemos. —La enrolló y la guardó. Luego concentró su atención por completo en Ayla. Estrechándola contra sí, dijo—: Así es como me gusta abrazarte cuando te beso.

—También yo lo prefiero así —aseguró Ayla.

Jondalar la besó, abriéndole la boca con la lengua, y le tocó un pecho. Después la hizo tenderse en las pieles y se inclinó sobre ella para tomar el pezón entre sus labios. Ella reaccionó al instante, y la intensidad de las sensaciones fue en aumento mientras él succionaba y mordisqueaba un pezón y le acariciaba el otro con los dedos.

Ella lo apartó y empezó a quitarle la túnica blanca que le había confeccionado.

—¿Qué harás cuando nazca el niño, Jondalar? Tendré los pechos muy llenos de leche.

—Prometo que no robaré demasiada, pero puedes estar segura de que la probaré —respondió él, sonriente, y acabó de despojarse de la túnica—. Tú ya has tenido un hijo. ¿Tienes la misma sensación cuando chupa un niño?

Ayla pensó por un momento.

—No, no exactamente —contestó por fin—. Es agradable amamantar a un bebé pasados los primeros días. Al principio, el niño succiona con tal fuerza que los pezones duelen. Pero mis sensaciones cuando amamantaba no son las mismas que cuando chupas tú. A veces basta con una caricia tuya para que las sensaciones sean muy profundas, algo muy diferente a cuando daba de mamar a mi hijo.

—Yo también tengo a veces sensaciones muy profundas con sólo mirarte —dijo Jondalar.

Quitó a Ayla la correa que le ceñía la cintura. Luego le abrió la túnica, le frotó con suavidad el vientre redondeado y le acarició los muslos. Sólo tocarla era ya un placer para él. La ayudó a quitarse la túnica. Ella se desató las tiras de cuero de la cintura de los calzones y acabó de desnudarse. Después él le desató los apretados cordones del calzado.

—Jondalar, me he alegrado tanto al ver que llevabas la túnica que yo te hice —dijo Ayla.

Él cogió la túnica que había dejado, vuelta del revés, sobre las pieles de dormir, la plegó y la colocó con delicadeza encima de la mochila antes de empezar a despojarse de sus propios calzones. Ayla se quitó el collar de ámbar y conchas y los pendientes —aún le dolían un poco los lóbulos de las orejas a causa de los recientes agujeros— y los guardó en su mochila; no quería perderlos. Cuando se volvió, descubrió que Jondalar —que no podía erguirse cuan alto era dentro de la tienda— estaba encorvado, sobre un solo pie, sacándose los calzones, pero tenía ya el miembro hinchado y más que a punto. Ayla no pudo resistirse a la tentación de alargar el brazo y agarrárselo, con lo cual él perdió el equilibrio y cayó sobre las pieles. Los dos se echaron a reír.

—¿Cómo voy a quitarme esto si tú estás tan impaciente? —dijo él al tiempo que se liberaba de la pernera restante de los calzones con la ayuda del otro pie. Luego los apartó a un lado de una patada. A continuación se estiró junto a ella en las pieles de dormir—. ¿Cuándo me hiciste la túnica? —preguntó apoyándose en un codo para mirarla. Sus ojos se veían oscuros, aunque se adivinaba su color azul gracias a la luz de la única llama que ardía, dilatada, mientras él miraba a Ayla con amor y deseo.

—Cuando estábamos en el Campamento del León —contestó ella.

—Pero ese invierno estabas prometida a Ranec. ¿Por qué me hiciste una túnica a mí?

—No estoy muy segura. Supongo que conservaba alguna esperanza. Además, se me ocurrió una idea extraña. Recordé que dijiste que querías capturar mi espíritu cuando, en mi valle, me representaste en aquella pequeña talla, y yo esperaba en cierto modo poder capturar el tuyo haciendo algo para ti. Y como una vez que todo el mundo hablaba de animales negros y animales blancos tú dijiste que para ti el blanco era un color especial, cuando Crozie se prestó a enseñarme a hacer piel blanca, decidí confeccionarte algo. Siempre que trabajaba en la túnica pensaba en ti. Creo que los momentos que me dediqué a confeccionarla fueron para mí los más felices de aquel invierno. Incluso te imaginé vestido con ella en una ceremonia de emparejamiento. Hacerla me sirvió para mantener viva la esperanza. Por eso cargué con ella a lo largo de todo el viaje de regreso.

Jondalar notó que se le humedecían los ojos.

—Lamento que no esté decorada —se disculpó Ayla—. Nunca se me ha dado muy bien coser cuentas y adornos. Empecé a hacerlo varias veces, pero siempre había algo que me interrumpía. Conseguí al menos prenderle unas cuantas colas de armiño. Quería reunir más, pero ese invierno no pude hacerlo. Quizá el próximo pueda salir y cazar algunos más.

—La túnica es perfecta tal como está, Ayla —aseguró Jondalar—. Su color blanco ya la hace suficientemente especial. Todos han pensado que habías querido dejarla así, sin ornamentación, y les ha encantado. Marthona me ha dicho que le

gustaba que el valor que le habías dado a la túnica fuera la calidad y el trabajo bien hecho. Está segura de que pronto verás a más de uno vestido con túnica blanca.

—Cuando Marthona me ha dicho que no podía verte ni hablarte hasta después de la ceremonia, estaba dispuesta a saltarme todas las costumbres de los zelandonii sólo para dártela —explicó Ayla—. Por eso ella se ha ofrecido a entregártela, aunque sospecho que incluso eso le ha parecido demasiado contacto. Pero no sabía si te gustaría, ni si comprenderías por qué quería que te la pusieras.

—¿Cómo pude ser tan estúpido y estar tan ciego ese invierno? Te amaba tanto… Te deseaba tanto… Cada vez que ibas a la cama de Ranec, no podía soportarlo. Me era imposible dormir; lo oía todo. Por eso te tomé aquel día en la estepa cuando salimos a adiestrar a Corredor. Percibía hasta el último movimiento de tu cuerpo cuando montamos juntos a lomos de Whinney. ¿Podrás perdonarme algún día por haberte forzado de aquella manera?

—Intenté decírtelo una y otra vez, pero te negaste a escucharme. No me forzaste, Jondalar. ¿Acaso no te diste cuenta de lo deprisa que yo reaccionaba? ¿Cómo pudiste pensar que estabas violándome? Para mí, ése fue el día más feliz del invierno. Durante días soñé con ese momento. Cada vez que cerraba los ojos, te sentía y deseaba tenerte de nuevo, pero tú no volviste a mí.

Jondalar la besó, asaltado por un voraz deseo. No podía esperar más. Se colocó encima de ella, le separó las piernas y encontró su cavidad húmeda y caliente. La penetró profundamente, notando la cálida caricia de ella en torno a su virilidad. Ayla estaba preparada. Al percibir que la penetraba, se tensó para recibirlo, y gimió mientras sentía la plenitud de él en sus propias profundidades. Jondalar se retiró y volvió a entrar una y otra vez. A medida que el ritmo se aceleraba, Ayla se arqueó para aumentar la presión allí donde la deseaba. Allí. Justo allí. Ambos estaban cerca del clímax. Jondalar tuvo la impresión de que perdería el control de un momento a otro, y de pronto todos sus nervios se tensaron, ajenos a todo lo demás, y las maravillosas oleadas del placer los envolvieron a los dos, estallando en una extraordinaria liberación. Él empujó unas cuantas veces más y después se desplomó sobre ella.

—Te quiero, Ayla. No sé qué haría si te perdiera. Siempre te querré, sólo a ti —declaró estrechándola.

—Yo también te quiero, Jondalar. Siempre te he querido —afirmó ella con lágrimas en los ojos. Lloraba emocionada no sólo por el amor que sentía por él, sino también por la tensión tan repentinamente liberada después de tanta agitación.

Yacieron en silencio a la luz de la vacilante llama del candil. Luego él se separó de ella, extrayendo lentamente su fláccido miembro, y se tendió de costado.

—He pensado que quizá peso demasiado para ti —dijo acariciando su vientre—. No creo que te convenga soportar tanta carga en estos momentos.

—El peso todavía no es problema —aseguró Ayla—. Más adelante, cuando el niño empiece a abultar, tendremos que buscar posiciones más cómodas.

—¿Es verdad que notas moverse la vida dentro de ti?

—Aún no, pero no tardaré. También tú la notarás. Bastará con que pongas la mano en mi vientre como ahora.

—Creo que me alegro de que hayas tenido ya un hijo —comentó Jondalar—. Así sabes qué esperar.

—Pero nunca es exactamente igual. Cuando llevaba dentro a Durc, estaba mareada casi siempre.

—¿Y ahora cómo te encuentras? —preguntó Jondalar preocupado.

—Perfectamente. Al principio tuve náuseas, pero ahora han desaparecido.

Permanecieron en silencio durante mucho rato. Jondalar se preguntó si Ayla se habría quedado dormida. Empezaba a sentir deseos de empezar de nuevo, esta vez más despacio, pero si ella estaba dormida…

—Me pregunto cómo estará, mi hijo —dijo Ayla de pronto.

—¿Lo echas de menos?

—A veces lo echo tanto de menos que no sé qué hacer —contestó Ayla—. En la reunión de la zelandonia, la Zelandoni cantó el Canto a la Madre. Me encanta esa historia. Siempre que la oigo, cuando llegan a la parte en que la Gran Madre no es capaz de retener a su hijo junto a Ella, y quedan separados para siempre, siento ganas de llorar. Tengo la impresión de que entiendo cómo se siente Ella. Aunque no vuelva a verlo nunca, desearía saber cómo está, si se encuentra bien, cómo lo han tratado Broud y los demás.

Volvió a guardar silencio.

Sus palabras hicieron pensar a Jondalar.

—En el Canto dice que la Gran Madre dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones. ¿Es muy doloroso?

—Con Durc tuve un parto difícil. No me gusta recordarlo, pero, como dice el Canto, valió la pena.

—¿Tienes miedo? —preguntó Jondalar—. ¿Miedo de dar a luz otra vez?

—Un poco. Pero en este embarazo me encuentro tan bien que tengo esperanzas de que el parto será mejor.

—No sé cómo las mujeres podéis pasar por algo así.

—Lo hacemos porque vale la pena, Jondalar. Yo quería a Durc más que a nada en el mundo; cuando me dijeron que era deforme y que no podía quedármelo me quise morir. —Se echó a llorar. Jondalar la abrazó—. Fue horrible. Yo no podía hacer una cosa así. Al menos, con los zelandonii la madre puede decidir. Nadie intentará obligarme a nada.

Oyeron aullidos de lobo a lo lejos, e inmediatamente, mucho más cerca, escucharon otros en respuesta que les resultaron familiares. Lobo andaba por los alrededores.

—Me pregunto si Lobo también me abandonará —dijo Ayla.

Escondió la cabeza en el hombro de Jondalar. Él la estrechó contra su pecho para darle consuelo. «Es difícil ser honrada por Doni, pensó. Una bendición, pero…». Intentó imaginar qué debía sentirse llevando dentro una nueva vida, pero fue incapaz. Los hombres no tenían hijos. ¿Por qué si Doni había creado también a los hombres? Si no hubiera hombres, las mujeres podrían igualmente cuidar de sí mismas. No todas las mujeres estaban encinta al mismo tiempo, así que unas podrían cazar y otras podrían ayudar a las que estaban en avanzado estado de gestación o con niños muy pequeños. Las mujeres siempre se ayudaban entre ellas cuando daban a luz. Probablemente podrían sobrevivir incluso sin cazar, ya que podrían recolectar frutos, una tarea más sencilla para una mujer con hijos de corta edad.

Jondalar se había planteado antes esas dudas, y se preguntaba si otros hombres habían pensado también en ello. Desde luego, nunca lo había hablado con nadie. Doni debía de tener algún motivo para crear dos clases de personas: hombres y mujeres. Siempre parecía haber una lógica en todo lo que Ella hacía. El mundo tenía un orden. El sol salía todos los días; la luna cumplía sus fases con toda regularidad; las estaciones se sucedían igual un año tras otro.

¿Acaso tenía razón Ayla? ¿Era necesario el hombre para que se iniciase una vida en una mujer? ¿Era ése el motivo por el que existían hombres y mujeres? Jondalar pugnaba con estas ideas mientras tenía a Ayla entre los brazos. Quería que hubiera una razón para su existencia, una verdadera razón. No sólo el disfrute de los placeres, no sólo la función de mantener, ayudar, apoyar. Quería que su vida fuera necesaria, que el sexo masculino fuera necesario. Deseaba creer que no era posible una nueva vida sin la intervención de los hombres, que sin ellos no habría más niños, y los Hijos de la Tierra dejarían de existir.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que los sollozos de Ayla habían cesado. La miró y sonrió. Ella respiraba de manera acompasada; estaba profundamente dormida. Había madrugado, y el día había sido largo. Sacó el brazo de debajo de ella, lo flexionó para que volviera a circular la sangre y bostezó. También él estaba cansado. Se levantó para apagar la llama de la mecha de musgo del candil y buscó a tientas en la oscuridad el camino de regreso hasta la mujer dormida para tenderse a su lado.

Por la mañana, cuando Jondalar abrió los ojos, tardó un momento en reconocer dónde estaba. Se había acostumbrado a dormir en el alojamiento del campamento, y en la tienda el espacio era mucho más pequeño, aunque desde luego le resultaba mucho más familiar. Habían dormido allí juntos durante un año. De pronto se acordó. Se habían emparejado la noche anterior. Ayla era su compañera. La buscó con la mano junto a él, pero no estaba. Le llegó entonces el olor de algo que estaba cocinándose fuera. Se incorporó, y sin pensarlo, tendió la mano hacia su vaso y le sorprendió encontrarlo allí, lleno de infusión caliente de menta. Tomó un sorbo. Estaba justo a la

temperatura que le gustaba, y al lado del vaso había una rama de gaulteria recién pelada. Ayla había vuelto a hacerlo: había previsto sus deseos por la mañana, y lo tenía todo preparado para él. Aún no se explicaba cómo lo conseguía.

Bebió otro trago. Luego apartó las pieles de dormir y se levantó. Ayla estaba con los caballos; Lobo también se encontraba allí. Se enjuagó la boca, mordisqueó la punta de la ramita y la utilizó para limpiarse los dientes, y luego volvió a enjuagarse; por último, apuró la infusión. Cogió su ropa, pero antes de ponérsela decidió que no era necesaria; no había nadie más por allí, así que se acercó a ella desnudo. Ayla le sonrió y lanzó una ojeada a su miembro. Bastó con eso para que empezara a aumentar de volumen. Su sonrisa se tornó más pícara, mientras él se limitó a sonreírle.

—Hace un día magnífico —comentó aproximándose a ella con su orgullosa virilidad erecta.

—Sabes, esta mañana me apetece ir a nadar contigo —propuso ella—. Aquel estanque situado corriente arriba no está lejos de aquí.

—¿Cuándo quieres ir? —preguntó Jondalar—. Me ha llegado el olor a comida.

Ayla sonrió maliciosamente.

—Quizá ahora. Puedo apartar la comida del fuego.

—Vayamos, pues —dijo él cogiéndola entre sus brazos y besándola—. Me pondré la ropa. Podemos ir hasta allí a caballo —sonrió—. Así llegaremos antes.

Ayla cogió la mochila pero montaron a pelo. Llegaron al estanque al cabo de un momento y dejaron pacer en libertad a los caballos. Extendieron una piel en la tierra y, riendo, corrieron hacia el agua. Lobo corrió con ellos, pero mientras chapoteaban en el estanque, otra cosa reclamó su interés.

—Esto sienta tan bien, es tan refrescante —comentó Ayla zambulléndose.

Jondalar se zambulló también. Cruzaron el estanque a nado, y cuando salían del agua, él tendió un brazo hacia ella.

—Además de sentarte muy bien —dijo—, estoy seguro de que ahora, después del baño sabes incluso mejor. —La levantó en brazos y fue a dejarla en la piel—. Ayer fue muy precipitado. Hoy tenemos tiempo.

La contempló con sus asombrosos ojos azules. Luego se inclinó para besarla, lentamente y con mucha ternura, apretándose contra ella, notando su piel fría después del baño y el calor procedente del interior de su cuerpo. Le mordisqueó la oreja, le besó la garganta, buscó a tientas su pecho y encontró el pezón. Era lo que él quería, lo que ella deseaba.

Se tomó su tiempo, acariciando, apretando, frotando uno con los dedos; chupando y mordisqueando el otro. Notó que estaba a punto. A Ayla, su contacto y sus caricias despertaban sensaciones que recorrían todo su cuerpo, como relámpagos, llegando a las partes del placer. Jondalar le frotó el vientre redondeado y le encantó percibir su abultamiento, consciente de que dentro crecía un niño. Luego descendió un poco más, buscando el montículo y la hendidura que lo surcaba.

Ella se arqueó y él encontró el pequeño botón. La intensa palpitación de las sensaciones cobró mayor fuerza dentro de ella. Luego Jondalar se colocó entre sus piernas, abrió sus pliegues rosados y los contempló un momento. Después cerró los ojos y dejó que su lengua captara el sabor. Ésa era la mujer que deseaba, la única con ese sabor. Ésa era Ayla.

Ella permaneció inmóvil, dejando que la explorara, que descubriera los puntos calientes. Al cabo de unos instantes, Jondalar encontró de nuevo el botón y, usando la lengua, empezó a juguetear con él, moviéndolo, frotándolo, chupándolo. Ayla comenzó a gemir, concentrada en su propio placer, ese placer que Jondalar sabía proporcionarle. Se apretó aún más contra su boca cuando él aceleró el ritmo, y los gemidos que escapaban de su garganta aumentaron de volumen e intensidad.

Jondalar notó la tensión de su propio miembro y ansió sentirse dentro de ella, pero antes quería hacerla llegar a su clímax, que estaba a punto de alcanzar. Entonces, de repente, el placer irrumpió dentro de ella en olas ascendentes, y Ayla deseó sentirlo dentro de ella.

Tiró de él y lo ayudó a entrar. Aguardó el primer placentero embate. Jondalar se retiró y volvió a embestir, a llenarla. Notó los cálidos pliegues de ella alrededor de su miembro cada vez que penetraba profunda y completamente. Se acoplaban a la perfección. Ésa era la mujer que deseaba. Podía albergarlo totalmente; no debía preocuparse por el gran tamaño de su verga. Se retiró casi del todo y arremetió de nuevo, una y otra vez. Ella percibió una creciente sensación de placer, sus suspiros eran más ahogados y acelerados.

Y entonces la palpitación creció hasta recorrer a Jondalar de arriba abajo. Dejó de contenerse cuando ella alcanzó la cima de su placer. Se retiró y embistió unas cuantas veces más, y por fin se abandonó y se relajó sobre ella. Ayla no quería que se moviera. Le encantaba tenerlo encima de ese modo. Quería saborear los placeres y relajarse también.

Fueron a nadar de nuevo, pero esta vez, cuando salieron del agua, Ayla sacó de la mochila las suaves pieles de secarse. Llamaron a los caballos con un silbido y regresaron a su campamento. Lobo estaba allí, paseándose alrededor de la tienda, gruñendo, y los caballos parecían nerviosos.

—Ahí hay algo —dijo Ayla—. A Lobo no le gusta, y los caballos parecen inquietos. ¿No serán los lobos que oímos anoche?

—No lo sé, pero después de comer podríamos recoger la tienda e ir a hacer una larga excursión, ¿no crees? —propuso Jondalar—. Quizá podríamos pasar la noche en otro sitio.

—Buena idea —contestó Ayla—. De camino, podemos pasar por el alojamiento y dejar la ropa de la ceremonia. Así también podremos coger el resto de nuestras cosas de viaje e ir a explorar la zona. Cuando regresemos, podemos plantar la tienda cerca del estanque. Casi nadie va por allí. Será mejor que nos llevemos a Lobo. Alguna

manada podría creer que ha invadido su territorio, y podría tratar de pelear con él para defenderlo.

Capítulo 33

Cuando llegaron a caballo al campamento de la Novena Caverna y desmontaron cerca de su alojamiento, la gente actuó como si no los viera; pasaban de largo junto a ellos y desviaban la mirada. Ayla identificó la situación y sintió un escalofrío: aquello era como la maldición del clan. Sabía qué significaba que las personas a quienes se ama te rehuyan y se nieguen a verte aunque estés delante agitando los brazos y vociferando.

Entonces vio a Folara mirándolos y tratando de ocultar una sonrisa, y se relajó. No había mala voluntad. Era el período de prueba, y ella y Jondalar no podían hablar con nadie. No obstante, advirtió que otros los miraban de soslayo y procuraban no sonreírles. Saltaba a la vista que todos eran muy conscientes de su presencia. Entraron en el alojamiento en el preciso momento en que Marthona salía. Se cedieron paso mutuamente sin cruzar palabra, pero la mujer de mayor edad los miró a la cara y sonrió. No consideró necesario atenerse a rajatabla a las normas de eludirse, ya que le pareció que bastaba con no hablarles ni inducirlos a hablar.

Dejaron sus prendas ceremoniales en los sacos rellenos de sus sitios de dormir vacíos y cogieron sus pertrechos de viaje. Luego fueron hasta el sitio de Willamar y Marthona. En la cama la madre de Jondalar había dejado la bolsa de cuero crudo con el amuleto de Ayla, y colocado al lado un poco de comida que les había guardado. Ayla estuvo a punto de dar las gracias en voz alta, pero se contuvo, y con una fugaz sonrisa hizo las señas del clan que significaban: «Agradezco tu amabilidad, madre de mi compañero».

Marthona no comprendió las señas, pero interpretó que eran un gesto de gratitud y sonrió a la joven que era ya compañera de su hijo, pensando que podría ser útil aprender algunos de aquellos gestos. Podía resultar interesante comunicarse sin hablar, y sin que nadie más supiera lo que uno decía. Cuando se marcharon, Marthona se acercó a su cama y contempló la ropa que habían usado la noche anterior.

Con aquella túnica blanca, Jondalar había llamado la atención, aunque normalmente él solía atraer hacia sí las miradas de los demás. Desde luego, era asombrosa y revelaba una avanzada técnica en la elaboración de la piel. No obstante, el conjunto de Ayla había causado más revuelo, tal como Marthona había previsto. De hecho, ya había inducido a algunos a reconsiderar el rango que estaban dispuestos a reconocerle a Ayla. Marthona había invitado aquel día a algunas personas a tomar vino de arándano, que recientemente había empezado a servir tras mantenerlo almacenado durante dos años en un rincón seco y oscuro de su morada, dentro de un odre hecho con el estómago bien lavado y tapado de un alce. Decidió que colocaría unos cuantos candiles estratégicamente situados en el alojamiento para que vieran

mejor el interior. Se inclinó y extendió la túnica y los calzones, arreglándolos luego para dejar a la vista una zona en particular de la labor de cuentas que había quedado cubierta por un pliegue.

Ayla y Jondalar disfrutaron de aquellos días de simbólica separación del resto de los zelandonii. Fue como revivir el viaje pero sin la presión que éste había supuesto. Dedicaron aquellos largos días estivales a cazar, pescar y recolectar para cubrir sus necesidades, y también a nadar y montar a caballo. Lobo los acompañaba sólo a ratos, y Ayla lo echaba de menos cuando no estaba. Parecía que le costaba decidir si quedarse con aquellos humanos a quienes adoraba o regresar al bosque, donde había descubierto algo que por lo visto le fascinaba. Siempre los encontraba, acamparan donde acamparan, y Ayla se alegraba mucho cuando lo veía aparecer en la tienda. Le prestaba mucha atención, lo acariciaba y mimaba, le hablaba y cazaba con él. Normalmente las atenciones de Ayla lo animaban a quedarse un tiempo, pero al final volvía a marcharse, y a menudo pasaba una o más noches fuera.

Exploraron los montes y valles de los alrededores. Jondalar redescubrió su territorio, que tan bien creía conocer. Recorrerlo a caballo y cubrir largas distancias en un breve tiempo, le permitió verlo en toda su extensión y de una forma muy distinta. Pudo conocer mucho mejor aquellas tierras, a la vez que ambos pudieron tener una idea más aproximada de la riqueza de la región. En manadas y caminando en solitario, vieron la gran cantidad y diversidad de animales que habitaban el territorio de los zelandonii.

La mayoría de los pacedores y los ramoneadores compartían plácidamente los mismos campos, praderas y bosques, y ninguno de ellos prestaba atención a los dos caballos montados por humanos, por lo que podían acercarse mucho. A Ayla le gustaba permanecer sobre el lomo de Whinney mientras la yegua pacía y observar a los otros animales. Jondalar a menudo se unía a ella, aunque también dedicaba parte de su tiempo a otras cosas. Preparaba un lanzavenablos y lanzas para Lanidar, que fueran más acordes con su tamaño; esperaba que los cambios que estaba incluyendo en el arma hicieran más fácil su utilización con un solo brazo.

No obstante, Jondalar estaba con Ayla cuando se encontraron con una manada de bisontes una tarde.

Pese a que los hombres habían cazado muchos uros y bisontes, la cantidad se volvía insignificante al contemplar el gran número de animales que deambulaban por el paisaje abierto. Nunca se veía juntos a aquellos dos característicos bóvidos. Se eludían mutuamente. A Ayla y Jondalar, que habían matado y ayudado a descuartizar a muchos bisontes en los últimos tiempos, les resultó muy interesante observarlos moverse en su hábitat. Los pacedores habían perdido su pelo lanoso, oscuro y tupido durante la muda de primavera, y aparecían cubiertos del pelaje más claro del verano. Ayla disfrutaba sobre todo contemplando a los alegres y juguetones becerros, todavía

bastante jóvenes, ya que las hembras parían a finales de la primavera y comienzos del verano. Las crías se desarrollaban bastante despacio y requerían mucha atención, a pesar de lo cual muchas veces caían presas de osos, lobos, linces, hienas, leopardos, algún que otro león cavernario… y de los humanos.

Abundaban los ciervos de diversas especies, y los había de todos los tamaños, desde el enorme megacero hasta el pequeño corzo. Jondalar y Ayla vieron una reducida manada de megaceros, compuesta íntegramente por machos, con sus delicados hocicos alargados y sus extraordinarias cornamentas. Las astas tenían la forma de una mano con los dedos extendidos, y si bien podían llegar a alcanzar una envergadura de más de tres metros y medio y pesar alrededor de setenta y cinco kilos, aquéllos en concreto eran ejemplares jóvenes y estilizados, con apéndices todavía pequeños. No habían desarrollado aún los cuellos enormes y musculosos de los machos adultos, pese a que todos tenían joroba en la cruz, donde se insertaban los tendones que sostendrían en el futuro las enormes cornamentas. Incluso los megaceros jóvenes evitaban los bosques, donde sus astas podían quedar atrapadas entre las ramas. El gamo moteado era la variedad de bosque.

En una zona pantanosa vieron a un ciervo solitario de otra clase, alto y desgarbado, con la cornamenta palmeada de menor tamaño, pero muy robusta, de pie en medio del agua; hundía la cabeza en el pantano y la sacaba con la boca llena de chorreantes plantas acuáticas. Su hocico era grande. Se lo conocía como alce.

Mucho más corriente era la variedad de alce conocida allí como ciervo rojo. Estos animales tenían también grandes astas, pero de tipo ramificado. Los ciervos rojos eran básicamente pacedores y podían vivir tanto en las montañas como en las estepas. Ágiles y audaces, las laderas escarpadas y el terreno escabroso no los disuadían; tampoco los estrechos salientes de roca si había hierba para tentarlos. Les gustaban los bosques con espacio suficiente entre los árboles para permitir la aparición de helechos y matorrales o con claros soleados, aunque también eran hábitats aceptables los brezales y las estepas abiertas.

Al ciervo rojo no le gustaba correr, pero con las zancadas de sus largas patas o su trote brioso se movía con rapidez, y si lo perseguían, podía correr muchos kilómetros y, de un salto, cubrir doce metros de longitud o salvar obstáculos de casi tres metros de altura. Además, era un excelente nadador. Aunque prefería comer hierba, podía alimentarse de hojas, brotes, bayas, setas, brezos, corteza de árbol, bellotas, hayucos y frutos secos. El ciervo rojo se agrupaba en manadas poco numerosas durante esa época del año, y Ayla y Jondalar vieron varios en una pradera, junto a un arroyo, y se detuvieron a observarlos. La hierba empezaba a adquirir un tono dorado y unas cuantas hayas frondosas se alineaban en una orilla mientras que en la otra se extendía una considerable franja de bosque.

Era una manada compuesta por machos de diversas edades, todos ellos con una magnífica cornamenta. Ésta empezaba a aparecer en los machos de alrededor de un año, primero en forma de dos puntas aisladas. Salía a principios de la primavera, y

luego crecía casi de inmediato. Cada año se añadía un nuevo tronco, que al llegar el verano se había desarrollado ya por completo y aparecía revestido de una suave piel surcada por infinidad de vasos sanguíneos que transportaban los nutrientes necesarios para permitir un crecimiento tan rápido de las astas. Entre mediados y finales del verano, esa piel aterciopelada se secaba y producía al animal un intenso picor, por lo que el ciervo se rascaba en árboles y rocas para desprenderse de ella. No obstante, a menudo la piel sanguinolenta colgaba en jirones antes de desaparecer totalmente.

En el animal de mayor tamaño, contaron doce puntas, que pesaban alrededor de treinta y cinco kilos. Aunque se le llamaba ciervo rojo, el color del pelaje del animal era negro con matices grises y marrones; en la manada los había también de un color rojo parduzco, algunos cercanos al marrón, y también había uno rubio. Un ejemplar muy joven, en el que apenas empezaban a insinuarse los pitones, presentaba aún las manchas blancas propias de un cervato. Jondalar estuvo tentado de capturar al ciervo de la enorme cornamenta, pero abandonó la idea pese a tener la seguridad de que podía abatirlo con el lanzavenablos.

—Ese grande ha alcanzado ya la madurez —dijo—. Más adelante me gustaría volver y observarlo. A menudo regresan a los mismos sitios. En su época de los placeres luchan por conseguir hembras, aunque a los más poderosos muchas veces les basta con mostrar la cornamenta para disuadir a sus rivales. Son animales que luchan ferozmente, y el enfrentamiento puede durar un día entero. El ruido de cada topetazo es impresionante, se oye desde muy lejos. Llegan incluso a erguirse sobre los cuartos traseros y pelear con las patas delanteras. Con su tamaño, ese ejemplar debe de ser un luchador agresivo y eficaz.

—Yo los he oído luchar, pero nunca los he visto —comentó Ayla.

—Una vez, cuando vivía con Dalanar, vimos a un par de ellos con los cuernos trabados. No podían separarse por más que lo intentaran. Tuvimos que cortarles las astas para separarlos. Fueron presa fácil, pero Dalanar dijo que les hacíamos un favor, porque de todos modos habrían muerto de hambre y sed.

—Creo que ese enorme macho ha tenido ya algún roce con los humanos —advirtió Ayla, indicando a Whinney que retrocediera—. El viento acaba de cambiar de dirección, y debe haberle llegado nuestro olor, porque se ha puesto tenso. Empieza a alejarse. Si se va él, se irán todos.

—Sí, se le ve nervioso —convino Jondalar retrocediendo también.

De pronto, un lince que acechaba en la rama de un haya saltó sobre el lomo del animal más joven cuando éste pasó por debajo. El ciervo levemente moteado brincó para intentar zafarse del carnívoro, pero el felino de cola corta y orejas peludas permaneció aferrado a él y le hincó los dientes, abriéndole las venas. Los otros ciervos huyeron de inmediato mientras el joven cérvido con el felino en el lomo echaba a correr trazando un amplio círculo. Cuando Jondalar y Ayla vieron volver en dirección a ellos al animal aterrorizado, prepararon sus lanzavenablos para protegerse, por si acaso, pero el lince había estado bebiendo la sangre del ciervo, y

éste empezaba a mostrar signos de cansancio. Se tambaleó. El lince volvió a morder, y salió más sangre a borbotones. El ciervo dio unos pasos más, se tambaleó de nuevo y acabó desplomándose. El felino le abrió el cráneo a dentelladas y empezó a comerse los sesos.

Todo terminó muy deprisa, pero los caballos estaban nerviosos y los humanos se dispusieron a marcharse.

—Por eso el macho parecía nervioso —dijo Ayla—. No era por nuestro olor.

—Ese ciervo era muy joven —comentó Jondalar—. Aún se le veían las manchas. Quizá la madre murió y lo dejó solo demasiado pronto. La cría encontró la manada de machos, pero no le ha servido de nada. Los animales jóvenes siempre son vulnerables.

—Una vez, cuando era niña, intenté matar a un lince con la honda —dijo Ayla al tiempo que instaba a Whinney a moverse.

—¿Con la honda? —preguntó Jondalar—. ¿Qué edad tenías?

Ayla reflexionó por un momento, intentando recordarlo.

—Ocho o nueve años, creo.

—Podrías haber acabado muerta con la misma facilidad que ese ciervo —dijo Jondalar.

—Lo sé. El lince se movió, y la piedra rebotó a su lado. Se irritó y saltó sobre mí —explicó Ayla—. Conseguí apartarme, y afortunadamente encontré una rama caída con la que pude golpear al animal y hacerlo huir.

—¡Gran Madre! —exclamó Jondalar echándose atrás sobre el lomo de Corredor, con lo cual éste aminoró la marcha—. Ayla, pudiste haber muerto.

—Después de eso me dio miedo salir sola durante un tiempo, pero fue entonces cuando se me ocurrió la idea de lanzar dos piedras. Pensé que si hubiera tenido otra a punto, le habría dado la segunda vez antes de que él se abalanzara sobre mí. No estaba segura de si lo habría logrado, pero me ejercité y desarrollé la habilidad. Aun así, sólo cuando maté a una hiena me sentí lo bastante segura para volver a salir de caza.

Jondalar se limitó a mover la cabeza en un gesto de asombro. Pensando en ello, resultaba asombroso que Ayla siguiera con vida. En el camino de regreso a su actual campamento, vieron a una manada de animales que atrajo la atención de Whinney y Corredor. Eran onagros, animales semejantes a los caballos. En realidad, eran un cruce entre caballos y asnos, que, sin embargo, podían reproducirse entre animales de su misma especie; es decir, que no eran estériles. Whinney se detuvo a olfatear sus excrementos y Corredor les relinchó. El sonido con que los otros animales respondieron se parecía más a un rebuzno, pero por lo visto tanto unos como otros eran conscientes de la afinidad.

Vieron también una hembra de antílope saiga con dos crías. Éste era un animal parecido a la cabra, que prefería las llanuras y las estepas, por yermas que fuesen, a las colinas y las montañas. Ayla recordó que el antílope saiga era el tótem de Iza.

Al día siguiente vieron a una manada de animales que la inquietó: caballos. Tanto Whinney como Corredor se sintieron atraídos hacia ellos.

Ayla y Jondalar los examinaron y percibieron ciertas diferencias entre la manada salvaje y los animales que ellos habían llevado hasta allí desde el este. En lugar del color amarillo pardo de Whinney, que era el más común en todas partes, o el raro marrón oscuro de Corredor, la mayoría de los caballos de aquella manada presentaba un color gris azulado, con el vientre blanco. Todos, incluidos los dos que ellos montaban, tenían similares crines negras erizadas y colas también negras, así como listas apenas marcadas en los cuartos traseros. En general, los caballos eran pequeños, de lomo ancho y vientre redondeado, pero los de la manada parecían ligeramente más altos y tenían el hocico algo más corto.

Observaron a Whinney y Corredor con la misma intensidad que éstos los observaban a ellos, pero esta vez el saludo del corcel recibió en contestación un relincho de desafío. Ayla y Jondalar cruzaron una mirada cuando lo oyeron y, desde el otro lado de la manada, vieron encaminarse hacia ellos a un enorme semental. Sin mediar palabra se alejaron de allí galopando tan deprisa como les fue posible. Jondalar no quería que Corredor se dejara arrastrar a una pelea con el macho de la manada. Además, Lobo estaba ausente la mayor parte del tiempo y Ayla temía que también los caballos se sintieran tentados de abandonarla y decidieran vivir con los de su especie.

En los días siguientes, Lobo pasó más tiempo con ellos, y Ayla se sintió como si su familia estuviera otra vez reunida. Se mantuvieron a distancia de un enorme jabalí que escarbaba la tierra en busca de trufas, y se rieron de un par de nutrias que jugaban en un estanque formado a causa de la presa construida por un solitario castor que se sumergió en el agua nada más verlos. Vieron el revolcadero de un oso y parte de su pelo prendido a la corteza de un árbol, pero no al propio animal, y les llegó el olor característico de un glotón. También pudieron ver a un leopardo moteado saltando elegantemente de un alto saliente de roca, y a unos íbices, cabras montesas, trepar ágilmente por una pared rocosa casi vertical.

Varias hembras de íbice con sus crías —la lana apretada les daba un aspecto de masas redondas con palos por patas— habían bajado de las montañas para alimentarse de la rica vegetación de las tierras llanas. Tenían largos cuernos que se curvaban por encima de sus lomos, los ojos muy separados, una giba tras la cabeza, y cascos duros y fuertes en el borde, en torno a una parte central blanda y flexible que les daba mayor adherencia a la roca.

Jondalar vio a Ayla cerrar los ojos como si se concentrara, volviendo la cabeza a izquierda y derecha para oír mejor.

—Creo que vienen mamuts en esta dirección —comentó.

—¿Cómo lo sabes? Yo no veo nada.

—Los oigo, sobre todo al enorme macho.

—Yo no oigo nada —repitió Jondalar.

—Es un retumbo grave, muy grave —explicó ella, aguzando de nuevo el oído—. ¡Mira, Jondalar! ¡Allí! —exclamó con entusiasmo al ver a lo lejos una manada de mamuts en dirección a ellos.

Ayla captaba el remoto barrito de un mamut macho en celo, que, aunque estaba por debajo del umbral auditivo de los humanos, podía ser oído por una hembra en celo en un radio de casi diez kilómetros, ya que los sonidos de esa frecuencia no se atenuaban tan rápidamente con la distancia. Pese a no ser audible para la mayoría de las personas, Ayla tenía el sentido del oído muy desarrollado y pudo percibir el berrido.

La manada se componía fundamentalmente de las hembras y sus crías, pero como una de las hembras jóvenes estaba en celo, varios machos la seguían de cerca con la esperanza de aparearse, pese a que estaba ya emparejada con el macho dominante de la región. Ella se había resistido a las insistentes solicitudes de otros machos más pequeños hasta que llegó el macho dominante, y ahora éste mantenía a raya a los demás, ya que ninguno se atrevía a desafiarlo, lo cual permitía a la hembra comer y amamantar a su primera cría.

El espeso pelaje del mamut lanudo cubría al animal completamente, desde la punta de las patas hasta el extremo de la larga trompa, incluidas las pequeñas orejas. Cuando se aproximaron, se hicieron más visibles los distintos tonos del pelo. Los animales más pequeños tenían el pelaje más claro, y entre las hembras el color oscilaba desde el castaño intenso de las más jóvenes al marrón oscuro de la vieja matriarca. En la madurez, los machos se volvían casi negros. Tenían una capa inferior de pelo muy tupido, que se hacía bastante largo y erizado y los abrigaba incluso en los inviernos más fríos, sobre todo después de beber agua casi helada o comer nieve o hielo. Era entonces cuando sus cuerpos tendían a bajar mucho de temperatura.

—Aún es pronto para que estén aquí —comentó Jondalar—. Antes no veíamos mamuts hasta el otoño, hasta bien entrado el otoño. Mamuts, rinocerontes, almizcleros y renos, ésos son animales de invierno.

En el último día de su período de aislamiento, Ayla y Jondalar madrugaron. Habían pasado los días anteriores explorando la región al oeste del Río, cerca de un segundo río casi paralelo. Recogieron todas sus pertenencias, pero querían hacer una última expedición antes de regresar a la Reunión de Verano, tan llena de gente y donde deberían iniciar una intensa vida social, que les exigiría tiempo y atención continuas, a pesar de lo cual también les proporcionaba satisfacción y placer. Habían agradecido el respiro, pero estaban preparados para volver y contemplaban ilusionados la perspectiva de ver a las personas que amaban. Habían pasado casi un año solos con sus animales, así que estaban muy familiarizados con las ventajas y desventajas de la soledad.

Cogieron comida y agua, pero no tenían prisa, ni destino alguno previsto. Lobo los había dejado hacía dos días, lo cual entristecía a Ayla. A lo largo de su viaje nunca se había separado de ellos, pero entonces sólo era un lobezno. Aunque daba la impresión de que hacía ya mucho tiempo, en realidad sólo había pasado un año y unas dos estaciones desde el invierno durante el cual, estando con los mamutoi, Ayla apareció un día con una revoltosa cría de lobo que había nacido no hacía más de una luna. Así pues, pese a su gran tamaño, Lobo era aún joven.

Ayla no sabía cuánto tiempo vivían los lobos, pero sospechaba que su expectativa de vida era mucho menor que la de los humanos, y veía a Lobo como a un animal adolescente, edad considerada la más conflictiva por la mayoría de las madres y sus compañeros. Eran años de vitalidad desbordante y escasa experiencia en que los jóvenes, llenos de energía y convencidos de que vivirían eternamente, corrían riesgos que ponían en peligro sus vidas. Si superaban esa etapa, normalmente aprendían y adquirían conocimientos que los ayudaban a sobrevivir más tiempo. Ayla pensaba que probablemente no era muy distinto en el caso de los lobos, y no podía dejar de preocuparse.

Había sido un verano poco caluroso, y más seco que los otros que Jondalar recordaba. En las llanuras abiertas se levantaban pequeños remolinos de polvo, que giraban por unos momentos y después se desvanecían. Él y Ayla se alegraron de ver un pequeño lago más adelante. Se detuvieron en la orilla y compartieron placeres a la sombra de un sauce llorón, cuyas ramas se doblaban sobre la superficie del agua repletas de hojas lanceoladas. Luego descansaron y charlaron y, al cabo de un rato, decidieron bañarse.

Después de entrar chapoteando en el agua, Ayla gritó:

—Te reto a una carrera hasta la otra orilla.

Inmediatamente empezó a nadar con brazadas largas y seguras. Jondalar la siguió al instante, salvando poco a poco la distancia que los separaba gracias a sus brazos más largos y sus músculos poderosos; aunque reconocía que debía hacer un considerable esfuerzo. Ayla volvió la vista atrás, lo vio acercarse y renovó sus esfuerzos. Ambos llegaron a la otra orilla al mismo tiempo.

—Tú has empezado primero, así que he ganado yo —protestó Jondalar tendiéndose en tierra y respirando con dificultad.

—Deberías haberme retado tú antes —contestó Ayla riéndose—. Hemos ganado los dos.

Cuando el sol rebasaba su cenit y empezaba a descender, marcando el final de la primera mitad del día, regresaron nadando a la otra orilla, ahora más tranquilamente. Un tanto tristes, guardaron sus cosas, conscientes de que el idílico respiro casi había concluido. Montaron sobre los caballos y se encaminaron hacia el campamento de la Reunión de Verano. Ayla echaba de menos a Lobo y deseaba que estuviera con ellos.

Se hallaban ya cerca del campamento, quizá a unos pocos kilómetros, cuando oyeron gritos en medio de las nubes de polvo que se alzaban de la tierra seca. Al

aproximarse un poco más vieron a varios jóvenes que probablemente compartían un alojamiento alejado para solteros. Jondalar dedujo por la ornamentación de su ropa que eran de la Quinta Caverna. Cada uno tenía una lanza, y se hallaban dispuestos en círculo, a intervalos regulares; en medio del círculo había un animal de pelo largo y greñudo, con dos enormes cuernos en el hocico.

Era un rinoceronte lanudo, una bestia colosal de casi cuatro metros de largo y más de un metro y medio de alto. Este animal lento y pesado, provisto de patas cortas y gruesas para sostener su inmensa mole, comía grandes cantidades de hierba, plantas y matorrales de las estepas, así como ramas grandes y pequeñas de los árboles de hoja perenne alineados a orillas de los ríos. Tenía los ojos a los lados de la cabeza, y no veía bien, sobre todo al frente. Tenía asimismo las ventanas de la nariz divididas, y sus sentidos del olfato y el oído eran finísimos para compensar su vista deficiente.

El primero de los dos cuernos medía más de un metro y ofrecía un temible aspecto, barriendo la tierra en arco de un lado a otro. En invierno lo usaba para apartar la nieve y acceder a la seca y resistente hierba esteparia. Cubría su cuerpo una lana espesa, de color marrón grisáceo, entre la que colgaba un pelo exterior más largo, que casi rozaba el suelo. En su franja central tenía una característica banda de pelo algo más oscuro, dando la impresión, pensó Ayla, de que alguien le hubiera puesto un manta de montar, aunque ciertamente a nadie se le habría ocurrido algo así, teniendo en cuenta que aquél era poderoso, imprevisible, peligroso y, a veces, malévolo.

El rinoceronte lanudo escarbó la tierra con la pata, volvió la cabeza de izquierda a derecha intentando ver al joven cuya presencia le indicaba su sensible nariz. De pronto embistió. El muchacho permaneció inmóvil hasta el último momento y entonces esquivó, por muy poco, el cuerno largo y puntiagudo del rinoceronte.

—Eso parece peligroso —dijo Ayla cuando detuvieron los caballos a una distancia prudencial.

—Por eso lo hacen —respondió Jondalar—. Es difícil cazar a un rinoceronte lanudo sean cuales sean las circunstancias. Son animales imprevisibles y tienen muy mal genio.

—Como Broud —dijo Ayla—. El rinoceronte lanudo era su tótem. Los hombres del clan los cazaban, pero yo nunca los vi. ¿Qué hacen esos muchachos?

—Acosándolo, ¿no lo ves? Uno a uno intentan llamar su atención para que embista, y cuando se les echa encima, lo esquivan —explicó Jondalar—. Se divierten a costa del rinoceronte, y el juego consiste en ver quién tarda más en apartarse cuando el animal embiste. El más valiente es el que nota el roce del rinoceronte. Suelen hacerlo los jóvenes. Intentan cazarlo por agotamiento, y si lo matan, ofrecen la carne a la caverna y reciben grandes elogios por la proeza. Luego se comparten las otras partes del animal, y aquél a quien se le atribuye el mérito de cazarlo es el que elige primero. Normalmente se queda el cuerno. Los cuernos de rinoceronte son muy valorados, para hacer herramientas, mangos de cuchillo y cosas así, pero también por

otros motivos. Como su forma recuerda al miembro viril de un hombre excitado antes de los placeres, corre el rumor de que si se muelen y se le da el polvillo secretamente a una mujer, ésta se mostrará más apasionada con el hombre que se lo ha dado —añadió con una sonrisa.

—La carne no está mal —comentó Ayla—, y bajo esa gruesa piel hay una gran cantidad de grasa. Pero es un animal que no se ve con frecuencia.

—Y menos en esta época del año. Los rinocerontes lanudos son animales solitarios la mayor parte del tiempo, y en verano muy escasos por esta zona. Les gustan los climas más fríos, pese a que muden la capa inferior de pelo en primavera. El pelo queda prendido en los arbustos antes de que echen las hojas, y la gente suele salir a recogerlo, en especial los tejedores y los cesteros. Yo acompañaba a mi madre. Lo hacíamos varias veces al año. Ella conoce la época de muda de todos los animales, del íbice y el muflón, el almizclero e, incluso, el caballo y el león y, naturalmente, del mamut y el rinoceronte lanudo.

—¿Has acosado alguna vez a un rinoceronte?

Él se echó a reír.

—Sí, la mayoría de los hombres lo hacemos, sobre todo cuando somos jóvenes. Acosamos así a muchos animales, como los uros o los bisontes, pero el rinoceronte es el preferido. También algunas mujeres lo hacen. Jetamio, por ejemplo. Yo les enseñé a ella y a los suyos a cazar rinocerontes. Era la mujer sharamudoi con quien se emparejó Thonolan. Se le daba bien. Los sharamudoi no solían cazar rinocerontes. Pescaban el enorme esturión del Río de la Gran Madre desde aquellas piraguas que te mostraron, y cazaban íbices y gamuzas en lo alto de las montañas, que son presas muy difíciles, pero no conocían la técnica para cazar rinocerontes lanudos. —Se interrumpió con expresión triste—. Fue gracias a un rinoceronte como conocimos a los sharamudoi. Thonolan había sido corneado por uno, y ellos le salvaron la vida.

Observaron a los muchachos mientras practicaban el peligroso juego. Uno de ellos, gritando y agitando los brazos, intentaba atraer la atención del rinoceronte. El olfato del animal, normalmente muy agudo, no le permitía en ese momento orientarse a causa de la presencia de tantos hombres dispuestos alrededor. Cuando por fin detectó el movimiento con sus ojos pequeños y miopes, embistió en esa dirección, ganando velocidad a medida que se acercaba a su contrincante. Pese a sus cortas piernas, el animal se movía a considerable velocidad. Agachó un poco la cabeza al aproximarse, preparándose para hundir el enorme cuerno en cualquier cosa que opusiera resistencia, pero no encontró más que aire, puesto que el joven había logrado apartarse con admirable agilidad. El rinoceronte tardó un momento en darse cuenta de que había embestido en vano. Luego redujo la marcha hasta detenerse.

El animal, frustrado, empezaba a cansarse y a enfurecerse. Escarbó la tierra mientras los hombres se apresuraban a disponerse de nuevo en círculo alrededor de él. Otro muchacho se adelantó y empezó a vociferar y mover los brazos para atraer la atención de la colosal bestia. El rinoceronte se volvió hacia él y acometió otra vez; el

joven lo esquivó. La siguiente vez costó más inducirlo a atacar. Por lo visto, empezaban a lograr su objetivo de cansar al rinoceronte. Los agotadores y furiosos arrebatos de energía empezaban a pasarle factura.

La descomunal bestia permaneció inmóvil, con la cabeza gacha, respirando entrecortadamente. Los jóvenes estrecharon el círculo, preparándose para matarlo. El muchacho a quien le correspondía atraer la atención del animal se acercó con cautela con la lanza en la mano. El rinoceronte no pareció darse cuenta. Cuando el joven se acercó, el imprevisible animal captó el movimiento con su débil vista, y recobradas las fuerzas tras el breve descanso, se sintió impulsado por la furia de su primitivo cerebro.

Sin previo aviso, embistió. Todo ocurrió tan deprisa que cogió desprevenido al muchacho. La enorme bestia lanuda consiguió hincar el poderoso cuerno en algo más sólido que el aire. Oyeron un grito de dolor, y el hombre rodó por tierra. Ayla estimuló a su yegua sin pararse siquiera a pensar.

—¡Ayla! ¡Espera! ¡Es peligroso! —gritó Jondalar al tiempo que salía tras ella, preparando a la vez el lanzavenablos.

Los otros jóvenes arrojaban ya sus lanzas. Cuando Ayla saltó del caballo aún en movimiento y corrió hacia el herido, la enorme bestia yacía en tierra con varios venablos clavados en su cuerpo, un par de ellos procedentes del arma de Jondalar. Parecía un grotesco puerco espín. Pero su muerte había llegado tarde, y el furioso animal había encontrado ya satisfacción.

Varios jóvenes, asustados y sin saber qué hacer, se apiñaban en torno al muchacho herido, que yacía encogido e inconsciente en el lugar donde había caído. Cuando Ayla se acercó a ellos, seguida de Jondalar, parecieron sorprenderse de verla, y por un momento dio la impresión de que uno de ellos iba a impedirle el paso o preguntarle quién era; pero ella no le prestó atención. Dio vuelta al herido y comprobó su respiración. Luego sacó su cuchillo y cortó los calzones ensangrentados para dejar al descubierto la pierna. Las manos se le tiñeron de sangre y sin darse cuenta dejó una mancha roja en su cara al apartarse un mechón de pelo. No llevaba tatuaje de Zelandoni en el rostro y, sin embargo, parecía saber lo que hacía. El joven, que en un primer momento había pretendido impedirle el paso, retrocedió.

Cuando logró dejar la pierna al descubierto, los daños resultaron obvios. La pantorrilla derecha se doblaba de forma antinatural en un lugar donde no había articulación. El enorme cuerno del rinoceronte se había clavado en ella y había fracturado los dos huesos. El músculo estaba desgarrado, y se veía el contorno irregular de un hueso por donde se había roto. Además, la sangre manaba a borbotones formando un charco en la tierra.

Ayla alzó la vista para mirar a Jondalar.

—Ayúdame a estirarlo mientras está inconsciente. Cuando despierte, le resultará muy doloroso moverse. Luego dame pieles flexibles; las que utilizamos para secarnos

servirán. He de aplicar presión para detener la hemorragia. Después necesitaré ayuda para entablillarle la pierna.

Jondalar se alejó a toda prisa, y Ayla se volvió hacia uno de los jóvenes que se hallaban alrededor, boquiabiertos.

—Habrá que trasladarlo al campamento. ¿Sabes hacer una parihuela? —preguntó. El chico la observó con expresión de no haberla entendido—. Necesitamos algo para tender al herido y trasladarlo.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Una parihuela —repitió.

En realidad, era muy joven, advirtió Ayla.

—Jondalar te ayudará —dijo cuando él regresó con las pieles.

Tendieron al herido boca arriba, y él gimió pero no llegó a despertar. Ayla volvió a examinarlo. Quizá hubiera sufrido un golpe en la cabeza al caer, pero no había ninguna lesión evidente. Apoyándose con fuerza en la pierna por encima de la rodilla, intentó cortar la pérdida de sangre. Pensó en la posibilidad de hacer un torniquete, pero si podía colocar los huesos en su sitio y vendar la pierna, quizá no fuera necesario. Bastaría con ejercer presión sobre la misma herida. Aún sangraba, pero Ayla había visto heridas peores.

Se volvió hacia Jondalar.

—Necesitamos tablillas, trozos de madera rectos de la longitud de su pierna. Parte algunas de esas lanzas si hace falta.

Jondalar le entregó dos tablillas y Ayla se apresuró a cortar en tiras una de las pieles para envolverlas. Luego cogió el pie de la pierna fracturada, sujetando los dedos con una mano y el talón con la otra, y lo enderezó con delicadeza notando los puntos en que ofrecía resistencia y encajando el hueso. El herido se sacudió varias veces, y algunas exclamaciones de dolor se escaparon de su boca; había estado a punto de despertar. Ayla introdujo los dedos en la herida y palpó la fractura para ver si los huesos estaban alineados.

—Jondalar, agárrale con fuerza el muslo —dijo—. He de arreglarle la pierna antes de que despierte, y mientras todavía sangra. La sangre ayudará a mantener limpia la herida —a continuación miró a los muchachos que había alrededor; observaban con expresiones de horror y asombro—. Tú y tú —ordenó mirando a la cara a los dos elegidos—. Voy a levantarle la pierna y tirar para alinear los huesos de manera que se suelden rectos. Si no lo hago, no volverá a andar nunca. Quiero que cojáis esas tablillas y las pongáis debajo de la pierna para que yo la coloque justo entre las dos. ¿Podéis hacerlo?

Asintieron con la cabeza y se apresuraron a coger las astas de lanza envueltas. Cuando todos estuvieron preparados, Ayla agarró de nuevo el pie con las dos manos por el talón y los dedos, y con suavidad y firmeza a la vez levantó la pierna. Con Jondalar sujetando el muslo, Ayla tiró, ejerciendo fuerza con cuidado. No era la primera vez que Jondalar la veía encajar huesos, pero en ese momento lo intentaba

con dos simultáneamente. Vio la concentración en su rostro mientras tiraba, intentando percibir intuitivamente el punto en que los huesos quedaban en su posición. Incluso el propio Jondalar notó una ligera sacudida y el acoplamiento posterior, como si un hueso hubiera encajado. Ayla bajó lentamente la pierna y la examinó. A Jondalar le parecía recta, pero ¿qué sabía él? Como mínimo, no presentaba una torsión anormal.

Ella le indicó que podía soltar y centró su atención en la herida sangrante. Apretándola lo mejor que pudo, con la ayuda de Jondalar, la vendó, con tablillas incluidas, y luego lo envolvió todo con las tiras de piel que había cortado. Después se sentó sobre los talones.

Fue entonces cuando Jondalar se dio cuenta de la cantidad de sangre que había perdido el muchacho. Había sangre por todas partes: las vendas, las tablillas; Ayla, él mismo, los jóvenes que la habían ayudado, todos estaban cubiertos de sangre.

—Creo que debemos trasladarlo al campamento de inmediato —dijo Jondalar.

Un fugaz pensamiento pasó por su mente. No había concluido aún la prohibición de hablar, y el ritual que eximía a la pareja recién unida no se había realizado. Ayla, desde luego, ni se había detenido a planteárselo, y él se despreocupó al instante de ese problema. Aquello era una emergencia, y no había cerca ningún Zelandoni a quien preguntar.

—Tendréis que preparar la parihuela —dijo Ayla a los jóvenes que estaban de pie alrededor, aparentemente más paralizados que el que yacía en tierra.

Cruzaron miradas y se movieron incómodos. Todos eran jóvenes e inexpertos. Varios acababan de llegar a la edad viril, algunos habían capturado sus primeras presas en la masiva cacería de bisontes con la que se había iniciado la temporada de caza, y ésa había sido una cacería muy fácil, poco más que una práctica de tiro. La idea de acosar al rinoceronte se le había ocurrido a uno de ellos, que había visto divertirse a su hermano con un pasatiempo similar unos años antes, y a otros dos que habían oído hablar de ello; pero básicamente había sido una decisión espontánea, tomada entre todos al ver al animal. Todos sabían que deberían haber llamado a algunos cazadores expertos y de mayor edad antes de intentar abatir a la enorme bestia, pero pensaron sólo en la gloria que les proporcionaría, las envidia de los ocupantes de otros alojamientos alejados, y la admiración de todos los asistentes a la reunión cuando llevaran al animal. Ahora uno de ellos estaba gravemente herido.

Jondalar se hizo cargo de la situación de inmediato.

—¿A qué caverna pertenece? —preguntó.

—A la Quinta —contestaron.

—Adelántate y cuenta lo que ha pasado —dijo Jondalar, y el muchacho a quien se había dirigido echó a correr. Pensó que él mismo a lomos de Corredor habría llegado mucho antes al campamento, pero alguien debía supervisar la construcción de la parihuela. Los muchachos seguían asustados y conmocionados, y necesitaban tener allí a un hombre adulto que los dirigiera—. Tres o cuatros de vosotros tendréis que

transportarlo. Los otros deberíais quedaros aquí para destripar al rinoceronte. Puede que no tarde en hincharse. Luego mandaré gente aquí a ayudaros. No tiene sentido desperdiciar esa carne; el precio ha sido muy alto.

—Es mi primo —dijo un joven—. Me gustaría ayudar a trasladarlo.

—De acuerdo. Elige a otros tres que te ayuden. Los demás pueden quedarse —dijo Jondalar. Se dio cuenta entonces de que el muchacho estaba al borde de las lágrimas—. ¿Cómo se llama tu primo?

—Matagan. Es Matagan de la Quinta Caverna de los zelandonii.

—Sé que debes de estar preocupado por Matagan, y que esto es una difícil experiencia para ti —dijo Jondalar—. Tu primo ha resultado gravemente herido, pero te diré la verdad: ha sido una gran suerte para él que Ayla pasara casualmente por aquí. No puedo prometértelo, pero creo que se recuperará, y quizá incluso vuelva a andar. Ella es una curandera excepcional. Me consta. A mí me atacó un león cavernario, y habría muerto en las estepas si Ayla no me hubiera encontrado y curado. Si alguien puede salvar a Matagan, ésa es Ayla.

El muchacho dejó escapar un sollozo de alivio y luego trató de recobrar la serenidad.

—Ahora, traed unas cuantas lanzas para que podamos llevar a tu primo al campamento —dijo Jondalar—. Necesitaremos al menos cuatro, dos para cada lado.

Siguiendo sus indicaciones, no tardaron en atar las lanzas con correas para disponer de dos robustos soportes a los que sujetar trozos de ropa extendidos. Ayla volvió a examinar al herido, y luego entre varios lo colocaron en la improvisada parihuela.

No estaban muy lejos del campamento. Ayla y Jondalar hicieron señas a Whinney y Corredor para que los siguieran, y acompañaron a pie al herido. Ayla lo observaba preocupada, y cuando hicieron un alto para que los portadores se relevaran, comprobó su respiración y le tomó el pulso. Era débil pero claro.

Se hallaban más cerca de la zona del campamento situada río arriba, cerca del lugar elegido por la Novena Caverna. La noticia del accidente había corrido deprisa, y varias personas acompañaban al joven que había ido a avisar cuando éste regresaba a reunirse con ellos, incluido Joharran, que los vio a lo lejos. Cuando los dos grupos se encontraron, volvió a relevarse a los portadores de la parihuela, y se aceleró el paso hacia el campamento principal.

—Marthona ha mandado a alguien a buscar a la Primera, y al Zelandoni de la Quinta —informó Joharran—. Estaban en el otro extremo del campamento, en una reunión de la zelandonia. —Volviéndose hacia Ayla, preguntó—: ¿Lo llevamos a nuestro campamento o al suyo?

—Quiero cambiarle las vendas y aplicarle un emplasto en la herida para evitar que se le infecte —contestó Ayla. Reflexionó por un momento—. No he tenido mucho tiempo para reabastecerme de medicinas, pero estoy segura de que la

Zelandoni está bien provista, y preferiría que ella le echara un vistazo. Llevémoslo al alojamiento de la zelandonia.

—Buena idea. La Zelandoni tardaría un rato en llegar aquí; probablemente nosotros podemos acercarlo hasta allí en menos tiempo. La Primera ya no corre tanto como antes —comentó Joharran, aludiendo más o menos diplomáticamente a la gran corpulencia de la mujer—. El Zelandoni de la Quinta probablemente también querrá verlo, pero el arte de curar nunca ha sido su fuerte, según me han contado.

Cuando llegaron al alojamiento de la zelandonia, la Primera salió a recibirlos a la entrada. Ya le habían preparado un sitio al herido, y Ayla se preguntó si alguien se habría adelantado para informarla de que ella había decidido no detenerse en el campamento de la Novena Caverna, sino llevar al herido directamente allí. Varias personas que los habían visto llegar hablaban ya de la gran cantidad de sangre. Aunque había fuera varios miembros de la zelandonia, el alojamiento estaba vacío.

—Colocadlo allí —indicó la Primera señalando una de las plataformas elevadas del lado opuesto a la entrada.

Los hombres acarrearon la parihuela hasta el lugar indicado y tendieron al herido en la cama. A excepción de Jondalar y Joharran, los demás hombres se marcharon.

Ayla se aseguró de que la pierna siguiera recta y empezó a retirar las vendas.

—Necesita un emplasto para que no se infecte la herida —dijo.

—Eso puede esperar un momento —contestó la Primera—. Cuéntame qué ha ocurrido.

Ayla y Jondalar explicaron rápidamente las circunstancias del accidente.

—Los dos huesos inferiores de la pierna están rotos —concluyó Ayla—, y la pantorrilla estaba doblada hacia atrás en el punto de la fractura. Sabía que si no se la enderezaba, nunca volvería a andar, y es muy joven. He decidido arreglarle la pierna allí mismo, mientras estaba inconsciente, y antes de que toda la zona empezara a hincharse, porque eso habría dificultado la tarea de encajar los huesos. He tenido que palpar dentro de la herida y tirar con fuerza para alinear los huesos, pero creo que ya están en su sitio. Camino hacia aquí el muchacho gemía; posiblemente no tardará en despertar. Estoy segura de que le dolerá mucho.

—Es evidente que sabes bastante sobre esto, pero he de hacerte unas cuantas preguntas —dijo la Primera—. Para empezar, supongo que has encajado huesos ya antes.

Jondalar contestó por ella.

—Una mujer sharamudoi, una buena amiga que yo apreciaba mucho, la compañera del jefe, cayó por un precipicio y se rompió un brazo. La curandera había muerto, no habían conseguido avisar a otra, y el hueso empezaba a soldar en una posición mala y muy dolorosa. Vi a Ayla romper el hueso y volver a encajarlo correctamente. También la he visto atender a un hombre del clan con una fractura grave. Había saltado de una roca muy alta para proteger a su compañera de unos

jóvenes losadunai que se dedicaban a atacar a mujeres del clan. Si hay algo que Ayla saber hacer, es curar huesos rotos y heridas abiertas.

—¿Dónde aprendiste, Ayla? —preguntó la Primera.

—La gente del clan tiene los huesos muy duros y resistentes, pero los hombres se los fracturan con frecuencia cuando salen de caza —explicó Ayla—. No usan lanzas arrojadizas, sino que persiguen al animal para clavarle el venablo directamente o a veces saltan sobre él. O hacen lo que hacían esos muchachos: incitar a un animal a perseguir a varios de ellos hasta que la bestia se cansa tanto que pueden acercarse para matarla. También las mujeres se rompen huesos, pero es un accidente más común entre los hombres. Primero aprendí un poco acerca de las fracturas de huesos con Iza, porque también en el Clan de Brun había de vez en cuando problemas de ese tipo, pero cuando aprendí realmente fue el verano que fuimos a la Reunión del Clan. Allí vi arreglar huesos rotos y curar heridas a las otras entendidas en medicinas.

—Creo que ha sido una gran suerte para este muchacho que tú estuvieras allí, Ayla —dijo la Primera—. No todos los zelandonia habrían sabido qué hacer con una fractura así de grave. Otros te harán también preguntas. El Zelandoni de la Quinta querrá hablar contigo, estoy segura, y también la madre del muchacho. Pero lo has hecho muy bien. ¿En qué clase de emplasto habías pensado para la herida?

—He cogido unas raíces viniendo hacia aquí. Creo que la planta se llama anémona —respondió Ayla—. La herida sangraba mientras yo manipulaba los huesos, y a veces la propia sangre de una persona es lo mejor para mantener limpia la herida, pero ahora que la sangre está secándose, me proponía triturar estas raíces y hervirlas para obtener un agua con la que limpiar la herida, y luego añadir un poco de esa agua limpia a la masa triturada, junto con alguna otra raíz, para utilizar la mezcla como emplasto. En mi bolsa de medicinas llevo un poco de raíz de geranio en polvo, para coagular la sangre, y esporas de licopodio, para absorber los fluidos. De todas formas, quería preguntarte si tenías algunas plantas o sabías dónde crecían.

—Bien, pregunta.

—Hay una raíz… cuando describí la planta a Jondalar me dijo que se llamaba consuelda. Ayuda a cicatrizar, por dentro y por fuera. También es buena para las magulladuras mezclada con grasa y aplicada en forma de ungüento; pero para lo que mejor va es para los cortes y las heridas recientes. Un emplasto recién preparado reduce la hinchazón cuando se ha roto un hueso, y ayuda a que éste suelde.

—Sí, tengo raíz de consuelda en polvo y conozco un sitio cerca de aquí donde crece. Desde luego yo describiría sus propiedades tal como tú lo has hecho —convino la Primera.

—También me gustaría utilizar esas flores de colores muy vivos de una planta que se llama, si no me equivoco, caléndula. Son especialmente buenas para las heridas abiertas y para las llagas que se resisten a cerrar. Yo exprimo el jugo de las flores recién cogidas, o hiervo los pétalos secos para aplicarlos sobre las heridas abiertas, y luego mantengo el emplasto húmedo. Previene las infecciones, y me temo

que este muchacho va a necesitar un tratamiento de este tipo. Perdón, ¿cómo se llama el chico?

—Matagan —respondió Jondalar—. Su primo me ha dicho que es Matagan de la Quinta Caverna.

—¿Qué más utilizarías si lo tuvieras? —preguntó la Zelandoni.

Por un instante Ayla tuvo la pasajera sensación de hallarse ante Iza cuando ponía a prueba sus conocimientos.

—Enebrinas aplastadas para una herida sangrante, o esa seta redonda… el bejín. Eso puede cortar una hemorragia. También sirve la hidrastina en polvo, y…

—Es más que suficiente —la interrumpió la Primera—. Estoy convencida de que sabes lo que haces. El tratamiento que propones es muy apropiado. Pero ahora, Jondalar, quiero que la lleves a algún sitio donde pueda lavarse… y también tú. Los dos estáis cubiertos de la sangre de ese muchacho, y veros así inquietaría mucho a la madre. Déjame las raíces de anémona, y mandaré a alguien a coger consuelda. Ahora nosotros nos ocuparemos de él. Tú puedes volver cuando estés limpia y hayas descansado. ¿Por qué no volvéis al campamento de la Novena Caverna por el camino de atrás para no cruzar otra vez el campamento? Estoy segura de que fuera se ha congregado una muchedumbre. Usad la otra salida; será más rápido, y así evitaréis a los que quieran pararos. Antes de marcharos, no obstante, creo que debéis ser eximidos de la prohibición de hablar. Parece que vuestro período de aislamiento ha terminado un día antes.

—¡Ah, me había olvidado! —exclamó Ayla—. ¡Ni siquiera había pensado en ello!

—Yo sí —afirmó Jondalar—, pero pensé que era más importante atender al muchacho.

—Has hecho bien —aseguró la Zelandoni—. Esto era, sin duda, una emergencia. Aun así, por formulismo, debo preguntároslo. Habéis completado vuestro período de prueba, Jondalar y Ayla, ¿habéis decidido que queréis permanecer juntos, o preferís dar por terminada vuestra unión ahora y tratar de encontrar a otra persona con quien quizá fuerais más compatibles?

Los dos la miraron, luego se miraron entre sí, y finalmente apareció en el rostro de Jondalar una sonrisa de la que Ayla se contagió.

—Si no soy compatible con Ayla, ¿con quién voy a serlo? —dijo Jondalar—. Puede que esto haya sido nuestra ceremonia matrimonial, pero en mi corazón yo me había emparejado ya con ella hacía mucho tiempo.

—Así es. Incluso dijimos esas mismas palabras antes de cruzar el glaciar, justo después de separarnos de Guban y Yorga. Entonces sabíamos ya que estábamos emparejados, pero Jondalar quería que tú ataras el nudo por nosotros, Zelandoni.

—¿Quieres desemparejarte, Ayla? —preguntó la Zelandoni—. ¿Y tú, Jondalar?

—No, no quiero —contestó Ayla sonriendo a Jondalar—. ¿Y tú?

—Ni por un instante, mujer —dijo él—. He tenido que esperar mucho para emparejarme contigo. No voy a ponerle fin ahora a nuestra unión.

—En ese caso quedáis eximidos de la prohibición de hablar con otras personas y podéis declarar a todo el mundo que Jondalar y Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii están emparejados. Ayla, cualquier hijo que nazca de ti nacerá en el hogar de Jondalar. Será la responsabilidad de los dos cuidarlo hasta que sea mayor. ¿Tenéis la correa?

Mientras buscaban la larga correa de piel, la Zelandoni fue a por dos collares a una mesa cercana. Cogió la correa y ató alrededor de sus cuellos dos sencillos collares.

—Os deseo una vida larga y feliz juntos —concluyó la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

Abandonaron furtivamente el alojamiento por la salida posterior y regresaron por el camino de atrás sin detenerse. Algunos los vieron marcharse y los llamaron, pero ellos siguieron adelante. Cuando llegaron al estanque alimentado por el manantial, Ayla se metió en el agua totalmente vestida. Jondalar la siguió. En cuanto la Zelandoni les llamó la atención respecto a la sangre, la sentían y la olían continuamente, y deseaban limpiarse. Esperaba que las manchas desaparecieran con el agua fría, pero Ayla pensó que de no ser así, simplemente, tiraría esa ropa y se haría otra nueva. Tras las grandes cacerías, tenía ya varias pieles, así como otras partes de los animales cazados a las que también encontraría algún uso.

Habían dejado a los caballos en el prado cercano al campamento de la Novena Caverna camino del alojamiento de la zelandonia, y los animales habían ido solos al cercado. El olor de la sangre siempre los inquietaba, y tanto el rinoceronte como el muchacho habían sangrado copiosamente. El cercado les producía una sensación de seguridad. Jondalar se había envuelto en la ropa mojada y corrió hasta el campamento, con la esperanza de encontrar a los caballos, y ropa para cambiarse en los canastos.

Le sorprendió encontrar allí a Lanidar tranquilizando a los animales, pero el niño parecía alterado, y dijo que quería hablar con Ayla. Jondalar le respondió que ella acudiría allí en cuanto le llevara algo de ropa. Se tomó el tiempo necesario para descargar los canastos y quitar las mantas y cabestros a los caballos. Transmitió a Ayla el mensaje de Lanidar, y cuando ella vio al niño, adivinó por su postura, pese a la distancia, que se sentía muy disgustado por algo. Se preguntó si, por alguna razón, su madre le habría prohibido seguir cuidando a los caballos.

—¿Qué pasa, Lanidar? —preguntó en cuanto llegó a su lado.

—Es Lanoga —contestó él—. Lleva todo el día llorando.

—Pero ¿por qué?

—Por la niña. Quieren quitarle a Lorala.

Capítulo 34

—¿Quién quiere quitársela? —preguntó Ayla.

—Proleva y otras mujeres —contestó Lanidar—. Dicen que han encontrado una madre para Lorala, alguien que puede amamantarla siempre.

—Vamos a ver qué pasa —propuso Ayla—. Ya volveremos luego a ocuparnos de los caballos.

Cuando llegaron al campamento, Ayla se alegró de ver a Proleva allí, y ésta le sonrió cuando se acercaban.

—¿Y bien? ¿Ya se ha confirmado? ¿Estáis emparejados? ¿Podemos celebrar el banquete y sacar los regalos? No hace falta que contestes. Ya veo los collares.

Ayla no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Sí, estamos emparejados —respondió.

—La Zelandoni acaba de confirmarlo —añadió Jondalar.

—Necesito hablar contigo de otro asunto, Proleva —dijo Ayla con expresión seria.

—¿De qué? —preguntó la mujer, intuyendo la preocupación de Ayla por la expresión de su rostro.

—Me ha dicho Lanidar que vais a quitarle la niña a Lanoga.

—Bueno, yo no lo expresaría así —repuso Proleva—. Pensaba que te complacería saber que habíamos encontrado un hogar para Lorala. Una mujer de la Vigésimo cuarta Caverna perdió a su hijo. Nació con una grave deformidad y murió. La mujer tiene mucha leche, y está dispuesta a adoptar a Lorala, aunque sea ya algo mayor. Desea mucho tener un niño, y me da la impresión de que ha abortado varias veces. Me pareció una solución perfecta.

—Eso parece, pero ¿quieren dejarlo ahora las mujeres que estaban amamantando a Lorala? —quiso saber Ayla.

—En realidad, no. La verdad es que me sorprendió. Cuando se lo pregunté a un par de ellas, las noté un tanto disgustadas. Incluso Stelona comentó que la Vigésimo cuarta Caverna está muy lejos y que lamentaría no poder ver crecer sana y fuerte a Lorala.

—Me consta que has pensado que eso sería lo mejor para Lorala, pero ¿le has preguntado a Lanoga?

—No, lo cierto es que no —contestó Proleva—. Se lo pregunté a Tremeda. Supuse que para Lanoga sería un alivio librarse de la responsabilidad de cuidar a su hermana. Es muy joven para preocuparse de cuidar de un bebé a todas horas. Ya tendrá tiempo de sobra para eso cuando sea madre.

—Dice Lanidar que Lanoga lleva todo el día llorando.

—Ya sé que se ha llevado un disgusto, pero pienso que lo superará. Al fin y al cabo, ella no amamanta a Lorala; ni siquiera es aún una mujer. No cuenta más de once años.

Ayla recordó que ella misma no tenía más de doce años cuando dio a luz a Durc, y no fue capaz de abandonarlo. Hubiera preferido morir antes que separarse de él. Cuando se le retiró la leche, las mujeres del clan amamantaron a Durc, pero no por eso ella fue menos madre de su hijo. Aún lamentaba haberlo tenido que dejar cuando se vio obligada a apartarse del clan. En aquel momento deseaba llevárselo, y sólo por el temor a lo que pudiera ocurrirle si llegaba a pasarle algo a ella, dejó allí a su hijo de tres años. No le sirvió de consuelo saber que Uba lo amaría y cuidaría como si fuera suyo. Sufría aún cada vez que se acordaba de él. Nunca lo había superado, y no quería que Lanoga padeciera esa clase de dolor.

—No es amamantar lo que la convierte a una en madre, Proleva, y tampoco la edad, desde luego —declaró Ayla—. Fíjate en Janida. No es mucho mayor que Lanoga, y a nadie se le ocurriría quitarle a su hijo.

—Janida tiene un compañero con cierta posición, y el niño nacerá en el hogar de él. Peridal se responsabilizará de su bienestar, e incluso si el emparejamiento no dura, varios hombres han hecho saber ya que estarían dispuestos a aceptarla como compañera. Janida tiene una buena situación, es atractiva y está embarazada. Sólo espero que Peridal se dé cuenta de que se ha unido a una mujer muy favorecida antes de que su madre, la de Peridal, cause más problemas. Esa mujer llegó al extremo de ir a buscarlos durante el período de prueba para intentar que él renunciara al emparejamiento. —Proleva se interrumpió. Habría tiempo de sobra para contarle eso a Ayla—. Pero Lanoga no es Janida.

—No, Lanoga no es una joven favorecida, pero debería serlo. Es imposible pasarse casi un año cuidando de un bebé, y no tomarle afecto. Ahora Lorala es más hija de Lanoga que de Tremeda. Puede que sea joven, pero ha sido una buena madre.

—Sí, claro que lo ha sido. Ésa es la cuestión. Es una niña extraordinaria, y será una excelente madre algún día —dijo Proleva— si llega a tener la oportunidad. Pero cuando tenga edad de emparejarse, ¿qué hombre estará dispuesto a aceptarla teniendo que quedarse también con su hermana pequeña, y no como segunda mujer, sino como una niña de la que hacerse responsable aunque no haya nacido en su hogar? Lanoga tiene ya las cosas bastante complicadas, considerando el hogar en el que ella y Lorala nacieron. Me temo que el único dispuesto a aceptarla será alguno como Laramar, al margen de quien recomiende a Lanoga. Me gustaría saber que, al menos, tiene la oportunidad de mejorar su vida.

Ayla estaba segura de que Proleva tenía toda la razón, y era obvio que se preocupaba sinceramente por la niña y que haría todo lo posible por ayudarla. Sin embargo, sabía cómo se sentiría Lanoga si perdía a Lorala.

—Lanoga no tiene que preocuparse por encontrar a un compañero —intervino Lanidar.

Ayla y Proleva casi habían olvidado que el muchacho estaba allí. También Jondalar se sorprendió. Había escuchado atentamente la discusión entre las dos mujeres, y comprendía los motivos de ambas partes.

—Aprenderé a cazar, y a imitar los cantos de las aves para hacer de reclamo en las cacerías, y cuando sea mayor, me emparejaré con Lanoga y la ayudaré a cuidar de Lorala, y de sus demás hermanos si ella quiere. Ya se lo he propuesto, y ha accedido. Es la única niña que he conocido que no le da importancia a mi brazo, y no creo que a su madre le preocupe demasiado.

Ayla y Proleva miraron boquiabiertas a Lanidar, y luego se miraron como si no estuvieran seguras de haber oído lo mismo, ni de estar pensando lo mismo. En realidad, no sería un mal emparejamiento, sobre todo si Lanidar perseveraba en su intención de aprender a hacer cosas para mejorar. Los dos eran buenos chicos, y asombrosamente maduros para las edades que tenían. Eran muy jóvenes, desde luego, y podían cambiar de idea, pero, por otra parte, ¿qué otras opciones tenían?

—Así que no le des la niña de Lanoga a otra mujer —dijo Lanidar—. No me gusta verla llorar.

—Lanoga quiere mucho a esa niña —añadió Ayla—, y la Novena Caverna ha demostrado que está dispuesta a ayudarla. ¿Por qué no dejamos las cosas como están?

—¿Qué le diré ahora a la mujer que iba a adoptar a Lorala? —dijo Proleva.

—Dile sencillamente que la madre no ha querido separarse de ella —sugirió Ayla —. Es la verdad. Tremeda no es en realidad su madre; lo es Lanoga. Si esa mujer de verdad quiere un niño, lo tendrá, ya sea propio o de algún otro que necesite una madre, quizá incluso un recién nacido. En el territorio zelandonii hay muchas cavernas y mucha gente. Continuamente ocurren cosas.

Casi todas las personas de la Novena Caverna de los zelandonii y la Primera de los lanzadonii acudieron a la gran celebración conjunta por los emparejamientos del hermano del jefe de una y la hija del hogar del jefe de la otra, que además estaban emparentados. Resultó que otras dos personas de la Novena Caverna se habían unido también con personas de otras cavernas. Proleva se enteró y se aseguró de que se los incluyera. Una joven llamada Tishona se había unido a Marsheval de la Decimocuarta Caverna, y se iría a vivir con él. Y otra mujer algo mayor, Dynoda, se había ido hacía tiempo y había tenido un hijo, pero recientemente había cortado el nudo con su antiguo compañero y formado una nueva relación con Jacsoman de la Séptima Caverna. Volverían a establecerse en la Novena Caverna. Dynoda tenía a su madre enferma y quería estar cerca de ella.

En el transcurso del día, otros acudieron a expresar sus mejores deseos. Levela, Jondecam y la madre de ella, Velima, que era también madre de Proleva, pasaron con ellos la mayor parte del día, lo cual fue del agrado de Ayla y Jondalar, y de Joplaya y

Echozar. Todos disfrutaban de su mutua compañía. La madre y el tío de Jondecam también estuvieron allí un rato.

Ayla y Jondalar se alegraron de ver a Kimeran, que ahora estaba lejanamente emparentado con ellos a través de la compañera de su sobrino, que era hermana de Proleva. Ayla se desorientó con algunos de los enrevesados lazos de parentesco, pero le complació especialmente ver a la madre de Jondecam, la Zelandoni de la Segunda Caverna. Por alguna razón se alegró de conocer a una Zelandoni que había tenido hijos, en particular uno tan sociable y seguro de sí mismo como Jondecam.

Janida y Peridal pasaron también casi todo el día con la Novena Caverna, y —circunstancia significativa— sin la madre de él. Deseaban marcharse de la Vigésimo novena Caverna, y hablaron con Kimeran y Joharran para ver si la Segunda o la Novena Caverna estarían dispuestas a aceptarlos. Jondalar tenía la certeza de que una u otra los acogería. La Primera ya había hablado con los jefes y con la Zelandoni de la Segunda Caverna al respecto. Consideraba sensato separar a la joven pareja de la madre de Peridal, al menos por una temporada. La Primera se había enfurecido con la mujer por presentarse ante ellos a la fuerza durante el período de aislamiento.

Al final del día, cuando las cosas empezaron a calmarse, Marthona preparó una infusión para varios parientes y amigos que aún estaban allí. Proleva, Ayla, Joplaya y Folara ayudaron a repartir los vasos. Estaba también allí un joven que había sido aceptado recientemente como acólito del Zelandoni de la Quinta Caverna, y se había quedado sólo porque era la primera vez que se hallaba en tan augusta compañía y no deseaba marcharse. Le imponía especial respeto la Primera.

—Estoy seguro de que ese joven herido por el rinoceronte no volvería a andar si no hubiera habido allí alguien que supiera qué hacer —comentó el acólito. Había dirigido sus palabras a todos los presentes, pero en realidad pretendía impresionar a la gran donier.

—Creo que tu observación es del todo correcta, Cuarto Acólito del Zelandoni de la Quinta —declaró la corpulenta mujer—. Eres muy perspicaz. El resto depende de la Gran Madre, y de la capacidad de recuperación del joven.

El acólito rebosaba de orgullo por el hecho de que la Zelandoni le hubiera respondido, y más aún por su halago. Era para él una enorme satisfacción verse incluido en aquella conversación informal con la Primera.

—Puesto que ahora eres acólito, ¿no te correspondería uno de los turnos en los cuidados de Matagan? Es de tu caverna, ¿no? —preguntó la Zelandoni—. Naturalmente es difícil quedarse en vela toda la noche, pero de momento necesita alguien a su lado continuamente. Supongo que tu Zelandoni ha solicitado tu colaboración. Si no es así, puedes ofrecerte voluntario. El de la Quinta sin duda sabrá valorarlo.

—Sí, claro que haré uno de los turnos —afirmó él, y se puso en pie—. Gracias por la infusión. Ahora debo irme; he de atender mis responsabilidades. —Tratando de

adoptar un aire digno, cuadró los hombros y con expresión seria se encaminó hacia el campamento principal.

Cuando el joven acólito se hubo marchado, varios de los presentes dejaron brotar la sonrisa que habían estado reprimiendo.

—Has hecho muy feliz a ese muchacho, Zelandoni —dijo Jondalar—. Casi resplandecía de placer. ¿Toda la zelandonia siente el mismo respeto por ti?

—Sólo los jóvenes —contestó ella—. Por como los demás discuten conmigo, a veces me pregunto por qué siguen aceptándome como Primera. Quizá se deba a mi imponente presencia —sonrió. Era una broma en referencia a su considerable tamaño.

Jondalar le devolvió la sonrisa, captando el sentido. Marthona se limitó a dirigirle una mirada elocuente con las cejas enarcadas. Ayla advirtió el cruce de gestos, y creyó comprenderlo, aunque no estaba muy segura. Las sutilezas derivadas del profundo entendimiento entre personas que se conocían desde hacía mucho tiempo no estaban aún a su alcance.

—En todo caso —prosiguió la Zelandoni—, creo que prefiero las discusiones. Es bastante agotador cuando cada palabra que pronuncio se recibe como si saliera directamente de la boca de Doni. Me produce la sensación de que he de andarme con pies de plomo con todo lo que digo.

—¿Quiénes deciden qué Zelandoni es el Primero Entre Quienes Sirven a la Madre? —preguntó Jondalar—. ¿Se nombra igual que al jefe de una caverna? ¿Simplemente cada Zelandoni dice quién le parece que debería ocupar el puesto? ¿Han de estar todos de acuerdo, o la mayoría, o sólo algunos en concreto?

—La elección de los zelandonia forma parte del proceso, pero no acaba ahí. Se toman en consideración muchas cosas. La aptitud para el arte de curar es una de ellas, y nadie juzga eso con más severidad que los curanderos de la zelandonia. Es posible disimular cierta ineptitud ante la gente sin conocimientos medicinales, pero no puede engañarse a alguien que sabe. No obstante, ejercer de curandero no es absolutamente esencial. Ha habido Primeros que tenían sólo un conocimiento rudimentario del arte de curar, pero esa carencia quedaba más que compensada por su capacidad en otros terrenos. Algunos tienen dotes naturales u otros atributos.

—Sólo oímos hablar del Primero o la Primera. ¿Hay un Segundo o un Tercero? ¿Puede actuar alguien como sustituto si le ocurre algo al Primero? ¿Y hay un Último? —preguntó Jondalar, cada vez más entusiasmado con el tema.

Todos estaban interesados. La Zelandoni casi nunca daba tantas explicaciones acerca del funcionamiento interno de la zelandonia, pero percibía el interés de Ayla y tenía motivos para mostrarse así de comunicativa.

—El orden no decrece individualmente. Hay rangos. Sería difícil que una caverna aceptara al Último Entre Quienes Sirven, ¿no? Los acólitos tienen la posición más baja, naturalmente, pero también entre los acólitos hay categorías, a veces en función de sus aptitudes particulares. Es posible que hayáis adivinado que el joven que es el Cuarto Acólito del Zelandoni de la Quinta Caverna ha sido aceptado muy

recientemente. Es un novicio, el rango inferior, pero tiene posibilidades, de lo contrario ni siquiera habría sido aceptado. Algunos no desean pasar de acólitos. No quieren asumir el peso de la responsabilidad de ser Zelandoni; sólo quieren sacar partido a sus aptitudes, y pueden hacerlo mejor en el seno de la zelandonia.

»El rango inmediatamente superior al de acólito es el de los nuevos doniers. Cada Zelandoni debe sentir que ha sido llamado personalmente, y más importante aún, debe convencer al resto de la zelandonia de que ha sido una llamada verdadera. Algunos nunca pasan de la categoría de acólito aunque lo deseen. A veces un acólito, movido por un ferviente deseo de ser Zelandoni, cree erróneamente recibir la llamada o incluso lo finge, pero en tales casos siempre se rechaza al candidato. Aquellos que han pasado por la difícil prueba perciben la diferencia. Eso ha provocado mucho resentimiento entre algunos acólitos… algunos ya antiguos.

—¿Qué más se requiere para llegar a Zelandoni? —insistió Jondalar—. ¿Y qué se necesita en concreto para ser la Primera o el Primero?

Los demás no tenían inconveniente en dejarle a él las preguntas. Aunque algunos de los presentes, como era el caso de Marthona, que había sido acólita en su día, conocían los requisitos, los demás rara vez habían recibido respuestas tan directas por parte de la Zelandoni.

—Para ser Zelandoni hay que memorizar todas las Historias y Leyendas de los Ancianos, y alcanzar una buena comprensión de su significado. Hay que conocer las palabras de contar y cómo emplearlas, la llegada de las estaciones, las fases de la luna, y algunas cosas que sólo saben los zelandonia. Pero quizá lo más importante sea la capacidad para visitar el mundo de los espíritus —explicó la Zelandoni—. Por eso uno debe recibir la verdadera llamada. La mayoría de los zelandonia saben desde el principio quién será el Primero, y quién tiene más probabilidades de sucederlo. Es posible que eso se revele la primera vez que uno recibe la llamada para aventurarse en el mundo de los espíritus. Ser el Primero es también una llamada, y no una llamada que todo Zelandoni desea oír.

—¿Cómo es el mundo de los espíritus? —continuó preguntando Jondalar—. ¿Es aterrador? ¿Se siente miedo cuando hay que visitarlo?

—Nadie puede describir el mundo de los espíritus a alguien que nunca ha estado allí. Pero sí, es aterrador, sobre todo la primera vez. El miedo nunca desaparece del todo, pero puede llegar a controlarse con meditación y preparación, junto con la certeza de que uno cuenta con la ayuda de la zelandonia y especialmente de la caverna. Sin la ayuda de la gente de la propia caverna, sería difícil regresar.

—Pero si es aterrador, ¿por qué vais? —quiso saber Jondalar.

—No hay manera de negarse.

De pronto Ayla notó frío y se estremeció.

—Muchos intentan resistirse, y algunos lo consiguen por un tiempo —prosiguió la donier—, pero al final se hará la voluntad de la Madre. Es mejor ir preparado. Alguien que se aventura en esa dirección nunca está exento de peligros, y por eso la

iniciación puede resultar muy dura. Al otro lado, la prueba es aún peor. Puedes sentirte despedazado, y ver tus pedazos esparcidos en el torbellino y la oscuridad desconocida. También hay quienes regresan, pero dejan allí una parte de sí mismos, y ya nunca se recuperan del todo. Pero nadie puede ir y permanecer inalterado.

»Una vez que recibes la llamada, debes aceptarla, junto con las obligaciones y responsabilidades que la acompañan. Creo que por eso hay tan pocos zelandonia emparejados. No existe restricción alguna respecto a emparejarse o tener hijos, pero ser Zelandoni es en gran medida como ser jefe. Puede ser difícil encontrar un compañero dispuesto a vivir con alguien en quien recaen tantas exigencias. ¿No es así, Marthona?

—Sí —contestó ella, y sonrió a Dalanar antes de volverse hacia su hijo—. ¿Por qué crees que Dalanar y yo cortamos el lazo, Jondalar? Hablamos de ello el día después de tu emparejamiento. No se debió sólo a su intenso deseo de viajar; también Willamar siente ese impulso. Dalanar y yo nos parecíamos en muchos sentidos. Él se siente a gusto ahora que es jefe de su propia caverna, de su propia gente, de hecho, pero tardó en darse cuenta de que era eso lo que quería. Se resistió a asumir la responsabilidad durante mucho tiempo, pero creo que fue eso lo que inicialmente lo atrajo de mí. Al principio fuimos muy felices. Pero él estaba cada vez más inquieto. Lo mejor fue separarse. Jerika es la mujer idónea para él. Tiene una voluntad férrea, y Dalanar necesita a una mujer fuerte al lado, pero él es jefe.

Las dos personas aludidas cruzaron una mirada y sonrieron. Luego Dalanar tendió la mano para coger la de Jerika.

—Losaduna es El Que Sirve para la gente que vive al otro lado del glaciar. Tiene una compañera, y su compañera tiene cuatro hijos y parece muy feliz —comentó Ayla, que había estado escuchando a la Zelandoni fascinada.

—Losaduna es afortunado de haber encontrado a una mujer como ella, del mismo modo que yo tuve suerte de encontrar a Willamar —contestó Marthona—. Yo era muy reacia a volver a emparejarme, pero ahora me alegro de que él fuera tan insistente. —Se volvió para sonreír a su actual compañero—. Supongo que ésa es una de las razones por las que finalmente delegué el mando. Fui jefa durante muchos años con Willamar a mi lado, y nunca tuvimos un solo problema por ello, pero me cansé de las exigencias del puesto. Necesitaba tiempo para mí, y quería también disponer de cierto tiempo para compartirlo con Willamar. Cuando llegó Folara, deseé dedicarme a ella. Joharran parecía estar capacitado, así que empecé a prepararlo, y cuando tuvo edad suficiente, le cedí gustosa la responsabilidad. Se parece mucho a Joconan; estoy segura de que es el hijo del espíritu de Joconan —sonrió a su primogénito—. Aún conservo cierta autoridad. Joharran consulta conmigo a menudo, aunque sospecho que lo hace más por mí que por su propia necesidad.

—Eso no es cierto, madre —repuso Joharran—. Valoro mucho tus consejos.

—¿Amabas mucho a Dalanar, madre? —preguntó Jondalar—. Como sabes, corren canciones e historias sobre vuestro amor. —Las había oído, pero con

frecuencia se preguntaba por qué se habían separado si su amor era realmente tan profundo.

—Sí, claro que lo amaba. Una pequeña parte de mí aún lo ama. No es fácil olvidar a alguien a quien se ha querido tanto, y me alegra que sigamos siendo amigos. Creo que ahora somos mejores amigos que cuando estábamos emparejados —se fijó en el semblante de su hijo mayor—. También amo todavía a Joconan. Su recuerdo permanece vivo en mí, y me trae a la memoria mi juventud y mi primer amor, pese a que a él le costó un tiempo decidir qué quería —añadió enigmáticamente.

Jondalar recordó la historia que había oído acerca de su madre en su viaje.

—Decidirse entre tú y Bodoa, o por las dos, ¿a eso te refieres, madre? —preguntó.

—¡Bodoa! —exclamó la Zelandoni—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre. ¿No era la forastera que estaba siendo adiestrada por la zelandonia? Pertenecía a algún pueblo del este… ¿Cómo se llamaban? Zar… Sard… Algo así.

—S'Armunai —apuntó Jondalar.

—Exacto —recordó la Zelandoni—. Yo aún era joven cuando se marchó, pero cuentan que era muy apta.

—Ahora es S'Armuna. Ayla y yo la conocimos en nuestro viaje. Las Lobas, como se hacían llamar un grupo de mujeres s'armunai, me capturaron, y Ayla les siguió el rastro y vino a por mí. Tuvimos suerte de escapar con vida. De no haber sido por Lobo, dudo que estuviéramos ahora aquí. No os podéis imaginar la sorpresa que me llevé al encontrar entre aquella gente a alguien que no sólo hablaba zelandonii, sino que, además, conocía a mi madre.

—¿Qué ocurrió? —preguntaron varios a la vez.

Jondalar contó brevemente la historia de la cruel Attaroa y el Campamento de los s'armunai que ella pervirtió.

—Aunque S'Armuna ayudó en un principio a Attaroa, más tarde se arrepintió y decidió ponerse del lado de su gente y tratar de corregir los daños causados por Attaroa —concluyó, finalmente, Jondalar.

Todos hicieron gestos de asombro.

—Es la historia más descabellada que he oído jamás —declaró la Zelandoni—, pero ilustra lo que puede ocurrir cuando un Zelandoni se corrompe. Creo que Bodoa podría haber llegado muy lejos si no hubiera abusado de su poder. Fue una suerte para ella que finalmente recobrara la sensatez. Se dice que El Que Sirve a la Madre pagará en el otro mundo el mal uso que haga de su poder en éste. Ésa es una de las razones por las que la zelandonia selecciona tan cuidadosamente a sus miembros. No hay vuelta atrás. En eso nos diferenciamos de los jefes de las cavernas. Un Zelandoni es Zelandoni para toda la vida. Aunque a veces querríamos liberarnos de esa carga, no es posible.

Todos guardaron silencio por un rato, pensando en la historia que Jondalar había contado. Alzaron la vista cuando se acercó Ramara.

—Me mandan a informarte, Joharran, de que han traído el rinoceronte —anunció la mujer—. El mérito corresponde a Jondalar; fue su lanza la que lo mató.

—Me alegra oírlo, Ramara, gracias.

A la mujer le habría gustado quedarse y escuchar la conversación, pero tenía otras cosas que hacer, y no estaba invitada a la reunión, aunque nadie le habría pedido que se marchara.

—Tú eres el primero en elegir, Jondalar —dijo Joharran cuando Ramara se retiró —. ¿Vas a quedarte el cuerno?

—Creo que no. Prefiero la piel.

—Cuéntame qué ha pasado con ese rinoceronte —quiso saber Joharran.

Jondalar explicó que casualmente habían visto a aquellos muchachos acosar al rinoceronte lanudo y se habían detenido a observar.

—No me di cuenta de lo jóvenes que eran hasta después del accidente. Creo que, más que el rinoceronte, querían admiración y elogios, y convertirse en la envidia de sus amigos.

—Ninguno de ellos tenía la menor experiencia con rinocerontes; en realidad, apenas habían cazado —dijo Joharran—. No deberían haber intentado abatir a una bestia semejante ellos solos. Han aprendido, por el camino más difícil, que cazar un rinoceronte, o cualquier otro animal, no es un juego.

—Pero es cierto que si hubieran cazado ellos solos a ese rinoceronte lanudo habrían recibido grandes elogios y se habrían convertido en la envidia de sus amigos —observó Marthona—. En cierto sentido este accidente, por horrible que haya sido, quizá sirva para prevenir futuros intentos de la misma clase y tragedias aún peores. Pensad que si hubieran conseguido su propósito, otros muchos jóvenes intentarían imitarlos. Ahora nuestros chicos se lo pensarán dos veces antes de intentar una cosa así, al menos durante un tiempo. La madre de ese joven sufrirá y se preocupará, pero su sacrificio puede ahorrar a otras madres un padecimiento mucho mayor. Espero que Matagan sobreviva sin grandes secuelas.

—En cuanto Ayla ha visto que el rinoceronte lo corneaba, ha corrido a ayudar —continuó Jondalar—. No es la primera vez que se mete en una situación peligrosa cuando alguien está herido, pero a veces eso me preocupa.

—Matagan ha tenido mucha suerte de que ella estuviera allí. Estoy segura de que habría quedado lisiado de por vida, o algo peor, si no hubiera habido cerca alguien que supiera qué debía hacerse —dijo la Zelandoni. Volviéndose hacia Ayla, preguntó —: ¿Qué has hecho primero exactamente?

Ella lo explicó a grandes rasgos. La Zelandoni le sonsacó más detalles y le pidió que argumentase sus actuaciones. Bajo el disfraz de una simple conversación examinaba los conocimientos de Ayla en el arte de curar. Aunque todavía no lo había mencionado, la Zelandoni se proponía convocar una primera reunión formal de la zelandonia para dar a conocer el alcance de la preparación de Ayla, pero dio gracias por esa oportunidad de interrogarla antes personalmente. Había sido una desgracia

para el pobre Matagan, pero se alegraba de esa demostración de sus aptitudes ante todos los asistentes a la Reunión de Verano. Le proporcionaba una excelente ocasión para empezar a plantear a la zelandonia la idea de incorporar a Ayla.

La Primera ya había reflexionado profundamente sobre las aptitudes de Ayla, pero en esos momentos veía a la joven bajo una luz completamente nueva. Ayla no carecía de experiencia. Era una igual, una auténtica colega. Era muy posible que la Zelandoni pudiera aprender muchas cosas de ella. Aquellas esporas de licopodio, por ejemplo; ésa era una aplicación que ella nunca había utilizado, pero tras reflexionar al respecto, veía que probablemente era un buen procedimiento. Estaba deseando hablar con Ayla a solas, comparar ideas y conocimientos. Además, pensó que sería bueno tener a alguien con quien conversar en la Novena Caverna.

La Zelandoni colaboraba con otros zelandonia de la región y trataba de cuestiones profesionales con sus colegas durante las Reuniones de Verano. Tenía un par de acólitos, naturalmente, pero ninguno seriamente interesado en el arte de curar. Contar con una auténtica curandera en su propia caverna, y más una que aportara conocimientos nuevos, podía ser muy provechoso.

—Ayla —dijo la Zelandoni—. Quizá no esté de más hablar con la familia de Matagan.

—No estoy muy segura de saber qué decirles —respondió la joven.

—Deben de estar preocupados, y probablemente les gustará saber qué ha ocurrido. Sin duda, sería conveniente intentar tranquilizarlos.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó Ayla.

—Puedes decirles que ahora todo depende de la Madre, pero existen posibilidades de que se recupere. ¿No es ésa tu opinión? Yo así lo creo —dijo la Zelandoni—. Creo que Doni sonrió a ese joven, porque dio la casualidad de que tú estabas allí.

Jondalar ahogó un bostezo mientras se quitaba la túnica, una nueva que había recibido de su madre en la fiesta de emparejamiento, hecha con hebras de lino que ella había preparado y tejido. Había acordado con algún artesano una ornamentación sencilla, a base de bordados y cuentas. Era ligera y cómoda. Le había regalado una parecida a Ayla, muy amplia para que pudiera usarla más tarde, cuando su embarazo fuera más avanzado. Jondalar se la había puesto de inmediato; Ayla, en cambio, la reservaba para más adelante.

—Nunca había oído a la Zelandoni hablar tan abiertamente sobre la zelandonia —comentó él mientras se preparaba para acostarse—. Ha sido interesante. No sabía lo difícil que podía ser su trabajo, pero recuerdo que siempre que se veía obligada a superar una prueba complicada decía que hacerlo tenía sus compensaciones. Me pregunto cuáles serán esas compensaciones. Apenas ha dicho nada sobre ello.

Yacieron juntos en silencio durante un rato. Ayla estaba muy cansada, tanto que apenas podía pensar. Entre el accidente en la cacería del rinoceronte del día anterior y

quedarse luego hasta muy tarde en el alojamiento de la zelandonia, y la celebración por el emparejamiento de ese día, había dormido muy poco y había estado sometida a considerables tensiones. Notaba un poco de dolor en torno a las sienes, y se planteó levantarse para preparar una infusión de corteza de sauce, pero el cansancio la disuadió.

—Y mi madre… —prosiguió Jondalar, como si pensara en voz alta—. Siempre había creído que ella y Dalanar simplemente decidieron separarse. No sabía por qué. Supongo que uno sólo ve a su madre como nada más que su madre. Una persona que nos quiere y nos cuida.

—No creo que la separación fuera fácil para ella —comentó Ayla—. Estoy segura de que amaba mucho a Dalanar, y la entiendo… Tú te pareces mucho a él.

—No en todo. Yo nunca he querido ser jefe, y sigo sin querer. Echaría de menos el contacto con la piedra. No hay nada más satisfactorio para mí que tallar una hoja de cuchillo perfecta, una hoja que salga tal cual la has imaginado.

—Dalanar también es tallador de pedernal —adujo Ayla.

—Sí, y el mejor; pero ahora apenas tiene tiempo de trabajar la piedra. El único que se le puede comparar es Wymez, y continúa en el Campamento del León haciendo excelentes puntas para las lanzas de los cazadores de mamuts. Es una lástima que no lleguen a conocerse. Les habría gustado aprender el uno del otro.

—Pero tú los has conocido a los dos, y entiendes la piedra tan bien como el que más —dijo Ayla—. ¿No puedes mostrarle a Dalanar lo que aprendiste de Wymez?

—Sí, ya he empezado a hacerlo —respondió él—. Dalanar está tan interesado como lo estuve yo. Me alegro mucho de que aplazaran la ceremonia matrimonial hasta la llegada de los lanzadonii. Y me complace que Joplaya y Echozar se unieran en la misma ceremonia que nosotros. Eso crea un vínculo especial. Siempre he sentido un profundo afecto por mi prima, y esto nos une aún más. Creo que también a Joplaya le gustó.

—Estoy segura de que Joplaya se alegró mucho de compartir la ceremonia matrimonial contigo. Creo que siempre lo ha deseado —y aquello había sido lo más parecido posible a lo que de verdad deseaba, pensó Ayla. Lo sentía por Joplaya, pero debía admitir que se alegraba de la prohibición contra el emparejamiento de los primos cercanos—. Echozar parece muy feliz.

—Creo que aún no acaba de creérselo —dijo Jondalar, rodeándola con los brazos y acariciándole el cuello con los labios—. Había algunos otros que opinaban lo mismo por distintas razones.

—Echozar la ama profundamente —afirmó ella, que hacía esfuerzos para no dormirse—. Un amor así puede compensar muchas cosas.

—En realidad, no es tan feo cuando te acostumbras a verlo. Es sólo distinto. Pero es verdad que en su rostro son evidentes los rasgos del clan.

—Yo no creo que sea feo. A mí me recuerda a Rydag, y a Durc —dijo Ayla—. Yo encuentro atractivas a las personas del clan.

—Ya lo sé, y tienes razón. Son personas atractivas, a su manera. Y tú tampoco estás nada mal, mujer.

Le acarició el cuello con los labios, la besó y notó nacer su propia necesidad de ella, pero vio que estaba casi dormida. Sabía que no lo rechazaría —nunca lo había hecho—, pero ése no era buen momento. En todo caso, todo saldría mejor cuando ella estuviera descansada.

—Espero que Matagan se recupere —dijo Jondalar cuando Ayla se dio la vuelta. Él se apretó contra su espalda.

—Eso me recuerda una cosa. —Ayla se dio otra vez la vuelta para mirarlo—. La Zelandoni, el donier de la Quinta y yo hemos estado hablando con su madre. Hemos tenido que decirle que tal vez le quede alguna secuela del accidente. Quizá Matagan vuelva a andar, pero nadie puede asegurarlo.

—Sería una lástima que no pudiera andar. Es tan joven…

—Simplemente no lo sabemos, claro está, pero aunque llegue a andar, quizá quede cojo —explicó Ayla—. La Zelandoni ha preguntado a su madre si el chico había mostrado interés por algún arte u oficio. Lo único que le ha venido a la cabeza, además de la caza, era que Matagan se hacía sus propias puntas de lanza. Me ha recordado a aquellos muchachos s'armunai que Attaroa dejaba lisiados. Tú enseñaste a uno de ellos a tallar pedernal, para que pudiera valerse. Le he dicho a su madre que si él quería, te preguntaría si tú estabas dispuesto a enseñarle.

—Es de la Quinta Caverna, ¿no? —dijo Jondalar, considerando la idea.

—Sí, pero tal vez podría venir a vivir a la Novena durante un tiempo. ¿No vivió Danug en un Campamento Mamutoi distinto durante un año aproximadamente para conocer mejor el pedernal? Quizá podríamos hacer lo mismo por Matagan.

—Sí, es verdad. Danug acababa de volver después de pasar un año en un campamento de mineros para conocer la piedra en su mismo origen, tal como yo aprendí en la mina de Dalanar. No podría haber tenido un maestro mejor que Wymez cuando vino a aprender a trabajar el pedernal, pero un buen tallador ha de conocer también el mineral. —Jondalar arrugó la frente mientras consideraba las posibles consecuencias—. No sé… Le enseñaría con mucho gusto, pero debería hablar antes con Joharran sobre la posibilidad de acogerlo en la Novena Caverna. Necesitaría un sitio donde vivir. Joharran tendría que negociarlo con la Quinta Caverna…, y todo eso si Matagan está interesado en aprender. Puede que se hiciera él mismo las puntas de lanza porque quería cazar, y no había nadie dispuesto a hacérselas. Ya veremos, Ayla. Es una posibilidad. Si sus lesiones son tan graves, desde luego tendrá que aprender un oficio.

Los dos se acomodaron entre las pieles, pero Ayla, pese al cansancio, no se durmió de inmediato. Sin querer, empezó a pensar en su futuro, y en el del niño que llevaba dentro. ¿Y si era un niño y decidía acosar a un rinoceronte? ¿Y si le ocurría algo? ¿Dónde estaba Lobo? Ese animal era casi como un hijo para ella, y no lo veía desde hacía días. Cuando por fin se durmió, soñó con niños, lobos y terremotos.

Aborrecía los terremotos. No sólo la asustaban, sino que los veía como un mal augurio personal.

—Me cuesta creer que aún haya gente poniendo reparos al emparejamiento de Joplaya y Echozar —dijo la Zelandoni—. Ya está hecho. Están emparejados. Han pasado la prueba del aislamiento, y la unión está confirmada. Ya es un hecho. Incluso han celebrado la fiesta de emparejamiento. No hay nada más que decir.

La Primera tomaba un último vaso de infusión antes de regresar al alojamiento de la zelandonia después de pasar la noche en el campamento de la Novena Caverna. Había más personas sentadas en torno a la gran hoguera en forma de zanja acabando de desayunar antes de iniciar las febriles actividades del día.

—Están planteándose volver a casa antes de lo previsto —comentó Marthona.

—Sería una lástima después de venir desde tan lejos —dijo Jondalar.

—Ya tienen lo que venían a buscar —declaró Willamar—. Joplaya y Echozar están oficialmente emparejados, y tienen a su Zelandoni, o mejor dicho, Lanzadoni.

—Yo esperaba pasar un tiempo con ellos —se lamentó Jondalar—. Tardaremos mucho en verlos.

—Eso mismo esperaba yo —añadió Joharran—. He estado hablando con Dalanar sobre los motivos que lo impulsaron a fundar los lanzadonii como grupo aparte y, por lo que me ha explicado, sus razones van más allá del hecho de querer vivir a una considerable distancia. Tiene ideas interesantes.

—Siempre las ha tenido —dijo Marthona.

—Echozar y Joplaya han optado por dejar de ir al campamento principal porque la gente no deja de mirarlos…, y las miradas no son especialmente cordiales —dijo Folara.

—Puede que estén más susceptibles desde las objeciones presentadas durante la ceremonia matrimonial —comentó Proleva.

—He analizado esas objeciones caso por caso, y por separado no se sostienen —afirmó la Primera—. El iniciador de todo fue Brukeval, nada menos, y todo el mundo sabe cuál es su problema. Por su parte, Marona pretende crear problemas únicamente porque los lanzadonii están emparentados con Jondalar, y aún quiere vengarse de él y de todos los que lo rodean.

—Esa mujer parece estar adiestrándose en el arte de mantener el rencor —dijo Proleva—. Necesita algo en qué ocuparse. Quizá con un hijo tendría otra cosa en qué pensar.

—Yo no la querría como madre de ningún niño —comentó Salova.

—Quizá Doni esté de acuerdo contigo —dijo Ramara—. Que se sepa, nunca ha sido bendecida.

—¿No es parienta tuya, Ramara? —preguntó Folara—. Las dos tenéis el mismo pelo de color rubio claro.

—Es prima mía, pero no cercana —contestó la mujer.

—Creo que Proleva tiene razón —dijo Marthona—. Marona necesita algo que hacer, pero eso no significa que tener un hijo sea la única solución. Debería aprender algún oficio, algo a lo que dedicarse que mereciera la pena, y así no pensaría tanto en complicar la vida a los demás sólo porque su vida no es como a ella le hubiera gustado. Creo que todo el mundo debería conocer algún oficio o arte, algo con lo que disfrutar y que a la vez beneficie a los demás. Si Marona no encuentra algo así, seguirá causando problemas para llamar la atención.

—Puede que no baste con eso —observó Solaban—. Laramar tiene una ocupación, un oficio por el que es reconocido e incluso admirado. Elabora buena barma, pero no para de crear problemas. Se ha puesto del lado de Brukeval en el asunto de Joplaya y Echozar, y eso también le proporciona atención. Le he oído decir a gente de la Quinta Caverna que el hogar de Jondalar no debería estar ya entre los primeros porque se ha emparejado con una forastera, y ella tiene la posición más baja. Me parece que aún guarda resentimiento por el hecho de que Ayla no se colocara detrás de él en el funeral de Shevoran. Actúa como si no le importara, pero creo que no le gusta en absoluto ser el último.

—Si es así, debería hacer algo al respecto —declaró Proleva, airada—, como, por ejemplo, ocuparse de los hijos de su hogar.

—El hogar de Jondalar está exactamente donde debe estar —dijo Marthona con una leve sonrisa de satisfacción—. La situación que suponía su unión con Ayla era muy poco corriente, pero los zelandonia tomaron una decisión al respecto, como tenía que ser, y Laramar no es quién para juzgarla.

—Quizá sea eso lo que deberíamos hacer en relación con el caso de Joplaya y Echozar —dictaminó la Primera—. Creo que hablaré con Dalanar sobre la posibilidad de convocar una reunión de los zelandonia y los jefes de caverna para hablar del problema que ha supuesto esa unión. De esta forma daremos a las personas reacias a aceptarla una oportunidad de hacer públicas sus opiniones.

—Además, sería una buena ocasión para que Ayla y Jondalar expongan sus experiencias con los cabezas chatas…, o el clan, como ellos se llaman a sí mismos —añadió Joharran—. En todo caso, quería plantear el asunto a los demás jefes.

—Quizá podemos ir y hablar con Dalanar ahora —propuso la Zelandoni—. He de regresar cuanto antes al alojamiento. Tengo un problema. Alguien de la zelandonia está pasando información que debería mantenerse en secreto. Una parte es información muy reservada sobre ciertas personas, y otra parte son conocimientos que no deberían divulgarse. Necesito averiguar quién es, o como mínimo ponerle fin de una vez a la filtración.

Ayla había escuchado atentamente la conversación, y reflexionó sobre todo lo dicho mientras los demás se levantaban y se marchaban en distintas direcciones. Los zelandonii le recordaban a un río. Si bien en la superficie todo estaba en calma, por debajo existían corrientes y contracorrientes a distintas profundidades. Imaginó que

probablemente Marthona y la Zelandoni conocían mejor que muchos lo que ocurría bajo la superficie, pero supuso que ni siquiera ellas estaban enteradas de todo, ni se conocían totalmente la una a la otra. Había percibido en ellas expresiones, posturas y tonos de voz que insinuaban qué podía haber en el trasfondo, pero tal como ocurría con el problema que tenía la Zelandoni con la persona que filtraba información, una vez lograra resolverlo, saldría a la luz algún otro conflicto latente. Las profundas corrientes y contracorrientes cambiarían, provocando unas cuantas ondas en la superficie y pequeñas olas en las orillas. Eso nunca acabaría en tanto hubiera personas interrelacionándose.

—Voy a ver a los caballos —dijo a Jondalar—. ¿Me acompañas, o tienes algo que hacer?

—Iré contigo, pero espérame un momento. Quiero ir a buscar el lanzavenablos y las lanzas que he preparado para Lanidar. Ya casi he terminado, y me gustaría probarlos. Pero como yo soy demasiado grande, esperaba que lo hicieras tú. Ya sé que también para ti serán pequeños, pero sabrás valorar mejor si pueden servirle a él.

—Estoy segura de que has hecho un magnífico trabajo, pero los probaré —dijo Ayla—. No obstante, el más indicado para decirlo será el propio Lanidar, y no lo sabrá hasta que desarrolle un mínimo de habilidad. Tengo la sensación de que vas a hacer muy feliz a ese niño.

El sol llegaba a su cenit cuando empezaron a recoger sus cosas. Habían cepillado a los caballos, y Ayla los examinó detenidamente. En la parte más calurosa del año, a menudo los insectos voladores intentaban poner huevos en las comisuras húmedas y calientes de diversos rumiantes, en particular los ciervos y los caballos. Iza le había enseñado los usos del claro fluido que se extraía de una planta blanca azulada que parecía muerta y se encontraba en sitios umbríos del bosque. Se alimentaba de la vegetación descompuesta porque carecía de la vital clorofila verde de otras plantas, y su amarillenta superficie se volvía negra al tocarla, pero no había mejor tratamiento para el escozor y la inflamación de ojos que el líquido que rezumaba el tallo.

Había probado el pequeño lanzavenablos y llegado a la conclusión de que le iría bien a Lanidar. Jondalar había acabado las lanzas en las que estaba trabajando, pero decidió hacer unas cuantas más al ver cerca de allí un bosquecillo de alisos jóvenes de troncos delgados, justo del diámetro apropiado para lanzas pequeñas. Taló varios. Ayla no estaba segura de qué la impulsó a adentrarse en el bosque que se extendía a la orilla del riachuelo, al otro lado del cercado de los caballos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jondalar—. Deberíamos volver ya. Esta tarde he de ir al campamento principal.

—No tardaré.

Jondalar la vio atravesar la cortina de árboles y se preguntó si habría visto moverse algo más allá, quizá algo peligroso para los caballos. Tal vez debía ir con

ella, pensaba cuando la oyó gritar.

—¡No! ¡Oh, no!

Jondalar corrió tan deprisa como pudo, pisando la maleza y chocando contra los árboles. Cuando llegó donde ella estaba, cayó de rodillas lanzando un grito desesperado.

Capítulo 35

En el barro, a la orilla del arroyo, Jondalar se agachó junto a Ayla. Ella estaba prácticamente tendida al lado del enorme lobo, sosteniendo entre las manos la cabeza del animal, que yacía de costado. La sangre procedente de la oreja medio desgarrada le manchaba el dorso de la mano. Lobo trató de lamerle la cara.

—¡Es Lobo! ¡Está herido! —exclamó. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas dejando un rastro blanco en la piel cubierta de barro.

—¿Qué puede haberle pasado? —preguntó Jondalar.

—No lo sé, pero hay que ayudarle —dijo ella, incorporándose—. Tenemos que improvisar una parihuela para llevarlo al campamento.

Lobo intentó levantarse cuando ella se irguió, pero volvió a desplomarse.

—Quédate con él, Ayla. Yo haré una parihuela con aquellos troncos que acabo de cortar —propuso Jondalar.

Cuando llegaron con el animal herido al campamento, varias personas se acercaron apresuradamente para ofrecer ayuda. Ayla comprendió entonces que mucha gente sentía afecto por el lobo.

—Le prepararé un sitio en el alojamiento —dijo Marthona adelantándose a ellos.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Joharran. Acababa de regresar al campamento.

—Podrías comprobar si a la Zelandoni le queda algo de la consuelda que utilizó para las heridas de Matagan, y pétalos de caléndula —respondió Ayla—. Creo que Lobo se ha peleado con otros lobos, y las heridas de mordeduras pueden ser graves. Hay que limpiarlas bien y tratarlas con una medicina potente.

—¿Hay que poner agua a hervir? —preguntó Willamar. Ayla asintió con la cabeza —. Encenderé el fuego. Es una suerte que acabemos de traer leña.

Cuando Joharran regresó del alojamiento de los zelandonia, lo acompañaban Folara y Proleva. La Zelandoni les había dicho que enseguida iría. Al cabo de un rato, en la Reunión de Verano todos sabían que el lobo de Ayla estaba herido, y en su mayoría recibieron la noticia con preocupación.

Jondalar se quedó al lado de Ayla mientras ella examinaba al animal, y por la expresión de su rostro, supo que las heridas eran graves. Ella estaba convencida de que lo había atacado una manada entera, y le sorprendía que Lobo siguiera con vida. Pidió a Proleva un trozo de carne de uro, lo raspó como hacía con la comida para niños pequeños y, tras mezclarlo con estramonio, se lo hizo tragar a Lobo para que se relajara y durmiera.

—Jondalar, ¿puedes traerme un poco de piel de la cría nonata del uro que maté? —pidió Ayla—. Necesito algo absorbente para limpiarle las heridas.

Marthona la observó verter raíces y polvos en varios cuencos de agua caliente y luego le entregó un retazo de cierto material.

—Esto es lo que prefiere usar la Zelandoni —dijo.

Ayla lo observó. El retazo de suave textura no era de piel. Parecía más bien de la misma clase de delicado tejido de que estaba hecha la túnica larga que Marthona le había regalado. Lo hundió en el agua de uno de los cuencos. La tela la absorbió enseguida.

—Esto servirá —declaró Ayla—. De hecho, es perfecto. Gracias, Marthona.

La Zelandoni llegó cuando Jondalar y Joharran ayudaban a dar la vuelta al lobo para que Ayla pudiera curarle el otro costado. La Primera participó con ella en la limpieza de una herida especialmente delicada. Luego Ayla sorprendió a los presentes enhebrando una fina fibra de tendón en el agujero de su pasahebras y usándola para coser los bordes de las peores heridas mediante unos cuantos puntos estratégicamente situados. Había enseñado aquel inocente artilugio a varias personas, pero nadie la había visto usarlo para coser piel viva. Incluso cosió la oreja desgarrada a Lobo, aunque le quedarían incisiones en el contorno.

—Así que eso me hiciste a mí —dedujo Jondalar con una lúgubre sonrisa.

—Según parece, ayuda a mantener unidos los labios de la herida para que cicatrice debidamente —comentó la Zelandoni—. ¿También eso lo aprendiste de la entendida en medicinas de tu clan? ¿Coser la piel?

—No. Iza nunca usó esta técnica. La gente del clan no cose las heridas; en realidad, las ata. Suelen usar ese hueso pequeño y afilado de la parte inferior de las patas delanteras de los ciervos a modo de punzón para perforar las pieles, y el tendón, ya parcialmente secado y endurecido en las puntas, para pasarlo por los agujeros y después anudarlo. Así hacen también recipientes con corteza de abedul. Fue al ver que las heridas de Jondalar se abrían una y otra vez mientras yo intentaba cerrarlas para mantener bien unidos los tejidos cuando me pregunté si quizá unos cuantos nudos me permitirían sujetar en su sitio la piel y los músculos. Así que lo probé. En apariencia, dio resultado, pero no sabía con seguridad cuándo quitárselos. No quería que las heridas se abrieran pero tampoco que la carne cicatrizara con los nudos dentro. Puede que tardara demasiado en cortarlos. Probablemente le dolió un poco más de lo que debería cuando se los saqué.

—¿Quieres decir, pues, que ésa fue la primera vez que cosías las heridas de alguien? —preguntó Jondalar—. ¿Lo probaste conmigo sin saber si daría resultado? —Se echó a reír—. Me alegro. Salvo por las cicatrices, nadie diría que me atacó un león.

—Así que esta técnica, coser las heridas, la inventaste tú —dijo la Zelandoni—. Sólo a una persona con mucha experiencia y una aptitud natural para las curaciones y medicinas se le ocurriría una solución así. Ayla, tu sitio está entre los zelandonia.

Una repentina tristeza se adueñó de la joven.

—Pero yo no quiero ser una Zelandoni —protestó—. Yo… yo te lo agradezco, claro…, no me interpretes mal, por favor. Es un honor para mí, pero mi único deseo

es unirme a Jondalar y tener a su hijo y ser una buena mujer zelandonii. —Eludió la mirada de la donier.

—Por favor, tampoco tú me interpretes mal. No ha sido un ofrecimiento a la ligera, hecho sin pensar, como se hace una invitación informal a comer. He dicho que tu sitio está entre los zelandonia. Lo he reflexionado durante un tiempo. Una persona con tus aptitudes necesita relacionarse con otras que tengan un nivel de conocimientos equiparable al tuyo. Te gusta ser curandera, ¿no?

—Soy una entendida en medicinas, eso no puedo cambiarlo —afirmó Ayla.

—Claro que lo eres, Ayla, eso es incuestionable —dijo la Primera—; pero entre los zelandonii sólo se dedican a curar quienes pertenecen a la zelandonia. La gente no aceptaría a un curandero que no fuera Zelandoni. Si no formas parte de la zelandonia, nadie te llamará cuando sea necesaria la intervención de un curandero. No podrás ejercer de «entendida en medicinas», como tú dices. ¿Por qué te resistes a entrar en la zelandonia?

—Me has hablado de lo mucho que ha de aprenderse, y del tiempo que eso requiere. ¿Cómo puedo ser una buena compañera para Jondalar y ocuparme de mis hijos si dedico tanto tiempo al aprendizaje para ser Zelandoni?

—Entre Aquellos Que Sirven a la Madre hay mujeres emparejadas y con hijos —adujo la donier—. Tú misma me has hablado de una que vive más allá del glaciar, y que tiene compañero y varios hijos. Además, ya has conocido a la Zelandoni de la Segunda Caverna. Hay otras en su misma situación.

—Pero no muchas.

La Primera observó detenidamente a la joven y llegó a la conclusión de que había algo más que Ayla no revelaba. Sus motivos no residían en su carácter. Era una excelente curandera y tenía curiosidad, aprendía deprisa y además disfrutaba con ello. No descuidaría a su compañero ni tampoco a sus hijos, y si en determinados momentos debía ausentarse, siempre habría alguien dispuesto a ayudarla. De hecho, era casi demasiado atenta. Bastaba con ver el tiempo que dedicaba a los animales, y sin embargo normalmente estaba disponible y nunca se negaba a colaborar cuando había algo que hacer, y asumía más tareas de las que podía exigírsele.

La Primera había quedado impresionada por la manera en que involucró a todo el mundo en la necesidad de ayudar a Lanoga a cuidar de su hermana pequeña y de los otros niños, y también por cómo ayudó al muchacho del brazo deforme. Ésa era la clase de acciones propias de una buena Zelandoni. Ayla había asumido la función de forma natural. La donier decidió que debía descubrir el verdadero problema, porque tenía la firme determinación de que Ayla, de un modo u otro, fuera Una de Las Que Servían a la Gran Madre Tierra. Tenía que captarla. Podía representar una grave amenaza para la estabilidad de la zelandonia dejar escapar a su influencia a una persona con los conocimientos y aptitudes de Ayla.

La gente sonreía al ver a Lobo envuelto en vendas —hechas con pieles suaves y el tejido de fibras de Marthona— caminar al lado de Ayla por el campamento principal. Casi daba la impresión de que el animal fuera vestido con ropa humana, convirtiéndose en una caricatura de un feroz devorador de carne. Muchos se paraban a preguntar cómo estaba, o a dar la opinión de que tenía buen aspecto. Pero Lobo permanecía muy cerca de Ayla. Fue tal su desconsuelo la primera vez que ella lo dejó atrás, que aulló y corrió a alcanzarla. Algunos de los fabuladores empezaban ya a tejer historias sobre el lobo que amaba a la mujer.

Ayla tuvo que adiestrarlo otra vez para que se quedara donde se le ordenaba. Al final, Lobo comenzó a sentirse de nuevo a gusto con Jondalar, Marthona o Folara, pero también adoptaba una actitud defensiva respecto al territorio del campamento de la Novena Caverna, y Ayla se vio obligada a contenerlo para que no amenazara a los visitantes. La gente, en especial las personas más allegadas a ella, se asombraban de su paciencia ilimitada con el animal, pero también veían los resultados. Muchos de ellos habían pensado que podía ser interesante tener un lobo que obedeciera órdenes, pero no estaban muy seguros de que el tiempo y el esfuerzo necesarios merecieran la pena. En todo caso, aquello sirvió para que los demás comprendieran que el control de Ayla sobre los animales no era magia.

Ayla comenzaba a estar más tranquila porque Lobo por fin volvía a acostumbrarse a los visitantes ocasionales, hasta que un joven —oyó que lo presentaban como Lenadar de la Undécima Caverna— fue a visitar a Tivonan, el aprendiz de comercio de Willamar. Cuando Lobo se acercó a él, empezó a gruñir y a enseñar los colmillos en actitud francamente amenazadora. Ayla tuvo que sujetarlo, y aun así el animal siguió gruñendo. El joven retrocedió asustado, y Ayla se deshizo en disculpas. Willamar, Tivonan y otras personas que estaban allí contemplaron la escena sorprendidos.

—No sé qué le pasa —dijo Ayla—. Creía que ya no actuaba tan a la defensiva respecto a su territorio. Lobo no suele comportarse de esta manera, pero ha tenido algunos problemas y aún no se ha recuperado del todo.

—Me enteré de que estaba herido —comentó el joven.

Ayla notó entonces que Lenadar llevaba un collar de dientes de lobo y, prendida de la mochila, una piel de lobo a modo de adorno.

—¿Puedo preguntarte de dónde has sacado esa piel de lobo? —quiso saber ella.

—Bueno, la mayoría de la gente cree que cacé un lobo, pero te diré la verdad. Lo encontré. De hecho, encontré dos lobos. Debieron verse envueltos en una gran pelea, porque estaban destrozados. Uno era una hembra de pelaje negro; el otro, un lobo gris corriente, era macho. Primero le arranqué los dientes, y luego decidí guardarme también parte de la piel.

—Llevas en la mochila la piel del macho gris —dijo Ayla—. Creo que ya lo comprendo. Lobo debió de intervenir en esa pelea, y así es como resultó herido. Sabía que había encontrado a un amigo, probablemente la hembra de pelaje negro. Aún es

joven, y no creo que pretendiera aparearse. Todavía no tiene dos años, pero él y la hembra empezaban a conocerse. Debía de ser la hembra de inferior rango en la manada de esta zona o una loba solitaria de otra manada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tivonan.

Varias personas más se habían congregado alrededor y los escuchaban.

—Los lobos quieren que todos los de su manada se parezcan. Sospecho que es porque pueden interpretar con más facilidad las expresiones de otros de su especie si el color de su pelaje es corriente. A los lobos que se salen de lo normal, ya sea por ser totalmente negros, totalmente blancos o moteados, no se los acepta tan bien…, aunque unos amigos mamutoi me contaron que en lugares donde hay mucha nieve todo el año los lobos blancos son más frecuentes. Pero en el último de su manada, así que probablemente abandonó a los otros y se convirtió en una loba solitaria. Por lo general, los lobos solitarios rondan los territorios de otros lobos buscando un sitio propio, y si encuentran a otro lobo solitario, existe la posibilidad de que intenten crear su propia manada. Supongo que los lobos de esta región defendieron su territorio contra los dos lobos desconocidos. Y Lobo, pese a su gran tamaño, estaba en desventaja. Sólo ha tratado con humanos. No se ha criado entre lobos. Así que aunque debe saber ciertas cosas por instinto, desconoce otras muchas al no haber tenido hermanos, ni tíos, ni otros lobos alrededor que le pudieran enseñar cómo sobrevivir en estado salvaje.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Lenadar.

—Pasé muchos años observando a los lobos. Cuando aprendí a cazar, sólo cazaba animales carnívoros, y no la clase de animales cuya carne suele utilizarse como alimento. Desearía pedirte un favor, Lenadar —dijo Ayla—. ¿Puedes cambiarme esa piel de lobo por algo que te interese? Creo que el motivo por el que Lobo gruñe y te amenaza es que huele al lobo con el que peleó, al menos uno de ellos, y al que probablemente mató. Pero los otros mataron a su amiga y casi acabaron con él. Sería peligroso para ti llevar encima esa piel. No debes venir nunca aquí con ella porque no sé cómo reaccionaría Lobo.

—Puedo dártela sin más —propuso el joven—. Es sólo un jirón de piel cosido de cualquier manera a la mochila. No quiero aparecer en las canciones y fábulas como el hombre que fue atacado por el lobo que amaba a la mujer. ¿Hay algún problema en que me quede con los dientes? Tienen cierto valor.

—No, ninguno; quédatelos. Pero te sugiero que los dejes a remojo durante unos días en una infusión fuerte de color claro. ¿Te importaría decirme dónde encontraste a esos dos lobos?

Cuando el joven entregó a Ayla el conflictivo retazo de piel, ella se lo tendió a Lobo. El animal lo atacó, lo agarró entre los dientes y lo sacudió intentando desgarrarlo. Habría resultado cómico si la gente que observaba no conociera la gravedad de las heridas que había sufrido, y el hecho de que su amiga o potencial compañera había resultado muerta. En realidad, sintieron compasión por el lobo,

atribuyéndole los sentimientos que ellos mismos habrían experimentado en una situación similar.

—Me alegra haberme desprendido ya de esa piel —comentó Lenadar.

Ayla y él se pusieron de acuerdo para ir más tarde al lugar donde el joven había encontrado los lobos, ya que en ese momento los dos tenían otras ocupaciones pendientes. Ayla no sabía qué esperaba hallar exactamente; a esas alturas los carroñeros ya lo habrían devorado todo. Sin embargo, recordando las heridas del animal, se preguntaba qué distancia habría recorrido para llegar hasta ella. Cuando Lenadar se marchó, pensó en las canciones y fábulas que el joven había mencionado sobre el lobo que amaba a la mujer.

Ayla había visitado el campamento de los fabuladores y músicos. Era un lugar pintoresco y animado. Incluso la ropa de aquella gente parecía de colores más vivos. No todos procedían del mismo sitio; no tenían un refugio de piedra propio sino únicamente sus tiendas de viaje y alojamientos. Viajaban de un sitio a otro y permanecían una temporada en una caverna y luego en otra, pero era evidente que todos se conocían entre sí y había una especie de parentesco entre ellos. Daba la impresión de que siempre había niños con ellos. Tal como hacían durante el resto del año, visitaban las distintas cavernas, pero allí, en la Reunión de Verano, no acudían a los refugios de piedra sino a los campamentos. También ofrecían actuaciones para todos en el llano donde se había celebrado la ceremonia matrimonial mientras la gente los contemplaba desde la pendiente.

Ayla sabía que los fabuladores habían empezado a narrar historias sobre los animales de la Novena Caverna. A veces trataban de lo útiles que podían ser; por ejemplo, en el caso de los caballos, que podían transportar cargas pesadas, o en el caso de Lobo, que la ayudaba a cazar, como ocurrió en la demostración con el lanzavenablos, en que espantó a unas aves. Corría una nueva historia sobre cómo el lobo la había ayudado a encontrar la nueva caverna, pero los relatos de los fabuladores contenían por lo general algún elemento sobrenatural o mágico. En esas historias, Lobo no cazaba porque ella lo hubiera adiestrado con ese fin, sino porque entre ambos existía un especial entendimiento, lo cual era cierto, pero no era ésa la razón por la que cazaban juntos. El relato sobre el lobo que amaba a la mujer se había convertido ya en la historia de un hombre que se había transformado en lobo al visitar el mundo de los espíritus y luego había olvidado recuperar su naturaleza humana al regresar a este mundo.

Esas historias se habían contado y vuelto a contar ya muchas veces e iban camino de incorporarse a las tradiciones y leyendas populares. Algunos fabuladores inventaron otras historias sobre animales que eran criados por personas, y en ocasiones invertían los términos, siendo las personas quienes eran criadas por los animales. A veces se convertían en espíritus de animales que ayudaban a la gente. Con toda probabilidad estas historias se transmitirían de generación en generación,

manteniendo viva la idea de que los animales podían adiestrarse, domesticarse o criarse, y no únicamente cazarse.

—Lobo estará bien con Folara —aseguró Jondalar—. Se encuentra a gusto con los visitantes, y éstos cada vez son más cuidadosos y, antes de venir, se aseguran de avisar a alguien de la Novena Caverna. No atacará inesperadamente a nadie; ahora sabemos por qué se comportó de una manera tan agresiva con Lenadar. Lo está pasando mal; los últimos sucesos forzosamente lo han hecho cambiar, pero en esencia sigue siendo el Lobo que tú has amado y adiestrado desde que era un cachorro. No obstante, no creo que convenga llevarlo a la reunión. Ya sabes lo mucho que se exaltan algunas personas, y Lobo podría ponerse nervioso. Es posible que no le guste ver a gente gritar o alborotar, sobre todo si tú estás allí y cree que te amenazan.

—¿Quiénes asistirán? —preguntó Ayla.

—Básicamente los jefes de las cavernas y los zelandonia, además de aquellos que han hablado en contra de Echozar —contestó Joharran.

—Es decir, Brukeval, Laramar y Marona —dedujo Ayla—. Ninguno de ellos es amigo nuestro.

—Peor aún —prosiguió Jondalar—, el Zelandoni de la Quinta Caverna y Madroman, su acólito, que desde luego no es mi mejor amigo, también estarán presentes. Y también Denanna de la Vigésimo novena Caverna, aunque no acabo de entender por qué presentó quejas.

—Creo que no le gusta la idea de que haya animales vivos cerca de las personas. Recuerda que cuando nos detuvimos allí, no quería que los animales llegaran hasta su refugio —dijo Ayla—. Aunque yo incluso prefería acampar en el prado.

Cuando llegaron al alojamiento de los zelandonia, la cortina se abrió antes de que anunciaran su presencia, y de inmediato los hicieron pasar. Sin concederle demasiada importancia, Ayla se preguntó por qué, al parecer, sabían siempre en qué momento iba a llegar ella, tanto si se la esperaba como si no.

—¿Conoces ya al nuevo miembro de la Novena Caverna? —preguntó la Zelandoni. Se dirigía a la mujer de aspecto amable y sonrisa conciliadora en quien, no obstante, Ayla percibía una fortaleza subyacente.

—Estuve en la presentación, claro está, y en la ceremonia matrimonial, pero aún no la conozco personalmente —respondió la mujer.

—Ésta es Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, compañera de Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, hijo de Marthona, exjefa de la Novena Caverna, antes Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el Oso Cavernario —dijo la Primera.

—Ayla, ésta es la Zelandoni de la Vigésimo novena Caverna.

La joven saludó a la mujer, pero le sorprendió oír una presentación formal tan breve. No obstante, no hacía falta más. Como Zelandoni, había renunciado a su identidad individual y se había convertido en la personificación de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii, aunque si ella lo hubiera deseado, podría haber incluido en la presentación su nombre original y sus anteriores lazos. Simplemente resultaba innecesario en la mayoría de los casos, puesto que ya no era esa persona.

Pensó en su última adquisición de títulos y lazos de parentesco. Le gustaba el modo en que la Zelandoni la había presentado. Se había convertido en Ayla de los zelandonii y en compañera de Jondalar, y eso mencionaba en primer lugar, pero antes había sido Ayla de los mamutoi, no había perdido sus vínculos con ellos, unos lazos que para ella tanto significaban. Y seguía siendo la elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el Oso Cavernario. Le complacía que se incluyeran incluso su tótem y sus vínculos con el clan.

A su llegada, cuando oía recitar aquellas largas listas de títulos y lazos en las presentaciones formales, se preguntaba por qué lo hacían. ¿Por qué no las simplificaban y enunciaban sólo los nombres utilizados habitualmente por las personas, como por ejemplo Jondalar, Marthona, Proleva? Pero en ese momento le había producido tal satisfacción oír sus propios vínculos familiares, que se alegraba de la costumbres de los zelandonii de incluir las referencias pasadas. En otro tiempo pensaba en sí misma como «Ayla de Nadie», una mujer sin otra compañía que un caballo y un león. En el presente mantenía lazos con muchas personas, estaba emparejada y esperaba un niño.

Cuando se disponía a centrar nuevamente su atención en las personas allí reunidas, otro pensamiento pasó por su cabeza. Deseó poder incluir «madre de Durc del clan» en su lista de títulos y lazos, pero considerando el motivo de la reunión, y recordando la noche de su emparejamiento, así como los problemas causados a raíz de la aparición de Echozar, dudaba si algún día podría revelar a los zelandonii la existencia de su hijo Durc.

Cuando la Primera se situó en el centro del alojamiento, en seguida se hizo el silencio.

—Empezaré advirtiendo que esta reunión no cambiará nada —dijo la donier—. Joplaya y Echozar están emparejados, y eso sólo ellos pueden cambiarlo. Pero, según parece, existe un trasfondo de crueles rumores y una general animadversión hacia ellos, circunstancia que yo considero vergonzosa. No me hace sentir precisamente orgullosa ser la Zelandoni de una gente tan despiadada con dos jóvenes que acaban de iniciar su vida juntos. Dalanar, el hombre del hogar de Joplaya y yo decidimos sacar este asunto a la luz. Si alguien tiene quejas sinceras, éste es el momento de exponerlas.

Se produjeron movimientos nerviosos, y todos eludían las miradas de los demás. Algunos estaban visiblemente abochornados, sobre todo aquellos que habían escuchado las maliciosas habladurías con avidez o quizá incluso las habían difundido.

Ni siquiera los jefes espirituales y seculares se hallaban por encima de tales defectos humanos. En apariencia, nadie quería sacar a relucir el tema, como si fuera demasiado absurdo incluso para mencionarlo, y la Primera se disponía ya a pasar a la siguiente razón por la que se había convocado la reunión.

Laramar percibió que se le escapaba de las manos el momento que tanto se había esforzado en provocar, y él había sido uno de los principales instigadores del descontento.

—Es verdad, pues, que la madre de Echozar era una cabeza chata, ¿no? —dijo.

La Primera lo miró con desprecio e indignación.

—Nunca lo ha negado.

—Eso significa que es hijo de espíritus mixtos, y un hijo de espíritus mixtos es una abominación, lo cual lo convierte en una abominación —adujo Laramar.

—¿Quién te ha dicho que un hijo de espíritus mixtos es una abominación? —preguntó la Zelandoni, Que Era la Primera.

Laramar miró alrededor con expresión ceñuda.

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Por qué? —insistió la Primera.

—Porque lo dice la gente.

—¿Qué gente dice eso?

—Todos —contestó Laramar.

—Si todos dijeran que mañana no saldrá el sol, ¿sería verdad? —preguntó la donier.

—Bueno…, no. Pero la gente siempre ha dicho que…

—Si no recuerdo mal, yo se lo he oído decir a algún Zelandoni —comentó uno de los presentes.

La Primera se volvió para mirar a la persona que había hablado; había reconocido la voz.

—¿Estás diciendo que es una enseñanza de los zelandonia, que un niño de espíritus mixtos es una abominación, Marona?

—Pues sí —respondió la joven con tono desafiante—. Estoy segura de habérselo oído decir a algún Zelandoni.

—Marona, ¿sabías que incluso una mujer hermosa puede parecer fea cuando miente? —replicó la Primera.

La joven se sonrojó y lanzó una virulenta mirada a la Primera. Varias personas se volvieron a mirarla para ver si se cumplía la afirmación de la Primera, y algunas estuvieron de acuerdo en que la rencorosa expresión de la joven desvirtuaba su reconocida belleza. Ella desvió la mirada, pero masculló:

—¿Y tú qué sabes, vieja gorda?

Alrededor, varios ahogaron exclamaciones al oír tal insulto dirigido a la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra. Ayla, que estaba en el lado opuesto de la amplia estancia, contuvo también la respiración; a pesar de la distancia había oído

a Marona, al igual que algunos otros de los presentes, entre ellos la Primera, que también tenía un oído bastante fino.

—Observa con atención a esta vieja gorda, Marona, y recuerda que, como a ti, en otro tiempo se me consideró la mujer más bella de la Reunión de Verano —repuso la Zelandoni—. La belleza es un don muy efímero. Utilízalo con sensatez mientras lo conservas, porque cuando lo pierdas, serás muy desdichada si no te queda nada más. Yo nunca he lamentado la pérdida de la belleza, porque lo que he acumulado en conocimientos y experiencia es mucho más satisfactorio. —A continuación, volvió a dirigirse al resto del grupo—. Marona ha dicho, y Laramar ha insinuado, que los zelandonia enseñan que los niños nacidos como resultado de la mezcla del espíritu de uno de nosotros con el espíritu de uno de aquéllos a quienes llamamos cabezas chatas son abominaciones. Estos últimos días me he sumido en una profunda meditación y he rememorado todas las Historias y Leyendas de los Ancianos, así como las tradiciones que sólo los zelandonia conocemos, para investigar el origen de esa idea, ya que Laramar tiene razón en un sentido. Se trata de algo que «todo el mundo» cree saber. —Guardó silencio un instante y miró a los allí reunidos—. Pero esa idea nunca ha formado parte de las enseñanzas de los zelandonia.

Los zelandonia habían permanecido muy callados al verla meditar a solas con la placa del pecho vuelta del revés de manera que los grabados y adornos permanecían ocultos y quedaba a la vista el lado liso, dando a entender que no quería que la interrumpiesen. Ahora sabían por qué.

Se produjeron algunas protestas.

—Pero son animales.

—Ni siquiera son humanos.

—Están emparentados con los osos.

La Zelandoni de la Decimocuarta Caverna tomó la palabra y declaró:

—Esa mezcla horroriza a la Madre.

—Son una abominación —afirmó Denanna, la jefa de la Vigésimo novena Caverna—. Siempre lo hemos sabido.

Madroman habló en susurros al oído del Zelandoni de la Quinta Caverna:

—Denanna tiene razón. Son mitad humanos, mitad animales.

La Primera aguardó a que se apaciguaran.

—Pensad dónde habéis oído todo eso —dijo—. Intentad recordar un solo ejemplo en las tradiciones o en las Historias y Leyendas de los Ancianos donde se mencione explícitamente que los hijos de espíritus mixtos son abominaciones, o que los cabezas chatas son animales. No hablo de vaguedades o insinuaciones, sino de referencias expresas. —Los dejó reflexionar por un momento y luego prosiguió—. De hecho, si lo pensáis detenidamente, os daréis cuenta de que la Madre nunca se horrorizaría por algo así, ni querría que los consideráramos abominaciones. Son hijos de la Madre, igual que nosotros. Al fin y al cabo, ¿quién elige al espíritu de un hombre que ha de mezclarse con el espíritu de una mujer? No ocurre con frecuencia; no nos

relacionamos apenas con los cabezas chatas; pero si en ocasiones la Madre decide crear una nueva vida mezclando el elán de un cabeza chata con el de un zelandonii, es la voluntad de Ella. No está bien que sus hijos menosprecien a esos otros vástagos. La Gran Madre Tierra decidió crearlos, quizá por algún motivo especial. Echozar no es una abominación. Él nació de una mujer, como todos nosotros. No por el hecho de ser su madre una mujer del clan él es menos hijo de la Gran Madre. Si él y Joplaya se han elegido mutuamente, Doni se da por satisfecha, y lo mismo debemos hacer nosotros.

Todos quedaron sorprendidos por sus palabras, y como no oyó claras manifestaciones de rechazo, la Primera decidió seguir adelante.

—El otro motivo por el que hemos convocado esta reunión es que Joharran quiere hablar de ésos a quienes llamamos «cabezas chatas», pero antes considero oportuno que sepáis más cosas de ellos a través de alguien que los conoce bien. Ayla fue criada por los cabezas chatas, que ella llama la «gente del clan». Ayla, puedes venir aquí y hablarnos de ellos.

La joven se levantó y se encaminó hacia la Primera. Tenía el estómago revuelto y la boca seca. No estaba acostumbrada a hablar formalmente en público y no sabía por dónde empezar, así que comenzó allí donde se iniciaban sus recuerdos.

—Yo tenía cinco años aproximadamente cuando perdí a la familia en la que nací. No recuerdo bien esa parte, pero creo que un terremoto se los llevó a todos. A veces aún sueño con eso. Supongo que vagué sola un tiempo; recuerdo claramente que no sabía adónde ir ni qué hacer. No sé cuánto tiempo pasé sola antes de que me persiguiera un león cavernario. Creo que me escondí en una cueva pequeña, muy pequeña, porque el león metió la garra para alcanzarme y me arañó la pierna. Aún tengo las cicatrices, cuatro líneas de sus uñas en la pierna. Mi primer recuerdo nítido es que abrí los ojos y vi a Iza, una mujer de esa gente a quienes llamáis «cabezas chatas». Recuerdo que grité al verla, y entonces ella me tuvo abrazada hasta que me calmé.

La gente quedó atrapada de inmediato en el historia de una niña huérfana de no más de cinco años. Ayla explicó que el hogar del clan que la encontró había sido destruido por el mismo terremoto, y que estaban buscando un nuevo lugar donde vivir cuando dieron con ella por casualidad. Les contó que ella era consciente de no pertenecer al clan y sabía que era una de «los Otros», que era el término con el que aquella gente designaba a las personas como ella. Explicó cómo fue adoptada por la entendida en medicinas del Clan de Brun y el hermano de ésta, Creb, que era un gran Mog-ur, una especie de Zelandoni. Mientras hablaba fue tranquilizándose y prosiguió con toda la naturalidad, inspirada por la emoción y los sinceros sentimientos originados por la evocación de su vida con la gente que se hacía llamar «el Clan del Oso Cavernario».

No omitió nada, ni los conflictos con Broud, el hijo de la compañera del jefe Brun, ni lo mucho que disfrutó aprendiendo el uso de las medicinas con Iza. Habló de

lo mucho que quería a Creb e Iza, y también a su hermana en el clan, Uba, y de cómo aprendió a utilizar la honda ella sola y cuáles fueron las consecuencias de ello años después. Vaciló sólo llegado el momento de hablar de su hijo. Pese al lógico y generoso razonamiento de la Primera para explicar que los miembros del clan también eran hijos de la Madre, Ayla sabía, por las expresiones y el lenguaje corporal de varias personas —en especial aquellas que habían presentado objeciones a la unión de Echozar y Joplaya—, que no habían cambiado de opinión. Simplemente habían decidido que era mejor reservarse esa opinión por el momento. Finalmente, Ayla consideró preferible no hacer referencia a su hijo.

Les contó que la habían obligado a abandonar el clan cuando Broud asumió el mando, y si bien intentó explicarles qué era una maldición a muerte, dudó que comprendieran plenamente la magnitud real de su fuerza coactiva. Causaba literalmente la muerte de un individuo del clan si éste no tenía ningún sitio adonde ir, y nadie, ni siquiera sus seres más queridos, reconocían su existencia. Habló brevemente de su etapa en el valle, pero se explayó más al referirse a Rydag, el niño mixto que había adoptado Nezzie, la compañera del jefe del Campamento del León.

—A diferencia de Echozar, Rydag carecía de la fortaleza física de la gente del clan y padecía una debilidad interna; pero, al igual que los miembros del clan, era incapaz de producir ciertos sonidos. Yo enseñé a Rydag y Nezzie, a la vez que al resto del Campamento del León y al propio Jondalar, a comunicarse mediante señas. Para Nezzie, fue una gran alegría la primera vez que el niño la llamó «madre» —concluyó Ayla.

A continuación Jondalar se colocó frente a la concurrencia y contó que él y su hermano Thonolan conocieron a unos hombres del clan poco después de cruzar el glaciar de las tierras altas del este. Luego refirió la graciosa anécdota de cuando capturó sólo medio pez, porque compartió la otra mitad con un joven del clan. Explicó asimismo las circunstancias que los llevaron a pasar unas cuantas noches en compañía de Guban y Yorga, la pareja del clan, y a «hablar» con ellos en el lenguaje que Ayla le había enseñado.

—Si algo descubrí en mi viaje —declaró Jondalar— es que ésos a quienes siempre hemos llamado «cabezas chatas» son personas: personas inteligentes. No son más animales que vosotros o yo. Puede que sus costumbres sean distintas; puede que incluso su forma de inteligencia sea diferente, pero no es en modo alguno inferior. Sólo es distinta. Hay ciertas cosas que nosotros somos capaces de hacer, y ellos no; pero también hay algunas cosas que ellos pueden hacer y nosotros no.

Luego se puso en pie Joharran para hablar de sus preocupaciones y la necesidad de desarrollar nuevas formas de relación con la gente del clan. Finalmente, Willamar aludió a la posibilidad de entablar tratos comerciales con ellos. Después se plantearon numerosas dudas, y el debate se prolongó durante mucho tiempo. Aquello fue una revelación para los zelandonia y los jefes de los zelandonii. A algunos les costó creerlo, pero otros escucharon con la mente abierta. Resultaba evidente que la historia

de Ayla era cierta; ni siquiera el mejor fabulador podía haber inventado una narración tan convincente. Y otorgaba al clan naturaleza humana, pese a que algunos se negaran a aceptar que sus miembros eran humanos. No se tomó ninguna determinación, pero lo dicho allí dio mucho que pensar a todos.

La Primera se levantó por fin para dar por concluida la reunión.

—Creo que nos hemos enterado de cosas de suma importancia —declaró—, y agradezco a Ayla que haya accedido a venir y nos haya hablado tan libremente acerca de sus insólitas experiencias. Nos ha ofrecido una peculiar visión de la vida de unas personas, por extrañas que nos parezcan, que acogieron a una niña que sabían que era distinta y la trataron como si fuera una de ellos. Algunos de nosotros nos hemos atemorizado si casualmente hemos visto a un cabeza chata al salir de cacería o recolección. Según parece, ese temor no es justificado si son gente dispuesta a acoger a alguien que se encuentra perdido y solo.

—¿Significa eso, en tu opinión, que pudieron haber acogido a aquella mujer de la Novena Caverna que se perdió hace ya tiempo? —preguntó la canosa Zelandoni de la Decimonovena Caverna—. Si no recuerdo mal, estaba encinta cuando regresó. Acaso la Madre decidiera bendecirla cuando se hallaba con los cabezas chatas, y utilizó el espíritu de uno de ellos para…

—¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Mi madre no era una abominación! —gritó Brukeval.

—Tu madre no era una abominación, es cierto —confirmó Ayla—. Eso precisamente hemos intentado aclarar. Ninguna persona nacida de espíritus mixtos lo es.

—Mi madre no nació de espíritus mixtos —repuso Brukeval.

Miró a Ayla con tal aversión que ella tuvo que volver la cabeza para eludir la fuerza de su mirada. Acto seguido, Brukeval se marchó indignado.

El debate terminó. La gente se puso en pie y empezó a irse. Cuando se dirigía hacia la salida, la Primera notó que Marona la miraba de un modo descortés e insolente y luego oyó los comentarios de Laramar al Zelandoni de la Quinta Caverna y su acólito Madroman.

—¿Cómo puede estar entre los primeros el hogar de Jondalar? —preguntó Laramar—. El pretexto fue que Ayla poseía un alto rango entre los mamutoi, el pueblo del que supuestamente procedía, y que su categoría debía mantenerse entre los zelandonii, pero, en realidad, ni siquiera conoce a la gente entre la que nació. Si la criaron los cabezas chatas, es más cabeza chata que mamutoi. Y decidme cuál es la categoría de un cabeza chata. Debería ser la última, y, sin embargo, ahora está entre los primeros. No lo considero justo.

Tras la larga y agotadora sesión, que terminó con la vehemente intervención de Brukeval, Ayla se sentía extenuada. Suponía que debía ser inquietante para los zelandonii descubrir de pronto que unas criaturas que hasta entonces consideraban

animales eran en realidad personas, seres con raciocinio y sentimientos. Era un cambio radical, y los cambios nunca se asimilaban fácilmente; pero la reacción de Brukeval era irracional, y su mirada llena de rencor le había hecho sentir miedo.

Jondalar propuso ir por los caballos y salir a montar un rato para alejarse de la gente y relajarse después de los intensos momentos vividos en la reunión. Ayla se alegró de ver a Lobo trotar de nuevo junto a ellos, ya sin vendajes pese a no haberse curado aún totalmente.

—He procurado disimularlo, pero estaba furiosa con quienes se opusieron a la unión entre Echozar y Joplaya porque la madre de él era del clan —dijo Ayla—. Y, la verdad, no creo que esta reunión especial celebrada a petición de la Zelandoni y Dalanar haya resuelto nada. Sospecho que en la ceremonia matrimonial algunos dieron su consentimiento únicamente porque los emparejados no eran zelandonii. Se hacen llamar «lanzadonii» pero no veo la diferencia. ¿Qué diferencia hay, Jondalar?

—En cierto sentido, zelandonii se refiere sólo a nosotros, nuestra gente, los hijos de la Gran Madre Tierra, pero lanzadonii significa eso mismo —explicó Jondalar—. El verdadero significado de zelandonii sería Hijos de la Tierra del Suroeste, y el de lanzadonii, Hijos de la Tierra del Noreste.

—¿Por qué Dalanar no siguió llamándose zelandonii y convirtió a su gente en otra caverna con el número que le correspondiera? —preguntó Ayla.

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado. Quizá porque viven muy lejos. Uno no llega hasta allí en una tarde, ni siquiera en un día o dos. Creo que sabe que si bien siempre existirán lazos entre nosotros, algún día constituirán un pueblo diferente. Ahora que tienen su propia Zelandoni o, mejor dicho, Lanzadoni, hay aún menos motivos para que hagan el largo viaje a nuestra Reunión de Verano. Probablemente sus doniers continuarán siendo instruidas por la zelandonia durante un tiempo, pero a medida que crezcan, empezarán a instruirse allí.

—Serán como los losadunai —observó Ayla—. La lengua y las costumbres se parecen a las de los zelandonii; en otro tiempo debieron ser un mismo pueblo.

—Posiblemente tienes razón, y quizá por eso mantenemos aún tan buenas relaciones de amistad. Ahora no los incluimos en nuestras listas de títulos y lazos, pero tal vez antiguamente sí se hacía.

—Me pregunto cuánto tiempo hará de eso. Ahora existen muchas diferencias, incluso en los versos de su Canto a la Madre —dijo Ayla. Siguieron cabalgando un rato más—. Si los zelandonii y los lanzadonii son el mismo pueblo, ¿por qué al final cedieron quienes se oponían al emparejamiento entre Echozar y Joplaya? ¿Sólo porque lanzadonii significa que viven en el noreste? No tiene sentido. Pero, claro está, su oposición no ha tenido el menor sentido desde el principio.

—Ya ves quién estaba detrás de todo —comentó Jondalar—. ¡Laramar! ¿Qué interés tiene en armar este alboroto? No has hecho más que ayudar a su familia. Lanoga te adora, y duda que Lorala siguiera viva si tú no hubieras intervenido. Me pregunto si de verdad le importa todo esto o si sólo quiere llamar la atención. Creo

que no deberían haberle invitado a una reunión especial como ésa, con las personas de mayor rango, donde varias de ellas, incluida la Primera, le presentaban directamente a él sus argumentos, y otras lo respaldaban. Ahora que Laramar ha saboreado ese pequeño triunfo, me temo que seguirá creando problemas, sólo para continuar recibiendo la atención de los demás. Pero aún no comprendo la actitud de Brukeval. Conoce bien a Dalanar y Joplaya, incluso está emparentado con ellos.

—¿Sabías que la madre de Matagan me dijo que Brukeval estuvo en el campamento de la Quinta Caverna intentando convencer a la gente para que presentara una objeción al emparejamiento de Joplaya antes de la ceremonia matrimonial? —dijo Ayla—. Siente un profundo rechazo contra el clan y, sin embargo, su parecido con Echozar es evidente. Brukeval tiene rasgos característicos del clan, no tan marcados como los de Echozar, pero los tiene. Creo que ahora me odia por decir que su madre nació de espíritus mixtos, pero yo sólo pretendía explicar que las personas mixtas no tienen nada de malo, no son abominaciones.

—Probablemente él todavía piensa lo contrario. Por eso pone tanto empeño en negarlo. Debe ser horrible detestar lo que uno mismo es. Eso no puede cambiarse. Es curioso; Echozar también aborrece al clan. ¿Por qué odian a la gente de la que forman parte?

—Quizá porque otros los hacen sufrir por lo que son, y ellos no pueden ocultarlo porque su aspecto es distinto —contestó Ayla—. Pero la mirada que Brukeval me ha lanzado rebosaba rencor, y eso me asusta. Me recuerda un poco a Attaroa, como si algo no anduviera bien dentro de él, como si hubiera en él algo defectuoso o deforme; semejante a lo que le ocurre a Lanidar en el brazo, pero por dentro.

—Quizá ha penetrado en él algún espíritu maligno, o su elán se ha torcido —aventuró Jondalar—. No lo sé, pero quizá deberías mantenerte alejada de Brukeval, Ayla. Puede que intente crearte más complicaciones.

Capítulo 36

El verano avanzaba y los días eran cada vez más calurosos. La hierba de los prados ganaba altura y adquiría un color dorado, oscilando sus puntas por el peso de la simiente, promesa de nueva vida. También el cuerpo de Ayla aumentaba de peso conforme crecía el niño que llevaba en su vientre. Estaba trabajando al lado de Jondalar, extrayendo semillas de unos tallos de avena silvestre, cuando notó por primera vez un movimiento en su interior. Se detuvo y se apretó el vientre abultado con la mano. Jondalar lo advirtió.

—¿Qué pasa, Ayla? —preguntó preocupado.

—He notado moverse al niño. ¡Es la primera vez que lo noto! —exclamó sonriendo, pletórica de alegría. Tras cogerle a Jondalar la herramienta de desgranar, tomó su enorme mano y se la llevó al vientre—. Aquí. Quizá el niño vuelva a moverse.

Él aguardó expectante.

—No noto nada —dijo al cabo de un momento. De pronto se produjo un leve movimiento bajo su mano, apenas una ondulación—. ¡Sí! ¡Sí! ¡He notado moverse al niño!

—Más adelante esos movimientos serán más fuertes —le explicó Ayla—. ¿No es maravilloso, Jondalar? ¿Qué te gustaría que fuera, niño o niña?

—Me da igual. Sólo quiero que nazca sano, y que tengas un parto fácil. ¿Y tú qué prefieres que sea?

—Creo que me gustaría tener una niña, pero estaría igual de contenta con un niño. La verdad es que no me importa. Sólo quiero un hijo, tu hijo. También es tu hijo.

—¡Eh, vosotros dos! Si seguís holgazaneando de esa manera, seguro que gana la Quinta Caverna.

Al volverse, vieron acercarse a un joven de estatura media y complexión sólida y fibrosa. Caminaba con la ayuda de una muleta y llevaba un odre de agua en la mano libre.

—¿Os apetece un poco de agua? —ofreció.

—¡Hola, Matagan! Con este calor, se agradece esa agua —dijo Jondalar. Cogiendo el odre y, levantándolo por encima de su cabeza, dejó caer en su boca el agua que manaba del pitorro. Luego lo pasó a Ayla y preguntó al joven—: ¿Cómo va esa pierna?

—Más fuerte cada día. No tardaré en poder desprenderme de la muleta —contestó Matagan con una sonrisa—. Se supone que sólo puedo repartir agua entre los de la Quinta Caverna, pero he visto a mi curandera preferida y he pensado que bien podía hacer un poco de trampa. ¿Cómo estás, Ayla?

—Muy bien. Acabo de notar vida dentro de mí por primera vez hace un momento. El bebé crece —respondió ella—. ¿Quién calculas que va por delante?

—No está nada claro. La Decimocuarta ha llenado ya varias cestas, pero la Tercera ha localizado otro bancal grande.

—¿Y la Novena? —preguntó Jondalar.

—Creo que tienen opciones, pero apuesto por la Quinta —respondió el joven.

—No eres imparcial. Quieres los premios. —Jondalar se echó a reír—. ¿Qué ha donado este año la Quinta Caverna?

—La carne ya en cecina de dos uros muertos en la primera cacería, una docena de lanzas y una gran fuente de madera labrada por nuestro mejor tallista. ¿Y la Novena?

—Un gran odre del vino de Marthona, cinco lanzavenablos de madera de abedul con tallas, cinco piedras de fuego y dos de las grandes cestas de Salova, una llena de avellanas y la otra de manzanas ácidas —contestó Jondalar.

—Si gana la Quinta, yo iré a por el vino de Marthona. Espero que los huesos me respondan. En cuanto pueda librarme de esto —levantó la muleta—, volveré a la tienda de los hombres. Creo que, con o sin muleta, podría volver ya, pero mi madre prefiere que aún no me vaya. Me ha tratado de maravilla; nadie me habría cuidado mejor. Pero ahora ya me mima demasiado. Desde el accidente, me da la sensación de que soy un niño de cinco años.

—No puedes reprochárselo —dijo Ayla.

—No se lo reprocho. Lo comprendo. Simplemente tengo ganas de volver al alojamiento de los hombres. Si no estuvieras emparejado, Jondalar, incluso te invitaría a la fiesta que organizaremos con el vino.

—La verdad es que tuve bastantes fiestas en los alojamientos de hombres cuando era joven; pero gracias de todos modos —contestó Jondalar—. Algún día, cuando seas mayor, te darás cuenta de que estar emparejado no es tan malo como ahora piensas.

—Pero tú te has quedado ya con la mujer que yo quería —bromeó el joven, lanzando una burlona mirada a Ayla—. Si la tuviera a ella, también yo me iría de buena gana de la tienda de los hombres. Cuando la vi en vuestra ceremonia matrimonial, pensé que era la mujer más hermosa de esta tierra. Apenas podía dar crédito a mis ojos. Creo que todos los hombres presentes pensaron lo mismo que yo y desearon estar en tu lugar, Jondalar.

Si bien al principio Matagan se sentía cohibido ante Ayla, perdió la timidez a medida que fue conociéndola mejor durante los muchos días que ella acudió al alojamiento de los zelandonia para ayudar a atenderlo. Luego empezaron a manifestarse su sociable cordialidad y su desenfadada simpatía naturales.

—Sí, ya ves —comentó Ayla sonriendo y dándose palmadas en el prominente vientre—. ¡Vaya «hermosura»! Una mujer vieja con barriga.

—Eso te hace aún más hermosa. Además, me gustan las mujeres mayores que yo. Quizá algún día me empareje con alguna… si encuentro a una como tú —dijo

Matagan.

Jondalar sonrió al joven, que le recordaba a Thonolan. Era evidente que estaba enamorado de Ayla, pero con el tiempo llegaría a ser un hombre con mucho encanto, y tal vez lo necesitara si se quedaba cojo para siempre. A Jondalar no le importó que practicara un poco con Ayla. En su día también él se había enamorado de una mujer mayor.

—Además, recuerda que eres mi curandera preferida. —Su mirada adquirió una expresión más seria—. Cuando me llevaban en la parihuela, me desperté varias veces, y al verte pensé que estaba soñando. Creía que era una bella donii que venía para guiarme hasta la Gran Madre. Estoy convencido de que me salvaste la vida, y dudo que ahora pudiera andar de no haber sido por ti.

—El azar quiso que estuviera allí en ese momento, e hice lo que pude —contestó ella.

—Es posible, pero quiero que sepas que si alguna vez necesitas algo… —Bajó la vista, avergonzado, y se sonrojó. Le costaba decir lo que tenía pensado. Volvió a mirar a Ayla—. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, sólo tienes que pedírmelo.

—Recuerdo un tiempo en que también yo creía que Ayla era una donii —terció Jondalar para aliviar el malestar de Matagan—. ¿Sabías que me cosió las heridas? Y una vez, en nuestro viaje, todo un campamento s'armunai creyó que Ayla era la mismísima Madre, una donii viva venida para ayudar a sus hijos en la tierra. Y que yo sepa, quizá lo sea, a juzgar por cómo se enamoran de ella los hombres.

—¡Jondalar, no le metas esas estupideces en la cabeza! —protestó Ayla—. Y más vale que continuemos trabajando, o la Novena Caverna perderá. Además, quiero guardar un poco de este grano para un par de caballos, y quizá un potrillo. Hicimos bien en recoger centeno de sobra cuando maduró, pero los caballos prefieren la avena.

Echó un vistazo a la cesta que llevaba colgada del cuello para tener libres las dos manos y vio la cantidad de semillas que ya había dentro; luego sostuvo la piedra en posición y se puso a trabajar. Con una mano juntaba unos cuantos tallos de grano maduro y con la piedra redondeada en la otra mano iniciaba un suave y uniforme movimiento ascendente, haciendo desprenderse las semillas, que recogía en esa misma mano. Después las echaba en la cesta y agarraba unos cuantos tallos más.

Era una labor lenta y minuciosa, pero no era difícil una vez que se le cogía el tranquillo. El uso de una piedra permitía desgranar las espigas con mayor eficacia y, por tanto, con mayor rapidez. Cuando Ayla preguntó, nadie supo decirle de dónde había salido aquella idea; recogían así el grano desde tiempos inmemoriales.

Cuando Matagan se alejó renqueando, Ayla y Jondalar vertían ya en sus cestas las semillas desprendidas.

—Tienes un ferviente admirador en la Quinta Caverna, Ayla —bromeó Jondalar —. Otros muchos comparten esos sentimientos. Has hecho muchos amigos en esta

Asamblea. La mayoría de la gente te ve como una Zelandoni. Por costumbre, identifican a las curanderas con las doniers.

—Matagan es un joven simpático —dijo Ayla—. Su madre también es muy agradable. El abrigo con capucha y forrado de piel que me ha regalado es precioso, y lo bastante holgado para poder usarlo este invierno. Me pidió que fuera a visitarlos en otoño cuando hayamos regresado. ¿Pasamos por el hogar de la Quinta Caverna cuando veníamos hacia aquí?

—Sí, está corriente arriba, a la orilla de un pequeño afluente del Río. Puede que paremos allí en el camino de vuelta. Por cierto, dentro de unos días saldré a cazar con Joharran y algunos hombres. Puede que estemos un tiempo fuera —explicó Jondalar, adoptando un tono despreocupado para que pareciera una actividad normal y corriente.

—Supongo que no podré ir —dijo Ayla con nostalgia.

—Me temo que tendrás que abandonar la caza por una temporada. Ya sabes, y el accidente de Matagan lo ha dejado muy claro, que la caza puede ser peligrosa, sobre todo si no estás ya tan ágil como antes.

—Volví a cazar en cuanto nació Durc. Siempre había alguna mujer que lo amamantaba si yo no regresaba a tiempo.

—Pero nunca te marchabas durante varios días seguidos.

—No, sólo cazaba animales pequeños con la honda —admitió Ayla.

—Bueno, quizá puedas volver a hacerlo, pero deberás evitar las salidas de varios días con partidas de caza. Además, ahora soy tu compañero. Es mi obligación cuidar de ti y de tus hijos. Eso te prometí cuando nos unimos. Si un hombre no es capaz de mantener a su familia, ¿qué utilidad tiene? ¿Para qué sirven los hombres si las mujeres dan a luz a los hijos y también los mantienen?

Ayla nunca había oído hablar así a Jondalar, y se preguntó si todos los hombres pensarían lo mismo que él. ¿Necesitaban los hombres buscar el sentido de su existencia porque no podían tener hijos? Intentó ponerse en su lugar: quiso saber cómo se sentiría en caso de cambiarse los papeles, en caso de no poder tener hijos y creer que su única aportación posible era ayudar a mantenerlos. Se volvió hacia Jondalar.

—Este niño no estaría dentro de mí si no fuera por ti —afirmó llevándose las manos a la prominencia formada bajo sus pechos—. Este niño es tan tuyo como mío. Simplemente crece dentro de mí desde hace un tiempo. Sin tu esencia, no se habría iniciado.

—Eso no lo sabes con seguridad —dijo Jondalar—. Es lo que tú piensas, pero nadie más coincide contigo, ni siquiera la Zelandoni.

Los dos se hallaban cara a cara en medio del campo abierto, no en actitud hostil, sino cada cual con su propia opinión. Jondalar vio que unos mechones rubios blanqueados por el sol habían escapado de la cinta de cuero con que Ayla se había recogido el cabello y le azotaban la cara agitados por el viento. Iba descalza, y sus

bronceados brazos y pechos quedaban al descubierto por encima de la sencilla prenda de piel que rodeaba su creciente cintura y pendía suelta hasta las rodillas para proteger su piel de los arañazos de los secos y ásperos tallos de avena que desgranaban. Su mirada revelaba determinación, firmeza, casi airado desafío, pero a la vez ella parecía muy vulnerable. Jondalar adoptó una expresión más transigente.

—En todo caso, poco importa. Te quiero. Mi único deseo es cuidar de ti y tu hijo —declaró, y abrió los brazos para envolverla en ellos.

—Nuestro hijo, Jondalar; nuestro hijo —insistió ella abrazándolo y estrechándose contra su pecho.

Él notó, con igual satisfacción, sus senos desnudos y su vientre abultado.

—De acuerdo, Ayla: nuestro hijo —aceptó Jondalar. Deseaba creerlo.

Corría un aire fresco cuando salieron del alojamiento. En los pequeños bosques, las hojas de los árboles presentaban tonos amarillentos y, a veces, rojizos, y la hierba y las plantas que no se hallaban pisoteadas entre el polvo alrededor del campamento ofrecían un aspecto marchito y parduzco. Todas las ramas caídas y matorrales secos de las inmediaciones se habían usado ya como leña, y los bosques habían perdido espesura.

Jondalar cogió las mochilas que estaban en tierra cerca de la entrada del alojamiento.

—Los caballos con las angarillas van a ser muy útiles para transportar las reservas de comida para el invierno. Ha sido una temporada provechosa.

Lobo corrió hasta ellos con la lengua colgando a un lado de la boca. Tenía una oreja algo caída, con el borde mellado, que le daba cierta apariencia de golfo.

—Creo que sabe que nos marchamos —comentó Ayla—. Me alegro tanto de que regresara y se quedara con nosotros, aunque estuviera herido. Lo habría echado de menos. Tengo muchas ganas de regresar a la Novena Caverna, pero siempre recordaré esta Reunión de Verano, en la que nos hemos emparejado.

—También yo he disfrutado mucho. Hacía mucho tiempo que no asistía a una reunión. Pero ahora que nos vamos, estoy impaciente por volver a casa —dijo Jondalar, y sonrió.

Pensaba en la sorpresa que, como él sabía, aguardaba a Ayla. Ella percibió un cambio en su expresión. Su sonrisa era más bien una mueca de placer, y transmitía una sensación de expectación. Intuyó que le ocultaba algo, pero no tenía la menor idea de qué podía ser.

—Me alegro de que hayan venido los lanzadonii. Han de recorrer un largo camino, pero Dalanar ha conseguido la donier que buscaba —prosiguió Jondalar—, y Echozar y Joplaya se han emparejado como es debido. Los lanzadonii son aún un pueblo poco numeroso, pero no tardarán en formar una segunda caverna. Han tenido muchos hijos, y afortunadamente han sobrevivido la mayoría.

—¡Qué bien que Joplaya esté encinta! —dijo Ayla—. Fue bendecida antes de su unión, pero no creo que se enterara de eso mucha gente durante la ceremonia matrimonial.

—Algunos tenían otros asuntos en la cabeza —comentó Jondalar—, pero me alegro por ellos dos. He encontrado a Joplaya un tanto distinta, más triste en cierto modo. Quizá sólo necesita un niño.

—Vale más que nos demos prisa —apremió Ayla—. Dijo Joharran que quería salir temprano.

No deseaba hablar de la tristeza de Joplaya porque conocía la causa, y tampoco quería mencionar la larga conversación que había mantenido con Jerika. La madre de Joplaya le había pedido cierta información muy concreta. Contó a Ayla sus propias complicaciones en el momento de dar a luz y mostró su interés en saber todo aquello que Ayla pudiera explicarle para facilitar un parto potencialmente difícil. También quería informarse acerca de la medicina de Ayla destinada a prevenir la concepción, y de los posibles métodos para provocar un aborto si lo primero no daba resultado. Temía por la vida de su única hija, y prefería no tener nietos a perderla. Pero como Joplaya estaba ya encinta y decidida a tener al niño, si sobrevivía al parto, Jerika tenía la firme determinación de evitar futuros embarazos.

La Undécima Caverna había remontado el río con todas sus balsas, y Joharran había acordado con ellos el traslado de una parte de la carga a la vuelta, pero el Sitio del Río tenía sólo un número de balsas limitado, y todas las cavernas querían utilizarlas. La Novena llenó las angarillas y cargó los lomos de Whinney y Corredor de paquetes de cecina envueltos con cuero crudo y canastos de alimentos recolectados. Los alojamientos que les habían servido de hogares durante el verano fueron desmontados, y las partes reutilizables se añadieron asimismo a la carga de los caballos. Además, cada persona acarreaba una mochila llena de cosas, y algunos, inspirándose en las angarillas de los caballos, se construyeron artefactos similares que arrastraban ellos mismos. Ayla pensó en hacer una angarilla para Lobo, pero aún no lo había adiestrado como animal de tiro. Quizá al año siguiente también él podría colaborar en el transporte de la carga.

Joharran iba de un lado a otro del campamento, dando prisa a la gente, haciendo sugerencias y cerciorándose de que todo estaba a punto. Cuando se hubo asegurado de que la Novena Caverna lo tenía todo listo para partir, se colocó al frente para encabezar la marcha, empuñando su lanza. Al viajar de día y siendo un grupo grande, si permanecían juntos no se acercaría a ellos ningún cazador cuadrúpedo. No obstante, a la primera señal de peligro, al tener la lanza en la mano, Joharran podría encajarla rápidamente en el lanzavenablos y prepararse para arrojarla. Se había ejercitado con el arma a lo largo del verano, y la manejaba ya con cierta destreza. Había media docena de hombres asignados a proteger los flancos, y Solaban y Rushemar cubrían la retaguardia. Las tareas de vigilancia se realizarían por turnos,

pasando a ocupar esos puestos otros que de momento ayudaban a transportar los pródigos frutos de ese verano en su viaje de regreso a la Novena Caverna.

Antes de marcharse, Ayla contempló una vez más el lugar donde se había celebrado la Reunión de Verano. Montones de huesos y desperdicios salpicaban el pequeño valle. Varias cavernas habían partido ya, dejando amplios espacios vacíos entre los campamentos de quienes continuaban allí, con postes y armazones de troncos todavía en pie y rectángulos y círculos negros donde habían estado las fogatas. Se había abandonado una tienda ya demasiado maltrecha para usarla, y un jirón de cuero desprendido de una estaca ondeaba al viento, que arrastraba un cesto viejo. Ayla observó que los alojamientos de otras cavernas estaban a medio desmontar. El campamento de la Reunión de Verano ofrecía un aspecto desolador.

Pero los desechos pertenecían a la tierra y pronto se descompondrían. En la primavera siguiente apenas quedarían indicios de las cavernas que habían pasado allí el verano. La tierra se recuperaría pronto de la invasión.

El viaje de regreso fue duro. La gente avanzaba penosamente con la pesada carga y, llegada la noche, se desplomaba exhausta en sus camas. Al principio, Joharran impuso una marcha rápida, pero la aminoró gradualmente para que los más débiles pudieran mantener el paso. No obstante, todos veían con ilusión la vuelta a casa y estaban muy animados. Aquella carga representaba su supervivencia durante los crudos meses del invierno.

Cuando se acercaban al hogar de la Novena Caverna, el paisaje familiar los incitó a apretar el paso. Impacientes por llegar al refugio bajo el saliente de roca, se esforzaron para no tener que pasar fuera una noche más. Las primeras estrellas del anochecer parpadeaban en el cielo cuando avistaron la Piedra que Cae y la familiar pared rocosa. Con ciertas dificultades a causa de la menguante luz y la pesada carga, atravesaron el Río del Bosque por las piedras dispuestas en el cauce y luego ascendieron por el sendero hacia la terraza del refugio. Cuando por fin llegaron al porche de piedra que se extendía ante la abertura en la roca bajo el saliente protector, casi había oscurecido.

Correspondió a Joharran la tarea de encender la primera fogata y una antorcha para llevarla al interior del refugio, y se alegró de poder contar para ello con las piritas. El fuego prendió enseguida y encendió la antorcha. A continuación la gente aguardó con impaciencia a que la Zelandoni retirara la figurilla de formas femeninas colocada frente al refugio para protegerlo. Tras dar gracias a la Gran Madre por vigilar su hogar mientras estaban ausentes, se encendieron varias antorchas más. La caverna formó una procesión tras la corpulenta mujer mientras ésta devolvía la donii a su lugar detrás de la gran hoguera, al fondo del espacio protegido, y luego todos se dispersaron, dirigiéndose cada cual a su propia morada para desprenderse por fin de la carga.

El primer trabajo inevitable consistía en inspeccionarlo todo en busca de posibles daños causados por las alimañas durante su ausencia. Había algunos excrementos de animales, las piedras de algún hogar estaban fuera de su sitio, y algunas cestas habían sido derribadas; pero los desperfectos eran mínimos. Dentro se encendió el fuego de los hogares y se acomodaron las provisiones y reservas. Se extendieron las pieles de dormir en las correspondientes plataformas. La Novena Caverna de los zelandonii había vuelto a casa.

Ayla se encaminó hacia la morada de Marthona, pero Jondalar la llevó en otra dirección. Lobo los siguió. Sosteniendo una antorcha en una mano y cogiendo la mano de Ayla con la otra, la guió hacia otra estructura, una que ella no recordaba haber visto allí. Jondalar se detuvo ante la entrada, apartó la cortina y le indicó que pasara.

—Esta noche dormirás en tu propia morada, Ayla —anunció Jondalar.

—¿Mi propia morada? —repitió ella, tan abrumada que apenas podía hablar.

Cuando entró en el oscuro espacio, el lobo la acompañó. Jondalar penetró después, manteniendo la antorcha en alto para que ella viese bien el interior.

—¿Te gusta? —preguntó él.

Ayla miró alrededor. En esencia, la morada estaba vacía, pero había estantes adosados a la pared adyacente a la entrada y, a un lado, una plataforma para las pieles de dormir. El suelo se había recubierto con secciones planas y lisas de piedra caliza procedentes de la cercana pared rocosa y se habían soldado entre ellas con arcilla endurecida del río. Se habían dispuesto ya las piedras del hogar, y una estatuilla femenina ocupaba el nicho situado justo enfrente de la entrada.

—Mi propia casa. —Ayla, con ojos chispeantes, empezó a dar vueltas en el centro de la estructura vacía—. ¿Una morada para nosotros dos solos?

Lobo se sentó sobre las patas traseras y la observó. Aquél era un lugar nuevo, pero dondequiera que Ayla estuviese era para él su hogar.

Una extraña sonrisa surcaba el rostro de Jondalar.

—Bueno, para nosotros tres —dijo dándole una palmada en el vientre—. Prácticamente está vacío…

—Me encanta. Me gusta muchísimo. Es preciosa, Jondalar.

Tan complacido estaba por las muestras de satisfacción de Ayla que sintió que se le anegaban los ojos en lágrimas, y tuvo que esforzarse por contenerlas. Entregó a Ayla la antorcha.

—Si es así, tienes que encender el candil, Ayla. Con ese gesto das a entender que la aceptas. Guardo aquí un poco de grasa derretida; la he traído todo el camino desde nuestro último campamento.

Se llevó la mano bajo la túnica y sacó una bolsa pequeña, la vejiga curada de un ciervo, envuelta en otra bolsa algo mayor hecha de piel del mismo animal, con el pelo vuelto hacia dentro. La vejiga era casi impermeable, pero con el tiempo rezumaba un poco, especialmente debido al calor. La segunda bolsa tenía la función de absorber

esa mínima filtración, y el pelo añadía una capa más para embeber la grasa que pudiera traspasar la membrana de la vejiga. En su parte superior, la vejiga se había atado con tendón de la pata del animal en torno a una vértebra de la espina dorsal del ciervo, rebajado el hueso superfluo hasta obtenerse una forma circular. El orificio natural de la vértebra, donde antes había estado alojada la médula espinal, era el agujero por el que se vertía el contenido. A modo de tapón, llevaba una correa de cuero atada repetidas veces hasta formar un nudo que encajaba en el agujero.

Jondalar tiró del extremo de la correa para retirar el nudo y vertió un poco de grasa líquida en un candil de piedra nuevo. Empapó una punta de una mecha absorbente de liquen extraído de las ramas de los árboles próximos al campamento de la Reunión de Verano y la colocó en el aceite. Luego acercó la antorcha. Prendió al instante. Cuando la grasa, ya caliente, se fundió por completo, Jondalar sacó un paquete de mechas envueltas con una hoja de árbol; éstas se habían elaborado a partir de hongos porosos cortados en tiras y dejados a secar. Le gustaba usar mechas de hongo, porque ardían durante más tiempo y proporcionaban una iluminación más acogedora. Desplazó a un lado la primera mecha y la colocó de forma que sobresaliera un poco más del borde del recipiente poco profundo. Luego añadió una segunda y una tercera mecha al mismo candil, para que uno solo alumbrara como si tuvieran tres.

Después llenó el segundo candil y entregó la antorcha a Ayla. Ella acercó la llama a la mecha. Prendió, chisporroteó y al cabo de un momento se estabilizó en un vivo resplandor. Jondalar llevó el candil al nicho que contenía la donii y lo dejó frente a la estatuilla. Ayla lo siguió. Cuando él se dio la vuelta, ella alzó la vista y le miró la cara.

—Ahora esta morada es tuya, Ayla —declaró Jondalar—. Si me dejas encender mi hogar entre estas paredes, todos los niños nacidos aquí serán de mi hogar. ¿Me lo permites?

—Sí, claro —contestó ella.

Jondalar volvió a coger la antorcha de la mano de ella y, a grandes zancadas, se dirigió al espacio reservado al hogar, delimitado ya mediante un círculo de piedras. Dentro había leña lista para arder. Acercó la antorcha a las astillas y observó hasta que las llamas de la leña menuda prendieron en los troncos mayores. No estaba dispuesto a correr el menor riesgo de que el fuego se apagara. Cuando alzó la vista, Ayla lo miraba con amor. Jondalar se irguió y la tomó entre sus brazos.

—Jondalar, soy tan feliz… —dijo ella, quebrándosele la voz, al mismo tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Entonces por qué lloras?

—Lloro de alegría —contestó ella, y se estrechó contra él—. Nunca había soñado que llegaría a ser tan feliz. Voy a vivir en esta preciosa casa, y los zelandonii son mi pueblo, y voy a tener un hijo, y soy tu compañera. Pero soy feliz sobre todo porque me he emparejado contigo. Te quiero, Jondalar; te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Ayla. Por eso he construido esta morada para ti —dijo él, e inclinó la cabeza para unir sus labios a los de ella. Notó el sabor de sus lágrimas.

—Pero ¿cuándo la construiste? —preguntó ella tras apartarse de él—. ¿Cómo? Hemos pasado todo el verano en la reunión.

—¿Recuerdas la expedición de caza que hice con Joharran y otros? No era sólo una expedición de caza. Volvimos aquí y construimos la morada.

—¿Recorristeis todo el camino hasta aquí para construir nuestra casa? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa —contestó Jondalar, complacido por la reacción de feliz asombro de ella—. No eres tú la única capaz de planear sorpresas.

—Es la mejor sorpresa que me han dado nunca —declaró ella, de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Has de saber, Ayla —dijo él con repentina seriedad—, que si alguna vez tiras las piedras de mi hogar, tendré que regresar con mi madre o irme a alguna otra parte. Significaría que quieres cortar el nudo de nuestra unión.

—¿Cómo se te ocurre decir una cosa así, Jondalar? —protestó Ayla, horrorizada —. ¡Nunca haría eso!

—Si fueras zelandonii de nacimiento, no tendría que decírtelo —aclaró Jondalar —; ya lo sabrías. Sólo quiero asegurarme de que lo entiendes. Esta morada es tuya, Ayla, y de tus hijos. Sólo el hogar es mío.

—Pero tú la has construido. ¿Cómo puede ser mía?

—Si quiero que tus hijos nazcan en mi hogar, tengo la responsabilidad de proporcionaros un sitio donde vivir a ti y a los niños. Y este lugar será tuyo pase lo que pase.

—¿Quieres decir que estabas obligado a construir una morada para mí? —preguntó Ayla.

—No exactamente. Estoy obligado a asegurarme de que tienes un sitio donde vivir, pero no a darte una casa para que sea tuya. Podríamos habernos quedado con mi madre; es bastante corriente cuando un joven está recién emparejado. O si fueras zelandonii, podríamos haber acordado que te quedaras con tu madre, o algún otro pariente, hasta que yo pudiera proporcionarte un sitio tuyo. En tal caso, naturalmente, quedaría en deuda con tu familia.

—No me hacía cargo de las obligaciones que asumías respecto a mí al unirnos —dijo Ayla.

—No es sólo respecto a una mujer, sino también respecto a los hijos. Ellos no pueden cuidarse por sí solos; hay que mantenerlos. Algunas parejas viven con parientes toda la vida, a menudo con la madre de la mujer. Cuando ésta muere, su morada pasa a pertenecer a sus hijos, pero si uno vivía con ella, es quien tiene prioridad. Si la casa de una mujer pasa a su hija, el compañero de ésta no ha de proporcionarle ya una morada, pero puede quedar en deuda con los hermanos de su

compañera. Si la casa pasa a un hijo, puede que éste quede en deuda con sus propios hermanos.

—Creo que aún tengo mucho que aprender sobre los zelandonii —admitió Ayla frunciendo el ceño.

—Y yo aún tengo mucho que aprender sobre ti —dijo él tendiéndole los brazos.

Ella se dejó abrazar de buena gana. Jondalar sintió crecer su propio deseo mientras se besaban y percibió también la reacción de Ayla.

—Espera aquí —dijo.

Salió y regresó con las pieles de dormir. Desató los fardos y extendió las pieles sobre la plataforma. Lobo los observaba desde el centro de la vacía estancia principal, y de pronto alzó la cabeza y aulló.

—Me parece que está inquieto —comentó Ayla—. Quiere saber dónde va a dormir él.

—Será mejor que vaya a la casa de mi madre y traiga la cama de Lobo. No te marches —dijo Jondalar sonriéndole.

Enseguida volvió y colocó la ropa vieja de Ayla que servía de cama a Lobo y su cuenco de comer junto a la entrada. El animal olfateó sus cosas, se paseó alrededor y, finalmente, se tendió sobre la ropa hecho un ovillo.

Jondalar fue con la mujer que lo esperaba aún junto al fuego, la levantó en brazos, la llevó a la plataforma de dormir y la dejó sobre las pieles. Empezó a desnudarla lentamente, y ella se dispuso a desatarse un cordón para ayudar.

—No —dijo Jondalar—. Quiero hacerlo yo, por favor.

Ayla bajó la mano. Él continuó desnudándola despacio, con delicadeza, y luego se despojó de su propia ropa y se tendió junto a ella. Y suavemente, con exquisita ternura, le hizo el amor durante media noche.

La caverna pronto se adaptó de nuevo a su rutina de siempre. Fue un otoño magnífico. En los campos, la hierba formaba ondas doradas agitadas por el impetuoso viento, y los árboles de las orillas del Río despedían destellos amarillos y rojos. Los arbustos estaban colmados de bayas; las manzanas presentaban un color rosado pero seguían agrias, esperando a las primeras heladas para endulzarse; los frutos secos caían de las ramas. Mientras duró el buen tiempo, los días se empleaban en reunir los abundantes frutos secos, frutas, bayas, raíces y plantas de la temporada veraniega. Cuando por la noche comenzaron a alcanzarse temperaturas inferiores a cero grados, se organizaron regularmente partidas de caza para acumular una reserva de carne fresca con la que complementar la cecina de las cacerías del verano.

Durante los días cálidos, poco después de su regreso, se revisaron los pozos de almacenamiento y se cavaron otros nuevos en la tierra reblandecida durante el verano a fin de que quedaran por debajo del nivel habitual de *permafrost*, y se revistieron con piedras. La carne fresca procedente de las últimas cacerías se cortaba y se dejaba

durante la noche en plataformas elevadas, lejos del alcance de las alimañas, para que se congelara. Al llegar la mañana, se guardaba en el interior de los profundos pozos, con lo cual se evitaba que se descongelara al subir las temperaturas durante el día. Varios de estos depósitos fríos se encontraban cerca de la Novena Caverna. Se cavaron también otros pozos menos profundos para guardar la fruta y las verduras de modo que se conservaran frías, pero no heladas, durante la primera etapa de la temporada de invierno. Más adelante, cuando avanzara el glacial invierno y se endureciera la tierra por efecto del frío, las frutas y verduras se trasladarían al fondo del refugio.

El salmón, que en esa época del año remontaba los ríos, se capturaba y se ahumaba o congelaba. También se pescaban otras variedades de peces mediante un método nuevo para Ayla: las trampas para peces de la Decimocuarta Caverna. Había visitado Pequeño Valle, y Brameval, que siempre la había tratado amablemente, le había explicado que las trampas tejidas, que estaban lastradas, permitían que los peces entraran fácilmente, pero no les dejaban salir. Ayla también se alegró de ver a Tishona y Marsheval. Pese a que no había tenido ocasión de conocerlos bien durante la ceremonia matrimonial, las dos parejas sentían ciertos lazos entre ellos por haberse emparejado en la misma ceremonia.

Había también quien pescaba con anzuelo. Brameval le entregó uno de aquellos pequeños fragmentos de hueso, afilado por ambos extremos y sujeto en su parte central por un cordel fino, pero resistente, y le dijo que atrapara ella misma su comida. Tishona y Marsheval la acompañaron, en parte para ver si necesitaba ayuda, pero también para disfrutar de su compañía. Jondalar le había enseñado a utilizar un anzuelo, y ella tenía lombrices y trozos de pescado para usarlos como cebo, así que empezó insertando una lombriz en el hueso. Se hallaban de pie en la orilla del Río, y lanzó el cordel. Cuando notó un tirón del primer pez que había mordido el anzuelo, tiró con fuerza confiando en que el hueso afilado se hubiera alojado horizontalmente en la garganta del animal, hincándose por ambos extremos. Sonrió al sacar un pescado del agua.

Cuando paró en la Undécima Caverna en el camino de regreso, Kareja no estaba, pero vio a la donier de la Undécima con Marolan, su alto y apuesto amigo, y se detuvo a charlar con ellos. Los había visto juntos varias veces en la Reunión de Verano, y se había dado cuenta de que Marolan era algo más que un simple amigo para la donier, algo parecido a un compañero, pese a que no se habían unido mediante una ceremonia matrimonial. Pero la ceremonia oficial de emparejamiento se celebraba básicamente de cara al futuro nacimiento de niños. Muchas personas optaban por vivir juntas sin celebrar ceremonia de emparejamiento: además de aquellos que sentían interés por los de su mismo sexo, tomaban esta opción sobre todo parejas de edad avanzada que ya no podían tener hijos y algunas mujeres que habían tenido hijos sin un compañero y más adelante decidían convivir con uno o dos amigos.

Ayla acompañaba a Jondalar a menudo cuando él salía con una partida de caza. Pero cuando los cazadores de animales grandes se alejaban, ella permanecía cerca de la caverna y utilizaba su honda o se ejercitaba en el manejo de la vara arrojadiza. En las llanuras del otro lado del Río habitaban tanto perdices blancas como urogallos. Sabía que podía haber cazado a las aves con la honda, pero quería aprender a utilizar la vara arrojadiza con igual destreza. También quería aprender a hacerlas. Era difícil separar secciones finas de los troncos —labor que se realizaba normalmente con cuñas— y después darles forma y alisarlas, para lo que se requería bastante tiempo. Aún más difícil era aprender a lanzarlas con un movimiento especial que las hacía girar horizontalmente a través del aire. En una ocasión había visto a una mujer mamutoi usar una de diseño similar; la había lanzado contra una bandada de aves en vuelo bajo y había abatido a tres o cuatro a la vez. A Ayla siempre le había gustado cazar con armas que exigieran habilidad.

Disponer de una nueva con que practicar le permitía sentirse menos excluida; además, cada vez manejaba mejor la vara arrojadiza. Casi nunca volvía a casa sin una o dos aves. Siempre se llevaba también la honda, y con frecuencia tenía una liebre que añadir a la olla. Eso le daba asimismo cierta independencia para poder intercambiar con los demás y conseguir las cosas que necesitaba. Aunque le complacía ya el aspecto que empezaba a tener su casa —había encontrado buen uso para muchos de los regalos que ella y Jondalar habían recibido al unirse—, estaba aprendiendo a comerciar, y a menudo intercambiaba plumas de aves, y también su carne, por objetos que deseaba para decorar su nuevo hogar. Incluso los huesos huecos de los pájaros, cortados, servían para hacer abalorios o pequeños instrumentos musicales, como flautas de tonos muy agudos, y también se empleaban como piezas de diversas herramientas o utensilios.

No obstante, se guardaba muchas de las pieles de las liebres y conejos que cazaba con la honda, o las finas y suaves pieles de las aves. Tenía previsto utilizarlas para confeccionar ropa para el bebé cuando llegaran los fríos y se viera obligada a permanecer en el refugio.

Un día fresco y tonificante de finales de la estación, Ayla decidió reorganizar sus cosas y dejar espacio para las del bebé. Cogió la ropa interior masculina de invierno que Marona le había regalado, y sostuvo la túnica extendida ante sí. Se le había quedado pequeña hacía tiempo, pero pensó que podría ponérsela más adelante. Era un conjunto cómodo. «Podría hacerme otro con la parte de arriba más holgada», pensó. Tenía pieles de ciervo de sobra. Plegó la túnica y la guardó.

Había prometido visitar a Lanoga esa tarde, y decidió llevarle un poco de comida. Había cogido verdadero afecto a la niña y a su hermana pequeña, y las visitaba con frecuencia pese a que ello implicara ver y hablar con Laramar y Tremeda más de lo

que habría deseado. También llegó a conocer un poco mejor a los otros niños, sobre todo a Bologan, aunque su relación con éste era un tanto forzada.

Vio a Bologan al llegar a la morada de Tremeda. Había empezado a aprender a elaborar barma con el hombre de su hogar. Ayla albergaba sentimientos encontrados al respecto. Era correcto que un hombre enseñara a los hijos de su hogar, pero los hombres que rondaban siempre por allí para beber la barma de Laramar no eran la clase de personas con las que, en opinión de Ayla, Bologan debía relacionarse; sin embargo, ése no era asunto de ella.

—Saludos, Bologan —dijo—. ¿Está Lanoga?

Aunque Ayla lo había saludado varias veces desde su regreso a la Novena Caverna, el muchacho aún parecía sorprenderse cuando ella se dirigía a él y nunca parecía encontrar palabras para contestarle.

—Saludos, Ayla. Está dentro —dijo, y de inmediato se dio media vuelta para marcharse.

Probablemente porque había estado ordenando su propia ropa, Ayla recordó de pronto una promesa que le había hecho a Bologan.

—¿Has tenido suerte este verano? —preguntó.

—¿Suerte? —preguntó él desconcertado—. ¿A qué te refieres?

—Varios jóvenes de tu edad cazaron su primera presa importante en la Reunión de Verano —respondió Ayla—. Me preguntaba si también tú habías tenido suerte en la caza.

—Un poco. Maté dos uros en la primera cacería.

—¿Conservas las pieles?

—Cambié una por ingredientes para preparar barma. ¿Por qué?

—Te prometí que te haría ropa interior de invierno si tú me ayudabas —recordó Ayla—. Me pregunto si quieres utilizar esa piel de uro, aunque creo que una de ciervo daría mejor resultado. Quizá podrías conseguir alguna cambiándola por algo.

—Pensaba cambiar también la otra piel por más ingredientes. Creía que te habrías olvidado de eso. Lo dijiste hace mucho tiempo, al poco de llegar aquí.

—Te lo dije hace mucho, sí, pero ahora estoy pensando en confeccionar ropa, y se me ha ocurrido que a la vez podría hacerte algo a ti —dijo Ayla—. Me sobran unas cuantas pieles de ciervo, pero tendrías que venir a casa para que te tome las medidas.

Bologan la miró con una expresión extraña, casi especulativa.

—Has estado ayudando mucho a Lorala, y también a Lanoga. ¿Por qué?

Ayla reflexionó un momento.

—Al principio fue sencillamente porque Lorala era muy pequeña y necesitaba ayuda. La gente siempre quiere ayudar a un bebé, y por eso las mujeres empezaron a amamantarla cuando se enteraron de que a su madre se le había retirado la leche. Pero ahora, además, le he cogido cariño, y también a Lanoga.

Bologan guardó silencio un momento y luego la miró.

—De acuerdo —dijo—. Si de verdad quieres hacerme ropa, tengo la piel de ciervo que necesitas.

Jondalar participaba en una expedición de caza junto con Joharran, Solaban, Rushemar y Jacsoman. Este último era de la Séptima Caverna y recientemente se había trasladado a la Novena con su nueva compañera, Dynoda. Su misión era localizar renos más que cazarlos, para averiguar dónde se hallaban y cuándo se acercarían a su región en la época de migración, a fin de organizar una gran cacería. Ayla se sentía inquieta. Había iniciado el viaje con la partida de caza, pero luego había regresado a la caverna. Por el camino, Lobo había espantado a un par de perdices, todavía no del todo blancas pero casi, que ella abatió de inmediato.

Willamar también se había marchado, en lo que probablemente sería su última misión comercial de la temporada. Se había dirigido hacia el oeste, para obtener sal de la gente que vivía cerca de las Grandes Aguas. Ayla invitó a Marthona, Folara y la Zelandoni a compartir una comida para ayudarla a terminar las perdices. Les dijo que las prepararía tal como las guisaba para Creb cuando vivía con el clan. Había cavado un pequeño hoyo en el Valle del Bosque al pie del sendero que descendía desde el refugio, lo había rodeado de piedras y encendido en el interior un buen fuego. Mientras la leña se consumía, desplumó a las aves, incluidas las patas, donde les crecían plumas para protegerse de la nieve, y luego cogió un haz de heno para envolverlas.

Si hubiera encontrado también los huevos, los habría usado para rellenar las aves, pero no era temporada de cría. Las aves no intentaban criar polluelos cuando se acercaba el invierno. En lugar de eso, cogió un puñado de hierbas aromáticas, y Marthona le había ofrecido un poco de la escasa sal que le quedaba, lo cual Ayla agradeció. Las perdices estaban haciéndose en el hoyo, junto con algunos frutos secos, y Ayla había pasado un rato cepillando los caballos, así que buscaba algo en qué ocuparse hasta que las aves estuvieran listas.

Decidió pasarse por la morada de la Zelandoni para ver si podía ayudarla en algo. La donier dijo que necesitaba un poco de ocre rojo molido, y Ayla se ofreció a ir a buscárselo. Regresó al Valle del Bosque, llamó con un silbido a Lobo, al que antes había dejado explorando nuevos e interesantes montículos y agujeros, y se encaminó hacia el Río. Excavando, extrajo el mineral de hierro de color rojo y encontró un bonito canto rodado que podía utilizar para moler el ocre. Volvió a llamar a Lobo con un silbido cuando empezó a ascender por la cuesta, sin prestar atención a quién más transitaba por el sendero.

Se sobresaltó cuando prácticamente tropezó con Brukeval. El hombre la había eludido desde la reunión en el alojamiento de los zelandonia para discutir el asunto de Echozar y el clan, pese a que la observaba continuamente desde lejos. Veía con satisfacción su embarazo cada vez más avanzado, sabiendo que pronto sería madre, e

imaginando que el niño que llevaba dentro era de su espíritu. Cualquier hombre podía fantasear con que el niño de una mujer embarazada era de su propio espíritu, y la mayoría de ellos se lo preguntaba de vez en cuando respecto a una mujer en particular, pero la fantasía de Brukeval se había convertido en una obsesión. A veces se despertaba en plena noche imaginando toda una vida con Ayla, remedando en su mayor parte lo que subrepticiamente la veía hacer con Jondalar, pero al encontrarse cara a cara con ella en el sendero, no supo qué decir. Allí no había manera de eludirla.

—Brukeval —dijo ella intentando sonreír—. Hace tiempo que quiero hablar contigo.

—Bien, pues aquí me tienes.

—Sólo quería que supieras que no pretendía insultarte en aquella reunión —se apresuró a decir Ayla—. Jondalar me contó que antes se burlaban de ti llamándote cabeza chata, hasta que obligaste a los demás a cambiar de actitud. Admiro el hecho de que te defendieras y les exigieras que dejaran de llamarte así. No eres un cabeza chata, no perteneces al clan. Nadie debería haberte llamado así nunca. Eres uno de los Otros al igual que cualquier zelandonii, y así te verían los miembros del clan.

La expresión de Brukeval pareció relajarse.

—Me alegra que te hayas dado cuenta de eso.

—Pero debes comprender que, para mí, los miembros del clan son personas —prosiguió Ayla—. No pueden ser animales. Nunca he pensado en ellos más que como seres humanos. Me encontraron sola y herida, y me acogieron y cuidaron de mí. Me criaron. Hoy no estaría viva si no fuera por ellos. Descubrí que eran gente admirable. No pensaba que considerarías un insulto mi afirmación de que tu abuela podía haber vivido con ellos cuando se perdió y estuvo ausente durante tanto tiempo, que quizá la gente del clan cuidó también de ella.

—Bueno, supongo que no podías saberlo —dijo él con una sonrisa.

Con una sensación de alivio, Ayla le devolvió la sonrisa y trató de explicarse con mayor claridad.

—Es simplemente que me recuerdas a personas por las que siento un gran afecto. Por eso me sentí atraída por ti desde el principio. Había un niño al que conocí, al que amé, y tú me recuerdas a él…

—¡Un momento! ¿Sigues creyendo que ellos son parte de mí? Acabas de decir que yo no soy un cabeza chata —protestó Brukeval.

—Y no lo eres. Ni Echozar tampoco. Que su madre fuera del clan no quiere decir que él lo sea. No lo criaron ellos, como tampoco te criaron a ti…

—Pero sigues pensando que mi madre era una abominación. ¡Ya te dije que no lo era! Ni mi madre ni mi abuela tenían nada que ver con el clan. Ninguno de esos animales inmundos ha tenido nada que ver conmigo, ¿me oyes? —vociferaba y había enrojecido de ira—. ¡No soy un cabeza chata! Me parece muy bien que a ti te criaran esos animales, pero yo no tengo nada que ver con ellos.

Lobo gruñía al hombre alterado dispuesto a saltar sobre él en defensa de Ayla. Daba la impresión de que Brukeval quisiera agredirla.

—¡Lobo! ¡No! —ordenó Ayla.

Había vuelto a cometer el mismo error. ¿Por qué no había podido callarse cuando él le había sonreído? Aun así, Brukeval no tenía por qué llamar animales inmundos a los miembros del clan, porque no lo eran.

—Probablemente crees que ese lobo también es humano —dijo Brukeval con sorna—. Eres incapaz de distinguir entre una persona y un animal. No es natural que un lobo actúe como éste entre la gente. —No se daba cuenta de lo cerca que estaba de los colmillos de Lobo con aquellos gritos, pero probablemente no habría importado. Brukeval estaba fuera de sí—. Déjame decirte una cosa: si esos animales no hubieran atacado a mi abuela, no habría estado tan asustada como para dar a luz a una mujer débil, y mi madre hubiera sobrevivido para cuidar de mí, para amarme. Esos miserables cabezas chatas mataron a mi abuela y también a mi madre. Por lo que a mí se refiere, no son útiles para nadie. Deberían estar todos muertos, como mi madre. No te atrevas a decirme nunca más que tienen algo que ver conmigo. Si de mí dependiera, los mataría a todos con mis propias manos.

A la vez que vociferaba, se acercaba cada vez más a Ayla, obligándola a retroceder cuesta abajo. Ella sujetaba a Lobo del pelo del cuello para impedir que atacara al hombre iracundo. Finalmente, Brukeval se fue apartándola de un empujón y alejándose sendero abajo a toda prisa. Ayla nunca lo había visto tan colérico. Su ira no sólo se debía a que ella le hubiera atribuido una ascendencia del clan, sino a que en su estado había dado rienda suelta a sus sentimientos más profundos. Brukeval había deseado más que nada en el mundo tener una madre a la que acudir cuando los otros se burlaban de él. Pero la mujer que heredó a Brukeval junto con el resto de las pertenencias de su madre no sentía el menor cariño por el bebé al que de mala gana amamantó. Brukeval era una carga para ella, que lo consideraba repulsivo. Tenía varios niños propios, incluida Marona, con lo cual le resultaba aún más fácil olvidarse de él. Pero no era una buena madre ni siquiera para sus propios hijos, y Marona había aprendido de ella su manera de ser fría e insensible.

Ayla estaba temblando. Realmente había complicado las cosas. Intentó serenarse mientras, tambaleándose, subía por la cuesta y entraba en la morada de la Zelandoni, quien alzó la vista cuando la vio entrar. Advirtió inmediatamente que ocurría algo grave.

—Ayla, ¿qué te pasa? Parece como si acabaras de ver un espíritu maligno —dijo.

—Creo que sí lo he visto, Zelandoni. Acabo de cruzarme con Brukeval —respondió entre sollozos—. He tratado de explicarle que no pretendí insultarlo en aquella reunión, pero por lo visto siempre he de decirle lo menos apropiado.

—Siéntate y cuéntamelo.

Ayla explicó lo que había ocurrido durante su encuentro con Brukeval en el sendero. Después, la Zelandoni guardó silencio un momento y preparó una infusión a

la joven. Ayla se calmó; hablar del asunto le había ayudado a desahogarse.

—Llevo mucho tiempo observando a Brukeval —dijo la Zelandoni al cabo de un rato—. Acumula mucha rabia dentro de él, desea vengarse del mundo que le ha hecho tanto daño, y ha decidido echar la culpa a los cabezas chatas, al clan. Los considera la raíz de su sufrimiento. Detesta todo y a todos aquellos que guardan relación con él. Lo peor que podías hacer es insinuar que él podría estar emparentado de algún modo con esa gente. Lo siento, Ayla, pero me temo que te has creado un enemigo. Ahora ya nada puede hacerse.

—Lo sé. Me he dado cuenta. ¿Por qué la gente los odia tanto? —preguntó Ayla —. ¿Qué los hace tan espantosos?

La donier la miró, pensativa, y por fin se decidió.

—Cuando dije en aquella reunión que me había sumido en profundas meditaciones para recordar todas las Historias y Leyendas de los Ancianos, era totalmente cierto. Utilicé todos los estímulos y apoyos a la memoria que conozco para sacar a la luz todo aquello que he memorizado a lo largo del tiempo. Probablemente es algo que debería hacerse con mayor frecuencia; resulta esclarecedor. Sospecho, Ayla, que el problema es que nosotros nos establecimos en sus tierras. Al principio no fue demasiado conflictivo. Había espacio de sobra, y muchos refugios vacíos. No era difícil compartir el territorio con ellos. Ellos tendían a aislarse, y nosotros los eludíamos. Por entonces no los llamábamos animales, sino simplemente cabezas chatas, y era un término más descriptivo que peyorativo. Pero a medida que pasó el tiempo y nacieron más niños, empezamos a necesitar más espacio. Algunos comenzaron a ocupar los refugios de esa gente, a veces luchando contra ellos, a veces matándolos o muriendo ellos mismos en los enfrentamientos. Por esas fechas, llevábamos ya mucho tiempo viviendo aquí, y éste era también nuestro hogar. Quizá los cabezas chatas estuvieran aquí primero, pero nosotros necesitábamos lugares donde vivir, así que nos apropiamos de los suyos. Cuando la gente trata mal a los demás, ha de racionalizarlo para poder seguir viviendo. Nos damos excusas a nosotros mismos. En ese caso la excusa que utilizamos fue que la Gran Madre nos había concedido la Tierra como hogar, «tanto el mar como la tierra, toda su Creación». Eso significa que todas sus plantas y animales son nuestros y podemos utilizarlos. Nos convencimos después de que los cabezas chatas eran animales, y que, por tanto, podíamos despojarlos de sus refugios para quedárnoslos.

—Pero no son animales —dijo Ayla—; son personas.

—Sí, tienes razón; pero oportunamente nos olvidamos de eso. La Madre dijo también que la Tierra es «para hacer uso, sin caer en el abuso». Los cabezas chatas también son Hijos de la Tierra. Eso fue lo otro que descubrí en mis meditaciones. Si la Madre mezcla sus espíritus con los nuestros, ellos deben de ser también personas. Pero no creo que las cosas hubieran cambiado mucho si los hubiéramos considerado personas. Estoy segura de que habríamos actuado del mismo modo. Doni ha creado otras criaturas vivas que han de matar para poder vivir. Dudo que tu lobo se preocupe

por las liebres que mata para sobrevivir o por los ciervos que sus congéneres cazan cuando van en manada. Nació para matarlos. Sin ellos no viviría, y Doni ha dotado a todo ser vivo del deseo de continuar viviendo —declaró la donier—. Pero a los humanos se les ha otorgado la facultad de pensar, y eso es lo que nos permite aprender y madurar. También es eso lo que nos lleva a saber que la cooperación y el mutuo entendimiento son necesarios para nuestra propia supervivencia, y eso ha dado origen a la empatía y la compasión, pero esa clase de sentimientos tienen otra cara. La empatía y la compasión que sentimos por los de nuestra propia clase a veces se extiende al resto de los seres vivos. Si permitiéramos que esos sentimientos nos impidieran matar a un ciervo u otros animales, no sobreviviríamos mucho tiempo. El deseo de vivir es el sentimiento predominante, así que aprendemos a sentir compasión de manera selectiva. Encontramos maneras de cerrar la mente. Limitamos nuestro sentido de la empatía.

Ayla, fascinada, escuchaba con mucha atención.

—El problema es saber hasta qué punto podemos restringir esos sentimientos sin pervertirlos. En mi opinión, eso es lo que preocupa a Joharran tras escuchar la información que tú, Ayla, nos has traído. Mientras la mayoría de la gente creía que los miembros del clan eran sólo animales, podíamos matarlos sin pararnos a pensar en ello. Matar a otros seres humanos es diferente; la mente deberá inventar nuevos pretextos para justificar esa acción. Pero si conseguimos de algún modo vincular esas muertes a nuestra propia supervivencia, la mente realizará las maniobras necesarias para racionalizarlas. Eso se nos da muy bien. Pero la gente cambia, aprende a odiar. Tu lobo no necesita odiar a sus presas. Para nosotros, sería más fácil si pudiéramos matar sin remordimientos como tu lobo. Pero en tal caso no seríamos humanos.

Ayla meditó un instante acerca de lo que la Zelandoni acababa de decir.

—Ahora sé por qué eres la Primera Entre Quienes Sirven a la Madre. Es difícil matar. Yo sé bien lo difícil que es. Recuerdo el primer animal que maté con la honda. Era un puerco espín, sentí tanta pena que no volví a cazar durante mucho tiempo, y llegado el momento tuve que encontrar una razón. Decidí matar sólo carnívoros porque a veces robaban la carne a los cazadores, y porque mataban a los mismos animales que el clan necesitaba como alimento.

—Eso es precisamente la pérdida de la inocencia, Ayla. El instante en que tomamos conciencia de lo que debemos hacer para vivir. Por eso es tan importante la primera presa de un joven cazador. No sólo son los cambios físicos del cuerpo los que hacen adulta a una persona. La primera cacería es la más difícil, y no sólo se reduce a vencer el miedo. Un hombre y una mujer deben demostrar que son capaces de sobrevivir, que son capaces de hacer lo necesario para seguir viviendo. También es ése el motivo por el que tenemos ciertas ceremonias destinadas a honrar a los espíritus de los animales que matamos. Es asimismo una manera de honrar a Doni. Necesitamos recordar y saber valorar que la vida de esos animales nos es dada para que podamos vivir. De lo contrario, los humanos podríamos insensibilizarnos

demasiado, y eso se volvería contra nosotros. Siempre debemos demostrar agradecimiento por lo que tomamos. Y también es necesario honrar a los espíritus de los árboles, la hierba y otros alimentos que crecen en la tierra. Debemos tratar todos los dones de la Madre con respeto. Ella puede encolerizarse si nos olvidamos de honrarla debidamente y retirarnos la vida que nos ha dado. Puede incluso dejar de aprovisionarnos. Si algún día la Gran Madre decidiera volver la espalda a sus hijos, nos quedaríamos sin hogar.

—Zelandoni, me recuerdas a Creb en muchos aspectos —dijo Ayla—. Era un hombre bondadoso y yo lo apreciaba por eso, pero lo más importante era que comprendía a la gente. Yo siempre podía acudir a él… Espero que no te moleste esta comparación, porque no es ésa mi intención.

La Zelandoni sonrió.

—No, claro que no me molesta. Me hubiera gustado conocer a ese hombre tan valioso del clan. Y espero que sepas que siempre puedes acudir a mí.

Ayla reflexionó sobre su conversación con la Primera mientras se disponía a moler el mineral rojo. Pero cuando comenzó la ardua tarea de triturar los terrones de mineral de hierro con la piedra redondeada sobre una roca plana en forma de fuente, procuró abstraerse para olvidar el incidente con Brukeval. El esfuerzo la ayudó a ello; la monótona actividad física le permitió dejar vagar libres sus pensamientos, que derivaron hacia su conversación con la Zelandoni. «Tiene razón, se dijo. Creo que me he creado un enemigo. Pero ¿qué puedo hacer ahora? El mal ya está hecho. No creo que hubiera podido evitarlo. Brukeval pensará lo que quiera pensar, independientemente de lo que yo diga o haga».

A Ayla no se le había ocurrido mentir y decirle que en realidad no creía que tenía el aspecto de un miembro del clan. No era verdad. Estaba convencida de que era un espíritu mixto. Comenzó a preguntarse por la abuela de Brukeval. La mujer se había extraviado, y cuando volvieron a encontrarla, declaró que la habían atacado unos animales; todos dedujeron que esos animales debían ser aquellos conocidos como cabezas chatas. Los del clan seguramente la encontraron, ¿cómo, si no, había conseguido sobrevivir? Y si ellos la acogieron y le dieron de comer, seguramente le pidieron que trabajara, como las demás mujeres, y cualquier hombre del clan consideró entonces que podía utilizarla para satisfacer sus necesidades. Si ella se opuso quizá alguien la forzó, como Broud había hecho con ella. Para una mujer del clan era inconcebible resistirse, puesto que podía ser castigada por ello.

Ayla intentó imaginar cómo reaccionaría una mujer nacida entre los zelandonii en una situación así. Para los zelandonii, el placer era un don de la Gran Madre Tierra, y nunca debía hacerse por la fuerza. Estaba destinado a compartirse, pero sólo cuando el hombre y la mujer estaban de acuerdo en ello. La abuela de Brukeval, sin duda, interpretó los requerimientos de que fue objeto como una agresión. ¿Qué podía pensar al verse atacada por alguien a quien consideraba un animal? ¿Forzada a compartir el don del placer con semejante criatura? Una experiencia así bastaría para

trastornar su mente. Quizá sí. Las mujeres zelandonii no estaban acostumbradas a recibir órdenes, eran independientes, tanto como los hombres.

Ayla dejó de moler la piedra roja. Tenía que ser cierto que un hombre del clan había obligado a la abuela de Brukeval a aparearse con él, porque ella había vuelto embarazada, y sólo de ese modo podía haberse iniciado la vida que crecía en su interior. Y como resultado de eso nació la madre de Brukeval. Era una mujer débil, había dicho Jondalar. Rydag también era débil. «Quizá haya algo en la mezcla entre razas que a veces provoca hijos enfermizos».

Su hijo Durc, sin embargo, no era débil, ni tampoco Echozar o los s'armunai. Eran personas fuertes, y muchas de ellas presentaban las facciones del clan. Quizá los débiles morían jóvenes, como Rydag, y sólo sobrevivían los más fuertes. ¿Serían acaso los s'armunai el resultado de una mezcla de razas iniciada mucho tiempo atrás? A ellos no les preocupaban tanto los mestizajes, tal vez porque estaban más acostumbrados. Parecían personas corrientes, pero tenían ciertas características propias del clan.

¿Habría sido ése el motivo por el que el compañero de Attaroa había intentado dominar a las mujeres antes de que ella le matara? ¿Acaso se transmitía el concepto que tenían los hombres del clan sobre las mujeres del mismo modo en que se transmitían sus rasgos físicos? ¿O se trataba sólo de algo que cada hombre aprendía conviviendo con ellos? Pero los s'armunai poseían también muchas cualidades positivas. Bodoa, la S'Armuna, había descubierto cómo sacar arcilla de un río y quemarla hasta convertirla en piedra y su acólita era una excelente tallista. «Y Echozar es realmente una persona muy especial», se dijo Ayla. Los lanzadonii, al igual que los zelandonii, pensaban que el aspecto de esa clase de gente se debía a la mezcla de espíritus, pero la madre de Echozar había sido atacada por uno de los Otros.

Ayla continuó moliendo el mineral. «¡Qué ironía!, pensó. Brukeval odia a la gente que inició la vida de la que él nació. Son los hombres quienes inician la vida que crece en el interior de las mujeres, de eso estoy segura. Son necesarios el hombre y la mujer. No es extraño que la caverna de los s'armunai estuviera desapareciendo bajo el mando de Attaroa. No podía obligar a los espíritus de las mujeres a mezclarse entre sí para crear vida. Las únicas mujeres que tenían hijos eran aquellas que escapaban furtivamente por las noches para visitar a sus hombres».

Ayla pensó en la vida que crecía dentro de ella. Sería hijo de Jondalar tanto como de ella. Estaba convencida de que se inició cuando dejaron atrás el glaciar. Ella no había preparado su infusión especial; estaba convencida de que era esa infusión la que había impedido que se iniciara una vida en su interior durante el largo viaje. Ella había sangrado por última vez poco antes de que empezar a cruzar el glaciar. Se alegraba de no haber tenido náuseas la mayor parte de ese tiempo, o al menos no tantas como cuando estuvo embarazada de Durc. Los niños que resultaban de una mezcla de razas acarreaban más problemas a las mujeres durante el embarazo y el

parto, y a veces eran los propios niños los que lo padecían. Esta vez se sentía perfectamente. ¿Sería niña o niño? ¿Y qué tendría Whinney?

Capítulo 37

La Novena Caverna construyó un refugio para los caballos bajo el saliente de piedra en la sección sur, la menos usada, cerca del puente de Río Abajo. Ayla había preguntado a Joharran si alguien se opondría a que ella y Jondalar construyeran una estructura para proteger a los animales. Había pensado en algo sencillo, que sirviera para protegerlos de la lluvia y la nieve arrastradas por las ráfagas de viento. Cuando el jefe de la Novena Caverna convocó una reunión en la Piedra de los Oradores para tantear las reacciones de la gente, todos se ofrecieron a ayudar y les construyeron una sólida morada con muros bajos de piedra y paneles encima para impedir el paso del viento. Pero no tenía cortinas en la entrada, ni cerca para mantenerlos encerrados.

Los caballos seguirían disfrutando de la libertad para ir y venir a su antojo a la que estaban acostumbrados. Whinney había compartido la Caverna de Ayla en el valle, y los dos caballos se habían acostumbrado al refugio que la gente del Campamento del León les había construido en su largo albergue. En cuanto Ayla les enseñó su nueva casa, les dio de comer hierba seca y avena y les puso agua, los animales empezaron a comprender que aquel espacio era para ellos. Al menos volvían con frecuencia, utilizando el camino más directo desde la orilla del Río, más cercana a esa sección de la caverna. Rara vez iban por el sendero que ascendía desde el valle del Río del Bosque y cruzaba frente a la concurrida área de viviendas a menos que los llevara Ayla.

Una vez construido el refugio para los caballos, Ayla y Jondalar decidieron hacer un abrevadero de madera, un cajón cuadrado con entalladuras al estilo de los recipientes de los sharamudoi, y cuando empezaron, su trabajo despertó mucho interés entre la gente. Les costó varios días, pese a que contaban con numerosos ayudantes, y aún más espectadores. Primero tuvieron que localizar el árbol adecuado, y eligieron un pino muy alto situado en medio de un espeso bosquecillo. La escasa distancia entre los árboles los obligaba a crecer a gran altura para alcanzar la luz del sol, y tenían pocas ramas en la parte inferior, con lo cual la madera estaba libre de nudos.

El árbol se cortó con hachas de pedernal, tarea de por sí ardua. Un hacha de pedernal tenía poco filo y apenas se hincaba. Eso obligó a realizar la incisión en el tronco en un ángulo muy abierto e ir arrancando fragmentos y delgadas astillas. Al final daba la impresión de que el tocón había sido mordisqueado por un castor. Una vez caído el árbol, tuvo que cortarse otra vez, justo por debajo de las ramas inferiores. La copa del árbol no se desperdició; los tallistas y fabricantes de herramientas examinaron enseguida aquella gran cantidad de madera, y los trozos sueltos se utilizaron como leña. El mismo árbol permitió hacer también un comedero. Conforme a la tradición sharamudoi, Jondalar y Ayla plantaron semillas del pino en torno al

árbol talado, en agradecimiento a la Gran Madre. La Zelandoni quedó muy impresionada por la ceremonia.

A continuación hicieron una demostración de cómo extraer tablones del tronco mediante cuñas y mazos. Los tablones resultantes, más estrechos por un lado que por el otro, tenían muchas utilidades, por ejemplo, como estantes. Los cajones entallados les parecieron a todos una idea ingeniosa. Usando un buril de pedernal o cualquier otra herramienta similar, cortaban un tablón para separar una sección alargada con los extremos rectos, que luego se rebajaban hasta formar un ángulo en el borde. A distancias previamente medidas, se practicaban en la tabla tres entalladuras transversales, es decir, surcos en forma de cuña que no llegaban a traspasar totalmente la madera. Con la ayuda de vapor, la tabla se doblaba entonces por las entalladuras, hasta cerrar completamente sobre sí mismo cada uno de los surcos y formar un cajón rectangular al juntarse los extremos. Con un taladro de pedernal, se realizaban varios agujeros en los extremos rebajados. Para conseguir un acabado suave, la madera se restregaba con arena y piedras.

Para el fondo se nivelaba y daba forma a otro tablón mediante cuchillos y piedras de lijar a fin de introducirlo en el cajón y encajarlo en la acanaladura previamente realizada a lo largo del borde inferior del cajón. Cuando estaba ensamblado, los extremos rebajados en ángulo de la cuarta esquina del cajón se aseguraban mediante estaquillas insertadas a golpes de mazo en los orificios hechos con el taladro. Aunque al principio perdía agua por las rendijas, la madera se hinchaba al empaparse y el cajón quedaba completamente estanco, lo cual lo convertía en un recipiente útil para líquidos o grasas, y si se usaban piedras calientes, muy eficaz como vasija para guisar. También eran buenos recipientes para contener agua y comida para los caballos. Era muy probable que en el futuro se hicieran más cajones como aquél.

Marthona observó a Ayla subir por el sendero con las mejillas rojas y el aliento empañado a causa del frío. Calzaba unos mocasines de suela gruesa y, unidas a éstos, unas polainas que le ceñían las pantorrillas por encima de las perneras de los calzones. Llevaba el abrigo forrado de piel que le había regalado la madre de Matagan, y que no ocultaba su evidente embarazo, sobre todo porque ella se ataba muy alto el cinturón del que pendían su cuchillo y varios saquitos. La capucha le caía sobre la espalda, y llevaba el pelo recogido en un cómodo moño, pero el viento agitaba unos cuantos mechones sueltos.

Usaba aún su morral mamutoi en lugar de una mochila al estilo zelandonii, y la llevaba llena de algo. Ayla se había habituado al morral, que colgaba de un solo hombro, y lo solía utilizar en las salidas cortas. Le dejaba un hombro libre, lo que le permitía cargar las piezas cobradas en sus cacerías. En ese momento tres perdices, atadas por las patas con plumas, colgaban de su hombro a la espalda y, a modo de contrapeso, por delante pendían dos liebres de buen tamaño.

Lobo la seguía. Ayla acostumbraba a llevárselo en sus salidas. No sólo era útil para espantar aves o animales pequeños, sino que, además, podía ver dónde habían caído entre la nieve las blancas aves o las liebres.

—No sé cómo te las arreglas, Ayla —dijo Marthona colocándose junto a ella y caminando a su lado cuando llegó al porche de piedra—. Cuando yo estaba de tantos meses, me notaba tan torpe y pesada que ni me planteaba ya ir de caza. Tú, en cambio, aún sales, y raro es el día que no traes algo.

Ayla sonrió.

—Me noto torpe y pesada, pero no se requiere mucha agilidad para arrojar una vara o lanzar una piedra con una honda, y Lobo me ayuda más de lo que imaginas.

Marthona sonrió al animal que andaba entre ellas. Pese a lo mucho que se había preocupado por él cuando lo atacaron otros lobos, ahora le gustaba su oreja ligeramente caída. Entre otras cosas, porque lo hacía más fácilmente reconocible. Esperaron mientras Ayla dejaba la caza frente a su morada sobre un bloque de piedra caliza que a veces se usaba como soporte, y a veces para sentarse.

—Nunca se me dio muy bien cazar animales pequeños —comentó Marthona—, salvo con cepos o trampas. Pero me divertía salir con las partidas de caza mayor. Hace tanto tiempo que no cazo, que creo que ya se me ha olvidado cómo se hace; pero tenía buen ojo para seguir los rastros. Ahora ya tampoco veo tan bien como antes.

—Mira qué más he traído —dijo Ayla descolgándose el abultado morral para enseñarle el contenido a Marthona—. ¡Manzanas!

Había encontrado un manzano sin una sola hoja, pero adornado aún con pequeñas y lustrosas manzanas rojas, ya menos duras y ácidas después de las primeras heladas, y había llenado el morral.

Las dos se dirigieron hacia el refugio de los caballos. Ayla no esperaba verlos allí en pleno día, pero echó un vistazo al abrevadero. En invierno, cuando la temperatura bajaba de cero grados, ella les deshelaba el agua, pese a que en su hábitat natural los caballos se las arreglaban perfectamente sin ayuda de nadie. Dejó unas cuantas manzanas en el comedero.

Luego se acercó al borde de la terraza y miró hacia el Río, flanqueado por árboles y matorrales. No vio a los caballos, pero lanzó un silbido, la señal que los animales habían aprendido a contestar, esperando que estuvieran lo bastante cerca para oírla. No tardó en ver a Whinney subir por la empinada cuesta, seguida de Corredor. Lobo y Whinney se rozaron los hocicos cuando la yegua llegó a lo alto; parecía su saludo formal. Corredor relinchó, y en respuesta recibió un aullido juguetón, tras lo cual el corcel y el lobo se rozaron también los hocicos.

Marthona todavía se sorprendía del control que Ayla tenía sobre sus animales. Se había acostumbrado a Lobo, que siempre estaba entre las personas y le respondía a ella con naturalidad. Pero los caballos eran más asustadizos, no tan cordiales, y

parecían menos dóciles, excepto con Ayla y Jondalar. Los veía más parecidos a los animales salvajes que ella había cazado en otro tiempo.

Ayla emitía los sonidos que Marthona la había oído usar ya otras veces con los caballos mientras les rascaba y acariciaba; luego los llevó al refugio. Ayla cogió una manzana para cada uno, y los animales comieron de sus manos mientras ella seguía hablándoles a su extraña manera. Marthona intentó discernir los sonidos que emitía. No eran exactamente una lengua, pensó. No obstante, tenían cierto parecido con algunas de las palabras que Ayla había usado en sus demostraciones del lenguaje de los cabezas chatas.

—Se te está poniendo una tripa enorme, Whinney —dijo Ayla y, dándose palmadas en el vientre, añadió—: Igual que a mí. Probablemente darás a luz en primavera, quizá a finales, cuando empiece a mejorar el tiempo. Por entonces mi hijo habrá nacido ya. Me encantaría montar un rato, pero supongo que en mi estado no es conveniente. Dijo la Zelandoni que podía ser malo para el niño. Me encuentro bien, pero no quiero correr riesgos. Jondalar te sacará a pasear cuando vuelva, Corredor.

Eso era lo que quería decir a los caballos, y lo que les decía en su mente, si bien la combinación de señas y palabras del clan y los otros sonidos de su lenguaje particular no se habrían traducido exactamente así… si alguien hubiera sido capaz de traducirlos. Poco importaba. Los caballos entendían el tono cordial de su voz, el contacto afectuoso y ciertos sonidos y señas.

El invierno llegó de improviso. A media tarde empezaron a caer pequeños copos blancos. Poco a poco se hicieron más grandes y gruesos, y al anochecer caía una intensa tormenta de nieve. En la caverna todos exhalaron suspiros de alivio cuando los cazadores que habían salido esa mañana llegaron al refugio antes de oscurecer por completo, con las manos vacías, pero sanos y salvos.

—Joharran ha decidido volver cuando hemos visto a los mamuts dirigirse a buena marcha hacia el norte —dijo Jondalar después de saludar a Ayla—. Ya conoces el dicho: «No des un paso más si los mamuts al norte van». Los mamuts se marchan al norte, donde hace más frío, pero el clima es más seco y la nieve no se acumula en capas tan profundas. En la nieve blanda y abundante pierden movilidad. Joharran no quería correr riesgos, pero esos nubarrones se desplazaban tan rápidamente que quizá hayan alcanzado incluso a los mamuts. La nieve ya llega hasta las rodillas. Hemos tenido que ponernos raquetas en los pies para volver.

La tormenta duró toda la noche y el día y la noche siguientes. No se veía nada, excepto aquella cortina blanca movediza, ni siquiera podía distinguirse el Río. A veces la nieve, atrapada en una contracorriente de aire que azotaba la pared rocosa, sin encontrar otra salida, rebotaba contra la dirección de los vientos dominantes formando un vertiginoso remolino de copos. A ratos, cuando el viento amainaba, la nieve caía a plomo, pesadamente, en un continuo movimiento hipnótico.

Ayla agradecía el protector saliente de piedra del refugio que se extendía hasta el lugar donde estaban los caballos, aunque la primera noche estuvo preocupada, ya que no sabía si los animales habían encontrado el camino hasta allí antes de acumularse mucha nieve, y temía que hubieran quedado aislados, aprisionados, por el espeso manto de nieve, si habían buscado cobijo en otra parte.

Sintió alivio al oír un relincho cuando se acercó al refugio a la mañana siguiente temprano y dejó escapar un hondo suspiro al ver a los animales. Pero al saludarlos percibió su nerviosismo. Tampoco ellos estaban familiarizados con aquella cantidad de nieve. Decidió quedarse un rato con ellos y los cepilló con espinosas hojas de cardencha, lo cual los reconfortaba, y a la propia Ayla le resultaba relajante.

Viéndolos a salvo en su refugio, se preguntó dónde se guarecerían los caballos salvajes. ¿Habrían emigrado a la región más fría y seca que se extendía al norte y al este, donde la nieve no alcanzaba tanta profundidad y no cubría el heno seco del que se alimentaban en invierno?

Se alegró de haber recogido hierba en abundancia para Whinney y Corredor, además de grano, para complementar su forraje. Había sido idea de Jondalar. Él sabía lo profunda que podía llegar a ser la capa de nieve; ella no. Ahora se preguntaba si habrían almacenado suficiente comida. Los caballos se adaptaban al frío, eso no la preocupaba. Su pelaje había crecido y se había espesado para proteger sus cuerpos robustos y compactos, pero ¿tendrían hierba suficiente?

Los inviernos en la región donde vivía la gente de Jondalar eran fríos, pero no secos. Su principal característica era la nieve, una densa nieve que saturaba el aire e iba de un lado a otro impulsada por el viento. Ayla no había visto tanta nieve desde que vivía con el clan. Se había acostumbrado a las heladas estepas de *loess* que absorbían la humedad de la atmósfera, situadas más al interior en torno a su valle y en el territorio de los cazadores de mamuts. Aquí, donde el clima estaba sujeto a las influencias marinas de las Grandes Aguas del oeste, el paisaje se conocía como estepas continentales. En invierno llovía y nevaba más, clima parecido en cierto modo al del lugar donde ella se había criado, el extremo montañoso de una península que se adentraba en un mar interior mucho más al este.

La pesada nieve apilada en el porche delantero formaba ante la abertura del refugio una alta y sólida barrera que resplandecía de noche con el reflejo dorado de las hogueras encendidas bajo el saliente de piedra. Ayla entendía ahora por qué se usaban gruesos troncos para sostener los numerosos travesaños del armazón cubierto de cueros que protegía el pasadizo por el que se accedía al cercado utilizado en invierno como vertedero en lugar de las zanjas.

La segunda mañana después del comienzo de la nevada Ayla despertó y se encontró la cara sonriente de Jondalar, que la sacudía con delicadeza, de pie al lado de la plataforma de dormir. Tenía las mejillas rojas a causa del frío y en su pesado abrigo había aún restos de nieve sin deshacer. Sostenía un vaso de infusión caliente.

—Venga, levanta ya, dormilona —dijo—. Recuerdo los tiempos en que estabas en pie mucho antes que yo. Aún queda un poco de comida. Ha parado de nevar. Abrígate y sal. Quizá deberías ponerte debajo aquellas prendas que te regalaron Marona y sus amigas.

—¿Tú ya has salido? —preguntó Ayla incorporándose para tomarse la infusión—. Últimamente parece que necesito dormir más.

Conteniéndose para no apremiarla, Jondalar esperó mientras ella se lavaba, tomaba un bocado y empezaba a vestirse.

—Jondalar, no puedo atarme estos calzones a la cintura, y la túnica ya no me cabe. ¿De verdad quieres que me ponga esto? No quiero estirarla.

—Los calzones son importantísimos. Da igual si no puedes atártelos. Haz lo que puedas. Encima llevarás tu otra ropa. Aquí tienes las botas. ¿Dónde está tu abrigo?

Mientras se encaminaban hacia el exterior del refugio, Ayla vio el radiante cielo azul y el brillo de la luz del sol que bañaba el saliente de piedra. Saltaba a la vista que algunas personas habían madrugado. Habían limpiado de nieve el sendero que bajaba al Río del Bosque y esparcido grava de piedra caliza por la pendiente para hacerla menos resbaladiza. A ambos lados las paredes de nieve llegaban a la altura del pecho, pero cuando Ayla contempló el paisaje, se le cortó la respiración.

Alrededor, todo se había transformado. La reluciente capa blanca había suavizado los contornos del terreno y, por contraste con aquella intensa y cegadora blancura, el cielo parecía aún más azul. Hacía frío; la nieve crujía bajo los pies y el aliento se le condensaba. Vio a unas cuantas personas en el llano que se extendía al otro lado del río.

—Cuidado al bajar por el sendero —advirtió Jondalar—. Puede ser peligroso. Dame la mano.

Llegaron al pie de la cuesta y cruzaron el pequeño río helado. Algunos de los que los vieron acercarse los saludaron con la mano y se dirigieron hacia ellos.

—Pensaba que no ibas a levantarte nunca —protestó Folara—. Hay un sitio al que vamos todos los años, pero se tarda media mañana en llegar. Le he preguntado a Jondalar si podíamos llevarte, pero le parecía que era demasiado lejos para ti en tu estado. Cuando la nieve esté más dura, podemos hacerte un asiento en un trineo y turnarnos para tirar de ti. Normalmente los trineos se usan para acarrear leña o carne o cualquier otra cosa, pero cuando no se los necesita para eso podemos utilizarlos nosotros —estaba eufórica.

—Cálmate, Folara —dijo Jondalar.

La nieve era tan profunda que cuando Ayla intentó caminar a través de ella, se tambaleó, perdió el equilibrio y se agarró a Jondalar, arrastrándolo en su caída. Quedaron los dos sentados y cubiertos de nieve, riendo de tal modo que no podían levantarse. Folara reía también.

—No te quedes ahí parada —protestó Jondalar—. Ven y ayúdame a levantar a Ayla.

Entre los dos, consiguieron ponerla de nuevo en pie.

De pronto, un proyectil redondo y blanco surcó el aire y fue a estrellarse ruidosamente contra el brazo de Jondalar. Al alzar la vista vio a Matagan, que estaba riéndose. De inmediato cogió un puñado de nieve con las dos manos, la moldeó hasta formar una bola y la lanzó contra el joven a quien estaba planteándose tomar como aprendiz. Pese a su cojera, Matagan echó a correr con relativa rapidez, y la bola de nieve no lo alcanzó.

—Creo que ya está bien por hoy —dijo Jondalar.

Ayla tenía una bola de nieve oculta, y cuando Jondalar se acercó, se la arrojó. Le dio en el pecho, y la nieve, al estallar la bola, le salpicó la cara.

—Así que quieres jugar —dijo él cogiendo otro puñado de nieve e intentando echársela en la espalda por debajo del abrigo.

Ayla forcejeó para zafarse, y al cabo de un momento los dos rodaban por la nieve, riendo y tratando de meterse nieve mutuamente por el cuello. Cuando por fin se detuvieron y se sentaron, estaban los dos rebozados de blanco de la cabeza a los pies.

Fueron a la orilla del río helado, lo cruzaron y volvieron al refugio. Camino de su morada, pasaron por delante de la de Marthona, que se asomó porque los había oído acercarse.

—¿De verdad te parece conveniente sacar a Ayla y traerla empapada de nieve en su estado, Jondalar? —le reprochó su madre—. ¿Y si se hubiera caído y el niño hubiera llegado antes de tiempo?

Jondalar pareció compungido. No había pensado siquiera en esa posibilidad.

—No te preocupes, Marthona —terció Ayla—. La nieve estaba blanda, y no me he lastimado ni he hecho ningún esfuerzo excesivo. No sabía que la nieve pudiera ser tan divertida —sus ojos chispeaban aún de entusiasmo—. Jondalar me ha ayudado a bajar y subir por el sendero. Estoy bien.

—Pero mi madre tiene razón —dijo Jondalar arrepentido—. Podrías haberte hecho daño, y yo ni lo he tenido en cuenta. Debería haber ido con más cuidado. Pronto serás madre.

Jondalar se mostró tan solícito a partir de entonces que Ayla se sintió casi confinada. No quería que bajara por el sendero, ni que saliese siquiera del refugio. De vez en cuando Ayla se quedaba un rato en lo alto de la cuesta mirando abajo con añoranza, pero cuando tuvo ya tanta barriga que no se veía los pies y se vio obligada a inclinarse hacia atrás para compensar la carga de delante, desaparecieron sus deseos de abandonar la seguridad del refugio de piedra de la Novena Caverna.

Le complacía permanecer cerca del fuego, a menudo en compañía de amigos, en su morada o en cualquier otra, o bien ir a la bulliciosa área de trabajo central bajo el techo protector del enorme saliente y entretenerse haciendo cosas para el bebé que pronto llegaría. Tenía clara conciencia de la vida que crecía dentro de ella, y esa circunstancia era en lo que principalmente centraba su interés por entonces.

Visitaba a los caballos diariamente, los cepillaba y mimaba, y se aseguraba de que tuvieran suficientes provisiones y agua. También ellos estaban menos activos, aunque bajaban al Río, totalmente helado, y lo cruzaban hasta la pradera que se extendía al otro lado. Aunque sin la eficacia de los renos, los caballos también eran capaces de escarbar en la nieve para encontrar pasto, y su aparato digestivo estaba habituado a los alimentos duros: los tallos de hierba congelados, la corteza de abedul y otros árboles de corteza igualmente fina, y pequeñas ramas de arbustos. Pero bajo la aislante capa de nieve, donde asomaba la hierba aparentemente muerta, encontraban a veces la base aún viva de los tallos y nuevos brotes esperando a crecer. Los caballos se las arreglaban para hallar comida suficiente con la que llenarse el estómago, pero el grano y la hierba que Ayla les proporcionaba contribuían a mantenerlos sanos.

Lobo salía más que los caballos. La temporada del año más dura para los herbívoros solía ser la mejor época para los comedores de carne. Se alejaba mucho y a veces estaba fuera todo el día, pero siempre regresaba por la noche para dormir en la pila de ropa vieja de Ayla. Ella le trasladó la cama junto a la plataforma de dormir, y cada anochecer lo esperaba preocupada hasta que volvía, a veces muy tarde. Algunos días, sin embargo, Lobo no se movía de la morada, y se quedaba junto a Ayla para descansar o jugar con los niños del refugio.

Durante la relativa inactividad de los meses invernales, cada cual se dedicaba a las labores propias de su oficio. Aunque en ocasiones salían de caza, sobre todo en busca de renos, que al ser animales muy adaptados al frío tenían mucha grasa almacenada, incluso en los huesos, había suficiente comida en el depósito del refugio para mantenerse y leña de sobra para el fuego que les servía para calentarse, guisar e iluminar sus moradas. A lo largo del año se recolectaban y guardaban los diversos materiales que necesitarían en invierno para llevar a cabo su trabajo. Era la época destinada a curar el cuero, suavizar las pieles, teñirlas y darles brillo o impermeabilizarlas; la época de confeccionar ropa y adornarla con cuentas y bordados. Se hacían botas y cinturones, y también hebillas, a menudo con tallas ornamentales, y muchos aprovechaban para aprender o perfeccionar un oficio.

Ayla había quedado fascinada por el proceso del tejido. Cuando Marthona hablaba de ello observaba y escuchaba atentamente. Las fibras de los animales que mudaban de pelo en primavera se habían recogido en arbustos espinosos o en la tierra desnuda, y se habían almacenado hasta el invierno, cuando se disponía de tiempo para hacer cosas artesanales. Tenían gran variedad de fibras, tales como lana de muflón, carnero e íbice. Una capa de vello corto y aterciopelado crecía en otoño bajo el enmarañado pelo de diversos animales, incluidos el mamut, el rinoceronte y el almizclero, siendo el de este último el más codiciado por su suavidad. El pelo largo y áspero de los animales era más permanente y se recogía sólo después de matarlos, por ejemplo el de los animales lanudos y las largas colas de los caballos. Se utilizaban asimismo fibras de muy distintas plantas, con las que se hacían cordones, cuerdas y finas hebras, que podían teñirse o dejarse con su color natural, y luego se prensaban

para darles dureza o se tejían para hacer ropa o esterillas, alfombras y colgaduras para impedir las corrientes de aire y cubrir las frías paredes de roca.

Se fabricaban cuencos de madera, puliéndolos y decorándolos con figuras pintadas y talladas; se tejían cestas de todas formas y tamaños; se hacían alhajas con cuentas de marfil modeladas, dientes de animales, conchas y peculiares piedras; se labraban el marfil, el hueso y el asta para hacer platos y fuentes, mangos para cuchillos, puntas de lanza, agujas para coser, y otros muchos utensilios, herramientas y objetos decorativos. Asimismo se realizaban estatuillas de animales en las que se trabajaban mucho los detalles, que servían como piezas ornamentales o como complementos de los más diversos objetos, y para ello se utilizaba cualquier material susceptible de ser tallado, como la madera, el hueso, el marfil o la piedra. Los talladores también realizaban estatuillas de formas femeninas, las donii, y a la gente le gustaba decorar las paredes del refugio con pinturas y tallas en relieve.

El invierno era también la época en que se ejercitaban las distintas clases de talento. Se creaban instrumentos musicales, en particular melodiosas flautas e instrumentos de percusión de interesantes sonidos, y luego se tocaban. Se ejecutaban danzas, se cantaban canciones, se contaban historias. Algunos se divertían con la práctica de deportes como la lucha y el tiro al blanco, y muchos se entregaban al juego y a las apuestas.

Se adiestraba a los jóvenes en ciertas habilidades básicas necesarias, y aquellos que mostraban predisposición o aptitud para una determinada actividad especializada encontraban siempre a alguien dispuesto a enseñarles. Había un transitado sendero entre la Novena Caverna y Río Abajo, y muchos de los artesanos que viajaban hasta allí desde sus propias cavernas pasaban a menudo unas cuantas noches en la Novena.

La Zelandoni enseñó las palabras de contar a quienes quisieron conocerlas, así como las historias y leyendas, pero rara vez disponía de tiempo libre. La gente se resfriaba, tenía dolores de cabeza, de oídos, de vientre y de muelas; las molestias causadas por la artritis y el reumatismo se agravaban siempre con el frío, y aparecían también otras enfermedades más graves. Algunos morían, y sus cuerpos se dejaban en los fríos pasadizos de entrada de ciertas cuevas, donde permanecían hasta la primavera, ya que la nieve y el terreno helado impedían enterrarlos en los campos exteriores destinados a ello. En algunos casos, aunque no era frecuente, se los dejaba permanentemente allí.

También había nacimientos. El solsticio de invierno había pasado. La Zelandoni había explicado a Ayla que en esa fecha el punto del horizonte por el que el sol se ponía estaba más a la izquierda que en ningún otro momento del año, permanecía ahí durante unos días y luego empezaba otra vez a desplazarse imperceptiblemente hacia la derecha. Ese cambio de la trayectoria solar se celebraba con una ceremonia, una fiesta y un banquete, que aportaban cierta emoción a los plácidos días de esa estación.

A partir de ese momento el sol se pondría cada día más a la derecha hasta el solsticio de verano, fecha en que alcanzaba su punto máximo por ese lado y parecía

quedarse allí por unos días. El paso por el punto medio entre ambos extremos coincidía con los equinoccios, es decir, el principio de la primavera y, en el recorrido opuesto, el principio del otoño. La Zelandoni señaló una depresión entre las montañas en el horizonte, el lugar exacto donde estaba ese punto medio. Para calcularlo, había usado las palabras de contar y hecho una marca en una sección plana de asta. Ayla encontró fascinante esa información. Le gustaba aprender esa clase de cosas.

En pleno invierno, la época más fría, cruda y desapacible del año, la nieve no invitaba ya a las excursiones por pura diversión. Incluso las salidas breves para ir a por leña o carne congelada podían ser un suplicio. Las piedras amontonadas sobre pozos de almacenamiento y depósitos fríos a menudo se helaban en bloque, y era necesario volver a separarlas. Las frutas y verduras de los depósitos menos profundos habían sido trasladadas hacía tiempo a hoyos revestidos de piedras excavados al fondo del refugio, pero se requerían muchos cepos y mucha vigilancia para impedir que los animales pequeños se apropiaran de una proporción demasiado grande. Los pequeños roedores, en particular, sobrevivían holgadamente gracias al duro trabajo de los humanos y siempre se las ingeniaban para compartir la caverna con ellos. Uno de los juegos de los niños en ese período del año consistía en lanzar piedras a las diminutas y rápidas alimañas, un juego alentado, desde luego, por los adultos. Una piedra arrojada con fuerza podía matar a un roedor, y el juego no sólo se convertía en un elemento más en la incesante lucha contra esa voraz plaga, sino que permitía a los niños desarrollar la puntería, cualidad indispensable para convertirse un día en cazadores consumados, y algunos de los pequeños ciertamente lo conseguían. Ayla comenzó a utilizar la honda con ese fin, y al cabo de un tiempo estaba ya enseñando a los niños a usar su arma preferida. Lobo se reveló asimismo como una valiosa ayuda en el esfuerzo por diezmar la población de roedores.

Al parecer, los pozos exteriores no padecían la acción de estas alimañas, y la comida se mantenía allí el mayor tiempo posible. Pero cuando las temperaturas más bajas del invierno ponían en peligro la calidad de los alimentos frescos, se veían obligados a meterlos en el refugio. Las verduras, una vez congeladas, solían emplearse sólo en guisos, como la mayoría de los alimentos secos.

Una repentina erupción de energía había invadido a Ayla en los últimos días. Había ido sintiéndose cada vez más incómoda a medida que aumentaba de peso y volumen, y de cuando en cuando tenía arrebatos de llanto y otros arranques emocionales que desconcertaban a Jondalar. El activo bebé la despertaba a menudo por las noches, y Ayla tenía serias dificultades para levantarse cuando estaba sentada en el suelo en su postura habitual, con las piernas cruzadas; ella que siempre había podido ponerse en pie con gráciles movimientos. Conforme se acercaba el momento, creció su temor al parto, aunque su deseo de tener el niño le hacía olvidar sus miedos.

La Zelandoni tenía la certeza de que Ayla pronto saldría de cuentas, y le había dicho:

—La Gran Madre Tierra, en su sabiduría, hizo incómodos los últimos días del embarazo intencionadamente, a fin de que las mujeres fueran capaces de afrontar el miedo al parto y superarlo.

Ayla había acabado de disponerlo y organizarlo todo para el niño, y luego había arreglado una vez más toda la casa. También había decidido preparar una comida especial para Jondalar. Le dijo todas las verduras que necesitaba de los hoyos de almacenamiento del fondo del refugio, y también qué carne quería. Cuando él regresó con todo, ella no se había movido, y tenía una extraña expresión en el semblante, mezcla de alegría y miedo.

—¿Qué pasa, Ayla? —preguntó él, dejando caer la cesta con la verdura.

—Me parece que el niño está preparándose para nacer —respondió ella.

—¿Ahora? —dijo Jondalar, asaltado por un súbito nerviosismo—. Vale más que te eches en la cama. Iré a buscar a la Zelandoni. Quizá sea mejor que traiga también a mi madre. No hagas nada hasta que vuelva.

—Aún no. Jondalar, cálmate. Todavía tardará un rato. No vayas aún a por la Zelandoni; asegurémonos antes —propuso ella. Cogió la cesta con la verdura. Fue al espacio destinado a cocinar y comenzó a vaciarla.

—Ya me encargo yo de eso. ¿No deberías descansar? ¿Estás segura de que no quieres que traiga a la Zelandoni?

—Jondalar, ya has visto nacer niños antes, ¿no? No tienes por qué preocuparte tanto.

—¿Quién dice que estoy preocupado? —replicó él tratando de aparentar serenidad. Ella se llevó la mano al vientre y se quedó inmóvil—. Ayla, ¿de verdad no crees que es mejor que avise a la Zelandoni? —insistió él con el entrecejo fruncido.

—Está bien; ve a avisarla, pero sólo si me prometes que le dirás que es sólo el comienzo. No hay prisa.

Jondalar salió como una exhalación y regresó con la Zelandoni casi a rastras.

—Te pedí que le dijeras que no había prisa —le reprochó Ayla a su compañero. Luego miró a la donier—. Perdona por haberte obligado a venir tan pronto. Las contracciones acaban de empezar.

—Jondalar, es mejor que te vayas un rato a la morada de Joharran. De paso dile a Proleva que quizá necesite su ayuda. —Se volvió hacia Ayla y añadió—: No estoy muy ocupada. Me quedaré a hacerte compañía. ¿Tienes alguna infusión preparada? —preguntó la Zelandoni.

—Puedo prepararla en un momento —se ofreció la joven—. Creo que la Zelandoni tiene razón, Jondalar. ¿Por qué no vas a ver a Joharran?

—De camino puedes entrar a decírselo a Marthona, pero no hace falta que la traigas a rastras —sugirió la Primera, y Jondalar se marchó apresuradamente—.

Cuando nació Folara estuvo presente durante todo el parto, sin alterarse en lo más mínimo. Pero siempre es distinto cuando se trata de la propia compañera.

Ayla volvió a quedarse inmóvil, aguardando a que pasara la contracción, y luego comenzó a preparar la infusión. La Zelandoni la observó y se dispuso a calcular el tiempo que pasaba hasta la siguiente contracción. Se acomodó en un gran banco que Ayla había hecho especialmente para sus visitas, ya que sabía que no le gustaba sentarse en el suelo ni en almohadones si podía evitarlo. En los últimos tiempos lo había usado mucho ella misma.

Mientras tomaron la infusión y charlaron de trivialidades, Ayla tuvo algunas contracciones más. Finalmente, la Zelandoni le pidió que se tendiera para poder examinarla. La joven obedeció. La Primera esperó hasta la siguiente contracción y le palpó el vientre.

—Puede que no tarde demasiado, después de todo —comentó la curandera.

Ayla se puso en pie, pensó en sentarse en el suelo sobre un almohadón, cambió de idea y fue a la cocina, donde tomó otro sorbo de infusión. Sintió una nueva contracción. Se preguntó si no convendría que volviera a tumbarse. Las cosas iban más deprisa de lo que había previsto.

La Zelandoni la examinó con mayor detenimiento y luego miró con atención a la joven.

—Éste no es tu primer hijo, ¿verdad?

Ayla aguardó a que pasara el espasmo antes de contestar.

—No, no lo es —respondió en un susurro—. Ya había tenido un niño.

La donier se preguntó por qué no tenía al niño con ella. ¿Habría muerto? Si el niño nació muerto o si murió poco después del parto, sería importante saberlo.

—¿Qué le pasó? —preguntó.

—Tuve que dejarlo. Se lo di a mi hermana Uba. Aún vive con el clan, o al menos eso espero.

—El parto fue muy difícil, ¿no?

—Sí, estuve a punto de morir al dar a luz —contestó ella con un tono uniforme y controlado, procurando no revelar emoción alguna, pero la donier percibió temor en su mirada.

—¿Qué edad tiene ahora, Ayla? O mejor dicho, ¿qué edad tenías tú cuando diste a luz? —quiso saber.

—No contaba aún doce años —dijo Ayla, notando otra punzada de dolor. Se sucedían cada vez con mayor frecuencia.

—¿Y ahora? —preguntó la Zelandoni tras la contracción.

—Ahora cuento diecinueve, veinte pasado el invierno. Soy ya vieja para tener hijos.

—No, no lo eres, pero eras muy joven cuando tuviste al primero. Demasiado. No es extraño que fuera un parto difícil. Has dicho que lo dejaste con el clan. —La

Zelandoni hizo una pausa para pensar cómo formular la siguiente pregunta. Por fin dijo—: ¿Es tu hijo de espíritus mixtos?

Ayla tardó en contestar. Se volvió hacia la Primera y se encontró con su mirada. Luego casi se dobló con la siguiente contracción.

—Sí —dijo con expresión atemorizada cuando el dolor pasó.

—Posiblemente eso contribuyó a complicar el anterior parto. Por lo que sé, las mujeres tienen más dificultades para dar a luz a niños de espíritus mixtos. Tiene algo que ver con la cabeza, según me han dicho. La de ellos es de mayor tamaño y de forma distinta, y no se contrae tanto. Es probable que esta vez te resulte más fácil. Por ahora todo va bien, ya lo sabes.

La donier había notado el nerviosismo de Ayla en la última contracción. «Es mejor que se relaje; los nervios sólo sirven para empeorar las cosas, pensó la donier; pero me temo que recuerda un primer parto muy complicado. Ojalá me lo hubiera dicho antes. Podría haberla ayudado. Espero que Marthona no tarde mucho. Creo que Ayla necesita ahora alguien que le preste toda su atención; voy a intentar que se relaje. Quizá con un poco de conversación el miedo se aleje de su mente».

—¿Por qué no me hablas de tu primer hijo?

—Al principio pensaron que era deforme, y que sería una carga para el clan —comenzó Ayla—. En un primer momento ni siquiera era capaz de mantener la cabeza erguida, pero luego se fortaleció. Todos le cogieron cariño. Grod incluso le hizo una lanza, de su tamaño. Y a pesar de lo pequeño que era, corría mucho.

Ayla sonreía con lágrimas en los ojos por el recuerdo. La Primera pudo formarse una idea de lo sucedido. Comprendió de pronto lo mucho que Ayla quería a ese niño, lo orgullosa que estaba de él, fuera o no de espíritus mixtos. Al decir que se lo había dado a su «hermana», la Zelandoni había pensado en un primer momento que podía haber sido un alivio para ella encontrar a alguien que se quedara con el niño.

Algunos zelandonia hablaban aún de la abuela de Brukeval. Aunque nunca se mencionaba en público, la mayoría de ellos tenía la seguridad de que la hija que dio a luz era de espíritus mixtos. Nadie deseaba acogerla cuando su madre murió, y Brukeval sufrió el mismo destino. Él tenía el mismo aspecto que su madre, quizá no tan marcado, pero sin duda era también de espíritus mixtos; la Zelandoni estaba convencida de ello, pero nunca lo admitiría ante nadie, y menos ante él.

¿Cabía la posibilidad de que Ayla fuera propensa a atraer los espíritus del clan por haber sido criada entre ellos? ¿Sería también mestizo el niño que estaba por nacer? Y si lo era, ¿qué ocurriría? Lo más sensato sería poner fin a su vida antes de que se iniciara. Sería muy fácil, y todos pensarían que sencillamente había nacido muerto. Probablemente ahorraría muchos sufrimientos a todos, incluido al niño. Sería lamentable tener en la caverna a otro niño no deseado ni amado, como había sido el caso de Brukeval y su madre.

«Pero si Ayla había amado a su primer hijo, pensó la donier, ¿no amaría también a éste? Resulta asombroso verla con Echozar. Da la impresión de que ella siente

verdadera simpatía por él, y él se siente a gusto con ella. Quizá saldría bien si Jondalar…».

—Jondalar me ha dicho que te había empezado el parto, Ayla —dijo Marthona entrando en la morada—. Ha insistido en que era sólo el comienzo y no había ninguna prisa, pero estaba tan impaciente por hacerme venir que casi me ha sacado a empujones de casa.

—Me alegro de que hayas venido —dijo la Zelandoni—. Me gustaría prepararle algo.

—¿Para acelerar el parto? —preguntó Marthona. Sonrió a Ayla—. A veces los primeros partos se alargan tanto.

—No —respondió la donier, y guardó silencio en actitud pensativa antes de proseguir—. Sólo algo para que se relaje. Evoluciona bien, más deprisa de lo que preveía. Pero está muy nerviosa; está un poco asustada por el parto, creo.

Ayla advirtió que la curandera no corrigió a Marthona la suposición de que aquél era su primer parto. Desde el principio había presentido que la Zelandoni conocía muchas cosas, muchos secretos que no contaba a nadie. Quizá fuera mejor que ella misma siguiera ocultando la existencia de Durc, y hablara de ello sólo con la Zelandoni.

Se oyó que llamaban a la entrada. Era Proleva, que entró sin esperar respuesta.

—Jondalar me ha dicho que Ayla estaba de parto. ¿Puedo ayudar en algo? —dijo. Llevaba un niño cargado a la espalda, sujeto a ella mediante una manta.

—Sí —contestó la Zelandoni. Había asumido la responsabilidad de autorizar quién podía entrar en la morada y quién no, lo cual Ayla agradeció. Notando que se acercaba la siguiente contracción, lo último que quería era tener que decidir quién debía estar allí y quién debía marcharse. La curandera advirtió que la joven se ponía tensa, preparándose para luchar contra el dolor. Era evidente que prefería no gritar—. Puedes sentarte con Ayla mientras Marthona pone agua a hervir. Yo he de ir a buscar una medicina especial.

La Zelandoni salió apresuradamente. Pese a su volumen, podía moverse con rapidez cuando se lo proponía. Folara se aproximaba cuando la mujer dejó caer la cortina a sus espaldas.

—¿Puedo entrar, Zelandoni? —preguntó—. Me gustaría ayudar si es posible.

La donier se detuvo sólo un instante.

—Sí, adelante. Ayuda a Proleva a intentar calmar a Ayla —respondió, y se alejó a toda prisa.

Cuando regresó, Ayla se revolvía desesperadamente en medio de otra contracción, pero seguía sin gritar. Marthona y Proleva estaban una a cada lado de ella, sujetándole las manos, visiblemente preocupadas. Folara añadía otra piedra caliente al agua para que no se enfriara. Tenía la misma expresión de preocupación que su madre. La mirada de Ayla reflejaba miedo, pero pareció aliviada al ver a la curandera.

La Zelandoni corrió junto a ella.

—Todo irá bien. Lo estás haciendo perfectamente; sólo debes relajarte. Voy a prepararte algo para reconfortarte.

—¿Qué es? —preguntó Ayla cuando el dolor remitió.

La Zelandoni la miró y advirtió que no lo preguntaba por miedo, sino por interés. De hecho, dio la impresión de que esa información podía apartar la angustia de su mente por un instante.

—Corteza de sauce y hojas de frambuesa —explicó la donier. Fue a ver si el agua hervía—. También he añadido flores de tilo y una pizca de estramonio.

Ayla movía la cabeza en un gesto de asentimiento.

—La corteza de sauce es un calmante suave; las hojas de frambuesa resultan especialmente relajantes durante el parto; las flores de tilo son endulzantes; y el estramonio ataja el dolor y adormece, pero podría llegar a interrumpir las contracciones. No obstante, una pizca me puede ir bien.

—Eso mismo he pensado yo —dijo la donier.

Mientras se apresuraba a añadir las hierbas y trozos de corteza al agua que Folara mantenía caliente, la Zelandoni cayó en la cuenta de que dejar participar a Ayla en su propio tratamiento podía resultar tan útil para relajarla como las medicinas; pero sería absurdo tratar de ocultarle algo considerando sus amplios conocimientos en la materia. Requirió un buen rato preparar la infusión medicinal, y durante ese tiempo Ayla tuvo varias contracciones más. Cuando por fin la donier le llevó el vaso, la joven estaba muy dispuesta a aceptarlo; aun así se incorporó y saboreó antes la infusión, concentrándose con los ojos cerrados. Asintió y se la bebió.

—Más hojas de frambuesa que corteza de sauce, y sólo el tilo suficiente para anular el sabor amargo del estramonio —recitó Ayla. Luego se tendió de nuevo para aguardar el siguiente acceso de dolor.

Por un brevísimo instante la Zelandoni se sintió tentada de replicar sarcásticamente, «¿Qué? ¿Das tu aprobación?», pero se contuvo, y enseguida se reprendió por el solo hecho de haberlo pensado. La experta donier no estaba acostumbrada a que los demás probaran e hicieran comentarios acerca de sus medicinas, pero ¿no haría ella lo mismo? La joven no tenía ánimo de criticar, comprendió la Zelandoni; simplemente constataba sus propios conocimientos. La miró y sonrió, convencida de saber qué estaba pensando exactamente Ayla en ese momento, porque ella habría hecho lo mismo. La joven estaba evaluando los efectos que la medicina tenía en ella. Observaba en silencio sus propias reacciones, esperando para ver cuánto tardaba en actuar la infusión y con qué intensidad. Y como la curandera había supuesto, eso apartaba de su mente el miedo y la ayudaba a relajarse.

Todas aguardaron hablando en susurros. El parto parecía ir un poco mejor. La Zelandoni no sabía si se debía a la medicina o a la disminución del temor —probablemente a ambas cosas—, pero Ayla ya no se retorcía ni se agitaba. En lugar de eso se concentraba en sus sensaciones, comparando ese parto con el anterior y

notando que esa vez parecía todo más fácil. Todo seguía el curso que ella había observado en otras mujeres que habían tenido partos normales. Había estado presente cuando Proleva dio a luz, y ahora sonreía mientras la mujer amamantaba a su hija.

—Marthona, ¿sabes dónde guarda la manta para el parto? —preguntó la Zelandoni—. Creo que se acerca el momento.

—¿Tan pronto? No esperaba que fuera tan rápido, y menos viendo las dificultades del principio —comentó Proleva dejando a la niña en la manta.

—Pero ahora parece tenerlo ya bajo control —dijo Marthona—. Iré a traer la manta para el parto. ¿Está donde me enseñaste, Ayla?

—Sí —contestó ella de inmediato, notando el inicio de otra convulsión que le agarrotaba los músculos y parecía recorrer todo su cuerpo.

Cuando pasó, la Zelandoni dio instrucciones a Folara y Proleva para que extendieran en el suelo la manta de piel para el parto, decorada con dibujos y símbolos, y luego hizo una seña a Marthona.

—Ya es hora de ayudarla a levantarse —dijo. Dirigiéndose a Ayla, añadió—: Tienes que levantarte y dejar que la atracción de la Gran Madre Tierra ayude a salir al niño. ¿Puedes?

—Sí, eso creo —respondió Ayla con la respiración entrecortada. Había estado empujando con fuerza en cada contracción, y sintió el impulso de volver a empujar, pero trataba de contenerse un momento.

Entre todas la ayudaron a ponerse en pie y la llevaron hasta la manta. Proleva le mostró la posición en cuclillas que debía adoptar y luego se colocó a su lado mientras Folara la sostenía desde el otro lado. Marthona, enfrente, sonreía y le daba apoyo moral. La Zelandoni se situó detrás de Ayla y la estrechó contra su enorme pecho, rodeándola con los brazos por encima del abultamiento del vientre.

Ayla se sintió envuelta por la blandura y el calor de la corpulenta mujer; resultaba reconfortante apoyarse contra ella. La donier parecía la Madre, todas las madres combinadas en una, el suave seno de la propia Tierra. Pero en contacto con ella se notaba algo más: una colosal fuerza permanecía oculta bajo la masa de carne. Ayla tuvo la clara impresión de que aquella mujer era capaz de mostrar todos los estados de ánimo de la mismísima Madre, desde la dulzura de un cálido día de verano hasta la fiereza de una intensa ventisca. Si se sentía impulsada a ello, podía desplegar el poder devastador de una turbulenta tempestad, o reconfortar y abrigar como una delicada neblina.

—Ahora, en la siguiente contracción, quiero que empujes —indicó la Zelandoni.

A ambos lados de Ayla, las dos mujeres le sujetaban las manos, ofreciéndole algo a qué agarrarse.

—Ya viene —anunció Ayla.

—¡Empuja! —ordenó la Zelandoni.

Ayla respiró hondo y empujó con todas sus fuerzas. Notó que la donier la ayudaba, empujando al niño a la vez que ella. Un chorro de agua caliente cayó sobre

la manta.

—Bien, eso estaba yo esperando —dijo la Zelandoni.

—También yo me preguntaba cuándo rompería aguas —comentó Proleva—. Yo rompí aguas tan pronto que estaba casi seca cuando llegó la niña. Así es mejor. Ahí va otra vez.

—Ahora vuelve a empujar, Ayla —dijo la Zelandoni.

La joven obedeció y percibió movimiento.

—Ya veo la cabeza —dijo Marthona—. Estoy preparada para coger al niño.

Se arrodilló cerca de Ayla en el preciso instante en que empezaba otra intensa contracción. La muchacha tomó aire y empujó.

—¡Ya sale! —exclamó Marthona.

Ayla notó el paso de la cabeza. El resto fue fácil. Cuando el niño resbaló hacia afuera, la madre de Jondalar tendió las manos y lo cogió.

Ayla bajó la vista y vio al bebé mojado en brazos de Marthona, y sonrió. También en el rostro de la Zelandoni se dibujó una sonrisa.

—Ayla, empuja una última vez para expulsar la placenta —ordenó, tratando de ayudarla de nuevo.

Ella obedeció y vio caer en la manta una masa de tejido sanguinolento.

La Zelandoni la soltó y fue a situarse frente a la nueva madre. Proleva y Folara sostuvieron a Ayla mientras la donier cogía al bebé, le volvía cabeza abajo y le daba unas palmadas en la espalda. Se oyó el ligero sonido de un hipo. La donier golpeó a la criatura enérgicamente en los pies y observó que, sobresaltada, echaba el aire y de inmediato tomaba su primer aliento vital. Siguió un llanto casi inaudible, al principio poco más que un maullido, pero que fue en aumento a medida que los pulmones del bebé se acostumbraban a mantener la vida.

Marthona sostuvo al recién nacido mientras la donier limpiaba un poco a Ayla, enjugando la sangre y los fluidos; luego Folara y Proleva la ayudaron a volver a la cama. La Primera ató un trozo de tendón en torno al cordón umbilical del pequeño —teñido de rojo con ocre a petición de Ayla— para pinzarlo y evitar una hemorragia por el tubo aún abierto. Con una afilada hoja de sílex, cortó el cordón por encima del nudo, separando al niño de la placenta que le había proporcionado alimento y un sitio donde crecer hasta su nacimiento. El bebé de Ayla era ya una entidad aparte, un ser humano único e independiente.

Marthona y la Zelandoni limpiaron al recién nacido con una aterciopelada piel de conejo que Ayla había hecho con ese propósito. La madre de Jondalar tenía ya a punto una pequeña manta, también aterciopelada, tan suave de hecho que parecía la piel del bebé. Estaba confeccionada con la piel de un feto de ciervo poco antes de nacer. La Zelandoni había dicho a Jondalar que traería suerte al niño nacido en su hogar si le conseguía una piel así para el momento del nacimiento, y él y su hermano habían salido de caza a finales del invierno en busca de una cierva preñada.

Ayla lo había ayudado a elaborar la flexible manta con la piel fetal. A Jondalar siempre le había asombrado la suavidad de las pieles que trabajaba su compañera, cuyas técnicas había aprendido del clan, como él bien sabía. Después de trabajar con ella en la preparación de una de esas pieles, incluso a partir de una tierna piel fetal, comprendió el esfuerzo que requería. La Zelandoni dejó el bebé en la manta y a continuación Marthona lo envolvió y se lo llevó a Ayla.

Capítulo 38

—Puedes estar satisfecha —dijo Marthona, entregándole el pequeño bulto a la madre —. Es una niña sanísima.

Ayla contempló aquel diminuto retrato de sí misma.

—¡Es preciosa! —retiró el envoltorio de suaves pieles y examinó con atención a su hija recién nacida, un tanto temerosa aún de descubrir alguna deformidad pese a las tranquilizadoras palabras de Marthona—. ¡Es… preciosa! —repitió—. ¿Habías visto alguna vez una niña tan guapa?

La mujer se limitó a sonreír. Claro que había visto bebés igual de preciosos: los suyos. Pero ese bebé, la hija del hogar de Jondalar, no le parecía menos precioso de lo que le habían parecido los suyos.

—Ha sido un parto muy fácil, Zelandoni —dijo Ayla cuando se acercó la donier y las miró a las dos—. Me has ayudado mucho, pero la verdad es que no me ha costado apenas. Me alegro tanto de que sea una niña. Mira, ya busca el pecho. —Guió a la pequeña. Con la naturalidad propia de la experiencia, pensó la Zelandoni—. ¿Puede ya venir a verla Jondalar? Creo que se parece mucho a él, ¿no, Marthona?

—Enseguida podrá venir —respondió la Zelandoni mientras examinaba a Ayla y le colocaba un emplasto de piel absorbente entre las piernas—. No ha habido desgarro, ni herida de ningún tipo. Sólo la sangre para limpiar. Ha sido un buen parto. ¿Sabes ya cómo vas a llamarla?

—Sí, llevo pensándolo desde que me dijiste que tendría que elegir yo el nombre del bebé —contestó Ayla.

—Estupendo. Dímelo. Le pintaré un símbolo en esta piedra —dijo. Cogió la manta del parto donde estaba envuelta la placenta y añadió—: Luego me llevaré esto para enterrarlo antes de que la vida espiritual que aún queda en la placenta intente buscar un sitio donde habitar cerca de la vida que antes contuvo. Debo hacerlo deprisa. Después le diré a Jondalar que venga.

—He decidido llamarla… —empezó a decir Ayla.

—¡No! —la interrumpió la Zelandoni—. No pronuncies el nombre en voz alta; sólo has de susurrármelo.

Cuando la donier se inclinó sobre ella, Ayla le habló al oído. Acto seguido, la mujer se marchó. Marthona, Folara y Proleva se sentaron al lado de la nueva madre, admirando al bebé y conversando en voz baja. Ayla estaba cansada, pero se sentía feliz y relajada, y no como cuando nació Durc. Tras su primer parto, quedó exhausta y dolorida. Se adormiló, y despertó cuando la Zelandoni regresó y le entregó la piedra, ahora con enigmáticas marcas en rojo y negro.

—Guarda esto en lugar seguro, quizá en el hueco detrás de la donii —dijo.

Ayla asintió, y entonces vio asomar a alguien por la cortina de la entrada.

—¡Jondalar! —exclamó.

Él se arrodilló al lado de la plataforma de dormir.

—¿Cómo estás?

—Bien. No ha sido un parto difícil. En realidad, todo ha ido mucho mejor de lo que esperaba. Mira la niña —dijo Ayla mientras la desenvolvía para que él la viera—. ¡Es perfecta!

—Ya tienes la niña que querías —dijo él contemplando a la recién nacida y sintiéndose un poco sobrecogido—. Es tan pequeña. Y mira, incluso tiene uñitas. —De pronto, lo abrumó la idea de que una mujer diera a luz a un nuevo ser humano con todos sus detalles—. ¿Qué nombre le has puesto a tu hija?

Ayla miró a la Zelandoni.

—¿Puedo decírselo?

—Sí, ahora ya no hay peligro.

—Le he puesto a nuestra hija Jonayla, por ti y por mí, Jondalar, porque ha salido de nosotros dos. También es hija tuya.

—Jonayla —repitió él—. Me gusta el nombre. Jonayla.

A Marthona también le gustó. Ella y Proleva sonrieron con indulgencia a Ayla. No era infrecuente que las nuevas madres trataran de transmitir a sus compañeros la certidumbre de que sus hijos provenían del espíritu de ellos. Aunque Ayla no había pronunciado la palabra «espíritu», las dos creían comprender a qué se refería. La Zelandoni no estaba tan segura. Ayla tendía a decir lo que pensaba con toda precisión. Jondalar, por su parte, no tuvo la menor duda al respecto; sabía exactamente a qué se refería su compañera.

«Sería bonito que fuera verdad», pensó mientras contemplaba a la niña, que sin la manta, expuesta al aire frío, empezaba a despertarse.

—Es preciosa —dijo Jondalar—. Se parecerá a ti.

—También se parece a ti. ¿Quieres cogerla?

—No lo sé —respondió él, un tanto evasivo—. Es tan pequeña…

—No tan pequeña como para que no puedas cogerla —dijo la Zelandoni—. Vamos, te ayudare. Siéntate cómodamente.

La donier se apresuró a envolver a la niña en la manta, la levantó y se la colocó a Jondalar en los brazos, enseñándole cómo debía sostenerla.

La niña tenía los ojos abiertos y parecía mirarlo. «¿Eres mi hija?, se preguntó. Eres muy pequeña; velaré por ti y ayudaré a cuidarte hasta que crezcas». La estrechó un poco más contra sí, invadido por un sentimiento de protección. De pronto, para su sorpresa, lo asaltó una oleada de inesperado afecto protector hacia la niña. «Jonayla, pensó. Mi hija, Jonayla».

Al día siguiente, la Zelandoni pasó a ver a Ayla. Había estado observando y esperando un momento en que se quedara sola. La joven estaba sentada en un

almohadón en el suelo, amamantando al bebé, y la Zelandoni se acomodó también en un almohadón, a su lado.

—¿Por qué no usas el banco? —dijo Ayla.

—Aquí estoy bien. No es que no pueda sentarme en el suelo; es sólo que a veces prefiero no hacerlo. ¿Cómo está Jonayla?

—Muy bien. Es buena niña —contestó la flamante madre—. Anoche me despertó, pero duerme la mayor parte del tiempo.

—Quería decirte que pasado mañana recibirá su nombre como zelandonii del hogar de Jondalar, y será anunciado a la caverna —dijo la donier.

—Estupendo. Me complacerá que sea una zelandonii y lleve el nombre del hogar de Jondalar. Eso lo completará todo.

—¿Te has enterado de lo de Relona, la compañera de Shevoran, el hombre que fue pisoteado por el bisonte poco después de tu llegada? —preguntó la Zelandoni adoptando un tono de cordial conversación.

—No. ¿Qué le ha pasado?

—Ella y Ranokol, el hermano de Shevoran, van a emparejarse el próximo verano. Él empezó ayudándola para compensarla por la pérdida de su compañero, y al final se han tomado mutuo cariño. Creo que puede ser una buena pareja.

—Me alegra saberlo. Ranokol estaba tan apenado cuando murió Shevoran. Casi parecía que se sintiera culpable. Creo que pensaba que debería haber muerto él en lugar de su hermano —dijo Ayla.

A continuación se produjo un silencio, y la joven percibió cierta expectación. Se preguntó si la Primera había ido a verla por alguna razón que aún no le había revelado.

—También quería hablar contigo de otra cosa —prosiguió finalmente la Zelandoni—. Me gustaría saber algo más sobre tu hijo. Me hago cargo de por qué no lo habías mencionado, sobre todo después de los conflictos habidos con Echozar; pero si no te importa hablar de él, hay ciertas cosas que desearía saber.

—No me importa hablar de él. A veces me muero de ganas de hablar de él —respondió Ayla.

Habló largo y tendido a la donier del hijo que tuvo cuando vivía con el clan, el niño de espíritus mixtos, de sus náuseas matinales —que se prolongaron casi todo el embarazo y le duraban la mayor parte del día—, y acerca de su doloroso parto. Ya había olvidado las molestias de dar a luz a Jonayla y, sin embargo, recordaba todavía los dolores sufridos en el parto de Durc. Habló de su deformidad a los ojos del clan, de cómo huyó ella a su pequeña caverna para salvar la vida del niño, y de su regreso pese a temer aún que lo perdería. Le contó cuánto le alegró que el niño fuera aceptado, y del nombre que Creb eligió para él, Durc, y de la leyenda de Durc, de la que procedía el nombre. Habló de su vida juntos, como madre e hijo, de las risas del niño y la satisfacción de ella por el hecho de que Durc fuera capaz de emitir sonidos como ella, y del lenguaje que empezaron a crear juntos. Y habló del momento en que

lo dejó con el clan al verse obligada a irse. Hacia el final de la historia, las lágrimas apenas le permitían continuar.

—Zelandoni —dijo mirando a la mujer corpulenta y maternal—, cuando estaba escondida con él en la caverna, concebí una idea, y cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que es verdad. Se trata de la forma en que se inicia la vida. No creo que el origen de una nueva vida sea la combinación de espíritus. Creo que la vida empieza cuando un hombre y una mujer se aparean. Creo que los hombres inician la vida que crece dentro de las mujeres.

Era asombroso que una joven planteara una idea así, sobre todo porque nadie había dicho nunca a la Zelandoni nada semejante; pero no era una idea que le resultara del todo ajena, si bien la única persona a quien conocía que había pensado en esa posibilidad era ella misma.

—He pensado mucho en ello desde entonces —continuó Ayla—, y ahora estoy aún más segura de que la vida empieza cuando un hombre introduce su miembro en una mujer, en el sitio por donde luego saldrá el niño, y deja ahí su esencia. Creo que eso es lo que da origen a una nueva vida, no la unión de espíritus.

—¿Te refieres al momento en que comparten el don del placer de la Gran Madre Tierra? —dijo la Zelandoni.

—Sí —confirmó Ayla.

—Déjame hacerte unas preguntas. Una mujer y un hombre comparten el don de la Madre muchas veces y, sin embargo, no nacen tantos niños. Si empezara una vida cada vez que un hombre y una mujer compartieran placeres, habría muchos, muchos más niños.

—También yo me planteé eso. Es evidente que no empieza una vida cada vez que un hombre y una mujer comparten placeres, así que para que se origine la vida debe ser necesario algo más. Quizá deben compartir placeres muchas veces, o quizá han de hacerlo en momentos especiales. Tal vez la Gran Madre decide cuándo se inicia una nueva vida y cuándo no. Pero la Madre no combina sus espíritus, sino la esencia del hombre y quizá también una esencia especial de la mujer. Estoy segura de que la vida de Jonayla se inició justo después de que Jondalar y yo bajáramos del glaciar, aquella primera mañana en que despertamos y compartimos placeres.

—Dices que has pensado en eso durante mucho tiempo, pero ¿qué te llevó a pensarlo en un principio? —preguntó la Zelandoni.

—Lo pensé por primera vez cuando estaba escondida con Durc en mi pequeña caverna —contestó Ayla—. Me dijeron que debía llevármelo y abandonarlo porque era deforme. —Estaba al borde del llanto—. Pero yo lo examiné con atención, y no lo vi deforme. No se parecía del todo a ellos ni del todo a mí; en realidad, tenía algo de ellos y algo de mí. La cabeza era alargada y grande por detrás, y los arcos de las cejas muy prominentes como los de la gente del clan; pero la frente era ancha como la mía. Tenía un aspecto semejante al de Echozar, aunque posiblemente cuando crezca, su cuerpo sea más cercano al nuestro. Nunca fue tan robusto como los niños del clan, y

tenía las piernas largas y rectas, no arqueadas como las de Echozar. Era una mezcla, pero era fuerte y sano.

—Echozar es una combinación de razas; su madre era del clan. Pero ¿cuándo compartiría placeres con un hombre de los nuestros? —preguntó la Zelandoni—. ¿Por qué desearía uno de los nuestros compartir placeres con una cabeza chata?

—Echozar me contó que a su madre le habían echado la maldición porque su compañero había muerto intentando defenderla de un hombre de los Otros. Al descubrir que estaba embarazada, le permitieron quedarse hasta que nació Echozar.

Jonayla había soltado el pezón y alborotaba un poco. Ayla se la apoyó en el hombro y le dio unas palmadas en la espalda.

—¿Quieres decir que un hombre de nuestra raza forzó a su madre? —preguntó la Zelandoni—. Supongo que esas cosas pasan, pero no alcanzo a comprenderlas.

—Le ocurrió también a una mujer que conocí en la Reunión del Clan. Tenía una hija mestiza. Me contó que la habían forzado unos hombres de los Otros, hombres que tenían el mismo aspecto que yo. Su propia hija murió cuando uno de esos hombres la agarró y la niña se le cayó de los brazos. Cuando se dio cuenta de que volvía a estar encinta, deseó otra niña, lo cual enfureció a su compañero. Se supone que las mujeres del clan sólo deben desear niños varones, pero en secreto muchas mujeres desean tener niñas. Cuando la pequeña nació deforme, él la obligó a quedársela para darle una lección.

—¡Qué historia tan triste! —exclamó la donier—. Verse tratada así por su compañero después de haber sido forzada por hombres violentos y haber sufrido tal pérdida…

—Me pidió que intercediera ante Brun, el jefe de mi clan, para pactar un emparejamiento entre su hija, Ura, y mi Durc. Temía que, de lo contrario, su hija nunca encontrara compañero. Me pareció una buena idea. A los ojos del clan, Durc también era deforme, y tendría exactamente las mismas dificultades para encontrar pareja. Brun accedió. Ahora Ura está prometida a Durc. Después de la siguiente Reunión del Clan, ella debía trasladarse al Clan de Brun… Bueno, ahora es el Clan de Broud. Ya debe de estar allí. No creo que Broud la trate con mucha consideración. —Ayla hizo una pausa y pensó en la situación de Ura al tener que trasladarse a un clan que no conocía—. Será duró para ella separarse de los suyos, y de una madre que la quiere, e ir a vivir con gente que quizá no la reciba muy bien. Espero que Durc se convierta en la clase de hombre dispuesto a ayudarla. —Ayla movió la cabeza en un gesto de lástima. La pequeña dejó escapar un ligero eructo, y ella sonrió. La dejó apoyada en su hombro un rato más, dándole aún palmadas en la espalda—. Durante nuestro viaje, Jondalar y yo oímos más historias sobre hombres jóvenes de los Otros que habían forzado a mujeres del clan. Según parece, les divierte desafiarse mutuamente a hacerlo, pero a la gente del clan eso no le gusta.

—Sospecho que tienes razón, Ayla, por más que la idea me resulta inquietante. Por lo visto, algunos jóvenes disfrutan haciendo lo que no deben. Pero violar a una

mujer, sea o no una mujer del clan, es del todo inaceptable —declaró la Primera.

—No estoy segura de que todos los niños mezclados sean fruto de una mujer del clan forzada por hombres de los Otros, o viceversa —dijo Ayla—. Rydag era mestizo.

—Ése era el niño que adoptó la compañera del jefe de los mamutoi con quienes viviste, ¿no? —preguntó la Zelandoni.

—Sí. Su madre era del clan, y como ellos, no era capaz de hablar; bueno, sólo emitía algunas palabras que nadie entendía muy bien. Era un niño enfermizo, y por eso murió. Nezzie me contó que la madre de Rydag estaba sola, y los siguió. Eso no es propio de las mujeres del clan. Debían de haberla maldecido por alguna razón, o de lo contrario no se habría quedado sola, y menos con un embarazo tan avanzado. Yo creo que debió conocer a alguien de los Otros, alguien que la trató bien, de lo contrario se habría escondido de los mamutoi, y nunca los habría seguido. Quizá fue el hombre que inició en ella la vida de Rydag.

—Quizá —se limitó a decir la Zelandoni. Pensó en aquéllos cuyos espíritus eran mixtos, se preguntó si Ayla sabía algo más acerca de Echozar. Estaba más interesada en él desde que había sido aceptado por la gente de Dalanar y autorizado a unirse a la hija de Jerika—. ¿Y la madre de Echozar? ¿Has dicho que fue maldecida? No sé si entiendo muy bien lo que eso significa.

—Fue expulsada, desterrada. Se la consideró una mujer de mal agüero, porque su compañero resultó muerto cuando ella fue atacada y sobre todo después de dar a luz a un hijo «deforme». A la gente del clan tampoco le gustan los niños mestizos. Un hombre llamado Andovan la encontró sola, a punto de morir con su hijo después de ser rechazada por su clan. Echozar dijo que era un hombre de cierta edad, que vivía solo por alguna razón y que los acogió a él y a su madre. Creo que era un s’armunai, pero vivía en la periferia del territorio zelandonii y conocía vuestra lengua. Es posible que escapara de Attaroa. Crió a Echozar y le enseñó a hablar en zelandonii y un poco en s’armunai, mientras que con su madre el niño aprendió el lenguaje de señas del clan. Andovan también tuvo que aprenderlo, porque ella no sabía hablar su zelandonii. Pero Echozar sí. Era como Durc. —Volvió a interrumpirse, y se le empañaron los ojos—. Mi hijo podría haber aprendido a hablar si hubiera tenido a alguien que le enseñara. Hablaba ya un poco cuando yo me marché, y era capaz de reír. ¿Cómo podían pensar que Durc se parecería a la gente del clan si era hijo mío, nacido de mí? Sin embargo, no se parecía del todo a mí, no como Jonayla; lo que es lógico pues fue Broud quien lo inició.

—¿Quién es ese Broud?

—Era hijo de Ebra, la compañera de Brun. Brun era el jefe del clan. Era un buen jefe. Broud fue quien me obligó a abandonar el clan cuando tomó el mando. Crecimos juntos, pero desde niños ya me odiaba. Siempre me odió.

—Pero ¿no has dicho que fue él quien inició en ti la vida de tu hijo? —preguntó la Zelandoni—. Tú piensas que la vida se origina al compartir placeres. ¿Por qué quería compartir placeres contigo si te odiaba?

—No compartí placeres con él. Para mí no hubo ningún placer. Broud me forzó. No sé por qué lo hizo la primera vez, pero fue horrible. Me hizo mucho daño. Me resultó odioso, y también él por hacerme algo así. Supo lo mucho que me desagradaba, y por eso volvió a hacerlo. Quizá sabía ya desde el principio que me repugnaría, pero me consta que por eso continuó haciéndolo una y otra vez.

—¡Y tu clan lo consintió! —exclamó la Zelandoni.

—Las mujeres del clan deben aparearse siempre que un hombre lo desee, siempre que él da la señal. Eso es lo que les enseñan.

—No lo entiendo. ¿Por qué habría de desear un hombre a una mujer si ella no lo desea a él?

—No creo que a las mujeres del clan eso les importe demasiado —contestó Ayla —. Apenas disponen de maneras de inducir a un hombre a darles la señal. Iza me habló de esas tácticas, pero yo nunca quise utilizarlas, y menos con Broud. Aquello me repugnaba tanto que era incapaz de comer, no tenía ganas de levantarme por las mañanas, no quería salir del hogar de Creb. Pero cuando me di cuenta de que iba a tener un hijo, me alegré tanto que ya ni siquiera me preocupaba Broud. Me limité a soportarle, a ignorarlo. A partir de ese momento no volvió a tocarme. No le divertía si yo ya no oponía resistencia, si no podía forzarme contra mi voluntad.

—Dijiste que no contabas más de doce años cuando nació tu hijo. Eras muy joven. La mayoría de las muchachas no son siquiera mujeres todavía a esa edad.

—Sin embargo, para el clan yo era ya mayor —dijo Ayla—. Entre ellos, algunas niñas se hacen mujeres a los siete años, y cuando tienen diez, la mayoría han tenido su primera regla. En el Clan de Brun algunos pensaban que yo nunca pasaría por esa experiencia. Estaban seguros de que nunca tendría hijos; decían que mi tótem es demasiado fuerte para una mujer.

—Pero obviamente se equivocaban.

Ayla guardó silencio un momento mientras pensaba.

—Sólo las mujeres pueden dar a luz. Pero si quedan embarazadas de una mezcla de espíritus, ¿para qué creó Doni a los hombres? ¿Sólo para hacer compañía a las mujeres, sólo para compartir placeres con ellas? Creo que tiene que haber otra razón. Las mujeres pueden hacerse compañía mutuamente, pueden ayudarse a mantenerse unas a otras, pueden cuidarse entre ellas e incluso darse placer mutuamente. Attaroa de los s’armunai aborrecía a los hombres. Los tenía encerrados. No les permitía compartir el don de los placeres con las mujeres. Las mujeres compartían sus hogares con otras mujeres. Attaroa pensaba que si prescindía de los hombres, los espíritus de las mujeres se verían obligados a combinarse y tendrían sólo hijas; pero eso no dio resultado. Algunas mujeres compartían placeres, pero no podían aparearse, no podían mezclar sus esencias. Nacían muy pocos niños.

—Pero ¿nacían algunos? —preguntó la Zelandoni.

—Algunos, sí, pero no sólo niñas… Attaroa dejó lisiados a un par de niños varones. La mayoría de las mujeres no estaba de acuerdo con la manera de hacer las

cosas de Attaroa. Algunas visitaban furtivamente a sus hombres, ayudadas por las propias guardianas de los prisioneros. Las mujeres con hijos fueron las primeras que tuvieron un compañero con quien compartir sus hogares la primera noche que los hombres quedaron en libertad. Eran las que estaban emparejadas o querían estarlo. Creo que la única razón por la que tuvieron hijos fue que visitaban a sus hombres. No se debió a que compartieran un hogar y pasaran juntos el tiempo necesario para que un hombre demostrara que tenía méritos suficientes para que su espíritu fuera elegido. Aquellas mujeres rara vez veían a sus hombres, y cuando los veían sólo era por un momento, el tiempo justo para aparearse. Era peligroso. Attaroa las habría hecho matar de haberlo averiguado. Creo que las mujeres quedaban embarazadas al compartir los placeres con sus parejas.

La Zelandoni movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Es un razonamiento interesante. Se nos ha enseñado que la vida se origina gracias a una mezcla de espíritus, y eso parece dar respuesta a la mayoría de los interrogantes acerca de ese misterioso hecho, por lo que la mayoría de la gente no lo pone en duda; sencillamente acepta esa verdad. Tu infancia fue distinta, y estás más dispuesta a cuestionar cosas; pero te aconsejo que no hables de esa idea con cualquiera. Para algunos resultaría demasiado perturbadora. Yo misma me he preguntado algunas veces por qué creó Doni a los hombres. Es cierto que las mujeres podrían cuidarse solas si fuera necesario. Incluso he llegado a preguntarme por qué creó a los animales macho. Las hembras por lo general cuidan de sus crías solas, y machos y hembras no pasan mucho tiempo juntos, sino que se reúnen en determinados momentos del año para compartir placeres.

Ayla se sintió animada a continuar.

—Cuando vivía con los mamutoi, conocí a un hombre del Campamento del León. Se llamaba Ranec y vivía con Wymez, el tallador de pedernal.

—¿El tallador del que habla Jondalar?

—Sí. Wymez realizó un viaje muy largo cuando era joven. Regresó diez años más tarde. Fue al sur del gran mar, lo rodeó por el este hasta el final y luego volvió por el oeste. Se emparejó con una mujer que conoció allí, e intentó traer a ella y a su hijo al territorio de los mamutoi, pero ella murió en el camino. Al llegar traía sólo al hijo de su compañera. Me contó que ella tenía la piel casi tan negra como la noche, al igual que toda su gente. Tuvo a Ranec después de emparejarse con Wymez, y éste decía que su hijo era distinto de todos los demás niños porque tenía la piel muy clara y, sin embargo, a mí su piel me parecía muy oscura. Era una piel marrón casi tan oscura como la de Corredor, y tenía el cabello muy negro y rizado.

—¿Crees que ese hombre era de ese color porque su madre era casi negra y su compañero blanco? —preguntó la Zelandoni—. También eso podría ser resultado de una mezcla de espíritus.

—Podría —admitió Ayla—. Eso creían los mamutoi, pero si allí todos eran negros excepto Wymez, ¿no había muchos más espíritus negros con los que poder

mezclarse el espíritu de la madre? Estaban emparejados; compartían placeres. —Ayla miró por un momento a su hija y luego de nuevo a Zelandoni—. Hubiera sido interesante ver qué aspecto tendrían mis hijos si me hubiera unido a Ranec.

—¿Es el hombre con quien ibas a emparejarte?

Ayla sonrió.

—Tenía unos dientes muy blancos y una mirada risueña. Era inteligente y gracioso. Me hacía reír. Y era el mejor tallador que he conocido. Hizo una donii especialmente para mí, y una talla de Whinney. Me amaba. Decía que nunca había deseado nada en su vida tanto como unirse conmigo. Era distinto a todas las personas que he conocido antes y después. Tan distinto que incluso tenía facciones muy diferentes a todos los demás. Me fascinaba. A no ser porque amaba ya a Jondalar, podría haber amado a Ranec.

—Si era tal como dices, lo comprendo —comentó la Zelandoni sonriendo—. Es curioso. Corren rumores de que viven algunas personas de piel oscura con una caverna que se encuentra al sur, más allá de las montañas que se alzan a orillas del gran mar. Un joven y su madre, se dice. Nunca he acabado de creerlo, porque nunca se sabe qué hay de verdad en esas historias; además, me parecía imposible. Ahora ya no estoy tan segura de que sea mentira.

—Ranec se parecía a Wymez pese a las diferencias de color y facciones —dijo Ayla—. Eran de la misma estatura, tenían la misma constitución y caminaban exactamente igual.

—No es necesario ir tan lejos para encontrar parecidos —observó la Zelandoni—. Muchos niños se parecen al compañero de la madre, pero algunos se parecen a otros hombres de la caverna, a veces algunos que apenas conocen a la madre.

—Podría haber ocurrido durante una fiesta o una ceremonia para honrar a Doni. ¿No comparten placeres muchas mujeres con hombres que no son sus compañeros en esas ocasiones?

La Zelandoni permaneció pensativa.

—Ayla, esa idea tuya requiere hondas reflexiones. No sé si comprendes las posibles consecuencias. Si eso es cierto, provocaría cambios que ni tú ni yo podemos siquiera imaginar. Una revelación así sólo podría proceder de la zelandonia. Nadie aceptaría semejante idea a menos que creyeran que partía de alguien que habla en nombre de la Gran Madre Tierra. ¿A quién has hablado de eso?

—Sólo a Jondalar, y ahora a ti —contestó Ayla.

—Te recomiendo que no se lo comentes a nadie más todavía. Hablaré con Jondalar y le insistiré también en la necesidad de que lo mantenga en secreto.

Las dos guardaron silencio por un momento, inmersas en sus cavilaciones.

—Zelandoni, ¿te has preguntado alguna vez qué se siente siendo un hombre? —preguntó Ayla.

—No es común preguntarse una cosa así.

—Pensaba en algo que me dijo Jondalar. Fue cuando yo quería salir de casa, y él prefería que me quedara. Sé que la razón era en parte que se proponía volver aquí y construir nuestra morada, pero no era sólo eso. Dijo algo acerca de necesitar una finalidad. «¿Cuál es la finalidad de un hombre si las mujeres dan a luz a los niños y también los mantienen?», dijo. Yo nunca me había planteado que para vivir fuera necesaria una razón. ¿Cómo me sentiría si pensara que mi vida no tiene sentido?

—Puedes llevar ese razonamiento aún más lejos. Sabes que parte de tu razón de ser es concebir a la siguiente generación, pero ¿cuál es la finalidad de traer otra generación al mundo? ¿Cuál es el sentido de la vida?

—No lo sé —admitió Ayla—. ¿Cuál es?

La Zelandoni se echó a reír.

—Si pudiera contestarte a eso, yo estaría al mismo nivel que la Gran Madre. Sólo Ella puede responder a esa pregunta. Muchos afirman que estamos en este mundo para honrarla. Quizá nuestra razón de ser sea simplemente vivir, y cuidar de nuestros hijos para que ellos puedan vivir. Puede que sea ésa la mejor manera de honrar a Doni. El Canto a la Madre dice que nos creó porque estaba sola, porque quería ser recordada y reconocida. Sin embargo, hay otros que sostienen que no hay una razón que justifique nuestra existencia en esta tierra. Dudo que podamos hallar la respuesta a esa pregunta en esta vida, y no estoy segura de que pueda encontrarse en el otro mundo.

—Pero al menos las mujeres saben que son necesarias para que exista una próxima generación —adujo Ayla—. ¿Cómo puedes sentirte si crees que tu vida no tiene sentido? ¿Cómo puede sentirse un hombre al pensar que con él o sin él la vida seguiría exactamente igual, que las personas de su mismo sexo no son necesarias?

—Ayla, yo no he tenido hijos —aseveró la Zelandoni—. ¿Debería pensar que mi vida no tiene sentido?

—No es lo mismo. Tú, siendo mujer, podrías haber tenido hijos, y de no haber podido, seguirías perteneciendo al sexo que trae la vida.

—Pero todos somos humanos, incluidos los hombres. Todos somos personas. Continúa habiendo hombres y mujeres en la siguiente generación. Las mujeres tienen hijos varones con la misma frecuencia que hijas.

—Precisamente. Las mujeres tienen hijos varones con la misma frecuencia que hijas, ¿y qué tienen los hombres que ver con eso? Si tuvieras la sensación de que tú y todos los de tu sexo no desempeñáis ningún papel en la creación de la próxima generación, ¿te sentirías humana? ¿No te sentirías menos importante, una especie de añadido de última hora, algo superfluo? —Ayla estaba inclinada y exponía apasionadamente sus opiniones.

La Zelandoni reflexionó un momento y luego miró muy seria a la joven que sostenía a su hija dormida en brazos.

—Tu lugar está en la zelandonia, Ayla. Expones tus razonamientos tan bien como cualquier Zelandoni.

Ayla se echó atrás.

—No quiero ser una Zelandoni —declaró.

La corpulenta mujer la observó con expresión interrogativa.

—¿Por qué no?

—Sólo quiero ser madre, y la compañera de Jondalar.

—¿Ya no quieres ser curandera? Tienes muchas aptitudes para ello; tantas como yo misma —afirmó la donier.

Ayla frunció el entrecejo.

—Bueno, sí quiero seguir siendo curandera.

—Me has contado que a veces ayudaste a Mamut en algunas de sus obligaciones, ¿no te pareció interesante? —preguntó la Primera.

—Fue interesante, sí —reconoció Ayla—, sobre todo porque aprendí cosas que no conocía. Pero también fue aterrador.

—¿No habría sido mucho más aterrador si hubieras estado sola y no hubieras tenido preparación? Ayla, eres hija del Hogar del Mamut. Él tenía razones para adoptarte. Yo me doy cuenta de ello y creo que tú también. Mira en tu interior. ¿Te ha asustado alguna vez algo extraño y desconocido cuando estabas sola?

Ayla eludió la mirada de la Zelandoni, mirando primero en otra dirección y luego al suelo, pero movió la cabeza en un tímido gesto de asentimiento.

—Sabes bien que hay en ti algo distinto, algo que poca gente tiene, ¿verdad? —continuó la Zelandoni—. Intentas olvidarlo, apartarlo de tu mente, pero a veces resulta difícil, ¿no?

Ayla alzó la vista. La donier la miraba fijamente, obligándola a sostener su mirada del mismo modo que había hecho cuando se vieron por primera vez. La joven intentó por todos los medios eludirla, pero no lo consiguió.

—Sí —susurró—. A veces resulta difícil.

Zelandoni se relajó, y Ayla volvió a bajar la vista.

—Nadie se convierte en Zelandoni a menos que sienta la llamada —dijo la mujer con delicadeza—. Pero ¿y si sintieras la llamada y no estuvieras preparada? ¿No crees que sería mejor recibir cierto adiestramiento por si acaso? La posibilidad está ahí, por más que trates de negarla.

—Pero ¿no lo haría aún más probable la propia preparación? —inquirió Ayla.

—Sí. Así es. Pero puede ser interesante. Te seré franca. Quiero un acólito. No me quedan muchos años. Quiero adiestrar yo misma a mi sucesor o sucesora. Ésta es mi caverna. Quiero lo mejor para todos los que viven aquí. Soy la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra. No lo digo a menudo, pero no soy la Primera por casualidad. Si una persona tiene las dotes necesarias, nadie mejor que yo para adiestrarla. Y tú tienes esas dotes, y quizá son superiores a las mías. Podrías ser la Primera.

—¿Y Jonokol? —preguntó Ayla.

—Tú deberías conocer la respuesta a eso. Jonokol es un artista excelente. Nunca tuvo inconveniente en seguir siendo un acólito, nunca quiso convertirse en Zelandoni hasta que le enseñaste aquella cueva. Bien sabes que se marchará el próximo verano. Se trasladará a la Decimonovena Caverna en cuanto consiga que lo acepte la Zelandoni de la Decimonovena, y buscará una excusa para dejarme. Le interesa esa cueva blanca, Ayla, y creo que debe tenerla. No sólo la embellecerá, sino que en sus paredes dará vida al mundo de los espíritus —declaró la Zelandoni.

—¡Fíjate, Ayla! —exclamó Jondalar sosteniendo en alto una punta de pedernal. Estaba eufórico—. He calentado el pedernal de la misma manera que Wymez, hasta tenerlo muy caliente. Sabía que lo tenía en el punto idóneo al enfriarse porque lo he notado liso y lustroso, casi como si lo hubiera impregnado de aceite. Luego lo he retocado por las dos caras, utilizando las técnicas de presión que él desarrolló. No he alcanzado aún su calidad, pero creo que con la práctica lo conseguiré. Se me ocurren las más diversas posibilidades. Ahora puedo eliminar esas escamas largas y delgadas. Eso significa que puedo fabricar puntas muy finas, y obtener un filo largo y recto para un cuchillo o una lanza, sin la curva que siempre aparece cuando se parte de una hoja separada del núcleo del mineral. He logrado enderezar más fácilmente esas hojas haciendo cuidadosos retoques en el lado interior de ambos extremos de una hoja curva. Puedo hacer cualquier clase de incisión que me proponga y confeccionar puntas con una espiga en la base para encajarlas en el mango. Es increíble lo mucho que se puede conseguir con esta técnica. Puedo hacer lo que quiera, ya que me permite manipular la piedra a voluntad. ¡Ese Wymez es un genio!

Ayla le sonrió.

—Puede que Wymez sea un genio Jondalar, pero tú eres igual que él.

—Ojalá tuvieras razón. No olvides que él desarrolló este procedimiento. Yo sólo intento copiarlo. Es una lástima que viva tan lejos, pero estoy contento de haber podido pasar un tiempo con él. Desearía que Dalanar estuviera aquí. Dijo que también él probaría esta técnica este invierno; todo sería más fácil si pudiéramos trabajar juntos. —Jondalar volvió a examinar la hoja con detenimiento. Luego alzó la vista y sonrió a Ayla—. Ah, casi me olvidaba de decírtelo. Decididamente voy a tomar a Matagan como aprendiz, y no sólo para este invierno. He tenido tiempo de observarlo, y creo que tiene talento y aptitudes para labrar la piedra. He mantenido una larga conversación con su madre y el compañero de ella, y también Joharran está de acuerdo.

—Matagan me cae bien —dijo Ayla—. Me alegra que le enseñes tu oficio. Tienes mucha paciencia y eres el mejor tallador de pedernal de la Novena Caverna, y probablemente de todos los zelandonii.

Jondalar sonrió. Era normal que la mujer de tu hogar te elogiara, se dijo; pero en el fondo pensó que quizá fuera cierto todo lo que decía.

—¿Tendrías inconveniente en que se quedara en casa con nosotros todo el tiempo?

—Creo que me gustaría. Tenemos tanto espacio en la habitación principal que podemos utilizar una parte para hacerle un dormitorio. Espero que la niña no lo moleste. Jonayla aún se despierta por las noches.

—Los jóvenes tienen el sueño profundo. No creo que ni siquiera la oiga.

—Hace tiempo que quiero hablarte de una cosa que dijo la Zelandoni —prosiguió Ayla.

Jondalar creyó advertir en ella cierta preocupación, pero pensó que quizá sólo eran imaginaciones suyas.

—Me propuso que fuera su acólita —le anunció Ayla—. Quiere adiestrarme.

Jondalar alzó la cabeza sobresaltado.

—No sabía que te interesara ser Zelandoni, Ayla.

—No estoy muy segura de si me interesa. Ella ya me había dicho muchas veces que, en su opinión, mi puesto estaba entre los zelandonia; pero la primera vez que me propuso abiertamente tomarme como acólita fue poco después de nacer Jonayla. Dice que necesita a alguien, y yo ya tengo ciertos conocimientos sobre el arte de curar. El hecho de que sea acólita no implica necesariamente que llegue a ser Zelandoni. Jonokol ha sido acólito durante mucho tiempo y no se ha convertido en Zelandoni —dijo Ayla fijando la mirada en las verduras que estaba cortando.

Jondalar se acercó a ella y le levantó el mentón para mirarla a la cara. En efecto, advirtió preocupación en sus ojos.

—Ayla, todo el mundo sabe que Jonokol es acólito de la Zelandoni únicamente por la calidad de su trabajo como artista. Captura el espíritu de los animales con gran habilidad, y ella le necesita para las ceremonias. Nunca será un donier.

—Podría llegar a serlo —repuso Ayla—. Según la Zelandoni, quiere trasladarse a la Decimonovena Caverna.

—Le interesa la nueva cueva que tú encontraste, ¿no? —dijo Jondalar—. Bueno, sería la persona indicada para el puesto. Pero si tú aceptaras el papel de acólita, acabarías siendo Zelandoni, ¿o me equivoco?

Ayla no había aprendido aún a negarse a contestar una pregunta directa, ni a decir mentiras.

—Tienes razón, Jondalar. Creo que algún día sería Zelandoni si me uno a la zelandonia, pero no por el momento.

—¿Es eso lo que quieres hacer? ¿O te ha convencido la Zelandoni porque eres curandera?

—Dice que en cierto modo ya soy Zelandoni. Quizá tenga razón, no lo sé. Dice que debe adiestrarme por mi propia seguridad, porque podría ser muy peligroso para mí si sintiera la llamada y no estuviera preparada.

Ayla nunca le había contado a Jondalar las cosas extrañas que pasaban en su interior, y no decírselo le parecía igual que mentir, pese a que en el clan uno podía

abstenerse de mencionar algo. No obstante, a pesar del malestar que le causaba, optó por no decirle nada.

Ahora fue Jondalar quien pareció preocupado.

—En cualquier caso, sea cual sea mi opinión, la decisión es tuya. Probablemente es mejor que estés preparada. No sabes lo mucho que me asustaste cuando tú y Mamut hicisteis aquel extraño viaje. Creía que estabas muerta, y rogué a la Gran Madre que te devolviera a la vida. Creo que nunca he rogado algo con tanta vehemencia. Espero que nunca vuelvas a hacer una cosa así.

—Estaba segura de que eras tú. Mamut dijo que alguien nos llamaba de regreso, y nos llamaba con tal fuerza que no podíamos resistirnos —explicó Ayla—. Me pareció verte allí cuando recobré el conocimiento, pero luego ya no te vi.

—Estabas prometida a Ranec —dijo Jondalar recordando vívidamente aquella noche horrible—. No quería entrometerme.

—Pero me amabas. Si no me hubieras amado tanto, quizá mi espíritu seguiría perdido en el vacío. Mamut dijo que nunca volvería allí de ese modo, y me aconsejó que si yo volvía a emprender ese viaje debía asegurarme de contar con una mayor protección si quería regresar. —De pronto tendió los brazos hacia él y, sollozando, preguntó—: ¿Por qué yo, Jondalar? ¿Por qué he de ser Zelandoni?

Jondalar la abrazó. «Sí, ¿por qué ella?», pensó. Recordó haber oído hablar a la donier sobre las responsabilidades y los peligros de ese puesto. Ahora comprendía por qué había sido tan franca. Intentaba prepararlos. Debía haberlo sabido desde el principio, desde el día que llegaron, del mismo modo que también lo supo Mamut. Por eso la adoptó para su hogar. ¿Puedo ser compañero de una Zelandoni? Pensó en su madre y en Dalanar. Marthona había dicho que él no fue capaz de quedarse a su lado porque ella era jefa. «Las exigencias de una Zelandoni son aún mayores».

Todo el mundo decía que él era igual que Dalanar, que no había duda de que era hijo de su espíritu. «Pero, según Ayla, no es sólo cuestión de espíritus. Ella dice que Jonayla es mi hija. Si tiene razón, yo debo de ser hijo de Dalanar». La idea lo dejó estupefacto. ¿Podía ser él hijo de Dalanar en igual medida que de Marthona? Si así era, ¿sería tan parecido a Dalanar que no soportaría vivir con una mujer cuyas obligaciones fueran tan importantes? Era una idea inquietante.

Notó que Ayla temblaba entre sus brazos y la miró.

—¿Qué te pasa?

—Tengo miedo. Por eso me resisto a aceptar. Me asusta ser Zelandoni. —Ayla se serenó un poco y se apartó de él—. La razón de mi miedo, Jondalar, es que me han pasado cosas de las que nunca te he hablado.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó él, preocupado.

—Nunca te lo he contado porque no sé cómo explicarlo. Aún no estoy segura de si seré capaz de describirlo, pero lo intentaré. Como sabes, cuando vivía con el Clan de Brun, fui con ellos a la Reunión del Clan. Iza estaba demasiado enferma para ir. Murió poco después de que regresáramos. —Los recuerdos se reflejaron en la mirada

de Ayla—. Ella era la entendida en medicinas; en principio era ella quien debía preparar la bebida especial para los mog-ures. Nadie más sabía cómo elaborarla. Uba era demasiado joven (aún no era mujer), y la bebida tenía que ser preparada por una mujer. Iza me explicó cómo debía hacerlo antes de marcharnos. Pensé que los mog-ures no me permitirían prepararla, porque al fin y al cabo decían que yo no pertenecía al clan. Pero entonces vino Creb y me encargó elaborarla. Era la misma bebida que había hecho para Mamut y para mí cuando emprendimos nuestro extraño viaje.

»No sabía qué debía hacer exactamente, pero obedecí a Creb. Al final también yo bebí un poco. Ni siquiera sabía adónde iba cuando seguí a los mog-ures al interior de la caverna. Era una bebida tan potente que quizá estaba ya en el mundo de los espíritus. Cuando vi a los mog-ures, me oculté y observé; pero Creb, que, como ya te he dicho, era un poderoso mago, adivinó que yo estaba allí. Era como la Zelandoni, el Primero, el Mog-ur. Él lo dirigía todo, y de algún modo mi mente se unió a la de ellos. Regresé con ellos, regresé a los orígenes. No puedo explicarlo, pero estuve allí. Cuando volvimos al presente, vinimos a este lugar. Creb impidió el paso a los demás. No sabían que yo los acompañaba, pero entonces él los dejó allí y me siguió. Sé que era este lugar; reconocí la Piedra que Cae. El clan vivió aquí durante generaciones, no sabría decirte cuánto tiempo.

A su pesar, Jondalar estaba fascinado.

—Mucho tiempo atrás surgimos todos de la misma gente —prosiguió Ayla—, pero más adelante nosotros cambiamos. El clan se quedó atrás, y nosotros avanzamos. Pese a su gran poder, Creb no pudo seguirme, pero vio algo, y me dijo que me marchara, que saliera de la caverna. Fue como si lo oyera dentro de mí, dentro de mi cabeza, como si me hablara. Los otros mog-ures no llegaron a saber que yo estaba allí, y él nunca se lo dijo. Me habrían matado. Las mujeres no estaban autorizadas a participar en esas ceremonias.

»A partir de entonces Creb cambió. Nunca volvió a ser el mismo. Empezó a perder su poder. Creo que ya no le interesaba dirigir las mentes. No sé cómo, pero le hice daño, y aunque desearía que nunca hubiera ocurrido, también él ejerció una gran influencia en mí. He sido distinta desde entonces. Los sueños me parecen diferentes, y a veces me asalta una extraña sensación, como si me fuera a alguna otra parte. No sé cómo explicarlo, pero algunas veces tengo la sensación de que sé lo que piensa la gente. Bueno, no es eso exactamente; más bien sé lo que sienten, cuáles son sus emociones… No sé, es difícil explicarlo, Jondalar. En todo caso, la mayor parte del tiempo consigo aislar esa sensación; pero a veces, sobre todo cuando se trata de emociones muy intensas, como en el caso de Brukeval, consiguen salir a la superficie.

Jondalar la miraba con una expresión extraña.

—¿Sabes qué estoy pensando ahora, qué pensamientos tengo en la cabeza?

—No. Nunca distingo los pensamientos exactamente. Pero sé que me amas. —Ayla vio cambiar su expresión—. Te molesta, ¿verdad? Quizá no debería habértelo dicho —masculló. Podía percibir las emociones de Jondalar con toda claridad y temió que ello le molestara. Agachó la cabeza y hundió los hombros.

Él advirtió su malestar y, de pronto, su propia inquietud se desvaneció. La cogió por los hombros y la obligó a mirarlo. La mirada de Ayla poseía una increíble profundidad, y reflejaba una tristeza y una melancolía indescriptibles.

—No tengo nada que ocultarte, Ayla. Me trae sin cuidado que sepas lo que siento o lo que pienso. Te amo y siempre te amaré.

Ella se echó a llorar; se sentía aliviada y más enamorada que nunca de Jondalar. Se irguió para besarle al tiempo que él inclinaba la cabeza y la estrechaba entre sus brazos; quería poder protegerla de todo aquello que pudiera causarle dolor. Ella se apretó contra él. Mientras tuviera a Jondalar, ninguna otra cosa tenía verdadera importancia. En ese preciso instante Jonayla empezó a llorar.

—Yo sólo quiero ser madre, y compañera tuya, Jondalar; en realidad, no quiero ser Zelandoni —dijo Ayla a la vez que iba a coger a la niña.

«Está muy asustada, pero ¿quién no lo estaría?, pensó Jondalar. A mí ni siquiera me gusta acercarme a un campo de enterramiento, y menos aún visitar el mundo de los espíritus». La observó regresar con la niña en brazos, sus ojos todavía anegados en lágrimas, y lo asaltó un repentino sentimiento de protección y amor hacia la mujer y la niña. ¡Qué más daba si llegaba a ser Zelandoni! Para él seguiría siendo Ayla y seguiría necesitándola.

—Todo saldrá bien —le aseguró, y cogió a la niña y empezó a mecerla en sus brazos. Nunca había sido tan feliz como lo era desde el momento de su unión, en particular desde el nacimiento de Jonayla. Contempló a la pequeña y sonrió. «También yo creo que es mi hija», pensó—. Tú debes decidirlo, Ayla. Tienes razón. Aunque formes parte de la zelandonia, no significa que acabes siendo una Zelandoni. Pero si así fuera, tampoco habría inconveniente. Siempre he sabido que me unía a alguien especial, no sólo a una mujer hermosa, sino a una mujer con un raro don. Fuiste elegida por la Madre, lo cual es un honor, y Ella te lo ha demostrado honrándote en nuestra unión. Y ahora tienes una hija preciosa… Tenemos una hija preciosa. Dijiste que también es hija mía, ¿no? —dijo él intentando disipar sus temores.

A Ayla se le saltaron otra vez las lágrimas, pero sonrió.

—Sí. Jonayla es tan hija tuya como mía —afirmó, y empezó a sollozar de nuevo. Jondalar rodeó a Ayla con un brazo, mientras en el otro sostenía a la niña—. Jondalar, si algún día dejaras de amarme, no sé qué haría. Por favor, nunca dejes de quererme.

—Nunca dejaré de amarte, claro que no. Siempre te amaré. Nada me lo impedirá —declaró Jondalar, sintiéndolo en lo más hondo de su corazón, y esperando que fuera siempre verdad.

El invierno terminó, por fin. Los restos de nieve, sucios a causa del polvo que arrastraba el viento, se deshicieron, y entre sus últimos vestigios asomaron las flores moradas y blancas de las primeras matas de azafrán. Los carámbanos gotearon hasta desaparecer, y surgieron los primeros brotes verdes. Ayla pasaba mucho tiempo con Whinney. Acarreando a la niña en una manta sujeta a la espalda, paseaba tirando de la yegua o montándola a paso muy lento. Corredor estaba más brioso, e incluso Jondalar tenía dificultades para controlarlo, pero le divertía el desafío.

Whinney relinchó al verla, y ella le dio unas palmadas y la abrazó afectuosamente. Ayla tenía previsto reunirse con Jondalar y otras personas en el pequeño refugio que se encontraba río abajo. Querían extraer la savia a unos cuantos abedules; hervirían una parte de ella para preparar un suculento sirope y dejarían fermentar otra parte para elaborar una bebida ligeramente alcohólica. No era lejos de allí, pero había decidido llevar a Whinney para que hiciera ejercicio y también porque deseaba permanecer cerca de ella. Casi habían llegado cuando empezó a llover. Apremió a Whinney y notó que la yegua respiraba entrecortadamente. Ayla le palpó los flancos redondeados justo en el momento en que la yegua tenía otra contracción.

—¡Whinney! —exclamó—. Te ha llegado el momento, ¿verdad? Me pregunto cuánto tardarás en dar a luz. No estamos lejos del refugio donde debo reunirme con los demás. Espero que no te moleste tener a otras personas alrededor.

Cuando llegó al campamento preguntó a Joharran si podía llevar a Whinney al refugio de piedra porque estaba a punto de dar a luz. Él accedió de inmediato, y un repentino entusiasmo se propagó entre la gente. Aquello sería toda una experiencia. Ninguno de ellos había estado jamás cerca de una yegua durante el parto. Ayla guió a Whinney bajo el saliente de piedra.

Jondalar se acercó apresuradamente y le preguntó si necesitaba ayuda.

—No creo que Whinney necesite mi ayuda, pero quiero estar cerca de ella —contestó Ayla—. Si puedes vigilar a Jonayla, te lo agradecería. Acabo de darle el pecho. Estará tranquila durante un rato.

Jondalar tendió los brazos para coger a la niña, que al ver su rostro sonrió complacida. Sonreía sólo desde hacía unos días, y había empezado a saludar al hombre de su hogar con ese gesto de reconocimiento.

—Tienes la sonrisa de tu madre, Jonayla —dijo él al cogerla, mirando a la niña y devolviéndole la sonrisa.

La pequeña se concentró un momento en su cara y balbuceó algo, sonriendo de nuevo. Jondalar se enterneció. Se colocó a Jonayla en el hueco del brazo y regresó con la gente reunida en el otro extremo del pequeño refugio.

Ayla acariciaba a Whinney, que parecía alegrarse de no estar ya bajo la lluvia. La había llevado a una zona de tierra seca lo más alejada posible de la gente. Dio la impresión de que los demás adivinaban que Ayla deseaba que permanecieran a cierta

distancia, pero el espacio era reducido, y aun desde donde estaban, veían perfectamente. Jondalar se dio media vuelta para observar la escena junto con los demás. No era la primera vez que veía dar a luz a Whinney, pero no por eso tenía menos curiosidad. Estar familiarizado con el proceso del nacimiento no disminuía la impresión que causaba el hecho de ver aparecer una nueva vida. Tanto si era una vida humana como animal, se trataba del mayor don de la Madre. Todos aguardaron en silencio.

Al cabo de un rato cuando pareció que Whinney no estaba aún del todo a punto, pero sí cómoda, Ayla se acercó a la hoguera en torno a la cual aguardaba la gente para tomar un trago de agua. Le ofrecieron una infusión, y ella aceptó, pero antes fue a llevarle un poco de agua a la yegua.

—Ayla —empezó Dynoda cuando regresó junto al fuego—, creo que nunca te he oído contar cómo encontraste a tus caballos. ¿Por qué no se asustan de la gente?

Ayla sonrió. Comenzaba a acostumbrarse a contar historias, y no le importaba hablar de sus caballos, así que explicó cómo había atrapado y matado al caballo que había dado a luz a Whinney, y que poco después advirtió la presencia de la potranca y la hiena. Les contó que se llevó a la cría a su caverna, la alimentó y la crió. Fue entrando poco a poco en el relato, y sin darse cuenta aportó a su narración la riqueza de su lenguaje gestual, aprendido mientras vivía entre la gente del clan.

Siempre pendiente de la yegua, representó de manera inconsciente aquellos sucesos, y los allí presentes, varios de ellos de otras cavernas cercanas, quedaron cautivados. Su acento exótico y su singular aptitud para imitar los sonidos de los animales añadía un elemento de interés a la insólita historia. Incluso Jondalar la escuchaba absorto, pese a conocer ya las circunstancias. Nunca la había oído contar la historia completa de aquel modo. Surgieron más preguntas, y Ayla comenzó a describir su vida en el valle, y cuando explicó que había encontrado y criado a un león cavernario, se produjeron expresiones de incredulidad. Jondalar confirmó de inmediato sus palabras. De todas formas, tanto si la creían como si no, a todos les pareció que la historia de un león, un caballo y una mujer viviendo juntos en la caverna de un valle aislado era ciertamente atractiva. Un sonido procedente de la yegua la interrumpió.

Ayla se levantó de un salto, y corrió junto a ella, que en ese momento yacía de costado. Estaba empezando a aparecer la cabeza de un potro envuelta en una membrana. Por segunda vez Ayla hizo de comadrona para su yegua. Aun antes de haber sacado completamente los cuartos traseros, el potranco húmedo recién nacido intentaba ya ponerse en pie. Whinney miró hacia atrás para ver a su cría y le dirigió un débil relincho. Tendido aún en tierra, el potro se arrastró hacia la cabeza de Whinney, pero se detuvo un momento para intentar mamar aun antes de que ambas estuvieran de pie. Cuando se encontró frente a su madre, la yegua comenzó a limpiarlo con la lengua. En cuestión de minutos el pequeño animal intentaba

levantarse de nuevo. Cayó de bruces. Pero al segundo intento estaba ya de pie, sólo unos momentos después de nacer. «Un potro muy fuerte», pensó Ayla.

Tan pronto como la cría estuvo de pie, Whinney se levantó también, y entonces el potro la acarició con el hocico e intentó mamar de nuevo, agachándose bajo su madre sin acabar de encontrar el sitio. Tras verlo pasar por segunda vez bajo sus patas traseras, Whinney dio a la cría un pequeño empujón para encaminarla en la dirección correcta. Bastó con eso. La yegua, sin ayuda de nadie, había dado a luz a aquel potro de fuertes patas.

La gente había observado en silencio; todos estaban sorprendidos del conocimiento que la Gran Madre Tierra había concedido a sus criaturas salvajes acerca de los cuidados de sus crías. La única forma de que las crías de caballo sobrevivieran, y también las de la mayoría de las demás especies de animales que pastaban en manada en las vastas estepas, era que pudieran tenerse en pie y echar a correr casi tan deprisa como un adulto poco después de nacer. De lo contrario se convertían en presa fácil para los depredadores. Además, la fortaleza de las crías era elemental para preservar la supervivencia de las especies. En cuanto el potro comenzó a mamar, Whinney pareció satisfecha.

Presenciar el nacimiento de un caballo fue un hecho insólito para todos los allí presentes; con toda seguridad de allí surgiría una historia que contarían una y otra vez quienes habían sido testigos. Varias personas desearon hacer preguntas y comentarios a Ayla en cuanto los dos caballos parecieron tranquilos y ella regresó con los demás.

—No sabía que las crías de los caballos podían caminar casi desde el momento de nacer. Un ser humano tarda al menos un año en andar. ¿Los potros crecen también así de deprisa?

—Sí —respondió Ayla—. Corredor nació un día después de encontrar yo a Jondalar. Ahora es un corcel totalmente desarrollado y sólo tiene tres años de vida.

—Has de buscar un nombre para la cría, Ayla —dijo Jondalar.

—Sí, pero quiero pensármelo bien —contestó ella.

Jondalar captó de inmediato el sentido de su respuesta. La yegua rubia había dado a luz a un caballo de distinto color. También era cierto que entre los caballos de las estepas del este, cerca de la región de los mamutoi, había algunos que presentaban un pelaje castaño oscuro, como Corredor. Jondalar no estaba seguro de cuál sería el color de la cría, pero no parecía que fuera a ser muy parecido al de su madre.

Lobo los encontró poco después. Como si supiera instintivamente que debía acercarse con cuidado al nuevo miembro de la familia, se dirigió primero hacia Whinney. La yegua había aprendido que aquél no era un carnívoro al que debiera temer y lo dejó acercarse. Ayla se aproximó a ellos, y Whinney, después de reconocer a Lobo, tranquilizada sobre todo por la presencia de la mujer, le permitió olfatear a la cría, y dejó que el potro identificara igualmente el olor del lobo.

La cría era una potranca gris.

—Creo que voy a llamarla Gris —dijo Ayla a Jondalar—, y será el caballo de Jonayla. Pero tendremos que enseñarlos a los dos —sonrió complacida ante la perspectiva.

Al día siguiente, ya en la zona del refugio destinada a los caballos, Corredor recibió a su joven hermana con ávida curiosidad, pero bajo la rigurosa supervisión de Whinney. Casualmente, Ayla miraba en dirección al área de viviendas cuando vio acercarse a la Zelandoni. Le sorprendió que la donier acudiera a ver a la nueva potranca, ya que rara vez realizaba el menor esfuerzo por ver a los animales. Otros habían encontrado ocasión para ir a verlos, y Ayla les había pedido que no se aproximaran demasiado al principio, pero la donier le fue presentada personalmente a Gris.

—Jonokol me ha anunciado que dejará la Novena Caverna cuando vayamos a la próxima Reunión de Verano —dijo la donier después de examinar a la potranca.

—En fin, ya lo preveías —comentó Ayla, un tanto tensa.

—¿Has decidido ya si serás mi nueva acólita? —preguntó la Zelandoni sin rodeos ni vacilaciones.

La joven bajó la vista y luego volvió a mirar a la Primera.

La Zelandoni aguardó y, finalmente, miró a Ayla a los ojos.

—Creo que no tienes elección. Sabes que algún día recibirás la llamada, quizá antes de lo que piensas. Lamentaría ver aniquilado tu potencial, aun si lograras sobrevivir sin apoyo ni adiestramiento.

Ayla intentó por todos los medios zafarse de su imperiosa mirada. De pronto, procedente de las profundidades de su ser o de los recovecos de su cerebro, encontró un recurso. Sintió crecer en su interior un poder y supo que no se hallaba ya bajo la coacción de la donier, sino que, por el contrario, era ella quien ejercía control sobre la Primera, y sostuvo su mirada. Eso le produjo una sensación indescriptible, una sensación de fuerza, de dominio, de autoridad que nunca antes había experimentado conscientemente.

Cuando Ayla redujo la presión sobre la Zelandoni, ésta desvió la mirada, y al volver a mirarla un instante después, no percibió ya en ella la sensación de enorme poder que la había sorprendido. Ayla la miraba con una sonrisa de complicidad. En sus brazos, Jonayla empezó a agitarse como si le molestara algo, y la madre concentró su atención en la niña.

La Zelandoni temblaba, pero enseguida se controló. Se dio media vuelta para marcharse, pero se volvió a mirar de nuevo a Ayla, esta vez de forma sinceramente afectuosa, y no desafiante como antes, con lo que sin preverlo había provocado la pugna de voluntades.

—Dime ahora que no eres una Zelandoni —dijo con serenidad.

Ayla se sonrojó y, llena de incertidumbre, miró alrededor como si buscara una escapatoria. Cuando volvió a mirar a la corpulenta mujer, la Zelandoni era la imponente presencia que siempre había conocido.

—Se lo diré a Jondalar —contestó, y de inmediato bajó la mirada hacia la niña.

Canto a la Madre

En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.

Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.
Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración.
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.
Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.

En un principio su otra mitad la colmó de ventura;
mas con el tiempo se sintió inquieta, su alma insegura.
Amaba a su blanco amigo, su complemento adorado,
pero algo le faltaba, parte de su amor veía desaprovechado.
La Madre era. De algo estaba a la espera.

Desafió al caos, a las tinieblas, al gran vacío,
para hallar la chispa dadora de vida en un confín sombrío.
La oscuridad era absoluta; el torbellino, aterrador.
El caos se helaba, y acudió a Ella en busca de calor.
La Madre era valerosa. Su misión, azarosa.

Extrajo del frío caos la fuente germinal,
y tras concebir, huyó con la fuerza vital.
Creció junto con la vida que dentro llevaba,
y se entregó con amor y orgullo, sin traba.
Algo al mundo traía. Su vida compartía.

El oscuro vacío y la Tierra yerma y vasta
aguardaron el nacimiento con ánimo entusiasta.
La vida desgarró su piel, bebió la sangre de sus venas,
respiró por sus huesos, y redujo sus rocas a blancas arenas.
La Madre alumbraba; otro alentaba.

Al romper aguas, éstas llenaron mares y ríos,
anegándolo todo, creando así árboles y plantíos.

De cada preciosa gota, hojas y tallos brotaron,
verdes y exuberantes plantas la Tierra renovaron.
Sus aguas fluían. Nueva vegetación crecía.

En violento parto, vomitando fuego a borbotones,
dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones.
Su sangre seca se tornó en limo ocre, y llegó el radiante hijo.
El supremo esfuerzo valió la pena, ya todo era gran regocijo.
El niño resplandecía. La Madre no cabía en sí de alegría.

Se alzaron montañas, de cuyas crestas brotaban llamas,
y Ella alimenta a su hijo con sus colosales mamas.
Chispas saltaban al chupar el niño, tal era su anhelo,
y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo.
Una vida se iniciaba. A su hijo amamantaba.

El niño reía y jugaba, y así se desarrollaban su cuerpo y su mente.
Para gozo de la Madre, las tinieblas disipaba con su luz refulgente.
Su mente y su fuerza crecían, recibiendo de Ella cariño,
pero pronto aquel hijo maduró, pronto dejó de ser niño.
Atrás quedaba la edad de la inocencia. Quería independencia.

A la fuente Ella recurrió cuando a una vida dio nacimiento.
Ahora el vacío y gélido caos atraía al hijo con embaucamiento.
La Madre daba amor, pero el joven tenía otras ambiciones,
buscaba conocimientos, aventuras, viajes, emociones.
Para Ella el vacío era abominable. A él le parecía deseable.

Se marchó de su lado cuando la Gran Madre dormía,
mientras fuera se arremolinaba la oscuridad vacía.
Por todos los medios, las tinieblas procuraron al hijo tentar,
y él, fascinado por el gran torbellino, se dejó cautivar.
A su hijo arrebataba. Al joven que tanto brillaba.

El hijo de la Madre, en un primer momento alborozado,
pronto se afligió en aquel vacío glacial y desolado.
Su incauto vástago, corroído por su conciencia quejosa,
no pudo escapar a aquella fuerza misteriosa.
Estaba en un grave aprieto. El caos lo tenía bien sujeto.

Pero en el preciso instante en que lo engullía la oscuridad,
la Madre despertó, tendió1a mano y lo sostuvo con tenacidad.

Buscando quien la ayudara a recobrar a su hijo radiante,
la Madre acudió al pálido y luminoso amigo, antes su amante.
La Madre lo agarró fuerte. Perderlo habría sido la muerte.

Ella agradeció su regreso al que fuera su compañero,
y el triste suceso le contó en tono pesaroso y lastimero.
El querido amigo accedió a intervenir en el lance,
dispuesto a rescatar a su hijo de tan difícil trance.
Le habló de su honda aflicción, y del turbulento ladrón.

Al borde del agotamiento, Ella necesitaba una pausa,
al luminoso amante dejó luchar por su justa causa.
Mientras la Madre dormía, él combatía a la fuerza glacial,
y momentáneamente la obligó a volver a su estado inicial.
Tenía alma de paladín. Pero incierto era aún el fin.

Dándolo todo, su magnífico amigo luchó con bravura,
el combate era enconado, la contienda penosa y dura.
Al cerrar su gran ojo, abandonó por un instante la cautela,
y la oscuridad robó la luz de su cielo con una triquiñuela.
Su pálido amigo desfallecía. Su luz se extinguía.

En la oscuridad absoluta, la Madre despertó con un grito.
El tenebroso vacío se había propagado por el espacio infinito.
Ella se sumó a la pugna, organizó con rapidez la defensa,
y a su amigo liberó de aquella sombra tétrica y densa.
Pero a su hijo perdió de vista. La noche borró toda pista.

En las garras del torbellino, el hijo radiante y exaltado
dejó de dar calor a la Tierra, el frío caos había triunfado.
La vida fértil y verde dio paso a la nieve y el hielo,
y un cortante viento siguió azotándola cual flagelo.
La Tierra era un desierto. Las plantas habían muerto.

La Madre estaba angustiada, exánime, exhausta,
pero tendió de nuevo su mano en ocasión tan infausta.
No podía rendirse, de eso tenía clara conciencia;
de Ella dependía la luz de su hijo, su supervivencia.
No cesó de luchar. La luz quería recuperar.

Y su luminoso amigo no iba ya a ceder más terreno
ante el ladrón que mantenía retenido al hijo de su seno.

Juntos pugnaron por el rescate del hijo que Ella adoraba.
Sus esfuerzos no fueron en vano, su luz de nuevo alumbraba.
Recobraba la energía. Su resplandor volvía.

Pero las inhóspitas tinieblas ansiaban su vivo y radiante calor.
La Madre firme se mantuvo en su defensa y resistió con vigor.
El torbellino tiró con violencia, negándose a soltar a su presa,
y Ella luchó de valiente contra la oscuridad arremolinada y aviesa.
De las tinieblas se protegió. Pero su hijo otra vez se alejó.

Cuando la Madre combatía al torbellino y al caos hacía huir,
la luz de su hijo con intensidad veía nuevamente refulgir.
Cuando Ella flaqueaba, el inhóspito vacío volvía a la carga,
y la oscuridad retornaba a final de una jornada ardua y larga.
De su hijo sentía el calor. Mas aún no había vencedor.

En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
su hijo y Ella por siempre separados, ésa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.

Cuando llegó la hora, manaron de Ella las aguas del parto,
devolviendo la verde vida a un mundo seco como el esparto.
Y las lágrimas por su pérdida, profusamente derramadas,
tornáronse arco iris y gotas de rocío, maravillas inusitadas.
La Tierra recobró su verde encanto, pero no sin llanto.

Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría; pero más hijos nacían.

Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa; la Tierra cada vez más populosa.

Todos: aves, peces y mamíferos, eran su descendencia,
y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.

Cada especie viviría cerca de su lugar originario
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían, de Ella no se alejarían.

Aunque todos eran sus hijos, y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién era la Suma Hacedora.
Un hijo que la respetaría, ya protegerla aprendería.

La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los Dones que necesitaba, ésa era su prerrogativa.
La Vida era el Primer Don, y como la Madre naciente,
al despertar, del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.

Vino luego, el Don de la Percepción, del aprendizaje,
el deseo de saber, el Don del Discernimiento, un amplio bagaje.
La Primera Mujer llevaba el conocimiento en su interior,
que la ayudaría a vivir y transmitiría a su sucesor.
Sabría la Primera Mujer, cómo aprender, cómo crecer.

Con la fuerza vital casi extinta, la Madre se consumía,
transmitir el Espíritu de la Vida, sólo eso pretendía.
A sus hijos confirió la facultad de crear una nueva vida,
y también la Mujer con esa posibilidad fue bendecida.
Pero la Mujer sola se sentía; a nadie tenía.

La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.
De nuevo alumbraba; otro mas alentaba.

A la Mujer y al Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.

A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los Dones precisos para sobrevivir, y luego decidió

otorgarles la alegría de compartir y el Don del Placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los Dones aprendidos estarán, cuando a la Madre honrarán.

La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y a respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el Don del Placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.

JEAN M. AUEL. Jean Marie Auel, de soltera Untinen, nació el 18 de febrero de 1936 en Chicago, Illinois (Estados Unidos).

A los 18 años se casó con Ray Bernard Auel, y a los 25 años ya tenía 5 hijos. La familia reside en Portland, Oregón. Tras finalizar su etapa universitaria, en 1977, comenzó sus investigaciones para escribir un libro ambientado en la Edad de Hielo. Además de pasar muchas horas en la biblioteca estudiando, tomó parte de cursos de supervivencia para aprender cómo construir un refugio de hielo y vivir la experiencia de habitar en uno de aquéllos. Aprendió también los métodos primitivos de hacer fuego, curtir el cuero y tallar piedra para hacer herramientas.

Finalmente decidió que en vez de un libro escribiría una saga. El primero de los libros, El clan del oso cavernario, publicado en 1980, fue un auténtico éxito. El libro tenía como protagonista a Ayla, una niña Cromañón que queda huérfana tras un terremoto y es recogida por un grupo de hombres de Neanderthal. Cada uno sus siguientes libros fue creado como una secuela del precedente; sin embargo, aunque la acción continúa inmediatamente de un libro en el siguiente, el tiempo de publicación entre los distintos volúmenes ha demorado hasta 12 años. La saga se compone de seis libros.